

# Margaret George

## María, reina de Escocia I

*Nueva Novela Histórica*

plural



Margaret George

María,  
reina de Escocia II

*Nueva Novela Histórica*

plural

Margaret George

**MARÍA, REINA DE ESCOCIA**

*(Mary Queen of Scotland and the Isles, 1992)*

# Fuentes

Poema “Naturaleza y arte...”, de Joaquim du Bellay, traducido del francés tal como aparece en *La reina de los escoceses* de Stefan Zweig, traducido del alemán por Cedar y Eden Paul. Cassell. Londres, 1935.

Poema “La lengua de Hércules...”, de Joaquim du Bellay, traducido del francés y citado en *The Love Affairs of Mary Queen of Scots a Political History*, por Martin Hume. Eveleigh Nash & Grayson Limited, Londres.

Poema atribuido a María, reina de Escocia, traducido del francés y citado en *Lives of Queens of Scotland and English Princesses*, por Agnes Strickland. Vol. III. William Blackwood and Sons, Edimburgo y Londres, 1861.

“Élegie à Marie Stuart”, de Pierre Ronsard, traducida del francés por Helen Smailes en *The Queen's Image*, por Helen Smailes y Duncam Thomson, para la Scottish National Gallery. ©1987 by The Trustees of the National Galleries of Scotland.

“Four Stages of Prayer”, por el padre Albert Haase. Madison, Wisconsin. 1989.

Poema y oración atribuidos a María, reina de Escocia; traducciones del francés y del latín respectivamente ©1974 y 1976 by Caroline Bingham, citadas en *Royal Stuart Papers X: The Poems of Mary Queen of Scots*, por Caroline Bingham, The Royal Stuart Society, 1976.

“*Meditations on the Two Thieves*”, por Scott George, Oslo, 1963

Baladas escocesas de la colección de Francés James Child.

PARA SCOTT GEORGE

1920-1989

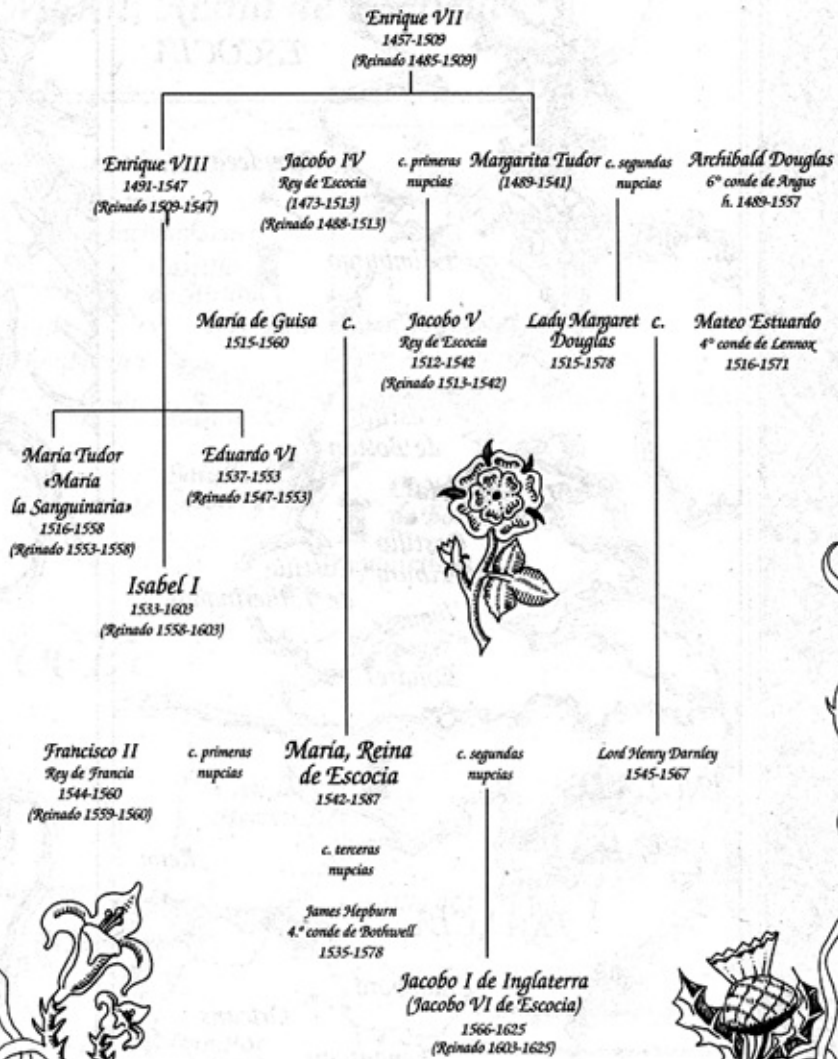
Amado padre, amigo y maestro

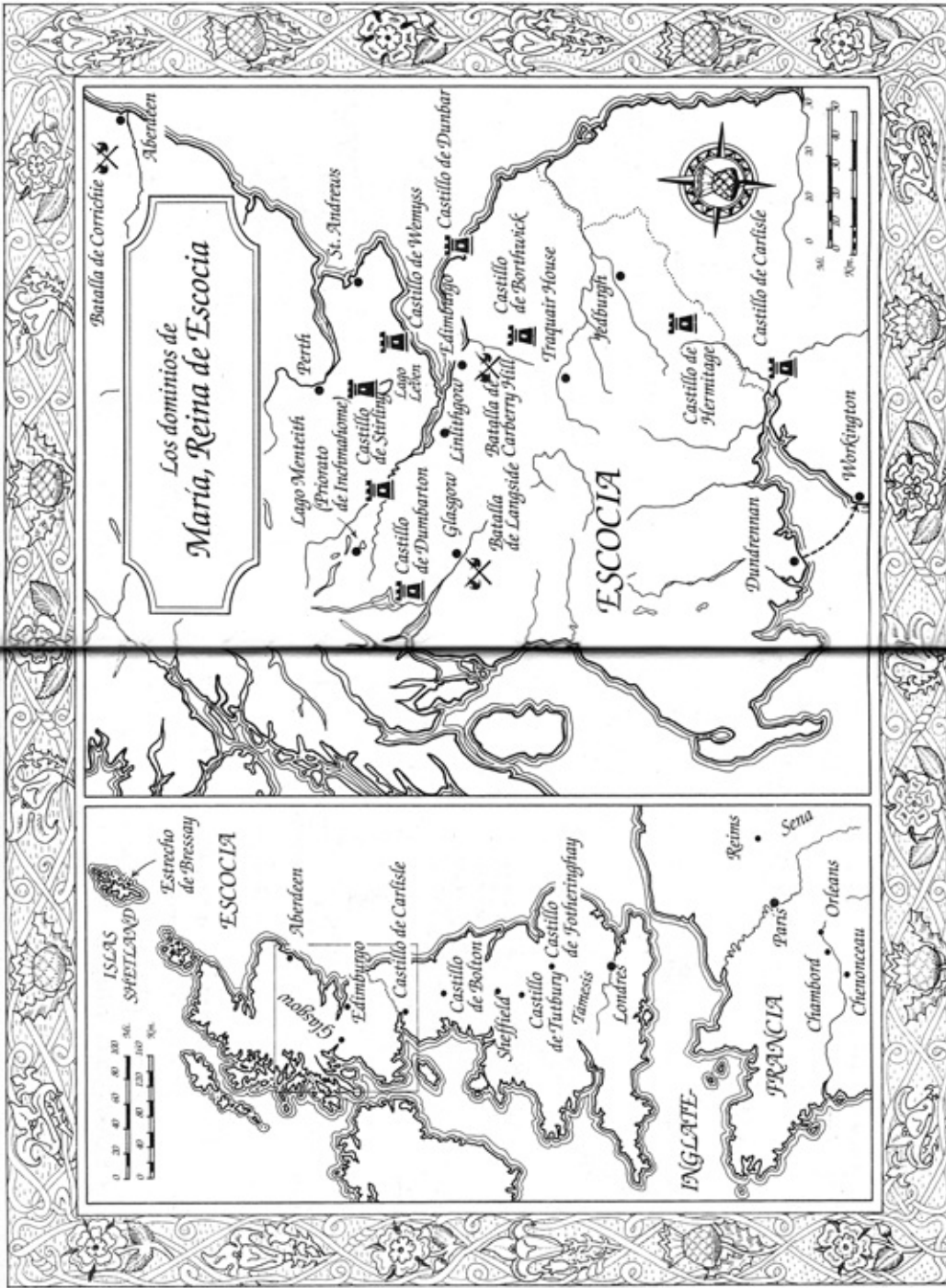


## AGRADECIMIENTOS

Con mi gratitud a mi hija Alison Kaufman y mi marido Paul Kaufman por haber convivido con *María* durante cuatro años; a mi hermana Rosemary George por los chismes y curiosidades históricas; a mi madre Dean George por su buen humor; a mis abuelos Charles y a Lois Crain por ser mi madame Rallay; a mi amiga medievalista Lynn Courtenay por recopilar fuentes; a mi amigo el escritor Dick Huff por su inspiración creativa. Por último, a mi editora Hope Dellon, que estuvo «presente en la creación» tanto de *Enrique VIII* como de *María* y me ha prestado una gran ayuda en todas las fases, y a mi agente Jacques de Spoelberch, que creyó en mí desde el principio.

# La sucesión real en Inglaterra y Escocia







Al contemplar los eclipses de sol y de luna, la captura de serpientes y elefantes salvajes y la pobreza de los sabios, se comprende que el poder del destino lo domina todo.

Proverbio hindú

## *En mi fin está mi principio*

*(Inglaterra, 1587)*

En lo más profundo de la noche, cuando todas las velas se habían apagado menos una y todo el mundo descansaba, una mujer se acercó en silencio a su escritorio y se sentó. Colocó aquella vela a su derecha y extendió muy despacio un papel sobre el escritorio para no hacer ruido. Sujetó el lado izquierdo con la mano, una blanca mano de largos y ahusados dedos que el poeta francés Ronsard describió una vez como «árbol de ramas desiguales». La mano se veía joven, pues pertenecía a una doncella de quince años. Desde el otro extremo de la estancia, bajo la sola iluminación de la vela, el rostro de la mujer presentaba un aspecto tan joven como la mano. Pero visto más de cerca, aunque los perfiles de la belleza se conservaban intactos, se percibían, dentro del marco del antiguo donaire, arrugas, protuberancias y depresiones. La piel, antes tensa sobre los altos pómulos, la larga y autoritaria nariz y los almendrados ojos, ahora descansaba dulcemente sobre ellos, revelando y marcando todos los huecos.

Se frotó los fatigados ojos de pesados párpados con aquellos dedos de incongruente delicadeza, elegantemente cuajados de anillos y, lanzando un suspiro, mojó la pluma en la tinta y empezó a escribir.

A Enrique III, Cristianísimo Rey de Francia.  
8 de febrero de 1587.

*Monsieur mon beau frère, estant par la permission de Dieu*

Mi regio hermano: habiéndome entregado, porque Dios así lo ha querido, creo que por mis pecados, al poder de mi prima la Reina a cuyas manos he sufrido mucho durante casi veinte años, he sido finalmente condenada a muerte por ella y por su Estado. He solicitado mis papeles, que me han arrebatado, para hacer testamento, pero no he logrado recuperar nada que me resulte útil, y ni siquiera se me ha autorizado a hacer testamento con libertad ni a disponer que mi cuerpo sea trasladado, según mi voluntad, a vuestro reino, donde tuve el honor de ser reina, hermana vuestra y antigua aliada.

Esta noche después de cenar me han comunicado la sentencia: me ejecutarán como a una criminal a las ocho de la mañana. No he tenido tiempo de haceros un detallado relato de todo cuanto ha ocurrido, pero, si escucháis a mi médico y al resto de mis infortunados sirvientes, descubriréis la verdad y sabréis que, gracias a Dios, desprecio la muerte y juro que voy a su encuentro inocente de cualquier delito, aunque soy víctima de él. Mi fe católica y la reivindicación de mi derecho divino al trono inglés son los dos motivos por los que me condenan.

Interrumpió la escritura y su mirada se perdió en el espacio como si su mente hubiera dejado súbitamente de formar palabras o como si éstas se le hubieran agotado. El idioma francés la tranquilizaba y adormecía. Incluso las cosas terribles no sonaban tan atroces en francés. Su mente no podía, no osaba formularlas en escocés.

*«Ce porteur et sa compagnie la pluspart de vos subiectz...»*

El portador de esta carta y sus compañeros, casi todos ellos súbditos vuestros, serán testigos de mi conducta en mi última hora. Sólo me resta suplicaros, Cristianísima Majestad, cuñado y antiguo aliado mío

que siempre habéis hecho protestas del amor que me profesáis, que me probéis vuestra voluntad en estas cuestiones: ante todo y por caridad en el pago de los salarios que se adeudan a mis desventurados sirvientes —es una carga que pesa sobre mi conciencia y que sólo vos podéis aliviar— y, en segundo lugar, en el ofrecimiento de oraciones a Dios por la reina que ha merecido el título de Cristianísima Reina de Francia y que ahora muere como católica, despojada de todas sus posesiones.

Me he tomado la libertad de enviaros dos piedras preciosas que son talismanes contra la enfermedad, confiando en que gocéis de buena salud y de una larga y venturosa vida. Aceptadlas de vuestra amante cuñada que, al morir, desea ofrecer un testimonio de sus afectuosos sentimientos hacia vos. Dad órdenes, os lo ruego, de que, por el bien de mi alma, se pague parte de lo que me debéis y de que, por el amor de Jesucristo, a quien yo rezaré mañana por vos cuando muera, quede lo suficiente para la celebración de una misa en mi memoria y que se repartan las limosnas acostumbradas.

Miércoles, a las dos de la madrugada.

Vuestra amantísima y sincerísima hermana,

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'MARY II' in a cursive, slightly stylized font.

Reina de Escocia

Dejó la pluma y parpadeó una sola vez. Después colocó dos libritos sobre el papel para mantenerlo extendido. Cada uno de sus movimientos era suave pero cansino. Los hermosos y ahusados dedos se estiraron y después descansaron. Acto seguido, apagó la vela.

Se acercó muy despacio a la cama situada en el otro extremo de la estancia, se tendió en ella cuan larga era, sin quitarse la ropa, y cerró los ojos.

«Ya está hecho —pensó—. La vida que empezó en el punto más bajo de la fortuna de Escocia ha permanecido en él y ahora ha terminado.»

La leve curva de una sonrisa jugueteó en sus labios. «No. Soy yo quien ha terminado. O más bien quisiera terminar. ¡Oh, Jesús, no permitas que ahora desfallezca!»

LIBRO PRIMERO

Reina de Escocia,  
Reina de Francia

(1542-1560)

# I

En medio de la azulada y densa niebla resultaba imposible ver otra cosa que no fuera más niebla. El sol, cubierto y embozado, aparecía rodeado por un borroso círculo de luz y era lo único que los hombres distinguían mientras trataban de combatir. Si no veían al enemigo, ¿cómo se defenderían?

La niebla flotaba y se arremolinaba por encima del verde pantano y el musgoso suelo, abrazando la mojada tierra y burlándose de los hombres mientras éstos intentaban escapar del traidor, frío y pegajoso cenagal, tan poco compasivo como la mano de la muerte de la que era fiel compañero.

Alrededor del pantano, unos solitarios árboles, ya despojados de sus hojas por los vendavales de otoño, se elevaban desnudos y desamparados por encima del campo de batalla. Los hombres procuraban acercarse a sus grises y arrugados troncos con la esperanza de trepar por ellos y alcanzar la salvación. Millares de pies habían pisoteado el terreno que rodeaba los árboles convirtiéndolo en un barrizal. La niebla lo cubría todo como una manta.

Al día siguiente, cuando la bruma se disipó llevándose consigo hacia el mar el último vestigio de confusión, el Solvay Moss entero se reveló como el lugar menos idóneo que cupiera imaginar para una batalla. El barro, las cañas y la resbaladiza hierba que rodeaban el sinuoso río Esk<sup>[1]</sup> demostraban que el paraje era, en efecto, un pantano. Allí en la esquina sudoeste de la frontera entre Inglaterra y Escocia, los dos antiguos enemigos se habían peleado como venados, dando tumbos en el lodazal. Pero el venado inglés había triunfado sobre su adversario, y el pantano estaba salpicado de escudos de cuero, abandonados por los escoceses apresados. Allí se pudrirían, pues el sol jamás llegaría a secarlos.

Uno de los soldados ingleses que conducía a sus cautivos se volvió para contemplar el sereno verdor de la ciénaga bajo la oblicua luz otoñal.

—Que Dios tenga piedad de Escocia —musitó—. Nadie más la tendrá.

Fuera empezó a nevar, primero de forma muy suave, como si cayesen pequeños suspiros, y después con fuerza creciente, como si alguien hubiera rasgado una enorme almohada. El cielo era de un blanco purísimo, y el suelo no tardó en adquirir el mismo color; el viento empujaba los copos haciéndolos caer casi horizontales, y la nieve cubría los costados de los árboles y los edificios de tal manera que, en menos de una hora, todo quedó teñido de blanco. En el palacio de Falkland las grandes torres

redondas se erguían como gigantescos muñecos de nieve que guardaran la entrada.

En el interior el Rey miraba con aire distraído a través de la ventana.

—¿Majestad? —preguntó un preocupado sirviente—. Decidme, os lo ruego, ¿qué es lo que deseáis?

—Calor. Calor. Aquí hace mucho frío —musitó el monarca sacudiendo la cabeza al tiempo que cerraba los ojos.

El criado colocó más leña en la chimenea y avivó las llamas que rodeaban los nuevos troncos. En efecto, hacía mucho frío; era el principio de estación más sólido que se recordaba. Los barcos ya se habían helado en los puertos y los yermos campos estaban tan duros como el metal.

Justo en aquel momento llegaron unos soldados del campo real, asomándose con cautela al interior de la estancia. El soberano pareció verlos a través de los párpados cerrados.

—¿La batalla? —preguntó—. ¿Traéis noticias de la batalla?

Entraron con la ropa hecha jirones e hincaron la rodilla en tierra ante él. Por fin, el de más alto rango contestó:

—Sí. Nos han atacado y derrotado en toda regla. Muchos se han ahogado en el Esk durante la retirada. Muchos más han sido hechos prisioneros: hay doce mil en poder del comandante inglés.

—¿Han pedido rescate? —preguntó el Rey en un susurro.

—No se ha hablado de ello. Dicen... Dicen que todos serán enviados a Inglaterra como cautivos.

De pronto, el Rey se levantó, rígido, de su asiento, abrió y cerró la mano, y un gemido de dolor escapó de su garganta. Después miró con expresión enloquecida a los soldados y les preguntó de nuevo:

—¿Nos han derrotado? —Al ver que asentían con la cabeza, añadió—: ¡Todo está perdido!

Se volvió de espaldas a ellos y cruzó la estancia a trompicones en dirección a la puerta. Una vez allí se apoyó contra el marco como si una lanza lo hubiera traspasado. A continuación, con la mano en el costado, dio media vuelta y entró en sus aposentos, a los que ellos no podían acceder. Su paje corrió tras él.

El Rey se acercó a la cama, se dejó caer en ella y se apretó el costado entre gemidos.

—¡Todo está perdido! —repetía una y otra vez.

Uno de los sirvientes mandó llamar al médico; otro salió para hablar con los soldados.

—¿De veras es tan grave como habéis dicho? —inquirió.

—Sí, mucho peor todavía —contestó uno de ellos—. No sólo nos han derrotado como en Flodden, sino que además nos hemos cubierto de vergüenza. Nuestro rey no



estaba con nosotros; ¡nuestro rey nos había abandonado para sumirse en el desánimo, lejos del campo de batalla como una doncella hipocondríaca!

—¡Chsss! —El criado miró en torno a sí para cerciorarse de que nadie lo oyese y agregó—: El Rey está enfermo. Ya lo estaba antes de recibir la noticia. Su dolor por la pérdida de sus herederos los pequeños príncipes lo ha destrozado.

—Es deber de un rey resistir tales percances.

—La pérdida de sus dos herederos con pocos días de diferencia lo ha convencido de que la suerte lo ha abandonado. Y, cuando un hombre tiene este convencimiento, le resulta muy difícil ejercer el mando con autoridad.

—¡Como un cura pusilánime o un muchacho enfermo de mal caduco! —exclamó uno de los soldados—. ¡Necesitamos que nos gobierne un guerrero, no una débil mujeruca!

—Sí, muy cierto. Pero se recuperará. Cuando supere este trance volverá a ser el de antes. —El criado se encogió de hombros—. Es probable que a esta hora el Rey ya tenga otro heredero. La Reina dará a luz de un momento a otro.

El soldado sacudió la cabeza.

—Lástima que tenga tantos bastardos y ninguno de ellos le sirva como sucesor.

El Rey se negó a levantarse de la cama, y allí permaneció tendido, como hipnotizado. Algunos de sus nobles se acercaron y rodearon su lecho. El conde de Arran, fornido jefe de la Casa de Hamilton y heredero del trono después de los hijos del Rey, lo miraba con solícita inquietud. El cardenal Beaton, secretario de Estado, permanecía inclinado sobre él como si deseara oír su última confesión. Los primos Stewart, todos ellos miembros de poderosos clanes, se hallaban con expresión circunspecta en la cámara regia. Todos iban abrigados con gruesas prendas de lana bajo sus vistosos ropajes de ceremonia, pues el tiempo era todavía muy frío. En otras estancias aguardaban las amantes pasadas y presentes del Rey, todas ellas preocupadas por sus hijos. ¿Tendría a bien el monarca acordarse de ellos?

El Rey veía las trémulas figuras de todos, que a veces parecían disolverse bajo su mirada. Aquellos rostros... No estimaba a ninguno, no, ni a uno solo siquiera.

Sólo recordaba, con una punzada de dolor, que Escocia había sido derrotada.

—La Reina —le murmuró alguien—. Recordad a la Reina. Se acerca la hora. Pensad en vuestro príncipe.

Pero los príncipes, sus dulces hijitos, habían muerto con pocas horas de diferencia, uno de ellos en Stirling y el otro en Saint Andrews. Lugares de muerte. No había esperanza. Todos habían muerto. No había esperanza. De nada serviría que hubiera otro. También estaba condenado.

De pronto vio un rostro nuevo cerca del suyo. Alguien lo miraba fijamente a los ojos, en un intento de leerle el pensamiento. Era una persona desconocida de

apariencia enérgica e imparcial.

—Sire, la Reina acaba de dar felizmente a luz.

El Rey trató de articular unas palabras. Qué extraño que le costara tanto esfuerzo hablar. Antes se había mostrado reticente, pero ahora era su cuerpo el que se negaba, pese a que su mente deseaba expresarse. La garganta no le obedecía.

—¿Es un varón o una hembra? —consiguió articular por fin.

—Una preciosa hija, Sire.

¿Una hija? En tal caso, se había perdido la última batalla.

—¿Es cierto eso? ¡Que el diablo se la lleve! ¡Adiós, es nuestra despedida! Los Stewart vinieron con una moza y con una moza se irán —farfulló el soberano.

Fueron las últimas palabras que pronunció, a pesar de que, al ver que se moría, el médico le suplicó:

—¡Dadle vuestra bendición! ¡Dadle a vuestra hija vuestra bendición, por el amor de Dios! ¡No os muráis sin otorgar a vuestra heredera esta salvaguardia y muestra de caridad!

El Rey, sin embargo, se limitó a esbozar una sonrisa y a soltar una débil carcajada, se besó la mano y se la ofreció a todos los lores que lo rodeaban; después apartó la vista de sus asistentes, se volvió cara a la pared y murió.

—¿A qué aludían sus palabras? —preguntó en voz baja uno de los lores.

—La corona de Escocia —contestó otro—. La obtuvieron los Stewart por mediación de Marjorie Bruce, y teme que se pierda con..., ¿cómo se llama la princesa?

—La princesa María.

—No —dijo su compañero al ver que el médico daba despacio la vuelta al cadáver del difunto rey y le cruzaba las manos sobre el pecho para que el sacerdote lo ungiese con los santos óleos—. La reina María. María, Reina de Escocia.

La reina viuda trató de recuperar las fuerzas después del parto con toda la celeridad que pudo. No era propio de ella permanecer acostada recuperándose poco a poco mientras recibía visitas y regalos, y, como premio a sus parabienes, les mostraba a la criatura para que la inspeccionaran en su regia cuna dorada, toda vestida de encajes y tafetán blanco y envuelta en varias varas de suavísimo terciopelo.

No, María de Guisa, la desconsolada viuda —curiosa expresión, pensó— de Su Majestad Jacobo V de Escocia, debía sobreponerse al dolor y defender con uñas y dientes a su hija como una madre loba en medio del crudo invierno. El invierno que aquel año fue, en efecto, muy crudo, no sólo por las nevadas y los helados caminos, sino por la situación de la propia Escocia.

Casi le parecía que, a la luz de las rojas llamas de las chimeneas que siempre mantenía encendidas, los dientes de los nobles de su reino se asemejaban más a los

colmillos de animales salvajes que a los caninos de unos seres humanos. Uno a uno se acercaron al dorado palacio de Linlithgow, construido a orillas de un alargado y estrecho lago al oeste de Edimburgo, para ofrecer sus respetos a la criatura, su nueva reina. Se presentaban protegidos por gruesas prendas de piel, calzados con botas y envueltos en pellejos de animales, de tal suerte que sus barbas punteadas por el hielo apenas se distinguían de las pieles que les enmarcaban el rostro. Se arrodillaban y mascullaban protestas de lealtad, pero sus ojos brillaban con un fulgor preternatural.

Acudían representantes de todos los clanes para asegurarse de que ningún otro los apartara del poder, pues aquélla era la mayor de todas las oportunidades, equiparable a una pelea de venados que atrae a todos los animales carroñeros del bosque. Su soberana era una niña desvalida cuya única protección era una madre extranjera, una francesa que se encontraba muy lejos de su patria y desconocía sus turbios manejos.

Allí estaba Jacobo Hamilton, conde de Arran; de no haber nacido aquella niña, él sería rey. Contempló a la criatura con una sonrisa benévola.

—Le deseo larga vida —dijo.

Le siguió poco después Mateo Estuardo, conde de Lennox, quien afirmaba ser el legítimo heredero en lugar de Arran.

—Que posea todos los dones de la gracia y la belleza —dijo, observando con expresión anhelante a la niña.

Patrick Hepburn, el Conde Rufo de Bothwell, se adelantó y estampó un prolongado beso en la mano de la reina madre.

—Que tenga la capacidad de ganarse el afecto de todos quienes la contemplan —deseó, levantando los ojos hacia María.

El rubicundo y fornido conde norteño de Huntly pasó con petulancia por delante de la cuna e hizo una reverencia.

—Que siempre descanse entre amigos y jamás caiga en poder de sus enemigos —dijo.

—¡Milord! —protestó María de Guisa—. ¿Por qué mencionar a sus enemigos? ¿Por qué pensar siquiera en ellos ahora? Unís vuestros buenos deseos a algo que es siniestro. Os ruego que rectificuéis vuestras palabras.

—Puedo rectificarlas, pero no borrarlas. Una vez pronunciadas, ya han volado a otro reino. Muy bien pues: que sus enemigos sean malditos y caigan en la confusión.

—No me gusta la palabra.

—No puedo prometerle que no tendrá enemigos —porfió el conde—. Y además, no sería un buen deseo. Son los enemigos quienes hacen y configuran a un hombre. Sólo el que no es nadie no tiene enemigos.

Tras la retirada de los lores, María de Guisa se sentó junto a la cuna y empezó a

mecerla con suavidad. La niña dormía. El resplandor del fuego de la chimenea le teñía de rosa un lado del rostro mientras sus rechonchos deditos punteados de hoyuelos se extendían y se doblaban.

«Mi primera hija —pensó María—, y parece distinta. ¿Serán figuraciones mías? No, creo que es auténticamente femenina. Los escoceses dirían que una muchacha siempre se diferencia de un muchacho ya desde un principio. Esta hija mía tiene una piel que recuerda la leche de almendras, y su cabello —empujó suavemente hacia atrás el gorro del bebé—, ¿de qué color tendrá que ser para que haga juego con la piel? Es demasiado pronto para decirlo; la pelusa es del mismo color que la de todos los niños recién nacidos.

»María. Le he puesto este nombre porque es el mío y también el de la Virgen, a fin de cuentas, nació el día de la Inmaculada Concepción de la Virgen, y quizá de esta manera Ella la guarde y proteja como cosa suya.

»María, Reina de Escocia. A los seis días de edad mi hija ya se ha convertido en reina.»

Al pensarlo, María de Guisa experimentó un fugaz estremecimiento de culpabilidad.

«Mi esposo y señor, el Rey, ha muerto, y es por eso por lo que mi hija ha alcanzado la dignidad de Reina antes de lo que le correspondía. Debería sentir un inmenso dolor. Tendría que llorar la muerte del Rey y lamentar mi destino en lugar de contemplar con asombro a mi hija, la reina niña.

»Será muy hermosa —se dijo estudiando sus rasgos—. Su tez y sus facciones así lo prometen. Ya veo que tiene los ojos de su padre, esos ojos oblicuos y de pesados párpados típicos de los Stewart. Los ojos del Rey que tantas cosas prometían, que tanto serenaban a pesar de ser tan reservados y de mantener tan ocultas sus interioridades.»

—Mi apreciada Reina. —A su espalda, María oyó una conocida voz: la del cardenal Beaton. No se había marchado con los demás, pues allí se sentía tan a gusto como en su casa, y más ahora que el Rey había desaparecido para siempre—. ¿Contempláis vuestra obra? Tened cuidado, no vayáis a enamoraros de vuestra propia creación.

María enderezó la espalda y volvió la mirada hacia él.

—Resulta difícil no admirarla con asombro. Es encantadora y es reina. Mi familia de Francia enloquecerá de alegría. ¡Los Guisa cuentan por fin con un monarca en su haber!

—Su apellido no es Guisa, sino Stewart —le recordó a María el corpulento eclesiástico—. No es su sangre francesa la que la ha colocado en el trono, sino la escocesa. —El cardenal se dignó inclinarse para acariciar la mejilla de la pequeña—. Y bien, ¿qué vais a hacer?

—Conservar el trono para ella con todas mis fuerzas —contestó María.

—En tal caso, debéis permanecer en Escocia. —El cardenal se irguió y se acercó a

una bandeja de plata en la que había dulces y nueces. Tomó un dulce y se lo llevó a la boca.

—¡Lo sé muy bien! —exclamó María indignada.

—¿No pensáis regresar corriendo a Francia? —preguntó el cardenal en tono burlón—. Hecho con naranjas de Sevilla —añadió refiriéndose al dulce que aún estaba saboreando—. No hace mucho probé una corteza confitada de la India. Era mucho más dulce.

—No. Si esta niña no hubiera nacido, si yo fuera una viuda sin hijos, ¡por supuesto que no me quedaría aquí! Pero ahora he de cumplir una tarea a la que en modo alguno puedo sustraerme. —María se estremeció—. Siempre y cuando no me muera de frío o enferme de tisis.

Fuera nevaba de nuevo. La Reina cruzó la estancia para acercarse a la arqueada chimenea de piedra donde, de acuerdo con sus órdenes, ardía un enorme fuego. La estancia de la niña debía mantenerse caldeada por muy mal tiempo que hiciera en Escocia. El cardenal, que también vivía rodeado de lujos, sin duda lo aprobaba.

—Por cierto, David. —La sonrisa de la Reina se desvaneció de repente—. ¿Qué será de Escocia? La batalla...

—Si los ingleses se salen con la suya, Escocia pasará a formar parte de Inglaterra. Intentarán apoderarse de ella como sea, probablemente a través de alianzas matrimoniales. En su calidad de vencedores de Solvay Moss y con los mil prisioneros de alto rango que tienen en sus manos, impondrán las condiciones. Con seguridad obligarán a María a casarse con su príncipe Eduardo.

—¡Jamás! ¡No lo permitiré! —exclamó María.

—Tiene que casarse con alguien —le recordó el cardenal—. A eso se refería el Rey al decir: «Con una moza se irán.» Cuando se case, la Corona pasará a su esposo. Y no podrá elegir un príncipe francés: el matrimonio de Enrique de Valois, heredero del rey Francisco, con Catalina de Médicis es estéril. Si la pequeña María intenta casarse con uno de sus súbditos escoceses, los demás se rebelarán por celos. Por consiguiente, ¿quién nos queda sino el inglés?

—¡Un príncipe inglés no! —repetía María de Guisa una y otra vez—. ¡Un príncipe inglés no! ¡Allí abajo son todos unos herejes!

—¿Y qué pensáis hacer con los bastardos del Rey? —preguntó el cardenal en un susurro.

—Los reuniré a todos y los educaré aquí en palacio.

—¡Estáis loca! Será mejor que los reunáis y os deshagáis de ellos.

—¿Como un sultán? —María no consiguió reprimir una carcajada—. Esa no es una respuesta cristiana. Les ofreceré caridad y un hogar donde vivir.

—¿Y educarlos junto con vuestra hija, la reina legítima? Eso no es un comportamiento cristiano sino imprudente. Quizá vuestra hija sufra las consecuencias

de esta bondad mal entendida. Guardaos de criar unas víboras que más tarde la piquen cuando vos ya no estéis. —El terso y mofletudo rostro del cardenal mostraba una expresión de sincera inquietud—. ¿Cuántos son?

—Unos nueve, creo.

María rió, pero de inmediato se arrepintió de haberlo hecho. «Debería sentirme molesta por las infidelidades del Rey —pensó—, pero no es así. ¿Por qué? Probablemente porque no lo amaba. De lo contrario, habría atacado a las mujeres y les habría arrancado los ojos.»

—Todos son varones excepto una tal Juana. Su bastardo preferido era el que lleva su nombre, Jacobo Stewart. El niño tiene ahora nueve años y vive con su madre en el castillo de Lochleven. Dicen que es muy listo —explicó María.

—No lo dudo. Nadie es más listo que un bastardo de sangre real. Suelen tener ambiciones desmedidas. Obligadlo a entrar en una orden religiosa y mantenedlo atado en el seno de la Iglesia si valoráis la seguridad de la pequeña reina.

—No, lo mejor es abrirle las puertas de palacio para que aprenda a amar a su hermana.

—Su hermanastra.

—Sois muy obstinado. Os agradezco vuestras advertencias, pero mantendré una estrecha vigilancia.

—¿Y qué me decís de los nobles? Sabéis que no podéis confiar en ninguno de ellos.

—Sí, confío en los que contrajeron matrimonio con las doncellas que me traje de Francia: lord George Seton, que se casó con mi dama de honor Marie Pieris; lord Robert Beaton, casado con Joan de la Reynveille; lord Alexander Livingston, casado con Jeanne de Pedefer.

—Pero los nobles más poderosos no figuran en esta lista.

—No.

Justo en aquel momento la pequeña reina emitió un leve gemido, y su madre se inclinó hacia ella y la tomó en brazos. La fruncida boquita se estremecía, y manaban lágrimas de sus grandes ojos.

—Vuelve a estar hambrienta —señaló María—. Llamaré a la nodriza.

—Es una belleza —aseveró el cardenal—. Cuesta imaginar que alguien desee causarle daño. —Pellizcó la barbilla de la niña—. Mis saludos, Majestad.

«Todos los hombres lamentaron que el reino se quedara sin un heredero varón», escribió lenta y pensativamente un joven sacerdote llamado John Knox. Levantó la vista hacia el crucifijo que colgaba por encima de su escritorio y mojó de nuevo la pluma en el tintero.

«¿Por qué nos has desamparado? —preguntó en silenciosa súplica a la cruz—. ¿Por



qué has abandonado a Escocia?»

## II

El tiempo de septiembre se había pasado todo el día jugando al escondite. Primero se produjo una tormenta acompañada de fuertes ráfagas de viento cuya intensidad se dejó sentir sobre todo en las ochenta y cinco varas de altura del castillo de Stirling. Después las nubes se disiparon y se alejaron hacia el este en dirección a Edimburgo, dejando tras de sí unos cielos de un penetrante color azul y una austera sensación de limpieza. Ahora los nubarrones se formaban de nuevo, pero María de Guisa, inmóvil bajo el sol, distinguió en la distancia, por encima de las nubes de tormenta, un arco iris del que pendía una cortina de niebla que llegaba hasta el suelo.

¿Sería un presagio? El nerviosismo de la reina madre era justificable, pues ese día coronarían a su hija.

La ceremonia se había organizado a toda prisa en un temerario desafío a Inglaterra; pero, aun así, los escoceses la respaldaban. Todos ellos, sin excepción, consideraban intolerable e inadmisibile la actitud pendenciera y desdeñosa de Enrique VIII. Sus presuntuosas exigencias y sus infantiles amenazas; su incapacidad de comprender la idea de que Escocia era una nación, no un saco de trigo que se podía comprar y vender; su fría creencia de que suyo era todo el poder y que, por consiguiente, debía alzarse con el triunfo, todo ello reafirmó a los escoceses en su convencimiento de que tenían el deber de oponerse a él con todas sus fuerzas.

Lo primero que había que hacer era romper los obligados esponsales de María con Eduardo, compromiso cuya condición era el traslado de María a Inglaterra con el fin de que se educara allí. Al ver rechazada esta exigencia, el rey Enrique intentó ponerla al cuidado de una familia inglesa en Escocia y alejarla al mismo tiempo de su madre. Quería que la niña se hallase en todo momento en manos inglesas; en otras palabras, que se apartase a la pequeña María de los suyos y no se educara como escocesa sino como inglesa, para que más adelante traicionara con más facilidad los intereses de Escocia. Así discurría el Rey.

Los «fieles lores» de Enrique, prisioneros de la batalla de Solway Moss, habían cambiado de chaqueta y habían rechazado firmemente la política inglesa, por lo que ahora se realizaría a toda prisa el segundo acto de desafío: aquella tarde María sería coronada Reina de Escocia para dejar bien claro que ésta era una nación independiente con soberanía propia, aunque su reina sólo tuviera nueve meses de edad.

La elección de la fecha había sido muy desafortunada a juicio de la reina madre: el 9 de septiembre, aniversario de la terrible batalla de Flodden Field, donde exactamente treinta años atrás el abuelo de María había muerto despedazado a manos de los ingleses.

Pero, aun así, había implícito en ello otro desafío, como si no sólo quisieran retar a

Enrique VIII sino también al mismísimo destino.

María de Guisa levantó una vez más la vista hacia el encapotado cielo, cruzó deprisa el patio y entró en el palacio. No tenía tiempo de admirar el exquisito arte francés con que su difunto esposo había embellecido el edificio de piedra gris, llegando hasta el caprichoso extremo de mandar erigir estatuas a lo largo de toda la fachada. Una de las esculturas la representaba a ella y ahora contemplaba a su modelo vivo acercarse a toda prisa a la entrada del palacio.

Su hija, ataviada con sus regios ropajes en miniatura, ya estaba preparada. La pequeña, que era capaz de permanecer sentada, pero aún no sabía caminar, lucía un manto de terciopelo carmesí con una cola forrada de armiño y un vestido de raso de holgadas mangas largas, bordado con piedras preciosas. Su madre le acarició la cabeza —que muy pronto ostentaría la corona—, rezó en silencio por ella y la entregó con solemnidad a lord Alexander Livingston, el lord custodio de su sello, que la llevaría en brazos en ceremoniosa procesión por el patio hasta la capilla real. Al pasar al exterior, la reina madre observó que el sol se había ocultado y el cielo estaba muy negro. Sin embargo, aún no llovía y la niña entró en la capilla con sus ropajes ceremoniales secos, seguida por todos sus dignatarios.

Dentro no había mucha gente. El embajador inglés, sir Ralph Sadler, que veía en todo aquello la ruina de los planes de su señor, permanecía de pie con expresión muy seria, deseando toda suerte de males a la ceremonia y a quienes participaban en ella. El embajador francés D'Oysell habría preferido no asistir, pues su presencia quizá se interpretaría como una aprobación. Sin embargo, debía informar al rey Francisco de todos los detalles o recibiría un severo castigo por su ignorancia. Los restantes lores custodios de la reina niña formaban toda una hilera de observadores. El cardenal Beaton, a escasa distancia del trono, ya estaba preparado para officiar la ceremonia.

La coronación en sí no fue excesivamente fastuosa ni tan complicada como habría resultado en Inglaterra. Los escoceses preferían llevarla a cabo con la mayor sencillez posible, y así el lord custodio Livingston se aproximó con María al altar y la sentó cuidadosamente en el trono. Después se situó a su lado y la sujetó para que no se cayera.

El cardenal Beaton leyó con rapidez el Juramento de la Corona, al cual el custodio de la Reina, como representante de ésta, contestó en su nombre; por medio de su voz, la niña juraba defender y guiar Escocia y comportarse como su verdadera reina en nombre de Dios Todopoderoso, que la había elegido. Acto seguido el cardenal le aflojó los pesados ropajes y empezó a ungirle la espalda, el pecho y las palmas de las manos con el santo óleo. Cuando la criatura percibió la frialdad de la atmósfera que la rodeaba, rompió a llorar con prolongados y estridentes sollozos.

El cardenal interrumpió la ceremonia. Desde luego, se trataba sólo de una criatura de pecho que lloraba de modo inesperado y angustioso, como todas las criaturas. Sin

embargo, en medio del silencio de la capilla de piedra, donde todos los nervios se hallaban a flor de piel debido al carácter rebelde y clandestino de la ceremonia, el llanto resultaba insoportable. La niña lloraba tan desconsoladamente como si acabara de presenciar la caída de Adán y se horrorizara ante su eterna condenación.

—Chsss, chsss —murmuró el cardenal.

Pero no había manera de calmar a la pequeña reina, que siguió berreando hasta que el conde de Lennox adelantó el cetro, una larga vara de plata sobredorada, rematada en cristal y con una perla escocesa, lo colocó en su infantil manita y ella lo sujetó con sus rechonchos dedos. Su llanto fue apagándose. A continuación, el conde de Argyll le ofreció la adornada espada de gala dorada, y el cardenal llevó a cabo el rito de ceñir la espada de una vara de longitud al diminuto y redondo cuerpecito.

Más tarde el conde de Arran portó la corona, un pesado capricho de oro y piedras preciosas que encerraba en su parte interior el anillo de oro que había llevado Roberto Bruce<sup>[2]</sup> en su yelmo en la batalla de Bannockburn, muy cerca de Stirling. Sosteniéndola con gran cuidado, el cardenal la colocó sobre la diadema de terciopelo que ceñía la cabeza de la niña. Por debajo de la corona, cargada con todas las penas de sus antepasados, María miró en torno a sí. El cardenal le ajustó la corona, y lord Livingston la sostuvo para que no se le doblara el tronco, mientras los condes de Lennox y Arran la besaban en la mejilla en prenda de lealtad, seguidos por los demás prelados y los pares que, postrándose ante ella, apoyaron las manos en la corona y le juraron lealtad.

### III

Enrique VIII descargó toda la fuerza de su cólera sobre los escoceses. Envió un ejército para asaltar el castillo de Stirling, capturar a María y saquear e incendiar los alrededores. Había que pasar por la espada a hombres, mujeres y niños; Edimburgo debía ser destruida, Holyrood arrasada, las abadías de la frontera demolidas y las cosechas quemadas.

Los soldados ingleses se abrieron camino hasta Edimburgo acuchillando y asesinando. Bajaron por la Canongate, subieron hasta las puertas de la abadía de Holyrood e irrumpieron en el presbiterio. Al buscar los sepulcros de los Stewart, descubrieron el gran monumento protegido por una cerca en el lado derecho de la abadía, junto al altar mayor; entraron en él y profanaron las tumbas reales. Abrieron la sepultura del padre de María, sacaron el ataúd a rastras, se mofaron de él y después lo dejaron abandonado en la nave lateral del templo.

Escocia lloró y se lamentó. Estaba herida y gritaba, pero nadie la escuchaba ni le prestaba ayuda. El hedor de los muertos llegaba hasta el cielo, los niños que habían quedado al cuidado de los familiares supervivientes se iban a la cama hambrientos y en las arrasadas calles de Edimburgo ardían los rescoldos de las ruinas. Los escoceses contemplaban las abadías destruidas y las abandonadas iglesias y pedían la única ayuda que les quedaba, la divina, pero de una manera distinta. A pesar de la prohibición de toda la literatura protestante, se introducían de manera clandestina en Escocia versiones protestantes de las Sagradas Escrituras, la versión de William Tyndale e incluso ejemplares de la Gran Biblia inglesa de 1539. Sin embargo, aunque los predicadores herejes no eran capaces de esconderse, una Biblia se podía ocultar; y aunque Dios parecía guardar silencio a través de su antigua Iglesia, la Iglesia de Roma, ahora empezaba a hablar directamente por medio de su Palabra tal como ésta se revelaba en las Escrituras. Proliferaban por doquier los predicadores educados en Ginebra, Holanda y Alemania. La gente escuchaba sus sermones y encontraba consuelo en el hecho de que Dios se inclinara hacia ella. El Señor ofrecía su mano y la gente la tomaba.

En el castillo de Stirling la reina madre y su hija se hallaban a salvo. El viejo castillo construido en lo alto de la peña que se elevaba por encima del llano resistió el asedio, y los ingleses no lograron tomarlo. En el interior de las murallas María de Guisa creó un hogar para su hija con compañeras de juegos, ayos y animales

domésticos. Era un mundo aparte situado sobre el valle del Forth, desde el cual se divisaba el puente de Stirling y la puerta que se abría a las Highlands, donde una persona podía ocultarse de cualquier enemigo extranjero que la amenazara. De vez en cuando se realizaban excursiones para practicar la cetrería y la caza y contemplar la campiña antes de regresar a toda prisa a la seguridad de la fortaleza de piedra.

Era un lugar brumoso, de vientos que aullaban y colinas heladas por cuyas laderas los niños se deslizaban sobre cráneos de vaca. Había pequeños y peludos ponis que María y sus compañeras de juego, todas llamadas María como ella, habían aprendido a montar. Había niebla y brezales, verdes y estrechos valles y un inmenso cielo con nubes que lo cruzaban deprisa como si fueran bandidos.

Arriba, en el castillo, la cámara de los aposentos del Rey —ahora desiertos— presentaba un techo adornado con redondos medallones. La pequeña María entraba en la estancia y contemplaba las cabezas de madera labrada apenas iluminadas por la luz que se colaba por las ventanas cerradas. Una de las figuras asía con las manos el canto del medallón, como si quisiera escapar y saltar al mundo real. Pero jamás se movía; siempre permanecía junto al borde de un nuevo mundo en el que no podía entrar, contemplando a María desde el techo.

A su madre no le gustaba que entrase en aquella sala. Por regla general, iba a buscarla y la conducía de nuevo a los aposentos de la Reina, donde había almohadones, una chimenea y un montón de gente que iba de un lado para otro, y allí vivía y recibía sus lecciones.

En algún momento de aquella brumosa primera infancia María tuvo ocasión de conocer a sus hermanastros. Su madre, haciendo gala de una extraña caridad —¿o acaso se trataba de astucia política?—, había reunido a cuatro de los hijos ilegítimos de su difunto esposo y se los había llevado al castillo de Stirling. María los quería a todos y le encantaba formar parte de una familia numerosa; y, puesto que a su madre no parecía molestarle el hecho de que fueran bastardos, a ella tampoco le importaba.

Jacobo Stewart era de talante serio y adusto. Por ser el mayor de todos, su opinión se consideraba la más sensata y todos lo consultaban. Si él decía que no podían deslizarse otra vez por la pendiente de la colina antes de que oscureciera, María sabía que siempre acertaba y que, si desobedecía, cuando llegara abajo se vería envuelta en la oscuridad.

Antes de llevar a los hermanastros de su hija a pasar una temporada en Stirling, María de Guisa había reunido para la niña a otra pequeña familia: cuatro hijas de amigas suyas, todas llamadas María y de la misma edad: María Fleming, María Beaton, María Livingston y María Seton.

María Fleming era escocesa de pura cepa y por sus venas también corría la sangre



de los Stewart, pero una sangre muy lejana y de origen bastardo: era la nieta de Jacobo IV. Janet, su madre, conservaba los rasgos de la belleza y el jovial carácter de los Stewart y prestaba servicio como aya de las cinco pequeñas María. María Fleming, apodada la Flamina, era la única que aceptaba los desafíos de María y la aventajaba en travesuras.

Las otras tres Marías, a pesar de sus apellidos y padres escoceses, eran hijas de madres francesas, damas de honor que habían acompañado a María de Guisa. El hecho de que las hijas de sus damas fueran amigas de la suya suponía para la reina madre un motivo de gran satisfacción, pues hacía que en aquella fortaleza extranjera se sintiese como en casa. Aunque sus madres hablaban en francés entre sí, las hijas no mostraban demasiado interés en aprender la lengua, si bien lo más probable era que comprendiesen algunas palabras. Éste era el motivo por el cual cuando aquéllas querían conversar en secreto acerca de los regalos o las sorpresas que les tenían reservadas a sus hijas, empleaban el francés.

Para distinguirse entre sí, María Livingston, robusta y atlética, era conocida como Lusty, «la fornida»; a María Seton, alta y reservada, la designaban por su augusto apellido de Seton, y a María Beaton, que era regordeta, agraciada y soñadora, la llamaban Beaton, para que rimara con Seton. María Fleming había recibido el apodo de la Flamina por su desbordante y llamativa personalidad. Sólo María era María a secas.

Los ocho niños más pequeños brincaban, se peleaban, organizaban asociaciones y conciliábulos secretos y se inventaban códigos. Tenían animales domésticos, jugaban a las cartas y decían la buenaventura; se acusaban unos a otros y al día siguiente se juraban amistad eterna. El noveno, Jacobo Stewart, presidía aquel pequeño mundo con la solemnidad propia de sus quince años, suspendido a medio camino entre el mundo de los adultos y el infantil sin pertenecer por entero a ninguno de los dos.

María tenía sólo seis meses cuando la llevaron a Stirling. En aquella fortaleza construida en la cima de la montaña se encerraba todo su mundo. Allí la habían coronado; allí había dado sus primeros y vacilantes pasos; en la antesala de los aposentos de la Reina sus preceptores le habían impartido las primeras lecciones. Cuando apenas contaba tres años le regalaron un pequeño poni procedente de las islas del extremo norte de Escocia y en Stirling fue, por lo tanto, donde aprendió a montar. Como es natural, Lusty se aficionó a los ponis con tanta rapidez como ella, en tanto que Seton y Beaton se inclinaban por los más tranquilos pasatiempos de salón. Flamina era una amazona bastante avezada, pero prefería la compañía de los humanos a la de los animales.

María admiraba a Jacobo y lo seguía con ansia por todas partes. Cuando era muy pequeña, se aferraba a él y le insistía para que jugara con ella. Al crecer, se percató de que a Jacobo no le gustaba que lo manosearan y que hacerlo causaba en él un efecto

contraproducente. Si ella quería que le prestara atención, tenía que mirar para otro lado y hablar con los demás. Entonces la curiosidad lo inducía a acercarse.

Un día, cuando ya tenía casi cuatro años, María se alejó del patio superior donde los niños jugaban a la pelota entre la gran sala y la capilla real y entró a escondidas en los aposentos del Rey, que permanecían siempre cerrados y a oscuras, pero ejercían en ella una poderosa atracción. La inquietante presencia de los grandes medallones del techo parecía ocultar un secreto, y ella imaginaba una y otra vez que, si buscaba afanosamente por todos los rincones, acabaría por encontrar a su padre. ¡Qué contenta se pondría su madre cuando ella se lo trajera!

Con el corazón palpitando de emoción cruzó presurosa la vasta cámara de la guardia. Sabía que allí no había nada; la estancia estaba vacía y el Rey no habría podido esconderse en ningún sitio. El aposento contiguo, la sala de audiencias, también estaba vacío, pero había varias pequeñas cámaras ocultas en las inmediaciones del dormitorio del Rey. Ella conocía su existencia porque las había visto en un plano. Allí debía de esconderse el Rey, en caso de que en efecto, estuviera escondido.

Sin embargo, se encontraban al fondo de todo y a oscuras, por lo que jamás se había atrevido a llegar hasta allí. En cierta ocasión se acercó a la puerta del dormitorio del Rey, la entreabrió y vio la lóbrega entrada del gabinete, pero le faltó valor y dio media vuelta.

Ese día, no obstante, entraría. Aunque en parte se arrepentía de no haber llevado consigo a Flamina, sabía que su padre no aparecería si la acompañaba otra persona, de modo que debía ir sola.

Al mismo tiempo, sabía que todo era un juego. Su padre no estaba allí; aquello era una simple prueba de valentía que ella misma se había impuesto. Avanzó con sigilo por la oscura estancia hacia el dormitorio. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y veía mucho mejor. Llegó a la puerta del dormitorio y se asomó a ella.

Aún había una cama con sus correspondientes cortinas. Se desafió a sí misma a agacharse y mirar debajo. Lo hizo, pero poco faltó para que se desmayara de inquietud. Sin embargo, debajo de la cama no había más que polvo y silencio.

Ahora tenía que hacerlo; debía entrar en el gabinete contiguo. No se percibía otro sonido que el de su propia respiración. Quería volver atrás y al mismo tiempo no quería. Contuvo la respiración y entró corriendo en el gabinete.

Estaba horriblemente oscuro. Se intuía una especie de malévolos presencia. Haciendo un esfuerzo supremo, recorrió el perímetro del cuarto palpando las paredes, pero a medio camino sintió que el temor la vencía y estuvo a punto de marearse. Empezaron a temblarle las rodillas, se dejó caer y regresó a gatas a la puerta.

Se encontró entonces en una estancia todavía más oscura. La habitación debía de tener dos puertas; quizás incluso tres. ¿Cómo saldría de allí? El terror se apoderó de ella y le hizo perder la capacidad de pensar con lógica. Se acurrucó en el suelo,

sintiéndose completamente desamparada.

De pronto oyó un ruido. ¡El fantasma de su padre! Acudía a la cita, pero ella no deseaba verlo. ¡No quería ver un fantasma!

—¿Qué ocurre, María? —preguntó con serenidad una voz—. ¿Te has perdido?

Se incorporó de un salto. ¿Quién le hablaba?

—Sí, quiero volver al patio —contestó, procurando no perder la compostura. Sin embargo las rodillas aún le temblaban.

—¿Por qué has venido aquí? —inquirió la voz sin prestar atención a su requerimiento.

—Quería explorar —contestó, solemne. No había por qué hablar del fantasma o de la posibilidad de su existencia.

—Y ahora te has perdido. —La voz simuló un tono compasivo—. Qué lástima. —Tras una pausa, añadió—: ¿Sabes dónde estás?

—No..., no del todo.

—Yo podría sacarte de aquí.

—¿Quién eres?

Conocía la voz. Estaba segura.

La figura se adelantó y la tomó de la mano.

—Soy Jacobo, tu hermano —dijo.

—¡Oh! ¡Gracias a Dios! ¡Abandonemos este lugar!

—Ya te he dicho que podría sacarte de aquí. —Hablaban con cierto retintín—. Y lo haría con sumo gusto, pero, a cambio, quisiera que hicieras algo por mí.

—¿Qué?

Todo aquello era muy raro. ¿Por qué se comportaba Jacobo de manera tan extraña?

—Quisiera una recompensa. Me gustaría que me dieras la miniatura que tienes de nuestro padre, la que llevas encima en este momento.

Ella se la había prendido al corpiño esa misma mañana, como si de ese modo pudiera evocar la presencia de su progenitor. Le encantaba. Era uno de los recuerdos tangibles que conservaba de él. Le gustaba estudiar su rostro, el alargado óvalo, la fina nariz y los bien perfilados labios. En su fuero interno se preguntaba si ella se parecía a él o llegaría a parecerse cuando creciera. Sabía que no se asemejaba a su madre más que en la estatura.

—No —repuso—. Elige otra cosa.

—Es lo único que me interesa.

—No puedo dártelo. Lo aprecio como si fuese un tesoro.

—En tal caso —dijo el niño— no puedo ayudarte. Busca tú sola el camino para salir. —Retiró con rapidez la mano y corrió hacia la puerta.

María oyó sus pisadas cada vez más distantes y se quedó sola en la oscuridad.

—¡Jacobó! —lo llamó—. ¡Jacobó, vuelve aquí!

Él soltó una carcajada desde la estancia exterior.

—¡Jacobó, te lo ordeno! —insistió ella—. ¡Vuelve aquí enseguida! ¡Soy la Reina!

El muchacho dejó de reír y en cuestión de un instante regresó a su lado.

—Puedes ordenarme que regrese —aseveró, enfurruñado—, pero no que te guíe afuera si decido quedarme aquí contigo. Fingiré que también me he perdido. Conque ya lo sabes: dame la miniatura y te sacaré de este lugar. De lo contrario, permaneceremos los dos aquí sentados y seguiremos perdidos juntos hasta que un guardia nos encuentre.

María esperó con trémulos labios.

—Muy bien. Toma la miniatura —cedió al final, pero no quiso soltar el cierre y dejó que lo hiciera el propio Jacobo.

El muchacho lo abrió con sorprendente habilidad considerando que estaban a oscuras, y María pensó que debía de haberse pasado mucho tiempo estudiándolo.

—Ya está —dijo Jacobo—. Olvidas que él también es mi padre. Quiero conservar algo suyo. Te prometo que lo guardaré como un tesoro y jamás permitiré que sufra el menor daño.

—Por favor, sácame de aquí —imploró María.

La pérdida del broche le resultaba tan dolorosa que deseaba salir cuanto antes al sol, como si su luz fuese a devolvérselo de manera misteriosa.

Trató de olvidar el broche, y en el transcurso de los días siguientes casi consiguió convencerse de que lo había perdido en los oscuros aposentos del Rey y se lo había ofrecido en obsequio a su padre. Se alegró de que Jacobo se marchase a pasar unos meses con su madre en Lochleven. Cuando éste regresó, ya casi no se acordaba de la miniatura.

## IV

El viento azotaba los yermos y nevados campos que el pequeño grupo atravesaba al trote en su viaje de Longniddry a la localidad de Haddington, más grande que aquélla; allí George Wishart se proponía predicar, inspirado por el Espíritu a pesar de la advertencia que le había hecho el señor del lugar, Patrick Hepburn, conde de Bothwell. Mientras avanzaban en aquella desapacible tarde de enero, los componentes del grupo permanecían alerta ante cualquier movimiento sospechoso; podía tratarse de los lores amigos que habían prometido reunirse allí con ellos, pero también de sus enemigos.

Al frente del grupo cabalgaba una esbelta figura que, con los hombros muy echados hacia atrás, escudriñaba el camino empuñando con fuerza una espada de doble filo. Era un joven de unos treinta años, preceptor de los dos hijos de sir Hugh Douglas de Longniddry y notario del distrito. Se llamaba John Knox y ya no se arrodillaba ante los crucifijos ni le suplicaba a Dios que le revelara por qué razón había abandonado a Escocia. La respuesta le había llegado por mediación de George Wishart: era Escocia la que había abandonado a Dios, dejándose arrastrar por el «charco del papismo». Por su parte, Knox había abandonado su vocación sacerdotal y había abrazado el credo de la Reforma. Había sido una decisión peligrosa.

Al otro lado de las murallas del autosuficiente castillo de la Roca de Stirling donde moraba la Reina, y más allá del no menos autosuficiente castillo de Saint Andrews, donde imperaba el cardenal Beaton, los reformados iban subrepticamente de casa en casa repartiendo Biblias y transmitiendo sus ilegales mensajes. Lejos de los vigilantes ojos y oídos de la Reina y el cardenal, conseguían convertir a miembros de un pueblo que, aunque no tuviera demasiada «hambre y sed de justicia», por lo menos intentaba encontrar nuevos caminos que lo condujesen a Dios. En toda la Cristiandad se respiraba un sentimiento subterráneo, una especie de canto de sirena: «Venid a beber de las aguas de este manantial.» Y la gente acudía a beber por todas las razones por las que suele acercarse a las aguas prohibidas: algunos lo hacían por auténtica sed, otros por curiosidad y algunos por audacia y rebeldía. El caballo de Troya de Enrique VIII no eran los sobornados y amedrentados aristócratas que éste había enviado al norte, sino los reformadores que los seguían con el propósito de cumplir sus propias misiones.

George Wishart, impregnado de la nueva teología protestante de Europa, enseñaba y predicaba con una voz lo bastante alta como para que el cardenal irguiese las orejas cual perro de caza que acabara de localizar una nutria y tratase de acorralarla. Sin embargo, Wishart seguía predicando con audacia ante concentraciones de fieles cada vez más numerosas y durante algún tiempo había conseguido burlar la persecución del cardenal. Ahora se dirigía a un lugar muy cercano a Edimburgo a pesar de que sus

fieles le habían advertido que la Reina y su esbirro el conde de Bothwell se disponían a capturarlo.

Por lo menos, le suplicaban sus partidarios, debía evitar prodigarse en público.

—¿Cómo? —había replicado el predicador—. ¿Acaso tengo que ocultarme como un caballero que se avergüenza de la misión que trae entre manos? ¡Me atreveré a predicar si otros se atreven a escucharme!

Cruzaban los campos del condado de Lothian con la esperanza de reunirse con sus partidarios del oeste de Escocia. Para ello habían abandonado la seguridad de Fife, donde se concentraba el mayor número de conversos.

John Knox se levantó el áspero cuello de lana de la capa y escudriñó el paisaje. ¡Por Dios, que aparecieran sus enemigos y él les segaría la vida!, pensó sujetando con fuerza la espada.

Sabía muy bien que los clérigos no debían ir armados. «Pero ¿es que todavía soy clérigo? —se preguntó—. ¡No, por la sangre de Cristo! ¡Aquella parodia de ceremonia en la que participé por mi ignorancia y en la cual me convertí en sacerdote no significó nada, menos que nada! No, a menos que oiga una inequívoca llamada de Dios, yo no soy clérigo.»

Wishart predicó dos veces en Haddington, en la iglesia más grande de la zona. Sólo unas cuantas personas se acercaron a escucharle, en contraste con los miles de seguidores que en otros lugares se habían aglomerado para oír sus sermones.

—La culpa la tiene el conde de Bothwell —comentó más tarde Wishart durante su frugal cena en casa de John Cockburn de Ormiston—. Es el señor de esta región; habrá advertido a la gente que no venga. —Masticaba cuidadosamente su pan. Lo había bendecido y había dado las gracias al Señor, y ahora el pan le sabía distinto—. ¿Cómo es este Bothwell? —preguntó, estudiando los rostros de los hombres sentados alrededor de la mesa: Douglas de Longniddry, Cockburn de Ormiston, el señor de Brunstane, Sandilands de Calder. Wishart no conocía muy bien a los potentados de la región de Lothian.

—Un bribón —contestó Cockburn—, un hombre que traiciona a todo el mundo. Su palabra no vale nada, y es muy ambicioso. Vendería su alma o a su propia madre con tal de medrar.

—¡Ya ha vendido a su mujer! —dijo Brunstane—. Acaba de divorciarse de ella, una excelente dama de la estirpe de los Sinclair, porque quiere ganarse el favor de la reina madre.

—Pretende meterse en su cama —aseguró Cockburn sin andarse por las ramas—. Legalmente, por supuesto.

—¿Queréis decir que pretendía casarse con la reina francesa? —preguntó Wishart



escandalizado.

—Sí. Y sigue cortejándola.

John Knox no sabía si intervenir o no. Tomó unos cuantos bocados más de estofado de cordero antes de declarar:

—Mi familia conoce a los Hepburn desde hace varias generaciones. Hemos combatido bajo su estandarte en muchas guerras. Son todos muy valientes y, por lo general, leales. Este Conde Rufo representa una anomalía; no debemos manchar al resto de la familia por asociación. Uno de sus castillos se encuentra río abajo, a escasa distancia de aquí. Me refiero al castillo de Hailes, sobre el Tyne. Probablemente esté allí en este momento.

—¿Es... piadoso? —preguntó Wishart.

Knox soltó una carcajada muy a pesar suyo.

—El único altar que adora es su espejo.

Fuera ya había anochecido y se había levantado un fuerte viento. Los hombres estaban nerviosos pero procuraban disimularlo. Por lo común, cada uno de ellos se hubiese hallado en otra compañía, habría intentado calmar su ansiedad con más vasos de vino. Pero todos ellos se limitaban a mirarse unos a otros, parpadeando en silencio mientras esperaban. Al final, Wishart se levantó.

—Vamos a leer las Escrituras y a rezar —anunció.

Se reunieron en el otro extremo de la pequeña estancia donde en una chimenea de piedra ardían unas débiles llamas. Wishart extrajo su gastado ejemplar de la Biblia y, con un leve gesto de las manos, pasó las páginas. Leyó el capítulo octavo de la Epístola de san Pablo a los Romanos y después dirigió las oraciones.

Justo después de los amenes, Douglas le comunicó su intención de regresar a Longniddry aquella misma noche.

Wishart esbozó una sonrisa; sabía que eso era lo que iba a ocurrir y que sería por el bien de todos. Se volvió hacia Knox.

—En tal caso, debes acompañar a tu patrón —le indicó.

—¡No —protestó Knox—, tengo que quedarme aquí para protegerte! ¡Atacaré con la espada como hizo Pedro en el huerto de Getsemaní y me complaceré en cortarle la oreja al criado del sumo sacerdote!

—Devuélveme la espada, John —dijo Wishart.

A regañadientes, pero con obediencia, Knox se la entregó.

—Ahora regresa junto a tus niños, y que Dios te bendiga —añadió Wishart—. Basta una persona para un sacrificio.

Más tarde, bien entrada la noche, cuando casi todo el mundo dormía, Wishart permaneció en vela, esperando. Cockburn lo acompañaba; habría sido una descortesía

irse a la cama y dejar solo a su huésped.

Cockburn añadió solícito más troncos al fuego y le sirvió al predicador una cerveza caliente, pero Wishart seguía con la mirada fija en las llamas, como hipnotizado.

—Pobre Escocia —dijo al final—. Sacar a la luz el credo de la Reforma será un parto muy laborioso, pero sólo la Fe conseguirá salvarla.

—La gente lleva mil años profesando determinada fe.

—Pero está claro que esta fe no los alimenta. ¡Piensa en Escocia! ¡Está a punto de perder su independencia! Los ingleses la atacan por fuera y los franceses la persiguen por dentro. La reina madre y su aliado el cardenal han colocado a toda una serie de franceses en cargos de autoridad y los han distribuido por todas partes. La pequeña reina sólo tiene cuatro años y es una simple marioneta.

Cockburn se envolvió los hombros con la manta.

—No veo de qué manera el credo de la Reforma podrá modificar la situación.

—Dando esperanza a la gente..., la esperanza de haber sido elegida por Dios. Cuando alguien llega a este convencimiento, deja de ser un esclavo, de los ingleses, de los franceses o de la Reina. Entonces los escoceses se levantarán y serán dueños de su propio destino.

De pronto, alguien llamó con fuerza a la puerta. Cockburn se sobresaltó, pero no así Wishart. Aquél fue a abrir y se encontró cara a cara con el Conde Rufo de Bothwell en persona.

—¡Ah, aquí está Wishart! —exclamó el conde, saludándolo con una inclinación de la cabeza—. ¡Sed bienvenido, señor!

Fuera, detrás del conde, Cockburn vio y oyó a un numeroso grupo de hombres. Entre ellos había un joven a medio camino entre la infancia y la edad adulta.

—Debéis rendiros a mí —agregó el conde—. Venid conmigo. —Al ver que Wishart se levantaba pero no lo seguía, señaló—: No tenéis la menor posibilidad de huir. La casa está rodeada y el cardenal Beaton se encuentra a menos de media legua de distancia en la torre de Elphinstone con una compañía de soldados. Pero yo os prometo que os guardaré sano y salvo y jamás os entregaré al cardenal. —Se volvió a mirar al muchacho, que se había adelantado para observar el interior de la estancia—. Es mi hijo Jacobo. Cuenta sólo once años y quería ver al célebre Wishart. Bien, señor, ¿estáis dispuesto a acompañarme de buen grado?

Wishart le dirigió una triste y prolongada mirada. Después sus ojos se desplazaron hacia el muchacho, que lo contemplaba con atenta atención.

—Me honra que hayas querido venir a verme —le dijo. Dirigiéndose al conde, preguntó—: ¿Me dais vuestra palabra de honor de que no me entregaréis al cardenal?

—Palabra de honor —contestó el conde.

El conde condujo a Wishart al castillo de Hailes y al día siguiente lo entregó al cardenal Beaton.

El cortés predicador fue debidamente juzgado y condenado a muerte. Lo estrangularon y lo quemaron en presencia del cardenal, apoltronado en un mullido asiento en lo alto de las murallas del castillo de Saint Andrews.

El verdugo pidió el tradicional perdón de su víctima; Wishart se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla. Knox, escondido entre la muchedumbre, vio que el cardenal esbozaba una sonrisa. A una señal de éste, los encargados de la ejecución prendieron fuego a los haces de ramas colocados bajo el inerte cuerpo de Wishart, atado al poste con unas cuerdas.

Cuando las llamas se elevaron crepitando, los verdugos se apresuraron a saltar de la plataforma. Knox observó que las columnas de fuego envolvían el cuerpo de Wishart; la imagen pareció fluctuar y despedir una tenue luz en medio de los vapores y el calor. La piel se ennegreció y se desprendió; los ojos estallaron y dejaron escapar un líquido. Un círculo de fuego rodeó el cabello y la barba como un halo, o eso le pareció al discípulo. Después la brisa esparció un olor agrio y repulsivo. Era el hedor de la quemada carne humana.

Knox observó que el cardenal se acercaba un pañuelo de encaje a la nariz. En cambio él aspiró hondo y se tragó grandes bocanadas de humo, como si de esa manera honrara su espíritu y lo hiciera suyo. Acababa de recibir la llamada de Dios.

## V

El cardenal se volvió y se despezó sobre las sábanas de seda. Era una espléndida mañana de mayo y en los reflejos del agua que jugueteaban en el techo de su dormitorio podía leer el estado de ánimo del mar. Travieso y seductor. Un poco como su amante Marion Ogilvy, que dormía a su lado y cuyo cabello era tan negro como las nubes del olvido. El olvido: eso era lo que él había encontrado en ella la víspera. Pero ahora se hallaba de nuevo en el mundo de los hombres y no necesitaba olvidar.

Unos golpes a la puerta lo sobresaltaron. ¿Qué hora era? Por la posición del sol le había parecido que aún era muy temprano. ¿Habría dormido más de la cuenta?

—Un momento, por favor —dijo alargando la mano hacia su bata de raso. Marion murmuró unas palabras ininteligibles, se revolvió y abrió los ojos. El cardenal se levantó de la cama y se acercó a la puerta para responder a las insistentes llamadas—. ¡Ya os oigo! —rugió. Quienquiera que fuese se comportaba como un grosero irrespetuoso.

Al abrir la puerta se encontró con un grupo de trabajadores armados con dagas. O más bien de asesinos disfrazados de trabajadores. Se adelantaron. Él trató de cerrar la puerta, pero ellos la empujaron y entraron en tropel. Marion soltó un grito al ver que uno de los hombres agarraba al cardenal por el cuello y otro levantaba su daga.

—¡Arrepentios de vuestra mala vida pasada! —masculló con voz sibilante el hombre que empuñaba la daga—. ¡Dios nos envía para castigaros! Juro que ni el odio hacia vuestra sucia persona ni el deseo de vuestras riquezas ni el temor de la persecución me inducen a descargar el cuchillo contra vos. ¡Lo hago porque habéis sido el obstinado enemigo de Cristo Jesús y de su verdadero Evangelio!

—¡Yo soy un sacerdote! —exclamó el cardenal—. ¡Soy un sacerdote! ¡No querréis asesinar a un sacerdote!

Las dagas se hundieron en él sin que entre ellas y la suave y blanca carne del clérigo se interpusiera más obstáculo que la fina capa de raso que lo cubría.

—¡Arrepentios de la muerte de George Wishart! —fueron las últimas palabras que oyó el cardenal.

El sol se encontraba todavía a medio camino de su cenit meridiano cuando la gente congregada delante del castillo de Saint Andrews contempló el espectáculo: el cardenal desnudo, con los cortados órganos genitales introducidos en la boca, colgaba por un brazo y una pierna del mismo lugar desde el que dos meses atrás había presenciado la quema de Wishart.

Bajo el sol de mayo, María y dos de sus tocayas —Livingston y Fleming— aguardaban que los palafreneros sacaran sus ponis de las caballerizas. Aquel día pensaban cabalgar en torno al jardín que se extendía al pie de las murallas del castillo de Stirling. Lo llamaban El Nudo del Rey, y parecía una montaña artificial, pues en sus elevadas terrazas geométricas crecían arbustos decorativos, rosales y árboles frutales. Su base constituía un espléndido camino para cabalgar, cosa que a los jardineros reales, que abonaban la tierra y podaban las plantas no les importaba, pues aún no habían empezado a trabajar allí.

María quería echar una carrera. Le encantaba cabalgar al galope; agarrada con fuerza a su pequeño caballo de las islas Shetland, tenía la sensación de volar. Pocas veces se le ofrecía la ocasión de galopar con la rapidez que a ella le gustaba, sobre todo a lomos de *Juno*, su poni preferido. A veces le permitían salir a dar un paseo con él más allá de los terrenos del castillo, cuando su madre y el cardenal la llevaban a practicar la cetrería con su halcón *Ruffles*. Siempre lo pasaba muy bien en aquellas salidas al bosque. Mientras esperaban bajo los cálidos rayos del sol, le dijo a María Livingston que quería hacer una carrera. Lusty echó la cabeza hacia atrás y contestó que le parecía muy bien pero que no tenía la menor intención de perder. Debía ser una carrera de verdad, no un simulacro.

Los ponis doblaron la esquina de los baluartes del castillo y las tres niñas corrieron a montarlos. Eran unos animales encantadores de unos cinco palmos de altura, áspero y tupido pelaje y anchas caras. Tras haberlos capturado en las islas del norte, los habían enviado en barco. Los palafreneros se habían encargado con cariño del largo proceso de su doma. Los animales ya habían olvidado su origen salvaje y se mostraban muy dóciles con sus jóvenes amazonas.

María fue la primera en montar y en alejarse al trote, pero Lusty no tardó en alcanzarla.

—Corre, corre —le dijo María a *Juno*, inclinándose sobre su cuello. El animal pasó de un irregular trote a un suave medio galope.

El cielo casi sin nubes era de un intenso color azul. Un punzante y limpio aroma primaveral impregnaba el aire, llevado por los vientos desde las lejanas Highlands. Era el aroma de la nieve en estado de fusión y de la cálida tierra mezclado con el suave perfume de millares de flores silvestres que brotaban en la alfombra de tierna hierba de los estrechos valles.

—¡Apártate de mi camino! —gritó Lusty, adelantando a María con su negro poni *Cinders*.

—¡Más deprisa! —le ordenó María a *Juno*.

*Juno* era más veloz que *Cinders*, pero no resultaba fácil convencerlo de que corriera. Sin embargo obedeció, y María vio que le ganaba terreno a Lusty.

Se oyó el sonido de un cuerno. Les pareció extraño, pues por allí no había cazadores. Un palafrenero montado en un caballo de gran tamaño se acercaba desde el castillo.

—¡Os ruego que os detengáis! —gritó, haciendo sonar de nuevo el cuerno—. Por orden de Su Majestad la reina madre, debéis regresar a palacio —indicó, haciéndoles señas a las muchachas.

María se enojó, pero mucho menos que Lusty. Les habían estropeado la carrera. Se miraron la una a la otra como si hubieran decidido desobedecer y alejarse al galope. Sin embargo sabían que el caballo del palafrenero les daría alcance, por lo que siguieron al hombre. Flamina ya había desmontado y las esperaba. Las tres muchachas ascendieron por el interminable y empinado tramo de escalera que conducía hasta la entrada del castillo.

La reina madre paseaba nerviosa arriba y abajo, y las manos le temblaban sin que pudiese evitarlo.

«Que no se percaten de que tengo miedo —se dijo—. Si aquí están a salvo, no debo alarmarlas. ¿Ya vienen? ¡Oh, gracias sean dadas a Dios!»; la Reina lanzó un suspiro al verlas cruzar la entrada.

—¡Mi tesoro, mi dulce niña! —exclamó histérica, abrazando a María mientras lloraba sobre su cabello.

María, estrujada entre sus brazos, apenas podía respirar. Las palabras de su madre resultaban de lo más desconcertantes.

—No se detienen ante nada... Son peores que las fieras... Contra Dios y la verdadera Iglesia... Hombres malvados...

Lady Fleming, que era la madre de Flamina y el aya de las niñas, se acercó para calmar a la Reina y hacerse cargo de ellas.

—En un arca que acabo de abrir hay unos vestidos de la época de Jacobo IV —dijo—. Y también unos tocados con trencilla de oro. Están en la salita contigua al dormitorio de la Reina. Podéis probároslo todo, a ver quién se parece más a su abuela.

Les hizo alegremente señas de que se marchasen, y las niñas se alejaron corriendo.

—Ahora por lo menos sabemos que están a salvo —dijo, tomando la mano de la Reina.

María de Guisa tiritaba bajo los cálidos rayos del sol.

—Pobrecita Beaton... ¡Han matado a su pariente el cardenal! ¿Cómo se lo diré? Y, sin embargo, si no se lo cuento yo, otros lo harán. ¡Oh, Janet! —La Reina se volvió hacia lady Fleming—. Lo han matado y lo han colgado como un animal... ¡Tengo miedo! —Las palabras brotaron de manera atropellada de sus labios—. ¡Después vendrán por nosotras!

—No, no —le aseguró lady Fleming—. No lo harán, no pueden. Stirling es la fortaleza más segura de toda Escocia. ¡Por eso la elegisteis!

—Pero Saint Andrews también se consideraba un castillo seguro. El cardenal estaba fortificándolo; los obreros trabajaban día y noche. Y, sin embargo, ¡consiguieron entrar! —La Reina se estremeció.

Lady Fleming irguió con orgullo la cabeza.

—Sí, pero estaba fortificándolo contra los ingleses. No sospechaba de sus propios paisanos. Se presentaron disfrazados de obreros. ¿Quiénes eran?

—Los protestantes —respondió la Reina—, unos herejes radicales que querían vengar la muerte de su cabecilla George Wishart.

—¡Ah, ése! —Lady Fleming hizo un gesto despectivo con la mano.

—Tengo miedo, Janet, mucho miedo. ¿Quién habría imaginado que se vengarían de esta manera?

—Pedid ayuda del exterior. Recurrid a vuestros poderosos parientes de Francia. Vuestro hermano el duque Francisco es un gran soldado y convencerá al Rey de que envíe barcos y armas.

María esbozó una nerviosa sonrisa.

—No lo creo. El rey de Francia está muy enfermo; lo único que le interesa es huir de su enfermedad. No es fácil que preste atención a lo que le dicen.

Ambas mujeres se acercaron a las murallas y contemplaron el valle que se extendía a sus pies y las tentadoras colinas que conducían a las Highlands, donde las frías brisas soplaban durante todo el verano. El río discurría por su lecho como una cadena de plata en un estuche de terciopelo. No se veía movimiento alguno de tropas, nada que resultara amenazador. Pero aquellos fanáticos no se presentaban vestidos de soldados.

De pie en lo alto de las murallas azotadas por el viento María de Guisa reparó de pronto en lo absolutamente sola que se encontraba. Su aliado y consejero había desaparecido. No quedaba nadie capaz de protegerla y guiarla en su política. Procuró no imaginar al cardenal colgado de la muralla del castillo con sus propias sábanas. Ni tal como decían que se hallaba en aquellos momentos, salado como un trozo de carne en el interior de un tonel, en la mazmorra del castillo.

Habían soltado a Marion Ogilvy tras obligarla a presenciar el asesinato y la mutilación de su amante. No habían querido divertirse con ella; eran demasiado piadosos para eso aquellos señores de Fife, partidarios de la Reforma que habían entrado con un carro en el castillo a primera hora de la mañana disfrazados de obreros.

—¿Quiénes son estos señores? —preguntó Janet.

—Según los informes, los asesinos eran unos dieciséis —contestó María, que había interrogado al mensajero con más detenimiento que la escandalizada aya—. Pero otros se preparan para unirse a ellos. Pretenden quedarse con el castillo.

—¿Cómo? ¿Quedarse ellos con el castillo? ¿Para qué?

—Se llaman a sí mismos castellanos y piden ayuda a Inglaterra.

—Ah. —Ahora todo estaba más claro que nunca—. Todo eso forma parte del incesante ataque de Inglaterra contra Escocia. ¡Están resueltos a devorarnos! Desde que los escoceses rechazaron la alianza matrimonial, los ingleses han intentado imponernos otra por las armas —se exclamó lady Fleming.

Por su parte, María advertía con una creciente sensación de hastío, que la situación nunca terminaría y que, si tal era su propósito, Escocia no sería capaz de resistir durante mucho tiempo el acoso.

Aquella noche, mientras María de Guisa se disponía a acostarse, consciente de que no conciliaría el sueño, dejó que su doncella le cepillara el largo cabello.

Una pasada tras otra, el ritmo ejercía un efecto calmante, pues empezaba por el cuero cabelludo y bajaba hasta las puntas del pelo, provocándole una agradable sensación de hormigueo. El fuego de la chimenea y las velas proyectaban sobre la pared unas sombras alargadas y móviles que borraban las bellas imágenes coloreadas de dioses, diosas, caballeros y damas de los tapices importados de un lugar llamado Flandes, donde reinaban la paz y la tranquilidad.

«Las borran al igual que la oscuridad y las sombras de Escocia borran todo lo que nos sostiene —pensó mientras su mente se liberaba de la opresión y se dejaba llevar por las repetidas caricias del cepillo—. Es una tierra situada en el confín del mundo donde los hombres se convierten en otra cosa. Toda Escocia es como este castillo de Stirling, antiguo y manchado de sangre, pero cubierto de un ligero barniz de estatuas, adornos y entretenimientos, como los pavos reales blancos que se pasean por el recinto de palacio alrededor de los estanques artificiales llenos de peces. Todo eso no sirve para nada, su propósito es distraernos y apartar nuestros ojos de aquellas lejanas y brumosas montañas o bien de los enemigos que están subiendo subrepticamente por el valle del Forth.

»Al parecer, la mitad de la nobleza practica la brujería. Dicen que lady Douglas, la madre de Jacobo, es bruja y se sirvió de sus encantamientos para retener al Rey a su lado, y aseguran que Patrick, tercer lord Ruthven, uno de los custodios de María nombrados por el Parlamento, también es brujo. Aquí el poder de las tinieblas parece tan cercano...»

—Ya es suficiente, Meg —indicó María. Comenzaba a dolerle el cuero cabelludo de tanto cepillárselo—. Me retiraré a descansar.

—Como gustéis, señora.

Meg extrajo el gorro de dormir de encaje que siempre utilizaba la reina madre, se lo ajustó a la cabeza y descorrió las cortinas de la cama.

«Pero también hay brujería en Francia —se dijo María de Guisa, tendida en la cama



—. Me cuentan mis hermanos que la italiana Catalina de Médicis consulta a hechiceros y nigromantes, a cualquiera que pueda curar su esterilidad. Sería capaz de cerrar tratos con el mismísimo Satanás, y quizá ya lo haya hecho, pues al cabo de diez años ella y Enrique de Valois han tenido por fin un hijo, a quien han impuesto el nombre de Francisco. Nació infaustamente un año después que mi María, durante un eclipse de sol. Cualquiera necio sabe que eso es un mal presagio, el peor que puede haber, pues, ¿qué augura un eclipse sino justamente eso, el eclipse de la persona? Sin embargo, ellos procuraron disimularlo creando para el hijo un escudo de armas en el que se representaban el sol y la luna con el audaz lema “Entre éstos surgí”. Más tarde la italiana alumbró una niña llamada Isabel, y ahora vuelve a estar embarazada. El demonio cumple con su palabra. A su manera, es un ser honrado, o eso dicen por lo menos quienes mantienen tratos con él.»

María se revolvió en la cama para adoptar una postura más cómoda. Ya había entrado un poco en calor y apartó la gruesa colcha superior.

Decían que el pequeño Francisco era un niño enfermizo, pero que empezaba a cobrar más fuerza. «A lo mejor, estuvo “eclipsado”, sobre todo durante el parto; quizás a eso se refería el presagio —pensó María de Guisa—. A lo mejor vivirá y será la respuesta para mi María. ¡Oh, si el cardenal pudiera ayudarme! ¡Oh, David!» Sin que nadie la oyese, la reina madre lloró por su único amigo y consejero.

## VI

Apenas medio año después murió Enrique VIII, y le sucedió en el trono de Inglaterra su hijo de nueve años, Eduardo, aunque, en realidad, quien de veras gobernaba era su tío y protector, el duque de Somerset. La muerte de Enrique VIII no sirvió para suavizar el feroz y «duro galanteo», tal como con sorna llamaban los escoceses a los intentos ingleses de imponer por las armas la unión matrimonial de la pequeña María con el ahora rey Eduardo, incendiando, matando y saqueando toda la campiña escocesa.

Cuando el invierno dio paso a la primavera, el rey Francisco I de Francia siguió a Enrique VIII a la tumba. Su hijo, el débil e inútil Enrique II, gobernaba Francia y estaba mucho más empeñado en complacer a la poderosa familia de Guisa de lo que jamás lo había estado el anciano Francisco I; y complacerla significaba, naturalmente, defender a los escoceses de los ingleses.

Los rebeldes asesinos del cardenal Beaton habían resistido durante varios meses el asedio del castillo de Saint Andrews con la vana esperanza de recibir auxilio de los ingleses. En el interior de las imponentes murallas, con el cuerpo del difunto cardenal conservado en sal en las mazmorras, los asesinos alternaban una vida de desenfreno con duras penitencias. En su afán de disfrutar de diversión y compañía, ciertos padres ordenaron al mentor de sus hijos que llevara a los muchachos al castillo. El preceptor John Knox obedeció y llegó por Pascua.

Tras una inicial reticencia, asumió su vocación y empezó a predicar, ejercer su ministerio y mantener disputas con sus «feligreses», que se hallaban en el exilio. El maestro de escuela de treinta y tres años subió al pulpito y, como un Juan Bautista, anunció con voz de trueno el gran castigo que se abatiría sobre ellos si no abominaban de la Sinagoga de Satanás, la Ramera de Babilonia, la Iglesia romana y el Papa, el Hombre del Pecado. Con el látigo de sus palabras despertaba en ellos un ardiente fervor religioso.

Los franceses enviaron un contingente, y a finales de julio de 1547, el castillo se vio obligado a rendirse. Knox, capturado por el enemigo, acabó junto con sus compañeros rebeldes como forzado en las galeras de la armada francesa.

Sorprendidos por la acción y el dominio francés sobre Escocia, los ingleses decidieron actuar. El mismísimo protector se puso al frente de la invasión de Escocia subiendo por Northumberland y pasando por la costa de Berwick.

Contaba con un ejército de unos dieciocho mil hombres, un tercio de los cuales eran de caballería, mientras que los soldados de a pie iban armados con mosquetes; disponía también de artillería pesada y de mil carros de pertrechos, aparte del poderío de la armada inglesa, que aguardaba a escasa distancia de la costa.

Los escoceses de todas partes se habían juntado para defender su país, por lo que el conde de Arran contaba con el doble de hombres que el enemigo, es decir, unos treinta y seis mil. Sin embargo, carecían de armas, y únicamente contaban con arqueros de las Highlands. Tampoco tenían artillería, sino tan sólo lanzas; ni siquiera tenían caballos. Se pusieron en marcha bajo un blanco estandarte que proclamaba *Afflicte sponse ne obliviscaris*, «no olvides a tu afligida esposa».

En Pinkie Clough, junto a la ciudad de Musselburgh, a unas dos leguas y media al este de Edimburgo, el conde de Arran se lanzó al combate. Formó un frente de batalla de cuatro divisiones sobre un terreno elevado en el que las relucientes lanzas semejaban cuatro enormes campos de cebada madura. Según la descripción de un testigo directo inglés, las filas de hombres y las lanzas estaban tan prietas que parecían las púas de un puercoespín.

Ambos bandos sabían muy bien por qué combatían. Somerset se adelantó y ofreció la retirada siempre y cuando los escoceses estuvieran dispuestos a permitir que María eligiese a su esposo cuando tuviera edad suficiente para hacerlo y no le concertaran el matrimonio.

Los escoceses respondieron atacando como fieras, con lo que abandonaron imprudentemente su ventajosa posición. Los navíos ingleses dispararon contra ellos y dispersaron a los arqueros, que se vieron diezmados por la caballería. Casi todos los muertos habían sufrido heridas en la cabeza pues los soldados montados, al no llegar más abajo con sus espadas, se habían limitado a decapitar a sus adversarios y herirlos en el cuello. Diez mil escoceses resultaron muertos y yacían tan amontonados que, desde lejos, parecían rebaños de ganado pastando en el verde prado. Hallaron el blanco estandarte con su lema debajo de un montón de clérigos muertos. El trofeo manchado de barro fue enviado al sur, para ofrecerlo al rey Eduardo VI como prueba de la victoria.

Ya ni siquiera las gruesas murallas del castillo de Stirling protegían a sus moradores del horror del exterior. Entre los muertos que formaban resbaladizos montículos de cuerpos en estado de descomposición se encontraba lord Malcom Fleming, padre de María Fleming y esposo de lady Janet Fleming.

Un veloz mensajero llevó la noticia a Stirling, donde la animosa lady Fleming se derrumbó y tuvo que apoyarse contra el muro del patio mientras las estatuas de los dioses planetarios —Mercurio, Júpiter, Saturno— la miraban con benevolencia desde sus hornacinas. «Los escultores franceses las colocaron allí arriba como si el orden y la belleza pudieran echar raíces en este lugar —pensó María de Guisa, contemplando a su servidora y amiga, que pugnaba por reprimir las lágrimas y sobreponerse a la impresión—. Las colocaron allí por orden de mi esposo, muerto también

prematuramente y de manera muy misteriosa, por cierto.»

—Valor —fue lo único que María logró musitar—. Valor.

Lady Fleming se levantó y trató de serenarse.

—Debo decírselo a mi hija, debo decírselo a mi hija —repitió varias veces mientras se dirigía a trompicones hacia los aposentos infantiles.

Aquella noche María Fleming lloró con amargura en el dormitorio que compartía con sus tocayas. Todas intentaron consolarla hablándole de sus propias pérdidas, las cuales eran demasiado escocesas, por desgracia.

—Mi padre murió poco después de la derrota de Solvay Moss —señaló María—. Y a mi abuelo lo mataron en Flodden Field.

—A mis dos abuelos los mataron en Flodden —dijo Fleming entre sollozos—. Ahora toda mi familia ha muerto batallando contra los ingleses.

—Mi abuelo también murió en Flodden —intervino María Seton con su triste y dulce voz.

—Y el mío —recordó María Livingston, cuya alegre naturaleza no soportaba la idea de la muerte ni de la sangre.

—Ahora todas somos hermanas en el dolor —observó María, que hasta entonces jamás se había parado a pensar en aquella cuestión. Estaba al corriente de las muertes de su padre y su abuelo, pero desconocía las posteriores profanaciones de sus sepulcros y sus cadáveres. Hasta entonces su vida había sido confusa pero feliz, y ella tendía por naturaleza a buscar el sol más que la oscuridad y a huir de las sombras que de modo tan implacable parecían perseguirla. Pero los sufrimientos de sus amigas eran otra cosa; no habría manera de huir de ellos.

Unos días después María despertó en mitad de la noche cuando alguien encendió una vela con sigilo en su habitación. Jean Sinclair, su doncella personal, iba y venía por la estancia, vestida del todo. María la vio recoger varias prendas y colgárselas del brazo sosteniendo la vela en alto para mirar en los oscuros rincones. ¿Qué estaría buscando?

Jean se acercó a ella, se sentó en la cama y la sacudió con suavidad.

—Debéis vestiros con ropa de abrigo, Majestad. Vais a emprender un viaje secreto.

María se incorporó. Aquello tenía que ser un sueño. Comprendió que no podía preguntar adónde, pues le habían dicho que se trataba de un secreto.

—¿Vamos solas? —preguntó en un susurro mientras se levantaba de la cama. La señora Sinclair ya le calentaba la ropa en un soporte, delante de la chimenea encendida.

—No. Os acompañan vuestra madre y las cuatro Marías y maese Scott, vuestro preceptor, así como vuestros custodios lord Erskine y lord Livingston. Eso es todo.

—¿Acaso es una huida? —preguntó María mientras se ponía las gruesas prendas de lana, que utilizaba cuando salía a montar o a jugar sobre el hielo.

—¡Sí, tenemos que huir! ¡Pero nadie nos encontrará!

—¿Nos quedaremos allí para siempre y jamás regresaremos?

—Tal vez.

—¿Y no volveremos a ver este castillo?

—Quizá no.

Nerviosa y emocionada, María se preparó a toda prisa.

Los viajeros se reunieron en el patio a la luz de las antorchas. Iban envueltos en gruesas capas provistas de capucha, calzaban recias botas y sólo llevaban unas pequeñas bolsas de viaje. Los adultos hablaban en voz baja para que los niños, muy apiñados, no los oyesen. Flamina y Lusty se mostraban entusiasmadas con aquel viaje nocturno, Seton parecía resignarse a su destino, y Beaton se mostraba serena y reposada. En cambio, María sintió que su espíritu se elevaba cuando empezó la aventura. En lugar de atemorizarse ante el peligro que corrían, sintió que renacía.

El grupo descendió en la oscuridad por las empinadas escaleras del castillo pues, tras haber sido informados aquella tarde de que los ingleses se encontraban a sólo dos leguas y media de distancia, no se atrevían a encender las antorchas. Al pie de los escalones aguardaban los caballos. Sentaron a las niñas detrás de los adultos. Ningún poni de Shetland habría sido capaz de cabalgar a la velocidad a la que el grupo pretendía hacerlo al amparo de las sombras.

Se alejaron al galope en medio de la oscuridad de aquella noche sin luna, guiados por el palafrenero mayor de las caballerizas del castillo.

El aire era muy frío y el suelo estaba cubierto por una capa de bruma que se agitó formando remolinos cuando ellos la atravesaron. María se aferraba con fuerza a la espalda de lord Erskine, en tanto que María Livingston cabalgaba detrás de su padre Alexander.

En medio de la oscuridad María oyó los sonidos de los venados y demás animales salvajes del bosque, y el batir de alas de asustadas aves acuáticas. Las comadrijas y los armiños correteaban entre la maleza, y en determinado momento se le erizó el cabello al oír los aullidos de una manada de lobos.

Todo, la oscuridad, las sacudidas, los olores y sonidos desconocidos, parecía un sueño, y no dejó de serlo ni siquiera cuando llegaron a la orilla de un lago donde los esperaba un barquero. Cuando el cielo adquirió un tono lechoso y la bruma empezó a disiparse sobre el lago, cuyas cañas parecían amarillos centinelas, cruzaron las aguas

hasta una verde isla cuyos blancos edificios despedían un apagado brillo bajo el nacarado fulgor del amanecer. María saltó del barco, pisó una alfombra de esponjosa hierba verde y fue recibida por una alta figura embozada.

—Bienvenida a Inchmahome, hija mía —dijo la figura, hincando una rodilla en tierra.

Sus ropajes exteriores eran de color negro y la cogulla estaba tan echada hacia delante que María apenas distinguía el rostro que ocultaba. Sin embargo, la serena y tranquilizadora voz parecía tan propia de un sueño como los restantes detalles de aquellas noche y aurora mágicas. Exhalando un suspiro, la niña se desplomó en los brazos del prior y se dejó llevar por la sensación de paz que la invadía.

Se pasó tres cuartas partes del día durmiendo, y cuando por fin despertó ya atardecía. Unos alargados rayos de luz del color de la miel penetraban a través de la hilera de ventanas de la espaciosa pero sencilla estancia. Las paredes carecían de adornos y el suelo era de piedra. La cama en la que descansaba no era mullida sino dura y las sábanas, muy ásperas, olían a aire puro y a sol y conservaban el dulce perfume de la asperilla.

Procedente de algún lugar oyó el distante sonido de unos cantos. Se levantó —había dormido completamente vestida— y se acercó muy despacio a las ventanas abiertas. Se asomó y vio unos árboles, una hierba muy verde, agua y, al lado, una pequeña iglesia. De allí procedían los cantos. Eran muy débiles y sonaban como la lejana orilla del Cielo. Se acodó en el alféizar, dejó que la suave brisa le alborotara el cabello y se quedó medio adormilada por la belleza del sol y de las voces que flotaban en el aire. Jamás en su vida había experimentado semejante sensación de paz.

Así fue como la encontró el prior al regresar a su celda después del rezo de la nona. La chiquilla, con el hermoso rostro ovalado iluminado por una sonrisa, dormía apoyada en el alféizar.

«Pobre niñita —pensó él—. Nunca creí que vería a mi reina aquí, en mi monasterio. Es una bella criatura de la que todos hemos oído hablar pero a la que jamás hemos visto pues la tienen encerrada allá arriba, en Stirling.»

Fray Thomas, el prior, hacía penitencia por haberse «alegrado de la injusticia», cosa reprobable según el versículo quinto del capítulo trece de la primera epístola de san Pablo a los Corintios: «La caridad no busca lo suyo, no piensa mal, no se alegra de la injusticia.» Pues, aunque fray Thomas no se había alegrado en realidad de la muerte de Robert Erskine, el seglar que había recibido el priorato de Inchmahome como presente real, sí le satisfacía el haber recuperado por lo menos el control provisional de su monasterio. Pinkie Clough se había cobrado la vida del joven Robert; su padre, custodio de la pequeña reina, había llegado con los regios visitantes y no cabía duda de

que nombraría a su segundo hijo John para que ocupara el lugar del difunto Robert. Pero entretanto fray Thomas ejercía de nuevo su dominio, lo que resultaba apropiado en su opinión. El hombre que gobernara un priorato debía ser un monje, no alguien nombrado por el Rey, que ni siquiera conocía los nombres de los oficios divinos. «Debo hacer más penitencia», pensó con hastío mientras recordaba todas aquellas cosas e incluso se complacía en ellas.

Rozó con suavidad el hombro de la niña, y ésta abrió los ojos, unos ojos de un delicado color ámbar con manchas doradas.

—Buenas tardes, Majestad —la saludó.

La niña se despezó con toda naturalidad.

—Me he quedado dormida escuchando una música maravillosa. Parecían las voces de los ángeles.

—Son los monjes que viven aquí —le aclaró el prior—. ¿Los veis pasear por el claustro? —añadió, señalando un verde prado rodeado por unos hermosos arcos. En efecto, unas figuras vestidas de blanco y negro cruzaban el claustro en todas direcciones. Sólo se percibían tres colores adondequiera que uno mirara: el negro, el blanco y el verde, que creaban un exquisito contraste de inmovilidad y movimiento. Incluso las piedras del monasterio presentaban los mismos tonos: negro, blanco y gris con toques de verde musgo—. Estaban rezando a Dios —explicó fray Thomas—. Todos nos reunimos en la iglesia para rezar ocho veces al día.

—¡Ocho veces! —exclamó la niña.

—En efecto. La primera vez en mitad de la noche. Es nuestro oficio de maitines.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué os levantáis en mitad de la noche para rezar?

—Porque nos sentimos más cerca de Dios cuando el mundo duerme y nosotros aguardamos el amanecer.

María bostezó.

—Debéis de amar mucho a Dios..., ¡más que el sueño, en cualquier caso!

—No siempre. Pero está la obediencia, que constituye una forma muy elevada de amor, aunque no siempre parezca tan placentera como las demás.

«Como la unión mística e incluso el sufrimiento —pensó el prior, sintiendo los verdugones de la “disciplina” bajo su áspero hábito de lana—. La obediencia representa una forma de amor áspera y tediosa; no es el amor de un amante, pero al parecer Dios la prefiere..., y ésta no es la menor de sus rarezas.»

—Os habéis perdido nuestra comida principal —añadió fray Thomas—. Debéis de estar muy hambrienta. Puedo mandar que os suban de inmediato un poco de comida. Pan, sopa, huevos...

—¿No puedo comer con los monjes?

—Sí, pero... después, y me temo que la última comida será más bien frugal, apenas uno o dos bocados.

—Me gustaría comer con los monjes —insistió la niña.

«A su edad, estas cosas son un juego, una novedad —pensó el prior—. Los monjes, la “cena de ayuno y abstinencia”... sólo al cabo de los años se convierten en algo que no sólo es natural, sino también un sacrificio.»

—Como queráis —respondió.

Aquella noche María ocupó su lugar en la alargada mesa del refectorio en compañía de su madre y de las otras Marías. Vio que las figuras de los monjes envueltos en sus hábitos partían en silencio el pan y tomaban la sopa con lentos y rítmicos movimientos. A su lado, los ademanes de los forasteros al llevarse la comida a la boca y beber de sus copas de madera, parecían torpes y espasmódicos.

María se avergonzó de sus compañeras y deseó comer tal como lo hacían los monjes. Miró a su madre y la vio mascar con fruición un trozo de pan. ¿En qué estaría pensando? María trató de llamar su atención, pero la reina madre se hallaba absorta en sus pensamientos.

«Aquí, en esta isla, nos hallamos a salvo —pensó María de Guisa—. Los ingleses jamás nos encontrarán en este lugar. Pero ahora ya sé que Escocia no resistirá sola durante mucho más tiempo. La batalla de Pinkie Clough lo ha demostrado. Ha significado el final de Escocia como fuerza de combate independiente. Los ingleses la devorarán. Debemos entregarnos a Francia y encomendarnos a su clemencia.»

La idea de semejante humillación le resultaba extremadamente amarga, pero si pretendía conservar Escocia para su hija...

Miró a María, sentada con sus tocayas. La chiquilla estudiaba con atención a los religiosos y apenas había probado bocado. Sus ojos seguían todos los movimientos que realizaban los monjes mientras partían el pan e inclinaban la cabeza sobre el cuenco de sopa.

«Para ella todo esto es una aventura —se dijo—. La galopada en plena noche, la llegada a esta isla para escondernos con los monjes... Pero para mí no es un juego. Es algo sumamente serio; lo que decida hoy determinará el futuro de mi hija como soberana de Escocia y el de ésta como reino. Pero ya he tomado la decisión: nos venderemos a Francia. Lástima que el cardenal no se encuentre aquí para reprenderme por hablar en plural. ¿Acaso me he convertido por fin en escocesa? Le haría gracia. No obstante, si tengo que elegir entre el dominio de Inglaterra y el de Francia, prefiero el de Francia. Es mi tierra natal; profesa la fe católica y es concorde en todas las cuestiones esenciales. Mi hija es medio francesa... Todo irá bien.»

Levantó su copa de madera y tomó un buen trago. El vino era francés. Al parecer,



todo lo bueno venía de Francia.

Francia... Su rostro adquirió una expresión soñadora al recordar los dulces días de otoño en la finca de Joinville; el suave color de las hojas que conservaban los árboles, traspasadas por los bajos y oblicuos rayos del sol; el crujido de la hojarasca cuando la pisaba; el jugo fresco del manzanal; la bruma de primera hora de la mañana que envolvía los bosques durante la caza del jabalí...

La decisión le parecía del todo acertada. Curiosamente, cuando una decisión era acertada, surgía con facilidad y cruzaba sin impedimento las compuertas de la mente; en cambio, cuando era equivocada, había que luchar para que pasara, y siempre surgían puntos desagradables en los que quedaba atascada y adherida y acababa por irritarla.

De repente, la reina madre sintió un profundo cansancio. «Todo ha terminado — pensó—. Ya está hecho. Lo he decidido.»

Sólo faltaba comunicárselo a Francia, pero esto sería muy fácil.

«Tengo que descansar —dijo para sí—. Me lo merezco.»

Madre e hija compartían la habitación del prior, situada en el piso superior del ala oeste del claustro. Por la tarde fray Thomas había mandado sacar la mejor ropa de cama y colocar alfombras en el suelo para sus regias huéspedes; los monjes agustinos, menos austeros que otras órdenes, disponían de tales enseres para los invitados ilustres.

En plena noche la pequeña María despertó bruscamente, de manera preternatural, y permaneció inmóvil, conteniendo la respiración. Le pareció que su madre hacía lo propio y que toda la estancia era una criatura de piedra que experimentaba sensaciones y sentimientos y que estaba despierta pero en silencio. Fuera se oía el viento susurrar entre las hojas de los árboles, pero el efecto que esto producía no era de soledad sino de consoladora compañía.

Poco después percibió un suave crujido: el sonido de pisadas amortiguadas y de roce de ropa. Eran los monjes que se dirigían a sus oraciones.

Fuera estaba completamente oscuro. La niña se levantó con sigilo de la cama y se acercó a la ventana. No había luna, pero brillaban las estrellas.

Distinguió las oscilantes hojas de los gigantes árboles, recortadas contra la reluciente superficie del lago, y el suave resplandor de la luz del interior de la iglesia.

Los monjes se congregaban para rezar sus oraciones en la hora secreta de la noche. Deseaba con toda el alma unirse a ellos. De pronto comprendió que era por eso por lo que había despertado. Buscó a tientas sus zapatos, se los puso y tomó su capa de lana. Procurando no tropezar y avanzando lentamente hacia la puerta, consiguió pasar junto a la cama de su madre sin despertarla. Levantó con sumo cuidado el pasador de madera y abrió la puerta, que no emitió el menor chirrido; los monjes lo conservaban todo en perfectas condiciones como parte de su servicio a Dios.

Hacía frío en la escalera que conducía a la planta baja. María se arrebujó en su

capa. Bajó por los peldaños y cruzó corriendo la húmeda hierba en dirección a la puerta lateral de la iglesia. El cerrojo tampoco hizo el menor ruido, y ella consiguió entrar en silencio en el templo. Avanzó con cautela hacia un altar lateral y se ocultó en las sombras. Los monjes ya se habían reunido; ¡esperaba que no la vieran!

Estaban sentados en los bancos de piedra que había a los lados del fulgurante altar mayor, flanqueado por dos altos cirios. Mantenían agachadas las cabezas cubiertas por las capuchas, y el murmullo del rosario que rezaban los rodeaba como el zumbido de unas abejas en torno a una colmena.

*Maria*

*tia plena*

*ninus tecum:*

*edicta tu in mulieribus...*

No se atrevía a moverse, acurrucada en su frío escondrijo de piedra cubierto por una fina película de vapor condensado. El tiempo pareció detenerse. No obstante, notó que poco a poco las cinco altas vidrieras situadas detrás del altar mayor empezaban a diferenciarse de la noche. Al principio, apenas se distinguían como una simple tiznadura opalescente en la oscuridad, hasta que sus distintos colores empezaron a brillar y a destacar cada vez con mayor claridad, hasta que se convirtieron en unos alargados y finos paneles de piedras preciosas rojo granate, amarillo caléndula, azul zafiro, violeta crepúsculo y verde mar que componían exquisitas figuras a la luz del amanecer.

Los monjes se rebulleron en sus asientos y se oyó un metálico tintineo en el momento en que se encendió el incensario. El denso y perfumado humo se elevó en suaves nubes alrededor del altar y al momento se iniciaron los cantos del oficio de maitines.

*Te De-um laude-mus...*

Las profundas y rítmicas cadencias se elevaron hacia la bóveda junto con el incienso mientras el sol enviaba un primer y minúsculo rayo a través de una morada lanza de cristal de la vidriera. En una hornacina cercana al altar mayor, la Virgen María pareció despedir un suave resplandor cuando las primeras luces del alba acariciaron su rostro alabastrino.

María estuvo casi a punto de desmayarse a causa de la belleza que contemplaba, el frío del ambiente, la emoción y el temor a que descubrieran su clandestina presencia. Había asistido a misa en la capilla real de Stirling, pero aquello era una ceremonia diurna sin el menor brillo; en cambio, lo de ahora era pura magia, una puerta abierta a un mundo que la abrumaba y ejercía sobre ella una atracción tan poderosa que la hizo desear desvanecerse de inmediato en él.

Los incandescentes colores, el místico aroma, las profundas y seductoras voces sobrenaturales y el resplandeciente rostro de la Virgen se arremolinaban en su extasiada alma. Dominada por un intenso arrobamiento, se apoyó contra la pared y se dejó llevar por la emoción.

«De manera que esto es Dios», pensó deslizándose en silencio hacia delante para entregarse a Él.

Más tarde, los monjes la descubrieron tendida en el suelo de la nave del templo, junto a uno de los altares laterales. Al verla tan profundamente dormida temieron que hubiera perdido el conocimiento, pero cuando la alzaron la niña abrió los ojos y esbozó una beatífica sonrisa.

—¿Ya es la hora del siguiente canto? —preguntó mientras los monjes reían con alivio.

—Tal vez la Reina de Escocia debería tomar el hábito, Majestad —dijeron al devolvérsela a su madre—, al igual que hizo la bienaventurada reina santa Margarita. Parece que tiene vocación.

—Su destino es otro —contestó María de Guisa. El sueño nocturno la había reafirmado en su decisión de la víspera—. Tiene que casarse y vivir en este mundo.

—Es peligroso desoír la llamada de Dios —señaló fray Thomas en un tono que sonaba burlón—. Dios es un amante celoso y no acepta de buen grado que hagan caso omiso de él. En realidad, cuando marca a alguien para sí, no admite el rechazo.

—Quizás en el ocaso de su vida, cuando ya haya cumplido con sus deberes terrenales —dijo la reina madre, a quien la conversación se le antojaba molesta e inútil.

—Dios no quiere nuestras sobras sino los primeros frutos —dijo fray Thomas—. No obstante —añadió con irritante afectación—, es bien sabido que a veces convierte nuestras sobras en un sacrificio de primer orden.

## VII

En las entrañas de la galera francesa hacía un calor asfixiante y hedía a piel humana sin lavar. Los galeotes llevaban varias horas remando, y ahora que empezaba a oscurecer sabían que su tormento pronto acabaría... aunque sólo temporalmente. Aquel día apenas si habían azotado a diez o doce de ellos, pues todos habían trabajado con ahínco, y el cómitre, a pesar de serlo, tenía buen corazón.

—Han avistado la costa cercana a Dumbarton —anunció el cómitre—. Mañana llegaremos a puerto. Unos días de descanso y después... regresaremos a Francia.

—¿Subirá a bordo la Reina? —preguntó en un susurro un alto y fornido galeote, en cuyos hombros se distinguían las huellas de unos azotes no demasiado recientes.

—Sí, con todo su séquito —contestó el cómitre—. Unos cincuenta o sesenta jóvenes y sus preceptores.

—¡Bah! —exclamó el galeote—. O sea que lo harán, ¿verdad? La pequeña reina se va a Francia para beber el vino que debería acompañarla durante toda su vida, que será una desgracia para este reino y a ella la llevará a la destrucción.

—¿Y a ti qué te importa, Knox? —replicó un compañero—. Para nosotros significa un descanso, eso es todo. Tendrías que alegrarte. ¿Qué más nos da quién vaya en cubierta? Nosotros jamás los vemos.

—Pero los sentimos —aseveró Knox—. ¡Su presencia contamina el aire!

—¿Así hablas de la Reina?

—La Reina es una niña medio francesa, y ahora la adoctrinarán por entero con su malsana y retorcida manera de pensar. ¡No, ella no es mi reina!

Extendió los entumecidos brazos. Hacía más de un año que los franceses lo habían capturado en la toma del castillo de Saint Andrews y llevaba remando en las galeras desde entonces. Había navegado hasta Ruán e incluso había hecho una travesía bastante agradable por el Loira, aunque no le habían permitido subir a cubierta para contemplar los famosos castillos. Ahora hacía unos cuantos meses que servía en una armada de más de cien barcos que el rey francés había enviado en una doble misión: desembarcar tropas en Leith, en la costa oriental de Escocia, para aprovisionar las guarniciones y derrotar a los ingleses, y rodear la punta septentrional de Escocia —una misión terrible, pues jamás una galera había emprendido semejante travesía— y tomar puerto en la costa occidental del reino. Allí, en la plaza fuerte del castillo de Dumbarton, encaramado en lo alto de la rocosa montaña por encima del estuario del Clyde, se encontraba la pequeña reina de los escoceses aguardando que la trasladasen a Francia.

John Knox había estado a punto de echarse a llorar al contemplar por primera vez su tierra natal a través de las pequeñas portillas de la galera. Las agujas de Saint Andrews parecían flotar, tentadoras, en la distancia.

—Volveré a predicar allí algún día —anunció con solemnidad.

—Pues claro, hombre —murmuró el galeote que tenía al lado, un ladrón y asesino a quien Knox había intentado en vano convertir al verdadero Evangelio.

Avistó la impresionante roca —pues eso parecía desde lejos— de Dumbarton a través de la portilla. En lo alto de su cumbre se distinguía un pequeño castillo.

«Ella espera allá arriba —pensó Knox—. La niña descaminada, imbuida de las abominaciones del papismo. Después la sumergirán, como Aquiles en el río Éstige, en las aguas de la frivolidad y la falsedad de Francia para destruir su carácter y descarriarla. A Escocia no se la debe servir así. No, de ninguna manera», concluyó.

Había llegado el momento de la partida. En medio del revuelo producido por las apresuradas lecciones de francés, la elección de los ponis de Shetland para los príncipes franceses, las pruebas de los vestidos y los banquetes de despedida, la pequeña María de cinco años no era consciente de que su madre no la acompañaría.

Nunca antes se habían separado, y ahora, en medio del viento que azotaba y hacía ondear los gallardetes de los barcos mientras las aguas del estuario se agitaban bajo el sol y un numeroso grupo de damas y caballeros aguardaba para embarcar, la niña se sintió mareada de repente y sujetó con fuerza la mano de su progenitora.

—No puedo dejarte —le dijo con lágrimas en los ojos—. ¡No puedo, no puedo!

María de Guisa, tragándose las lágrimas, pidió a la Virgen que le concediera fuerza para disimular su congoja.

—No llores, mi queridísima hija. Me reuniré contigo en cuanto pueda —le prometió—. Aún me quedan unos asuntos que resolver aquí. Cuando haya afianzado tu reino y esté segura de que nadie te arrebatará jamás Escocia, iré a Francia, mi dulce amor.

—¿Y eso será muy pronto?

—¡Depende del empeño que pongan en la lucha los ingleses! —contestó la reina madre en tono de chanza—. Pero ahora, *ma chérie*, enjúgate los ojos. —Le entregó a María un pañuelo de encaje—. Así me gusta mi niña. —Después contempló los ojos de su hija tratando de grabárselos en la memoria y de retener su mirada en algún lugar de la mente, donde siempre pudiera verla—. Vas a reunirte con quienes te aman —añadió—. El delfín es más pequeño que tú y mucho más débil. Necesita un compañero de juegos. Tú serás la respuesta a sus plegarias. Y aprenderás, ángel mío, que responder a las plegarias ajenas es lo mismo que ver atendidas las propias. —La abrazó—. Que Dios te guarde... y que la bienaventurada Virgen te proteja.

María le devolvió el abrazo apretándose contra ella con los ojos cerrados.

Los presentes lanzaron vítores y se pusieron a bromear.

—La *Reinette* tiene que subir a bordo de su humilde galera —dijo el noble que representaba a Enrique II—. ¡Francia está ansiosa por recibirlos!

Knox, atisbando a través de la tronera, apenas distinguía la menuda figura de María, que iba ataviada con su vestido de terciopelo azul y lucía sombrero a juego, adornado con una rizada pluma. La estúpida reina madre también estaba allí, pensó, y todos aquellos sonrientes franceses que parecían monos vestidos de seda. Embarcaban asimismo varios niños pelirrojos, la mitad de ellos bastardos de Stewart.

«¡Qué asco! ¡Espero que se mareen y se pasen toda la travesía a Francia vomitando sobre sus elegantes personas!», pensó mientras el cómitre lo azotaba para que se diese prisa en ocupar su lugar en el banco.

John Knox vio cumplido su deseo. Todos los componentes del séquito de la pequeña reina sufrieron terribles mareos, pues soplaron vientos de tormenta y las aguas estuvieron agitadas durante casi toda la travesía. Lady Fleming se encontraba tan indispuesta que le suplicó al capitán que se acercara a Cornualles y la dejara bajar a tierra, a lo que el francés monsieur de Villegaignon contestó con malos modos que podía viajar a Francia por mar o ahogarse por el camino. El único miembro del grupo que no se mareó fue la propia María, que parecía disfrutar con el vendaval y con el contratiempo que supuso la rotura del timón en aguas de Cornualles. Agarrada con fuerza a la borda, y sin la vigilante presencia de lady Fleming, la niña observó a los marineros, que se afanaban en colocar una pieza de repuesto. Su hermanastro Jacobo Stewart, dispuesto como siempre a enterarse de cuanto ocurría, subió como pudo a cubierta, pero el movimiento le provocó un nuevo acceso de náuseas y lo obligó a regresar a su camarote.

Durante varios días el capitán no logró atracar en la costa occidental francesa de Bretaña. Al final lo consiguió muy cerca de la pequeña localidad de Roscoff, en una pedregosa ensenada en pleno territorio de piratas y contrabandistas.

Mientras disponían los botes de remos, a María la embargó la emoción; formaba parte del primer grupo que desembarcaría. Los pescadores y lugareños, atraídos por el espectáculo de las gigantescas y maltrechas galeras, se habían congregado en la orilla y esperaban para darles la bienvenida. Un musculoso bretón cuyas manos olían a pescado ayudó a María a saltar de la embarcación para que pisara por vez primera suelo francés. Era el 13 de agosto de 1548.

Al principio todo aquello no le pareció muy distinto de Dumbarton. El mismo paisaje, el mismo agitado mar de un azul intenso y las mismas ásperas rocas de la costa.

Sin embargo, cuando la comitiva real se adentró en tierra —ceremoniosamente acompañada por el señor de Rohan y la nobleza del distrito, que había acudido a toda prisa a recibir a sus ilustres visitantes—, el paisaje le resultó repentinamente extraño y comprendió que se encontraba en un lugar nuevo y desconocido.

El paisaje de Normandía que atravesaron era llano y verde, muy bien regado por la lluvia y lleno de granjas con techumbre de paja, manzanares y vacas. En los banquetes organizados por los señores del lugar les sirvieron deliciosos postres hechos con manzanas, mantequilla y nata: tortas con aguardiente de calvados, flanes y natillas. Hasta las tortillas parecían distintas pues eran tan ligeras y esponjosas que nadie habría dicho que procedían de unos humildes huevos de gallina.

Al final llegaron al Sena, donde los esperaba una adornada barcaza, enviada por el Rey, en la que navegarían río arriba hasta el castillo de Saint-Germain-en-Laye, donde los recibirían los príncipes franceses, *les enfants de France*.

La barcaza era enorme y sumamente lujosa: una cocina llena de servidores, un comedor con copas y platos de oro, camas con cabeceras de pan de oro y retretes con colgaduras de terciopelo carmesí perfumados con iris colocados en jarrones de plata que colgaban de la pared.

Fue allí donde los niños escoceses empezaron a sentirse incómodos, pues en cuestión de pocos días conocerían a los niños franceses del cuarto infantil y aún no dominaban el idioma. ¿Y si resultaban unos horribles mocosos llorones que acostumbraban hacer trampa en los juegos, contar chismes y gastar bromas? Hasta aquel momento los niños franceses, el delfín y las princesas no habían significado gran cosa para ellos.

¿Y qué ocurriría si el delfín y María no se gustaban? ¿Se rompería la alianza, o los obligarían a casarse a pesar de todo?

Poco a poco la barcaza real subió por el Sena atravesando su ancho y verde valle. Dejaron atrás Ruán, Les Andelys, Vernon y Meulan y llegaron por fin al gran embarcadero de Saint-Germain-en-Laye, con sus postes pintados de oro, rojo y azul y un mástil en el que ondeaba el estandarte real de la Casa de Valois.

Un sirviente envió enseguida a su ayudante al castillo y dispuso que unos caballos trasladaran a los invitados a pesar de que la distancia no era muy grande, pues aquél se levantaba junto a la orilla superior del río. Cuando aparecieron los grandes y lustrosos animales con sus recias sillas de montar de cuero, los escoceses los contemplaron boquiabiertos. Eran tan musculosos y su pelaje relucía tanto que no parecían los mismos animales que en Escocia se llamaban caballos.

El camino de grava que conducía al castillo estaba bordeado por altos y esbeltos árboles semejantes a los que crecían en los bosques sagrados de la antigua Grecia. De pronto, en una loma que se elevaba por encima del río, apareció ante sus ojos el gris edificio del castillo.

Salieron unos criados para acompañarlos por el camino hasta el patio. Los palafreneros se hicieron cargo de las monturas y los huéspedes fueron conducidos a la llamada *salle de fêtes*, estancia ricamente decorada situada en el lado oeste del patio.

María contempló el alto techo y los delicados colores de los adornos murales:

rosados, pálidos aguamarinas y suaves amarillos como los de las flores silvestres de los prados. Los hombres y las mujeres de las pinturas lucían transparentes ropajes que permitían ver sus cuerpos como si estuvieran desnudos. La niña los examinaba cuando una profunda voz anunció algo en francés y todo el mundo enmudeció.

Se abrió la puerta del fondo de la sala y aparecieron tres criaturas: dos niñas y un varón. Sólo dos de ellas sabían caminar; la tercera, una niña, se tambaleaba hacia delante y hacia atrás y los otros dos tenían que ayudarla. Cuando se acercaron a los escoceses, María se adelantó instintivamente para saludarlos.

En el centro del vasto pavimento de la *salle de fêtes* los niños se acercaron los unos a los otros bajo la atenta mirada de los presentes.

«De modo que este niño debe de ser el delfín Francisco», pensó María. Era mofletudo, tenía los ojos claros y oblicuos y mantenía los bien perfilados labios muy apretados. Miraba alrededor con recelo. Era muy bajito y rechoncho.

María experimentó de inmediato el deseo de protegerlo, tal como hacía con los animalitos que ella se empeñaba en curar en Stirling siempre que los encontraba malheridos en los brezales o renqueando en el patio del castillo.

—*Bonjour. Bienvenue à Saint-Germain-en-Laye. Je suis le prince François et ces sont mes soeurs, les princesses Elisabeth et Claude.* —El chiquillo hizo una rígida reverencia.

—*Je suis Marie, votre amie et cousine et... fiancée* —contestó María, echando mano de casi todo el francés que conocía.

A continuación, para deleite de todos, ambos niños se miraron sonriendo, echaron a reír y se tomaron de la mano.

Fue la primera vez que muchos de los cortesanos franceses veían sonreír al pequeño Francisco.

Aunque el Rey y la Reina no se hallaban en Saint-Germain en aquel momento, ambos habían dispuesto que María, *la Reinette d'Écosse*, tuviera un digno recibimiento en la persona de Diana de Poitiers, la amante del Rey. De hecho, cuando María la vio entrar en la sala, pensó que se trataba de la Reina, pues grande era la belleza de la llamada Dama de la Luna. Tenía el cabello plateado y la piel muy pálida, iba envuelta en prendas de reluciente raso de color blanco y negro y parecía deslizarse por el suelo como una criatura sobrenatural. Tanto Francisco como su hermana Isabel la saludaron con tanto afecto como si fuera su madre. María la saludó enseguida con la reverencia obligada ante una reina, pero la mujer le sonrió diciendo:

—No, no...

Tras lo cual añadió una sarta de incomprensibles palabras en francés.

Patrick Scott, miembro de la compañía de arqueros escoceses de la corte, se acercó



a toda prisa a María y se inclinó ante ella.

—¿Puedo ofreceros mis servicios como traductor, Majestad? La duquesa del Valentinois, madame de Poitiers, os agradece vuestro amable saludo y desea deciros que, en su calidad de distinguida amiga del Rey y en nombre de éste, os da la bienvenida a Francia. El Rey espera que encontréis la felicidad como esposa de su hijo y entre su pueblo como futura reina. Está deseando veros y muy pronto regresará de sus campañas de Italia.

Al presenciar aquel divertido juego en que una persona hablaba en nombre de otra, María no pudo evitar reír, y lo mismo le ocurrió a Francisco, pues era la primera vez que oía la lengua de los escoceses. Los acompañantes de ambas partes se unieron a las risas.

A una señal de la duquesa, los criados de palacio ocuparon sus lugares para acompañar a los huéspedes escoceses a sus aposentos. La duquesa habló con su bonita voz, y Patrick Scott tradujo sus palabras.

—Reina María, compartiréis el dormitorio con la princesa Isabel. El Rey desea que viváis como hermanas. Yo misma he elegido el mobiliario y espero que sea de vuestro agrado. ¿Queréis verlo? A lo mejor necesitáis descansar un poco del viaje.

Acostumbrada a la debilidad y el cansancio de Francisco, a la duquesa le sorprendió la respuesta de María.

—¡Oh, no, no estoy cansada! —dijo la niña casi brincando. Después, añadió cortésmente—: De todos modos, me encantará ver el mobiliario que habéis elegido para mí, madame.

La duquesa los guió entonces a través de una larga galería abovedada y por la escalinata principal hasta llegar a unos aposentos de la primera planta que daban a la pendiente que bajaba hasta el Sena, el cual brillaba como una cinta de plata bajo el sol de la tarde. María pensó que jamás había estado en un edificio tan grande; las estancias se sucedían unas a otras y una interminable serie de puertas y entradas desfilaba detrás de la susurrante falda de la duquesa, que reflejaba tanta luz como la superficie de un líquido y se estremecía con cada movimiento de su dueña.

La duquesa los hizo pasar a una espaciosa y soleada estancia cuyas paredes estaban cubiertas con paneles de madera rojiza.

—He aquí vuestros aposentos, Majestad. El cuarto infantil real.

Las camitas, una en cada extremo de la habitación, presentaban figuras labradas de pájaros, hojas y flores, y las rodeaban alegres cortinas azules y doradas. Las mesas y las sillas eran de tamaño infantil; los espejos colgaban al nivel de los ojos de las niñas, las alfombras de lana hacían que el suelo resultara tan suave como el musgo y, en un rincón, encima de una tarima de madera, había un castillo en miniatura con habitaciones y muebles en su interior. María se acercó corriendo y miró a través de las pequeñas ventanas. Era un mundo tan mágico que parecía un sueño.

—¡Oh, madame! —exclamó. No encontraba palabras para expresar su asombro.

—Es para que juguéis con él y lo amuebléis a vuestro gusto. Mirad, aquí están los muñecos que viven en el castillo.

Diana le indicó un grupo de figuras reunidas en el patio del pequeño castillo. Para su sorpresa, María se reconoció entre ellas. Tomó la muñeca y la contempló extasiada.

Su cabello auténtico era exactamente del mismo color que el suyo. Lucía un atuendo de caza de terciopelo verde, también igual que el suyo, y sostenía en la muñeca un falso halcón hecho con plumas de verdad, del mismo color que el que ella tenía.

—¿Es como *Ruffles*? —preguntó la duquesa mirando a María con una sonrisa en los labios.

De repente, María se sintió transportada al cielo, pues todo el mundo la quería, se sentía a salvo y no cesaban de mostrarle cosas prodigiosas. No se sentía en casa sino en otro lugar infinitamente más agradable y mejor. Arrojó los brazos al cuello de la duquesa y rompió a llorar de emoción y alegría.

—Calma, *ma petite* —murmuró la duquesa, acariciándole el cabello—. No tenéis por qué llorar.

Por encima del hombro de María la duquesa les hizo unas señas a los servidores de la estancia. La reina de Escocia estaba agotada después de la emoción y la tensión del largo viaje y necesitaba descansar, por más que ella lo negara. Y la princesa Isabel también debía hacer la siesta. Sería bueno que descansaran juntas.

—¿Cómo supisteis el nombre de mi halcón? —preguntó María, maravillada por aquel milagro.

—Sabemos muchas cosas de vos, pues todos los franceses sienten curiosidad por la valiente y pequeña reina que se ha visto obligada a huir de los ingleses y refugiarse aquí. En Francia sois una figura de leyenda y todos estamos enamorados de vos.

—Pero lo de *Ruffles*... ¿cómo lo supisteis? —insistió María.

—A través de vuestros parientes de aquí, niña mía, vuestra abuela Antonieta de Borbón y los hermanos de vuestra madre, el gran Francisco y el cardenal Carlos de Lorena. Es como si ya os conocieran, pues vuestra madre les escribe y se lo cuenta todo. Muy pronto los conoceréis, y ellos os verán en persona.

Jean Sinclair, el aya de María, se acercó para ayudarla a acostarse.

—La princesa Isabel necesita descansar y sería muy amable de vuestra parte que también os acostarais —dijo.

Por una vez, María se mostró de acuerdo. Sentía curiosidad por probar aquella cama francesa. A su lado había un taburete dorado; ¿qué otras maravillas le esperaban?

Cuando todos los sirvientes se hubieron retirado a excepción de su doncella escocesa, y ella se hubo acostado en la suave cama con su mullido colchón, sus grandes almohadas de plumas y su blanca manta de lana, la duquesa se acercó para correr las cortinas.

—Bienvenida a Francia —susurró, y le besó la frente con delicadeza—. Esto es para vos —añadió, entregándole una almohada de raso rellena de hierbas aromáticas—. Colocadla bajo vuestro cuello e imaginad que estáis tendida en un prado primaveral, contemplando el paso de las nubes por el cielo mientras os vais durmiendo poco a poco...

María dejó escapar un suspiro, tomó la perfumada almohada y, obedeciendo a la duquesa, se entregó a un sensual sueño reparador.

A la mañana siguiente María despertó con la luz del sol y recordó al instante dónde se hallaba: en un cuarto infantil extranjero en el que todo estaba prodigiosamente adaptado al tamaño de los niños. Oyó unos murmullos en aquel nuevo idioma cuyo sonido resultaba tan dulce como el perfume de la almohada de hierbas.

—*Bonjour, mesdemoiselles*. Es un día precioso. Venid, que os tengo reservada una sorpresa. ¡Han llegado los caballitos de la reina de Escocia! ¡Debéis vestiros enseguida para salir a verlos!

Habían aireado, doblado y guardado la ropa de María mientras ella dormía. Jean Sinclair —o Jehan Saint Claire, tal como la llamarían en Francia— ya la tenía preparada.

Ella e Isabel fueron conducidas a otra estancia, donde estaban sirviendo el desayuno —*le petit déjeuner*— al delfín, las cuatro Marías y los tres hermanos Stewart. La mesa estaba cubierta de cestos de fruta, relucientes hogazas con dibujos de trenzas y unas bandejas en las que había unas cosas redondas cortadas en trozos.

Francisco, sentado ya en una silla especial de patas muy altas, se había servido muy poca comida y contemplaba el plato con expresión enfurruñada, pero al entrar María levantó la vista y esbozó una sonrisa.

Los hermanos Stewart, Jacobo, Roberto y Juan, estudiaron con recelo los manjares.

—¿Qué es eso? —preguntó Roberto, señalando aquella cosa redonda y pálida semejante a una rueda.

—*C'est du fromage, de Normandie*.

—¿Y cómo se llama eso en francés? —preguntó María, indicando un cuenco de melocotones.

—*Pêches* —contestó Francisco.

—*Pêches* —repitió ella.

Los franceses rieron al oír su pronunciación.

—*Pêches* —repitió ella, corrigiéndose—. ¿Y eso? —preguntó, señalando ahora un tarro de mermelada.

—*La confiture* —respondió Francisco, muy satisfecho de sus conocimientos.

—*La confiture* —repitió María, imitando muy bien su acento—. ¿Y eso? —

inquirió, tomando una hogaza.

—*Du pain! Du pain!*—contestaron a coro los niños franceses.

María iba comiendo un poco de todo lo que nombraba, hasta que al final notó el estómago demasiado lleno.

Sin embargo, todos los niños lo habían pasado muy bien trabando amistad mientras desayunaban. Ardían en deseos de salir para ver los caballos en miniatura que había traído *la reine d'Écosse*.

Los pequeños y peludos animales esperaban en el patio, ya ensillados y aparejados. Allí estaba *Juno*, el poni de María, y *Cinders*, el de Lusty. Había otros doce ejemplares, todos de las islas situadas al norte de Escocia y en mayor parte de áspero y tupido pelaje de color castaño oscuro.

—Elegid el que gustéis, mi querido Francisco —le animó María, señalando los ponis.

El niño sonrió sin comprender el idioma escocés, aunque sí el gesto de la mano.

Se acercó a uno de los más pequeños, una yegua con una estrella blanca en la frente.

—Quisiera ésta, *s'il vous plait* —exclamó—. La llamaré... ¡*María!* ¡En honor de mi prometida e invitada!

Todos se echaron a reír.

Pasaron los días sucesivos explorando el castillo de Saint-Germain-en-Laye en los calurosos días de agosto. El tejado plano del castillo estaba adornado con árboles puestos en macetas, jardineras llenas de flores y unos pequeños bancos y toldos para crear una agradable terraza por donde las personas pudieran pasear y contemplar la campiña y el Sena, que discurría más abajo. El Rey proyectaba levantar un palacio colindante justo al borde de la pendiente, con terrazas que descendiesen hacia el río, accesibles directamente desde aquél o a través de unos largos tramos de escalera situados a ambos lados y a un nivel inferior. Las tareas de construcción no tardarían en empezar. Aun cuando se encontraba ausente por asuntos de Estado —estaba inspeccionando las codiciadas regiones de Italia— el Rey enviaba constantes cartas al norte en las que aseguraba a los recién llegados que tanto él como la Reina se reunirían con ellos en cuanto las circunstancias lo permitieran. Entretanto, debían saber que la señora duquesa del Valentinois actuaba por entero en nombre de Su Majestad.

La duquesa dispuso que los parientes de María, representantes de la familia Guisa, acudieran a verla. Por fortuna encontró a un escocés que hablaba bien el francés para que le sirviera de intérprete. Tenía que tratarse, por fuerza, de un escocés, pues sólo los nativos hablaban inglés o gaélico de Escocia. Ni siquiera los embajadores de Francia, España e Italia en Londres hablaban inglés; era una lengua absolutamente insular e inútil que los diplomáticos despreciaban. No obstante algunos escoceses

viajaban al extranjero por motivos de trabajo, y en Francia era posible encontrar hombres que hablasen ambos idiomas.

Los tres representantes más destacados de la Casa de Guisa —la madre y los dos hijos mayores— se trasladaron a Saint-Germain-en-Laye con magnificencia desde su *hôtel* de París. La anciana duquesa Antonieta, madre de doce hijos, erguida y severa por naturaleza (había mandado colocar su ataúd en la galería exterior de su habitación para verlo cuando pasara por allí cada mañana para ir a misa), la idolatrada y amorosa fuente de apoyo de su hija María de Guisa, iba vestida de negro como de costumbre. Su hijo Francisco, el formidable guerrero apodado *le Balafre* por la cicatriz de batalla que le cruzaba la mejilla, tenía treinta años, como el Rey, y se presentó montado en un impresionante corcel zaino. Su hermano menor Carlos, que había coronado a Enrique II y se había convertido en cardenal cinco días después a la edad de veintitrés años, cabalgaba en una mula con jaeces de plata y gualdrapa de raso carmesí. Como los Reyes Magos, los tres acudían deseosos a ver a aquella niña en quien depositaban tantas esperanzas, aquella princesa y reina que había aparecido como una estrella del norte para guiar a los miembros de la Casa de Guisa a la gloria definitiva, pues, una vez casada con el delfín y conociendo la lealtad y las instrucciones de su familia, ¿acaso no cabía suponer que María de Escocia se convertiría en su santa patrona? Cualquier hijo que alumbrase tendría una cuarta parte de sangre de Guisa, y ellos se verían al fin elevados a la categoría real.

Cierto que afirmaban descender de Carlomagno, pero aquello pertenecía a un pasado mítico y brumoso, mientras que esta agraciada niña con fama de inteligente representaba para ellos algo mucho más sólido, el presente y el futuro...

De ahí que hubieran emprendido el viaje con gran ilusión y ya subiesen por la empinada cuesta que conducía al castillo, alegrándose de que todavía les sonriese la proverbial buena suerte de los Guisa y ellos fueran a reunirse con la pequeña soberana antes que el Rey y la Reina. Desde luego, la entrometida madame de Poitiers ya se había instalado allí y vivía con los niños, pero en términos políticos ésta no era más que un reflejo del monarca, de la misma manera que la luna, su símbolo, no emitía luz propia y Diana cazadora siempre debía retirarse ante Apolo.

Y no es que Enrique II, ese hombre tan tímido y poco imaginativo, fuera precisamente un Apolo, pero él quería creerlo así, y los aduladores de la corte le seguían la corriente.

En Saint-Germain los acompañaron a la cámara más impresionante, la *salle des audiences*. Si con ello pretendían apabullarlos, fracasaron en el intento. La estratagema resultaba demasiado obvia. En el castillo que ellos poseían en Meudon había estancias no menos impresionantes que aquélla. La reina italiana era más astuta; con ella uno

nunca sabía a qué atenerse, y resultaba imposible adivinar sus secretos designios. Madame de Poitiers acompañó a la pequeña María Stewart —o María Estuardo, como ya se la empezaba a conocer en Francia— a la sala. La niña, ataviada con un precioso vestido bermejo que hacía juego con su largo y rizado cabello y reflejaba el arrebol de sus mejillas, se adelantó con timidez.

Los adultos se inclinaron con reverencia ante ella en su calidad de ungida soberana reinante. María contempló la parte superior de sus sombreros y les concedió venia para enderezarse. Por un prolongado instante todos se miraron los unos a los otros, hasta que la duquesa de Guisa ordenó a través del traductor:

—¡Ven aquí, niña, deja que te vea!

María se acercó muy despacio a su abuela. ¿De veras aquella dama era la madre de su madre? ¿La madre que había sostenido en sus brazos a María de Guisa, la había enseñado y le escribía largas cartas a Escocia? Ella sabía con cuánta ansia su madre las aguardaba y leía.

María se presentó ante aquella dama de aspecto severo y de inmediato ésta le sonrió, extendió los brazos y la estrechó con fuerza.

—Gracias por venir a nosotros —musitó la abuela, pero, como era natural, María no entendió y el traductor no fue capaz de trasladar las palabras, pues eran demasiado quedas y personales. Sin embargo, la niña captó el significado y le devolvió el abrazo a la anciana.

—Ahora debes conocer a tus tíos —dijo la duquesa, apartándose para indicárselos—. Tu madre es mi primogénita, ¡y creo que la preferida! El segundo es Francisco, duque de Guisa, aquí presente, gran soldado de Francia y paladín del Rey, y tendrá sumo gusto en prestarte cualquier servicio que le pidas. Lo llaman el Intrépido, y ciertamente es famoso por su valentía, demostrada en repetidas ocasiones.

El duque Francisco se adelantó para besarle la mano.

—Mi tercer hijo Carlos es del todo distinto —prosiguió la duquesa—, un docto hombre de la Iglesia, aunque algunos —añadió rodeando con afecto los hombros de sus dos espigados hijos— sostienen que es más apuesto que su hermano aquí presente.

Las palabras fueron debidamente traducidas.

—Estoy segura de que Su Majestad el Rey estaría encantado de que el cardenal Carlos de Guisa se encargase de la educación de su sobrina *la ReINETTE d'Écosse* —aseveró madame de Poitiers—. Sin duda, no hay nadie más indicado que él.

Los miembros de la familia Guisa sonrieron satisfechos. O sea que el Rey ya lo había decidido. Tanto mejor.

—¿Sabéis latín, María? —preguntó el cardenal.

—Todavía no.

—Bueno, muy pronto lo aprenderéis. ¡Primero tenéis que aprender el francés!

—Creo que Su Majestad lo dispondrá en cuanto regrese —terció madame de

Poitiers—. Cada día hace progresos y ya casi no tiene acento pero quizá sea necesario apartar a los demás niños escoceses para evitar que hable con ellos y así facilitar su aprendizaje del francés. Ya veremos.

—En efecto —suscribió la abuela, asintiendo con la cabeza—. Pronto quedará todo muy claro.

—Creo que ya la vais a encontrar casi enteramente francesa —aseguró madame de Poitiers—. Debe de llevarlo en la sangre.

El Rey tardó un mes en regresar a Saint-Germain, en cuyo transcurso María y sus compañeros de juegos recorrieron con libertad el castillo y sus tierras, montaron a caballo, pasearon por la orilla del río y contemplaron las brumas y el frío matutino que envolvían la campiña otoñal. María y Francisco se profesaban una sincera y mutua simpatía; si la timidez y la fragilidad de Francisco despertaban en ella los más tiernos sentimientos, la vitalidad y el cordial temperamento de María eran para él como el resplandor de un sol que calentaba y reconfortaba su carácter triste y solitario. El delfín tenía un año y medio menos que ella y le dirigía las miradas propias de un niño, para quien un año es mucho tiempo.

El encuentro entre María y el Rey resultó muy poco ceremonioso, para gran decepción de los embajadores extranjeros, que permanecían al acecho, ansiosos por presenciar aquel histórico momento. El Rey se limitó a entrar en el patio con su séquito cuando María, sus cuatro tocayas y Francisco salían de las caballerizas con sus ponis. Ataviados con sus brillantes atuendos de terciopelo y tocados con unos sombreros adornados con vistosas plumas que se agitaban al viento, los niños parecían un desfile de muñecos.

Extasiado, el Rey desmontó de su cabalgadura y, levantando las manos, se acercó a los jinetes, que ya avanzaban al trote.

—¿Son acaso unos seres encantados que salen a cabalgar por un bosque mágico? —preguntó con una sonrisa. Se quitó el sombrero de montar y buscó a Francisco. Para su asombro y deleite, vio a su hijo sentado, airoso, en la silla de montar.

—Papá —exclamó el niño. Después, volviéndose hacia María, le explicó—: ¡Es mi padre, el Rey! ¡Por fin ha regresado!

María lo miró y vio a un hombre de rostro alargado y enjuto y ojos oblicuos. Sonreía pero sus ojos eran inescrutables.

—*Bonjour*, Majestad —se apresuró a saludarlo, devolviéndole la sonrisa.

«Qué voz tan agradable —pensó el Rey—. ¡Y qué sonrisa! Verdaderamente radiante.»

—Buenos días, Majestad —contestó el Rey y entonces, para su asombro, María se le acercó diciendo:

—Me alegro mucho de estar aquí. ¡Me encanta Francia! ¡Y me encanta el delfín Francisco!

El Rey soltó un suspiro de alivio, tan profundo como si un misterioso benefactor hubiera pagado de repente todas las deudas de la Corona. (Era una escena que se imaginaba a menudo, por lo que sabía muy bien lo que habría sentido en semejante circunstancia.) ¡Aquella niña era normal! ¡No presentaba malformaciones, sabía expresarse, era agraciada y alegre! A cambio de asumir la carga, cada vez más pesada, de Escocia, había recibido un tesoro. Su Francisco sería amado, correspondería de la misma manera, y si había algo capaz de devolverle la salud...

—¡Interrumpid un momento vuestro paseo a caballo y entrad todos conmigo! —ordenó el Rey.

Sintió que el corazón le cantaba de alegría, o algo muy parecido.

El día siguiente amaneció frío y con una lluvia penetrante e intermitente que arrancaba las doradas hojas de los árboles y convertía las ramas de éstos en negros esqueletos. Aquel día no saldrían a montar, pero los niños, emocionados ante la perspectiva de quedarse en casa —antes de que el castillo les resultara opresivo y limitado—, estaban deseando jugar a *rois et reines*, reyes y reinas. Habían decidido escenificar la historia de Carlomagno y querían que éste encontrara a una malvada reina del bosque que mantenía cautivas a cuatro princesas (tras haberlas obligado a comer unas setas envenenadas para que se quedaran dormidas) y que las rescatara con la ayuda de sus caballeros. Como era de esperar, Francisco sería Carlomagno y las cuatro Marías serían las víctimas de María, que encarnaría al destacado personaje de la reina malvada, mientras que los tres muchachos Stewart representarían a los caballeros de Carlomagno. Construyeron un castillo con banquetas y tablas de madera y crearon un bosque, tras ordenar a los criados que les llevaran las plantas que adornaban la galería. Los *valets de chambre* protestaron por aquel desorden, pero Francisco les ordenó, de manera autoritaria, que callaran e hiciesen lo que les mandaban.

El juego ya estaba totalmente en marcha cuando Francisco se vio forzado a ir al retrete. Las ciruelas que había tomado en el *petit déjeuner* le habían sentado mal y el poderoso Carlomagno tuvo que suspender el ataque al castillo para hacer sus necesidades.

—¡Contempla por última vez a tus víctimas, villana! —le gritó a María—. ¡Prepárate para morir! ¡Volveré!

Cuando se abrió la puerta unos momentos después, se reanudó la última escena del drama: las doncellas cayeron, rígidas, hacia atrás como muñecas de mazapán, los caballeros blandieron sus dagas y María se preparó para la batalla final. Pero, en lugar



del gran Carlomagno con su peto —improvisado con dos fuentes de gran tamaño— entró una mujercilla regordeta.

—¿Qué es esto? —preguntó la desconocida—. ¿A qué se debe tanto desorden? —contempló con expresión de desagrado el bosque de tiestos, la fortaleza hecha con banquetas y las tiendas de los soldados confeccionadas con cortinas de cama—. ¿Dónde está el delfín? —Al advertir que nadie contestaba, ordenó—: ¡Llevaos todo esto! ¡Limpiad ahora mismo toda esta porquería! ¿Quién os ha dado permiso? Los hijos de los criados se han hecho los amos del cuarto infantil. ¡Vuestros padres tendrán que responder de lo ocurrido!

La mujer se puso furiosa pues nadie la obedecía, en parte porque los niños no entendían con exactitud sus palabras, aunque comprendían muy bien su sentido.

—¡Haced lo que os mando! —insistió—. ¿Acaso estáis sordos, pequeños desvergonzados?

María abandonó el baluarte de almohadones que hacía las veces de murallas de su castillo y se adelantó. Mirando a la mujer directamente a los ojos, levantó con orgullo la barbilla y en un francés vacilante, dijo:

—¿Os dais cuenta, madame, de que estáis hablando sin el menor respeto y os encontráis en presencia de la reina de Escocia?

—¿Y vos os dais cuenta —se apresuró a replicar la mujer— de que también estáis hablando sin el menor respeto y os encontráis en presencia de la reina de Francia?

La Reina imaginó con satisfacción que el rostro de la niña se demudaría de pesar y turbación, pero, por el contrario, su expresión sólo reflejó desconcierto y confusión. Estaba claro que el aspecto de aquella mujer no le parecía muy regio.

—No, madame —contestó con una lentitud no exenta de grave cortesía.

Ambas soberanas se estudiaron, hasta que Francisco se acercó, gritando:

—*Maman!*, ¡*Maman!* ¡Ésta es mi querida María, que ha venido de Escocia!

Después se arrojó en brazos de su madre.

—Bien —dijo Catalina de Médicis—. Todos sentíamos curiosidad por conoceros y esperábamos con ansia vuestra llegada. —Mirando a Francisco, preguntó—: ¿A ti te gusta, querido?

—¡Oh, sí!

—Pues entonces a mí también. Bienvenida, pequeña María.

## VIII

En los aposentos de palacio donde pasaba sus jornadas en compañía de los príncipes franceses, María experimentó la sensación de que Francia era un torbellino de colores mientras poco a poco Escocia se convertía para ella en una bruma oscura cada vez más lejana, a medida que transcurrían los años hasta tal punto que muy pronto sus recuerdos se transformaron en unos simples retazos semejantes a los fragmentos de sueños que resonaban en su memoria al despertar.

La luz de Francia era clara, diáfana y alegre, en especial la del valle del Loira, donde la corte se desplazaba de un mágico castillo a otro, en consonancia con las estaciones y la temporada de caza. Allí estaba el castillo de Amboise con su enorme torre circular por cuya rampa interior en espiral podían subir cinco jinetes en fila montados en sus caballos, con sus geométricos jardines, sus arabescos de boj y sus esculturas de mujeres y hombres desnudos en unos bosquecillos de arbustos de hoja perenne. El cardenal no ponía el menor reparo, pues aseguraba que eran esculturas procedentes de la antigua Roma y, además, él mismo tenía unas cuantas en su villa, donde también había mandado construir una gruta artificial.

Allí estaba el castillo de Blois, con su escalinata majestuosa y su torre octogonal desde donde María solía contemplar el patio y saludar con la mano a la gente de abajo. En sus jardines había unas primorosas fuentes que se podían hacer funcionar de manera que sus surtidores crearan juegos de agua o bien salpicaran a quienes pasaban, y una casa mágica, llamada *l'orangerie*, donde los naranjos daban fruto lejos de su tierra de origen.

Allí estaba Chaumont, con su observatorio astronómico y el estudio en el que Ruggieri, el astrónomo —y según algunos nigromante— de la Reina, guardaba sus instrumentos. María no debía subir allí, pero en una ocasión ascendió por los empinados peldaños de la torre y sorprendió a Ruggieri sacando brillo a un espejo plano de gran tamaño. El astrónomo se sobresaltó como si lo hubieran sorprendido cometiendo algo prohibido, pero esbozó una sonrisa, tal como solía hacer todo el mundo al ver a María..

—Decid, monsieur *astrologue*, ¿qué estáis haciendo? —se interesó ella, acercándose.

—Saco brillo a mi espejo mágico —se limitó a responder el astrónomo.

—¿Podéis adivinarme el porvenir? —preguntó María.

—Sí, podría —contestó Ruggieri volviendo el espejo de cara a ella. En él, la esbelta figura de María resultaba aún más espigada—. Pero no lo haré. Tengo la certeza de que vuestro porvenir será envidiable.

—Pues entonces ¿a quién le adivináis el porvenir?

—A aquellos que tienen motivos para estar preocupados por él.  
—¿Y siempre decís la verdad? ¿Y si veis cosas malas?  
—Debo decírselo, pero con delicadeza. —El astrónomo colocó a un lado el espejo  
—. A veces puede resultar muy difícil —añadió lanzando un suspiro.

Allí estaba el enorme castillo blanco de Chambord, que se levantaba en medio de un bosque que era coto de caza, con sus grandes perreras para las jaurías de lebreles y sus campos de cetrería con más de trescientos halcones. El impresionante castillo, el número de cuyas habitaciones superaba los cuatro centenares, tenía una gigantesca escalinata central con dobles rampas entrelazadas construidas de tal manera que quienes subían no veían a quienes bajaban. María, Francisco y los demás niños se divertían jugando en aquel lugar y quitándose los zapatos para que los que se encontraban en las rampas inferiores no oyeran sus pasos e intentaran adivinar dónde estaban.

El tejado estaba erizado de chimeneas, agujas y chapiteles, entre los cuales los niños jugaban al escondite como si lo hicieran en un bosque, pegando a menudo más de un susto a los mayores que allí acudían para jugar a otro juego muy distinto. A los niños les parecía tremendamente divertido sorprender a un cortesano jadeando y resoplando con los calzones desabrochados y bajados. Una vez vieron incluso un trasero al aire, que identificaron como perteneciente al gordinflón conde de Angers, por las cintas rojas de los zapatos que éste calzaba. Como consecuencia de las molestias que los niños les causaban, los amantes de la corte se vieron obligados a abandonar el tejado y a concertar las citas en sus habitaciones.

En el tejado de Chambord también se realizaban actividades más sosegadas, cuando el Rey, la Reina y Diana de Poitiers, rodeados por toda la corte, presenciaban la salida y el regreso de las partidas de caza, las revistas militares y los torneos. Las antorchas encendidas, los fuegos artificiales y el metálico estruendo de las trompetas en la perfumada atmósfera tejían en la mente de la niña un abigarrado tapiz de colores y sonidos.

Estaban también los castillos de Diana: el de Anet, un blanco palacio de estilo clásico dedicado a su viudez y presidido por la diosa Diana cazadora, y el de Chenonceau, un palacio de cuento de hadas construido sobre airosos arcos que se elevaban sobre el perezoso y somero río Cher. Nada en él resultaba masculino, militar o autoritario. Por el contrario, todo hablaba de placeres delicados y exquisitos y de apetitos estimulados sólo para ser satisfechos mientras el agua discurría lentamente por debajo de los arcos.

Allí los inmensos cielos eran siempre de un azul pálido que se reflejaba en las aguas del Loira más oscuras, flanqueadas por sus doradas y arenosas riberas y bañadas

por la clara y serena luz de la atmósfera.

Poco a poco María había superado la sensación de extrañeza que experimentaba al principio, y tanto Francia como las costumbres francesas se habían convertido para ella en algo del todo natural. Cada año el regio cuarto infantil se enriquecía con una nueva adquisición y Francisco gobernaba el pequeño grupo con la mayor naturalidad del mundo. María lo envidiaba. Sus hermanos mayores constituían una fuente de molestias, pues se negaban a adaptarse a las costumbres francesas y se empeñaban en interrumpir las lecciones de lengua, en montar al estilo escocés y en lucir en la corte dagas de tamaño infantil. María exhaló un suspiro de alivio cuando regresaron a Escocia al finalizar el primer año. En cambio, sus amigas ardían en deseos de complacer a los mayores y ni siquiera protestaron cuando las enviaron a pasar unos cuantos meses en un convento de Poissy para que aprendiesen el idioma.

Por su parte, Jacobo, el mayor de todos ellos, había regresado a Escocia a la primera ocasión, alegando como excusa su obligación de cuidar de su madre viuda en Pinkie Clough (también debía encargarse del próspero monasterio de Saint Andrews, que el difunto rey le había dejado en herencia).

Así pues, María se quedó durante un tiempo sola en la corte, donde el Rey, la Reina y todos los cortesanos la mimaban y consentían y donde, por encima de todo, ella dejaba que le enseñasen sus costumbres sin el menor impedimento.

Ya desde un principio toda Francia se había enamorado de «la dulce paloma rescatada de la persecución de los voraces buitres», según la poética descripción que había hecho un cortesano de *notre petite ReINETTE d'Écosse*.

La corte, que era muy sentimental a pesar de su superficial capa de hastiado cinismo, se encariñó profundamente con la pequeña María Estuardo, tal como se complacían todos en llamar a la fugitiva princesa de un bárbaro y brumoso país destinada a convertirse algún día en soberana de éste. Hacía mucho tiempo que no contaban con ningún héroe ni heroína a quien ensalzar: Francisco I resultaba demasiado aburrido y estaba muy cansado, y Enrique II era demasiado melancólico e intrigante. Catalina de Médicis, «la italiana», no era una mujer amada sino temida. (¿Sería cierto que su criado había envenenado al difunto delfín para que el tímido Enrique se convirtiera en Rey? El criado había confesado pero sólo Catalina conocía la verdad.) Diana de Poitiers era extraordinariamente bella y se mostraba tan distante y etérea como la diosa Diana a la que pretendía emular. Suscitaba asombro, pero no afecto. Además, poseía una faceta terrenal: era demasiado ávida de tierras y mansiones como para que se la considerase una verdadera diosa.

En cambio, María Estuardo, con su hermoso rostro, su simpatía y sus agitados orígenes, llamaba poderosamente la atención de la gente.

No se descuidó aspecto alguno de su educación. Estudió a los clásicos y aprendió a leer y escribir en latín. Hablaba italiano y español. Le enseñaron música y tocaba el laúd, el clavicordio y la mandolina y también cantaba con dulce voz. Estudió historia con De Pasquier y ya desde muy temprana edad escribía poesía. Bailaba con donaire y gustaba de participar en mascaradas y ballets. Era aficionada a la costura, y le agradaba dibujar los motivos de sus bordados.

Al mismo tiempo, sin embargo, le encantaban las actividades al aire libre y era una experta amazona, aficionada al tiro con arco, la cetrería y la caza. Nada la complacía más que salir a hurtadillas del castillo y competir con su arco a escala reducida y sus flechas con los arqueros escoceses que formaban la guardia de honor del Rey.

Un día, a comienzos de la primavera, cuando acababa de cumplir los siete años, se escabulló de la mirada de la siempre vigilante lady Fleming y consiguió salir del castillo de Fontainebleau, en cuyos bosques sabía que los arqueros solían realizar sus prácticas. Su preferido era un tal Rob MacDonald, de sólo dieciocho años, quien echaba un poco de menos su hogar y siempre se alegraba de verla. María se había hecho amiga suya, pero abrigaba en secreto la esperanza de llegar algún día a disparar mejor que él, por lo menos de vez en cuando. Lo encontró en la linde del bosque, practicando con sus compañeros.

—¡Majestad! —exclamó el joven al verla—. ¡Os habéis escapado de nuevo!

—¡Sí! —contestó ella, casi sin resuello. No sabía qué la impulsaba a hacerlo ni por qué razón los demás niños no mostraban el menor interés en imitarla. Apreciaba a las Marías y a Francisco, pero éstos no comprendían una faceta de su carácter que ella sentía la necesidad de mantener en secreto—. Y he traído mi arco —añadió, mostrando su hermosa arma cuidadosamente curada y templada y su carcaj lleno de flechas, todas ellas adornadas con su timbre labrado.

—Muy bien —respondió el arquero, haciéndoles una indicación con la cabeza a sus compañeros—. Nos ejercitábamos con este blanco. ¿Queréis empezar aquí?

María asintió con la cabeza. Le gustaba oírlo hablar en escocés. No quería olvidar el idioma pero tenía muy pocas ocasiones de practicarlo. Sacó una flecha, la encajó en la cuerda, la tensó cuanto pudo y la soltó. La saeta se clavó justo en el borde del blanco.

—¡Aaah! —exclamó Rob, casi tan decepcionado como ella.

—¡Volveré a intentarlo! —María sacó una segunda flecha y disparó con mayor fortuna, acercándose más al centro.

Se pasaron una hora alternando los disparos mientras Rob le enseñaba los secretos de aquel deporte.

—Si deseáis ser una buena arquera, debéis hacerlo así —le explicó el joven, que era muy paciente con ella.

—Pero para ti esto no es un deporte —opinó ella cuando terminó por cansarse—.

Para ti supone un medio de vida. ¿Por qué luchan los escoceses por el rey de Francia? Y ¿por qué has venido aquí?

El joven descansó su pesado arco en el suelo; medía casi metro ochenta de estatura y podía disparar una flecha a cien yardas o más de distancia.

—Los franceses y los escoceses son amigos desde hace mucho tiempo —contestó—. Comparten el mismo enemigo, que es Inglaterra, y los que tienen el mismo enemigo enseguida se hacen amigos. La llaman la «Antigua Alianza» y en efecto lo es, pues data de hace por lo menos doscientos años. De ahí viene la Guardia de Arqueros Escoceses. ¡Todos saben que los escoceses son los mejores soldados del mundo!

—Pero no has contestado a mi pregunta, o al menos no del todo. ¿Por qué has venido aquí?

—Quería ver algo más aparte de las playas de mi tierra, aunque sólo fuera para alegrarme de regresar algún día. Si quiero vivir en mi tierra natal y amarla, no ha de ser por ignorancia. Hay muchos otros escoceses aquí. Vienen muchos a estudiar en París. ¿Habéis conocido a alguno?

María se echó a reír.

—¡No! ¿Cómo iba a conocerlos? No puedo pasear por las calles de París tal como recorro los bosques de Fontainebleau.

El capitán de los arqueros hizo sonar el cuerno.

—Será mejor que os vayáis —indicó Rob—. Me llaman a mis deberes habituales. —Le sonrió—. Jamás traicionaré vuestro secreto, mi Muy Imperial Cazadora Real. Tomad. —Le entregó un puñado de flechas—. Más vale que no las dejéis tiradas por el bosque.

Cuando María regresó con sigilo a los aposentos infantiles del palacio, los más pequeños despertaban de su siesta. No tardarían en servirles la comida, y a ella se le había despertado un voraz apetito.

Por regla general los niños comían solos bajo la vigilancia de las doncellas y las ayas, pero aquel día la Reina había ordenado que comieran en sus aposentos. Todos se presentaron, obedientes, en su cámara, donde los criados habían dispuesto una mesa con copas de cristal y platos de oro para los niños que sabían utilizar tan valiosos objetos: la propia María, Lusty, Flamina, Beaton y Seton, Francisco e Isabel. María se compadecía un poco de Francisco porque se encontraba rodeado por completo de niñas. Rob, en el bosque, estaba mejor.

—Almorzad conmigo, os lo ruego —les pidió la Reina mientras sus ojos extrañamente inexpresivos los contaban a medida que entraban uno a uno en la estancia. La Reina se hallaba de nuevo encinta y no tardaría en haber otro niño en el cuarto infantil.

Acarició a Francisco e insistió en colocarle ella misma la servilleta. Después se sentó en medio de un fuerte susurro de su falda y se puso a observarlos mientras comían. María perdió el apetito bajo su atenta mirada.

—Mis queridos niños —decía Catalina de Médicis—, muy pronto nos trasladaremos a Chambord para pasar el verano allí. Vosotros sabéis que esto significa que deberéis dejar a vuestro oso aquí, con su cuidador. Sin embargo, podréis elegir un lebel de las perreras de Chambord.

Francisco descargó el puño sobre la mesa.

—¡Quiero el oso! —exclamó.

Le profesaba un cariño especial a aquel animal que acababan de regalarle y al que había llamado *Viejo Julius*.

Catalina de Médicis le dirigió una mirada severa. El niño guardó silencio.

—Tenemos que prepararnos para recibir una extraordinaria visita del extranjero. Viene la reina madre de Escocia. —La Reina desplazó la vista hacia María—. ¡Sí, querida mía, tu madre viene a Francia!

María se preparó durante varios meses. ¡Vería de nuevo a su querida madre! Al parecer, las plegarias de la niña de siete años habían sido escuchadas, pues cada noche, desde que había llegado a Francia, expresaba en sus rezos el esperanzado deseo de que su madre fuera a verla.

Se aplicó con especial ahínco en el estudio del latín; aprendió de memoria varios poemas franceses y aprendió toda la historia que pudo.

Acosaba sin cesar a su custodio John Erskine, que se había quedado con ella en Francia, para que le contara cuanto ocurría en Escocia. Él intentaba explicarle los constantes problemas con los ingleses, pero María no lograba entenderlos. Lo único que comprendía era que su madre la visitaría.

María de Guisa desembarcó en Francia durante el verano de 1550 en compañía de varios lores escoceses. El rey Enrique II y la reina Catalina prepararon una recepción real en Ruán y el preceptor de María le hizo memorizar un largo y ceremonioso saludo a su madre. Sin embargo, cuando, temblando de emoción, María fue conducida a la sala donde la esperaba su madre, se olvidó del discurso y se arrojó en los brazos de ésta.

La estrechó con tal fuerza que aplastó las rígidas enaguas de la reina madre y las hizo crujir. Sólo entonces se percató de que no había abrazado de verdad a una persona desde su llegada a Francia.

—¡Oh, *maman!* —exclamó mientras, para su gran turbación, las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Sin soltarla, María de Guisa le acarició el cabello. La niña apoyó la cabeza en el pecho de su madre y sus lágrimas mojaron el corpiño adornado con piedras preciosas.

—¡Mi querida, queridísima hija! —María de Guisa tomó el rostro de la niña entre sus manos y lo levantó—. ¡Mira cómo has crecido! Muy pronto ya no podremos seguir llamándote *petite Reinette*. —Mirando a todos los cortesanos en torno a ellas, añadió —: ¡Muy pronto tendrá edad suficiente para poseer su propia casa y nombrar a sus cortesanos!

María no acertaba a imaginar la razón de aquel comentario. Ni siquiera contaba con edad suficiente para pedir que permitieran que Francisco se llevara consigo a su querido oso cuando cambiaran de residencia. Aun así, apretó con fuerza la mano de su madre y la miró con adoración. El mero hecho de oír su casi olvidada voz era como estar en el cielo.

María de Guisa, tras haber tenido el placer de ver de nuevo a sus hermanos, se reunió con ellos y con la pequeña María para discutir los planes para su futuro. Al parecer, su educación, bajo la guía del cardenal, iba por muy buen camino; su madre se mostraba muy satisfecha.

—Creo que el año que viene podréis empezar a estudiar el griego —le comunicó a la niña su tío el cardenal—. Vuestros conocimientos de latín ya son muy profundos. ¿No lo creéis así? —preguntó a su hermana.

—¡Los míos no lo son lo bastante como para que pueda juzgarlos! —contestó María de Guisa—. Pero no dudéis en añadir el griego si creéis que ya está preparada. Y vos, mi querido Francisco, ¿qué pensáis de la idea de la casa?

El musculoso duque se removió en su asiento; estaba claro que el hecho de permanecer sentado mucho rato le resultaba molesto.

—Creo que debemos proponer la idea de una casa propia tan pronto como resulte factible. Pero os advierto que el Rey y la Reina prefieren tenerla en su casa.

—¡Pero yo no quiero una casa aparte! —exclamó María de pronto—. Prefiero vivir con los príncipes, sobre todo con Francisco.

María de Guisa la miró asombrada.

—¿De manera que te gusta Francisco?

—Sí.

¿Por qué le hacían todas aquellas preguntas?

—Eso está bien, pero que muy bien —opinó su tío el Intrépido—, pero recordad que tendréis toda la vida para vivir con él. Cuando crezcáis un poco, será mejor que dispongáis de vuestra propia casa.

—Pero ¿por qué? Y ¿será mejor para quién?

—Para vos, hija mía, para vos —contestó su tío el cardenal—. Si Francisco os ve



cada día como si fuerais su hermana, quizá con el tiempo llegue a consideraros hermana en lugar de esposa.

—¡Pero le echaré mucho de menos!

La niña no quería que la enviaran a una casa aparte donde habría sin duda demasiadas personas mayores.

—Bueno, ya veremos —repuso su madre en tono tranquilizador—. Es posible que ni siquiera ocurra.

Cuando ambas se quedaron a solas, la madre de María se complació en examinar sus aposentos, pidiéndole que le mostrara todas sus arcas llenas de preciosos vestidos, las bolsas y las estanterías rebosantes de juguetes y los muebles de madera labrada fabricados a escala infantil. Al final, la reina madre se sentó en una de las sillitas en la que apenas cabía, tomó las manos de su hija entre las suyas y la miró a los ojos.

—Ahora vamos a hablar de las cosas verdaderamente importantes —le dijo con solemnidad.

La niña se preguntó de qué se trataría.

—¿Sí, *maman*?

—Tu fe. ¿Has estado preparándola tan bien como las lecciones? Piensa que es mucho más importante.

—Sí, *maman*. Aquí tenemos un capellán, un hombre muy amable y erudito...

—¡Ya es hora de que tengas un confesor! Me encargaré de que se te asigne uno para ti sola. ¿Has comprendido?

Cuando se disponía a contestar, María advirtió lo cansada que parecía su madre. Sus ojos estaban rodeados de pequeñas arrugas y no sonreía de modo espontáneo ni natural.

—Estáis preocupada —observó finalmente, en lugar de responder—. ¿Qué es lo que tanto os preocupa?

—La dureza del mundo —contestó tras unos instantes la reina madre. Recordó lo poco que le habían agradecido sus esfuerzos en favor de la liberación de los prisioneros escoceses de las galeras francesas. En cuanto se vieron libres, Knox y sus compañeros empezaron a derramar veneno sobre ella, atacando su religión y su gobierno—. Sin embargo, tengo especial empeño en decirte, y te ruego que lo recuerdes siempre, que la amabilidad y la bondad son las máximas virtudes, cualquiera que sea el comportamiento del resto del mundo.

—Siempre procuraré ser buena y amable, *maman* —aseguró María—. Y recordaré que vos me lo pedisteis.

María estaba triste y alegre aun tiempo: alegre porque se celebraría una gran fiesta de tres días de duración en cuyo transcurso se practicaría el tiro con arco, el tenis, la danza y la caza; triste porque la fiesta se organizaba en honor de su madre, que regresaba a Escocia. Había sido tan afortunada al tener consigo a su madre durante un año que le parecía que el tiempo se había encogido y que cada día sólo había durado medio.

—Mi querida hija —le dijo María de Guisa—, esta noche te permitirán permanecer levantada casi hasta el amanecer. A fin de cuentas, tienes ocho años y se organizará una batida a la luz de las antorchas después del banquete de medianoche al aire libre. Si te entra sueño, podrás acostarte en una de las tiendas.

—¡Como un soldado! —exclamó María—. Siempre he querido jugar a los soldados.

Su madre la miró con expresión divertida.

—Pido a Dios que no se te haya ocurrido hacerlo. ¡La gente murmuraría!

—Pero ¿por qué? Isabel de Castilla se puso al frente de sus tropas y era una gran soberana católica.

María de Guisa escrutó el rostro de su hija con una sonrisa.

—¿Y tu mayor deseo es convertirte en una gran soberana católica?

—Oh, sí. Es mi sueño. Pero no pienso quemar en la hoguera a los herejes. Aborrezco matar.

La reina madre se alegraba mucho del interés que siempre había mostrado su hija por la religión. El hecho de que le hubieran asignado un confesor privado había acelerado su progreso espiritual en el último año.

—Eso lo aborrece todo el mundo —aseveró—. Lástima que a veces resulte necesario. —Miró en torno a sí. Había llegado el momento de decírselo. Estaba segura de que María se había percatado de la ausencia de lady Fleming—. Tengo una maravillosa sorpresa para ti. Tu casa contará con una nueva compañía; se trata de alguien que he elegido para ti. Madame Renée Rallay sustituirá a lady Fleming como aya. Es una mujer muy sagaz e inteligente que procede de la región de la Turena.

—¿Es joven? ¿Dónde está lady Fleming? —preguntó María, sinceramente entusiasmada.

—No, no es joven... Creo que anda por los cuarenta y tantos años.

—¡Vaya! —exclamó María, decepcionada—. ¡Eso es ser muy vieja!

—Pero es muy alegre y prudente. Ya verás que te encantará.

—¿Tiene el cabello blanco? ¿Tiene aspecto de vieja?

—No, no lo creo. Te prometo que te gustará.

—Pero ¿dónde está lady Fleming?

La reina madre se preguntó si su hija tenía edad suficiente para saberlo y si convenía que se lo dijera sin más. No obstante, si ella no se lo contaba, otros lo harían.

—Lady Fleming ha resultado... inadecuada para este puesto.

¿La madre de Flamina inadecuada?

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Está... Ha quedado... ¡cencinta del rey Enrique II!

¡Qué deshonra! Y tanto la esposa del Rey como su amante oficial se habían puesto en contra de la escocesa y exigían que la echaran. Los reyes eran reyes, pero las ayas extranjeras debían pagar el precio.

—¿Cómo dices? —preguntó María, boquiabierta. ¿Lady Fleming se había desnudado y se había acostado con el Rey? Había visto pinturas de mujeres desnudas, todas de carácter alegórico, por supuesto, en los aposentos de Diana, pero aquello era distinto—. ¡Oh! —exclamó, avergonzada. Pensó de inmediato en la pobre Flamina. Echarían a su madre y, por si fuera poco, tendría un hermano bastardo.

—Me la llevo a Escocia —le informó su madre—. Allí podrá dar a luz a su hijo en la intimidad. Quiero que esto te sirva de lección. A menudo las mujeres son un mero pasatiempo para los hombres y no hay nada más aburrido que un pasatiempo agotado. El Rey y la Reina seguirán adelante como si nada hubiera ocurrido y lo mismo hará madame de Poitiers; en cambio, lady Fleming está perdida.

—¡Oh!

María rompió a llorar pensando en su compañera de juegos y en su madre. María de Guisa la rodeó con los brazos. ¡Cuánto estaba creciendo aquella niña! Sería tan alta como todos los Guisa.

—No, en realidad no creo que esté perdida. Estoy segura de que el rey Enrique será generoso con ella. Y ahora vamos a pensar en los festejos de esta jornada. Primero se practicará el tiro con arco. Los miembros de la Guardia Escocesa harán una demostración de su maestría y después participaremos todos los demás. A ti te gusta practicar el tiro con arco, ¿no es cierto?

La competición de tiro con arco celebrada aquella tarde había resultado emocionante. A la sazón, la corte se encontraba en Blois y los blancos se habían instalado en los campos circundantes, cerca de un coto de caza y un huerto de árboles frutales. En los campos recién segados, las hileras de dorados rastrojos se extendían hacia el Loira, inundando el aire con su cálido y soñoliento aroma. El cielo derramaba una brumosa y delicada luz. Como era de esperar, los Guardias Escoceses sorprendieron a los cortesanos y a los invitados con la exhibición de sus habilidades, y María admiró especialmente la pericia de Rob MacDonald, quien dio en el blanco desde ciento cincuenta yardas de distancia. La niña insistió en entregarle el galardón. Mientras lo recibía arrodillado, el joven le guiñó el ojo, y María estuvo a punto de echarse a reír, pero consiguió contenerse.

Se hallaban presentes el rey Enrique II, que había participado con languidez en la prueba, y los tíos de María: no sólo el mayor, el Intrépido (que, como es natural, era un tirador de primera), sino también sus tres hermanos menores: Claudio, Francisco y Renato, a quienes la niña raras veces veía. Claudio, duque de Aumale, tenía veinticinco años, Francisco, diecisiete, y ya había sido nombrado gran prior de las galeras, y Renato, marqués de Elboef, contaba dieciséis. El duque de Aumale y el marqués de Elboef lucían ajustados calzones, bebían demasiado vino y la miraban como si le profesaran auténtico aprecio.

«Qué distintos son de mis parientes escoceses —pensó María—. Al parecer, todos los miembros de la familia Guisa (¡y son tantos!) pertenecen al clero o son soldados. Sé que hay cuatro más, todos ellos clérigos o monjas.»

Las damas de la corte se turnaron para tirar con el arco. Diana de Poitiers se presentó vestida, como siempre, de blanco y negro, con una especie de holgada y suelta túnica griega, ceñida con una faja negra. Incluso su arco y sus flechas eran de ébano con incrustaciones de marfil. Diana se acercó a la línea de tiro, disparó con soltura y casi dio en el blanco. El Rey y Catalina de Médicis la felicitaron cordialmente.

Lusty lo hizo muy bien, Beaton no tanto (aunque no le importó) y Seton todavía peor. Flamina se adelantó levantando con arrogancia la barbilla como si quisiera desafiar a todo el mundo a mirarla. Tiró muy bien, pero las felicitaciones que recibió no fueron por su habilidad sino por su valentía. Después le tocó el turno a María. Para asombro de los presentes, todos sus disparos dieron en el blanco, provocando aclamaciones de júbilo. Sin embargo, a María lo único que le importó fue el orgullo que reflejaban los ojos de Rob. Se volvió, hizo una reverencia y dejó que prosiguiera la contienda.

María de Guisa había llevado consigo a algunos escoceses y su hija contempló su participación en la prueba. Allí estaba el barrigudo conde de Huntly, encantado de acaparar la atención. María sabía que era un poderoso noble católico del norte, pero a ella le pareció simplemente presumido e incluso un tanto cómico con sus pavoneos y sus posturas.

«Lo llaman el Gallo del Norte —pensó—, y en efecto me recuerda a un gallo. Tiene la cara colorada y cacarea. Y el trasero le sobresale como si luciera una cola de plumas.»

Al ver que rompía a reír, Lusty, que se encontraba a su lado, le preguntó:

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—El conde de Huntly parece un gallo —contestó María, y a Lusty también se le escapó la risa y muy pronto toda la hilera de niños estalló en carcajadas.

A continuación se adelantó un hombre de majestuoso porte y aire de aristócrata. Sin embargo, no lo era; se trataba de Richard Maitland de Lethington, uno de los consejeros y asesores privados de María de Guisa. Era propietario de tierras, abogado y aficionado a la poesía. Lo acompañaba un joven considerablemente apuesto a quien

presentó cómo su hijo William.

—Está estudiando aquí, en Francia y quiero aprovechar la ocasión para que lo conozcáis —le explicó a María de Guisa—. Cuando regrese a su tierra natal, creo que podrá prestaros un buen servicio.

María de Guisa se limitó a saludarlo con una leve inclinación de la cabeza, pero Flamina le susurró a María:

—¡Qué guapo es!

María se preguntó si Flamina fingía interesarse por tales cuestiones sólo para demostrar que no le preocupaba la situación de su madre. En realidad, William Maitland no era más guapo que otros hombres de los que allí había. Aun así, María hizo un gesto de asentimiento.

También estaban unos parientes lejanos de María, los Lennox Estuardo: Juan, señor de Aubigny, y otros primos que habían acudido allí para presentar sus respetos. Aquella rama de la familia procedía de un antepasado escocés que se había trasladado a Francia hacía ciento cincuenta años y ahora era casi enteramente francesa, hasta el punto de haber cambiado su apellido Stewart por el de Estuardo. La niña recordó que Rob le había dicho que la relación entre Francia y Escocia databa de mucho tiempo atrás.

Sirvieron unos refrigerios a los hombres y los niños se sentaron a descansar sobre unas mantas a la sombra de los árboles. Algunos hombres —los más jóvenes, incluido el Rey— se pasaron un buen rato jugando al tenis hasta que empezó a oscurecer.

Cuando María despertó, vio que los criados estaban ocupados colocando unas mesas a la sombra de los árboles, extendiendo preciosos manteles de lino y colgando linternas de las ramas, además de distribuir velas por todo el espacio reservado para la cena. El crepúsculo envolvía la escena y el cielo era de un profundo y delicado azul morado. Las sombras formaban pequeños charcos de luz alrededor de los árboles, los lejanos almiarés y las vallas. Una suave y cálida brisa soplaba a través de los campos hasta la misma linde del bosque, y allí donde el aire topaba con las ramas, las hojas emitían susurros y murmullos. Las luciérnagas ya hacían acto de presencia —un centelleo por aquí, una breve pulsación de luz por allá—, cuando María vio una procesión de personas que avanzaba por los campos en dirección a las mesas del banquete. Sus ropajes resplandecían bajo los colores del ocaso y todas llevaban unas velitas encendidas y reían alegremente. Delante caminaban los músicos tocando flautas dulces y laúdes. Parecían figuras de un tapiz desteñido, e incluso la música sonaba lejana y desvaída.

Cuando se hallaron más cerca, se convirtieron en ruidosas personas de carne y hueso. El Rey, elegantemente ataviado con ropajes de terciopelo, rebosaba felicidad tras su partido de tenis. Las joyas que lucía la Reina, lejos de desentonar en aquel escenario al aire libre, más bien lo embellecían. Diana se había cambiado de vestido y

ahora lucía una túnica de lustrosa y finísima gasa. La madre de María se había puesto un elegante vestido de raso bordado de color verde y sostenía en las manos un adornado estuche de terciopelo con incrustaciones de plata.

Todos tomaron asiento en el comedor del bosque mientras los músicos seguían tocando. Ya había oscurecido y sólo brillaba la luz de las velas, las lanternas y las luciérnagas, envolviendo con su suave y soñador resplandor a todos aquellos parientes y amigos de María, tanto franceses como escoceses, a quienes ella quería con todo su corazón. La niña se sentía a salvo, amada y protegida, segura en los brazos de Francia y de todos quienes se encontraban reunidos bajo los árboles en aquella cálida noche estival.

Al terminar la cena, cuando se levantó para pronunciar sus palabras oficiales de despedida, María de Guisa abrió el estuche de terciopelo y lo sostuvo en alto. Su hija vio que un rojo resplandor emanaba de su interior.

—Éste es el tesoro que dejo bajo la custodia del Rey y la Reina que también mantienen la custodia de mi segundo tesoro, que es mi hija. Se trata de la joya que perteneció a su abuela Margarita Tudor. Se la regalaron con motivo de su boda con Jacobo IV, y deseo que la reina María la reciba como regalo con ocasión de su boda con el delfín Francisco. Os ruego que la guardéis en mi nombre.

Dicho esto, la reina madre entregó con solemnidad el estuche a Enrique II.

—*Mon Dieu!* ¡Es enorme! —exclamó el Rey al contemplar su interior, y en sus ojos habitualmente inexpresivos se encendió un destello de emoción. Impresionado, tomó la joya y la levantó para que todo el mundo la viese. Era un broche de rubíes y diamantes, en forma de H.

—Por eso el broche se conoce con el nombre de Gran Harry —explicó María de Guisa—. ¡Guardadlo bien!

La cena terminó a las doce de la noche, pero los invitados ardían en deseos de cazar bajo la luz de las antorchas, por lo que los criados sacaron los caballos y las jaurías de perros de caza para perseguir a los venados en el páramo cercano. Los niños no participaron, sino que permanecieron sentados, contemplando cómo la oscuridad se tragaba las luces y el ruido. Más tarde, mientras iban quedándose dormidos uno a uno en las tiendas, oyeron los lejanos ladridos de los perros, que el aire estival llevaba hasta las mismísimas ventanas del palacio. Durmieron como troncos y no oyeron regresar a los cazadores.

Cuando se marchó, unos días después, María de Guisa abrazó con fuerza a su hija y le prometió que volvería muy pronto.

—No tardéis —le rogó María, pugnando por reprimir las lágrimas. No habría sido correcto llorar en presencia de todas aquellas personas.

—Vendré en cuanto pueda —le contestó su madre—. Mis pensamientos están contigo en todo momento.

—Os quiero, mi querida *maman* —musitó María.

Sin embargo su madre se distrajo al ver acercarse al rey Enrique II y no oyó sus palabras.

## IX

Cuando años más tarde recordara aquella época, María tendría la sensación de que en Francia siempre era verano, aunque sabía muy bien que no podía ser cierto. El aire era suave y acariciador, lleno del perfume de los prados floridos y de las ciruelas y los albaricoques maduros. Los anocheceres eran cálidos y prolongados, y las piedras de los castillos adquirían una luminosidad especial cuando la luz se marchaba y se encendían las linternas. Unas pálidas y enormes mariposas nocturnas de alas peludas se acercaban a las ventanas abiertas y a la luz de las linternas y revoloteaban alrededor de las velas de un blanco purísimo que ardían en los candelabros.

El blanco era el color de Francia: los blancos cisnes que punteaban el agua del foso del castillo; la curiosa piedra del Loira que se empleaba en la construcción de los castillos y cuya blancura se intensificaba con el paso del tiempo; las grandes chimeneas blancas con los dorados emblemas reales de las salamandras y los puercoespines coronados; la leche de las burras que las damas de la corte utilizaban para suavizar su cutis y que María también se había acostumbrado a utilizar con los años; las blancas flores de lis de Francia, la flor real.

María se vio envuelta en una bruma de blancura cuando recibió su primera comunión en Pascua, toda vestida de tafetán blanco. Lucía una diadema de muguets en el cabello cobrizo y sostenía en las manos un rosario de marfil que había pertenecido a su abuela materna.

A los doce años, tras una exhaustiva preparación dirigida por su confesor el padre Mamerot, la niña ansiaba recibir la primera comunión y, al final, su tío el cardenal la consideró lo bastante preparada para recibirla.

«Ha sido el día más feliz de mi vida», dejó constancia aquella noche en su pequeño diario privado. A su madre de Escocia le escribió: «Mi queridísima madre, al final me he convertido en una verdadera hija de la Iglesia...» Cerró los ojos y vio una vez más los lirios de la Virgen en torno al altar, abriendo sus delicadas gargantas de marfil como si se dispusiesen a entonar el Aleluya; vio el parpadeo del enorme e inmaculado cirio pascual y la delicada sonrisa del rostro de alabastro de la Virgen. «Hoy he vislumbrado el Paraíso.»

Pero en la tierra, en Francia, todos los sentidos se bañaban en el lujo, un lujo del que María era cada vez más consciente. Se deleitaba el paladar con fresas de Saumur y con los melones plantados tiempo atrás por un hortelano napolitano en las orillas del Loira, con paté de trucha, pasteles de Tours y con el delicado buqué del vino de Annonville. Se mimaba el olfato con la acertada labor de los perfumistas italianos de



María de Médicis, que utilizaban las flores de los campos de Provenza para crear unas embriagadoras fragancias que se aplicaban en el cuello y las muñecas y también en los guantes y las capas. Los perfumes del jacinto, el jazmín y las lilas inundaban todas las estancias y las aguas de los baños de los moradores de los castillos.

La piel recibía la caricia de los ungüentos y de la seda, el terciopelo, las pieles y los guantes de piel de venado; las almohadas de plumas de ganso acogían los fatigados cuerpos al término de la jornada; y, en invierno, las estufas alemanas de azulejos recién instaladas en Fontainebleau caldeaban todas las estancias.

Los ojos se recreaban constantemente en la contemplación de objetos corrientes embellecidos para el puro placer de la vista: un espejo de cristal adornado con cintas de seda y terciopelo; unos botones con piedras preciosas incrustadas. Por no mencionar los fuegos artificiales, que se reflejaban en el río; los cuadros de Leonardo y los suelos de mármol blanco y negro de la larga galería de palacio tendida sobre las onduladas aguas del Cher.

Se escuchaban por doquier toda suerte de placenteros sonidos: los gorjeos de los canarios y de las aves exóticas que llenaban las pajareras del jardín; los ladridos de los lebreles de las incomparables jaurías reales; el susurro de las fuentes y los complicados juegos de agua de los bien diseñados jardines. Y, por encima de todo, el sonido del melodioso idioma francés hablado con exquisitez, las ingeniosas conversaciones y los versos de los poetas de la corte, compuestos para celebrar el mundo de ensueño en el que vivían y siempre teñidos por la suave melancolía de la caducidad de todas las cosas.

Para María y sus compañeros todo aquello era eterno, seguro e invariable, y los lamentos de los poetas no eran más que un simple artificio literario. Por supuesto, se habían producido algunos pequeños cambios: la familia real continuaba creciendo, y más niños ocupaban los aposentos infantiles. Catalina de Médicis estaba engordando y ya no tenía cintura, ni siquiera cuando no se encontraba embarazada. Diana de Poitiers, la dama inmune al paso del tiempo, no había cambiado de aspecto, pero a pesar de ello empezaba a planear la construcción de su sepulcro. Sería de mármol blanco (¿de qué si no?).

Una tarde en que María se hallaba en sus aposentos en compañía de la duquesa, observó que Diana, sentada delante de su tocador, se entretenía en cambiar una y otra vez la disposición de sus frascos de perfume y sus cepillos de mango de plata. La duquesa mantenía la espalda tan recta como de costumbre, y su cano cabello peinado hacia arriba y recogido con un pasador de brillantes era tan espeso como siempre. No obstante, en su terso rostro se advertía una sombra de tristeza. De repente, la duquesa se volvió hacia María.

—Seréis más hermosa que yo —le dijo. Al ver que María hacía ademán de protestar, añadió—: Por favor. Digo la verdad. No retrocedáis ante ello. Yo no lo hago. Me siento orgullosa de que me sucedáis; me alegro de cederos este deber.

María soltó una carcajada. Se había puesto nerviosa. ¿Acaso Diana padecía una dolencia mortal? ¿Estaría haciendo testamento?

—Tengo cincuenta y cinco años. ¿No os parece que ya es hora? Llevo mucho tiempo gobernando el reino de la belleza, pero la carga es muy pesada. ¡Bienvenida a este reino! —Señaló un cuadro en que se la representaba con los pechos al aire—. ¿Os escandalizáis? ¿Vos jamás posaríais de esta manera?

—No, madame —contestó María con serenidad. A continuación, no pudo por menos que preguntar—: ¿Cuándo se pintó este cuadro?

—Hace muy poco tiempo. ¡Ahora veo que os habéis escandalizado de verdad! No hay por qué. Los pintores son muy amables. ¡Dios no es el único capaz de crear algo de la nada! Los pintores de nuestra corte también saben hacerlo muy bien.

A María siempre le había gustado ver moverse y hablar a la duquesa.

—Vos reinaréis siempre por vuestra belleza —le dijo a Diana—. Me temo que no podréis sustraeros a esta obligación, pues representa algo así como ser el custodio del Sello Real o el tesorero real.

—Así es, por desgracia. Os ruego que os deis prisa en crecer para que me libréis de esta carga. El tiempo os empujará hacia arriba y a mí me empujará hacia abajo.

Los dos tíos mayores de María incrementaron su poder y categoría. La esfera de influencia del cardenal se amplió y el Intrépido brilló como un héroe en la batalla en que se arrebató Metz a Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que se encontraba en guerra con Francia. En Escocia, María había logrado que su madre fuera nombrada oficialmente regente, mientras los escoceses proseguían su lucha para expulsar a los ingleses de su territorio. En la propia Inglaterra, Eduardo VI había muerto y le había sucedido en el trono su hermanastra María Tudor, una católica devota. En cuestión de meses, ésta restableció el catolicismo en Inglaterra y tomó por esposo a Felipe II de España, lo que supuso un desastre para Francia, pues ahora Inglaterra y España se aliarían contra ella e intentarían conquistarla. Esto significaba que, gracias a su emplazamiento, Escocia se había convertido de pronto en un importante aliado de los franceses.

A la edad de once años, a María le asignaron una casa aparte; cuando llegó el momento, la niña se alegró de abandonar los aposentos infantiles de la corte, pues ahora debía compartirlos con los seis hermanos de Valois. Le molestaba la estrecha vigilancia que ejercía Catalina de Médicis sobre los niños y se alegró de librarse de ella.

La Reina confiaba cada vez más en sus adivinos y astrólogos, sobre todo en uno llamado Nostradamus, a quien pedía con insistencia que hiciera predicciones acerca de los niños. Un día, al ver a María, Nostradamus anunció, solemne:

—¡Veo sangre alrededor de esta hermosa cabeza!

María se sintió molesta y preocupada; molesta por la grosería que suponían aquellas palabras, y preocupada porque temía que la profecía se cumpliera. Su irritación contra el astrólogo (que, al fin y al cabo, cumplía con su obligación) se centró en Catalina, que debería haber mostrado un poco más de tacto.

En su casa quedaron las cuatro Marías, John Erskine, el padre Mamerot, madame Rallay y su médico Bourgoing. A María le resultaba simpático Bourgoing, un joven que acababa de terminar sus estudios en Padua. Ella conservaba a su lado a sus músicos escoceses, pues gustaba de oír las melodías de su tierra natal a pesar de las burlas de los franceses, y los escoceses hablaban de vez en cuando entre sí en su lengua natal para variar.

A solas, María se miraba en el espejo y se preguntaba si sería cierto lo que Diana le había dicho. ¿Era agraciada? ¿Cuánto más crecería? Cuando su cuerpo se desarrollara, ¿resultaría hermoso y agradable a la vista? Sabía que las muchachas cambiaban cuando se convertían en mujeres. Las feas resplandecían y las guapas se volvían toscas y apagadas. Esperaba —siempre y cuando no significase un exceso de vanidad, contra la que tanto la había advertido el padre Mamerot— no volverse fea.

Cuando cumplió los catorce años, los poetas la descubrieron y empezaron a celebrarla con incesantes versos y a aclamar su belleza, equiparándola a las más famosas que jamás hubieran existido en el mundo. María intentaba recordar la advertencia de Diana a propósito de la carga que entrañaba la belleza, pero no podía por menos que acoger con agrado los elogios, pues constituían una respuesta a su secreto temor.

El historiador de la corte, Brantôme, escribió: «A los quince años empezó a irradiar belleza como el Sol en el cielo meridiano», y alabó sus manos «tan delicadamente formadas que las de la propia Aurora no la superaban».

Pierre de Ronsard, el principal poeta del grupo conocido como la Pléyade, por la constelación de las siete estrellas, cantaba: «*O belle et plus que belle et agréable Aurore.*»

Su colega el poeta Joaquim du Bellay, escribía: «*Nature et art ont en votre beauté / Mis tout le beau dont la beauté s'assemble*»:

*naturaleza y el arte han puesto en vuestra belleza*

*uintaesencia de todo cuanto es bello.*

Y también proclamaba:

*'engua de Hércules, según cuenta la fábula,  
úa a todos con triple cadena de acero.  
i, con su simple mirada, dondequiera que su magia se posara,  
'avizaba a los hombres, pero ninguno sentía los hierros.*

El pintor François Clouet la dibujó y la pintó, lamentando que, al ser ella como una mariposa o una criatura salvaje, no fuera capaz de estarse quieta cuando posaba, por lo que él no lograba captar su encanto. Aun así, realizó una miniatura que parecía una joya, en la que la representaba con un vestido rosado sobre un fondo azul zafiro. Sin embargo, a juicio del pintor, se la veía rígida y amanerada, actitudes que no adoptaba en la vida real. La miniatura no hablaba con su *voix très douce et très bonne*, tal como debía hablar una verdadera obra de arte. Tampoco había conseguido reproducir el delicado color de su tez, pues en su intento de captar su translucidez sólo había logrado que pareciese pálida.

Únicamente el busto de bronce de Jacquio Ponzio supo reproducir su porte y mostrar la exquisita inclinación de su esbelto cuello y su manera de erguir la cabeza. María había posado como si soñara despierta, con los ojos fijos en un lejano paisaje interior en el que el artista había conseguido reflejar la liberalidad de la juventud, que cree contar con millares de mañanas y no desdeña perder el tiempo actual soñando. Su cabello estaba peinado hacia arriba, con bucles, sus almendrados ojos mostraban una expresión serena y su pequeña boca resultaba casi melancólica. Esbozaba una sonrisa pero, por lo demás, el busto parecía mirar en torno a sí con olímpica indiferencia.

## X

A pesar de todo, la joven reina aclamada como *une vraie Déesse* (una verdadera diosa) gustaba de brincar, correr y cabalgar, y a menudo lamentaba no haber nacido varón para poder llevar espada y armadura. Su tío el duque de Guisa, el gran héroe de Francia, que acababa de arrebatarse Calais a los ingleses, comparaba la valentía de la muchacha con la suya propia.

—Sí, sobrina mía, hay un rasgo en el que, por encima de cualquier otro, reconozco en vos mi propia sangre: sois tan valiente como el más valiente de mis soldados. Si las mujeres marcharan a la guerra tal como hacían en los tiempos antiguos, creo que vos sabríais morir como el mejor. Y yo, querida mía, lo sé muy bien —añadió—, pues he visto muchas veces hombres de ambas condiciones: cobardes y valientes. La valentía es un rasgo típico de los Guisa; fijaos en el coraje de vuestra madre, que conserva Escocia para vos contra los rebeldes herejes. ¡Ah, eso sí que es una muestra de valor!

—Ciertamente, la acosan por todas partes —admitió María con tristeza.

A su tío lo necesitaban para combatir contra los ingleses que habían invadido Francia; de otro modo, éste habría podido acudir en ayuda de su madre en Escocia. Era tan extraordinario que habría sido capaz de hacer cualquier cosa...

—Sí, como ya he dicho, resiste con mucha valentía. —El duque paseó la vista por la estancia, complacido. Había sido un acierto instalar a María en su propia casa al cumplir los once años, aunque los escoceses, siempre tan tacaños, no habían querido hacerse cargo de los gastos extraordinarios que ello había comportado. ¡Como si los franceses tuvieran la obligación de hacerlo, con lo caro que les costaba mantener tropas en Escocia! Al final, los escoceses habían soltado el dinero y el mobiliario de los regios aposentos resultaba sumamente aceptable. Unas cuantas alfombras más no habrían venido mal, pensó el duque encogiéndose de hombros, pero no se podía sacar leche de una ubre seca, ni exprimir más dinero de una torta de harina de avena escocesa, esa especie de pastel que sabía a forraje y que a ellos tanto les gustaba.

Miró a María, que ya llevaba cuatro años viviendo en su propia casa. Todo había salido tan bien que era como si el propio destino hubiera organizado cada detalle. Que la muchacha hubiese crecido tan bella y confiada, siempre dispuesta a creer que la gente era lo que parecía; que amase a su madre (a quien veía tan poco que, en realidad, su amor se centraba en una persona imaginaria creada por sus propios anhelos) hasta el extremo de ser capaz de hacer cualquier cosa por ella y, por extensión, por sus tíos. Todos actuaban conjuntamente, con la vista puesta en un solo objetivo: el control de Francia y Escocia. María, aquella espigada y animosa muchacha, era el eje de la rueda en torno a la cual giraban las ambiciones de todos ellos.

El primer paso había consistido en convencer al parlamento francés de que María

deseaba que le concedieran el derecho de nombrar a su regente en Escocia, cosa que los escoceses tendrían que aceptar so pena de perder el apoyo de los franceses. María designó de inmediato a su madre en sustitución del anterior regente el conde de Arran, jefe de la Casa de Hamilton, quien se vio obligado a retirarse junto con todos sus hombres. Lo apaciguaron concediéndole el ducado francés de Châtelherault mientras en la corte escocesa se instalaban los administradores franceses.

Acto seguido, María de Guisa nombró a sus hermanos custodios y ministros de María en Francia: el duque Francisco la asesoraría en los asuntos terrenales, y el cardenal Carlos, en los espirituales. Bajo su tutela María resultó una alumna leal y aplicada. Cuando le llegara el momento de ocupar el trono, sería perfecta no sólo como reina, sino como mujer. Tras la recuperación de Calais, los franceses no podían negarle nada al duque. Así pues, la ocasión era propicia para insistir en que se celebrara la boda entre María y el delfín a fin de que la alianza quedase garantizada de una vez por todas.

En Escocia, sin embargo, las cosas no marchaban tan bien. Al parecer, los escoceses aborrecían profundamente a los «extranjeros». Se habían pasado muchos siglos odiando a los ingleses, el «antiguo enemigo», pero ahora que tenían en casa a los franceses, los detestaban aún más que a aquéllos. Por lo visto, habían olvidado la razón de la presencia —¡muy costosa, por cierto!— de los franceses en su país, que no era otra que la expulsión de los ingleses, y ahora comenzaban a rebelarse contra ellos.

—Por lo que me decís, querido tío, muy pronto se necesitarán más tropas.

—Enviaremos todo cuanto haga falta —respondió el duque con frialdad—. El país jamás se os escapará de las manos. Francia no lo consentirá.

—¡Oh, si fuera un hombre, yo misma lucharía en persona contra ellos!

El duque la miró sonriendo.

—¡Como vuestro antepasado Carlomagno! O como vuestro otro antepasado, san Luis, el de la Cruzada contra los infieles. ¡Sí, os creo muy capaz! —Contempló su esbelta figura y su resplandeciente rostro y le parecieron los de un joven guerrero—. ¡Qué alta sois! —exclamó, percatándose de repente de que medía tanto como él: casi seis pies—. ¡Como una auténtica Guisa! —Al rodearle los hombros con el brazo, advirtió que, a pesar de su estatura, sus huesos eran muy delicados.

—¿No hay en mí nada que sea escocés? —preguntó María.

El duque no supo qué respuesta deseaba oír su sobrina, lo que le pareció muy extraño, pues solía leerle el pensamiento.

—¿No existe la menor huella de los Stewart? —agregó ella.

—Sí, cuando os vestís *à la sauvage*, con pieles y prendas a cuadros escoceses —contestó cauteloso el duque. Menudo aspecto presentaba ella con aquel bárbaro atuendo que lucía de vez en cuando.

—Eso es algo que me pongo por fuera. Me refería a mi interior —precisó María.

—Bueno, os gustan vuestros músicos escoceses. Los habéis tenido aquí todo este tiempo para que interpreten para vos esta música tan... insólita.

—Me complace escucharla.

—Pues bien, eso demuestra que sois escocesa —concluyó el duque—. Esta música suena extraña a otros oídos.

El dorado reloj de sobremesa empezó a dar las once con una campanilla distinta para cada repique.

—¿Os gusta? —preguntó María.

—Mucho. —El duque examinó la pintada esfera del reloj, cuyos negros números destacaban sobre el marfil. Tenía unas patitas doradas y una esfera lunar con un disco de rostro soñador.

—Yo misma me lo he regalado —confesó María—. No sé por qué tengo tanta afición a los relojes de sobremesa y de bolsillo.

—Sí, recuerdo el sorprendente reloj de bolsillo con una calavera que le regalasteis a vuestra... ¿cómo la llamáis?, ¿vuestra María?

—Ah, sí. —María se turbó visiblemente—. Me llamó la atención porque la campanilla sonaba en el interior de la calavera de plata y tenía unos grabados del tiempo y unos símbolos de la eternidad. Como María Seton tiene tanta tendencia a entregarse a devociones religiosas, quise regalárselo. Es tan pequeño que puede llevarse a la capilla. Pensé que era un objeto que un monje desearía poseer.

—Los monjes no deberían tener deseos.

El duque esbozó una sonrisa que le curvó la cicatriz de la mejilla.

—Pero otros desean las cosas que tienen los monjes —observó María—; como el viejo Enrique de Inglaterra, que expulsó a los monjes y se quedó con todas sus posesiones.

—Si me permitís que os lo diga, Majestad, por lo menos fue sincero..., a diferencia de vuestro padre, que nombró a sus nobles y a sus bastardos «abades seglares» de los ricos monasterios para que se llevaran de allí todo cuanto quisieran. Incluso vuestro hermano Jacobo Stewart se beneficia del botín de... ¿cómo se llama su monasterio?... Saint Andrews. ¡Y eso que es tan serio y santurrón! —El duque no sentía la menor simpatía por aquel hipócrita mojigato. Lo había visto un par de veces y no le había gustado—. De hecho —añadió—, vuestro padre nombró priores a todos sus bastardos, ¿no es cierto? Les aseguró el sustento a expensas de la Iglesia. Juan Stewart es prior de Coldingham, Roberto Stewart lo es de Holyrood, otro Jacobo es el prior de Melrose y Kelso, otro Roberto lo es de Whithorn y Adam Stewart de la cartuja de Perth. ¡Una auténtica familia de santos varones!

María se enfureció ante aquel ataque a su padre.

—¿Acaso las cosas son mucho más nobles en Francia? ¿Cómo es posible que tres de vuestros hermanos sean príncipes de la Iglesia? ¿Dos cardenales y un gran prior de

la orden militar de San Juan de Jerusalén? ¡Pero si incluso mi buen tío Carlos fue nombrado cardenal a la edad de veintitrés años, por el propio Rey! ¿Se debió acaso a su recta y piadosa vida?

El Intrépido había sido pillado desprevenido. «Menudo temperamento tiene esta muchacha —pensó—. Eso no es bueno. Resultaría perfecta si fuera más dócil. Últimamente se ha vuelto demasiado inquisitiva.»

—Dejaré que responda él mismo a vuestra pregunta —respondió el duque con suavidad al ver que el *valet de chambre* abría la puerta para franquear el paso al invitado que con tanto retraso se presentaba. Debería haber llegado a las diez y media.

—*Pardon, pardon* —se disculpó el cardenal—. ¡Siento llegar tan tarde!

Una sonrisa iluminó sus delicados rasgos mientras se acercaba a María y al duque. Tenía los ojos de un azul tan claro como los cielos de marzo que cubrían el Loira, y su tez marfileña lo habría hecho parecer una figura extraída de un pergamino de no haber sido por un mentón cuya debilidad se veía acentuada por una barba rala y bifurcada cuyos desordenados pelos quedaban atrapados en la almidonada e impecablemente planchada gorguera. María se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía, por qué llevaría aquella barba tan poco favorecedora. Siempre esperaba que la siguiente ocasión que lo viera se la hubiese rasurado, pero siempre sufría una desilusión.

—¡Traigo muchas noticias, buenas y malas! —añadió el cardenal, dando unas palmadas a su cartera de terciopelo.

—¿Os parece que almorcemos primero? —propuso el duque—. Las noticias, de la naturaleza que sean, se digieren mejor con el estómago lleno.

Se moría de hambre. Durante la reciente campaña de Calais había comido las mismas raciones que los soldados, muy escasas, pues estaban en invierno, pero este hecho les había permitido ganar la batalla, atacando por sorpresa en enero... Ahora debía alimentarse bien antes de volver a combatir y a las privaciones que esto suponía.

—Por supuesto —contestó María, acompañándolos a la mesa preparada en un extremo de su cámara, donde con toda naturalidad ocupó el lugar de honor bajo el dosel; a fin de cuentas, era una soberana reinante. Si hubiese comido en otro lugar o sin la protección de aquel dosel, se habría sentido tan expuesta como si lo hiciese desnuda.

Con una seña, indicó a sus criados que empezaran a servir los platos, unos treinta. Aunque casi todos ellos eran normales —anguilas y brevas rellenas, pollo en salsa de vinagre, ganso y pato—, María había intentado ofrecer algún que otro bocado especial, lo cual era muy difícil en aquella desahogada estación del año en que no se disponía de alimentos frescos. La primavera parecía todavía muy lejana.

Cuando los criados sirvieron tartas de manzana acarameladas, el cardenal no fue capaz de disimular su sincero asombro. María se alegró, pues el cardenal era famoso por su delicado paladar y por su constante búsqueda de novedades en la mesa. Se introdujo un buen bocado en la boca con el tenedor de mango de oro mientras la barba



se le movía arriba y abajo.

—Exquisito, querida mía. Auténticamente exquisito. —Sonrió y bebió un sorbo de dulce y embriagador vino de Anjou en una espléndida copa de cristal veneciano. En sus ojos brillaba el placer sensual.

Cuando ya retiraban los últimos dulces, María no pudo reprimir por más tiempo su impaciencia.

—¿Cuáles son vuestras noticias? —preguntó en tono de súplica—. ¡Os ruego que no las calléis por más tiempo!

—Se trata de lo siguiente. —El cardenal volvió a sonreír y se sacudió una migaja prendida en su manga de terciopelo—. Nos va tan bien en la guerra que parece que Dios está de nuestra parte. Felipe y sus aduladores británicos empiezan a retroceder. —Hizo una pausa—. Pero ésta es una noticia para mi hermano. Para vos, *ma mignonne*, tengo la siguiente, que acabo de recibir directamente desde Escocia: se han aprobado las condiciones de vuestra boda y la semana que viene nueve comisarios, entre ellos vuestro hermano Jacobo y algunos de los más destacados nobles del país, zarparán rumbo a nuestras costas para redactar los documentos legales y... asistir a vuestra boda con el delfín Francisco.

—¡Oh! ¿Y eso cuándo será?

—Dentro de unos tres meses. En abril. Os casaréis en plena primavera. ¿Podréis resistir la espera?

—Llevo diez años esperando, y necesitaré por lo menos otros tantos para la confección de mi vestido, que será blanco (me encanta el blanco) como un peral en flor...

—El blanco es el color de la solemnidad y el luto —se apresuró a aclarar el cardenal, siempre al corriente de las modas—. Os traería mala suerte.

—Yo no creo en esas cosas. El blanco es mi color, el que yo he elegido —dijo María, obstinada—. Es el que mejor me sienta; ya lo dice Brantôme: «*La blancheur de son visage contendoit avec la blancheur de son voile a qui l'emporteroit*», «la blancura de su rostro rivalizaba con la blancura de su velo».

—Mencionasteis que teníais otra noticia —intervino el duque, a quien impacientaba aquella intrascendente charla sobre vestidos.

Era evidente que el cardenal se encontraba más a gusto en el reino de los velos y los rasos.

—Sí —respondió lanzando un suspiro—. Casi a la misma hora en que los nueve comisarios acordaban realizar la boda, varios de ellos firmaron un «pacto».

—¿Qué clase de pacto? —preguntó el duque con aspereza.

Lo de «pacto» sonaba a palabra protestante.

—Se autodenominan «la Primera Agrupación de la Congregación» y se han comprometido a... trabajar en favor de la religión reformada de Escocia.

—¡Protestantes! —exclamó María con un sobresalto, como si hubiese oído volar un murciélago por encima de su cabeza.

—¡Protestantes! —gruñó el duque—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que aquel sucio predicador de Knox haría más conversos allí!

—Vaya si los ha hecho. Los ha hecho por todas partes. —El cardenal hurgó en su bolsillo y extrajo un opúsculo—. Esto es lo último que ha dicho.

El duque lo tomó.

—Hay que silenciar a este necio quejumbroso.

María alargó la mano y le quitó el opúsculo.

—«El primer sonido de la trompeta contra el monstruoso regimiento de las mujeres.» Pero ¿qué está diciendo? —preguntó—. «Permitir que una mujer ejerza el gobierno, la superioridad, el dominio o el imperio de cualquier reino, nación o ciudad, repugna a la naturaleza y es una ofensa a Dios...» —Siguió leyendo en silencio y finalmente estalló: «Puesto que su visión en el regimiento civil no es más que ceguera, su consejo es necesidad y su juicio, un desvarío. Afirmando que la naturaleza las representa débiles, frágiles, impacientes, enfermizas e insensatas, y la experiencia las ha declarado veleidosas, variables, crueles y faltas del espíritu de consejo y regimiento...»

—El opúsculo tiene varias páginas, Majestad —señaló el cardenal—, y muchas referencias del Antiguo Testamento tan aburridas como típicamente protestantes. Lo escribe contra las «tres Marías», quienes no son otras que vos, vuestra madre y, sobre todo, María Tudor por su acendrado catolicismo. Escuchad esto: tiene mucha gracia. —Pasó las páginas del manuscrito y leyó: «La maldita Jezabel de Inglaterra y su pestilente y detestable generación de papistas... hombres y mujeres, doctos e iletrados... han saboreado su tiranía. De manera que ahora no sólo la sangre del padre Latimer, del dulce hombre de Dios, el obispo de Canterbury, del erudito y discreto Ridley, de la inocente lady Jane Dudley... claman venganza al señor Dios de los ejércitos, sino que las lágrimas y los sollozos de los oprimidos, los lamentos de los ángeles, los guardianes de Dios, y de todas las criaturas terrenas maltratadas por su tiranía gritan y claman incesantemente pidiendo su pronta ejecución.» —Soltó una carcajada tan tenue como su barba.

—Sus maldiciones son terribles —señaló María.

¿Sólo porque su madre y ella eran católicas les deseaba Knox aquellos males?

—Pero nada originales —repuso el cardenal—. Están sacadas del Antiguo Testamento. Los profetas Jeremías, Ezequiel y Nahum sabían maldecir muy bien en nombre de Yavé. Este hombre es una pálida sombra de lo que ellos fueron.

—Pero una sombra que oscurece Escocia. Este Knox se califica una y otra vez de profeta —aseveró el duque—. Alguien tendría que hacer con él lo que Herodes hizo con Juan el Bautista. ¿Dónde está ahora?

—Oculto en algún lugar de Ginebra. El año pasado permaneció dos meses en Francia, de octubre a diciembre. Me avergüenza decir que escribió *El primer sonido* en nuestro suelo.

—Veo que no esperó aquí su publicación —dijo el duque—. Fue muy prudente.

—Es muy listo, en efecto. Esconde su cobardía bajo la instrucción que Jesucristo dio a sus discípulos: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra.» Deja que otros luchen por él y cumplan sus maldiciones.

—Son palabras para asustar a los niños de los cuartos infantiles —se mofó el duque.

—En algún pasaje del Antiguo Testamento alguien recibe la maldición de las hemorroides —comentó el cardenal—. ¡Eso sí que es temible! —exclamó soltando una carcajada de desprecio—. ¿Y si yo se las deseara a maese Knox? Debo practicar mis maldiciones. Lo único que conozco es la fórmula de la excomunión.

María tomó de nuevo el documento y continuó leyendo en silencio, muy despacio. Le llevó un rato, pero logró llegar al final:

No temo decir que el día de la venganza que apresará a la horrible y monstruosa Jezabel de Inglaterra y a quienes mantienen su monstruosa crueldad, ya está establecido..., cuando Dios se declare su enemigo, cuando derrame sobre ella su desprecio acorde con su sevicia y encienda los corazones de quienes en ocasiones la apoyaron, inspirándoles un odio mortal contra ella que los induzca a cumplir con sus designios.

Pues sin duda su reino y su imperio son una muralla sin cimientos; digo lo mismo sobre la autoridad de todas las mujeres.

Pero el fuego de la palabra de Dios ya ha prendido en estos podridos apoyos (incluyo la ley del Papa junto con las demás) y no tardarán en arder... Cuando ellos se hayan consumido, esta podrida muralla —el usurpado e injusto imperio de las mujeres— caerá por sí sola por mucho que intenten sostenerla, para ruina de todos quienes se esfuerzan en sostenerla. Y por ende que todos los hombres estén advertidos, pues la trompeta ya ha sonado.

Alabad a Dios quienes lo teméis.

—Rechaza la autoridad real —concluyó finalmente María.

—No, rechaza más bien el gobierno de las mujeres —la corrigió el cardenal—. Vedlo aquí. —Tomó el manuscrito y leyó—: «Pues sin duda su imperio y su reino son una muralla sin cimientos; digo lo mismo sobre la autoridad de todas las mujeres.» Lo habéis interpretado mal.

—No, mi buen tío, vos lo habéis interpretado mal —replicó María con voz clara y reposada—, o intentáis ocultármelo. Cuando el maestro Knox enardece a la gente y dice que no debían haber aceptado a María como reina, el mensaje oculto tras sus palabras es el de que no estaban obligados a aceptarla si no lo deseaban. De esto se desprende que el pueblo es libre de elegir a su gobernante, que no es la sangre real lo que determina quién tiene el derecho de gobernar, sino la voluntad del pueblo. Si el pueblo dispone del poder de rechazar la sangre real, ¿qué poder tiene ésta? Si Knox se

saliera con la suya, ninguno. Aquí dice —tomó de nuevo el manuscrito— que «la insolente alegría, las hogueras y los banquetes que se celebraron en Londres y otros lugares de Inglaterra cuando esta maldita Jezabel fue proclamada reina me demuestran que los hombres... gozaron con su propio desconcierto y con cierta destrucción... Y, sin embargo, ¿acaso no se percataban de que donde reina una mujer y los papistas ejercen la autoridad, Satanás no tiene más remedio que presidir la asamblea?».

—Un Satanás con faldas. Me gusta —dijo el cardenal.

María no se lo tomaba a broma.

—«Afirmo que la elevación de una mujer a este honor significa no sólo invertir el orden que Dios ha establecido, sino también profanarlo, contaminarlo y mancillar el trono y la sede de Dios.» Está diciendo que el pueblo tiene el deber de discernir la voluntad y los designios de Dios.

El cardenal suspiró con pesar.

—Sí, reconozco que ésta es una de las interpretaciones, por lo menos indirecta. Tenéis un ingenio muy inquisitivo, hija mía.

—¡En tal caso, Knox es mi enemigo! —dijo María.

—¡Por supuesto que sí! —afirmó categóricamente el duque—, pues, por encima de todo, vuestra sangre real os convierte en una persona singular y os otorga el derecho de gobernar.

—¿Os parece que nos retiremos de la mesa? —sugirió María.

En cuanto se levantó, los criados se abalanzaron sobre las sobras como cuervos.

María hizo pasar a los dos hombres a su gabinete privado y mandó retirarse a los *valets de chambre* y a sus servidores.

—Allí fuera hay demasiadas orejas —dijo—. Ahora podemos hablar más libremente.

El duque y el cardenal arquearon a la vez las cejas, las del duque pobladas y oscuras, las del cardenal, finas y perfectamente definidas.

—Habéis adquirido una gran experiencia política —concedió el cardenal—. Debéis de poseer un talento natural. Alguien tendría que habérmelo advertido —añadió, dirigiendo a su hermano una significativa mirada.

—He aprendido mucho de la Reina —dijo María—. Por ejemplo, la necesidad de cifrar la correspondencia. Cuento con unas sesenta claves que empleo en mis cartas —explicó con una radiante sonrisa.

—Qué complicado —opinó el cardenal—. Recordad que un código sólo resulta eficaz si quienes lo conocen saben ocultar su clave. Y existen muchos agentes que son unos auténticos genios para descifrarlas. —Contempló satisfecho la expresión de decepción del rostro de María. Se sentía segura, sabia y adulta. Ya era hora de educarla un poco más. ¿Qué otras cosas sabría acerca de la Reina?—. ¿Qué más os ha enseñado? —preguntó—. ¿Tenéis a vuestro servicio a algún experto carpintero? —Al

ver su mirada de perplejidad, contestó a la pregunta no formulada—. Para construir cajones secretos donde guardar todas vuestras inútiles claves y vuestros brebajes mágicos, como los de la sala de Blois donde la Reina tiene más de doscientos, algunos de ellos falsos. Cree que nadie sabe abrirlos, aunque basta con apretar un panel del friso inferior, tal como es de todos conocido. O quizá para practicar agujeros en el suelo de vuestro dormitorio como los que ella tiene en Saint-Germain-en-Laye, desde donde contempla al Rey cuando hace el amor con Diana en el piso de abajo.

María dejó escapar una risita.

—¿De veras?

—Desde luego.

El cardenal rió y el duque soltó una carcajada.

—¿Qué diría el maestro Knox? —rugió el duque, muerto de risa.

—¡Diría que su sangre real los impulsó a comportarse de esta manera!

La risa obligó al cardenal a sentarse. Con un pañuelo de encaje se secó las lágrimas que habían asomado a sus ojos.

—Catalina está locamente celosa —añadió entre risotadas—, pero en lugar de envenenar a Diana tal como debería hacer una buena Médicis, recurre a los sortilegios mágicos. ¡Sin embargo, está claro que no surten efecto! El Rey sigue acostándose con Diana mientras Catalina lo contempla. ¡Menudo *ménage à trois*!

—Yo creo que la mataría —reflexionó María, muy seria—. No soportaría la idea de compartir a mi esposo con otra. Sería una burla. O quizá lo mataría a él. Dependería, de las circunstancias.

Como si el pobre Francisco, aquella atemorizada y débil criatura, fuese capaz de llevarse a la cama a una mujer como no fuera para cumplir temeroso con su deber, pensó el cardenal. María no debía temer que surgiese una rival.

—No, no lo haríais —repuso en cambio—. Si estuvierais celosa, significaría que lo amáis. Y si lo amarais, el amor apartaría vuestra mano del mal.

—Muchos males se cometen en nombre del amor —aseveró María.

—Lo que nos lleva de nuevo al maestro Knox —dijo el duque—. Si bien es cierto que se encuentre a salvo en Ginebra, escondido entre los faldones de Calvino, en cuanto salga... me encargaré de que lo hagan callar. De modo permanente. Me extraña que Calvino lo esconda; Calvino y los suyos son partidarios de la obediencia a los gobernantes.

—Lo que significa que es lo bastante astuto como para dejar que otros luchen por él. Los malditos calvinistas se han infiltrado en Francia; están por todas partes. Acuden en secreto a sus heréticas reuniones al amparo de la noche. Hugonotes, los llamamos, los espectros de la noche. Calvino les envía libros y predicadores; no quiere comprarles mosquetes ni cañones. Al menos por el momento.

—Acabaré con ellos y los mandaré al infierno —aseguró el duque—. Aquí no

echarán raíces.

—Ya las han echado, pero son unas raíces muy superficiales —explicó el cardenal—. Tenemos que arrancarlas.

—Cuando hayamos derrotado a los ingleses —precisó el duque.

—Knox no se quedará en Ginebra —dijo María de repente—. Regresará a Escocia y allí atormentará a mi querida madre.

—Es cierto, le ha escrito una carta llena de odio —convino el cardenal—. Da la casualidad de que dispongo de una copia. El maestro Knox no emplea claves; publica todo lo que escribe.

El cardenal le entregó a María una copia impresa en negrilla titulada *Carta a la regente de Escocia*.

A medida que María la leía su rostro se encendía con una expresión de furia cada vez más vehemente.

—«Considero que vuestro poder es sólo prestado, extraordinario e inestable pues lo ejercéis sólo gracias a la venia de otros.» —María sacudió la cabeza en gesto de enojo—. ¡Se refiere a mí! ¡Quiere decir que yo se lo he otorgado!

Continuó leyendo en silencio:

No atribuyáis al destino el hecho de que, primero, vuestros dos hijos os fueran repentinamente arrebatados en el breve espacio de seis horas y, segundo, vuestro esposo fuera arrancado por así decirlo de la vida y el honor y con él perecieran el recuerdo de su nombre, la sucesión y la dignidad real.

Pues, aunque la usurpación o más bien la tiranía de algunos reinos haya permitido que las mujeres heredasen el honor de sus padres, su gloria tiene que entregarse a la casa de un extranjero. Por eso afirmo que con él se enterraron su nombre, su sucesión y la dignidad real; y si en ello no veis la cólera ni el ardiente reproche de Dios, que os amenaza a vos y a los restantes miembros de vuestra casa con la misma peste, sois más obstinada de lo que yo desearía que fuerais.

Tal vez os preguntéis cuáles fueron los delitos de vuestro esposo, vuestros o del Reino para que Dios os haya castigado con tanta dureza. Yo os respondo: la profesión y la defensa de la más horrible idolatría.

—Sí, nos equipara con Acab y con todos los malhechores de Israel —señaló el cardenal—. No hace falta que lo leáis todo. Se repite mucho. Jamás se limita a hacer una afirmación, sino que siente la necesidad de repetirla veintiocho veces.

María siguió leyendo, ahora en voz alta, atrapada por el veneno que destilaba la invectiva.

—«Pero los timoratos, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los alcahuetes, los brujos, los idólatras y todos los mentirosos...»

—Se refiere a nosotros, querida —aclaró el cardenal en tono burlón.

—«... ocuparán su lugar en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.»

María se estremeció.

—Hay algo que debo contaros —dijo el cardenal, en tono grave por primera vez aquel día—. No quiero que os enteréis por medio de personas ajenas a vuestra

familia..., a vuestra familia francesa —subrayó. Sacudiendo la barbita rojiza, añadió —: Vuestro hermano Jacobo, que vendrá para asistir a vuestra boda, se ha convertido al protestantismo. Ahora sigue a Knox. —Desgranó las palabras despacio—. Es uno de ellos.

## XI

María permaneció despierta escuchando los leves murmullos de los pájaros. Era todavía demasiado temprano para que éstos empezaran a gorjear; el cielo aún estaba oscuro, pero ella no lograba conciliar el sueño.

«Es la última noche que paso soltera —pensó—. Mi última noche de doncella», y a continuación se preguntó qué significaba eso en realidad. ¿Tal vez que la noche siguiente ella y Francisco yacerían juntos como marido y mujer? Sabía que se acostarían en el mismo lecho; formaba parte de la ceremonia, pero ¿qué ocurriría cuando se quedaran a solas?

«Francisco me ha besado —pensó—, pero sólo como lo hacen mi tío el Intrépido y mi tío el cardenal; o como nos besamos yo y mis amigas para decirnos *bonjour* o *au revoir*. Es exactamente lo mismo. ¿Por qué iba a ser distinto mañana? Sé que los hombres adquieren un conocimiento especial, pero Francisco todavía no es un hombre.»

Dejó escapar un suspiro y se revolvió en la cama. Los ligeros cobertores le proporcionaban un calor agradable en medio del frío que precedía al amanecer. Francisco no había crecido; apenas le llegaba al hombro. Además, nunca había gozado de buena salud; padecía toses, resfriados y fiebres y su mofletudo y pálido rostro ovalado era el de un enfermo, así como por desgracia, su quejumbroso y avinagrado carácter. La única persona a quien no consideraba enemiga era ella, su defensora y protectora. Sólo por ella sonreía y se esforzaba en ir a buscar los juguetes. A los demás les daba órdenes con languidez.

«Pobre Francisco —se dijo María—. ¡Cuánto desearía que se le fortaleciera el cuerpo!» Sin embargo, no alcanzaba a comprender que si Francisco hubiera sido un muchacho normal de catorce años, de hombros anchos, voz profunda y ojos que se le fueran tras las mujeres, la promesa de su inminente boda habría sido completamente distinta.

Empezó a escuchar el canto de los pájaros al otro lado de las ventanas, cuyos perfiles ya se distinguían recortados contra el morado cielo, cada vez más claro. Los tonos pálidos y los arcos ojivales parecían los de una vidriera de iglesia. En realidad, aquel edificio era un antiguo claustro convertido en el palacio del arzobispo de París. Al otro lado de las ventanas se hallaban las ramas floridas de los árboles en las que ya habían empezado a brotar las hojas de abril. Los pájaros se habían posado en ellas y sus gorjeos resultaban cada vez más estridentes.

Su canto le adormeció los sentidos y la sumió a medias en el sueño. Imaginó a un hombre posado en las ramas del exterior y colgado de ellas con la misma facilidad que un mono. Su rostro era oscuro... ¿o acaso, sencillamente, lo tenía tizado? Una lenta



sonrisa abría una rendija de marfil en el oscuro rostro. Se movía con una gracia y una fuerza propias de un ser superior, o quizás inferior..., tal vez un animal.

El hombre le hacía en silencio señas de que se acercara. O más bien ella experimentaba el impulso de levantarse y seguirlo, de abandonar la seguridad del pavimento de piedra y de las protectoras ventanas y salir para posarse a su lado en la oscilante rama. Se acercó, percibió la frialdad de la brisa que entraba por la ventana abierta y vio la verdosa bruma del exterior, creada por el sol naciente que brillaba a través de una multitud de hojas tiernas y translúcidas. El sol, a la espalda del hombre, formaba una aureola alrededor de su cabeza, y ella no veía a quien se aproximaba.

Parpadeó y despertó. Los cobertores habían resbalado al suelo, y la razón del frío que había sentido en su sueño no era sino la falta de una manta. El sol estaba saliendo y ya brillaba entre las ramas desnudas. María se levantó de la cama y contempló la negra rama que había justo debajo de su ventana. Era lo bastante gruesa como para soportar el peso de una persona, pero allí no había nadie.

Experimentaba una sensación de inquietud y perplejidad. «Tendría que regresar a la cama —se dijo—, soñar de nuevo y volver a despertar, pero ya es tarde. No tardarán en venir para vestirme.»

Su vestido y su capa nupciales colgaban en un soporte de madera al fondo de la estancia donde ella había insistido en dormir sola aquella noche.

Se acercó al vestido y contempló los pliegues que se derramaban como líquido sobre el soporte de madera. Era de una blancura deslumbrante; se había salido con la suya. Cuando mandó llamar a Balthazar, el sastre de la corte, y le describió la indumentaria que quería, éste también había discutido con ella.

—No, no, Majestad, aquí en Francia el blanco es color de luto. ¡No resulta apropiado para un vestido de boda! —Balthazar se enorgullecía de sus conocimientos acerca de los tejidos, la forma de drapearlos e incluso la historia de cada tela y color—. Permitidme que os sugiera el azul, un azul como el cielo del valle del Loira en mayo...

—Podéis sugerirme lo que queráis —había contestado ella con dulzura—, pero yo insisto en que sea blanco.

Así pues, juntos habían elegido una preciosa seda blanca como las campanillas y los muguetes, y él confeccionó un corpiño con perlas incrustadas que brillaba como el rocío de la mañana. A un lado, formando pliegues, se encontraba el manto de terciopelo gris azulado bordado con seda blanca y perlas y adornado con una larguísima cola. Pesaba mucho, pues estaba cuajado de piedras preciosas. Dos personas tendrían que sostenerlo tras ella.

Sobre una mesa con incrustaciones de nácar descansaba la corona real hecha especialmente para ella con oro purísimo y esmeraldas, diamantes, rubíes y perlas engarzadas. A su lado, en un estuche de marfil, estaba el Gran Harry, herencia de su

abuela Margarita Tudor. No le habían permitido lucirlo hasta aquel momento.

María lo sacó del estuche y lo acercó a la luz. Los rayos del sol penetraron en el misterioso interior rojo sangre de la gema y proyectaron resplandores ígneos sobre el muro de piedra de la estancia. El fulgor parpadeó y lanzó destellos cuya belleza la dejó anonadada.

«Mi abuela recibió este regalo de boda de parte de su padre cuando sólo tenía catorce años, uno menos que yo —se dijo—. Iba a casarse con alguien a quien jamás había visto, un hombre mucho mayor que ella. ¿Acaso esta piedra la protegió? Qué suerte tengo yo de que no me envíen a un país extranjero para contraer matrimonio con un hombre al que jamás he visto. Puedo quedarme en Francia y casarme con mi amigo.

»Casarme con un amigo.

»Hay quienes se casan por amor —reflexionó de repente—. Mi abuela Margarita Tudor se casó una vez por motivos políticos y otra por amor. Mi tatarabuelo, Eduardo IV de Inglaterra, se casó en secreto con una plebeya mayor que él y, por si fuera poco, viuda. Y mi tío abuelo, Enrique VIII, se casó por amor no una, sino tres veces, y armó un gran lío, pues dejó varias hijas desheredadas.»

Sonrió al pensar en el rey-amante inglés. No, lo suyo sería normal, una de esas bodas concertadas por motivos políticos que se celebraban en cuanto la novia alcanzaba la edad suficiente. Así había ocurrido con Catalina de Aragón, Catalina de Médicis, Margarita Tudor, Margarita Beaufort y Magdalena de Francia, la primera y frágil esposa de su padre...

Sin embargo todas aquellas bodas por amor, que habían causado escándalo en su momento, las habían protagonizado parientes suyos carnales. La idea le parecía curiosa y no acertaba a comprenderla.

El sol brillaba con fuerza y el despejado cielo, de un azul profundo, se extendía sobre las enormes multitudes de mercaderes, tenderos, aprendices y trabajadores que abarrotaban las calles de París. El destino había otorgado a María Estuardo un espléndido día de boda en un mes de abril que había destacado por inestable. Buena parte de la ceremonia se celebraría al aire libre en un pabellón llamado *ciel-royal* construido para la ocasión delante de Notre-Dame, adornado con colgaduras de seda azul con bordados de flores de lis doradas y el escudo de armas de Escocia. Una alfombra de terciopelo del mismo color y con los mismos motivos se extendía a sus pies. Hacía doscientos años que el pueblo de París no presenciaba la boda de un delfín, y la ciudad hervía de entusiasmo pensando en los elegantes atuendos, la música, la ceremonia y la tradicional generosidad que se derramaría sobre las multitudes. Todos estaban deseando que los deslumbraran.

Llevaban desde el amanecer oyendo el sonido de las trompetas, los pífanos y los

tambores procedente de los patios monásticos del palacio arzobispal, que susurraban como una promesa: «Esperad..., ya viene.» Por ello atestaban las calles, comiendo el pan y el queso que llevaban consigo mientras el sol, que se elevaba lentamente sobre la ciudad, disipaba la frialdad del aire.

A media mañana se inició el cortejo: los músicos y guardias suizos escoltaron a los nobles invitados hasta Notre-Dame. Los seguían los músicos y juglares escoceses que lucían la librea roja y amarilla de Escocia e interpretaban las melodías de su tierra natal con las gaitas y los tambores; a continuación avanzaban con solemnidad cien caballeros de la casa real, seguidos de los príncipes de la familia real, con atavíos fastuosos y exhibiendo sus fortunas por medio de joyas que despedían fulgurantes destellos mientras ellos caminaban con movimientos lentos y cadenciosos.

El paso de los invitados duró media hora. A continuación desfilaron los príncipes de la Iglesia, los abades y arzobispos, portando grandes cruces ceremoniales de metales preciosos y luciendo mitras cuajadas de gemas preciosas y capas consistoriales bordadas con hilo de oro, seguidos de los cuatro cardenales de Francia: los hermanos Guisa, un Borbón y un Du Bellay, representante papal.

Detrás de ellos avanzaba el delfín, flanqueado por sus dos hermanos menores, Carlos, de ocho años, y Enrique, de siete. Francisco caminaba algo envarado y con la mirada fija al frente como si bajo aquel pabellón de seda agitado por la brisa le esperara una experiencia desagradable, una amarga medicina o una reprimenda.

Tras el paso del delfín y los pequeños príncipes, a cuyas espaldas ondeaban los mantos de terciopelo, se vio una mancha de fulgurante blancura. La multitud emitió un grito ahogado de asombro. ¿Un color de luto para una boda? La alta y orgullosa figura envuelta en un manto de color gris paloma avanzaba con celestial indiferencia exhibiendo la elegancia de su esbelto cuello. Una corona descansaba sobre su cabeza, y el cabello suelto, símbolo de su virginidad, le caía sobre los hombros. La cola del manto, llevada por dos apuestos servidores, medía casi cuarenta pies de longitud. Desde lejos se distinguía en su corpiño la mancha roja del famoso rubí Gran Harry.

El resto del cortejo, a pesar de su magnificencia y vistosidad, ya no suscitó el mismo interés, pues de él formaban parte la rechoncha reina, las princesitas y otras nobles damas y damiselas, todas ellas de importancia secundaria comparadas con la criatura de cuento de hadas que acababa de pasar y que ya ocupaba su lugar al lado del novio, rodeado de acólitos que sostenían en las manos unos delgados cirios. La multitud aguzó el oído para escuchar las promesas que se hacían en el pabellón al aire libre, pero nadie oyó los susurros de los contrayentes. La gente vislumbró el intercambio de anillos mientras el cardenal Borbón los casaba. Los nueve rubicundos y solemnes comisarios escoceses se adelantaron para rendir pleitesía a su nuevo rey Francisco.

El duque de Guisa esbozó una sonrisa al oír que María —ya casada a Dios gracias,

ahora nadie podría separar lo que Dios había unido— saludaba a su esposo como Francisco de Escocia, que era en lo que éste acababa de convertirse legalmente.

Había resultado muy fácil convencer a la muchacha de que antes de la boda firmara los tres documentos secretos en virtud de los cuales, en caso de que ella muriera sin descendencia, legaba Escocia a Francia. Por consiguiente, Francisco era rey efectivo de Escocia y no sólo por el título, aunque los escoceses no se hubieran percatado de ello. «La ignorancia es una bendición para quienes no son ignorantes», pensó el duque. La muchacha se encontraba tan alarmada ante el creciente poder de los lores de la Congregación que se creía obligada a garantizar que Escocia se convirtiera para siempre en protectorado francés antes que permitir que cayese en la herejía absoluta. La conversión de su hermano Jacobo la había escandalizado, lo que no impidió que lo saludara, no sin cierta frialdad.

El duque la contempló de pie a su lado, rebosante de fuerza y juventud. Parecía la antítesis de la muerte, resplandeciente de belleza y salud ante el altar donde se celebraba la boda. El documento y todas las disposiciones que contenía le habían parecido a la muchacha algo absurdo e innecesario, una broma macabra, por lo que lo firmó entre risas. En cambio, los escoceses no se rieron al insistir en que se tomaran disposiciones para el caso de que María enviudara. Esta tendría que recibir una pensión del ducado de Turena, tanto si decidía permanecer en Francia como si no.

Cada uno de los grupos de custodios daba por sentada la muerte del pupilo del otro.

«Y ésta —pensó el duque— es una definición del cinismo de los adultos tan buena como cualquier otra.»

La multitud prorrumpía en aclamaciones: había llegado el momento de derramar la primera muestra de generosidad. El duque se puso de pronto en posición de firmes e hizo señas a sus hombres de que empezaran a arrojar ducados, doblones, medias coronas, testones y *douzains* de oro y plata. La multitud soltó un rugido de entusiasmo ante aquella lluvia de monedas tan dulce como el agua de mayo.

A continuación se celebraron dos banquetes seguidos de otros tantos bailes; el primero en el palacio arzobispal, y el segundo en el viejo Palais de la Cité, con un cortejo que recorrió las calles de París. El delfín cabalgaba en un corcel con gualdrapas bordadas en oro y plata. María avanzaba en una litera abierta, cubierta con el mismo tejido. La multitud intentó acercarse a ella para contemplar su rostro y su vestido; la joven no dejaba traslucir más emoción que una amable curiosidad por sus súbditos.

Después del segundo banquete, servido en la misma mesa de mármol negro que Enrique IV de Inglaterra había utilizado mucho tiempo atrás para el banquete de su coronación, después de los bailes, las alegorías y las exhibiciones teatrales al aire

libre —con caballos de oro y plata que tiraban de carrozas adornadas con piedras preciosas y espléndidas embarcaciones de plateado velamen que entraron como flotando en el salón de baile—, las antorchas se extinguieron por fin y sus llamas dejaron de reflejarse en los miles de joyas que engalanaban bustos, orejas, cuellos, cabellos... Había caído la noche y los invitados se habían retirado uno a uno, perdiéndose en la oscuridad para cruzar el puente tendido sobre las susurrantes aguas del Sena. Se iban cantando, y al hacerlo se llevaban el perfume, las risas y la música. La luna iluminaba las floridas ramas del huerto de árboles frutales del palacio y las callejuelas de París.

María y el delfín fueron escoltados hasta la cámara real, donde pasarían la noche. El lecho era alto y mullido, y las almohadas de plumón de oca tenían fundas de raso.

Las Marías vistieron a su tocaya con el camisón de noche nupcial y la ayudaron a ascender por los peldaños de la cama. Mientras detrás de una mampara de madera labrada los sirvientes de Francisco hacían lo mismo con él. El delfín, que lucía una túnica de color azul cobalto ribeteada de piel, avanzó con deliberada lentitud, y apartando las manos de sus servidores, subió sin ayuda a la cama y se deslizó bajo los cobertores.

—Podéis retiraros —indicó con un majestuoso gesto de la mano—. Vos también, tío.

No dejó que el cardenal de Lorena bendijera el lecho, y el eclesiástico no tuvo más remedio que obedecer.

Se oyó el sonido de la puerta al cerrarse, pero tanto María como Francisco sabían muy bien que muchos se pasarían la noche al otro lado, escuchando a escondidas. Francisco abrazó a María y la besó en la boca con sus dulces y delicados labios infantiles.

—Ahora eres mía y nadie te alejará de mi lado —declaró con gravedad—, como hicieron con mi perrito faldero y mi oso.

—Todavía recuerdo los estropicios que causaba el oso —dijo María entre risas—. ¿Te acuerdas cuando se escapó en Blois y entró en la casa de madame Pilonne?

—Mi querido *Julius*... Me disgusté mucho cuando me lo quitaron —Francisco apoyó la cabeza en el hombro de María y se acurrucó contra ella—. Tenía un carácter muy dulce y un hocico tan suave...

Francisco se quedó dormido.

María contempló por un instante la luz de la luna que iluminaba el suelo de la estancia, antes de que el sueño también la venciera.

A la mañana siguiente, el cardenal de Lorena y el duque de Guisa anunciaron que la noche de bodas había transcurrido «tal como todo el mundo esperaba, con recato y

corrección». Después se retiraron alegres a sus aposentos, donde brindaron y procedieron a emborracharse con toda corrección.

## XII

María se pasó un mes pensando cada mañana, al despertar «Estoy casada», y preguntándose por qué razón no se sentía distinta. Creía que se produciría en ella un profundo cambio interior. Pero no, era la misma de siempre, al igual que Francisco. Cuando ella lo llamaba esposo era como si jugasen a uno de esos juegos a los que solían entregarse cuando eran más pequeños y hacían de piratas, guerreros y dragones. Esta impresión experimentaba ella cuando se refería a «mi esposo Francisco».

Seguían estudiando, pero ahora disponían de su propia casa. María se había limitado a llevarse a los suyos —madame Rallay, las Marías, el padre Mamerot, Bourgoing—, y todos vivían y trabajaban con los servidores de Francisco, lo que ya había dado origen a unos cuantos idilios. Aquella casa, por ser más grande, implicaba más privilegios y más gastos, pero la ocupaba casi por entero gente joven, lo que le confería el aspecto de una casa de muñecas.

Durante el día salían a merendar al campo, practicaban la caza y daban paseos a caballo; por la noche se entretenían con representaciones teatrales, bailes, lecturas poéticas, sesiones de música y juegos de cartas.

Las únicas intromisiones de los adultos en su esplendoroso mundo de ocio y juventud eran las de los miembros de la familia Guisa. Los tíos de María la visitaban con frecuencia e insistían en llevársela aparte para interesarse por la marcha de sus estudios e informarle de todo lo que ocurría más allá de su dorada casa.

Casi todas las noticias eran siniestras y desagradables: guerras, matanzas, conspiraciones, enfermedad y muerte. La única noticia agradable fue el anuncio de que, gracias a la boda, ahora los escoceses y los franceses disfrutaban de doble nacionalidad.

—Eso significa que Francisco es escocés por cortesía —le dijo a María su tío el cardenal.

Ella se echó a reír. Acudió a su mente la súbita imagen de Francisco en el ventoso patio de un castillo escocés. Le pareció muy curioso. No creía recordar aquel castillo y no estaba muy segura de que existiese en realidad. Se erguía en lo alto de un escarpado peñasco...

—Y eso significa que, a vuestra vez, vos también sois francesa —añadió el cardenal.

—Me siento totalmente francesa —dijo María.

—Ahora los ciudadanos de ambos países pueden ir y venir libremente; no se necesita ninguna clase de permiso o autorización. Es el primer paso hacia la unión permanente.

María suspiró.

—No sé si eso llegará a ocurrir. Al parecer los rebeldes de Escocia son cada vez más violentos...

Le dolía en el alma pensar en el acoso que padecía su querida madre, aunque resistía con coraje y procuraba repeler los ataques, pero Escocia quedaba muy lejos, y nada tenía que ver con la vida que ella llevaba en Francia, con los gozosos días en los que ninguna cuita turbaba su existencia o en los que sólo se producía de vez en cuando una molestia pasajera que enseguida se subsanaba.

—Este día llegará, querida —le aseguró el cardenal.

Se acercaba la Navidad, y María se enorgullecía de organizar todos los festejos en su propia casa, con Francisco, e invitar a otros para que se unieran a la celebración. A lo mejor en eso consistía el matrimonio; en tener una casa propia y festejar en ella las Navidades en lugar de ser invitados a la casa de los demás.

¡Unas Navidades francesas! Montarían el pesebre, encenderían el *buche de Noël* en una enorme chimenea, celebrarían la misa de medianoche en la capilla real iluminada con millares de cirios, se interpretarían piezas de música sacra... Mientras lo preparaba todo, María experimentó un hormigueo de emoción.

A Francisco le reservaba un regalo especial; había mandado traer para él un caballo árabe de España. Francisco lo deseaba ardientemente y le había hablado con entusiasmo de las extraordinarias características de aquellos caballos: su inteligencia, su fogosidad, su velocidad, sus delicados huesos y sus grandes ojos. Oh, qué sorpresa se llevaría. ¡Se volvería loco de contento! Esperaba que el criador de allí lo entregase sin problemas y que el animal fuese conducido al norte sano y salvo. El mero hecho de pensar en su solicitud y su capacidad para organizarlo todo la llenaba de emoción.

Poco antes del comienzo del Adviento María recibió una inesperada llamada de París, adonde debía acudir por deseo de Enrique II.

Se preguntó por qué no podía el Rey trasladarse para verla a ella, pero obedeció de inmediato.

Al llegar al Louvre, todavía cansada del viaje y sin haber entrado en calor, el Rey la mandó llamar. María apenas tuvo tiempo de quitarse la gruesa capa de viaje y arreglarse el cabello antes de que la llevaran a su presencia.

—María Tudor ha muerto —le comunicó Enrique II, santiguándose—. Tengo ante mí a la nueva reina de Inglaterra. —Asintió con la cabeza para confirmar sus palabras—. Sí, hija mía. Vuestra buena prima María Tudor ha sido llamada a recibir su recompensa y os deja la Corona a vos.

¡Qué acontecimiento tan inesperado! ¡Y qué extraño! Por un instante, María deseó



que no fuera verdad. De lo contrario, todo tendría que cambiar y ella quería que nada cambiara. Era feliz tal como estaba.

—¿Me ha nombrado heredera a mí? —preguntó.

Todo el mundo sabía que María Tudor se había negado a nombrar heredera a su hermanastra Isabel porque desconfiaba de ella y dudaba de su legitimidad.

—No ha sido necesario —respondió el rey Enrique—. Os nombra vuestra sangre. Heredáis por derecho de sucesión.

—Pero ella nombró a Isabel —insistió María.

—Aunque los herejes se empeñan en afirmarlo, no lo oyó nadie de cuyo testimonio podamos fiarnos. Su único confidente, la única persona que conocía los designios de su corazón, el cardenal Pole, murió apenas doce horas después. Sólo él conocía la verdad: que María Tudor no podía ni deseaba nombrar a Isabel. No, ellos quieren que se produzca un *fait accompli* antes de que alguien consiga impedirlo.

—¿Y vos pretendéis impedirlo?

¡Ojalá no estallara una guerra! ¡Otra guerra no!

Su voz sonaba muy fría y sus preguntas lo eran todavía más. Desde que se había casado, se mostraba más audaz y menos respetuosa. El Rey, que culpaba de ello a sus tíos, contestó:

—Pretendo presentar una protesta y ver cómo la reciben —contestó el Rey.

—Una protesta sin tropas no significa gran cosa. Yo he oído hablar muy bien de Isabel y sé que el pueblo le tiene simpatía.

—¡Bah! El pueblo les tiene simpatía a todos los nuevos gobernantes. También lanzó gritos de entusiasmo y encendió hogueras en honor de María. Así son los ingleses. En cuestión de un año pueden revolverse contra su soberano. Su vicio es la traición...

—Y el de los franceses la lujuria —repuso ella, terminando el viejo refrán.

«Este nuevo aplomo no me gusta —pensó el Rey—. Habré de despojarla de él.»

—Llevaréis luto por la reina María y añadiréis las armas de Inglaterra a vuestro escudo real, a vuestra divisa y a vuestros emblemas. Mañana se celebrará un banquete, y yo mandaré que los heraldos os proclamen oficialmente reina de Inglaterra.

—No.

—Sí. Obedeceréis. Soy vuestro Rey.

—Soy por derecho propio una reina ungida, una soberana como vos; por lo tanto, no soy vuestra súbdita, sino vuestra igual.

El Rey se enfureció. Así que ésas eran las ideas que sus tíos le metían en la cabeza. ¡Como si Escocia fuera un verdadero país, equiparable a Francia! ¡Qué insensatos!

—Haréis lo que yo os ordene —replicó mientras sus oblicuos ojos se achicaban hasta convertirse en rendijas.

—La única orden que reconozco es la del cuarto mandamiento: «Honrarás a tu padre y a tu madre.» Os honraré y obedeceré como a mi padre, cosa que legalmente

sois. No como a mi superior.

«¡Niña insolente! —pensó el Rey—. Hay que bajarle los humos. Pero ¿quién lo hará? Sus tíos no lo permitirían.»

—Haced lo que os digo y muy pronto seréis una auténtica reina, la reina de un país de verdad —dijo Enrique. Era (¡tenía que serlo!) ambiciosa y sobre esa base estaría de acuerdo—. Pensadlo bien, ¡la reina de Inglaterra!

Por el contrario, ella lo miró con el gesto torcido.

—Odio la falsedad —espetó—. Todo eso se funda en la falsedad y en unos gestos vacuos.

—Pero para ser un gobernante hay que saber realizar esos gestos —insistió el Rey—. Resultan tan importantes como el protocolo, las leyes e incluso las batallas. ¡En ocasiones su fuerza es tan grande como la de estas tres cosas juntas!

## XIII

Su Santidad el papa Paulo II se acercó arrastrando los pies a su escritorio del Vaticano. Su frágil cuerpo se estremecía por culpa de lo que para él era un frío que helaba los huesos. Sin embargo, la causa de ello era que, a la edad de ochenta y dos años, los huesos del ascético pontífice estaban muy pegados a la piel. Aquel invierno no era especialmente frío y, de hecho, muchas personas paseaban sin capa por la gran plaza de San Pedro. No obstante, en los aposentos papales ni los dorados de las pinturas ni las representaciones de las arenas del desierto conseguían hacerle entrar en calor.

Isabel Tudor había elegido el 15 de enero para su coronación, o eso por lo menos le habían dicho al pontífice. Era algo muy propio de las gentes del Norte. El Papa suponía que aquella gente estaba acostumbrada al mal tiempo e incluso a celebrar ceremonias al aire libre por mucho frío que hiciera. Convenía que Isabel recibiera la carta antes de la ceremonia; por nada del mundo debían ungirle ni coronarla sin que conociera sus deseos.

El Papa se sentó y le indicó por señas a uno de sus guardias que le acercara un poco más el brasero. No necesitaba leer de nuevo la carta; se la sabía de memoria. Isabel le pedía su reconocimiento; eso era muy sencillo. Lo que no había hallado hasta el momento era la respuesta. Pero ya la tenía. No podría ni tendría que haber compromiso alguno. Aunque un hereje ocupase el trono, la corona de Inglaterra seguía siendo oficialmente católica. Así debía ser en el futuro, y ella tendría que someterse a su arbitraje y rendirle homenaje antes de que él tomara en consideración la posibilidad de reconocerla.

Sus delicados dedos sujetaron la pluma con incrustaciones de plata y empezaron a escribir con una caligrafía no menos delicada:

No comprendemos el derecho hereditario de una persona nacida fuera del matrimonio. La reina de Escocia reclama la Corona como descendiente legítima más próxima de Enrique VII. No obstante, hija mía, si os mostráis dispuesta a someter la controversia a nuestro arbitraje, trataremos a Vuestra Señoría con toda la indulgencia que la justicia nos permita.

Espolvoreó la mojada tinta con arena, sintiéndose tan poderoso como san Jorge.

Poco tiempo después se vio obligado a publicar una bula contra la hija de las tinieblas de Inglaterra. Sentado ante aquel mismo escritorio, el antiguo gran inquisidor italiano, desconcertado por la pronta respuesta de Isabel —que ni siquiera iba dirigida a él, sino a su embajador en el Vaticano, y en la que le ordenaba que se retirase—, hizo

lo que debía.

12 de enero de 1559

Decretamos por la presente que los soberanos herejes son incapaces de reinar y no deben ser reconocidos como soberanos legítimos por ningún miembro de la Verdadera Iglesia. No se les debe rendir lealtad ni obediencia bajo pena de pecado mortal.

Ya estaba. Las líneas de la batalla se habían trazado. No debía alcanzarse arreglo alguno. La bula *Cum Ex Apostolatus* se divulgaría por toda Europa.

Isabel celebró su coronación el 15 de enero de 1559, día que, según todos los testimonios, resplandeció como un diamante en pleno invierno. María leyó con ansia todas las descripciones del largo cortejo por las calles de Londres y la solemne ceremonia de la abadía de Westminster seguida por el «¡Dios salve a la Reina!», entonado con fervor por el pueblo.

«Ojalá yo recordara mi coronación —pensó—. Me gustaría conocer todas los detalles, y le pediré a mi madre que me escriba una exhaustiva descripción..., si tiene tiempo para ello, claro.»

María de Guisa, en efecto, pasaba casi todo el día intentando gobernar el cada vez más turbulento reino de Escocia. Los protestantes habían publicado un «Llamamiento de los Mendigos», en el que conminaban a todos los frailes a entregar sus propiedades a los pobres el día 12 de mayo. María de Guisa había ordenado a su vez que, por Pascua, todos los predicadores herejes abrazasen de nuevo el catolicismo. En Escocia, como en todas partes, también estaban trazándose las líneas de batalla.

Entretanto, María había cumplido fielmente las órdenes de su suegro y se había vestido de luto por la reina María Tudor en un banquete en el que su entrada fue anunciada por un heraldo que proclamó:

—*Place! Place pour la Reine d'Angleterre!*

Y, en el momento en que ella entraba en la sala del banquete, todos los presentes gritaron a coro:

—*Vive la Reine d'Angleterre!*

Cuando se sentó, le sirvieron la comida en unos platos recién grabados en los que figuraba el escudo de armas de Inglaterra junto con los de Francia y Escocia.

María confiaba en que su prima Isabel lo pasaría por alto. O que si en verdad aquellos gestos vacuos eran lo que todo el mundo esperaba que se hiciera, una astuta política como la nueva reina de Inglaterra sabría comprenderlo.

## XIV

El ruido era ensordecedor, y el sonido del cristal al estrellarse contra el pavimento de piedra del templo, le recordó a John Knox el grito de un ser vivo. Un ser vivo que no quería entregar su espíritu.

Pero aquel espíritu era el mal, y debía morir. Era el espíritu de la idolatría, el demonio que había perseguido al pueblo de Dios desde que éste estableciese una alianza con él en tiempos de Moisés. Estaba escrito con toda claridad en los dos primeros mandamientos:

No tendrás otro Dios que yo. No te harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les rendirás culto...

¿Podía expresarse con más claridad? Sin embargo, la respuesta de los israelitas había sido el becerro de oro. «¡Y la nuestra ha sido ésta! —pensó mientras propinaba un puntapié a la rota cabeza de una imagen de la Virgen situada a unos palmos de distancia de su cuerpo—. Hemos hecho imágenes labradas y las hemos adorado: Vírgenes y santos y preciosas pinturas de cristal coloreado para entretener a la gente, para que sueñe despierta y se divierta en la casa de Dios como si esto fuera el espectáculo de una fiesta.»

La turba había arrojado una soga alrededor de los hombros de piedra de un san Pedro en su hornacina y ahora intentaba derribarlo. Cuando la estatua cayó al suelo y se rompió en pedazos todo el mundo gritó y rió. Le siguió el san Andrés del nicho contiguo, en medio de entusiastas vítores. El aire se llenó de polvo.

—¡Cuidado con las astillas de cristal! —gritó Knox.

Se volvieron a mirarlo como niños obedientes. Había fragmentos de cristal por todas partes, alguien podía herirse un pie o el rostro, y Knox se sentiría responsable de ello.

Pero la turba era cada vez más numerosa y estaba adquiriendo personalidad propia, casi como si las estatuas caídas y el destrozado templo fuesen su alimento. ¡Se habían tomado al pie de la letra el sermón acerca de la idolatría que él había pronunciado dos días antes allí, en Perth! ¡Qué hambrientos estaban de reforma y de acción! ¿Se habría enorgullecido Calvino de él?

Al pensar en Calvino y en Ginebra, se sintió invadido por una afectuosa nostalgia. Habría resultado tan fácil permanecer allí aprendiendo de Calvino, gozando de la experiencia de vivir en una ciudad entregada a Dios, purificada por completo de la idolatría y llena de santos vivos. «Yo era el menor de ellos —se dijo—. Un simple discípulo de Calvino y Farel.» La situación era muy parecida a la del primer

Pentecostés en Jerusalén, cuando las llamas del Espíritu Santo descendieron sobre los discípulos y los envolvieron. ¡Hallarse allí, formar parte de todo aquello...! Era casi como estar en el cielo.

«Pero aun así, corremos el peligro de convertir Ginebra en un ídolo —pensó con desesperación—. El demonio hace que hasta nuestros mejores propósitos se vuelvan contra nosotros y los utiliza para atacar nuestros puntos débiles. Emplea mi sed de justicia, de orden y libertad para seducirme. Pues, si me hubiera quedado en Ginebra, habría dado la espalda a mi país en lugar de ayudarlo a librarse de la esclavitud de los extranjeros.»

—¡Maestro Knox! ¡Maestro Knox!

Le hacían señas de que se acercara.

Cruzó la nave del templo, abriéndose paso con cuidado entre los escombros. La multitud, armada con mazos y barras de hierro, aguardaba delante de la reja profusamente labrada que separaba el altar mayor del resto del templo.

—¡Benedicid el primer golpe! —le rogaron.

No le gustó el tono papista de aquellas palabras.

—¿Acaso soy un obispo —preguntó—, para que rocíe las cosas con agua bendita o les arroje incienso o murmure sortilegios? No, una cosa o es de Dios o no lo es.

Todos guardaron silencio. Los tenía controlados y era capaz de dirigir sus acciones a su voluntad.

—¡Y yo digo que este altar no es de Dios! —proclamó con voz de trueno—. Es una abominación, un adorno destinado a embellecer un ritual pagano, ¡la misa!, pues, ¿qué es la misa sino un supersticioso rito mágico tan secreto y blasfemo que ni siquiera permiten que el pueblo lo presencie cuando se celebra? —Hizo un amplio gesto con los brazos extendidos—. ¡Abajo con él! ¡Destruídlo! ¡No dejéis piedra sobre piedra!

Los cabecillas levantaron los palos y estacas y empezaron a abrir boquetes en los puntales de piedra que sostenía la verja.

—¡Que la luz del día penetre en esta oscura caverna de maldad y superstición! ¡Abridla para el pueblo! —gritó Knox mientras sus palabras se elevaban por encima de los mazazos y la destrucción.

Aquella noche sintió la garganta irritada de tanto gritar e inhalar el polvo de la piedra, por lo que tuvo que someterse a los cuidados de su esposa Marjory. Ésta le preparó una infusión de manzanilla con miel e insistió en que se la bebiera poco a poco. A Knox le gustaba el sabor pero Calvino le había enseñado a guardarse de aquella tentación en particular; ni siquiera la comida y la bebida debían proporcionar otro placer que el de la natural satisfacción del hambre y la sed. Así que, para combatir el placer de aquella dulce y cálida bebida —y la cercanía de su joven esposa—, se

impuso la obligación de escuchar el informe de lord Patrick Ruthven, uno de los lores de la Congregación, quien, aunque fuese portador de noticias más placenteras, resultaba lo bastante desagradable —por su carácter desabrido y violento y por su fama de hechicero— como para contrarrestar con eficacia tanto los efectos de Marjory como los de la infusión.

—La reina regente ha decidido recurrir a las tropas francesas para aplastarnos —le informó Ruthven—. Ésta es la noticia que se ha recibido de Edimburgo. —Sacudió su larga melena y acarició el *claymore*, la espada escocesa de dos filos y cinco pies de longitud que llevaba consigo a todas partes—. Le daremos a ella y a sus franceses una lección que nunca olvidarán... Los cortaremos en pedazos, les escupiremos encima y se los serviremos para la cena tal como hacen con las ranas en su adorada Francia.

—Por favor. —Knox hizo una mueca. La idea de comer ranas le parecía repugnante—. ¿Cuántos soldados? —preguntó en un susurro.—Unos dos mil. No os preocupéis, resistiremos. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» *Romanos*, ocho, treinta y uno —citó Ruthven con orgullo.

Knox esbozó una sonrisa. ¡Aquel lord tan inculto y belicoso que a duras penas sabía leer se había aprendido de memoria un pasaje de las Sagradas Escrituras! ¡Ah, si Calvino pudiera compartir ese momento!, pensó.

—Es cierto —murmuró Knox—, pero incluso al Señor le ayudan unos buenos refuerzos. ¿Recuerdas la conquista de Canaan? «Fue Yavé con Judá y se apoderó Judá de la parte montañosa, pero no pudo expulsar a los habitantes del llano, que tenían carros de hierro.» *Jueces*, uno, diecinueve.

Al momento se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras, pues vio que Ruthven lo miraba con expresión de abatimiento. «¿Acaso hago un mal uso de mis conocimientos? —se preguntó—. ¿Estaré intimidando a mi hermano en lugar de actuar movido por el amor? ¡Es tan difícil saberlo! Todas las acciones pueden conducir al pecado. El orgullo acecha por todas partes.»

—Aquí no se ha hablado mucho del Antiguo Testamento —prosiguió—. En Ginebra lo estudiamos en profundidad, y ya verás como muy pronto habrá una traducción de la Biblia en todas las iglesias y... —notó que le escocía la irritada garganta— se predicará sin trabas. —Hizo una pausa para carraspear—. Pero volvamos al asunto que nos ocupa. Necesitamos armas para combatir a la Reina y sus tropas extranjeras.

—Tengo el mando y puedo conseguir muchas —dijo Ruthven, esbozando una torcida sonrisa que dejó al descubierto una mellada dentadura entre su poblada barba—. Os garantizo que recibiremos ayuda desde el otro lado de la frontera, mi buen maestro, de la reina inglesa, que es una buena protestante.

—¿Estás seguro? —Presa de la emoción, Knox había levantado la voz. Se arrepintió de inmediato.

—Rumores y algo más que rumores. Ya está hecho. El Parlamento ha renunciado al

catolicismo de María la Sanguinaria; Inglaterra vuelve a ser protestante. De manera oficial, como hace cinco años. Ahora tenéis en Inglaterra un seguro aliado en lugar de un enemigo.

—La Iglesia Reformada tiene un aliado —lo corrigió Knox—. La reina inglesa jamás me ha perdonado que escribiera *El primer sonido de la trompeta*. Se lo tomó como una ofensa personal... —cosa que a él lo había dejado sinceramente perplejo— hasta el extremo de que incluso se negó a permitirme poner los pies en Inglaterra cuando regresaba hacia aquí. En fin, mientras apoye nuestra Fe...

—La apoya sin lugar a dudas. Mandó retirarse a los monjes que esperaban para acompañarla en procesión al Parlamento con sus antorchas ceremoniales. «¡Llevaos estas antorchas, vemos muy bien sin ellas!», les dijo. —Ruthven se echó a reír.

—Muy bien.

Knox aborrecía a los monjes, necios tonsurados que se entrometían en todo.

De manera que Isabel se encontraba del lado de los reformados; pues que se uniera a ellos para expulsar de Escocia a los franceses y la Iglesia católica.

La reina madre, la vieja María de Guisa —la vaca francesa, tal como la llamaba Knox en su fuero interno— había ordenado que por Pascua todos los predicadores reformados regresaran al seno del catolicismo; en vista de su negativa, los había conminado a comparecer ante ella el día 10 de mayo.

«La respuesta —pensó Knox— fue mi sermón del día siguiente, el que provocó un estallido de violencia aquí, en Perth. ¡Ahora dejemos que se enfrente con nuestro ejército si logra abrirse camino entre los cascotes de sus últimas ruinas papistas!» Soltó una carcajada sin importarle que le escociera la garganta.

«Dios nos ha salvado de la perspectiva del regreso de su hija al trono de Escocia —se dijo—. Permanecerá atada de por vida en Francia, esa tierra de rasos y perifollos, mientras nosotros nos dedicamos a nuestros asuntos sin impedimento alguno. Gracias, Señor. ¡Y ahora condúcenos a nuestra victoria definitiva!»



## XV

El comienzo del verano en París, cuando la ciudad todavía era tierna y apenas empezaba a madurar, debía de ser una época agradable para la corte francesa. De hecho, se preparaban unos fastuosos festejos: el rey Felipe de España, aquel novio tan experto, había sido aceptado como esposo por Isabel de Valois tras haber abandonado su inútil cortejo a la nueva reina inglesa. La boda se celebraría a finales de junio, junto con las nupcias de Margarita de Valois, la solterona tía de Isabel, con el duque de Saboya, otro de los desafortunados pretendientes de la reina Isabel, quien los rechazaba a diestro y siniestro cual ama de casa que estuviera clasificando trapos.

Sin embargo, a pesar de los costosos preparativos —el ajetreo de las cocinas, las pruebas de las armaduras, las prácticas de los ejercicios de los torneos—, en el interior del Hotel des Tournelles se percibía una ansiedad tan fuerte como un zumbido en el aire, aunque nadie quisiera reconocerlo. Catalina de Médicis vivía en un perpetuo estado de inquietud y abatimiento y sus ojos oscuros siempre parecían contemplar algo que la oprimía por dentro; Isabel, de sólo catorce años, temía abandonar Francia y convertirse en la tercera esposa de un hombre cuyas anteriores consortes habían muerto prematuramente; y María estaba muy triste porque iba a perder a su casi hermana Isabel, porque Francisco había caído enfermo de nuevo y, sobre todo, por las noticias procedentes de Escocia. Su madre no gozaba de buena salud y sufría el acoso de los fieros reformados de John Knox. Había estallado una auténtica guerra con muertes en ambos bandos. Los escoceses, azuzados por los lores de la Congregación y enardecidos por los sermones de Knox, se habían lanzado a una orgía de destrucción mientras su ejército atacaba a las fuerzas gubernamentales.

Detrás de todo ello estaba el respaldo inglés. La reina Isabel debía de estar enviando dinero en secreto a los rebeldes, pues sin ayuda éstos ya habrían sido derrotados.

«¡Oh, madre mía! —pensó María mientras se vestía para el torneo de aquella tarde—. Madre mía, madre mía, ojalá pudiera verte y estar contigo; hace tanto tiempo que no te veo, han transcurrido ocho años desde tu maravillosa visita a Francia, ocho largos años... He de encontrar la manera de que volvamos a vernos, tiene que haber un modo, quizá yo podría visitarte...» El anhelo era casi tan intenso como un dolor físico que la desgarrara por dentro.

Le parecía que el dirigirse en un carruaje de ruedas doradas a la cercana liza de la *rue* Saint-Antoine, precedida por unos heraldos que gritaban: «Paso, paso a Su Majestad la Reina de Escocia e Inglaterra», era algo que hacía por su madre, pues significaba descargar un golpe contra Isabel, la enemiga de ésta. La admiración que antes había sentido por la inteligencia de Isabel se centraba ahora en su propia madre.

Sonrió y saludó con la mano mientras la gente la aclamaba. Nicholas Throckmorton, el embajador inglés, lo observaba todo y lo comunicaría a Londres.

María ocupó su lugar en la galería de la *rue Saint-Antoine* al lado de su tío el cardenal, que ya estaba aburrido antes de que empezara el espectáculo.

—Ojalá me diesen una libra por cada justa oficial a la que he tenido que asistir —comentó él, dando un brusco tirón a sus ropajes—. Habría amasado una fortuna mucho más grande que la que según Lutero ha ganado la Iglesia con las indulgencias. En fin. No puede celebrarse una boda, un nacimiento o una coronación sin una justa. El espectáculo es una inversión, siempre y cuando se utilice debidamente, claro. Y ahora este despilfarro. —Hizo un despectivo gesto con la mano—. ¿Quién lo ve? ¿A quién impresiona? A Felipe no, pues no se halla presente. ¡Al parecer no le concede la suficiente importancia como para salir de España!

María también había pensado en ello. Le dolía que Felipe no apreciara lo bastante a su futura esposa como para acudir en persona a buscarla.

—Es una lástima —señaló—, pues el corazón de Isabel todavía no es suyo. Deberá ganárselo y ésta no es una buena manera de empezar.

El cardenal dejó escapar un profundo suspiro.

—El amor y los matrimonios concertados raras veces van de la mano —dijo. Al parecer, no le importaba la felicidad de Isabel; era su destino de princesa—. La otra Isabel, vuestra prima, ha rechazado la mano del esposo español —añadió—. Claro que algunos piensan que, a lo mejor, no es la verdadera reina. De buena se ha librado Felipe. Sobre todo si tenemos en cuenta que el Papa os ha reconocido a vos como legítima monarca.

En realidad, el Papa no lo había manifestado de manera explícita pero los espías del cardenal se habían enterado de todos modos.

María volvió la mirada hacia el otro lado de la liza, situada entre la Bastilla y el río, en dirección a los edificios de París iluminados por el sol de junio y, más allá, hacia los campos de un verde intenso. Había contemplado el mismo panorama, resplandeciente como una joya, en un libro de horas.

Suspiró.

—Me duelen demasiado los males que está padeciendo mi madre en Escocia como para preocuparme por los idilios de mi prima de Inglaterra, que es la causante de aquéllos.

No quiso comentar la «reivindicación» expresa que Enrique II le había obligado a hacer.

—Ella no es precisamente la causante —la corrigió el cardenal—. De hecho, la reina inglesa no es la causante de nada, se limita a aprovecharse de lo que ocurre de manera espontánea.

—Qué lista es —dijo María sin apartar los ojos de aquel espléndido paisaje de

junio tan parecido al de una miniatura. Ojalá fuese posible penetrar en él y pasear por el tortuoso camino campestre que, desde allí, parecía una cinta de color marrón...

Los contendientes, cuyos estandartes ondeaban al viento, ocupaban sus posiciones a ambos extremos de la liza.

De repente, el cardenal se quitó el sombrero y empezó a abanicarse con él.

—¿Cuándo empezarán? ¡Esto es una tortura! —protestó.

—Muy pronto —le aseguró María.

El cardenal lanzó un suspiro de resignación y se volvió para hablar con la Reina, sentada al otro lado. Catalina de Médicis, ataviada con un precioso vestido de seda verde, parecía de mal humor. Ceñuda, retorcía sin cesar un pañuelo de encaje entre sus regordetes dedos. María oyó que el cardenal intentaba distraerla, pero la Reina se mostró aún más molesta.

Los torneos constituían un espectáculo soberbio, pensó María. Con todos aquellos colores y el ritual, casi parecía una misa mayor. A lo mejor se trataba de una misa profana en la que se celebraba la fuerza y la mundanería. Sonaron las trompetas. Estaban a punto de empezar las justas en honor de las bodas de la hermana y de la hija del Rey, la princesa Margarita y la princesa Isabel, con el duque de Saboya y con el rey de España respectivamente.

Durante aproximadamente una hora todos observaron las incidencias con interés, pero después el conocido espectáculo empezó a aburrir a los presentes, que comenzaron a conversar entre sí.

María se alisó el vestido azul y pensó en Francisco, sentado al lado de su madre con el rostro contraído en una mueca de dolor a causa de una pertinaz infección del oído. ¿Cómo soportaba encontrarse siempre enfermo? Y, sin embargo, todavía tomaba lecciones y participaba en las partidas de caza.

Un poco más lejos en la tribuna estaba el duque de Guisa, que acababa de regresar definitivamente de las guerras. El tratado de Cateau-Cambrésis había puesto fin a las luchas. Francia se había visto obligada a devolver todas sus conquistas de los últimos ochenta años en Italia. Qué absurda era la guerra, pensó el duque. A pesar de los estandartes, los caballos y pertrechos, al final, resultaba tan insustancial como una justa.

—¿Cómo os trata el matrimonio, querida? —le preguntó al oído el cardenal.

—Me gusta estar casada —contestó ella.

—¿En qué sentido?

—En el sentido que debe gustarle a una esposa. —María no quería revelarle las aptitudes o más bien las carencias de Francisco.

—¿Entonces cabe esperar la pronta llegada de un príncipe? —El cardenal era implacable.

—Eso está en manos de Dios.

—Dios ayuda a quienes se ayudan.

«¿Por qué tengo que escucharle?», pensó María.

—¿En qué forma? —preguntó, cediendo a la tentación.

—Por el bien de Francia quizá sea necesario hacer sacrificios personales, dejar a un lado ciertos mandamientos...

—¿El sexto quizá? —María hizo una pausa—. ¿El que nos manda ser fieles?

—Qué perspicaz sois. Como es natural, el Señor premiaría este sacrificio con pequeñas compensaciones como, por ejemplo, el placer.

¡Sin duda María desearía saborear el placer! Estaba hecha para ello.

—Mi placer consiste en ser fiel a aquel que Dios me ha destinado.

«Vaya —pensó el duque—. Menudo problema para la sucesión.»

—Por supuesto que sí —convino con suavidad—. Os estaba poniendo a prueba, querida.

—Lo sé. —María fingió creerle—. Es vuestro deber como cardenal de la Iglesia y como...

Un grito se elevó de la tribuna de espectadores. María miró hacia el campo y vio que el Rey se inclinaba hacia delante y que una lanza rota sobresalía de su visera abierta. La sangre brotaba a borbotones empapando el cuello del caballo.

Catalina soltó un grito. Diana se quedó petrificada.

—¡Dios mío! —exclamó el cardenal, sin aliento, aferrándose a la balaustrada.

Bajaron al Rey del caballo. Estaba tan rígido como un espantapájaros, excepto por los espasmos que sacudían su cuerpo cada pocos segundos.

Lo depositaron sobre unas parihuelas y se lo llevaron antes de que la Reina o cualquier otro miembro de la familia real pudiera moverse de las gradas o acercarse a él.

—¡No! —gritó Catalina—. ¡Se lo advertí! ¡Se lo dije! ¡Se lo supliqué! —Bajó corriendo a la liza y abrazó llorando el ensangrentado cuello del caballo.

—Venid —le indicó el cardenal a María, tomándola por el codo para ayudarla a levantarse—. A vuestro carruaje. Seguramente han llevado al Rey al Hotel des Tournelles. Debéis ir.

María obedeció y entró en su carruaje de gala adornado con los blasones de todos sus títulos. El cochero azotó con la fusta a los caballos, y los heraldos se adelantaron anunciando con sonora voz:

—Paso, paso a Su Majestad la Reina de Escocia e Inglaterra.

Sus voces fueron engullidas por el griterío de la excitada muchedumbre.

En el Hotel des Tournelles —las suposiciones del cardenal habían sido acertadas—, el Rey yacía en una estrecha cama, atendido por sus médicos. La lanza le había penetrado por el ojo derecho, cuya visión había perdido. Se temía que algunas astillas de madera hubieran llegado hasta el cerebro.

El Rey vivió diez días más, en cuyo transcurso las astillas de la lanza se encontraron en el cerebro y la infección se extendió. A veces se mostraba lúcido y otras no, pero lo que más desconcertó a María fue advertir que el monarca no se sorprendía ni se resistía a morir, a pesar de que sólo tenía cuarenta y un años de edad. Era como si la muerte no significara para él una visita desagradable o inesperada.

Estaba claro que Catalina había sido advertida de aquel desastre tanto por su astrólogo Ruggieri como por Nostradamus, por quien ella sentía un gran aprecio. Además, la víspera había tenido un sueño inquietante. Se lo había contado todo a su esposo, pero él no había hecho caso. ¿O sí? ¿Quizá lo había acogido y recibido con agrado? Su comportamiento no parecía el propio de alguien que deseara vivir. Se había empeñado en participar en la embestida final, desoyendo las súplicas de Catalina e incluso el deseo de su contrincante de terminar. El Rey había obligado a su reacio adversario a enfrentarse con él so pena de recibir un castigo.

Francisco, pálido y tembloroso, permanecía de pie junto al lecho de su padre. No se encontraba muy bien; el dolor del oído había remitido un poco, pero no así la fiebre.

—¡Padre! —exclamó—. ¡No me dejes!

El Rey suspiró y entreabrió los ojos con gran esfuerzo.

—Hijo mío —dijo con voz casi normal—, estás a punto de perder a tu padre pero no su bendición. Que Dios te conceda más felicidad de la que me ha concedido a mí.

Francisco se arrojó sollozando sobre la cama. El pecho de su padre era sólido y cálido y él creía que, si lo estrechaba con fuerza, lograría conservarlo a su lado para siempre. María abrazó a Francisco por la espalda. Sus débiles hombros temblaban.

El Rey cerró los ojos. Parecía dormido. El médico Ambroise Paré le tomó el pulso. Acto seguido sacudió la cabeza.

—¡No! —gritó Francisco, aferrándose a su padre.

—Majestad —dijo el cardenal. Le hizo una seña a María, quien ayudó a su esposo a incorporarse para recibir el reconocimiento. Luego añadió—: Empeñamos nuestras vidas y nuestra lealtad. Os serviremos toda la vida.

Francisco se restregó los ojos y al advertir que su madre lloraba, extendió los brazos hacia ella sin prestar atención al cardenal.

—*Maman!*

Juntos salieron a trompicones a la puerta del Hotel donde una ansiosa muchedumbre estaba esperando. Que el cardenal hiciera el anuncio; ellos se irían al Louvre. Un carruaje real los esperaba bajo un tilo. Se acercaron a él. Por respeto a su suegra, María permaneció a un lado para subir en último lugar. De repente, Catalina de Médicis retrocedió y la miró con semblante tan sereno como si aquél fuera un día corriente.

—Debéis subir antes que yo —indicó en voz baja—. La reina de Francia tiene precedencia sobre una reina viuda.

## XVI

A partir del mediodía María no fue capaz de probar bocado. Estaba muy nerviosa a causa de la inminente velada, la primera que ella y Francisco presidirían como monarcas de Francia. Sería un acto muy sencillo que había organizado personalmente. De ahí su nerviosismo, pues todos los aspectos de su éxito o de su fracaso se atribuirían a ella.

Desde hacía varios años disponía de un jardín privado dentro del recinto de uno de los castillos más pequeños. Diana de Poitiers había observado su afición a las flores y la había ayudado a crear bajo la galería abierta aquel jardín enteramente blanco que conducía a las tranquilas aguas de un estanque ornamental.

—Parece que sentís una especial predilección por el blanco —le había comentado—. Un jardín blanco puede ser precioso bajo la luz de la luna. ¿Sabíais que algunas flores sólo se abren en la oscuridad y despiden un perfume delicioso? Proceden de Persia.

Diana. Catalina de Médicis la había desterrado de la corte justo después del digno entierro de Enrique II. Pero su jardín continuaba dando flores y durante años María lo había cuidado con cariño y había añadido más flores, de tal manera que ahora abarcaba un gran espacio que rodeaba el estanque e impregnaba el aire con su perfume. La fiesta se celebraría allí. Los invitados pasearían por los senderos bordeados de plantas e iluminados por lanternas hasta que apareciera la luna llena e hiciera brillar las blancas flores. Habría músicos franceses y escoceses que se mezclarían con los invitados tocando sus violas, laúdes, gaitas y *quihissels*; María esperaba que el carácter informal de la fiesta permitiese que todo el mundo se sintiera a gusto, especialmente ella y Francisco.

—Señora —dijo una voz conocida a su espalda—, ¿debe tratarse todavía de una fiesta de juventud?

María se volvió y vio a Flamina. Sus Marías se habían convertido ahora en sus damas de honor, su círculo íntimo, las personas en quienes más confiaba. No pensaba que el hecho de subir al trono de Francia tuviera que modificar la relación entre ellas, pero lo cierto era que ahora la trataban de otra manera, por ejemplo, llamándola «señora» con reverencia. Quizá todo se debiera a que ahora estaba casada.

—No —contestó entre risas—. Nos han convencido de que participen algunos cortesanos de más edad. Pero los jóvenes serán mayoría.

Al principio Francisco había exigido que no asistiera nadie que tuviera más de veinticinco años. Sin embargo, al recordarle ella que entonces no contarían con ningún miembro de la Pléyade —el grupo de los siete poetas de inspiración clásica que daban lustre literario a la corte—, Francisco había suavizado la norma de la edad.

—Pues entonces, sólo los poetas —decidió—. ¡No quiero que vengan tus tíos!

—¿Ni siquiera el pequeño Renato? —le preguntó ella en tono suplicante—. Además, sólo tiene veinticuatro años.

—Estoy harto de tus tíos —se quejó Francisco—. Nos traerán noticias tristes y estropearán la fiesta. Todas sus noticias son malas.

—Muy bien —cedió Flamina, echando la cabeza hacia atrás. La exuberancia y vitalidad que la habían caracterizado de niña no se habían debilitado en su transición a la edad adulta—. ¿Hay alguien en particular a quien deseéis ver? ¡Espero haberle invitado!

—No.

Los hombres se sentían atraídos por Flamina, pero jamás olvidaban las aficiones de su madre y daban por sentado que la hija las había heredado, por lo que ésta se había vuelto muy ducha en el arte de mantener a raya a los pretendientes.

—¡Señora! —Era Beaton, soñadora, suave y dulce como siempre—. ¿Todo irá bien esta noche? ¿Habrá luna llena? —En sus grandes ojos pardos había una expresión de inquisitiva ansiedad.

—¡Por supuesto que sí, a no ser que retroceda y esta noche esté menos llena que ayer y este mes nos saltemos la luna llena! —contestó Flamina, interrumpiéndola con cierta brusquedad.

Abajo los jardineros estaban ocupados limpiando los senderos, cubriéndolos de pétalos y enderezando las ramas que se doblaban bajo el peso de los capullos. Los seguían sus aprendices, regando y arrancando malas hierbas.

Al fondo del jardín un seto de tejos había crecido hasta la altura de los hombros desde que María los plantara cuando le llegaban a la rodilla. El estanque ornamental estaba cubierto casi por completo de nenúfares cuyas enormes y céreas flores se abrían cual bocas.

—Pero vos no vestiréis de blanco, ¿verdad? —preguntó Beaton, inquieta—. Si el motivo tiene que ser el blanco...

—No —se apresuró a contestar María—. El luto ha terminado.

Tras la muerte de Enrique II había llevado el velo de luto durante los cuarenta días prescritos. Poco después Francisco había sido coronado rey en Reims, y María había resuelto poner fin al duelo cuanto antes para facilitar su recuperación espiritual. Él deseaba prolongar al máximo su encierro y su luto para aplazar todo lo posible la asunción de los deberes de gobierno. María lo había convencido de que saliera y volviese a cabalgar en su caballo preferido (el árabe que ella le regalara, y que había llegado según lo prometido), y poco a poco él había aceptado la tarea que tenía por delante.

La velada de aquella noche formaba parte de los esfuerzos que realizaba María para guiarlo con suavidad hacia su nueva autoridad. Sabía que su esposo no se sentiría



intimidado por una fiesta organizada en uno de los palacios más pequeños sólo para amigos jóvenes. Francisco había permitido que ella le eligiera la ropa.

—¿Y *maman* no podrá asistir? —preguntó alegremente Francisco.

—¡No, es demasiado vieja! —contestó María.

Se había producido cierta fricción entre Catalina de Médicis y los Guisa, pues ella intentaba dirigir la política interior y ellos la exterior.

—Espero que el cielo esté completamente despejado —dijo Beaton—. ¡Sería una lástima que una nube empañara la luz!

La bondadosa y sentimental Beaton siempre se preocupaba por las circunstancias.

—Si hay nubes, diremos que forman parte de la decoración —señaló Flamina.

Flamina y Beaton se acercaron al estanque de los nenúfares y trataron de arrancar un capullo. De inmediato dos jardineros —muy jóvenes y apuestos, observó María— se apresuraron a ayudarlas.

—Qué escena tan encantadora. —Era la voz del cardenal, que había entrado a hurtadillas y se encontraba muy cerca de ella en la galería. La miró ladeando la cabeza tal como solía hacer cuando María era pequeña; su actitud hacia ella no había cambiado.

—¡Pero vos no podéis asistir! —lo reprendió con amabilidad.

—¡Ah, *cruelle dame*! —exclamó el cardenal, llevándose la mano al pecho—. En estos momentos, todos en Francia desean que se los invite a la primera fiesta de Sus Gloriosas Majestades Francisco II y María. ¿En qué he fallado?

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó ella. Últimamente las indiscretas preguntas y los intentos de su tío de dirigirla y controlarla, disfrazados de manera sutil, o al menos eso pensaba él, le molestaban.

—Sólo compartir con vos una información secreta referida a Escocia —contestó el cardenal, poniendo cara de ofendido—. ¿O acaso ya no os preocupan los asuntos de aquel pequeño y turbulento reino?

No era posible que se tratase otra vez de Escocia. Sí, estaba preocupada, profundamente preocupada. ¿Por qué las noticias de allí nunca podían ser agradables?

—Por supuesto que me preocupan. ¿De qué se trata? —María le indicó un banco de madera a la sombra de un arbusto ornamental, y ambos se sentaron en él.

—Lamento ser yo quien os lo diga —comenzó el cardenal—, pero los barcos que enviasteis en ayuda de vuestra madre...

Eran ocho, cargados con tres mil soldados, recordó María. El orgullo de Francia.

—... naufragaron en unas violentas tormentas. Todos se han perdido.

—¡Tormentas! ¡Pero si es demasiado pronto para que haya tormentas!

El cardenal carraspeó.

—Lo sé, lo sé. A lo mejor, el maestro Knox domina los vientos y los mares. En cualquier caso, parece que éstos le obedecen.

—¡Knox! ¡Sus seguidores han asolado el país, incendiando y saqueando con más saña que los ejércitos ingleses!

—Ahora han unido sus fuerzas —musitó el cardenal.

—¿Qué queréis decir?

De pronto, a María el hermoso día le pareció siniestro, y temió que Knox apareciera de repente tras uno de los setos o que las plantas artísticamente recortadas asumieran su forma.

—Quiero decir que los rebeldes, los que suspendieron la regencia de vuestra dulce madre, han firmado un tratado de alianza con Inglaterra y que la reina Isabel ha tomado oficialmente a Escocia bajo su «protección». Eso le permitirá enviar sin reservas un ejército inglés en ayuda de los rebeldes, que es lo que ahora está haciendo.

—Pero... ¿con qué pretexto?

—Con el de defender a Inglaterra de un ejército francés.

—¡El ejército de mi madre! ¡La ayuda que yo le he enviado!

—Exactamente.

El cardenal había conseguido aguarle la fiesta sin necesidad de asistir a ella.

—¡Enviaré más fuerzas! —aseveró María con determinación—. ¡No triunfarán!

Cuando el cardenal se retiró —a regañadientes, María lo sabía muy bien—, ella permaneció sentada unos momentos, mirándose los pies. Estaba claro que ella y Francisco tendrían que efectuar una visita de Estado a Escocia. Así tal vez los ánimos se apaciguasen. Le extrañaba la rapidez con que Escocia se había vuelto contra la religión de sus antepasados bajo la guía del exaltado Knox. En ningún otro país se había producido un ascenso tan rápido y virulento del protestantismo. ¿Quiénes eran aquellos lores de la Congregación? ¿Eran sinceramente piadosos, o sólo estaban ávidos de poder? Y aquel Knox. ¿Qué otro clérigo llevaba una espada de doble filo y predicaba la revolución? Jamás se había visto nada igual.

Sí. Debía ir a Escocia, pero antes ella y Francisco tenían que acostumbrarse a sus difíciles obligaciones en Francia.

El sol ya se había puesto, dejando una estela roja y morada y una pequeña escolta de nubes agrupadas en el horizonte, ante los invitados. El rey Francisco, que había crecido mucho en el último año, permanecía tímidamente de pie en el escalón superior de la galería, recibiendo a los invitados. Llevaba las trusas escarlata recogidas con elegancia a la altura de los muslos y su jubón de manga larga presentaba centenares de minúsculas cuchilladas a través de las cuales asomaba el forro de raso de color verde musgo. Unas medias del mismo color cubrían sus largas y delgadas piernas. Se había

negado a ponerse almohadillas en los tobillos, como le había aconsejado su sastre. Sus pies no menos largos calzaban unos zapatos acuchillados. El atavío, en conjunto, le confería el aspecto de dos judías verdes con zapatos, pero Francisco no era consciente de ello y se mostraba orgulloso con su plano sombrero de terciopelo y su espada ornamental al recibir a sus amigos y a sus hermanos menores Carlos y Enrique. A sus nueve y ocho años de edad, respectivamente, éstos eran los invitados más jóvenes. Los niños corrieron a esconderse entre los arbustos para salir de repente y asustar a los demás invitados.

—Bienvenidos, mis queridos amigos —saludó Francisco levantando al máximo la voz y extendiendo los brazos—. Mi reina y yo nos complacemos en teneros por invitados. Os ruego que disfrutéis de la luna llena cuando salga. —Se volvió hacia Pierre Ronsard, que a sus treinta y nueve años era el invitado más viejo—. Y vos recitaréis vuestro *Himno a la luna*, si sois tan amable.

Ronsard hizo una reverencia y besó la mano del Rey.

—Cuando salga, la saludaré. —Volviéndose hacia María, el poeta añadió—: ¡Pero este glorioso sol, esta luna, ya nos ilumina con su resplandor!

«¡Ahora no!», habría deseado decir María. Las extravagantes alabanzas de Ronsard podían resultar embarazosas, pues la elogiaría aunque pareciera una de las burras que proporcionaban la leche para los baños de las damas.

María contempló a los invitados que había congregado en torno a sí. María Livingston, Lusty, cruzaba el suelo de mármol de la galería descubierta. Había crecido y engordado; necesitaría un esposo muy fornido, pensó María. Y no sólo fornido sino también activo y rebosante de energía. ¿Quién podría ser el hombre adecuado para ella?

Sin duda, no el poeta Chastelard, secretario de Enrique de Amville, que permanecía lánguidamente de pie junto a la maceta de un árbol frutal. Sus grandes y negros ojos, que parecían siempre arrasados en lágrimas, buscaban algo en lo que posar la mirada. Contempló con cierto interés a María Seton cuando ésta apareció, pero su interés se desvaneció al pasar ella por su lado. El poeta adivinó que no era la clase de mujer que se desmayaba de amor, sino que poseía un temperamento práctico y realista. Chastelard desvió los ojos hacia otra parte.

Allí estaba el apuesto marqués de Elboef, primo de María de Guisa, un sujeto de actitud agresiva. Se había acercado a Flamina, como siempre, pero, también como siempre, ella lo rechazaría. Entonces él se reiría y probaría suerte en otro lugar. El pequeño y gracioso Renato... Lo acompañaba Enrique de Amville, hijo menor del condestable de Francia, Montmorency; María observó que llevaba un pañuelo de seda rosada que antaño le perteneciera y que él había encontrado una vez y había afirmado que lo conservaría como un tesoro. Se lo había prendido del jubón y, al advertir que ella lo miraba, se había besado los dedos y rozado con ellos el pañuelo.

Los servidores empezaron a repartir copas de plata de vino blanco entre los invitados, que en la terraza que daba al este aguardaban la aparición de la luna en el cielo despejado. Nadie hablaba; todos esperaban en silencio.

Al fondo del jardín, una hilera de árboles oscurecía el horizonte, pero los presentes distinguieron un pálido resplandor cuando salió la luna para iniciar su viaje nocturno por el cielo.

—¡Ah! —exclamó una voz sosegada, y María reconoció en ella la de Ronsard, que se encontraba a su lado. Cuando la luna se elevó por encima de las copas de los árboles, el poeta empezó a recitar los versos compuestos para aquella ocasión:

*plateada red que tú arrojas, oh, diosa,  
re con su resplandor toda la tierra,  
tanto es feo, áspero y desagradable oculta...  
señora de la belleza, acaríciame, con tu blanca magia...*

Los invitados recorrieron solemnes los senderos del jardín para rendir homenaje a la blanca belleza que florecía alrededor.

Todos hablaban en susurros mientras una íntima y suave brisa, perfumada por las flores que abrían sus corolas durante la noche, los envolvía en un delicado manto de fragancias.

En aquellos momentos María se sintió bañada de amor y felicidad y rodeada por toda la protección que la tierra era capaz de ofrecer.

—*Vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain; Cueillez des aujourd'hui les roses de la vie* —murmuró Ronsard a su espalda—. Vivid, creedme, no esperéis a mañana; arrancad hoy mismo las rosas de la vida.

## XVII

María yacía en la cama, procurando permanecer inmóvil, pues así el dolor no era tan intenso. Los médicos, que ignoraban la causa de aquellos repentinos y agudos retortijones, le habían prescrito, para aliviarlos, descanso y manjar blanco. En aquel espléndido día de junio ella se había acostado en su más recóndito dormitorio de los aposentos reales de Chambord, negándose a que corrieran las cortinas o cerraran las ventanas. Los rayos del sol penetraron en el dormitorio como si danzaran, y el aire estival, tan ligero como el plumón y tan puro como un blanco encaje, inundó la estancia. ¡Qué aburrido resultaba tener que permanecer inmóvil!, pensó, cuando todo el mundo gozaba de los placeres al aire libre. Francisco había salido a dar un paseo a caballo y Catalina de Médicis galopaba con él, dejando al descubierto sus célebres y bien torneadas pantorrillas por encima del arzón.

María sonrió. Su suegra era una mujer muy extraña por la vanidad con que exhibía las piernas —su mejor cualidad, visible sólo cuando cabalgaba—, su ardiente y posesivo instinto maternal y su siniestra fama de envenenadora. Puesto que a ella y a María las unía el cariño y la preocupación por el bienestar de Francisco, no había el menor conflicto entre ambas. Todo era armonía, y Francisco, tras superar el sobresalto inicial, se había echado sobre los hombros el manto de la realeza y lo llevaba lo mejor que podía. María cerró los ojos. Le pareció que el dolor remitía un poco. Si lograba dormir, lo más probable era que, al despertar, el dolor ya hubiera desaparecido. Empezó a recitar al revés un poema de Ronsard, *Epitafio a su alma*:

*s je: repos mon trouble ne  
tune ta suis: dit j'ai passant  
immune la par enviés tant...*

Pronto se vio incapaz de colocar una palabra detrás de la otra.

Cuando despertó, una luz violeta llenaba la estancia y se oían unas voces que hablaban en susurros.

—No podemos...

—No es prudente..., todavía no...

—¡Ya no podemos esperar más!

—Pero el ataque..., la dolencia que la aqueja...

—Os digo que no podemos esperar más tiempo. No informar a la Reina constituiría un acto de negligencia y tal vez incluso una traición...

Los murmullos sonaban como un soñoliento zumbido de abejas en aquel delicado crepúsculo estival.

—¡No permitiré que se me eche la culpa!

Era la voz del cardenal.

María vio su rostro iluminado por la brumosa luz.

—Tío cardenal —dijo, tratando de incorporarse. El dolor se había atenuado pero aún sentía unas ligeras punzadas en el estómago. De pronto advirtió la presencia de otras personas, agrupadas alrededor de su tío como un racimo de uvas. Todos los rostros se mostraban muy serios—. ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Una noticia de Escocia, Majestad —contestó el cardenal.

—Una noticia muy dolorosa —añadió la conocida voz de su otro tío, el duque de Guisa.

—¡No! —gritó ella, comprendiendo de inmediato.

—Es cierto —afirmó el cardenal.

—Nuestra hermana y amada madre vuestra ha... muerto —dijo el duque.

—No —repitió María una y otra vez, como si la palabra fuera un encantamiento—. No. No.

—Ha sido víctima de la hidropesía —explicó el cardenal—, pero su muerte ha sido muy piadosa. Reunió a los dos bandos en lucha y les suplicó que hicieran las paces y se perdonaran mutuamente. Y a vos os escribió... —El cardenal le entregó la carta.

María la tomó en silencio y pidió que le acercaran una luz para leerla.

Las palabras, la caligrafía... eran las mismas que las de otras muchas cartas, pero ahora le parecían estremecedora y significativamente distintas...

Soltó la carta y la tomó de nuevo. Estaba fechada el 1 de junio de 1560. Habían transcurrido veintiocho días.

—¿Cuándo se recibió la noticia? —preguntó—. ¿Cuánto hace que lo sabéis?

—Diez días, Majestad.

—¿Y me lo habéis ocultado?

«¿Os habéis pasado todos estos días sonriendo y paseando conmigo por el jardín aun cuando lo sabíais? —pensó— ¿Habéis comido en mi mesa, hablando de poesía y del crecimiento de los hugonotes, sabedores de lo que yo ignoraba?»

—Queríamos protegeros —se justificó el cardenal.

—¿Protegerme de la noticia o del dolor? —inquirió María—. De nada sirve proteger a alguien del dolor por medio de la ignorancia.

—Deseábamos... mantenerla viva —terció de repente el duque—, pues cuando se desconoce la muerte de una persona, es como si todavía viviese.

—Tío, vos sabéis que eso no es cierto —repuso María en tono abatido—. Como comandante que sois, sabéis que un soldado no deja de estar muerto por el hecho de que su esposa ignore su muerte.

—Querida mía —dijo el cardenal—, podéis creerme...

María se echó a llorar y se inclinó hacia delante en la cama hundiendo el rostro en

las mantas. Los hombres que acompañaban a los hermanos Guisa se retiraron en silencio de la estancia y dejaron a los dos hermanos a solas con su sobrina. Poco después los hermanos también se retiraron para que María se entregase a los arrebatos de su íntimo dolor.

María lloró durante horas. Se sentía culpable, porque el esfuerzo de conservar Escocia para ella había llevado a su madre a una prematura muerte a la temprana edad de cuarenta y cuatro años. «Mientras yo jugaba y me pasaba los días yendo de castillo en castillo —pensó—, escuchando las alabanzas de los poetas y navegando perezosamente en barca por el Loira, mi madre luchaba en Escocia, aun cuando sospechaba que yo jamás regresaría allí. ¡Pero yo quería verla! Y tenía la intención de hacerlo en cuanto...»

El recuerdo de la última y a la postre definitiva despedida resultaba tan doloroso que no pudo reprimir un grito.

Al otro lado de la puerta, el cardenal se volvió hacia el duque.

—Ya os advertí que sería una crueldad.

María se pasó diez días sin levantarse de la cama, lamentando la muerte de su madre... sin probar bocado, hablar o dormir. Pasaba del más hondo dolor, teñido de negra desesperanza, a la nada más absoluta. Las cuatro Marías esperaban en la estancia contigua, pero ella no parecía reconocerlas.

Al llegar el undécimo día comenzó a recobrar las fuerzas y regresó al mundo de los vivos, del mismo modo que un borracho descubre que su alterado sentido del tiempo se normaliza poco a poco.

Se sentía sucia, quería darse un refrescante baño, y tenía hambre. Le pidió a María Livingston, a quien saludó casi compungida, que mandara prepararle su baño de leche de burra y unas gachas de pan con canela y azúcar. A media tarde volvió a sentirse la misma de siempre, aunque un poco temblorosa y aturdida.

Entró el cardenal juntando las manos en gesto de aprobación y alegría.

—¡Gracias sean dadas a Dios! ¡Habéis regresado a nosotros!

—Sólo una parte de mí; la otra ha muerto junto con mi madre —dijo María con serenidad—. Ahora contadme el resto. Con la muerte de mi madre han cambiado muchas cosas, tanto en el interior de mi corazón como fuera de él.

El cardenal la miró con expresión dubitativa. Levantó la mano y se frotó el mentón antaño cubierto por la barba —que se había rasurado en un momento de desánimo—, como si pretendiese ganar tiempo con ese gesto.

—Tengo la fuerza necesaria para recibir la noticia, cualquiera que ésta sea —aseguró María, y al ver que el cardenal, con una leve sonrisa en los labios, seguía dudando, añadió—: Es más, os ordeno que me lo digáis.

Era su soberana y él no podía desobedecerla.

—Muy bien pues. La noticia es muy sencilla: todo ha terminado. Los rebeldes han triunfado, y justo en este momento, Cecil, el representante de Inglaterra, se encuentra en Edimburgo para negociar un tratado de retirada con los franceses en nombre de los rebeldes. Observó la expresión de espanto en el rostro de María y agregó—: La Antigua Alianza ya no existe. Ya no habrá más franceses ni católicos en Escocia. Es nuestro fin allí.

—¿Nuestro?

—Me refiero a los franceses. Vos seguís siendo Reina de Escocia, pero sólo nominalmente. En realidad, vuestro hermano bastardo Jacobo Stewart gobierna en nombre de los protestantes y, tras él, la reina de Inglaterra mueve los hilos y controla su nuevo reino vasallo protestante.

María se quedó sin habla, boquiabierta.

Bueno, había ordenado que se lo dijeran, pensó, dominada por un ardiente deseo de venganza.

—Un comité del Parlamento ratificó estos cambios —prosiguió el cardenal—. Le pidieron al maestro Knox que redactase una profesión de fe para los nuevos devotos escoceses. La escribió en cuatro días.



## XVIII

María Estuardo, sentada en un banco, observaba trabajar a los jardineros en el recientemente creado jardín de Chenonceau. El cálido día de otoño parecía bañarlo todo en una dorada y suave luz que hacía que se sintiese alegre muy a pesar suyo.

Apenas había reparado en las bellezas del verano: los grandes ramilletes de alhelíes, acianos y margaritas, el revoloteo de las moteadas mariposas, los lánguidos y blancos crepúsculos que se prolongaban hasta las diez de la noche. ¿Quién podía animarse o emocionarse con ellos cuando lo único que hacían era adornar las duras rocas de la existencia sin modificarlas? Su madre había muerto, y los herejes se habían apoderado de su reino. Ni siquiera habían permitido que el cadáver de su madre abandonara Escocia y regresara a Francia para recibir sepultura, sino que los lores de la Congregación lo retenían como rehén. ¿Un rehén para qué? ¿Acaso ni siquiera tenían compasión de los muertos? María se estremeció bajo el tibio y benévolo sol de Francia.

«Os traeré a casa, madre —prometió—. Descansaréis en Francia.»

—*Bonjour*, Altísima Majestad —dijo un jardinero que acababa de reunirse con sus compañeros.

Ella asintió con la cabeza y sonrió. Ya comenzaba a parecerle natural que la saludaran como Reina de Francia. El primer año se había sentido incómoda con aquel título, como si esperase la llegada de la reina Catalina. Y, cuando llamaban a Francisco «Majestad» y «Rey de Francia», la sensación que experimentaba era todavía más extraña. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de Enrique II y temía que éste asomara por detrás de una columna cuando alguien pronunciaba el título, riéndose de la broma que les había gastado a todos.

Pero Enrique se habría escandalizado si aquel día hubiera subido a Chenonceau para descubrir que habían enviado a su querida Diana a otro castillo y ya no se encontraba allí. También se habría horrorizado al ver lo que Catalina había hecho allí: crear sus propios jardines, que rivalizarían con los antiguos, en otro lugar del castillo. En eso precisamente trabajaban con tanto ahínco los jardineros. Aunque los jardines de Catalina no tenían —no podían tener— altos árboles ni recortados arbustos como en el antiguo jardín, constituían, con sus estatuas, fuentes y canales, un reflejo de la última moda de Italia. A su debido tiempo, también plantarían árboles; y a Catalina, que sabía esperar muy bien y cuyo lema era *Odiat e aspettate* («odiad y esperad»), no le importaba.

Entretanto, la vista se recreaba en los elegantes arriates y los complicados motivos geométricos en los que se combinaban las piedras de colores y las flores, el reflejo del cielo y de las nubes en las tranquilas aguas de los canales, todo ello destacado sobre la

blancura del precioso castillo construido a horcajadas sobre el río Cher.

María vio a su regordeta suegra avanzar con paso decidido por uno de los caminos del canal. Se levantó para saludarla, y ambas pasearon juntas de espaldas al sol de la media tarde mientras sus sombras se proyectaban por delante de ellas. La de María era larga y estrecha; la de Catalina, que apenas llegaba al hombro de ésta, corta y cuadrada. María se inclinaba ligeramente para oír la voz baja y monótona de su suegra. A lo largo del camino los jardineros reales interrumpían sus tareas y hacían reverencias al paso de las dos reinas. En los geométricos macizos, las flores de esmaltados colores formaban motivos trazados con esmero: iris de color añil, blancos alisos, claveles carmesí, caléndulas de un amarillo intenso.

Catalina hizo inofensivos comentarios acerca de los macizos de flores y los motivos heráldicos antes de susurrar:

—¿O sea que vos y Su Majestad —a Catalina le encantaba emplear el título— os negaréis a ratificar el Tratado de Edimburgo?

—No nos negaremos, nos limitaremos a no firmarlo —contestó María.

Sus tíos la habían asesorado, aunque no habría sido necesario. No podía ni quería estampar su firma en un documento de renuncia a su derecho al trono de Inglaterra. Era imposible. ¿Cómo iba una firma a abolir la realidad? Ella descendía de Enrique VII, y su legitimidad no había sido impugnada. Estaba dispuesta a reconocer a Isabel como soberana *de facto*, pero sus tíos habían señalado que el tratado no establecía la menor diferencia entre *de facto* y *de jure*, y la cláusula «ahora y en tiempos venideros» significaba que ella no podría acceder al trono aunque Isabel muriera sin hijos.

El Tratado de Edimburgo había supuesto una lamentable derrota en Escocia, y ella se había puesto literalmente enferma al enterarse. John Knox y sus rebeldes habían acosado a muerte a su madre hasta conseguir que se le rompiera el corazón, dejando en sus manos todo el control. El resultado había sido aquel tratado, que abominaba de Francia y del catolicismo. ¡No, no pensaba ratificarlo!

Se aproximaban a la *fontaine de roche*, obra maestra del gran diseñador de jardines Palissy. Catalina sonrió al oír el murmullo del agua.

—Los ingleses os presionarán —señaló.

—¡Que lo hagan! —respondió María, echando la cabeza hacia atrás—. Por mucho que se crean los dueños de Escocia, no lo son.

—Apoyaron a los rebeldes —musitó Catalina—. Son sus dueños.

—Quizá lo crean, pero los rebeldes son traidores por definición, y si no son leales cuando están obligados a serlo, ni siquiera a su propio regente, tampoco lo serán cuando se vean libres de dicha obligación. Para ellos Isabel no es más que un monedero del que disponen a su antojo.

—Es posible que muy pronto la reconozcan como Reina de Escocia. Sé que han propuesto en secreto el matrimonio entre el conde de Arran, el joven heredero de la

Casa de Hamilton, e Isabel. Los lores de la Congregación enviaron un ofrecimiento en su nombre. ¿Qué mejor perspectiva para ellos? Una pareja de soberanos protestantes para gobernar su país recién encalado. Su voz sonaba ahora casi gutural.

María también se había enterado; sus tíos le habían facilitado el informe.

—Isabel no se casará con él —aseguró de manera casi maquinal. Lo sabía en lo más hondo de su ser—. Y entonces regresarán a nosotros, a mí y a Francisco. Pero hasta entonces... —Hasta entonces, en Escocia reinaría el caos, un caos provocado por la ausencia de un capitán que gobernara el timón.

—Rezo para que no se les ocurra proclamar una... ¿cómo la llaman en Ginebra?... Ah, sí, «ciudad de Dios» —dijo Catalina—. Quizá convendría que vos y el Rey viajarais a Escocia para afianzar su lealtad. —«Aquí ya me las arreglaré yo sola», pensó.

—Sabéis muy bien que Francisco no puede viajar —le recordó María en tono de reproche.

—El viaje lo fortalecerá.

—El viaje acabó con su tía Magdalena. ¡No, jamás permitiré que ponga en peligro su vida!

El rumor de la fuente hidráulica ideada por Palissy las obligó a levantar la voz. Una gran montaña artificial se levantaba en el centro del cruce de dos canales y de sus costados brotaban corrientes de agua que, formando una densa espuma, bajaban a la taza que había a sus pies.

Catalina jamás se cansaba de admirarla y a María le encantaban los reptiles de cerámica que parecían arrastrarse alrededor de la taza: relucientes ranas verdes, lustrosos cocodrilos y víboras rayadas que se enroscaban en la seca roca como si se dispusiesen a atacar.

El borboteo del agua de la fuente ahogó la voz de Francisco, que estaba llamándolas. Al final, sólo el movimiento de sus brazos logró atraer su atención. Francisco bajó corriendo torpemente por el cuidado camino de grava mientras el sol se reflejaba en las hebillas de sus zapatos. Se había convertido en una pálida versión de lo que era un año atrás, en el momento de acceder al trono, pues había crecido como una planta que buscara el sol, y era igual de pálido y delgado que ésta.

—*Maman!* —gritó—. ¡María!

Ambas se detuvieron para esperarlo.

—Los hugonotes —dijo Francisco entre jadeos—. Tengo aquí un informe que... que...

Catalina le arrebató el papel de las manos.

—Están provocando disturbios de nuevo. Sólo hay una manera de tratar con ellos, ¡plastándolos como serpientes venenosas, pues eso es lo que son! ¡Debemos simular amabilidad y voluntad conciliadora y después destruirlos!

Francisco miró desconcertado a su madre y luego a su esposa.

—Pero si yo les diera mi palabra real, ¿cómo podría traicionarla?

—Sí —convino María—; eso sería una atrocidad. —Miró con descaro a Catalina—. ¿Qué estáis insinuando?

Su suegra se encogió de hombros.

—Nada en particular —contestó al fin—, pero, si queréis reinar bien, no debéis ser tan remilgada ni honrada.

«Pero si yo siempre he pensado que un buen corazón es la mejor cualidad de un gobernante —pensó María—. Clemencia y honradez, lealtad y amor a la verdad, ser para todos tus súbditos lo que eres para ti.»

Acarició con los dedos su largo collar de perlas negras, regalo de bodas de Catalina. Vio que ésta la miraba con expresión de reproche. Catalina se volvía cada vez más atrevida. Ella también estaba emergiendo de la sombra del difunto rey, y para nadie era un secreto que su política se oponía diametralmente a la de los Guisa.

«Todos quieren gobernar Francia —se dijo María, experimentando un desagradable y gélido sobresalto al percatarse de aquella realidad—. Creen que Francisco y yo todavía somos unos niños que siguen indicaciones, sus indicaciones, de la misma manera que los lores de la Congregación de Escocia creen que pueden dar órdenes a los soberanos menores de edad...

—Ha habido demasiados engaños y se han seguido con fe ciega los consejos de Maquiavelo —sentenció María—. Yo no iré por este camino, y poco a poco el pueblo confiará en mí y sabrá que la palabra de un príncipe debe respetarse por ambas partes.

—¡Sois una soñadora! —exclamó Catalina.

María vio la expresión de desagrado del rostro de su suegra y experimentó el deseo de marcharse lejos de allí, adonde los ojos de ésta y de sus tíos no se clavaran constantemente en ella, estudiándola y juzgándola... Estaba deseando participar en la partida de caza otoñal con Francisco, que era su amigo y jamás la juzgaba ni esperaba que fuera distinta de como era.

## XIX

A finales del otoño la corte francesa se trasladó a Orleans, donde la Forêt des Loges, con sus bosques de robles, ojaranzos y pinos alternados con brezales, permitía la caza mayor y la de aves. Francisco había heredado de su tocayo Francisco I la afición por ese pasatiempo. Tal como le ocurría a su abuelo, a veces el deseo de cazar se convertía para él en una obsesión. Le gustaba más que estudiar, comer o realizar cualquier otro ejercicio, y lo peor era que lo prefería a cualquier otra actividad, aunque hubiera acuciantes asuntos que resolver en el Reino.

O quizá porque los había. Los discípulos de Calvino habían adquirido mucha fuerza en Francia; los hugonotes, en sus disciplinadas «celdas», integraban casi un gobierno alternativo al real, que se desplazaba sin cesar de un castillo a otro en busca de cotos. Los Guisa —el duque, nombrado ministro de la Guerra, y el cardenal, ministro de Finanzas— alentaban la afición a la caza del Rey para gobernar ellos solos el reino. Sabían cómo tratar a los hugonotes: exterminándolos, haciéndolos volar por los aires, provocando una matanza.

El Rey no estaba de acuerdo y, aunque María se mostraba muy disgustada y procuraba entorpecer los planes de los mayores, bastaba con que los hermanos esperaran a que Francisco sufriera otro ataque de sus muchas enfermedades recurrentes para que María se concentrara de nuevo en la ocupación que acaparaba cada vez más su atención: la de cuidar a su marido. Cuando el Rey se encontraba a lomos de su caballo o tendido en su lecho de enfermo, los Guisa hacían lo que querían.

Francisco ya se había cansado de cazar por los alrededores de Orleans y quería marcharse a los espesos bosques de Chambord. Hacía un tiempo muy frío para el mes de noviembre, pero, a pesar de que Francisco se encontraba visiblemente enfermo —unas rojas ronchas le cubrían las mejillas, mientras que el resto de su piel estaba tan blanco como el polvo de plomo— el monarca ardía en deseos de ir de cacería. En esto recordaba a Francisco I, que continuó cazando, con ojos febriles y al borde de la extenuación, en las últimas fases de la sífilis.

Enviaron el mobiliario de la mansión de Orleans al castillo de Chambord. Sin embargo, la mañana en que debían emprender el viaje, a Francisco le dolía tanto un oído que fue incapaz de moverse. Lo tendieron en un catre, pues la estancia estaba vacía y no había camas y, enseguida le subió la fiebre y empezó a delirar y a revolverse en el catre mientras le castañeteaban los dientes.

María ocupó su lugar junto al lecho del enfermo, como tantas veces había hecho. A Francisco le dolía a menudo el oído, pero mejoraba cuando vertían en el canal auditivo una poción caliente hecha a base de yema de huevo, aceite de rosas y trementina. María así lo hizo y le aplicó además compresas en la frente. Él abrió los ojos y le sonrió.

—El jabalí se escapará —dijo con ternura, como si quisiera asegurarle a su esposa que aún conservaba el dominio de sí mismo y de sus sentidos.

—Os esperará —lo tranquilizó ella—. El jabalí más grande del bosque de Chambord sabe que está condenado a alimentar a la corte por Navidad. Su destino no ha hecho sino aplazarse. ¡Afortunado jabalí!

—Y desventurado Francisco —gimió el Rey—. Oh, María, qué aturdido me siento. Y qué débil.

—Muy pronto os recuperaréis. El aceite ya os está calmando el dolor.

—Me duele... detrás de la oreja.

El Rey murmuraba de nuevo palabras ininteligibles. Cerró los ojos, la fiebre lo obnubiló y provocó que en los días sucesivos le salieran llagas en el rostro. María no se apartaba ni por un instante de su lado, apenas dormía, se acostaba junto a él en un jergón, tocaba el laúd para unos oídos ulcerados que no escuchaban y le tomaba de la mano.

Los médicos administraron al enfermo una mixtura que contenía ruibarbo y se la introdujeron en la garganta. El Rey pareció recuperar las fuerzas durante unas horas pero muy pronto se produjo una recaída.

La reina Catalina, que se había presentado de inmediato, llamó a Ambroise Paré, el cirujano del Rey.

—¡Salvadlo! —le ordenó.

—Los médicos...

—Esto está por encima de la capacidad de los médicos —replicó ella.

El cirujano se arrodilló y examinó con cuidado al Rey, volviéndole la cabeza y soplando suavemente en cada uno de sus oídos. Detrás de la oreja infectada había un bulto de gran tamaño.

—Esto debe abrirse —dijo el cirujano.

Ambas reinas se mostraron de acuerdo.

Sin embargo, a pesar de que el cirujano abrió con éxito el bulto y extrajo de él una gran cantidad de líquido, el Rey no experimentó el menor alivio. Por el contrario, en los días siguientes su estado se agravó.

—Me temo que el único remedio es operar para eliminar una parte del cráneo —explicó Paré—. Hay un absceso en el cerebro, y si se extendiera...

—¿Abrirle la cabeza? —preguntó Catalina, escandalizada.

Paré miró a María, la esposa del Rey.

—¡Haced lo que sea necesario pero salvadlo! —imploró la muchacha en voz baja.

—¿Tan cruel sois? —dijo Catalina—. ¿Queréis que dejen al descubierto su cerebro? ¿Cómo podría vivir de esa manera? ¡Nadie puede vivir con la cabeza abierta!

¿Contáis acaso con alguna sustancia milagrosa que la remiende? —le preguntó a Paré.

—Por desgracia, no —contestó el médico—, pero quizás encontremos algo. Marfil o intestinos de oveja... y puedo aliviarle el dolor con una mezcla que utilizamos para los soldados en el campo de batalla, hecha con opio y beleño para que no note el corte.

—¿Un rey con el cerebro tapado con intestinos de oveja? —Catalina estaba escandalizada—. ¿Queréis ofrecerle a Francia semejante rey, semejante abominación? Y él... —contempló a su primogénito ya *in extremis*— jamás podría volver a cazar, tendría que vivir como un anciano, arrastrando los pies por los suelos de unas estancias purificadas, con un turbante mojado en torno a cabeza... No, él no lo querría.

—¿Cómo sabéis lo que querría? —le preguntó María.

—Yo lo he parido, lo conozco y sé lo que corresponde a la dignidad real. —Catalina se dirigió a Paré—. Nada de operación. Pero aliviadle el dolor, os lo suplico. Dadle vuestra mixtura del campo de batalla.

Paré la miró y vio la angustia reflejada en sus ojos. En los campos de batalla no había madres; éstas nunca tenían ocasión de opinar.

—Ahora mismo la preparo, Majestad. Conozco otro medio para favorecer el sueño y el sosiego. El rumor de la lluvia es tranquilizador. Si mandáis colocar un recipiente de gran tamaño al fondo de la estancia para que un criado le vaya echando agua desde arriba...

—Dadlo por hecho —aseguró Catalina.

Luego de que le administraran la mixtura de opio y beleño, Francisco se quedó dormido oyendo un rumor de la lluvia artificial en la gélida y desnuda estancia. María le tomó la mano y notó que se enfriaba poco a poco en la suya. No la soltó ni siquiera cuando su esposo ya había abandonado el mundo de los vivos.

—Nuestro Francisco se nos ha ido, madre —le comunicó finalmente a Catalina, que dormitaba en una silla. Luego soltó la mano de su esposo, la cruzó con la otra sobre su pecho y le besó la frente. Las manchas rojas de su rostro estaban desapareciendo y sus labios estaban entreabiertos como si se dispusiese a decir algo—. *Adieu*, Francisco, mi amor, mi esposo, mi amigo.

Catalina rompió a llorar, pero a María ya no le quedaban lágrimas. Se encontraba por encima del llanto; sentía que su vida se había ido con Francisco.

—*Adieu*, Francisco —musitó—. *Adieu*, María.

Cuando la noticia de la muerte de Francisco II llegó a Edimburgo, John Knox escribió: «Pues mientras el citado rey asistía a la misa, pereció súbitamente a causa de un oído podrido..., el mismo oído que jamás quiso escuchar la verdad de Dios.»

## XX

A sus dieciocho años, María ya era viuda y guardaba luto en una estancia de Orleans oscurecida de manera artificial. Le parecía una burla cruel vestir una vez más de blanco. «Tenían razón —pensó— No debí vestir de blanco el día de mi boda. Es el color de la muerte y el dolor. Jamás lo luciré de nuevo. Si no lo hubiera hecho, quizá Francisco...»

No, eso era un disparate. El Rey no había muerto por culpa del color de un vestido, se dijo, sino porque había sido débil y enfermizo desde su nacimiento, porque su madre había tomado unas píldoras de mirra para favorecer la concepción y porque había venido al mundo durante un eclipse de sol. Quizás habría vivido menos tiempo si María no lo hubiera ayudado, cuidado, amado o no hubiese jugado con él. Un intenso dolor le recorrió el cuerpo. Amaba a Francisco, su compañero, su confidente y su mejor amigo. Apenas recordaba el tiempo en que aún no lo conocía, y sabía que él la había amado con todo su corazón.

Ahora estaba absolutamente sola. En menos de seis meses habían muerto su madre y Francisco. De repente, no había lugar para ella en la tierra. Francia ya no era un puerto seguro. El hermano menor de Francisco, el pequeño Carlos, de nueve años de edad, reinaba como Carlos IX, pero su madre gobernaba como regente. La meticulosa Catalina, tan respetuosa con todas las reglas, con la misma celeridad con que se había apartado para dar precedencia a María diez minutos después de la muerte de Enrique II, había exigido que María devolviese las joyas de la corona al morir Francisco II. Se habían acabado los cumplidos y las cortesías. A María, cuya madre era francesa y cuyo idioma era el francés, pues se había educado en Francia, se le pedía —de manera sutil y no tan sutil— que se olvidara de Francia y regresase a Escocia. Pero allí tampoco sería bien recibida. Sus súbditos, tras rebelarse, habían derrocado formalmente a su madre, la regente. Un consejo de lores gobernaba el país y había promulgado unas leyes que abolían el catolicismo y prohibían la asistencia a misa.

Carecía de patria, no la deseaban en ningún lugar. Cuando terminaran los cuarenta días de luto, ¿qué ocurriría?, ¿adónde iría?, ¿qué haría?

Y, sin embargo, un profundo letargo se había apoderado de ella. Se preocupaba a medias. La pérdida de Francisco había sido tan dolorosa que, en su aflicción, sólo buscaba alivio en el sueño, el llanto y el recuerdo. Evocaba la presencia de su difunto esposo por doquier, lo que le proporcionaba consuelo y la torturaba a un tiempo. Ella, que tan a menudo se había solazado con la poesía de la corte, intentaba ahora aliviar su dolor escribiendo sobre la pérdida que había sufrido.

*Primavera de mi vida terminó,*



*En ella su capullo en flor,  
nortal dolor me empuja  
oscuridad de la tumba;  
strella de mi esperanza murió  
anhelo y aflicción.*

*cesar mi corazón siente  
visteza de un ausente,  
ndo a veces en mi aposento  
acuesto y duermo,  
dulce contacto siento.  
esfuerzo y en descanso  
mpre a mi lado lo tengo.*

Pero ¿quién leería su poema, quién lo comprendería? Sólo Francisco, y él ya no estaba, en todos los sentidos más importantes para ella..., como no fuera bajo la forma de una dulce y espectral presencia.

Se habló de la posibilidad de que volviera a casarse. Durante las dos primeras semanas de su viudez, en que se hallaba transida de dolor y en que la única luz de su estancia adornada con colgaduras blancas procedía de la trémula y mortecina llama de las velas, se autorizó la entrada a los Guisa en su calidad de parientes más próximos, y acto seguido empezaron a sugerirle que se casase de nuevo. Estaba don Carlos, heredero del trono de España, y también su cuñado Carlos IX, en quien ella había despertado una anormal e infantil pasión. Resultaba de todo punto necesario que ella conservara el poder. Y aquellos esposos —unos niños inmaduros y desequilibrados— le permitirían conservarlo.

Ella permanecía sentada, escuchándoles. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba prisionera en la cámara de *deuil*. Sin embargo, aunque había amado a Francisco, no le atraía la idea de desposarse de nuevo con un niño. Por el contrario, la posibilidad que la seducía cada vez más era la de escapar. Huir a Escocia, lejos de los asfixiantes Guisa y de la vigilante reina regente.

«¿Prefiero ser una reina viuda en Francia, condenada a vivir en serena oscuridad de las rentas de mis propiedades en medio de la comodidad y la protección, pero sin que a nadie le importe mi persona —se preguntó—, o reinar en un pequeño y lejano país? No. Soy demasiado joven para vivir recluida en la oscuridad —se contestó—. ¿De qué habría servido lo que he aprendido de mis tíos, de mi abuela y de la reina Catalina, el arte de gobernar, si ahora, en plena juventud, me retiro a una propiedad campestre?

Dios me concedió, por derecho de nacimiento, el trono de Escocia. ¿Estoy destinada a empuñar este cetro? Me parece una tarea apremiante, pues el país se halla sumido en los errores y la confusión. Sé que soy muy joven e inexperta en las cuestiones más profundas de la teología, pero mi tarea sólo consistiría en ser un ejemplo vivo de mi fe, no en rivalizar con san Agustín o cualquier otro doctor de la Iglesia. A lo mejor, eso es lo que Dios me exige para ayudar a mi país.»

Con mucho cuidado, le planteó la idea a su director espiritual, el padre Mamerot.

—¿Creéis que eso es lo que se me exige? —le preguntó un atardecer cuando las sombras de la noche ya se acercaban.

El sacerdote, bajo pero nervudo, se tomó su tiempo para contestar.

—Puede afirmarse con certeza que la oportunidad está ahí —dijo al fin—. Vuestro país ha abandonado hace poco el redil de la Iglesia pero vos seguís siendo su soberana y conserváis las creencias verdaderas. Es cierto que el pueblo tiende a ver en el monarca la encarnación de la fe. Un rey que miente, que se entrega a la lujuria, que roba y se comporta con cobardía, aparta al pueblo de la fe que afirma profesar. No estoy seguro, sin embargo, de que sea cierto el caso contrario. Debéis intentarlo, confiando en la divina Providencia, pero no podéis fijaros este objetivo. A Dios corresponde conmover los corazones de los hombres.

—Vos siempre me aconsejáis que no me apresure —señaló María.

—El deber de un confesor es ayudar a superar las debilidades espirituales de quien acude a él, y la vuestra siempre ha sido la de actuar con excesiva precipitación o esperar demasiado.

Mientras transcurrían con lentitud los largos días, María adquirió, sin caer en la cuenta de ello, la costumbre de confiar en la dulce experiencia mundana de madame Rallay, a quien preguntó si le gustaría regresar a Escocia.

—Quisiera llevarme a las buenas gentes de mi casa, como Bourgoing y Balthazzar. No me imagino la vida sin ellos. Pero, por encima de todo, no me la imagino sin vos —le explicó María.

—Ni yo la concibo sin vos —repuso madame Rallay con una sonrisa—. Iré con vos adondequiera que vayáis. ¿De veras deseáis regresar a vuestro antiguo hogar?

—No... no estoy muy segura —contestó María—. Algunos días lo estoy, y otros no lo sé. Pero si supiera que vos me acompañaríais...

—Os acompañaré.

La idea de regresar a su antiguo hogar le atraía como una solitaria música procedente del interior de un bosque.

De repente, la invadió una profunda aflicción por la pérdida de Francisco y se preguntó si la añoranza de su lejano trono no sería más que un deseo disfrazado de escapar de aquel dolor.

El tiempo parecía haberse detenido, desligado de cualquier cosa anterior o posterior, pues transcurría en una estancia que no conocía ni el día ni la noche, sino sólo unas horas medidas de manera artificial. Las de vigilia empezaban con una misa celebrada en un extremo de la estancia. Después, María debía atender las visitas de condolencia, que en realidad eran deliberaciones políticas. A continuación venían otras oraciones y luego el almuerzo, servido en silencio. A nadie se le permitía entrar en sus aposentos sin la previa autorización de la reina Catalina y una exhaustiva investigación por parte de los guardias. Se rechazaba a los visitantes «frívolos», y sólo los embajadores acreditados y sus tíos de la Casa de Guisa tuvieron acceso a ella durante las primeras dos semanas.

María se preparaba para las visitas, envuelta en unos blancos mantos de piel para protegerse del frío que reinaba en la estancia. El melancólico tiempo del mes de diciembre y los breves días del exterior parecían envolver los aposentos en una soledad gélida y mortal.

Al llegar el duodécimo día, un hombre apareció a la puerta de los aposentos con un sobre de cuero de gran tamaño en sus manos enguantadas. En los pliegues de su oscura capa había restos de nieve.

—Os saludo, mi Reina —le dijo en un perfecto francés.

Sin embargo, María jamás lo había visto en la corte. ¿Cómo había conseguido convencer a los guardias de que le franquearan el paso?

María le indicó por señas que entrara. El hombre así lo hizo, e hincó la rodilla en tierra antes de descubrirse la cabeza, que llevaba medio oculta bajo la capucha de la capa. Su corta y rizada barba pelirroja estaba alborotada, y sus turbios ojos verdes la miraban fijamente.

—Os traigo unos despachos de la difunta reina vuestra madre —le informó—, y os presento mis condolencias por la pérdida de vuestro difunto señor y esposo el Rey. — Le alargó el sobre de cuero, y ella se adelantó para tomarlo.

—¿De mi madre decís? ¿Y por qué no los he recibido antes?

El desconocido se encogió de hombros.

—No son oficiales, Majestad. Los encontraron los servidores cuando clasificaban los documentos. Se trata de papeles de carácter personal, que ella guardaba. Los servidores querían destruirlos, pero pensé que quizá quisierais conservarlos.

María echó un vistazo al contenido del voluminoso sobre.

—¡Pero si aquí hay una carta que yo le escribí! —exclamó.

—Cuando teniais once años —precisó el hombre.

De manera que la había leído. Por natural curiosidad, claro. Ellos habían querido destruirlo todo, pues lo consideraban de propiedad pública, pero aquel hombre se había tomado la molestia de rescatarlo.

Sin esperar a que ella le concediera su venia, el hombre se levantó.

—Habrías podido enviarlos —señaló María—. No era necesario que vinierais personalmente.

—No hay muchas personas en quienes se pueda confiar. Y además, mi Reina, deseaba conoceros. Pocos en Escocia han disfrutado de este privilegio.

—¿Quién sois?

—James Hepburn, mi Reina.

A María no le gustaba que la llamase «mi Reina» cuando, por respeto, debía dirigirse a ella como «Majestad».

—¿James Hepburn de qué? ¿O de quién?

—James Hepburn, hijo de Patrick, el Conde Rufo. Sin duda habréis oído hablar de él. —El hombre se quitó la capa, nuevamente sin solicitar la venia, y la depositó sobre un escabel.

No era tan alto como María, pero sí fornido y muy bien proporcionado.

—Pues no —repuso María.

El hombre se echó a reír.

—Mi padre, el Conde Rufo, así llamado por el color de su cabello, se divorció de mi madre para casarse con la vuestra. Ella le hizo una promesa, pero al final no la cumplió y lo afrentó. Una reina disfruta de este privilegio, claro.

—O sea que sois escocés.

¿Sería cierto eso tan extraño que le contaba?

—O soy eso o no soy nada —contestó el hombre, en escocés.

—Me niego a creer lo que decís de mi madre —replicó María en francés.

—Podéis creer lo que queráis, ahora ya no importa. Mi padre ha muerto y vuestra madre también; ambos se utilizaban el uno al otro por ambición, como es habitual. Creo —añadió con una sonrisa— que ganó ella. Porque tenía más cartas con que jugar, naturalmente.

—Habláis como un jugador.

—Lo soy —admitió el hombre sin avergonzarse.

—Yo también —confesó María, para su sorpresa.

—Todas las reinas, o al menos las buenas, tienen que serlo. Desde luego, vuestra prima Isabel es una jugadora excelente. Siguen haciéndose apuestas acerca de ella. Aún no se ha casado a pesar de todos los ofrecimientos que ha recibido. Tal como ya he dicho, las reinas tienen el privilegio de dejar plantados a sus pretendientes.

María se rió a pesar suyo.

—Pero ¿quién sois vos? —preguntó en un escocés vacilante, pues llevaba muchos años sin hablarlo.

—Vaya, eso está muy bien. Vuestros enemigos dicen que no sabéis hablar vuestra lengua. Les demostraréis que no es cierto.

—Vamos, señor, contestad a mi pregunta.

—Soy el conde de Bothwell. Poseo otros títulos, heredados del Conde Rufo: lord almirante de Escocia, custodio de los castillos de Hermitage y Edimburgo, alguacil de Lothian Oriental, lugarteniente de las Fronteras del Sur. Siempre y cuando vos tengáis la amabilidad de confirmarlos, claro.

—Eso queda por ver —repuso María, ajustándose bajo la barbilla el fino velo blanco que formaba parte del atuendo de *deuil*.

—¿Vais a regresar a Escocia o no? —preguntó el conde—. Dicen que no. Que os pondrán a pastar en los verdes prados de Francia como una de esas preciosas vacas de Normandía. A vuestro hermano Jacobo le gustaría que os quedarais. Como hijo del Rey y lord de la Congregación, gobernaría Escocia con la bendición de Knox, tal como cree que le corresponde. Su destino lo llama. Todos hablan mucho del destino últimamente, empezando por el maestro Knox.

—*Oui. Je reviendrais à l'Écosse.*

—En tal caso, no debéis hablar en francés. Les molesta mucho.

El conde no le expresó su complacencia por el hecho de que hubiera decidido regresar, y eso que era el único a quien ella se lo había anunciado. María sufrió una decepción.

—Y ¿dónde aprendisteis vos el francés? —inquirió.

El conde la miró como si la pregunta le hiciera gracia.

—Todas las personas instruidas lo hablan —contestó él—. Descubriréis que muchos de vuestros súbditos hablan y escriben el francés y han vivido algún tiempo en Francia, pero eso no les impide aborrecer el idioma, como ya os he dicho.

—Pues me aborrecerán.

—¿Por qué, acaso sois francesa? —preguntó el conde, mirándola a los ojos.

Se lo había preguntado como si fuera un maestro de escuela y ella su alumna. Era el modo en que solían hablarle sus tíos, pero a ellos se lo permitía. Sin embargo, ya estaba cansada de eso, aunque no lo había advertido hasta aquel momento.

—A todos los efectos, sí —respondió.

—Os equivocáis. —La voz del conde adquirió un tono áspero y fanfarrón—. Os lo han enseñado así, pero os han mentado porque les conviene. Escuchad a quien os habla y haceros siempre esta pregunta: «¿Qué gana al convencerme de la verdad de lo que defiende?» A los Guisa les convenía convencerlos de que erais francesa, pero sólo sois medio francesa; el resto es escocés y, por si fuera poco, escocés de estirpe real, pues pertenecéis a la familia de los Stewart, Estuardo, como los llaman aquí, que lleva casi doscientos años al frente de Escocia. Mirad vuestro cabello cobrizo, vuestra afición a los ejercicios al aire libre, vuestro amor al campo... y veréis la palabra «escocesa» escrita en vos en letras mayúsculas.

—¿Cómo sabéis qué me gusta o deja de gustarme? También me agradan las

cabalgatas de la corte y los modales refinados. ¿Qué ganáis vos al convencerme, lord Bothwell?

—Gano la presencia de una reina en el país que le corresponde. A decir verdad, creo que Escocia merece que el trono lo ocupe su propio monarca. Con el debido respeto, vuestra madre no era nuestra reina; y un hijo bastardo no puede ser rey. En las últimas seis generaciones hemos tenido muy pocos monarcas adultos. Las minorías de edad y las regencias lo han impedido.

—Y la confirmación de vuestros títulos, naturalmente.

—Sí. Como lord almirante, me encargaré de reunir la flota que os conducirá sana y salva a casa.

—¿Qué os ocurre en el ojo izquierdo? —preguntó de pronto María, aludiendo a la cicatriz que le cruzaba el párpado; confiaba en que así se pusiese a la defensiva.

—Me hirieron en una escaramuza con Cockburn de Ormiston. —El conde hizo una pausa, pero después decidió no inducir a María a caer en la tentación de preguntarle a quién se refería—. Un traidor escocés que subía al norte con cuatro mil libras inglesas destinadas a pagar sobornos. En toda Escocia el oro inglés está intentando comprar a los nobles. Por supuesto, no se trata de oro inglés, sino de oro convertido en dinero francés para disimular su origen. Sea como fuere, le di una paliza a Ormiston.

—¿Todo el mundo está en venta? —preguntó María.

—No, pero todo el mundo acepta el dinero. Los ingleses no saben quién está en venta y quién no, y por eso se ven obligados a pagar a todo el mundo. —El conde se echó a reír—. Sin embargo, puedo deciros lo siguiente, mi Reina y señora: soy leal a la Corona y no acepto sobornos de parte de los ingleses. Soy el único que no lo hace. Os lo juro por mi vida.

—¿Y por qué sois tan leal? —Sin percatarse de ello, María hablaba de nuevo en francés.

—Es una tradición familiar que mi padre traicionó y que yo he recuperado —respondió el conde—. Debo deciros claramente que soy protestante. George Wishart predicaba en mis tierras, aunque mi padre lo apresó y lo entregó al cardenal Beaton para que lo quemaran en la hoguera. No obstante, su palabra y su doctrina me convencieron. Sí, soy protestante, pero también vuestro vasallo, y mi lealtad a la Corona es sincera. Un hombre puede creer en muchas cosas y serles fiel a todas, al igual que una persona puede ser muchas cosas sin dejar por ello de ser consecuente. ¿No es el lema de la reina inglesa, *Semper eadem*, «siempre la misma»? Y, sin embargo, es un mosaico integrado por mil piezas.

—Doy gracias a Dios por haberos encontrado, James Hepburn —dijo María muy despacio.

—¿Cuándo puedo venir a recogeros, mi Reina? —preguntó el conde.

—En verano —contestó ella.

—La flota estará preparada. —El conde sonrió e hizo una reverencia—. Con vuestra venia, me retiro —anunció—. El país se alegrará.

—¿Habéis viajado desde tan lejos para hablar conmigo? ¿No tenéis ningún otro asunto aquí en Francia? —preguntó María.

—Ya lo resolví hace tiempo —respondió Bothwell—. Tal como ya os he dicho, soy jugador. Y una reina bien merece un viaje por mar.

—¿Cuántos años tenéis? —se interesó ella de repente.

—Veinticinco.

—Sois muy joven para declararos incorruptible. Tened cuidado, James Hepburn, no vayáis a perder el brillo con el tiempo.

El conde dejó escapar un suspiro e hizo un gesto de resignación.

—Sólo los acontecimientos extraordinarios ponen a prueba nuestro temple. ¿Y eso quién lo busca voluntariamente? Nuestro Señor incluso nos permite pedirle que nos libre de ello: «No nos dejes caer en la tentación.»

—Si regreso a Escocia, ¿me ahogaré en un mar de citas de las Sagradas Escrituras? ¡Incluso aquel joven aventurero se las soltaba!

—Sólo flotan en la superficie, mi Reina. Como los restos de un naufragio. Descubriréis que debajo las aguas están limpias y son frías.

Mucho después de que el conde se hubiera retirado, María aún permanecía sentada, leyendo los papeles de su madre. Le pareció muy extraño haberla conocido tan poco a través de la correspondencia que había mantenido con ella, conservada y manejada por su secretario privado William Maitland.

Maitland. «¿No tuve ocasión de conocerlo cuando estuvo aquí, en Francia? —se preguntó María—. Pero mis tíos me contaron... ¿qué? Que era el hombre más listo de Escocia, “una especie de Cecil escocés”, dijeron, y eso es ser muy listo.»

Contempló con ternura aquel montón de papeles. Allí estaban todas las notas y los apuntes y todas las cartas que su madre había guardado y que, en cierto modo, revelaban muchas más cosas acerca de su persona.

Al final, cuando terminó, cansada y triste pero curiosamente consolada, lo recordó: ¡jella, María, acababa de prometerle a alguien que iría a Escocia! Y, sin embargo, le había hecho a aquel James Hepburn una simple promesa verbal que a nada la comprometía. Aún podía cambiar de parecer.

Los cuarenta días de luto oficial terminaron el 15 de enero de 1561 con una ceremonia conmemorativa en la iglesia de los franciscanos. El tiempo era desapacible, caía aguanieve y el templo resultaba un lugar muy frío e incómodo en el que los frailes entonaban *Exultabunt Domino ossa humiliata...*

María se echó un poco más hacia delante la capucha de la negra capa de luto para

amortiguar el cruel sonido.

Sabía que ahora Francisco estaba embalsamado. Le habían extraído el corazón y lo enterrarían en Saint-Denis de París junto con sus antepasados. Le habían dicho que los artistas habían esculpido un soberbio sepulcro cerca del de Enrique II, donde el corazón sería depositado en un relicario rodeado por unas llamas labradas en piedra. Su corazón... Le desagradaba que se lo hubieran extraído, aunque sabía que tal era la costumbre.

Después sería libre de abandonar Orleans, aquella cárcel de desdichas a la que había jurado no regresar jamás.

París, que siempre le había gustado, ya apenas le proporcionaba consuelo, pues allí se había visto obligada a hacer un inventario de todas sus joyas y posesiones y a desprenderse de un considerable número de ellas y devolverlas como propiedad de la Corona. El embajador inglés Nicholas Throckmorton la visitó para presentarle oficialmente las condolencias de la reina Isabel, pero aprovechó la primera ocasión que se le presentó para cambiar de tema y hablarle del Tratado de Edimburgo y darle a entender el desagrado de su señora por el hecho de que ella aún no lo hubiera ratificado. El gobierno escocés ya lo había hecho y sólo faltaba su firma. Ella procuró dar largas, señalando que la muerte de Francisco había cambiado la situación.

—¿Y eso? —preguntó el embajador.

—El tratado se concertó sobre la premisa de que mi esposo y yo éramos los reyes tanto de Escocia como de Francia. Ahora sólo queda la reina de Escocia —contestó María. Estaba harta de todo y sentía la tentación de estampar su firma para que la dejaran en paz. Sin embargo, ello equivaldría a traicionar los deseos de su difunto esposo. No debía firmar algo sólo por pereza o debilidad.

—Nada ha cambiado, como sabéis muy bien —se apresuró a decir el embajador—. La cuestión reside en vuestra reclamación del trono inglés y los derechos de sucesión. —El embajador era un afable joven considerablemente apuesto a pesar de su llamativa barba pelirroja y de su protestantismo. A María le gustaba—. El rey Francisco nada tenía que ver con este asunto.

María esbozó una ingenua sonrisa.

—Es un tema demasiado profundo para mí. Lo consultaré con mi consejo escocés, ya que no puedo hacerlo con mi esposo.

Throckmorton estuvo a punto de echarse a reír. ¡Como si Francisco alguna vez hubiera sido capaz de dar consejos políticos! Pero ¿y si ello significaba que María no quería consultarlo con sus tíos franceses? ¿Estaría deseando librarse de ellos?

—Majestad, el asunto es muy importante, y hasta que no se resuelva no se normalizarán vuestras relaciones con vuestra nobilísima prima la reina Isabel.



—Lamento que así sea; sin embargo, sé que la Reina no querría que nadie tomara partido mientras sus derechos sucesorios estuvieran en entredicho. La propia Reina se abstuvo de hacerlo en una situación similar.

El embajador asintió con la cabeza, pero la cuestión debía resolverse. María, que contaba con el apoyo del Papa, afirmaba ser en aquellos momentos la verdadera soberana de Inglaterra. Sin olvidar su reivindicación del derecho de inclusión en la sucesión. Eran dos cosas distintas. De la primera afirmación tenía que retractarse de forma solemne. La segunda demanda era aceptable... siempre y cuando renunciara antes a la primera. Cuanto más insistiera en ésta, tanto menos inclinada se mostraría Isabel a concederle la segunda a modo de compensación.

La paciencia de la reina Isabel estaba agotándose; Throckmorton lo sabía. El comportamiento de María confirmaba las peores sospechas de Isabel, a quien inquietaban cada vez más los motivos de su prima.

Irritado por la despreocupada carcajada con que María había acogido sus palabras, el embajador dijo con expresión sombría:

—Esto no puede seguir así.

La carcajada, no obstante, era falsa. El espíritu de María aún estaba de luto, y ella daba largos y solitarios paseos por las galerías de los palacios, envuelta en voluminosas capas blancas. El viento penetraba a través de las prendas y le provocaba escalofríos. En vano Brantôme y otros poetas de la corte intentaban pasear con ella o convencerla de que entrara en el castillo. Su doliente y solitaria figura despertaba su fantasía poética, y así describió Ronsard el espectáculo:

Envolviendo vuestro cuerpo de la cabeza a la cintura, vuestro largo velo de luto hincha un pliegue tras otro como la vela de un barco agitada por la brisa que empuja a éste hacia delante. Vestida con estos mismos tristes ropajes, os disponéis a abandonar el bello país cuya corona habéis ceñido. Todos los jardines están llenos de la blancura de vuestros velos semejantes a las velas que se hinchan en el mástil sobre las olas del mar...

Ya se rumoreaba por doquier que María pensaba abandonar Francia. Sin embargo ella esperaba alguna señal o prodigio que la guiara.

## XXI

«¿Por qué ha tenido que ser todo tan desagradable precisamente esta noche?» William Maitland de Lethington contemplaba ansioso a través de su ventana la lluvia que golpeaba con furia los adoquines de la calle Mayor de Edimburgo. Por mucho que lloviera, los escoceses no se arredrarían, pero esta circunstancia conferiría un aspecto sombrío al acontecimiento.

«Pero bueno, ¿dónde quieres celebrarlo? ¿Bajo un pabellón en un prado florido del sur de Francia?», se preguntó. Él, que tanto se enorgullecía de su capacidad de pensar con calma —¡rasgo insólito en Escocia!— y no permitir que sentimiento alguno se interpusiera en sus duras decisiones, ¿cómo era posible que estuviera nervioso?

Recorrió con la mirada aquella estancia de su espaciosa casa, ya preparada para recibir a los inesperados visitantes. Todo se hallaba en orden. Contempló con serena complacencia su biblioteca, que incluía una espléndida colección de poesía salida de la pluma de su padre, los bellos sillones tapizados con el mejor cuero español y su máspreciado tesoro: un busto de mármol de un joven romano que él mismo había transportado desde Italia. Se había educado en Francia y había viajado por Europa y disfrutado sobre todo del arte y la política de Italia.

¡Ah, Italia! Como siempre, el busto le recordaba el período —¡demasiado breve!— que había pasado en Florencia, rodeado por completo del fermento del arte en pleno desarrollo y de los toques finales del credo político de Maquiavelo. Se había sentido muy a gusto allí. Sin embargo, quienes en su tierra lo llamaban en broma «Michael el Artero» en alusión a Maquiavelo, no tenían ni idea de qué era aquello en realidad.

«Allí me considerarían un principiante tan inepto que todas mis intenciones resultarían transparentes —pensó con una sonrisa—. Por consiguiente, más vale que emplee mi talento aquí en Escocia, donde la astucia aún está por descubrir. Lo único que debe hacer siempre un político es saber con toda claridad cuál es su objetivo. Jamás tiene que confundirse. Así pues, ¿cuál es mi objetivo aquí y por qué provoca en mí tanta zozobra?»

Se sentó en una de las cómodas sillas mientras oía la lluvia repiquetear contra los cristales de las ventanas.

«Hay que introducir los cambios en Escocia con suavidad», pensó. ¿Era eso? Sí, los cambios se habían producido demasiado deprisa y el año anterior el secretario de Estado había experimentado la sensación de que tanto él como el país se veían engullidos por un remolino. Una revuelta religiosa completada casi antes de empezar; la muerte de la regente; la ruptura de la Antigua Alianza...

Le había encantado que se derrumbase la alianza franco-escocesa. Tras su conversión al protestantismo, el futuro de Escocia había quedado inevitablemente

unido al de Inglaterra, su vecino más próximo. Cualquiera persona que pensara con claridad (¡y no se dejara guiar sólo por la emoción!) era consciente de ello. ¡Estaba clarísimo! ¡Resultaba evidente!

«Es eso. Temo que los demás no lo vean ni lo comprendan y que quieran poner obstáculos a lo ineludible. A mí me corresponderá la desdichada tarea de intentar convencerlos; y no sólo a ellos, sino también a María, la joven reina, la viuda de Francia... Pero ¿convencerla de qué?»

Se preguntó si sería conveniente que ella se trasladara a Escocia.

Estaba tan nervioso que se levantó de un brinco de la silla. No soportaba la espera. Esperar y esperar a que llegara todo el mundo...

«Sí, la Reina debe regresar a casa. Necesitamos un gobernante de cierta madurez en nuestra tierra, y conviene que ella desempeñe una tarea útil. Es demasiado joven para criar moho en su viudez mientras todo está tan revuelto en su país. La convenceremos...»

Otra vez la palabra: «convencer». ¡Convencer resultaba tan difícil...! ¿Había alguien que no hubiera pasado por la experiencia de intentar convencer a una mula empacada de que se mueva? Y las personas todavía resultaban más... Oyó que llamaban a la puerta. ¡Menos mal que por fin llegaba alguien! Mientras corría a abrir sintió que se tranquilizaba y que recuperaba el dominio de sí mismo tras haber aclarado sus pensamientos.

Era John Erskine, hombre delgado y de rostro enjuto que, aunque pareciera extraño y no lo aparentase, disfrutaba inmensamente de los placeres de la mesa.

—¡Ah, el comendador! —exclamó Maitland con imperceptible sarcasmo. La familia de Erskine era dueña del monasterio de Inchmahome, pero no sentía el menor interés por los tesoros religiosos del pasado. Jacobo V había dejado aquella breva en sus manos de la misma manera que había regalado otros monasterios a sus favoritos y bastardos.

—¡Bueno! —Erskine se echó la capucha hacia atrás, derramando agua de lluvia en el suelo—. ¡Ahí va mi cogulla!

A su espalda había otra persona. Maitland distinguió la oscura mole de James Douglas, conde de Morton, chorreando en la puerta.

—¡Pasad, pasad! —lo apremió.

Morton se sacudió la capa en el exterior y la entregó al criado que esperaba. Después se ahuecó la alborotada cabellera pelirroja de tal manera que le sobresalía de la cabeza como una aureola, y entró en la estancia arrastrando los pies.

Los tres hombres esperaron con cierta incomodidad. No sería correcto iniciar la reunión sin que todos se hallasen presentes. No, no lo sería, pero Maitland sabía que todo iría bien. Otra llamada, clara y fuerte. Maitland abrió la puerta y apareció lord Stewart.

—Lamento llegar con retraso —musitó Jacobo Stewart, quien, tras entregar la empapada capa a un criado, entró en la estancia como si se encontrara en su casa.

—Erskine os ha acusado de asistir al aquelarre de brujas y hechiceros de esta noche —dijo William Maitland, saludándolo. Al ver la desconcertada expresión de su rostro, añadió—: Es la Víspera de Mayo en que los brujos celebran sus fiestas.

—Debe de saberlo todo acerca de ellos —masculló Stewart—. Acusan a su hermana de ser una bruja.

—Mi hermana es también vuestra madre, lo cual significa que lo llevamos en la sangre —terció John Erskine—. Todos los verdaderos escoceses son medio brujos. —Soltó una carcajada y le indicó por señas a Stewart que ocupara su puesto a la mesa colocada en el centro de la estancia.

—¿Ahora ya estamos todos, mis buenos lores de la Congregación? —preguntó Maitland esbozando una sonrisa.

Los cuatro que habían decidido asumir la responsabilidad de gobernar Escocia constituían un grupo ciertamente reducido.

—Sí.

Morton, que tenía una espesa cabellera y la barba pelirroja, levantó su regordeta mano en gesto de afirmación. A sus cuarenta y tantos años era el más veterano del grupo.

Maitland le hizo señas a un criado y ocupó su lugar. Momentos después reapareció el criado y depositó sobre la mesa una bandeja de plata con unas tortas de avena y pan de azúcar. Acto seguido Morton alargó la mano, tomó dos, se las comió como si fuera un oso hambriento; algunas migas quedaron adheridas a su barba.

—Hemos de redactar una carta —anunció Maitland—. Ya no podemos esperar más. No nos queda otra alternativa. Tenemos que decidir en qué condiciones la reina de los escoceses debe regresar aquí y qué alicientes y concesiones estamos dispuestos a ofrecerle.

Para desagrado de Maitland, Erskine tomó la palabra y habló como si su delicada voz procediera de su rala barba.

—Es una lástima lo de Isabel —dijo, examinando con expresión crítica una torta de avena.

—No le interesaban ni Arran ni nuestro trono —aseveró Jacobo Stewart—, pero considero prudente habérselo ofrecido.

Maitland se permitió un insólito «Si al menos...». No había esperado que la reina inglesa aceptara su ofrecimiento de matrimonio con el conde de Arran, lo que habría implicado el desalojo de María Estuardo del trono, pero con ello se habrían resuelto muchos problemas de Escocia. Si al menos...

—He oído que no tiene el menor interés en casarse —dijo finalmente.

—El menor interés en casarse de manera respetable —precisó Morton, y se llevó

otra torta a la boca. Puso los ojos en blanco para dar a entender que necesitaba un poco de cerveza para acompañarla.

Todos los hombres rieron, menos Jacobo Stewart, a quien no le hacían gracia los comentarios salaces.

—O sea que debemos acordar las condiciones con mi hermana la Reina —dijo, cortando en seco las risotadas.

—Vuestra hermanastra la Reina —lo corrigió Maitland.

—Sí, mi hermanastra. —Jacobo asintió con la cabeza—. Tenemos que exponerle nuestra postura: ella no deberá interferir en nuestra religión y nosotros, los lores de la Congregación, la asesoraremos en todos los asuntos.

—¿Esperáis que se convierta al protestantismo? —preguntó Morton—, ¿o que carezca de opiniones propias? —En total discordancia con su indómito aspecto, hablaba con una cuidada dicción inglesa adquirida gracias a sus muchos años de exilio político en aquel país.

—¿O acaso pretendemos sustituir como consejeros a sus tíos Guisa? ¿Y qué decir de John Knox? ¿Por qué no está aquí? —preguntó Erskine en tono de aflicción, mientras mordisqueaba una torta de avena.

—Ah, sí, el maestro Knox —Maitland dejó escapar un suspiro—. Vosotros y yo, caballeros, sabemos que él está aquí. Está en todas partes. Aquí sería un rey. Es por eso por lo que necesitamos una reina.

—¿Una reina católica? —preguntó Erskine.

Su padre había sido custodio de María, y él había sido compañero de juegos de su infancia, lo que no impedía que ahora se opusiera a ella con frialdad.

—Sí, una bella reina católica que no permitirá que el país sea tan gris y aburrido como el Forth en un día de noviembre. Danzará, lucirá vestidos de raso y habrá música y banquetes...

—¡Knox se pondrá furioso!

—No lo creo —objetó Maitland—. En el fondo es un escocés obstinado y comprenderá que una espléndida corte hará que aumente el prestigio de Escocia en el extranjero. Un gobierno de hombres serios que trabajan en comités no despierta la imaginación y ni siquiera parece el de un país de verdad. Aunque sean ellos quienes en realidad lo gobiernen.

—Si pudiéramos gobernarlo nosotros... —dijo Jacobo Stewart.

—Mientras ella se dedica a cantar y a bailar —terminó Maitland, terminando su frase—. ¿Lo veis?

—No me extraña que os llamen Michael el Artero —terció Morton con admiración—. Maquiavelo podría aprender de vos. El alumno supera al maestro. Pero, ¿y si ella... se...?

—¿Se negara a someterse? No puede. Nadie la apoyaría. Está completamente sola.

No tiene parientes ni...

Jacobo Stewart soltó una carcajada.

—Todos somos sus parientes —dijo—. Yo soy su hermano y vos, Morton, su primo carnal...

—Aunque a través de nexos ilegítimos. Todos los reyes Stewart dejaron montones de bastardos —le recordó Morton a Jacobo.

—¿Y Bothwell? —preguntó de repente Erskine—. Aunque sea protestante, no es de los nuestros. Y ha apoyado a la reina madre contra nosotros.

—Si la joven María Estuardo se pone en nuestras manos, él no se opondrá —señaló Morton—. Ya nos encargaremos nosotros de que esté siempre por ahí persiguiendo bandidos en las fronteras o en el mar combatiendo contra los piratas. En cualquier caso, no se trata de una criatura muy cortesana.

—En realidad, ella no tiene parientes legítimos en Escocia —dijo Maitland volviendo a encauzar el tema por el camino inicial—. Sus parientes legítimos más próximos son los Guisa de Francia, la reina Isabel de Inglaterra y lady Margaret Douglas y su hijo Darnley, también de Inglaterra. Aquí no tiene a nadie. —Aún sonreía en su fuero interno por el comentario sobre Maquiavelo.

—Ya veo que habéis pensado en todo —comentó Jacobo Stewart en voz baja. Todavía estaba molesto por el hecho de que lo hubieran incluido en los «montones de bastardos».

—Naturalmente. Ya he redactado incluso el primer párrafo de la carta que le enviaremos. ¿Me permitís que os lo muestre?

Abrió una carpeta, extrajo un papel y se lo entregó a Jacobo.

Mientras Jacobo lo leía, Erskine sacudió la cabeza.

—La conozco desde la infancia, y se supone que mi familia es su protectora.

—Y continuará siéndolo —dijo Maitland—. A fin de cuentas, ésta es vuestra tarea hereditaria, ¿no es cierto? Custodio de los hijos del Rey. Aunque María ya no es una niña, necesitará un protector. No se la puede traer aquí y dejar que se las arregle por su cuenta.

—Yo no puedo protegerla de Knox —protestó Erskine—. Es como un lobo hambriento, dispuesto a abalanzarse sobre ella.

—Dejaré que asista a misa, si se empeña —soltó Jacobo.

—En tal caso, tendremos que protegeros a vos de Knox —apuntó Maitland—. Recordad que ahora la misa es ilegal y se castiga con la pena de muerte.

El Parlamento acababa de aprobar las nuevas leyes en plena euforia de la revolución protestante.

—Las reinas y los reyes jamás han cumplido las leyes y jamás las cumplirán —aseguró Morton—. El adulterio nunca ha sido legal y, sin embargo, Jacobo V lo practicaba abiertamente.

—Para el maestro Knox la misa es peor que el adulterio.

—Lo cual significa que el maestro Knox es un idiota. —Erskine acababa de hacer una afirmación escandalosa. Nadie rió—. Creo que, en el fondo, no quiere que haya ni reyes ni reinas en este país.

—Un país sin un rey no puede existir —opinó Jacobo Stewart—. No hay tal cosa.

—Excepto cuando el rey es un niño. Entonces alguien debe gobernar en su nombre.

—El regente, el rey... Es lo mismo.

—Hace seis generaciones que ningún monarca adulto asciende directamente al trono de Escocia. A estas alturas los escoceses tenemos mucha práctica en eso de gobernarnos por nuestra cuenta. Hoy en día una reina significaría una novedad para nosotros.

—Una reina a la que quizá no resulte difícil acostumbrarnos. La libertad es un hábito que cuesta mucho perder —aseveró Maitland, carraspeando—. Pongámonos de acuerdo: la reina de Escocia ha de regresar y tomar el cetro, pero deberá someterse a nuestro consejo y honrar nuestra religión. No deberá pensar en el restablecimiento del catolicismo tal como hizo su prima María Tudor en Inglaterra.

—Es posible que siga el camino contrario —intervino Erskine—. Es joven y sólo ha conocido el catolicismo. Si viene aquí y abre los ojos a la verdad...

—¡Tal vez Knox logre convertirla!

Morton soltó una carcajada.

Maitland observó con inquietud que todo aquello corría el peligro de convertirse en una broma. Los hombres hablaban en tono burlón y desenfadado.

—¡Caballeros! —exclamó levantándose y golpeando la mesa con la palma de la mano—. ¡Estáis hablando de vuestra reina! Recordad que la necesitamos... desde que hace tiempo murió el Rey y nos dejó sin una guía. Deberíamos estar agradecidos de que el destino nos la haya proporcionado.

—¿El destino? —preguntó Morton poniendo de nuevo los ojos en blanco; con aquella cara, parecía un mastín—. Ha sido Dios.

Los lores de la Congregación lo depositaban todo a los pies del Señor.

—Por supuesto —convino Maitland en tono pausado.

—Enviaremos la carta —dijo Jacobo, concluyente—. Y yo saldré tras ella en persona si no recibimos noticias tuyas de inmediato. El tiempo apremia.

## XXII

El mes de mayo llegó a Francia como un espíritu pagano, haciendo brotar flores a su paso por los prados y las orillas del río. Abrió la bolsa y dejó que los embriagadores perfumes impregnaran las cálidas brisas. Sus blancos y holgados ropajes eran la espuma de las turbulentas corrientes primaverales y las limpias y veloces nubes de los claros cielos azules.

Por aquella campiña acariciada por la mano de Flora, diosa de la primavera, María también cabalgaba vestida de blanco. Pero sólo cuando abandonó París, percibió en su verdadera dimensión el impacto de los rápidos cambios que se habían producido en su vida tras la muerte de Francisco. En los palacios y en las estancias cerradas era posible detener el tiempo. No obstante, cuando se encontraba al aire libre, la situación era otra. La nieve cubría el suelo cuando murió Francisco; ahora habían nacido la hierba, las violetas y los muguetes.

Ella se sentía ajena por completo a todos aquellos espectáculos de la primavera, como si su blanco vestido y su velo de luto la hubieran rodeado como una barrera a través de la cual nada podía penetrar, ni anhelos ni vivificación del espíritu. Sin embargo, hizo lo que debía, y ahora se dirigía hacia la ceremonia de coronación de Carlos, el hermano menor de Francisco, en la hermosa catedral de Reims, donde éste había sido coronado hacía menos de dos años.

«Veintiún meses entre dos coronaciones —pensó—. Sólo han transcurrido veintiún meses desde que él fuera designado Rey y yo Reina de Francia. Dos veranos y un invierno.»

Sintió en lo más hondo de su corazón un dolor que enseguida se transformó en una depresión que ella conocía muy bien.

«¡Entonces era feliz! —se dijo—. Tan feliz que ni siquiera pensaba en ello, no lo valoraba ni intentaba prolongar el momento. Todo pasaba por mi lado como una niebla. ¿Por qué no le presté más atención? ¿Por qué vivía tan despreocupada de mi felicidad? Incluso mis recuerdos sólo se refieren a cosas: las columnas de mármol, los salterios de oro y los estandartes con la flor de lis; las trompetas de plata y la esencia de rosas; los finos lebreles de blancos dientes, las antorchas encendidas y las sillas de manos con colgaduras de seda; los embajadores con calzones de terciopelo y las proclamaciones de pergamino con sellos de cera anaranjada...

Permaneció sentada contemplando cómo coronaban a Carlos bajo el nombre de Carlos IX en la profunda y fría belleza de la catedral de Reims, y oyó el eco de las palabras de la ceremonia. Cuando coronaron a Francisco, la corte estaba de luto por la



muerte de Enrique II, y Catalina no reprimió el llanto a lo largo de toda la ceremonia. «Ahora soy yo quien tiene la vista nublada a causa de las lágrimas —pensó—, y en cambio ella...»

Miró a Catalina de Médicis, que estaba exultante. No quería perderse ni un solo detalle de la ceremonia, y le brillaban los ojos de emoción.

«Esto es porque ella será quien gobierne Francia —pensó María—. Al final, ha conseguido salirse con la suya. Enrique ha desaparecido, Diana ha desaparecido, Francisco se ha ido y yo también, junto con mis parientes de la familia Guisa. No tendrá que compartir el poder con nadie hasta que Carlos se case.

»Mis tíos intentaron convencerme de que contrajera matrimonio con él, pero Catalina jamás lo habría permitido; lo que menos le interesaba era seguir compartiendo el poder. Pero lo que nadie ha comprendido es que yo no estoy para nada interesada en eso. No me gusta Carlos; algo extraño le ocurre. Pasa de la melancolía a los arrebatos de cólera; propina puntapiés a sus perros y a sus criados. Bebe directamente de la botella de *eau de sucre* y me mira con expresión enloquecida. ¡No, no quiero saber nada de él! Me compadezco de la mujer con quien se case.»

Las trompetas sonaron para anunciar que Francia tenía un nuevo Rey, *Christianissimus*, Su Cristianísima Majestad Carlos IX.

No muy lejos de allí, también en Reims, se encontraba la abadía de Saint-Pierre, donde María se hospedaría aquella noche. Su tía Renata era la abadesa, y aquella semana su madre recibiría sepultura allí. Al final, los lores protestantes habían permitido que María de Guisa abandonara el país para buscar su último lugar de descanso en su propia tierra.

La entrada de la abadía se encontraba en la cima de una loma con un recto camino de acceso flanqueado por unos plátanos cuyas hojas comenzaban a brotar, formando una delicada bruma de color verde en las oscuras ramas superiores.

La gran entrada parecía atraer a María como a veces en sueños le atraían las cosas prohibidas; sin embargo, cuando la alcanzó, la sensación que experimentó no fue de peligro, sino de alivio y consuelo.

—Bienvenida, Majestad —la recibió una monja, tras abrir la puerta y haciendo una profunda reverencia. Justo detrás de ella se encontraba la redonda figura de Renata de Guisa.

—Pasad, hija mía —le indicó la abadesa, abrazándola—. Pasad y descansad.

Era la primera vez, desde que había muerto Francisco, que alguien le ofrecía algo sin esperar nada a cambio.

Renata la acompañó al claustro, donde otras cosas proclamaban también la llegada de la primavera. Juntas se sentaron en un banco de piedra frente a una fuente rodeada de membrillos. A sus pies, al lado del camino de ladrillos, había un cuadro de hierbas que despuntaban justo en aquel momento: acónito, ajenjo y cilantro.

—¿O sea que todo ha terminado? —preguntó Renata.

María asintió con la cabeza.

—¿Y bien?

—El resto de la corte se ha marchado al banquete de la coronación en el palacio arzobispal. Y yo... estoy aquí. —María se encogió de hombros. Esperaba que Carlos y su madre no se hubieran ofendido, pero le daba igual. No habría sido capaz de resistir... el júbilo, el ruido, las bandejas de oro y los exquisitos manjares, por no mencionar las danzas—. ¡Jamás bailaré de nuevo! —aseguró.

—¡No digáis disparates! —exclamó la abadesa.

¿Había expresado de veras sus pensamientos en voz alta?

—Sois demasiado joven y demasiado alegre para no volver a bailar —añadió Renata—. Dios os consolará a su debido tiempo.

Sin que María la hubiera invitado a hacerlo, la abadesa le tomó la mano y la estrechó en la suya.

Curiosamente, María no lo consideró una ofensa. «Por regla general, nadie está autorizado a tocarme —pensó asombrada—. Y yo no estoy autorizada a tocar a nadie. A mis perros sí, pero no a las personas. Qué extraño resulta todo esto.» Sentía un profundo cansancio.

Transcurrió el tiempo. María no sabía cuánto rato llevaban sentadas allí en silencio. Sólo vio que la luz empezaba a menguar y que los capullos del membrillo adquirían una especie de luminiscencia. Se oyó el toque de una campana.

—Vísperas —le informó Renata en un susurro, tomando su mano para ayudarla a levantarse.

Al ponerse de pie, María se sintió más ligera y descansada de lo que se había sentido en varios meses. Siguió a la abadesa al interior de la capilla y, como una sonámbula, dejó que las palabras del oficio religioso la acariciaran.

*us in adiutorium meum intende...*

*nine ad adjuvandun me festina...*

Y:

or, mi corazón no es altivo

nis ojos altaneros...

Las palabras se le antojaron tan tranquilizadoras y fortalecedoras como la leche. «Estoy débil porque mi madre ha muerto —pensó—. Y todo esto —paseó la vista por la desierta capilla en cuyas paredes resonaban los ecos de los cantos— me reconforta más que la corte. En este altar de aquí reposará mi madre. Oirá para siempre estas

voces, se verá rodeada por todo este amor. Y a mí me han arrojado al mundo para que ocupe su lugar.»

Las trémulas notas del salmo se elevaron hacia la bóveda.

Qué familiar le resultaba todo aquello. Había estado allí antes, había oído voces como aquéllas, se había estremecido con la belleza que la rodeaba.

En Inchmahome. Los monjes...

Alrededor de ella las monjas ya se retiraban para dirigirse al refectorio, donde se serviría la cena.

Se sentaron en unos bancos bajos en torno a unas alargadas mesas con una sola vela en cada extremo y empezaron a comer en silencio. Había hogazas de pan moreno, manzanas estofadas y chirivías asadas.

Una monja quizá más joven que María, según observó ésta, leyó a sus compañeras con voz clara y precisa el fragmento de la Regla de san Benito correspondiente a aquel día. La lectura del 15 de mayo se titulaba *Cómo debe ser el abad*.

—«Siempre debe recordar el abad lo que es y el nombre con que lo llaman; y sepa que a quien más se confía, más se le exige...»

«Como un gobernante —pensó María—. Pero, si Dios me ha llamado a ser reina, ¿por qué en la abadía me siento mucho más como en casa?»

Después de la cena las monjas regresaron a la capilla para el rezo de las completas antes de subir con sus velitas encendidas al dormitorio de la planta superior. Allí descansarían en una sala común hasta que las despertaran, en lo más profundo de la noche, para el rezo de maitines en la capilla.

Renata rozó el brazo de María y la acompañó a la habitación privada que le habían asignado. Se hallaba en la planta baja y daba al jardín donde en otro momento del día ambas se habían sentado a reposar.

La estancia estaba bastante bien amueblada: un amplio lecho, una mesa para escribir, unas sillas, un arca y varios jarrones con flores. En la pared, un crucifijo de marfil y debajo de éste, un reclinatorio cubierto de terciopelo. Una habitación para una reina.

—Es para nuestros huéspedes —explicó Renata como si le hubiera leído el pensamiento—. Todos los huéspedes son bienvenidos; a todos los peregrinos se les dispensa el mismo trato—. Encendió las tres velas en sus candelabros de plata—. Ayer me comunicaron... la llegada de los restos mortales de vuestra querida madre. El viaje resulta muy lento... No será posible realizar el sepelio hasta dentro de unas semanas.

No hubo necesidad de formular la pregunta.

—Por desgracia, no podré estar presente —dijo María. «Pero quisiera estar, quedarme aquí y ser una de vosotras», pensó—. Debo salir... al mundo. Quizá tenga

que visitar las fincas que heredé de mi esposo en la Turena. Es posible que incluso vaya a Escocia.

Ya estaba hecho, ya lo había aceptado.

—Los lores os han remitido una carta —anunció Renata, entregándosela. No deseaba permanecer en la estancia mientras María la leía—. Que descanséis, mi querida hija. —Hizo ademán de retirarse, pero antes señaló el crucifijo con un movimiento de la cabeza—. Deseo que os lo quedéis. Es muy antiguo y se diría que posee alma propia. Intuyo que quiere irse con vos.

María se disponía a protestar, pero algo en el rostro de su tía la indujo a callar. Renata se acercó a ella, se puso de puntillas para besarle la frente y abandonó la estancia cerrando suavemente la puerta a su espalda.

María se sentó delante de la mesa y rompió muy despacio los sellos de la carta. La irritaba que aquellos altaneros traidores la molestasen incluso en aquel lugar. Lo de «Mi corazón no es altivo ni mis ojos altaneros» no iba con ellos, pensó enfurecida.

La carta era muy larga y estaba llena de frases y comentarios ambiguos cuidadosamente distribuidos. Anhelaban justificarse, empleando incluso para ello abundantes citas de las Sagradas Escrituras, pero el mensaje era éste: querían que regresara. La invitaban a volver y empleaban un tono no sólo respetuoso sino también cordial en extremo. Si ella regresara a Escocia y residiera allí con su pueblo, ellos, los lores de la Congregación, la recibirían con todos los honores, le brindarían su apoyo, la reconocerían como su soberana y le ofrecerían su lealtad.

Nada se decía de la religión ni de quién gobernaría en realidad. ¿Lo harían los lores de la Congregación o ella?

La carta venía firmada por su hermano Jacobo, en su propio nombre como comendador de Saint Andrews, y en el de los restantes lores.

«Qué sorprendente cambio de tono —pensó María—. A lo mejor, el pueblo reclama la presencia de su reina y los lores empiezan a comprender que pisan un terreno inseguro. Por el motivo que sea, me necesitan.»

Sintió que se le aceleraban los latidos del corazón muy a pesar suyo. La necesitaban. Escocia le pedía que regresara a casa.

Contempló a través del marco de piedra de la ventana el pequeño jardín apenas iluminado por la luz de la luna. «Pero éste es el lugar que me corresponde...» Alojarse en el convento le había parecido un regreso al hogar, y allí había comprendido lo mucho que amaba su fe y saboreado la dulzura de verse rodeada por personas que, por ser dueñas de una espiritualidad muy superior a la suya, podían guiarla.

«En el mundo exterior resulta fácil que una se crea espiritual a poca inclinación que tenga, pero aquí se revela la verdad. Soy una auténtica principiante en la vida del alma.»

Sintió renacer en su interior la energía ante el desafío mundano que se le planteaba.

Escocia la reclamaba, y la carta que descansaba sobre la mesa era como un guantelete arrojado a sus pies. «Tómame si no eres cobarde. Si te atreves.»

El amarillo del papel, que brillaba bajo la luz de la vela y cuyo tono era más intenso que el de la delicada luz del jardín exterior, ejercía sobre ella una poderosa atracción. Se apartó de la ventana y tomó la carta para leerla una vez más. Y otra.

Al final, se arrodilló delante del crucifijo y sostuvo la carta en alto como si la ofreciera un niño.

—No sé qué hacer —susurró—. Guíame tú.

En la estancia reinaba un silencio absoluto. Le pareció oír el rumor de las llamas de las velas y el goteo de la cera. Ojalá Dios le hablara en voz alta...

«Pero El no lo hace —se dijo—. Sólo oigo mis propios pensamientos. ¿Es mi deber ir a Escocia y cumplir con la tarea para la que he sido creada? ¿Por qué otra razón he nacido sino para asumir esta carga? ¿Y si yo fuera un instrumento para la salvación de esta tierra, sumida hoy en el error? ¿Qué otra razón puede haber para que yo sea la única católica que queda tanto en la familia Tudor como en la Stewart? Sin embargo, en mi prima María Tudor veo el horrible ejemplo de lo que puede fallar. No debo caer en el mismo error.

»No obstante, si soy dulce y compasiva y si actúo siempre movida por el amor, ¿no sería capaz de guiarlos de nuevo hacia la verdad?»

No percibió la respuesta de Dios, sino un creciente entumecimiento de sus rodillas sobre la fría piedra. El silencio la rodeaba como una respiración contenida.

Al final se levantó y, con paso vacilante a causa de las agarrotadas piernas, se acercó a su estrecha cama, retiró las mantas y se acostó rígida en ella. Mientras el sueño la invadía poco a poco, experimentó una vaga certidumbre: «Si no voy, todos los sacrificios de mi madre habrán sido en vano.»

Cuando despertó a la mañana siguiente, se incorporó con brusquedad en la cama, dominada por una convicción. Debía regresar a Escocia.

La decisión fue más bien una orden que, tras surgir de lo más hondo de su ser, había cobrado fuerza durante la noche para acabar imponiéndose con toda claridad. No se atrevió a ponerla en duda, pues parecía tener autoridad propia.

Mientras se alejaba de la abadía volvió la cabeza hacia ésta y murmuró:

—Madre, ahora vos y yo intercambiaremos los papeles.

Emprendió el lento viaje hacia París. Esta vez los pequeños caminos campestres en pleno apogeo primaveral le parecieron distintos. Las casitas estaban adornadas con guirnaldas de flores, los niños gritaban alegres y se columpiaban con cuerdas de las

ramas de los árboles; los huertos de árboles frutales se encontraban en plena floración; los campesinos labraban los campos y en el aire flotaba el olor de la tierra recién removida. La gente la llamaba al verla pasar y ella sintió, muy a pesar suyo, que se le alegraba el espíritu en respuesta a la tibieza del aire y los vivos colores primaverales. Al fin y al cabo, tenía sólo dieciocho años.

Mientras proseguía su viaje, impuso silencio al pequeño grupo de servidores que la acompañaban, pues no le apetecía conversar. Los gorjeos de los pájaros y los gritos de los niños que jugaban le proporcionaban más consuelo que cualquier conversación. Cabalgaban en fila por el transitado camino, aspirando el intenso aroma de los árboles frutales en flor.

Más adelante vieron acercarse un grupo que viajaba en dirección contraria. Sin duda se trataba de jaraneros que buscaban un lugar donde detenerse para comer o quizás unos peregrinos que se proponían visitar el manantial o el sepulcro de algún ignorado santo. Resultaba tan propio de la primavera y tan ruidoso como el apareamiento de las aves.

Sin embargo, cuando se hallaron más cerca, María reconoció de repente al jinete que cabalgaba en cabeza. Era su hermano Jacobo. Se le apareció de pronto como una visión, como una criatura completamente fuera de lugar en aquella alegre y pagana campiña en flor.

—¡Jacobo! —le gritó, saludándolo con la mano.

Él se acercó y la saludó.

—¡Majestad! —Desmontó y se quitó el sombrero en señal de respeto.

A pesar de la decepción que le había producido el que se uniera a los lores de la Congregación, María se alegró de verlo. Al fin y al cabo, era un pariente suyo, su hermano o hermanastro.

—¡Jacobo! ¿Cómo vos por aquí?

—Os buscaba —contestó él—. No estabais en París —añadió con una mezcla de desilusión y reproche.

—En efecto. Quería visitar a mis parientes.

—¿Recibisteis la carta? —preguntó él con aspereza.

María se volvió a mirar a sus acompañantes —madame Rallay, María Seton y el padre Mamerot— y les hizo señas de que se detuvieran.

—Busquemos un claro donde descansar, pues quiero hablar con mi querido hermano lord Stewart, a quien tan inesperadamente he encontrado.

—Hay uno a cosa de media legua de aquí —le informó—. He pasado por allí y me ha parecido muy tentador.

Montó de nuevo e hizo volver grupas a su caballo; sus acompañantes lo imitaron.

Una vez en el claro, los componentes de ambos grupos desmontaron y se sentaron. María llevó aparte a su hermano.

—Sois persistente e ingenioso —le dijo—. En la campiña abundan los caminos.

Saber que él era uno de los jefes del movimiento de Knox hacía que lo viera como un ser muy distinto del hermano con quien había jugado en Stirling y la inducía a mostrarse cautelosa con él.

—He tenido suerte. —Jacobo esbozó una sonrisa que embelleció sus facciones. Era un hombre muy apuesto, de nariz ancha y pómulos pronunciados—. O el Señor me ha ayudado porque mi misión concordaba con su voluntad.

María se puso tensa. De manera que ya había empezado el sermón de la Reforma.

—¿Vuestra misión? —preguntó.

—Para hablar en persona con vos tras haber enviado la carta. Para llevaros a Escocia. Sí, os queremos. Deseamos que regreséis. A nosotros, vuestro pueblo.

—Pues mi «pueblo», como vos lo llamáis, al parecer se ha apartado de la obediencia debida a su soberana. —María midió cuidadosamente las palabras—. Destronó a mi madre...

—Ella no era la soberana —se apresuró a precisar Jacobo.

—Era la gobernante que yo había nombrado. Después se promulgaron leyes relativas a la religión del país, se declararon obligatorias y se definió qué era traición y qué no lo era. En resumen, el pueblo asumió todas las prerrogativas del Gobierno bajo la guía del maestro John Knox.

Jacobo se disponía a decir algo, pero ella lo cortó.

—¡No, no protestéis! —dijo—. ¡Knox rugió y vosotros lo seguisteis! Él fue quien dirigió la «revolución» y es a él a quien vosotros habéis prestado lealtad. ¿Con qué propósito me pedís ahora que regrese?

Jacobo se sobresaltó, sorprendido por la actitud agresiva de María.

—Porque vos necesitáis un país y nosotros necesitamos una reina. Si vierais la situación con claridad y tomaseis en consideración los méritos de la Fe Reformada...

—¡Eso jamás! ¡No os engañéis! ¡Yo no cambiaré de fe como se cambia de sombrero, por motivos políticos! ¡Esta es mi fe y la tengo en tanta estima como cualquier Knox tiene la suya! Y además... —María miró inquisitivamente a su hermano—, ¿qué cabría decir de un gobernante que cambia de fe por conveniencia? ¿Cómo podría su pueblo confiar en su coherencia? No sería nada, sería una ola empujada aquí y allá por los distintos vientos que soplaran.

Examinó a su hermano. Hubo un tiempo en que lo prepararon para la Iglesia, cuando pensaban que se conformaría con ello. Parecía haberse tomado en serio su título de comendador de Saint Andrews.

—Si vos vierais la situación con claridad y regresarais a la fe de vuestros padres, podríais llegar a convertirnos en cardenal —le aseguró.

—¿Como vuestro piadoso tío? —replicó Jacobo, rechazando la propuesta con evidente satisfacción.

Ambos se echaron a reír.

—Dos estadistas se hacen mutuamente ofrecimientos políticos y ambos los rechazan como estadistas que son —añadió Jacobo—. Ahora ya podemos ir al grano.

—Me parece que os equivocáis —repuso María con toda claridad—. No somos dos estadistas del mismo nivel, sino una reina y su súbdito.

Jacobo inclinó ligeramente la cabeza, sin contestar.

—En cuanto a vuestro regreso, nosotros, los lores de la Congregación, estamos dispuestos a ofreceros nuestra lealtad si vos respetáis nuestra religión.

—Yo respetaré la vuestra si vosotros respetáis la mía —dijo ella, y antes de que él atinase a responder, añadió—: Me han informado de que bajo la influencia del maestro Knox habéis declarado ilegal la celebración de la misa y habéis decidido castigar el delito con la pena de muerte. Es un gran pecado del que vuestras conciencias deberán responder en algún momento. Pero yo insisto en mi derecho a practicar mi religión en privado. Debe permitírseme asistir a misa y recibir los sacramentos que necesito para vivir. ¿Cuento con vuestra promesa y vuestra palabra solemne?

—El maestro Knox...

—¡El maestro Knox no es un rey! En el país sólo puede haber un soberano ungido. Si se trata de Knox, yo no iré a Escocia. Elegid. Pido muy poco; lo mismo que vos pediríais si os encontraseis en mi lugar.

—Muy cierto. —Jacobo cerró los ojos como si librarse una batalla interior—. Pero el pueblo no ha de ver a vuestros sacerdotes ni los adornos papistas, pues podría reaccionar con violencia. Todo tiene que permanecer oculto. La misa debe oficiarse sólo para vos y los miembros de vuestra casa. ¡No se celebrará en ningún otro lugar de Escocia!

—Sí, hermano —accedió María. ¿Acaso no quedaba ningún católico en Escocia?, se preguntó. ¿Cómo subsistían los fieles sin alimento espiritual?

—¿Cuándo contaremos con vuestra presencia en Escocia? —quiso saber Jacobo.

—En verano —contestó María—. Más adelante os notificaré la fecha exacta.

—Me alegra saber que podré comunicarles esta noticia a mis hermanos —dijo Jacobo, pero no parecía demasiado contento.

¿A qué hermanos se refería?

Había llegado el momento de la despedida. Los miembros de la corte la habían acompañado hasta el puerto de Calais. Para ellos significaba un gozoso acontecimiento, una cabalgata como las de las bodas y los bautizos. Lord Bothwell se había encargado de enviar los barcos: una galera blanca para María y una segunda para todos sus bienes, incluidos sus caballos. Ambas enarbolaban una bandera azul con el escudo de armas francés. Se había producido un revuelo, porque Isabel se había



negado a concederle a María un visado en el improbable caso de que ésta se viera obligada a desembarcar en Inglaterra si su barco encallaba. De esta manera Isabel quería manifestar su desagrado por el hecho de que María se hubiera negado a ratificar el Tratado de Edimburgo. María aprovechó la negativa para hacer teatro en favor de Throckmorton, señalando que le era indiferente que Isabel la matara, si así lo deseaba, cuando ella cayera en sus manos.

El cardenal de Lorena la abrazó en el muelle.

—Sabéis que mi amor os acompaña —le aseguró—. No os desaniméis en medio de aquellos herejes.

—Si se me permite practicar mi religión, ¿como puedo desanimarme? —dijo ella.

El cardenal contempló las galeras.

—Sería mejor que dejarais vuestras joyas bajo mi custodia en lugar de confiarlas al mar en estos barcos.

—Las he dejado casi todas en Francia —repuso María—. Sólo llevo lo que me traje de Escocia, el Gran Harry y los largos collares de perlas negras que la reina Catalina me ofreció como regalo personal con ocasión de mi boda.

—Me extraña que no os haya exigido su devolución —señaló el cardenal.

—Lo ha insinuado, pero yo no le he hecho caso. Además, mi buen tío, si confiáis a estos barcos mi persona, que es infinitamente más vulnerable y mortal, no cabe duda de que las joyas se encontrarán seguras.

El cardenal se echó a reír.

—Por supuesto que sí. —Miró por largo rato a su sobrina con el semblante muy serio—. Que Dios os acompañe —le deseó.

Era un día gris y neblinoso, cosa insólita en el mes de agosto. Mientras los remeros se preparaban para hacerse a la mar e izar las velas, una embarcación de pesca se fue a pique en el puerto. Toda la tripulación se ahogó.

La galera real esperaba en señal de respeto, y todos los pasajeros permanecían en silencio junto a la borda.

—Qué triste augurio para el viaje —dijo María, a la que invadió un repentino e inquietante temor.

Miró hacia la orilla y comprendió que ya no contaría con su ayuda ni su consuelo.

Cuando zarparon y Francia empezó a perderse en la distancia, María se agarró a la borda sin apartar los ojos de la costa cada vez más lejana. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, y ella repetía una y otra vez:

—Adiós, Francia. Adiós, Francia. Temo que jamás vuelva a verte.

Sus palabras quedaron amortiguadas por el rumor de los remos y el melancólico y desolado silbido del viento.

Aquella noche, antes de retirarse a descansar, le pidió al capitán que la despertase antes de que Francia se perdiera de vista. Éste así lo hizo con las primeras luces del

frío amanecer y ella permaneció en la cubierta mientras el borroso perfil de aquella tierra amada se confundía con la nacarada neblina de la aurora.

LIBRO SEGUNDO

Reina de Escocia

(1561-1568)

# I

La gran galera blanca surcaba las aguas delante de la costa inglesa, siguiendo la tradicional pero peligrosa ruta a través del mar del Norte en dirección a la costa oriental de Escocia. A menos que se concediera un salvoconducto —lo cual no era el caso—, los barcos que subían a Escocia debían atravesar los estrechos de Dover, Yarmouth y Holy Island, donde no encontrarían refugio alguno en el que guarecerse en caso de que tropezaran con mal tiempo a lo largo de las seiscientas millas de la travesía.

Cabeceando y pasando de la cresta de una ola a otra, la galera se alejó de Francia y consiguió acercarse a Escocia sin contratiempos después de sólo cinco días de navegación. La bruma los había acompañado durante toda la travesía, por lo que María, de pie junto a la borda en su afán de avistar la costa, no distinguía más que una blanca niebla.

—¡Escocia! —exclamó Bothwell, acercándose al lugar donde el grupo de franceses que acompañaba a María permanecía de pie en la cubierta sin ver nada.

—*Où?* ¿Dónde está? —preguntó Brantôme, que se había empeñado en ir a Escocia para conocer el país.

—Esperándoos detrás de esa cortina blanca. —Bothwell se acercó a María y le susurró—: Allí está.

María asintió con la cabeza.

—Desembarcaremos, Dios mediante, en Leith.

¿Tan difícil resultaba encontrar el camino?, se preguntó ella.

Al ver su expresión de desconcierto, Bothwell le explicó:

—Los barcos de vuestra madre se desviaron tanto que desembarcaron en Fife en lugar de hacerlo en Leith. Pero no temáis. Los franceses han aprendido a orientarse mejor. —El severo tono de su voz contrastaba con su sonrisa.

Tan espesa era la niebla que, a pesar de las voces y los ruidos que se oían mientras la galera se acercaba al muelle, María ni siquiera lo divisaba. No había trompetas ni jubilosos gritos de bienvenida; sólo el olor de la brea, el sordo rumor de los cabos y las ásperas voces de los marineros que gritaban:

—¡Desembarco! ¡Amarradla!

Durante muchos años María se había imaginado su desembarco en Escocia como una reina adulta que regresaría a la tierra de su infancia. Ella y Francisco juntos, naturalmente, permanecerían de pie junto a la borda mientras un numeroso grupo de regidores a caballo los aguardaba con sus monturas cubiertas con relucientes gualdrapas y sus estandartes de seda ondeando al viento; los heraldos hacían sonar sus trompetas y la multitud lanzaba vítores y aclamaciones. Y, al frente de todos ellos, su

madre..., que ahora yacía en un ataúd de plomo camino de Francia.

Se oyó un sonoro ¡plas! mientras tendían una tosca plancha.

—¡Venid! —indicó Bothwell, señalándola.

María se recogió las faldas y, haciéndoles señas a las Marías, dijo en tono decidido:

—Bajemos a tierra.

Las cinco esbeltas figuras vestidas de blanco y negro descendieron por la inclinada plancha.

La espesa niebla hizo que María experimentase la sensación de estar adentrándose en un sueño en lugar de desembarcar en un país de verdad. De pie en el gélido muelle, se arrebujó en su capa. Qué triste y frío era aquello... ¡y eso que se encontraban en el mes de agosto! ¿Así era el verano escocés?

«¿Cómo sobreviviré aquí?», se preguntó fugazmente.

—¡Majestad! —La niebla se arremolinó, y de ella surgió Jacobo Stewart envuelto en una capa casi tan gris como la bruma que lo rodeaba—. ¿Entonces habéis venido?

—¡Sí, hermano! ¡Aquí estoy finalmente!

María se adelantó para abrazarlo, pero él retrocedió e hizo una reverencia, rindiéndole homenaje.

A continuación, otras dos figuras emergieron de la niebla: un hombre cuyo rostro, tan largo y enjuto como el de un icono, no le era del todo desconocido, y otro de rasgos agradablemente anodinos.

—John Erskine, Majestad —se presentó el hombre de alargado rostro.

—De Inchmahome... Allí fuimos compañeros de juegos —recordó María—. Y también lo fuimos durante algún tiempo en Francia..., cuando vuestro padre estuvo allí... —pensaba en voz alta—. Encontraros aquí hace que esto sea un verdadero regreso a casa.

Erskine esbozó una sonrisa que en su estrecho rostro parecía amplia.

—Ya no voy a Inchmahome —dijo con expresión nostálgica—; pero vos seréis tan bien recibida allí como siempre.—Dejó la isla junto con el resto de las supersticiones papistas —explicó secamente Jacobo.

—Comprendo —musitó María.

—William Maitland, señor de Lethington, Majestad —dijo el tercer hombre, haciendo una aparatosa reverencia como si con ello quisiera disimular la embarazosa sensación que experimentaba en aquel momento.

—Nos complace recibirlos —respondió María.

De modo que aquél era el secretario de Estado de su madre, considerado el hombre más inteligente de Escocia.

Ahora el hombre más inteligente se limitó a hincar la rodilla en tierra diciendo:

—Bienvenida, Majestad.

—Hoy no esperábamos vuestra llegada —comentó Jacobo—, pero, al parecer, los vientos han sido favorables. Por desgracia, ha surgido un contratiempo con los caballos... —Hizo una pausa y añadió—: Y también con el palacio de Holyrood. —Se encogió de hombros—. Al parecer, los ingleses han interceptado la galera que transportaba los caballos de Vuestra Majestad y... los han retenido en Inglaterra. Estamos intentando que nos los devuelvan de inmediato. Y Holyrood no se encuentra en condiciones adecuadas para recibirlos.

¿Que no estaba en condiciones? ¡Hacía varias semanas que se habían enterado de que ella llegaría!, pensó María.

—No obstante, si accedéis a esperar un poco aquí mientras lo acondicionan, un mercader llamado Andrew Lamb se ha ofrecido amablemente a daros de comer... Quiero decir, a agasajaros en su residencia, que está aquí, en Leith. Entretanto, yo me encargaré de proporcionar caballos a vuestro séquito de..., ¿son sesenta? —Sus ojos se posaron en un hombrecillo del grupo vestido con un manto forrado de piel—. ¿Quién es? —preguntó en voz baja—. ¿Vuestro confesor? ¿Un sacerdote?

María asintió con la cabeza, y Jacobo torció el gesto.

A última hora de la tarde Jacobo Stewart regresó con caballos suficientes para todos, aunque la mayor parte de ellos no era más que unos pobres jamelgos de pelaje opaco y huesos prominentes, varios de los cuales ni siquiera estaban herrados.

De modo que así haría su primera aparición en su tierra natal... ¡Qué distinta de su imaginaria entrada a lomos de un caballo blanco! Por fortuna no tendría que recorrer los tres cuartos de legua a pie en medio del barro ni cabalgar en un asno. Se pusieron en marcha y avanzaron por el ancho y lodoso camino lleno de baches que conducía de Leith a Edimburgo. Para gran decepción de María, la niebla no se había disipado. Deseaba contemplar el país que recordaba vagamente y que ahora no parecía muy dispuesto a mostrarse ante ella. Las gotitas de niebla, tan espesas como el humo, también ocultaban los daños del reciente asedio de Leith por parte de los ingleses.

—He comunicado la noticia a Edimburgo —le informó Jacobo—. La gente no tardará en congregarse en las calles. —Habla en tono abatido y resignado; su voz sonaba impersonal, y apenas quedaba rastro del hermano con quien ella se deslizaba en trineo en Stirling.

—Gracias, mi querido hermano. —María miró a sus acompañantes, que ya iban montados—. ¡Vamos, amigos míos! —los alentó alegremente—. ¡Es hora de ir a nuestro nuevo hogar!

Volvió resuelta la cabeza hacia donde suponía que quedaba Edimburgo. Sin embargo, dependía por completo de Jacobo para encontrar el camino.

Recorrieron como una cabalgata dolorosamente lenta las tristes calles de la ciudad,

el doble de tristes a causa de los edificios en ruinas que las flanqueaban, incendiados por los ingleses poco antes de que terminasen los recientes combates. Al parecer, no había más colores que el peltre del cielo, el gris azulado de la niebla y el negro de la madera carbonizada. ¡Y el frío penetraba hasta los huesos! María tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la tiritera.

Unos cuantos rostros se asomaron a las puertas; eran pálidos y presentaban el resignado y apagado aspecto propio de las personas hambrientas que están cansadas de luchar. María observó lo distintos que eran de los ciudadanos franceses. Sus prendas eran de lana áspera y sin teñir.

También sus rostros parecían distintos: los ojos claros, la piel más blanca. Aquí y allá María vio niños de cabello muy rojizo.

—¡La Reina! —oyó que alguien gritaba con voz chillona—. Tiene que ser ella, tiene que serlo, fíjate en la capa que lleva...

Se volvió para saludar con la mano y sonreír, pero no vio a nadie en medio de la bruma.

Notó que el camino empezaba a ascender. Ya se había congregado más gente en torno a ellos; se había corrido la voz de la llegada de la Reina.

—¡Bienvenida! ¡Bienvenida! —le gritaban.

—¡Bendito sea vuestro dulce rostro!

—¡Nos ha llegado una gentil Stewart!

La gente corría al lado de su caballo, ofreciéndole ramilletes de flores, pasteles y cintas.

—Gracias por venir —dijo un anciano que se acercó tanto que incluso habría podido sujetar la brida de su caballo—. Os necesitamos... Os necesitamos aquí.

Ella refrenó su cabalgadura, que pareció alegrarse de detenerse.

—Gracias, mi buen pueblo. ¡Es para mí una gran alegría haber regresado a Escocia, mi tierra!

Jacobo y Maitland habían seguido su camino sin prestar atención. Justo en aquel momento unos hombres surgieron de la bruma y, aproximándose al caballo de María, empezaron a gritar:

—¡Justicia! ¡Justicia!

Bothwell se adelantó rápidamente y desenvainó la espada con tal celeridad que María ni siquiera vio el movimiento, como si el arma hubiese aparecido por arte de magia en su mano.

—¡Atrás! —gritó—. ¡No cometáis la imprudencia de acercaros!

Los hombres se detuvieron sin dejar de exclamar:

—¡Ahora que la Reina está aquí, ella prestará atención a nuestras quejas!

—¡Todavía no! —replicó Bothwell—. Ya podréis presentar vuestras peticiones en el momento oportuno. Su Majestad aún no ha sido recibida oficialmente. Después de la ceremonia...

—No —se apresuró a intervenir María—. Quiero oírlos ahora, pues han venido a verme.

Bothwell, empuñando con fuerza la espada, la miró como si fuera una necia o estuviese mal informada.

—¡No somos más que unos pobres escribanos que acabamos de salvar a unos compañeros a los que iban a encarcelar injustamente! ¡Aquí están, Majestad! —dijeron los hombres, empujando hacia delante a unos jóvenes, que no parecían criminales sino simples mozos de pueblo.

—¿Por qué? —les preguntó María—. ¿Qué habéis hecho?

—El domingo escenificamos la historia de Robin Hood para solaz de los habitantes de la aldea, ¡y sólo por eso los reformados nos detuvieron y nos encerraron en la cárcel! —contestó uno de ellos. Señalando a uno de sus compañeros, añadió—: Y éste, que es nuestro jefe, fue condenado a muerte.

—¿Con qué derecho...? —preguntó María.

—Con todos los derechos —contestó Bothwell sin dejarle terminar la frase—. Ahora la Iglesia Reformada gobierna el país. ¿Acaso no lo sabíais? ¿Acaso los lores no os lo comunicaban en su carta? La Iglesia dicta las leyes, y de acuerdo con éstas las diversiones en domingo están prohibidas. El Día del Señor no debe profanarse.

Por su manera de decirlo, María no comprendió si hablaba en serio. Había dicho que era protestante. ¿Significaba eso que creía en aquellas prohibiciones? No, los lores no se lo habían especificado en su carta. Habría resultado demasiado desagradable ponerlo por escrito.

—Os indulto —dijo María—. Prohíbo que la sentencia se cumpla. Quedáis todos en libertad.

Los hombres prorrumpieron en vítores de alegría y se pusieron a bailar por la calle.

—Vamos, sigamos adelante —apremió Bothwell.

Sin embargo, Jacobo Stewart había regresado justo a tiempo para oír la discusión y miraba enfurecido a María.

—Majestad —dijo con aspereza—, incluso la Reina debe acatar las leyes del país.

—¿Qué leyes? —preguntó ella—. ¿Cómo pueden haberse aprobado unas leyes sin mi consentimiento?

—A través del Parlamento —contestó Jacobo, tajante.

—Todas las leyes parlamentarias necesitan el refrendo de la firma real para ser aprobadas —señaló María—. No me habéis enviado nada a Francia para que lo firme, a pesar de que, según tengo entendido, recientemente habéis aprobado un gran número de leyes.



—Esperan vuestra firma en Holyrood —repuso Jacobo—. No las enviamos a Francia, desde luego, pues sabíamos que muy pronto vendríaís.

Ahora los hombres gritaban y arrojaban flores.

—¡Oh, nuestra gentil Reina! —decían—. ¿Seréis nuestra Doncella Marian, la amada de Robin Hood?

—¡Sí! —contestó María.

—¡Hermana! —exclamó Jacobo, escandalizado—. ¡Pensad en la dignidad real! —Espoleó su montura y el cortejo se puso de nuevo en marcha mientras los jóvenes liberados lo seguían sin dejar de bailar.

Conforme se acercaban a Edimburgo, el camino se volvía más empinado. La ciudad se extendía sobre un alargado espino de tierra en lo alto del cual se elevaba un oscuro y antiguo castillo, a cuyos pies se encontraba el palacio de Holyrood. Una parte de la ciudad estaba rodeada por una recia muralla para impedir la entrada de los ingleses, pero Holyrood carecía de dicha protección.

Se había congregado más gente al borde del camino, y María vislumbraba los puntos de luz de las pequeñas hogueras que se habían encendido para darle la bienvenida y que brillaban cual linternas a través de la niebla.

El camino se iba ensanchando a medida que se acercaba a la cumbre de la loma hasta que, de repente, el cortejo real topó con una muralla. Tras entrar por la puerta fortificada, salieron a una ancha calle pavimentada con grandes piedras cuadradas y flanqueada por estrechas casas de varios pisos. Jacobo refrenó su montura y señaló hacia el pie de la colina. María no veía más que bruma.

—Allí abajo está Holyrood, Majestad —indicó.

María aguzó la vista, pero sólo divisó una espesa cortina de niebla. A veces le parecía distinguir una forma vaga, aunque no estaba segura.

—Os encontráis en la calle Mayor, la hermosa vía que baja por la pendiente de la colina hasta el palacio —dijo Jacobo. Volviéndose en la silla, señaló con el brazo en dirección contraria—. Y colina arriba, subiendo poco a poco, la calle llega hasta el castillo de Edimburgo en lo alto de su encumbrada roca.

María anhelaba ver algo, pues resultaba desesperante que la vista sólo abarcase unos diez pies de distancia adondequiera que mirase.

—Estoy deseando verlo todo —dijo.

—Muy pronto lo veréis —le aseguró su hermano.

Ya había mucha más gente cuando cruzaron la puerta de Netherbow de la muralla de la ciudad y siguieron por la misma calle que, a partir de allí, se llamaba Canongate y aparecía flanqueada por casas más bonitas y menos apretujadas entre sí.

—Aquí viven los nobles al otro lado de las murallas de la ciudad, muy cerca de

Holyrood. Disponen de más espacio para sus jardines y sus vergeles —explicó Maitland, que se había acercado a ella y ahora cabalgaba a su lado.

Al ver que tanta gente le daba la bienvenida y saber que por fin se encontraba cerca de Holyrood, la embargó la emoción. Ya no se acordaba del agotamiento y la debilidad que la habían acompañado durante tantos meses, ni de la desagradable sensación de haber tomado una decisión equivocada y haber dejado a su espalda algo mucho más importante.

—¡Jamás he visto Holyrood! —exclamó—. Nunca fue un lugar seguro para mí cuando era pequeña.

—Finalmente la paz ha llegado a Escocia —contestó Maitland.

Los ojos de éste recorrieron la calle en ambas direcciones pero, en medio de la espesa niebla, no vio a ninguno de los vocingleros seguidores de Knox. Dio gracias de que hubieran permanecido en sus casas. Se compadeció de la Reina y deseó ser capaz de ahorrarle lo que él sabía que ocurriría de modo inevitable. La paz sólo parecía posible si se estaba de acuerdo con el maestro Knox y la Congregación.

## II

John Knox se subió los calzones mientras se sentaba a su mesa de trabajo. Aunque sólo estaban a jueves, se sentía inspirado para escribir su sermón del domingo. Ahora era pastor de Saint Giles, la Alta Iglesia de Edimburgo, la principal de Escocia, y sus largos sermones de dos horas de duración eran escuchados por centenares de personas y repetidos a muchos centenares más en las horas sucesivas. El no lo consideraba un efecto de su oratoria, sino del poder del Espíritu Santo que le inspiraba las palabras. Él se limitaba a transmitir lo que se le decía.

La reina de los escoceses había zarpado o estaba a punto de hacerlo de un momento a otro; él no sabía si había abandonado Francia o no, pero estaba claro que Dios no había escuchado todas las plegarias que le había dirigido para que la mantuviese apartada. Los designios de Dios eran que ella viniera y ascendiese al trono de Escocia, y él debía inclinarse ante su voluntad.

El tema que el Espíritu Santo le había inspirado aquella semana era el de los elegidos de Dios, utilizando como texto el de la epístola a los Efesios 1, 4-5:

Por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él en el amor, y nos eligió de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad...

Como ocurría en ocasiones, Knox no había respondido de inmediato a la llamada del Espíritu Santo cuando éste lo condujo en un principio hacia dicho texto, sino que esperó para ver si la llamada era auténtica. Por desgracia, lo era, por lo que Knox se vio obligado a trabajar en aquel difícil texto y aquella doctrina que Calvino pulía sin cesar.

Dejó escapar un suspiro y miró a través de la ventana que, desde aquella ventajosa posición, le permitía ver la calle Mayor de Edimburgo en toda su extensión. Su escritorio estaba colocado de tal forma que, cuando trabajaba, veía la aguja en forma de corona de la catedral de Saint Giles en la cuesta de la colina. Aquel día no resultaba visible a pesar de la escasa distancia, porque una extraña y espesa niebla lo cubría todo y se arremolinaba alrededor de los edificios envolviéndolos en un manto de frías y minúsculas gotas.

«No es propio de la estación —pensó—. ¡Tanta niebla en el mes de agosto!» Alargó la mano hacia una manta de lana y se arrebujó en ella, alegrándose de disfrutar de su calor.

Los elegidos. Los predestinados. Era un concepto muy espinoso. Si Dios había predestinado a algunos para la salvación «antes de la constitución del mundo», ¿de qué servía predicar? Lo más probable era que los elegidos por Dios respondieran a la

llamada, por su cuenta. ¿Y si alguien no elegido sintiera el impulso de responder a la llamada como consecuencia de los sermones? ¡Qué broma cruel! ¿De veras podía ser Dios tan despiadado? ¿Sería capaz de engañar a la gente induciéndola a esperar algo que nunca conseguiría? Eso era algo que sólo hacían los niños con sus hermanos menores.

«Pero yo he sido llamado a explicarlo», pensó. ¿Y qué decir de la todavía más difícil alusión del Apocalipsis, siete, cuatro, acerca de las escasas ciento cuarenta y cuatro mil personas que se salvarían? ¿Tan limitado era el Cielo?

Se removió sobre los almohadones. «Cada vez me parece más complicado —se dijo—. Tengo cuarenta y siete años, y el Señor continúa ocultándome las cosas. Intento apartar el velo, pero siempre hay otros velos detrás de cada uno de ellos. ¿Acaso jamás conseguiré llegar a su corazón? Quizá deba predicar sobre “los velos”. Una de las cosas que se oculta a mi comprensión detrás de los velos es la cuestión de los elegidos y de la predestinación... Sí, pero yo tengo que confiar y creer a pesar de todo hasta que me sean reveladas más cosas...»

Tomó con entusiasmo la pluma y la mojó en el tintero. «He de predicar acerca de mi ignorancia pero esperar con fe. Confío en ser uno de los elegidos, pero no puedo saberlo... Todo depende de la gracia divina...»

Dominado por una profunda alegría, empezó a escribir con toda la rapidez que pudo, pero en el exterior el día no se aclaró como debía. La niebla amortecía el sol.

Tres horas más tarde el Espíritu lo abandonó. Knox se hundió en su escritorio y sintió que se le acababa la inspiración. Pero lo había capturado en el papel, pensó rebosante de júbilo mientras contemplaba las páginas que cubrían su escritorio. Había atrapado el Espíritu como un pescador atrapa los peces en su red. «Ambos trabajamos según nuestra vocación», se dijo.

Mientras recogía las hojas —no las leería de nuevo hasta el día siguiente, pues nunca corregía su trabajo bajo el poder del Espíritu, sino que se limitaba a redactarlo—, oyó que llamaban repetidamente a la puerta.

—Entrad, por favor —dijo.

Le apetecía un poco de compañía, bajar a la estancia inferior, tomarse un cuenco de sopa y reunirse con otros seres humanos. Basta de inspiración y de Espíritu; su instrumento humano se sentía cansado y ansiaba estar con los de su clase.

Entró su secretario con la capa cubierta de gotitas de rocío.

—Ya está aquí, señor —anunció—. La Reina ha desembarcado en Leith.

—¿Cómo, ya? —exclamó Knox—. Ni siquiera había recibido la noticia de que hubiera zarpado de Francia.

—Los vientos han sido favorables. Sólo ha tardado cinco días —explicó el

secretario—. Han llegado a primera hora de esta mañana y les han dispensado una bienvenida muy fría, pues no se les esperaba tan pronto. La Reina y sus acompañantes han tenido que pedir prestados unos caballos, ya que Inglaterra ha embargado los suyos. Ahora mismo se dirigen a Edimburgo.

Knox se levantó. De modo que ya estaba allí aquello que tanto temía y de lo que tanto había suplicado verse libre en sus oraciones.

—Es..., es muy bella, señor —añadió el secretario—. La he visto cuando se ha detenido para hablar con la gente por el camino. En escocés. Es muy alta, tiene una tez perfecta y se mueve con tanta gracia y suavidad como un gato...

—¡Ya basta! ¿Acaso os ha embrujado? —aulló Knox—. ¡Habláis de una forma muy extraña e inconexa!

—Perdonadme, señor —murmuró el secretario—. Sólo pretendía describíros la antes de que la vierais. Estará aquí en menos de una hora. Pensé que desearíais ser informado.

Knox se acercó a la ventana. Unas gotitas de agua habían cubierto los cristales hasta dejarlos opacos.

—¿Cuántas personas la acompañan?

—Viene con varios franceses...

—¡Naturalmente!

—Creo que hay tres de sus tíos Guisa.

—¡Desde luego!

—Un poeta que ha decidido trasladarse a Escocia, un tal Chastelard, creo...

—¡Lo que nos faltaba! ¡Mejor una plaga de langostas que una plaga de poetas!

Knox se volvió y miró con expresión de furia a su secretario.

—Señor, sólo os traigo una noticia; yo no he elegido a los acompañantes de la Reina. ¿Queréis que siga o continuaréis hostigándome y discutiendo conmigo?

Knox suspiró.

—Proseguid. Y perdonadme.

—Su hermano Jacobo Stewart fue a recibirla junto con Maitland de Lethington y Erskine.

«Todos ellos unos buenos protestantes —pensó Knox—. Pido a Dios que no los embrujen ni los desvíen de su propósito..., que es el de gobernarla a ella y no permitir que ella nos gobierne a nosotros.»

—Hum. —Con el rabillo del ojo le pareció detectar un parpadeo de color. Algo brillaba en medio de la bruma. Las primeras hogueras de bienvenida. Hogueras de alegría, las llamaban—. Ya empieza la locura —musitó.

«Oh, Dios mío, no permitas que esta nación caiga de nuevo en la idolatría y el error —rezó—. ¡Que no nos hayas ayudado a avanzar por el camino de la verdad para dejarnos después abandonados!»

—Esta niebla —dijo de repente—, ahora ya sé de dónde viene. El rostro del Cielo nos revela el consuelo que ella trae consigo a este país: dolor, sufrimiento, oscuridad y toda suerte de impiedad. —Advirtió que había levantado la voz como si estuviera hablando ante centenares de personas y no sólo en aquel momento, sino durante toda la eternidad—. ¡Pues jamás en el recuerdo del hombre se ha visto en este día del año un rostro del Cielo más doloroso que el de hoy! El suelo mojado, la corrupción del aire, una niebla tan espesa y oscura que a duras penas alcanzaría un hombre a ver más allá de la longitud de dos toneles de vino... Ésta es la advertencia que nos hace Dios... ¡prestadle atención!

—¿Señor?

—Pero no se la prestan. —Contempló el centelleo de color de una hoguera de bienvenida—. No lo hacen. ¡Están ciegos!

### III

Jacobo Stewart se inclinó hacia María.

—Holyrood era uno de los palacios preferidos de nuestro padre —le dijo—. Construyó la torre frontal e intentó proporcionar al conjunto una apariencia francesa para complacer a vuestra madre.

¿Había hecho Jacobo una pausa antes de pronunciar las palabras «vuestra madre»?

Hasta que no entraron en el antepatio María no vio la mole de aquel palacio, oscuro remedo de un castillo francés. Había una torre redonda con un chapitel cónico como los de los castillos del Loira, pero la piedra no era blanca sino jaspeada y las ventanas eran pequeñas. Recortándose contra la espesa niebla, parecía una siniestra prisión. El palacio estaba adosado a la parte original de la abadía, que ahora parecía un pegote.

—Oh —fue lo único que acertó a decir.

No quería entrar; le parecía un lugar siniestro y amenazador. ¡Y tan pequeño! ¿Era aquél el palacio más espléndido que su país se podía permitir?

En el interior hacía tanto frío como fuera; o quizá más.

—Bienvenida a Holyrood —dijo Jacobo, y su voz resonó en el casi vacío cuarto de la guardia. Al ver que ella miraba inquisitiva en torno a sí, se apresuró a añadir—: Ya os advertí que no estaba del todo acondicionado. Creíamos que traeríais los muebles de Francia. —Tras acompañar al grupo por la gran escalinata que conducía a la primera serie de aposentos reales, explicó—: Estos eran los aposentos del Rey; la antesala, la sala de audiencias y el dormitorio.

Las estancias estaban vacías, y María trató, en vano, de imaginárselas llenas de gente, de vida y de color. En el centro de aquella escena debería haber estado su padre, de quien no conservaba ni un solo recuerdo que la emocionase.

—Los aposentos de la Reina se encuentran justo encima —explicó Jacobo guiándolos a través de la antesala hasta una ancha escalinata—. Existe otra escalera más pequeña que comunica directamente los dos dormitorios pero, al haber tanta gente, prefiero utilizar la escalinata principal.

Si hubiera sido francés, pensó María, Jacobo habría hecho algún comentario acerca de la escalera que comunica los dos dormitorios. Sin embargo se había limitado a comentarlo como si se tratara de un mero detalle arquitectónico.

Jacobo pareció enorgullecerse de la belleza de los aposentos de la Reina en el momento en que, de pie en el umbral de la sala de audiencias, les hizo señas a todos de que se acercaran.

María entró en la sala, que era muy hermosa y tenía un oratorio, una chimenea y varias ventanas que daban al patio. Las paredes estaban cubiertas de tapices, y el techo de madera había sido pintado recientemente.

Cruzó la sala y atravesó el umbral de la estancia contigua. Por un instante, permaneció sola en ella. La cámara era más pequeña que la sala de audiencias y tenía una extraña forma, no del todo cuadrada, pero tampoco redonda. Dos gabinetes sobresalían a los lados, enmarcados por sendas puertas.

María levantó la cortina de uno de ellos y comprendió al momento de qué se trataba: era un retrete cubierto con lienzos de terciopelo. En el otro gabinete, de apenas ocho pies por diez, había una chimenea y una ventana.

—¿Y esto para qué es? —le preguntó a Jacobo, que acababa de entrar en la estancia—. ¡Es tan pequeño!

—Lo podéis usar para cenar —le contestó su hermano.

—Parece una casa de muñecas.

—Comprobaréis que en invierno, y sobre todo en enero, un cuartito con una chimenea resulta sumamente útil. Aquí cabe una mesa, y vuestra madre la regente había tenido hasta seis invitados cenando aquí con ella. —Jacobo hizo una pausa—. Eso me han dicho. A mí jamás me invitó. —Antes de que María pudiera contestar, añadió—: Este gabinete está en el torreón redondo que visteis en el patio, ¿lo recordáis? Todas las demás estancias, incluidas las públicas y las salas de ceremonias, se encuentran en la parte anterior. Allí está la capilla real, que han purificado recientemente eliminando todos sus ídolos. —La miró con severidad.

—¿Y es aquí donde tendrán que celebrarse mis misas privadas? —preguntó María. Al ver que su hermano fruncía el entrecejo agregó—: Tal como me prometisteis.

Había hecho el comentario en tono jovial, pero él contestó con el semblante muy serio.

—Sí, os lo prometí. Y cumpliré mi promesa. A pesar de todo.

—¿A pesar de todo?

—A pesar del maestro Knox.

Era un milagro que éste aún no hubiera aparecido por allí.

—¡El maestro Knox! —exclamó María, incapaz de reprimir su cólera—. ¡Este hombre que le ha robado a mi hermano su fe ancestral y que llevó a mi madre a la tumba! ¡Podéis quedaros con el maestro Knox, pues yo no quiero tratos con él!

«No sois vos quien decidirá si tener o no tratos con él —estuvo a punto de decir Jacobo—, sino que será Knox quien decida con quién vais a tenerlos.»

—El maestro Knox ha hecho mucho bien a Escocia —dijo en cambio—. Comprobaréis que es un buen ciudadano, entregado por entero al progreso de su país.

—¡Es un rebelde que predica la insurrección y la destrucción!

—Descubriréis, Majestad, que muchos nobles de aquí se han vuelto corruptos. Los largos años de desorden se han cobrado su tributo. Son venales, se les puede comprar. El maestro Knox no está en venta, y su único propósito es la mejora tanto material como espiritual de su pueblo.



Al oír detrás de ella las voces de sus acompañantes, María se volvió y empezó a mostrarles las estancias.

Aquella noche, acostada en su cama, María se sintió rodeada de un silencio espectral.

«Qué lugar tan extraño —pensó—. Parece que no recuerdo nada; nada me resulta familiar. Mi padre está enterrado aquí, en la iglesia de la abadía, y otros antepasados míos yacen muy cerca de él, justo al otro lado de esta ventana, debajo de mí...»

La blancura de la niebla se había transformado poco a poco en negrura y María se quedó dormida sin darse cuenta, deslizándose hacia el sueño como un niño se desliza por una herbosa orilla hacia las frías aguas de un río.

Percibió un extraño ruido. Al principio, éste jugueteó en su sueño como si perteneciera a él, pero después se volvió demasiado insistente y exigió su atención. Despertó y sacudió la cabeza, intentando orientarse. Una música cada vez más fuerte inundaba la estancia.

Se acercó a una de las ventanas. Abajo, en el patio, vio que un grupo de gente tocaba unos instrumentos que ella jamás había visto; se trataba de unos violines primitivos, unas cañas huecas y unos tamborcitos. Al verla, los reunidos prorrumpieron en gritos y alzaron en alto sus antorchas.

—¡Bienvenida, dulce Reina! ¡Bienvenida! —gritaron y comenzaron a interpretar otra melodía.

Ella consiguió abrir la ventana y los saludó con la mano.

—¡Gracias! —les dijo.

Vio, aquí y allá, unos breves centelleos de color en medio de la niebla. La gente había encendido nuevas hogueras de bienvenida.

Los músicos seguían tocando y la muchedumbre que abarrotaba el patio lanzaba aclamaciones y gritos de alegría.

—¡Querida Reina, dulce Reina, bienvenida a Escocia!

—¡Vuestra música es preciosa! —les aseguró ella, levantando la voz—. ¡Por favor, continuad tocando y regresad también mañana por la noche a tocar para mí!

Cuando la música cesó y la muchedumbre empezó a dispersarse poco a poco mientras las llamas de las antorchas se alejaban parpadeando como luciérnagas en medio de la niebla, María se apartó de la ventana y cerró los ojos. Qué silencioso se había quedado todo de repente; la estancia la esperaba como si aguzara el oído en la oscuridad.

«Son sólo figuraciones mías —pensó—, pero no me gustan esos gabinetes con cortinas; me recuerdan a los lugares donde, según el aya Sinclair, se escondían los demonios...»

Evocó inquietantes historias medio olvidadas que hablaban de criaturas que moraban bajo los puentes de Escocia, se escondían en los pozos y adoptaban otras formas; de monstruos que habitaban las profundidades de los ríos y los lagos; de brujas que vagaban por ahí, confundiéndose entre la gente corriente. Decían que lord Ruthven, uno de los miembros del Consejo de los Lores, era brujo...

«Son tonterías», se repitió una y otra vez, pero apartó la mirada del pequeño gabinete contiguo.

A la mañana siguiente, en lugar de un esplendoroso sol capaz de burlarse de sus temores nocturnos, María sólo vio unas manchas grises en las ventanas. La niebla no se había disipado. Una profunda decepción se apoderó de ella. Quería ver Edimburgo y contemplar Escocia. ¿Por qué el país se obstinaba en ocultarle su rostro?

Sin esperar la presencia de sus servidores, se vistió con la ropa más abrigada que encontró. La chimenea no estaba encendida. Por lo visto, los escoceses no lo consideraban necesario en aquella época del año.

«Aquí tampoco hay camisones franceses —pensó—. No hay nada que me sirva para dormir cómoda.»

—Adelante —dijo al oír que llamaban a la puerta.

Antes de que entraran, supuso que se trataría de Jacobo y Maitland. No se equivocó.

—Veo que os habéis levantado temprano —comentó Jacobo con un tono de ligera aprobación—. Me parece muy bien. Hemos oído decir que en la corte francesa nadie se levanta antes del mediodía. Eso aquí no resulta conveniente.

Tenía el cuello de la camisa desabrochado y no parecía que debajo llevara ropa interior. ¿Acaso no tenía frío? Estaba claro que no.

—Buenos días, hermano —lo saludó María—. Buenos días, Maitland. No acierto a imaginar quién os contó semejante falsedad, pero os aseguro que en Francia la gente se levanta como en cualquier otro lugar. —Miró con una sonrisa a su hermano—. He dormido muy bien.

—No hasta el extremo de que anoche los músicos no os despertaran —intervino Maitland—. Os pido disculpas.

—Su música me pareció muy hermosa y su bienvenida me emocionó —repuso María.

—Cuando hayáis desayunado tendré sumo gusto en mostraros los jardines —anunció Jacobo—. He ordenado que os suban la comida. —Hizo una reverencia antes de retirarse.

—Me gustaría ver a mis Marías —dijo ella—. ¿Dónde están? En el futuro quiero que duerman cerca de mí.

—Por supuesto —respondió Maitland—. Intentaremos satisfacer todos vuestros

deseos.

Flamina, Lusty, Beaton y Seton se reunieron con ella un cuarto de hora más tarde, y charlaron como unas cotorras.

—La niebla...

—Qué aposentos tan extraños y tan lejos de vos.

—Qué frío hace aquí, no sé cómo lo soportan.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

Cuando les sirvieron el desayuno, lo examinaron todo con ojo crítico. En una bandeja había una sustancia blancuzca y granulosa que emitía unas pequeñas vaharadas de vapor y olía a nueces; en otra, varios pescados ahumados de color rojo, y en una tercera unos bollos que por su aspecto debían de ser bastante duros. Por suerte, en aquel momento apareció un criado con más platos, cucharas y azúcar.

—Esto son gachas de avena —aclaró echando cucharadas en sus platos—. Se toma con leche y azúcar.

Las cinco mujeres examinaron el manjar con expresión dubitativa. No parecía muy apetitoso pero olía bien. María tomó el primer cuenco y el primer bocado y dijo que estaba muy bueno.

Las demás imitaron su ejemplo entre risas.

El criado explicó que el pescado ahumado procedía de aguas muy cercanas y se consideraba un plato exquisito, y añadió que los bollos debían untarse con mantequilla.

A todas ellas les costaba entenderle. María se hizo el firme propósito de mejorar su escocés con la mayor rapidez posible. Su vocabulario era todavía el de su infancia. Se percató de que, hasta aquel momento, Jacobo, Maitland y aun Bothwell le habían hablado en francés, y le parecía tan natural que ni siquiera había reparado en ello. Sin embargo, el último le había dicho que los escoceses aborrecían el sonido de este idioma.

Después del desayuno, Jacobo y Maitland se presentaron de nuevo para acompañar a las mujeres en un recorrido por los terrenos de Holyrood. Al salir, María observó que la niebla era tan densa como siempre, e incluso a ella le resultaba difícil saber dónde estaba el sol.

—¿Siempre hay tanta... niebla? —preguntó despacio en escocés.

Jacobo la miró complacido.

—No —contestó—. En absoluto.

—Knox dirá sin duda que vos lo habéis provocado con vuestra llegada —terció de pronto Maitland—. Lo utilizará para sus fines.

—¡Knox! —exclamó Flamina—. ¡Habladnos de esa criatura! —pidió echando la cabeza hacia atrás.

Maitland soltó una carcajada y se la llevó aparte.

—John Knox —dijo— es el jefe de nuestra Iglesia...

María no oyó el resto de la conversación. Lusty, Seton y Beaton fueron a reunirse con Maitland y Flamina, dejándola con Jacobo.

Mientras caminaban, la niebla se arremolinaba a sus pies. María intentaba darle puntapiés para que se disipara algunos palmos, pero no lo conseguía.

—Estoy deseando ver Escocia —dijo entre risas—, ¡pero el país se cubre con un velo! Lo único que he observado hasta ahora es que debe de ser muy verde, pues éste es el color que mejor se distingue entre la niebla.

—En efecto. Si ahora pudiera verse algo, divisarías la hermosa fachada del palacio y, a la izquierda, la iglesia de la abadía donde nuestro regio padre descansa en su tumba.

«Nuestro regio padre.» Cuánto le gustaba a Jacobo aquella frase, pensó María.

Ambos guardaron silencio por un momento. Después, Jacobo añadió:

—Extendiéndose hacia la izquierda, ¡ojalá los vierais!, están los jardines ornamentales y el vergel. Hay también jardines ornamentales al otro lado, y un vasto coto de caza detrás del palacio, por no hablar del cementerio. La abadía es muy antigua.

Sin embargo, por el tono en que pronunció la última frase, resultaba claro que Jacobo no experimentaba la menor tristeza ni el menor aprecio por las cosas del pasado.

—Confío en que nadie más viera ayer a vuestro sacerdote —susurró.

—Comprendo que mi situación es un tanto singular —admitió María—. Jamás ha habido un gobernante que profesara una religión distinta de la de sus súbditos.

—¡Ah! —Antes de contestar, su hermano volvió la cabeza para ver dónde se encontraban los demás—. Es una cuestión muy delicada. Más vale no provocar la enemistad de la gente. Hay quien sospecha que no estimáis demasiado vuestra tierra natal. Dicen que os consideráis francesa, que llorasteis al marcharos de allí y que os agarrasteis a la borda lamentando vuestra partida.

—¡Vos no estabais para saberlo! —¿Como se atrevía a robarle sus momentos más íntimos y convertirlos en algo ridículo y digno de compasión?—. Quiero a mi pueblo y a mi país.

—No tanto como el maestro Knox...

—¡El maestro Knox! ¡El maestro Knox! ¿Qué sabe él de gobernar? ¿Qué conocimientos lo capacitan para ocupar el lugar al que se siente llamado? Ama Escocia, es cierto, ¡pero no basta con eso! Yo estoy llamada a ocupar el trono por mi sangre.

—Él se siente llamado por Dios.

—¿Para ocupar un trono? —preguntó María con aspereza—. Yo también he sido llamada por Dios. Por consiguiente, ¿cómo es posible que ambos hayamos sido llamados por el mismo Dios a ocupar el mismo puesto?

—Él no aspira a subir a vuestro trono —aseguró Jacobo con serenidad.

—¡No, sencillamente asume la tarea de enseñarme de qué manera debo sentarme en él! «¡Por favor, mirad hacia aquí! ¡Moved la cabeza así!»

Para asombro de María, Jacobo se echó a reír y le dijo:

—Tenéis un ingenio muy agudo.

Justo en aquel momento se acercaron corriendo varios parientes e invitados franceses de la Reina. Los jóvenes miembros de la familia Guisa anhelaban salir a cabalgar, cazar o practicar la cetrería. María recordó con súbito desaliento lo mal que les sentaba la inactividad, pero no sabía qué ofrecerles para que se distrajeran.

—¿Cómo se divierte uno aquí? —preguntó Renato, marqués de Elboef, mirando en todas direcciones.

—Sí, aparte de jugar a la gallina ciega, ¿qué puede hacerse en medio de esta niebla? —preguntó Claudio, duque de Aumale.

El joven mariscal de Amville y su secretario el poeta Chastelard se reunieron con ellos, desolados por no tener entretenimiento alguno en perspectiva.

—¿Y nuestros caballos? —preguntó el mariscal de Amville—. ¿Cuándo nos los devolverán los ingleses?

—Ya le he enviado un mensaje a Cecil —respondió, Jacobo Stewart—, y muy pronto contestará.

Brantôme, el historiador de la corte, se acercó muy despacio.

—¿Y qué me decís de la abadía? ¿Hay algo de interés allí dentro?

—¡Para nosotros no! —gritaron a coro los jóvenes aspirantes a soldados—. A lo mejor, podríamos aprender a jugar al... ¿cómo se llama eso? El golf. Sí. ¿Podríamos jugar aquí a pesar de la niebla?

—No —contestó Jacobo, esbozando una leve sonrisa ante la despreocupada ignorancia de los muchachos—. Aquí no. El golf se juega en las proximidades del mar, donde la hierba crece suave y tupida, como por ejemplo en Saint Andrews, cerca de los arenosos peñascos marinos.

—¡Ah! —exclamó María—. ¡Me encantaría aprender a jugar al golf! Y muy pronto iré a Saint Andrews, cuando inicie un recorrido por mi reino. Haré un... ¿cómo los llama Isabel? Un viaje oficial —añadió, y al pensar en ello soltó una alegre carcajada.

—¿De verdad os proponéis hacerlo? —preguntó Jacobo—. ¿Tan pronto?

—¡Sí, quiero partir cuanto antes!

—Pero primero hay otros asuntos de que ocuparse. Debéis hacer vuestra entrada oficial en Edimburgo y elegir a los miembros de vuestro Consejo Real...

—¡Sí, lo sé! ¡Lo sé! ¡Pero quiero que sea muy pronto! ¡Estoy deseando verlo todo!

—Por lo que parece ni siquiera es posible tirar con arco en un día así —dijo el marqués de Aumale con semblante enfurruñado—. ¡De modo que será mejor que nos emborrachemos!

Dieron media vuelta y regresaron al interior del palacio.

María se avergonzó de su comportamiento pero no quiso disculparse por ellos ante Jacobo. Este la miraba con expresión inquisitiva.

—Maitland y las Marías se han adelantado para ver los jardines. —les dijo María a Brantôme y a Chastelard, echando los hombros hacia atrás—. De paso podemos visitar la abadía. Vayámonos a su encuentro, os lo ruego.

Los jardines ofrecían un aspecto lamentable y estaban muy mal trazados y cuidados. En el cruce de dos anchos senderos cubiertos con una ligera capa de grava había una fuente seca de la que no parecía que hubiera manado agua en toda la estación. Las flores de los arriates estaban medio marchitas y todo el trazado, copiado del proyecto de un jardín monástico, ya no se estilaba en Francia desde hacía más de ochenta años.

—Vaya, ¿se ha secado el jardín del amor? —preguntó Chastelard en tono burlón.

Todos rieron entre dientes...; todos menos Jacobo.

—Llevamos doce años en una situación extremadamente inestable —explicó Maitland—. Pese a todo, nuestros jardineros han tratado de conservar las cepas de las plantas para que, cuando viniera nuestra Reina y nuestro país recuperara la paz y la prosperidad, ellas también se recuperasen. ¡Mirad! —Pasó por encima del borde y arrancó una frágil florecilla—. No está muerta, sencillamente espera. Como todos nosotros. Espera a nuestra Reina, para que nos devuelva la paz y la prosperidad —concluyó, ofreciéndole a María la flor, un clavel carmesí.

Ella la aceptó con solemnidad, como si fuera una promesa. Ansiaba cuidar de aquel pobre y desgarrado país y devolverle la vida.

—Gracias —dijo.

Prosiguieron su paseo alrededor del palacio y llegaron a un prado donde podía practicarse el tiro con arco.

—Aquí quizás instalemos también una pista de palamallo —les dijo María a sus tocayas, que la seguían a paso vivo.

Como su señora, las jóvenes estaban descubriendo que su país natal era un lugar exótico y casi olvidado.

—Apuesto a que en ningún lugar de Escocia deben de organizarse justas —comentó Flamina.

—Probablemente, no —contestó María—, pero yo no las echaré de menos. —La idea de las justas le hacía evocar la imagen de Enrique II, sujetándose el yelmo y cayendo de su caballo presa de las convulsiones—. Hallaremos otras cosas con que divertirnos.

Después del almuerzo, consistente en unos trozos de carne no identificables y un guiso de cebada, todos se sentaron, con expresión abatida, en distintos lugares de la estancia. María decidió consultar con el hermano de María Seton, a quien tenía la intención de nombrar jefe de su casa, la conveniencia de seleccionar a algunos músicos y poetas para la corte.

Lord George Seton, cuya familia se había mantenido fielmente católica, no era capaz de ocultar su alegría por el regreso a Escocia de su hermana y de su reina. Les llevaba varios años a las dos pero su cabello dorado y sus inquisitivos ojos grises hacían que pareciese un muchacho. Las tierras de su familia se encontraban cerca de Edimburgo, por lo que le resultaba fácil desplazarse hasta allí en poco tiempo. María lo conocía muy bien, pues había viajado a Francia varias veces a lo largo de los años.

—¡Ah, qué alegría veros de nuevo! —exclamó George al entrar en la estancia—. Muchas veces me imaginaba qué aspecto tendríais aquí, y debo confesar que la imaginación me ha fallado.

María rió y dio una vuelta con los brazos extendidos.

—¿Eso quiere decir que resulto natural?

George Seton asintió con la cara muy seria.

—Tan natural como los brezos y los halcones.

—Debo organizar mi casa —anunció María—. He traído a mi médico y a mi confesor...

—¡Gracias a Dios! —exclamó lord Seton.

—También a algunos criados franceses especialmente hábiles en los bordados y las ceremonias y a mis servidores personales. Pero me gustaría que en la corte hubiera músicos y poetas escoceses.

George Seton la miró desconcertado.

—No hay ninguno.

—¿Que no hay ninguno?

—En cualquier caso, ninguno que merezca la pena, Majestad.

—¡Pero eso es imposible! ¿No hay poetas?

—Tal vez pudieran reunirse unos cuantos. —Lord Seton desplazó el peso del cuerpo de un pie a otro—. En la Universidad de Saint Andrews quizá... La verdad es que la única poesía con que contamos en la actualidad procede de los cantos de las Fronteras, y sólo hablan de muerte, lamentos y cosas por el estilo. —El joven hizo una pausa como si estuviera pensando—. Tenemos a Alexander Scott —recordó al fin.

—¡Pero si es muy viejo!

El poeta aludido había pertenecido a la corte de Jacobo V.

—Y hay otros presuntos poetas que no se atreven a revelar sus nombres, pues sus

versos son lascivos y sólo están destinados a despertar los instintos bestiales de los hombres que han bebido más de la cuenta.

María no pudo por menos que pensar que siempre había dado por sentada la existencia de los refinados poetas que poblaban la corte de Francia.

—¿Y qué me decís de los pintores y escultores? —preguntó, animosa.

—No hay ninguno, Majestad —respondió lord Seton. Al advertir que ella lo miraba fijamente, añadió—: Debéis recordar que hemos estado en guerra. Tuvimos que arrojar por la borda todos estos refinamientos, y los reformados han acabado con lo poco que quedaba. Ahora la Iglesia mira con malos ojos la música y la danza.

Chastelard lo observó con semblante todavía más desesperanzado.

—¿Qué hacéis entonces por la noche? —preguntó en tono quejumbroso.

—Pues irnos a la cama —contestó George.

Todas las Marías estallaron en carcajadas.

—No nos reímos de vos sino de la respuesta —aclaró María Seton.

—Debemos poner remedio a esta situación —dijo la Reina—. Estoy segura de que hay jóvenes que estarían encantados de aprovechar la oportunidad de escribir versos, componer música, pintar y dibujar. ¡Hemos de reunirlos aquí!

—Sí, Majestad —George asintió—. Quizá conviniese que hablarais de ello con James Melville. Se trata de un cortesano de la vieja escuela..., a pesar de que no es muy viejo.

—Así lo haré. Y si no encontramos a nadie aquí, tendré que mandar llamar a alguien de Francia —concluyó María.

Se pasó la tarde ordenando sus aposentos. Dispuso que desarrollaran sus miniaturas y las colocaran en un estante y mandó hacer la cama con sus colchas bordadas y sus doseleros. Depositó su reloj en la repisa de la chimenea y, por último, retiró las envolturas que protegían el crucifijo de marfil del convento y lo mandó colgar de la pared, junto a su cama, en el interior de un pequeño estuche que recordaba una capilla. El sol de la mañana lo iluminaría y acariciaría su suave superficie.

Aquella noche se sentó delante de él. Se sentía exhausta. La emoción de la llegada y el paseo estaban cediendo el paso a un profundo cansancio. El agotamiento hacía que los pensamientos se arremolinaran en su mente.

«Quizá debería asegurarles, ya desde un principio, que no pretendo causar daño alguno y que ¡Cristo, perdóname!, no he venido a traer la espada, tal como Él dijo, sino la paz.»

Como la decisión de trasladarse a Escocia, ésta también se le ocurrió de repente. Más que de un pensamiento, se trataba de una sensación. Alargó la mano y tomó la campanita para llamar a su secretario.



—Tengo la intención de hacer una proclama —le dijo.

—¿Cómo? ¿Ahora? —El secretario contempló a través de la ventana la oscuridad del exterior.

—Sí. Ahora. Puede formularse enseguida. No es muy larga. Escribidla.

El hombrecillo tomó sus instrumentos de escritura y esperó obedientemente a que ella le dictara.

—Tomad nota: «Mis buenos súbditos —comenzó—, por orden de la Reina no habrá alteraciones o innovaciones en la religión del país con respecto a como ella la encontró a su llegada a esta tierra, ni se hará el menor intento de atacar la forma de adoración pública en uso, bajo pena de muerte.

»Al mismo tiempo, Su Majestad ordena que los franceses a su servicio que deseen practicar su religión en privado puedan hacerlo sin que se les moleste. Firmado, María R.»

Brantôme, que la había oído, se acercó a ella.

—Quizá sería conveniente que no os precipitarais —le sugirió—. Es un propósito muy noble, pero podría dar lugar a que vuestros súbditos católicos perdieran las esperanzas, y se lo tomaran a mal, y además tampoco os ganaría el favor de los protestantes. Sólo con vuestra conversión conseguiríais esto último.

—No, deseo que se haga pública la proclama —dijo María con obstinación.

—Os ruego que esperéis hasta mañana —le pidió Brantôme—. Nunca hagáis las cosas de forma impulsiva.

María bostezó.

—Bien, os haré caso y esperaré una hora. ¡Pero sólo una hora! —Miró con afecto a Brantôme—. Mi viejo amigo, es cierto que habéis visto muchas cortes y muchos años y que sois muy prudente.

Para no quedarse dormida tomó su labor y empezó a coser, pero le pareció que la tarea le provocaba aún más sueño.

Justo en el momento en que se le cerraban los ojos, llamaron a la puerta. María Seton fue a abrir, y la sorprendió ver a uno de los consejeros. Los ojos de éste recorrieron la estancia en busca de la Reina. Al divisarla, esbozó una sonrisa.

—Acabo de recibir esto de Inglaterra —anunció.

«¿Cuál de ellos es? —se preguntó María—. Estaba presente en el muelle, y hoy también..., con esos ojos que parecen botones... Maitland. Sí, Maitland.» Se alegró de recordarlo. Pero ¿cuál era su nombre de pila?

El consejero le entregó el grueso sobre que sostenía en la mano.

El sello era tan grande que había desgarrado parte del papel. Mostraba a una mujer sentada en un trono: Isabel de Inglaterra.

María lo abrió.

Por la presente permitimos y ofrecemos nuestra protección a nuestra bienamada prima María, Reina de Escocia, en caso de que el Señor Todopoderoso la arrojara a nuestras playas o tuviese que atravesar nuestros reinos.

—Es el salvoconducto que yo quería que me concediera antes de abandonar Francia —dijo María—; el mismo que ella me negó. Me lo concede ahora que ya no lo necesito. ¿Con qué propósito?

Expresaba sus pensamientos en voz alta, pero Maitland miró la fecha y contestó.

—Al parecer lo concedió poco antes de vuestra partida.

—Cuando sabía que yo no lo recibiría a tiempo —añadió María, perpleja—. Quizá deseaba realizar un gesto de amistad; quizá fuese ése el significado del tardío salvoconducto. Mi querido... —¿cómo se llamaba?...— William, deseo enviaros en una misión; quiero que vayáis a entrevistaros con mi hermana la Reina.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—¡No! No soy tan impulsiva. Sin embargo, después de mi entrada oficial en Edimburgo os enviaré a la reina inglesa en una misión de la máxima importancia —contestó María, mirándolo.

Si su madre lo había elegido y se fiaba de él, debía de ser digno de confianza.

—¿Puedo preguntar en qué consiste esta urgente misión?

—Por supuesto que sí. Quiero disipar todos los malentendidos con ella y que a partir de ahora nos tratemos mutuamente con absoluta honradez. A fin de cuentas, estamos íntimamente emparentadas, ambas somos reinas y vivimos en una misma isla... ¿No es natural que mantengamos una cariñosa y estrecha relación?

Maitland hizo una reverencia y reprimió una sonrisa de complacencia por la decisión que María había tomado y por el hecho de que lo hubiera elegido para cumplir la misión.

—Vos lo dispondréis todo —añadió confiadamente María.

Se preguntó si convendría que le enseñara la proclama, pero decidió no hacerlo. No era asunto de su incumbencia.

Aquella misma noche María dio orden de que la proclama se colocara en el Mercat Cross, el cruce de la calle Mayor de Edimburgo, donde era costumbre leer todos los edictos reales. A la mañana siguiente, todo el mundo hablaría de ella.

## IV

La niebla seguía cubriendo la ciudad, donde la gente se hallaba ocupada acondicionando las calles para la ceremonia que se celebraría a la mañana siguiente. De las fuentes manaría vino en lugar de agua y se distribuirían copas para que la gente saludase a la Reina. Se levantarían estrados y arcos ornamentados para los espectáculos y las alegorías. Sin embargo, los ciudadanos no hacían más que preguntarse en murmullos qué significaba aquella proclama.

Al final, la niebla se disipó el mismo día en que María debía realizar su entrada oficial en la capital, como si quisiera satisfacer la natural curiosidad tanto de la Reina como de sus súbditos. Se alejó lentamente, revelando unos cielos de un azul intenso, y un sol que proyectaba sombras bien definidas.

María, vestida todavía con ropajes de luto en tonos grises y negros, pero luciendo sobre el pecho el Gran Harry y una diadema de oro y perlas en la cabeza, salió acompañada de un espléndido cortejo para efectuar el recorrido de casi media legua cuesta arriba hasta el castillo de Edimburgo, donde presidiría un banquete oficial y desde donde regresaría a Holyrood al anochecer.

Mientras el cortejo subía por la cuesta, la mole del castillo fue agrandándose hasta que acabó por llenar todo el cielo con su siniestro perfil, lo cual hizo que María experimentase una abrumadora sensación de oscuridad y de brutal melancolía. El tono verdoso del musgo que crecía en sus grietas y hendiduras le recordaba el de las malas hierbas que brotaban en las lápidas de los cementerios.

Una vez en el interior, fue acompañada a la Gran Sala, donde, para su asombro, se habían dispuesto unas mesas con tanta gracia como en Francia. Había sitio para sesenta personas por lo menos: los principales hombres del Reino. Antes de tomar asiento, cada uno de éstos se arrodilló delante de ella, murmuró su nombre y su título y le prometió lealtad. María reconoció a algunos y se grabó a otros en la memoria. Estudió minuciosamente cada rostro e intentó hallar algo que le permitiera relacionar el rostro con el nombre.

Allí estaba James Douglas, conde de Morton, con su brillante cabello tan rojo como el de Judas —según la tradición— y sus diminutos ojos negros. Había heredado la espada *Cascabel del gato* de su antepasado Archibald Douglas y jamás se había separado de ella desde entonces. Se trataba de una pesada espada cuyos ricos adornos ofrecían testimonio de su historia.

Allí estaba George Gordon, conde de Huntly, hombre de mandíbula cuadrada y tez rubicunda. María sabía que era el principal aristócrata católico de Escocia, y dueño de vastas tierras en el norte. Su aspecto le resultaba vagamente familiar. De pronto lo recordó: cuando el conde había estado en Francia años atrás, ella y las Marías habían

comentado que parecía un gallo. Y seguía pareciéndolo.

Tuvo que esforzarse por reprimir la risa cuando el Gallo dijo con aspereza:

—¡La proclama! ¿Cómo habéis podido hacer eso?

Antes de que ella respondiese, el siguiente hombre se arrodilló.

—Archibald Douglas, Majestad —se presentó.

«Hay tantos Douglas —pensó María—; los Douglas Rojos y los Douglas Negros, y todos se casan entre sí, de tal manera que la esposa del conde de Morton es cuñada de los Hamilton. ¡Jamás conseguiré acordarme de todo! Y, sin embargo, ellos saben estas cosas con tal precisión que viven según el grado exacto de parentesco que los une. Me temo que siempre seré una forastera y nunca entenderé estas redes de lealtad... ¡a pesar de que yo misma soy pariente de la mitad de ellos!»

—James Hepburn, conde de Bothwell, Majestad. —El conde levantó los ojos hacia María, que tomó su mano para indicarle que se levantara—. Sé que este castillo debe de pareceros horrible —añadió—. ¿La habéis visto ya? —Al advertir que ella no lo entendía, el conde se turbó—. Me refería a la estancia en la que vuestra madre pasó sus últimos días —explicó—. Si queréis, os la mostraré. —Hizo una pausa—. Otro día.

Sí. María sabía que su madre había muerto allí, y tendría que entrar en aquella estancia y despedirse.

—Os lo agradecería mucho.

Tras el conde se presentó Erskine, y después Archibald Campbell, el conde de Argyll, otro Stewart, el conde de Atholl...

Una vez finalizado el banquete, todos esperaron montados en sus cabalgaduras en el gran patio que se enroscaba alrededor del castillo como el caparazón de un caracol y bajaba en espiral hacia sus puertas. Sentada en la silla de su blanco palafrén, que los ingleses le habían devuelto finalmente, María abarcaba la campiña en todas direcciones e incluso vislumbraba las relucientes aguas del estuario del Forth. Justo debajo del lado norte del castillo había un lago ovalado cuyas aguas, en aquella mañana sin viento, estaban absolutamente inmóviles.

—Qué ciudad tan hermosa, ¿verdad? —dijo una voz. María se volvió y vio que se trataba de lord Bothwell, montado en un soberbio corcel—. Veo que los ingleses han tenido a bien devolveros lo que en justicia os pertenece —añadió, señalando con la cabeza el blanco caballo.

Su ojo de entendido apreciaba la excelente raza y la buena figura del animal. Le extrañaba que los ingleses lo hubieran devuelto. Suponía que Robert Dudley, caballero mayor de Isabel, se habría encargado de que su señora diera antes uno o dos paseos con él.

—Sí, se extiende ante mí como un modelo perfecto, tan bien situada y tan bien

trazada...

—Dicen que es como un peine de marfil, con el centro de la Royal Mile de la calle Mayor impecablemente limpio pero con las púas de ambos extremos sucias y malolientes. De las calles laterales mejor no hablar, por lo menos en presencia de una reina. Pero no hay en el mundo vía más hermosa que la calle Mayor —añadió el conde, incapaz de evitar que su voz revelase el orgullo que sentía.

Aquel día María no deseó encontrarse en ningún otro sitio; hasta París le parecía vulgar y carente de toda imaginación comparado con aquel llamativo contraste entre la oscura roca natural y la suavidad de las pulidas piedras de los edificios, de los empinados peñascos y los inclinados tejados y gabletes de las altas y estrechas casas de la ciudad, todo ello enmarcado por un claro cielo azul surcado por veloces nubes.

A su espalda estaban los miembros de su casa, sus Marías, acompañadas por sus padres y hermanos; sus servidores franceses y escoceses; la guardia de su casa. La librea de los criados franceses era negra, mientras que la de los escoceses era roja y gualda.

Venían después los principales nobles y dignatarios del Reino y los arqueros reales.

—¿Estáis preparada, Majestad? —preguntó lord Bothwell.

—¡Con todo mi corazón!

Con un fragoroso retumbo, los cañones del castillo dispararon unas salvas que sonaron como truenos.

Emprendieron la marcha, cruzaron las puertas del castillo y bajaron a la ciudad, donde, al parecer, sus treinta mil habitantes la esperaban, pues todos prorrumpieron en aclamaciones al verla aparecer en lo alto de la Royal Mile.

Dieciséis miembros del Ayuntamiento, vestidos de terciopelo negro, se adelantaron para darle la bienvenida oficial. Después el cortejo avanzó muy despacio, pasando por delante de la multitud que lo aclamaba y por debajo del arco triunfal. Por el camino, en unos estrados contruidos al efecto, unos niños ataviados con disfraces entonaban cantos, y se escenificaban alegorías, algunas más descaradamente protestantes que otras. En una de ellas se condenaba la idolatría, pues se representaba la quema de los poco conocidos transgresores del Antiguo Testamento, Korah, Dathan y Abiram.

—Querían que hubiera un sacerdote en el altar, ¿lo sabíais? —preguntó una áspera voz detrás de ella. María se volvió y vio los indignados ojos del conde de Huntley, que explicó en tono triunfal—: ¡Pero yo lo impedí! ¿Os imagináis la ofensa que ello hubiera supuesto?

—Os doy las gracias —se limitó a decir María, confiando en que su respuesta aplacara su furia.

Llegaron al Tolbooth, la cárcel de la ciudad, donde los criminales, todavía encadenados a los cepos por delitos de lujuria, blasfemia y vagancia, saludaron con entusiasmo a la Reina junto con todos los demás. Los insolventes, tocados con sus

sombreros amarillos, gritaron «¡Generosidad! ¡Generosidad!» en tono burlón antes de que sus guardas los hicieran callar.

Pasaron por delante de la catedral de Saint Giles y llegaron a Mercat Cross, donde tres doncellas que simbolizaban la Justicia, la Prudencia y la Fortuna, saludaron a María y la invitaron a acercarse a la fuente, de la que manaba vino. La gente ya esperaba con las copas llenas. Cuando María tomó la suya y bebió, todos los presentes levantaron las suyas, bebieron al mismo tiempo y después las rompieron en señal de lealtad.

—Para que las copas jamás se usen para otro brindis de menor rango —murmuró una de las doncellas.

María se sorprendió ante aquella espontánea exhibición de generosidad en un país tan pobre.

Bajaron por la suave pendiente de la calle cuyas casas de piedra labrada bordeaban la Royal Mile como un alto seto. Muchas de ellas presentaban escaleras exteriores y casi todas contaban con pisos superiores de madera que sobresalían y lindaban con los de las casas de al lado. Una casa especialmente hermosa de la izquierda tenía un piso superior que se proyectaba hacia la calle cual un nudillo.

—Es la casa de John Knox, Majestad —le informó Bothwell, que cabalgaba a su espalda.

Ella la miró y advirtió que destacaba por completo de las otras y constituía un obstáculo y una molestia semejante a una piedra en una corriente de agua.

La casa era como su propietario. ¿Se hallaría él dentro? María estaba segura de que no habría salido a saludarla. ¿Era un rostro lo que le parecía haber visto en una de las ventanas?

No lo supo con certeza. Los reflejos creaban imágenes en los cristales y parecía que éstas se movían cuando ella avanzaba. No quería que la sorprendieran contemplando la ventana del reformador como si fuera una discípula suya mientras la gente que la rodeaba le pedía a gritos una mirada y una sonrisa. En cuanto dejó la casa a su espalda, María avanzó por la calle Mayor hacia Holyrood, sonriendo y saludando alegremente con la mano.

Sentado a su escritorio como en cualquier otro día laborable normal, John Knox veía con claridad lo que ocurría abajo en la calle. Sin necesidad de moverse siquiera de su silla, había visto acercarse el cortejo que avanzaba con lentitud por la calle Mayor. Por todo el camino se habían representado escenas de inequívoco significado para que cualquiera comprendiese —¡cualquiera que quisiera comprender!— la verdad de la religión protestante. Se habían quemado efigies de los hijos de Israel que habían ofrecido falsos sacrificios. A la Reina le habían regalado incluso una Biblia y un

Salterio en escocés, y un niño había pronunciado un discurso en el que se insinuaba con toda claridad la necesidad de que ella abandonara la práctica de asistir a misa. Pero ¿había ella prestado atención a la advertencia? No, se había limitado a sonreír estúpidamente, se había colocado la Sagrada Palabra bajo el brazo y había continuado mirando en torno a sí y saludando con la mano.

De la fuente de Mercat Cross manaba vino para que la gente se emborrachara y se calmara. Todo se había organizado, sin reparar en gastos, para atontar al pueblo y comprar su voluble lealtad.

Knox contempló a María con su manto gris abierto y extendido sobre los flancos de su caballo blanco. Sobre su corpiño gris los rubíes reflejaban los rayos del sol, y su rostro parecía obra de la astucia de Satanás, para que el vicio resultara tentador.

Mojó la pluma en el tintero y escribió: «En las farsas, en las alegorías y en otros despilfarras, gustosamente habrían querido los necios imitar a Francia.»

—¡Bienvenida, oh, Soberana! —cantaba la gente abajo, en la calle-. ¡Bienvenida, oh, Reina de nuestra tierra!

Tres días más tarde, el domingo, Knox ocupó su acostumbrado lugar en el pulpito de Saint Giles y miró a los feligreses que atestaban el templo. No tuvo dificultad en elegir el tema de aquel día del Señor: se lo habían ofrecido en bandeja.

—¡Una misa oficiada en nuestro suelo es más temible que el desembarco de diez mil soldados! —gritó—. ¿Vamos a permitirlo?

Aquel mismo domingo, mientras el sacerdote de María y sus auxiliares se preparaban para celebrar la misa en la capilla real, una enorme multitud se congregó en el antepatio del palacio de Holyrood. En la capilla, desnuda por completo de acuerdo con la doctrina calvinista, hubo que colocar unos cirios y un altar para la ceremonia. Un ayudante que cruzaba el patio con los candelabros y los cirios en dirección a la entrada principal, topó con la muchedumbre.

—¿Vamos a permitir que la idólatra misa se celebre de nuevo en este reino? ¡Ya nos libramos de ella! ¿Volverá el perro a vomitar? ¡No volverá! —gritó lord Patrick Lindsay de Byres, uno de los nobles recientemente convertidos.

El diácono se detuvo. El gentío era muy grande, pero ¿no lo protegería el Señor? Sujetó con fuerza los cirios y los candelabros y trató de esquivar a la multitud recitando muy despacio:

—«Oh, Señor Dios mío, en Ti pongo mi esperanza: sálvame de todos quienes me persiguen y líbrame: que no desgarran mi alma como un león, despedazándola...»

Un corpulento carnicero que aún olía a carne fresca a pesar de que no llevaba el

mandil, agarró al diácono por el hombro.

—¡El sacerdote idólatra morirá como dicta la ley del Señor! —rugió.

—¡Yo no soy sacerdote! —gritó el diácono, soltándose y corriendo hacia la puerta.

La turba lo persiguió, se abrió paso entre unos complacientes guardias y subió por la escalinata principal hasta llegar al rellano de la capilla. El aterrorizado diácono consiguió escapar de sus perseguidores y atrancó la puerta de la capilla, donde María, sus parientes franceses y los miembros de su casa rezaban de rodillas con unos rosarios entre los dedos.

—¡Morid! ¡Morid! ¡Los idólatras deben morir!

María oyó los gritos de la gente en el exterior y vio que las hojas de madera maciza de la puerta se estremecían empujadas por la muchedumbre.

Se levantó con el corazón desbocado. ¿Qué era aquello? ¿Acaso habían invadido su palacio, a pesar de sus conciliadoras palabras acerca de la religión del pueblo?

—¡Atrás! —Era la voz de Jacobo Stewart—. ¡No toquéis esta puerta! —A juzgar por el sonido de su voz, el hermano de la Reina se encontraba de pie con la espalda apoyada contra la puerta de la capilla—. ¡Os digo que no entréis, pues aquí dentro está el mal y la perversidad: la misa! ¡Ningún buen escocés tiene que exponerse a ella, o caerá una vez más en la trampa del demonio!

Se oyeron unos murmullos antes de que los presentes lo obedecieran.

«¡Jacobo! —pensó María—. ¡Esto no es lo que me prometiste! No has defendido mi derecho a practicar mi religión en privado, la has insultado y has engañado a la gente. ¿Por qué no cumples nuestro pacto?»

El sacerdote, temblando, apenas fue capaz de celebrar el antiguo y necesario ritual.

«Pero Jacobo ha conseguido su propósito —se dijo María cuando terminó la misa—. La muchedumbre se ha retirado. Mi hermano es muy listo.»



## V

María contempló los rostros vueltos hacia ella de quienes estaban sentados alrededor de la larga mesa. Todos sonreían como si fueran hombres cordiales dispuestos a pasar una mañana de agradable conversación acerca de cuestiones sin importancia.

«Pero no serán cuestiones sin importancia —se juró a sí misma María—, por mucho que ellos intenten que lo sean.»

—Mis buenos lores y caballeros, os doy la bienvenida a la corte. —¡Que se enterasen de quién era ahora la que daba la bienvenida a quién!—. Me complace en extremo convocar esta primera reunión de mi Consejo Real y mis dignatarios, a quienes he elegido de acuerdo con lo que creo que cada hombre es capaz de aportar a su cargo. Como veis, entre vosotros hay católicos y protestantes.

Ellos seguían sonriendo a la espera de que María se adentrara un poco más en los asuntos que traía entre manos.

—Deseo nombrar a George Gordon, conde de Huntly, canciller del Reino.

El Gallo removió la considerable mole de su cuerpo en el asiento procurando reprimir una sonrisa.

—Os doy las gracias, Majestad —dijo.

—Para primer ministro elijo a Jacobo Stewart.

Le dirigió una leve inclinación de la cabeza. Aún estaba enojada por el comportamiento de su hermano durante los disturbios en el exterior de la capilla.

—Como secretario de Estado, quiero que William Maitland de Lethington permanezca en este cargo que tan bien ha desempeñado en el pasado. —María comprobó el placer que a Maitland le producía el haber sido ratificado en el cargo—. Para el Sello Real, sir William Kirkcaldy de Granje, un hombre que, según me han informado, es un joven soldado de gran valía.

Sir William era un apuesto joven cuyos músculos abultaban bajo las mangas de su jubón de terciopelo.

—En cuanto a los demás, todos quedáis investidos con la responsabilidad de prestarme ayuda. Os he elegido porque sé que poseéis fuerza y talento. Deseo que utilicéis ambas cosas en mi servicio y no contra mí.

Los hombres la miraron con más atención.

—Os doy las gracias por mi entrada oficial en Edimburgo —dijo María—. La preparasteis con mucho cuidado y amor. —Miró con interés los rostros que la rodeaban y añadió—: Pero el ataque contra mi casa por la celebración de la misa resulta intolerable.

—¡Yo lo evité, Majestad! —protestó Jacobo.

—Sí, cuando la multitud ya había entrado en el palacio. Los guardias estaban desarmados o no intentaron impedir la acción de los intrusos. ¿Por qué?

—A lo mejor estaban de parte del populacho —contestó Morton—. ¡Lo más probable es que sean todos unos buenos protestantes!

—La palabra «bueno» no puede aplicarse de ninguna manera al populacho —señaló María—. Me habéis prometido que se me permitiría practicar mi religión en privado. Y en mi proclama...

—¡Emitida sin nuestro conocimiento! —exclamó Jacobo, indignado.

—¿Por qué? ¿Acaso su contenido os desagrada? —le preguntó María.

—No. Pero no está bien...

—¿Que yo emita una proclama sin informaros? Eso no puede ser, claro. —María miró a los presentes, enfurecida—. Pero lo hice consciente de que me limitaba a confirmar lo que ya se había decidido en el Parlamento. —Esbozó una sonrisa y suavizó el tono de su voz—. No debemos trabajar con propósitos contrapuestos. Como sabéis, yo respeté vuestra decisión de convertirnos en un país protestante. ¿No podéis confiar en mí?

—¿Entonces es por eso por lo que lo hicisteis? —preguntó Erskine—. ¿Para que nosotros confiemos en vos?

María lo miró asombrada.

—Vos me conocéis de toda la vida. ¿Acaso no confiáis en mí, John Erskine?

—Me refería a los asuntos de Estado —se apresuró a contestar Erskine.

—Ha planteado una cuestión muy importante —señaló María—. Todos tenemos que confiar los unos en los otros, pues nos aguardan unas tareas muy importantes: devolver a Escocia la gloria perdida. Ello nos exigirá trabajar juntos y esforzarnos al máximo.

—¿Y cómo os proponéis conseguirlo? Escocia perdió su gloria en el campo de batalla de Flodden hace más de cincuenta años —objetó Maitland.

—Primero, acabando con las guerras...

—El Tratado de Edimburgo ya se encargó de resolver el asunto de las guerras —dijo Morton—, y la doctrina de la Iglesia Reformada se encargó de resolver nuestras luchas intestinas.

—¿Seréis tan amable de no interrumpirme? —le pidió María en tono sarcástico—. Cuando reine la paz en nuestra tierra podremos mirar de nuevo más allá de nuestras playas. Recibiremos embajadores extranjeros, ingresaremos en los consejos de otros reinos, vendrán artistas de fuera, los escoceses podrán viajar...

Su voz se perdió sin terminar la frase. Los hombres la miraban con caras largas.

—¿Queréis decir que para vos la grandeza estriba exclusivamente en puestos diplomáticos y diversiones artísticas? —preguntó Bothwell en tono pausado.

—¡Escocia ya ha rechazado todas esas frivolidades! —afirmó lord Stewart.

—Sí, suena un poco a algo que le habría encantado a Enrique VIII: ¡banquetes,

juglares, poetas heridos de amor! —dijo Morton—, o a los franceses.

—No me refería a eso —aclaró María—. Es evidente que primero debemos poner en orden nuestra casa. Por eso quiero que vos, lord Bothwell, asumáis vuestros deberes de lugarteniente de las Fronteras y os pongáis de inmediato en camino. Tiene que reinar la paz en toda Escocia; no ha de haber una sola región en la que imperen los robos y los asaltos.

Bothwell pareció llevarse una grata sorpresa.

—Sí, Majestad. Ahora mismo.

—Y enviaré a Maitland a Londres para que mantenga conversaciones con la reina Isabel —dijo María—. Ya es hora de resolver nuestras diferencias.

Lord Stewart pareció sorprenderse y desconcertarse.

—Después quiero efectuar un pequeño recorrido por mi reino —añadió María—. Ya es hora de que vea algo más que Edimburgo y oiga hablar de algo más que de John Knox. Estoy deseando ver la campiña. No es necesario que me acompañéis todos..., sólo vos, Jacobo, y vos, Huntly. Morton, comunicad a John Knox que exijo su presencia en Holyrood a mi regreso.

La barba de Morton pareció descolgarse cuando éste abrió la boca.

—Mi amadísima Reina y hermana —anunció Jacobo Stewart—, ahora nos corresponde a nosotros el honor de invitaros a un banquete especial. Podréis decirnos si es lo que habíais pensado para devolver a Escocia su gloria perdida y sus costumbres.

Ahora fue María quien se quedó de piedra. Su hermano estaba lleno de sorpresas.

El banquete se celebraría en la otra ala de Holyrood, donde se hallaban los aposentos de los cortesanos de mayor rango. Lord Stewart, en su calidad de regente en funciones se había apropiado de toda una serie de estancias y había decidido que el banquete se sirviera en una espaciosa sala de dos pasillos situada justo debajo de sus aposentos.

—¡Jamás había sido invitada en mi propio palacio! —comentó María mientras se cambiaba de vestido.

Sin embargo, lord George Seton le aseguró que se trataba de algo muy normal.

—Aquí acostumbramos hacerlo así.

La Reina y sus damas ocuparon su sitio en la mesa de honor junto a lord Stewart, Maitland y Huntly. María miró en torno a sí con curiosidad. No veía nada que le llamara la atención de un modo especial, e incluso las copas y las bandejas resultaban muy similares a las de Francia.

Lord Stewart se levantó y elevó las manos.

—Demos gracias al Señor por haber conducido a nuestra Reina soberana sana y

salva a las costas de su país —dijo. Todos los presentes, menos el grupo de María, inclinaron de inmediato la cabeza. Jacobo añadió con voz de trueno—: Y concédenos, oh, Dios Todopoderoso, que gobierne con rectitud y cuide solícitamente de su pueblo...

—Amén —musitaron todos, pero nadie se santiguó.

¡Así que era eso lo que decían en lugar de pronunciar un discurso de bienvenida! María sintió que se le arrebolaban las mejillas. Todo el mundo la miraba. ¿Esperaban acaso que dirigiera una oración?

—Os doy las gracias —se limitó a decir.

Jacobo hizo una seña con la cabeza, y los criados empezaron a servir la comida. Al mismo tiempo apareció un grupo de músicos en uno de los extremos de la sala.

Al lado de María, un muchacho permanecía de pie sosteniendo una jarra de plata, listo para escanciar el vino en su copa. Ella inclinó la cabeza y observó el rosado color del vino, que brillaba como el pétalo de una flor a través del cristal.

Por medio de un cucharón sirvieron en su cuenco el primer plato, una sopa caliente con un olor muy curioso en la que flotaban unos verdes filamentos y unos nudosos grumos blancos. Cuando se comió uno de los grumos, notó que éstos presentaban una consistencia esponjosa y resultaba imposible deshacerlos con los dientes. Los verdes filamentos eran viscosos. Intentó tragarse unos cuantos grumos enteros, y poco faltó para que éstos se le quedaran pegados a la garganta. Lord Stewart, sentado a su lado, la observaba.

—¿No os parece refrescante? —le preguntó—. Es un guiso de berberechos con algas marinas. —Otro criado se acercó—. ¡Ah, aquí tenemos las bolas de masa hervida de Dunfermline!

Dos pálidos e hinchados bultos esféricos descansaban uno junto al otro en una bandeja. María se armó de valor y permitió que el criado ensartara uno de ellos y se lo colocara en el plato.

—Se acompaña con esta salsa —señaló Jacobo.

Un muchacho se adelantó con un cuenco lleno de algo muy espeso.

María trató de cortar la bola pero le resbaló por el plato dejando un acuoso reguero salido de sus entrañas. Esbozó una leve sonrisa. Justo en ese momento le sirvieron unas lampreas asadas, seguidas de una sustancia arenosa de color gris. Le sirvieron ambas cosas en el plato sobre la bola de masa hervida. María hurgó en el granuloso montón.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Jacobo.

—Está hecho de hígado y redaño de cerdo —contestó éste, sonriendo—. Y aquí viene el *powsowdie*... Lleva una cabeza de oveja dentro.

María casi esperaba ver una cabeza sin ojos asomando por el borde del cuenco. Reprimió un estremecimiento de repugnancia.

Justo en aquel momento un sonido chirriante le hizo pegar un brinco. La música se elevó poco a poco, y acabó en una especie de gemido. Parecía un grito sobrenatural.

—Las gaitas —explicó Jacobo—. Se tocan estrujando una bolsa y enviando el aire a través de unos tubos. ¡Su sonido es distinto del de la delicada cornamusa francesa, que se le parece mucho pero carece de fuerza!

Otros músicos se unieron a los primeros tocando unos instrumentos con los que ella estaba más familiarizada, como por ejemplo, la chirimía, el laúd, la flauta y el silbato. Sin embargo, la gaita volvió a sonar y apagó todos los restantes sonidos.

María tomó un sorbo de vino y se horrorizó al descubrir que sabía a moho.

—Es vino de remolacha, Majestad —aclaró Jacobo—. Como sabéis, aquí no crece la vid. Hemos de arreglárnoslas con lo que tenemos.

De repente, la gaita empezó a chirriar con todas sus fuerzas. En la entrada de la sala había aparecido un grupo de hombres que portaban con reverencia una gran bandeja de plata. Todo el mundo se levantó y María imitó su ejemplo. El misterioso objeto que desprendía una nube de vapor fue llevado en procesión por la sala.

—Es el *haggis* —explicó Jacobo—, algo que sólo los auténticos escoceses saben apreciar. —Hizo una pausa antes de añadir—: Contiene el corazón, los pulmones y el hígado de una oveja, hervidos con los intestinos. Con grasa y gachas de avena, naturalmente.

Naturalmente. Antes de sentarse de nuevo para que les sirvieran, los invitados contemplaron el *haggis* con profunda admiración. Los criados depositaron una humeante cucharada en el plato de María, que tomó un buen bocado. No era peor que los berberechos. En realidad, era mejor, pues por lo menos podía masticarse.

—¡Ah, ahora ya sé que sois una auténtica escocesa! —exclamó Jacobo.

Sólo entonces María miró alrededor y observó que todos los hombres utilizaban las dagas para comer. Al parecer, las llevaban siempre consigo y las usaban a su gusto, incluso en los banquetes oficiales. Observó también que sólo unos cuantos hombres iban acompañados de sus esposas. ¿Sería Escocia un país de solteros? El propio Jacobo no estaba casado, claro, pero evidentemente tampoco lo estaban Maitland, el conde de Argyll, Bothwell ni el joven Hamilton, conde de Arran. Qué curioso. Y eso que todos ellos rondaban o superaban los treinta años, edad suficiente para estar casados.

Después de la morcilla, llegó el momento de los postres. Allí por lo menos, María esperaba pisar terreno seguro. Pero no: sirvieron algo que Jacobo le aseguró que era un pastel de manteca de cerdo —qué nombre tan encantador— y una tarta de whisky.

Cuando la gente ya rebañaba las migajas, la gaita volvió a soltar un chillido, y esta vez los criados se presentaron con varias jarras y botellas que depositaron en las mesas.

—¡Gracias a la cortesía del conde de Atholl, de sus propiedades de las Highlands, y del conde de Huntly, que también es propietario de tierras en el norte, esta noche tendremos el privilegio de deleitarnos con celestial néctar, el whisky!

Lord Stewart sostuvo en alto una botella que contenía un líquido de color tostado oscuro.

María había oído hablar de aquella fuerte bebida.

—Se prepara con brezo, ¿verdad? —preguntó.

—No —contestó Huntly—. Esto se prepara con cereales y agua de los manantiales de nuestras Highlands, y tiene aroma de turba. No hay en el mundo nada igual.

—¡Quiere decir que su propósito es beberse toneles enteros en el cielo! —exclamó Morton.

—¡El suyo sólo se bebe en el infierno! —repuso Argyll—. ¡El whisky que se bebe en el cielo es el mío!

—¡Comparadlos, comparadlos!

Llenaron unos vasitos con una muestra de cada clase. A María le sorprendió el que los vasos fuesen tan pequeños. En ellos cabía mucho menos que en una copa de vino. Se acercó uno a los labios y bebió un sorbo. De inmediato se le llenó la boca de una ardiente y profunda dulzura que pareció quemarla por dentro hasta el mismísimo estómago. Sin embargo, el regusto que le dejó era reconfortante y exigía otro sorbo. Su aroma difería de cualquier otra cosa que ella hubiera probado en su vida, y era tan fuerte que nada tenía que ver con el vino, sino que parecía algo del todo distinto.

Probó una muestra del whisky de lord Argyll y notó enseguida que, por debajo de su intenso sabor, el aroma era diferente, más profundo y ahumado.

Tras haber probado las dos muestras, empezó a sentirse un poco mareada y se negó a seguir bebiendo, en parte porque tuvo miedo. Los hombres, por el contrario, llenaron de nuevo los vasos sin vacilar.

Se pasaron un buen rato bebiendo y conversando en voz cada vez más alta hasta que una delgada mujer de pelirrojas trenzas se situó al fondo de la sala. Sostenía un arpa de una forma y un tamaño insólitos: suavemente curvada y fácil de sostener. La rasgó suavemente, como una madre que acariciara la cabeza de su hijo, y empezó a cantar con voz clara y purísima más propia de ángeles que de humanos. Los presentes en la sala enmudecieron de inmediato.

*un barco sin fondo los pies pondré,  
tre y señora, madre y señora,  
un barco sin fondo los pies pondré  
unca jamás me volverás a ver.*

*¿qué le dejarás a tu pobre mujer,  
¡Davie, hijo Davie?  
a toda la vida pesar y dolor  
más me volverá a ver.*

¡Algunos lores rompieron a llorar! ¿Sería el efecto del whisky, o de la triste canción? Resultaba desconcertante ver a aquellos curtidos guerreros con las dagas todavía en la mano, conmovidos hasta las lágrimas por una canción.

En cambio, los franceses se sentían molestos y sin saber qué hacer. Al ver que el duque de Aumale esbozaba una sonrisita, María sufrió una extraña decepción por su comportamiento.

—Gracias, mi señora Jean —dijo lord Stewart. Volviéndose hacia los invitados, añadió—: Aunque la Iglesia no aprueba la música frívola, la danza ni las representaciones alegóricas, debemos apreciar las buenas canciones de nuestro pueblo en todo lo que valen.

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron todos a la vez.

María contempló a los hombres que la rodeaban, exaltados en su alegría y en su manera de comer y de beber. Ella no había bebido más de la cuenta pero, a pesar de que el whisky no le corría por las venas, sintió en lo más hondo de su ser algo que la hizo sentirse unida a aquellos hombres.

## VI

Un día hermoso y lleno de verdor María salió a caballo con un grupo de unas cincuenta personas para visitar los escenarios de su infancia en Escocia. Abandonaron Edimburgo en dirección oeste bordeando el estuario del Forth por su parte más estrecha. El tiempo era el típico del mes de septiembre en que los luminosos cielos azules quedaban de repente cubiertos por grises nubes en rápido movimiento. Antes de llegar a Linlithgow, a sólo unas dieciocho millas de Edimburgo ya les había llovido tres veces, y la tierra se había secado en los intervalos entre los aguaceros.

El sol brillaba cuando atravesaron el viejo mercado próximo al palacio. De pronto, toparon con la arqueada puerta exterior cuyos medallones representaban las cuatro órdenes de caballería. Cabalgaron un poco más por una ligera cuesta hasta que todo el palacio apareció ante ellos alto, dorado y elegante recortado contra el cielo azul turquesa.

—Oh —exclamó María refrenando su montura.

Era precioso, tan precioso como cualquier palacio de Francia.

Tenía cinco pisos de altura y estaba construido alrededor de un patio abierto. Cuando desmontaron y entraron, se encontraron en un vasto espacio rodeado por murallas almenadas con torres de seis pisos en cada esquina. En el centro del patio había una impresionante fuente de varios niveles, embellecida con complicados adornos.

—Nuestro regio progenitor mandó traer obreros franceses para que la construyeran —explicó lord Stewart, de pie a su lado señalando la fuente.

—Yo nací aquí —dijo María—. ¿Dónde está la habitación?

—En los aposentos de la Reina, naturalmente —contestó Jacobo—. Ofrecen vista al lago. Venid.

La acompañó subiendo por la gran escalinata de una de las torres y a través de las vacías y silenciosas cámaras, hasta llegar a una estancia que hacía esquina.

María recorrió con la vista la pequeña habitación de altas ventanas y vio un oratorio que daba al lago de aguas de un azul intenso.

—O sea que... éste es el lugar donde nací —dijo al cabo.

—En efecto. Y después fuisteis bautizada en la iglesia de San Miguel que forma parte del palacio —añadió su hermano.

María deseaba ver la iglesia y la pila donde había sido bautizada, pero no en compañía de aquel hereje. Regresaría más tarde.

—Es un palacio muy lujoso —dijo Jacobo—. Baldosas importadas de Flandes, una inmensa sala donde solía reunirse el Parlamento, habitaciones con revestimientos de madera de roble... Es el palacio más elegante con que cuenta Escocia.



—Ya lo veo.

Confiaba en que los franceses estuvieran satisfechos.

Al día siguiente se dirigieron a Stirling a unas treinta y siete millas al oeste de Edimburgo, siguiendo todavía el estuario del Forth, que se estrechaba hasta que la bahía se convertía en un río. Pisaban un territorio histórico en el que Roberto Bruce, su antepasado de nueve generaciones atrás, había derrotado a los ingleses en la batalla de Bannockburn, salvando con ello la soberanía de Escocia justo a los pies de Stirling. Allí estaba el único puente que cruzaba el Forth. Río abajo de Stirling sólo había transbordadores, y río arriba, los vados se encontraban en un peligroso terreno montañoso. Stirling dominaba el puente y, desde allí, todo el valle y las hoyas que conducían a las Highlands. «La llave de Escocia», llamaban a Stirling.

Desde muchas millas de distancia se divisaba el gran peñasco en cuya cumbre se elevaba el castillo, a doscientos cincuenta pies por encima del llano. Aunque María no lo reconoció desde lejos, cuando emprendieron la lenta subida por el camino y llegaron por fin al patio, los recuerdos dispersos empezaron a juntarse y a regresar a su mente.

Paseó con expresión asombrada por el cuadrado patio superior, contempló el palacio construido con una piedra tan gris como los peñascos sobre los que estaba asentado y examinó todas las estatuas de las hornacinas ornamentales que cubrían los muros.

¡Recordaba aquellas estatuas! ¡Vaya si las recordaba! Había una al otro lado del palacio que, según lady Fleming, era la de su padre. De niña solía observarla largo rato como si esperara que se moviera y le hablara. Se situó delante de ella y estudió la oscura piedra labrada. No era una imagen natural ni le decía nada acerca de su padre. Sus ojos eran grandes y acusadores y su rostro fruncía el ceño y miraba con una expresión tan condenatoria como la de John Knox.

—¿Recuerdas las carreras de ponis que solíamos hacer por el Nudo del Rey alrededor de los jardines? —le preguntó a Lusty mientras contemplaban los jardines de abajo.

Ella las recordaba, y también haberse deslizado por la empinada ladera de la colina en un cráneo de vaca las tardes de invierno.

Mientras la acompañaban en un recorrido por el palacio hasta el dormitorio de la Reina —el del Rey estaba vacío a pesar de que era más amplio—, donde se sentó a descansar con sus Marías y con madame Rallay, María lamentó que sólo le resultaran familiares unos pocos detalles. Sus recuerdos eran escasos y dispersos.

A la mañana siguiente quiso ver la capilla real y la espléndida gran sala adosada al palacio, al otro lado del patio. La capilla real estaba dolorosamente vacía —¡obra de los reformadores!—, pero la gran sala era una maravilla. Tenía un alto techo de vigas falsas de madera y varias chimeneas a lo largo de los muros con miradores y medía unos cien pies de longitud.

«Aquí podría celebrar mi boda —pensó—. Me casaría en la capilla real y después ofrecería un banquete y unas representaciones alegóricas...» Mientras pensaba en ello, la desierta sala se llenó de antorchas encendidas y de una ingente cantidad de personas mientras la música sonaba dulcemente por encima del murmullo de las voces, y ella se imaginaba que bailaba...

«El año pasado por estas fechas Francisco y yo cazábamos jabalíes en los bosques de Orleans... ¡Oh, Francisco!», lloró en silencio. Se sentía culpable por haber imaginado, aunque sólo fuera por un instante, su segunda boda.

Se quedaron sólo dos días en Stirling. Desde allí, tras cruzar el viejo puente de piedra tendido sobre el Forth, atravesaron el valle que conducía por el nordeste a la ciudad de Perth, situada en el extremo del estuario del Tay, donde éste se convertía en un río justo por encima del estuario del Forth de Edimburgo.

El Tay era más pequeño que el Forth, y Perth también era una pequeña ciudad ubicada muy cerca del antiguo paraje de Scone, donde antaño se conservaba la sagrada Piedra de la Coronación de Escocia. Contaba la leyenda que ésta había sido traída mucho tiempo atrás desde Irlanda; pero ya no importaba, pues Eduardo I de Inglaterra se la había llevado, y se conservaba en la abadía de Westminster. La ciudad de Perth, antigua capital de Escocia, también había sufrido unos cambios fundamentales. Allí, en la iglesia de Saint John, John Knox había pronunciado dos años atrás un encendido sermón que había provocado saqueos y destrucción. ¡John Knox! Estaría esperándola en Edimburgo, sin duda con la Biblia en una mano y la espada en la otra. Temía el momento en que tendría que recibirlo, pero no quería prepararse para ello.

Se le entristeció el corazón al pasar por delante de los dañados edificios y, a pesar de la cordial recepción que le dispensaron los ciudadanos, no pudo por menos que preguntarse si la bienvenida había sido sincera. La temperatura había bajado.

Lord Stewart y Huntly discutían por algo, aunque ella no oía bien sus palabras. Jacobo mantenía los labios fruncidos como si quisiera reprimir un acceso de cólera, mientras que el rostro de Huntly enrojecía por momentos.

Aquella noche después de cenar, María se empeñó en averiguar qué ocurría.

—Huntly insiste en que debería autorizarse de nuevo la celebración de la misa en

ciertos condados —le contestó Jacobo Stewart.

—¡He dicho que no es justo que no se permita! Hay todavía muchos católicos en el país. ¡El Parlamento no puede obligarnos a convertirnos! —gritó Huntly.

—¡Por favor! —exigió María—. En el futuro no arméis escándalo discutiendo abiertamente delante de los ciudadanos. Esperad a hacerlo cuando os encontréis tras los muros privados.

—¡Vos misma estáis dando escándalo! —espetó Jacobo.

María lo miró con sincero asombro.

—¿Y eso?

—¡Aquí en Escocia no es costumbre montar a mujeriegas enseñando las piernas! ¡No sólo es incorrecto, sino hasta indecente!

María lanzó un suspiro de alivio y se echó a reír. ¿Eso era todo? Pero más tarde reflexionó sobre las palabras de su hermano y se preguntó si no estaría incurriendo en falta sin querer con otras acciones suyas. A pesar de que era ya tarde (¿otro escándalo quizá?), mandó llamar a James Melville para hacerle una petición. Cuando el cortesano se presentó en su cámara y ella le tendió las manos, no se atrevió a tomarlas y se limitó a saludarla con una profunda reverencia.

—¡Vamos, Melville! Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que nos mostremos cohibidos el uno con el otro, ¿no os parece? —le dijo.

James Melville, que tenía aproximadamente la misma edad que lord Stewart, la había acompañado en Francia y se había educado allí, aunque también había servido en las cortes alemanas y había sido soldado en Escocia. Como consecuencia de todo ello, era uno de los hombres más refinados de la corte escocesa y María pensaba que sería su aliado.

—¿Cuál es vuestro deseo, Majestad? —preguntó Melville.

—Muy sencillo —contestó María—. Desconozco las costumbres de aquí y es posible que, con la mejor intención, pero por simple ignorancia, cause escándalo de vez en cuando. Por ejemplo, he visto que no queríais tomar mis manos, ¡aunque no creo que os hayáis escandalizado! —se apresuró a añadir—. Sin embargo, quizás otras acciones del todo inocentes no sean tenidas por tales.

El atractivo y afable rostro de Melville la miró con curiosidad. De hecho, si hubiese debido elegir una palabra para describirlo, pensó María, la que más le habría cuadrado hubiera sido el adjetivo «placentero».

—No os entiendo. Yo no me he sentido escandalizado.

—Temo haber escandalizado a alguien en Perth, pero no estoy segura. Mi hermano Jacobo me ha hecho un comentario... En cualquier caso, quisiera pedir os que fuerais mi mentor. Mi buen Melville, os ruego que me digáis en todo momento si he dado escándalo con mis palabras, mi atuendo o mis costumbres. Lord Stewart me ha dicho que mi manera de montar a mujeriegas no era decorosa.

Melville la miró con cierta turbación.

—Ha sido un poco... provocativa. ¡Para la gente de aquí, quiero decir! Vos y yo sabemos que hace años que Catalina de Médicis enseña las piernas de esa manera — dijo Melville con intención.

—Eso es justo a lo que me refiero, Melville. Las costumbres varían, y yo quiero que todas mis acciones aquí resulten correctas. ¡En cuestiones menores de etiqueta, por supuesto! No me refiero a asuntos de conciencia. ¿Prometéis informarme siempre? — preguntó María en tono burlón a pesar de que hablaba muy en serio.

—Lo... lo intentaré.

—¿Y que no tendréis reparo en hacerlo? Recordad que me haréis un gran favor.

—Sí..., claro. Bien, más vale que empiece ahora mismo. Aquí en Escocia el monarca no estrecha las manos de sus servidores ni tampoco se apoya en ellos ni los toca demasiado. —Melville hizo una pausa—. Se puede interpretar mal. Claro que vos y yo sabemos que...

Desde Perth el grupo recorrió una corta distancia hasta Dundee, ciudad situada también a orillas del Tay, pero más cerca de su desembocadura, y desde allí cruzaron el río para pasar a la región de Fife, situada entre los estuarios del Tay y el Forth, que en tiempos muy antiguos había sido un reino independiente.

Por el camino, a María le había llamado la atención el pulcro verdor de Escocia con sus inmensos parajes sin árboles y sus centenares de pequeños lagos. Los bosques que allí se talaban tardaban mucho tiempo en crecer de nuevo. Todos los colores eran suaves y a menudo aparecían velados por la bruma, excepto el verde intenso, cuyo brillo lo traspasaba todo.

Muy poca gente paseaba por aquellos lugares, y pocos eran los campesinos que labraban la tierra alrededor de las grandes rocas grises diseminadas por doquier. Los cielos parecían interminables, y el tiempo cambiaba con mucha facilidad. Las nubes del oeste cruzaban veloces el cielo, descargaban la lluvia y se alejaban en menos de una hora.

Aquí y allá, en medio del áspero paisaje, María vio unas solitarias torres cuadradas semejantes a gruesos dedos.

—Casas-torre —le explicó Huntly—. Puramente defensivas.

En Francia María jamás había visto fortalezas sin un castillo. Pero Escocia estaba más cerca de la lucha por la supervivencia.

No obstante, presentaba una hermosura insólita con su extraña luz difusa, su apagada paleta de colores y los apacibles lagos en los que se reflejaban los tonos plateados y grises del cielo.

—¡Qué país tan bello! —le dijo María a su hermano mientras cabalgaban por un

camino lleno de baches.

Casi nunca se perdía de vista el mar y ahora ella lo veía brillar tan liso como un espejo a su izquierda.

Se le ocurrió pensar que, si el blanco era el color de Francia, el verde, el gris, el plateado y el marrón eran los colores de Escocia. Las rocas, base de la tierra, eran grises en todas sus variaciones, desde los más pálidos guijarros jaspeados hasta las melladas rocas casi negras en torno a las que murmuraban las aguas del mar. Aquellas piedras eran el único material de construcción, por cuyo motivo no sólo eran grises los castillos sino también las casitas y las calles adoquinadas. ¡Pero con infinidad de matices! El gris ya empezaba a parecerle espléndido y misterioso.

¡Y los marrones! Había ovejas marrones de las que se obtenía una lana de color ceniciento que se empleaba para tejer la ropa. Las colinas eran de un color pardo grisáceo con numerosas manchas desnudas, y los pequeños y fieros terriers eran de un apagado color pardusco. Las casitas tenían techumbres de paja marrón claro, los pantanos eran de color marrón verdoso y tanto los helechos como las cañas eran marrones. ¡Hasta el whisky era intensamente marrón!

El color plateado cubría como una pátina los grises y los marrones, pues ambos colores se desvanecían a veces convirtiéndose en una brumosa versión translúcida de sí mismos, de tal manera que la juncia adquiría un brillo nacarado, y las murallas de un castillo se veían envueltas en una especie de luminiscencia. Los lagos que reflejaban los tranquilos cielos parecían espejos de extrañas formas que una descuidada dama hubiera abandonado en la tierra.

En remolinos alrededor de todos esos sencillos y honrados colores destacaba el omnipresente y trascendente verde que parecía surgir en lugares tan inesperados como las grietas entre las piedras de los edificios y que envolvía todo el país cual un velo de bruma.

En otoño dominaba fugazmente el suave tono morado de las colinas: el color de los brezos en flor. También llamaban la atención los minúsculos toques anaranjados de las flores silvestres y los matorrales, el salmón recién cocido o el fulgurante cabello rojizo de una persona en medio de la muchedumbre.

La gente vivía, en general, en tristes casitas de piedra que ni siquiera estaban protegidas por vallas. Los habitantes de la región salían a sus puertas para contemplar el paso de María y su séquito y saludarlos tímidamente con la mano. El cabello a menudo rojizo y los pecosos rostros de aquellas gentes llamaban poderosamente la atención de María.

—Normalmente no son propietarios de sus tierras ni de sus casas —le explicó lord Stewart—, y por eso no ven razón alguna para vallarlas ni hacer reformas. ¡Es una lástima!

En efecto, lo era. Pero ¿significaba eso que se trataba de un país pobre? María se

preguntó qué podía hacerse para mejorar la situación de la gente. Sin embargo, ¿cómo dejaría de ser pobre un país tan pequeño? La población de Escocia era unas veinte veces más pequeña que la de Francia, y el país se hallaba muy al norte. A no ser que se descubriera oro, ¿cómo podía Escocia mejorar su suerte?

Tras cruzar el Fife, el paisaje se suavizaba y presentaba un aspecto más lozano.

—Ésta es la parte más dulce y amable de Escocia —le informó Jacobo—. Hacia el oeste, las islas resultan frías y desoladas. Al norte, más allá de los estrechos valles que conducen a las Highlands, la gente es distinta. Viven en sus fortalezas de la montaña, formando clanes, libres de cualquier intromisión. En su inmensa mayoría siguen siendo católicos. O eso se consideran ellos. Pero la verdad es que aún son paganos.

—¿Los ha visitado alguna vez un rey? —preguntó María.

—Nuestro padre hizo una travesía por mar hasta las islas Órcadas y después bajó por la costa occidental. Pero no, ningún gobernante ha subido a sus montañas. Hablan una lengua distinta y lo más probable es que no supieran quién era. Sólo conocen a los jefes de sus respectivos clanes.

María se entristeció al ver Saint Andrews, pues la catedral en la que sus padres se habían casado había sido totalmente asolada por los reformadores. Al otro lado del camino se levantaba el castillo en el que se había exhibido el cuerpo del asesinado cardenal Beaton. Saint Andrews era ahora un santuario de la revolución protestante.

De no haber sido por eso, la ciudad habría resultado muy agradable, pues se erguía en lo alto de unos escarpados farallones sobre el embravecido y rugiente mar, y en el vigorizante aire resonaba el rumor de las olas y de los estridentes gritos de las gaviotas. Sin embargo, María se alegró de dejar la ciudad a su espalda para dirigirse al palacio de Falkland.

Atravesaron silenciosos bosques —allí en Fife había cotos de caza reales— hasta que, al final, avistaron las murallas y las torres del palacio iluminado por el dorado sol del atardecer, descansando en la hondonada como un león dormido. Detrás de él se extendía un denso bosque.

—¡Mira! ¡Mira! —le indicó María a la rubia Beaton, que se acercó con su caballo y miró en la dirección que la Reina le señalaba—. Éste es tu antiguo hogar.

María Beaton lo escrutó, intentando recordarlo. Su padre era custodio hereditario del palacio de Falkland, y ella había nacido allí, pero desde la edad de cuatro años había vivido con la Reina.

—Qué extraño resulta llegar a un hogar que no logras recordar —dijo al fin.

## VII

William Maitland esperaba. ¡Pero no con ansia!, se dijo. No, no con ansia.

«Será agradable ver de nuevo a Cecil —pensó, intentando tranquilizarse—. Lo he pasado muy bien en nuestros anteriores encuentros y su mujer siempre se ha mostrado muy amable conmigo. A fin de cuentas, no es la primera misión diplomática que llevo a cabo en Londres.» Pero sí sería su primer encuentro cara a cara con la reina inglesa, y sentía curiosidad por ver a la que había desatado tantas lenguas y había provocado tantas discusiones, entre ellas la de si tenía derecho a sentarse en el trono de Inglaterra. Pendía sobre ella la acusación de bastardía...

Maitland iba pulcramente vestido con un atuendo de terciopelo marrón oscuro confeccionado por el mejor sastre de Edimburgo. Lo llamaba su «atuendo diplomático», porque era suficientemente discreto como para complacer a los miembros de un credo religioso más bien tristón y, a la vez, lo bastante refinado como para ganarse la aprobación de un parisiense. El corte y la tela eran de la mejor calidad para evitar que los ojos críticos descubriesen en la vestimenta del principal secretario de Escocia alguna huella de los apuros económicos del reino. Le habían especificado con toda claridad cuál era su misión: llegar a un entendimiento con Isabel y concertar una reunión entre las dos soberanas. Parecía muy sencillo pero no lo era.

Empezó a ir y venir por la estancia sin advertirlo. Eso no podía ser. Trató de entretenerse contemplando el revestimiento de lino de las paredes, examinando los pestillos de las ventanas y observando con interés las numerosas embarcaciones que surcaban las aguas del Támesis y sus orillas llenas de pescadores. Era un espléndido día de septiembre, uno de esos días más veraniegos que los del propio verano, pues allí arriba, en Richmond, el ritmo de la campaña resultaba más visible que en Londres. Divisaba incluso los campos que se extendían a lo lejos y, al otro lado, el bosque donde se llevaban a cabo las cacerías reales, todavía cubierto de verdor, como si no tuviera la menor intención de desprenderse de sus hojas en invierno.

—Su Majestad os recibirá ahora mismo.

Maitland se volvió, sobresaltado. Un guardia sostenía la puerta abierta, y un secretario miraba desde el umbral. Se encaminó hacia la cámara, repasando en la mente la misión que debía cumplir.

Allí estaba Isabel, de pie con las manos cruzadas delante. Lo primero que le llamó la atención a Maitland fue su baja estatura. Se había acostumbrado a la de María.

—Majestad —dijo, inclinándose en una profunda reverencia—, soy portador de los fraternales saludos de mi soberana, la reina de Escocia.

—Me complace.

Desde su estratégico lugar de observación, Maitland veía los largos y blancos

dedos de ella —muy parecidos a los de María—, que le indicaban por señas que se levantara. Lo hizo de inmediato y vio que la Reina le sonreía.

Procuró disimular la minuciosa inspección que estaba llevando a cabo, pero tomó nota de todo cuanto rodeaba a la Reina.

—Éstos son mis fidelísimos consejeros William Cecil y Robert Dudley.

Cecil y Dudley inclinaron la cabeza.

—He tenido el privilegio de trabajar con el señor secretario Cecil otras veces —dijo Maitland.

—En efecto, durante el período de permanencia de la regente en su puesto. Es un placer.

Cecil se comportaba como si en efecto fuera un placer. Y quizá lo fuera. Resultaba agradable trabajar con Cecil, pues era un hombre muy bien organizado que iba enseguida al grano y sabía juzgar con habilidad a las personas. En cuanto a Dudley, Maitland deseaba ver a aquel amante que parecía ofrecer a las mujeres algo que él, Maitland, ignoraba.

—Siento mucha curiosidad por mi célebre prima la reina de Escocia —aseguró de pronto Isabel—. A decir verdad, María ha sido objeto de mi interés desde que nació.

Maitland la contempló con admiración. Aquella menuda pelirroja sabía cómo colocar a los demás a la defensiva y no andarse con rodeos.

—Creo que ella también siente curiosidad por vos —respondió Maitland—. Aceptaría gustosa una reunión para que os vieseis cara a cara. Sin embargo, entretanto, desea intercambiar unos retratos.

Tenía la intención de ofrecer el obsequio de su señora en otro momento más oportuno y no al comienzo de la entrevista, pero ahora le parecía indicado hacerlo y le entregó a Isabel la miniatura que llevaba.

Ella la desenvolvió, retirando la seda francesa de vivo color azul que la protegía. La miniatura mostraba un ovalado rostro de mirada cautelosa, labios que esbozaban un simple atisbo de sonrisa y un retazo de cabello cobrizo que asomaba por debajo de un tocado blanco. Parecía una jovencísima monja, una muchacha que hubiera tomado el hábito atraída por la promesa del éxtasis religioso.

—¿Es su fiel imagen? —le preguntó Isabel a Maitland.

Éste tomó de nuevo la miniatura y la estudió con cuidado, entornando sus inteligentes ojos castaños.

—Sí y no —contestó al fin—. Se pintó cuando la Reina estaba de luto por su madre y su suegro. El velo blanco es el *deuil* francés. La abrumaba el dolor y esto se refleja en su semblante. Ahora es mucho más hermosa, pues a su belleza se añade el movimiento y el espíritu.

—Aquellas muertes la hicieron monarca por partida doble, ¿no es cierto? —preguntó Isabel—. Creo que eso debió de calmar un poco su dolor.



—Las lloró amargamente —repuso Maitland—. Y unos meses más tarde tuvo que llorar la muerte de su esposo. Tres duros golpes en dieciocho meses...

—Pero aquellos golpes la devolvieron a Escocia... —Isabel le hizo señas de que se sentara. Maitland obedeció aliviado. Le dolían las rodillas cuando permanecía mucho tiempo de pie. Cecil y Dudley también se sentaron—. Para alegría del pueblo, sin duda —añadió.

¿Era una pregunta? Sólo si él decidía interpretarla como tal, pensó Maitland.

—Ciertamente. Llevábamos mucho tiempo sin soberano. Una regente no es lo mismo —admitió.

—Eso parece.

Isabel se reclinó en su asiento y cruzó las manos, mirándolo con sus negros ojos de pájaro.

Cecil se inclinó hacia delante.

—Mi querido señor secretario —empezó—, la última vez que os escribí a Escocia me asegurasteis que vuestra reina aprobaría el tratado que con tanto esfuerzo habíamos elaborado a propósito de los franceses, los ingleses y los escoceses. Nosotros hemos cumplido nuestra palabra; nos hemos retirado de Escocia. Los franceses también lo han hecho. Pero vuestra reina jamás lo ha ratificado, alegando, permitidme la franqueza, vagas y endebles razones. Tal como vos sabéis, ella debía renunciar al trono de nuestra gloriosa Reina aquí presente.

Maitland se alegró de que le dieran aquel pie. Se alisó la suave barba pulcramente recortada de la que tanto se enorgullecía.

—Eso se debió a que, tal como se había redactado el tratado, la Reina no sólo tenía que renunciar a sus actuales pretensiones al trono de Inglaterra, sino a los derechos sucesorios, aun en el caso de que vos (¡Dios no lo quiera!) murierais sin descendencia. Y eso ella no puede hacerlo en conciencia pues significaría renunciar a los derechos de sus herederos (que tendrá, Dios mediante) con independencia de que quizá resulte necesario ejercerlos si surge la ocasión.

—¿Qué ocasión? —preguntó Dudley de repente.

El sonoro tono de su voz rayaba en la fanfarronería. ¿Era eso lo que tanto les gustaba a las mujeres?

—Ninguna de estas dos bellas reinas está casada —contestó Maitland en suave tono tranquilizador—. En la próxima generación, ¿quién gobernará si cualquiera de ambas partes no cuenta con un heredero? Lo más prudente en tan apurada situación es que una de ellas pueda intervenir para salvar el trono de la otra.

—¡Muy prudente! —exclamó Isabel, soltando un bufido—. ¡Una peligrosa tentación! ¡Y no es que a mí me tiente Escocia, que quede bien claro!

—Pero es posible que tentara a vuestro hijo —aseguró Dudley—. Y si María no tuviera hijos...

—Exactamente. O viceversa —dijo Maitland—. Deberíais elegir a vuestros parientes por encima de todos los demás aspirantes. No conviene recurrir a los extraños.

—María Estuardo es una extraña —afirmó Isabel con obstinación.

—Por la sangre, no —insistió Maitland—. Si accedierais a reuniros con ella, todos los recelos terminarían.

—Accedo a reunirme con ella —dijo Isabel en tono despreocupado.

—¿Cuándo? —la apremió Maitland.

—No hasta después de que se constituya el próximo Parlamento —le advirtió Cecil—. Hasta entonces no debéis emprender viaje alguno.

—Pues el verano que viene —dijo Isabel—. Podemos reunimos en algún lugar del Norte. ¿En Nottingham tal vez?

—La Reina se reunirá con vos donde queráis y con sumo gusto —contestó Maitland, confiando en que así fuera—. ¿En julio entonces?

—Mejor en agosto; así podré combinarlo con un viaje oficial.

Tanto el astuto Cecil como el apuesto Dudley pusieron cara de sorpresa.

—En tal caso, el joven duque de Norfolk deberá ofrecer hospitalidad y diversión —dijo Dudley—. ¿Quién más hay por allí arriba? El conde de Northumberland, el conde de Westmoreland..., pero les falta experiencia.

—Por eso resultarán más ingeniosos y flexibles —opinó Cecil.

Todos se rieron de buen grado. Isabel le hizo una seña a una de sus damas y enseguida apareció un criado con un cuenco de cristal, una bandeja de pan sin levadura y unos vasos de sidra fresca.

—El otoño ha sido generoso —dijo Isabel, tomando un vaso y bebiendo un sorbo.

Maitland se percató, horrorizado, de que la entrevista había tocado a su fin y él no había recibido una respuesta al principal asunto que lo había llevado hasta allí.

—Esta confitura se elaboró con las moras que me trajo mi querido Robert —dijo Isabel, señalando el contenido del cuenco de cristal mientras miraba con una sonrisa a Dudley.

Maitland se sirvió pan y confitura sólo después de que Cecil y Dudley lo hicieran. Procuró comer despacio y no dejar traslucir su prisa. Al final, se limpió los labios con su pañuelo de encaje.

—Majestad, en relación con el tema que tanto nos interesa a todos, debo deciros que mi señora firmará con gusto el Tratado de Edimburgo si éste se enmienda de tal manera que ella sea reconocida ahora como sucesora a vuestro trono... siempre y cuando vos no tengáis descendencia.

Isabel lo miró fijamente. Su rostro no había mostraba ningún rasgo suave o delicado; tenía la boca tan apretada que parecía una antigua cicatriz.

—¡Cómo! ¿Creéis que yo sería capaz de amar mi propia mortaja? —espetó

finalmente en un sibilante susurro—. En el momento en que nombrase heredera a María Estuardo, me vería obligada a odiarla, pues cada vez que la mirara —contempló con furia la miniatura— vería la fosa de mi tumba.

—Eso es lo que deben de pensar todos quienes hacen testamento —dijo Dudley jovialmente—, pero los abogados nos recomiendan que lo hagamos. No cabe duda de que resulta desagradable leer estas frases tan explícitas: «En el momento de mi muerte», «a los diez días de mi muerte», «mi cuerpo será embalsamado con», pero experimentamos un estremecimiento de inquietud y firmamos, pues el no hacerlo constituye... una falta de responsabilidad.

—¡Robert! —exclamó la Reina, levantando la voz—. ¿Estáis diciendo, estáis insinuando que soy una irresponsable con mi trono y con mi pueblo?

—Rechazar el matrimonio y negarse a nombrar un heredero... ¡sí, es una falta de responsabilidad!

—¡Ah! —gritó Isabel, exasperada.

«Debe de quererlo mucho —pensó Maitland—. Nadie más se atrevería a hablarle de este modo. Pero es necesario que así se haga. A ver si al final tendremos que dar las gracias a Dios por la existencia de Dudley.»

—¡Robert! —añadió la Reina, acariciando el cabello de Dudley entre risas.

Maitland se escandalizó.

—Vos sabéis que eso no puede ser —repuso afectuosamente la Reina. De pronto se mostró tan autoritaria como al principio—. En cuanto nombrara un heredero, perdería el control. *Plures adorant solem orientem quam occidentem*. La mayoría de la gente prefiere adorar el sol naciente que el poniente. El heredero se convierte en el foco de todos sus sueños insatisfechos. Lo comprendí durante el reinado de mi hermana cuando yo era la heredera. Permitidme que os explique una cosa. —Condujo a Maitland a un gabinete de la estancia, se sentó sobre los mullidos cojines del asiento de la ventana y le indicó por señas que se sentara a su lado—. Un futuro gobernante es un sueño —aseveró—. Un gobernante actual es un mundo despierto. Los niños sueñan con las manzanas en diciembre y lloran cuando despiertan y descubren que no las hay. De la misma manera, los súbditos soñarán con lo que les dará el príncipe cuando reciba la herencia y llorarán al descubrir que su esperanza no ha sido más que un sueño. Os digo que no hay ningún príncipe vivo o que haya vivido, incluido Salomón, que haya sido lo bastante rico como para satisfacer la codicia del pueblo. De ahí que los súbditos siempre ansíen la llegada del futuro príncipe y nunca aprecien los méritos del presente, a menos que éste sea su única esperanza.

«Qué bien comprende los aspectos más sombríos y desagradables de la naturaleza humana —pensó Maitland—. Pero, si se niega a casarse, al final ocasionará la desgracia de su pueblo, pues nadie vive eternamente para ser la única esperanza de los demás.»

—Comprendo —dijo.

—No obstante, si en este momento me viera obligada a elegir a un heredero, elegiría a María Estuardo por encima de todos los demás —aseguró la Reina de improviso—. Prefiero no tener que elegir, pero si me viera obligada... —Enarcó las finas y pálidas cejas.

—¿Estaríais dispuesta a ponerlo por escrito? —preguntó Maitland—. Me temo que mi señora me pedirá que se lo repita tan a menudo que, al final, se me secará el cerebro.

—Me parece que lo tenéis lo bastante sano como para resistir unas cuantas repeticiones —replicó Isabel con una sonrisa en los labios. El gesto modificó la expresión de su rostro, confiriéndole un aspecto misterioso y cautivador. Incluso sus penetrantes ojos oscuros no parecían inquisitivos, sino cordiales—. No, no pienso ponerlo por escrito. Vuestra soberana deberá confiar en vuestra memoria y en mis intenciones. Además, muy pronto podrá pedírmelo en persona. ¡En sólo unos meses! Entretanto, decidle que sin tardanza le enviaré un retrato y que le entrego esta sortija de diamantes en prenda de amistad. —Se quitó la sortija del dedo. Era un doble anillo hecho con dos piezas entrelazadas: dos manos sujetaban en el centro sendos diamantes que juntos formaban un corazón. Separó ambas piezas y le entregó una a Maitland—. Es una costumbre inglesa —le explicó—. Si la Reina de los escoceses quiere ser mi heredera, tendrá que empezar por comprender las costumbres inglesas. Entregamos una sortija que encaja con otra igual. Se devuelve al donante en momentos de apuro para demostrar la amistad. Cuando las dos mitades encajen de nuevo, me veré obligada a acudir en su ayuda.

—Mi señora se sentirá muy honrada —afirmó Maitland, examinando la sortija.

—Decidle que no abuse de ella ni me la devuelva por una nadería como el maestro Knox —aconsejó Isabel, y se levantó riendo.

La entrevista había tocado a su fin.

## VIII

Mientras galopaba por el bosque de Falkland en aquel último día de octubre, María advirtió que el sombrero se escapaba volando de su cabeza. Se elevó en el aire y dio vueltas como una de esas hojas que caían perezosamente de los árboles sin que nadie supiera adónde iban a parar. Al mismo tiempo, se le había soltado el cabello, que ondeaba libre a su espalda como el de una colegiala descuidada. Entre jadeos y risas, María siguió cabalgando sin aminorar la marcha para que sus acompañantes la alcanzaran.

Sabía que los franceses comparaban aquel bosque con los de Chambord y Fontainebleau, y no quería detenerse a oír sus despectivos comentarios acerca de Falkland. Aquél era su bosque, un bosque muy querido por su padre, y ahora los franceses —sus tíos el marqués de Elboef, el duque de Aumale y el gran prior Francisco, así como los escritores Brantôme y Chastelard, que los acompañaban— le parecían unos intrusos, o más bien unas personas delante de las cuales se veía obligada a fingir. Y no le gustaba tener que defender Escocia ante ellos. Prefería guardarse los pensamientos negativos, pues sabía que los cortesanos los exagerarían y se los comunicarían con júbilo a Catalina de Médicis.

Al percatarse de que había utilizado la palabra «júbilo», se avergonzó. «Ésta es la interpretación que yo hago —pensó—. En realidad, ignoro lo que sienten. Pero sé que suspiraré aliviada cuando regresen a Francia.»

Refrenó su caballo al llegar a la cima de un otero y dejó que los demás le dieran alcance. El gran bosque de Falkland, a los pies de Lomond Hill, se extendía con dorado esplendor en todas direcciones. Abajo, en la hondonada, los podencos aullaban... ¿Habrían acorralado a alguna pieza? Ella y sus acompañantes ya habían cobrado un corzo y varias liebres, y por aquel día tenían suficiente. Además el sol ya había iniciado su descenso en el cielo y se les había aconsejado que regresaran a palacio mucho antes de que comenzara aquella noche tan misteriosa.

—Es la víspera de Todos los Santos —anunció el padre de María Beaton en tono ominoso. Al ver que María no comprendía el significado de sus palabras, sacudió la cabeza y añadió—: Se trata de la peor noche del año para los hombres temerosos de Dios, el principio del período de oscuridad del año y tanto el demonio como las brujas lo celebran. Más vale permanecer en casa.

Los franceses se encogieron de hombros y se echaron a reír, pero María Beaton le susurró al oído a su señora:

—Mi tía es bruja. Lady Janet Beaton embrujó a Bothwell y lo tomó por amante, ¡y eso que estaba casada, le llevaba veinte años y tenía siete hijos! Es muy mayor pero no lo parece. Su rostro es tan terso como el de una doncella.

—¿Y él todavía...? ¿Aún son...? —preguntó María.

¡Bothwell, amante de una bruja! De repente, semejante detalle lo convirtió en objeto de su curiosidad.

—No lo sé. Supongo que deben de verse de vez en cuando en recuerdo de los viejos tiempos. Un encantamiento de brujería no siempre puede romperse.

María Fleming, que había oído la conversación, echó la cabeza hacia atrás y adoptó una expresión desdeñosa.

—El señor Maitland asegura que todo eso son tonterías que sólo se utilizan para atemorizar a las personas simples y supersticiosas con el fin de doblegarlas a la propia voluntad.

—¿El señor Maitland, decís? —preguntó Beaton—. ¿Acaso mantenéis relaciones formales con él?

Flamina se turbó, lo cual muy raras veces le ocurría. Se sentía atraída por Maitland y quería creer que él también se sentía atraído por ella, como les ocurría a casi todos los hombres.

—He oído decir que es ateo —comentó Beaton— y que ha dicho que Dios es el coco del cuarto de los niños.

—¡Nadie es ateo! —replicó Flamina—. ¡Es una vileza decir semejante cosa de él!

Tanto si era ateo como si no, no había duda de que Maitland era un hábil diplomático. María esperaba con ansiedad su regreso, quizá más intensamente que Flamina, pues en ocasiones la política resulta tan emocionante como el amor.

El joven marqués Renato de Elboef se acercó a ella con su montura bañada en sudor.

—¡Virgen Santísima! Pero ¿qué estáis haciendo? —le increpó María—. ¿Hace falta que cabalgéis como..., ahora no recuerdo cómo las llaman aquí..., las almas en pena?

Chastelard se acercó al galope con el sombrero de María en la mano.

—Tomad, señora. He tenido que bajar a una hondonada para recuperarlo —explicó, entregándoselo con mirada acusadora.

—Componed un verso sobre este tema, Chastelard —le dijo Renato—. Hablad de vuestro imperecedero amor por la *cruelle princesse*.

Chastelard lo miró sin sonreír.

—Regresemos al castillo —dijo María—. Se hace tarde.

Se puso de nuevo el sombrero y le dio las gracias a Chastelard con una inclinación de la cabeza. Éste no despegó la vista de ella. ¿Qué esperaba? ¿Una recompensa?

El sol iluminaba con su moribunda y roja luz las voluptuosas torres redondas de la entrada del palacio cuando los miembros de la partida de caza entraron al trote en el patio.

—¿Nos queda tiempo para un partido de tenis? —preguntó el duque de Aumale, desmontando de un salto.

—Oscurecerá en menos de una hora —contestó Jacobo Stewart—. ¿No habéis disfrutado de suficientes juegos y ejercicios por un día?

Por su parte, él anhelaba regresar a su escritorio, donde se amontonaban los papeles. Además, debía enviar correspondencia secreta a Cecil.

—*Mais oui*, pero la pista es tan bonita...

Como unos chiquillos, los miembros de la familia Guisa y los poetas cruzaron el prado para dirigirse a la pista de tenis *del jeu quarré*, cercada por un muro de piedra. Parecía una enorme caja negra de alto techo con una red tendida en el centro.

—Al parecer, nuestro padre no quería que su tío lo superara en nada —le dijo Jacobo a María—. He visto la famosa pista de tenis de Enrique VIII en Hampton Court, y ésta es mucho mejor.

—Ya. —María observó a los cuatro franceses, que se quitaban sus capas de montar y las arrojaban al suelo para jugar. El pequeño Renato recogió las hojas esparcidas por el lustroso suelo de color negro—. ¡A lo mejor, yo también aprenderé a jugar! —les gritó.

—¡Las mujeres no juegan al tenis! —señaló Brantôme.

—Mis Marías y yo lo practicaremos en privado aquí, detrás de los altos muros —repuso María entre risas.

—En ese caso, vuestro comportamiento será tan escandaloso como afirma el maestro Knox —intervino María Seton a su lado.

—¡Me parece muy bien! —replicó María.

—Tened cuidado, mi querida hermana —le advirtió Jacobo Stewart—. No provoquéis a Knox. Recordad las Sagradas Escrituras: «Guardaos de toda apariencia de mal.»

—¿De modo que el tenis es un mal? ¡Qué vergüenza!

—Una mujer no puede jugar al tenis a no ser que vista ropa de hombre y eso es una abominación a los ojos del Señor.

María estalló en una carcajada.

—Deuteronomio, veintidós, cinco —recitó Jacobo—. Rezo para que el eco de vuestra actitud de burla hacia las Escrituras no traspase estas paredes.

—¿Y eso cómo sería posible a menos que alguien lo revelara? Mirad, la risa ya se la ha llevado el viento.

Lord Stewart suspiró.

—Os dejo con vuestra diversión. Tengo cosas que hacer. —Levantó los ojos al cielo adornado con nubes moradas de móviles formas—. No os quedéis aquí mucho rato.

El partido terminó bruscamente a causa de un súbito viento que arrastró al interior de la pista un remolino de hojas a través de las ventanas. Los fatigados jóvenes regresaron al palacio entre risas. Una vez allí, se alegraron de disfrutar a cubierto de

una opípara cena consistente en una exquisita sopa blanca y un plato llamado «pescado de fraile», hecho a base de trucha roja con limones, anchoas y vino del Rin. Todos se sentaron delante de la gran chimenea de la cámara privada de la Reina y regaron la comida con vino francés.

Muy pronto los hombres decidieron irse a los aposentos del duque de Aumale a jugar a las cartas y al *backgammon* y las mujeres se quedaron solas, soñando delante del fuego.

María contempló con afecto a sus Marías y la invadió un profundo deseo de protegerlas. Todas estaban sentadas, con la cabeza agachada, en sus banquetas al amor de la lumbre, sumidas en sus sueños más íntimos. La alta y comedida María Seton, la mayor de las cuatro, ¿qué estaría soñando? A causa de su severo carácter llamaban a Seton «la dama de compañía» y los hombres no osaban sentirse atraídos por ella.

María Fleming movía la cabeza. La Flamina poseía un temperamento ardiente y un aspecto extremadamente llamativo. Tenía una espléndida cabellera cobriza y su vitalidad era tan acusada que se contagiaba incluso a las personas insulsas con las que trataba.

María Beaton, con su dorado cabello propio de una hija del rey Midas, le recordaba a María a una caléndula, humilde pero bellísima flor.

María Livingston mondaba una manzana desprendiendo de ella una única, larga y sinuosa tira. Lusty, un poco regordeta, era menos espectacular que Fleming y Beaton, pero su afable naturaleza resultaba de lo más atractiva y conmovedora. Tomó la monda, la arrojó a su espalda y se levantó para examinarla, caminando en círculo alrededor de ella. Al final, se encogió de hombros con expresión decepcionada.

—¿Qué haces? —le preguntó María, cuya voz fue el primer sonido que se oyó sobre el crepitar de los troncos de la chimenea y el aullido del viento del exterior.

—Adivino mi porvenir. En Falkirk, de donde procede mi familia, es una antigua costumbre de la víspera de Todos los Santos. Si arrojas una peladura de manzana sobre el hombro izquierdo, ésta te revela la inicial del nombre de tu futuro esposo.

—Bueno, ¿y qué dice? —preguntó Fleming, levantándose de un salto.

—Nada. Es una simple espiral.

—¡Déjame que pruebe yo!

Fleming tomó una manzana del cuenco que había junto a la chimenea y empezó a mondarla.

—Hacedlo vos también —le dijo Seton a María, ofreciéndole una manzana de gran tamaño y un cuchillo.

La Reina contempló la manzana como si fuera la misma que la serpiente le había ofrecido a Eva. Tomó el cuchillo y poco a poco mondó una tira. Cuando ésta fue lo bastante larga, la arrojó a su espalda y, venciendo su reticencia, la examinó.

Para su alivio, tampoco formaba una letra identificable.



—Nada —dijo, haciendo ademán de recogerla.

—¡Esperad! —Fleming se arrodilló para examinar la monda—. Podría ser una hache.

—No, jamás.

No había ninguna hache en los nombres de los candidatos a consorte que le habían propuesto: don Carlos de España, el príncipe Erik de Suecia, el archiduque Carlos de Austria, Carlos IX de Francia...

—Está claro que no hay nadie —suspiró María aliviada.

—Pero lo habrá —dijo Flamina.

—No ha transcurrido un año desde que Francisco...

La voz de María se perdió.

—Tenéis sólo dieciocho años —le recordó Beaton—. No debéis pasar toda la vida sola.

—Todos los hombres, o más bien los niños, con quienes podría casarme no me atraen —aseguró María.

—¡Nosotras no nos casaremos hasta que vos lo hagáis! —exclamó Lusty—. Lo juramos en este momento. ¿No es cierto? —Se levantó y miró a las demás, sentadas en círculo en torno a la chimenea. Una a una todas se levantaron y se tomaron de la mano.

—Juro no casarme hasta que se case mi Señora —aseveró Beaton.

—Juro permanecer soltera hasta que mi Soberana tome esposo —dijo Flamina.

—Juro conservarme sólo para ella hasta que llegue ese día —dijo Seton.

—Es un juramento conmovedor pero tal vez un poco insensato —aseveró María—. No quiero apartaros de la felicidad.

—No seremos felices hasta que vos lo seáis.

Todas la abrazaron.

María no tuvo más remedio que sonreír ante el sacrificio que las Marías acababan de hacer por adelantado.

—Resulta fácil renunciar a algo que aún no se posee —les dijo—. Cuando encontréis a una persona real, mucho me temo que lamentaréis este juramento. En cuanto a mí, en este momento no siento el menor deseo de casarme.

La invadió una fuerte sensación de soledad al percatarse de las consecuencias de su decisión. «Ojalá hubiera alguien, pero no un desconocido como los hombres de la lista... Un compañero, alguien como yo, no alguien ajeno por completo a mi alma, mi vida y mi lengua. Las Marías son afortunadas pues a ellas las espera una persona así en algún lugar mientras que, en mi caso, todo es política.»

—A lo mejor, aparecerá alguien que os hará cambiar de opinión de la noche a la mañana —sugirió la impulsiva Flamina—. Son cosas que ocurren.

—Sí, en los cuentos —repuso María—. Los matrimonios de las reinas son matrimonios concertados.

—Pero quizás ese hombre os llevaría lejos...

¡Sería fantástico que pudiera casarse con un hombre al que no eligiesen sus consejeros sino ella, porque le gustaba y lo quería!

—Apártate de mí, Satanás —exclamó.

—¿Cómo? —preguntó Beaton.

—Estaba pensando en voz alta —contestó María.

—¿En Satanás? Dicen que esta noche anda suelto por ahí, pero...

María soltó una carcajada.

—En tal caso, será mejor que nos vayamos a la cama.

Todas recogieron sus labores y se levantaron.

María aún estaba despierta leyendo, cerca ya de la medianoche, cuando oyó en el patio el ruido de alguien que llegaba y poco después la voz de Maitland en el cuarto de la guardia. Se echó rápidamente un manto sobre los hombros, abandonó sus aposentos y bajó por la escalera.

Maitland levantó la vista asombrado.

—Majestad. —Se echó hacia atrás la capucha de su capa salpicada de barro mientras un guardia cerraba la puerta a su espalda para evitar la entrada del viento, pero no logró evitar que antes se colara un montón de hojas que se esparcieron por el suelo.

—Venid y contadme qué ha ocurrido —le indicó María—, a menos que os encontréis demasiado fatigado. Pediré que os sirvan un refrigerio. ¿Cuánto tiempo lleváis cabalgando?

—Desde Londres son cuatro días de viaje sin descanso —contestó Maitland.

Cuando empezó a subir por los peldaños de la escalera, María observó el esfuerzo que tenía que hacer para levantar las piernas.

—Os ruego que os sentéis. —María le indicó el sillón más ancho y mullido. Después ordenó a los criados que echaran más troncos al fuego de la chimenea y le sirvieran un cuenco de sopa—. Era la preferida de mi madre —le explicó—. Hecha con carne de ternera mezclada con carne de ave y romero. Resulta muy reconstituyente.

Maitland era demasiado educado para tragársela de golpe tal como habría querido, pero María esperó a que terminara antes de empezar a interrogarlo.

—¿Lo habéis hecho todo? —le preguntó al fin.

—Sí. Me reuní con la Reina y le expuse todas nuestras inquietudes. —Maitland guardó silencio por un instante y añadió—: La respuesta es no. No quiere nombraros sucesora.

—Pero... —María estaba tan decepcionada que apenas si podía articular. Tras una pausa preguntó—: ¿Qué razones ha dado, sabiendo, como sabía, que yo estaba

dispuesta a firmar a cambio el tratado modificado?

—Una bobada: que el hecho de nombraros sucesora la obligaría a contemplar constantemente su ataúd. Después ha añadido unas realistas observaciones políticas en el sentido de que un sucesor siempre se convierte en el foco de atención de los súbditos descontentos de un reino. Cualquiera que sea el motivo (capricho personal o prudencia política) el caso es que se niega a aclarar la cuestión de la sucesión.

—Oh. —María se sentía impotente y frustrada. ¿Cómo podía Isabel desoír las exigencias de la sangre y la costumbre?

—No obstante —prosiguió Maitland—, ha declarado que, si se viera obligada a nombrar un sucesor, no habría nadie cuyas reivindicaciones se antepusieran a las vuestras.

—¿Y eso qué significa?

—Nada. Es una manera de hablar por la que Isabel ya empieza a hacerse famosa. Ella misma la llama su «respuesta sin respuesta».

—¡Oh! —La decepción de María estaba transformándose rápidamente en ira.

—Ha sugerido la celebración de una reunión con vos y os envía esto. —Maitland abrió su bolsa, extrajo un estuche y se lo entregó.

María lo tomó, rompió uno de los cierres y lo abrió.

En su interior había una bolsa de terciopelo que contenía un objeto duro. Lo sacó y observó que era un anillo con una mano que sujetaba un diamante.

—Se trata de una sortija de la amistad, Majestad —le explicó Maitland—. Sus partes se separan e Isabel se ha quedado con la otra mitad. Deberéis devolvérsela cuando os halléis en un apuro, lo que la obligará a acudir en vuestra ayuda.

—Qué bonito.

Puesto que jamás tendría que utilizarlo, aquello era una simple fruslería diplomática sin el menor significado. María dejó la sortija. Después, pensándolo mejor, se la colocó en el dedo para verla mejor y reflexionar acerca de ella.

Maitland se moría de sueño.

—Podéis retiraros a descansar —le dijo María—. Os pido perdón por haberos entretenido. Eso habría podido esperar a mañana.

Cuando Maitland se retiró, María se tendió en la cama y prestó atención al aullido del viento y al crujido de las ramas de los árboles en aquella noche encantada.

«Dicen que los espíritus andan sueltos por ahí. Muy cerca de aquí se encuentra la estancia donde mi padre murió y, en su desesperación, se volvió de cara a la pared. ¿Estáis aquí, padre mío? Si es así, ¡ayúdame a gobernar esta difícil tierra que me habéis dejado en herencia! Si es cierto que los muertos poseen sabiduría, ¡comunicadme la vuestra!»

Pero sus sueños fueron baladíes y absurdos y, a la mañana siguiente, no se sintió más sabia.

## IX

Por fin se había producido la llamada. John Knox, que había disfrutado del triunfo de tener Edimburgo para él solo después de que sus seguidores se sintieran obligados a defenderse de la contaminación moral de la misa, sabía que llegaría el día del regreso de la Reina. Le habían comunicado que ésta deseaba hablar con él, pero, entretanto, la cobarde y pusilánime criatura había huido, emprendiendo un recorrido por el Reino, como si con ello pretendiera armarse de valor para hablar con él.

Ahora había vuelto y lo había mandado llamar para recibirlo en audiencia. Había leído la citación varias veces y se sentía honrado por el hecho de que el Señor lo hubiera elegido como instrumento para enfrentarse con ella y mostrarle sus errores.

Esperaba ansiosamente que llegase la hora de ir a palacio. Cuando faltaba un cuarto de hora para la audiencia —lo comprobó en un preciso reloj, hecho en su amada Ginebra, que solía colocar sobre su escritorio cuando vivía en aquella bendita ciudad—, salió a la calle y bajó presuroso por Canongate, saludando a derecha e izquierda a los nobles con quienes se cruzaba en las inmediaciones de sus casas. Cruzó la gran entrada de Abbey Strand hacia la zona que aún constituía un refugio para los deudores y los infractores de la ley —¡otra locura papista!— y contempló las afrancesadas torres redondas y la puerta principal del palacio. De manera que la contienda se produciría allí dentro. Rezó para que Dios le concediera fuerza y le inspirase las palabras más adecuadas.

Desde la sala de audiencias —la estancia más espaciosa de sus aposentos reales—, María vio a John Knox en el patio. El sol de la mañana proyectaba una sombra alargada de su alta y delgada figura. Parecía el gnomo de un reloj de sol. De pronto, se movió y se acercó a la puerta del palacio.

Había llegado el momento. Vería cara a cara a aquel hombre que había sido el mayor adversario de su madre y ahora era el suyo. Lo había imaginado durante tanto tiempo como un demonio, casi una criatura mitológica, como la Gorgona o la Manticora, que le parecía casi imposible que en aquel preciso instante estuviera subiendo por la escalera que conducía a sus aposentos.

Se sentó en una silla —no en un trono— con el lienzo de su escudo de armas colgado por encima de su cabeza, se alisó las faldas y esperó. Su hermano Jacobo sería testigo de la entrevista. Un guardia permanecía de pie en cada extremo de la cámara. La falta de sueño de la víspera le había agudizado los sentidos en lugar de embotárselos. Le pareció experimentar un estremecimiento de anticipación mientras aguardaba su entrada. Pero las pisadas de Knox al otro lado de la estancia sonaban tan

suaves que ella no las oyó hasta que se abrieron las puertas y él apareció en el umbral.

—El maestro John Knox, pastor de la Alta Iglesia de Saint Giles, creador del Primer Libro de la Disciplina de la Congregación —anunció el guardia en tono tan admirativo que no cupo la menor duda de que era uno de sus seguidores.

Knox entró en la estancia y, con un solo movimiento, se quitó el sombrero plano que llevaba y se acercó a María.

—Majestad —dijo, mirándola directamente a los ojos—. Mi señor Jacobo, hermano en Cristo. —Saludó con un movimiento de la cabeza a lord Stewart y clavó de nuevo su dura mirada en María.

Sus oscuros ojos pardos eran capaces de mirar fijamente largo rato sin pestañear. Su rostro no resultaba antipático, pensó María. Tenía cejas regulares, nariz recta y bien proporcionada y unos labios muy bien formados. En realidad, no tenía nada de particular y era más bien vulgar. Lo que le confería una apariencia distinta de la de cualquier cortesano de mediana edad era su barba excesivamente larga y poblada, y sus severas y oscuras prendas de vestir: el uniforme de los reformados.

Por su parte, a Knox no le quedó más remedio que reconocer de mala gana la belleza de María. Su examen le reveló que los retratos que de ella había visto reproducían con fidelidad sus facciones —grandes y soñadores ojos color ámbar, larga y recta nariz, curvada boca— pero no lograban captar su seducción. Tal vez se trataba del color de la tez, la postura, la esbeltez o quizá...

—Maestro Knox, os hemos mandado llamar porque desde hace algún tiempo vuestras actividades nos causan inquietud.

La voz de aquella mujer, pensó Knox, era tan tentadora como la de una sirena marina: dulce, profunda y acariciadora. Despertaba el deseo de seguir escuchándola.

—Os revelasteis contra nuestra difunta madre la regente —prosiguió María—, ocasionándole gran dolor y pesadumbre; habéis escrito unas palabras en las que afirmáis que una mujer no debería reinar. ¡Esto constituye una traición, pues yo soy vuestra soberana por la gracia de Dios!

¡A ver si se atrevía a responder! María ya no le tenía miedo. No era más que un hombre.

—Observo que no habéis olvidado vuestro escocés —dijo él, sorprendido muy a pesar suyo—. Temía que lord Stewart tuviera que traducir mis palabras al francés.

—Seguía oyendo hablar en escocés cuando estaba en Francia. Olvidáis, señor, que me acompañaban mis damas y algunos escoceses de mi corte.

Si creía que podría hacer apartes con Jacobo sin que ella lo entendiese, se había equivocado de medio a medio.

—En cuanto a *El primer sonido de la trompeta...* —su voz abandonó el tono coloquial para adoptar la entonación propia del púlpito—, pues supongo que a eso os referís, es cierto que allí se asevera que una mujer gobernante supone una abominación

y una aberración, pero Dios permite que existan para que se cumplan sus designios. Si el pueblo es feliz bajo el gobierno de una mujer, yo no me rebelaré. De hecho, señora, soy tan feliz viviendo bajo vuestro gobierno como lo era san Pablo viviendo bajo el gobierno de Nerón.

¿Cómo se atrevía a hacer semejante comparación?

—¡Yo no soy una tirana, señor, y vos lo sabéis muy bien! —exclamó María—. He publicado una proclama en la que respeto vuestras creencias y señalo que no se introducirá cambio alguno en la religión del país con respecto a como la encontré a mi regreso a Escocia. ¿Acaso no la habéis leído?

Knox soltó un bufido.

—Vuestra prima la reina Isabel de Inglaterra lanzó exactamente la misma proclama cuando subió al trono, pero, en cuestión de medio año, ella y el Parlamento cambiaron la religión existente por la que ella practicaba..., en este caso, una cosa intermedia entre el catolicismo y la Reformada. Por consiguiente, tales proclamas no significan nada; todo cuanto hacen es ocultar las verdaderas intenciones del monarca, que muy pronto quedan al descubierto.

María se incorporó en su asiento.

—Mi buen señor, vos sabéis que Dios manda a los súbditos obedecer a sus gobernantes en todo; por consiguiente, si éstos profesan una religión distinta de la de su soberano, ¿cómo puede Dios sancionarlo?

Se trataba de una cuestión que a María le preocupaba enormemente, pues ella no tenía la menor intención de cambiar de religión y pensaba que los demás debían gozar del mismo privilegio.

Knox sonrió. La había desenmascarado; María había revelado, sin advertirlo, sus verdaderas intenciones.

—¡Estáis equivocada, mi querida señora! ¡Tal como Jesucristo les dijo a los fariseos, no conocéis las Escrituras! ¿Qué habría ocurrido si Moisés se hubiera sometido y abrazado la religión del faraón? ¿Qué habría ocurrido si Daniel hubiera abrazado la fe de Nabucodonosor? ¿Qué habría ocurrido (¡Dios nos libre!) si los cristianos hubieran obedecido a los emperadores romanos y hubiesen vuelto a adorar a Júpiter y Apolo? ¡No, mi buena señora! Tenían la obligación de obedecer, pero no en cuestiones de conciencia.

Se excitaba por momentos; tenía el moreno rostro congestionado.

—Ninguna de estas personas, ni Moisés, ni Daniel ni los mártires cristianos, levantó la espada contra sus príncipes —dijo María muy despacio—. Ésta es la verdadera cuestión.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Knox contestó:

—Dios no les había otorgado la fuerza ni los medios para hacerlo.

Jacobo se sobresaltó levemente y María sintió que se le aceleraban los latidos del

corazón.

«Ya sabías que era esto lo que él pensaba —se dijo—. ¿Por qué, pues, te sorprendes de que lo manifieste sin reservas?»

—¿Significa eso, a vuestro juicio, que si los súbditos tuvieran la fuerza, les estaría permitido oponerse a sus gobernantes? —preguntó.

—En efecto, en caso de que los gobernantes rebasaran los límites, habría que oponerles resistencia, incluso mediante el uso de la fuerza si así lo exigieran las circunstancias. —La barba se le movía mientras hablaba.

María lo miraba fijamente, en silencio.

—A fin de cuentas —prosiguió Knox—, el mandamiento ordena honrar al padre y a la madre, y el deber para con el gobernante es el mismo. Si un padre perdiera la razón e intentara cometer un acto violento contra sus hijos, ¿no deberían éstos sujetarlo y arrebatarse las armas para impedir que se deshonrara matándolos? ¿Creéis que Dios se enojaría con ellos por haber impedido que su padre cometiera semejante maldad? Lo mismo ocurre, señora, con los gobernantes que asesinan a sus súbditos, que son hijos de Dios. Su ciego afán no es más que una locura. De ahí que el hecho de arrebatarse la espada, atarles las manos y arrojarlos a la prisión hasta que se les serene la mente, no constituya un acto de insubordinación contra los gobernantes, sino de auténtica obediencia, pues es conforme con la voluntad de Dios.

«Arrebatarse la espada, atarles las manos..., arrojarlos a la cárcel...»; ¿era eso lo que él pretendía hacer con ella? Si Knox conseguía salirse con la suya, ¿acabaría ella destronada y en la cárcel, con independencia de lo que hiciera?

María no se percató de que había transcurrido un buen rato hasta que Jacobo preguntó:

—¿Qué os ha ofendido, Señora?

Ella se concentró de nuevo en el asunto que discutían.

—Así pues —dijo—, entiendo que mis súbditos os obedecerán a vos y no a mí y no harán lo que yo les ordene, sino lo que les venga en gana, de lo que se infiere que deberé someterme a ellos y no ellos a mí. —Dirigiéndose a Knox, de pie delante de ella, añadió—: Responded a esta acusación.

—Dios me libre de la responsabilidad de fomentar la libertad de los súbditos de hacer lo que les plazca —contestó Knox—. Mi deseo es más bien que tanto los gobernantes como los súbditos obedezcan a Dios. Y vuestro deber es el de ser una madre adoptiva de la Iglesia de Dios y una nodriza de su pueblo.

¿De modo que ella tendría que ser la protectora de su Iglesia Reformada?

—Ésta no es la Iglesia que yo alimentaré —aseveró María—. Defenderé la Iglesia de Roma pues, a mi juicio, es la verdadera Iglesia de Dios.

—Vuestra voluntad, Señora, no es una razón —contestó Knox con una voz de trueno que oyeron todos los curiosos que escuchaban tras las puertas y resonó incluso en el

antepatio, pues las ventanas estaban abiertas—. Vuestro pensamiento tampoco hace que la ramera romana sea la verdadera e inmaculada esposa de Jesucristo. ¡Pero si ni siquiera los judíos en tiempos de la crucifixión de Cristo envilecieron la ley de Moisés tanto como la Iglesia de Roma ha envilecido la de los apóstoles!

Knox no consiguió atemorizarla ni convencerla. La voz de trueno y los ojos entornados no eran sino un recurso que empleaba para conseguir sus propósitos de la misma manera que algunos hombres montaban a caballo; María lo comprendía muy bien.

—Mi conciencia no lo cree así —repuso con voz pausada. Sabía lo que sabía, y lo sabía en lo más hondo de su corazón.

—La conciencia, Señora, exige conocimientos, y me temo que los vuestros no son acertados —dijo Knox, irguiendo la cabeza.

—Pero he oído y leído muchas cosas a este respecto —replicó María. «Y también he rezado», pensó.

—Eso mismo habían hecho, Señora, quienes crucificaron a Jesús. Habían leído la ley y a los profetas, pero los habían interpretado a su manera. ¿Habéis atendido alguna vez las enseñanzas de alguien que no sea uno de los clérigos autorizados por el Papa y sus cardenales? —Sin aguardar su respuesta, pues ya la conocía, Knox añadió—: Los papistas ignorantes no razonan con paciencia, y los papistas taimados jamás se someterán a un juicio, pues saben que no pueden defender sus argumentos excepto por medio del fuego y la espada de la represión y de la imposición de sus propias leyes.

María se había cansado de oírle. Knox era incapaz de comprender sus sentimientos, su posición y su vocación. Sólo quería batirse en un duelo de citas de las Sagradas Escrituras y asombrarla con su memoria, a todas luces prodigiosa. Había otro conocimiento superior a éstos, el conocimiento místico y el conocimiento del corazón, pero por su misma naturaleza no podía expresarse con palabras.

Knox farfullaba otra larga analogía sobre los textos de las Sagradas Escrituras.

—Vuestra sabiduría es superior a la mía —concedió María—, pero si mis maestros estuvieran aquí, discutirían muy bien con vos. —«Nosotros también tenemos pedantes muy aficionados a exhibirse», pensó.

—¡Señora! Ojalá se hallara aquí el más docto papista de Europa, aquel que gozara de vuestra más absoluta confianza. ¡Cuando él se convenciera de la verdad, vos también lo seguiríais!

Todo aquello era un disparate. No lograba imaginarse a la abadesa Renata o su tío el cardenal convertidos por el maestro Knox.

Sonriéndole María se levantó. La entrevista había concluido.

«La próxima vez que alborotes a mis súbditos para que desobedezcan y causen disturbios, quizá te destierre —pensó—. No te temo; no eres más que un hombre», repetía para sus adentros. La invadió una profunda sensación de alivio. Aquello había



terminado.

Esa noche, a pesar de la poca energía que le quedaba, pues el enfrentamiento y la oportunidad de hablar ante María lo habían dejado exhausto, Knox se sintió obligado a escribir la impresión que le había producido la reina de Escocia:

Si no posee una mente orgullosa, un ingenio taimado y un corazón obstinado contra Dios y su verdad, es que me falla el discernimiento. En mi coloquio con ella he advertido una astucia jamás encontrada en una persona de su edad.

Aquel informe debía enviarse con prontitud a todos sus compañeros espirituales y políticos, y muy especialmente a sus hermanos de la corte inglesa.

## X

María contempló a través de los ventanales de la capilla real cómo la luz exterior adquiriría aquel oscuro tono azul zafiro que señalaba la cercanía del temprano crepúsculo invernal. Allí en Escocia empezaba a oscurecer en diciembre hacia las tres de la tarde, hora en que se encendían las antorchas en el patio de Holyrood. Sus llamas parpadeaban en la azulada penumbra como las luciérnagas en verano. A las cuatro se celebraría la misa conmemorativa de réquiem por Francisco. Había transcurrido justo un año desde su muerte, un año increíble. ¿Se habría sorprendido su difunto esposo de los cambios que se habían operado en ella si la hubiese visto entonces? ¿Se había producido algún cambio en realidad?

Todavía llevaba prendas de luto de negra estameña de Florencia pero había decidido que sus Marías y los miembros franceses de su casa vistieran de terciopelo negro durante el segundo período de luto. Al fijarse en las personas que la rodeaban, observó que ya se habían confeccionado la ropa nueva y se la habían puesto por primera vez. Sus caballeros y los criados de su casa vestían de negro y gris.

Volvió la cabeza y vio que otras personas entraban en la capilla para asistir a la misa. Como es natural, ninguno de los lores se presentaría a excepción del conde de Huntly; sus delicadas conciencias no se lo habrían permitido. Sin embargo, sí asistirían los recién nombrados embajadores de Saboya y Francia, todos los miembros de su casa y el marqués de Elboef, el único pariente de la familia Guisa que quedaba.

El obispo Leslie de Ross, uno de los pocos clérigos católicos que todavía permanecían en Escocia, entró con sus negras vestiduras, precedido por dos espigados jóvenes que portaban unos grandes cirios en candelabros de plata. Se acercó despacio al altar mientras en la capilla se elevaba el suave y delicado sonido de la música fúnebre.

¡Qué sonido tan doloroso! Era en cierto modo la expresión de sus sentimientos de ayeres perdidos, días presentes vacíos y solitarios mañanas que se extendían cual un largo pasillo iluminado por un candelabro de pared por cada año mientras ella lo recorría sola dejando a Francisco cada vez más atrás. El sonido encarnaba las palabras «dolor» y «aflicción» que ella había escrito en su poema. La frágil y dolorosa música conmovía una parte de su ser que las sonoras trompetas jamás conmovían.

«Soy insensible a todo ello —pensó—. Los ruidos estridentes, los panegíricos públicos, los ropajes ceremoniales... me resultan indiferentes. En cambio, esto...»

Justo en aquel momento una profunda y esplendorosa voz de sobrecogedora pureza se elevó por encima del suave murmullo de las demás, personificando y al mismo tiempo aliviando su pesar.

«Él lo sabe. Lo comprende. Siente lo mismo que yo.»

El éxtasis de saber que otra persona había alcanzado aquellas mismas profundidades fue como un inmenso regalo para ella.

«¡Gracias, Dios mío! —exclamó en lo más hondo de su alma—. Gracias por enviármelo, quienquiera que sea. A lo mejor, ni siquiera se trata de una persona sino de un ángel.»

Miró con cautela en torno a sí a través de las lágrimas para averiguar si otros también lo habían oído. No supo si se decepcionó o experimentó una sensación de alivio al ver el arrobamiento que reflejaban los rostros de los presentes mientras escuchaban aquella misteriosa voz.

Para más tarde María había organizado una recepción oficial que marcaría el término de las exequias de aquel año. A pesar de que la antesala estaba adornada con colgaduras negras, el fuego crepitaba alegre en la chimenea y las mesas estaban provistas de las más elaboradas «carnes de funeral» que sus cocineros franceses habían logrado preparar. Había cisne asado y cubierto con polvo de oro, un pescado que nadaba en mares de gelatina y, como concesión a la sencillez, el plato preferido de Francisco: jabalí ahumado de Chambord.

El conde de Moretta, embajador de Saboya, conversaba en un extremo de la estancia con el conde de Huntly. Moretta vestía un atuendo de aquel precioso color azul que, al parecer, sólo se encontraba en los países cálidos. María se alegraba de que por fin los embajadores comenzaran a regresar a su reino. Inglaterra también había acreditado un embajador llamado Thomas Randolph quien, por ser protestante, no había asistido a las ceremonias de aquel día. En cambio, el embajador francés De Foix escuchaba a Moretta y a Huntly sin dejar de masticar un exquisito bocado.

De pie a su lado había... ¿un enano? María experimentó un repentino sobresalto al ver a un hombre extraordinariamente feo y tan moreno como un simio, que conversaba con ellos con la cabeza ladeada. Era tan bajito que apenas les llegaba a los hombros.

Al acercarse a ellos, María oyó un extraño sonido: dos idiomas hablados a la vez y después repelidos por separado. El italiano era de Moretta y el francés de De Foix; el simiesco hombrecillo cerraba los ojos, contraía el rostro en una mueca y después les repetía las palabras a cada interlocutor. Se le notaba el esfuerzo que hacía, pues el sudor le resbalaba por las mejillas a pesar del frío que reinaba en la sala. Después Moretta y De Foix lo obligaron a redoblar sus esfuerzos hablando en frases más rápidas y largas. El hombrecillo parecía a punto de estallar.

—¡Dejad de torturarlo! —les pidió María entre risas.

—A él le encanta —le aseguró Moretta—. Este es mi secretario David Rizzio di Pancalieri. Habla varios idiomas, todos a la perfección, según él. Sostiene que incluso es capaz de interpretarlos si percibe uno con cada oído. Así que ahora sólo estamos poniéndolo a prueba. Y es tan bueno como dice.

Moretta tomó un buen sorbo de vino con especias.

—¡Mi Soberana y Señora!

Rizzio cayó de rodillas y tomó su mano, besándola con reverencia. Sus grandes ojos la miraban con un brillo de emoción.

María le pidió que se levantara. Cuando el hombre lo hizo, observó que no era un enano y que no presentaba defecto alguno en las extremidades. Sencillamente era de baja estatura.

—Vuestras dotes son impresionantes —le dijo—. ¿Dónde las aprendisteis?

—Durante un tiempo fui secretario del arzobispo de Turín, hasta que él... —le guiñó el ojo a Moretta— me robó.

—Y bien que le gustó que lo robara —puntualizó Moretta—. Os agradó nuestro puesto en Niza, ¿no es cierto?

—Ah, sí, el mar, el calor...

Al oír la palabra «calor» los presentes rieron, pues despertaba los anhelos de todos.

—¿Sois de Pancalieri, en el Piamonte? —le preguntó María—. ¿Cómo fuisteis a parar entonces a la casa del arzobispo de Turín?

—Mi padre era músico y, de hecho, como tal entré en la casa del arzobispo; tenía que tocar el laúd y cantar en el coro. Sin embargo, gracias a mi dominio del francés y el italiano y a mi capacidad de escribir en elegante toscano...

—¡Y a vuestra reconocida modestia! —terció Moretta.

María no logró reprimir la risa, y Rizzio se ruborizó.

—No ha abandonado del todo la música pues todavía le gusta cantar en las misas. Es curioso que tenga voz de bajo, ¿verdad? ¡Siendo tan menudo cabría esperar que cantara como un soprano!

Risotadas generales.

Era él; él era el cantante.

María sintió que el corazón le latía con fuerza. Le parecía extraño que aquel sonido tan hermoso y aquel profundo conocimiento de la vida y dolor que sin duda poseía él (pues de otro modo su canto habría sido sólo una voz y era mucho más que eso; constituía en sí mismo una dolorosa experiencia) estuviera emparejado con un cuerpo tan terrenal.

—Os agradezco de todo corazón que hoy hayáis cantado para nosotros —dijo María contemplando sus oscuros y luminosos ojos. Todas las risas cesaron como por arte de ensalmo—. Me gustaría que cantarais en mis misas a partir de ahora —añadió, procurando reprimir el temblor de emoción de su voz—. Estoy harta de que ataquen a mis sacerdotes y mis misas. A lo mejor, si cuento con un cantante que goza de protección diplomática...

Moretta procuró disimular su contrariedad ante el hecho de perder los valiosos servicios como secretario de Rizzio.

—Por supuesto, Majestad. Os lo ofrezco con sumo placer.

Las negras colgaduras ya habían desaparecido, e incluso María había dejado a un lado el luto —pues ahora ya se permitía este lujo en los actos oficiales y las ceremonias— con ocasión de las festividades navideñas que se celebrarían en sus aposentos. Las paredes se habían adornado con ramas de abeto entrelazadas con cintas de raso. En el centro de la sala se había colocado una larga mesa para el banquete. Al fondo los músicos practicaban y los cantantes ensayaban. Rizzio, vestido de raso granate, había ocupado su lugar entre ellos con toda naturalidad. María era capaz de distinguir su inconfundible voz incluso cuando se mezclaba con las demás.

Serían unas curiosas Navidades limitadas a los aposentos reales. La Iglesia Reformada no las celebraba ni permitía que se celebraran y, por consiguiente, los festejos acabarían en el umbral de la puerta de la última cámara de la Reina.

No obstante, en el interior habría tanta luz que mitigaría la opresiva noche de casi veinte horas diarias, y el calor sería suficiente para derrotar el frío que se filtraba por todas partes. Sonaría una clara y hermosa música que transformaría lo vulgar en bello. Y lo más escandaloso de todo era que la música se acompañaría de danzas y se ofrecería un espectáculo de marionetas de Italia —por cortesía de Moretta— y un sinfín de juegos..., todas las cosas que molestaban a los reformadores. Bueno, pero ellos no habían sido invitados.

Rizzio había intentado advertirle que quizás habría sido prudente hacerlo, pero ella había rechazado sus recelos. A fin de cuentas, él era un extranjero y no comprendía las costumbres peculiares de allí.

—Si no los invitáis, causará la impresión de que queréis ocultarles algo malo —dijo Rizzio.

—Puesto que ellos consideran que todo aquello que ofrece consuelo, alegría y belleza es malo, supongo que eso es lo que estoy haciendo —replicó ella.

—Tal vez sería mejor que los invitarais y que ellos declinaran la invitación —opinó Rizzio—. De esta manera, no les haréis un desaire sino que ellos pensarán que os hacen un desaire a vos.

—¡No me importa que piensen que me hacen un desaire! ¡Qué consejo tan extraño me dais!

—Muy bien. —Rizzio suspiró—. Os pido disculpas, Señora —dijo, haciendo una profunda reverencia.

No, aquella noche no habría ningún lord allí, aunque el embajador inglés Thomas Randolph había sido invitado por no ser miembro oficial de la Iglesia Reformada. En su país la Navidad seguía celebrándose con todo su esplendor, y él anhelaba rendirle homenaje allí. O eso al menos había dicho él, pero la verdad (si a la Reina no la

engañaban sus ojos) era que sentía una profunda atracción por María Beaton y deseaba tener la ocasión de galantearla.

Como era de esperar, el banquete fue muy bullicioso. Corrieron muchos litros de vino —del mejor burdeos— y el número de ocas que se sirvieron habría bastado para advertir a Roma de la presencia del enemigo.<sup>[3]</sup>

María bebió muy poco, pero no pudo por menos que enorgullecerse de que, a los cuatro meses de su llegada, ya se hallase tan bien instalada. Al final había recibido todos sus muebles y enseres de Francia, y el hecho de ver a todos aquellos viejos amigos en sus dormitorios y aposentos privados había supuesto un consuelo para ella. Varias de las camas con sus cortinas de seda roja y de terciopelo blanco y carmesí ocupaban ahora distintas estancias de Holyrood. Había pequeños sillones, banquetas, escabeles y sillas plegables a disposición de los invitados, y sus efectos personales habían conseguido convertir por fin aquel desconocido palacio en su hogar. Su arpa y su laúd, sus cuadros y bordados, sus globos celestes y terráqueos, sus mapas y cartas y su vasta biblioteca le hacían compañía.

En torno a la mesa estaban sentadas las personas a las que más quería: las Marías, vestidas con colores de fiesta (con su real permiso), el padre Mamerot (¿por qué no podía sentarse con ella en público?), Madame Rallay, el médico Bourgoing y Bastian Pages, maestro de festejos y jefe de su personal de servicio francés. Otros ilustres invitados suscitaron su sonrisa: Moretta, siempre de buen humor; Thomas Randolph, el severo embajador inglés que se pasaba el rato bailando con Beaton y otros miembros de su casa, muchos de ellos emparentados con sus Marías, como lord George Seton y John Beaton, auxiliar de sus aposentos privados. Algunos de los cortesanos más jóvenes, no demasiado entusiastas de las privaciones impuestas por la Iglesia Reformada, habían conseguido que los invitasen. En Escocia aún quedaban jóvenes que deseaban cantar y bailar, como por ejemplo John Sempill, hijo de uno de los reformadores, que llevaba varias semanas cortejando a Lusty.

Cuando hubieron retirado las mesas del banquete, Moretta rogó a los presentes que aguardasen con paciencia a que montase el escenario para su espectáculo de marionetas. Todos buscaron asientos desde donde ver bien semejante novedad; ¡muñequitos que bailaban y andaban!

La representación consistió en buena parte en empujones, gritos y objetos que se perdían. El titiritero permanecía oculto, y sorprendía la habilidad con la que daba voz a los distintos personajes, pero cuidó de que la representación no tuviera el menor carácter político.

De pronto, una sonora voz anunció:

—¡Yo también voy a ofrecer una representación! Apagad las velas y dejad encendidas sólo tres de las grandes a unos doce pies del telón.

María observó que Rizzio se apartaba de los músicos y se dirigía a un lugar situado

delante del telón del pequeño escenario. ¿Qué se proponía? ¿Lo sabría Moretta?

Los criados obedecieron y una a una apagaron las velas. Las únicas fuentes de luz eran las velas que había delante del telón. Parecía que todos los rostros vueltos hacia Rizzio llevaran puestos unos antifaces.

Rizzio mostró los dedos de sus manos, juntándolos y separándolos.

—Ahora quiero que todos miréis al frente. No me miréis a mí.

En el telón aparecieron unas sombras que guardaban un parecido sorprendente con lord Stewart y Maitland. María oyó que Flamina soltaba un gritito de asombro.

—Mi estimado lord Stewart —dijo una voz idéntica a la de Maitland—, ¿habéis sido invitado a la fiesta de John Knox?

El perfil se movió hacia arriba y hacia abajo.

—Ignoraba que celebrara fiestas.

La imitación de Jacobo Stewart fue perfecta. El tono de la voz al decir «ignoraba» se había reproducido con toda exactitud.

—Ha preparado un delicioso budín de Sagradas Escrituras. Tomó unas cuantas páginas del Deuteronomio, las untó con queso de Ginebra y las asó hasta dejarlas tan secas como las partes pudendas de una monja vieja.

—¡Fantástico! —exclamó la sombra que representaba a lord Stewart.

Toda la sala estalló en carcajadas.

Después subió al escenario el Papa, cuya mitra los invitados identificaron de inmediato, y empezó a despotricar contra Isabel de Inglaterra, quien también subió al escenario y desgranó toda una sarta de obscenas maldiciones.

Pero lo que más impresionó a María no fueron las torpes bromas políticas sino el dominio que tenía Rizzio del arte de las sombras y sus prodigiosas imitaciones vocales.

En la danza que se organizó a continuación, el que María se pusiera unos calzones de raso, al igual que las Marías, como solían hacer en Francia, apenas suscitó comentarios. Rizzio se había convertido en la estrella de la velada.

Al día siguiente, el piemontés le hizo un regalo a María. Se le veía un poco cohibido, y ella tampoco sabía qué decirle. Rizzio no había hecho nada malo, pero su inesperada actuación había causado sorpresa. María abrió el estuche y vio en su interior un rubí en forma de tortuga.

—Os ruego que lo aceptéis junto con mis humildes disculpas por lo de anoche. Quizá me haya sobrepasado. A fin de cuentas, acabo de incorporarme a vuestro servicio gracias a vuestra benévola generosidad...

Ni una sola de sus palabras de disculpa era sincera.

—Os perdono —dijo María—, pero preferiría que os lo pensarais antes de hablar

tan libremente en público. No obstante, vuestra habilidad es digna de encomio. — Extrajo la tortuga del estuche para dar a entender que aceptaba el regalo.

—La tortuga es el símbolo de la larga vida que yo os deseo —dijo él—. Sin embargo, puesto que también lleva su casa a cuestas, también es el símbolo de la seguridad. ¿Qué mejor regalo para una reina?

Sentada a la vera de la lumbre, María daba puntadas a su labor. Tenía los dedos tan fríos que apenas notaba la tela que sostenía en la mano. Arrodillada delante de ella, madame Rallay ajustaba un lienzo de franela sobre las *chaufrettes* de plata, los calentapiés de Francia que colocaba bajo los pies de su señora. Las nieves habían llegado a Edimburgo, cubriéndolo todo con su frío manto. El mes de enero era un largo túnel de azulada desolación, embellecido, sin embargo, por la presencia de la nieve. Alrededor de ella, las Marías también cosían: todas estaban confeccionando unas colchas y se habían pasado el rato gastándose mutuamente bromas sobre quién se acostaría con ellas debajo de aquellas cubiertas.

La colcha de Flamina era de color carmesí, y ella estaba bordándole un motivo de caballeros y unicornios.

—¿Se acostará el señor Maitland debajo de ella? —le preguntó Lusty entre risas—. O más bien roncará. Es tan viejo que lo más seguro es que se pase toda la noche estornudando, temblando y roncando.

—Tan viejo no es, sólo tiene treinta y tres años.

—Te lleva más de diez —señaló Seton. Su colcha era de seda en tonos violetas y grises con un motivo de flores y hojas en hilo de plata—. John Sempill tiene una edad más adecuada; es joven y lo bastante necio como para enamorarse locamente...

Madame Rallay alisó con delicadeza las faldas de María sobre las *chaufrettes* para que el calor le subiera por las piernas. María reanudó la costura con la esperanza de que el calor de las piernas se extendiera hasta sus dedos. Su colcha era de raso de color leonado, y en aquellos momentos le bordaba sus iniciales.

«Más de diez años... ¿Tendré que casarme con alguien diez años más viejo que yo o diez años más joven? —se preguntó María—. Prefiero no pensarlo, pero los lores ya empiezan a hablarme de ello y a sugerirme candidatos. ¿Por qué se empeñan tanto en ello?»

Beaton estaba calculando con cuidado los hilos de seda violeta y dorada que necesitaría para su colcha blanca.

—¡Randolph es todavía más viejo! —terció de pronto Flamina—. ¡Si te casaras con él, la gente lo tomaría por el abuelo de sus hijos!

—¡No, no es cierto! —replicó Beaton con toda la vehemencia que le permitió su lánguida naturaleza—. Estoy segura de que no tiene ni siquiera cuarenta años.

—Ah, buscad el amor en cualquier forma que se presente y no lo desdeñéis por muy modesto que sea —aconsejó Madame Rallay.



Justo en aquel momento entró un criado con un mensaje para la Reina. Melville le pedía audiencia.

—¿Y qué me decís de éste? —preguntó Beaton, riéndose—. ¿A alguien de aquí le gusta?

Todas sacudieron la cabeza y estallaron en carcajadas en el momento en que el desventurado Melville entraba en la estancia.

—Majestad... —dijo con expresión apenada—, me pedisteis que os visitara siempre que...

—Aquí podéis hablar sin temor. Éstas son mis hermanas, y madame Rallay es mi madre. —Cansada de coser, María apartó con gusto su labor y se dispuso a esperar la reprimenda.

—Las fiestas navideñas... —comenzó Melville.

—Sí, ya sé lo que vais a decirme —lo interrumpió ella en tono contrito—. Os agradezco que me llaméis la atención.

—Comprendemos que quisierais celebrar la fiesta, pero lo otro..., el hecho de bailar en calzones, los besos, los galanteos y el insultante espectáculo de las sombras que escenificó el desvergonzado agente papista...

—¿Qué queréis decir con eso de «agente papista»? —le preguntó María.

—Bueno, había estado al servicio del arzobispo de Turín, ¿no es cierto?

—¿Y eso qué más da? Los arzobispos tienen muchas personas a su servicio.

—Creen que debe de ser un agente papal.

—¿Quiénes lo creen? —preguntó María.

—Los lores... Ruthven, Lindsay y Morton.

—Pero no lord Stewart ni Maitland. Son demasiado inteligentes para eso, aunque en su espectáculo cómico Rizzio se burlara de ellos. Muy bien, Melville. Acepto vuestras críticas. —Lo despidió con un gesto. «Mi destino es “abstenerme de toda apariencia de mal” —pensó—. Pero lo pasamos muy bien.»

Melville agachó la cabeza.

—Ojalá yo hubiera estado en la fiesta —dijo en tono melancólico.

## XI

María extendió uno de sus mapas de Escocia para que Rizzio lo estudiara.

—Puesto que os interesa tanto saber dónde están localizadas todas las cosas, con qué lindan las tierras y a quién pertenecen... ¡vedlo aquí vos mismo!

Fuera la nieve seguía cayendo en medio de la opalescente bruma de la tarde de febrero. Había sido un perezoso y aburrido domingo invernal. La misa se había celebrado como de costumbre, Rizzio había cantado y después todos se habían reunido a almorzar y, finalmente, se habían retirado a los aposentos de la Reina para leer, jugar a las cartas y soñar despiertos al amor del fuego. Los músicos se habían pasado una hora deleitando a María con sus laúdes y sus violas y ella había pensado que aquélla debía de ser la clase de descanso a la que el Creador se refería cuando ordenó a los hombres que no trabajaran el séptimo día.

Pero después Rizzio, cuya mente inquieta jamás descansaba, había empezado a hacer preguntas.

—¿Dónde están las tierras de lord Bothwell? ¿Cuánto hacia el norte se extienden las tierras del conde de Huntly?

Al final, María había extraído uno de sus rollos de pergamino —pues ya tenía la biblioteca debidamente ordenada— y le había pedido que estudiara la geografía de Escocia.

Rizzio inclinó la morena cabeza sobre la parte del mapa correspondiente a la región de Lothian.

—Crichton —dijo—. ¿Aquí se celebró la boda? ¿En medio de las tierras de Bothwell?

El mes anterior Janet, la hermana de Bothwell, se había casado con lord John Stewart, uno de los hermanastros de María. Ésta había asistido a la ceremonia e incluso había pasado la noche en el castillo. La boda le había parecido muy conveniente pues lord John, tan feliz y despreocupado como un chiquillo, se había convertido en un joven muy turbulento y ella esperaba que el matrimonio lo sosegara.

—Sí, sus tierras ancestrales están en esta región.

—¿Y por qué es tan temerario? —preguntó Rizzio con brusquedad. Jamás había visto a Bothwell, pues éste se hallaba ocupado en las Fronteras y no visitaba la corte. María lo había invitado al funeral de Francisco, pero él le había devuelto el lienzo de luto que ella le había enviado, señalando que no podía asistir aunque no explicaba el motivo.

—¿Os referís a su aventura con Alison Craig? —preguntó María.

—¿A qué si no?

—Ah, eran muy jóvenes...

—Quizás el marqués de Elboef lo fuera, pero no así lord John y Bothwell.

María se echó a reír.

—Los hombres son los hombres.

—Por lo que sé, no se trató de un simple comportamiento propio de hombres, sino de un insulto deliberado a la familia Hamilton. Eso de intentar visitar a la amante de Hamilton...

Los Hamilton eran los siguientes en la línea de sucesión al trono. Aunque su protestantismo era muy tibio, habían tardado varios meses en prestar juramento de lealtad a María al regreso de ésta y sólo habían decidido bajar con timidez a Edimburgo hacia la Navidad. En realidad, los Hamilton con quien María debía habérselas eran dos: el padre, duque de Châtelherault, que era apocado y bondadoso, y su hijo, «el joven Arran», de temperamento notoriamente inestable. ¡No era de extrañar que la reina Isabel hubiera rechazado sus requerimientos!

Según tenía entendido María, Bothwell mantenía desde hacía mucho tiempo una disputa familiar con los Hamilton, una de aquellas típicas y encarnizadas luchas que se transmitían de generación en generación.

—Lo que ocurrió se debió en parte a que los hombres son los hombres y en parte a que quisieron poner en un apuro al joven Arran —explicó María—. Arran quiere que lo consideren tan piadoso como John Knox, pero al mismo tiempo mantiene relaciones con una mujer casada. De ahí que Bothwell, mi hermano y mi tío decidieran poner al descubierto sus andanzas.

—Y de paso se divirtieron —comentó Rizzio.

—Bueno, pero ahora todo ha terminado —dijo María—. Los Hamilton salieron a vengarse, pero John Knox reconcilió a ambas partes.

Pobre Bothwell... ¡tener que aguantar los sermones de John Knox! Era un castigo mucho peor que una buena estocada.

Bothwell se había mostrado de muy buen humor en la boda de su hermana y se había enorgullecido de ofrecer una fiesta con un banquete de mil ochocientos corzos y liebres, conejos, codornices, chorlitos, urogallos, gansos y patos salvajes e incluso puercoespines, tras el cual se habían organizado juegos y diversiones en un prado a orillas del Tyde donde crecían en abundancia los helechos.

Rizzio señaló con el dedo en el mapa una vasta región de la parte superior derecha de Escocia que semejava una protuberancia.

—Esta parte... ¿son las tierras del conde de Huntly? —preguntó.

—Sí. Los Gordon controlan estas tierras —contestó María.

Quería visitarlas y conocer algo más que las cercanas regiones que ya había visto.

Justo en aquel momento madame Rallay le comunicó que lord Jacobo Stewart deseaba verla.

¿En domingo, el día de descanso de los protestantes? María enrolló deprisa el

pergamino y le pidió a Rizzio que se retirara a la cámara exterior. Pero antes de que éste tuviera tiempo de obedecer, Jacobo entró en la estancia. Rizzio se escabulló por su lado. Jacobo lo miró con desdén. Cuando se volvió hacia María, ésta advirtió que estaba alterado.

—Perdonadme que venga a veros ahora —le dijo a su hermana—, pero hemos recibido una inquietante noticia... —Sacudió la cabeza y cerró los ojos como si intentara dominarse. Respiró hondo varias veces y por fin añadió—: ¡Se ha descubierto una conspiración! Bothwell ha instado al joven Arran a que os secuestre y os lleve prisionera al castillo de Dumbarton para..., para...

Lord Stewart se atragantó, incapaz de terminar la frase.

María estalló en una temerosa carcajada.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó a continuación.

—¡Arran se lo ha confesado a John Knox! Y también se lo comunicó por escrito a Randolph, el embajador inglés.

—Pero... ¿dónde está ahora?

—Él y Bothwell se encuentran bajo custodia —contestó lord Stewart—. Arran está confinado en el castillo de su padre, y Bothwell en su casa de Crichton.

—¿Entonces no hay peligro? —preguntó María, exhalando un suspiro de alivio.

—De momento no. Pero ambos deben ser interrogados por el Consejo Real —contestó Jacobo.

¿Por qué estaba Jacobo tan nervioso si el peligro ya había pasado?

—Claro —dijo María. El pobre Jacobo aún mantenía la mandíbula apretada—. Mi querido hermano, os ruego que os sentéis y toméis un refrigerio. Vamos a conversar un rato. Se nos ofrecen muy pocas ocasiones de hacerlo últimamente por culpa de los muchos asuntos de Estado que nos ocupan. —Tocó la campanita y apareció madame Rallay—. Que nos sirvan unos pasteles y unas bebidas —le ordenó—. Y pedidle a mis músicos...

—¡No! ¡Música no! —se apresuró a decir Jacobo.

Qué necia había sido, pensó María. No debía tocarse música en día de descanso.

—Nada de música —confirmó María.

Jacobo tomó asiento en una de las sillas de ébano de su hermana y extendió las manos hacia el fuego de la chimenea.

—Tenéis razón, mi querida hermana —dijo—. Debemos vernos más a menudo, con independencia de las sesiones del Consejo y nuestras restantes obligaciones. —Dejó escapar un suspiro—. Cuán propio de vos es recordármelo.

—Pronto os casaréis y entonces será vuestra esposa quien os lo recuerde —dijo María—. Necesitáis a alguien que cuide de vos, Jacobo.

Faltaban apenas dos semanas para la boda de Jacobo con lady Agnes Keith.

—Sí, ya es hora —admitió éste al fin—. Tengo casi treinta años.

—Uno a uno los solteros van cayendo —dijo María—. Primero lord John y ahora vos. ¿Después será Bothwell, Argyll o Arran?

—Después tendríais que ser vos.

Jacobo la miró con inquietud. Justo en aquel momento María advirtió que, prendido en el jubón, su hermano llevaba el retrato de un hombre cuya boca era idéntica a la suya.

—¿Quién es? —le preguntó, señalándolo.

Jacobo se sobresaltó e intentó cubrir la imagen con la mano como si no se hubiera percatado de que la llevaba puesta.

—¡Nuestro padre el Rey! —contestó, incapaz de disimular su turbación.

—Es un hermoso trabajo —dijo María.

Algo en él le resultaba vagamente familiar. Comparó los rostros y vio que el de su hermano era mucho más ancho y mofletudo que el del Rey, que se parecía más al de ella.

—¿No queréis tomar en consideración la posibilidad de una boda, mi querida hermana?

—Deberíais esperar a probarlo primero vos antes de aconsejárselo a los demás —contestó María.

¿Por qué insistía tanto?

—Hablo en serio, ¿lo habéis pensado? Sé que hubo un tiempo en que pensabais en don Carlos de España...

—No me apetece tener hijos —dijo María.

Madame Rallay entró portando una bandeja con un cuenco de caliente y espumosa leche con especias y unas tartas de corteza de naranja. Ambos hermanos interrumpieron su conversación.

—Pero sus dominios... —dijo Jacobo.

—No deseo irme a vivir a España —lo interrumpió María.

—¿Y el archiduque Carlos de Austria?

María rompió a reír.

—¡Dicen que tiene una cabezota enorme!

—Bueno, pero me parece que a vos no os importa demasiado el aspecto de la gente. ¡Bien que os gusta tener a Rizzio en vuestros aposentos, disfrutando de vuestra compañía! —exclamó Jacobo, indignado.

—Está en mis cámaras exteriores, no en las interiores —repuso María sin dejar de reír, pese a que le constaba lo mucho que con ello importunaba a su hermano.

—Tenemos también al rey Erik de Suecia —añadió Jacobo.

—En estos momentos le escribe cartas de amor a la reina Isabel. Cuando ella lo haya rechazado, lo tomaré en consideración.

—Mi querida hermana, ¿qué es lo que os gustaría? «No es bueno que el hombre esté

solo», recordadlo.

—¡Siempre las Sagradas Escrituras! ¿No podéis decir lo que pensáis sin ayuda? — le preguntó María entre risas—. ¿Vais a crear «una ayuda proporcionada a mí»? ¿Haréis que surja de mi frente completamente formada tal como surgió Minerva de la frente de Zeus?

—¡Qué insensata sois, hermana! —la reprendió Jacobo en tono afectuoso—. ¿Cómo os imagináis a este compañero soñado?

—Tan alto como yo. Casi nunca he conocido a un hombre de mi estatura; sería una agradable novedad. Que escriba poesía, que cante, que sepa cabalgar... y que me ame.

Le divertía imaginarlo.

—¿De qué color tendría que ser su tez?

—No me importa.

—¿Atlético?

—¡Oh, sí!

—¿Culto?

—¡Claro!

—¿De sangre real?

—¡Naturalmente!

—¿Apuesto?

—Por descontado.

—Mi querida hermana, temo que jamás lo encontraréis.

—Quizá sea por esto por lo que las monjas se convierten en esposas de Cristo. No hay en la tierra quien lo iguale.

—Pero eso a vos no os está permitido.

—Lo sé. —Jacobo lo había comprendido en Saint Pierre—. Me temo que mi compañero deberá ser totalmente terrenal —María suspiró mientras Jacobo tomaba un sorbo de su bebida. Parte de la leche se había quedado en sus labios—. En cuanto a esta cuestión de Bothwell y Arran...

María ocupó su lugar de preeminencia en el Consejo Real. Seis de los hombres pertenecientes al círculo más íntimo ya la esperaban con el semblante serio como si se dispusiesen a asistir a un entierro: Jacobo Stewart, Maitland, Morton, Huntly, Kirkcaldy y Erskine. El séptimo, lord Bothwell, sería conducido allí para responder a las acusaciones que había formulado contra él el joven Arran, por cuyas venas corría la sangre más noble del país.

—Traed a los hombres —ordenó María a los guardias.

A los pocos segundos, Bothwell y Arran entraron en la sala por puertas distintas, se detuvieron y se miraron con furia.

—Acercaos y oigamos qué tenéis que decir —les indicó María levantando la voz.

Arran, con el recelo reflejado en los ojos, se acercó poco a poco al asiento de honor.

Habría resultado apuesto si no hubiera tenido el rostro abotagado, propio de alguien que ha estado enfermo. Su piel no tenía aspecto saludable; aparecía arbolada en las zonas donde debía estar pálida y pálida donde debería haber estado sonrosada.

Bothwell se adelantó como si le molestara la idea de permanecer en la misma estancia en la que se encontraban los demás..., incluida la Reina. Ésta observó que vestía un atuendo de montar; no había considerado oportuno ponerse los espléndidos ropajes que ella le había visto lucir en la boda.

—James Hamilton, conde de Arran, dadnos una explicación, a nosotros y al Consejo —lo conminó María.

Arran señaló a Bothwell con un dedo tembloroso.

—¡Es un traidor! ¡Trató de inducirme a cometer una traición! Quería que yo os raptara, que matara a lord Stewart y a Maitland, que os llevara prisionera...

—Está loco de atar —afirmó Bothwell con serenidad—. Todo esto es una fantasía de su mente enferma. Ya sabéis que lo ha heredado de su madre, que perdió el juicio hace varios años.

María observó que Morton daba un respingo, como si acabaran de propinarle un mordisco, y se pasaba una regordeta mano por el ondulado cabello pelirrojo. Entonces lo recordó: la esposa de Morton era la hermana de la madre de Arran; corrían rumores de que también estaba loca y él la mantenía encerrada mientras se dedicaba a perseguir a otras mujeres...

—¿Loco yo? —preguntó Arran a gritos—. ¡Yo no estoy loco! ¡Me lo susurró al oído, pensando que nadie se enteraría!

—Os digo que está loco —repitió Bothwell. No parecía temer por su vida, su posición o su reputación. Se mantenía tranquilo como si fuera una víctima que llevara mucho tiempo sufriendo.

—Lamento tener que confirmarlo —intervino el joven Kirkcaldy, poniéndose de pie, visiblemente molesto por lo que estaba a punto de hacer—. Huyó de su encierro en casa de su padre y vino a verme medio desnudo en mitad de la noche. Entonces le dio el ataque y se puso a gritar que las brujas y los demonios lo perseguían. Después... —Hizo una pausa, como si se avergonzara—. Se imaginó que era el esposo de la Reina y que estaba acostado con ella.

Todos los presentes contuvieron el aliento menos Bothwell, que soltó una risotada.

—¿Acaso no es mi esposa? ¿Acaso no lo es? —dijo Arran en tono quejumbroso, corriendo hacia María. Un guardia se abalanzó sobre él y lo inmovilizó.

—Conducidlo al castillo de Edimburgo —ordenó lord Stewart antes de que su hermana pudiera hablar.

—Sí —dijo María—. Ordeno que sea conducido allí.

—¿Soy libre de irme? —preguntó Bothwell cuando los guardias se hubieron llevado a Arran, e hizo ademán de marcharse.

—No —contestó Jacobo Stewart—. Aún debemos haceros unas cuantas preguntas. Quizás Arran esté loco, pero ¿cómo sabemos que no fue algo que vos le dijisteis lo que originó su locura? Incluso a los locos se los puede inducir a que cometan determinados actos. Decidnos, ¿qué os proponíais?

Bothwell lo miró boquiabierto.

—¡Nada! ¡Yo no me proponía nada!

—¿Por qué os pusisteis en contacto con Randolph? —inquirió de pronto Maitland.

María observó el modo en que Maitland observaba a Bothwell. Su jovial naturaleza se había visto sustituida por algo propio de la Inquisición.

—A lo mejor os habéis confabulado con los ingleses —apuntó Erskine.

Bothwell parecía no dar crédito a lo que oía.

—Debéis saber que estoy muy orgulloso de no haberme coligado jamás con potencia extranjera alguna.

—¿Orgulloso? Sin embargo, «el orgullo precede a la destrucción y un espíritu altivo precede a la caída» —citó Jacobo Stewart—. ¡Es posible que vuestro orgullo os haya arrastrado al pecado!

—Estoy seguro de que, por mi condición de hombre, soy un pecador, pero no en concreto sino en sentido general —replicó Bothwell. María se percató de que su actitud había experimentado un ligero cambio. Ahora parecía más agresivo y preparado para el combate—. Llevadme pues a juicio ante un tribunal. Si no se halla culpa en mí, absolvedme y dejadme en libertad.

—No podemos absolveros —repuso Maitland.

—¿Qué queréis decir? —preguntó María—. ¡Por supuesto que tiene derecho a un juicio!

—Pero no a la absolución —dijo pausadamente Maitland—. ¿Acaso no lo comprendéis? La absolución de Bothwell significaría la condena de Arran por falsa acusación y convertiría a éste en un traidor merecedor de la muerte. Arran es el pariente más próximo a la sucesión al trono; no sería decoroso. Nos convertiría en el hazmerreír de todas las naciones.

—¡Soltadme! —rugió Bothwell. Si hubiera llevado una espada, María sabía que la habría desenvainado.

Los guardias lo agarraron de inmediato por los brazos y se los inmovilizaron a la espalda.

—En tal caso, no lo juzgaremos —dijo María muy despacio—. Ahora recuerdo la máxima de Tito Livio: *Hominem improbum non accusari tutius est quam absolvi*. Es más prudente no acusar a un hombre inocuo que absolverlo.



—Acabamos de recibir una carta de la reina Isabel en la que intercede en su favor —dijo lord Stewart—. ¿Cómo se habría enterado ella de todo esto si él y Randolph no se hubiesen confabulado?

¿Habría cometido Bothwell todos los engaños que negaba con tanta rotundidad? A María la invadió una profunda decepción.

—Me he portado bien con vos —le reprochó al fin a Bothwell—. ¿Así me lo pagáis?

—¿Cómo os lo pago? ¡Lord Stewart está tergiversando los hechos y envenenando vuestra mente para desacreditarme!

—Por favor, regresad al castillo de Edimburgo. Vuestra mente empieza a desvariar tanto como la de Arran —dijo María. Lo interrogaría más tarde en privado, lejos de aquel tribunal.

—¡Sois tan desleal como todos los monarcas! —gritó Bothwell—. ¿Cómo podéis pensar que yo os he engañado?

—¡Obedeced a la Reina! —rugió Jacobo Stewart, levantándose de su asiento.

Los guardias sacaron a Bothwell de la sala.

—¡Ya veo que aquí no hay justicia! —espetó Huntly, recogiendo sus papeles para seguir a Bothwell.

## XII

Maitland se encasquetó el sombrero hasta las orejas y se cubrió la cabeza con el extremo de su manto. El viento de marzo, que allí en Saint Andrews soplabá desde el mar, parecía traspasarlo todo. ¡Pensar que tendría que permanecer en aquel lugar varias horas! Y todo por culpa de una ceremonia de marcado carácter religioso. Maitland se preguntó y no por primera vez, por qué exigía el Señor que sus seguidores sufrieran incomodidades y torturas en su nombre. Suponiendo que en efecto lo exigiera, claro...

—Knox no tardará en llegar —comentó Jacobo Stewart. El frío glacial le había contraído el rostro en una expresión de dolor.

—Muy bien —respondió Maitland, pensando para sus adentros «Muy mal». Knox complicaría las cosas; pero por otra parte, lo necesitaban para conferir verosimilitud al pretexto de su presencia allí: honrar el aniversario del martirio de George Wishart.

—¿No viene a ser algo similar a la celebración de los días de los santos? —había preguntando inocentemente Maitland, procurando que el tono de su voz no sonara sarcástico.

Morton se encogió de hombros. No quería devanarse los sesos con semejantes tecnicismos.

—Limitaos a estar presente —le indicó.

Así pues, Maitland estaba presente en compañía de Erskine, Lindsay, Ruthven y Kirkcaldy de Grange, paseando por delante de las murallas del castillo y ayudando a amontonar la leña de la hoguera que encenderían —ojalá lo hicieran muy pronto— mientras todos vigilaban para intentar averiguar si el arzobispo Hamilton se hallaba en el castillo. Hamilton, miembro bastardo del clan, se había mantenido fiel al catolicismo, aunque muchos aseguraban que «cambiaba de parecer con mucha facilidad, y ninguno le duraba demasiado». Había ocupado el puesto del cardenal Beaton y era muy posible que justo en aquellos momentos estuviera observándolos.

Kirkcaldy señaló la parte superior de las murallas del castillo. Los aullidos del viento ahogaban sus palabras pues la fortaleza se elevaba justo a la orilla del mar.

—¡Y pensar que conseguimos resistir aquí un año! —dijo sin poder disimular su orgullo.

—¿No os parece que el cautiverio fue un castigo brutal? —preguntó Maitland.

Kirkcaldy había sido uno de los hombres a quienes se habían llevado los franceses pero, gracias a su alto linaje, había sido un mero prisionero y no un esclavo de las galeras como Knox.

—La cautividad es muy amarga —contestó Kirkcaldy—. Vaya si lo es.

Erskine se acercó a ellos, tan envuelto en prendas de abrigo que más que un hombre

parecía un oso erguido sobre los cuartos traseros.

—Knox está aquí —les informó.

Maitland vio que el reformador, todavía sentado en su cabalgadura, le hacía señas a lord Stewart. Acto seguido, Knox desmontó y se acercó a ellos mientras el viento del mar le levantaba la pesada capa por detrás. Llevaba un ejemplar de la Biblia bajo el brazo y se restregaba las manos sin guantes para calentárselas.

—¡Alabado sea el Señor porque no llueve ni nieva! —exclamó.

Maitland se emocionó al comprobar que Knox encontraba un motivo de alabanza incluso en medio de aquel tiempo tan desapacible. Knox tenía razón, no llovía ni nevaba, pero soplaba un vendaval.

—¡Aquí, en este mismo lugar, George Wishart se enfrentó con las fuerzas del mal! —dijo Knox—. Fue aquí donde nuestra fe recibió la bendición.

—Habládnos de ello —le rogó Jacobo Stewart como un niño—. Nosotros no lo vimos.

—¡Ah, qué día tan grande!

Knox se entusiasmó tanto que empezó a gesticular y, al ver que la capa le obstaculizaba los movimientos, se la quitó alborozado. Maitland creyó ver una sombra en una de las ventanas del castillo. ¿Estaría el arzobispo llamando a los arcabuceros para que los atacaran? Knox se encontraba situado de espaldas al castillo en actitud desafiante.

—No olvidemos jamás la diferencia entre los mártires ingleses y los escoceses. Los ingleses van a la hoguera musitando oraciones. En cambio, cuando nuestro Patrick Hamilton, martirizado casi veinte años antes que Wishart, ya llevaba varias horas sufriendo el suplicio de las llamas y el prior se le acercó para preguntarle si se arrepentía, se volvió hacia él y, a través del humo y el fuego, lo llamó «emisario de Satanás» y le advirtió que él, Hamilton, lo acusaría ante Dios. Y, cuando en Inglaterra quemaban a los fieles, el obispo Gardiner se hallaba a salvo en su lecho. ¡Pero nosotros los escoceses no quisimos permitir que el cardenal Beaton descansara de la misma manera!

Después vendría la exhortación a atacar a María de igual modo, pensó Maitland fatigado, preparándose. Pero, para su sorpresa, las lágrimas quebraron la voz de Knox, que se limitó a decir:

—Recordemos a nuestro hermano Wishart.

Acto seguido, dio la señal de que se encendiera la hoguera. Morton se adelantó con una antorcha y la acercó a los troncos. Estaban tan húmedos y fríos que, al principio, no desprendieron más que unas nubes de humo. Mientras se estremecía pensando en el horror que debía de sentir un hombre atado allí arriba, envuelto en humo, Maitland se asfixió con el que el viento le arrojaba directamente a la cara.

Miró hacia el mar, tan oscuro y apagado como aquella estación del año en la que

muy pocos barcos se atrevían a navegar. No obstante, el comercio no tardaría en reanudarse, los mensajes volverían a circular y sus obligaciones oficiales se incrementarían.

El fuego ya había prendido y crepitaba en su esfuerzo por liberarse de su prisión de leña. Su resplandor a través de las ramas hacía que éstas parecieran los barrotes de una prisión. De repente, las llamas se elevaron rugiendo entre una lluvia de chispas.

—Que cada uno rece según su propia conciencia —indicó Knox, cuya voz apenas se oía por encima del fragor del fuego y el rumor de las olas—. ¿Veis cómo acepta el Señor nuestras ofrendas?

«Mi ofrenda —pensó Maitland—. ¿Cuál es? Una mente inquisitiva que procura mantenerse tan clara como un vaso de agua pura. Es todo cuanto puedo poner al servicio de Escocia.»

Cuando el fuego ya estaba apagándose, los hombres aún permanecían de pie con la cabeza inclinada. El calor de las llamas les había calentado las partes del cuerpo situadas frente a ellas, y por un rato lograron derrotar el frío. Sin embargo, Maitland no tardó en notar que éste se apoderaba de nuevo de los dedos de sus pies justo en el momento en que Jacobo Stewart decía:

—Seréis bienvenidos en mi casa.

Todos recorrieron gustosos la corta distancia que mediaba entre el castillo y la abadía de Saint Andrews, alegres ante la perspectiva de guarecerse del viento salobre y de los vigilantes ojos del arzobispo Hamilton.

El hecho de que Jacobo Stewart fuera el propietario de la abadía de Saint Andrews constituía una anomalía; le habían concedido la propiedad bajo el anterior sistema de abusos tan criticado por los reformadores. «Debió renunciar a ella —pensó Maitland—, pero, como es natural, lord Stewart no tiene la menor intención de rectificar aquel exceso concreto de la antigua Iglesia. De entre los siete pecados capitales, creo que nuestro hermano Jacobo comete sobre todo el de la avaricia...»

Aunque los espaciosos aposentos del prior en los que Jacobo se había instalado estaban muy bien acondicionados, lo más probable era que hubiese mandado retirar con discreción el ostentoso mobiliario del prior. Jacobo los recibió a todos, les ofreció comida y bebida y esperó a que se marchasen los demás para hablar en privado con los tres restantes del asunto que más les interesaba: el de la Reina.

Estaban sentados alrededor del reconfortante fuego de la chimenea: Jacobo Stewart, Maitland, Erskine y Morton.

—La llamamos a casa y vino —dijo el primero—. Todos os encontrabais allí, todos firmasteis el documento de la invitación. Y creo que estamos... satisfechos del resultado, ¿verdad?

—Sin duda —contestó Erskine con entusiasmo—. Se ha portado mucho mejor de lo que esperábamos.

—¿Os referís a la cuestión religiosa? —preguntó lord Stewart.

—Ciertamente. Aunque no se ha convertido, y no es probable que lo haga, se ha mostrado dispuesta a dejarnos practicar nuestra fe sin impedimentos.

—Y ella y Knox han llegado a una situación de tablas —señaló Morton, humedeciéndose los agrietados labios con la lengua.

—Bothwell se ha ido —dijo Jacobo—. Ya no nos causará más problemas. Siempre los ha causado porque es imprevisible. Y ahora los Hamilton están desacreditados; el pobre viejo tuvo que entregar el castillo de Dumbarton a la Reina.

—Nos hemos encargado de casi todos aquellos que podían obstaculizar nuestros planes —dijo Maitland—. El sucesor más próximo del trono no puede hacer nada. Y el defensor de las Fronteras, tan leal a la Corona y tan diestro con la espada, está encerrado.

—Pero todavía queda uno —aseveró Morton—. Uno muy importante que no pertenece a nuestro credo.

—George Gordon, cuarto conde de Huntly —precisó Jacobo—. Canciller del Reino y católico.

—Y, además, acérrimo —dijo Erskine—. Siempre insta a la Reina a que restablezca la misa.

—Con un poco de suerte, el Gallo del Norte, como él gusta de llamarse, cantará demasiado y ofenderá a la Reina. ¿Visteis cómo se mantuvo firme al oír el veredicto sobre Bothwell durante la reunión del Consejo Real?

—¡Por favor! ¡Aquello no fue un juicio y, por consiguiente, mal pudo haber un veredicto! —protestó Maitland.

—Sí, claro. Sin embargo, si se niega a asistir a las reuniones del Consejo, ¿quién sabe lo que ocurriría?

—Si fuera posible aplastarlo, desaparecería toda la oposición a la Congregación.

—Primero tendría que rebelarse —apuntó Maitland.

—Quizá lo haga —dijo lord Stewart—. Quizá lo haga.

### XIII

La primavera llegó tras un invierno aparentemente interminable que arrastró sus pisadas por un sendero de nieve, hielo, humedad, oscuridad y vientos que arrojaban las olas del mar del Norte contra los acantilados. Los primeros días despejados animaron a la gente a salir de sus casas. La clara luz parecía brillar las veinticuatro horas del día y todo el mundo se sentía pletórico de una energía casi sobrenatural.

María había recibido con agrado la primavera, pues la consideraba una recompensa por las dificultades de sus primeros meses en Escocia. No había puesto en duda su decisión de regresar, sino tan sólo su capacidad de hacer aquello para lo que se sentía llamada. Las cosas no habían ido tal como ella había esperado y planeado.

Antes de llegar allí, le habría resultado muy difícil comprender hasta qué extremo la Iglesia Reformada se había introducido incluso en las acciones más personales; por desgracia, ahora lo comprendía muy bien pues había sentido con cuánta fuerza dominaba todo cuanto la rodeaba.

¡La religión! Decían que ofrecía consuelo y orden en la vida. Acababa de recibir la noticia de que incluso en Francia se había convertido en un poder destructivo. Su tío el duque de Guisa había ordenado disparar contra unos hugonotes reunidos en Vassy, y habían muerto mil doscientos hombres. A partir de aquel momento, tanto los católicos como los protestantes se habían armado y había estallado la guerra.

Los últimos miembros de su séquito francés habían regresado a Francia y sólo le quedaba el personal que necesitaba para sus bordados, la cocina y su guardarropa. Echaba de menos a Brantôme, pero se había alegrado de que los demás se marchasen.

La eliminación de Bothwell la había trastornado en grado sumo; confiaba en él más de lo que pensaba. Tampoco se alegraba de la caída de la Casa de Hamilton a pesar de que gracias a ella había tomado posesión de una espléndida fortaleza.

Ahora quien se hallaba en una situación apurada era el conde de Huntly. Ella comprendía lo que él sentía al verse rodeado de protestantes, pero consideraba que con más razón éste debía permanecer en su puesto. Sin embargo, le parecía que las ausencias del conde eran cada vez más frecuentes. Por si fuera poco, uno de sus hijos se había enzarzado en una pelea y lo habían encerrado.

¡Aquellas peleas! ¿Por qué eran tan frecuentes? Las fuerzas de Bothwell y Hamilton habían estado casi a punto de enfrentarse por la discusión acerca de Alison Craig... Tampoco había que olvidar las francachelas de lord John... y la pelea callejera entre John Gordon y lord Ogilvie, en cuyo transcurso este último había resultado gravemente herido.

Los tres hombres con quienes contaba María para equilibrar el ostensible poder de los lores de la Congregación le habían fallado o, peor todavía, se habían revuelto

contra ella. ¡Después de lo mucho que ella se había esforzado en mostrarse conciliadora!

¡Nadie había tratado jamás a la reina Isabel de aquella manera! Ella mantenía a raya a los hombres y nadie se atrevía a tomarse libertades o abusar de su confianza. ¿Cómo lograba controlar su numerosa corte masculina?

María se sentía extenuada. Ignoraba la respuesta y sólo sabía que se equivocaba en algo. Quizá convendría que se casara. Tal vez no hubiera otro medio de ejercer su dominio sobre los cortesanos varones.

Ansiaba conocer a la célebre reina Isabel para intentar averiguar la clave de su dominio sobre quienes la servían.

«¡El único a quien controlo es a Rizzio!», pensó con tristeza.

Sólo faltaban seis semanas para el encuentro entre las dos reinas. Ya se habían recibido el pasaporte y el salvoconducto para el viaje de María a Inglaterra, y Bastian Pages, su maestro de festejos, había escrito la alegoría que se representaría con dicha ocasión: el castigo por parte de Júpiter del falso informe y la Discordia a petición de la Prudencia y la Templanza. María le había enviado a Isabel un nuevo retrato suyo y había recibido a cambio otro de ésta.

Ahora sus dedos jugueteaban con la «sortija de la amistad» en el interior de cuyo diamante el sol se fragmentaba en distintos colores en las dunas de Saint Andrews, donde estaba jugando al golf con Flamina, Beaton, Maitland, Randolph y Rizzio. Por regla general, se lo pasaba bien; le gustaba hallarse cerca de los acantilados, donde la hierba era dulce y densa. El mar presentaba un intenso color azul y sus sentidos agradecían el vigorizante efecto del aire.

—¡Afinad la puntería! ¡Afinad bien la puntería! —gritó Rizzio mientras María Fleming se disponía a golpear la pelota con el palo curvo que se empleaba para jugar al golf.

—¡Silencio, extranjero! —le espetó Maitland.

Fingía hablar en broma, pero su desprecio por aquel forastero que no conocía las reglas del golf resultaba de todo punto evidente. No había que hablar cuando se efectuaba un golpe pero aquel mono insensato parloteaba sin cesar.

Flamina golpeó la pelota de cuero con escasa fuerza, por lo que ésta avanzó zigzagueando hacia el hoyo pero se detuvo muy lejos de él.

Acto seguido, Rizzio se acercó a su pelota y la golpeó sin que le tocara el turno. El hecho de que consiguiera introducirla en el hoyo agravó la ofensa.

—¿Es que no podéis controlarlo, Majestad? —preguntó Randolph con voz suave.

—Rizzio, os lo ruego, no olvidéis la cortesía —lo reprendió la Reina.

El italiano giró sobre sus talones con tal rapidez que su jubón de raso se convirtió en una borrosa mancha azulada. A continuación, hizo una profunda reverencia.

La Reina se adelantó y levantó el palo. Golpeó, y la pelota subió por la loma y

desapareció. Rizzio corrió para ir en su busca. Fleming y Beaton se echaron a reír, pero no así Randolph y Maitland.

María miró a Maitland, que se acariciaba la pulcra barba castaña. En los últimos días tanto éste como Jacobo habían insistido en comentarle las ventajas de una boda con don Carlos de España. Quizá debía tomar en consideración aquella posibilidad, por si...

De pronto vio a un jinete galopar por las dunas. Éste refrenó su cabalgadura al ver que estaban jugando, desmontó, se acercó con su caballo y dejó que mordisqueara la tupida y húmeda hierba...

—¡Melville!

María se alegraba de verlo; estaba segura de que aquel hombre, uno de sus cortesanos más refinados y el encargado de preparar su encuentro con Isabel, debía de traerle alguna noticia relacionada con dicho encuentro.

—Perdonadme la interrupción —dijo el cortesano—, pero...

Sostenía una carta en la mano. María observó de repente que su rostro habitualmente jovial estaba muy serio. Abrió la carta y de inmediato comprendió por qué.

—Es que... la Reina... anula el encuentro —dijo al fin María. Era como si un enorme toro la hubiese embestido y le hubiera corneado directamente el estómago. Incluso le faltaba la respiración.

—Ha ocurrido lo que apuntó el mensajero especial —comentó Melville, sacudiendo la cabeza.

Maitland y Randolph soltaron sus palos de golf y se acercaron alarmados.

—Dice que... no se reunirá conmigo mientras un ejército dirigido por miembros de la Casa de Guisa continúe matando hugonotes en Francia —explicó María.

—Sí, comprendo. Como defensora de los protestantes, no es posible que en estos momentos se reúna con una soberana católica —señaló Randolph.

—¡Pero si Isabel no es religiosa! —exclamó María.

—No, pero se sirve de la apariencia de la religión como excusa —le explicó pacientemente Maitland.

—Lo importante es la apariencia, no la realidad —terció Melville como si diese lecciones a una niña retrasada.

—¡No! ¡No lo es! —gritó María—. ¡No debería serlo!

Los tres cortesanos y diplomáticos se encogieron de hombros, turbados.

—Todo es política —aseveró Maitland.

María soltó un grito y se alejó corriendo de las dunas.

Melville dejó escapar un suspiro.

—Es una lástima —dijo al fin—. El momento no era oportuno. Hemos tenido muy mala suerte, y además, el hijo de Huntly se ha escapado de la cárcel de Edimburgo y se



ha ido al norte. Comunicádselo a la Reina en cuanto podáis —le indicó a Maitland—. Yo iré a informar a lord Stewart en Saint Andrews. La Congregación deberá unir sus fuerzas para enfrentarse con el Gallo del Norte. —Contempló la figura cada vez más lejana de María—. A la Reina le ha estallado una guerra en las manos.

María, que se negaba a considerarlo una guerra y trataba de poner a mal tiempo buena cara tras la anulación de su encuentro con la reina Isabel, se limitó a anunciar a su pueblo que hacía mucho tiempo que deseaba viajar a las regiones norteñas de su reino y que sólo su previsto viaje a Inglaterra le había impedido realizar su deseo. Puesto que estaban en el mes de agosto, había tiempo suficiente para convertir el viaje oficial por el sur en un viaje oficial por el norte, por cuyo motivo se pondría de inmediato en camino hacia Aberdeen e Inverness. Se empeñó en que todo presentase la apariencia de un auténtico viaje de caza y cetrería por los bosques, haciéndose acompañar por las Marías y el embajador Randolph. Si Jacobo Stewart considerara oportuno añadir unos cuantos soldados más, a ella le parecería muy bien, pues éstos servirían para despejar los caminos y prestar ayuda a los carros. Incluso anunció su intención de visitar al conde de Huntly en su castillo de Strathbogie para darle la oportunidad de enmendar su extraviada conducta antes de que fuera demasiado tarde. En cuanto a su hijo sir John Gordon, debía entregarse de inmediato a las autoridades de Aberdeen.

El viaje había empezado muy bien, pues llegaron a Perth y después, para evitar las montañas, permanecieron en la campiña de Aberdeen, donde ejercían su dominio los Gordon. Allí, en las doradas tardes otoñales de Glamis podía practicarse muy bien la cetrería, y María aprovechó para descansar e incluso se complació en presenciar los coqueteos de Beaton con Randolph y del comedido galanteo de Maitland a Flamina, quien no había perdido el interés que sentía por él a pesar de que María lo consideraba demasiado serio y circunspecto para una persona como ella.

La Reina se alegró de ver el gran número de capillas católicas que todavía quedaban en pie al borde de los caminos; cuanto más se alejaban de Edimburgo, menor era el poder de la Iglesia Reformada. Su espíritu se sosegaba al contemplar los santuarios pintados a mano y adornados con guirnaldas de flores silvestres y brezos, que encontraba en las encrucijadas.

Al llegar a Aberdeen, una ciudad costera bastante grande, María quiso visitar la universidad más nueva de Escocia, fundada hacía apenas sesenta años.

—Inglaterra sólo tiene dos universidades, mientras que nosotros tenemos tres —dijo con orgullo el canciller.

María examinó la biblioteca y decidió legar algunos de sus libros para ampliar la colección de aquella casa de estudios.

Tras haber dejado sentir su presencia en aquella región y haberles dado a los Huntly la oportunidad de acercarse a ella, María ordenó al final que sir John Gordon se entregara a las autoridades si no en Aberdeen, en Stirling. Pero nadie apareció, excepto lady Huntly, que, acompañada de un numeroso séquito, pidió clemencia a la Reina para su esposo y su hijo.

La mujer, sin embargo, no podía sustituir al marido; ¿dónde estaba Huntly?

—Mi muy amada Reina —contestó lady Huntly—, mi esposo se siente castigado por su celo en defensa de la fe católica, pues vos habéis desoído sus sugerencias...

—Muy cierto, pues sus sugerencias eran precipitadas y contrarias al sentido común —repuso María—, al igual que su negativa a comparecer aquí ante mí, pues de esta manera queda como un rebelde malhumorado e inestable.

—Desea recibiros en nuestro castillo de Strathbogie —dijo la esposa del conde.

—Pues lo desea en vano a no ser que él venga primero a verme a mí —replicó María—. Decidle que... —Dudó por un instante. ¿Convenía hacerlo en ese momento? Sí, ¿por qué no? Miró a Jacobo de pie a su lado, vestido de terciopelo verde bosque, y pensó que ofrecía un aspecto de lo más noble—. Lord Stewart —le dijo—, vos habéis estado administrando los derechos y las rentas del condado de Mar.

Jacobo asintió con la cabeza y la miró con recelo; sus ojos, de párpados pesados, eran muy parecidos a los de Jacobo V en los retratos que de éste se conservaban.

—Por tradición y por antiguo derecho pertenecen a la familia Erskine —añadió María—, y vos ya tenéis la abadía de Saint Andrews, por lo que no es necesario que conservéis también el título de conde de Mar.

El rostro de Jacobo no dejó traslucir la menor emoción. Se mostraba tan impasible como las cabezas de madera labrada del castillo de Stirling, aquellas que tanto asustaban a María en su infancia.

—No obstante —prosiguió la Reina—, puesto que sois un hombre de gran autoridad y honradez y Escocia quiere recompensar a sus hijos más leales, os nombro conde de Moray, cuya titularidad le ha sido confiscada al conde de Huntly por su traición.

Una sonrisa iluminó el ancho rostro de Jacobo.

—Os doy las gracias —dijo.

Lady Hamilton miró a la Reina como si acabara de recibir una bofetada.

—Señora —murmuró—, hace muchos años que nosotros administramos fielmente estas tierras.

—Sí, os quedabais con las rentas sin poseer el título —repuso María—. ¿Creíais que esta situación se prolongaría indefinidamente? ¿O acaso os engañabais pensando que no me percataba de ello?

—Señora, os lo suplico...

—Ya está hecho —concluyó María—. Y si no queréis sufrir más pérdidas, decidle a vuestro esposo que cambie de conducta.

Aquella noche empezó a llover y el tiempo empeoró. Maitland le había explicado a María que aquel rincón de Escocia que se extendía hacia el mar del Norte era uno de los lugares más fríos del Reino cuando los vientos soplaban desde Rusia; ahora ella comprobaba por sí misma la veracidad de aquella afirmación. Reanudaron su camino a través de los desolados páramos y los pantanos, olvidando la cetrería y la caza. Le habían comunicado a María que sir John Gordon había decidido no entregarse en Aberdeen y que en aquellos momentos los seguía con mil jinetes que vigilaban todos sus pasos al amparo de los bosques bañados por las perpetuas lluvias.

Cuando ya se encontraban muy cerca de Strathbogie, María recibió un informe según el cual sir John y su padre pretendían abatirse sobre ellos cuando estuvieran durmiendo en su castillo, matar a Maitland y a lord Stewart y secuestrarla para obligarla a contraer matrimonio con el joven, considerado uno de los hombres más apuestos de Escocia. El hecho de que sir John ya estuviera casado no parecía constituir un obstáculo para sus descabellados planes.

—Sir John afirma estar enamorado de vos —informó el joven mensajero.

—Sir John está enamorado de sí mismo y de su poder —contestó María—, pero no es tan poderoso como cree. —Se volvió hacia su hermano—. ¡Esta noche no pernoctaremos allí!

Jacobo contempló el triste y lluvioso paisaje. Ya estaba oscureciendo.

—Más adelante está el castillo de Balquhain —dijo—. Intentemos llegar hasta allí.

Ya había anochecido casi por completo cuando llegaron a la fortaleza que se levantaba al pie de la oscura montaña de Bennachie. Se sentían observados por los vigilantes ojos de sir John y sus hombres, a quienes imaginaban a la espera de que se les presentara una ocasión propicia. Mientras se acostaba en su duro lecho, María oyó unos aullidos que le parecieron de lobos.

A la mañana siguiente, todavía cansados, reanudaron su camino por los pantanosos bosques llenos de zarzas y de viejos pinos enfermos de cancro. María vio unos buitres volar en círculo por encima de sus cabezas.

Aquel mismo día la regia comitiva se detuvo ante las caudalosas aguas del río Spey que bajaban cubriendo de espuma sus riberas.

—¿Podríamos vadearlo aquí? —preguntó Maitland, a quien le parecía que el agua llegaría al nivel de las sillas de montar.

—¡Sí! —contestó María espoleando su caballo para que se adentrara en la fría y turbulenta corriente, que llegaba, en efecto, hasta la silla.

Sin embargo, los remolinos del río no consiguieron devorarlos y el caballo de María no perdió pie sobre las rocas. La Reina cruzó la corriente en medio de un gran chapoteo, y los demás no tardaron en imitar su ejemplo, con la ropa empapada y

ateridos.

Finalmente arribaron a Inverness, ciudad situada a la sombra de las Highlands que se reflejaba en el estuario del Moray, río norteño que dividía Escocia casi por la mitad. La fatigada comitiva de María se acercó al castillo real del lugar, administrado por Huntly en calidad de alguacil de Inverness. Para su asombro, les negaron la entrada.

—¡Traición! —gritó Maitland, con sincera perplejidad—. ¡Negarle la entrada a la Reina en su propio castillo!

Los miembros del grupo permanecieron bajo la lluvia contemplando el agua que chorreaba por las grises almenas. El cielo era del mismo color y semejaba el manto de un soldado.

María ordenó que tocaran las trompetas, y el sonido hizo salir de sus casas a la gente de la campiña y de las colinas circundantes. Entonces les anunció que la habían rechazado con alevosía. Los campesinos se reunieron armados con espadas, palos, guadañas y garrotes, y Huntly mandó decir a su lugarteniente que abriera las puertas a la comitiva de la Soberana, pues los habitantes de las Highlands acudían en ayuda de ésta. Pero ya era demasiado tarde para aplacar la cólera real: al entrar en el castillo, las fuerzas de la Reina castigaron al capitán con la pena de la horca. Huntly ya estaba avisado.

Mientras esperaban la sumisión de Huntly, María y los suyos tuvieron ocasión de conocer por fin a los habitantes de las Highlands, que habían decidido montar guardia en los campos y dormir al aire libre sin protección. Qué seres tan extraños eran aquellos hombres vestidos con pieles y armados con espadas de doble filo, puñales y escudos de cuero. Aunque sabía que no la entenderían, María les dirigió unas palabras.

—¡Lamento no ser un hombre! —exclamó—. ¡Me gustaría saber qué se siente al dormir toda la noche en los campos o caminar por una calzada elevada sobre un pantano con una cota de malla, un yelmo, una adarga de Glasgow y una espada ancha de dos filos!

Sí, permanecer acostada allí toda la noche, alerta ante la posible presencia del enemigo... ¡cuánto le habría gustado!

Habían transcurrido cinco días, y Huntley seguía sin aparecer. María anunció que regresarían a Aberdeen con la esperanza de encontrarlo allí. A medio camino se alojarían en casa del obispo de Moray, Patrick Hepburn, tío abuelo de Bothwell... y famoso por su vida licenciosa.

—¿En su casa? —preguntó lord Stewart en tono despectivo—. ¡Mejor dormir en los campos!

María contempló las cortinas de lluvia a través de las ventanas.

—Mejor no —dijo—. Estoy segura de que seréis capaz de proteger vuestro honor de la corrupción del obispo.

Reanudaron el camino en Inverness escoltados hasta el Spey por dos mil guerreros del clan Fraser, que habían prestado juramento de lealtad a María. Habían corrido rumores de que los atacarían en aquel lugar, pero nada ocurrió y prosiguieron su avance hasta Spynie.

Allí, en el palacio del obispo, con su impresionante torre del homenaje, el anciano Patrick Hepburn les dio la bienvenida. Su aspecto no era el de un hombre lujurioso sino más bien paternal. Sin embargo, María ya había oído hablar de sus aventuras con mujeres casadas y de sus numerosos bastardos.

—¡Bienvenida seáis, os doy mi más cordial acogida! —la saludó el obispo. Tenía el cabello rojizo, surcado por algunas hebras de plata, y alborotado; ¿sería a causa de sus diversiones en la cama?—. He lamentado mucho enterarme de la rebelión del conde de Huntly. ¿Ya habéis tenido ocasión de verlo?

—No, se esconde de nosotros —contestó María—. Al parecer, no se atreve a mirarnos a la cara.

—¡Ah! ¡Pues debe de ser el único entre mil que sí desean hacerlo! —dijo el obispo. La expresión de su mirada era todavía más bondadosa que al principio.

«Ahora ya sé lo que ocurre —pensó María—. Las esposas desdichadas hallan comprensión en el buen obispo y reciben de él los cumplidos que llevan años sin oír...»

«Yo mismo he tenido en torno a mí a doce mujeres, y siete de ellas eran esposas de otros hombres», decían que había comentado el obispo en una disputa de fanfarrones en la que los hombres se jactaban de las «casadas que habían tenido por amantes». ¡Lástima que tantas esposas olvidadas fuesen a buscar consuelo en el amor de un sacerdote! Pero quienes debían avergonzarse eran los maridos, decidió María.

—No deseo que contemple mi cara sino mis pies. Tendría que postrarse ante mí —dijo la Reina.

—¡Tal como hago yo! —exclamó el obispo, arrodillándose con un ceremonioso gesto.

María no pudo por menos que sonreír. El viejo vicioso resultaba, en efecto, encantador.

¿Qué debió de sentir Bothwell durante el período de su infancia en que vivió con aquel hombre? ¿De ahí le vendría su fama de mujeriego? ¿Lo habría aprendido de su tío abuelo de la misma manera que otros muchachos aprendían un oficio como el de carpintero? Se había acostado con la amante de Arran, con mozas de cocina y criadas de Edimburgo y con una amante noruega a la que había pedido prestado dinero y después había abandonado en Europa..., o eso por lo menos le había contado lord Stewart. Pero la verdad era que éste no le tenía simpatía a Bothwell. Sin embargo, María Beaton le había contado que Bothwell y su tía Janet habían sido amantes cuando aquél era casi un niño y Janet le llevaba veinte años.

¿Qué hacía el obispo, yacer con las mujeres y cedérselas después a su protegido?

¿O acaso Bothwell se limitaba a mirar y aprender...?

El obispo emitía quejidos de incomodidad. ¡María se había olvidado de él, y el viejo aún estaba arrodillado a sus pies!

—¡Os ruego que os levantéis!

Soltando un gruñido, el obispo se levantó, y se oyó el crujido de su espinazo.

—Venid —le indicó a María, esforzándose por sonreír—, estáis en vuestra casa...

El banquete que les ofreció habría sido, en todos los sentidos, digno de Tiberio. Hacia el soñoliento final de la velada el obispo se acercó a María. Nadie prestaba atención; por una vez, Maitland y lord Stewart no parecían muy atentos a cuanto ocurría alrededor.

—Vos sabéis que el joven Arran está loco —dijo el obispo—. Su declaración no debería utilizarse para mantener a mi sobrino durante más tiempo en la cárcel. Os ha sido leal. ¡Que uno de los más fieles caballeros de Vuestra Majestad deba soportar semejante deshonra...! ¿Por qué tendría que ser obediente Huntley si su recompensa ha de ser ésta?

La propia María no pudo evitar preguntárselo. Los hechos la habían alterado profundamente y aún no se le había presentado la ocasión de interrogar a Bothwell.

—Bothwell —dijo al final— debería hacer lo que es capaz de hacer.

—Ya lo ha hecho —repuso su tío—. Cansado de esperar la justicia real, se ha comportado como un auténtico Hepburn. Bothwell ha escapado del castillo de Edimburgo.

El obispo lo dijo con tanto orgullo como un padre cuyo hijo ha obtenido distinciones especiales en la universidad.

¿Que había escapado del castillo de Edimburgo?

—¡Eso es imposible! —exclamó María.

—No tanto, no tanto. —De nuevo el inconfundible orgullo en la voz—. Rompió uno de los montantes de la ventana, salió por el hueco y se descolgó por la roca del castillo.

—¿Y dónde está ahora?

—En el castillo del Hermitage, en las Fronteras. Una vieja amiga, Janet Beaton, le ha llevado provisiones.

¡Janet Beaton! ¡La bruja-amante!

—Y además (esto quizás os interese, Majestad), lord Gordon, el hijo mayor de Huntly, se ha reunido con él para pedirle ayuda en favor de la rebelión de su padre. Supone que ahora Bothwell tendrá motivos más que sobrados para revolverse contra vos.

«¡Oh, Dios mío!», María sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¿Y él qué le ha dicho?

El obispo hizo una pausa buscando con sus risueños ojos los de María. ¡Sabía cómo atormentar a la gente, el muy perverso!

—Bothwell ha dicho que no. Tiene el propósito de abandonar Escocia para siempre. No le interesa nada de lo que ve por aquí.

—¿Y adónde piensa ir?

El obispo se encogió de hombros.

—Lo ignoro. A cualquier destino del primer barco que se haga a la mar, supongo.

—¿El lord alto almirante de Escocia huirá en un barco extranjero?

—Habréis de buscaros a otro para este puesto pues ahora está vacante.

El grupo de María abandonó Spynie y emprendió el camino de regreso a Aberdeen. Cuando ya habían rebasado el castillo de Findlater, a la orilla del mar, sir John Gordon salió por fin de su escondrijo y atacó a algunos de los hombres de María tras haber permitido el paso del grueso de la expedición, por lo que, una vez en Aberdeen, lord Stewart señaló:

—Necesitamos refuerzos. Pidamos que Edimburgo nos envíe a unos cien arcabuceros y unos cuantos comandantes más como Kirkcaldy y lord Lindsay con mil hombres por cabeza.

¡En menuda situación se encontraban! María escribió de mala gana las órdenes y mandó llamar a Huntly para que se entrevistase con ella. Éste, por medio de un mensajero, respondió que no se atrevía a acudir sin sus soldados y ella le advirtió que no se atreviera a acudir con ellos. Entonces el conde se negó a presentarse.

—De día se esconde en su casa de Strathbogie y de noche duerme en otro lugar —le informaron los espías a María—. De esta manera cree que logrará evitar que lo capturen.

—En tal caso, debemos sorprenderlo de día. Un pequeño contingente de fuerzas al mando de Kirkcaldy podría atacarlo por sorpresa.

Al amanecer, Kirkcaldy se puso en marcha con doce hombres con la intención de llegar a Strathbogie al mediodía, pero los centinelas lo vieron y dieron la alarma. Huntly salió por la parte de atrás descalzo y sin su espada, saltó por encima de un muro, montó un caballo y se alejó a galope sin que los hombres de María consiguieran atraparlo.

—Habrá ido a encontrarse con su hijo —supuso lord Stewart—. Él mismo se ha declarado proscrito.

—No sabemos si se ha reunido con sir John —dijo María.

—Su fuga es una prueba de su culpa —replicó lord Stewart—. El tiempo de las dudas ya ha terminado.

En Mercat Cross, Huntly y su hijo fueron declarados traidores mediante tres toques de un cuerno de caza.

—¡Deben ser perseguidos como lobos, ladrones y forasteros y cualquier ciudadano puede capturarlos o expulsarlos! —anunció el heraldo.

Huntly se echó al monte de Badenoch para ocultarse de las fuerzas reales. Nadie lo seguiría hasta aquellos parajes en los que los vetustos e inclinados árboles y las resbaladizas rocas cubiertas de musgo ofrecían un secreto refugio. Pero su mujer, que consultaba brujas «domesticadas» lo convenció de que abandonara su fortaleza de la montaña y le plantase cara a las tropas de la Reina en una batalla abierta. Las brujas le habían asegurado que, al anochecer, él descansaría en el Tolbooth de Aberdeen sin una sola herida en el cuerpo. Entonces Huntly se dirigió con audacia a Aberdeen proclamando que apresaría a María y la obligaría a casarse con quien él quisiera.

Acto seguido, apostó a sus hombres en una loma situada sobre el campo de Corrichier, a unas quince millas de la ciudad. Las tropas de la Reina se enfrentaron con él desde el otro extremo del campo, cubierto por completo de morados brezos en flor.

Lord Stewart, lord Lindsay y Kirkcaldy de Grange ejercían el mando de las fuerzas reales. Con el semblante muy serio e impassible escucharon la exhortación de Maitland a los soldados:

—¡Recordad vuestro deber para con vuestra soberana y no temáis las multitudes que se os pongan por delante!

María no cabalgaría con ellos, pero el corazón le palpitaba de emoción. ¡Oh, quién fuera hombre aquel día! Sus comandantes habían combatido en otras ocasiones y Kirkcaldy era un experto soldado, pero ¿cómo se comportaría lord Stewart?

En el otro extremo del campo María divisó la vistosa armadura rosa y dorada de Huntly. De todo punto seguro de su victoria, el conde anunciaba, insolente, su presencia. El Gallo del Norte, un gallo muy gordo por cierto, ya se pavoneaba como un triunfador.

Se oyó el cuerno y María vio alejarse a los hombres al galope. Tenía casi doscientos cincuenta mil hombres a su servicio. ¿Cuántos tendría Huntly?

Maitland contemplaba la escena con expresión sombría, y María se fijó en el modo en que lo miraba Flamina. Hasta aquel momento no se había percatado del interés que ésta sentía por Maitland. Y en cuanto al recién casado lord Stewart... ¿qué estaría pensando su mujer?

«Doy gracias a Dios de no tener esposo ni enamorado alguno en este campo —pensó María—. Pero tampoco tengo a nadie a quien dar la bienvenida ni con quien compartir el júbilo de la victoria.»

Una extraña sensación de soledad la invadió mientras presenciaba el ataque. Se sentía absolutamente sola, y la naturaleza de su melancolía era tan íntima como profunda.



Sonaron las detonaciones de las armas de fuego. Los arcabuceros de Kirkcaldy, que disparaban contra los hombres del conde desplegados por la colina, dieron muerte a un considerable número de ellos y obligaron a los demás a bajar hasta un pantano situado al pie de la loma.

A María le faltaba el aliento. El ruido de las armas y los gritos de dolor de los moribundos eran terribles y deprimentes.

El fragor del combate se intensificó, y ambos ejércitos se vieron envueltos en una nube de polvo. María vio que los hombres de Huntly habían quedado atrapados en el pantano, a merced de lord Stewart y lord Lindsay, que se acercaban por momentos.

Como un ángel vengador, Jacobo se abatió sobre los Gordon, abriéndose paso con la espada entre las filas enemigas hasta llegar al lugar en que se encontraban el conde y sus dos hijos, Adam, de diecisiete años, y sir John. María se preguntó, asombrada, dónde habría aprendido Jacobo a combatir de aquella manera.

—Lord Stewart es un excelente comandante —le dijo a Maitland—, y Kirkcaldy un soldado extraordinario.

Huntly se vio obligado a rendirse, tras lo cual lo maniataron y lo sentaron en un caballo para conducirlo a presencia de la Reina. Pero, de repente, se inclinó sobre la silla de montar y cayó al suelo..., muerto de un ataque de apoplejía.

Retiraron su voluminoso cadáver del campo de batalla en una improvisada litera hecha con nasas y lo trasladaron a Aberdeen. Aquella noche, en efecto, su cuerpo descansó sobre las frías piedras de Tolbooth vestido con un jubón de gamuza y unas calzas grises de las Highlands, sin un solo rasguño.

Tras desfilas como un criminal por las calles de Aberdeen, sir John sería ejecutado en la plaza del mercado, y se consideró necesario que María asistiera y presenciara el acto.

—De lo contrario, dirán que alentabais sus inclinaciones —le dijo severamente lord Stewart.

Desde el cadalso, levantado delante de los aposentos de María, sir John elevó la vista hacia ella, acomodada en su asiento real junto a una ventana abierta.

—¡Vuestra presencia, hermosa señora, me consuela, pues estoy a punto de sufrir por amor a vos! —gritó.

María se aferró a los brazos del sillón y trató de mantener los ojos abiertos, aunque sin ver nada, mientras obligaban al apuesto joven a desabrocharse el cuello de la camisa y apoyar la cabeza sobre el tajo. Poco antes de hacerlo, sir John se arrodilló y volvió a levantar los ojos hacia ella en una muda súplica. El ayudante del verdugo le empujó la cabeza hacia abajo sin miramiento. El verdugo levantó el hacha y la descargó sobre sir John, pero no lo hirió en el cuello. Los indignados espectadores

protestaron, y María gritó horrorizada. Abajo, el verdugo terminó su siniestra misión, y la cabeza de sir John rodó sobre las tablas del cadalso.

Antes de regresar a Edimburgo, María indultó a lord Gordon, que estaba en el sur, y al joven Adam Gordon, de diecisiete años, capturado junto con su padre y su hermano. Ya no habría más muertes.

## XIV

El estuche que le habían colocado delante estaba adornado con una cinta de finísimo encaje asegurada con una peineta española. María lo tomó y lo agitó con suavidad. Se lo había entregado Flamina, que a duras penas era capaz de contener la risa.

—¿Lo abro ahora? —preguntó María.

—¡No! ¡Hay más!

Lusty le entregó un cesto atado con cintas de color violeta, y Rizzio se acercó con un paquete de papel en forma de corona.

—Y esto también.

Seton le ofreció un estuche asegurado con un cierre y protegido con refuerzos de latón.

—¡Ya basta! —exclamó María cuando uno de los estuches resbaló de su regazo al suelo—. Es más que suficiente para el cumpleaños de una persona.

—Pero es que los veinte años son algo muy especial —dijo madame Rallay—, y vos no podéis negaros a aceptarlos —añadió depositando en las manos de su señora un paquetito envuelto en seda.

En una mesita se amontonaban los presentes de los miembros de su personal de servicio, lord Seton, Bastian Pages, Bourgoing y Balthazzar.

—Vamos, Rizzio, cantad un poco mientras la Reina abre los regalos —indicó Beaton—. Pero que resulte apropiado.

Todos se echaron a reír.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede? ¿A qué vienen estas risas cuya causa ignoro? ¿O quizá soy yo la causa? —preguntó María.

—En cierto modo, sí —contestó Rizzio—. O la causa es más bien vuestra situación.

—¿Qué situación? —preguntó María, desconcertada.

—¡Abridlos! ¡Abrid los paquetes y no tendréis que hacer preguntas!

María tomó el primer estuche, el de la cinta de encaje y la peineta, y empezó a desenvolverlo. Mientras lo hacía, Rizzio rasgó las cuerdas de su laúd de ébano con incrustaciones de marfil, se puso de rodillas y empezó a interpretar una melodía española.

—¡Oh, nobilísima Reina, aceptad mi galanteo! —cantó—. ¡Yo, el solitario don Carlos, sólo os necesito a vos para librarme del fruncido ceño de mi padre el rey Felipe y de los bramidos de los toros!

María extrajo una pastilla de jabón de aceite de sebo con una etiqueta que rezaba: «Cuando me añadas a tu baño, deja que mis pensamientos lleguen hasta tu nariz.» María lo tomó y de inmediato aspiró unos efluvios de jazmín y gardenias tan intensos como si

llevaran mucho tiempo encerrados.

—Es auténticamente español —señaló Flamina.

La música de Rizzio alcanzó poco a poco un *crescendo*.

—La música española es tan... insistente... —opinó María—. A diferencia de los galanteos españoles. Por desgracia, don Carlos no parece tan ansioso como vos lo presentáis.

Se echó a reír. A ella tampoco le interesaba demasiado don Carlos. Desató la cinta de seda del paquetito de madame Rallay; en su interior había un alargado frasco con un tapón de cristal labrado. Lo destapó, aspiró su perfume y se sintió transportada a Francia. Era la mezcla de flores de Provenza que preparaban los perfumistas de Catalina de Médicis; a María la habían autorizado a ponérsela por vez primera a los doce años.

Cerró los ojos e inhaló profundamente. Casi le pareció oír el sonido de las voces de Fontainebleau, las infantiles vocecitas de Carlos, Claudio, Isabel...

Ahora Rizzio interpretaba una dulce y acompasada canción francesa. Sus dedos rasgueaban las cuerdas con tanta ligereza como un soplo de brisa.

La nota que acompañaba el presente decía: «Siempre os he amado. Carlos IX.»

—Es bueno regresar a los recuerdos felices —dijo María—, pero me temo que los galanteos del pequeño Carlos serán inútiles.

Cuando María se disponía a abrir el estuche en forma de corona, Rizzio empezó a tocar una melancólica melodía popular. La tapa del estuche se abrió como si tuviera un resorte y María vio en su interior unas joyas de bisutería alrededor de una botella redonda con una coronita en la parte superior. En la nota ponía: «Os convertiré en la reina del hielo y las nieves y de unas noches de amor que durarán veinticuatro horas. Eternamente vuestro, Erik XIV, Rey de Suecia.» María desenroscó el tapón y aspiró con cautela el contenido... ¿Olería a lobos y a bosque? Pues no; el ungüento de la botella despedía un puro aroma de abedul.

—El rey Erik es muy persuasivo —dijo María.

Todos los presentes se echaron a reír.

—¡Otro, otro! —gritó Lusty, entregándole el estuche con refuerzos de latón. Rizzio corrió a buscar la espineta y se puso a interpretar una alegre melodía de baile. María abrió el estuche y sacó de su interior un frasco con incrustaciones de oro que despedía destellos a pesar de la escasa luz de la estancia. «Aunque mi cabeza es demasiado grande, mi corazón lo es más, y todavía más mi capilla católica —decía la tarjeta—. Dignaos ser mi esposa y las tres cosas os pertenecerán. Vuestro humilde servidor, S.A.R. el archiduque Carlos de Austria.»

María abrió el frasco y el penetrante perfume de rosas y claveles que escapó de su interior hizo que se sintiera mareada por un instante. El aroma llenó el aire y pareció envolverla.

—¡Oh, qué galanteo tan vehemente!

El último presente era la cesta. María desató las cintas y encontró una adornada caja. En su interior había unos polvos que despedían un delicado perfume de lavanda. Siempre le había gustado la lavanda pero sólo conocía la variedad francesa. Aquélla, en cambio, era distinta, más dulce y suave. La tarjeta rezaba: «No os olvidéis de vuestro humilde primo inglés, que es tan tímido como esta flor del campo pero vivirá más de una estación para perfumar vuestro lecho o ser pisoteado por vuestros pies si ése es vuestro deseo.»

—¿Y éste quién es? —preguntó María—. No lleva firma.

Rizzio tocaba interpretando en su laúd la melodía *Greensleeves* y nadie reconocía ser el remitente del paquete.

—¿Mi humilde primo inglés? —dijo María—. Esta lavanda procede de la región de Norfolk, lo sé, pero el duque de Norfolk está casado, ¿no es cierto? Y no es primo mío sino de la reina Isabel, aunque supongo que eso lo convierte en una especie de primo político.

Escrutó los rostros de los presentes. ¿Nadie iba a confesar?

El humilde primo inglés... ¿Sería Enrique Estuardo, el hijo del conde de Lennox? Sabía que tenía unos tres años menos que ella. Antes era casi un niño para María, pero ahora que ella ya había cumplido los veinte años, la diferencia no se notaba tanto. A los diecisiete años los hombres iban a la guerra y gobernaban como reyes sin necesidad de regentes. Se preguntó si Enrique sería así.

—¿Enrique, lord Darnley? —preguntó.

—¡Sí!

Rizzio se levantó de un salto, corrió a la estancia contigua y regresó caminando sobre unos zancos. Todos se echaron a reír.

—¡Soy tan alto que casi me mareo! —dijo.

—¿Tan alto es mi primo? —preguntó María.

En realidad, sabía muy poco de él. Su padre, Mateo Estuardo, emparentado con los Estuardo franceses, había sido desterrado de Escocia cuando ella contaba apenas dos años de edad, y había vivido en Inglaterra desde entonces.

—¡Tan alto como Goliat! —le aseguró Rizzio.

Justo en aquel momento entraron en la cámara lord Stewart y Maitland, también con regalos. Ambos levantaron los ojos y vieron que Rizzio los miraba desde lo alto de los zancos.

—¿Ahora os habéis convertido en una dama de compañía? —le preguntó lord Stewart en tono de incredulidad—. ¿Vivís con las damas?

Maitland lo observaba con la expresión propia de alguien que acaba de descubrir un objeto vergonzoso en un lugar inadecuado: un costoso presente en un cubo de la basura, o un excremento de perro en la suela del zapato de un clérigo.

—¡No, por supuesto que no! —contestó Rizzio, saltando al suelo.

—Os pasáis mucho rato aquí —comentó Maitland.

Aquella noche María ordenó que le prepararan un baño caliente para disfrutar de todas las fragancias que le habían regalado.

—Me remojaré en agua perfumada con jabón español, me frotaré los dedos de los pies con ungüento de abedul, me rociaré con los polvos de lavanda, me pondré las rosas en el cuello y espolvorearé mis pañuelos con las flores de Provenza —le dijo a Lusty.

Sumergida en la perfumada agua —que con tanto esfuerzo habían acarreado los criados hasta su bañera—, María procuró relajarse. Envuelta en la delicada y sedante fragancia, extendió las piernas y echó la cabeza hacia atrás.

Aquel día había sido muy divertido. Sus seres queridos habían demostrado gran ingenio al preparar los presentes y organizar aquel juego, pero...

Se arrojó agua a la cara y sintió que los regueros resbalaban por sus mejillas.

En realidad, no había sido un juego.

«Comprendo que debo casarme —pensó—. Una parte de mí desea hacerlo; estoy harta de vivir sola, necesito compañía. Después de la rebelión de Huntly, perdí a mi último aliado contra todos los protestantes convencidos. Si quisiera hacer algo contrario a los deseos de éstos, nadie me apoyaría. Quizá sería prudente elegir a un príncipe extranjero. El poderío de España supondría una advertencia para el exceso de celo de los lores de aquí. Sin embargo, continuaría sintiéndome muy sola, pues don Carlos se quedaría en España y sólo me haría breves visitas. Carlos IX no tiene remedio. El archiduque de Austria quizá sea una buena posibilidad. ¿Y el rey Erik de Suecia? Con él se plantearía el mismo problema que con don Carlos. Si tengo un esposo, quiero que esté conmigo. Una no se casa para huir de la soledad y seguir viviendo sola. ¿Y Enrique, lord Darnley? Si ya es un hombre, tal vez. No es un súbdito inglés, pero por sus venas corre sangre real. Es el último varón de la estirpe Tudor, primo de Isabel y mío. Tal vez esta boda fuera del agrado de Isabel y la indujera a suavizar su postura respecto a la sucesión. Quisiera que mi boda fuese de su gusto, y también del mío.

—Señora. —Madame Rallay estaba en la puerta con una carta en la mano—. Esto es para vos.

María abrió el sobre y encontró un poema que en un sentimental y emocionado francés loaba su belleza, su prudencia y su esplendor.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—La envía el poeta Chastelard —contestó madame Rallay—. Ha regresado de improviso a vuestra corte y desea rendiros homenaje.

María experimentó una sensación de hastío. Se había alegrado mucho de que aquel pesado se marchase a Francia. ¿Y ahora había vuelto?

—En otro momento —dijo.

El aceite de la pastilla de jabón estaba dejándole la piel tan resbaladiza como la de un pez. Salió de la bañera y dejó que madame Rallay la secara con una suave toalla y le aplicase los polvos de lavanda. Una caja la esperaba en la banqueta justo al lado de la mampara. La abrió y encontró en su interior una estola de seda bordada, regalo de lord Stewart. Se la puso sobre el vestido y percibió su agradable suavidad contra su cuello.

Al entrar en su dormitorio, se extrañó de ver a Rizzio, que contempló la estola con admiración.

—¡Es bellísima! —exclamó—. Qué tono de amarillo tan vivo; no sabía que hubiera tintes capaces de reproducir el color de las caléndulas. Y el bordado... ¿es de hilo de oro puro?

María asintió con la cabeza y se soltó el cabello, que cayó sobre sus hombros.

—Un presente de lord Stewart —explicó.

Rizzio abrió como platos sus ojos saltones.

—Vaya. Bueno, es justo que os rinda tributo con un presente tan caro. A fin de cuentas, vos lo habéis convertido en un hombre muy rico. El condado de Moray..., ¡con la cantidad de tierras que tiene!

—Sí.

—Es casi tan grande como Escocia.

—Para ser un recién llegado, os habéis dado muy buena maña para averiguar quiénes son los propietarios de las cosas de aquí.

—Se trata de un simple entretenimiento, mi Graciosa Majestad.

—No comprendo que el hecho de interesarse por las posesiones de los demás pueda considerarse un entretenimiento.

—Un estudio pues, si lo preferís. Un estudio sobre el poder. El poder me interesa. Quiero poner mis conocimientos a vuestro servicio siempre.

—Os lo agradezco.

—Yo que vos no le otorgaría a lord Stewart más tierras ni honores, Majestad. Demasiadas tierras acaban por convertirse en demasiado poder.

—Eso es asunto mío.

En el momento en que María terminaba la frase se abrió silenciosamente la puerta, y Jacobo Stewart asomó la cabeza con gesto de respeto.

—Me complace que os haya gustado mi presente, mi queridísima hermana —dijo. Pero estaba mirando a Rizzio.

El tibio sol de mayo daba de lleno en las jaulas y las canastas, lo que provocó que los animales que había en su interior se movieran y empezaran a quejarse. Media corte había salido a ver lo que la Reina había mandado traer y permanecía a la espera de que los jardineros y los cuidadores aparecieran con sus sierras y sus palancas. La Reina y sus damas se reían, disfrutando del espléndido día. María observó que John Sempill, uno de los jóvenes cortesanos cuya afición a la danza había inducido a John Knox a escribirle una carta a su padre acerca de los males que esto implicaba, se había acercado a Lusty. El embajador Randolph tampoco se separaba de Beaton. ¡Ah, la primavera!

Aunque María aún vestía una versión más moderada de luto, le resultaba difícil sentirse triste en un día como aquél en que todo el mundo exultaba de gozo. Arriba, las ramas de los árboles se habían cubierto de hojas hacía apenas unos días y ahora éstas parecían agigantarse ante los ojos de la Reina. Si por la mañana tenían el tamaño de un ducado, por la noche alcanzarían el de un cuenco. Las flores también brotaban sin que les importara el tener que abrirse camino a través de los restos del año anterior. Las flores carecían de memoria, pero refrescaban la de los demás.

—¡Ah! —exclamó alegremente María al ver acercarse a los trabajadores y los jardineros, que silbaban por el camino con sus palas y sus carretillas—. ¡Caballeros! —dijo—. Delante de vosotros, en estas canastas, hay unas plantas que he mandado traer desde Francia. Lilas persas...

—Aquí no crecerán —señaló de inmediato uno de los trabajadores.

—Hace demasiado frío —añadió otro.

—Probemos a plantarlas en una pendiente orientada hacia el sur, protegiéndolas un poco —sugirió María—. Hay rosales de la variedad *rosa gallica*, que da muchas flores, y margaritas mayores que trepan por las espalderas y sólo se abren de noche...

—¡Necesitaremos mucho abono! —dijeron los jardineros.

—Estoy segura de que en las caballerizas reales lo habrá en abundancia —contestó María—. Y allí están los sicomoros que pedí —dijo, señalando las canastas más altas—. ¡Espero que crezcan aquí! El rumor del viento a través de sus ramas es uno de los más agradables que pueden escucharse en este mundo.

Los hombres murmuraron por lo bajo.

De pronto aparecieron varios fornidos jóvenes con ropas, guantes y gorras de cuero adornados con tachones, látigos y garrotes en las manos. A la cabeza iba un hombre de más edad armado con una pistola, el responsable del jardín de fieras nombrado por María.

—¿Dónde están las bestias? —preguntó el hombre.

María le señaló las jaulas con barrotes y orificios para la entrada del aire. —Allí.

—¿Qué variedades tenéis?

—Dos leonas, un oseznó, un lobo y un puercoespín.



—¡Leonas! —Los hombres la miraron con interés—. ¿Adultas?

—No, pero tampoco son unos cachorros —contestó María—. Por lo menos, eso es lo que me han dicho.

Los hombres se acercaron con cautela a las jaulas.

—¿Dónde queréis que vivan estas bestias?

—En un jardín de fieras aquí, en Holyrood —respondió María—. Más adelante, mandaré traer otros animales para el de Stirling.

«Cada cosa a su tiempo —pensó—. Paso a paso. Se necesita tiempo para borrar los efectos de los años de abandono. Los cuadros de flores que plantamos el año pasado están llenos de variedades autóctonas. Antes de traer los animales, hemos tenido que reconstruir el jardín de las fieras pues una leona no ha de permanecer mucho tiempo encerrada en una jaula.»

Las Marías observaban entre risas los plantones que los jardineros extraían de las canastas. Algunos de ellos parecían marchitos en sus envolturas de paja. Pero las apariencias podían ser engañosas. Las rosas francesas, por ejemplo...

Al pensar en Francia, una sombra pareció nublar el claro y alegre día. La situación ya no era alegre y feliz en Francia. Las guerras de religión habían provocado mucho dolor. Su amado tío el duque de Guisa había sido asesinado por un hugonote que le había pegado un tiro por la espalda. Todos los principales representantes de ambos bandos habían muerto o habían sido hechos prisioneros: Antonio de Navarra había muerto en batalla, y el conde de Navarra y el condestable Montmorency habían sido capturados antes de que se firmara una especie de tratado.

Chastelard, el poeta al servicio del hijo de Montmorency, había regresado a Escocia, algunos aseguraban que con fines políticos. ¡Pero era un estúpido! María se entristeció al pensar en su extraño comportamiento: se había ocultado debajo de su cama, le había declarado su apasionado amor... Habían acabado por ejecutarlo. Sin embargo, lord Stewart le había asegurado que lo que Chastelard se proponía era que la ejecutaran a ella. El poeta había salido al encuentro de la muerte recitando versos de Ronsard y proclamando su amor por ella, «la más cruel princesa del mundo».

Era una primavera de muertes. María rogó a Dios que todo hubiese terminado y que el demonio de la violencia ya se hubiera expiado. Sin embargo, debía prolongar su luto en honor de su tío.

A su espalda en los senderos del todavía desierto jardín, lord Stewart y Maitland contemplaban con desaprobación lo que ocurría.

—Más estupideces francesas —musitó lord Stewart—. Cajas llenas de bobadas. Espero que lo pague con el dinero de sus rentas francesas de viudedad y no con el de la Corona.

—Me complace que se esfuerce en mejorar su casa, tanto más si lo hace a expensas propias —contestó Maitland—. Es posible que muy pronto elija a un marido con quien

compartir todo eso. —Al ver que lord Stewart fruncía el entrecejo, se apresuró a añadir en un suave susurro—: Está claro que nuestra reina tiene que casarse; forma parte del orden natural de las cosas. Pero, ¿con quién? Debe tratarse de alguien de sangre real. Tiene que ser católico para complacerla a ella pero tibio en la práctica de su religión para agradar a sus súbditos. Es muy difícil.

—Entonces el candidato ideal —dijo Morton, que estaba escuchándolos— tendría que ser un católico no practicante que accediera a que su hijo fuera educado en el protestantismo. Tendría que ser de sangre noble o real. Tendría que gozar de buena forma física y mental. Y, a ser posible, tendría que ser extranjero...

—Exactamente —afirmó Maitland.

—¿Y eso por qué? —preguntó Morton.

—Para que Escocia se integre en los más altos órganos consultivos de Europa e incremente su prestigio... —respondió lord Stewart.

—Nadie nos escucha ahora —dijo Morton—. Dejemos esa cháchara para los necios. Si ella se casa con su príncipe y zarpa con rumbo a su corte de Europa para no regresar jamás a Escocia, nosotros, los lores de la Congregación, podremos gobernar como es debido. Siempre en nombre de Jacobo, Roberto, Malcolm o como quiera llamarlo.

—Ignacio, Pierre o Ludwig más bien —dijo Maitland.

—¿De modo que se está negociando con don Carlos, Carlos IX y el archiduque Carlos? —preguntó Morton.

Lord Stewart se encogió de hombros, sonriendo.

—Después del largo invierno los correos son muy lentos. Y a la Reina no parece interesarle demasiado esta cuestión.

—Me sorprende. Despierta pasiones en los hombres pero ella no siente ninguna —observó Morton—. Pensad en lo de John Gordon y en lo del poeta francés el mes pasado. —Sacudió la cabeza—. Ambos murieron a causa de la obsesión que sentían por ella.

—Qué extraño asunto —convino Maitland, sacudiendo la cabeza.

—Pobre poeta. Fue la incauta víctima de alguien que pretendía deshonorar a la reina de Escocia. Una especie de agente —dijo Morton—, enviado desde Francia.

—Quienquiera que lo enviara conocía muy bien a la Reina, la cual no es una persona circunspecta sino de trato excesivamente familiar y abierto con todo el mundo. Alentó sus esperanzas tal vez sin querer, pero bailaba con él y se colgaba de su cuello —recordó lord Stewart. Le había parecido una frivolidad repugnante.

—Lo mismo hace con este Rizzio —dijo Morton, frunciendo el entrecejo al pensar en el indecoroso comportamiento de la Reina.

—Muy cierto. —Lord Stewart asintió con la cabeza—. No es decente. Y últimamente creo que ha estado haciéndole revelaciones de carácter político y le ha

pedido consejo.

Morton enarcó una ceja.

—En tal caso, conviene que permanezcáis alerta, no os vayáis a quedar sin vuestros puestos —dijo mirando a lord Stewart y Maitland—. Ahora yo soy canciller en sustitución de Huntly, pero es posible que el pequeño italiano acabe convirtiéndose en el amo de todos nosotros.

—¡Tonterías! —exclamó Maitland.

—¿De veras? ¿Cuántas veces habéis conversado en privado con la Reina desde el episodio de Chastelard?

Lord Stewart se encogió de hombros.

—No he advertido ningún cambio. Los acontecimientos le han afectado, naturalmente, y...

—Y ha buscado consuelo en su fiel intérprete de laúd. Sí. Muy comprensible.

Morton soltó un bufido. Lo entendía a la perfección. Los pecados de la carne.

—Está muy apenada por las constantes guerras de religión de Francia —explicó lord Stewart— y por la muerte de su tío el duque de Guisa. Le duele que Orleans, la ciudad donde murió su esposo Francisco, haya sido profanada con tantas matanzas y destrucciones. El bosque en que ellos solían cazar ahora está lleno de soldados y piezas de artillería..., y todo eso la entristece.

—Francia pertenece al pasado —replicó Morton con aspereza.

Los gritos de asombro y emoción de los presentes cuando los cuidadores abrieron las jaulas de los leones atrajeron por un momento su atención.

—Debéis reconocer que ha introducido en Escocia costumbres elegantes —terció Maitland.

—Leones escoceses —dijo lord Stewart—. Son nuestro emblema. Simbolizan el poder y la elegancia.

—Si quiere el poder —dijo Maitland en tono pensativo—, primero deberá procurar satisfacer a Isabel casándose con quien a ésta le convenga.

Un año más tarde María, aún viuda, yacía en la cama... sola. La habían atacado unas virulentas fiebres acompañadas de fuertes dolores en la espalda y las piernas y de unos temblores que le provocaban escalofríos a pesar de las mantas que la cubrían y del buen tiempo que hacía, pues ya estaban de nuevo en el mes de mayo. María pidió que encendieran la chimenea de la estancia y los infatigables madame Rallay y Bourgoing, sudando a mares, se apresuraron a obedecer. A pesar de ello a María le castañeteaban los dientes, le ardían los pulmones y sufría espasmódicos accesos de tos seca.

El mal se había manifestado de repente mientras examinaba unos despachos con Rizzio, ascendido ahora al puesto de secretario de su correspondencia francesa, que

era casi toda la que tenía. Le sobrevino una fuerte punzada en la cabeza, una sensación de calor y de vértigo...

—Debo detenerme un momento —dijo, dirigiéndose con paso inseguro hacia su dormitorio—. Descansaré allí un ratito...

Cuando Rizzio asomó la cabeza una hora más tarde, la encontró dormida, pero gimiendo. Le posó la mano en la frente y se la notó muy caliente. Entonces llamó a Bourgoing.

Su estado empeoró en las horas siguientes. Bourgoing estaba perplejo, hasta que tuvo una ocurrencia:

—¡Ya sé lo que es! —exclamó—. Es «la nueva amistad», así llamada porque es tan contagiosa que hace muchas amistades. He oído hablar de ella, pero jamás la había observado en persona.

—¿Os referís a la gripe o *influenza* —preguntó Rizzio—, así llamada porque procede de la influencia de los astros?

—¿Es ésta la causa? He oído decir que en Italia está muy extendida y que ahora está subiendo hacia el norte...

—¡Por favor, no vayáis a echarle ahora la culpa a Italia! —Rizzio rió—. ¡Yo no la he traído!

—¡Por supuesto que no os echo la culpa a vos! —exclamó Bourgoing—. Qué cosa tan absurda estáis diciendo. ¿Creéis acaso que todo gira en torno a vos?

—No soy yo quien lo cree, sino los demás. Últimamente, Rizzio es el culpable de todo, del elevado precio de los cereales, de la sequía, del desinterés de la Reina por Robert Dudley...

—Estáis exagerando —dijo Bourgoing. No obstante, el italiano tenía en parte razón.

—No, quienes exageran son ellos, los lores. Exageran mi influencia... mi *influenza*, ja, ja... sobre la Reina.

María emitió un gemido, y ambos hombres se acercaron de inmediato a ella.

—Rizzio, perdonadme... —dijo—, no puedo terminar las cartas ahora... Hacedlo... como siempre. —Volvió a cerrar los ojos.

Rizzio dejó escapar un suspiro.

—Se trata de lo de siempre —le aseguró a Bourgoing—: una carta de condolencia a María de Médicis en el quinto aniversario de su viudez, una pregunta al embajador de Su Majestad en París el arzobispo Beaton. Son éstas las cosas de las que me ocupo.

María los oía hablar, pero era como si se hallase muy lejos y las voces resonaran en las profundidades de su cabeza. Le palpitaban las sienes y se sentía tan débil que apenas era capaz de levantar la mano para tirar de los cobertores. Le dolía todo el cuerpo. Se durmió y se revolvió, pero su sueño no fue normal. Pesadillas de enormes dimensiones se apoderaron de ella, y los pensamientos empezaron a correr por su mente como animales desbocados.

«Dudley. Robert Dudley, el favorito de Isabel... ¿y si lo acepto tal como ella quiere? Desea que me case con él, un súbdito suyo, e insinúa que, si lo hago, me reconocerá como sucesora suya. Pero ¿lo hará? ¿Y si me caso con él y ella se niega a nombrarme sucesora? Entonces tendré que irme a la cama con maese Robert, caballero mayor, Robin de Cummor Place, Robin de Cummor Place, se rompió la cara, tropezó con el encaje, cayó al suelo...

—¡Bebed un poco!

Le acercaron un cuenco a los labios, y ella sintió la frialdad del líquido que le resbalaba por la barbilla. No se lo tragaba.

«En la cama con Robert, Robert, Robert... ¿Y si lo hago?»

Permaneció cuatro días en la cama sudando, tosiendo y perdiendo y recuperando la conciencia, como si flotara entre nubes. De repente, empezó a encontrarse mejor. Notó que la enfermedad remitía y soltaba su presa. Intentó incorporarse, pero el esfuerzo fue demasiado para ella. Al momento madame Rallay se le acercó.

—¡Oh, mi dulce niña querida! ¡No hagáis esfuerzos! ¿Ya estáis mejor? ¿Tenéis apetito?

—No —dijo Bourgoing, tomando su mano—. Primero líquido y después comida. — Le abrió los párpados, se los examinó por la parte interior y después le pidió que abriera la boca—. La comida os irritaría la garganta; la tendréis sensible varios días.

—Ahh...

María intentó hablar por primera vez desde que cayera enferma. La garganta había perdido la costumbre y la voz que emitió no era la normal.

—¡No os obstinéis en hablar! —la regañó madame Rallay—. Tomad un poco de esta sopa...

Al día siguiente logró incorporarse en la cama. Seton le había cepillado y peinado el cabello, desenredándole los nudos provocados por los movimientos de la cabeza sobre la almohada empapada de sudor, y ahora se sentía limpia y aseada con su manteleta echada sobre los hombros.

Su primer visitante fue Maitland. Entró en la estancia vestido con tanta pulcritud como siempre, peinado de tal forma que su cabello no pareciera tan ralo. María esperaba que lanzase miradas furtivas a Flamina (¿por qué, si no, se había peinado de aquella manera?), pero no lo hizo; parecía sinceramente preocupado sólo por María.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Aunque sabíamos que estabais sana y que la «nueva amistad» prefiere las víctimas débiles, la enfermedad de una reina siempre es peligrosa. —Con una sonrisa en los labios, Maitland alargó la mano en la que sostenía una rosa roja recién abierta. El perfume era tan penetrante como el del incienso—. Es el primer capullo de vuestras rosas importadas plantadas el año pasado. ¿No os parece

una buena señal?

María tomó la rosa con delicadeza. En efecto, se lo parecía. Las rosas florecían; las plantas trasplantadas se desarrollaban.

—Gracias, mi querido Maitland.

Al día siguiente María se empeñó en levantarse y llamó a sus Marías para que la ayudaran a vestirse a pesar de que todavía se notaba los pies débiles. Sin embargo, cuando Beaton sacó su vestido preferido de color gris perla, descubrió que le venía demasiado holgado. Había perdido mucho peso en el transcurso de su breve enfermedad.

—Muy bien, pues, me haré otros vestidos —sentenció.

La perspectiva de unos vestidos nuevos no le desagradaba.

Balthazar extrajo la cinta para medirle la cintura, el pecho e incluso la parte superior de los brazos.

—Sí —dijo, sacudiendo la cabeza—, estáis mucho más delgada. Podría estrechar los vestidos, pero creo que por el momento será mejor que hagamos dos o tres nuevos y dejemos los otros sin retocar, pues cuando os restablezcáis recuperaréis el peso y las fuerzas que teníais... ¿Vuestra Majestad está dispuesta a vestir nuevamente de color?

—No, seguiré con el gris, el negro, el blanco y el morado.

—Mi querida señora, si vais a recibir a los aspirantes a vuestra mano, ¿no os parece que deberíais poneros algo más alegre y adecuado? —le preguntó Seton.

—Cuando llegue el momento, lo sabré, Seton —musitó María.

Aquella tarde se presentó lord Stewart con una carta enviada por la reina Isabel. Jacobo a duras penas podía reprimir la curiosidad cuando María rompió los sellos y leyó con atención la carta. Siempre le había gustado la hermosa firma de su prima:



—Pide que autorice el regreso del conde de Lennox a Escocia para que inspeccione las fincas que le fueron confiscadas —dijo María.

—¡El muy traidor! —exclamó Jacobo—. ¡Él, que se vendió como un mercenario a Enrique VIII para entregarle el castillo de Dumbarton a los ingleses! ¡Se tuvo muy merecido perder las tierras y los títulos! —Levantó la voz, indignado—. Y todo porque

nuestro regio padre no lo nombró heredero; no tenía por qué hacerlo tras haber nacido vos. Se declaró vuestro enemigo desde que vinisteis al mundo, y está claro que quiere seguir siéndolo.

—De eso hace mucho tiempo —dijo María—. Si ahora quiere hacer penitencia y recibir el perdón...

—El que ha sido traidor jamás deja de serlo. ¡Sois demasiado blanda, hermana!

—Un buen gobernante ha de ser clemente —contestó María.

—Antes que ser clemente, un buen gobernante debe velar por su propia seguridad.

María miró de nuevo la carta sin prestar atención al comentario de su hermano.

—Seré clemente —anunció—, aunque algunos confundan la clemencia con la debilidad. Perdonaré al conde de Lennox y le devolveré sus tierras como Isabel me pide que haga. Hace veinte años que se rebeló contra el Rey. Veinte años... ¿no puede expiarse un pecado en veinte años? ¿Durante cuánto tiempo hay que obligar a alguien a pagar un pecado de juventud, una locura?

—¡Eso sí es una locura! —contestó de manera categórica lord Stewart—. Una locura no borra otra; sencillamente la agrava. La locura nacida de otra lleva al desastre.

—No menciona a Robert Dudley en su carta —comentó María en un intento de cambiar de tema.

Lord Stewart la miró con tristeza.

—¿Y si lo mencionara? —le preguntó—. ¿Qué diríais?

—Pues diría... que quiero echarle un vistazo para comprobar si es cierto todo eso que cuentan de él.

Lord Stewart se echó a reír muy a pesar suyo.

—Yo lo he visto.

—¿Y bien?

—Es... atractivo, teniendo en cuenta su humilde origen. O quizá resulte atractivo precisamente por su humilde origen. A algunas mujeres les gusta esta clase de hombre; a la reina Isabel, por ejemplo.

En cuanto abandonó los aposentos de la Reina, lord Stewart fue en busca de Maitland y casi lo arrastró al interior de un pequeño gabinete donde se encerró con él.

—La reina Isabel quiere que se autorice al conde de Lennox a regresar. ¡Y es probable que nuestra reina acceda! Su enfermedad le ha reblandecido los sesos. ¡Impedídselo! A vos os escucha más que a mí; cree que no tenéis tantos intereses creados como yo.

—No puedo impedírselo. Cuando se le mete algo en la cabeza, es tan testaruda como Isabel. Cuanto más intentara disuadirla, más se empeñaría en hacerlo.

—En tal caso, fingid que estáis a favor. ¡Oh, Maitland, si este hombre regresa, todo cambiará! Reclamará sus derechos como heredero del trono, vendrá con ese hijo suyo...

—¡El bello lord Darnley! —exclamó Maitland en tono pensativo—. ¿Para deslumbrar con él a la Reina? ¡Oh, Dios mío!

—Ambos desbaratarían todo el buen trabajo que hemos realizado. No les importa Escocia, eso está claro, sólo buscan su medro. El lema de su familia es *Avant, Darnley! Jamais d'arriere!* ¡Adelante, Darnley! ¡Jamás retrocedas! ¡Impedídselo, Maitland!

—Os repito que nada puedo hacer. —Y lo cierto es que empezaba a sentirse impotente. Se notaba débiles las piernas y le dolía mucho la cabeza—. Os ruego que me permitáis sentarme un momento...

Aquella tarde Maitland hubo de guardar cama. La «nueva amistad», notoriamente contagiosa, había encontrado un nuevo amigo. La gentileza del secretario al ser el primero en visitar a María y ofrecerle una rosa se había visto recompensada de esta manera. De ahí que éste no discutiese con la Reina el asunto de Lennox y que para cuando se recuperó de su enfermedad, ya se hubiera enviado una carta a Londres en la que se accedía a la petición de Isabel.



## XV

Madame Rallay sorprendió a María al decirle, con afectada indiferencia:

—He estado estudiando los astros y se avecinan grandes cambios, algunos buenos y otros no, pero todos ellos de gran magnitud.

—¿Habéis estado estudiando los astros? ¿Y eso?

María miró a su servidora de toda la vida. «¿Es que todas las personas encierran sorpresas?», se preguntó.

—Ya sabéis que en la corte francesa Catalina de Médicis tenía sus astrólogos y sus adivinos. ¿Acaso no lo recordáis? Se fiaba mucho de ellos. —Madame Rallay hizo una pausa—. Disponíamos de muchas horas libres, sobre todo en Chaumont cuando hacía mal tiempo. Yo solía hablar con Ruggieri..., ¿lo recordáis?; el de la torre.

Sí, María lo recordaba. Había subido allí pese a que estaba prohibido. El astrólogo tenía un espejo que utilizaba para adivinar el futuro.

—Sí, un poco —contestó.

—Me enseñó los rudimentos de esta ciencia.

—¡Pero eso no está permitido! —exclamó María. Escrutó el rostro de madame Rallay, que estaba a punto de cumplir sesenta años—. ¡Sabéis que los cristianos no deben practicar las artes de la adivinación! Además, dada vuestra edad la gente podría sospechar que sois una bruja. ¡Qué vergüenza, madame Rallay!

—Pero si los astrólogos no son brujos —repuso madame Rallay—. Ocupan posiciones respetables en la sociedad. La propia reina Isabel eligió el día de la coronación según los consejos de los astrólogos. Si no se tratara de una ciencia y no revelase el futuro, ¿por qué razón estaría prohibido consultarles acerca de la salud de un rey? —Aquella mujer mostraba una gran sensatez—. Me pareció oportuno adquirir unos conocimientos tan útiles como el zurcido de las calzas o el secado de las hierbas que se emplean en la elaboración de medicinas. —Hizo una pausa y añadió—: De todos modos, sería mejor que no se lo comentarais al padre Mamerot.

María suspiró.

—Muy bien pues. ¿Qué es lo que veis?

—No soy una experta y lo único que he sido capaz de leer es que hay grandes cambios en el firmamento.

—¡Eso no necesito que me lo digan los astros! —María rió—. En primer lugar, siempre se avecinan cambios importantes en algún sitio y, en segundo, en mi vida ya hay dos: he enviado a Melville para que hable con la reina Isabel acerca de Robert Dudley, el esposo que ella me propone. También he otorgado al conde Lennox la autorización para regresar a Escocia.

Ambas cuestiones constituían un gran motivo de preocupación para ella. La

desconcertaba que la reina Isabel le ofreciera como esposo a su preferido, Robert Dudley. ¿Lo diría en serio? Y, de ser así, ¿por qué? Resultaba tan ridículo que María había estado a punto de echarse a reír. El padre y el abuelo de Dudley habían sido ejecutados por traición, y con anterioridad a éstos el linaje de la familia era muy oscuro. Decían que Dudley procedía de una «tribu de traidores». El ofrecimiento habría parecido un insulto si no hubiese sido porque, aunque todo el mundo despreciaba a Robert Dudley y lo miraba por encima del hombro, Isabel lo amaba más que a nadie y lo consideraba su amigo más querido. Con independencia de lo que pensarán los demás, Isabel realizaba un sacrificio al ofrecérselo a María.

Los esponsales con don Carlos habían quedado en agua de borrajas; el propio Felipe había retirado el ofrecimiento. Aseguraban que don Carlos estaba loco y habían tenido que encerrarlo. Erik de Suecia le había enviado cartas de amor, pero nada más, y de pronto Isabel acababa de redescubrir al archiduque Carlos de Austria. Todo daba incesantes vueltas.

María se volvió hacia madame Rallay.

—Vamos, cepilladme los nuevos vestidos —le dijo—. Ya están casi listos para la ceremonia y sin duda resultarán de vuestro agrado, pues son de color. Sabéis que vestiré de color en los acontecimientos oficiales.

Llamó a Balthazar y le pidió que le llevara el vestido.

—Ya está casi terminado, Majestad. Y la capa bordada con hilo de plata... — Balthazar puso los ojos en blanco.

María se había vestido para presidir la complicada ceremonia de readmisión del conde de Lennox en la sociedad escocesa. Estaba sentada en el trono de la sala de audiencias del palacio de Holyrood, esperando a que el conde recorriese la última parte de su viaje, bajando por Canongate. En aquel instante el lord heraldo mayor, representante de la Corona, estaba indultándolo y declarando nulo su destierro. Su representante recibiría la vara de la paz, y entonces él se trasladaría allí...

«Mateo Stewart o Estuardo. ¿Qué sé de él en realidad? —se preguntó María mientras esperaba—. Sé que es un primo segundo pues desciende de Jacobo II. Sé que hay una rama francesa de su familia que se llama Estuardo, tal como me llamaban a mí en Francia. La variante procede de la guerra de los Cien Años en que sir John Stewart de Darnley era uno de los comandantes de las fuerzas escocesas que ayudaron a los franceses en sus luchas contra los ingleses. Juan Stewart se convirtió entonces en Juan Estuardo, señor de Aubigny, y su familia todavía vive allí. Sé que el propio Mateo vivió muchos años de su juventud en Francia y que incluso combatió junto a Francisco I en sus guerras italianas. Regresó brevemente a Escocia, se unió a un grupo favorable a los ingleses y, como consecuencia de ello, fue declarado traidor y expulsado. Marchó a Inglaterra y se casó con lady Margaret Douglas, hermanastra de mi padre, y ha permanecido en la corte inglesa desde entonces.»

Oyó el griterío de la muchedumbre en el exterior. Lennox ya debía de hallarse cerca. Siguió repasando rápidamente lo que sabía de él. Los Lennox Estuardo eran los enemigos tradicionales de los Hamilton, pues ambos afirmaban ser los descendientes más directos de Jacobo II y, por consiguiente, los herederos naturales más próximos del trono después de los hijos del monarca.

«Mi padre reconoció el derecho de Lennox —recordó María— y prometió nombrarle heredero de la Corona en caso de que él no tuviera hijos. Pero entonces nació yo, y Lennox se convirtió en traidor y fue desterrado...»

Las trompetas anunciaron la llegada del conde. María oyó las pisadas del séquito al subir por la escalinata. De pronto se abrieron despacio las puertas y apareció el guardia.

—Mateo Estuardo, conde de Lennox, pide ser recibido —anunció.

De pie en medio de una comitiva de unos cuarenta caballeros, un hombre de mediana edad la miraba con fijeza.

—Podéis entrar.

Mientras el conde se acercaba, María recordó sus extraños antecedentes y pensó que casi todos sus nobles lo considerarían un forastero. Pero precisamente por esta razón esperaba que él aportara algo a la corte, pues tenía una amplitud de miras y una experiencia que muy pocos lores locales eran capaces de igualar.

—Bienvenido —lo saludó María, levantándose de su trono para que él la abrazara y le diese el beso de homenaje—. Como primo mío y esposo de la hermana de mi querido padre, os ofrezco todo mi afecto y respeto.

El conde se inclinó de nuevo en una profunda reverencia. Su espalda cuajada de piedras preciosas parecía el caparazón de una tortuga. El conde se enderezó y esbozó una sonrisa. Conservaba parte de su antigua apostura. En su redondo rostro aún quedaban rastros de su juvenil atractivo y sus ojos miraban con expresión benévola.

María le sonrió también.

—Nos complace que regreséis con nosotros y confío en que encontréis vuestras tierras en buenas condiciones —le dijo.

Sus tierras heredadas se encontraban en la región del medio oeste de Escocia, cerca de Glasgow, pero antes de inspeccionarlas el conde debía ser oficialmente indultado y recibido por la Reina y sus nobles.

—Vuestra Majestad es demasiado indulgente —dijo él.

—¡Otra cerveza! —le gritó la moza al tabernero mientras Melville le dirigía una sonrisa de complicidad.

Ella le devolvió una lenta sonrisa y él se preguntó cuál sería su significado, en caso de que lo hubiera.

La moza le sirvió otra espumosa jarra y él se la pagó. «Probablemente nada — pensó—. No significa nada y no me importa. Debo conservar los calzones en su sitio y la bolsa bien guardada. Sin embargo, es dulce imaginar las cosas desconocidas que podrían ocurrir con una mujer desconocida.»

—¿De dónde venís? —le preguntó de repente el hombre que estaba sentado a su lado en el banco.

Su voz resultaba desagradablemente chillona.

—De Edimburgo —contestó Melville. Tuvo que levantar la voz para que se oyera sobre el estruendo del comedor de la posada—. Me dirijo a Londres.

—¿A ver a la Reina? —inquirió el hombre con voz de trueno, y de repente rompió a cantar—: «Minino, minino, ¿dónde estuviste y qué fue de ti? ¡A ver a la reina de Londres me fui!»

Los demás comensales lo miraron con desaprobación.

—No —mintió Melville.

Qué sorpresa se habrían llevado si les hubiera dicho la verdad.

—¿Cuántos días hace que andáis por los caminos? —le preguntó el hombre.

—Cinco días. Primero me detuve en Berwick y después en Newcastle.

El hombre soltó un silbido y se le escapó de la boca una burbuja de grasa de cerdo de la empanada de carne que estaba comiendo.

—Vais muy rápido. Un día más y estaréis en Londres, o en Saint Albans por lo menos.

—Así lo espero. ¿En qué condiciones encontraré el camino?

—Me han dicho que el camino de Londres está seco y muy transitado en estos momentos —contestó la moza, que apareció de manera misteriosa junto al hombro izquierdo de Melville—. Anoche vino un grupo de Londres. Se detuvieron temprano, pues les gustó nuestro rótulo.

A Melville también le había llamado la atención la belleza del rótulo: La Tortuga Feliz. En él aparecía una tortuga muy bien dibujada, con las placas del caparazón en negro y amarillo, danzando en un campo de fresas. Prometía ser una posada con sábanas limpias y buena mesa.

—A mí también —dijo Melville—, pero mañana tendré que levantarme temprano.

Se conformaba con descansar, comer y beber antes de emprender la siguiente etapa del viaje. En cuanto llegara a Londres apenas descansaría y tendría que cuidar mucho su lenguaje, pues su misión presentaba dos caras.

Su señora, la reina María, lo había enviado oficialmente a estudiar el ofrecimiento de Dudley y examinar la sinceridad de Isabel, pero al mismo tiempo debía reunirse en secreto con lady Lennox para averiguar en qué clase de hombre se había convertido en realidad lord Darnley. El conde de Lennox ansiaba que su hijo lo siguiera a Escocia para que inspeccionara sus tierras, pero para ello Darnley necesitaba un pasaporte y el

permiso de Isabel.

Por regla general, Melville habría aprovechado gustoso la ocasión de efectuar una prolongada visita a la corte inglesa, una visita lo bastante larga como para que su zapatero preferido le confeccionara otro par de botas, para celebrar civilizadas veladas de conversación y diversión con Cecil y el duque de Norfolk y para reunirse con los embajadores del Sacro Imperio y de Francia. Le habían concedido el honor de elegirlo y elevarlo al grado de enviado de confianza (¿o lo habrían hecho sólo porque Maitland estaba enfermo?, se preguntó). Sin embargo, el hecho de que lo enviaran a cumplir una misión que exigía engañar a Isabel no le resultaba agradable. Ella, la gran impostora, no aceptaba de buen grado que otros jugaran al mismo juego; y lo peor de todo era que enseguida lo descubría.

*¿ puedo comer un poco de carne  
¿ me duele mucho la tripa...*

Cuando los hombres de la taberna se pusieron a cantar, las sonoras voces y los arrebolados rostros parecieron irradiar un agradable calor. Melville estaba pasándolo bien y disfrutaba de su anonimato.

La reina Isabel lo miró con severidad cuando se acercó a ella en el jardín de Westminster mientras daba su habitual paseo matutino.

—Señor Melville —le dijo—, ¿habéis venido para hablarme de la sucesión o de milord Robert Dudley?

La Reina no pareció sorprendida de verlo.

—Para ambas cosas, Majestad —contestó él, yendo también al grano.

La Reina rió.

—Entonces os doy la bienvenida. —Señaló con un gesto de la mano el jardín cercado por un muro. La humedad del cercano río lo teñía todo de verde. Acarició la rama de un peral de grueso y nudoso tronco y arrancó una fruta para ofrecérsela—. Es un zapote. Mi padre me explicó que su frutero se lo había traído de Alemania. No cabe duda de que es muy viejo. Sus frutos son tan dulces como la miel.

Melville inclinó la cabeza, con expresión muy seria. ¿Qué debía hacer con aquella pera? Era blanda y jugosa y le dejaría la mano hecha una porquería en caso de que se la comiera por educación. En realidad, estaba tan blanda que el jugo ya empezaba a escurrírsele por la mano.

Isabel soltó una carcajada.

—Enrique VII solía ofrecer fruta madura a su mono. Podéis arrojar la vuestra al suelo para que se la coman los pájaros y las ardillas.

Melville se sintió un poco estúpido mientras se secaba las manos con su almidonado pañuelo de encaje.

—Os traigo sinceros saludos de mi reina y señora, vuestra buena hermana y prima —dijo.

Isabel enarcó las cejas.

—¿Y qué respuesta nos da a la proposición de matrimonio que presentó el señor Randolph, quiero decir a la boda con Robert Dudley?

Isabel no le concedería ninguna tregua ni se andaría por las ramas.

—Espera una reunión entre sus ministros y los vuestros, gran reina —contestó Melville—; con toda seguridad entre lord Stewart y Maitland por su parte y lord Bedford y lord Dudley por la vuestra.

—¡Oh! —Isabel interrumpió su paseo y plantó con firmeza los pies en el suelo. Se le habían ensanchado las ventanas de la nariz—. ¡Por lo visto, no atribuíis demasiada importancia a milord Dudley, pues le habéis nombrado en último lugar! Bien, señor, antes de vuestro regreso a Escocia, lo veréis convertido en un conde mucho más grande que el de Bedford. ¡Sí!

Melville se limitó a asentir con la cabeza y comentar:

—Qué afortunado.

La luz de la mañana, todavía suave y dorada, iluminó el rostro de Isabel. Melville la vio por un breve instante como la moza de la taberna, una dama de modesta casa, hija de un mercader. Su cabello rojizo, su piel delicada y blanca y, por encima de todo, la inteligencia y personalidad de sus ojos negros, la habrían convertido en una mujer atractiva para cualquier hombre si su lugar en la vida hubiera sido el de una persona corriente.

—Aprecio a milord Robert como a un hermano —aseveraba la Reina con su bien modulada voz— y como mi más querido amigo. Nos une un vínculo más fuerte que el que existe entre marido y mujer... Con mucho gusto sería su esposa si quisiera casarme, pero tengo la intención de morir virgen.

Melville estuvo a punto de creerle.

—Sin embargo —prosiguió ella—, se lo ofrezco a mi hermana la Reina con toda sinceridad, pues es la persona más unida a mí, a quien podría y querría encomendar la sucesión.

—¿Significa eso que si mi señora la reina de Escocia se casara con él, vos los declararíais sucesores vuestros?

—¿Acaso no lo he dicho? —La Reina sacudió la cabeza y reanudó el paseo abandonando la hilera de árboles frutales para tomar por los caminos de ladrillo del jardín bordeados por minutisas y vincapervincas.

—¿Nos dais vuestra solemne palabra?

—¿Acaso no lo he dicho? —repitió Isabel—. Y ahora os pido, pues nada puedo

ordenaros por no ser vuestra soberana, que le hagáis compañía a lord Robert. A él se lo ordenaré. —Esbozó una picara sonrisa—. De esta manera lo conoceréis y podréis convencer a vuestra señora la Reina de las virtudes que lo adornan.

Más tarde Isabel envió decir que agasajaría al señor Melville con una comida en el palacio de Whitehall seguida de un espectáculo en la sala de banquetes, y que mandaría que lo llevaran en la barcaza real con sus veinte remeros.

Melville acababa de acomodarse sobre el travesero bordado con hilo de oro del camarote y se disponía a disfrutar de una agradable travesía por el río (lo cual que no era posible hacer en Escocia, donde no había ríos navegables ni barcazas reales) cuando apareció alguien en la puerta y, agachando la cabeza, bajó por los peldaños y entró en el camarote.

Era Dudley.

Vestía con tanta elegancia, con sus rígidas y holgadas mangas y sus hombros abullonados de brocado amarillo, que parecía una aparición de la moda, un fantasma del taller de un sastre de París.

—Buenos días —le dijo a Melville, mirando a su alrededor—. Ya veo que ella quiere que estemos solos. —Soltó una carcajada—. A veces mi reina es muy complicada, y otras muy sencilla. —Se volvió para que Melville viese su atuendo—. ¿Os parece aceptable? Tengo entendido que la reina de Escocia es muy elegante y manda pedir con regularidad modelos y tejidos de París.

Melville también rió. Después estudió con detalle a Dudley y llegó a la conclusión de que era difícil que una mujer encontrase algo mejor. Estaba claro que era modesto y tenía sentido del humor.

—Vais muy elegante, milord.

—¿Qué le diréis a vuestra señora?

Dudley se sentó en un banco acolchado y miró fijamente a Melville con una sonrisa en los labios.

—Que tenéis unos ojos muy bellos —contestó Melville.

Dudley soltó un gruñido con gesto despectivo.

—Mi buen señor, aquí estamos solos. La Reina lo ha dispuesto así y yo se lo agradezco, pues una oportunidad como ésta no se presenta con frecuencia. Permitidme aprovecharla para aseguraros que no aspiro a casarme con una mujer de superior rango. Significaría un insulto a la reina de Escocia. ¡No soy digno de limpiarle los zapatos!

Melville percibió el movimiento de la barcaza cuando los remeros la llevaron al centro de la corriente. Pero la sacudida la había experimentado en su interior. ¿A qué venía todo aquello? ¿Es que allí nada era seguro ni sincero?

—¡Qué extraño comentario por vuestra parte! —dijo al final.

—¡Todo eso es obra de Cecil! Es mi enemigo secreto. Pretende que yo ofenda a las dos reinas y pierda su favor para que, de esta manera, todo el poder de la corte quede en sus manos. Pues si yo me muestro favorable a la boda, ofendo a mi reina con mi infidelidad y a la vuestra con mi presunción; y, si no obedezco, ofendo a la mía con mi desobediencia y a la vuestra con mi insulto. Así que en cualquiera de los dos casos me desacredito y pierdo el favor de mi reina —concluyó, hundiéndose con expresión abatida en su asiento.

Melville casi se compadeció de aquel orgulloso personaje convertido por las circunstancias en la marioneta de una mujer. Era como un toro sacrificado en el altar de sus ambiciones.

—Creo que ninguna de las dos reinas os exigirá nada —fue lo único que acertó a decir.

—Os ruego que le presentéis mis disculpas a vuestra reina por mi aparente presunción —repitió Dudley.

Unos días más tarde el toro expiatorio fue obligado a arrodillarse en Westminster delante de su Reina y de los pares, que lucían sus ropajes de parlamentarios, para recibir el título de conde de Leicester, que había pertenecido por última vez a Enrique V y que por este motivo estaba reservado a los príncipes. Fue un acto muy solemne hasta que Isabel se inclinó y, desabrochándole las vestiduras de gala, le hizo cosquillas en el cuello con las manos.

De Surre, el embajador francés, miró a Melville con expresión cínica.

Mientras el grupo daba media vuelta para retirarse, Isabel se detuvo para conversar con Melville y el embajador.

—¿Os gusta el nuevo conde de Leicester? —les preguntó, ansiosa.

Por delante de ella lord Robert caminaba muy erguido y orgulloso con su nueva capa bordada ribeteada de armiño, y Henry Darnley lo precedía portando la espada de honor.

—Es un criado feliz cuya señora sabe discernir y recompensar los buenos servicios prestados y la dignidad —contestó Melville.

Pasar de ser un simple «sir Dudley» a merecer un regio título de conde constituía una subida vertiginosa.

—Pero os gusta más aquel mozo tan alto de allí —dijo Isabel, señalando a Darnley.

¡Isabel lo sabía! ¡Había descubierto su misión secreta! ¿Qué espía...? ¿Cómo...? ¿O acaso era tan taimada que resultaba imposible engañarla?

—¡Ninguna mujer de carácter elegiría a semejante hombre, que más parece una dama que un varón! Tiene cara de mujer y es barbilampiño —contestó valerosamente



Melville.

—En efecto —respondió Isabel, esbozando una dulce sonrisa—, pero lleva muy bien la espada, pues es tan flexible y fuerte como la hoja de una espada.

## XVI

—¿Y qué hizo después? —preguntó María, sentada con Melville en una pequeña estancia adyacente a su dormitorio de Holyrood.

—No aludió más a «aquel mozo tan alto de allí», que, en efecto, es muy alto. Por consiguiente, desconozco lo que ella sabe o ha deducido. Creo que nadie me vio cuando visité a la condesa de Lennox, pero no lo sé con certeza. Estoy relativamente seguro de que nadie oyó la conversación que allí mantuve.

Melville suspiró. No había gozado de tiempo libre durante su estancia en Inglaterra y ni siquiera le habían hecho las botas a su entera satisfacción.

María tomó una tartaleta de moras de una bandeja y le ofreció una a Melville, quien la rehusó. María se pasó un buen rato masticando antes de preguntar:

—¿Es más alto que yo? —Se levantó y la holgada falda le cayó en anchos pliegues desde la cintura hasta el suelo.

—Creo que sí —respondió él—, y debo añadir que muy apuesto. Pero, como es natural, cuando ella quiso saber mi opinión sobre él, se la di de modo tal que no pareciera una cualidad sino un defecto. En su calidad de príncipe de sangre real, presidió las ceremonias y lo hizo muy bien.

—Hummm. —María esbozó una sonrisa—. ¿Y decís que hablaba bien? —preguntó, regresando a su asiento y retrepándose en él.

¿Y si aquel primo suyo que tan apropiado parecía sobre el papel fuera, además, un hombre que a ella le resultara atractivo?

—Más que bien. De una manera exquisita. Tuve ocasión de conversar varias veces largo y tendido con él.

—¿Y de qué hablasteis? —preguntó María, enroscándose un mechón del cabello alrededor del índice.

—Pues de nada, en realidad. —Melville no se acordaba. De cosas intrascendentes, del tiempo, de las canciones populares, de chismes sobre la corte...—. Lord Dudley también habla muy bien —añadió como si acabara de recordarlo—. Es un hombre interesante.

—¿Visteis qué es lo que hizo que Isabel se encaprichara con él?

Sí, sí lo había visto.

—Es difícil comprender los caprichos de las mujeres y aún más los de una reina. El corazón de una soberana es insondable —contestó el diplomático—. Sobre todo el de ésta. Os contaré lo que hizo: ¡intentó inducirme a cometer una deslealtad contra vos!

—¡No! ¿Cómo? —En los ojos de María se había encendido un destello de emoción. Dejó de jugar con su cabello y miró fijamente a Melville.

Éste analizó con frialdad los rasgos de su señora, aquellos por los que Isabel se

había interesado. El cabello, sin duda uno de sus mejores atributos, era sedoso, espeso, rizado y de un vivo color castaño rojizo. Pero su tez blanca y sonrosada y sus oblicuos y luminosos ojos eran tan sorprendentes que creaban una impresión de frágil vitalidad, si cabía semejante paradoja. Rebosaba vida, humor y *joie de vivre*, pero su físico era delicado. Sugería fugaces alegrías y placeres elegiacos; provocaba en un hombre el deseo de estrecharla en sus brazos sin dilación.

Trató de apartar de su mente aquellos pensamientos tan irrespetuosos hacia la mujer que era su soberana en la tierra.

—Coqueteó conmigo —respondió.

—¿Cómo?

—Se cambió varias veces de vestido y me preguntó cuál de ellos resultaba más favorecedor.

María soltó una carcajada.

—¿Y vos cuál elegisteis?

—El italiano. Su guardarropa cuenta con vestidos de todos los países, y un día se ponía el inglés, al siguiente el francés y así sucesivamente. Pero el italiano era el que más la favorecía, pues le permitía exhibir su cabello con una toca y una redecilla.

—¿Y cómo tiene el cabello?

—¡Ah, ahora habláis como ella! Tiene el cabello más rojizo que amarillo y rizado de manera natural. Ella me preguntó cómo era el vuestro, qué color era preferible y cuál de las dos lo tenía más bonito.

—¡No! —exclamó María—. Sin duda bromeaba.

—Hablabla completamente en serio. Me pidió que le dijera cuál de los dos era el más bonito.

—¿Y vos qué contestasteis?

—Pues que lo más bonito de las dos no eran vuestros peores defectos. Después —añadió Melville en tono quejumbroso— me exigió que le confesara cuál de las dos era la más bella. La respuesta fue muy sencilla. Le dije que vos erais la Reina más bella de Escocia y ella lo era de Inglaterra. La respuesta, sin embargo, no la satisfizo. Siguió insistiendo, y al final le dije que cada una de vosotras era la dama más bella de su país, pero que su tez era más pálida, aunque vuestro arrebol resultaba encantador.

—¿Y eso la satisfizo?

—No, ya que acto seguido me preguntó cuál de las dos era más alta, y al responder yo que vos, replicó: «Eso significa que es demasiado alta, pues mi estatura es justo la que hay que tener.»

María se echó a reír.

—Y continuó interrogándome —prosiguió Melville—. Quiso que le explicara cómo pasabais el rato y qué aficiones teníais. Le conté que acababais de regresar de una cacería en las Highlands, que a menudo leíais relatos y que a veces os entreteníais

tocando el laúd y la espineta. Entonces me miró con unos ojos, Señora, que se clavan en uno como los de un ave de presa y me preguntó si tocabais bien. «Razonablemente bien para ser una reina», contesté.

María hizo una mueca.

—¡Traidor!

—Pensé que de ese modo aprendería a no considerar que tiene que destacar en todo lo que hace. ¡Pero no fue así, pues más tarde se las ingenió para que la oyera tocar «por casualidad»! Fingió turbarse por el hecho de que yo la hubiera oído, pero, en realidad, fue todo lo contrario. Me preguntó de nuevo quién tocaba mejor, y debo confesaros, Majestad, que la elegí a ella, pues ya estaba harto de aquel juego.

—¡En tal caso, sois traidor por partida doble!

—Pero la cosa no terminó ahí, ni hablar, pues me obligó a prolongar mi estancia dos días más para que la viera bailar y comparara sus aptitudes con las vuestras. Después me preguntó quién bailaba mejor, si mi Señora o ella. Contesté que Vuestra Majestad no brincaba tan alto ni con tanto entusiasmo como ella, lo cual es cierto, pues al bailar ella olvida todo el recato y salta como un hombre. Gracias a Dios, lo tomó como un cumplido y, al final, permitió que me marchara.

—¡Qué extraño! Parece sentir por mí la misma curiosidad que yo siento por lord Darnley o lord Robert —comentó María.

—Hizo y dijo otras cosas muy extrañas. Me condujo a sus aposentos privados y me mostró unos retratos de vos y de lord Robert. Besó vuestro retrato y aseguró que os enviaría como prenda de su afecto o bien a lord Robert o bien un rubí de gran tamaño.

—Pero, a propósito de Darnley..., ¿vos creéis que le concederá el pasaporte que necesita?

De repente, María comprendió que se llevaría una gran desilusión si no viera a Darnley en persona.

—Es posible que se os ofrezca la ocasión de conocerlo. Sobre todo si os mostráis favorable a una boda con el nuevo conde de Leicester.

—En tal caso, mi buen Melville, escribidle a mi dulce prima la Reina que estoy profundamente decepcionada por el hecho de que vos hayáis regresado sin el retrato de lord Robert y de que el conde de Leicester no me haya enviado prenda alguna de su amistad. Decidle que lo espero. Explicadle también lo mucho que me plugo acceder a su petición relativa al conde de Lennox y que el padre desearía que su hijo conociese sus tierras, pues jamás las ha visto. Entretanto, le enviaré un espléndido presente.

Melville dejó escapar un suspiro. Aquello parecía un interminable partido de tenis. Servicio, volea, servicio...

—Sí, Majestad.

Cuando Melville se retiró, María se pasó un buen rato sentada, mirando a través de la ventana. Sobre el papel, tal como ella misma había dicho, el primo parecía

prometedor. No era un desconocido, era de sangre real, aspiraba también al trono inglés y había vivido en Francia. ¡Y además era alto! Parecía demasiado bueno para ser cierto.

«Si yo lo hubiera inventado, le habría proporcionado todos esos rasgos —pensó—. Incluso su condición de católico...»

En los fríos días de diciembre, poco antes de la celebración de su vigesimosegundo aniversario, María inauguró el Parlamento en Tolbooth.

Lo había convocado ex profeso para que se aprobase la restitución de sus tierras y sus títulos al conde de Lennox, por lo que el cortejo subió lentamente por Canongate desde Holyrood, y lord Stewart fue el encargado de portar la corona, ya que los Hamilton —que habrían debido hacerlo— se negaron a participar en las ceremonias de devolución de sus derechos a su enemigo político.

El conde de Atholl llevaba el cetro, y el conde de Crawford la espada ceremonial.

Una vez en el interior del oscuro edificio, María se dirigió a los Tres Estados del Reino para anunciarles su deseo de perdonar al conde de Lennox.

Acto seguido, Maitland se levantó y pronunció una segunda alocución.

—Queridos compatriotas —dijo—, vosotros conocéis muy bien el noble origen de Mateo Estuardo y su parentesco con la Reina a través de su matrimonio con su tía. Nuestra soberana, que tiene un corazón compasivo, no desea que ninguna casa noble se hunda en la ruina; quiere que la antigua sangre siga siendo objeto de reverencia. En los tres años que llevamos bajo el gobierno de Su Majestad, hemos recibido muchas pruebas de su sincero y magnánimo proceder y numerosos ejemplos de su clemencia. Hemos sido de lo más afortunados...

Más tarde, durante el banquete en Holyrood en honor de Lennox, Maitland tuvo ocasión de hablar con lord Stewart, que durante todo el día lo había mirado enfurecido.

—¡No sólo no lo habéis impedido sino que incluso lo habéis alabado! —le susurró.

—No pude impedirlo y vos lo sabéis —le contestó Maitland.

Cuando Rizzio y sus músicos dejaron de tocar, ambos hombres se pusieron a conversar sobre temas generales hasta que los instrumentos disimularan de nuevo sus voces.

Cuando sonaron los primeros acordes de *Adiós, oh deseo de placer*, lord Stewart dijo:

—¡Ahora hemos de esperar lo peor! Me han contado que la Reina siente una gran curiosidad por el tal Darnley, su primo. Ya veréis cómo no tardará en aparecer por aquí, siguiendo el rastro de su padre como un cachorro.

—¡Cosas peores podrían ocurrir! Por lo menos Darnley es súbdito de Isabel y no un extranjero.

—¡No; si la Reina se encapricha con él, nada peor podrá ocurrir! Se creará toda una facción, y los Lennox Estuardo lo gobernarán todo. No habrá lugar para nadie más... —Lord Stewart miró alrededor con ceño—. Por lo menos en esta generación.

—Darnley es un muchacho. Quizá resulte manejable. Una vez aquí, es posible que encaje a la perfección con nuestros propósitos. —Maitland suspiró—. Hay que buscar la ocasión —añadió—. Hay que buscar siempre la ocasión.

El tono de la música se había elevado, y María y Melville bailaban solos una gallarda. En cuanto Lusty y John Sempill se unieron a ellos, la danza adquirió un carácter más audaz y desenfrenado. Incluso Randolph y Beaton se acercaron a ellos.

—He oído informes sobre este «muchacho» —señaló lord Stewart—. Cuando estaba en Francia lejos de su madre, que ejerce sobre él un dominio absoluto, dicen que no se portaba tan bien. Le gustan demasiado el vino y las bromas.

—Es casquivano y se rebela contra su madre. ¿Qué mozo no lo hace? —opinó Maitland—. ¿Vos jamás hicisteis nada de lo que no hubierais querido que vuestra madre se enterara? Apuesto a que hasta John Knox debió de hacerlo.

## XVII

Lord Henry Darnley estiraba el cuello y, sentado en su silla de montar, procuraba mantenerse lo más erguido posible. Se aproximaban a la frontera de Escocia, y pronto vería por vez primera su tierra natal.

Habían dejado atrás los vestigios de la muralla romana de Newcastle. Había anhelado contemplarla e incluso había compuesto un poema, muy bello, por cierto, pero la muralla lo había decepcionado, pues era un simple montículo cubierto de musgo y rodeado de niebla. Quizás antaño hubiera resultado impresionante y hubiera servido de barrera, pero ahora no habría impedido que un rebaño de ovejas pasara de uno a otro lado. Pese a ello, musitó el estribillo de su poema en el momento en que él y sus cinco servidores atravesaban la brecha:

*trate a tu protectora misión  
que te asalte el destino;  
tienes la noble obligación  
nosotros mantener y no perder quisimos.*

Desde que era niño había oído contar historias de aquella célebre muralla construida para mantener a raya a los bárbaros. Ahora la civilización la había engullido, y los bárbaros habían retrocedido a Escocia, adonde él se dirigía, pero más al norte que Edimburgo, Glasgow y Stirling.

Se lo había pasado muy bien por el camino desde que dejara la corte, deteniéndose en las posadas para solazarse e incluso beber más de la cuenta. Con cada botella había brindado por su madre, que por regla general supervisaba todos los bocados que comía, todas las prendas que vestía y todas las cartas que escribía.

—Por vos, madre querida, madre vigilante, madre severa —gritó el primer día que salió, levantando su jarra. Después soltó una carcajada y añadió—: Madre purísima, madre castísima, madre inviolada, madre inmaculada, madre amable, madre admirable, madre del buen consejo, espejo de sabiduría, causa de nuestra alegría... todo eso es verdad, pues ella ha sido quien ha dispuesto todo esto. Y ahora soy un joven en busca de su fortuna. Vaso espiritual, vaso insigne de devoción, rosa mística... —Soltó una sonora carcajada al imaginarse a su fornida madre como una rosa mística—. Puerta del Cielo, estrella de la mañana...

—¡Cuidado con lo que dices, cachorro borracho! —le gritó un corpulento sujeto sentado muy cerca de él—. Como vuelvas a insultar a la Virgen...

—¿Que yo estoy insultando a la Virgen? —replicó Darnley—. Estoy hablando de mi madre, de mi bendita madre, no de la Bendita Madre.

—Estás burlándote de la Letanía de la Virgen y no nos gusta. Ándate con cuidado.

El hombre enarcó una poblada ceja, y Darnley observó que el ojo que había debajo parecía una canica.

—De acuerdo.

Darnley centró la atención en su cerveza. La libertad, el hecho de verse libre de su madre, se le había subido a la cabeza. La causa era ésta, más que la bebida.

¡Verse por fin libre de ella! De su entrometimiento, sus sermones, sus conspiraciones y sus consejos. Nuestra Señora del Perpetuo Consejo. Soltó una risita y el hombre que tenía al lado le lanzó de nuevo una mirada siniestra.

Incluso cuando se hallaba en su dormitorio intentando recordar si había guardado en su equipaje todo cuanto necesitaba, su madre había entrado para cepillarle el pelo.

—Como una reluciente corona de oro —le había dicho con expresión soñadora—. Cuando te laves el cabello, no olvides aclararlo con agua de manzanilla para que conserve el color.

—¡Madre! —había exclamado él, encasquetándose el sombrero con hastío.

—He oído decir que a ella le gusta el cabello rubio —comentó su madre.

—Pues yo he oído decir que le gusta el negro —repuso él por el simple placer de llevarle la contraria.

—No, yo lo sé de muy buena tinta...

—¡Bah! —espetó él, poniéndose la capa antes de lo previsto para marcharse. El camino de la libertad lo llamaba. ¿Qué importaba lo que le deparaba en Escocia? Su mayor encanto consistía en que su madre tenía prohibida la entrada. Él iría adonde ella no podía seguirlo.

Por ello no había pensado lo suficiente en Escocia, tierra que para él significaba una fuga más que una realidad. Y ahora la realidad se hallaba a pocas leguas de distancia y él sentía ignorante y sin preparación.

«¿Por qué no habré leído y estudiado más? —se preguntó mientras se acercaban a Berwick y a la frontera—. Porque ella me abrumaba a cada instante y no me dejaba tiempo para el ocio ni la intimidad», se contestó, aunque eso no lo consolaba en absoluto.

Pasaron por Berwick, la antigua ciudad fronteriza escocesa que permanecía en manos de los ingleses desde que en 1482 éstos la conquistaron. El conde de Berwick, perro guardián de aquel lugar, los saludó con gran ceremonia y los escoltó hasta la mismísima frontera, donde lord Stewart, Maitland y una compañía de jinetes los recibieron.

—En nombre de Su Majestad la reina María, os damos la bienvenida a Escocia —lo saludó lord Stewart.



Darnley se decepcionó al advertir que hablaba un impecable inglés londinense.

—Os expresáis como un inglés —le dijo.

Entonces Jacobo le repitió las mismas palabras en escocés.

—¿Así os gusta más? —le preguntó.

Darnley soltó una carcajada.

—Son casi dos idiomas distintos —observó.

—*Twa leids* —le confirmó Jacobo.

«¡Y yo no lo he aprendido! —pensó Darnley arrepintiéndose de no haberlo hecho —. Ellos hablarán y yo no los entenderé.»

—Lo aprenderé —prometió—, pues es el idioma de mi familia.

—Deberéis alojaros provisionalmente en Holyrood —le informó Jacobo en escocés —, y esperar tranquilamente en Edimburgo. Vuestro padre se encuentra en Dunkeld, pero muy pronto se reunirá con vos. La Reina está en el castillo de Wemyss.

La inquietud de Darnley se intensificó. Aquello casi parecía holandés.

—Despacio, señor, despacio, apenas entiendo el escocés —dijo.

—Será mejor que aprendáis cuanto antes —le aconsejó Jacobo con frialdad.

## XVIII

María se estremeció a pesar de la ropa interior de fina lana que se había puesto para combatir el frío. Eran unas prendas muy ajustadas al cuerpo para que no se notaran bajo la ropa normal. Se las había mandado hacer en Francia y, en caso de que resultaran satisfactorias, tenía previsto encargar un baúl entero para ella y las Marías. Sin embargo, apenas la protegían de aquel extraño mes de febrero en el que no había nevado ni helado, pero que se caracterizaba por la blanca niebla que lo cubría todo y una humedad que parecía penetrar poco a poco en el cuerpo, provocando un desagradable entumecimiento de los dedos y una tiritera incontrolable.

María se echó sobre los hombros su manto más grueso, se encasquetó su gorro de piel de castor y se puso los guantes, pues había decidido salir a dar un paseo por el jardín. «Combate el fuego con el fuego y el frío con el frío —pensó—. Si salgo debidamente abrigada, es posible que entre más en calor que si permanezco en las frías estancias de piedra del castillo de Wemyss. El paseo me estimulará la perezosa circulación de la sangre.»

Bajó por la escalera de caracol de piedra de la torre angular del viejo castillo y abrió la pesada puerta de hierro y madera de roble que daba al jardín. En aquella estación del año éste estaba desierto, con los setos desnudos y los cuadros de flores protegidos con paja y arpillera. La escarcha cubría los montículos de estiércol y hierba y las estatuas. Cupido, con la flecha apoyada en un pie regordete, tenía las redondas nalgas cubiertas de hielo.

«Y mañana es el Día de San Valentín —pensó María—. Pobre niño, más vale que te tapes bien. Es curioso, pero solemos olvidar que Cupido se convirtió en un apuesto dios cuando creció. Era tan bello como Venus, pero en masculino, y Psique se enamoró de él de inmediato. Sin embargo siempre preferimos el mofletudo niño al hombre. ¿Por qué será?»

Sonrió al pensar en la pequeña fiesta que había organizado para los miembros de su casa con la tradicional elección del Valentín, los juegos y las prendas. A las Marías les encantaría, sobre todo a María Livingston, cuyo pretendiente, John Sempill, se hallaba muy cerca de allí. Todas se casarían muy pronto. Ya era hora. Tenían veintitantos años y ya habían esperado suficiente por respeto a su señora.

«Menos mal que estamos lejos de Knox y sus espías —se dijo—. Ni él ni ninguno de los suyos vendría al castillo de Wemyss aun cuando se encuentra justo al otro lado del estuario de Edimburgo. En los últimos días se han vuelto más vocingleros y exigentes.»

Bajó por la alameda de cipreses que formaban una doble hilera en el centro del jardín. Los altos y verdes árboles vigilaban el terreno, casi como si quisieran

ordenarle que guardara silencio. Y vaya si lo guardaba; los pájaros no cantaban, no se oía más rumor que el de las olas al romper contra las rocas de abajo. Las frías aguas del mar emitían un gélido y melancólico sonido de succión con su vaivén.

María llegó al extremo del jardín que daba al estuario del Forth desde el borde mismo del acantilado. En él se había construido un murete para evitar los accidentes, pero la pared llegaba sólo hasta la cintura, y una persona habría podido saltar sin la menor dificultad. O empujar a otra.

Se arrebujaó en su manto y se echó la capucha sobre el sombrero, pues el viento era muy fuerte. Procedía del mar del Norte y soplaba a través del embudo formado por los farallones del estuario, más allá de Linlithgow y quizás hasta Stirling, donde con seguridad moriría atrapado entre las elevadas colinas del interior. Las nubes grises tapaban el sol. Al otro lado del estuario las lomas se elevaban suavemente hacia Edimburgo, pero la niebla impedía ver la ciudad. Mientras María miraba, la bruma del mar del Norte se acercó casi como si estuviera hirviendo, subió por el acantilado, penetró en el jardín, avanzó por los caminos de grava, se enredó en los pardos setos sin hojas y envolvió la estatua de Cupido con su manto. El jardín se convirtió en un mar de humo en el que sólo asomaban algunos objetos que permitían orientarse: los cipreses, la parte superior del reloj de sol o los más altos arbustos recortados.

«Me tragaré también a mí», pensó María, observando que ni siquiera se alcanzaba a ver la puerta de la torre. Dio media vuelta para regresar a tientas, pero, de pronto, percibió un movimiento, el único que se había producido en el jardín en todo el rato que ella llevaba allí. Algo se había movido en medio de la blanca niebla, algo que después se había quedado quieto. Atisbo un brillo metálico pero no oyó el menor sonido.

Avanzó en aquella dirección por el sendero de grava y después tomó otro camino más ancho que llegaba hasta el extremo del jardín junto al borde del acantilado donde había distinguido el movimiento.

Volvió a ver el brillo, que era tan metálico como el ruido sordo que llegó a sus oídos.

De pie en el camino, mirando hacia el agua, había un hombre de elevada estatura envuelto en una capa de color negro. Llevaba la cabeza cubierta y una larga espada le colgaba del cinto. Sujetaba la empuñadura y la golpeaba contra alguna pieza metálica de su atuendo, emitiendo un lento y sordo rumor.

Parecía más alto que un hombre mortal y el viento no agitaba su negra capa, que más bien parecía esculpida en piedra. Excepto por la mano que mantenía apoyada en la empuñadura de la espada, el hombre tampoco se movía y el cuello de su capa le tapaba el rostro.

María se acercó un poco más pero el hombre permaneció tan inmóvil y silencioso como al principio. Más allá María distinguió una borrosa forma que se convirtió en la

pálida cabeza de un caballo cuyos ojos eran del color de las hojas caídas. Se acercó al hombre y le rozó el brazo. Él se volvió. Su tez era cerúlea y sus azulados ojos parecían tan fríos como la niebla. Tenía unos labios carnosos pero de aspecto exangüe y sus mejillas estaban muy pálidas. Era un hombre sin edad con un rostro tan terso como el de un joven, pero en cierto modo esculpido con toda la conciencia de la inmortalidad.

María dio un respingo y él parpadeó con gesto de turbación.

—Os pido disculpas por haberos asustado —dijo. Una sonrisa iluminó su rostro—. Yo también estaba asustado y me había detenido aquí para hacer acopio de valor.

Su caballo mostró los dientes y se rebulló; la niebla se alejó por un instante y reveló un pálido animal con una silla de montar de elaborado diseño.

—¿Y cuál era la hazaña que os exigía tanto valor? —le preguntó María.

Aquel joven caballero parecía una aparición de la Antigüedad, tal vez de la época del rey Arturo. Acarició con sus largos y blancos dedos la impresionante espada tachonada de piedras preciosas.

—Presentarme ante una bella reina —contestó.

—¿Y por qué os daba eso tanto miedo?

—Ella no me mandó llamar. Vine aquí por orden de mi padre. Me dijo que no podría salir de Dunkeld en una semana por lo menos y que por lo tanto debía comparecer ante su presencia solo. Pero tener la presunción de pensar que ella me recibiría en cuanto llegara... No, todo eso me parecía más fácil cuando me hallaba lejos de aquí.

—Entonces... vos sois lord Henry Darnley —dijo María en tono vacilante.

La palidez del joven se intensificó cuando ella se echó la capucha hacia atrás.

—¡Oh, Santa Madre de Dios! ¡Sois vos! ¡Vos sois ella! Vos sois... Perdonadme, ¡soy un necio por partida triple! —Tomó la enguantada mano de María con su mano desnuda y empezó a besarla.

—Mi querido primo —dijo ella, azorada por su turbación—, hace mucho tiempo que espero vuestra llegada. —Apartó su mano de la de él, fría y huesuda—. No os preocupéis. ¿No os parece que esto es mejor que una reunión en público, un intercambio de cumplidos bajo la mirada de todos nuestros acompañantes? Sin duda ambos nos hemos visto empujados aquí, a este muerto y desolado jardín por un mismo motivo.

—Sí —admitió él—. Un deseo de soledad, meditación, intimidad... —La alegría aportó un toque de color a su rostro y las rosas florecieron en el que hasta entonces había sido un semblante invernal.

—Cosa de la que ambos andamos un poco escasos —observó María—. Hay que aprovecharla siempre que sea posible. —Le hizo una seña al muchacho—. ¿Queréis entrar?

—Dentro de un instante. ¿Es necesario que nos reunamos tan pronto con los demás y

que ellos nos devoren?

María comprendió muy bien qué quería decir a pesar de que a todas las personas que le hacían compañía en Wemyss las había elegido ella misma y de que quienes la hacían sentirse más vigilada se hallaban ausentes: lord Stewart y Maitland, e incluso los bondadosos Erskine y Melville.

—Como queráis.

María lo miró con una sonrisa en apariencia despreocupada, pero en realidad contemplaba su estatura y se alegraba de que sus ojos observasen los suyos desde arriba, cosa que muy pocos ojos habían hecho. Estaba acostumbrada a ser más alta que casi todo el mundo, no pensaba de manera consciente en ello y lo tenía tan asumido como una persona que en tierra no piensa en cómo se conserva el equilibrio hasta que emprende un viaje en barco.

—¿Se ve Edimburgo desde aquí? —preguntó Darnley.

—En un día despejado, sí —contestó María, guiándolo al mirador del fondo del jardín—, pero hoy la niebla lo cubre todo.

Unas grandes nubes se arremolinaban y estremecían junto al agua. De vez en cuando se vislumbraba fugazmente la tierra que se extendía al otro lado.

—En la orilla opuesta, casi justo enfrente, se encuentra Leith —dijo María.

—El puerto de Edimburgo —señaló Darnley como un colegial aplicado. Estaba claro que se lo había aprendido de memoria—. Y más a la izquierda, en la punta de la masa continental, está el castillo de Tantallon, donde mi tío el conde de Morton recibió a mi padre.

—Parece ser que se alegró de regresar a Escocia.

—Regresar a casa es una alegría que no puede expresarse con palabras. ¿Acaso no es eso el Cielo? Dicen que este mundo no es nuestro hogar y que en él sólo somos forasteros pero que al final volvemos a casa... si se nos concede este privilegio. Por eso el hecho de regresar a nuestro hogar terrenal cuando hemos sido expulsados de él constituye una segunda alegría. Probablemente sea la mayor felicidad que puede experimentarse en este mundo.

El rostro de Darnley resplandecía de emoción.

—Pero vos no fuisteis expulsado —dijo María—. Jamás habíais estado en Escocia. Nacisteis en Inglaterra; sois un súbdito inglés e incluso un príncipe de sangre real.

—Pero Escocia es mi hogar ancestral.

—¿Qué significa eso en realidad? No determina en absoluto vuestros recuerdos ni sentimientos. Estas cosas se adquieren directamente, no se transmiten como un misterioso vapor.

—¡Ah, vos no lo comprendéis! —exclamó con tristeza Darnley—. Yo sólo sé que me siento escocés, que hay algo en mí que siempre se emocionaba al oír la palabra «escocés», que ardía de entusiasmo cuando descubría un poema escrito por un escocés

o un valeroso hecho de armas protagonizado por un escocés o que una persona de apariencia corriente tenía un poco de sangre escocesa. Enseguida me resultaba distinta y más valiosa. No, es algo que no soy capaz de explicar.

—Lo comprendo —dijo María. Y era verdad—. Yo sentí lo mismo cuando regresé a Escocia. Por desgracia, descubrí que, a pesar de que los franceses me consideraban escocesa, los escoceses me consideraban francesa. Experimenté todos los sentimientos que describís, pero nadie me los habría atribuido jamás. Incluso ahora me consideran extranjera, utilizando la religión como excusa para ello. Qué absurdos son los subterfugios a los que recurrimos. Escocia fue católica durante mil años y es protestante desde hace sólo cinco. ¿Quién es mejor escocés: el escocés más tradicional, el escocés más auténtico?

—¡Sí, sí! —convino Darnley—. Lo mismo ocurre en Inglaterra. Nuestra religión ancestral de pronto es declarada traidora. Y, sin embargo, Eduardo el Confesor y Enrique V la profesaron y la defendieron. ¿Cómo es posible que todavía los alaben como unos héroes?

—Pues porque conservan simultáneamente en la cabeza dos credos contradictorios. Es más elegante.

Ambos se echaron a reír.

—Nuestro común tatarabuelo Enrique VII vivía en un mundo más sencillo —aseveró María—. No existía más que una fe y sólo había que tener en cuenta Europa. Nada de protestantes. No se sabía nada del Nuevo Mundo ni de Rusia ni de los turcos. Sólo debía resolver las disputas entre los partidarios de la Casa de York y los de la de Lancaster. En cambio, nosotros tenemos protestantes, predicadores, paganos, herejes, el pueblo llano y sus representantes, John Knox...

—¿Nosotros?

—Sí —contestó María con serenidad—. Nosotros.

Se dispensó a lord Henry Darnley un recibimiento cordial en el castillo donde la Reina se había retirado a disfrutar de un cierto descanso. Allí todo presentaba un aire de fiesta y se respiraba una atmósfera hogareña en la que los zapatos se sustituían por suaves zapatillas y los rígidos corpiños cuajados cede pedrería cedían el lugar a las cómodas batas. María acostumbraba tomarse períodos de descanso en las casas de los mercaderes, donde prescindía de los criados e incluso de los aderezos propios de una reina, de la misma manera que una persona se quita la ropa para tomarse un reparador baño curativo en un manantial de aguas medicinales.

Las Marías estaban de un humor muy festivo, pues les encantaba disfrutar de la compañía de su señora lejos del protocolo y de las críticas. Allí podían fingirse e incluso convertirse durante un valioso período de tiempo, en unas sencillas muchachas

que vivían juntas. A lord Darnley, de diecinueve años, no le costó congeniar con ellas, ya que él también estaba deseando huir de sus deberes y del futuro y ansiaba divertirse y olvidarse de las preocupaciones.

El Día de San Valentín celebraron una fiesta privada, consistente en una anticuada extracción de nombres para los llamados Valentines, las humorísticas misivas anónimas que se enviaban en esta fecha, seguida de cantos y bailes. Prepararon la gran sala —así llamada a pesar de que era mas bien pequeña— del castillo de Wemyss, adornando los candelabros de pared con cintas de color rojo y despejando todo el suelo. Se mandaron llamar músicos de Dunfermline pues en el castillo no había intérpretes de mandolina y viola, y se seleccionaron las piezas. Según la antigua leyenda, los pájaros elegían a su pareja aquel día y lo mismo debían hacer los seres humanos. Así pues, se tomaron dos cestos adornados con guirnaldas y en uno de ellos se pusieron todos los nombres de los hombres y en el otro los de las mujeres. Los presentes tendrían que extraer los nombres y emparejarlos. El azar y la naturaleza garantizarían el acierto de los emparejamientos.

Sin embargo, intervinieron las necesidades humanas. Como por milagro, María extrajo el nombre de Darnley y María Livingston el de John Sempill. María Beaton y María Fleming, cuyos pretendientes se hallaban demasiado ocupados con los asuntos del Gobierno como para estar presentes en aquel refugio, tuvieron que conformarse con el intérprete de sacabuche y el alcaide del castillo.

Darnley desenrolló despacio el nombre que había sacado del adornado cesto. El billete no rezaba «la Reina», sino «María Estuardo».

—¿Puedo? —preguntó.

—¿Acaso he de quedarme sin pareja en semejante día? —replicó María entre risas—. Sería un insulto. —Volviéndose hacia él, añadió—: Me alegro de conoceros, Valentín.

Contempló su bello rostro. Parecía un caballero de ensueño, tan erguido, tan alto, tan inteligente y tan rubio.

Cuando bailó con él, María comprobó que se trataba de un consumado bailarín. Después Darnley se empeñó en tocar su laúd y, para asombro de todos, resultó que era un experto. Incluso Rizzio, que presenció la fiesta desde un rincón, asintió con la cabeza en señal de aprobación. Cuando todo terminó, Darnley se sentó delante de la chimenea y se puso a cantar. Su aterciopelada voz de tenor acometía cada nota con seguridad y pasión.

*¿é cosecha tan dulce ser pudiera  
to los besos en la siembra madurados?  
ne pues, mi reina de las cosechas,  
o un granero de dulces besos:*

*besos robados cuando están verdes*  
*o desean que se los coseche.*

María, sentada a sus pies, se sintió atrapada en su dorada red, en cuyo interior, todo era juventud, belleza y comprensión: un regreso a su desconocida tierra.

Al finalizar la fiesta, cuando los fatigados participantes se retiraron a sus aposentos, Darnley le hizo una seña a María, cuyos ojos estaban cerrándose a causa del vino con especias y el calor de la chimenea.

—Tengo un presente para vos —anunció—. Venid a verlo.

El tapiz tapaba un bulto. Darnley se situó detrás y sacó algo. Era una trabajada jaula de mimbre pintada con delicados motivos dorados.

—Es una pareja de pájaros cantores —dijo Darnley—. Unos pinzones, hembra y macho, capturados antes de la llegada del frío.

María contempló las aves.

—¿Creéis que cantarán?

—Sólo canta el macho —contestó Darnley—, como hago yo cuando estoy con vos —añadió, tomando su mano.

—Cantáis muy bien —aseguró ella apartando la suya.

—¿Querréis ser mi Valentín? —preguntó Darnley.

—Ya lo soy —respondió ella—. Nos ha tocado.

—Me refería a... después de esta noche.

Darnley parecía salido del sueño secreto de una doncella y había aparecido justo en el momento en que el anhelo que ella sentía había alcanzado su máxima intensidad.

—No lo sé —repuso, insegura.

—¡Decidme que puedo abrigar esperanzas! —le rogó Darnley, tomando de nuevo su mano para cubrirla de besos.

Su cabello, cuando inclinó la cabeza, emitió un fulgor dorado.

—Así como yo espero... —dijo María. ¿Qué esperaba? Muchas cosas. Pero en aquel momento esperaba que algún día pudiera besar el cabello de Darnley, sus labios...— la felicidad.

—Dejadme haceros feliz —musitó Darnley.

María retiró la mano que él sujetaba y tomó su rostro con ambas manos. Se inclinó para besarlo y, mientras unía los labios a los suyos, él se levantó y ella echó la cabeza hacia atrás. Los labios de Darnley eran como dulce jalea, y ella deseaba aplastarlos, morderlos y saborearlos.

—Ah, María —susurró Darnley mientras la estrechaba con fuerza. Su cuerpo era delgado pero duro y esbelto, y temblaba ligeramente bajo el grueso terciopelo—. Quisiera decir algo que recordáramos siempre pero sólo se me ocurre el nombre de «María» —dijo.



La besó de muchas maneras: con la suavidad de un colegial; con ansia, como un soldado hambriento de mujeres; despacio, como un hombre ya saciado que saborea el último bocado de un manjar.

—Ya basta de poesía —dijo María al fin, apartándose para recuperar el aliento—. Nunca la tenemos a mano cuando la necesitamos.

Intentó reírse pero él le cubrió los labios con sus dedos.

—Chsss —siseó—. No la necesitamos. No necesitamos para nada la poesía. —La besó de nuevo—. No me habéis contestado. ¿Queréis ser mi Valentín?

—Sí —contestó ella—. Sí, quiero.

María regresó a Edimburgo una semana más tarde y Darnley la siguió. Allí éste se reunió con su padre y fue recibido oficialmente por lord Stewart y todos los lores de la Congregación. Jacobo celebró un gran banquete en Holyrood en honor de Darnley y de Lennox para que conociera a Randolph y a todos los nobles escoceses presentes en Edimburgo. María envió una burlona nota en la que señalaba que se sentía excluida, a la que su hermano contestó que aquél era su palacio y ella era libre de hacer lo que quisiera. Entonces María los invitó a todos a los aposentos reales al término de la velada. Los invitados atestaron la sala de audiencias y luego el dormitorio, donde bebieron más vino y quemaron todos los troncos de cerezo que ella guardaba en el cesto para alguna velada especial, pues apreciaba mucho su perfume. Rizzio y Darnley dirigían los cantos, mezclando sus voces de bajo y de tenor.

*siera estar donde duerme Helena,  
noche y día por mí llora;  
, quién en el prado de Kirconnel pudiera  
ir con ella a todas horas!*

*, Helena, bella entre las bellas!  
haré una guirnalda de flores  
a atar mi corazón con ella  
ta el día en que me muera!*

María se hallaba sumida en una ensoñación provocada por las voces de los cantores cuando de pronto se percató de que María Livingston y John Sempill, a su lado, se habían tomado de las manos y tenían los brazos entrelazados pero, por primera vez en muchos años, ella no se sintió sola ni excluida al ver a unos enamorados de la mano.

Supo que Darnley cantaba sólo para ella pues levantó la vista y la miró directamente a los ojos. Después apretó los labios de un modo casi imperceptible, y ella se sintió invadida de pronto por una vorágine de deseos y recuerdos.

Sus besos. Desde los primeros besos del Día de San Valentín a todos los besos que él le había dado durante sus citas secretas en Wemyss, todos le parecían distintos. Era como si cada uno le acariciase una zona distinta, como si hubiera unos hilos invisibles entre los labios y todos los lugares secretos de su cuerpo y cada lugar se estremeciera por separado. Cada vez que se rozaba un lugar, éste ansiaba que siguieran acariciándolo.

«¿Por qué nadie me habló jamás de estos anhelos?», se preguntó.

—Majestad —dijo María Livingston—. Yo... nosotros... —la joven se inclinó hacia ella y susurró—: John me ha pedido que sea su esposa. Y yo le he contestado que quiero serlo.

—¡Oh! —exclamó María—. Serás la primera de mis Marías que se case. Sí, por supuesto..., te exonero de tu promesa. De todo corazón.

Livingston besó con suavidad la mejilla de su señora.

—Gracias, mi buena Reina.

—E insisto en que os caséis aquí en la corte. Será la primera fiesta nupcial que se celebre en Holyrood. ¡Oh, Lusty! Esto es el principio, el principio de unos tiempos felices, de bodas, amor, nacimientos... para todas nosotras.

Se casaron el martes de Carnaval, por el rito protestante, y después se ofreció en Holyrood un banquete seguido de bailes. María consiguió combinar la elegancia de los bailes de disfraces de carnestolendas con la solemnidad de un festín nupcial. A la luz de miles de velas los bailarines, que lucían máscaras plateadas, se movían al compás majestuoso y pausado de la dulce música del salterio, los archilaúdes y las flautas dulces.

María, ataviada con un vestido de tejido de plata, una gorguera de linón ribeteado de encaje y una máscara de plumas blancas y negras con diamantes incrustados, danzó con una gran variedad de parejas: un caballero de la corte del rey Arturo con una armadura antigua que limitaba en gran medida sus movimientos (su voz le reveló que se trataba de Melville); una cacatúa verde y amarilla con un tocado de tres pies de altura (Randolph); la catedral de Saint Giles, con su aguja en forma de corona (el corpulento conde de Morton); Julio César (lord Stewart) con unas calzas de lana y unas recias botas que asomaban por debajo de la toga; un jefe de las Highlands cuya espada producía un rumor metálico cuando la arrastraba por el suelo (el embajador francés).

Más tarde Darnley, vestido de Goliat a causa de su estatura, aunque no de su corpulencia, la estrechó en sus brazos.

—Reina misteriosa —le dijo—. Os he visto desde el otro extremo de la sala, fulgurando en blanco y negro.

—Colores que no son colores —murmuró ella.

—¿Porque vos no lleváis colores?

—Porque son colores de luto.

—Vos no estáis de luto.

—Oficialmente no, pero mi difunto señor...

—Vuestro «difunto señor», como vos lo llamáis, murió hace cuatro años. La costumbre no exige un luto tan prolongado.

—La costumbre no conoce el corazón —insistió María.

—El corazón es una cosa viva y estoy seguro de que el vuestro es, por añadidura, y sobre todo, una cosa rebosante de amor.

Darnley la estrechó contra sí y, gracias a su ligero atuendo, comprimió su piel desnuda contra el vestido plateado de María.

—¿Volveréis a amar, Señora? No, ya lo sé. Habéis amado, amáis ahora y amaréis después. Os pregunto si dejaréis públicamente a un lado vuestro luto. Sé muy bien que el luto posee un voluptuoso encanto, el hecho de encerrarse en uno mismo, los ensueños, los deliciosos relatos de los recuerdos y las culpas. Y también la sensación de cumplimiento: he amado, he amado bien y todo terminó.

—¿Cómo os atrevéis...? —espetó María, apartándolo.

—Porque os amo. —Darnley la agarró con fuerza, procurando mantener a raya los requerimientos del conde de Argyll, que esperaba su oportunidad disfrazado de delfín —. Os amo, os amo, y siento en lo más hondo de mi ser que no podré vivir sin vos. Se me parte el corazón al veros derramar vuestro amor, vuestro presente y vuestro futuro sobre alguien que se fue y no puede aprovecharlo. Aunque yo sea indigno de él, aplaudiría que se lo ofrecierais a alguien más merecedor de ello que yo. ¡Pero no toméis la flor más bella de este mundo para depositarla en una tumba!

Al ver las lágrimas que a Darnley le resbalaban por las mejillas, María se las enjugó con su pañuelo.

—Por Dios, Henry —le dijo. Estaba tan sorprendida que no encontraba otras palabras.

—Nos vamos tan pronto a la tumba... —dijo él—. ¿Acaso no lo veis? Hacerle compañía a alguien que ya no existe es una abominación. —El joven interrumpió la danza y le tomó la mano—. Casaos conmigo, María. Os lo pediría también si fuerais María la doncella y yo Enrique el mozo de cuadra. Burlemos la tumba mientras nos sea posible, pues no podremos burlarla durante mucho tiempo. Por el momento, gocemos de las perfumadas llamas de la chimenea y de los versos de Ronsard, del vino de Burdeos escanciado en copas de cristal veneciano y de las máscaras adornadas con plumas de pavo real. Podemos disfrutar incluso de las cintas con diamantes incrustados y de un Rizzio que cante para nosotros. Sed mi esposa, María, y os prometo que nos deleitaremos con todas las cosas bellas y fugaces que el mundo nos ofrece. Juntos retozaremos como si estuviéramos en los Campos Elíseos con Helena y Paris, Antonio

y Cleopatra... Todos nos envidiarán, pues seremos los mortales más felices de este mundo.

—La felicidad y la mortalidad no son compatibles —contestó María, reanudando la danza para no pensar en ellas.

—No con carácter permanente, pero qué resplandor tan inmenso arrojan sobre esta tierra mientras arde su hoguera.

—Sin embargo, se apagan enseguida.

—¿Es posible que tengáis miedo? Sois una cobarde. La ilustre hija de los Stewart, tan valientes en la batalla y tan dispuestos a arrostrar los naufragios y las balas, ¿teme arrebatárles la felicidad a los dioses aunque sólo sea por un instante...?

—¿Los dioses? ¿Acaso no sois cristiano y católico? ¿Quiénes son estos dioses paganos a los que invocáis?

—El destino, señora. Todos nosotros, los cristianos y los que no lo son, tenemos un destino y las creencias religiosas nada tienen que ver con ello mientras vivimos. Sólo después... Pero ¿por qué hablar del «después»? Sed mía ahora en esta tierra, en el palacio, en mi lecho...

Darnley la besó mientras bailaban, echándole la cabeza hacia atrás, hasta que se le cayó la máscara.

—Lo haré —contestó María, recogiendo—. Pero os ruego que, de momento, sea nuestro secreto —añadió, reanudando la danza—. Ciertos poderosos personajes intentarán impedirlo, y es precisamente a ellos a lo que me refiero, no al destino.

—Los mataré —aseguró Darnley.

—En esta corte hay muchos pequeños Davides con hondas muy precisas —apuntó María—. Mi querido Goliat, ocultárnosles por ahora nuestro secreto por nuestra propia seguridad.

—¿Y después seréis mi esposa? —preguntó Darnley en un susurro.

—Y vos seréis mi rey —respondió ella en voz queda mientras él la miraba con una sonrisa de incredulidad.

Un gigantesco oso negro se acercó a ellos. A pesar del disfraz advirtieron que se trataba de lord Ruthven.

—Para seguir con los temas bíblicos, aquí viene la quijada de asno —dijo Darnley soltando grandes carcajadas.

El oso negro se adelantó, emitiendo un gruñido. Después levantó una peluda pata — a la que no faltaba detalle, ni siquiera las garras cosidas con esmero a las palmas— y la agitó.

María retrocedió. ¿Qué se proponía?

El oso hizo ademán de atacar a Darnley.

—Regresa a tu guarida, chacal —dijo con voz gutural.

Darnley se alarmó; la bestia parecía auténtica.

—Vaya, ¿no es lord Ruthven? —preguntó con voz inusitadamente aguda.

—Da igual quién sea; lo importante es que vos regreséis al lugar de donde habéis venido y lo hagáis cuanto antes.

El oso le lanzó otro golpe y esta vez las garras quedaron prendidas en su disfraz.

—¡Os ordeno que no sigáis provocando, quienquiera que seáis! —dijo María.

Pero sabía que era lord Ruthven, pues sus ojos de color topacio brillaban a través de los agujeros del disfraz. Aquellos ojos... Recordó haber oído decir que era un brujo dotado de poderes sobrenaturales, y pensó: «Sí, tiene los ojos amarillos como los del demonio...»

El oso dio media vuelta con brusquedad y se retiró.

John Knox sacudió la cabeza, imaginándose el baile nupcial de máscaras en Holyrood y todas sus asociaciones con la Ramera de Babilonia: carnestolendas, la anual excusa católica para el desenfreno; hombres y mujeres ataviados con desvergonzados atuendos y entregados a danzas lascivas. A pesar de las garantías que le había dado Jacobo Stewart, los católicos empezaban a recobrar terreno en el Reino. No sólo los lores protestantes habían relajado su vigilancia contra el Papado, tal como evidenciaba el escaso interés que mostraban últimamente en asistir a los sermones que él pronunciaba en Saint Giles, sino que, además, los Lennox Estuardo habían regresado de manera subrepticia al país e incluso habían recuperado el favor de la Reina. Un forastero, un embaucador, un deforme espía papista italiano, Rizzio, había conseguido que lo nombrasen secretario de ésta para los asuntos franceses y la seguía a todas partes como un perrillo faldero, jadeando y meneando su diabólica cola.

Knox se sentía cansado. «Tengo ya cincuenta y un años y no veo el final de esta batalla —pensó—. Todo marchaba tan bien al principio, y tú estabas a mi derecha, Señor. Pero ahora se me cansan los brazos, no soy capaz de mantenerlos extendidos como Moisés en el combate de los israelitas contra Amalee y estoy perdiendo la batalla. Te ruego que me envíes a alguien que me los sostenga cuando me fallen las fuerzas. Envíame a un Aarón y un Jur.»

Se acercó con paso cansino a su escritorio. No se sentía con ánimos para escribir, más bien estaba deseando acostarse, pero se sacudió de encima el cansancio y tomó su voluminoso diario.

Cinco de marzo de 1565: Es bien sabido que esta boda vergonzosamente precipitada entre John Sempill, llamado el Danzarín, y María Livingston, apodada Lusty...

Exhaló un suspiro.

Las baladas que circulan en este momento y que por modestia omitimos son testimonio del alboroto que armaron las Marías y el resto de la corte.

¿Por qué razón le gente se sentía tan atraída por las diversiones? ¿Por qué había tantas baladas que hablaban de lujuria y violencia y tan pocas que hablaran del amor de Dios?

Entretanto, en la corte no hay más que banquetes, fiestas, danzas y otros placeres encaminados a provocar apetitos desordenados; y todo para el entretenimiento del primo inglés de la Reina, el tal lord Darnley, a quien ella hace objeto de todas las manifestaciones de amor y aprecio que imaginarse puedan.

Darnley. Knox se reclinó contra el respaldo de su asiento y recordó al muchacho de rostro inexpresivo que había acudido a Saint Giles sólo una vez en compañía de lord Stewart. Se había sentado en el espacio reservado a los miembros de la realeza y la nobleza envuelto en elegantes prendas y pieles y se había marchado antes de que terminara el sermón sobre el tema del diezmo.

¿Por qué había acudido a la catedral? Era católico, por lo menos, su madre se contaba entre los miembros más destacados de este credo. ¿Por un sincero deseo de escuchar el Evangelio? Al principio, Knox así lo había creído y deseado. El Espíritu Santo actuaba de las maneras más inesperadas. Sin embargo, al contemplar el ingenuo e inexpresivo rostro de Darnley, sus melancólicos ojos, en los que no ardía la menor llama de intelecto, Knox comprendió que su presencia allí se debía a un espontáneo y vacuo deseo de acompañar a lord Stewart o bien a un calculado gesto político destinado a ganarse la voluntad de sus detractores protestantes. Lord Darnley no buscaba la verdad.

Aunque, bien mirado, ¿quién la buscaba? Y, de aquellos que sí lo hacían, ¿quién permanecería en la recta senda?

Knox dejó a un lado su diario encuadernado y apoyó la cabeza en sus brazos. Se sentía muy cansado.

James Melville entró en la sala de audiencias de la Reina con cierta confianza. A fin de cuentas, ésta le había pedido desde un principio que desempeñara aquel papel y se convirtiera en su mentor privado. Al principio, él se había mostrado perplejo y reacio a aceptar aquel extraño puesto que, según ella misma le había explicado, consistiría en señalarle los errores cometidos por ignorancia de los usos y costumbres locales. Él le había asegurado que la natural prudencia y experiencia de María en la corte francesa bastarían, pero ella había insistido.

—He cometido muchos errores sin mala intención por falta de buenos amigos que me aconsejaran —le había dicho—. Me consta que los cortesanos halagan a los príncipes y jamás les dicen la verdad porque temen perder su favor. Pero vos no seréis así. Y jamás perderéis mi favor, ¡a no ser que vayáis a besar al maestro Knox durante

uno de sus sermones! ¡Por consiguiente, os ruego que os guardéis de hacerlo!

Ahora Melville debía cumplir aquel duro deber, pues en los últimos días la Reina...

—Entrad, James Melville, os lo ruego.

Un guardia le indicó por señas que entrara en la sala de audiencias. Melville esperó de pie.

—¡Mi querido Melville!

María salió de su aposento privado con los brazos extendidos.

—Majestad.

María sonrió y se acomodó en su asiento bajo el dosel real, pero lo hizo como una simple mujer que estuviera recibiendo a un amigo.

—Mi buen Melville, gracias por venir a verme. —La sonrisa de María era distinta, nacida de una felicidad interior que parecía alimentarla.

—Mi amadísima Reina, me ordenasteis que viniera a veros siempre que advirtiese algo capaz de perjudicar vuestra reputación ante el pueblo. Últimamente... Últimamente...

—Os veo muy alterado, mi querido James. —María bajó de su asiento real y se sentó a su lado. Se había puesto un perfume embriagador—. Contadme qué ocurre.

Melville habría querido agitar la mano para alejar el perfume. Olía a violetas marchitas.

—Se trata de vuestro servidor Rizzio.

—¿Qué ocurre?

—Últimamente se ha convertido... la gente cree... que tiene más influencia que nunca. Lo ven y oyen hablar de él por doquier. Por vuestro bien y por el suyo os aconsejo que lo mantengáis en segundo plano.

—No sé a qué os referís —dijo María, tensa.

—El pueblo cree que es un espía papista. Ya empiezan a describirlo con una palabra terrible, una palabra que no presagia nada bueno para los Stewart: «favorito». —Melville consiguió que la palabra sonara como una maldición. Respiró hondo y añadió—: Los Stewart son una gran dinastía real. Su valor, su belleza y su amor por el pueblo son inigualables. Pero tienen un grave defecto: eligen favoritos de baja cuna. Jacobo III, por culpa de su favorito Robert Cochrane, el arquitecto de la gran sala de Stirling, se granjeó el odio de sus nobles. Y, con vuestra real venia, el apego de vuestro padre a su favorito Oliver Sinclair fue en buena parte responsable de la derrota en Solvay Moss. Los nobles no quisieron seguirlo.

—¿Y la gente cree que David Rizzio es mi Oliver Sinclair? —preguntó María en voz baja.

—Me temo que sí, Señora.

—Pero si él sólo se encarga de mi correspondencia extranjera.

—No es eso lo que percibe la gente.

—¡Sólo me reúno con él para darle instrucciones!

—Pero la gente no lo entiende así.

—¡Oh! —María se levantó, con las manos crispadas—. ¿Acaso me vigilan a todas horas? ¿Qué les importa cuántas horas dedico a reunirme con él? —preguntó, yendo y viniendo por la estancia.

—No me refiero sólo al pueblo llano. Puesto que vos pasáis cada vez más tiempo hablando con él, quienes os servían como vuestros principales consejeros se sienten cada vez más postergados y alarmados. Esto no es ningún secreto, Señora. Sabéis desde hace tiempo que vuestros consejeros no le tienen simpatía.

—Ya. Os referís a lord Stewart y a Maitland, por supuesto.

—Hay otros también —repuso serenamente Melville.

—¡Estoy harta de que siempre me malinterpreten! —María guardó silencio por un instante, como si quisiera calmar un embravecido mar interior. Después agregó—: Me duele que la gente se equivoque tanto. Os aseguro que Rizzio es sólo...

—No tenéis que convencerme a mí, Majestad, sino a ellos, a los individuos anónimos que pueblan el país y constituyen una pesadilla para todos los gobernantes que no son de su agrado. Desde Inglaterra vuestra reina hermana envía mensajes todavía más estridentes acerca del escaso interés que sentís por su «querido Robín».

—Pero jamás me los envía directamente a mí.

—Parece ser que por fin ha manifestado sus intenciones con respecto al «querido Robin» y a los derechos de sucesión. —Melville se alegró de ver en el rostro de su soberana una expresión de curiosidad, pero era una curiosidad extrañamente impersonal, como si el resultado no le atañese. De repente, se percató de la insólita cantidad de joyas que la Reina llevaba encima y del vestido escarlata que lucía. Ya había abandonado el luto—. Los espías comunican las noticias por lo menos una semana antes que los correos oficiales, pero no siempre son correctas. Pese a todo, como primera interpretación, la noticia resulta esclarecedora.

—¿Y bien?

—La Reina ha dicho que, aunque le complacería sobremanera que tomarais por esposo a su amado y apreciado conde de Leicester, no se siente capaz de declararlo sucesor hasta que ella se case o decida no casarse jamás.

—¡Oh! —María exhaló un prolongado suspiro—. O sea que, al final, no declara nada. ¡Menos mal que no me casé con él! —Se acercó a la ventana que daba al antepatio como si abajo ocurriese algo muy interesante—. ¡De modo que soy libre de hacer lo que quiera! No hace falta que la tenga en cuenta para nada. ¡No la tendré! ¡No lo haría por nada del mundo! ¡Qué necia he sido al pensarlo!

—No, no, era políticamente necesario consultarla, pero, tal como os dije cuando regresé de su corte, no percibí en ella sinceridad de trato ni la menor rectitud de intención, sino sólo una gran hipocresía, una envidiosa rivalidad e incluso un profundo



temor.

—Hummm. —María sonrió como si las noticias fueran buenas—. ¿Una envidiosa rivalidad, decís? Bueno pues, no me importa.

Parecía que en efecto no le importara aquello que antes y durante tanto tiempo había buscado con ansia: el reconocimiento y la aprobación de Isabel.

—De esta manera, se juega mejor —reconoció Melville—. Quizá resulte una táctica adecuada.

—Hummm.

Al ver que la Reina seguía mirando por la ventana, Melville comprendió que aguardaba algo... o a alguien.

—Se respiran bodas en el aire, a pesar de que aún no estamos en primavera. —Había montículos de nieve por todas partes, junto a las puertas y en el canal de desagüe de la calle Mayor—. Se ha casado la primera María y John Knox disfruta de su luna de miel calle arriba, a dos pasos de aquí —dijo Melville.

—¡John Knox! —María soltó una carcajada—. ¡Y con una pariente lejana mía por si fuera poco! —Se reía tanto que incluso se le habían saltado las lágrimas y le resbalaban por las mejillas—. ¡Su pequeña Stewart tiene sólo diecisiete años! ¡Ya veo que alguien de mi edad es demasiado vieja para el viudo de cincuenta años! Su primera mujer debió de morir de un empacho de budín de Sagradas Escrituras y ahora la nueva tiene que cumplir sus deberes de Abisag<sup>[4]</sup> y tenderse a su lado para calentarle los pies... ¡y sólo los ángeles saben qué otra cosa!

—¡Majestad!

María soltó una despreocupada carcajada. Después regresó a la ventana y reanudó su vigilancia.

Melville pidió su venia y se retiró de la sala de audiencias caminando hacia atrás. Cuando la alta puerta se cerró él dio media vuelta y bajó por la gran escalinata. Salió al antepatio cuyos adoquines semejaban pequeños islotes en medio del barro de marzo, y empezó a cruzarlo con cuidado. ¿Qué le habría ocurrido a la Reina? Parecía haberse vuelto loca, no era la misma de siempre.

Lord Darnley atravesó la entrada a lomos de su pálido caballo. Le daba golpecitos a un reloj de arena.

—¡Ahora el maestro Knox tendrá que recortar sus sermones! —exclamó—. He cambiado el que había junto al pulpito de Saint Giles por otro con menos arena —añadió sonriendo mientras desplegab su negra capa como un mago.

Melville observó que, desde la ventana, la Reina saludaba a Darnley con la mano.

## XIX

María y Darnley se mantuvieron apartados cabalgando al trote delante de todos los demás por el camino que conducía desde Edimburgo a Stirling. Aquel claro y tonificante día de marzo cuyos vientos parecían haber saqueado la despensa invernal sin haber encontrado nada en ella, proclamaba la llegada de una temprana primavera. Ya podrían practicar la cetrería y la caza en Stirling y, aunque no fuera así, María experimentaba la necesidad de salir de los confines de Edimburgo, donde prácticamente reinaba Knox, donde las casas se apretujaban entre sí como mujeres chismosas y donde su espíritu se sentía cautivo. Los lores de la Congregación eran los auténticos señores de la ciudad y mandaban con mano de hierro.

No obstante, fuera de allí, en la campiña, ¡cuánto espacio, qué colores y qué viento tan limpio y salvaje...! Stirling se encontraba a unas diez leguas al noroeste de Edimburgo y para llegar allí se seguía el estuario del Forth hasta que éste se convertía simplemente en el río Forth. A medida que las aguas de éste se volvían más someras, su superficie adquiría un color plateado en el que se reflejaba el cielo de marzo con sus distintas tonalidades de gris azulado y sus veloces nubes. La tierra que rodeaba el río estaba desprendiéndose de su manto invernal, tan pardo como los topos y, bajo determinadas luces, ya permitía entrever una iridiscente sombra verdosa.

—¿Ya estarán preparados los halcones? —preguntó Darnley—. En Inglaterra tenía una hembra de halcón fabulosa pero tuve que dejarla.

—Éstos proceden de las Oreadas. Os gustarán.

María se volvió en su silla de montar y vio al resto del grupo, a unas cien yardas de distancia, formar una hilera de vistosos colores: las tres Marías, Rizzio, Melville y lord Stewart. Los criados, los músicos, los clérigos y los chambelanes se habían adelantado para preparar los aposentos reales.

—¿Me obedecerán? —preguntó Darnley.

—Desde luego. ¿Cómo no van a reconocer a un auténtico príncipe?

María se inclinó sobre su silla para darle un beso.

«Ah, sus besos... Debemos casarnos muy pronto —dijo para sí—, de lo contrario, caeré en el pecado con toda seguridad. Pienso en él y en su cuerpo incluso en sueños, cuando tendría que descansar.»

—¿Falta mucho? —preguntó Darnley.

—No falta mucho para llegar al puente de Stirling, donde...

—Donde Wallace derrotó a los ingleses en 1297. Por favor, no me deis otra lección de historia. Os ruego que no por el mero hecho de que os hayáis sentido obligada a aprenderos todos los acontecimientos de la historia escocesa, vayáis ahora a marearme con ella.

Sus descaradas palabras la molestaron. ¿Acaso no había dicho que se sentía escocés?

—También es vuestra historia, o al menos eso asegurabais. Y si vais a ser rey...

—Rey del presente, no del pasado.

—Aun así, deberíais aprender los rudimentos de la historia de Escocia.

—Parecéis un preceptor. —Darnley frunció el ceño y la miró con expresión suplicante—. Es cierto que me lleváis tres años y que sois una reina, pero no me apetece ser vuestro alumno.

—¿Entonces qué os apetece ser?

—Vuestro esposo, vuestro enamorado, vuestro señor y vuestro amigo.

—¿Puede una persona ser todas esas cosas a la vez?

—Sí, en el mundo ideal que nosotros crearemos.

Ya estaban muy cerca del castillo de Stirling, que se elevaba hasta una altura de doscientos cincuenta pies como una gigantesca seta sobre el llano. Las paredes del acantilado parecían sostener en alto el castillo cual una ofrenda. Su impresionante mole gris semejaba una aparición de Camelot. Tenía almenas, baluartes, rastrillos y cañones; aposentos reales, una gran sala de ceremonias, un mirador de damas, un jardín de centinodias, un bosque real para la cría de venados y un campo de justas; todo un autosuficiente mundo de caballería de ensueño.

—Pasé mi infancia aquí antes de abandonar Escocia —le explicó María a Darnley—. No habría estado a salvo en ningún otro sitio. Los soldados del rey Enrique VIII habían invadido el país y pretendían secuestrarme.

—¿Tuvisteis que refugiaros aquí? ¿No podíais vivir en otra parte? —preguntó Darnley con incredulidad.

—No, nací en Linlithgow, el palacio por el que pasamos de camino hacia aquí. Pero a los pocos meses me trajeron a Stirling. Me coronaron en la capilla real de este castillo cuando apenas contaba nueve meses de edad.

—Cosa que, supongo, no recordáis.

—Por supuesto que no.

—Lástima. Ser proclamada reina y no recordarlo... —Darnley frunció el ceño.

—Mi madre y yo vivíamos aquí, con las Marías, y también con algunos de mis hermanastros y hermanastras... Jacobo vivía aquí y también Roberto y Juan Stewart, y Juana Stewart. Mientras nosotros nos dedicábamos a jugar, cabalgar en nuestros ponis y estudiar, Enrique VIII asolaba nuestro país. Llegó un momento en que los ingleses se encontraban a sólo seis millas de Stirling y mi madre y yo tuvimos que huir a una isleta del lago Menteith.

—Qué aburrido.

—No, fue muy bonito. Había un monasterio y...

«Y significó un período muy especial y personal que no soy capaz de describir ni

siquiera a vos —pensó María—. No estoy segura de que las cosas sucedieran tal como yo las recuerdo...»

—¡Monjes! —Darnley hizo una mueca—. Pero ¿qué ocurrió después?

¿Sería posible que no lo supiera?

—Murió Enrique VIII, pero para nosotros no supuso un alivio. Su sucesor Eduardo VI continuó acosándonos. Su capitán más destacado, Edward Seymour, condujo sus tropas casi hasta Edimburgo y los escoceses perdieron la gran batalla de Pinkie Clough. Entonces mi madre y sus consejeros comprendieron que Escocia no resistiría en solitario contra Inglaterra. Y tuvimos que vendernos a Francia. —Qué desagradable sonaba. Jamás le había contado aquellas cosas a nadie, jamás había percibido la siniestra y dolorosa inevitabilidad de aquellas palabras—. Me prometieron por esposa al delfín a cambio de la protección francesa. El rey de Francia me envió uno de sus barcos. Me marché a Francia. Allí crecí, me casé con el delfín...

—Y acabasteis por regresar a Escocia —dijo Darnley, terminando la frase—. Trece años después.

—Pero en aquellos trece años todo el mundo cambió. Dos nuevos gobernantes en Inglaterra...

—Y uno nuevo en Escocia. La Iglesia Reformada —precisó Darnley—, que gobierna el país con mano muy dura.

—Sí. —La mano era tan dura que a veces ella no la soportaba—. Pero su influencia se deja sentir sobre todo en Edimburgo. Aquí estamos libres de ella.

—Sí. De no ser por... —Darnley señaló con la cabeza a lord Stewart, que avanzaba muy por detrás—. ¿Por qué lo habéis traído?

—Se ha empeñado en venir. Y trabaja muy duro. «El obrero se gana su salario.»

Darnley hizo otra mueca.

—No me gustan las citas de la Biblia, ni siquiera en broma.

Pasaron por las defensas exteriores y por una rampa que conducía a la entrada del castillo, flanqueada por dos gigantescas torres en forma de tambor y llegaron a la cima de la roca. El viento los azotaba con fuerza y le arrancó a María Fleming el sombrero, que dio unos rápidos tumbos por las baldosas de piedra del suelo antes de volar por encima de las almenas y desaparecer.

—¡Oh! —exclamó Fleming, asombrada ante la rapidez con que todo había ocurrido.

—Se habrá ido a adornar a la esposa de algún ciudadano —comentó lord Stewart—. Un acto de caridad.

María asignó a Darnley los aposentos del Rey, lo que dio lugar a murmullos, tal como ella sabía que iba a ocurrir. Pero no había podido evitarlo. ¿Por qué iba a enviarlo a la abarrotada ala oeste de los aposentos reales, si estaban vacíos los

hermosos y bien amueblados aposentos del Rey?

En Stirling había aposentos separados para el Rey y la Reina, con dormitorios que se comunicaban. Jacobo V los había mandado construir apenas dos años antes de su muerte y estaba muy orgulloso de todos los elegantes detalles: la serie de tres estancias con crecientes grados de intimidad que conducían a los dormitorios contiguos del ala oriental, los gabinetes privados de cada dormitorio con espacios para los estudios y para los cuartos de baño, los altos techos de la sala de audiencias del Rey, decorados con medallones labrados. Desde los aposentos de la Reina iluminados por el sol matinal se abarcaba toda la campiña que rodeaba el castillo.

María de Guisa había mantenido cerrados a cal y canto los aposentos del Rey sin permitir que persona alguna entrara en ellos. Era su manera de guardar luto. María recordaba la vez que se había atrevido a entrar en ellos y había recibido una reprimenda de todo punto desmedida para la gravedad de la infracción. Las estancias estaban a oscuras y llenas de polvo y las grandes cabezas labradas del techo semejaban unos monstruos. Nunca más había querido entrar en ellos pues abrigaba el secreto temor de que el espectro o el esqueleto de su padre se encontraban allí dentro. Sin embargo, al regresar a Escocia, había ordenado que se abrieran, ventilaran y pintaran los aposentos del Rey y ahora éstos resultaban de lo más acogedores y lucían todo su esplendor.

Ella y Darnley se instalaron en sus respectivos aposentos. Recorriendo los suyos, María comprobó que todo se hallaba en orden y llamó con timidez a la puerta que comunicaba con los aposentos de Darnley.

Éste abrió la puerta de par en par.

—Aquí no hay espías —murmuró, estrechándola en sus brazos—. ¿No os parece un milagro?

Solo después de la cena, cuando los miembros del séquito real ya se habían retirado a descansar, Darnley se sintió seguro tras cerrar la puerta a su espalda. Miró en torno a sí y contempló los dorados muebles y el alto lecho con sus primorosas cortinas bordadas y las doseleras ribeteadas de oro.

Aquél era el dormitorio del Rey, y él, lord Henry Darnley, pronto sería rey. El rey de Escocia. ¡Que se fueran con viento fresco la reina Isabel y su vieja y mohosa corte!

Permaneció sentado unos instantes, atento a cualquier ruido que se produjera. ¿De veras se habrían ido todos a dormir? No era probable que María quisiera verlo; casi le había pedido disculpas al comentarle lo cansada que estaba. Aun así, esperó. Después se levantó y cruzó la estancia para abrir su bolsa de viaje. En su interior había algo que él apreciaba enormemente.

Rebuscó entre sus efectos personales, su atril, su material de escritura, las

medicinas que su madre le había preparado («¡Nunca te quedes sin ellas!», le había advertido ésta con severidad), para las toses y las fluxiones, y el antifaz para dormir con el que combatía el insomnio, hasta encontrar lo que buscaba, gorjeando con tanta suavidad como un bebé envuelto en pañales: un frasco de bolsillo de whisky, la legendaria bebida de aquellas tierras. ¡Oh, cuánto había ansiado probarla! Ahora había conseguido que el servicial conde de Atholl le proporcionara una botella.

La destapó con ansia y bebió un buen trago. Era mucho más fuerte que el vino al que estaba acostumbrado, hasta tal extremo que experimentó la sensación de haber recibido un puñetazo en el pecho y sufrió un acceso de tos. Le parecía increíble que un líquido encerrase tanta fuerza; incluso un veneno habría resultado más suave, decidió.

Tampoco estaba preparado para el hecho de que el whisky le subiera con rapidez desde el estómago al cerebro. Era como si se lo hubiera echado directamente en la cabeza.

«Podría habérmelo vertido en el oído», pensó. La idea le pareció tremendamente divertida. Tomó otro trago, que ya no le quemó tanto al bajar al estómago.

«Tu compañero ya te ha abierto el camino», se dijo. Tuvo la impresión de que la cabeza se le iba de los hombros y la sensación más placentera que hubiese experimentado jamás. Era una sensación de paz y de encontrarse donde nadie podía alcanzarlo y él no debía responder ante nadie. Su madre se esfumó como si la hubiera dejado atrás en otra estancia, cosa que en efecto había hecho. Aquella estancia era su habitación privada, la habitación que daba incesantes vueltas en su cerebro y que él buscaba siempre que podía.

No supo cuánto tiempo permaneció sentado allí ni cuánto bebió, pero de pronto oyó una llamada a la puerta. ¡Alguien venía a molestarlo! Sacudió la cabeza para aclarársela; para su decepción, su denso aturdimiento ya empezaba a disiparse, y ya no experimentaba la sensación de estar flotando.

—Un momento. —Se levantó y se ajustó el jubón—. Un momento.

Cruzó a trompicones la estancia y abrió la puerta.

¿Quién era? Apenas veía en medio de la mortecina luz.

—Os pido perdón por la molestia —dijo una voz—, pues resulta evidente que os he molestado.

¡Lord Stewart! Darnley se llevó la mano al jubón. Se lo había abrochado mal.

—De ninguna manera —contestó, preguntándose si habría hablado con normalidad. Prestó atención al tono de su voz—. Pasad, os lo ruego.

Se volvió pensando que Jacobo lo seguiría. Pero, en cambio, le oyó decir desde la puerta:

—Veo que no estáis en condiciones de hablar.

La puerta se cerró de golpe a su espalda.

A la mañana siguiente era domingo y, en la libertad de su propio castillo, María ordenó que se celebrara la misa en la capilla real. Era ya el cuarto domingo de Cuaresma, un período de breve descanso de los rigores cuaresmales. Los presentes vistieron prendas de color rosa en lugar del morado habitual y toda la ceremonia presentó un leve carácter festivo. Asistieron los católicos, mientras que los protestantes permanecieron en sus aposentos, durmiendo o leyendo las Sagradas Escrituras. María no sabía cuál de las dos cosas y se guardó mucho de preguntarlo.

Al finalizar la misa, como era costumbre, comerían todos juntos en la gran sala y después saldrían a practicar la cetrería. El día era claro y despejado, y el paseo a caballo prometía ser muy placentero siempre y cuando el terreno no estuviera demasiado fangoso como consecuencia de las recientes lluvias. Sin embargo, antes de llegar a la entrada de la gran sala, María y sus acompañantes vieron que lord Stewart y los suyos se disponían a montar en sus cabalgaduras.

—Aún no estamos preparados para la cetrería —le dijo María a su hermano—. Los halconeros no están listos. Os ruego que esperéis un poco.

—No nos interesa la cetrería —contestó Jacobo—. Para nosotros las ceremonias papistas que se han celebrado en la capilla real son insoportables. No podemos permanecer aquí.

—Ni siquiera estabais presente, ¿cómo es posible que os hayan resultado «insoportables», hermano? Quizás hubiera sido mejor que asistierais. Tal vez las palabras de la liturgia os hubieran consolado. Al decir «nosotros», ¿os referís a vos en plural mayestático? En caso negativo, ¿a quién os referís?

Jacobo se irguió en su silla.

—Me refiero a mí y a mis acompañantes. Por supuesto que no era un plural mayestático.

—Comprendo. —María hizo una prolongada pausa—. Me duele que no podáis quedaros —dijo al cabo—. En el interior de estos muros jugábamos en nuestra infancia y aprendimos a conocernos el uno al otro. En este sentido los considero sagrados. ¿Es necesario que ahora os separéis de mí? —Se acercó a Jacobo y, tocando su silla de montar, apoyó las manos en ella y levantó la vista hacia él. Desde el ángulo en el que se encontraba, la barbilla de su hermano parecía tan dura e inamovible como las fortificaciones exteriores del castillo.

—Vos me echáis de aquí —contestó él, tirando con brusquedad de las riendas de su caballo para dar media vuelta, de tal forma que María se vio obligada a soltar la silla y a punto estuvo de caer al suelo—. Vos y vuestra locura. La misa es lo de menos.

Aquellas palabras eran absurdas.

—Son las personas a las que vos amáis —añadió finalmente lord Stewart, espoleando su caballo, que se alejó al trote hacia las torres que flanqueaban la entrada.

A la vista del escaso número de personas que participarían en el almuerzo, María ordenó que la comida se sirviera en la sala de audiencias de la Reina en lugar de hacerlo en la gran sala. Comieron conejo estofado, capón con salsa de limón, cebollas hervidas y dulces cubitos de jalea de leche. Los rayos del sol penetraban a raudales en la estancia, llenándola de luz.

—Lord Stewart y otras personas se han marchado —anunció María—. Por desgracia, no podían quedarse. Debe de tratarse de una inocentada del primero de abril pues no tienen motivo alguno para estar enojados. Pese a ello comeremos y practicaremos la cetrería y la caza según lo previsto. Estoy segura de que mañana regresarán con nosotros.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Rizzio.

—En tal caso, brindemos por su venturoso viaje... adondequiera que vayan —propuso, levantando su copa.

Los rayos del sol de abril arrancaron destellos de los rubíes y zafiros que adornaban el borde de la copa.

Más tarde, cuando cruzaban el patio superior en dirección al palacio, María se volvió hacia Darnley.

—Ahora podremos practicar la cetrería hasta el anochecer —le dijo—. Todo está preparado.

La Reina se disponía a mirar atrás para dirigirse a los demás pero el ceñudo rostro de Darnley se lo impidió.

—No me encuentro bien —dijo éste—. Me duele la cabeza.

Mientras atravesaba el patio, Darnley sentía punzadas en la cabeza con cada paso que daba. Al llegar al palacio, situado a tiro de piedra, el dolor se volvió tan intenso que Darnley se llevó ambas manos a la cabeza. Subió corriendo a su dormitorio y se tendió en el enorme lecho entre gemidos. Su criado Taylor le quitó las botas y lo desnudó. Al anochecer, Darnley deliraba.

—Es la malaria —dijo Bourgoing, médico y amigo de María desde su infancia—. En una persona de su edad, no es motivo de preocupación. Sudará, soñará, se revolverá en la cama y dormirá. Cuando despierte, no se acordará de nada. Quienes estaremos cansados seremos nosotros, los que lo atendemos.

Darnley se pasó varios días con fiebre, pero al cabo ésta desapareció de repente. El se incorporó, pidió que le sirvieran su sopa preferida de acederas con higos, y los



cocineros tuvieron que afanarse en encontrar la receta. Los músicos tocaron en su dormitorio, y María lo visitó, alegrándose de su recuperación. Pero antes del amanecer su estado se agravó, y ya no le fue posible retener la comida en el estómago.

María mandó llamar de inmediato a Bourgoing y, al cabo de un buen rato, el médico francés salió del dormitorio sacudiendo la cabeza.

—Sarampión —anunció—. Milord Darnley ha enfermado de sarampión como consecuencia de las fiebres palúdicas.

En el enorme lecho real Darnley yacía empapado en sudor. Se ahogaba en un agua que parecía proceder tanto de su interior como del exterior. Rezumaba agua y lo rodeaba una especie de pantano legamoso. No notaba que los *valets de chambre* lo levantaban, le cambiaban la ropa de la cama, ahuecaban el colchón y lo colocaban una vez más sobre sábanas secas. La fiebre era cada vez más alta y él sólo sentía un cálido zumbido en la cabeza y veía imágenes muy claras detrás de los párpados cerrados. Después percibió una suave sensación de seguridad, una presencia. Le resultaba familiar, pero no lo sabía con certeza. ¿Quién sería?

—Monsieur Bourgoing, no me conoce —se lamentó María, agotada tras haber pasado toda la noche en vela junto al lecho de Darnley.

—Os conoce en sus sueños —le aseguró el médico—, pero debéis descansar. ¿Por qué os empeñáis en permanecer despierta?

—No lo sé. Quizá porque es la primera vez que tengo el privilegio de velar junto a alguien... después de lo del Rey. El rey Francisco.

—Los lechos de los enfermos no son un privilegio, sino una cruz.

—¡Amo a Darnley! —confesó María de repente—. ¡Por favor, decidme que no morirá!

Bourgoing la miró con asombro.

—Ningún joven muere de sarampión, a no ser que padezca otra enfermedad como la sífilis o que esté desacostumbradamente débil.

Darnley no paraba de toser, y cada espasmo le sacudía todo el delgado cuerpo y le quemaba la ya irritada garganta. En el interior de la boca le habían salido unas pústulas blancas en torno a las que toda la mucosa aparecía enrojecida e inflamada, lo que no le permitía comer a pesar de los incesantes vómitos de su marchito y vacío estómago. Cada vez que contraía los músculos, era como si un ensangrentado papel se rasgara de arriba abajo. Sus ojos estaban tan sensibles a la luz que se habían visto obligados a tapar todas las ventanas y no se acercaban velas encendidas a su cama para evitar causarle un agudo dolor.

María permanecía sentada a su lado en la oscuridad, vigilándolo como una delicada diosa egipcia que montara guardia sobre la tumba de un faraón. Cada vez que alargaba

la mano para tocarlo le notaba la piel reseca y tan caliente como una de las *chaufrettes*, los calentapiés de plata que ella utilizaba en invierno. Francisco jamás había tenido la piel tan ardiente. ¿Cómo podía seguir con vida una persona con una temperatura tan alta?

Mientras contemplaba su encogido cuerpo —había perdido mucho peso— María se percataba de que se le iba, y rezaba sin descanso sentada a su lado en una banqueta. En la estancia en penumbras, Darnley, cuyo rostro estaba pálido y su cuerpo cubierto por las sábanas, parecía la estatua yacente de un sepulcro de alabastro.

María no soportaba la idea de perderlo, de perder por segunda vez la batalla contra la muerte.

«Si pudiera ocupar tu lugar —pensó—, tenderme aquí y luchar a brazo partido con la aborrecida sombra cuando ésta entrara sigilosamente en la estancia, segura de alcanzar una fácil victoria, le agarraría y le retorcería los huesudos dedos, se los rompería, los oíría crujir y vería caer los trozos al suelo.»

Darnley gimió y se revolvió en la cama.

«¡No, no se apoderará de ti! La muerte deberá enfrentarse a mí y vencerme, tendrá que desarmar a tu guardiana. No podrá conmigo», le prometió María mientras le refrescaba la frente con agua de violetas.

Al sexto día el rostro y el cuello de Darnley se cubrieron de manchas rojas. Estas se extendieron con rapidez a otras partes del cuerpo, y le bajó la temperatura. Parpadeó, abrió los ojos y vio a María por primera vez.

—¿Cuánto... tiempo lleváis aquí? —le preguntó con un hilo de voz.

—Desde que caísteis enfermo —contestó María.

Darnley esbozó una débil sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevo enfermo?

—Desde la misa del domingo de *Laetare*. Mañana es el domingo de Pasión.

Darnley se encogió de hombros.

—No conozco estos términos.

Un buen católico habría debido conocerlos.

—Casi dos semanas.

Darnley puso los ojos en blanco. Los tenía todavía inyectados en sangre.

—Eso es mucho tiempo.

—Muy poco para tratarse de dos graves enfermedades. Un hombre más débil que vos no se habría recuperado.

—Yo jamás me recuperaré —susurró Darnley. Levantó una mano tan escuálida que casi parecía una telaraña translúcida—. Apenas tengo fuerzas para levantarla.

María se la tomó con la suya más fuerte y sólida.

—Nada podrá separarnos.

—¿Aún está encerrada con él? —preguntó Knox, tras llevarse aparte a lord Stewart al término de la función dominical en Saint Giles.

Había predicado acerca de la vida en medio de la muerte y de la muerte en medio de la vida: un difícil concepto intermedio entre la alegría y la resignación. Le había salido asombrosamente bien.

—Eso dicen. —Jacobo saludaba con la cabeza y sonreía a los fieles que abandonaban el templo y en especial a los lores de la Congregación que habían asistido a la ceremonia en aquel ventoso día de abril. Bajarían por Canongate, gozando del vigorizante aire que agitaba sus mantos para regresar a casa y disfrutar del almuerzo del domingo—. El joven Darnley enfermó de sarampión después de haber contraído fiebres palúdicas y a punto estuvo de dejar este mundo. Un indigno final para un indigno joven. —Jacobo sonrió y levantó la mano—. Buenos días, mi señora. —Jean, condesa de Argyll, lo saludó con una inclinación de la cabeza—. Es absolutamente insoportable —añadió él.

—¿Y eso? —Knox extendió las manos para saludar—. Milord de Byres —dijo, haciendo una reverencia ante lord Lindsay.

—Es presumido, frívolo, arrogante y enojadizo. Y además, le disgusta la Biblia.

—¿De veras?

—Sí. Se lo oí decir camino de Stirling.

El templo estaba vaciándose, y Knox regresó al pulpito para recoger las notas y cerrar la Biblia. Señaló el reloj de arena que había al lado del pulpito.

—Robó el reloj de arena y lo sustituyó por éste que sólo marca las medias horas —dijo—, lo cual es una muestra de su ingenio. Como si yo no pudiera darle vuelta dos veces.

—Exactamente —afirmó Jacobo, sacudiendo la cabeza.

—El reloj de arena que me robó era el que me había regalado Calvino —explicó Knox—. Fue una crueldad que se lo llevara. Ya nunca habrá otro.

Calvino había muerto hacía unos meses.

—Se entrega a esta suerte de travesuras infantiles —le contó Jacobo—. Es un niño mimado. Su madre se volverá loca de alegría cuando se entere de que la Reina se ha enamorado de él, pues lleva intrigando para que algo así ocurra desde que nació su hijo. Ya sabéis que en cierta ocasión tuvieron que encerrarla en la Torre de Londres por su excesivo celo en la reclamación de los «derechos reales» de su vástago. Ahora verá cumplirse sus sueños. —Lord Stewart hizo una pausa—. Creo que el muchacho muestra cierta tendencia a la depravación.

—No es lo bastante mayor para eso. La despreocupación y el egoísmo son los

primeros pasos que conducen a este camino. Pero hay que recorrer un largo trecho para llegar a la depravación. —Knox acarició la Biblia y después le colocó con reverencia su funda de raso.

—Va más adelantado en eso de lo que cabría suponer —aseveró Jacobo.

—Venid a mi casa —lo invitó Knox, rodeándole los hombros con el brazo—. Almorzad conmigo en este Día del Señor.

—¿O sea que os marchasteis después de aquella primera misa en la que se vistieron de rosa? —preguntó Knox mientras ambos permanecían sentados en el salón tras disfrutar de un almuerzo consistente en bacalao relleno con guarnición de nabos y repollo.

Margaret Stewart, prima lejana de lord Stewart y de la Reina, se había retirado y los había dejado solos no sin antes servirles una bandeja de higos y una jarra de clarete. Era una joven amable y agraciada pero muy poco aficionada a la conversación.

—Sí. Al verse lejos de Edimburgo, la Reina dio rienda suelta a las ceremonias papistas. Hubo incienso, cánticos... —Jacobo observó que Knox enarcaba las cejas—, ¡los oí con toda claridad desde el otro lado del patio! Le expuse mis reparos y me fui. Los demás aún están allí.

—¿Rizzio también?

—¿Hace falta preguntarlo?

—Ha enviado a Maitland a pedirle a Isabel que bendiga la boda. Ah... ¿acaso no lo sabíais?

Knox removi6o despacio el azúcar de su vino tinto.

—No. No lo sabía.

—Maitland se marchó hace una semana. ¿Qué haréis cuando se celebre este enlace? ¿Qué hará Escocia con semejante rey? —Knox tomó un sorbo de vino y después golpeó la copa contra la mesa—. ¡No nos lo merecemos! ¡Nos hemos ganado el derecho a tener un rey como Dios manda! ¡Eso no se puede consentir! ¡Y no lo consentiremos!

—Vos mismo acabáis de responder a vuestra pregunta. Temo que lord Henry Darnley no disfrute de una vida muy larga entre nosotros. En cuanto a lo de que no es un depravado... ¿de qué otra manera puede calificarse a alguien que se encierra en su habitación para beber? ¡Yo lo he visto!

—¿Bebiendo solo? ¿Estáis seguro? —preguntó John Knox, clavando los ojos en los de Jacobo.

—Por supuesto que sí. Apestaba a whisky, tenía el jubón desabrochado y arrugado y apenas era capaz de hablar. ¡Y todo eso mientras la Reina soñaba dulcemente con él en sus aposentos!

Knox no quería ni imaginarlo.

—Lástima.

Jacobo asintió con la cabeza.

—Ella se pasa casi todo el rato con él. Me han dicho que se quedó a vivir allí durante la enfermedad de Darnley. Su constante presencia de noche y de día en el dormitorio de éste es motivo de escándalo.

—¿Sigue allí a pesar de que él ya se ha restablecido? —Knox sacudió la cabeza—. ¡Qué vergüenza! ¡Es el escándalo de David y Betsabé! —El reformador hizo una pausa—. A propósito de David, me vienen a la mente las espadas. ¿Os habéis enterado de que Bothwell ha abandonado Francia, donde se refugió después de su fuga del castillo de Edimburgo, y ya se ha puesto en camino para regresar a Escocia?

Una vez más, la noticia de Knox sobresaltó a lord Stewart.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó éste—. ¡Creía que ya nos habíamos librado de él para siempre!

—Es un buen protestante —dijo Knox, estudiando el rostro de Jacobo.

—No sirve para nada más que para provocar altercados, tratar con prostitutas y tender emboscadas.

—Y mantener el orden en las fronteras —le recordó Knox.

—Sí, lo reconozco. —Jacobo se reclinó en su asiento y rodeó el respaldo con su brazo—. Pues que venga aquí entonces y que detenga y mande ahorcar a quienes roban ovejas y se dedican a saquear a la luz de la luna llena.

María y sus tocayas, Rizzio y Darnley llevaron el mayo con las primeras luces del alba. Abandonaron el castillo de Stirling justo cuando clareaba en las ventanas del dormitorio de Darnley, situado en la parte oriental del palacio. El aire estaba tan frío y sereno como un lago helado y casi parecía increíble que alguna vez fuera a regresar el buen tiempo. Pero en las aldeas la gente adornaba los mayos y se disponía a festejar la primavera como si con ello quisiera adelantar su llegada. Robin Hood y la doncella Marian, prohibidos en Edimburgo por la Iglesia Reformada, bailarían y saltarían todo el día y presidirían las competiciones de destreza en la campiña. La luna menguante se desvanecía a la luz del amanecer y no tardaría en ponerse, ya vieja y cansada.

—Vamos al bosque a cortar las ramas —dijo María, rozando con las espuelas los costados de su montura.

Esperaba que ya hubieran brotado algunos retoños para que no tuvieran que regresar con unos palos desnudos. Se arrebujó en su manto de color gris.

Había muchos abedules y serbales, enredaderas de escaramujos y setos de espinos en los que ya habían nacido unas pegajosas y translúcidas hojitas que brillaban en las ramas como gotas de rocío. En los prados florecían las violetas y las campanillas. María se detuvo para que su caballo mordisqueara un poco de tierna hierba mientras

ella arrancaba florecillas y trenzaba con ellas una diadema.

—Dejadme a mí —dijo Darnley, que tras tomar la diadema y colocársela en la cabeza comprobó que las pequeñas flores silvestres la favorecían enormemente—. Ni las amatistas ni los diamantes podrían ser más bellos —añadió—. Ninguna reina de mayo podría superar vuestra belleza realzada por las flores del prado. —Se inclinó para darle un beso y susurró—. Este momento es un privilegio. Jamás había sido tan feliz. —Contempló los prados que lo rodeaban y el rocío iluminado por la luz de la alborada, y vio un pardo conejito que aguardaba a que él se moviera—. Os ruego que os quedéis quieta. No cambiéis de postura ni os alejéis —le indicó, mirándola a los ojos.

—Qué serio os habéis puesto —comentó María, sonriendo. Levantó el brazo izquierdo para apartarse un mechón de cabello detrás de la oreja, y al hacerlo el conejo se asustó y desapareció pegando un brinco.

—Ahora lo habéis estropeado todo —protestó Darnley—. Era un momento perfecto. Pero ha terminado.

—Sólo las estatuas son capaces de permanecer inmóviles —dijo María—. Y las cosas se mueven en torno a ellas, y les crece musgo encima y el hielo las cubre y, al final, incluso ellas se mueven, pues caen o se derrumban. Me temo que es imposible evitarlo. —Tomó un ramito de arrayán que había cortado; sus vistosas flores de vinca destacaban sobre las relucientes y oscuras hojas ovaladas—. Aquí tenéis esta corona —dijo, colocándosela en la cabeza—. Ahora sois el rey de mayo, el monarca del momento perfecto.

*¡Reina:*

*gobernadora de lo bueno y de lo bello;*

*real y benévola con tus vasallos;*

*generosa de libertad y no ambiciones*

*nada;*

*justa con los limpios para que no sufras ningún mal;*

*firme en la fe y constante como una muralla...*

—Esto lo escribí para vos —dijo él—, y hay más.

—Me conmueve —aseguró María—. Os ruego que me acompañéis en mi paseo y me recitéis el resto, siempre y cuando no sea triste. Hoy sólo quiero oír cosas alegres.

Al regresar del bosque tocando el cuerno y el tamboril y coronados con las guirnaldas de flores que habían trenzado, los componentes del grupo adornaron la gran sala con cenefas de ramas floridas y celebraron la fiesta. Después se retiraron a sus

apostentos a descansar, pues llevaban muchas horas levantados.

María ansiaba dormir un rato y después hacer, quizás, una subrepticia visita a Darnley. Ambos jugarían y retozarían en el lecho real y Rizzio montaría guardia en la puerta. María anhelaba que él la estrechara entre sus brazos, quería ver los pájaros surcar el cielo a través de la ventana, volver la cabeza y admirar el perfecto perfil de Darnley.

La temperatura había aumentado de un modo considerable, y ella se había desabrochado el cuello del manto. Mientras caminaba, se puso a cantar para sus adentros:

*Como Robin Hood en el bosque estaba  
sobre la frondosa copa de un árbol  
a un valiente joven  
gallardo como el que más.*

*—¿Haciendo acopio de todo su valor;  
¿cuando le preguntó cortésmente  
si tendrías un poco de dinero...?*

—¡Majestad!

La voz resonó en el patio. Un hombre alto y pelirrojo, con atuendo de viaje, se le acercó.

—¡Nicholas Throckmorton! —exclamó María. Era el joven que ocupaba el puesto de embajador inglés cuando ella estaba en Francia—. ¡Cuánto me alegro de volver a veros!

El hombre sonrió y le besó la mano.

—Aquí sois todavía más bella que en Francia —le dijo—. Vuestra tierra natal os favorece. El aire, la comida, el agua..., todo realza vuestra hermosura.

—Pero aquellos días en Francia fueron maravillosos —repuso María.

El mero hecho de ver a Throckmorton le hacía evocarlos. De esa misma manera habían conversado ambos en París, en Chenonceau, en Chambord.

—Sí. Antes de que surgieran las actuales dificultades. Todo aquello parece ahora muy lejano.

—Pero... ¿cuál es la razón de vuestra venida? —preguntó María, pues de repente se le antojó muy extraño verlo allí.

—Me envía la reina Isabel, con instrucciones y mensajes personales.

—¡Contadme!

Throckmorton miró alrededor.

—¿Cómo..., aquí?

Había imaginado que María lo recibiría en audiencia, le ofrecería una comida y mantendría con él una amena charla antes de abordar los asuntos oficiales.

—Sí —respondió ella, y antes de que él pudiera decir nada, tomó sus manos y se las estrechó con sorprendente fuerza. Parecía tan ansiosa como una niña que se va a la cama en vísperas de una fiesta—. ¿Qué dice? ¿Está contenta? Sé que esta boda con lord Darnley es justo lo que ella pensaba cuando me sugirió que me casara con un súbdito inglés. ¡Ella lo envió aquí, pero jamás hubiese imaginado lo mucho que yo llegaría a amarlo! Sé que se alegra por mí. ¿Asistirá a la boda? ¿Viajará a Escocia?

Throckmorton carraspeó para orientarse en medio de aquel mar de palabras.

—Mi amable señora... Majestad... La Reina prohíbe esta boda. Ordena a lord Darnley y a su padre, el conde de Lennox, que regresen a Inglaterra bajo pena de traición. Ha encerrado a la condesa en la Torre de Londres por haber promovido esta boda. La prohíbe terminantemente.

—¿Cómo es posible?

—La Reina está furiosa.

María sacudió la cabeza, perpleja.

—Según ella, debo contar con su aprobación para casarme —dijo—, pero jamás habrá un hombre que cuente con su aprobación. No le gustan los extranjeros, ni los católicos, ni los súbditos ingleses, ni los hombres de baja cuna, ni los reyes... Vos me diréis, pues. En vista de que jamás conseguiré complacerla, tendré que complacerme a mí misma. Y lo haré casándome con lord Darnley.

—Si lo hacéis, él jamás podrá regresar a Inglaterra.

—¡Pobre Darnley! —exclamó María—. Primero le prohíben regresar a Escocia y ahora le prohibirán regresar a Inglaterra. Qué curioso, si tenemos en cuenta que él jamás ha causado el menor daño a ninguno de los dos países. —Miró a Throckmorton con dureza. A su espalda se extendía el valle del Forth y, como el día era despejado, hacia el este se distinguía Edimburgo por el humo de sus chimeneas.

—Por desgracia, lord Darnley es algo más que una persona capaz de obrar bien o mal. Es un símbolo de muchas cosas.

—Yo no amo el símbolo sino al hombre —replicó María.

—Sí, pero vos también sois un símbolo al igual que mi reina. Sed razonable. Es una situación que todos los reyes deben afrontar, un parámetro como la red de la pista de tenis o la rima en poesía.

—Sé que pertenezco a la realeza y jamás olvido mi sangre real.

—Pues, en tal caso, demostrad que sois un miembro de la realeza no sólo por vuestra sangre, sino también por vuestra manera de razonar. ¡Pensad en lo que significa el matrimonio para una reina! Debéis elegir no sólo un esposo para vos, sino también un rey para vuestro pueblo. Cuando se consuma, ya no puede deshacerse.

—Lo sé y me mantengo fiel a mis promesas. Decidle a vuestra reina que lleva



mucho tiempo seduciéndome con sus bellas palabras y engañándome al final en lo que a sus intenciones se refiere. De ahí que ahora no pueda fiarme de ella. ¿Por qué razón se opone? Ella misma me había insinuado que me casara con alguien de su reino. Milord Darnley es el único hombre soltero de rango adecuado. El ofrecimiento del conde de Leicester..., no quiero recordárselo, pues fue una vergüenza para todos.

—Creo que ella hablaba en serio, Majestad.

—Tanto más vergonzoso entonces. Tendré la magnanimidad de olvidarlo.

María se apartó de Throckmorton y se encaminó a toda prisa hacia los aposentos reales. Una vez allí, bajó por la galería adornada con bustos y estatuas, cruzó la sala de la guardia, donde los centinelas con yelmo se mantenían en posición de firmes, la sala de audiencias, con su trono y su escudo de armas, y, finalmente, llegó al dormitorio. Dos de las Marías, que estaban medio dormidas en sus catres, apenas parpadearon cuando ella pasó por su lado. María hizo girar con cuidado el tirador de la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Darnley y entró.

Darnley descansaba en la enorme cama, medio desnudo y cubierto con unas pieles. María se acercó sigilosamente al lecho y contempló por un instante a su amado. En el rincón, Rizzio se movió. El también se había tendido a descansar después de su paseo por el bosque de madrugada y la copiosa comida. María se aproximó a él de puntillas y le rozó el hombro. Rizzio se incorporó de golpe.

—Mi buen Rizzio —musitó María—, vos tenéis una capilla católica en vuestros aposentos, ¿no es cierto?

Rizzio frunció el entrecejo.

—En efecto. Yo mismo la arreglé. Es muy pequeña...; sólo un altar, los cirios y, como es natural, el Santísimo Sacramento, reservado...

—¿Hay alguien en vuestros aposentos?

—No. Estoy solo allí. —Rizzio sacudió la cabeza como si quisiera despejarse.

—¿Y vuestro confesor? ¿Está cerca?

—A no ser que se haya ido a la ciudad de Stirling como acostumbra cuando no tiene deberes que cumplir, sí.

—Regresad a vuestros aposentos. Preparad la capilla. Buscad a vuestro confesor... y, si no lo encontráis, yo traeré el mío. Lord Darnley y yo estaremos allí antes de una hora para unirnos ante Dios en matrimonio secreto. Entonces ya nada podrá separarnos, y yo no vacilaré ni me dejaré seducir por los argumentos de los demás. ¡Id enseguida!

María se volvió hacia Darnley, que aún dormía. Sus ojos de claras pestañas estaban cerrados y sus brazos rodeaban con delicadeza la almohada.

«Muy pronto me abrazará a mí en lugar de a esta almohada —pensó—. Y nadie podrá culparnos de nada ni llamarnos la atención.»

—Henry —dijo, acariciándole la frente.

Darnley abrió los enormes ojos gris azulados, que, como siempre, le cortaron a

María la respiración.

—Debéis levantaros, mi querido Henry —dijo ella—, pues tengo una aventura para vos, un juego. Vamos a burlarlos a todos.

—¿Burlar a quién? —Darnley forcejeó con los cobertores y consiguió librarse de ellos.

—¡A todos! —contestó con vehemencia María—. A los lores de la Congregación, a Knox, a Isabel y...

—Eso quiere decir a todos, ¿no? —Darnley soltó un gruñido—. ¿Hay alguien favorable a nuestro matrimonio aparte de vos y de mí?

—El conde de Morton...

—Porque mi madre le cedió ciertas tierras. ¿Quién más?

—Rizzio.

—Un criado.

—Supongo que el Rey de Francia.

—Un niño.

—Y Felipe de España...

—Que aquí no cuenta casi para nada.

—Y el Papa.

—Cuenta todavía menos.

—Con el tiempo, otros llegarán a apreciaros tanto como yo.

—Es como si yo amenazara u ofendiera el orgullo de todo el mundo. Qué curioso, pues cumplo con todos los requisitos de la sangre, la educación y las buenas maneras... No hay ninguna razón objetiva. Por consiguiente, debe de ser porque no les agrada mi persona. —Darnley apretó los labios con expresión de furia—. Algo de mi persona, de mi manera de hablar, de mi porte...

—¡Son unos necios! Vamos, milord..., ¡levantaos y venid conmigo a un lugar donde los confundiremos a todos!

Se encontraban en presencia del sacerdote italiano que procedía de las propiedades del padre de Rizzio, cerca de Turín. Tenía el redondo rostro aceitunado y los ojos brillantes y oscuros, como María imaginaba que era propio de todos los italianos. Ésta se había forjado su propia idea del país: una tierra en la que todo el mundo se interesaba por el arte y era católico, había flores por todas partes y las noches eran cálidas e invitaban a la gente a salir de sus casas. Según el concepto que ella tenía del placer, el hecho de recurrir a un italiano para obtenerlo resultaba del todo apropiado.

El pequeño altar de Rizzio, adornado con unas cuantas obras de arte toscanas y dos candelabros de plata, estaba cubierto con un lienzo de lino ribeteado de encaje. Rizzio permaneció, solemne, de pie a un lado del altar, mientras María y Darnley se tomaban

de la mano y participaban en la ceremonia de las nupcias y el contrato matrimonial de acuerdo con las normas de la Santa Madre Iglesia. La ceremonia suponía un compromiso y reconocía que los contrayentes habían hecho ante Dios un voto de casamiento del que sólo podrían liberarlos unos procedimientos legales determinados.

—Yo, María, Reina de Escocia, Reina de Francia y Soberana de las Islas, prometo solemnemente tomaros a vos, lord Henry Darnley, por esposo de acuerdo con los ritos y las disposiciones de la Sacratísima Iglesia Católica.

Mientras contemplaba al alto joven que se encontraba de pie a su lado, el rostro de éste palideció.

—Yo, lord Henry Darnley, prometo solemnemente tomaros a vos, María, Reina de Escocia, Reina de Francia y Soberana de las Islas, por esposa de acuerdo con los ritos y las disposiciones de la Sacratísima Iglesia Católica. Y os empeño mi palabra. —Se quitó una sortija del dedo meñique y la colocó en el anular de María.

—Besadla —indicó el sacerdote a Darnley, y éste así lo hizo.

—¡Lástima de fiesta! —exclamó Rizzio—. Si las cosas fueran como deberían ser...

—Acabamos de disfrutar de un opíparo almuerzo —dijo María—. Todo el mundo duerme. Nos alejaremos a hurtadillas y eso será mucho mejor que una fiesta. —Tomó la mano de Darnley—. Esperemos que nadie nos vea cruzar el patio superior. Rizzio... ¡esta noche os exoneramos de vuestros deberes! —añadió entre risas mientras el servidor se quitaba el sombrero.

María y Darnley cruzaron a toda prisa el patio. Ya estaba oscureciendo y había luz en algunas ventanas.

—¡Vaya! —dijo Roberto Stewart al verlos.

Por regla general, María apreciaba a su hermano, pero en aquellos momentos la presencia del juguetón y casquivano joven resultaba de lo más inoportuna.

—¡Cuánto me alegro de veros, hermano! —farfulló—. ¡Confío en que hayáis disfrutado de unas placenteras fiestas de mayo!

—¡Por supuesto que sí!

María y Darnley se apartaron tan deprisa del joven que éste se tambaleó. Estaba visiblemente bebido.

—¡Aprisa, entrad!

María empujó a Darnley al interior del cuarto de la guardia, cruzó con él la sala de audiencias y entró al fin en su dormitorio, corrió el pestillo y se apoyó contra la puerta.

Darnley se encontraba en el centro de la estancia donde ella casi lo había arrojado.

«Qué piernas tan delgadas tiene —pensó con súbita extrañeza—. En verdad ha estado muy enfermo.»

—Mi amado esposo —dijo saboreando la palabra—, pues así puedo llamaros ahora.

Se acercó a él, tan pálido e inseguro.

—Esposa.

Darnley la estrechó en sus brazos pero su cuerpo parecía labrado en madera.

—¿Cómo, acaso tenéis miedo? Deberíais alegraros. Hemos asumido la responsabilidad de nuestra vida y de nuestro amor. Ahora ya nada podrá separarnos —aseguró ella, abrazándolo.

—¿Estamos unidos para siempre?

—Sí. Éste es el efecto de la ceremonia. —María lo acompañó a la cama—. Nos ha convertido en una sola persona.

Lo obligó a acostarse y él se tendió en el enorme lecho.

—Esta noche no tenemos servidores —dijo María—. Nadie nos desnudará, ni se celebrará la estúpida ceremonia de contemplarnos en la cama y brindar por nosotros. —Se inclinó hacia delante y lo besó—. Estamos solos vos y yo. Se nos ha otorgado el mejor regalo: la intimidad. Nadie nos molestará. —Tomó su jubón y se lo quitó, sacándole los brazos de las mangas—. Yo seré vuestro criado —le susurró.

Muy pronto Darnley yacía desnudo sobre el gran lecho real. María no pudo evitar mirarlo. Jamás había visto a un hombre adulto desnudo. ¿Cómo era posible que los cuerpos fuesen tan distintos?

Después se quitó despacio la ropa. Primero el tocado de la cabeza, después el vestido y el rígido tejido que mantenía la falda ahuecada. Al final se quedó sólo con la enagua y la ropa interior de raso ribeteada de encaje.

Darnley la estrechó en sus brazos.

—¿Todo eso es mío de verdad? —murmuró.

—Sí, mi señor, mi amor...

—Vuestro esposo, vuestro amigo —musitó él, tomándole el rostro entre las manos—. Espero ser digno de vos.

Darnley la besó y la atrajo hacia sí sobre el nido de cálidos cobertores de la cama y ella sintió que su omnipresente estado de vigilancia contra el peligro se disipaba poco a poco.

La cama era como un pequeño mundo para ellos: los cobertores eran una tienda y el colchón de plumas un campamento seguro. Darnley la estrechó de nuevo en sus brazos y le quitó lentamente las últimas prendas. Sus dedos no estaban acostumbrados a las cintas y los corchetes, pero su torpeza y desconcierto inflamaron el deseo de María. Cuando por fin Darnley logró despojarla de la última prenda, ella tuvo la sensación de que ya jamás sería capaz de vivir separada de aquel hombre.

—Oh, Henry —murmuró, sintiendo todo su cuerpo contra el suyo—. Me hacéis más de lo que soy.

—Eso es imposible. Nunca podríais ser más... oh... —gimió Darnley.

María pensó que nada lograría unirla a él en la medida que ella habría deseado, pues anhelaba fundirse por completo con su persona y, sin embargo, quería mantenerse

separada sólo para seguir cuidándolo y entregándose a él.

Juntos llegaron a la culminación de la única manera posible, dominando y desahogando al mismo tiempo sus sensaciones. Ambos eran vírgenes, pero el acto resultó para ellos del todo natural.

—Oh, Henry —exclamó María, sosteniendo la sudorosa cabeza de Darnley contra su pecho—. ¡Oh, esposo mío!

Al fin se había convertido en una esposa.

En mitad de la noche, antes de que alborease el día, María despertó. Darnley dormía a su lado, respirando apaciblemente. Le resultaba tan extraño despertarse y encontrar a otra persona a su lado... ¿conseguiría acostumbrarse?

«No, jamás —pensó—. Será siempre un milagro para mí. Y él...» Lo miró de nuevo, intentando distinguir su figura en medio de la oscuridad. Murmuraba y se movía. Le rozó el hombro y le susurró que debía regresar a su dormitorio antes de que las Marías se despertaran.

Salió despacio de debajo de los cobertores y sus pies tocaron el frío suelo de piedra. Alisó las pieles y las sábanas y se acercó a la puerta que comunicaba ambos dormitorios. La abrió con cuidado y entró sigilosa en su habitación. Las Marías aún dormían, pero ella sabía que se habían percatado de que ella no había regresado antes. Sin embargo, muchas veces permanecía levantada hasta muy tarde, conversando con Rizzio o jugando a las cartas hasta las dos de la madrugada. Ellas ya estaban acostumbradas.

Ya debían de ser las tres o las cuatro. Se acercó de puntillas a su cama y se acostó. Iba desnuda, pues su ropa se había quedado en el dormitorio de Darnley. ¿Cómo se lo ocultaría a las Marías? Siempre la ayudaban a vestirse, le llevaban la ropa interior caliente y doblaban su camisón para guardarlo.

Los camisones estaban en el arca de madera de olmo del otro extremo de la estancia. ¿Sería capaz de acercarse a ella en la oscuridad y extraer un camisón sin hacer ruido? Se levantó con sigilo de la cama y avanzó a tientas. Percibía la alfombra de seda bajo sus pies y supo cuándo había llegado a medio camino pues había que sortear una pesada silla.

Al final, llegó al arca y levantó la tapa, rogándole que guardara silencio. La tapa obedeció. Sacó el camisón de arriba, adivinando por el tacto que era el de lana de color rosa forrado de raso. Lo tenía desde la muerte de Francisco pero no se lo había puesto casi nunca pues le parecía demasiado vistoso y elegante para su viudez.

«Ya no soy una viuda —pensó de repente—, sino una recién casada. No soy virgen sino una esposa.»

Regresó a la cama y se deslizó bajo los cobertores sintiéndose una criatura del todo

distinta de la que había dormido allí la última vez. Su cuerpo estaba sucio y ardiente y se pegaba al delicado forro de seda del camisón.

Jamás se había sentido sucia antes excepto tras una dura jornada a caballo, pero en tales ocasiones la suciedad y el olor no eran iguales aunque sí ligeramente parecidos.

*Ding-ding-ding-ding.*

El relojito dio la hora. Muy pronto. Muy tarde.

«Pero he regresado sin ningún contratiempo y nadie se ha enterado. Es mi secreto, mío y de Darnley.»

El sol entraba por las ventanas y el reloj daba la hora, *ding-ding-ding-ding-ding-ding*, cuando despertó. Tenía los párpados pegados, se notaba el cuerpo rígido y experimentaba una dolorosa sensación de ardor entre las piernas.

Las Marías ya estaban vestidas e iban y venían por la estancia. Una de ellas, Flamina, daba cuerda al reloj y otra limpiaba sus joyas con un suave lienzo y una pasta de goma arábica y alabastro. El Gran Harry, que esperaba su turno, parecía el juguete de un niño.

María pidió que le preparasen un baño, y los criados le subieron de inmediato agua caliente perfumada y la vertieron en la gran bañera colocada cerca de la chimenea. Detrás de la mampara, dejó que la desnudaran y se introdujo con rapidez en la bañera. Temía que resultaran visibles las huellas de Darnley en su cuerpo y que en su piel hubieran quedado grabadas las de sus labios. ¿Y si el agua caliente las revelara? Se hundió un poco más.

—Majestad, ¿queréis que añada al agua el aceite de sándalo que les compramos a los gitanos?

¿Borraría el extraño olor que ella había llevado desde el lecho de Darnley al suyo y desde éste a la bañera?

—Sí, por favor.

Flamina rodeó la mampara, tomó el frasco de aceite y vertió un buen chorro en el agua. El aceite se extendió sobre la superficie formando unas gotitas semejantes a ópalos en miniatura. Flamina aspiró el aroma del tapón.

—Exquisito. Me recuerda algo de Oriente. Mirra. O bálsamo de Judea, que cualquiera sabe lo que es. Siempre he pensado que ha de tratarse de algo tan lánguido y suntuoso como este aceite.

—Gracias.

María se echó la perfumada agua sobre los hombros.

—Anoche os acostasteis muy tarde.

—Sí. No... no podía dormir. Tenía que hablar con Rizzio sobre las disposiciones que hay que tomar para la... ceremonia de la restauración de la orden del Cardo que

tengo la intención de celebrar muy pronto.

—¿La orden del Cardo?

—Sí. Es... la antigua orden caballerescas de Escocia, como la orden de la Jarretera en Inglaterra y la de San Miguel en Francia. No se ha reunido de nuevo desde la muerte de mi padre, y sólo quedan unos cuantos caballeros.

María se arrojó nerviosa más agua sobre los hombros.

—Pero si vos no podéis restablecerla por ser mujer —repuso Fleming—. A las mujeres no se les permite ser caballeros ni llevar espuelas de oro.

—Nombraré a un sustituto —dijo María—. Soy la soberana de la orden. Y es necesario que Escocia recupere su antigua gloria y su dignidad. —Miró a Fleming—. Ya podéis retiraros.

«Déjame, déjame sola para pensar en lo que ha ocurrido, en mi esposo, mi secreto...»

El aceite de sándalo despedía unos suaves vapores que la envolvían y penetraban por su nariz.

## XX

A Darnley le pareció oír una llamada a la puerta. ¡A la puerta de los aposentos del Rey! Sus aposentos. ¿Por qué razón había tantas personas que no cesaban de interrumpirle? ¡No lo dejaban en paz! Escondió la botella de whisky debajo del manto que había dejado arrebujado en el suelo. Había cruzado media estancia cuando decidió volver sobre sus pasos para tomar otro tonificante sorbo. Ya había aprendido a tragarse rápidamente aquella fuerte bebida de manera que no le quemara la boca.

Se alisó las mangas para que le cubrieran bien las muñecas y abrió la puerta de par en par. Para su asombro, vio a James Hamilton, el viejo duque de Châtelherault. El canoso anciano de ancho rostro presentaba el aspecto de alguien que está a punto de cumplir una misión desagradable; llevaba escrito en el rostro la antipatía que le inspiraba Darnley.

—¿Qué deseáis? —le preguntó en tono despectivo.

Era su enemigo, el enemigo de su padre, el que se había atrevido a oponerse a sus reclamaciones de ser los más próximos herederos en la línea de sucesión al trono. ¡Muy bien pues, ahora vería! El se sentaría en aquel trono, el trono que ellos ambicionaban. «Y mi hijo será rey», pensó. Sin darse cuenta, pronunció la frase en voz alta.

—¿Cómo decís? —inquirió el duque—. ¿He oído bien? —Miró a Darnley y aspiró los efluvios del whisky. Después dirigió una significativa mirada al sol, que no llevaba mucho tiempo en el cielo—. He venido para discutir acerca de las viejas diferencias entre nuestras casas con la esperanza de llegar a un entendimiento. ¿No me concederéis el honor de invitarme a pasar?

—No —contestó Darnley—. No pienso hacerlo. ¿Cuándo se invita a un enemigo a cruzar el propio umbral?

—Pero es que yo no vengo como enemigo —dijo Châtelherault levantando la voz.

—¡Jamás como amigo! —gritó Darnley—. Intentasteis traicionar a la Reina y enviasteis al loco de vuestro hijo tras ella. El conde de Arran pretendía secuestrarla...

Al oír el nombre de su hijo, el duque se puso tenso.

—¡No insultéis a mi familia!

—Todavía está loco, ¿no es cierto? Encerrado en vuestra casa tal como corresponde a un demente.

—He venido a hablar en son de paz, ¡pero veo que es imposible que haya paz con un asno como vos!

—Cuando me restablezca, os pegaré una patada en la mollera. ¡Agradeced que todavía no haya recuperado las fuerzas!

—¡Insensato! ¡Muchacho insensato!



El duque dio media vuelta y se marchó.

Se enviaron mensajeros por toda Escocia con el fin de convocar a ciertos hombres a la ceremonia de restauración de la orden del Cardo, que se celebraría por voluntad de Su Majestad en Stirling.

En Edimburgo, lord Stewart contestó que, por desgracia, unos asuntos urgentes en la ciudad le impedirían trasladarse hasta allí.

William Maitland de Lethington, que ya se encontraba camino de Francia para pedir la aprobación del Rey y de la regente para el matrimonio de la reina María con lord Darnley, no pudo recibir la notificación.

James Melville, ya preparado para el viaje, no entendía el motivo de aquella ceremonia.

Erskine, Morton, Ruthven, Lindsay, Argyll y Kirkcaldy de Grange aceptaron la invitación y empezaron a elegir su vestuario.

A Paul de Foix, el embajador francés, le habían asignado unos aposentos.

John Knox no fue invitado.

James Hepburn, conde de Bothwell, que había regresado en secreto y sin autorización real a su hogar ancestral de Liddesdale, ni siquiera se enteró de la noticia.

Con la cabeza erguida y porte majestuoso, María, Reina de Escocia, entró en procesión en la capilla real, adornada con los estandartes reales y los verdiblancos de la orden (cosidos a toda prisa para la ceremonia). Llevaba alrededor de los hombros la cadena de oro de la orden con cardos y ramitos de rada esmaltados que su padre había lucido por última vez en 1540. En torno a los tobillos lucía las espuelas de oro de la caballería y se cubría los hombros con un manto de terciopelo del mismo color que un bosque antiguo.

Los catorce hombres que serían nombrados caballeros de la orden la esperaban en posición de firmes. Habían ayunado y pasado en vela toda la noche, según mandaba la tradición. La Reina, con su séquito, ocupó su lugar delante del altar.

El lord heraldo mayor se adelantó sacando pecho.

—Ahora, dignísimos caballeros elegidos por vuestra Soberana para servirla en esta antigua y noble orden, deberéis acercaros uno a uno para jurar lealtad a vuestra Reina y también a la orden del Cardo, recordando su lema: *Nemo me impune lacessit*.

El heraldo mayor señaló el estandarte con el aspa de san Andrés y el cardo de raso superpuestos: «Nadie me causa daño impunemente.»

Los trompeteros hicieron sonar dos veces sus cuernos de plata.

Cuando María levantó las manos, las largas mangas de su vestido le llegaron casi

hasta las rodillas.

—Mi buen pueblo, mis leales nobles. Como mujer, no puedo officiar la ceremonia pues no soy caballero. Por consiguiente, me complace ejercer la antigua prerrogativa de «elegir a mi caballero» para que cumpla los deberes de un puesto reservado a los hombres y prohibido a las mujeres.

Todos se irguieron, expectantes.

—Lord Henry Darnley, os ruego que os acerquéis.

Su voz sonó con toda claridad en la capilla de alto techo.

En uno de los sitios del fondo se produjo un movimiento: una alta figura vestida de terciopelo azul emergió de las sombras y avanzó por el pasillo central para ocupar su lugar delante de la Reina. Por un prolongado instante, ambos se miraron a los ojos. Todos los presentes en la capilla se percataron de la mirada; en ella había deseo y determinación. Acto seguido, lord Darnley se arrodilló en el escabel que había a los pies de la Reina y mostró a los presentes el reluciente cuero de las nuevas suelas de sus botas.

—Prestad vuestro juramento —le ordenó ella.

—Defenderé la fe cristiana con todas mis fuerzas —declaró Darnley levantando la voz—. Seré fiel y leal a mi soberana la Reina de Escocia y a sus sucesores.

»Ejerceré el oficio de la caballería y me ejercitaré en él.

»Me esforzaré en intervenir siempre que me entere de la existencia de asesinos, ladrones o salteadores de caminos que opriman al pueblo y haré todo lo posible por llevarlos ante la justicia.

»En tiempo de necesidad jamás huiré de mi Reina, mi señor o mi compañero de manera deshonrosa.

»Fortaleceré, mantendré y defenderé la noble orden de caballería de la que estoy dispuesto a recibir el caballo, las armas y el atuendo caballeresco, en la medida de mi capacidad. Jamás cometeré traición en lo más hondo de mi corazón contra mi soberana la Reina, pero se la descubriré en otros. Si así no lo hiciere, que Dios y el santo Evangelio y mi propia mano me lo demanden en nombre del Señor.

—Amén —dijo María. Se inclinó, se levantó la orla del vestido y se quitó las espuelas de oro. Después las sostuvo en alto y se las entregó al caballero que tenía ante sí. Éste ahuecó las manos y María las depositó en ellas—. Os ruego que os las pongáis —dijo. Tomó la espada que había pertenecido a su padre y le rozó con ella ambos lados del cuello—. Te nombro sir Henry.

El se levantó y las espuelas tintinearón alrededor de sus finos tobillos.

—Os nombro lord de Ardmanach, barón y par del Parlamento.

Darnley inclinó levemente la cabeza.

—Y por último y por ahora, os nombro conde de Ross.

El inaudible sobresalto de los nobles presentes se oyó con más claridad que si

hubiera sido audible. El título de conde de Ross era de carácter real y sólo podía otorgarse a un príncipe escocés.

Darnley se arrodilló una vez más en el escabel.

—Seré fiel y leal a mi soberana la Reina de Escocia y mantendré y defenderé el cuerpo, el Reino, los vasallos y las leyes de Su Majestad con todas mis fuerzas. Si así no lo hiciere, que Dios, el santo Evangelio y mi propia mano me lo demanden.

María le ordenó que se levantara y acto seguido le hizo señas a un servidor, que se acercó con un talabarte y una espada sobre un cojín de terciopelo.

—El talabarte de vuestro título —dijo María, ajustándose en torno a la cintura—. Y ahora, milord de Ross, os ruego que me sustituyáis llevando las espuelas de caballero y nombréis a los candidatos a caballeros de la orden.

Al pasar de la oscuridad de la capilla a la claridad del sol de mayo, María vio a Throckmorton, que aguardaba muy nervioso junto a la entrada de la gran sala, donde ya se habían dispuesto las mesas de la ceremonia.

—Tenéis la cara muy larga —observó acercándose a él.

—El condado de Ross es un título real —dijo Throckmorton.

—¿Acaso lord Darnley no tiene sangre real? —replicó ella.

—Para ser más concretos, y a pesar de las nobles declaraciones de lealtad que acaba de hacer, aceptar un título escocés y un nombramiento al Parlamento escocés equivale a repudiar la lealtad a su propio país, que es Inglaterra, y a su soberana Isabel. Jurándoos lealtad a vos, ha traicionado a su reina.

—¿De qué manera? Yo no le he exigido que la repudiara.

—Un hombre sólo puede tener un soberano, Majestad. Y el que hoy cambia con tanta facilidad de amo quizá lo cambie de nuevo mañana. Tened cuidado.

Throckmorton parecía muy triste, pero María no supo si el motivo era que se compadecía de su ignorancia o que lamentaba su tácita hipocresía. Sea como fuere, le dolió.

—¡Vuestra señora cambia de comportamiento como de vestido; cada día dice una cosa diferente, promete algo distinto y se retracta de lo que ha dicho! —repuso María.

—Pero sus cortesanos jamás vacilan en la lealtad que le profesan. Ella jamás ha conocido el aguijón de los falsos servidores y consejeros —aseveró Throckmorton—. Y este Darnley que ya ha cambiado de chaqueta, es muy probable que vuelva a hacerlo. Yo...

—Todavía no lo he nombrado duque de Albany, que es el máximo título. Espero noticias de la reina Isabel antes de seguir adelante. Quiero demostrarle mi respeto y darle la oportunidad de bendecir después de todo este matrimonio —dijo María—. Ya veis que soy razonable, al menos por el momento. Os deseo buenos días.

Irguiendo la cabeza y recogíendose el verde manto, se volvió para entrar en la sala donde iba a celebrarse la fiesta.

Sentada en un escabel, María sostenía en la mano un espejo con reverso de marfil. En su apagado reflejo —y a pesar de la ayuda de la luz que penetraba a través de la ventana abierta de su gabinete privado— no veía con claridad sus facciones. Se miró los ojos, examinando su profundidad. Sin embargo, sólo vio en ellos una expresión inquisitiva.

¿Era distinta? Se sentía distinta y se preguntaba si se le notaba por fuera. Los poetas decían que el amor se leía en los ojos y cambiaba los rasgos. Por otro lado, ella procuraba que su aspecto exterior no cambiara.

Se miró las orejas, adornadas con unos pesados pendientes, regalo de Darnley. Eran de zafiros y diamantes y contenían un complicado mensaje metafórico acerca de las familias, los herederos, las esperanzas y el destino.

—Pero nosotros no necesitamos símbolos —le había dicho él, inclinando la rubia cabeza para besarle el escote—. Los símbolos son un miserable sucedáneo de las cosas que se tienen al alcance de la mano... Después...

María notó que el recuerdo la ruborizaba justo en el momento en que Flamina abría la puerta para entregarle una carta.

—Es de Francia —le informó Flamina.

Era muy pesada y María reconoció en ella el sello del cardenal. ¡Gracias al Cielo! El consejo y la opinión de su tío el cardenal eran lo que más necesitaba para navegar por aquellas procelosas aguas. Hacía varias semanas que esperaba la respuesta.

—Gracias —dijo, tomando la carta y rompiendo el grueso y quebradizo sello de cera anaranjada.

Mi amadísima sobrina y hermana en Cristo...

Sí, sí.

Nos hemos enterado de la situación con lord Darnley, príncipe de sangre real a quien tuvimos la oportunidad de observar con detenimiento durante sus distintas estancias en Francia en diversas ocasiones. Conocemos muy bien su linaje, su gentileza personal y todas sus cualidades.

María cerró los ojos y estrechó la carta contra su pecho. Gracias, Señor.  
Al cabo de un instante reanudó la lectura.

Hija mía, de no ser por el profundo amor que os profeso y por mi preocupación como tío vuestro que soy y pastor en Cristo, no hablaría. Pero debo hacerlo. Sin entretenerme en detalles (pues tomamos nota de centenares de ellos durante el tiempo que permaneció entre nosotros sin las restricciones impuestas por la mano de un progenitor), debo decir que a mi juicio es *un gentil hutaudeau*, un pendenciero fanfarrón

de alto linaje, un enclenque cuyo único mérito radica en la valía de sus antepasados y los títulos heredados que ostenta. Pero éstos fueron otorgados por unos soberanos de hace mucho tiempo a unos antepasados que ya llevan mucho tiempo muertos. Es deber de los vivos revalidarlos y, por desgracia, el descendiente vivo de la Casa de Darnley no es digno de vos. Os ruego que os ahorréis...

María emitió un gemido y arrugó la carta.

Tío. *Et tu?*

«¿Por qué nadie lo ve como lo veo yo?», pensó, lanzando un silencioso grito de angustia.

María recibió una carta de queja del duque de Châtelherault por la injuria que le había hecho el conde de Ross, amenazando con pegarle una patada en la mollera por una ofensa inexistente.

«Semejante afrenta no puede pasarse por alto a no ser que uno tenga en cuenta de quién procede —había escrito el duque—. En este caso, es mejor apelar a una autoridad más alta.»

El duque y el padre de Darnley eran antiguos enemigos políticos, pensó María, y como era de esperar, el duque era contrario a cualquier medro de los Lennox Estuardo. Pero ¿sería cierto que Darnley había amenazado con «pegarle una patada en la mollera en cuanto se restableciera», según afirmaba el duque?

«¿Y por qué Darnley no me lo contó?», se preguntó.

Throckmorton había disfrutado del fuego de la chimenea del comedor de la posada de Stirling y ahora temía subir a su solitaria habitación. En la sala común aún cantaban y las letras eran cada vez más obscenas, aunque el escocés no resultaba fácil de entender. Sin embargo, como siguiera bebiendo, la cabeza le daría vueltas al día siguiente. Pagó de mala gana la cuenta y subió por los empinados peldaños que conducían a su fría pero bien amueblada habitación. Dejó escapar un suspiro, pues habría preferido irse directamente a la cama, encendió una vela y se sentó delante de su escritorio. Debía escribir a Cecil e Isabel.

«Lord Darnley —comenzó, trazando con dificultad las palabras con la pluma, ¡oh, cuánto le habría apetecido irse a dormir!—, recibió los honores que se especifican pocos días después de mi última audiencia con la Reina, con la excepción del ducado de Albany, cuyo otorgamiento Su Majestad me prometió aplazar hasta que supiera si Vuestra Majestad lo aceptaría y se conociera la respuesta a mi misión.»

El embajador respiró hondo y expulsó lentamente el aire.

«No obstante —prosiguió—, veo a esta reina tan cautivada por el amor o la astucia o, a decir verdad, más bien por la jactancia y la necedad, que no la considero capaz de cumplir promesa alguna que se haya hecho a sí misma ni, por consiguiente, cualquier

promesa que haya hecho a Vuestra Majestad a propósito de estas cuestiones.»

Ahora venía el punto crucial.

«Esta reina ha llegado tan lejos en el asunto de lord Darnley que la situación resulta irrevocable; ya no hay posibilidad de cambiarla excepto por medio de la violencia.»

## XXI

María se alisó el jubón y movió el pie de uno a otro lado, estudiando el aspecto de su pierna enfundada en unas trusas de color vino.

—¿Creéis que parece la pierna de un hombre? —le preguntó a Darnley, de pie a su lado en la habitación—. ¿O es demasiado delgada?

Darnley extendió la suya para compararla y comprobó que era casi tan delgada como la de María.

—Ciertamente no. Es una espléndida pierna masculina —contestó él—. Vamos, dudáis demasiado. Creo que tenéis miedo de hacer lo mismo que vuestro padre por más que vos misma lo hayáis sugerido.

—Cuando mi padre se fue al extranjero disfrazado, lo hizo bajo el nombre de Goodman<sup>[5]</sup> Ballengeich y no de Goodwoman<sup>[6]</sup> Ballengeich. Este cambio es más radical. —María se acarició el mechón que le asomaba por debajo del gorro de terciopelo. Temía que se le soltara si se le aflojaban las cintas, pues el gorro era demasiado pequeño para que le cupiera dentro todo el cabello.

—Parecéis un hombre con todas las de la ley —opinó Darnley—. Sois demasiado alta como para pasar por otra mujer. A pesar de que es más baja, la reina Isabel tiene que disfrazarse cada día de mujer. Es un hombre por naturaleza, y tanto sus vestidos como sus joyas están pensados para disimular este hecho a fin de que gobierne como reina, pues no sería capaz de hacerlo como rey.

María le dio un codazo, giró en redondo y lo besó.

—Sois perverso; pero ¿es cierto eso?

—Entre sus lavanderas corre el rumor de que sus reglas no son como las de las mujeres normales —contestó Darnley—. Sin embargo, en realidad, éstas sólo dicen aquello que les pagan por decir.

—La gente es capaz de jurar lo que sea por dinero —aseveró María—. Sólo cuando paga por lo que dice resulta creíble.

Darnley hizo un gesto de impaciencia.

—Venid, mi Reina. Sois un hombre perfecto. La noche envejece como nosotros. —Tomó su mano—. ¡Vamos!

Juntos bajaron por la pequeña escalera de caracol que comunicaba sus dormitorios del palacio de Holyrood, cruzaron las estancias de Darnley y salieron al espacioso antepatio del palacio. Pasaron corriendo por delante de las antorchas del antepatio sin soltarse, cruzaron el puente levadizo y dejaron atrás la gran puerta que separaba el palacio de Canongate, que conducía a las murallas de la ciudad de Edimburgo.

Era una espléndida noche de julio, y a pesar de que ya eran las diez todavía

quedaban algunos retazos de luz en el cielo. Canongate estaría llena de personas dedicadas a resolver los últimos asuntos de la jornada, por lo que decidieron dar un rodeo por Horse Wynd, la callejuela más próxima a las puertas del palacio, recorrieron un trecho de Cowgate, la gran calle paralela a Canongate y después atajaron por Blackfriars Wynd. De esta manera, nadie imaginaría que procedían del palacio de Holyrood. Las callejuelas estaban silenciosas y oscuras, por lo que pasaron por ellas sin que nadie los viera.

—Me encanta Edimburgo —murmuró Darnley mientras se detenían para recuperar el resuello—. Es una ciudad tan misteriosa y tentadora. Todas estas callejuelas que se ramifican a partir de la calle principal, los altos edificios, los desiertos patios cerrados, tan distintos de los que hay en Londres... Aquí un hombre puede entrar y salir a su antojo, a diferencia de lo que ocurre en Stirling. Me alegro de que abandonáramos ese lugar.

Juntos salieron de Blackfriars Wynd y echaron a andar por Canongate. Había tanta gente por las calles que parecía una feria.

—Buenas noches —los saludó un hombre tocándose el gorro.

—Buenas noches —contestó Darnley, imitando su gesto. María siguió su ejemplo.

—Buenas noches —atronó otra voz perteneciente a un rollizo mercader que se dirigía con paso decidido hacia la puerta de Netherbow. Ambos lo siguieron, cruzaron la gran muralla de Edimburgo por la puerta de la ciudad y salieron al otro extremo de la calle Mayor. Casi justo a su derecha se encontraba la casa de John Knox. Se veía una luz procedente de los aposentos interiores, pero su cuarto de trabajo, cuya ventana daba a la calle, estaba a oscuras.

—Knox duerme —dijo Darnley, señalando hacia arriba.

—Knox nunca duerme —repuso María—, como no sea con su joven esposa.

—¿Creéis que hace lo que nosotros hacemos?

—No —contestó María, ruborizándose—. Lo dudo.

—Yo también, esposa mía. —Darnley le tomó la mano y se la besó—. ¿Sabéis que en estos momentos ya estoy pensando en la hora en que os visitaré en la oscuridad?

—Sí. Yo también pienso en ello —dijo María, y era cierto.

Darnley se agachó y empezó a palpar los adoquines de la calle. Encontró uno suelto, lo levantó y se dispuso a arrojarlo contra la ventana.

—¡Deteneos! —María le sujetó el brazo—. ¿Qué pretendéis hacer?

—Knox es contrario a nuestro matrimonio. —Darnley retorció la mano para soltarse—. Tendrá que ponerse unos cristales nuevos en la ventana.

—No. —María le arrebató el adoquín de la mano—. El cristal de su ventana no es su mente. Para él, yo soy la razón de todos los contratiempos y dificultades; os ruego que no le deis un motivo justificado.

Darnley suspiró y se apartó de la ventana.



—Me habría encantado darle en la mollera.

—Ésta debe de ser vuestra frase preferida —comentó María—. Se la habéis dicho al duque de Châtelherault, a...

Un grupo de gente recién salida de la taberna pasó alegremente por su lado, cantando:

*ete todo el vino y dale la vuelta a la copa  
e la vuelta una y otra vez a la copa  
ete el vino y dale la vuelta a la copa.  
como se hace en Glasgow, en Dover y en Europa...*

—Le vendría bien. Tiene la mollera vacía.

Pasaron por delante de la casa del conde de Morton.

—No os corresponde a vos golpear molleras. Eso es propio de aprendices jaraneros, no de príncipes. —¿Habría amenazado Robert Dudley a la gente con golpearle la mollera en una calle de Londres?

Darnley soltó una especie de gruñido, pero siguió caminando calle arriba.

—Muy bien pues —murmuró.

Puesto que ya se hallaban en la ciudad de Edimburgo propiamente dicha, la calle era más ancha y en cierto modo se convertía en un lugar de encuentro para los ciudadanos. En la explanada que había cerca de la catedral de Saint Giles se encontraba el achaparrado y enorme Tolbooth, una combinación de casa consistorial y prisión. Y justo debajo estaban el Tron, la báscula pública, y el viejo crucero llamado Mercat Cross, donde los ciudadanos de Edimburgo satisfacían sus necesidades cotidianas, desde adorar a Dios hasta resolver asuntos legales o pesar la lana; por la noche la gente también solía reunirse allí. El lugar estaba muy bien iluminado con antorchas y permitía que en él se congregaran grupos numerosos de personas.

Cuando ya estaban muy cerca del Tron, Darnley echó a correr y saltó al cubo de la báscula; que bajó y golpeó el suelo con un ruido sordo.

—¿Cuánto pesa el joven caballero? —preguntó una sonora voz desde los peldaños de Mercat Cross—. ¿Cuánto vale?

—Una corona de oro —contestó María, olvidando que su voz contrastaba con su atuendo. Tiró de Darnley para que saliera del cubo—. Y ahora mismo os daré una —murmuró, tomando su mano.

Desde allí lo acompañó a Mercat Cross, cuya gran base circular llegaba hasta la cintura. La gente aún estaba sentada en los peldaños, con las piernas colgando.

—Desde este lugar, en el que se leen todas las proclamas reales, haré que os declaren rey el día de nuestra boda —le susurró al oído.

—¿Y a qué se dedica este elegante caballero? —preguntó la voz, que ya estaba casi

a su lado.

María levantó los ojos y vio al hombre de pie en el borde de la base del pedestal. Era moreno, lucía una cuidada barba y llevaba el cabello más bien largo. De repente, María vio a su espalda los pálidos rostros de los reclusos que miraban desde las ventanas del Tolbooth. Le dio un codazo a Darnley para que contestara, pues ella no se atrevía a hacerlo.

—Soy primo del *valet de chambre* de lord Darnley, de visita en el palacio de Holyrood —contestó Darnley—. Mis obligaciones son muy pocas...; en general, mirar y escuchar, si he de seros sincero. Y éste —señaló a María— es mi hermano menor.

—Se ve que la elevada estatura os viene de familia. Y a una edad muy temprana, pues os habéis desarrollado antes de que os cambie la voz.

Un hombre muy observador. Debían andarse con cuidado, aunque, de hecho, en eso consistía precisamente la diversión.

—Sí. Tengo quince años —se aventuró a decir María—, y estoy harto de esperar.

—Bueno, todo llega a su debido tiempo, muchacho —le aseguró el hombre.

—¿Y vos a qué os dedicáis, si me permitís el atrevimiento? —preguntó Darnley.

—Soy impresor. Trabajo allí... —el hombre señaló un portal, al otro lado de la calle—, en Bassandyne. El año pasado imprimimos cinco libros distintos y los vendimos casi todos —afirmó con inconfundible orgullo.

—Aquí, lo único que puede hacerse en las largas noches invernales es leer —apuntó Darnley—. No me extraña que prospere vuestro negocio.

«No, no, Darnley —pensó María—. No es eso lo que hay que decir. Comentadle lo escogidos que deben de ser sus libros.»

—¿Qué sabéis vos de los inviernos de aquí? —preguntó el hombre—. No habéis pasado ninguno.

—Vinimos en febrero.

—A mediados de febrero. Y os fuisteis a un pabellón de caza. No sabéis lo que hacemos aquí en Escocia durante el «oscuro y largo túnel» de los breves días comprendidos entre los meses de noviembre y enero, ¿verdad? En Inglaterra, de donde venís, tengo entendido que la gente se emperifolla y se celebran conciertos y cosas por el estilo. Pero no quiero dármelas de entendido en lo que a Inglaterra se refiere, pues jamás he estado allí.

El hombre se irguió como si fuera un modelo digno de imitar.

—¿Y cómo sabéis la fecha exacta en que vinimos? —le preguntó María.

—Lo sabe todo el mundo. Estamos atentos a todo cuanto hace la Reina. Sabemos cuándo entra y cuándo sale, quién la visita y cuándo, con quién come, cómo viste, qué canciones cantan ella y el pequeño y deforme italiano y en qué noche lo hacen.

¡Aquel desconocido lo sabía todo acerca de ella, y en cambio ella ni siquiera conocía su nombre!

—Pero ¿hasta qué extremo es fidedigna vuestra información? —no pudo por menos de preguntarle.

—Eso depende del informador —contestó el hombre—. Unos son más de fiar que otros, por supuesto.

María advirtió que Darnley se disponía a preguntarle quiénes eran dichos informadores, pero se lo impidió con una mirada de advertencia. No había manera más rápida de avisarle.

—Esta información que acabáis de darnos, por ejemplo, es falsa. El italiano no es deforme. Lo sé porque he estado con él —aseguró María.

—¿Que no es deforme? ¡Pero si a mí me dijeron personas de fiar que era jorobado y tenía unos ojos tan saltones como los de una rana toro! —exclamó el hombre, visiblemente decepcionado.

—No —dijo María entre risas—. Es de baja estatura, pero por lo demás su figura es totalmente normal. Ahora decidme, ¿qué habéis oído sobre la boda de la Reina?

El hombre se echó a reír.

—¿Acaso tendré que decíroslo, siendo como sois un servidor de lord Darnley?

—¿Por qué no? —replicó Darnley—. No tengo en la menor estima al amo de mi amo; estoy aquí sólo para cambiar de aires. Creo que es un... En fin, no sé.

—Un bobalicón —dijo el hombre—. Un bobalicón muy ambicioso. Y la Reina bebe los vientos por él. Por otro lado, debe casarse y no hay nadie más disponible. Tengo la impresión de que ella se habría desmayado ante cualquier pretendiente que se hubiera presentado en persona. Pero sólo se presentó lord Darnley; los demás necios jugaron con embajadores y cartas, cosas ambas muy poco atractivas. Si hubiera conocido personalmente a lord Dudley, perdón, al conde de Leicester, habría sido distinto. Pero el conde, que también es muy ambicioso, no se separa de la Reina. En fin. Es una buena mujer y se merece un revolcón en la cama y un heredero. —El hombre movió las piernas y saltó de la base del pedestal—. Me voy a la taberna de Ainslie —anunció—. Venid conmigo.

Con el corazón desbocado, María y Darnley lo siguieron. Aquello resultaba cincuenta veces mejor que escuchar una conversación a escondidas. Mientras cruzaban la calle, un jinete pasó con su caballo por su lado. La gente se descubrió la cabeza y le gritó:

—Dios os bendiga, lord Moray.

El jinete agradeció el saludo con toda naturalidad y siguió adelante con porte majestuoso.

«¡Lord Stewart! Con qué facilidad acepta el homenaje del pueblo en la calle», pensó María.

—El conde de Moray —les explicó el hombre—. Es probable que no lo conozcáis, pues lleva sin visitar la corte desde la llegada de vuestro amo. Es el bastardo del Rey y

el hombre más influyente de Escocia.

Con cuánta sencillez lo había dicho aquel hombre: «El hombre más influyente de Escocia.»

—¿Cómo es eso? —preguntó María.

Ya habían llegado a la taberna, pero ella asió al hombre por el jubón, pues quería una respuesta antes de entrar en el ruidoso local.

—Él solo representa el período anterior a la Iglesia protestante y se remonta a la época de la anterior soberana. Es el hombre que llevó las riendas de la situación en medio de todas las dificultades que tuvimos durante la guerra contra los franceses, cuando no había monarca sino sólo John Knox, y durante los primeros años tras el regreso de la joven reina. Ha sostenido Escocia en la palma de su mano y la ha tratado con ternura infinita. Es una pena y un mal presagio que se haya retirado del Consejo de la Reina y prácticamente del Gobierno.

—¿Dónde os habéis enterado de esto? —le preguntó Darnley.

—Eso lo sabe todo el mundo —contestó el hombre—. No es ningún secreto —añadió mirando con expresión anhelante hacia la puerta de la taberna, a través de la cual se escapaban a la calle el barullo y los efluvios de la cerveza cada vez que alguien la abría.

—Pero ¿qué le ocurrirá al conde? —preguntó María sin soltar el jubón del hombre.

—O bien se fortalecerá y derrocará a la Reina y a su elegido, o bien perderá la fuerza y desaparecerá. El pueblo será quien decida.

—¿Y a vos no os importa cuál de las dos cosas ocurra? —inquirió María, soltándolo.

—Pues la verdad es que no, con tal de que a mi imprenta no le suceda nada. Moray parece un buen hombre y la Reina es una buena mujer, de modo que dejemos que decida el pueblo. —El impresor se encogió de hombros—. Venid —los exhortó, señalándoles la taberna.

—No, no tengo sed —repuso María.

El calor y el ruido de la taberna le resultaban sumamente desagradables. ¿Para qué entrar allí si podían permanecer fuera, respirar aire puro y contemplar las estrellas?

—Allá vos —dijo el hombre, y dio media vuelta.

María se alejó a toda prisa en dirección a la oscura mole de los baluartes del castillo. Lejos del Tron y de Mercat Cross, apenas había gente por la calle.

Así que lord Stewart tenía seguidores y el pueblo llano le atribuía el mismo rango que a ella. No acababa de entenderlo.

—El impresor sólo expresa sus opiniones —dijo Darnley—. No habla en nombre de los demás.

A María, sin embargo, las palabras de su esposo le sonaron vacuas.

Lord Stewart se había retirado como protesta por su inminente boda y estaba

reuniendo fuerzas. Todo el mundo estaba en contra: la reina Isabel, lord Stewart, casi todos los lores de la Congregación... Aunque ella había obligado a los lores a firmar un documento en asamblea para aprobar su matrimonio, éste carecía de validez, y ella lo sabía. Desde Francia, Carlos IX y Catalina de Médicis lo habían aprobado, al igual que Felipe II y el Papa. Pero ¿qué influencia tenían éstos? En el mundo exterior, una influencia muy grande. No obstante, la cuestión interesaba de modo más inmediato al mundo escocés e inglés, y éste era el escenario en que ella se encontraba. Las tablas del suelo se estremecían bajo sus pies y no parecían muy seguras.

¿Necesitaba el permiso de su propio pueblo para casarse? Y, de ser así, ¿cómo podría conseguirlo? ¿Y qué decir de John Knox? Había predicado en contra de dicha posibilidad, había tronado desde el pulpito advirtiendo del peligro que supondría permitir que dos papistas se casaran. Pero ¿y si lograran hacerle cambiar de idea?

Volvió la cabeza y contempló al fondo de la calle la catedral de Saint Giles con la corona de espinas de su aguja, oculta en parte por el edificio del Tolbooth, curvándose sobre los tejados. «En su interior centenares de personas escuchan sus sermones todos los domingos —pensó—. ¡Si yo pudiera utilizarlos en mi provecho! Serían más eficaces que mil proclamas. Es imposible que Knox esté ciego por completo o sea enteramente obstinado; estoy segura de que en él debe haber espacio para el sentido común y las consideraciones políticas. Un heredero para Escocia; sin un heredero, estamos perdidos. Yo permitiría que fuera educado en la fe protestante y en la mía propia para que, de esta manera, actuase con prudencia y comprendiese a todos sus súbditos... Sí, he de hacerle esta promesa a Knox.

»Tendrá que ser Knox pues. Deberé soportar a Knox y hablar una vez más con él.»

John Knox miró a través de la ventana. ¿A qué venía todo aquel alboroto? La gente se arremolinaba en la calle y alguien había echado la mano hacia atrás para arrojar una piedra contra su ventana. ¡Salvajes! Últimamente había muchos que vagaban por las calles de Edimburgo, gritando, jaraneando y provocando destrucción. Era la influencia de la Reina y de todos aquellos sucios papistas que ella había traído consigo o que más bien había hecho revivir. Los papistas latentes habían rebrotado de la misma manera que la lluvia renovaba la hierba reseca o agostada.

Y si ella lograba casarse con Darnley, el papista inglés, la situación se agravaría.

«Por eso tengo el deber de hablar sin cesar en contra de esta posibilidad —pensó—. Tal vez aún podamos impedirlo.»

El hombre había bajado la mano sin arrojar la piedra. Su compañero no se lo había permitido y ahora ambos se alejaban. Knox dejó escapar un suspiro. Eso le ahorraba la molestia de tener que sustituir los pequeños paneles rotos. Ocuparse de cosas necesarias e intrascendentes le robaba tiempo para los asuntos verdaderamente

importantes de la vida.

—John, ¿vais a venir a la cama?

La dulce voz lo llamaba desde el dormitorio de la parte de atrás, y él la oyó por encima de las ásperas voces de la noche exterior al igual que un galgo distingue la voz de su amo entre otras mil.

Margaret, su nueva esposa. Asió con fuerza las aldabas de hierro de la ventana como si esto le infundiese ánimos y acallase el corazón, que le había dado un vuelco al oír la voz.

Había amado mucho a Marjorie, la madre de sus hijos, y había llorado su muerte durante varias semanas. Dios se había llevado a su compañera y en ocasiones Knox incluso lo envidiaba por gozar de su presencia y, al mismo tiempo, envidiaba a Marjorie por el lugar que ocupaba al lado de Jesús en la dicha suprema. Entonces, se sentía dominado por rebeldes pensamientos terrenales: «Yo la necesitaba más que tú — le decía a Dios—. ¿Por qué te la llevaste? Tienes tantas... Yo sólo tenía una.»

Y un blasfemo pensamiento final: Dios era como aquel rico que Natán le describió a David: le había pedido al pobre que sólo poseía una oveja que se la entregara para su festín, a pesar de que él era dueño de grandes rebaños. Al final, después de muchas oraciones y muchas lágrimas, se la había ofrecido al Señor diciendo con toda sinceridad: «El Señor da y el Señor quita, bendito sea el nombre del Señor.»

Y, cuando había aceptado la voluntad de Dios, Margaret irrumpió en su vida.

Margaret Stewart era hija de lord Ochiltree, uno de los más destacados lores protestantes. Por sus venas corría sangre real pues descendía de Jacobo II y, en condiciones normales, se habría hallado muy por encima de él desde el punto de vista social, pues él no era más que el hijo de un sencillo mercader de Haddington. Pero, como «ya no hay esclavo ni hombre libre, ni varón ni mujer, pues todos sois uno en Cristo Jesús», el hombre de humilde condición y la hija de la nobleza se unieron en matrimonio con la bendición de la nueva Iglesia.

Y Margaret lo quería, anhelaba casarse mucho más que él.

«Me apetecía estar solo de nuevo, pero el Señor tenía otros planes», pensó.

—¡John!

La voz era más apremiante.

—Ya voy —contestó.

Se apartó de la ventana, avanzó por la estancia a oscuras, cruzó varias habitaciones y subió por la angosta escalera.

¿Por qué sus pies se mostraban reacios? ¿Acaso le faltaba energía para lo que sabía que iban a exigirle? ¿O tal vez no le gustaba ver surgir aquella otra faceta suya que no era capaz de reprimir por mucho que lo intentara?

Bajó por el estrecho pasillo y llegó al dormitorio con su gran lecho de matrimonio. Margaret yacía tapada hasta la barbilla con los cobertores.

—Por fin —dijo.

Knox se quitó el jubón de diario, de cuero marrón oscuro, y se sentó en un escabel para quitarse los zapatos y los calzones. Intentaba recordar una y otra vez lo cansado que estaba, pero la parte inferior de su cuerpo ya le hormigueaba. Se quitó cada uno de los zapatos muy despacio como si quisiera convencerse de su agotamiento. Los zapatos cayeron pesadamente al desnudo suelo de madera.

Se dirigió al arca y extrajo su basta camisa de noche de lino, rasposa y sin planchar. Se la pasó por los hombros y casi disfrutó de la desagradable sensación de aspereza contra la piel.

Ya no podía aplazarlo por más tiempo. Regresó con lentitud a la cama y retiró los cobertores con un resuelto gesto militar que resultó más convincente para él que para ella.

Permaneció rígido, tendido boca arriba en la cama, temiendo y a la vez deseando que ambos se unieran como marido y mujer. Asíó con fuerza los cobertores; su larga barba castaña descansaba sobre la manta exterior como una peinada cola de caballo.

—John... —musitó su mujer, arrimándose un poco más hasta encontrarse pegada a él. Alargó la mano y le alisó con suavidad el cabello, acariciándole el cuero cabelludo con los dedos. Knox volvió a experimentar un hormigueo en la ingle.

Margaret se incorporó apoyándose en los codos, volvió el rostro hacia él y lo besó. Sus labios se comprimieron contra los suyos y lo obligaron a entreabrirlos. Tenía una pequeña y húmeda lengua que se agitaba en el interior de su boca, más allá de los agrietados labios y los vigilantes dientes. Al principio, como siempre, su primera reacción fue retirar la lengua para protegerla. Pero después hubo algo —él no, él jamás— que se la soltó y lo indujo a explorar y entrelazarla con la de su mujer.

Ahora ella estaba casi encima de él, y sus pechos eran como unos odres llenos de vino que se movían de acá para allá. Knox casi esperaba oír el rumor del líquido de su interior. Era una situación graciosa y divertida. ¿Por qué razón, pues, su vara, su virilidad, empezaba a palpitar y a dilatarse?

¿Conseguiría obligarla a estarse quieta? Lo intentó, ordenándole con severidad que lo obedeciera. Trató de ridiculizar todas las cosas que le provocaban excitación: «Los pechos de una mujer: unas bolsas semejantes a las ubres de una vaca. Un beso: dos pares de labios comprimidos como un trujal. Las lenguas: dos babosas que reptan lentamente la una encima de la otra y dejan un reguero de baba. Y pronto una grieta y una protuberancia que se acoplan entre jadeos y acometidas, como un burro con una carga excesiva atrapado entre dos postes, que tira, empuja y gruñe.»

La imagen del burro que tiraba aumentó su ardor. Ahora era tan grande y estaba tan erguida como la de un burro y ardía en deseos de encontrar alivio. Empujó a Margaret para tenderla boca arriba y allí se quedó ella, todo un cuerpo de obediencia y ocasión sensual.

—Quítate la camisa —le indicó él en un susurro, y ella se incorporó en la cama y se la quitó muy despacio, primero un brazo y después el otro.

«Habría debido levantársela», pensó Knox. Su miembro empezaba a moverse por su cuenta. Ya no tardaría mucho. Podría dejar que todo ocurriera de modo espontáneo como un aprendiz de dieciséis años, pensó. Qué turbación, qué vergüenza. El miembro se agitó de nuevo y una oleada de calor se lo recorrió de arriba abajo.

¡Santo cielo!

Ella se había quitado la camisa, pero él ya no tenía tiempo de quitarse la suya. Se la levantó y se colocó con rapidez entre las piernas de su esposa, separándoselas con las rodillas. Después, debidamente situado, empujó hacia su suave interior. Sintió que entraba y se hundía de tal forma que sus cuerpos se restregaron el uno contra el otro a la altura de la ingle. Se asombró de haberla sentido tan grande como un roble y tan larga como el mayo de una aldea.

Un delicioso y desesperado placer se apoderaba de él. Margaret lo estrujaba para intensificar su placer, moviéndose como si estuviera buscando algo. Su vara se estremeció y soltó un chorro, pero no perdió rigidez, por lo que ella continuó estrujándola. ¿Acaso no sabía que ya todo había terminado?

—Gracias, mi querida esposa —le susurró al oído a través de su cabello empapado en sudor.

—Ooohh —musitó ella sin dejar de moverse. Se agitaba, empujaba y tiraba hacia uno y otro lado.

De pronto, emitió un grito y empezó a experimentar unas sacudidas espasmódicas. Knox sintió que las entrañas de su esposa se contraían y notó que algo tan suave como el terciopelo le acariciaba el miembro. Los espasmos iban y venían con una infinita suavidad hasta que, al final, se apagaron poco a poco.

—Oh, John —exclamó Margaret sin resuello, como si acabara de subir corriendo un tramo de escalera. Apartó las manos del cuello de su esposo.

¿Qué había ocurrido? Knox tuvo miedo. Se apartó de ella e intentó rodearla con sus brazos y hablarle, pero ella estaba dormida o bien inconsciente.

«Dios quiera que no haya sufrido daño alguno. Esto no debe volver a ocurrir. Oh, Margaret, no soportaría perderte. Dios sentirá celos y también te llevará.»

John Knox, cuyo miembro, ahora pequeño y obediente, había dejado de existir para otra cosa que no fuera orinar, se preparaba para la audiencia con la Reina. Margaret Knox, del todo sosegada y discretamente vestida con las prendas oscuras propias de una respetable esposa, lo ayudó a dar los últimos toques a su atuendo.

—El cuello tendría que estar plano —le dijo, empujándolo hacia abajo con las manos—. Le he puesto almidón; espero que haya sido suficiente.



—Ya está bien.

Knox se apartó. Estaba nervioso aunque sabía que no debía estarlo. Había mantenido muchas entrevistas y el Espíritu Santo lo inspiraría y dirigiría sus palabras.

La Reina lo había mandado llamar a Holyrood. No era la primera vez ni sería la última. Significaba que su ministerio era eficaz y que sus palabras estaban dando en el blanco.

«Nadie propina un puntapié a un perro muerto —se repitió con satisfacción. Acto seguido añadió—: Los perros ladran, pero la caravana sigue adelante.» Esto ya no le gustó tanto.

—Ha llegado la hora —dijo, alisándose por última vez el cuello. En el exterior un numeroso grupo de seguidores y simpatizantes lo esperaba para acompañarlo hasta las puertas del palacio. Bajó por los peldaños con gran dignidad y el primer saludo que recibió fue el de lord Ochiltree, padre de Margaret.

—Venid, hermano, iremos con vos. —Lord Ochiltree le señaló el grupo de personas—. Si Dios está con vos, ¿quién puede estar contra vos?

Se pusieron en marcha bajando por Canongate junto con su maestro. Al llegar a las puertas de Holyrood, Knox se volvió y se despidió de ellos.

—Ahora debo enfrentarme solo con esta gobernante pagana como Daniel en el foso de los leones —dijo.

—¡Bien cierto, pero vos sois el león! —gritó alguien—. ¡Enseñadle los dientes!

Cruzó el antepatio y enseguida lo guiaron a la vasta sala de la entrada, donde subió por la conocida escalinata y entró en la adyacente sala de audiencias. La Reina ya se encontraba allí sentada en su trono delante del tapiz de su escudo de armas bordado en oro y violeta.

Iba vestida de rojo y amarillo, los colores de Escocia, como si quisiera recurrir a su amor por el país. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y su rostro estaba reluciente; se lo habría untado con aceite de almendras, importado de Francia, suponía Knox. Sonreía con visible complacencia.

«Pero no es más bella que mi Margaret», pensó Knox con sincero asombro. De repente, María empequeñeció ante sus ojos.

—Maestro Knox —dijo John Erskine—, Su Majestad me ha elegido para estar presente, responder a las preguntas y ser testigo de vuestra conversación.

Erskine era un hombre dulce y amable, fiel protestante, a quien la Reina acababa de conceder el título de conde de Mar. La ausencia de lord Stewart resultaba más llamativa de lo que habría sido su presencia, pensó Knox.

Hizo una leve reverencia y esperó las palabras de la Reina.

—Mi querido maestro Knox —dijo la Reina con una suave voz descaradamente

agradable—, debo felicitaros por vuestra reciente boda y os deseo felicidad.

Lo miró sonriendo como si acabara de regalarle unas tierras.

—Estoy seguro de que no me habéis mandado llamar para eso —repuso Knox.

—No quiero que haya el menor desacuerdo entre nosotros —aseveró María sin dejar de sonreír, como si no hubiera oído la dura réplica—. A pesar de lo que haya ocurrido en el pasado, sé que ahora somos distintos y que hemos aprendido mucho desde los primeros días.

La estúpida sonrisa no desaparecería de sus labios.

—Cada día aprendo del Señor. No es lo mismo que un aprendizaje general, que permite que incluso un niño, por tonto que sea, aumente sus conocimientos día a día casi sin esforzarse. No observo en vos el menor cambio desde que desembarcasteis aquí en medio de la desagradable niebla que os envolvía hace cuatro años, señora.

—Es que no me habíais visto en persona —respondió ella—. Es posible que, si hablamos ahora, percibáis algunos cambios, una disposición a llegar a un entendimiento.

¿Pretendía tentarlo con aquella torpe insinuación?

—¿De qué deseáis hablar, señora?

—Del futuro de Escocia, pues no me cabe duda de que vos compartís mi inquietud por la necesidad de proporcionarle un heredero.

—Dios proveerá —dijo Knox con aspereza.

Así que de eso se trataba.

—Dios no puede proveer por su cuenta sin provocar un escándalo —contestó ella dulcemente—. No puedo tener un hijo sin un esposo. No sería decoroso.

—Pero un esposo indecoroso es todavía peor —aseguró Knox—. El hombre (no, ni siquiera soy capaz de llamarlo hombre, pues se trata de un muchacho corrompido) a quien os proponéis tomar por esposo significa un insulto incluso para vos. ¡No debéis pensarlo siquiera! —Levantó tanto la voz que ésta traspasó las puertas y las ventanas. La había educado de tal manera que se oía a gran distancia.

—¡O sea que es cierto! —exclamó María con aquella hipócrita cordialidad que tan nervioso ponía a Knox—. Habéis estado predicando contra mi prevista boda con lord Darnley.

—No lo niego. ¿Acaso esperabais que lo hiciera?

—Debéis abandonar vuestra oposición —dijo la Reina en tono sereno y razonable.

—¡Jamás! —replicó Knox, mirándola enfurecido.

—¡Maestro Knox! —gritó de pronto María, abandonando el tono suave y agradable que había empleado hasta aquel momento—. ¡Nunca un gobernante se ha visto tratado como vos me tratáis a mí! He tolerado vuestras duras palabras contra mi persona, mi familia y mi fe. He buscado incluso vuestro consejo pero sólo ha servido para que me menospreciéis. ¡Pero no permitiré que sigáis predicando contra mi matrimonio! Debéis

deteneros ahora mismo. ¡Os lo ordeno!

La Reina rompió a llorar y un criado se acercó presuroso a ella con un pañuelo.

Knox apoyó el peso del cuerpo en uno y otro pie mientras esperaba paciente a que la Reina se serenara. ¡Estúpida muchacha hipocondríaca!

—Aparte de mis sermones, nada hay en mí que ofenda a los demás. Y, cuando predico, no soy dueño de mí mismo, sino que obedezco a Aquel que me ordena que hable con sinceridad y que no halague a nadie en este mundo —dijo al cabo.

—Pero ¿qué tenéis vos que ver con mi boda? —gritó María—. Los lores me han concedido permiso.

—Si los lores aceptan que toméis por esposo a un pagano, renuncian a Cristo, destierran de ellos su verdad y traicionan la libertad de este reino. Y quizás al final —le pareció que las palabras procedían de un lugar situado fuera de su persona—, esta elección no os consuele demasiado.

De repente, Knox había sentido el peso del pecado, el sufrimiento y la fealdad.

—¿Y qué tenéis vos que ver con mi matrimonio? —repitió María—. ¿Qué representáis vos para esta comunidad?

—Un súbdito que ha nacido en ella, señora —contestó Knox con sequedad—. Y, aunque no sea conde, lord ni barón, Dios, por muy despreciable que yo os parezca, me ha convertido en un miembro útil de la misma. —Se irguió como si quisiera parecer más alto, como si estuviera suspendido de un alambre invisible prendido en su coronilla—. Y, si veo que algo perjudicial está a punto de ocurrir, tengo tanta obligación de hablar como cualquier miembro de la nobleza.

María rompió a llorar de nuevo. Erskine subió al estrado del trono.

—No os aflijáis, dulce Reina —le dijo—, vos que sois tan bella y clemente y tan estimada por todos los príncipes de Europa...

Pero ella siguió llorando hasta que la áspera voz de Knox volvió a sonar.

—Señora, jamás me he complacido en el llanto de ninguna criatura de Dios; yo que ni siquiera resisto el llanto de mis hijos cuando mi mano los corrige, tanto menos me regocijo con el llanto de Vuestra Majestad. Sin embargo, como sé que no os he dado ocasión justificada para que os ofendáis sino que he dicho la verdad, como exige mi vocación, debo soportar las lágrimas de Vuestra Majestad antes que dañar mi conciencia o traicionar a mi país con mi silencio.

Todo era inútil. Su dolor al comprenderlo así la indujo a exclamar:

—¡Maestro Knox, abandonad esta sala!

Tras inclinar la cabeza, Knox obedeció y se retiró. La alta puerta de la estancia se abrió para él, que salió al rellano de la escalera que hacía las veces de antesala. Unas jóvenes cortesananas descansaban en el asiento de una ventana, cada una de ellas con un vestido de distinto color. La luz del sol las hacía resplandecer y realzaba el arrebol de sus saludables mejillas.

—¡Oh, mis bellas damas! —se sintió obligado a decirles Knox, en tono jovial y despreocupado, como si quisiera requebrarlas y bromear con ellas—. ¡Qué placentera sería vuestra vida si perdurase y, al final, subieseis al Cielo con todos estos alegres vestidos! —añadió, haciendo un gesto de amonestación con el dedo. Le recordaban las flores del angosto borde de un jardín: hermosas, sencillas y efímeras—. ¡Pero guardaos de la cruel muerte, que vendrá tanto si queréis como si no! ¡Y, cuando os haya apresado, los repugnantes gusanos se apoderarán de esta carne por muy bella y tierna que sea! —Pasó un dedo por debajo de la barbilla de una de las muchachas y percibió la suavidad de la piel—. Y mucho me temo que el alma débil carezca de fuerzas para llevar consigo algo de todo eso, oro, adornos, borlas, perlas y piedras preciosas.

De pronto, dio bruscamente media vuelta y las abandonó a su destino común, el destino en cuya realidad nadie cree.

Las cortesanas se dijeron que a ellas nunca les ocurriría semejante cosa. «Mientras ellas permanecen sentadas tranquilas como aves posadas en las ramas de un árbol, la muerte está aserrando la base del árbol, —pensó Knox, alegrándose de haberlas desazonado—. Reflexionarán sobre ello, por lo menos durante tres minutos», decidió con amargura mientras bajaba despacio por los peldaños.

La fragilidad humana. ¿Qué cabía hacer contra ella, contra sus interesadas mentiras, su ceguera ante los placeres y su afán de poder?

## XXII

Dos semanas más tarde, el día 29 de julio, Knox avanzó a lomos de un caballo por la calle principal de Saint Andrews para dirigirse a la abadía, cuyo comendador era lord Stewart. Antes había pronunciado el sermón del domingo en la iglesia parroquial, cumpliendo la promesa que había hecho en las galeras.

Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces, ¡casi veinte años! El mar centelleaba bajo el brillante sol de la canícula y su superficie resplandecía como un millón de minúsculas escamas de pescado. En lo alto del promontorio la iglesia en ruinas de Saint Andrews se levantaba cual un castillo de arena. «¡Oh, aquellos días, aquellos días en que se cosecharon los primeros frutos del levantamiento contra el cardenal y la corrupta Iglesia de Satanás! ¡Fue cuando sembramos por vez primera el terror en sus corazones y les mostramos que nosotros éramos el ejército en marcha del Señor!»

El recuerdo de aquellos hombres que asaltaron el castillo y sorprendieron al cardenal en su lecho con su barragana lo reconfortó. Tras haberlo acuchillado en represalia por la cruel quema en la hoguera de Wishart, habían colgado su cuerpo en lo alto de las mismas murallas desde donde él había presenciado, con una sonrisa en los labios, la agonía de Wishart.

«El cardenal y su barragana. ¿Por qué será que quienes profesan la religión de Roma o bien tienen ramerías, si son varones, o bien lo son, en caso de ser mujeres? Pero nosotros purificamos Saint Andrews y hoy es la sede principal de la Iglesia Reformada: nuestra joya.»

Saint Andrews, una hermosa ciudad construida sobre los rocosos farallones orientados hacia el mar del Norte, con sus anchas calles, sus elegantes casas y sus colegios, estaba llena de maestros y alumnos del Saint Mary's College, el Saint Salvator College y el Saint Leonard College. Curiosamente el Saint Leonard, fundado en 1512 para instruir a los miembros de la Iglesia de Roma, se había convertido en semillero de reformadores.

«Ésta es nuestra pequeña Ginebra —pensó John Knox con orgullo—. Aquí me hice mayor de edad y tomé por primera vez el largo camino que todavía recorro.»

Espoleó su caballo para que se lanzara al trote. Se había alegrado de abandonar Edimburgo y dejar a su espalda toda la confusión y el alboroto. El domingo anterior la Reina había mandado anunciar por medio de las amonestaciones su boda con lord Darnley, y los informadores que él tenía en palacio le habían dicho que la soberana tenía la intención de celebrar la ceremonia muy pronto. No habría tres semanas de amonestaciones tal como exigía la Iglesia que ella tanto parecía apreciar.

«A lo mejor está embarazada —pensó Knox—. Esto explicaría las prisas.» Llegó a

la entrada de la abadía de altas murallas de piedra gris. No había guardias pues el edificio ya no conservaba en su interior secretos tesoros inaccesibles al público. Entró con toda tranquilidad en el recinto, en busca de la casa de lord Stewart. La construcción de piedra, antigua residencia del prior, estaba muy bien acondicionada y un poco separada de los restantes edificios de la abadía.

Lord Stewart le había enviado un mensaje urgente en el que, con un insólito tono suplicante, le rogaba que acudiera a verlo ante la inminencia del casamiento de la Reina. Knox accedió gustosamente a la petición y tuvo el placer de comprobar que lord Stewart no era tan arrogante como aseguraban sus enemigos. Aún lo necesitaba, pensó.

Se acercó a los aposentos del prior y, mientras lo hacía, apareció un mozo que se hizo cargo de su montura.

—¿Lord Stewart?

—Está dentro, mi buen maestro Knox —contestó el mozo, señalándole la entrada principal.

Knox la cruzó, pasó por delante de las antiguas imágenes de santos y de frutos entrelazados que adornaban el pasillo, y entró en la penumbra de la antesala. Se anunció al guardia, casi un muchacho, y esperó.

La pesada puerta de roble del fondo de la antesala crujió y se movió. Estaba combada y la parte superior no se despegaba del marco. Al final se abrió y apareció lord Stewart.

—Mi amado hermano en Cristo —saludó éste, adelantándose para abrazar a Knox—. Os agradezco que hayáis venido.

Cruzó con él la pandeada puerta y ambos atravesaron toda una serie de estancias hasta llegar a una espaciosa sala de reuniones cuyas ventanas daban a un jardín que en aquellos momentos se hallaba en plena floración. La malvarrosa se agitaba en medio de la suave brisa y sus tallos eran tan anchos como la muñeca de una muchacha.

Lord Stewart parecía muy alterado; mantenía el entrecejo fruncido y sus ojos parecían contemplar no lo que tenían delante sino algo que no veían. Sorbía sin cesar como para despejarse la nariz pero no padecía malaria ni resfriado. «Debe de tener la nariz irritada», pensó Knox.

—¿Qué ocurre en Edimburgo? —preguntó al fin, soltando un resoplido casi inaudible.

Knox trató de recordar cuánto tiempo hacía que lord Stewart había abandonado la ciudad.

—La Reina va a casarse con lord Darnley. El domingo pasado se publicaron las amonestaciones. El asunto ya está en marcha. Lo proclamará duque de Albany y, de eso no cabe la menor duda, no tardará en proclamarlo rey.

—¡No tiene autoridad para hacerlo! —gritó Jacobo—. El Parlamento ha de aprobar y otorgar el título real en virtud de matrimonio, tal como se hizo en el caso del

desventurado Francisco.

—Muy cierto, pero ella puede «nombrarlo» rey, sea cual fuere el significado del término.

—No significa nada. Es un título que se otorga por cortesía y se extinguiría al morir la Reina. Si esto ocurriese, él dejaría de ser rey y volvería a ser sencillamente lord Darnley.

A Knox no le interesaban todas aquellas contingencias. ¿Por qué se preocupaba tanto lord Stewart por ellas? Estudió su rostro mientras hablaba.

—¿Sabéis si mi ausencia ha suscitado algún revuelo o comentario? —preguntó—. Me retiré del Consejo y me negué a sancionar la boda. Después abandoné Edimburgo.

—Vuestra ausencia se hizo notar, en efecto, pero ignoro qué presagia todo esto. Depende de lo que signifique. ¿Qué significa con exactitud? Contestad, siempre y cuando seáis libre de revelármelo.

Jacobo tomó una pesada silla de madera labrada, legado del último prior a quien los reformadores habían despojado de todo aquello, y se sentó en ella como si se dispusiese a prestar juramento.

—Tengo la intención de luchar.

—¿De qué manera y con qué propósito?

Jacobo miró a Knox asombrado.

—Este matrimonio engendrará un hijo católico; y un hijo católico significa un rey católico. No podemos consentirlo. La Reforma quedaría totalmente destruida. Me sorprende, más aún, me escandaliza que me lo preguntéis.

—¿Y quién luchará con vos?

Knox quería detalles concretos, no vagas afirmaciones.

—Los Hamilton. Odian a Darnley desde que éste insultó a su jefe. Kirkcaldy de Grange. Lord Ochiltree, el padre de vuestra esposa, y los parientes de todos ellos.

—No es suficiente —dijo Knox.

—Otros se unirán a nosotros; hay muchos neutrales que quizá verán en nosotros el camino más claro.

—Los neutrales, por definición, tomarán cualquiera de los dos caminos. ¿De modo que sólo contáis con los Hamilton?

—Los Douglas son parientes de la madre de Darnley y, por consiguiente, no participarán en la empresa. Argyll constituye una posibilidad a pesar de que su esposa es hermana bastarda de la Reina. Él arrastraría a muchos otros.

—¿A los Erskine?

—Es difícil saberlo. Mantienen un vínculo personal con la Reina pero están comprometidos con la Iglesia Reformada. Lord Ruthven, los Lindsay... creo que contaremos con ellos. Y quizá también con Glencairn.

—¿Y en el otro bando?

Jacobo abrió un relicario de plata en el que en otros tiempos se había conservado un diente de san Medardo, santo patrón de quienes sufren dolores de muelas, y extrajo un papel.

—El hijo de George Gordon, el difunto conde de Huntly, también llamado George, está encerrado y no puede apoyar a ninguno de los dos bandos. Los Seton, los Beaton, los Livingston, los Maxwell, el conde de Atholl, todos apoyan a la Reina. Pero son figuras secundarias. Sólo Atholl es conde.

—Sin embargo, si se juntan con las familias Douglas y Stewart alcanzarán un peso considerable. Hay que tener en cuenta también al conde de Bothwell, que por tradición siempre ha sido leal a la Corona. Ha regresado en secreto a Escocia y es posible que quiera ganarse el favor de la Reina. —Knox se rebulló en el asiento. Aquellas sillas de madera maciza labrada tal vez fueran obras de arte pero resultaban francamente incómodas—. Y ahora, que Dios me perdone, pero debo preguntároslo. Hay un nombre que quizá nos garantizaría el éxito y que vos no habéis mencionado. ¿Cuál es la postura de la Reina de Inglaterra en esta cuestión?

—Ha guardado un discreto silencio.

—Como siempre.

—Pero creo que favorece nuestra causa y nos apoyará si no con tropas, sin duda con dinero.

—¿En qué fundáis vuestra creencia? —preguntó Knox.

—En que siempre ha reaccionado con vehemencia ante la posibilidad de una boda con Darnley. No quiere que haya un rey católico en Escocia.

—Es posible que no. Pero... —ahí estaba el meollo de la cuestión, la pregunta a la que por encima de todo había que contestar—, ¿qué otra cosa podéis ofrecerle? ¿Se os ocurre otro soberano que sea más de su gusto?

Jacobo exhaló un suspiro. Abrió los labios para decir algo, pero los cerró de nuevo.

«O sea, que ya se imagina a sí mismo como rey —pensó Knox—. Por lo menos tiene el sentido común de no proclamarlo. O quizá de no decírselo tan siquiera a sí mismo.»

—El Señor proveerá —dijo al fin lord Stewart.

—El Señor sólo puede tomar la misma decisión que nosotros. No veo otra alternativa a la Reina. Es la última Stewart de sangre real que queda. Ahora bien, si prescindieramos por completo de la idea de la sangre real, surgirían muchas posibilidades interesantes. Bajo la guía del Espíritu Santo, tal como asegura el Vaticano que se eligen los papas.

Knox soltó una risita.

—Sí, tal vez —contestó Jacobo con una leve sonrisa en los labios.

«Así que éste es el camino que tiene previsto», pensó Knox.



—Pero la Reina inglesa jamás lo permitirá —señaló— pues por fuerza defenderá el concepto de que la sangre real es en cierto modo distinta de todas las demás. Si no fuese así, ella no tendría derecho alguno al trono. Su título no se basa en una indudable legitimidad ni en una autorización del Parlamento sino en la magia de la sangre real. Ella no apoyará a vuestros rebeldes.

—¡Yo también tengo sangre real! ¡Tan real como la de la propia reina Isabel! —gritó Jacobo— ¡Nuestros dos padres eran reyes pero nuestras madres eran plebeyas!

—Con una diferencia: el padre de Isabel se casó con su madre y la hizo proclamar reina.

—¡Pero después la repudió y la mandó ejecutar!

—Pese a ello, se celebró una ceremonia. El Papa no reconoce su legalidad, pero esto se ha convertido para ella en un timbre de gloria. —A Knox se le ocurrió de pronto una idea—. Vos tenéis la suficiente sangre real como para que, si consiguierais destronar a la Reina, fuera posible reconocerlos debidamente. Pero... —los brillantes ojos castaños de Knox miraron con furia a Jacobo—, primero debéis ganar.

Unas cuantas horas antes, mientras Knox aún dormía en casa del mercader de Saint Andrews que le había ofrecido su hospitalidad antes de que pronunciase su sermón, María se había levantado y se había puesto su vestido negro de luto con una gran capucha. Era el mismo vestido con el que había asistido a la misa conmemorativa que había marcado el término de los cuarenta días de luto riguroso por la muerte de Francisco. Se lo había puesto muchas veces desde entonces y en cada ocasión había experimentado la sensación de que regresaba junto a Francisco y le decía: «No te he abandonado y jamás lo haré.» Ahora, en la mañana de su boda, se sentía obligada a ponérselo por última vez para que Francisco se hallara presente en la ceremonia, le diera su bendición y la liberara. Sólo Francisco podía entregarla.

A las seis de la mañana el conde de Lennox y el conde de Atholl se presentaron para escoltarla, uno a cada lado, hasta la capilla de Holyrood. Una vez allí, María avanzó lentamente por el largo pasillo hasta el lugar donde la aguardaba el sacerdote, y entonces Darnley se adelantó y se situó junto a ella.

Se leyeron con rapidez las últimas amonestaciones y ambos se repitieron a toda prisa las promesas matrimoniales. Darnley tomó un triple anillo con un diamante en el centro y unos anillos laterales de oro esmaltado en rojo y se lo deslizó en el dedo diciendo:

—Con esta sortija yo te desposo.

—Y yo declaro a Henry, duque de Albany y conde de Ross, y a María, Reina de Escocia y de las Islas por la gracia de Dios, unidos como marido y mujer —manifestó el sacerdote.

Sus palabras resonaron por toda la capilla.

—*Te Deum laudemus!* —exclamó Rizzio—. ¡Ahora ya está sellado y no puede romperse!

María y Darnley se volvieron hacia él y lo abrazaron por ser el único confidente que conocía su compromiso secreto.

La Reina dejó que la escoltaran de nuevo a sus aposentos y allí se quitó las prendas de luto que jamás se pondría de nuevo. Las Marías retiraron los broches y, con solemne respeto, la ayudaron a desnudarse. Depositaron la capa de luto sobre la cama, la doblaron casi con ternura y le pusieron hierbas aromáticas en los pliegues. María se inclinó y la besó antes de que la guardaran en la bolsa de raso bordado.

María Seton vio lágrimas en sus ojos y, apartándose con ella de la alegre charla de los demás, la abrazó.

—Honráis a Francisco con vuestras lágrimas de lealtad y recuerdo. Pero, mi Señora, él murió en la flor de la juventud, dejando que vos envejecierais sin él. Vuestra parte juvenil siempre será su esposa. Ahora sois una mujer distinta y esta parte de vos, la parte que ha surgido desde entonces, no es desleal por amar a lord Darnley.

—¿Lo creéis? —preguntó María en un susurro.

—Lo sé, Señora. —Seton alargó la mano y enjugó una pequeña lágrima en la mejilla de María—. Ahora reunios felizmente con vuestro nuevo esposo y señor.

María le tomó las manos y las soltó.

—Soy más feliz y estoy más triste de lo que jamás he estado en mi vida. ¿Cómo es posible? —murmuró.

—Sí, ya lo veo. Pero, por favor, que lord Darnley no vea vuestras lágrimas. —Seton le enjugó las que había derramado después de las primeras—. ¡Vuestro vestido de novia os espera!

Fleming y Beaton ya se acercaban con un vestido de color escarlata bordado con perlas e hilo de oro. Su peso y rigidez eran considerables a causa de la pedrería.

Las Marías se lo pusieron y después la adornaron con sus mejores joyas: las perlas negras, el Gran Harry y unos grandes pendientes de perlas de los océanos de más allá de la India. Le cepillaron el cabello y le colocaron un tocado de raso con perlas incrustadas, por detrás del cual le asomaba la mata de cabello.

Se organizaron un baile y un banquete de gala, seguidos de toques de trompeta, distribución de monedas en el patio y finalmente una cena. María y Darnley se tomaron por la cintura durante las lentas danzas al son de las trompetas, las flautas dulces y las violas. Darnley no apartaba los ojos de los suyos ni por un instante y a lo largo de todo el día la había contemplado como si fuera una diosa o una aparición celestial.

Por fin, después del banquete, las tres danzas separadas, la cena, el toque de trompetas y la distribución de monedas, María y Darnley se despidieron de los invitados y se dirigieron a sus aposentos y al dormitorio.

Por orden de María, no había criados. Cuando cerraron la puerta, se quedaron completamente solos.

Todos los candeleros de pared estaban encendidos y sobre el escritorio de la Reina ardía un gran candelabro francés con diez finas velas blancas. María se acercó a Darnley y lo abrazó. Quería decir algo pero le faltaban palabras para expresar sus sentimientos de dolor y de liberación por haber encontrado aquel nuevo tesoro.

Una a una apagaron las velas y una a una se quitaron las enojadas prendas hasta quedarse tendidos en el gran lecho real donde sus jóvenes y tersos cuerpos empezaron a buscarse el uno al otro.

—Me habéis convertido en Rey —dijo Darnley; eran las primeras palabras que pronunciaba desde que entrara en la estancia.

—En efecto, rey de todo —murmuró ella.

—Este lecho es mi reino y vuestro cuerpo mis dominios —declaró Darnley—. Dejemos que Cristóbal Colón y Francisco de Coronado se vayan a América. Vos sois mi tierra recién descubierta y quiero explorarla toda.

En las calles de Edimburgo los ciudadanos armaban alboroto a causa de la boda. En las proximidades de Mercat Cross algunos se apartaron cuando el heraldo real se acercó al crucero, subió a su base y desenrolló el pergamino. Dos trompeteros tocaron una fanfarria, y el heraldo leyó la proclama de la Reina en la que se anunciaba que por decisión suya, a partir de aquel momento, su amado esposo lord Henry Darnley, duque de Albany, debía ser llamado y honrado como Enrique, Rey de Escocia.

Nadie lo aclamó.

Una semana más tarde se leyó otra proclama en el mismo lugar, esta vez al mediodía. A continuación, tres toques del cuerno real declararon oficialmente a Jacobo Stewart, conde de Moray, proscrito y rebelde traidor a la Reina.

## XXIII

—¿Está preparada mi armadura, amor mío?

Darnley aguardaba ansioso en su dormitorio de Holyrood cuando María entró en sus aposentos. La Reina acababa de mantener una desagradable discusión con lord Seton, pero no porque Seton le resultase antipático, sino porque el tema era desagradable: la rebelión de su hermano lord Stewart y la negativa de éste y sus compañeros a comparecer ante su presencia.

—No me quedaba otro remedio que hacerlo, ¿no os parece? —le repetía una y otra vez al fiel jefe de su casa—. Debía llamar a los hombres a las armas para que me apoyaran. Y ahora tengo que enfrentarme en batalla con él.

Lord Seton sacudió la cabeza.

—Es una tragedia.

—¡Ésta es la segunda rebelión de un súbdito contra mí! —gritó María, que apenas creía que hubiera pronunciado aquellas palabras—. Primero Huntly y ahora lord Stewart. ¡Después de todo lo que yo he hecho por él!

—Es precisamente por lo que habéis hecho por él —terció Rizzio.

Lord Seton levantó la vista, sorprendido.

—Creía que estábamos solos —comentó con intención.

Rizzio salió del gabinete lateral. ¡O sea que era allí donde se escondía!

—Perdonadme, no he podido evitar oíros —dijo Rizzio—. Estaba despachando la correspondencia en la estancia de la torre. Pero, mi apreciada Reina, tal como ya he dicho, lo que ocurre se debe justo a todo cuanto habéis hecho por él. Le otorgasteis enormes extensiones de tierra, elevasteis al bastardo a la posición más encumbrada del país. ¿No os parece que las consecuencias eran previsibles?

—No —contestó ella en tono terminante—. ¡Desprecio la ingratitud! ¡Es el único defecto que no tolero!

—Lord Stewart ya no tenía motivo para seguiros. El retirarle vuestro favor habría constituido un medio más seguro de garantizar su lealtad.

—¡Yo soy su reina por derecho divino y sangre real!

Rizzio sacudió la cabeza con conmiseración.

—Creo que a él lo llama con más fuerza la parte de sangre real que corre por sus venas.

—¡Me vengaré de él! —gritó María, abandonando la estancia para correr a los aposentos de Darnley, donde éste esperaba anhelante su armadura.

—No... no lo sé.

María se había olvidado de la armadura que le habían hecho unos herreros del lugar soldando otras piezas y revistiéndolas de oro.

—Oh —exclamó Darnley, decepcionado. Después se le iluminó el rostro y preguntó —: ¿Qué os pondréis vos?

—Pediré prestada una media armadura de hombre. Y me la pondré debajo de la ropa; no hace falta que tenga adornos, ni siquiera que me ajuste bien.

María admiró a Darnley en su ambiente. El mismo había elegido el mobiliario de sus aposentos y había prestado una especial atención al lecho. Los terciopelos eran de la mejor calidad y en ellos se había bordado el timbre de su familia y de su linaje.

—¿Sabéis lo que tiene mi madre en las cortinas de su cama? —le había preguntado Darnley una tarde a María tras un tierno intervalo de amor. Rompió a reír antes de contarlo—. ¡Tiene figuras de santos prendidas! Sencillamente prendidas, ¡de esta manera, puede cambiarlos según las estaciones! —La risa casi le impidió terminar la frase—. A mi madre siempre la recuerdo así.

—Me gustaría conocer a vuestra madre —aseguró María. Darnley le hablaba mucho de ella.

—No, no lo creo. Es una bruja. —Darnley se levantó y empezó a acariciar las colgaduras de su cama—. Estoy harto del morado —dijo—. Me parece que lo cambiaré por dorado.

¡Hacía sólo un mes que tenía las colgaduras moradas!

—Me temo que estos gastos habrán de esperar —repuso María—. Para pagar a las tropas que se enfrentarán con lord Stewart, tendré que empeñar mis joyas. Cuesta mucho mantener a cinco mil hombres en el campo.

Darnley soltó la colgadura de la cama.

—¡Gracias por la armadura! —dijo—. No pensaba que supondría un sacrificio tan grande.

María le sonrió.

—Consideradlo un regalo de boda —respondió con expresión sombría.

La Reina había llamado a las armas a todos los hombres sanos, pidiéndoles que se congregaran en Edimburgo con provisiones para quince días. Se habían presentado cinco mil; el conde de Morton estaría al mando de la vanguardia y el conde de Lennox, de la retaguardia. Cabalgando con María en medio del ejército iban Darnley, las Marías, los lores que permanecían leales y Rizzio. Poco antes de la partida María había concedido la libertad a lord George Gordon, sacándolo de la cárcel, donde había languidecido desde la rebelión de su padre y devolviéndole su título hereditario de conde de Huntly.

«Lord Stewart es quien se benefició de la rebelión de Huntly —pensó María—. Él es quien cosechó la recompensa de su caída. Ahora, por lo menos, el hijo siempre será el enemigo del enemigo de su padre. Y el enemigo de mi enemigo es mi aliado.»

Los rebeldes, encabezados por lord Stewart, se habían congregado en Ayr, en la costa occidental de Escocia. Jacobo no estaba solo; lo acompañaban el duque de Châtelherault, enemigo tradicional de los Lennox, y Kirkcaldy de Grange, lo cual había sorprendido y dolido mucho a María, que siempre lo había considerado un hombre inteligente y leal. Según los informes, sólo contaban con unos mil doscientos hombres, pero esperaban que muy pronto se les unieran las tropas nortañas del conde de Argyll.

—¡Los obligaremos a entrar en batalla antes de que lleguen los refuerzos! —dijo María—. ¡Adelante, hacia Ayr!

Ella y sus tropas salieron de Edimburgo a finales de agosto con los estandartes ondeando al viento. Los días eran cálidos y brumosos y aquello, más que el avance de un ejército, parecía un agradable paseo por la campiña para disfrutar del suave calor mientras los granjeros recogían sus cosechas. Pero, bajo su atuendo de montar bordado en escarlata y oro, María llevaba la armadura ligera que se había sentido obligada a ponerse y, debajo de la capucha, un yelmo de acero. Además, se había remetido unas pistolas en el cinto para tenerlas a mano en caso de necesidad.

Había dejado a Erskine en Edimburgo al mando del castillo y le había advertido a Randolph que como intentara ayudar a los rebeldes con dinero de Inglaterra, pues lord Stewart había intentado conferir un carácter religioso a su insurrección, presentándola como una cuestión de conciencia protestante indignada ante la boda de dos católicos, se vería obligada a acordonar su casa con guardias.

Marcharon hacia el oeste a través de Linlithgow y Stirling, y desde allí a Glasgow. El buen tiempo siguió dando a la empresa un aire de fiesta.

Para asombro de María, los rebeldes no quisieron enzarzarse en combate con ellos, sino que intentaron pasar por su lado y aprovechar su ausencia de Edimburgo. Las fuerzas de María dieron media vuelta para encaminarse hacia Stirling. Pero, de repente, se desencadenó una violenta tormenta en la que el agua caía de los cielos como el diluvio de Noé, convirtiendo las pequeñas corrientes en caudalosos ríos.

La lluvia era tan intensa que el agua les entraba en la boca y les cortaba la respiración. Cuando llegaron a la orilla de una pequeña corriente llamada Carrón, algunos hombres se vieron arrastrados por el agua y se ahogaron en el que de pronto se había convertido en un impresionante río.

—¡Detengámonos! ¡Detengámonos y esperemos aquí! —le gritó Darnley.

La lluvia le chorreaba por el yelmo como un velo, y el cabello le asomaba por debajo.

—¡No! —contestó María—. ¡No podemos! ¡Debemos darnos prisa! —Contempló las agitadas y cenagosas aguas de la corriente y se santiguó—. Dios se apiade de las almas de los desaparecidos —dijo espoleando su montura y rezando para que las aguas no se la llevaran.

Su caballo, que nadaba muy bien, alcanzó la otra orilla sano y salvo. A su espalda,

Darnley la siguió abrazado al cuello de su montura.

Los rebeldes entraron en Edimburgo adelantándose a la tormenta pero no lograron tomar la ciudad. Nadie simpatizaba con su causa. Los ciudadanos no atendieron su llamada y Erskine, leal a la Corona, disparó contra ellos desde el castillo y los obligó a huir. Esta vez se retiraron de nuevo en dirección a Stirling y después bajaron hacia el sur hasta Dumfries, donde esperaron desolados la llegada de la ayuda inglesa.

Al final, el ejército de María se detuvo y se armaron las tiendas en el campo. María estaba emocionada en extremo; acababa de recibir la noticia de la huida de los rebeldes. De pie a la entrada de su tienda, sostenía el faldón mientras contemplaba la puesta de sol que teñía las aguas ya más tranquilas del Carrón.

—Eso es lo que yo quería —murmuró—. Quería saber qué siente un hombre, llevar armadura y tenderme en los campos por la noche. Dicen que hay que andarse con cuidado con lo que uno desea pues sin duda se hará realidad.

—¿Y os gusta ser un hombre? —preguntó Darnley, acostado en la cama de campamento.

—En parte sí.

—¡Los combates son muy divertidos! —exclamó Darnley—. He disfrutado inmensamente.

—Aún no hemos combatido —replicó María—. Lo único que hemos hecho ha sido cabalgar y perseguir a los rebeldes.

—En efecto, deberíamos llamarlo la Correría de la Persecución. Lord Stewart y sus hombres se han mantenido apartados de nuestro camino —dijo Darnley—. Mañana cruzará la frontera. A no ser que Bothwell le corte el paso.

—Sí, Bothwell gobierna las Fronteras, pero yo no le encargué que echase la zancadilla a los rebeldes.

—¿Por qué no?

—Estoy poniéndolo a prueba. Entró de nuevo en Escocia sin permiso cuando todavía se hallaba oficialmente bajo arresto. Todavía no me ha pedido audiencia. Tengo curiosidad por saber si acudirá de forma activa en nuestra ayuda o mirará para el otro lado. Quizás esté dolido por el trato que le he propinado. ¡Pero todo fue una maniobra organizada por lord Stewart!

En ese momento cayó en la cuenta de que muchas de sus acciones habían sido promovidas por lord Stewart y de que muchas de ellas habían provocado el alejamiento de los hombres y la habían dejado aislada y a merced de su hermano Jacobo.

—No os preocupéis por él —dijo Darnley—. ¡Venid aquí!

Sorprendida por el tono de su voz, María no le hizo caso.

—Contemplad el río —musitó—. El Carrón... Menos para los pobres hombres arrastrados por el agua, ha resultado ser el mismísimo Caronte.

—¡He dicho que vengáis aquí! —exclamó Darnley, descargando un puñetazo sobre el catre—. ¡Y cerrad la entrada de la tienda!

María se acercó a él y lo vio tendido con una expresión muy rara. Cuando se inclinó, él la agarró y la atrajo sobre sí. Sus dedos se le clavaban en el cuello.

—¿Queréis saber lo que siente un hombre? —preguntó Darnley con la voz ronca—. Muy bien pues. Sed vos el hombre. Tomadme. Tomadme en contra de mi voluntad.

A María la invadió una extraña sensación de temor. De repente, Darnley había cambiado. Sus fríos ojos la miraban con fijeza.

—¡No, qué disparate! —repuso María, intentando apartarse, pero él no la soltaba. Su presa era sorprendentemente fuerte—. Soltadme, os lo ruego.

—No. —Darnley pegó su mejilla a la suya—. Pues si no queréis jugar a mi juego, ¡os castigaré!

Con asombrosa rapidez, la volvió boca arriba y empezó a dar tirones a su ropa.

—¡No, Henry!

Pero ¿qué le había ocurrido? Sus labios se juntaron con tal violencia que ella se mordió el suyo mientras aspiraba los efluvios de un olor extraño pero no desconocido. ¿Qué sería? Se trataba de algo que había probado antes.

Darnley le rasgó la ropa interior para desnudarla.

—¡No os mováis! —le susurró al oído—. ¡No os mováis! ¡Os lo ordeno!

En lugar de obedecer, María trató de quitárselo de encima. Entonces él le cubrió la boca con la mano.

—¡No debéis desafiar ni desobedecer a vuestro esposo! —murmuró—. ¡Sabéis que tenéis que someteros a mi voluntad!

—Mmm... mmm...

María intentaba hablar. ¿Qué le ocurría a Darnley? De repente, reconoció el olor. Era whisky. Estaba borracho. Casi soltó una carcajada de alivio. Eso era todo.

—¡Chsss! —siseó Darnley, mordiéndole el hombro mientras con la mano libre continuaba rasgándole la ropa. Sujetó a su víctima como un loco mientras satisfacía su deseo.

Fuera María oyó el cuerno que tocaba un soldado para anunciar la hora de la cena en el campamento. Todo le sonaba muy lejano.

John Knox, que se había quedado en Edimburgo, escribió una descripción de la fallida rebelión y añadió lo siguiente: «A pesar de que casi todos los demás se habían cansado, el valor de la Reina aumentó como el de un hombre hasta tal punto que estuvo en todo momento en primera línea.»



Sí, debía reconocerlo: la Reina demostraba una valentía sin par, y la rebelión había quedado en nada. Lord Stewart y los suyos tuvieron que huir a Inglaterra y refugiarse allí.

«Se lo advertí —se dijo Knox—. Le advertí que no había suficientes hombres leales de su parte. Los neutrales saltaron al lado equivocado de la valla.»

Al regresar a Edimburgo, María se alegró de tomar de nuevo posesión de Holyrood. En el momento de entrar en el palacio, pensó de pronto que hacía muy poco tiempo los rebeldes se encontraban allí con la intención de disfrutar de él, y entonces el lugar le pareció más valioso que nunca.

Bien entrada la noche se arrodilló delante del crucifijo de marfil de Saint Pierre y le habló en un suave susurro.

—Señor mío —le dijo—, te doy gracias por haber salvado mi reino.

Íntimamente, sin embargo, experimentaba una profunda tristeza. No podía por menos de recordar las grandes esperanzas, las trémulas expectativas que había sentido delante de aquel mismo crucifijo al recibir por primera vez la llamada a regresar a su país.

—He intentado por todos los medios ser una gobernante prudente. He intentado seguir tu guía. Pero algunos nobles se han mostrado insatisfechos y han premiado mis esfuerzos con la traición.

Era cierto y le dolía, por más que ella había logrado desbaratar sus planes.

—¡Te suplico que me ayudes! —exclamó en voz alta.

Estaba asustada, pues había vivido otros inquietantes episodios con Darnley en los que a los estallidos de violencia había sucedido una hipócrita y empalagosa amabilidad. A veces su esposo se convertía en una persona desconocida.

Y además, no mostraba el menor interés en ayudarla a superar las consecuencias de la rebelión, a administrar justicia y a repartir las recompensas. Era como si no formara parte del país y éste le fuera de todo punto ajeno, a pesar de que seguía insistiendo en que se le otorgase la corona en virtud de su matrimonio.

—¡No os extrañéis —decía en ocasiones, cuando se comportaba con brusquedad— de que no quiera firmar documentos ni asistir a las reuniones del Consejo, pues me priváis del título que por derecho me pertenece! ¡Hacedlo y entonces yo corresponderé!

La respuesta de María era siempre la misma:

—Demostradme primero que sois digno de él.

¡Un ruido! ¡Alguien había entrado en la estancia! María se quedó paralizada, temiendo que se tratase de Darnley. Pero una delicada mano se posó en su hombro.

—Me duele veros tan atribulada —oyó que le decía la voz de María Seton.

—No hay nada que Él no sea capaz de curar. —María señaló el crucifijo con la

cabeza.

Seton tomó su mano y la acompañó a una silla. Después se sentó frente a ella y le cubrió las manos con las suyas.

—Pensé que el matrimonio os traería la dicha —le dijo.

—Yo también —repuso María—. No puedo decir que no sea feliz. Tengo una buena noticia. Creo que estoy embarazada.

—¡Ésta sí es una buena noticia! ¿Qué ha dicho lord Darnley?

—No he tenido ocasión... de comunicárselo.

—Entiendo. —Seton esperó, pensando que María iba a añadir algo más. Después agregó—: Lamento lo de lord Stewart. Sé que os duele por muchos motivos. La traición es peor cuando la cometen aquellos que tienen razones para amarnos.

Sí. En efecto. No se trataba de un rebelde cualquiera.

—Se engañó al pensar que recibiría el apoyo de la reina Isabel —aseveró María—. Pero, cuando fue a Inglaterra, lo único que consiguió fue que ella lo reprendiese en público y lo humillara en presencia de los embajadores extranjeros. —María se echó a reír—. Me alegré al comprobar que contaría con el apoyo de Isabel para superar la crisis. ¡Mi reina hermana ha demostrado ser en efecto una buena hermana!

—¿No os complace lo que les ocurrió a los rebeldes cuando la reina inglesa los recibió en audiencia? —preguntó Rizzio, levantando la vista de una carta que estaba transcribiendo.

María le había dictado una respuesta oficial a su tío el cardenal, llena de mesuradas frases elegidas con cuidado. Rizzio había intuido un cierto alejamiento por parte del cardenal. Pero todo el mundo se había convertido en un lugar hostil para María desde su boda, pues muchos censuraban su elección. Rizzio sospechaba, aunque no disponía de pruebas, que el cardenal figuraba entre ellos.

—¡Ah... mi hermano! —El rostro de María se ensombreció—. Haber perdido su lealtad... Aunque, en realidad, no puedo perder lo que jamás tuve. ¡Pero qué decepción me he llevado con él!

—En tal caso, lo que habéis perdido es vuestra inocencia, no a vuestro hermano.

—Sí, pero le echaré de menos. Echaré de menos lo que él significaba para mí, echaré de menos su persona.

—Ahora tenéis un esposo que podría ocupar el lugar de un hermano.

—No es lo mismo. —Se estaba encerrando de nuevo en sí misma. La causa era la palabra «esposo»—. Un esposo es un nuevo injerto mientras que un hermano es uno antiguo.

—Y, sin embargo, el de un esposo debería ser el vínculo más fuerte que existe.

—Hace falta tiempo. —María miró la carta—. ¿Seguimos? —dijo en tono jovial.

Rizzio dejó a un lado los implementos de escritura. Estaba cansado. Era una tarea laboriosa conseguir que las cartas fueran perfectas, espaciar debidamente las palabras en la página para que resultaran agradables a la vista y dignas del personaje a quien se dirigían. La tinta se corría con facilidad y, cuanto más suave era el papel, tanto más costaba lograr una caligrafía regular.

—Bueno —dijo María—. ¿Os apetece estar presente en la próxima entrevista con lord Bothwell o deseáis retiraros? No necesito vuestros servicios de manera imperiosa.

¿Y si le tomara la palabra? Las entrevistas solían ser muy aburridas.

Justo en aquel momento apareció Darnley. Parecía enojado. Rizzio tomó una decisión.

—Creo que, con vuestra venia, me retiro, Señora —anunció, levantándose y besando la mano de María. A continuación, obedeciendo a un repentino impulso, le besó la mejilla. Después se apartó del escritorio y abandonó la estancia.

Darnley lo miró enfurecido y se volvió hacia María.

—Creo que el favor que le concedéis rebasa la prudencia —dijo, poniendo mala cara—. Los criados no deben besar a las reinas.

—Muy cierto —convino ella para apaciguarlo—, pero él es para mí un hermano más que un criado.

Darnley seguía con el ceño fruncido.

—Yo pensaba que ya estaríais hasta la coronilla de los hermanos —dijo al fin.

Las palabras de su esposo, que aludían a lord Stewart, le provocaron un auténtico dolor físico.

—Antes era un buen hermano —contestó ella—. Siempre guardaré el recuerdo.

—Sois muy caritativa —observó Darnley, despectivo—. ¿También pretendéis serlo con el conde de Bothwell?

—Por supuesto que sí. Debo confesar que admiro su audacia. Mi justicia fue injusta, puesto que di crédito al testimonio del conde de Arran contra él... y ahora sabemos que sus palabras salían de la boca de un loco. ¿Las soportó en silencio y esperó con paciencia en la cárcel? No, se escapó.

—Y regresó a Escocia sin permiso. ¿Os parece que eso es digno de admiración? ¿Por qué su desobediencia resulta más meritoria que la de lord Stewart? ¿Acaso porque no consideró oportuno reunir un ejército contra mí sino que decidió acudir en mi ayuda?

—Sí. —Darnley frunció de nuevo el entrecejo.

—Y ahora vos queréis concederle el puesto de lugarteniente de las Fronteras a él en lugar de a mi padre.

—¿Y por qué no? Bothwell es natural de aquella región. La conoce muy bien y conoce a sus hombres. Conoce la complicada trenza de lealtad e historia cuya textura

seríamos incapaces de comprender. Vuestro padre —a María jamás le había gustado—, que procede de otra región del país, no podría hacer lo mismo. Las lealtades tienen un marcado carácter local.

—Bothwell apenas hizo nada —espetó Darnley.

—No fue necesario. Los rebeldes huyeron de inmediato.

—Humm.

María se le acercó y le echó los brazos al cuello.

—No le escatiméis el mérito. Lo necesitamos. ¡Hemos perdido a muchos otros! Lord Stewart se ha ido y también Kirkcaldy, ¡un soldado muy valiente! Quienes lucharon a mi lado contra Huntly se han vuelto contra mí. ¡Eran los mejores soldados del Reino!

—El conde de Bothwell —anunció el guardia.

—Que pase.

María dirigió a Darnley una mirada de advertencia. Éste se retiró a un rincón y se sentó con los brazos cruzados, poniendo cara de ofendido. El rincón estaba tan envuelto en las sombras que no se le veía.

James Hepburn entró en la estancia con el sombrero bajo el brazo. Se adelantó con paso firme y se arrodilló, mostrándole a María la coronilla de cabello rojizo. Después Bothwell levantó el rostro y la miró.

—Muy Graciosa Majestad —dijo—, hace cuatro años que no os veo. En su transcurso han ocurrido muchas cosas que nos han convertido en criaturas distintas, pero os aseguro, y no lo digo para halagaros, que vuestra belleza ha aumentado considerablemente a la par que vuestro poder y vuestra fama. Ahora sois una auténtica reina. Escocia tiene mucha suerte.

—Os ruego que os levantéis —indicó María.

—Gracias.

Bothwell obedeció y ella le hizo señas de que se acercara. Él caminaba como suelen hacerlo los hombres musculosos, con una especie de enérgica determinación. Tenía treinta años y cualesquiera que fueran las privaciones que había sufrido en la cárcel las había compensado después con creces en las mesas de Francia. Irradiaba una compacta fuerza y una sensación de autosuficiencia.

—Lord Bothwell, habéis entrado en Escocia sin autorización real —le recordó María.

Bothwell le sonrió.

—Os pido perdón, Majestad. Ansiaba regresar y vos estabais inmersa en otras preocupaciones. —Arqueó una ceja—. Quería ahorraros otra tarea administrativa: la de firmar mis documentos.

María no pudo por menos de reírse.

—¡Sois incorregible! Esa no fue vuestra verdadera razón.

Bothwell hizo una mueca humorística.

—Pero, sea cual fuere la razón —prosiguió María—, nos habéis demostrado vuestra lealtad en la reciente rebelión. Os damos las gracias, os devolvemos vuestro antiguo puesto de lugarteniente de las Fronteras y alabamos la eficaz labor de vigilancia de las mismas en las recientes amenazas que se han cernido sobre ellas.

—Nadie pasó cerca de mí —respondió Bothwell—. Los rebeldes cruzaron a escondidas la frontera para dirigirse a Carlisle en el lado más occidental, fuera de mi jurisdicción. Desde entonces han pasado al lado oriental. Tengo entendido que ahora se hallan en Newcastle y se mantienen gracias a un subsidio humillantemente mezquino de la reina Isabel.

María se sobresaltó. ¡O sea que Isabel estaba apoyándolos, en contra de lo que con tanta arrogancia había afirmado!

—Newcastle —añadió Bothwell— es una triste ciudad con un poderoso castillo y unas murallas en ruinas muy cantadas por los eruditos y los poetas. A lo mejor lord Stewart se divertirá con ellas. Podrá sentarse entre los musgosos montículos de ruinas y meditar acerca de la fugacidad del tiempo y de las reinas. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Isabel le ordenó públicamente que saliese de su reino por traidor, pero allí sigue e incluso recibe el apoyo de la Reina.

¿Lo había dicho en tono de pregunta?

—Luego es cierto que las cosas no son lo que parecen —comentó al fin María.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Bothwell.

—Pues entonces ¿en quién se puede confiar? —preguntó una vocecita desde un rincón; era Darnley.

—Hasta que no sepa quién habla, no me atreveré a contestar —dijo Bothwell, sonriendo—. Sería demasiado peligroso.

—Habla el Rey —respondió la delicada voz.

—Ah. —El tono de Bothwell jamás había sonado más denso ni profundo—. Pues entonces debo aconsejaros que confiéis sólo en quienes amen a vuestra Reina y Señora con tanta fidelidad como vos. A pesar de su belleza, su dulzura, su inteligencia y su integridad, algunos no la aprecian precisamente por estas virtudes y podrían causarle daño. Es un error dar por sentado que un buen gobernante será amado. Sus virtudes suelen provocar la envidia y el odio de hombres inferiores.

—Ahora los rebeldes se verán considerablemente mermados —aseveró María—, pues se les privará de sus tierras y títulos en cuanto se reúna el Parlamento. Se acabó el conde de Moray. Se ha pasado de la raya.

—Algo muy peligroso, Majestad —dijo Bothwell divertido—. Una buena lección para todos nosotros.

—¡Pues entonces no os paséis de la raya con este puesto de lugarteniente que os ha concedido la Reina! —chilló Darnley, levantándose de repente.

—Jamás se me ocurriría hacerlo —contestó Bothwell, muy serio—. Me conformo con lo que Su Majestad ha considerado oportuno concederme.

En cuanto Bothwell se retiró tras haber hecho toda suerte de promesas de lealtad, María se volvió hacia Darnley.

—No es necesario que seáis tan áspero —le reprochó, dejándose caer en una silla.

—No me fio de él —respondió fríamente Darnley.

—No ha hecho nada para merecer mi desconfianza, a diferencia de todos los demás. Tuve que expulsar al embajador Randolph por alentar a los rebeldes. Morton está aquí pero yo sé que coqueteó con mi hermano y mantiene correspondencia con él a pesar de que dirigió mis tropas y ocupa el puesto de canciller del Reino. Es cierto que Argyll no apoyó sin reservas a los rebeldes llevándoles las tropas que les había prometido ni tampoco huyó con ellos, pero se ha ganado mi desconfianza pues traicionó a ambos bandos.

—¿Tanto apreciáis la lealtad?

—Por encima de cualquier otra cosa. Cuando alguien me traiciona o se limita a mirar sin levantar la voz ni la espada contra los traidores, para mí ya queda descartado para siempre.

—Debe de ser muy triste, tristísimo, verse descartado por vos —aseguró Darnley, y le besó la mano.

Sus bellos ojos de largas pestañas permanecían cerrados.

Era el momento de decírselo, ya que estaba tan afectuoso.

—Henry, se avecina un gozoso acontecimiento. Estamos esperando un heredero... Mirad, ya me provoca cansancio. Pero puedo reposar. Durante los próximos siete meses habrá paz y placer, un clima perfecto para el bebé.

Una expresión de felicidad iluminó el rostro de Darnley.

—¡Un bebé! ¡Oh, María, amor mío! ¡Un bebé, un bebé!

María experimentó una sensación de alivio pese a que no sabía qué reacción había debido esperar de él.

Últimamente las reacciones de Darnley eran imprevisibles.

Darnley la abrazó.

—Estoy deseando que llegue la hora del parto y me siento orgulloso de ser el padre de vuestro hijo. El padre de un rey, ¡eso es lo que será! Un rey indiscutible. ¡El no necesitará la aprobación del Parlamento para merecer el título ni tendrá que esperar a que su esposa se lo otorgue!

—Dejad el tema, os lo ruego. Lo machacáis con tanta insistencia como un perro roe un hueso.

—¿Me ordenáis que os deje? ¡Muy bien pues! —Darnley dio media vuelta y se

dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—Yo no os he ordenado que me dejéis, sino que dejéis el tema...

El tapiz se agitó cuando Darnley dio un portazo tras abandonar la estancia. Eran un sonido y un espectáculo habituales.

María salió de la sala de audiencias y se encaminó hacia su dormitorio. Se sentía cansada y caminaba muy despacio. Por el momento, los efectos del embarazo consistían sobre todo en una somnolencia constante y cierta falta de energía. No había experimentado las náuseas ni los desmayos que Bourgoing le había predicho. Seguía cumpliendo toda una serie de obligaciones que, como consecuencia de la Correría de la Persecución, habían dejado de ser acciones bélicas para convertirse en decisiones políticas. Pero estaba agotada.

En los últimos días, debido a las limitaciones que le imponía su cansancio físico, se entretenía con la costura y, muy en especial, con el diseño de motivos alegóricos. Al principio lo hacía simplemente para mantener las manos ocupadas pero poco a poco aquella actividad se había ido convirtiendo en un desafío mental y, al mismo tiempo, en un desahogo y una huida a un mundo en el que todo estaba ordenado según un arcano modelo. En aquellos momentos trabajaba en un motivo que los representaba a ella y a Darnley en forma simbólica. Mostraba una tortuga terrestre que subía por la base de una palmera coronada. Él era la tortuga y ella era el árbol. Cuando las Marías le preguntaron qué significaba, se negó a explicárselo. Esta era la ventaja de los motivos emblemáticos: podían significar cualquier cosa.

Se sentó delante de la ventana en una silla acolchada con un cobertor y tomó su costurero. El motivo expresaba la creciente inquietud que ella sentía acerca de Darnley; ¿sería éste una tortuga terrestre que sólo buscaba escalar posiciones más altas a través del matrimonio? Le exigía sin cesar la concesión del título de rey en virtud del matrimonio. ¿Por qué razón no se lo había concedido el Parlamento? ¿Y por qué era ella tan cruel que se negaba a convocar el Parlamento para que se lo concedieran?

Pero, entretanto, Darnley apenas atendía a sus deberes; nunca se hallaba presente cuando debía estampar su firma en los documentos, lo que la había obligado a hacer un facsímil de su firma. Siempre estaba practicando la cetrería, dando paseos a caballo o...

María tomó un grueso hilo de seda de color tostado y empezó a separar las hebras. Pasó por el ojo de la aguja el número de hebras que necesitaba, sosteniendo la aguja contra la luz.

Además, salía de noche. ¿Adónde iría? Muchas veces María bajaba por la escalera de caracol hasta la habitación de Darnley después de la cena, confiando en encontrarlo solo, y descubría que se había marchado, por muy mal tiempo que hiciera. Cuando ella lo interpelaba respecto a ello, él se negaba a contestar. En ocasiones, bien entrada la noche, María oía barullo en el patio. Era Darnley, que exigía que le abrieran la garita

de la entrada. Hablaba a gritos y con voz pastosa. A veces incluso de día se le notaba el olor a vino.

María empezó a rellenar los espacios amarillos del motivo del caparazón de la tortuga. El movimiento de la aguja al entrar y salir una y otra vez la tranquilizaba.

Se sentía sola, más sola de lo que jamás se había sentido pues no podía hablar con la única persona con quien se suponía que debía hacerlo.

«Me casé para huir de la soledad —pensó—, y la he encontrado en una de sus formas más terribles.»

El Reino no se había calmado después de la Correría de la Persecución. Aún había mucho descontento; María lo advertía en los silencios que la rodeaban, en el desánimo que parecía impregnar toda la ciudad de Edimburgo. Aborrecían a Darnley, y había veces en que ella también lo aborrecía. Todo había empezado con su cruel demostración en la tienda del campamento durante la Correría de la Persecución.

«El año pasado por estas fechas él ni siquiera había llegado a Escocia —pensó—. Después apareció y yo me enamoré de él. ¿De veras todo ha terminado en tan poco tiempo? ¿Es posible que el amor sea tan fugaz?»

«Cuando nazca el niño, todo será distinto. Sí, tiene que serlo.

»Pero entretanto... echo de menos a Jacobo —asintió, sorprendida—. Echo de menos su presencia y aquello que yo creía que era.

»¡Ya basta! —se amonestó con severidad—. ¿Qué príncipe tendría tan poco orgullo como para echar de menos a un traidor?»



## XXIV

Darnley recorrió los callejones que discurrían paralelos a Canongate con el rostro casi enteramente cubierto por el embozo del manto y la espalda encorvada para no parecer tan alto. Se había escabullido de nuevo del asfixiante ambiente de Holyrood para irse a un lugar donde podía respirar en paz. Cuando se ponía el sol resultaba fácil perderse en la oscuridad de Edimburgo. Todos los hombres buenos de la Iglesia se hallaban en sus casas —¡leyendo la Biblia sin duda!—, pero Edimburgo ofrecía algo más que aquello que la Iglesia sancionaba. En las callejuelas y los callejones sin salida había tabernas para beber y casas en las que era posible disfrutar de otros placeres.

Él había empezado a probar estos últimos, pero tímidamente, pues se sentía culpable. A fin de cuentas, estaba casado. ¿Qué necesidad tenía de ello? Sin embargo, las cosas que le apetecía hacer le causaban repugnancia y sin duda también se la habrían causado a su esposa. Era mejor pagar directamente a alguien para quien sus caprichos no supusieran más que una simple rutina.

En cuanto a la bebida, le resultaba relajante acudir a un establecimiento donde ésta fuera la actividad generalizada en lugar de algo por cuya consecución, en caso de que le apeteciese tomar más, hubiera que luchar. ¡Los criados tardaban tanto en los banquetes! (aunque debía admitir que el vino era inmejorable), y en sus aposentos siempre se hallaban los servidores Taylor y Anthony Standen, que lo miraban con malos ojos cuando se tomaba uno o dos traguitos de más. Darnley sabía que llevaban mentalmente la cuenta.

Empujó la puerta de la taberna del Trasero del Monje, aquella cuyo letrero mostraba a un monje que se levantaba el hábito para dejar al descubierto sus posaderas desnudas. Era un pequeño y oscuro local a tiro de piedra del Blackfriars Wynd, ideal para sus propósitos, pues contaban con los suficientes parroquianos como para que su presencia allí no llamara la atención, pero a aquella hora de la noche no estaba demasiado lleno. Buscó sitio en un banco y le hizo señas a la moza antes incluso de sentarse.

—¡Vaya! ¡Buenas noches, Majestad!

Darnley dio un respingo. ¿Quién lo había reconocido? Sus ojos recorrieron el local y al fin se posaron en la musculosa mole de Archibald Douglas, repantigado en uno de los bancos. Archibald levantó una jarra y lo saludó.

¡Maldita sea! Ahora tendría que ir a sentarse con aquel pariente lejano. Sufrió un ligero estremecimiento; corrían rumores de que el taciturno y sarcástico Archibald era un asesino o un hombre a sueldo de asesinos.

—Bien hallado, primo —lo saludó Darnley en voz baja, sentándose a su lado. Vio el grueso muslo de Archibald a escasa distancia del suyo en el banco; pero Archibald

no lo movió tal como la cortesía le habría exigido hacer.

—No sabía que el esposo de la Reina frecuentara estos lugares —comentó Archibald—. Qué grata sorpresa. —Tomó un buen trago de su jarra y, cuando terminó, Darnley vio unas minúsculas gotitas de cerveza que brillaban en los pelos de la barba en torno a su boca.

—A todo el mundo le gustan los cambios —contestó Darnley—. Y la cerveza de aquí me gusta.

Era cierto. En los últimos días había debido prescindir del whisky, pues no sólo no era fácil conseguirlo después de los contratiempos que había habido con el conde de Argyll y sus tierras del norte, sino que, además, el whisky le provocaba molestias estomacales y dolor de cabeza. Se había pasado al vino y a la cerveza.

—¿Qué más os gusta? —preguntó Archibald.

Darnley se quedó de piedra. ¿Estaría Archibald al corriente de sus visitas a las casas?

—Me gustaba el sabor del whisky del conde de Argyll pero últimamente no es fácil de conseguir.

—Muy cierto —gruñó Archibald, bebiendo otro trago.

Por fin le habían servido la bebida a Darnley, quien se llevó de inmediato la jarra a los labios. Llevaba horas esperando.

Juntos se bebieron varias rondas. Después de las tres primeras, Darnley empezó a experimentar la liberación que buscaba. Tuvo que tomarse tres jarras de cerveza para igualar el efecto de un pequeño vaso de whisky, pero, una vez alcanzada, la sensación era la misma. Ya ni siquiera le importaba la presencia de Archibald e incluso sentía que había entablado cierta camaradería con su pariente. Las velas del local despedían una suave y ambarina luz tan agradable como la de las linternas de asta de buey. Los revestimientos de madera de las paredes parecían tan costosos y refinados como el ébano. De repente, cruzó por su mente una imagen de María con el cabello suelto y en camisa de dormir tendida en la cama... con los blancos pies, como los de una estatua de mármol, asomando por debajo de los cobertores. Aquellos pies..., a veces se juntaban sobre su espalda cuando lo rodeaba con sus largas piernas...

—¿Está ocupada la Reina esta noche? —preguntó Archibald.

—No —respondió Darnley, aunque en realidad lo ignoraba. Sólo sabía que él se sentía atraído por la cerveza y por las mujeres del piso de arriba de la casita de unas puertas más abajo, donde podía satisfacer sus fantasías sin contestar 3: preguntas ni pasar vergüenza. Por eso salía.

—¿Entonces no está con su secretario? —preguntó Archibald asombrado.

—No lo sé.

—Ya.

La palabra quedó suspendida en el aire como un colibrí.

—¿Qué queréis decir? —se vio obligado a preguntar Darnley.

—Quiero decir que es muy raro que no esté con ese hombrecillo de extrañas aficiones.

Darnley soltó en una carcajada.

—Soy amigo de Rizzio desde hace bastante tiempo y no noto nada raro en sus aficiones.

De hecho, el italiano tenía un gusto exquisito en cuestión de ropa, comida, vinos, libros..., casi todas las cosas que la Iglesia Reformada consideraba pecaminosas.

—Pues entonces, ¿por qué razón la Reina se complace en tratar con él? —preguntó Archibald como si estuviera desconcertado de verdad.

—No sé a qué os referís.

—Claro, es natural que no queráis hablar de ello. Os pido perdón entonces. Si es con vuestro permiso... —Archibald se encogió de hombros.

¿Acaso se atrevía a insinuar que él, Darnley, era un marido consentido que toleraba que el secretario italiano complaciera a su esposa?

—¡No os permito semejante insulto! —gritó, levantándose de un salto mientras hacía ademán de empuñar la espada.

Archibald también se irguió y pareció llenar con su mole toda la taberna.

—No pretendía insultaros —replicó—. Simplemente deseaba, como pariente vuestro que soy, advertiros del peligro. Mi lealtad me ha obligado a hablar —añadió con una expresión que parecía sincera.

Darnley, demasiado bebido como para desenvainar la espada, se sentó de nuevo. La cabeza le daba vueltas.

—Mentís. Eso no es verdad... —musitó.

¿Dónde estaba Archibald? Se había largado. Darnley pidió otra cerveza.

Se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Aquella noche no visitaría a las mujeres. Iría a ver a su esposa, a la Reina. ¿Había alguna razón para que ésta no le diera lo que él deseaba? Al diablo las mujeres. ¡Y al diablo Rizzio!

Empezó a imaginarse la escena que siempre lo excitaba. Quería que María lo besara, le lamiera los pies y subiese despacio por las piernas hasta llegar a la ingle y le envolviera las piernas con su cabello. Lo haría rozándole los pies con la frente y después separando su cabello en dos mitades para rodearle las piernas con él, formando una especie de tienda mientras su lengua subía hacia sus partes pudendas. La idea de su sedoso cabello y de su cálida lengua...

De repente, incapaz de contener su deseo, rebuscó en su bolsa el dinero para pagar la cerveza y salió tambaleándose casi sin poder caminar a causa de su dolorosa erección.

La Reina acababa de pedirle a María Seton que le llevara su agua de flores de saúco para hacerse una fricción en los hombros y el cuello. Tenía ganas de acostarse. Últimamente necesitaba dormir más y debía reconocer que estaba mimándose mucho. El delicado perfume de las flores de saúco le producía sueño, y a ella le gustaba cerrar los ojos e imaginarse tendida en un florido prado estival.

—Gracias, querida Seton —dijo, tomando el fino frasco de cristal.

El líquido que éste contenía era de un cálido color rosado. Se vertió un poco en la palma de la mano y se hizo una suave friega en el cuello, sintiendo que se le relajaban los músculos.

—¿Queréis que regrese más tarde para el rosario? —preguntó Seton.

Ambas rezaban a menudo el rosario juntas antes de irse a la cama, pero desde que María se había casado, la costumbre se había interrumpido. En los últimos días, sin embargo, Darnley salía mucho de noche y ellas la habían recuperado.

—Sí —contestó María.

Sola en su dormitorio, María se aplicó despacio la loción y después se puso a leer un poco de poesía de Du Bellay.

*otre vie est moins qu'une journée  
l'éternel, si l'an qui fait le tour  
isse nos jours sans espoir de retour...*

*uestra vida es más breve que un día  
mparada con la eternidad, si el año que da vueltas  
sigue nuestros días sin esperanza de regreso...*

Se abrió la puerta y apareció Darnley.

—¡O sea que estáis sola! —exclamó en tono acusador. Entró y cerró la puerta a su espalda con gran estrépito.

—Por el momento, sí —repuso ella—, pero pronto vendrá... —Cerró el libro y se levantó para saludarlo.

—De modo que esperáis a alguien, ¿eh?, ¡Bueno, pues despedid a ese hombre!

—¿A qué hombre?

—¡Ya sabéis a quién me refiero! —gritó Darnley, abalanzándose sobre ella.

¡Otra vez no! ¡Otra vez borracho no!

María sintió que el corazón le daba un vuelco, pero al mismo tiempo se enfureció. El ritual del agua de flores de saúco, su momento de sosiego, el pequeño círculo de belleza y refinamiento que había creado en torno a sí estaba a punto de romperse.

—Pues no, no lo sé —replicó retrocediendo.

—¡Venid aquí! ¡No os apartéis de mí! La agarró con fuerza y se apretó contra ella.

María percibió su excitación y le pareció una agresión tan desaforada como la rebelión de lord Stewart. Darnley pretendía rasgarle la ropa, pero estaba tan bebido que sólo lograba dar manotazos—. ¡Abajo! ¡Servidme de rodillas!

La asió por la cabeza y trató de empujársela hacia sus pies. Ella se echó hacia atrás y lo abofeteó.

—¡Procurad serenaros, borracho pendenciero! —le espetó—. ¿Cómo os atrevéis a entrar en mis aposentos de esta manera?

—¡Vuestros aposentos, vuestros aposentos! —remedó él con un vacilante sonsonete—. ¿Qué es eso de «vuestro» y «mío»? ¿Acaso no somos una sola carne? ¿Acaso el marido no es una sola cosa con su mujer? ¡Venid y sedlo conmigo!

Se abalanzó de nuevo sobre ella e intentó agarrarla, pero María lo esquivó sin dificultad. Debió reprimirse para no propinarle un puntapié mientras yacía en el suelo. Trémula, se irguió y, acercándose a la puerta de la estancia, llamó a sus guardias.

—Retirad al Rey de aquí —les ordenó con voz apagada—. Llevadlo a sus aposentos y llamad a sus criados para que lo atiendan.

Cuando los guardias se hubieron llevado a Darnley a rastras, María experimentó un violento acceso de temblores.

Cuando bebía, su esposo se convertía en un monstruo. Y la situación era cada vez peor; los episodios se producían cada vez con mayor frecuencia. En lo sucesivo tendría que mantener la puerta cerrada. Se acercó a la puerta sin dejar de tiritar e hizo girar la gran llave de hierro en la cerradura.

## XXV

Darnley había intentado abrir la puerta interior del dormitorio de María, pero la llave estaba echada. Hasta entonces ni siquiera se le había ocurrido pensar en la insinuación de Archibald Douglas. De hecho, había subido por la escalera de caracol que comunicaba los dos dormitorios, había cruzado en silencio el rellano y había tocado con mucha suavidad el tirador de la puerta precisamente para demostrar que la alusión de Douglas carecía de fundamento. Pero no se movió. La puerta estaba cerrada por dentro. Y nunca lo había estado.

Aplicó el oído a la maciza madera; no había ojo de cerradura por el que mirar. Oyó con toda claridad las voces de María y de Rizzio.

Se sintió físicamente enfermo y se dejó caer contra la puerta. Lo habían traicionado.

Pero ¿sería verdad? ¿No habría una explicación inocente?

Sin embargo, si la hubiese, ¿por qué estaba cerrada la puerta?

No. No había otra explicación que la que Douglas había insinuado.

Rizzio. Rizzio era el amante de María.

Darnley se habría echado a reír si el insulto no hubiera sido tan grande. El italiano era viejo —¡contaba por lo menos cincuenta años!— y medía un palmo y medio menos que María. Además, era feo y de baja cuna.

Todo ello hacía que la ofensa resultase aún más humillante.

«Si María hubiera elegido a Maitland, refinado, cortés y elegante en extremo... o a Bothwell, con toda su experiencia en la cama y su sabiduría para complacer a las mujeres... o incluso a De Foix, el embajador francés, con su *savoir faire* europeo y su pasado de intrigas..., cualquiera de quien yo pudiera decir, “Él tiene tal cosa y yo no”... ¡pero Rizzio!»

Se volvió y bajó por los peldaños; tan aturdido estaba que casi se sorprendió de que todavía fuera capaz de colocar un pie delante del otro. Entró de nuevo en su dormitorio y se arrojó boca abajo en el gran lecho. El lecho que María solía visitar. Antes...

Las lágrimas le empañaron la visión mientras cruzaban por su mente las escenas de sus antiguos retozos con la misma claridad con que las habría representado un pintor flamenco. El modo en que ella lo buscaba..., las cosas que le decía...

¿Habrían sido mentiras? ¿Estaría diciéndole las mismas cosas a Rizzio en aquel preciso instante, justo por encima de su cabeza?

Golpeó con los puños el colchón de plumas. La idea de María en brazos de otro hombre lo torturaba.

«Has de afrontarlo —se dijo con severidad—. La verdad es la verdad. Se ha divertido contigo, te ha utilizado para proporcionarle un heredero real al trono y ahora

ya no le sirves de nada. Te prometió el título de rey en virtud del matrimonio, pero ahora asegura que es imposible, que tengo que firmar documentos y asistir a las reuniones del Consejo, pero eso es una excusa. La verdad, la verdad... es que me ha utilizado para sus fines. Ahora ya no le sirves. La verdad es que ya no te ama.»

Al comprenderlo así, un dolor muy parecido al provocado por una herida de espada le recorrió todo el cuerpo. Pero esto fue una insignificancia en comparación con el pensamiento que lo acompañó: «A lo mejor, nunca me ha amado y todos los recuerdos y las palabras que me dijo fueron mentira. A lo mejor, jamás he tenido aquello que creía tener.

»A lo mejor, el hijo es de Rizzio...»

Rompió a llorar y sus lágrimas empaparon la almohada. Lloró hasta sentirse exhausto y casi muerto.

Debió de quedarse dormido, pues cuando abrió los ojos las lágrimas secas le habían pegado los párpados. Soltó un gruñido. ¿Por qué estaba completamente vestido? Agazapado justo en el límite de su conciencia había algo feo, algo desagradable... ¿Qué era? Algo tan grande y silencioso como un almiar que proyecta su sombra sobre los campos recién segados. De repente comprendió de qué se trataba, y lanzó un grito de triunfo.

«Tu mujer te ha abandonado. Además, tu mujer jamás te ha querido.»

Levantó la cabeza. El palacio estaba en silencio. Rizzio ya habría regresado hacía mucho rato a sus habitaciones del piso superior.

No obstante, en Edimburgo había lugares que nunca dormían. Unos pequeños lugares detrás de los callejones cuyos sencillos portales nada revelaban.

De pronto se sintió dominado por una abrumadora lujuria y un intenso deseo de poseer a una mujer. Todas eran iguales en la oscuridad, había oído decir. ¡Y era cierto! ¡Vaya si lo era!

Dejó que las piernas colgaran del borde de la cama. Sus nuevas calzas de lana se tensaban sobre las rodillas produciéndole una sensación agradable.

«Ni siquiera tengo que vestirme —se dijo—. Ya estoy preparado.» Sus pies rozaron el suelo y se acercaron en silencio a su escritorio para encender la vela.

«Creo que invitaré a Rizzio a que se reúna conmigo —pensó—. A lo mejor me dirá algo que disipará todos mis temores. A lo mejor hay una explicación. A lo mejor no es cierto...»

Tomó la vela y avanzó por la larga galería hacia las habitaciones de Rizzio.

Llamó con suavidad a la puerta.

Oyó un movimiento como de pisadas al otro lado. No estaría María allí dentro, ¿verdad?

«Yo soy el Rey —se dijo—. Puedo entrar donde quiera.» Hizo girar el tirador —la puerta no estaba cerrada— y entró.

Rizzio se incorporó en la cama, sobresaltado.

«Ladrones —pensó Darnley—. Cree que soy un ladrón. Qué ironía... ¡El ladrón es él!»

—Milord... Majestad... ¿qué os ocurre? —balbució Rizzio.

Darnley le acercó la vela al rostro. Estaba arrugado y ofrecía un aspecto cansado. El cabello era largo y grasiento. Todos aquellos detalles agravaban la situación.

—No me ocurre nada —contestó Darnley, jovial—. He pensado que me apetecería probar unos placeres no demasiado ortodoxos que ofrecen ciertos barrios de Edimburgo y me encantaría que alguien me acompañara.

—Oh. —Rizzio se recostó de nuevo sobre las almohadas. Parecía agotado. Un viejo no debía enredarse en aquello en lo que resultaba evidente que estaba enredándose—. Debo rogaros que me excuséis —dijo al final.

—¡No, no debéis hacerlo! —repuso Darnley, tirando del cuello de su camisa de dormir—. Debéis acompañarme. ¡Me niego a ir solo! ¡A fin de cuentas, soy el Rey!

Rizzio se levantó de la cama. En circunstancias normales su aspecto habría resultado cómico a pesar de su camisa de dormir bordada. En esos momentos era sencillamente repugnante.

—Disculpadme un momento —dijo, retirándose a un gabinete protegido por una mampara para vestirse.

¿Tendría el miembro enrojecido e irritado tras el reciente uso? Mientras lo guardaba, ¿le daría unas palmadas recordando cada momento?

—Ya estoy preparado —anunció Rizzio, saliendo de nuevo.

—Muy bien —repuso Darnley.

Cuando abandonaron en silencio la estancia, Darnley tuvo que tirar del adormilado Rizzio por el pasillo del palacio hasta el exterior. Una vez allí, éste tropezó con los adoquines y Darnley lo levantó de un tirón.

—¡Despertad! —le ordenó en voz baja—. ¡Debéis permanecer despierto para lo que va a ocurrir!

¿Estaría Rizzio agotado de tanto hacer el amor? ¿Cabía prueba más fehaciente de su traición?

Darnley conocía una puerta lateral por la que era posible salir, evitando a los guardias con sus antorchas. Tras cruzarla rodearon el lado sur del palacio, desde donde bajaron por oscuras callejuelas y angostos callejones en los que jamás penetraba la luz de la luna. Todo estaba en sombras. No había antorchas que ardiesen ni vieron lámparas encendidas en el interior de las habitaciones por delante de cuyas ventanas pasaron. Era noche cerrada y no se oía otro sonido que el de los correteos de las ratas asustadas por sus pasos.

Las casas de piedra parecían irradiar frío, y muy pronto Darnley rompió a tiritar a pesar del grueso manto de lana que llevaba.



—Girad aquí —le indicó a Rizzio.

Al doblar la esquina, oyeron el leve rumor de unas voces. Darnley llamó con suavidad a una puerta y le abrió una mujer que evidentemente ya estaba despierta. No obstante la habitación del interior se hallaba demasiado a oscuras como para que en ella pudiera llevarse a cabo un trabajo honrado.

—Busco a Letitia —dijo Darnley.

Hablaba con voz ronca a causa de la excitación.

La mujer miró a Darnley y de pronto se percató de quién era: el Rey. Alargó la mano y le acarició la mejilla.

—Qué piel tan suave —murmuró—. No os daré a nadie más que a mi propia persona.

Lo acompañó a un pequeño dormitorio tras dar instrucciones a alguien de que se encargara de Rizzio. En la estancia no había más que un lecho gigantesco.

—Venid.

La mujer lo tomó de la mano y lo acompañó a la cama. Se tendió en ella y alargó los brazos hacia él.

Parecía ansiosa de tocarlo y besarlo. Era imposible adivinar si su deseo era fingido. Parecía algo mucho más real que todo lo que le había ofrecido su madre en su infancia o María en el matrimonio.

Y era cierto...; todas las mujeres eran iguales en la oscuridad... La mujer le producía las mismas sensaciones que su esposa.

Y, al terminar, no le habló de política ni de obligaciones. Por el contrario, empezó a acariciarlo. ¿Con qué propósito? Darnley no acertaba a comprenderlo.

—Creo que nuestro placer se multiplicaría por nueve si fuéramos tres... —le dijo la mujer en un susurro.

—¿Quieres decir...?

—Ya veréis —dijo la mujer, levantándose con agilidad. Hizo sonar una campanilla y apareció una criada en el umbral. La mujer le susurró algo, y la puerta se cerró de nuevo—. Bueno —añadió, ofreciéndole a Darnley una gran copa de vino—. Debéis reponer fuerzas.

La puerta se abrió con un chirrido y apareció Rizzio.

—¿No os parece un plato insólito? —preguntó la mujer en un susurro—. Haced con él lo que queráis.

—Ah, Rizzio, amigo mío —murmuró Darnley con voz pastosa—. Os ruego que os acerquéis.

Rizzio se acercó con paso vacilante a la cama.

—Estamos ansiosos de vuestra compañía —agregó Darnley.

Rizzio parecía mareado, pero subió sumiso a la cama.

La mujer empezó a quitarle con destreza la ropa. Al llegar a los calzones, le hizo

una seña a Darnley.

Éste comenzó a desabrochárselos cuidadosamente, sacando cada tirilla de su correspondiente ojal con un prolongado y lento movimiento. La abertura en forma de V se ensanchó. Debajo había una prenda interior de seda. Darnley le bajó a Rizzio los calzones. Quedaban las tiradillas de seda.

«Debajo... Debajo... —pensó Darnley—, está lo que mi Reina prefiere a lo mío.» Empujó la prenda hacia abajo y miró: el miembro estaba escondido por completo bajo una mata de hirsuto vello cuyo aspecto evocaba el de las escobas de las campesinas. Nada se movía.

—Acabo de terminar —dijo Rizzio en tono de disculpa.

—Eso no importa —le aseguró la mujer—. La parte de vos que nos interesa aún es virgen. Por lo menos hasta esta noche.

Le hizo señas de que se volviera. Rizzio la miró aterrorizado.

—No tengáis miedo —intentó serenarlo la mujer, acariciándole las posaderas mientras él obedecía y se tendía boca abajo. La mujer le separó las musculosas nalgas y añadió—. No os pongáis tenso, o de lo contrario os dolerá mucho. —Volviéndose hacia Darnley, le preguntó—: ¿No os parece tentador? Tan redondo, tan perfectamente esculpido... La sensación será distinta, claro, al igual que la cerveza sabe distinto que el vino. Pero ambas cosas se suben a la cabeza y muchos hombres prueban las dos y se sienten más a gusto... Vamos a ver... Adivino que la idea os excita.

Dirigió una significativa mirada a las partes pudendas de Darnley, cuyo miembro empezaba a moverse como un hombre que acaba de recibir un estacazo en la cabeza y, tras soltar unos cuantos gruñidos, recupera de nuevo el equilibrio.

Sí, lo excitaba, pero no por las razones que ella creía. Le excitaba la idea de violar al hombre que le había robado la esposa, de obligarlo a cometer actos obscenos, de humillarlo...

—Sí, es verdad —murmuró.

—Pero el resultado es mucho más satisfactorio cuando hay algo más que el simple hecho de obtener el placer directamente de él —señaló la mujer—. Yo también tengo deseos y, si me tiendo de una determinada manera, podrán satisfacerse. A todo el mundo le apetece cambiar, y vos y yo ya hemos probado una cosa. Por consiguiente, creo que le pediremos a maese Davie, éste es vuestro nombre, ¿verdad?, que desempeñe el papel más difícil. Deberá empujar mientras lo empujan a él. De vos, mi dulce príncipe, sólo necesitaré una suave y amorosa lengua. Pero primero deseo veros bien dispuestos el uno encima del otro.

Con una sonrisa en los labios, la mujer colocó a Darnley encima de Rizzio y, haciendo una seña, lo empujó hacia abajo.

Darnley percibió el odio y el temor de Rizzio pero aquella sensación intensificó su placer. Quería violarlo, desgarrarlo por dentro, avergonzarlo. Cuando oyó que Rizzio

ahogaba un grito de dolor, se sintió victorioso. El pequeño italiano se quedó rígido.

—Ya os he dicho que debéis relajaros —le recordó la mujer.

—Aaah... —gritó Rizzio con voz lastimera.

Darnley notó que Rizzio intentaba relajarse, pero de nada sirvió. No había manera de penetrarlo.

«Mejor», pensó.

Castigó con crueldad al hombrecillo, tratándolo con toda la aspereza y la maldad de que fue capaz. Sintió todo el dolor que le causaba al tiempo que utilizaba de modo mecánico la lengua para complacer a la mujer, que emitía gemidos y gruñidos de placer.

Darnley siguió atormentándolo mucho después de que la mujer se hubiera apartado, satisfecha, de Rizzio. Estaba claro que éste había conseguido cumplir con su deber pues ella descansaba con una media sonrisa en los labios. Sin embargo, los rechonchos dedos de Rizzio asían con fuerza la almohada, y su mandíbula se mantenía apretada mientras Darnley lo penetraba.

—Por el amor de Dios, os ruego que os detengáis —suplicó finalmente el italiano.

—No, aún no he gozado lo suficiente —contestó Darnley, empujando cada vez con más fuerza.

Rizzio profirió un grito de dolor.

De pronto, Darnley sintió un espasmo distinto de cualquier otra cosa que jamás hubiera experimentado. Se componía de un cuarto de odio puro, un cuarto de curiosidad, un cuarto de venganza y sólo un cuarto de placer físico. Soltando un agudo grito de triunfo, se desplomó sobre Rizzio. Sólo cuando se apartó de él, vio que estaba manchado de sangre.

De modo que era por eso por lo que se sentía tan resbaladizo, pensó, y no por el aceite de la pasión, lo que, por otra parte, habría sido imposible.

Rizzio estaba llorando.

—¿No os ha gustado? —le preguntó la mujer, fingiendo asombro—. Algunos hombres lo prefieren así. Lo lamento... Hay un ungüento que os aliviará el dolor...

Rizzio se levantó de la cama y recogió su ropa. Sus enrojecidas nalgas ofrecían un espectáculo tremendamente cómico.

—Sois perverso —le dijo a Darnley—. Os arrepentiréis de este día.

—Ah, ¿es que ya es de día? —replicó Darnley en tono despectivo—. Yo creía que aún era de noche.

La mujer descorrió la cortina de la ventana y miró hacia fuera.

—El alba. El paso de la noche al día.

Rizzio se marchó.

## XXVI

María estaba a punto de pedirle a Beaton que le llevara su manto con capucha, pero se detuvo. Las notas de la canción que tocaba Rizzio eran tan dulces que quería terminar de escucharla. No le apetecía ir a la casa del mercader donde tenía que cenar aquella noche.

De pie junto a la ventana de su pequeño comedor privado de Holyrood, contempló las luces de Canongate. La capa de hielo que cubría los adoquines las reflejaba como un espejo.

«Debo tener cuidado al caminar.»

Su quinto mes de embarazo empezaba a afectar su sentido del equilibrio.

La canción terminó. Había llegado el momento.

—Gracias, mi querido Rizzio —dijo María, volviéndose hacia él.

Rizzio sonrió.

—Conozco otras dos que os tocaré la próxima vez —le prometió.

—Beaton, el manto.

María parecía cansada.

La muchacha fue en su busca y se lo entregó.

—Tenéis que pedir a Francia la tela de vuestro vestido de novia —le recordó María en tono de reproche—. Las costureras dispondrán de muy poco tiempo. No olvidéis que debéis elegir lo que más os guste; es mi regalo.

María Beaton esbozó una sonrisa un tanto forzada. ¿Acaso le dolía aún el fracaso de su idilio con Randolph, el entrometido embajador inglés? La relación había terminado bruscamente cuando la Reina lo había expulsado del país por haber fomentado la rebelión de lord Stewart. Desde entonces la joven había sido cortejada por un compatriota.

—Alexander Ogilvy es un hombre afortunado —le aseguró la Reina.

«En efecto —pensó María—, es sincero y honrado, y jamás la traicionará.»

Rizzio se levantó de su asiento y acompañó a la soberana a través de todos sus aposentos y por la ancha escalinata. Cuando se hallaron lejos del alcance del oído de Beaton, le murmuró al oído:

—Ogilvy no se considera afortunado. —Hizo una pausa, pero no esperó a que María le preguntara por qué—. Ama a otra..., a lady Jean Gordon, pero un lord más poderoso ha pedido su mano. Ser joven, estar enamorado y carecer de poder es una situación muy dolorosa.

—¿Quién ha pedido su mano? —preguntó María mientras la orla de su vestido de terciopelo la seguía obedientemente deslizándose por los peldaños que tenía a su espalda.

—Lord Bothwell. Se casan el mes que viene. —Rizzio puso los ojos en blanco, complacido de sorprender a la Reina—. No es una cuestión de amor, sino de propiedades. Una lástima.

—¡Bothwell! ¿Y se casa con ella... en contra de la voluntad de la joven?

—Sí. Pero su familia la ha vendido.

Por un instante, María se preguntó qué debía de sentir una mujer cuando la casaban contra su voluntad. ¿Oponía resistencia o lo aceptaba?

¡Bothwell! Tener que entregarse a él... Sin duda era un hombre muy duro y exigente. La aplastaría y la utilizaría como a un caballo.

Pero no despediría extraños olores ni exigiría actos abominables surgidos de su enferma fantasía.

El recuerdo del comportamiento de Darnley le resultaba muy doloroso. Últimamente había convertido el lecho matrimonial en un campo de procacidades y vulgaridad. Él...

—Querida mía.

Darnley la esperaba al pie de la escalera vestido con unos elegantes calzones de terciopelo y una capa cuajada de piedras preciosas. Su rostro era tan bello como siempre y su sonrisa una curva de marfil. Pero ella se estremeció al tomar su mano. Darnley miró a Rizzio para indicarle que se marchara, pero el italiano ya había dado media vuelta.

—¿En qué se ha ocupado hoy mi hermosa Reina? —preguntó jovial.

—He tenido que leer muchos despachos —contestó María. Antes se lo habría dicho con cierto tono de insinuación o de mandato, pero ya no deseaba que él interviniera en aquellos asuntos.

—¿Y qué más?

«Algo malo se avecina», pensó María.

—Hay mucha correspondencia entre Londres y Edimburgo —contestó con cautela—, como si hubiera asuntos apremiantes que resolver. Cecil escribe a los rebeldes escoceses de Newcastle casi a diario, y también a Knox. Y yo... —Dejó la frase sin terminar. No quería comentarle a Darnley sus sospechas. Temía que se fuera de la lengua.

—¿Sí, amor mío? —Darnley se inclinó hacia ella para besarla.

Olía a vino. Ya había estado bebiendo, pero no había nada en su comportamiento que lo delatase.

—¿Por qué bebéis tanto? —le preguntó María con tristeza.

—No sé de qué me habláis —repuso él, apartándose.

Subieron en silencio por Canongate y cruzaron Netherbowport para entrar en la ciudad de Edimburgo propiamente dicha. El mercader Donald Muir intercambiaba vinos de Burdeos y de La Rochelle por lana y pellejos de cabras, ovejas y conejos. No era un hombre rico sino acomodado que ocupaba un importante cargo como concejal de

la ciudad. María siempre aceptaba las invitaciones de los mercaderes y disfrutaba en sus fiestas, pues le permitían escapar de la agobiante atmósfera de los actos de palacio.

—¡Bienvenidos, bienvenidos a mi casa! —saludó Muir, haciendo entusiastas gestos desde la puerta de su casa al ver las antorchas que acompañaban a la regia pareja.

El interior de la casa era muy cómodo y transmitía de inmediato una sensación de orden. La mesa estaba puesta con vajilla de peltre y cristal. Un surtido de especias — jengibre, pimienta y clavo— permitía a los comensales aderezar los platos a su gusto. Los invitados habían sido cuidadosamente seleccionados: otro mercader que comerciaba con los países del Báltico, sobre todo en cáñamo y hierro; un estudiante de teología de Saint Andrews; un médico de la Universidad de Aberdeen que había realizado estudios sobre la peste; un abogado experto en testamentos y herencias; un librero inglés que tenía una tienda en Edimburgo, y un discreto joven que afirmaba ser un matemático escolástico. Todos aquellos hombres y sus mujeres eran unos amenos conversadores, y María disfrutaba escuchándolos. Sus actividades eran para ella tan exóticas como un viaje por los ríos de América del Sur.

El matemático se pasaba horas y horas haciendo números, ¡pero no por razones prácticas como, por ejemplo, realizar una suma!

El médico, tras haber llevado a cabo una cuidadosa observación durante uno de los brotes más graves de peste, había escrito un tratado en el que afirmaba que la basura, las moscas y las ratas eran la causa de la misteriosa enfermedad.

«Preferiría asomarme a un volcán en erupción —pensó María—. Este hombre tan serio y sosegado debe de ser muy valiente.»

—Pero ¿qué tiene que ver la basura con todo eso? —preguntó Darnley de repente—. Hay basura por todas partes..., montones y montones de estiércol, mierda, orines... —dijo, pronunciando cada palabra en voz alta para que lo oyeran los que ocupaban el extremo más alejado de la mesa. Los comensales enmudecieron—. ¡Y, sin embargo, no hay peste en todas partes! —Le hizo una seña al criado de que le llenase de nuevo la copa de vino, la apuró de inmediato y pidió más—. ¡La porquería jamás ha puesto enfermo a nadie!

—Majestad —dijo el médico con cautela—, tal como afirmé en mi tesis *Breve descripción de la peste*, la enfermedad debió de brotar al principio, y todas estas cosas la favorecen. No nace de la suciedad, pero se incuba en ella.

—¡Bah! ¡Como todos los estudiosos, planteáis más preguntas de las que respondéis! Pero ¿qué tal se os da la cetrería? —Darnley soltó una sonora carcajada—. ¡Esta es la medida del hombre, no el estudio del estiércol!

El anfitrión intentó cambiar de tema.

—Tengo entendido que Flandes está cada vez más inquieto bajo la férrea mano de España. ¡No soportan la Inquisición!

—¿Y quién la soportaría? —intervino el estudiante de teología—. ¡Es una

abominación, una afrenta a Dios! Espero que nuestros buenos hermanos calvinistas convenzan a Guillermo el Taciturno de que deje de ser taciturno y...

—¡He preguntado qué tal se os daba la cetrería! —gritó Darnley—. ¡Respondedme, bellaco! —Se levantó y miró enfurecido al médico—. ¿Lo veis? ¡Está insultándome! ¡Se niega a contestarme!

—¡Henry, no! —exclamó María, levantándose con dificultad. Alargó la mano para rozarle el hombro pero él se la apartó de un manotazo.

—¡Pues entonces lucharemos! —Darnley buscó a tientas el lugar donde solía llevar la espada y se tambaleó. Estaba totalmente bebido. A continuación, se golpeó con la mesa y se precipitó contra una alacena.

—¡Ya basta! —le ordenó María, avergonzada. Parecía un poseso.

—¡O sea que me traicionáis! ¡Entonces es verdad lo que dicen! —Darnley giró dos veces sobre sí mismo como si quisiera recuperar el equilibrio—. ¡Adiós!

Corrió hacia la puerta, la abrió y bajó a trompicones por los peldaños. Lo oyeron tropezar, caer y soltar una sarta de maldiciones.

—Nuestro soberano —comentó con amargura el estudiante de teología.

María no soportaba la vergüenza. El anfitrión trató de calmar a los invitados y de que éstos ocupasen de nuevo sus asientos alrededor de la mesa, pero María dio media vuelta y, tomando su manto, les indicó por señas a los criados que no la acompañaran.

—No. Quiero ir sola.

—Majestad, no es prudente...

—¡Dejadme! Sí lo es. Os doy las gracias, mi buen sir Muir. No olvidaré vuestra gentileza.

Bajó con rapidez por las escaleras y echó a andar por la calle Mayor en dirección a Holyrood.

«¿Por qué me apresuro a regresar a palacio?», se preguntó. «¿Para reunirme con Darnley? No está allí... Se habrá ido a uno de esos oscuros lugares que frecuenta por la noche. Me da igual.»

La fría noche la serenó. Sudaba y tiritaba, pero el gélido aire le proporcionaba alivio. Pasó por delante de la casa de John Knox, vio las velas de su estudio encendidas y, de repente, envidió la vida que llevaba. Tenía hijos, una amante esposa, amigos leales y una clara vocación. Sin duda cada mañana se levantaba ansioso de empezar y por la noche se acostaba satisfecho de su labor. Y todo porque había recibido una llamada y había respondido a ella.

Aminoró la marcha al acercarse a Holyrood. Allí dentro no la esperaba nada de lo que Knox tenía en su casita.

## XXVII

Bothwell admiró su figura en el espejo. No le gustaba el sombrerito que tendría que ponerse para la boda, pero la hechura del jubón dorado de cordoncillo de seda con mangas abullonadas y la capa corta de terciopelo leonado era perfecta e impresionaría sin duda a su novia. Le molestaba la gorguera de encaje ceñida a su moreno cuello, abrochada mediante unos botoncitos de oro. Pero ya era demasiado tarde para que se la ensancharan. Cuando estuviera casado...

De modo que iba a casarse, y además había concertado un buen pacto, satisfactorio para todos. La Reina había escrito en el contrato matrimonial que éste se ajustaba a «su consejo y a su recomendación expresa». Desde el punto de vista de la monarca, el matrimonio unía a dos legitimistas de otras tantas regiones: las Highlands y las Fronteras. Desde su propio punto de vista, reforzaba su maltrecha economía; y, desde el punto de vista de lady Jean Gordon, sacaba a su familia de la sombra de la rebelión protagonizada por su padre cuatro años atrás. Ahora, gracias a su lealtad durante la Correría de la Persecución, su hermano George había recuperado el condado de Huntly y ella se había convertido en un buen partido.

Pero la joven no era exactamente de su agrado. Tenía la edad adecuada: veinte años justos. Su aspecto era aceptable e incluso atractivo, siempre y cuando a uno le gustara el cabello rubio y las facciones anchas. ¡Pero su carácter...! Era tan seria, tan sensata y aburrida... Sin embargo, lo peor de todo era su inteligencia. Si hubiera presentado las tres primeras características sin la cuarta, él habría gozado de *carte blanche* para hacer su voluntad. En cambio, tal como estaban las cosas, puede que ella se convirtiera en un molesto perro guardián. Tendría que quitarle de la cabeza la idea de que podría manejarlo a su antojo.

Sus padrinos entraron en la estancia para acompañarlo a la iglesia protestante de Canongate. La Reina quería que se casaran en la capilla real según el rito católico, pero él se había negado a pesar de que su prometida pertenecía a una familia que profesaba esa religión. Él decidiría dónde debía celebrarse la ceremonia y no aceptaría los dictados de la Reina.

Después, María había insistido en que ella y Darnley —Bothwell era incapaz de referirse a él como «el Rey» ni siquiera en sus pensamientos— ofrecieran un banquete en Holyrood. Él también se había negado a ello y resolvió en su lugar celebrarlo en Kinloch House, la residencia de un acaudalado comerciante. Además, la Reina le había regalado a lady Jean un tejido bordado con hilo de plata y tafetán blanco procedente de su propio armario para que se hiciera el vestido de novia y ella lo había aceptado para gran disgusto suyo.

—Quiere casarnos, vestirnos y darnos de comer —había rezongado—, como si



fuéramos unos pobretones o unos niños.

—¿Acaso la Reina no tiene que ser la madre que alimenta a su pueblo? —había contestado ella—. Está claro que lo hace con agrado. A lo mejor, siente la necesidad de resarcirnos de la ejecución de mi hermano John.

—Bah. Si murió por amor a ella, ¿no creéis que la culpa es de él? Los hombres se enamoran y cometen locuras. ¿Por qué razón debería ella sentirse obligada a recompensarnos?

—¿Y por qué razón deberíamos nosotros sentirnos obligados a rechazarlo? Lo que nos ofrece vale muchas monedas de oro. Hemos de aceptar lo que el destino, la culpa y las circunstancias nos ofrecen, pues bastante nos robarán en el futuro.

Bothwell había apartado la mirada. El sentido práctico de su prometida le sonaba a oportunismo.

¡Ah, su prometida!

Los padrinos lo rodearon y vitorearon. Rebosantes de entusiasmo lo acompañaron a la iglesia protestante donde la novia lo estaría esperando.

María permanecía sentada tranquila en el estrado real del templo protestante, en el que ningún Stewart se había sentado hasta entonces.

«¿Qué pensaría el Papa si me viera ahora, honrando con mi presencia una boda protestante?», se preguntó.

Miró a Darnley, sentado a su lado. Estaba sobrio y, tal como siempre le ocurría en semejantes ocasiones, se mostraba inocente y congraciador.

La iglesia estaba tan abarrotada de gente que apenas quedaba espacio libre. Puesto que la Iglesia Reformada no autorizaba la música, el murmullo de las voces llenaba el templo. El obispo de Galloway, tío de lady Jean, bajó por el pasillo vestido con los sencillos ropajes de los reformados y ocupó su lugar en la parte anterior de la iglesia.

Obedeciendo a una señal, los presentes empezaron a recitar un salmo y entonces apareció Bothwell por la derecha, acompañado por un sirviente, y se situó en silencio delante del obispo.

El salmo dio paso a un cántico de júbilo, y lady Jean, cubierta con un tupido velo de gasa que hacía resplandecer como un ópalo su vestido de tela bordada con hilo de plata, bajó por el largo pasillo para reunirse con lord Bothwell.

María no oyó sus voces cuando se intercambiaron las promesas matrimoniales. Vio que Bothwell tomaba la mano de lady Jean, le ponía el anillo, levantaba el velo que le cubría el rostro y la besaba, dejando al descubierto sus facciones. A continuación, oyó que el obispo proclamaba con solemnidad:

—Ahora ya son marido y mujer.

Entonces ellos se volvieron hacia los asistentes para abandonar el templo. Bothwell

sonreía y lady Jean parecía complacida.

En la gran sala de Kinloch House los invitados aguardaban la llegada de la Reina y el Rey para dar comienzo a la fiesta. Los músicos tocaban con discreción y delicadeza y las mesas lucían manteles de lino y resplandecientes vajillas de oro y cristal. En la mesa de honor se habían reservado unas adornadas sillas labradas para los novios y la pareja real.

Cuando María y Darnley entraron por la puerta, Bothwell inclinó la cabeza y la nueva condesa hizo una reverencia.

—Felicidades —dijo Darnley, tomando sus manos—. Felicidades, y que Himeneo os bendiga a vosotros y vuestro hogar.

Turbado, Bothwell hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza.

María avanzaba con donaire entre los súbditos que llenaban la sala, encabezando la marcha hacia la mesa de honor.

El asiento más grande y adornado era el de ella, pero no se lo ofreció a Darnley, que fingió no reparar en ello. A la derecha de María se sentó Bothwell y, a su izquierda, lady Bothwell. Al lado de ésta se sentó su hermano, el nuevo conde de Huntly, rubio y apuesto. Los restantes invitados tomaron asiento y los criados empezaron a servir una interminable sucesión de platos. Algunos de los exquisitos manjares procedían de la región de Strathbogie, tierra de los Gordon, y otros de la región de Liddesdale, plaza fuerte de Bothwell. María, que había perdido el apetito a causa del embarazo, tomó pequeñas raciones de ensalada de salmón y *powsowdie*. Este último plato, mezcla de cabeza de oveja e ijada de carnero, ofrecía un aspecto muy poco apetecible, pero un sabor exquisito.

—Yo me crié con esto —aseguró Bothwell, indicándole al criado que le sirviera más—. En realidad, es una comida de niños que las madres de las Fronteras les dan a sus hijos para cenar. Pero a mí siempre me ha encantado.

—Pues en Francia nos daban caldo de canela con manzanas de Normandía hervidas —dijo María, recordando con una punzada de nostalgia aquellas felices veladas en el cuarto infantil con Francisco, Isabel y Claudio—. Echo de menos aquellas manzanas.

—Pues entonces tendréis que pedir que os las manden. Creo que resistirán una travesía por mar. —Bothwell tomó un buen trago de vino—. Se nota que aún añoráis Francia —añadió.

—No, eso no.

—Mejor así; no hay razón para que añoréis Francia, pues estáis rodeada de franceses, habláis el francés, cantáis en francés, escribís en francés, coséis con hilo francés, leéis libros franceses y tenéis un cocinero francés que os prepara platos franceses como es debido. Ah, sí, y vuestro confesor, el dominico, ¿cómo se llama?, por no mencionar a vuestro médico Bourgoing... ¿No os lo advertí hace tiempo?

—¡Me lo decís como si eso fuera un crimen! —María miró enfurecida a Bothwell,

arrellanado en su asiento tan a sus anchas como si estuviera en su propia casa—. ¿Acaso tengo yo la culpa de que... —«la comida, los médicos y los libros escoceses sean tan inferiores», estuvo casi a punto de decir, pero se contuvo— me criase allí y me acostumbrara de niña a ciertas cosas? Intento aprender las costumbres escocesas...

—¿Con Rizzio, el italiano? —Bothwell tomó otro sorbo de vino, hundió el cuchillo en un trozo de carne de venado que tenía en el plato y se lo llevó a la boca. Después pasó con rapidez la lengua por la afilada hoja para limpiarla. María lo observó, esperando ver una fina línea roja en su lengua, pero él siguió hablando como si nada hubiera ocurrido—. Todo el mundo lo aborrece.

—El odio de la gente me desconcierta —confesó María—. El no ha hecho nada.

—Ha desplazado a vuestros consejeros escoceses. Muchos creen que es un agente papal. Algunos incluso murmuran que sois su amante. —Bothwell repitió la hazaña con la carne de venado, el cuchillo y la lengua.

—Qué absurdo —opinó María.

No obstante, recordó las advertencias que le había hecho Melville meses atrás. Miró a Rizzio, sentado a una de las mesas de inferior categoría. Sonreía y gesticulaba. De pronto, se vio obligada a reconocerlo: de lejos parecía, en efecto, una rana.

—Me ofende que hoy esté aquí —dijo Bothwell—. ¿Por qué lo habéis traído? —preguntó con aspereza.

—Pertenece a mi casa; es un amigo.

—Sin embargo, la fiesta no la ofrecéis vos, sino el buen mercader Kinloch. —Bothwell señaló con la cabeza al delgado y ojizarco mercader del Báltico—. ¿Dabais por sentado que un mercader de Edimburgo querría dar de comer a un extranjero? —La miró con rabia—. Subestimáis el odio que le tienen. Subestimáis lo mucho que aborrecen a vuestro esposo y vuestro matrimonio. Subestimáis la debilidad de vuestra situación. Subestimáis...

—¡Y vos sobrestimáis mi clemencia y mi tolerancia! —replicó María—. ¡No pienso consentir que un súbdito se tome semejantes licencias al hablar conmigo! ¡Sois un descarado, señor, os creéis más de lo que sois y, a pesar de que hoy es el día de vuestra boda, vuestra boca es la de un rebelde bellaco! —Se volvió hacia lady Jean, que conversaba con Darnley—. ¡Os deseo felicidad con este imprudente y temerario charlatán!

—Yo podría deciros lo mismo a vos —le susurró Bothwell al oído mientras ella mantenía la cabeza vuelta hacia el otro lado—, pues acabáis de describir a vuestro esposo.

María estaba a punto de replicar y de levantarse de la mesa cuando, de repente, se percató de que nadie más había oído el comentario de Bothwell y de que lady Jean se disponía a responder a sus airadas palabras.

—Majestad, es un soldado y habla tal como hablaría a sus tropas —replicó la joven

en tono pausado—. Si tuviera que escoger, yo preferiría un soldado malhablado a un pulido cortesano.

Lady Jean miró con intención a Darnley, que sonrió de manera inexpresiva. Había dado en el blanco.

—Espero que sus galanteos sean más delicados que sus modales —le comentó María a la plácida y serena recién casada.

Los apresurados y burdos amoríos de Bothwell eran de todos conocidos. Rizzio le había contado incluso que las aventuras de Bothwell eran tan primitivas que a menudo ordenaba a alguien que vigilara mientras él copulaba con una moza en una esquina, se abrochaba los calzones y se marchaba a los cinco minutos. ¡Pobre lady Bothwell!

—Pasaremos la luna de miel en Seton —dijo la joven, interrumpiendo las vivas imágenes que María se estaba forjando de Bothwell, entregado a la satisfacción de sus apetitos en una esquina.

—Os deseo felicidad —acertó a contestar María.

—Eso esperamos —dijo la recién casada—. Os lo agradezco.

—Lo estamos deseando —añadió Bothwell en voz baja.

El banquete se prolongó hasta última hora de la tarde y a continuación se celebró incluso un baile, a pesar de la fidelidad de Bothwell a la doctrina de Knox, pensó María. De hecho, los protestantes parecían disfrutar de la experiencia mucho más de lo que debían, y los músicos tocaron tanto rato y con tanto entusiasmo que ella se preguntó de dónde habrían sacado las partituras. ¿De la prohibida Francia tal vez?

María procuró bailar y conversar con Darnley en todo momento para mantenerlo apartado de los criados que servían el vino y, de esta manera, consiguió que su esposo se mostrara tranquilo y cortés durante buena parte de la velada, hablando de vez en cuando con el conde de Morton y varios miembros del clan de los Douglas, al que él también pertenecía, y separándose de ellos con una sonrisa cada vez que se iniciaba otra danza.

Más tarde, mientras avanzaban con paso lento y majestuoso por la calle Mayor en dirección a Holyrood, pasaron por delante de la oscura mole de Tolbooth.

—¿Seguís empeñada en hacer aprobar la Ley de Proscripción contra lord Stewart y sus hombres cuando el Parlamento se reúna el mes que viene? —le preguntó Darnley de repente.

—Vos me dijisteis una vez que lord Stewart tenía demasiadas tierras —le contestó María—. Ahora no tendrá ninguna. Sí, lord Stewart y sus seguidores que ahora se esconden en Inglaterra serán despojados de sus tierras por traición. Me sorprende que me lo preguntéis. ¿Por qué lo habéis hecho? —preguntó con súbito recelo.

—Por ninguna razón especial. Sólo que... quizá no resulte muy prudente. Tal vez

haya otros medios...

—No hay ningún otro medio, Darnley.

Cuando se acostó aquella noche, María no pudo por menos de preguntarse cómo se aproximaría Bothwell —quizá ya estuviera haciéndolo en aquel momento— a su flamante esposa en el tálamo nupcial. No quería ni pensarlo. ¡Pobre lady Bothwell!

## XXVIII

El invierno parecía un perro que hundiera sus dientes en los huesos humanos, los masticara, se negara a soltarlos y lacerara y atormentara a su víctima. A veces el cielo se despejaba y un atisbo de suave brisa, procedente al parecer de algún lugar de Italia, se extendía por el país. En tales ocasiones los cortesanos podían practicar la cetrería y el tiro con arco. Pero después el plumizo sudario de nubes cubría de nuevo el cielo y el ligero y cantarín aire del sur se desvanecía y se veía reducido a nada ante la repentina aparición del viento del Ártico.

Las variaciones de temperatura, la falta de ejercicio y el confinamiento en el interior del palacio debilitaban a la apática María. A pesar de que estaban en Cuaresma, se autorizó a la Reina a que comiese carne para recuperar las fuerzas.

El segundo sábado de marzo —cuando las flores ya se habrían abierto en Chenonceau— el patio de Holyrood aún estaba cubierto de grandes montículos de hielo de granulosa superficie debido a los repetidos deshielos y a las nuevas heladas. En su grisácea corteza las pepitas de hielo brillaban cual diamantes.

María miraba a través de la ventana. «Esta inactividad está volviéndome loca —pensó—. No puedo pasear a caballo ni practicar la cetrería por culpa del embarazo. Por lo menos Rizzio y Darnley han jugado al tenis.»

—¿Jugasteis ayer en mangas de camisa, David? —le preguntó a Rizzio, que aquel día vestía prendas de grueso terciopelo.

—En efecto. El tiempo era muy templado —contestó Rizzio—. Lord Darnley se quitó incluso la camisa.

¿Serían figuraciones tuyas o Rizzio se había estremecido de un modo imperceptible?

—Pero no tardó en ponerse a temblar —añadió Rizzio.

El italiano mantenía el rostro vuelto, y María no vio su expresión.

—Esta noche tendremos que volver a los pasatiempos invernales —suspiró María—. Organizaremos una pequeña cena aquí en mis aposentos. Pero habrá carne para todos mis invitados; será un festín. Anthony Standen cantará con vos. Es posible que contemos con un adivino para divertirnos.

—Ayer vino a verme el adivino Damiot —comentó de repente Rizzio—. Me dijo «guárdate del Bastardo». Pero el Bastardo está en Inglaterra.

—¿Os referís a Isabel? —preguntó María entre risas.

—No. A lord Stewart.

—Inglaterra está llena de bastardos. ¿No habéis visto que ambos nos referíamos a dos bastardos distintos? Pero Escocia también está llena de bastardos. Dos de ellos cenarán con nosotros esta noche: mi hermana Juana y mi hermano Roberto. ¿De modo

que debéis guardaros de ellos?

—Supongo que las precauciones siempre son pocas.

—¡Pues entonces les ordenaré que dejen las armas antes de entrar en la estancia! —dijo María entre carcajadas.

Los pajarillos que Darnley le había regalado gorjeaban en su jaula.

Cayó el crepúsculo y en los aposentos de María las tres Marías que quedaban encendieron las velas y ayudaron a Rizzio, al médico Bourgoing y a John Beaton, un pariente de María Beaton que servía en la casa, a poner la mesa en el pequeño comedor. Allí no hacía tanto frío como en el dormitorio principal y las cortinas impedían la entrada de las corrientes de aire. Mientras María Fleming cantaba y Rizzio tocaba el laúd, a la Reina le pareció percibir en el patio más alboroto que de costumbre: ¡se oían retumbos y voces apagadas! Sin embargo, cuando miró a través de la ventana, sus ojos nada distinguieron, pues la luz del crepúsculo es la que peor visibilidad ofrece. Vislumbró unas formas que se movían pero no muchas. Sus hermanos Juana y Roberto entraron con los brazos cargados de naranjas e higos.

—¡Un capricho especial! —dijeron—. Vienen del sur de Francia. ¡Un mercader de Murray's Close acababa de recibirlos! —dejaron el cesto y eligieron algunas frutas para las bandejas—. ¡No es muy propio de la Cuaresma!

—También hay carne —señaló Bourgoing, guiñándoles el ojo—. Como médico suyo se la he recetado.

—¿Y los demás qué? —preguntó Juana en tono burlón—. ¿Todos padecemos enfermedades corporales que nos exigen comer carne?

—Yo juraría que sí, señora —contestó Bourgoing con solemnidad.

—Ah, sentémonos... ¡Aquí viene Arthur Erskine, capitán de mi guardia! —exclamó María—. Ésta es toda nuestra compañía de esta noche. Y también Standen, un paje de mi esposo.

—Ocho personas en esta estancia tan pequeña... —dijo Juana, sacudiendo la cabeza—. Necesitáis un comedor privado más grande, mi estimada Reina.

—Cabemos aquí —replicó María.

Los invitados se abrieron paso a empujones hasta que, al final, consiguieron sentarse, aunque, mientras comían, no pudieron evitar darse codazos sin cesar. Sin embargo, el vino les alegró el espíritu e hizo que todo pareciera un divertido juego, algo así como una merienda campestre en el interior de casa.

—Por el final de la Cuaresma —brindó Arthur, levantando su copa—. Que venga cuanto antes.

Todos bebieron entre risas.

—¿Son figuraciones mías o esta Cuaresma parece que ya ha pasado de los cuarenta

días? —dijo John Beaton—. Jamás en mi vida había conocido una que durara tanto como ésta. Marzo es un mes muy largo.

—Aborrezco el mes de marzo —dijo lord Robert—. Es el que menos me gusta...

Se oyó un ruido en la puerta, María levantó los ojos y allí vio a Darnley, que, sin decir palabra, se limitaba a mirar.

—Milord —dijo María, procurando disimular el tono de sorpresa de su voz—, ¿ya habéis cenado? Os ruego que os unáis a nosotros.

Darnley ya nunca acudía a sus aposentos ni cenaba con ella. La escalera de caracol que unía ambos dormitorios ya no se utilizaba.

—Ya he cenado pero os acompañaré —contestó Darnley.

Entró y, rodeando a María por el talle, se inclinó para darle un beso.

—Rizzio, os ruego que os retiréis un poco para hacerle sitio a milord —indicó María.

Al ver la aterrorizada expresión del rostro de Rizzio, se volvió hacia donde éste miraba: de pie en la puerta estaba lord Ruthven con el rostro tan pálido como una sábana vieja y los ojos tan inyectados en sangre como los de un ser infernal.

¡Un espectro! María dio un respingo y se tapó la boca con la mano para ahogar un grito. Varios días atrás le habían comunicado que Ruthven yacía en su lecho de muerte, consumido por una enfermedad desconocida; ahora, ya muerto, se había presentado allí. El parpadeo del fuego jugueteaba sobre sus exangües facciones y rodeaba las huesudas cuencas de sus ojos, reflejándose en un brillo plateado que se transparentaba bajo su blanco camisón. Una armadura. ¿Llevaban armadura los fantasmas? Ruthven realizó un leve movimiento y se oyó un tintineo metálico.

—¿Cómo vos por aquí, mi buen lord Ruthven? ¿Ya os habéis restablecido? —le preguntó María, procurando reprimir el temblor de su voz.

Decían que Ruthven era un brujo y quizá toda aquella aparición procediera directamente del Infierno.

—He estado muy enfermo, en efecto, pero ahora me he recuperado lo bastante como para venir aquí por vuestro bien.

Ruthven la miró fijamente y María observó que sus iris de color ámbar casi se confundían con el amarillento blanco de sus ojos.

—¿Qué bien pretendéis hacerme? —preguntó María, incapaz de evitar que se le entrecortase la voz—. No parece que hayáis venido con muy buenas intenciones.

—Vengo por este cobarde de Rizzio —respondió Ruthven, furioso. Levantó un brazo y señaló directamente al italiano—. ¡Salid de la sala privada de la Reina donde ya lleváis demasiado tiempo! —le gritó.

—¿Por qué, qué mal ha hecho? —María vio que Ruthven se llevaba la mano a la daga—. ¡Si ha hecho algo malo, que responda ante el Parlamento! —Se levantó para proteger a Rizzio pero, de repente, Ruthven le hizo una seña a Darnley.



—¡Encargaos de vuestra esposa! ¡Sujetadla! —ladró mientras Darnley, todavía situado detrás de María, la asía de los hombros y la inmovilizaba en su silla.

—¿Qué sabéis vos de todo eso? —preguntó María.

Rizzio se levantó de un salto y trató de huir de la estancia, pero Ruthven le cortó el paso. Desesperado, el italiano se arrimó al hueco de la ventana lo más lejos posible de Ruthven, aunque sólo a unos doce palmos de distancia de él. Ruthven se abalanzó sobre él pero Anthony Standen y Arthur Erskine lo empujaron hacia atrás.

—¡No me pongáis las manos encima pues no lo consentiré! —aulló Ruthven, blandiendo la daga.

Acto seguido propinó un puntapié a la mesa, que se volcó golpeando a la embarazada María en el vientre mientras los platos y las bandejas volaban en distintas direcciones y un candelabro caía al suelo y se rompía. Juana tomó el otro y lo sostuvo en alto iluminando con él la pavorosa confusión.

Unos seguidores de Ruthven aparecieron en la puerta, pidiendo sangre a gritos. Habían subido por la escalera privada, lo que significaba que procedían de los aposentos de Darnley. Desde la escalinata principal se oyeron otros gritos:

—¡Douglas! ¡Douglas!

Ochenta hombres del conde de Morton vencieron la resistencia de los guardias de la entrada, irrumpieron en la sala de audiencias y, desde allí, en el dormitorio de la Reina.

—¡Ahorcadlo! ¡Ahorcad al pequeño espía! —gritaba uno de ellos haciendo oscilar una soga.

—¡Traidores y villanos! —gritó María, reconociendo el inconfundible cabello anaranjado del conde de Morton y, a su lado, a lord Lindsay de Byres.

Rizzio avanzó a gatas por el suelo, se escondió detrás de las faldas de María y se agarró a ellas gritando:

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Salvad mi vida, Señora! ¡Salvad mi vida, por el amor de Dios!

De pronto, la enorme figura de George Douglas *El Pretendiente*, tío bastardo de Darnley, se arrojó sobre María y, con un rápido y salvaje movimiento, describió con el brazo un amplio arco por encima de su hombro y apuñaló a Rizzio. La daga produjo un sordo ruido al hundirse hasta la empuñadura y la sangre salpicó toda la parte posterior del vestido de María.

Rizzio cayó, y la Reina sintió que sus manos tiraban de su falda casi arrancándosela de la cintura. El italiano no emitió más que un apagado gemido y un gorgoteo. María se volvió en parte y vio que la daga sobresalía del costado de Rizzio. Justo en aquel momento Darnley la sujetó de nuevo mientras uno de los hombres de Ruthven le acercaba una pistola amartillada al costado y otro le apuntaba al pecho.

—Disparad —les dijo ella— si no respetáis la criatura real que llevo en el vientre.

Hablaba como en sueños. Sentía la frialdad del hierro a través de la tela del vestido y, sin embargo, como suele ocurrir en los sueños, no tenía miedo.

Darnley apartó la pistola sin soltarla a ella. Ahora Rizzio gateaba a su alrededor y los hombres se abalanzaron sobre él. De repente, María percibió un empujón más fuerte cerca del pecho, pero Anthony Standen desvió la pistola utilizando una antorcha como arma.

«Quieren matarme también», pensó María. Darnley desasíó los dedos de Rizzio de su vestido, y los asesinos sacaron a éste a rastras de la pequeña estancia. Alguien derribó la jaula, y los pinzones se escaparon y empezaron a revolotear por la estancia como murciélagos. María advirtió que Rizzio se agarraba a uno de los pilares de la cama del dormitorio y que alguien le golpeaba los dedos con la caja de un arcabuz. A continuación, todos se le echaron encima y él desapareció como una liebre bajo una jauría de lebreles sedientos de sangre. Se desató un frenesí de movimientos en el que los hombres apuñalaban con saña a su víctima levantando y bajando una y otra vez los brazos. Después se oyeron unos gritos: los hombres se habían herido los unos a los otros en medio de aquella orgía asesina.

George Douglas tomó la daga de Darnley y corrió tras ellos con el brazo en alto para atacar, gritando:

—¡Éste es el golpe del Rey!

Se oyeron más gritos, seguidos de aclamaciones, y finalmente resonó el eco de unas voces procedentes de la gran escalinata y un estruendo infernal.

Al cabo de unos minutos uno de los criados de Darnley entró en el comedor desde la estancia exterior.

—¿Dónde está Rizzio? —preguntó María. Tenía la voz ronca y la garganta tan reseca que apenas podía hablar.

—Señora, es inútil hablar de Rizzio, pues está muerto —contestó Darnley en tono despectivo. A continuación soltó una carcajada semejante a un rebuzno.

María Beaton entró temblando. Había permanecido todo el rato en el dormitorio, escondida debajo de la cama.

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Está mutilado, mi Señora, cortado en pedazos! ¡Y... no paraban de repetir que era por orden del Rey! —dijo señalando con el dedo a Darnley.

—¡Ah, traidor, hijo de traidor! —exclamó María, contemplando el brazo de su esposo que le rodeaba el talle—. ¡Ahora os conozco!

—¡No soy un traidor! —replicó Darnley, levantando la voz—. ¡Fuisteis vos quien me traicionasteis con Rizzio, haciéndome la mayor ofensa que una esposa puede hacerle a un esposo! Jamás acudisteis a mi dormitorio ni os entregasteis a mí como esposa desde que él se ganó vuestro favor. Sólo me recibíais cuando él se hallaba presente, cerrabais la puerta de vuestro dormitorio por dentro...

—Porque apestabais, estabais bebido y... ¡me repugnabais! —contestó María.

Darnley lanzó un grito de animal herido.

—¡Jamás seré vuestra esposa ni me acostaré con vos ni descansaré tranquila hasta que consiga que vuestro corazón esté tan herido como está el mío ahora! —María se volvió hacia Juana—. Os ruego que vayáis a ver qué ha ocurrido y averigüéis adónde lo han llevado.

Juana salió temerosa y regresó a los pocos minutos.

—Lo que dicen es cierto, señora. Rizzio está efectivamente muerto, con el cuerpo cosido a puñaladas y con su daga —señaló con la cabeza a Darnley— clavada. Han arrojado el cadáver por las escaleras y ha caído sobre su propio arcón, el que se trajo de Italia. Después el portero le ha quitado la ropa. Ahora yace desnudo, magullado y cubierto de sangre. El portero ha contado cincuenta y seis heridas en su cuerpo.

María sintió que unas ardientes lágrimas resbalaban por sus mejillas. El nudo que le cerraba la garganta apenas le permitía respirar.

—Ya basta de lágrimas —musitó—. Pensaré en la venganza.

De pronto apareció Ruthven en la puerta, encorvado y resollando. Se arrastró hasta una silla y, con trémulos dedos, buscó a tientas una copa y una botella de vino entre la vajilla esparcida por el suelo. Tenía las mangas y las manos ensangrentadas.

—De modo que era ésta vuestra dolencia —espetó María con frialdad.

Se oyó un gran estruendo en el patio y el conde de Morton entró jadeando en la estancia.

—Se ha desencadenado una pelea entre mis hombres y los servidores de palacio, encabezados por Bothwell y Huntly —anunció. Se le veía un poco molesto, como alguien a quien se ha impuesto el cumplimiento de una tarea adicional.

—¡Voy yo! —dijo Darnley, ansioso.

—No, yo iré. Es mejor que vos permanezcáis aquí —indicó Ruthven, levantándose.

—Somos casi doscientos —dijo Morton—, y las puertas están cerradas. Pero si los ciudadanos...

—Los apaciguaremos —aseveraron los esbirros de Ruthven que, armados con pistolas, acababan de aparecer en la puerta como unos gatos que regresaran de una cacería lamiéndose los bigotes. Uno de ellos, Andrew Kerr de Fawdonside, agitaba su arma como si se tratase de un ramillete de flores.

Morton, el lord canciller de Escocia, no era más que un vulgar asesino. María contempló enfurecida su relamido rostro y su pulcro atuendo negro. Uno de los primeros lores de la Congregación. Uno de los hombres de Knox.

—¿Por qué lo habéis hecho? —le preguntó—. ¿Pretendíais matarme también a mí? ¿Con qué propósito? ¿Quién gobernaría en mi lugar? ¿Isabel? ¿Milord Darnley? Nadie mata por un trono vacío.

—¡Guardad silencio, Señora! —le dijo Morton.

¿Por qué lo interrogaba aquella mujer? Debía sentirse anonadada, sufrir un aborto o

quedar reducida a un aterrado silencio. Acercó la mano a la espada y salió para ponerse al frente de sus fuerzas.

María se acercó a la ventana y observó a los expertos combatientes de Douglas, que no daban cuartel al pequeño grupo de criados de Bothwell ni a los del nuevo conde de Huntly, que se habían aliado con los criados y mozos de la cocina, armados con espetones, cuchillos de carnicero y mazos. Todos ellos se vieron rechazados cuando el conde de Morton se unió a los Douglas y les infundió ánimo. Su llamativo cabello rojizo le asomaba por debajo del yelmo, convirtiéndolo en una figura fácil de identificar.

—Vos ganáis —le dijo al final María a Darnley—. ¿Qué es lo que queréis? Debe de ser algo que ambicionáis con todas vuestras fuerzas para haber matado y provocado semejante caos.

—El reconocimiento del título de Rey en virtud de mi matrimonio —contestó Darnley sin la menor vacilación.

—¿No os dais cuenta de que esta insurrección debilita la Corona? Imbuye a los nobles la idea de que pueden amenazar a los reyes y las reinas con la muerte y hacerlos y deshacerlos a su antojo.

—No me habríais otorgado el título de otra manera.

—¿Y hacéis que los súbditos de vuestra esposa se revuelvan contra ella? Y encima os extrañáis de que yo no os ame.

«Lo odio —pensó—. Me ha traicionado e incluso estaba dispuesto a permitir que me asesinaran. Quiere el título de Rey. A lo mejor, esto era lo único que le interesaba, a lo mejor fue el único motivo por el que se casó conmigo...»

Su dolor fue tan intenso como los dolores del parto.

«Ya basta de llorar y de lamentarme por algo que jamás existió —se dijo—. Quieren destronarme y gobernar en mi lugar. Darnley será su títere. Es débil y podrán utilizarlo. Cuando nazca mi hijo, lo nombrarán rey y derrocarán a Darnley. He de huir de ellos. He de huir.

»Darnley todavía me quiere. Se aprovecharán de su debilidad, pero yo la utilizaré mejor.»

—Ah, si pudiéramos volver a ser felices... —suspiró como si estuviera hablando sola.

Darnley la oyó y se inclinó hacia ella posándole con delicadeza las manos sobre los hombros. Ella no dio un respingo ni se apartó, por el contrario, pareció inclinarse hacia él. ¿O acaso habrían sido figuraciones suyas?, se preguntó Darnley.

—Daría cualquier cosa por... —dijo Darnley.

Justo en aquel momento un grupo de ciudadanos de Edimburgo encabezados por el preboste tomaron por asalto la entrada del palacio, gritando y amenazando con entrar. Habían oído decir que se había producido un tumulto, un ataque a la persona de la

Reina. Exigían que ella saliera y les dijera la verdad.

La campana de alarma de la ciudad tocaba a rebato.

¡El rescate! María se levantó de un salto y abrió la ventana pero Kerr tiró de ella hacia atrás.

—Como digáis una sola palabra, os corto en pedacitos y se los doy a los cuervos carroñeros —susurró acariciando su daga.

Darnley contempló la escena impotente mientras Kerr le hacía una seña con la cabeza y lo empujaba hacia la ventana abierta.

—¡Debéis libraros de ellos!

¡El muy cobarde! Pero ¿acaso estaba hecho de gelatina? ¡No era de extrañar que tuviese el cutis tan lechoso! María aborrecía aquellas mejillas que tanto había admirado en otro tiempo.

—¡Buenos ciudadanos! —gritó Darnley—. ¡Gracias por vuestra lealtad y vuestra preocupación! La Reina se encuentra a salvo y, en estos momentos, descansa. El secretario italiano ha muerto, castigado por haberse descubierto que era un espía papista que conspiraba con el rey de España. ¡Así perecen todos los enemigos de la Reina y de Escocia! —añadió levantando con júbilo la voz.

La gente, tranquilizada por sus palabras, dio media vuelta y se alejó por Canongate con las horcas, las picas y los garrotes inclinados hacia el suelo.

—Habéis hablado bien —dijo Kerr—. Es natural que se hayan creído las palabras de su rey. Ya aprenderán a confiar en vos y a obedeceros, Majestad.

«Mientras Kerr permanezca aquí nada puedo hacer —pensó María. Miró a Darnley con expresión sumisa y suplicante—. Nada puedo hacer hasta que estemos solos. ¡Tengo que quedarme con él a solas!»

Se sentó de nuevo y se hundió en su asiento. Kerr se volvió a mirarla.

«Vigila hasta mis más leves movimientos», pensó ella.

En el patio exterior reinaba nuevamente el silencio. Y también en sus aposentos. ¿Adónde se habría ido todo el mundo?

—¿María? ¿María Beaton? —llamó.

—Todos se han marchado. —George Douglas había aparecido en la puerta con los musculosos brazos apoyados en las jambas como si se dispusiese a derribarlas tal como había hecho Sansón en el templo de los filisteos. Tenía las manos ensangrentadas —. Han sido, ¿cómo lo diría...?, despedidos, Majestad. —Con su tono de voz consiguió que el título sonara más bien como un insulto—. Y vosotros —señaló con la cabeza hacia Darnley y Kerr— creemos que ahora es mejor que os retiréis. A fin de cuentas, ya es muy tarde.

—No tan tarde para las muchas cosas que habéis logrado —comentó María—. Eran las siete cuando nos sentamos a cenar. Y ahora son...

—Las nueve y media —dijo Darnley.

—Sólo dos horas y media. A las nueve y media todavía es muy temprano.

—¡Para vos, sí! —exclamó Darnley—. ¡Pues estáis, mejor dicho, estabais, acostumbrada a permanecer levantada hasta las dos de la madrugada con el Signor Davie!

—Rizzio ya está en la cama, durmiendo como un tronco —se mofó Douglas—. Su sueño no puede interrumpirse. Y ahora consideramos conveniente que vos también os retiréis.

—¿Dónde están mis damas? Necesito a mis sirvientes.

—Están... detenidas.

—¿No hay nadie que pueda hacerme compañía en esta noche aciaga? —preguntó María—. Mi esposo...

—No, vuestro esposo no puede —contestó Douglas con firmeza—. Lo necesitamos. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—Os ruego que no me dejéis sola en esta estancia... —María se levantó y señaló los lugares del suelo que presentaban unos ennegrecidos grumos de sangre semejantes a costras—. ¡Tened compasión! —suplicó, ordenándole a su voz que temblara; su voz obedeció mientras la furia ardía en sus venas.

—Quizás haya alguien disponible —apuntó Darnley—. La anciana lady Huntly, la viuda del conde.

Douglas enarcó las cejas.

—Astuto. Muy astuto. Sí, la anciana convertida en viuda por obra y gracia de la Reina. Es de fiar. Id en su busca.

«Le da órdenes al “Rey” como si fuera un criado. Y, de hecho, pronto lo será. ¡Oh, Bienaventurada Madre, no permitas que nazca el hijo de mis entrañas! Es muy pronto todavía; no sobreviviría.»

Los dolores se intensificaron pero ya se habían calmado cuando Darnley regresó con lady Huntly.

—Vuestra humilde servidora, Majestad —dijo lady Huntly, haciendo una reverencia. A continuación, miró nerviosa en torno a sí, alisándose la falda. Había desorden y sangre por todas partes.

—Acompañad a la Reina a la cama —le ordenó Douglas—. No permitáis que entre ni salga nadie. Por si ocurriera algo, yo estaré fuera, en el rellano de la gran escalinata. ¡Venid! —le indicó a Darnley, haciéndole señas de que lo siguiera.

Ambos abandonaron la estancia no sin que antes Darnley volviera la vista atrás. En cuanto se cerró la puerta, lady Huntly esperó un momento y después preguntó en voz baja:

—¿Qué ha ocurrido?

—Una facción de lores armados ha asesinado a mi secretario Rizzio en mi presencia. Pero hay algo más, relacionado con los lores exiliados, con la próxima

censura que de ellos se hará en el Parlamento, con las ambiciones del Rey e incluso con una amenaza al trono y a mi propia vida. Aún no he desentrañado todos los hilos, pero el motivo se dilucidará a su debido tiempo y lo veré todo más claro. Yo sólo sé que han amenazado mi vida y sólo Dios me ha salvado esta noche.

—Santa Madre de Dios —exclamó lady Huntly, santiguándose.

María experimentó una nueva punzada de dolor.

—He de descansar —se disculpó—. Quizá será mejor que me acueste.

Intentó levantarse, pero se sintió mareada.

—Permaneced sentada, Majestad —dijo lady Huntly. Se arrodilló, descalzó a María y, situándose a su espalda, le desabrochó el vestido—. Levantad los brazos —le rogó, quitándole el vestido.

Mientras lady Huntly llevaba la prenda al pequeño guardarropa, María vio la mancha de sangre en el raso amarillo.

Lady Huntly rebuscó en el arca donde se guardaba la ropa de dormir y extrajo una prenda de lana de color gris perla. María se levantó tiritando, se dirigió al otro lado de la mampara y, con trémulos dedos y torpes manos, se quitó la ropa interior y se puso el camisón.

Lady Huntly la esperaba al otro lado. Tocándola con mucha suavidad, la acompañó a la cama. Ya había retirado los cobertores.

—Vos que sois la esposa de un conde y una gran dama, ¿cómo sabéis realizar estos deberes?

—Soy una mujer, Majestad, y vos sois una mujer embarazada en apuros. No hace falta preparación para esto. ¿Dónde tenéis el rosario?

María le señaló el arcón y la cajita de marfil que había encima. Lady Huntly fue a buscarla y la depositó en sus manos, doblándole los dedos sobre ella como a una niña.

—Cuando yo corra las cortinas, rezadle a Nuestra Señora. Ella comprende y os ayudará.

El mofletado rostro de lady Huntly estaba tan sereno como un anochecer de julio que sólo prometiera silencio y descanso.

¿Cómo era posible que aquella mujer se mostrase tan amable con ella? ¿Y si todo fuera un engaño? ¿Y si pretendía apuñalarla durante la noche?

—Vuestro señor murió por mi causa —le dijo María.

—Murió de un ataque de apoplejía —contestó lady Huntly—. Creo que de esta manera Dios quiso manifestar su enojo con aquellos que se rebelan contra su soberano.

—Vuestro hijo John...

—El amor nunca debe conducir a la traición, Majestad. San Pablo dice: «La caridad todo lo sufre y es benigna», y san Juan dice: «El que dice amar a Dios y aborrece a su hermano, miente.» No, no fue por amor por lo que murió mi hijo sino por lascivia y rebeldía.

¿Sería posible que así lo creyera sinceramente?, se preguntó María. ¿Sería prudente confiar en ella?

—Vos sois buena, reina María. Habéis colmado de honores a mi hijo George y le habéis devuelto las tierras del condado de Huntly. Somos enteramente leales a vos.

¿De modo que aquella extraordinaria mujer había sido tan capaz de doblegar su natural afecto a la voluntad de Dios que se había convertido en aliada?

—Creo que os puedo ser útil. Quizá pudiese llevar mensajes desde vuestros aposentos. No sospechan de mí. El conde de Bothwell y mi hijo, el joven conde, esperan vuestras órdenes. Han conseguido escapar de Holyrood tras el enfrentamiento en el patio con los Douglas y, si vos así lo dispusierais, organizarían para vos a jinetes y tropas de a pie. —Lady Huntly soltó una carcajada—. Han tenido que escapar por la ventana de Bothwell y a través del cubil de animales salvajes de Vuestra Majestad. La leona le ha mordido los calzones a lord Bothwell.

María soltó una risita.

—Ahora procurad descansar, Majestad —añadió lady Huntly—, y hablad con vuestra Bienaventurada Madre. Ella os espera —dijo corriendo las cortinas con gesto decidido.

María permaneció acostada en la oscuridad. Oyó el roce de la falda de lady Huntly al cruzar la estancia. Después la oyó buscar la pequeña carriola, sacarla y tenderse en ella. A los pocos minutos percibió sus suaves ronquidos.

«Los asesinos no roncan —pensó—, así que es verdad lo que ha dicho. Es leal a pesar de que yo la privé de su esposo y su hijo... Qué extraños son los caminos de Dios. Qué duros y penosos...

»“Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte...”

»¿Está cerca mi muerte?

»Sólo si yo lo permito.

»“Dios te salve María, llena eres de gracia, bendita tú eres...”

»¿Cuáles son sus planes?

»“... entre todas las mujeres...”

»¿Me encarcelarán? ¿Quién es el cabecilla de esta insurrección? ¿Morton? No es Darnley ni Douglas. No tienen suficiente talento. ¿Maitland? ¿Knox? No creo que un clérigo... ¿Lord Stewart? No estaba aquí. Pero los mensajeros...

»Debo escapar. Me parece muy bien que Bothwell y Huntly estén preparados fuera. Pero para llegar hasta allí hay que recorrer una considerable distancia. Tengo que recorrerla. Estas cien yardas que me separan del exterior del palacio son tan largas como la distancia que media entre aquí y Moscovia. Darnley, mi esposo. Debo atraerlo a mi lado. Es necesario. Sólo él me servirá de garantía.

»Todavía me quiere. Sintió traicionada su vanidad, no su amor. Puedo doblegarlo a



mi voluntad.»

Una imagen repentina, tan clara como si hubiera surgido del Infierno, cruzó de pronto por su mente: Rizzio, con la sangre reseca, los ojos abiertos, los miembros rígidos y fríos. ¿Dónde estaría en aquellos momentos? «En la cama, durmiendo como un tronco», había dicho el perverso Douglas.

«Que por lo menos descanse en una tumba —pidió María en su oración—. Son muy capaces de alimentar con él a las bestias.»

Sin embargo, si las bestias hubieran estado saciadas, no le habrían mordido los calzones a Bothwell...

De pronto la cabeza empezó a darle vueltas, y se quedó dormida. El rosario se le escurrió de entre los dedos.

Soñó que los rubíes del Gran Harry se convertían en gotas de sangre que le manchaban el corpiño del vestido. Soñó que estaba encerrada en una torre y que en el exterior veía a un caballero que aguardaba para rescatarla, pero llevaba la visera del yelmo bajada y ella no le veía el rostro..., bajada como la de Enrique II durante el fatídico torneo. Soñó que Rizzio tocaba para ella su laúd de ébano. Su voz era tan dulce que la despertó de golpe. Se incorporó en la cama.

—Debo pedirle que lo toque de nuevo —musitó, descorriendo las cortinas de la cama para ver la tenue y grisácea luz que penetraba en la estancia.

Entonces reparó en la sangre del suelo.

—¡No! —gritó.

Hacía apenas un momento Rizzio estaba vivo y cantaba para ella...

Se acostó de nuevo.

«Rizzio ha muerto y yo estoy prisionera —pensó—. Aquí también hay una torre, pero fuera no hay ningún caballero. Sólo Darnley puede rescatarme y eso si antes logro convencerlo. No es lo mismo que en el sueño.»

A su lado, en el suelo, lady Huntly dormía con una sonrisa en los labios.

«Sus males han terminado —se dijo María—. ¿Cuánto tiempo tardó en conciliar de nuevo un sueño profundo? Hace más de tres años que murió su señor.

»¿Dónde estaré yo dentro de tres años?

»Estaré donde yo misma me haya situado. Todo está en mis manos.»

Cuando Darnley entró en la estancia, ella ya se encontraba vestida y a la espera. Había elegido un vestido en tonos verdosos y encaje en el cuello, que a él le gustaba mucho, y se había peinado hacia atrás sólo una parte del cabello. No se había puesto joyas.

Resultaba evidente que Darnley no había pegado ojo.

«Me alegro», pensó María.

Al verla, Darnley esbozó una vacilante sonrisa. Cruzó la estancia y tomó sus manos entre las suyas.

—Ah, mi María —exclamó, mirándola a los ojos.

—Os veo muy turbado, milord, y con razón lo estáis.

Sentía el impulso de apartar las manos, pero al hacerlo habría revelado la aversión que le tenía. En cambio, lo invitó por señas a sentarse a su lado en el banco que había cerca de una ventana.

Una vez sentados, se volvió hacia él, esforzándose por mantener los ojos bien abiertos y adoptar una expresión de sincera preocupación.

«De lo contrario, estoy perdida», pensó.

—Mi querido esposo, me entristece pensar en el peligro que corréis —aseveró—. Sé que tenéis planes para mí... —Vaciló un poco para que él se lo dijera. Pero Darnley guardó silencio—. Sin embargo, el hecho de que me hayan ungido Reina les atará las manos o, por lo menos, les dificultará los movimientos. Me temo que en vuestro caso no ocurra lo mismo.

El rostro de Darnley adquirió una apariencia espectral y se llenó de protuberancias.

—Son unos asesinos —añadió María—, pero no unos simples asesinos, sino también unos torturadores. ¿Por qué si no asesinaron a David en mi presencia? Habrían podido matarlo mientras vos jugabais al tenis o atacar de noche cuando estaba solo. No, debéis preguntaros por qué razón decidieron asesinarlo del modo en que lo hicieron. No fue un mero asesinato sino un verdadero golpe de terror. —Miró a Darnley a los ojos—. Son hombres extraños y desesperados. Se han aprovechado de vos... ¿Habéis firmado un pacto?

—Sí —reconoció Darnley, en tono abatido.

—¿Lo tienen ellos en su poder?

—Sí.

—¡Ah! Pues entonces ya poseen lo que querían: la firma del Rey en un pacto de asesinato, la daga del Rey clavada en su víctima. Ahora ya pueden prescindir de vos —dijo María en tono despreocupado.

Tal como esperaba que ocurriera, Darnley se puso tenso.

—Sí, pueden prescindir de vos. ¿No pensaréis que os entronizarán para que seáis su títere cuando pueden tenerlo a él? —agregó, sujetándose el vientre—. Por muy acomodaticio que seáis, un bebé lo es mucho más. No, se han aprovechado de vos. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras surtieran el debido efecto—. ¿Qué piensan hacer conmigo? —preguntó, procurando que su tono de voz sonara indiferente, como si ya conociese la respuesta.

—Trasladaros a Stirling mañana o pasado.

—¿Y después?

—Lo ignoro. —Darnley agachó la cabeza, demostrando con ello que lo sabía muy bien.

—Ya. —María dejó que el silencio llenara la estancia—. ¿Entonces nos separaremos?

Darnley se encogió de hombros. No se lo habían dicho.

—Si nos separan, estamos perdidos —añadió ella—. Juntos somos capaces de burlarlos y huir de la muerte que nos tienen preparada.

Al oír la palabra «muerte», Darnley dio un respingo.

—Henry —sólo lo había llamado por su nombre de pila en los momentos de mayor intimidad—, no han demostrado el menor respeto hacia nuestras regias personas ni hacia nuestro sagrado rango. Han intentado dividirnos, pues saben que juntos podemos oponerles resistencia. Han alcanzado su propósito en la primera parte de su plan: asustarnos y convertirnos en prisioneros suyos, pero el resto del plan, dividirnos y matarnos, están muy lejos de haberlo cumplido. Todo dependerá de la ayuda que vos les prestéis hasta el momento en que ya no os necesiten. Sin embargo, si lográsemos escapar...

—Eso es imposible —repuso Darnley—. Hay guardias por todas partes. Toda vuestra gente ha huido.

—Toda nuestra gente —lo corrigió María, tomando sus largas y huesudas manos entre las suyas y estrechándoselas con fuerza—. Pero ellos confían en vos. Si creyeran que me vigiláis...

—Jamás prescindirían de sus guardias...

—¿No hay modo alguno de convencerlos de que desocupen el palacio? ¿Y si yo les prometiera el indulto?

—No os creerían.

—Pero ¿y si vos los convencierais?

Darnley sacudió la cabeza.

«No te he persuadido —pensó María—. Como eres cobarde por naturaleza, hace falta algo más para aguijarte.»

—Ah, Henry —exclamó, inclinándose hacia él para darle un beso.

Era la primera vez que le besaba los labios desde hacía muchos meses, y sintió que temblaban. Darnley dejó escapar un suspiro y la abrazó.

«Ahora tendré que llevármelo a la cama», pensó, cansada. Lady Huntly no se encontraba presente en la estancia, pues se había ido a transmitir unos mensajes a Bothwell y a su hijo.

Él la siguió, obediente, y, una vez en el lecho, se quitó la ropa, rebotando de entusiasmo, y corrió las cortinas como un niño que jugara a soldados y fortalezas. No prestó la menor atención al vientre de María y la abrumó con palabras de aprecio y

adoración. Las lágrimas asomaron a sus ojos antes de que entrase en acción.

—Ah, mi María —sollozó.

En su sala de audiencias, la Reina permanecía de pie con recato mientras el conde de Morton la miraba. ¿Lo sabría?

—Lord Stewart, conde de Moray, ha regresado a Escocia —anunció el conde.

—Sin que yo lo haya llamado —señaló María.

—El Rey ha decretado la disolución del Parlamento.

Morton clavó la vista en Darnley, que lo miró con una radiante sonrisa de felicidad.

«Disimula muy bien —pensó María—, pero esto yo ya lo sabía.»

—De modo que no se dictarán proscripciones contra los lores rebeldes de la Correría de la Persecución. Muy oportuno. —Extendió las manos e hizo un gesto con las palmas hacia arriba—. Es bueno que el Rey sea tan magnánimo, pues se rebelaron contra él y era su persona la que evidentemente no soportaban. En verdad es muy propio de un rey pasar por alto semejante falta.

—Señora, ¿os reuniréis con vuestro hermano? ¿Accederéis a recibirlo? —preguntó Morton, atusándose la poblada barba anaranjada.

«¿Por qué no se la recorta? —pensó María sin que viniera a cuento—. Es tan áspera y la lleva tan alborotada que resulta repulsiva. Debe de estar infestada de garrapatas.»

—Sí. Al parecer, no tengo alternativa.

—En tal caso vendrá esta tarde —dijo Morton.

A María le pareció que su barba ocultaba una sonrisa de satisfacción. Morton inclinó levemente la cabeza en gesto autoritario, y Darnley lo siguió, abandonando la estancia.

«No vuelvas con ellos —gritó María en silencio—. Bendita Madre de Dios, no dejes que vuelva con ellos», rezó, estremeciéndose de arriba abajo.

—Señora, tomad esta bebida calmante —le indicó lady Huntly, depositando un vaso en sus manos—. Y, para cuando lo hayáis hecho, os traigo una buena noticia. He transmitido vuestros mensajes. Ambos hombres esperan vuestras próximas instrucciones con tropas y caballos.

—Rezo para que no sea en vano. La siguiente fase de mi tarea requiere la participación de otras muchas personas y es muy fácil que fracase —dijo María exhalando un suspiro mientras tomaba un sorbo de la espumosa bebida—. Tengo miedo porque el equilibrio es tan delicado como el de mi reloj.

Señaló con la mano el pequeño reloj que adornaba sus aposentos desde su infancia, el mismo que daba las horas cuando el cardenal se presentó para comunicarle que por fin se había fijado la fecha de su boda con Francisco. Últimamente el reloj daba las horas de manera irregular y ningún relojero había sido capaz de arreglarlo.

—Mi hermano es la siguiente fase de mi tarea..., la farsa de mi reconciliación con él. Pero su mano estuvo presente aquí anoche..., él descargó la puñalada número cincuenta y siete. Guárdate del Bastardo, decían...

Se acarició nerviosa los brazos, pero le molestaba hacerlo. Se sentía sucia y mancillada por haber permitido que Darnley la tomara y le parecía que su piel estaba contaminada. Volvió con rapidez la cabeza para mirar por la ventana. Había regresado el voluble tiempo de marzo, y el día era soleado y hacía calor. Unos cielos de un azul intenso se arqueaban por encima de los jardines del palacio, y bajo la alfombra invernal se vislumbraba la hierba de color verde esmeralda. Las ventanas estaban abiertas. Una abeja chocó contra los cristales emplomados y se alejó volando.

María se preguntó de dónde procedería. Era demasiado pronto para las abejas. ¿Y si se hubiera pasado todo el invierno aguardando que llegara el momento del regreso?

Como lord Stewart.

Qué audacia la suya al haberse atrevido a regresar. ¿Quién lo habría llamado? ¿O acaso mantenía un contacto tan estrecho con los rebeldes que él mismo había seguido paso a paso el asesinato y supo cuándo podía regresar?

El abejorro voló de una a otra pared en busca de una flor y recorrió los tapices zumbando.

«No hay flores en marzo —pensó María—. Abeja, estás buscando a destiempo y por eso morirás, como todos los que nos equivocamos en nuestras predicciones.»

Se oyó una fuerte llamada a la puerta de los aposentos, seguida del poco habitual anuncio de un soldado:

—Lord Stewart, conde de Moray.

María se levantó y entrelazó las manos para aparentar serenidad.

Jacobo entró en la estancia mirándola con una tierna y suplicante expresión de preocupación y disculpa. Después se acercó tan humilde como un niño que estuviera poniendo a prueba la clemencia de sus padres tras haber cometido una travesura.

María, al hablar, se percató de que respondía a lo que deseaba que fuera cierto y no a lo que en realidad era.

—¡Oh, Jacobo! —exclamó—. ¡Si vos hubierais estado aquí, nada de todo eso habría ocurrido! —Extendió los brazos para estrecharlo entre ellos—. ¡Cuánto me alegro de vuestro regreso!

Ninguno de los dos aludió a los motivos que lo impulsaron a huir de Escocia.

—Un acontecimiento lamentable —murmuró él, abrazándola—. Y ahora, por desgracia, debemos hacer todo lo posible por subsanar la ruptura que ha desgarrado Escocia.

«Ahora me dictará órdenes —pensó María—. Me impondrá las condiciones de los traidores.»

—Tendréis que indultarlos a todos —dijo Jacobo como si la idea se le acabara de

ocurrir en aquel momento—, a quienes huyeron conmigo y a quienes se levantaron contra Rizzio. Todos los grupos han de reconciliarse para que podamos volver a empezar.

María mantenía el rostro apretado contra su pecho para que él no viese su expresión.

—Hoy mismo nos reuniremos en vuestros aposentos —le informó Jacobo mientras María no sólo oía las palabras sino que percibía su retumbo desde lo más hondo de su pecho—. Morton, Ruthven...

—¡Ruthven no! —gritó María.

—... Maitland y yo —añadió Jacobo impertérrito.

—¿Acaso Maitland también es un traidor? —preguntó María, apartándose—. Ya sabía yo que envidiaba a Rizzio y se sentía arrinconado, pero yo le creía demasiado civilizado como para participar en un asesinato.

Jacobo esbozó su hipócrita sonrisa de niño que se arrepiente de sus trapisondas.

—Los hombres civilizados sienten odio y pasión al igual que los demás —aseveró—. La reina Isabel y su ministro Cecil son muy capaces de participar en intrigas y asesinatos... ¿Por qué no iba a hacerlo Maitland? Y además, ¿quién dice que matar a un extranjero constituya una traición?

«Sí, ¿por qué no Maitland? ¿Y por qué no Knox, ya que estamos?», pensó María.

—¿A qué hora os he de esperar? —preguntó, procurando adoptar un tono indiferente.

—Esta misma tarde. Primero nos reuniremos en casa de Morton.

La casa de Morton se hallaba muy cerca de Holyrood en un terreno vallado con su propio establo y su patio privado. En el piso de arriba tenía una solana lo bastante espaciosa como para acoger a todos los conspiradores, que fueron llegando a lo largo de toda la tarde y se entretuvieron en conversaciones animadas como si aquello fuera un gozoso acontecimiento semejante a la celebración de un compromiso matrimonial u otra cosa por el estilo. Ruthven se acercó con paso cansino a una silla y apoyó los pies sobre un escabel, pero el asesinato parecía haberlo revitalizado pues no se lo veía tan enfermo como la víspera. Lord Stewart, vestido con un nuevo atuendo que como por milagro había encontrado preparado para él en casa de Morton, ofrecía un aire de serena majestad. Maitland, que había estado ausente de Edimburgo, parecía haber recuperado las fuerzas tras su oportuno regreso al país. Sólo lord Lindsay de Byres ofrecía un aspecto tan poco saludable como siempre, con los labios agrietados y reseco y los ojos rodeados por unas negras ojeras. Se hallaban presentes también otros miembros de inferior rango del grupo: lord Sempill, Patrick Bellenden, James Makgill, Kerr de Fawdonside y varios miembros del clan de los Douglas.

—Nos reuniremos con la Reina antes de cenar —anunció Morton, levantando las manos para solicitar la atención de los presentes—. Sólo unos cuantos. Nos firmará el indulto a todos, tanto a los ausentes como a los presentes. Y, cuando dispongamos del documento que nos exime de toda culpa, mantendremos a la Reina bajo custodia. Quizás os preguntéis quién reinará. Ya tenemos un rey: lord Darnley, ¡el rey Enrique!

—¿La Reina permanecerá cautiva todos los días de su vida? —preguntó Lindsay. Un hilillo de saliva le resbaló por los labios y él se lo secó con el dorso de la mano—. No conozco ningún ejemplo en la historia, y menos aún en el propio país del monarca. Es cierto que Jacobo I estuvo prisionero muchos años, pero...

—Que la trasladen a Stirling y que allí caiga enferma y no se recupere —dijo la clara y suave voz de lord Stewart.

—¡Imposible! Se llevaría a sus propios médicos y cocineros —protestó Ruthven.

—Los cocineros y los médicos son sobornables —replicó Jacobo.

—¡Pero los franceses no! —exclamó Lindsay soltando un escupitajo, esta vez de manera deliberada.

Lord Stewart se balanceó sobre los talones con una relamida sonrisa en los labios.

—Creo que nadie es contrario a mi sugerencia pero algunos dudan del éxito de la empresa, ¿no es cierto?

—No estoy muy seguro de haber comprendido bien vuestra sugerencia —objetó Maitland.

Lord Stewart soltó una carcajada.

—Ahora que ya habéis dejado constancia de vuestra ingenuidad, ¿puedo preguntaros si en principio convendríaís conmigo en que el reinado de la reina María ha sido un experimento fallido? La reina católica que ha sido incapaz de controlar un país protestante y que ha resultado ser débil necesita la guía de un hombre. Pero por desgracia, en su locura y falta de discernimiento, ella ha optado por apoyarse en hombres indignos como Rizzio.

—Sí, estoy de acuerdo —reconoció Maitland.

—Muy bien. Pues entonces estoy seguro de que vos, como todos nosotros, acogeríaís con agrado el advenimiento de días mejores.

María abrió todos sus cofres en busca de la pintura facial blanca que conservaba de un baile de disfraces de Francia. En el momento de guardarla, se había reprochado su sentimentalismo, pero era el último baile de disfraces al que Francisco había asistido. Dejarla le habría parecido una traición. «Me desprenderé de ella más adelante —se prometió a sí misma—. Cuando esté preparada.»

La encontró en el fondo del baúl de roble más grande, enterrada debajo de varios cuadernos de ejercicios de sus años de aprendizaje bajo la guía de un preceptor

francés, unos atuendos de montar que se le habían quedado pequeños y el vestido de raso blanco y encaje de su primera comunión.

Extrajo el tarro y descubrió que la arcilla de color se había secado y endurecido. Se acercó a la jofaina en la que se lavaba, añadió unas cuantas gotas al tarro, lo mezcló bien y casi profirió un grito de alivio y gratitud al ver que la sustancia se ablandaba.

Se la aplicó con habilidad al rostro, primero unas pocas gotas en la nariz, las mejillas, la barbilla y la frente y después en todo el rostro. De inmediato su tez adquirió un tinte ceniciento. Se aplicó una pequeña cantidad a los labios y sonrió satisfecha. Parecía una enferma.

Los cuatro hombres permanecían de pie delante de ella, vestidos con sus mejores galas: jubones de brocado bordados con reluciente hilo de oro, gorgueras de lino ribeteadas de encaje y espléndidas capas forradas de piel. Morton, Ruthven, Maitland y lord Stewart sostenían sus sombreros en las manos, pero en su actitud no se advertía el menor asomo de servilismo. Sus ojos —marrón oscuro, amarillo iris de gato, gris y avellana— la estudiaban con descaro. A su lado, Darnley permanecía rígido de pie. «¡Dios quiera que no me falle!», pensó María. No se atrevía a sonreírle ni a mirarlo siquiera por temor a que ellos reparasen en su complicidad. Habían transcurrido ocho horas desde que ambos se acostaran juntos por la mañana y era probable que el recuerdo del cuerpo de Darnley le jugara una mala pasada. «¡Virgen bendita, ayúdame!», suplicó en silencio.

—Majestad, mi amada hermana —dijo Jacobo, adelantándose un poco con una dulce e infantil sonrisa en los labios—. Todos somos rebeldes en cierta medida —añadió— pues no hemos prestado la ciega y absoluta obediencia debida a nuestra ungida soberana. Lo reconocemos. —Señaló con la cabeza a sus compañeros y éstos asintieron para indicarle que siguiera adelante—. Por consiguiente, todos somos también rebeldes ante Dios. Pero ello no significa que nos hayamos unido a las huestes de los enemigos de Dios ni de los de vuestra persona. Tampoco significa que, tras haber visto, o creído, que Vuestra Majestad se había extraviado o había caído bajo la influencia de malos consejeros, cometiéramos un error al levantarnos contra ellos. Así se vieron los profetas obligados a hacerlo en el antiguo Israel. —Hizo una pausa al percatarse de que la mala influencia contra la que ellos se habían rebelado se encontraba a escasos pasos de él—. Majestad —agregó inclinando la cabeza ante Darnley—, me equivoqué al oponerme a vos e intentar impedir vuestra boda. Perdonadme; estaba ciego.

Darnley esbozó una sonrisa nerviosa. Vio que los largos y elegantes dedos de María acariciaban el broche que adornaba su corpiño. Tenía forma de tortuga con rubíes engastados. Recordó con un repentino sobresalto que se lo había regalado Rizzio,



«para mayor seguridad».

—¡Os rebelasteis y nos obligasteis a reunir un ejército contra vosotros! —exclamó Darnley.

Pero acto seguido evocó el grato recuerdo de la media armadura dorada que se había puesto y de su salida a lomos de su caballo bajo la amarillenta luz de septiembre.

—¡Sí, para nuestra gran vergüenza! —dijo Jacobo—, pero lo hemos pagado muy caro. Yo he sufrido el exilio en Inglaterra y una reprimenda de la Reina de allí...

—Nuestra hermana Isabel no alienta a los rebeldes —señaló María.

—Ciertamente, no. —Jacobo soltó una carcajada y los demás se unieron a su risa.

—Decidme, hermano, qué deseáis —le pidió María con dulzura.

La sonrisa de Jacobo se esfumó de golpe.

—Un indulto total e incondicional para todos los rebeldes, con independencia de sus motivos. —Señaló con un gesto de la mano a sus tres compañeros—. Todos nos hemos extraviado porque somos pecadores. Pero, ¿qué dicen las Sagradas Escrituras? «No hay nadie que practique el bien, nadie.» Sin embargo, el rasgo distintivo del gobernante, al igual que el de Dios, es la clemencia. «No me complazco en la muerte del pecador, sino en que el pecador se arrepienta y viva.»

—¿Y qué recibiría yo a cambio de este indulto? —preguntó María—. Aparte de las gracias espirituales, claro.

—Una Escocia unida —se apresuró a contestar Jacobo—. Ha habido dificultades, recelos..., como en las primeras etapas de un matrimonio, hemos estado aprendiendo a vivir juntos, hemos estado aprendiendo nuestras respectivas costumbres...

—¿Como la traición?

—Esta palabra...

—Es una palabra muy fea, pues describe un acto feo —lo interrumpió María.

Los cuatro hombres cayeron de rodillas sobre el reluciente suelo de madera y sólo el grosor de sus calzones amortiguó levemente el ruido.

—Perdonadnos —suplicaron—. No atendáis a nuestros pecados sino a vuestra gran clemencia, permitid que empecemos de nuevo, ¡dejad que éste sea el verdadero día de nuestra boda!

La rodilla de Ruthven estaba justo en contacto con la sangre coagulada de Rizzio. Cuando Ruthven desplazó el peso del cuerpo de una a otra rodilla, María oyó el leve crujido de la costra al resquebrajarse bajo su rodilla.

«¡Que se ensucie los calzones con una mancha sempiterna!», deseó.

—Tenéis razón —afirmó con dulzura—. Debemos dejar el pasado a nuestra espalda. Es malo para Escocia que sus gobernantes y sus consejeros no se lleven bien. Prepararé un indulto para todos vosotros y lo presentaré al Parlamento.

—Ya hemos redactado un borrador —dijo Ruthven. Al moverse reveló en efecto una mancha en la rodilla, y el lugar donde había triturado la sangre reseca presentaba

una depresión.

María, que empezaba a sentirse enferma de verdad, tomó el papel y fingió estudiarlo.

—Me parece muy completo —aseguró—. Lo mandaremos copiar y estamparemos en él mi firma real y la de mi esposo el Rey. —Hizo una pausa. Había llegado el momento—. Me siento débil —musitó, apoyándose contra Darnley.

Alarmado, él la tomó en sus brazos. Ella se hundió en el asiento, sujetándose el vientre.

—Los dolores... —musitó.

—¡La partera! —gritó Darnley.

—No..., la partera no —dijo María—. Los dolores se me pasarán si me acuesto. ¡Os lo ruego!

Señaló con la mano su dormitorio.

Los cuatro hombres se levantaron. Darnley y la Reina se dirigieron al dormitorio. Entraron en él y cerraron la puerta tras de sí. A los pocos minutos, Darnley salió.

—Está descansando —informó—. La tensión... Recemos para que el niño no nazca a destiempo.

—El papel... —dijo Jacobo.

—Está en su escritorio. Lo firmará dentro de unas horas cuando se recupere. No temáis. Lo tendréis listo por la mañana aunque debamos falsificar su firma. —Darnley les guiñó el ojo—. Y ahora, milores, podéis retiraros.

—¿Y dejarla sin vigilancia? —objetó Ruthven—. No, eso jamás. Podría tratarse de una estratagema. No olvidéis que se educó en la corte de Francia donde la mentira posee carta de naturaleza.

—¿Así como aquí la poseen la violencia y el asesinato? —replicó Darnley. Al ver que Ruthven lo miraba con furia, sonrió—. En ninguna corte se educa para la doblez. La Reina mi esposa está indispuesta, pero os ha dado su palabra de que firmará el indulto y, como es una auténtica gobernante, la cumplirá. Os ruego que despedáis a los guardias y regreséis a vuestras casas. Debéis de estar cansados y es la segunda noche desde el... accidente. —Señaló la puerta cerrada del dormitorio de María—. Ahora no necesita guardias. Yace en su lecho de enferma y es una mujer débil. Todos sus servidores se han ido y los pocos partidarios que tiene, como Bothwell y Huntly, se encuentran lejos. Además, yo la vigilaré. ¡Respondo de ello!

—¡En tal caso, que caiga la venganza sobre vuestra cabeza y sobre las de vuestros hijos si algo falla!

María percibió la ronca voz de Ruthven a través de la puerta del dormitorio.

Después percibió otras voces, unas pisadas y por último el silencio. Se abrió la puerta del dormitorio con un chirrido, y Darnley asomó la cabeza. Estaba más pálido que María a pesar de que no llevaba afeitado alguno.

—¡Me ha lanzado una maldición! —exclamó con el rostro ceniciento.

—¿Acaso esperabais una bendición? —replicó María, incorporándose—. Es un malvado y sólo comete maldades. ¿Ya se han ido?

Darnley suspiró.

—Sí. Les he prometido que tendrían el indulto mañana por la mañana. Pero ¿y si regresan? ¿Será mejor que huyamos ahora mismo!

María se levantó de la cama. Se sentía fuerte y débil al mismo tiempo. El niño se movió como si quisiera decirle que se hallaba a salvo.

—No —repuso—. Estoy segura de que han dejado guardias para ponernos a prueba. Es todavía muy temprano. Aún no ha oscurecido del todo. Debemos desnudarnos y simular que nos vamos a la cama. Hacia las dos de la madrugada escaparemos. Yo acudiré a vuestra habitación, saldremos por la poterna y cruzaremos el cementerio hasta el lugar donde nuestros salvadores nos esperan con caballos.

—¿Lo habéis dispuesto...? —preguntó Darnley con incredulidad.

—Todo —contestó María.

Deseaba que se retirase aquel necio para que ella pudiera quitarse la arcilla blanca de la cara. Le picaba y le escocía.

Permaneció tendida en la cama con el camisón puesto para interpretar a fondo su papel. Sabía con exactitud dónde estaban sus prendas de montar y cómo ponérselas en un instante. Entretanto, debía pasar varias horas inmóvil pero del todo alerta.

No tenía miedo; sólo la cólera le circulaba por las venas junto con un profundo y doloroso afán de venganza. Sentía ganas de blandir un hacha, abrirle la cabeza a Ruthven y verlo desplomarse entre convulsiones.

Ya habría ocasión para ello cuando hubiese escapado...

María bajó con sigilo por la pequeña escalera de caracol que comunicaba su dormitorio con el de Darnley. Había veinticinco peldaños dispuestos en espiral hacia la izquierda, lado hacia el que ella se inclinó. Una vez en el dormitorio de Darnley, buscó a tientas su cama pues no había ninguna luz encendida. Hacía mucho tiempo que no buscaba aquella cama, pero resultaba fácil de encontrar dadas las reducidas dimensiones de la estancia.

Darnley dormía.

Su respiración era tan leve como la de un niño, y a ella le costó tanto despertarlo como si lo fuera.

Darnley apoyó obediente su mano en la suya y dejó que lo guiara a través de la sala de audiencias, bajando después por una galería hasta llegar a una escalera que los

condujo a un frío, húmedo y desierto sótano.

El palacio estaba en silencio y delante de la puerta de Darnley no había guardias como delante de la de María.

«Se fían de él —pensó María—. O quizá sólo son descuidados.»

—Ya no falta mucho —le musitó a Darnley.

El largo pasadizo en el que se alineaban varios sacos de manzanas del año anterior, repollos, barriles de pescado salado y toneles de vino, olía como el recuerdo de una comida invernal.

—Hay una puerta... al final de la hilera de toneles de vino... Aquí está.

Alargó la mano y tocó la áspera madera. ¡Dios quisiera que no estuviera cerrada!

Había una aldaba de madera que se levantaba sin dificultad. La puerta se abrió con un chirrido y entró una ráfaga de frío aire perfumado con el aroma de la tierra primaveral.

—¡Vamos!

Había que subir tres escalones para alcanzar el nivel superior. Salieron al aire libre.

Después de la absoluta oscuridad del sótano de las provisiones, la noche les pareció tan clara como el día. En torno a sí vieron las lápidas y los montículos de los sepulcros.

Por encima de sus cabezas el viento hacía susurrar las ramas desnudas de un fresno.

—Nos esperan al otro lado del cementerio de la abadía, donde terminan los terrenos de Holyrood —explicó María—. Venid, pero agachad la cabeza y sortead las lápidas para que nadie descubra nuestros movimientos. Debe de haber guardias en el exterior del palacio.

Soltó la mano de Darnley e inclinó la cabeza, desplazándose de tumba en tumba medio encorvada. Gracias a la Bienaventurada Madre de Dios, aquella noche la luz de la luna no era muy brillante. Sus figuras serían unas sombras en la oscuridad. De repente, María sintió que su pie se hundía en la suave tierra y cayó hacia delante hundiendo las manos en la tierra.

Una tumba reciente.

Estuvo a punto de gritar cuando tocó una cosa dura no muy por debajo de la superficie. Se apartó a gatas y se sentó en el suelo jadeando y con el pulso acelerado.

—Rizzio —murmuró.

—Ah, Davie —masculló Darnley, acariciando el improvisado montículo—. Todos los días de mi vida lo lamentaré... ¡Me han engañado miserablemente!

¡El muy cobarde estaba a punto de echarse a llorar!

—Un hombre más alto que él dormirá muy cerca de aquí dentro de doce meses —anunció María con la mayor dulzura.

—¿Cómo? —preguntó Darnley con voz trémula.

—He dicho que debemos seguir adelante. Estamos a medio camino. —María se arrodilló y tomó la mano de Darnley, que pisó la tumba de Rizzio antes de desplazarse a la siguiente lápida.

Lápida, montículo, lápida, montículo, monumento... Era como un enorme tablero de ajedrez en el que ellos fueran las piezas que se movían.

Un caballo relinchó a unas treinta yardas de distancia. ¿Un guardia? ¿Uno de sus liberadores? María prestó atención. Percibió un ligero movimiento hacia el fondo del cementerio donde debían aguardarlos sus liberadores. «¡Han de ser ellos! ¡Tienen que serlo! —pensó María—. La única manera de averiguarlo consiste en acercarme tanto a ellos que me vea atrapada sin remedio si no lo son.»

Avanzó muy despacio. Ya oía el murmullo de sus voces, que se mezclaban con el grito de las lechuzas y los correteos de los pequeños roedores en la oscuridad.

—Más de las tres...

Sólo consiguió captar estas dos palabras.

—Galope...

María reconoció la voz de Bothwell.

Se incorporó y cubrió a la carrera las últimas veinte yardas. Los caballos se asustaron y los hombres desenvainaron sus espadas.

—¡Bothwell! —llamó María levantando un poco la voz—. ¡Todo ha ido bien!

Unos brazos que parecían de madera de olmo la levantaron por encima de la valla.

—¡Gracias a Dios y a todos los demonios! —exclamó Bothwell.

Allí estaban Arthur Erskine y lord Stewart de Traquair, el caballero mayor de María, el capitán de la guardia y Bastian Pages, servidor de María. No había suficientes caballos.

—Vos montaréis a mujeriegas conmigo —le indicó Erskine a María mientras Bothwell la levantaba de nuevo en vilo y la sentaba detrás de Erskine en la silla.

—Vamos a Seton House —dijo Bothwell—. Allí nos esperan doscientos hombres. ¡Cuando se efectúe el cambio de guardia en Holyrood al amanecer, nosotros ya estaremos a muchas leguas de distancia! —Parecía en parte irritado y en parte contento—. ¿Os sentís capaz de cabalgar hasta allí, Majestad? —le preguntó de improviso a María.

—Debo hacerlo —contestó ella—. No hay más remedio.

Bothwell asintió brevemente con la cabeza, pero ella vio el destello de sus dientes en una rápida sonrisa.

—¡Vámonos de aquí!

El caballo de Erskine dio un brinco hacia delante y María tuvo que agarrarse muy fuerte para que no la derribara. Su abultado vientre le impedía abrazarse bien a Erskine, por lo que corría el peligro de resbalar. Intuyéndolo, él refrenó su montura.

—¡Más de prisa! —gritó Darnley, acercándose a ellos mientras el viento los

acariciaba con sus largos y fríos dedos—. ¡Estoy seguro de que nos siguen! —Se inclinó hacia delante y azotó con la fusta el caballo de María.

—No puedo correr más, pues pondría en peligro la vida del niño —repuso María.

El rumor de los cascos de los caballos recalcó sus palabras.

—No importa; ¡si muere, ya haremos otro! —gritó Darnley.

—Pues dejadme y procurad salvaros vos —le contestó María.

Darnley así lo hizo.

«Está más allá del odio —se dijo María—, más allá de la compasión y de cualquier consideración humana.»

Bothwell la miró, pero ella no quería que la compadecieran ni que la despreciasen y le molestó que Bothwell hubiera oído su conversación. Apartó la cabeza y miró al frente como si fuese capaz de ver todo el camino hasta Seton. Los brincos y los golpes de los cascos de los caballos le repercutían por todo el vientre.

«Pobre niño —pensó María—. Protégelo, Santa Madre de Dios.»

Volvió la vista atrás en la oscuridad. No parecía que los siguiera nadie.

Todavía era noche cerrada. Mientras galopaban hacia el Forth y Seton House, tuvieron que fiarse del instinto de los caballos para evitar los baches y los terrones del irregular camino. Las ramas bajas de los árboles eran un peligro constante, y los jinetes debían agachar una y otra vez la cabeza para evitarlas; pero aun así cada dos por tres las ramas delgadas les azotaban el rostro en medio de la oscuridad.

Seton House se hallaba a menos de doce millas. Cuando llegaron, María tenía los dedos rígidos de agarrarse a la ropa de Erskine y estaba muerta de frío. Sin embargo, cuando entraron en el patio y vio el resplandor de las antorchas y aspiró el olor de un considerable número de caballos, comprendió que un contingente de leales jinetes la esperaba. Se encontraba a salvo.

El caballo de Erskine se detuvo. Bothwell la tomó en sus brazos para bajarla y lord George Seton —el hermano de María Seton— y el nuevo conde de Huntly se acercaron para recibirlos.

—¡Bienvenida, Majestad! —dijo Seton—. ¡Gracias a Dios que estáis a salvo! Todos esperamos vuestras órdenes.

María miró alrededor. Después de la larga cabalgada se sentía un poco mareada al permanecer de pie, pero aun así rebotaba de entusiasmo.

—Aquí no estamos seguros —aseveró—. Nos hallamos demasiado cerca de Edimburgo. Debemos dirigirnos a una fortaleza que sea inexpugnable de verdad.

—Dunbar —dijo Bothwell sin dudar—. El mar lo protege por tres lados y es lo más inexpugnable que existe. Se encuentra a trece millas más en dirección a la costa. ¿Podéis...?

—¡Desde luego que puedo montar! ¡Y sola además! Traedme mi caballo.

¿Acaso pensaba que tendrían que llevarla en litera?

Bothwell la miró con expresión dubitativa, pero le hizo una seña a lord Seton.

—Traedle a la Reina un veloz palafrén —indicó.

Lord Seton pareció sorprenderse de que le dieran órdenes en su propia casa.

—¡Vamos! —gritó María, una vez a lomos del caballo.

Doscientos hombres levantaron en alto sus antorchas, acogieron con gritos de aquiescencia su orden y la siguieron.

Tardaron tres horas en llegar a Dunbar, y clareaba cuando divisaron la cuadrada fortaleza gris envuelta por la aureola de fuego de los primeros rayos del sol naciente desde el mar. Un coro de gaviotas los recibió.

—¿Quién va? —preguntó el centinela desde las almenas.

—¡La Reina! —contestó María—. ¡Abrid en mi nombre!

Una vez dentro, María, Bothwell y Seton advirtieron la ausencia del alcaide Simon Preston, preboste de Edimburgo. ¿De qué lado estaba? A pesar de su oportuna aparición al frente de los ciudadanos de Edimburgo en las puertas de Holyrood, ¿estaba al corriente de antemano de la intriga contra Rizzio? ¿Por qué se había dejado convencer con tanta facilidad por las mentiras de Darnley? ¿Dónde estaba en aquellos momentos?

«No importa —pensó María—. De bien poco me sirvió en el momento en que lo necesitaba y optó por la vía más cómoda. Por consiguiente, ya ha dejado de ser alcaide de aquí. Esta fortaleza debe estar en manos de alguien digno de mi confianza. Bothwell. Sí, se lo ha ganado con todo merecimiento.»

Los gritos de las gaviotas al otro lado de las ventanas parecían los de unos niños hambrientos.

—Tráeme dos docenas de huevos, un poco de mantequilla y de queso y una sartén de hierro —le pidió a un criado—. Y enciende esta chimenea. —Después se volvió a sus acompañantes y anunció—: ¡Os prepararé el desayuno, caballeros!

Mientras comían sentados en torno a la mesita, lo que lord Seton llamó «huevos *a la Reine d'Écosse*», «queso real» y «cerveza de Su Majestad», María les comunicó que, a partir de aquel momento, Bothwell sería el alcaide de Dunbar y les pidió que reunieran un ejército de soldados leales y marcharan con ellos sobre Edimburgo.

—Los que consideréis necesarios para expulsar a los rebeldes —precisó, mirando a Bothwell por ser éste el más experto de todos ellos.

—Alistaremos a los escoceses de las Fronteras y éstos serán todos los combatientes que necesitaréis —aseguró Bothwell, soltando una carcajada—. Tened por cierto que serán leales y...

—Haremos un llamamiento a toda Escocia —lo corrigió Huntly, mirándolo con sus claros y serenos ojos azules.

—¿Y qué pensáis que deben de estar desayunando los milores Morton, Ruthven y Lindsay? —preguntó de repente María, pasándoles un segundo cuenco de huevos con una sonrisa en los labios.

—Habrán aceptado su derrota y no estarán para desayunos, eso seguro —contestó Seton.

—¿Hay aquí pluma y papel? —preguntó María—. ¡Tengo que escribir de inmediato a Carlos IX de Francia y a Isabel de Inglaterra! ¡Hay que informarles de lo ocurrido!



## XXIX

El dorado sol se elevó en el firmamento rodeado por unas densas nubes.

—Hoy va a llover —comentó Bothwell, tras echar un vistazo al cielo. Soplaba un viento gélido y más allá de las ventanas del castillo el mar parecía haberse solidificado a causa del frío.

Tiritando, Darnley permanecía acurrucado delante del fuego de la chimenea de la sala.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Llamaré a mis hombres de las Fronteras —contestó Bothwell—. En cuanto vengan, marcharemos sobre Edimburgo.

—¡Y expulsaremos a los rebeldes! —dijo María, mirándolos a los dos. Bothwell estaba visiblemente agotado, pero Darnley ofrecía un aspecto lastimoso—. ¡Los expulsaremos hasta Inglaterra o dondequiera que decidan correr a esconderse!

—¡Sí! —contestó Bothwell levantando la voz.

Los malvados y perversos asesinos... El más grande de todos ellos estaba sentado allí mismo, frente a la chimenea. María se acarició el vientre con suavidad como si temiera que un toque más firme matase al niño.

«Y, cuando tú nazcas, me vengaré —pensó mirando a Darnley por el rabillo del ojo—. ¡No, no volveré a ser tu esposa, traidor!»

Por la tarde María recibió la noticia de que otros lores, animados por su valor y la estrategia de Bothwell, se dirigían a Dunbar para ponerse a su servicio junto con sus hombres.

Bothwell entró en la estancia donde ella estaba sentada, leyendo el despacho.

—¿Pero es que nunca dormís? —le preguntó, mirándola con asombro—. ¿No necesitáis descansar por... el niño?

—El niño será un auténtico Stewart y se encontrará más a gusto en acción, realizando grandes hazañas —contestó María, reprimiendo un suspiro de agotamiento—. Pero mirad: los condes de Atholl, Sutherland y Crawford y los lores Fleming, Seton y Livingston, hermanos de mis Marías, vienen a Dunbar. ¡Hemos triunfado!

—Todavía no —repuso Bothwell—. Aún no se ha producido ningún combate.

Al final, María se permitió el lujo de descansar en una de las camas de los viejos aposentos. Llevaba muchas horas sin dormir. ¿Cuarenta tal vez? No estaba segura. Todo se confundía en su mente, desde el instante en que se le ocurriera la idea de huir

de noche, hasta la cabalgada a través de la campiña... De repente, la invadió un cansancio profundo. El sueño la venció.

Al despertar, experimentó un nuevo sentimiento: un temor frío e inconfundible. Ahora veía todos los acontecimientos en conjunto y comprendía lo precaria que era su situación. Estaba rodeada por entero de traidores y asesinos. El íntimo círculo que la protegía había resultado ser un peligroso círculo de enemigos y no ya de defensores. Y éstos eran los poderosos nobles, quienes disponían de espías y muchos soldados.

«Siempre supe que Knox era mi enemigo —pensó—, pero en su honor he de reconocer que así lo proclamó desde el principio. Y, con independencia de lo que predicaba, jamás blandió en persona una daga. Podía invitarlo a mis aposentos sin temor a que me apuñalara. Pero Ruthven, Morton, Douglas..., ¡los nombres más destacados de Escocia! Y mi hermano lord Stewart, el personaje más encumbrado del país, ¡qué pronto apareció en escena! Debió de dirigir todo el plan desde Inglaterra. Porque una cosa es segura...: todo esto se planeó. No se hizo obedeciendo a un repentino impulso. Ocurrió la víspera del día en que el Parlamento castigaría a los rebeldes de la Correría de la Persecución.»

Se puso a temblar y se cubrió con unas pieles. «No es de miedo, sino de frío», se dijo.

Fuera el viento gemía y no paraba de llover.

«¿En quién puedo confiar? —se preguntó—. ¿Acaso Bothwell es el único lord leal que queda en el país? Jamás ha abandonado la Corona y apoyó a mi madre contra sus enemigos...»

—Ojalá tuviera mi armadura.

María oyó muy cerca de donde se encontraba una voz conocida y repugnante: la de Darnley. Cansada, volvió la cabeza y lo vio de pie con aire abatido en el centro de la espartana sala de piedra. Era una estancia para guerreros curtidos, no para perfumados cortesanos.

—Dejé la armadura en Edimburgo. ¿Cómo cabalgaré con las tropas sin armadura? —gimoteó.

Eso era lo único que le había gustado de la Correría de la Persecución: llevar armadura.

—Pedidle prestada una a Bothwell —contestó ella.

Darnley echó la cabeza hacia atrás y soltó una estridente carcajada tan desagradable como un rebuzno, que resonó contra las irregulares piedras de la sala.

—No podría ponérmela. Soy más alto —dijo en tono despectivo.

—Me refería a los pertrechos militares que hay aquí —le explicó ella en tono no menos despectivo—. Este es un arsenal real, y todos los suministros de armaduras, piezas de artillería y pólvora se almacenan en este lugar.

—Ah, sí. —Darnley echó un vistazo en torno a sí—. Bueno pues, ya me encargaré

de buscarme una.

María se incorporó.

—¿Ha llegado alguien?

—Atholl ya está aquí con mil hombres, y algunos soldados de Bothwell...

—Sí, ya han llegado los escoceses de las Fronteras. —Bothwell había aparecido en la puerta y su figura ocupaba el hueco de ésta casi por entero—. He venido a comunicároslo.

—¿Con cuántos hombres? —preguntó María, levantándose de la cama.

—Varios centenares. Nos han mandado decir que los Robson y los Tait ya se han puesto en camino con algunos de sus mejores hombres: Rompelanzas y Partecoronas... ¡Imaginaos de dónde les vienen los apodos!

María se echó a reír.

—¡Pueden partir todas las coronas que quieran con mi bendición!

—¡Qué manera tan desagradable de celebrar la violencia! —dijo Darnley.

—Los nombres son muy descriptivos. Tenemos a Eekie *el Maldito*, a Armstrong *Mala Fe*, a Elliot *el Semental* y a Armstrong *el Salvaje*. Quizá si fuerais a las Fronteras también os encontrarían un apodo apropiado.

Darnley dio media vuelta y abandonó la estancia con la espalda muy derecha.

—Sí —dijo María, estremeciéndose—, podrían llamarlo Henry *el Cobarde*.

En cuanto Darnley se retiró, fue como si hubiera desaparecido un mal espíritu.

—¿Habéis descansado? —le preguntó Bothwell—. Deberíais intentarlo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó María, que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que Bothwell dijera.

—Esperar. Cuando contemos con suficientes hombres en Dunbar, marcharemos contra esos bribones.

En tres días se reunieron cuatro mil hombres en Dunbar y la noticia no tardó en llegar a Edimburgo. Bothwell y María consideraron oportuno abandonar Dunbar y marchar hacia el oeste; Bothwell iba en cabeza de sus soldados de las Fronteras, y María avanzaba al frente de cuatro compañías de mercenarios de infantería. En total habían conseguido el apoyo de siete condes y cuatro lores, además de otros que se unieron a ellos por el camino. Darnley se las ingenió para cabalgar delante de las fuerzas de lord Seton como si las dirigiese.

A medida que se acercaban a Edimburgo crecía el número de personas que se congregaban a su paso para aclamarlos. Justo a la entrada de Edimburgo el arzobispo Hamilton los saludó en nombre de su clan. La gente salió para escoltarlos hasta la ciudad, y Bothwell disparó unas salvas.

—¡Soldados —gritó—, todos vosotros os alojaréis en la ciudad!

No hubo resistencia ni combates. Los cañones sólo sirvieron para disparar salvas. Los traidores habían huido de la ciudad y ya se dirigían al sur para cruzar la frontera.

Al frente de ocho mil soldados, María entró en Edimburgo, abandonada por sus enemigos, entre vítores y gritos de entusiasmo. La ciudad era suya, y la victoria también.

Al día siguiente, ella y los miembros de su Consejo —con la excepción de Darnley, que no manifestó el menor deseo de asistir— se pusieron de inmediato manos a la obra para castigar a los traidores y restablecer el Gobierno. Todos aquellos que no habían participado en el asesinato pero estaban implicados de modo indirecto en él recibieron la orden de abandonar la corte; entre ellos figuraban Argyll, Boyd, Maitland, Rothes y Kirkcaldy, que todavía se encontraba en Inglaterra desde la última rebelión. Morton, Lindsay, Ruthven y los Douglas fueron declarados proscritos, así como sus partidarios.

¿Qué harían con Darnley? Había que mantenerlo al lado de María para garantizar la legitimidad de su hijo. Se encontró una solución: Darnley juraría ser inocente delante del Consejo y su declaración exculpatoria sería publicada y divulgada. Así pues, con el rostro resplandeciente de inocencia, Darnley juró no haber tenido nada que ver con la conspiración ni haberla «aconsejado, ordenado, consentido, alentado o aprobado».

Después se fue a beber a una taberna situada justo enfrente de Mercat Cross, donde se había expuesto su declaración firmada.

—¡Bien, bien, bien! —murmuró una y otra vez mientras levantaba su jarra como si brindara por ella.

## XXX

El mero sonido del cuchillo de Darnley al tintinear contra su plato atacaba los nervios de María, que odiaba cualquier cosa que guardase relación con él, cualquier recordatorio de su existencia; los ruidos que hacía cuando masticaba o bebía le resultaban repulsivos. Se esforzó por mirarlo y sonreír. El muy bobo le devolvió la sonrisa. ¿Acaso no se percataba de lo falsa que era su expresión?

«Ya falta menos —pensó—. Debo halagarlo y ablandarlo para que reconozca al hijo y añada una última mentira a las calumnias contra Rizzio. He hecho todo lo posible por aplacarlo: he divulgado una proclama en la que lo declaro inocente del asesinato, lo he mantenido a mi lado..., todo menos acogerlo en mi lecho y para ello dispongo del pretexto de que los médicos me lo tienen prohibido, ¡gracias a Dios!»

Darnley seguía sonriendo, con la cabeza ladeada como un perro.

—¿Damos un paseo por las murallas, amor mío? —le preguntó.

Disimulando sus sentimientos, María se levantó y asintió con la cabeza. Incluso le tomó la mano y juntos abandonaron la sala y salieron al patio del castillo de Edimburgo.

El sol de mayo era demasiado débil para entibiarlos, por lo que María envió a un criado por su capa. Echársela sobre los hombros le sirvió de excusa para soltar la mano de Darnley. En cuanto abandonaron la protección de los muros del patio interior, sintieron el azote del fuerte viento primaveral procedente del Forth. Darnley se acercó corriendo a las murallas de la fortaleza riendo como un chiquillo mientras María lo seguía con paso más sosegado.

—¡Mirad! ¡Mirad! —dijo él, señalándole los dibujos que el viento trazaba en la superficie del Nor'Loch, a los pies de la roca del castillo. El alargado y estrecho lago al que solían arrojarse los cuerpos de las víctimas de la peste brillaba bajo el sol reflejando el color gris azulado del cielo.

—Sí, sí —respondió María, procurando disimular su irritación.

«Es un niño —pensó—. Y yo que lo creía un hombre y le juré lealtad y lo senté en un trono. El año pasado por estas fechas... No, no quiero pensar en eso. Me resulta demasiado doloroso.»

Unas estentóreas carcajadas resonaron en el patio, seguidas por el metálico sonido de unas botas claveteadas. Enfrascados en una conversación, Bothwell y su cuñado Huntly se dirigían a la escalera larga y la entrada con las capas ondeando a su espalda.

«¡Esperad!», estuvo a punto de gritarles María, levantando la mano para hacerles una seña, pero enseguida la bajó de nuevo. Habían desaparecido al otro lado de la muralla.

—En cuanto a los padrinos, creo que mi padre... —decía Darnley.

—¡No! —exclamó María—. ¡Vuestro padre no! —Desconfiaba de él y sospechaba que también estaba implicado en el asesinato de Rizzio—. Había pensado que deberíamos pedirles a gobernantes de otros países que fueran los padrinos. A fin de cuentas, este niño será el Rey de Escocia y quizá también de Inglaterra. Conviene que ello se reconozca ya desde un principio.

Darnley exhaló un suspiro.

—¿Pues entonces quién? —preguntó.

—Quería pedirselo a Carlos IX de Francia, al duque de Saboya y a la reina Isabel.

—¿A la reina Isabel? —preguntó Darnley, levantando tanto la voz que los soldados que montaban guardia en las murallas se volvieron a mirarlo—. Pero si fue ella quien desautorizó nuestra boda. ¡No, no y no!

—Es la manera de ganarnos su favor, ¿acaso no lo comprendéis? —dijo María, esforzándose por mantener un tono razonable—. A la reina Isabel le encantan los niños y, si la vinculamos al nuestro, más tarde le dispensará su favor...

—¡Jamás! ¡Es un insulto demasiado grande! ¡Jamás, jamás, jamás!

—Pienso pedirselo, y no olvidéis que soy la Reina —insistió María con firmeza.

Darnley no le prestó atención. En uno de sus repentinos cambios de humor, se volvió para contemplar de nuevo el lago.

—¿Creéis que es cierto eso que dicen de que los brujos flotan? —preguntó en voz baja—. Tengo entendido que ésa era la prueba a que los sometían aquí.

María se estremeció.

—Espero no presenciar jamás semejante prueba. A los pobrecillos los sacan a rastras del agua y después los queman en la hoguera.

«Parece que me rodean los brujos y toda suerte de males —se dijo—. Mi madre murió en el interior de estas murallas y tal vez yo siga sus pasos.»

Sus pensamientos le provocaban tal sufrimiento que se sintió como atraída por la brillante superficie del lago de abajo.

—¡Amor mío! —exclamó Darnley, sujetándola con sorprendente fuerza.

Estaba muy pálido y parecía alarmado. Apartó a María del borde y cruzó con ella el patio.

¿Por qué la sujetaba con actitud protectora? María trató de apartarse.

—Habéis estado a punto de caer os —le dijo Darnley—. Os habéis inclinado hacia delante y si yo no os hubiera sujetado...

Darnley temblaba.

«¡Virgen Santísima! —María se estremeció—. ¿Acaso me he desmayado?»

—Debéis acostaros —le decía Darnley—. Os acompañaré a vuestro dormitorio.

Se tendió en el lecho real con la mejilla apoyada en los cobertores de raso de color

leonado, los que ella había bordado con las Marías cuando ninguna de ellas estaba casada y juntas se reían y bromeaban sobre sus futuros esposos y formulaban deseos acerca de los lechos que aquellas colchas de raso habían de cubrir.

«Ahora yazgo encima de ella y sé muy bien en qué se ha convertido mi esposo — pensó María—. Me daría por satisfecha si jamás tuviera que acostarme con él en esta cama o en cualquier otra. ¿Serán felices Livingston y Beaton? Beaton se casó hace apenas un mes y parecía contenta con su destino. Flamina sigue escribiéndole cartas al desterrado Maitland, aunque sabe que participó en el asesinato. Seton... no muestra el menor interés por los pretendientes.

—*Ma Reine*, dicen que os habéis desmayado en las murallas.

De repente, una mujercita había aparecido a su lado como por arte de ensalmo. El conocido perfume del dulce bálsamo de limón tranquilizó a María.

—Madame Rallay —su presencia le proporcionaba más consuelo que cualquier colcha de raso—, me temo que sí. No suele ocurrirme, pero ahora ya me encuentro mejor. ¡No, no necesito tomarme ninguna de vuestras mixturas de calvados y espumosa crema de leche!

Era la panacea de madame Rallay desde sus tiempos en Francia.

—¡Ya he mandado que la preparen, y debéis tomárosla! —dijo con severidad la francesa.

María se guardó mucho de discutir con ella. Sin embargo, de repente comprendió lo que quería, y no era una bebida caliente de leche y licor. Tomó la mano de madame Rallay.

—Me la beberé, os lo prometo, pero después os ruego que me enviéis a mi confesor. Necesito verlo. Ya es hora.

Sentada en el banco de la estancia con las persianas de las ventanas cerradas, María aguardaba al padre Roche Mamerot, tiritando. La muerte la rodeaba por todas partes y, tendida en la cama, había percibido de pronto su presencia, que la esperaba como había esperado a su madre. El parto era peligroso y ella podía morir. Morir... e irse al Infierno con sus pecados.

—Hija mía.

El anciano dominico, que había acompañado a María desde Francia y había envejecido mientras los pecados de la Reina pasaban de su inocente negativa a compartir los juguetes con los demás niños en el cuarto de juegos de palacio, a inquietantes deseos de lujo y vanidad y a graves faltas de persona adulta, la saludó con dulzura. Siempre había sido un buen confesor que confiaba en la misericordia de Dios más que en su cólera.

—Me acuso de haber pecado, padre, de haber pecado mucho...

María tomó la mano del clérigo y la cubrió de besos cerrando los ojos para que no se le escaparan las lágrimas.

—Mirad, hija mía, la finalidad del sacramento es aliviar los corazones atribulados... —El padre Mamerot trató de apartar la mano pero ella se la sujetaba con todas sus fuerzas, incapaz de contener el llanto—. ¿Qué es lo que tanto os inquieta?

—¡He cometido pecados de comisión, pecados de orgullo y de ira! ¡No he practicado la caridad! He...

—La gente no suele llorar por «no haber practicado la caridad» —comentó el cura casi en tono burlón—. Estas cosas tan abstractas no hieren el alma ni dan lugar al doloroso arrepentimiento que veo aquí. ¿Qué habéis hecho?

—¡Lo odio! ¡Odio a mi esposo! ¡Lo odio en lo más hondo de mi corazón! ¿No os parece que esto es pecado? Le deseo la muerte... ¡y lo desprecio! —María se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar desconsolada—. ¡No soporto su presencia! ¡Me repugna! Padre, ¿qué he de hacer?

—Por desgracia, debéis superar esta aversión. Es vuestro esposo y, a los ojos de Dios, formáis una sola carne. Sabéis que vuestro deber...

—¡No puedo! ¡No puedo!

—Humanamente no podéis, pero con la ayuda de Dios...

—No —gimió María, sujetándose el costado e inclinándose como si le hubieran propinado un puntapié.

—Decís que no porque no queréis someteros, no porque dudéis de que Dios tenga el poder de ayudaros. —El sacerdote la miró con semblante apenado—. Lamento deciros que la absolución no es posible sin un sincero deseo de cambiar.

—Temo, padre, que, si yo muero, Darnley y su padre gobiernen el país y maten al niño... ¡Éstas son las terribles pesadillas que me atormentan! ¿Cómo puedo acudir al lecho de un hombre que estoy convencida de que desea mi muerte?

—¿Habéis...? ¿Albergáis algún pensamiento pecaminoso con respecto a otro hombre?

—No. Jamás se me ha ocurrido. Padre, vos sabéis que yo llegué virgen a este matrimonio y antes jamás había prestado demasiada atención a esta faceta de la vida en la que tanto piensan otras personas y sobre la cual suelen entonar canciones y contar tantos chismes. Yo era una reina tan virgen como mi prima. ¡No, jamás he abrigado estos pensamientos!

El padre Mamerot contempló su lloroso rostro.

—Os creo. Debéis agradecer que el demonio no haya considerado oportuno torturaros en este sentido, lo que sólo serviría para agravar el sufrimiento que ahora os embarga. —El clérigo suspiró—. No quisiera que afrontaseis el parto con algún pecado en vuestra conciencia. Vuestros sentimientos son comprensibles, pero ¿tenéis fuerzas para intentar superarlos? Dios sólo pide buena voluntad. No exige promesas ni



menos aún que el intento se vea coronado por el éxito.

—Sí, si me decís que debo hacerlo. Vos sois el guardián de mi alma desde hace muchos años —contestó María en un susurro.

—Pues entonces rezad el acto de contrición para que pueda impartiros la absolución —indicó el padre Mamerot.

María inclinó la cabeza.

—Señor mío Jesucristo, me pesa de todo corazón haberos ofendido por ser vos quien sois, bondad infinita, también me pesa porque podéis castigarme con las penas eternas del Infierno. Ayudada por vuestra divina gracia, propongo no volver más a pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.

—Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo el padre Mamerot—. Como penitencia, deberéis resolver esta cuestión cuanto antes. —Posando la mirada en el vientre de la Reina, añadió—: Dios os conceda un buen parto.

Los dolores del parto empezaron un mes más tarde, una noche de junio. Hasta entonces, María había estado preguntando ansiosamente a las parteras:

—¿Cómo sabré si son los verdaderos dolores del parto?

—Lo sabréis, lo sabréis —habían contestado ellas.

Y ahora comprendía por qué estaban ellas tan seguras.

Le dolió desde el principio. Le habían dicho que a veces comenzaba con mucha suavidad, pero el primer dolor ya fue como el de la hoja de un cuchillo que la traspasara desde la espalda hasta el vientre. Y, una vez que empezaron, ya no se produjo pausa alguna entre ellos. Algunas mujeres le habían dicho que en las primeras fases bordar o escuchar música les había servido de distracción, pero ella no lo resistía. Tenía la sensación de estar luchando contra un enemigo que llevaba dentro, un enemigo capaz de vencerla y derrotarla en cualquier momento.

Tendida en el gran lecho del castillo de Edimburgo y agarrada a unas sábanas anudadas, trató de no gritar. Hacía todo cuanto le decía la partera, tenderse de esta manera, asir aquello, aspirar los efluvios de un pañuelo empapado en agua de alhelí, pues sin duda la mujer conocía todos los secretos capaces de ayudarla. Sin embargo, nada había que la aliviase, y los dolores eran cada vez más intensos hasta el extremo que llegó a pensar que, si hubiera tenido una daga a mano en aquellos momentos, se habría matado.

—¡Tomad mi mano! —le ordenó lady Atholl—. ¡Apretad con fuerza!

María obedeció, pero estaba demasiado débil para apretar como habría deseado.

—Mi hermana está de parto justo en este momento —le susurró la mujer—. Sí, aquí mismo, en el castillo. Ahora que me habéis apretado la mano, me reuniré con ella y le

llevaré vuestro dolor. ¡Ella lo resistirá!

La mujer, casi tan voluminosa como si estuviera embarazada, se apartó del lecho.

—¡No! —gritó María—. No, no quiero que lo hagáis. —Alargó la mano para retenerla.

—Chsss. —La partera la empujó con suavidad hacia atrás—. Vamos a dejar que se marche la bruja. No la retengáis junto a vuestra cama.

¿La bruja? ¿Acaso aquella mujer era una bruja?

—Lady Atholl... —dijo, pero un dolor agudo interrumpió sus palabras.

Tenía la sensación de que le desgarraban el vientre con unos hierros al rojo vivo; sin embargo, la enorme masa que llevaba dentro —ya no le parecía una criatura— había dejado de moverse. ¿De qué servían todos aquellos dolores que parecían precipitarse y retorcerse en torno a la inmóvil criatura como las olas que rompen contra una roca?

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! —gritó, pero sabía que nadie podía hacerlo. No podían introducir las manos en sus entrañas y sacar a la criatura—. ¡Oooh!

De repente, los dolores se abrieron como el sol se abre paso entre las nubes, proporcionándole un instante sin sufrimiento. Al cabo de un instante regresaron con fuerzas renovadas.

—¡Empujad! ¡Empujad! ¡Es el momento!

Ahora los dolores eran algo con un principio, un núcleo y un final. María percibió entonces un movimiento en su vientre.

—¡Preparadlo todo! —gritó la partera. Su ayudante corrió hasta los pies de la cama con una sábana y una jofaina llena de agua caliente.

La partera sudaba y jadeaba como si estuviera trabajando delante de un horno, inclinada hacia delante con los brazos extendidos.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! ¡Oh! —exclamó—. ¡Ya lo tenemos! ¡Es un príncipe, un príncipe!

—¡Un príncipe! —repitieron todas las mujeres, contemplándolo.

—¡La tarea no ha terminado! —advirtió la partera.

Al oír la palabra «príncipe», María experimentó una infinita sensación de alivio. Pero... ¿estaba entero?

Se produjo un ajeteo y unos movimientos en un lugar que ella no alcanzaba a ver. Después la partera sostuvo en alto una resbaladiza y reluciente criatura de color azulado. Le retiró el amnios que le cubría la cabeza; era tan fino como una gasa y de él goteaba una mucosidad. Una palmada en las mojadas nalgas precedió a un trémulo gemido semejante a un maullido.

—¡Gracias a Dios! —chilló la partera, depositando la criatura en los brazos de una ayudante—. ¡Límpialo! —le indicó mientras ella se disponía a atender a la Reina.

Tendida en la cama con el cuerpo todavía dolorido, María oyó el leve llanto del

niño y las exclamaciones de las mujeres. Esto significaba que estaba perfectamente formado. «¡Gracias, gloriosa Madre de Dios!», pensó.

Extendieron sábanas limpias sobre su cama, le enjugaron el sudor con unas cálidas toallas perfumadas y le pusieron un camisón limpio. Le cambiaron la almohada mojada por otra seca, envolvieron a su hijo en pañales y lo depositaron en sus brazos.

Lo primero que pensó María fue que parecía... ¡tan viejo! Sus ojos, bajo los cuales se apreciaban unas grandes bolsas, presentaban un aspecto siniestro, y su piel estaba arrugada.

—Todos los recién nacidos son muy feos, Majestad —le explicó la partera—. Estoy segura de que Helena de Troya también lo era.

De modo que el niño era especialmente feo, o de lo contrario la partera no había intentado tranquilizarla. Pero a ella no le importaba que sus rasgos no fueran agraciados, le bastaba con tenerlo sano y salvo en sus brazos.

Su tez era clara y la pelusa que la cubría, dorada. Cuando abrió los párpados, María vio que tenía los ojos de un azul intenso.

«¡Nadie podrá decir que es hijo de Rizzio!», pensó con infinito alivio. Hasta entonces no se había percatado de lo preocupada que estaba por la posibilidad de que se manifestara la parte morena de la sangre de los Stewart. Decían que Jacobo III era tan moreno que parecía extranjero, pero aquel niño era rubio como Darnley.

El príncipe Jacobo Carlos... ahora podía llamarlo así; podía ponerle un nombre. Jacobo por su padre y Carlos por su lejano antepasado Carlomagno. «Que este hijo herede un gran reino», rogó a Dios.

—¿Queréis que avisemos al Rey? ¿Y a la corte? —preguntó la partera.

—Sí.

Una de las ayudantes abrió la puerta de la estancia y le comunicó el acontecimiento al guardia, que profirió un grito de júbilo y llamó a un compañero para que corriera a difundir la noticia por todo el castillo.

A los pocos momentos toda la estancia se estremeció con la salva de los cañones del castillo en honor del nuevo príncipe.

—Conservad el amnios —dijo María, recordando de repente lo que había visto.

—Sí, claro —contestó la partera, ofendida—. ¿Pensáis acaso que no conocemos nuestro oficio? El amnios ha de conservarse para que no se pierda la buena suerte que lo acompaña. Aquí en Escocia eso significa que este pequeño gozará del don de la clarividencia y se verá libre del poder de los brujos y los duendes. Una buena cosa para un rey de estas tierras.

Habría sido más útil que gozara de protección de los traidores que de los duendes, sobre todo allí en Escocia, pensó María. Abunda más lo primero que lo segundo.

El pequeño Jacobo Carlos se agitaba en la lujosa cuna cubierta con diez yardas de terciopelo.

—¿Ya viene el Rey? —preguntó María.

Aún le quedaba por superar aquella prueba.

Justo en aquel momento aparecieron en la puerta Darnley y Anthony Standen, su ayuda de cámara.

—¡Oh, cuánto se alegra mi corazón! —exclamó Darnley, acercándose presuroso—. ¡Querida mía!

Lord Erskine, alcaide del castillo de Edimburgo, y otros miembros de la corte empezaron a llenar la estancia.

—Por favor, milady, el príncipe —pidió María, señalando la cuna con la cabeza.

La partera se inclinó hacia la cuna, levantó a la criatura y la depositó con cuidado en los maternales brazos de María. Ésta retiró la manta y le mostró a Darnley el rostro del niño.

—Milord —dijo María—, Dios nos ha concedido a vos y a mí un hijo cuya paternidad es indiscutiblemente vuestra. —Posó el niño en brazos de Darnley. Después, levantando la voz para que todos los presentes la oyesen, añadió—: Milord, juro ante Dios y responderé ante Él en el día del gran juicio, que éste es hijo vuestro y no de otro hombre; deseo que todos los presentes, tanto las damas como los caballeros, sean testigos. Pues es hijo vuestro de manera tan inequívoca que temo que más tarde esto lo perjudique.

Un momento de silencio. ¿Aceptaría Darnley al hijo, confirmando con ello su declaración?

Darnley contempló durante largo rato el rostro de la criatura y después, besándole la mejilla, volvió a depositarlo en los brazos de María, a quien besó también.

—Confío en que sea este príncipe quien logre unir por primera vez los dos reinos de Inglaterra y Escocia —dijo María en tono triunfal.

La criatura se agitó y arrugó el ya arrugado rostro.

—¡Cómo, Señora! —exclamó Standen—. ¿Acaso vuestro hijo hará realidad este sueño antes que Vuestra Majestad y su padre?

—Por desgracia —contestó María, incapaz de contenerse—, su padre ya nada tiene que ver conmigo.

—¡Mi dulce Señora! —chilló Darnley, como un gato que se hubiese pillado la cola con una puerta—. ¿No me habíais prometido olvidarlo y perdonarlo todo?

—Lo he perdonado todo pero jamás lo olvidaré. ¿Y si la pistola de Kerr se hubiera disparado? —A María empezó a temblarle la voz—. ¿Qué habría sido de él y de mí? ¿En qué situación os habríais encontrado vos? Sólo Dios lo sabe pero nosotros podemos imaginarlo.

—¡Señora! —exclamó Darnley—, todo eso pertenece al pasado.

—Pues no hablemos más de ello —murmuró María como si estuviera hablando sola—. No hablemos más.

La noticia corrió por todo Edimburgo. Una gran multitud se congregó en Saint Giles para asistir a una solemne ceremonia de acción de gracias por la salvación de la Reina y el nacimiento de un heredero, mientras en Arthur's Seat y Calton Hill se encendían las primeras hogueras de celebración. Y desde allí se encendieron quinientas almenaras en toda Escocia para anunciar la noticia: ¡Escocia tenía un príncipe!

Había nacido a las diez de la mañana del 19 de junio de 1566. Al mediodía James Melville ya había abandonado Edimburgo para anunciar en Londres el nacimiento de la criatura a su madrina la reina Isabel.

## XXXI

Tiritando ligeramente bajo las primeras luces del alba, María aguardaba en el muelle de Leith. A pesar de que estaban en julio, a aquella hora hacía frío. Sin embargo, su temblor no se debía a las frescas brisas que soplaban desde el Forth sino al nerviosismo. ¿La habría seguido él? Volvía sin cesar la cabeza hacia el camino de Edimburgo temiendo ver de un momento a otro acercarse un grupo de jinetes. Habría reconocido a Darnley desde cualquier distancia.

No había planeado aquella escapada a Alloa en secreto, pero nada le había dicho a Darnley. Habían transcurrido siete semanas desde el nacimiento del pequeño Jacobo Carlos, y por fin tanto sus médicos como la etiqueta cortesana la habían liberado de su confinamiento en el castillo de Edimburgo. Sin embargo, de lo que en realidad la habían liberado era de su obligación de regresar al lecho de Darnley o de permitir que éste regresara al suyo. Y eso que Darnley lo esperaba ansioso y se lo había expuesto con toda claridad.

Se estremeció. La idea le resultaba más desagradable que nunca después de haberse pasado tanto tiempo libre de aquella pesadilla. Era como una costumbre abominable que, una vez abandonada, no es posible reanudar sin una profunda sensación de degradación y repugnancia. A lo mejor, aquel retiro le daría la fuerza o el valor necesarios para someterse o, en caso contrario, para tomar la decisión definitiva de huir de sus abrazos para siempre.

John Erskine, el conde de Mar, le había ofrecido su castillo en la orilla norte del Forth, cerca de Stirling. Allí dormiría, leería, pasearía por la campiña, recogería flores estivales para trenzar guirnaldas y preparar mezclas de hojas y flores con las que perfumar las habitaciones y soñaría despierta. También rezaría, pidiendo la guía del Altísimo. Se sentía del todo perdida en unos momentos en que debía sentirse una triunfadora.

Miró a lady Reres, una pariente de Beaton que acunaba a Jacobo Carlos con suavidad. Era la nodriza de la criatura y, al parecer, su mole bastaba por sí sola para que el niño se sintiera cómodo con ella. Muy pronto María lo encomendaría a Erskine, cuya familia era por tradición la encargada de custodiar a los reales vástagos, tal como el padre de Erskine la había custodiado a ella. No obstante, hasta que llegara el día de la separación, María quería que el niño permaneciera en su estancia para escuchar todos sus gimoteos y suspiros y estudiar los rasgos de su rostro en busca de algún parecido familiar.

No había ni rastro de Darnley, pero tampoco del barco que Bothwell había prometido tenerle preparado por si ella llegaba al lugar antes del amanecer. María se volvió hacia madame Rallay y se puso a refunfuñar.

—Vendrá, Señora —le aseguró madame Rallay—. No debéis preocuparos por eso.

—¿Es que no puedo fiarme de nadie? —preguntó María.

Si no podía fiarse de Bothwell, ¿de quién se iba a fiar? Era el único que no había aceptado sobornos ni había cambiado de chaqueta a pesar de su condición de protestante. Él la había ayudado durante todo el horror del asesinato de Rizzio.

Dos hombres de rudo aspecto se acercaron a ella; uno de ellos tenía una barba tan poblada y pelirroja que parecía falsa. El otro era muy delgado e iba vestido con unas prendas tan ligeras que María se preguntó si le corría sangre por las venas o si había templado su cuerpo durmiendo al aire libre en medio de la nieve; había oído hablar de personas que hacían cosas semejantes.

—¿Su Majestad? —dijo el de la barba falsa, quitándose el sombrero—. Vuestro barco os aguarda en el otro muelle. Soy el capitán. El capitán William Blackadder, a vuestro servicio.

Black Adder.<sup>[7]</sup> Jamás un apellido le había sonado más apropiado, pensó María. Parecía un bribón tan venenoso como una serpiente.

—Me envía lord Bothwell —explicó con terquedad el hombre, como si no considerase necesario aclararlo.

—En efecto. —La cabeza de Bothwell apareció en lo alto de un pilote por cuyos escalones de hierro había trepado. Desde allí se encaramó al muelle y le dio un empujón a Blackadder—. ¿Ya está arreglada la vía de agua? —le preguntó. Al ver la expresión del rostro de María, soltó una carcajada—. Era una broma —dijo—. La verdad es que el barco de Blackadder está en perfectas condiciones de navegar. Tiene que ser el de un pirata para llevar a cabo este negocio. —Sin dejar de reír, Bothwell les hizo una seña a María y a sus damas—. Venid. El barco ya está listo, los marineros aguardan y la marea está subiendo —Miró de manera significativa en torno a sí—. Ahora veo que no era necesario preparar un barco tan grande.

—Es posible que vengan otros después. Quizá por tierra —señaló María.

—¿Esperamos al Rey? —preguntó Bothwell ásperamente.

—No.

—Pues entonces vamos.

Los guió a través de dos embarcaderos hasta donde estaba amarrado un barco muy bien aparejado. La nave se llamaba *Defiance* y sus velas eran de color marrón. De repente, María recordó haber oído aquel nombre... ¡Era un bajel pirata!

Bothwell subió por la planchada, seguido del capitán. Los marineros, vestidos con unas sencillas prendas oscuras, lo saludaron con respetuoso afecto y se limitaron a mirar con ceño a Blackadder.

Bajo el mando de Bothwell, cuya voz resonaba con toda claridad por encima del rumor del oleaje y el chirrido de los cabos mientras se izaban las velas, el barco zarpó sin aparente esfuerzo. La orilla se alejaba a medida que se adentraban en el canal del

Forth. A María le pareció ver que algo se movía en el camino. ¿Sería Darnley que llegaba, aunque demasiado tarde?

«Si es así, me seguirá por tierra —pensó con tristeza—. ¿Es que no hay manera de escapar de él, es que no me dejará disfrutar de una tregua ni siquiera durante unos días? Su conducta no hace sino empeorar...»

Tras haberle cedido el mando del barco a Blackadder, Bothwell se acercó a María y se situó a su lado junto a la borda.

—Muy pronto habré de ocuparme de mis restantes deberes —le dijo—. Me refiero a los que me esperan en tierra.

—Resulta difícil para vos ser responsable de dos reinos tan distintos —contestó ella—. Es como si le pidiéramos a una serpiente de mar que cazara a la vez en la selva y en el mar.

Bothwell se echó a reír.

—Podría compararse con cosas mucho peores que una serpiente, así que prefiero callarme. En estos momentos las Fronteras necesitan disciplina y mano dura. Desde que lord Stewart participó en la primera rebelión, allí abajo ha habido muy poco orden. Temo, hablando claro, que se nos hayan escapado de las manos. Soy capaz de administrar mi propia justicia, pero la verdad es que aquella gente necesita la presencia real. Deberíais realizar un viaje oficial por allí, establecer tribunales para juzgar a los peores criminales y ahorcarlos de inmediato. Es lo único que entienden. Hace años que allí no se ahorca a nadie. Sólo ha habido enemistades entre clanes y asesinatos.

—¿Creéis de veras que yo tendría que ir?

Ahora el sol se había elevado en el cielo y proyectaba un reluciente camino en las aguas. María se echó la capucha hacia atrás para que el viento le acariciara el cabello. El aire ya no era tan frío.

—Sí. Necesitan saber que tienen una reina. En estos momentos creen que no deben responder más que ante el jefe de su clan. Responden un poco ante mí... o, mejor dicho, ante el brazo que empuña la espada, pero tendrían que percibir vuestra presencia y ahora no la perciben. Los detendré si vos los juzgáis.

—¿Y los ahorco? ¿Eso queréis que haga?

—Es la única manera de que atiendan a razones.

Bothwell rió de nuevo.

—Así no me granjearía su respeto, sino su odio —objetó María.

—En las Fronteras ambas cosas son lo mismo. Además, cuando os hayan visto quizás os presten su lealtad. Son muy sentimentales y, aunque parezca extraño, les encantan los modos de la corte. Es posible que os ganarais su aprecio.

—¿Con sonrisas y bellas palabras, o con ahorcamientos y azotes?

—Podríais probar ambas cosas y ver cuál de las dos resulta más eficaz.



María no supo determinar si hablaba en serio o no.

—Iré cuando vos hayáis detenido a los bandidos, asesinos y ladrones.

—Un buen encargo. Será mejor que ponga manos a la obra mientras vos disfrutáis de las brisas estivales y los caminos de los bosques de Alloa.

Se apartó de la borda y le hizo una seña a un marinero.

—Quizá convendría que vos también os quedarais unos cuantos días en Alloa. Podríamos conversar. ¡Quisiera que me contarais cosas de las Fronteras! —dijo María—. ¡Vos sabéis más que nadie, y yo necesito aprender!

—Jamás comprenderíais la situación de las Fronteras —repuso Bothwell—. Es imposible que un forastero la comprenda.

—¡Ya no lo soporto! —exclamó María—. ¡Todo el mundo me llama forastera cuando lo que desean es mantenerme al margen de algún asunto! «¡Jamás comprenderíais Escocia porque sois francesa!» —lo imitó, con gran acierto—. «¡No podéis comprender las Sagradas Escrituras porque sois católica! ¡No entendéis la guerra porque sois una mujer! ¡No es posible confiaros las tareas de gobierno porque sois una hija!» Pues bien, yo os digo que una forastera es capaz de aprender más que alguien que conozca una cosa desde su nacimiento... ¡Sea ésta cual fuere!

Bothwell la miró como si la fuerza de sus palabras lo hubiera empujado medio palmo hacia atrás.

—Muy bien dicho. Veo que sí lo comprendéis. Yo también soy un forastero en cierto sentido. Tenéis razón. Hemos de hablar más, en otro momento. ¡Cuando visitéis las Fronteras para llevar a juicio a los malhechores!

Darnley tardó una semana en presentarse en Alloa. Hasta entonces María disfrutó de la libertad de verse lejos de él, una libertad que daba por sentada antes de conocerlo, pero aquello era distinto.

Sentada en el antepatio del castillo, contemplaba el vuelo circular de los halcones por encima de su cabeza en el moteado cielo de un azul brillante, cuando apareció lord Erskine.

—Un mensajero acaba de comunicarme que han visto al Rey abandonar Edimburgo esta mañana. Supongo que podemos esperar su llegada esta noche.

Tal como correspondía al juego al que todo el mundo se había entregado con respecto al «Rey», Erskine no hizo muecas ni imprimió a sus palabras intención alguna. Su alargado rostro de aspecto melancólico en circunstancias normales no parecía ahora menos melancólico.

—Ah. Comprendo. Gracias por la información.

María intentó leer algo más en el rostro de Erskine. Lo conocía desde hacía mucho tiempo, su padre había sido uno de sus custodios en su infancia, y él la había servido

en la corte desde el principio. No obstante, también era tío de lord Stewart y había sido uno de los primeros miembros de los lores de la Congregación. En cierto modo, todas las contradicciones y todos los misterios de Escocia se condensaban en aquel hombre impenetrable. «Si fuese capaz de comprenderlo —pensó María—, comprendería todo cuanto ocurre aquí.»

—¿Queréis que le prepare unos aposentos contiguos a los vuestros, Majestad?

—No. Prefiero que tengamos aposentos separados.

—Como gustéis. —Erskine inclinó levemente la cabeza en gesto de obediencia—. ¡Me alegro tanto de que hayáis venido! —exclamó.

—Yo también me alegro —respondió ella.

Y era cierto. El frescor del aire, el silencio, el descanso y el sueño habían resultado de todo punto reparadores. Y Erskine, que sería el guardián y el custodio de su máspreciado tesoro, el pequeño príncipe, había tenido ocasión de sostener al niño en sus brazos, de contemplarlo y jugar con él como si fuera un niño corriente.

—Os agradezco en sumo grado que me hayáis traído al Príncipe en privado para que yo lo conozca. Tened la certeza de que lo custodiaré con esmero —garantizó Erskine.

—¡Prometedme que lo protegeréis! —exclamó María de repente—. Prometedme que, ocurra lo que ocurra, pese a cualquier tumulto, combate o trastorno que se produzca, no lo entregaréis a nadie, ni a los ingleses, ni a los franceses ni a cualquier otro que reclame el trono.

—Mi deber y mi privilegio hereditario me obligan a prometéroslo —le aseguró Erskine—. Pero ¿tan turbada estáis que...?

—¡Sí! —María tomó sus manos entre las suyas. No debía haber hablado con Erskine, no debía haber revelado sus pensamientos a nadie, pero las palabras habían escapado de su boca—. Todo está muy confuso desde el asesinato de Rizzio. Hasta la Correría de la Persecución fue distinta: lord Stewart y los demás se declararon enemigos sin reservas y se produjo un enfrentamiento honrado. Fue una traición viril, por así decirlo.

«No debo hablar mal de Jacobo, este hombre es su tío y le debe de ser leal —pensó—. Pero lo veo tan amable y comprensivo... Este ha sido siempre mi problema aquí en Escocia. No consigo adivinar las intenciones.»

—Pero este asesinato, los pactos secretos, el dinero de los sobornos... —dijo estremeciéndose—. Temo que todo esto no haya terminado, que algo monstruoso esté todavía por completar. —Ya está, ya había manifestado sus más profundos temores—. ¡Se cierne sobre mí como una nube y me siento asfixiada y envuelta por él!

Erskine la miró con semblante preocupado.

—Mi amadísima Reina, tened por seguro que todo ha terminado y que cabe esperar un glorioso y claro futuro aquí en Escocia, ahora que ya tenemos al Príncipe.

Contempló al niño, que dormía en su cunita a la luz del sol.

«Y cuando lo tengáis en vuestro poder, ¿qué ocurrirá? El plan aún no se ha completado pero muy pronto... María, ya basta de pensar estas cosas, son perversas y vienen directas del Infierno para atormentarte.»

Los bondadosos ojos de Erskine escrutaban los suyos.

«Pero a veces los ojos bondadosos ocultan malas intenciones. ¡Darnley, por ejemplo! ¿Hay alguien cuyos ojos sean más luminosos e inocentes?

»Todo eso ha asesinado mi confianza y mi fe en lo que me es ajeno. ¡Incluso en Dios! ¿Por qué me resulta tan difícil?»

—Os veo muy preocupada —señaló Erskine—. Os ruego que apartéis de vuestra mente todos los cuidados y las preocupaciones.

Darnley se presentó a la mañana siguiente montado en su caballo blanco, tan espléndido como Lanzarote. María fingió alegrarse de verlo pero, en cuanto ambos se quedaron a solas, él la agarró del brazo.

—¿Por qué os habéis fugado? —le preguntó—. ¡Y nada menos que con Bothwell!

—No me he «fugado» —replicó ella con osadía—. He venido aquí para descansar y recuperarme. Lo único que hizo Bothwell fue proporcionarme el barco... ¡como era su obligación! Acto seguido regresó a las Fronteras.

—Sí, donde tengo entendido que ha estado ocupado deteniendo a toda suerte de ladrones —espetó Darnley con sarcasmo.

—¿Y eso qué significa?

—Nada.

Darnley cruzó los brazos y permaneció de pie como un soldado que estuviera de guardia.

—He pensado en el bautizo —dijo María—. Venid, os lo ruego, y hablemos de ello.

—Tomó su mano, que estaba blanda y sudorosa, y lo condujo a la solana—. Henry, ¿no os parecería bonito que el bautizo se celebrara con una gran ceremonia? El Príncipe tiene unos padrinos de la máxima categoría. ¡La reina Isabel le envía una pila bautismal que pesa treinta libras!

—¡Aborrece a nuestro hijo! ¿Sabéis lo que se comenta que dijo cuando se enteró del nacimiento? Soltó un gruñido y dijo: «¡La Reina de Escocia se ha aligerado del peso de un hermoso hijo, y yo no soy más que un plantón estéril!» Ahora intenta disimular sus verdaderos sentimientos con este costoso regalo. ¡Bah! —exclamó Darnley en tono despectivo.

—No hagáis caso de los chismorreos. Pensad tan sólo que ésta es una oportunidad para que todo el mundo fije la mirada en Escocia después de los recientes... trastornos. Podríamos mostrarles a todos lo hermoso y civilizado que es nuestro país. Todo esto

fomentaría el comercio y aumentaría nuestra importancia en el terreno político.

—¿Qué os proponéis exactamente? —preguntó Darnley con cierto recelo.

—Organizar una impresionante ceremonia como las que se celebran en Francia. Con fuegos artificiales, una semana de festejos, justas ¡y quizás incluso una corrida de toros!

Darnley frunció el ceño.

—Sería muy caro —objetó al fin—. ¿Cómo lo pagaríamos?

María detestaba que hablase en plural, pero se esforzó por olvidarlo.

—Iré a la Casa del Tesoro para revisar las finanzas y, en caso necesario, reuniré el dinero aumentando los impuestos.

—¿Y cómo creéis que se lo tomarán los lores, al no tratarse de una ceremonia protestante?

—No lo sé, pero ya veremos. —Darnley se acercó a ella y la estrechó en sus brazos. Cuando la besó, ella temió desmayarse de asco. La abrazó con fuerza mientras trataba de conducirla a la estancia contigua donde creía que estaba su cama—. No, ahora no... Es el mediodía, las damas están por aquí.

—¡Que se vayan al diablo las damas! Vos sois la Reina. ¡Cerrad con llave y dejadlas fuera! —insistió Darnley, tirando de ella hacia la puerta.

—No, Henry, no me atrevo a ofender...

—¡Iros al Infierno! —exclamó él, soltándola con brusquedad—. ¡Me voy! ¡Veo que no soy bien recibido en vuestros aposentos!

Aquella noche María tuvo el primer sueño sobre Bothwell. Soñó que éste cabalgaba con ella, tal como había hecho la noche que se dirigían a Dunbar. Llovía y estaba muy oscuro; casi percibía la humedad de sus mejillas. Al despertar, se las frotó y se sorprendió de que no estuvieran mojadas de gotas de lluvia. Se sentía turbada, como si temiese que Bothwell se enterara de que ella había soñado con él.

Por eso pensó en él a intervalos durante todo el día. Se preguntó qué estaría haciendo en las Fronteras. Llegó a la conclusión de que el comentario de Darnley se lo había fijado en el pensamiento. Bothwell no había comentado que su tarea fuera peligrosa, pero, aun así, debía de entrañar ciertos riesgos. Quizá lo atraía el peligro.

Sin embargo, ¿qué sabía de él en realidad? Lo había mandado detener después del alboroto y las acusaciones formuladas contra él por su enemigo, un Hamilton que había resultado estar loco. Basándose en aquella prueba tan endeble, ella había ordenado su encarcelamiento, pero él se había fugado enseguida, de manera que durante buena parte de su reinado, Bothwell ni siquiera había estado en el país. Por consiguiente, constituía un misterio para ella, a diferencia de otros nobles a los que conocía demasiado bien, por desgracia.

«Es un noble —pensó—, pero distinto de los demás. Sé que su padre se divorció de su madre cuando él contaba nueve años y que lo enviaron a casa de su tío abuelo en Spynie. El “obispo” había engendrado todo un ejército de bastardos y era aficionado sobre todo a las aventuras con mujeres casadas. Y Bothwell había sido testigo de todo aquello en su infancia y adolescencia... Así debió de aprender todo lo que sabía acerca de las mujeres. Pero ¿dónde habría aprendido a combatir? ¿Y dónde habría adquirido sus conocimientos de navegante? Cuando entró en posesión de su herencia a los veintiún años, ya era famoso por sus heroicas hazañas en las Fronteras y por su dominio del arte de la navegación. Sé que combatió en apoyo de mi madre...

»¡Pero en realidad apenas sé nada de él! Y, sin embargo, parece que se ha convertido en mi verdadero brazo derecho.»

Aquella noche, cuando ya llevaba varias horas dormida y había soñado cosas sin importancia, él la visitó de nuevo. En el sueño la abrazaba y la besaba. Ninguno de los dos hablaba. Él tendía los brazos hacia ella, le posaba su poderosa mano en la nuca y le apretaba el cráneo, hundiéndole los dedos en el pelo hasta rozarle el cuero cabelludo. Su ancho rostro se mostraba del todo inexpresivo. Sus ojos, de un color tan pardo verdoso como un día de octubre, no parpadeaban.

En el sueño Bothwell llevaba una áspera y sencilla camisa tejida en casa como las que usaban los campesinos, del mismo color que el pan de cebada y con unas pequeñas imperfecciones nudosas, cuyo cuello desabrochado dejaba a la vista sus clavículas.

Con la otra mano la estrechaba con fuerza contra su cuerpo. Después la besaba apretando la boca contra la suya con tal fuerza que borraba cualquier sensación que no fuera la de la simple presión. Sentía su cuerpo pegado al suyo como si él fuera un cuchillo y ella una piedra de amolar. La presión de sus dedos en su cabeza y su espalda resultaba intensa y apremiante, y ella la notaba con tanta claridad como si fuera real.

Pero de repente, como suele ocurrir en los sueños, Bothwell se esfumó como un fantasma bajo la luz de la mañana, se disolvió como por arte de magia mientras se alejaba flotando. Al despertar, María descubrió que tenía el camisón subido hasta la cintura y el cabello enredado en torno al cuello. El sudor le chorreaba debido a las gruesas mantas. Las apartó y permaneció tendida sobre el colchón, dejando que la fresca brisa que penetraba por la ventana la acariciase hasta que empezó a tiritar.

## XXXII

María se encontraba en Traquair House, una vieja propiedad de las Fronteras situada en el valle del Tweed, que antaño se había utilizado como pabellón real de caza. Ahora era el hogar ancestral de otro primo Stewart, John, cuarto señor de Traquair, capitán de la guardia que la había ayudado a escapar de Holyrood. Este había invitado a los miembros de la casa de la Reina a pasar una semana en su mansión para que cazaran en los bosques que la rodeaban, pues en ellos abundaba no sólo la caza mayor sino también la menor. Allí había habido en distintas épocas gatos monteses, lobos, osos y jabalíes y también ciervos y alces.

María había llevado consigo a Darnley, sabedora de su afición a la caza y la cetrería. Hizo un esfuerzo por soportar su compañía confiando en que no correría peligro. Darnley se pasaría casi todo el rato al aire libre en compañía de otras personas: Bothwell, María Seton y su secretario francés Claud Naud. Y después estaría demasiado cansado como para mostrarse exigente. Y, en caso de que lo fuera..., ella tendría que afrontar la situación.

Para distraerlo un poco más, María había insistido en llevar al pequeño Jacobo con su gordinflona nodriza lady Reres. Esto también lo entretendría... o, por lo menos, así lo esperaba ella.

El hecho de reencontrarse con Bothwell después de tener aquellos sueños le produjo una cierta turbación. Se avergonzaba de ellos como si Bothwell los conociera. Los habría considerado degradantes. Pero en persona Bothwell parecía distinto, y ella se alegró de comprobar que el Bothwell de sus sueños era sólo una creación de su mente. El Bothwell real era más cordial y más bajo y tenía el rostro despellejado a causa de las quemaduras de sol que había sufrido durante sus largas horas a caballo.

—El mes pasado conseguí grandes logros en las Fronteras —le había dicho—. Conté naturalmente con la ayuda de la espléndida luna llena que tuvimos en julio.

—¿Y eso? —le preguntó ella con curiosidad.

—La luna es la diosa de todos los ladrones de ganado —contestó Bothwell—. Los escoceses tienen incluso un dicho: «Volverá a brillar la luna.» Y así fue. La enorme luna brilló durante tres días seguidos y me permitió detener a toda una banda con las manos en la masa, por así decirlo. Esperan vuestra justicia en otoño. Porque iréis, ¿verdad?

—Sí, os lo prometí —contestó María, sonriendo—. Me complace que hayáis venido para participar en esta otra clase de cacería. Decidme, ¿por dónde estuvisteis?

—Pues perseguimos a los Kerr por la campiña. Los seguimos a través de los páramos de Liddesdale y Ekdale y de las corrientes de agua que discurren por la región de las Fronteras. Pero ahora mis hombres se las arreglarán un poco por su cuenta. Yo

debía atender otros asuntos y puedo tomarme unos cuantos días libres.

Bothwell sonrió y María recordó de repente que lady Reres era hermana de la antigua amante de Bothwell..., ¿cómo se llamaba?, Janet Beaton, la que parecía una jovencita a los cincuenta y tantos años. Se rumoreaba que era una bruja. ¿Mantendría Bothwell alguna relación con aquella familia?

—Una espléndida jauría —comentaba Bothwell.

El perrero de John Stewart había sacado los perros de caza, galgos leonados y galgos escoceses. Tiraban con fuerza de sus correas.

—Ya vamos, muchachos, ya vamos —les dijo con cariño sir Stewart, inclinándose para que los perros lo rodearan y lo lamieran—. Hola, *Jethro*, ¿cómo está la pata? ¿Mejor?

María contempló el cielo surcado por oscuras nubes que proyectaban fugaces sombras sobre la tierra.

—No lloverá —le aseguró Bothwell—. Así se comportan las nubes aquí. Corren como los forajidos.

—Me alegro de que haya menos forajidos desde que vos fuisteis nombrado lugarteniente de las Fronteras —dijo María.

—Bueno, hay los mismos de siempre y la mitad de ellos espera vuestro juicio. Los Elliot continúan causándonos grandes quebraderos de cabeza.

John Stewart, montando en su bayo de caza, dirigió la marcha cruzando la entrada en dirección al bosque. María cabalgaba al lado de Bothwell luciendo un sombrero de terciopelo con una pluma sobre su complicado peinado y con la espalda tan tiesa como una tabla. Se inclinó hacia un lado para seguir conversando con él mientras avanzaban al trote por el camino.

—Algún día habréis de contarme más cosas acerca de las distintas familias de las Fronteras. Quiero saber; he oído decir, por ejemplo, que los Kerr son zurdos y que sus escaleras de caracol giran hacia la derecha en lugar de hacerlo hacia la izquierda para que puedan servirse del brazo de la espada sin impedimento. ¿Es eso cierto?

—Sí —contestó Bothwell—. No todos son zurdos, pero es verdad que muchos lo son. En las Fronteras a los zurdos los llaman «mano de Kerr».

—¿Es cierto también que aquí en las Fronteras la mano de un varón se aparta de la pila bautismal para que no quede santificada y sea libre de matar?

Bothwell echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada tan sonora que los otros cuatro se volvieron a mirarlo.

—No. Eso es un cuento —dijo al cabo—. Los buenos cristianos matan tan bien como el que más y eso no constituye para ellos impedimento alguno. ¿Acaso no han dicho que a lord Ruthven, que acaba de expirar en Newcastle al otro lado de la frontera, se le apareció un coro de ángeles en el lecho de muerte?

—Eso dicen —contestó María—. Pero no me atrevería a responder de su paradero

en estos momentos.

John Stewart hizo sonar su cuerno de caza, y soltaron a los perros.

—A partir de aquí, el bosque se vuelve más denso. Procuremos no separarnos. Hace un par de semanas vieron dos ciervos a cosa de una milla de aquí.

Levantando el brazo, Bothwell les indicó que lo siguieran en una sola fila.

Los árboles estaban cada vez más juntos y formaban un bosque mixto de robles, abedules y pinos, cuyas ramas superiores entretejidas formaban un techo por encima de sus cabezas. Todos guardaron silencio. Por delante oían el ruido de los perros, que corrían entre la maleza.

Pero trascurrió una hora sin que avistaran pieza alguna, ni siquiera una liebre. De repente, tropezaron con los restos de un enorme ciervo tendido en un pequeño claro. Cerca vieron las huellas de una hoguera.

—Cazadores furtivos —dijo sir Stewart, sacudiendo la cabeza—. ¡Hay que ver lo atrevidos que fueron... al acercarse tanto a la propiedad!

Pasaron junto al ciervo del que ya habían dado buena cuenta los cuervos carroñeros y prosiguieron su camino. Alrededor de una milla más adelante vieron otros dos ciervos muertos. John Stewart refrenó su cabalgadura y los miró con fijeza.

—Al parecer, vuestros guardabosques están ciegos, son incompetentes o han sido sobornados —le dijo Darnley con arrogancia—. Y está claro, lugarteniente, que aquí no se cumplen vuestras disposiciones —añadió, mirando enfurecido a Bothwell.

—Venid, sigamos un poco más adelante —dijo sir Stewart, procurando conservar la calma.

Pero cinco millas más allá encontraron otros cuatro venados muertos por los cazadores furtivos y ninguno vivo.

—Me voy —anunció Darnley, e hizo dar media vuelta a su cabalgadura—. Sin duda obtendremos mejores resultados practicando la cetrería en el páramo.

Antes de que María pudiera impedirselo, Darnley se alejó al trote.

—Se perderá —le dijo a sir Stewart.

Estaba tan avergonzada como una madre que intenta evitar que su testarudo hijo de cinco años se haga daño.

—Yo cuidaré de él —contestó John Stewart con una sonrisa de experto antes de volver atrás. Seton y Nau lo siguieron—. Lord Bothwell conoce el camino.

Desaparecieron en un instante por el oscuro y angosto camino del bosque.

—Por una vez, estoy de acuerdo con lord Darnley —admitió Bothwell—. Hoy es inútil que nos empeñemos en cazar. Los cazadores furtivos han sido muy audaces. No nos han dejado nada.

Hizo sonar un pequeño silbato que llevaba. El perrero de sir Stewart le contestó con el suyo, y entonces Bothwell tocó varias notas, con las que ordenaba al encargado de los perros que los llevara a las perreras.



—No me apetece regresar a Traquair House —le dijo Bothwell a María al salir del bosque—, ni tampoco practicar la cetrería. Decidles que me he ido a Ettrickbridge para resolver un asunto que me ocupará el resto del día. —Refrenó su caballo para volver grupas y se despidió con la mano—. Ya conocéis el resto del camino; desde aquí se ve la casa.

—¡Dejadme acompañaros! —le pidió de repente María—. Prefiero cabalgar que practicar la cetrería.

—Tengo unos asuntos personales que resolver.

—No os molestaré.

—Muy bien, pues.

Bothwell rozó los flancos de su caballo con las espuelas, tomó el camino del sur y se alejó del río Tweed hacia el Yarrow, bordeando el Minch Moor.

Las colinas no eran muy altas sino anchas, redondeadas e hinchadas como los pechos de una madre que amamanta. Se elevaban una detrás de otra, todas cubiertas de cortos y tupidos brezos, de tojos y de musgo y punteadas de piedras grises. El cielo era una moteada cúpula de color blanco, azul y gris.

Bothwell cabalgaba a toda velocidad en los tramos llanos pero, cuando subía y bajaba por las laderas de las colinas, se veía obligado a aminorar la marcha. Al verlo en aquellos parajes de los que parecía formar parte casi tanto como las piedras cubiertas de líquenes y los halcones de la zona que volaban por encima de sus cabezas, a María le resultaba difícil recordar que había vivido mucho tiempo en el extranjero y disponía de un elegante vestuario.

Cabalgaba por delante de María sin mirar atrás, pues sabía que ella no necesitaba que la vigilaran. Atravesaban un paisaje de tonos verdes, grises y marrones punteado de rocas y rodeado por las desnudas cumbres de las colinas, en el que se escuchaba el suave murmullo del viento al pasar a través de los rígidos tojos secos. Los arroyos de cristalinas aguas brillaban bajo la intermitente luz del sol discurriendo entre las orillas cubiertas de musgo hacia las negras pozas de abajo.

Mientras descendían por la ladera de una colina y se acercaban a una arboleda junto al margen de un riachuelo, María se percató de que estaba muerta de hambre. Debían de llevar varias horas cabalgando pero había perdido la noción del tiempo. Levantó la vista y un brillante punto a través de las nubes le indicó que ya debía de ser la media tarde. Se había pasado varias horas pensando sólo en el impresionante paisaje que la rodeaba. Todo lo demás, incluso sus pensamientos acerca de Darnley, se había borrado ante la majestuosidad de los cielos y las colinas y de la limpia brisa que soplaba a través de ellas.

Bothwell se detuvo de golpe y desmontó.

—¿No estáis hambrienta? —le preguntó como si hubiera leído sus pensamientos.

—Sí —reconoció María, apeándose.

—Tenéis tanta resistencia como un soldado —le aseguró él con admiración—. Ya había oído hablar de la incansable fuerza que demostrasteis durante la Correría de la Persecución. Y yo mismo fui testigo de ella justo después del asesinato de Rizzio. Pero la ira es a veces una poderosa espuela. Hoy no estabais enojada. Ha sido una prueba más auténtica.

—¿Así que estabais poniéndome a prueba?

—Sólo del modo en que suelo poner a prueba todas las cosas, para ver de qué están hechas. No puedo evitarlo.

Bothwell sonrió como si hubiese confesado un pecado secreto. Después se acercó con su caballo al arroyo y lo dejó beber en las aguas de color marrón claro.

—¿Por qué es marrón el agua? —le preguntó María.

—Por la composición del suelo y la turba por los que fluye —contestó Bothwell tomando un poco de agua en el cuenco de la mano—. El marrón no es de barro ni suciedad. Bebed.

María inclinó la cabeza y tomó un sorbo hasta rozar con los labios la palma de la mano de Bothwell. El agua fría tenía un ligero sabor y un frescor estimulante.

—Es mejor que el vino —dijo al fin.

—Sí.

Bothwell se secó las manos en los calzones. Después ambos se sentaron a la orilla del riachuelo y compartieron la comida que éste llevaba consigo: queso seco, carne ahumada y compacto pan de cebada. Alrededor de ellos montaban guardia las desnudas y silenciosas colinas.

—¿Aquí cómo se orienta uno? —preguntó María—. Todo presenta el mismo aspecto... extenso y sin caminos.

—Es por eso por lo que aquí sólo puede imponer la ley alguien que pertenezca a esta región —contestó Bothwell, mascando un trozo de pan—. Vuestro hermano Jacobo no fue capaz de hacerlo por ser forastero. Tampoco lo consiguió, con todos los respetos, vuestro augusto padre el rey Jacobo V.

Al oír aquellos nombres, María se sintió transportada de nuevo a la corte con todos sus antiguos afanes.

—No hablemos de estas cosas —dijo Bothwell, leyendo de nuevo sus pensamientos—. Queríais saber algo más sobre las Fronteras. Os hablaré del código de honor de aquí. Consiste en no denunciar jamás a nadie ante la ley, en ofrecer hospitalidad a todo el mundo y nunca incumplir una promesa. Eso es todo. Sólo tres cosas. Y para prestar juramento dicen: «Juro por el Cielo que tengo sobre mi cabeza, por el Infierno que tengo bajo mis pies, por mi parte del Paraíso, por todo lo que Dios hizo en seis días y siete noches y por el propio Dios.» —Bothwell apoyó la cabeza en el brazo—. ¿No os parece sencillo?

—Tenéis suerte de pertenecer aun mundo que comprendéis —aseveró María,

apartándose un poco más de él aunque de un modo tan imperceptible que sólo ella se dio cuenta.

—Lo comprendo, pero mi verdadero lugar en Escocia y en mi propio hogar se rompió cuando yo era apenas un niño. Mi padre se divorció de mi madre y a mí me enviaron lejos; y poco antes de que esto ocurriera, vi a mi padre traicionar a George Wishart, lo que dio lugar a que éste muriese quemado en la hoguera. Mi padre le mintió en mi presencia jurándole que estaría a salvo. Después lo detuvo y lo entregó a sus enemigos. Ahora ya sabéis por qué no me interesan los mentirosos y los aborrezco con toda el alma.

Bothwell se inclinó y dobló con cuidado el lienzo en el que llevaba envuelta la comida.

—Ah —suspiró María mientras sus dedos jugueteaban con un trozo de esponjoso musgo—. Dichoso el que conoce su mundo y le permiten vivir en él.

—Muchas veces debemos elegir nuestro mundo, decidir dónde estableceremos nuestro hogar y buscarnos un hueco. Venid. —Bothwell tomó las riendas de su montura—. Tengo que patrullar un poco más y después haré una visita.

¿Patrullar? ¿Era eso lo que había estado haciendo desde el principio? María no le había visto una expresión demasiado preocupada o alerta.

—Todo esto parece muy desierto y tranquilo —dijo Bothwell leyendo una vez más sus pensamientos—. En este territorio no suele haber mucha actividad. Pero quería asegurarme.

Cabalgaron por una nueva serie de suaves colinas mientras el sol iniciaba su lento descenso. No parecía haber sitios donde pudiera ocultarse un hombre como no fuera detrás de los ocasionales muros divisorios de piedra construidos en las cumbres de las colinas. Sin embargo, cuando empezaron a elevarse poco a poco las brumas de las zonas inferiores, María ya no estuvo tan segura. La niebla, muy tenue al principio, se espesó con rapidez mientras el sol se ocultaba detrás de las colinas.

Al final, llegaron a una casita de piedra con techumbre de paja, agazapada en uno de los repliegues del terreno entre las colinas. Bothwell desmontó, ató su caballo y le hizo señas a María de que hiciera lo mismo. Después llamó a la puerta, y un hombre que ya había superado la mediana edad pero conservaba intacto su vigor, abrió un resquicio. Miró por un instante a Bothwell y llamó a alguien del interior de la casa. A continuación, la puerta se abrió de par en par.

María entró en la vivienda de una sola estancia y techo muy bajo. En el centro de la habitación, sobre los rescoldos de un fuego de turba, había una olla de hierro suspendida del techo en la que borboteaba una sopa. Varios perrillos de largo y sedoso pelo se pusieron a ladrar.

La pareja, vestida con raídas prendas de lana, le hacía señas a Bothwell de que se sentara en el único asiento que había: un taburete de tres patas. Bothwell estaba a punto

de cedérsela a María pero, con una mirada, ésta le prohibió revelar su identidad.

—Bendito seáis, señor conde, bendito seáis —le dijo a Bothwell la mujer, abriendo la bolsa de cuero llena de monedas que éste acababa de entregarle.

—La vida de un hombre vale mucho más que eso —respondió él—, pero es imposible para un mortal pagar el precio. Es todo cuanto puedo hacer.

—Era un simple muchacho sin importancia que servía en vuestras fuerzas —dijo el padre—, y ya ha pasado casi un año de eso.

—¿Y qué es un año? —replicó Bothwell—. ¿Acaso ya no lo echáis de menos?

—Sí —reconoció la madre.

—¿No os lo prometí? —preguntó Bothwell—. Os di mi palabra de que no olvidaría vuestro sacrificio. No fue fácil encontrar a vuestro Rob. Tuve que hacer muchas averiguaciones; perdonad mi tardanza en venir a veros.

—Pero nos habéis traído esto en persona..., y ahora nosotros queremos daros algo, si nos lo permitís —dijo la mujer.

—Ya lo disteis.

—Me refiero a algo que os recuerde... que os lo recuerde. Él lo habría querido.

En la pequeña habitación no había nada que ofrecer. De repente, los ojos de Bothwell se fijaron en los perros.

—¿Qué clase de perros son éstos? Parecen una bola de pelo.

—Son skye terriers, muy fieros y leales. Son perros de un solo amo. Y muy buenos cazadores, además. Os sorprendería, pues no lo parecen. Pronto tendremos cachorros.

—Eso es lo que más me gustaría —dijo Bothwell sin vacilar—. Dos..., uno para mí y uno para mi madre. ¡Un macho y una hembra para que podamos tener más! —añadió, levantando la voz. Entonces María se percató de que los quería de verdad y de que era un verdadero entendido en perros. Otro detalle inesperado de él—. Vendré a buscarlos más adelante pues.

—¿Es vuestra esposa, lady Bothwell? —preguntó de pronto el hombre, mirando a María.

Quería presentarle los debidos respetos.

—No. —Bothwell esbozó una sonrisa que apenas se vio en medio de la escasa luz que iluminaba la estancia—. La señora sólo ha salido a cabalgar conmigo.

—¿Está encinta la condesa? Rezo para que pronto tengáis un heredero.

—No. No lo está. Pero os agradezco vuestras oraciones.

La mujer alargó un cuenco de sopa a María, quien tomó un sorbo. Consistía en agua con sólo una pizca de legumbres y de harina de cebada. ¿Cómo subsistía aquella gente? Asintió con la cabeza para manifestar su aprecio y se la bebió toda. La sopa le calentó el estómago, pero no la alimentó. Bothwell dio cuenta de la suya y se despidió.

—Sigo en deuda con vosotros —les aseguró después de que ellos le agradecieran una vez más las monedas de oro.

La luna empezaba a salir cuando emprendieron el camino de regreso a Traquair a través de los páramos y las colinas. A su espalda aún no se había extinguido el leve resplandor del ocaso, mientras que entre ellos la luna emitía una luz brumosa y empañada. La niebla flotaba hacia las cumbres de las colinas.

De repente, María se sintió muy cansada y se preguntó cómo lograría permanecer alerta durante el camino de regreso, que por fuerza sería mucho más lento que el de la ida en medio de la oscuridad y de la niebla que se arremolinaba en torno a ella. No obstante, al mismo tiempo se sentía separada de su agotado cuerpo y deseaba seguir cabalgando sin descanso detrás de Bothwell por aquel peligroso terreno, detenerse de vez en cuando y sorprenderse de su propio deseo de estar con él, oírlo hablar y contemplarlo.

Sin embargo, él cabalgaba por delante de ella sin aminorar la marcha ni volverse a mirarla.

«No quiere prolongarlo. No le apetece estar conmigo como a mí con él», pensó María, y se apoderó de ella un deseo tan intenso y sorprendente que primero se sintió aturdida y después perpleja. Era un deseo distinto de cualquier otra cosa que hubiera experimentado o esperado jamás, una extraña mezcla de ansia de posesión, temor reverente y auténtico dolor físico que habría sido imposible describir con las palabras «hambre» y «anhelo». Al mismo tiempo, quería protegerlo, como si ya lo poseyera y siempre lo hubiera poseído, antes incluso de conocerlo, como si él hubiera estado reservado para ella desde siempre.

«¡Ojalá se volviera y me mirara!», pensó. Lo deseó con todas sus fuerzas. Pero él no se volvió.

Cuando llegaron a Traquair House ya era tan tarde que la luna, envuelta en nubes, brillaba casi encima de sus cabezas. La niebla envolvía la casa, y sólo las antorchas y las ventanas iluminadas por las luces de las velas los guiaron hacia el patio.

—Qué cansado estoy —suspiró Bothwell mientras desmontaba y le entregaba las riendas de su cabalgadura aun mozo de cuadra. Después se encaminó a toda prisa hacia la entrada, sin esperar a María.

«Habla en tono despreocupado, como si no me tomara en serio, pero si yo le ordenase que se detuviera, tendría que obedecerme.»

—Esperad —le dijo finalmente, acercándose a él—. No os retiréis tan deprisa. —¿Había conseguido que su voz no sonara autoritaria o quejumbrosa? Lo miró con disimulo. ¿Qué revelaba su semblante? Con tan poca luz, no lo veía—. Este paseo a caballo ha significado mucho para mí —añadió, subiendo con él los peldaños de la entrada. Bothwell restó importancia a su comentario soltando una risita—. Me gustaría conocer algo mejor las Fronteras. ¿Me llevaréis de nuevo?

—Si lo deseáis, así lo dispondré. Quizá la próxima vez vayamos con algunos de mis soldados y os presente a mis aliados. Os gustarán John *el Enfurruñado* y Archie *el Incendiario*...

«¡No! ¡Otros no! —gritó María en silencio—. Estoy harta de los demás, de estar siempre en compañía de otras personas. Quiero estar a solas con vos...»

—No, creo que delante de otras personas no me atrevería a hacer las preguntas que me interesan.

—Como queráis. —Al llegar a la entrada, Bothwell se dirigió a sus habitaciones.

—¿No vais a cenar con nosotros? —le preguntó María.

—Cenaré en mis aposentos —contestó él, volviendo la cabeza mientras se alejaba por un pasillo.

—Y vos también —dijo Darnley, que había aparecido de repente doblando una esquina—. Los demás ya hemos cenado hace horas. —La miró de arriba abajo y se encogió de hombros—. Estaba preocupado. Temía que hubierais sufrido un accidente.

—¿Con Bothwell? —se apresuró a replicar María—. Conoce tan bien los parajes y a las gentes de aquí que no hay peligro.

—¿Ah, sí? —Darnley parpadeó—. Me alegro de que estéis a salvo, eso es todo —añadió—. Venid, querida. —Le rodeó los hombros con el brazo y subieron juntos a su habitación.

La balaustrada de piedra se deslizaba bajo la mano de María mientras ésta se inclinaba hacia ella para apartarse todo lo posible de Darnley. Le repugnaba su contacto. No se habían acostado como marido y mujer desde la vez en que, tras el asesinato de Rizzio, ella se había servido de aquel medio para engatusarlo, pero la había trastornado tanto lo ocurrido que era como si estuviese muerta y no sintió nada. A partir de aquel momento, sin embargo, todos los nervios de su cuerpo se habían vuelto muy sensibles y no soportaban el contacto de Darnley. Había huido de él y siempre había conseguido permanecer fuera de su alcance. Pero ahora él la tenía acorralada y le resultaría imposible escapar.

Se preparó para resistirlo tras haberse confesado con el padre Mamerot, consciente de que, al final, tendría que considerarlo una prueba de su capacidad de sacrificio. Incluso le había regalado a Darnley un espléndido lecho con dosel, cortinas de damasco violeta, colgaduras de terciopelo violeta pardusco con cifras y flores cosidas con hilo de oro y seda y sábanas de lino de Holanda, como si con ello quisiera despertar su propio deseo.

Y ahora, él se encontraba a su lado, apremiándola, cuando después de lo de Bothwell lo único que ella quería era estar sola y pensar en él...

Al pensar en Bothwell, la invadió una extraña emoción y se estremeció.

—¿Tenéis frío, mi amor? —preguntó Darnley al notar su temblor—. ¡Ha sido una imprudencia cabalgar de noche por los páramos! ¡Una peligrosa imprudencia! —Abrió

de un puntapié la puerta de la estancia, que vibró en sus goznes y chocó contra los revestimientos de madera de la pared.

—Estoy muy cansada —dijo ella como prelude de lo que esperaba que fuera una milagrosa tregua de una noche.

—Lo sé y quiero aliviaros —respondió con ternura, cerrando la puerta y tomando a María en sus brazos.

No habría tregua.

—Me temo que debo descansar, estoy a punto de desmayarme —insistió María.

—Venid, os ruego que os tendáis. Dejad que os mime —dijo Darnley, acompañándola a la cama.

María subió al lecho y se tendió en él. Por encima de su cabeza las colgaduras bordadas con los osos del escudo de armas de Traquair la miraban con despiadada expresión de burla.

Darnley empezó a darle un masaje en los pies, frotándoselos como si fueran los de una santa. Después se los besó con reverencia, y ella tuvo que hacer de tripas corazón para no apartarlos o propinarle un puntapié.

«No puedo, no puedo —pensó—. ¡No lo soporto! Tal vez debería considerarlo un castigo por mis pensamientos acerca de Bothwell. Es justo que esta noche pague el precio. He deseado al esposo de otra mujer. Sabía que está casado y yo misma le regalé el vestido de boda a la novia.»

—Ah, ya os veo sonreír —dijo Darnley—. Perdonadme, amor mío, he de... retirarme un momento.

Darnley se levantó de la cama y se dirigió al gabinete para orinar. María se desnudó con rapidez —no quería que lo hiciera él— y se puso un grueso camisón de lana, abrochado hasta el cuello.

Se soltó el cabello tras quitarse las horquillas, agachó la cabeza y la sacudió, experimentando una extraña excitación al percibir la abundancia de su pelo. ¿Qué sentiría si lo dejara caer sobre el rostro de Bothwell estando él tendido boca arriba? ¿Cómo sería el cabello de lady Bothwell en la cama?

—Si os pudierais ver el rostro... —murmuró Darnley.

María abrió los ojos y lo vio de pie en el otro extremo de la estancia, mirándola con asombro. La luz de la luna enmarcaba su joven y esbelto cuerpo y sus brazos inmóviles colgaban a los lados.

María lo estudió con objetividad, recordando cuánto la atraía su marfileña esbeltez. Pero se trataba, advirtió de repente, de una reacción estética, la misma que alguien experimenta cuando contempla un exquisito grabado. Nada tenía que ver con... No era como...

La atraía como un objeto bello. Pero nada más.

«Tengo que hacerlo, es mi deber, pues he obrado mal y ahora he de expiar mis actos

—pensó—. Y ni siquiera se me permite elegir la forma de expiación. Preferiría ayunar un mes o viajar descalza a Roma, pero, en cambio, se me ordena que haga esto.»

Darnley la estrechó en sus brazos, jadeando.

—Pensaba que jamás sentiría de nuevo vuestros brazos en torno a mí —exclamó—. ¡Os amo tanto! ¡Os idolatro! —Subió a la cama con ella—. Cuando me regalasteis el lecho en Holyrood con sus preciosas cortinas y colgaduras en mi color preferido, violeta pardusco, esperé... pero no me atrevía a creer... que me hubieseis perdonado y desearais volver a ser mi esposa. Sin embargo, no fuisteis a verme...

—Callad, Henry —dijo ella, acariciándole el cabello.

Darnley rompió a llorar. Eso no. Ella no quería mantener una larga conversación ni aplazar lo inevitable. No, no lo resistiría. Si no ocurría aquella noche, no se sentía capaz de prometerse a sí misma que llegaría hasta aquel extremo en otra ocasión. Debía despertar su deseo para que realizara el acto y dejara de gimotear. Tomó su rostro, lo acercó al suyo y empezó a besarlo. Darnley ya no lloraba. La besó con ansia, le mordió el labio inferior y se lo introdujo en la boca.

María sintió su esbelto y huesudo cuerpo contra el suyo. No tenía la menor fuerza, sólo necesidad. Por compasión y caridad, se desabrochó el camisón para que él sintiera la desnudez de su cuerpo contra el suyo. Darnley se estremeció y se puso a sollozar de nuevo. Al momento María le acarició la espalda y le besó los hombros. No toleraba que llorase.

—María, esposa mía, quizás os hayan contado que he ido adonde no debía en Edimburgo, que he buscado a otras mujeres... Hice mal..., no volveré a pecar...

—Callad —repitió María.

¡Como si a ella le importara que pecase con prostitutas!

«Pero tendría que importarme —pensó—. Tendría que importarme que mi esposo hiciera...»

Su voz interior se vio ahogada por los insistentes ruidos del deseo de Darnley. Yacía tembloroso encima de ella como si no supiera si adorarla o violarla. María lo besó con toda la falsa pasión que pudo para empujarlo al acto físico. No soportaba más.

Darnley reaccionó con toda la fuerza de sus veintiún años. Ella permaneció tendida y dejó que le hiciera el amor, procurando pensar en otra cosa..., en los halcones que aquel día había visto volar por el cielo, en la negra poza situada entre dos rocosas colinas donde ella y Bothwell se habían detenido aquel día...

Al pensar en Bothwell, todos sus músculos se tensaron y le dieron una sacudida a Darnley. Éste profirió un grito y se detuvo, pero ella lo tranquilizó.

«Piensa en aquel cielo tan azul con aquellas veloces nubes..., piensa en la casita, prácticamente una choza..., en aquellas personas... Parecían mucho más viejas de lo que debían de ser... ¿Le regalarán los perros a Bothwell? Los perros tenían un aspecto



muy raro, pero ellos dijeron que eran muy buenos cazadores... ¿Cómo pueden correr con aquel pelo tan largo?»

Darnley emitió un chillido y se aferró a ella. ¿Ya había terminado? María le besó la frente; estaba empapada en sudor. Sí, ya estaba listo.

«¡Gracias a Dios y a todos los santos, en especial a los vírgenes! ¡Lo he resistido!», pensó al borde de las lágrimas.

—María, María —musitaba Darnley—. ¡Ah, mi María!

—Ahora debéis dormir —le dijo ella—. Dormid aquí a mi lado.

Satisfecho, él se acurrucó a su lado y se durmió al momento apoyado en su hombro.

A los pocos minutos, ella se deslizó de debajo de él y recogió el camisón que estaba en el suelo. Se lo puso, se acercó a la ventana y miró. Las nubes se habían separado y disgregado, formando unas masas opalescentes en todo el cielo.

No muy lejos de allí el río Tweed brillaba bajo la luz de la luna llena. Si ella se hubiera encontrado más cerca, habría oído el murmullo de las aguas sobre las rocas. ¿Cómo era el verso que Bothwell le había enseñado acerca del río Tweed?

*Tweed al Till le preguntó:*

*¿Por qué tan lento corres?*

*Till al Tweed contestó:*

*que tú corras tanto*

*yo corra tan poco,*

*hogas sólo a un hombre y yo a dos.*

De modo que el Tweed era peligroso, aunque allí, cerca de la casa, pareciera inofensivo. Muchas noches habían cenado salmones y truchas pescados en sus aguas, y el río parecía apacible.

La luna iluminaba el patio de abajo bañando con su luz todos los redondeados adoquines. Los árboles se inclinaban y oscilaban mecidos por la brisa, agitando sus vigorosas hojas de agosto cual abanicos.

Toda la casa estaba a oscuras. Incluso los aposentos de Bothwell, que ella observaba con especial empeño.

A la mañana siguiente todos se reunieron en el antepatio de piedra donde John Stewart había mandado colocar sillas y mesas. El sol ya moteaba las hojas prometiendo un día más de buen tiempo; la pálida y exhausta luna se ponía por el oeste.

—Os ruego que os sirváis —indicó, jovial, sir Stewart mientras los criados distribuían las pequeñas jarras de cerveza calentada y las bandejas de huevos con salsa de mostaza y carne de cordero fría.

Bothwell tomó un plato y se sentó. Echó el brazo sobre el respaldo de su asiento y bebió un poco de cerveza mientras la nuez le subía y bajaba por la garganta. Después se pasó la lengua por los labios y posó la jarra sobre la mesa.

—Ayer disteis un largo paseo a caballo —le dijo sir Stewart como si su frase no fuera una pregunta.

—En efecto —contestó Bothwell, dando cuenta de un bocado de carne de cordero antes de responder. Después sonrió, revelando unos dientes blancos y regulares—. Aunque la distancia no fue mucha, me llevó varias horas debido a los empinados y tortuosos caminos. Pero vi lo que tenía que ver.

Bebió otro trago de cerveza.

«Yo también», pensó María.

Sus sentimientos hacia él no habían variado; más bien se habían intensificado como por arte de magia durante las horas que se había pasado sin verle. El intervalo con Darnley no había influido en ellos.

En Francia su tutor le había enseñado que, para grabar de verdad una imagen en la mente, para atraparla de tal forma que quedara para siempre cautiva en ella, había que nombrar con cuidado cada uno de los aspectos del objeto como si éste estuviera describiéndose a un ciego.

—Pues la mente humana es tan voluble, *ma petite*, que muy pronto se olvida de lo que ha visto; si queréis conservarlo, debéis fijarlo con palabras.

Ella lo había probado y había descubierto que daba resultado con las flores, las habitaciones, los rostros y las ceremonias.

Ahora, para conservar para siempre a Bothwell en su mente tal como lo veía en aquellos momentos, sentado junto a la entrada del viejo pabellón de caza en aquel hermoso día de agosto, con treinta y un años, María empezó a enumerar en silencio los detalles y sus facciones.

«A su espalda están los muros de suave color crema, y la yedra trepa por ellas por encima de las ventanas rectangulares. El sol también ilumina los muros, pero Bothwell aún está protegido por la sombra de los grandes árboles que protegen la casa.

»Su cabeza es redonda y más bien grande en comparación con el cuerpo. Su cabello es casi rojizo pero no del todo, pues presenta suficientes tonos castaños como para suavizarlo. Lo lleva corto como los soldados, y se le ven las orejas, que son muy bien formadas y pegadas a la cabeza, con unos lóbulos muy anchos.

»Tiene la piel tensa y bronceada, no lleva barba y su mandíbula es pronunciada. Sus labios son anchos, curvos y ligeramente rosados.

»El cuello es poderoso y está bronceado por el sol, como su rostro, y sus hombros son muy anchos. Lleva una camisa de caza de cuero de color herrumbre y, a pesar de la holgura de las mangas, se traslucen los desarrollados músculos de los brazos. Sus manos son grandes, los dedos romos y no lleva anillos.»

Estudió sus musculosas piernas muy bien perfiladas por sus calzones de montar, y los fuertes y anchos pies calzados con botas de tacón bajo.

Después le miró de nuevo los ojos.

«Tiene una cicatriz sobre el ojo izquierdo, resultado de su pelea con Cockburn de Ormiston. Pero no se ve ninguna otra herida, y sus pestañas son muy largas. Sus ojos son de color castaño verdoso como el musgo invernal.»

—¿Ocurre algo? —le preguntó Bothwell—. Me miráis como si tuviera un insecto encima.

—Lo teníais —aseguró María, terriblemente avergonzada—, pero ya ha volado. Estaba en vuestro... en vuestro...

Todo el mundo se echó a reír, y María se ruborizó.

—Es por eso por lo que teníais los ojos clavados en su... ¿en su qué? —dijo Darnley en tono sarcástico.

—Nada —replicó María con sequedad.

—Bueno, bueno —se apresuró a intervenir John Stewart—, ¿qué os apetece hacer hoy? ¿Vamos a ver si cazamos un poco en Ettrick Forest, siempre y cuando los cazadores furtivos no se nos hayan adelantado? Siento mucho lo que ocurrió ayer.

—Me temo que he de marcharme —dijo Bothwell—. Ha sido un descanso muy agradable pero el deber, encarnado en los Elliot, me llama. No los hemos vencido todavía, y el tiempo apremia. —Se levantó y tomó un último trago de cerveza—. Quiero que estén a nuestra merced en octubre.

—¿Entonces cazaremos juntos? —le preguntó Darnley a María—. Si os consideráis capaz de sentaros en una silla de montar después de lo de anoche.

—Es una excelente amazona; el paseo a caballo de ayer no puso a prueba en absoluto sus límites —aseveró Bothwell.

—No, yo me refería a nuestro paseo de anoche en la cama —dijo Darnley, soltando una orgullosa carcajada.

María lo miró boquiabierta de vergüenza. Lo que más la abochornaba no era su repugnante fanfarronería sino que Bothwell se enterase de que se había entregado a Darnley en aquel pabellón de caza, muy cerca de sus aposentos. No quería que lo supiera.

—¡Vamos, quizás estáis embarazada! —exclamó Darnley—. Y ¿acaso no es verdad, queridos amigos —le guiñó el ojo con lascivia a sir John y a Bothwell— que hay que montar las yeguas cuando están preñadas? ¡Montemos, montemos, montemos! —Se puso a reír y a dar vueltas y vueltas, derramando el contenido de su jarra.

—¡Estáis borracho! —gritó María, escandalizada por la revelación—. ¡Luego es cierto lo que me habían dicho, ahora bebéis, más que nunca, y seguís con vuestras constantes borracheras deslenguadas! Son apenas las nueve de la mañana y, ¿cuántas jarras os habéis bebido? —Dio un puntapié a la jarra, que bajó rodando por los

adoquines hasta llegar a la hierba—. ¡Estúpido borracho! ¡Jamás volveréis a tocarme!

Dicho esto le propinó una bofetada tan fuerte que lo hizo girar sobre sí mismo, tambalearse y caer al suelo.

Los criados, de pie en los peldaños, se quedaron petrificados.

De repente, María sintió unas fuertes y anchas manos sobre sus hombros y oyó una poderosa voz junto a su oído. Bothwell se había inclinado tanto hacia ella que sus labios casi le rozaban la mejilla.

—Tranquila. Dejadlo donde está. No os rebajéis.

La soltó y se apartó.

—Sir Stewart —dijo—, debo despedirme. —Miró con desprecio a Darnley, que todavía yacía en el suelo—. ¿Me permitís que os recomiende un poco de sidra fresca o quizá de leche en vuestros futuros desayunos, Majestad?

Después dio media vuelta, cruzó el antepatio y entró en la casa para recoger sus efectos personales y retirarse a toda prisa.

Cuando se hubo marchado, María apoyó la cabeza en sus rodillas y rompió a llorar. Se sentía más desdichada de lo que jamás habría creído posible sentirse. Se enjugó las lágrimas y se esforzó por dejar de llorar.

Dejó a Darnley en el suelo, temblando y gimoteando.

«Yo también me iré —pensó ella—. Me llevaré al pequeño príncipe, lo llevaré directamente a Stirling y lo dejaré al cuidado de los Erskine.»

Una vez en su habitación, levantó al niño dormido de su espléndida cuna, regalo de su anfitrión. Era de madera oscura, labrada y forrada de terciopelo. La criatura de dos meses, con el rostro ya más terso y las mofletudas mejillas arreboladas, se agitó y abrió sus ojos de un azul subido.

Un sentimiento de amor y orgullo intensos la estremeció mientras lo contemplaba. ¿Todo había merecido la pena para crear aquel niño? Al oírlo respirar y sentir en sus brazos su tibio cuerpo, le pareció que la respuesta era que sí.

—Vestidlo para viajar —le indicó a lady Reres—. Y recoged todas sus cosas. —Se volvió hacia sir Stewart, que la había seguido—: Es necesario trasladarlo a la seguridad del castillo de Stirling tal como me trasladaron a mí —añadió—. Es la costumbre cuando se trata del heredero del trono. Ya es casi el momento prescrito... ¿Qué más dan unas semanas más o menos? Reunid a vuestros hombres y preparadme una escolta para antes de una hora.

—Majestad, no os precipitéis por un arrebató de cólera...

Oyeron que Darnley entraba a trompicones en la sala y subía por la escalera hacia ellos.

—¡Y a él, encerradlo! —exclamó.

John Stewart se asustó.

—Majestad, no estoy autorizado para ponerle las manos encima. Es el Rey... ¿acaso

lo habéis olvidado?

—Sí, esposa mía, ¿lo habéis olvidado? —dijo la pastosa voz de Darnley desde la puerta.

María estrechó con fuerza al niño en sus brazos.

—No he olvidado que os concedí el título de Rey. Pero no habéis sido ungido ni coronado y tampoco os ha reconocido el Parlamento. ¡Jamás lo hará! Ahora... —levantó la voz y llamó a los guardias de la estancia— os ordeno como única soberana ungida del Reino que retengáis aquí al conde de Ross y duque de Albany. Confinadlo en sus aposentos hasta que se recupere de su ataque de nervios. Si se volviera violento, atadlo.

Los guardias miraron de John Stewart a Darnley y de éste a María. Después se acercaron a regañadientes y sujetaron a Darnley por los brazos. Este intentó soltarse, sin éxito.

—Llevaré al Príncipe a su cuarto infantil de Stirling, donde crecerá a salvo de cualquier peligro. Cuando os recuperéis, podréis seguirnos —le dijo María a Darnley—. Lleváoslo —les ordenó a los guardias.

—¡Me las pagaréis! —gritó Darnley—. ¡Os reuniréis con vuestro amado Rizzio y no quedará nada que enterrar! Ya no sois necesaria..., ¡nos habéis dado al Príncipe! No sois necesaria... Vuestra vida no vale un ardite...

Su voz se perdió mientras lo sacaban a rastras de la sala.

—Las débiles y miserables amenazas de un cobarde —dijo María, aparentando una indiferencia que no sentía.

—Os suplico que tengáis cuidado. Un cobarde es el peor enemigo posible —le advirtió sir Stewart, alarmado.

María abrazó una vez más al niño antes de entregárselo a la nodriza.

—Un cobarde es peligroso sólo cuando tiene cómplices —repuso—. Y ahora nadie querrá conspirar con él pues traicionó a todos sus cómplices. —Exhaló un suspiro y se alisó la falda nerviosa—. Y, si me mataran antes de que a él le otorgaran de manera oficial el título de Rey en virtud del matrimonio, mi esposo ya no sería el esposo de una reina sino sólo... ¡un viudo! —Soltó una risa entrecortada—. ¡Tendría que pasearse por ahí con un velo blanco!

Justo en aquel momento oyeron el rumor de unos cascos de caballo en el patio. María se asomó a la ventana y vio a Bothwell montado en su caballo zaino. Su cabello rojizo brillaba bajo el sol cuando dio la vuelta con su montura y levantó la vista hacia su ventana.

—Dios te guarde —le dijo—. Te veré en Jedburgh.

La miró como si hubiera presenciado todo lo que acababa de ocurrir.

—Que Él te acompañe —contestó ella, sintiendo que sus fuerzas se iban con él.

Se despidió despacio con la mano, y él correspondió a su saludo antes de alejarse.

«Lo he tratado de tú —pensó María de repente—. Sólo había empleado el tú algunas veces con mi madre, mi primer marido y mi hijo.

»Y él lo ha utilizado conmigo.»

—Os entrego mi corazón —les dijo María a lord y lady Erskine al depositar en sus brazos el niño envuelto en pañales, la garantía de la independencia de Escocia.

Cuando el pequeño abandonó sus manos, María sintió un dolor casi tan agudo como el del parto.

«Las mujeres pobres no tienen que separarse de sus hijitos —pensó—. John Knox tampoco se vio obligado a encomendar a sus hijos a otra familia.»

—Lo cuidaremos como si fuera nuestro —prometió Erskine.

Hizo una seña a los sirvientes uniformados de la estancia y al momento se acercó una rolliza mujer que tomó al niño en sus brazos. Jacobo Carlos emitió un gorjeo y alargó la manita hacia su rostro.

—Es quien sustituirá a lady Reres dentro de un par de semanas —explicó Erskine.

«¡No, no, no puedo soportarlo! —pensó María—. Ahora ya sabes lo que sintió tu madre al separarse de ti.»

—Vamos, ya sabéis que siempre será vuestro —le dijo Erskine—. Podéis venir aquí y pasar con él todo el tiempo que queráis. Vos elegiréis a sus preceptores y discutiréis con ellos sus lecturas y sus deberes.

«Pero no estaré aquí para verlo batallar con las lecciones y aprender a jugar. Sólo me lo enseñarán cuando lo haya aprendido y practicado todo a la perfección. No podré consolarlo la primera vez que alguien lo hiera con sus palabras ni responder a sus inesperadas y extrañas preguntas...»

—El carcelero de Sócrates dijo: «Procura soportar con ligereza lo inevitable» —citó Erskine.

## XXXIII

María regresó despacio a Edimburgo tras permanecer unos días con los Erskine en Stirling, instalando al príncipe Jacobo en su nueva residencia. Intentó planear el bautizo. Debía ser un fastuoso acontecimiento para que Escocia se abriera al mundo. Durante unos días los franceses verían qué había sido de su antigua reina y ella se enorgullecería de darles la bienvenida a su reino. ¿E Isabel? ¿Asistiría al bautizo?

Sin embargo, la planificación de una fiesta, por espléndida que fuera, no mitigaba la ansiedad de su corazón. Los acontecimientos de Traquair habían destruido la plataforma sobre la que se asentaba todo lo demás: el carácter irrevocable de su matrimonio con Darnley, su necesidad de respetarlo, de perdonarlo y soportarlo y de considerarse muerta a todos los demás efectos. Su repentino interés por Bothwell la inquietaba hasta tal extremo que lo consideraba un problema que había que resolver. Lo analizaba sin cesar, intentando buscarle una explicación. La explicación más lógica era que el aborrecimiento que le inspiraba su esposo la había llevado a imaginar en Bothwell ciertas cualidades para evadirse de la terrible verdad sobre Darnley que ella no quería afrontar, o quizá simplemente Bothwell le recordaba a su tío el duque Francisco de Guisa, el gran guerrero el Intrépido, incluso por la cicatriz del rostro. De niña lo había considerado el hombre ideal y ahora veía su sombra en Bothwell. O tal vez, por el hecho de que Bothwell la hubiera rescatado de Holyrood tras el asesinato de Rizzio, ella había confundido la gratitud con la atracción. Estaba segura de que debía de haber una explicación clara y de que, cuando la encontrara, todo quedaría anulado y resultaría inofensivo.

En cuanto ella regresó a Holyrood, Darnley huyó de Traquair House al campo, a practicar la cetrería. María se alegró de no tener que verlo pero sabía que, al final, habría que ir a buscarlo. ¿O acaso aquella pesadilla no terminaría jamás? ¿Cuál sería la respuesta?

Ya era hora de llamar a los lores que habían sido desterrados de la corte, sobre todo a Maitland. Todo debía estar tranquilo para la celebración de la gran ceremonia pública; cuando llegaran los nobles invitados extranjeros, no convenía que descubrieran que la mitad de la corte se hallaba en el exilio. Maitland regresó junto con Argyll. Lord Stewart y los demás se reconciliaron con ella.

«Las cosas vuelven a ser como antes —pensó María—. Por lo menos en la superficie.»

John Knox se había refugiado en Ayrshire, en el oeste de Escocia, y no estaba presente para hostigarla con sus sermones o amenazarla a propósito del bautizo, que ella esperaba celebrar según el rito católico. Debía llegar a un acuerdo con los lores de la Congregación.

Así pues, en el transcurso de una pequeña reunión del Consejo Real, le planteó la cuestión a lord Stewart, al que preguntó quién oficiaría la ceremonia.

—Yo había pensado en... el arzobispo Hamilton —contestó María en voz baja.

Se produjo una pausa de absoluto silencio. Después lord Stewart preguntó:

—¿Un católico?

—Sí.

—El pueblo no lo permitirá... —replicó Maitland.

—¡El pueblo ya debería imaginarlo! ¡La madre del Príncipe es católica y su padre (qué tema tan doloroso) procede de una familia católica! —estalló María.

—Pero el niño es el heredero del trono de un país protestante —señaló lord Stewart.

—¿No esperaréis que pida a John Knox que lo bautice? —dijo María—. Ya sé que su país será protestante. ¿Por qué creéis que he encomendado su educación a lord Erskine, que es tan buen protestante? Quiero que mi hijo comprenda este credo. En cuanto al bautizo, éste no le perjudicará, sea cual fuere el rito que se elija, pero el hecho de que se celebre según la norma católica tranquilizará mi conciencia. Un bautizo católico no supondrá un obstáculo para que más tarde se convierta al protestantismo. ¡Todos vosotros, y también John Knox, sois ejemplos claros de ello!

—¿De modo que aceptáis la idea de que él pueda optar libremente por abrazar el protestantismo una vez que haya alcanzado la edad de la razón? —preguntó Jacobo con cautela.

—Sí, por supuesto. Nadie debe imponer su fe a sus hijos; si nuestra religión significa algo, hemos de elegirla nosotros mismos. Sin embargo, nadie puede elegir desde la ignorancia. Hay que saber algo para ser capaz de elegir o rechazar.

Maitland esbozó una sonrisa.

—El razonamiento de la Reina es sensato e impecable. Sugiero que aceptemos una ceremonia católica si éste es su deseo.

—Muy bien —cedió Jacobo, a regañadientes—. Y ahora hablemos de los costes... ¿Cuáles son vuestros planes? Nada sé acerca de estas ceremonias; ahora en Escocia jamás se celebran.

—Puesto que el Príncipe tiene padrinos de tres países, cada uno de ellos enviará una representación de cincuenta personas por lo menos, y después se ofrecerán banquetes y fuegos artificiales... No puedo calcular con exactitud los costes, pero examinaré los libros de la Casa del Tesoro y veré cuánto puede aportar el Tesoro. Lo haré de inmediato para que, si fuera necesario establecer un impuesto...

—El pueblo no aceptará ninguna clase de impuesto —se apresuró a decir lord Stewart.

—Si fuera necesario establecer un impuesto —prosiguió María—, estoy dispuesta a hacer concesiones que el pueblo considere aceptables e incluso agradezca.



Aquella misma semana María se instaló en la Casa del Tesoro, un edificio de la Cowgate —la vía que discurría paralela a la calle Mayor— con la excusa de examinar los libros de cuentas, pero, en realidad, también para disfrutar de cierta intimidad. Había descubierto que discurría mejor en habitaciones pequeñas sin el protocolo de la vida palaciega y libre de la vigilante mirada de la corte. Se llevó consigo a su secretario Claud Nau porque se le daban muy bien los números y era un experto en los gastos de dichas ceremonias, y a madame Rallay. Unos días más tarde se reunió con ellos lady Reres, cuando la sustituyó otra nodriza en Stirling. Traía noticias del príncipe Jacobo y del arreglo del cuarto infantil.

María no tardó en descubrir que le encantaba revisar los libros de cuentas tanto del Gobierno como de su casa. Encontró los antiguos libros que databan del reinado de su madre y se alegró al ver la primera anotación relacionada con su persona: «Tafetán blanco para el bautizo de la Princesa.» A veces llamaba a Maitland o a lord Stewart para consultarles acerca de alguna anotación o para que le explicaran las abreviaturas con que se encontraba, pero lo que más le gustaba era estudiarlas por su cuenta dejando los libros abiertos en la página correspondiente. De esta manera, trabajaba en todo momento con ellos a su gusto sin temor a perder el punto.

Pero su suposición inicial era acertada: el dinero de la Corona era muy escaso y no bastaba para financiar los fastuosos festejos que ella tenía previstos. «Muy bien pues, habrá que crear un impuesto.»

—Somos un reino muy pobre, hermana —le dijo Jacobo—. Para comprenderlo basta con que comparéis vuestra coronación con la de la reina Isabel. Por consiguiente, la única solución reside en instaurar un impuesto.

Estaba claro que, a su juicio, el bautizo significaba una extravagancia y una insensatez.

—No conviene que el mundo nos considere un reino pobre —aseveró ella—. Si lo ocultamos y ofrecemos un buen espectáculo, más tarde cosecharemos los frutos.

—¿Y... el Rey? —preguntó lord Stewart—. ¿Asistirá a la ceremonia y se comportará como es debido? De nada serviría pedir dinero y montar un espectáculo sólo para mostrar al mundo la clase de rey que tenemos. Sé que se opuso a invitar a la reina Isabel.

—Vendrá, vendrá —contestó María con una seguridad que no sentía.

El tiempo empeoró y se volvió frío, lluvioso y oscuro. A María no le apetecía abandonar la Casa del Tesoro, pues ésta se había convertido en su refugio del mundo, y ahora se había quedado atrapada en ella. Allí se retiraba a su cámara privada y leía sentada con comodidad delante de la chimenea, disfrutando de aquellas horas de

absoluta intimidación sin exigencias exteriores mientras la lluvia golpeaba los cristales de las ventanas.

Se acercó a una ventana y vio a unas mujeres que retiraban presurosas unas ropas de cama que habían puesto a orear en el patio contiguo. Cuando entró el criado con más troncos para la chimenea, ella le señaló la casa contigua al patio y le preguntó a quién pertenecía:

—Es de David Chalmers, Señora —contestó el hombre—, el criado de lord Bothwell.

—¡Vaya casa tan bonita para un criado! —exclamó asombrada.

—Bueno, es que es algo más que un criado... Es un compañero y un amigo que está a su servicio. Sí, Chalmers vive aquí casi todo el año.

María contempló la casa. ¿Se la habría comprado Bothwell? En caso afirmativo, ¡qué generoso era éste con los amigos! La casa tenía cuatro pisos. Cuando encendieron las luces alcanzó a ver las habitaciones y le pareció que estaban muy bien amuebladas.

Lo único que sabía de Bothwell era que estaba ocupado en las Fronteras, tal como ella le había ordenado.

Exhalando un suspiro, reanudó la lectura de su libro. La vela goteaba expuesta a las corrientes de aire que penetraban en la estancia. Pronto se iría a la cama. Una de las ventajas de su estancia allí radicaba en que disponía del tiempo a su antojo sin ajustarse a nada que no fuera su propia voluntad.

Bostezó. Quizá ya fuera hora de irse a la cama. Sí, llamaría a madame Rallay, se pondría el camisón...

Se oyó una suave llamada a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entró Bothwell.

María se sorprendió tanto que no fue capaz de mostrarse sorprendida. Era imposible que él estuviera allí. Pero estaba. Lo miró con fijeza.

—Esto no es Jedburgh —dijo con toda naturalidad.

—No.

Sólo entonces María miró alrededor. Nadie lo acompañaba. Nadie lo había conducido a la habitación.

—¿Cómo habéis...?

—Me temo que he venido a Edimburgo a escondidas. Nadie sabe que estoy aquí. Me alojo aquí al lado, en casa de Chalmers. Lady Reres ha tenido la amabilidad de abrirme la puerta de atrás. Los patios de ambas casas lindan entre sí.

—¿Lady Reres? —preguntó María—. Pero... ah, claro, sois viejos amigos... —De aquella misma manera debía de haberle abierto la puerta a Bothwell las muchas veces que éste visitó a su hermana Janet. De repente, no se alegró de verlo y habría preferido que se marchase y regresara al lugar que le correspondía, a las Fronteras, o que se

limitara a poblar sus sueños—. ¿Qué deseáis?

—Hablar con vos —contestó él—. ¿Puedo sentarme?

Sólo entonces María se percató de que tenía la ropa mojada a causa de la lluvia.

—Pues claro. ¿Por qué deseabais verme? ¿Tenéis alguna dificultad con los prisioneros o con la fecha que hemos fijado para los juicios?

—No. No, allí todo va bien, pero...

—Por favor, acercaos un poco más al fuego. ¿Pero qué?

Ya empezaba a acostumbrarse a él. No se trataba de un fantasma, después de todo.

—Me temo que las dificultades se encuentran aquí. ¿Dónde está Darnley?

—Practicando la cetrería en algún lugar. No sé dónde.

—Deberíais haber ordenado que lo siguieran en todo momento. ¡Me han dicho que ha estado intrigando, que ha enviado y recibido cartas secretas de Europa, incluso del Papa! Al parecer está urdiendo planes para huir del Reino. Ya tiene un barco preparado...

—¡Muy bien! —exclamó María—. ¡Pues que huya del Reino! ¡Que se vaya a México y viva en lo alto de una de sus pirámides! ¡No me importa!

—Quizá no os importe su persona —dijo Bothwell, eligiendo con cuidado las palabras—, pero él es algo más que una persona. Es un símbolo que otros podrían aprovechar. Puede ser «católico» o «el último varón Tudor» o el «heredero forzoso». Muchas cosas. A fin de cuentas, éstas son algunas de las razones por las que vos os casasteis con él. Por lo que simbolizaba. ¿Acaso no es así? —preguntó con suavidad.

María asintió tristemente con la cabeza.

—Fue en parte por mi insensato afán de complacer a Isabel y situarme en la línea de sucesión inglesa. Ella había expresado el deseo de que me casara con un súbdito inglés en lugar de con un príncipe extranjero. Y allí estaba Darnley con su dosis de sangre real inglesa. Era muy apuesto, intentaba complacerme por todos los medios... Y yo creía que lo amaba pues entonces era distinto o lo parecía...

Sintió que estaba a punto de echarse a llorar. No le importaba decir aquellas cosas; Bothwell ya las había visto con sus propios ojos.

—Pobre Reina —dijo Bothwell—. Sólo pretendíais complacer a los demás.

—¡Sí! —exclamó María—. ¡Me enseñaron a creer que, si procuraba pensar en los demás y complacerlos, recibiría una recompensa! ¡Cuando vine a Escocia, me esforcé con toda mi alma en complacer a los demás! Pero, cuanto más lo intentaba, más los molestaba. —Levantó las manos y soltó una entrecortada carcajada—. ¿Recordáis lo que comentamos aquel día en los páramos acerca de la necesidad de pertenecer a un lugar? Desde entonces me he dado cuenta de que en realidad, jamás he estado en el que me corresponde. Vos sois muy afortunado. Tenéis un hogar en las Fronteras y otro en vuestros barcos. Los barcos me atraen.

—Sí, ya sé que os gusta navegar. Me han contado que durante vuestro viaje desde

Francia, fuisteis la única que no se mareó ni se asustó por las tormentas. El mar ha sido una patria para muchos hombres que carecían de ella. Debíais haber sido marinero.

—¿Adónde habéis navegado? —preguntó María—. ¿Habéis estado en el extremo norte? ¿Habéis estado en las islitas del oeste, las Hébridas?

—Sí, he llegado hasta allí. Los mares de la zona son muy tormentosos y, al llegar, uno tiene la sensación de haber realizado una verdadera peregrinación. Son unas islas de otro mundo, de un mundo que no conocemos ni somos capaces de conocer. El duro aislamiento... ¿qué impulsó a los monjes a trasladarse allí, qué los mantuvo allí en sus pequeñas celdas de piedra?

—¡Ah, cuánto desearía ir allí! ¡Ojalá pudierais llevarme!

Bothwell se reclinó en su asiento y sonrió.

—No hay razón que me lo impida. Algún día. —Hizo una pausa y después clavó la mirada en María—. Si sobrevivís a las intrigas y las traiciones de vuestro esposo.

—Ya he sobrevivido.

Pero aborrecía pronunciar la palabra «traición».

—Aún no ha terminado. Os ruego que lo vigiléis. Ordenad que lo espíen. No lo subestiméis.

Bothwell no había oído las amenazas de Darnley en Traquair. De lo contrario, se habría alarmado mucho más.

—Muy bien —dijo María—. Debo confiar en vos y seguir vuestro consejo.

—Jamás subestiméis a un hombre como él —repitió Bothwell.

—¿Y habéis venido desde tan lejos para advertirme?

—Sí. ¿Acaso no os parece importante? Os veo muy poco preocupada por vuestra propia seguridad. Permitidme que os recuerde la máxima del soldado: nunca bajas la guardia ni supongas que una serpiente no puede atacar.

Poco a poco la atracción que sentía por él estaba regresando. Al principio, la sorpresa de verlo le había impedido experimentarla. Se había alegrado de su desaparición, como si él fuese un tesoro acompañado de toda una complicada serie de instrucciones que dificultan la tarea de abrir el cofre. Los sentimientos que Bothwell le inspiraba habrían supuesto una exigencia en el mejor de los casos y una desgracia en el peor. María se alegraba de que hubieran desaparecido de manera espontánea antes de causarle daño.

Pero ahora habían vuelto y su presencia era tan patente como la del propio Bothwell. María estaba segura de que Bothwell había percibido sus sentimientos tan palpables, pero al mismo tiempo rezaba para que éste se marchara sin más.

Se levantó y él imitó su ejemplo. María oyó que su propia voz decía algo sobre lo amable que él había sido al visitarla y lo mucho que ella se lo agradecía. ¿Le apetecía tomar un refrigerio? Dios mío, qué tarde es, buenas noches, estoy deseando llegar a Jedburgh... ¿La seguía Bothwell mientras ella se dirigía a la puerta? No se atrevía a

mirar atrás.

La mano de Bothwell le rozó el hombro, y ella se volvió de inmediato como si su brazo la rodeara. Se encontraba a sólo un palmo de distancia de él. Bothwell no bajó el brazo sino que le ciñó el talle con el otro y la estrechó con suavidad contra su pecho. El contacto no denotaba más que solicitud y amabilidad.

«Se compadece de mí como se compadecía de aquella gente de la casita... Su roce es como el de un hermano, sólo que el de mi hermano es muy frío... Debe de estar felizmente casado y me ve como —¿qué ha dicho?— una pobre reina. Sus miradas y sus manos son fraternales. Sé muy bien cómo son las miradas y las manos cuando hay deseo...; bastante lo he visto y sentido sin desearlo... Chastelard, Gordon, Arran, ahora Darnley...»

Jamás había deseado algo con tanta intensidad; jamás se había sentido tan rechazada. Levantó el rostro para mirarlo, y él la besó.

Se había equivocado. Allí había deseo, un deseo muy intenso. Su beso no fue como el del sueño. Fue prolongado y sensual. Lo sintió respirar con suavidad contra su rostro. Le pareció natural que él la abrazara y que ella lo besara sin vacilar. Le gustaba la sensación de sus labios; eran suaves y prometían intimidad a todos los efectos; aquello no era más que el principio.

Bothwell se había apartado.

—¡No! —exclamó—. ¡No, perdonadme!

María deseaba atraerlo de nuevo hacia sí pero no osaba hacerlo. Bothwell parecía avergonzado y confuso.

—No hay nada que perdonar —repuso al fin María.

—No volverá a ocurrir —aseguró Bothwell retrocediendo lo bastante como para quedar fuera de su alcance—. Os lo prometo, pero debéis perdonarme este error, este atrevimiento.

—¡No hay nada que perdonar! —repitió María—. Os ruego que no os vayáis. La lluvia está arreciando...

Fuera se oía el repiquetear de la lluvia contra el tejado.

—¡He de marcharme! —dijo Bothwell extendiendo la mano hacia la puerta—. ¡Recordad lo que os he dicho sobre lord Darnley!

Cruzó la puerta y desapareció en un santiamén.

¡Darnley! ¡Sus últimas palabras se habían referido a Darnley!

Llorando con desconsuelo, María se arrojó sobre la cama. El rumor de la lluvia ahogó sus sollozos, por lo que nadie acudió a ver qué le ocurría.

## XXXIV

Al regresar a las Fronteras, Bothwell se dedicó en cuerpo y alma a atacar a sus enemigos de siempre, los Kerr. Además, logró prender a toda una banda de los Armstrong de Liddesdale y los había encerrado en la enorme fortaleza del castillo de Hermitage. Cuando la Reina llegara a Jedburgh, serían juzgados y a buen seguro ejecutados.

Después de tres semanas de éxito en el campo de batalla, regresó al castillo de Crichton, donde lady Bothwell lo esperaba. Estaba extrañamente ansioso por contarle sus hazañas, tal vez porque deseaba demostrarle que aquella parte de Escocia era tan peligrosa y emocionante como las Highlands que ella tanto amaba, y que su esposo era más temible en el campo de batalla que cualquier Gordon.

La encontró sentada en un mullido cojín delante de la chimenea de una de las estancias superiores, tomando una copa de vino mientras bordaba. Se puso furioso al ver que apenas levantaba la vista de la labor. Se mostraba siempre tan tranquila y tan comedia... Le daba igual que él regresara a casa o no, que hubiera resultado herido o no. Bothwell deseaba decir algo sólo para captar su atención, pero no lo hizo. Giró sobre sus talones y se retiró justo en el momento en que ella levantaba sus claros ojos saltones. Al ver que abandonaba la estancia, lady Bothwell sonrió y reanudó su labor.

Bothwell se encontraba de pie en el rellano superior de la escalera contemplando los dos tramos que conducían a la planta baja. Mientras bajaba enfurecido para dirigirse a los establos, vio a Bessie Crawford, una de las jóvenes criadas de lady Bothwell, que subía con una bandeja. La muchacha movía la cabeza y parecía que estuviera hablando sola. Cuando estaba a punto de topar con Bothwell, lo vio y calló, avergonzada.

—Por favor, sigue hablando sola —le pidió él—. Me encanta escuchar a hurtadillas.

—¡Oh, señor! ¡No sabía que hubierais regresado! ¿Por qué no... no lo han anunciado? —balbució.

—Me he pasado tres semanas persiguiendo a ciertas gentes. Es una costumbre muy difícil de perder. —Levantó las tapas de las bandejas. Liebre estofada, panecillos y queso. Se llevó un trozo de éste a la boca y tomó un panecillo pensando que la chica protestaría en nombre de su señora—. El hecho de ser un ladrón resulta muy satisfactorio en ocasiones —dijo—. Sobre todo cuando uno se muere de hambre.

—Me temo que la condesa sufrirá una decepción —señaló Bessie—. Ahora tengo que regresar a la cocina para reponer lo que falta.

—Sí.

Bothwell dio media vuelta y la siguió. La muchacha, con una sonrisa en los labios,

volvía sin cesar la cabeza para ver dónde estaba él.

Cruzaron un pasadizo y entraron en la cocina, donde sólo había un cocinero que removía con languidez el contenido de una olla y French Paris, uno de los criados de Bothwell, que colocaba sobras de comida en unas ratoneras.

Bessie dejó la bandeja y le pidió al cocinero que repusiera lo que faltaba, mientras Bothwell le daba instrucciones en voz baja a Paris. Después tomó a Bessie del brazo y la condujo con firmeza hacia la puerta de una torre colindante con la cocina. Entraron en un cuartito que se utilizaba como despensa y Bothwell cerró la puerta y se apoyó contra ella con los brazos cruzados.

—Paris se encargará de que no nos molesten.

Bessie lo miraba con una carita más pálida que la cera; pero no se apartó cuando él se inclinó hacia ella. ¡Santo cielo! ¡Le hacía falta una mujer! Era una necesidad casi dolorosa.

Atrajo su cuerpecito hacia sí. La chica era huesuda pero tenía unos pechos muy grandes. Se inclinó para besarla pensando que ella apartaría la cabeza y emitiría unos pequeños gritos de protesta que no tardarían en apagarse. Sabía que no era virgen. Paris la había catado y también el cocinero.

Tal como esperaba, ella inclinó la cabeza un instante dejando que él le besara la oreja y el cuello antes de levantar de nuevo el rostro. Tras la obligada reticencia, la criada lo besó con pasión y le permitió que acariciara su cuerpo. Sin que él se lo pidiera, se desató las cintas del corpiño y le ofreció los melones de sus pechos como en una bandeja.

—Ahora podéis hacer lo que queráis —murmuró.

Pero Bothwell no tenía demasiado interés en besar su pálido rostro o valerse de sus pechos; sólo quería encontrar alivio de una manera. Ella se tendió en el suelo y se levantó complaciente las faldas. Ahora Bothwell comprendió que las historias que Paris y el cocinero le habían contado eran ciertas. Se desabrochó con rapidez los calzones y se colocó encima de ella, avergonzado de la mecánica indiferencia de su comportamiento, pero necesitaba hacerlo y terminar de una vez. Cuanto antes lo hiciera, antes se aliviaría aquella ardiente y pulsante llamada de su cuerpo que tanto lo atormentaba... ¡no gracias a su esposa!

—Ah —murmuró ella al sentir el peso de su cuerpo y las palpaciones de sus manos. Cuando él la penetró emitió el consabido grito—. Oh, milord Bothwell, milord, milord...

Sus gemidos eran cada vez más fuertes. Bothwell consiguió taponarle la boca con una mano para que se callara. Pero se entregó por completo a la tarea de satisfacer las necesidades de su cuerpo y dejó de prestar atención a los sonidos; estaba seguro de que habría reventado si aquella exquisita provocación y aquel tormento de su cuerpo no hubieran terminado. Mientras empujaba y embestía, tuvo la sensación de estar

ensartando a la chica desde dentro. De pronto, experimentó el alivio largo tiempo esperado y soltó un gruñido de placer.

Sin embargo todo había ocurrido tan deprisa que ni siquiera se había quedado sin resuello. En cuanto cesaron las oleadas de sensaciones, se apartó de ella. Todo había terminado.

—Ha estado muy bien —dijo jovial mientras extendía la mano hacia los calzones.

Bessie seguía tendida en el suelo, mirándolo con expresión de desamparo. Él le bajó las faldas para cubrirla.

—¿Me necesitaréis de nuevo, señor? —le preguntó con dulzura la muchacha, pillándolo desprevenido.

—Tal vez sí —le contestó.



## XXXV

Bothwell se levantó de buena mañana. Se oían golpes y ruidos procedentes de la mazmorra del Hermitage, atestada de los Armstrong que él había capturado la víspera. Se levantó de su lecho de campaña, se frotó los músculos de la espalda y se tocó el brazo con el que empuñaba la espada para comprobar si estaba rígido o dolorido. Más valía que no, pues aquel día tenía muchas cosas que hacer.

No, no notaba molestia alguna. Flexionó el brazo y cerró la mano en puño. Qué jornada tan espléndida la de la víspera. Había conseguido atrapar a los señores de Mangerton y Whitehaugh, los muy ladrones. Sus torres fortificadas no los habían salvado. Ahora se pudrirían allí abajo a la espera del juicio que se celebraría cuando llegara la Reina.

Cuando llegara la Reina. Sin duda le tendría preparados otros forajidos. Aquélla sería otra venturosa jornada. Lo sabía. Cruzó descalzo el húmedo suelo de piedra y, quitándose la camisa, introdujo las manos en el agua de la pila de piedra que había en un rincón. Se lavó la cara y se mojó los hombros, estremeciéndose al percibir el contacto de la gélida agua en la piel.

«Esto fortalece el carácter», se dijo, soltando un resoplido.

Un hilillo de agua bajaba susurrando por el muro. Allí en el Hermitage, incluso los muros interiores estaban cubiertos de lustroso musgo. Bothwell alargó la mano hacia sus prendas de montar —su camisa de lino, su chaqueta acolchada de cuero cosida con asta para mayor protección, las botas y los calzones de cuero— y se las puso muy despacio como si no tuviera frío. Después tomó su pistola de arzón, su espada y su daga y se sintió preparado para enfrentarse con los enemigos de la Reina. La Reina...

Se reunió con sus hombres, un contingente de unos cien soldados, en la colosal y arqueada entrada de la muralla anterior de la fortaleza que se elevaba hacia el cielo como el pórtico de una catedral, pero tan oscura y siniestra como las puertas del Infierno. Los ladridos de los perros de rastreo, unas delgadas bestias negras, sonaban tan temibles como los de Cerbero.

—¡Ah, soldados míos! —gritó Bothwell—. ¡Nos espera otro espléndido día de caza! —En realidad, el día era gris y neblinoso, pero esto nada tenía que ver con el asunto que les ocupaba—. ¡Los Elliot! ¡Los Elliot! ¡Atacaremos la torre fortificada de Jock *el del Henar*!

Los hombres guardaron un clamoroso silencio. Jock *el del Henar* era uno de los más conocidos y despiadados forajidos de la región. Nadie había logrado atraparlo ni derrotarlo.

Bothwell soltó la carcajada más estruendosa de que fue capaz, pero las gruesas e insensatas piedras de la ciudadela la absorbieron y sonó muy débil.

—¿No recordáis los versos?

*dejan rueca, cuchara ni espetón,  
ia, manta, camisa o almohadón;  
k el del Henar del cofre se apodera  
mbién con el arca se queda.  
a todo este trabajo tan afamado  
s siempre el más indicado.*

»Vamos, ¿no os parece un espléndido trofeo?

Bothwell blandió la espada por encima de su cabeza.

—¡Sí! ¡Sí!

Los hombres alzaron las suyas y acto seguido se pusieron en marcha sobre las ásperas tablas de madera que cubrían el foso y se lanzaron al galope por la orilla del riachuelo, chapoteando ocasionalmente en el agua mientras seguían el curso de la corriente hacia donde ésta se juntaba con otro riachuelo, el Liddelwater, formando el llamado Henar, territorio de los Elliot.

La campiña mostraba todo su abigarrado esplendor otoñal, con las moradas pinceladas del brezo de las laderas más empinadas de las colinas y el castaño y el anaranjado de los helechos y las cañas de la ribera del riachuelo.

Algunos retazos de aterciopelada hierba verde crecían junto a las agostadas extensiones de los pardos tojos de las lomas y resplandecían con un inesperado brillo bajo las hojas caídas de las amarillas espadañas. El cielo era de un pálido color gris perla.

Los hombres pasaron por varias torres fortificadas rectangulares repartidas por los valles cubiertos de brezos por los que discurría el riachuelo, disfrutando de la fuerza de sus caballos y del brumoso día.

La impresionante torre fortificada de *Jock el del Henar* se erguía en un pastizal situado en la confluencia de las aguas, un lugar conocido tanto por los guardias escoceses como por los ingleses como la verdadera palestra de las Fronteras donde no se respetaba la ley de ninguno de los dos lados.

Bothwell espoleó su montura y se adelantó a los demás para sorprender a Jock e impedir que se escapara. Pero en la campiña había mucha gente que vio aproximarse al solitario jinete y alertó a su señor, por lo que, cuando Bothwell refrenó su caballo y gritó a la torre: «Te detengo en nombre de la Reina», Jock ya se alejaba al galope a través del lecho del riachuelo en dirección a las colinas.

Bothwell lo vio y no supo si esperar la llegada de sus hombres para salir en su

persecución. Decidió no hacerlo, pues para entonces Jock ya se habría perdido de vista. Dio media vuelta con rapidez y se lanzó a galope tendido sobre los rastrojos de los campos recién segados y entre las enhiestas gavillas para adentrarse entre las enredadas retamas y seguir a Jock hacia la parte más silvestre de las colinas donde éste debía de tener un escondrijo, dejando atrás el valle del riachuelo.

«No debo perderlo de vista», pensó, espoleando su cabalgadura.

La distancia entre ellos se acortaba. Trescientas yardas, doscientas, cien, cincuenta. Por fin Bothwell vio que Jock volvía la cabeza e incluso distinguió los colores de los cuadros escoceses de su sudadero. Jock sonreía.

—¡Deteneos! —le gritó Bothwell, llevándose la mano al cinto para extraer la pistola.

Acto seguido, disparó al aire, y la detonación resonó en la fortaleza de la montaña. Jock refrenó su montura sin que la relamida y amenazadora sonrisa se le borrara del rostro.

—Será mejor que no os acerquéis, «lugarteniente, hombre de la Reina» —le advirtió Jock en tono desdeñoso.

—Actúo por mi cuenta —contestó Bothwell—. Y soy guardián de Liddesdale. Si os negáis a obedecer mi orden, veremos quién es el mejor de los dos. Os doy la orden no sólo por la autoridad de mi cargo, pues ¿qué es un cargo sino un otorgamiento y un título a los que a menudo no corresponde la valía del hombre que los ostenta? Os doy la orden de hombre a hombre. Os desafío a un combate singular.

Mientras hablaba, Bothwell se había acercado poco a poco a Jock hasta encontrarse a sólo veinte o treinta pies de él en el pequeño claro donde ambos se habían detenido. De un solo movimiento, desmontó y desenvainó su espada de doble filo.

Jock lo estudió un momento con curiosidad y después también desmontó. Desenvainó con cuidado su espada y se acercó a él.

—Perteneceís a otra época —le dijo—. ¿Acaso os creéis que sois uno de los caballeros del rey Arturo? ¡En singular combate! —Soltó una áspera carcajada—. ¿O es que necesitáis expiar un pecado? No importa... yo os ayudaré a castigaros —añadió.

Acto seguido, blandiendo la enorme espada se abalanzó sobre Bothwell, que apenas tuvo tiempo de agacharse y recuperar el equilibrio.

Bothwell hizo girar el brazo en que sostenía la espada y ésta pasó zumbando junto a Jock como una hoja giratoria y rasgó su jubón a cuadros escoceses. Jock retrocedió, apuntó de nuevo y arremetió contra el hombro de Bothwell. La punta de la espada rozó el cuero acolchado y le hizo un corte, pero Bothwell no se inmutó. En cambio, se abalanzó de improviso sobre Jock y le empujó el pecho con el filo de la espada. Jock tropezó y cayó hacia atrás, soltando su acero. Bothwell se le echó encima y lo obligó a volverse boca arriba, dejándolo indefenso. Entonces le apoyó con cuidado la espada en el cuello, en el punto donde la nuez subía y bajaba.

—Y ahora —susurró como si hubiera otras personas presentes que pudieran escuchar sus palabras—, ¿os rendís?

—Sí —contestó Jock, más sorprendido que asustado:

¿Había comprendido lo que le decía o se trataba de un simple ardid?

—¿Respetaréis mi vida? —preguntó Jock—. ¿Me garantizáis mi seguridad?

—Seréis juzgado cuando llegue la Reina para administrar justicia —contestó Bothwell—, pero si en el juicio resultáis absuelto, lo aceptaré y me daré por satisfecho. Os dejaré libre.

—¿La Reina? —preguntó Jock—. ¿Y ella qué sabe?

—Sabe de clemencia (tal vez demasiado para su bien, para el bien del Reino y para su propia seguridad) y vuestra seguridad depende de ella.

—Pues entonces lo acepto.

—Muy bien. —Bothwell retiró despacio la espada y soltó a Jock, que se levantó como si hubieran pisoteado su dignidad y se sacudió la ropa—. Debéis regresar conmigo —añadió—. No os infligiré el deshonor de ataros pues me basta vuestra palabra.

Envainó la espada y regresó junto a su bien adiestrado caballo, que había esperado paciente el desenlace de la pelea. En cuanto montó y volvió la cabeza vio que Jock ya había montado y huía al galope.

Era un mentiroso; un hombre que faltaba a su palabra.

Extrajo con serenidad la pistola y disparó contra él, derribándolo de la cabalgadura. El impacto levantó de la silla de montar al forajido, que se agarró desesperadamente a las crines del animal antes de caer bajo sus cascos. El caballo no interrumpió su carrera, pero Jock quedó tirado en una depresión del terreno, y sus piernas asomaban entre los brezos y los helechos. Un pie se agitaba en el aire espasmódicamente.

—Un hombre que incumple su palabra es peor que un animal —dijo Bothwell, acercándose a la confusa masa envuelta en cuadros escoceses.

No se escuchaba el menor sonido, y el movimiento había cesado. Jock debía de estar muerto o moribundo.

Bothwell desmontó con cautela y se acercó al informe bulto, aguzando la vista por si se producía algún movimiento. Pero no había más que la anormal quietud del silencio eterno.

Al acercarse un poco más, vio que los cuadros escoceses en tonos verdes y rojos estaban manchados de sangre; resultaba difícil distinguir el rojo reciente del rojo del tejido.

«Qué necio. ¿Por qué no ha querido regresar conmigo? Lo más probable es que la Reina le hubiera concedido el indulto. Aún no ha decretado ninguna ejec...»

Profiriendo un repentino grito, Jock se levantó blandiendo la espada e hirió a

Bothwell en el brazo, lo derribó sobre un resbaladizo tocón cubierto de musgo y lo dejó tendido boca arriba como un animal a punto de ser sacrificado. Otro tajo en la parte inferior desgarró el cuero acolchado, y la hoja se hundió en sus entrañas...

Una roja acometida de furia y venganza se adelantó al dolor e indujo a Bothwell a extraer del cinto su corta y afilada daga con la mano derecha.

El rostro de Jock se encontraba justo encima del suyo, con una sonrisa de calavera, arrojándole su fétido aliento directo a las ventanas de la nariz. Un segundo antes de perder la movilidad, Bothwell hundió con todas sus fuerzas la daga en el pecho de Jock atravesando la ropa, la extrajo de nuevo y consiguió clavársela en otro lugar. La sonrisa se borró del rostro de Jock con la misma rapidez con que se vacía una bolsa de agua, y la sangre empezó a manar a borbotones de su boca, derramándose sobre el rostro de Bothwell e impidiéndole la visión. Bothwell sintió que Jock caía rodando de encima de él e intentó asestarle una tercera puñalada pero sólo encontró aire. De repente, una cegadora y cortante fuerza se abatió sobre su cabeza. Unas luces estallaron en el interior de las cuencas de sus ojos, despidiendo una cascada de chispas de distintos colores y formas como las que saltan del martillo de un herrero que forja el metal.

Todos los sonidos se amortiguaron, las sensaciones disminuyeron y sólo quedó el sabor: el herrumbroso y cálido sabor de la sangre que le bajaba por la garganta y lo ahogaba y asfixiaba en una especie de marea que lo arrastraba hacia un negro y turbulento sumidero.

Le faltaba el aire. Los pulmones se le estaban llenando de sangre y no le quedaban fuerzas ni para dar la vuelta y vaciarlos. La sangre le fluía gorgoteando de la boca como la corriente de miles de riachuelos, creando un pozo de líquido carmesí en el que su rostro quedó sumergido.

## XXXVI

—El lord lugarteniente Bothwell ha muerto —anunció el soldado, de pie ante María.

Estaba sucio y cansado del viaje de veinticinco millas desde el Hermitage, cerca de la frontera inglesa, hasta Melrose, donde se alojaba María tras cubrir la primera etapa de su viaje a Jedburgh.

Al ver que la Reina permanecía en silencio, el hombre añadió:

—Lo mató Jock *el del Henar*, un Elliot. Se lanzó en pos de él sin esperarnos y lo alcanzó en algún lugar lejos de nuestra vista. Cuando llegamos, lo encontramos muerto en medio de un charco de su propia sangre.

¿Muerto? ¿Bothwell muerto? No, era imposible, impensable. No podía morir. María oyó que su propia voz le decía al soldado:

—Debes de estar muy cansado. Te ruego que tomes un refrigerio.

Le hizo una seña al único criado que había en la estancia.

«He de llamar a lord Stewart y a Maitland —pensó—. No, todavía no. Todavía no.»

Se sentó y esperó con las manos cruzadas sobre el regazo mientras el mensajero —uno de los hombres de Bothwell, quizás uno del que Bothwell le había hablado una vez— se bebía dos copas de sidra.

«Te veré en Jedburgh.»

Ahora ya no.

—Llevaron su cuerpo al Hermitage. Yo he venido directamente aquí —le comunicó el soldado.

Su cuerpo...

—¿Ya... ya lo han enterrado?

¿Le habrían dado sepultura como a un soldado, echándole sólo unas paladas de tierra encima, o lo enterrarían en algún panteón familiar? Sabía que Bothwell habría preferido lo primero.

—Yo no regresé con ellos al Hermitage. No sé qué han hecho con el cadáver. Oh, disculpadme, no quería ofenderos. Si tenéis instrucciones...

Su cadáver...

—Supongo que... habrá que respetar los deseos de lady Bothwell. —Casi había olvidado la existencia de lady Bothwell—. Sí, debes ir a ver a su... viuda y comunicárselo de inmediato. No quiero que se entere a través de otras personas.

Muerto. ¿Muerto del todo?

—¿Cómo...? ¿Qué heridas mortales recibió?

—Presentaba graves cortes en el rostro y el vientre, y le hirieron y rompieron el

brazo izquierdo, sin duda con la fuerza de una espada de dos filos. Pero jamás lo sabremos por boca de Jock. Lo encontramos muerto a media milla de distancia con un disparo en el muslo y dos puñaladas en el pecho. Bothwell le dio su merecido —añadió el hombre con orgullo—. Se alejó a rastras hasta morir. Se había desplomado sobre un tocón cubierto de musgo y su sangre aún estaba caliente. Al igual que la de Bothwell, claro —agregó.

Aquellos detalles hicieron de pronto que todo cobrase realidad. El brazo roto, la sangre caliente...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó María entre sollozos mientras abrazaba impulsivamente al joven soldado.

Él había visto a Bothwell, venía directo de allí. Tenía la manga manchada de sangre. ¿De Bothwell? La tocó. Era negra y brillaba un poco.

Tragó saliva y se apartó.

—Avisa a mis consejeros —le ordenó al sirviente.

—¿Qué ocurre, mi queridísima hermana? —preguntó Jacobo cuando entró en la estancia momentos después.

Sus duros ojos la miraban con expresión apremiante.

—Sí, ¿qué ocurre? —repitió Maitland como un eco.

«Bothwell ha muerto y yo me encuentro una vez más en vuestras manos pues no tengo a quién recurrir», pensó.

La pérdida de un aliado militar y político, pues sólo esto había significado Bothwell al principio, cayó como un peso en la red de desesperación donde yacía muerto el amor que ella sentía por él como hombre.

Irguiendo la cabeza señaló al mensajero.

—Él os lo dirá.

No se sentía con fuerzas para hablar y además, quería oír de nuevo el relato. Por extraño que pareciera, quería oírlo una y otra vez.

El muchacho —porque era poco más que eso— carraspeó.

—Lord Bothwell —dijo— ha resultado muerto en una pelea con Jock *el del Henar*. «El pequeño Jock» lo llamaban, precisamente porque era muy corpulento. —Soltó una risita nerviosa.

Lord Stewart y Maitland cambiaron una mirada significativa.

—Que Dios le conceda el descanso —dijo Jacobo de modo mecánico.

—¿Y ahora qué? —preguntó el pragmático Maitland.

—Debemos proseguir nuestro viaje a Jedburgh según lo anunciado —respondió María con voz serena—. Los forajidos y los ladrones que nuestro lord lugarteniente ha detenido no han de quedar libres por el mero hecho de que él haya muerto. Eso sería escarnecer su memoria.

—¿Entonces mañana reanudamos el viaje?

—Sí.

María se volvió hacia el mensajero. «Se supone que hay que odiar al portador de malas noticias —pensó—, pero yo no quiero que éste se aparte jamás de mi lado. Es mi último vínculo con el Bothwell vivo.» Contempló de nuevo su ensangrentada manga.

—Por favor, quédate con nosotros hasta mañana.

Aquella noche no pudo dormir. Temía soñar de nuevo con él; mejor dicho, sabía que habría soñado con él. Y la angustia de verlo vivo en su sueño intensificaría su desesperación cuando se despertara. Era mejor permanecer despierta y soportar el dolor que apartarse de él y agravarlo.

Pero el hecho de permanecer despierta también resultó horrible. Sentía su presencia en la estancia y temía abrir los ojos y ver su espectro ensangrentado y mutilado.

—Os temo, lord Bothwell —musitó—, y sé que con ello os causo un agravio, pues jamás me habéis deseado el menor daño. Pero ahora sois otro, sois distinto, perdonadme, temo la muerte y los cambios que produce incluso en aquellos a quienes amo...

Con la llegada del alba la presencia pareció esfumarse poco a poco.

El viaje a Jedburgh debería haber sido una experiencia placentera, pues la dorada luz del sol de octubre poseía una belleza especial y los últimos vestigios del calor estival resultaban reconfortantes. Pasaron por delante de las ruinas de la abadía de Melrose, cuyos esqueléticos arcos apuntaban hacia el cielo cual frágiles costillas.

«Todo muere y la violencia lo destruye —pensó María—. Los monjes vinieron aquí cuando Escocia estaba todavía por civilizar y construyeron con laboriosidad su iglesia piedra a piedra. Pero la violencia inglesa lo destruyó todo en un día, y aunque ellos lo hubieran dejado intacto, la violencia de Knox habría completado el trabajo. Bothwell intentó imponer el orden en las Fronteras pero lo ha matado un forajido.»

En aquel dorado día otoñal, María tuvo la sensación de que el caos y el desorden siempre ganarían la partida y de que el ocaso siempre llegaría demasiado pronto. Las pálidas costillas de la abadía así lo atestiguaban.

Tenían previsto alojarse en Jedburgh, en una casa fortificada de piedra, una de las llamadas «casas bastilla», alquilada a la familia Kerr. La ciudad de Jedburgh era muy agradable, teniendo en cuenta su ubicación. Los ingleses la habían atacado numerosas veces y siempre se había levantado del polvo como un luchador de aldea, se había recuperado y había empezado de nuevo.

La casa, de dos pisos, tenía tres grandes habitaciones en la planta baja y otras dos en la superior. La escalera de caracol giraba en sentido contrario, lo cual les hizo



gracia, pues estaban acostumbrados a las normales. Aquella noche, tendida en la fría y dura cama, María durmió y no soñó. Ya no le quedaba nada con lo que soñar. Se despertó agradecida por ello. Era como si la hubieran encerrado en una caja negra.

El tribunal de justicia había de iniciar sus sesiones al día siguiente. Uno a uno le mostrarían a los criminales atados con cuerdas o con cadenas para que ella los sentenciara.

—Ahorcadlos —le había dicho Bothwell.

Maitland la había advertido sobre la escasez de patíbulos y verdugos y le había aconsejado los ahogamientos en masa por ser más económicos.

—Se mueren lo mismo con agua que con una cuerda —le había comentado Maitland.

—Sois demasiado clemente —le había reprochado Jacobo, enarcando una ceja—. Encargaos de que haya ejecuciones.

María estaba sentada en una silla de alto respaldo bajo su escudo de armas en una especie de improvisado trono. La primera persona que compareció ante ella fue el célebre Willie Kerr, asesino de su propio suegro.

—William Kerr, señor de Cessford, se os acusa de haber asesinado al padre de vuestra esposa de la manera más horrible, cercenándole la cabeza y los brazos con un hacha. Aparte de haber incumplido vuestro deber marital y el cuarto mandamiento, «amarás a tu padre y a tu madre», habéis faltado a un deber espiritual, pues el hombre era también un abad e incluso había bautizado a vuestros hijos —recitó el secretario, leyendo impassible la acusación—. El juicio y la sentencia se hallan ahora en manos de vuestra Reina.

El hombre ofrecía un aspecto de lo más vulgar. Su mata de cabello castaño entrecano se le había puesto de punta como si tuviera miedo, y su arrugado rostro mostraba una expresión de resignación como si ya se hubiera acostumbrado a los robos, la guerra y los incendios propios de las Fronteras...

—¡Tened compasión, Majestad! —exclamó cayendo de rodillas—. ¡He pecado, he cometido asesinato, pero me arrepiento! Y mi esposa... aborrecía a su padre, pues éste le pegaba y la maltrataba, y ella lo temía tanto que se echaba a temblar cuando oía su voz o incluso cuando alguien mencionaba su nombre. Y además, ¿por qué tenía que engendrar hijos un abad? —El hombre irguió la cabeza y echó los hombros hacia atrás—. ¡Era un pecador y yo lo castigué! ¡Era un borrón para la Iglesia! ¿Os sorprende que John Knox y su caterva de seguidores se hayan alzado con el triunfo? ¡Todo se debe a que la Iglesia ha sido deshonrada por gentes como el abad!

Aquel hombre decía la verdad. La Iglesia de Escocia se había visto destruida no por la ambición del Rey como en Inglaterra sino por la codicia y la ineptitud de sus propios dirigentes. El cardenal Beaton, el abad de Kelso...

—¡Yo lo único que hice fue descargar un golpe para que hubiera honradez y justicia, Majestad! —gritó el hombre—. ¡Honradez en lugar de hipocresía, malos tratos y crueldad! ¡Y estoy dispuesto a morir por ello! Mi muerte en tal caso no habrá sido en vano.

—No moriréis, pues decís verdad —respondió María.

Oyó que Maitland y lord Stewart soltaban un resoplido de insatisfacción.

María se retiró al mediodía para comer algo. Diez prisioneros habían sido conducidos a su presencia, y ella había escuchado sus argumentos. No había condenado a muerte a uno solo de ellos.

Lord Stewart y Maitland se disgustaron tanto que se retiraron a sus aposentos y no quisieron comer con ella, aunque si María se lo hubiera ordenado, se habrían visto obligados a obedecer.

«¿Cómo puedo condenar a muerte a un hombre que apela a su conciencia? —se preguntó María—. Lo que Kerr había dicho acerca del abad era cierto. Pero él hizo mal en tomarse la justicia por su mano. Cuesta mucho abstenerse pues Dios tarda mucho en actuar si dejamos las cosas en sus manos tal como nos dicen que debemos hacer.»

Empezó a picar un poco de su plato de codornices asadas con repollo. No tenía apetito desde que recibió la noticia de las Fronteras.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entró un hombre tan corpulento que su propia carne lo calentaba y no necesitaba manto ni capa.

—Soy uno de los hombres de lord Bothwell —explicó—. ¡Os traigo una venturosa nueva! ¡El conde está vivo!

—¿Cómo? —preguntó María levantándose con trémula emoción.

—¡El conde está vivo! Nos lo llevamos en una carreta todo ensangrentado y frío..., tan frío que la sangre de las heridas se le había coagulado y nos pareció que no respiraba. Pero, antes de que llegáramos al Hermitage, se movió. Las heridas no eran mortales. —El hombre levantó las manos—. Hoy ha abierto los ojos y ha preguntado si Vuestra Majestad había sido informada de su muerte. Al decirle nosotros que sí, me ordenó que viniese de inmediato a comunicaros que está vivo. Al parecer, era lo único que lo preocupaba. Por lo menos al principio.

—¿Está vivo?

Serían figuraciones de aquel hombre.

—Sí. Está vivo y se recupera a cada hora que pasa.

—¿Es el... mismo de siempre?

El hombre se echó a reír.

—Por supuesto que sí. Bromeó sobre Jock y se alegró de que no hubiera escapado. «Ah, no hay como una buena daga», dijo. «Cuando fallan las pistolas y las espadas, es bueno echar mano de la daga que llevas al cinto.»

—Entonces hay que darle tiempo para que se recupere. Iremos a verlo cuando terminen las sesiones del tribunal de justicia.

María permaneció nueve días administrando justicia en Jedburgh. A diario recibía partes sobre los progresos de Bothwell. Llevaba el brazo en cabestrillo, ingería tres comidas diarias, salía al antepatio del Hermitage y hablaba con sus hombres. También dirigía sus incursiones. Al final, todos los malhechores comparecieron ante ella pero ninguno fue condenado a muerte. Lord Stewart y Maitland se mostraban preocupados por sus decisiones e insistían en que sólo la violencia curaba la violencia.

—Un incendio se utiliza para apagar otro —dijo Maitland—. Estos hombres no entienden otra cosa. Vuestra clemencia está fuera de lugar.

—Vos no vacilasteis en aprovecharla —le replicó ella con intención—. ¿Por qué habrían de ser distintos los criterios en un tribunal?

—Existe cierta diferencia entre los desacuerdos políticos y los saqueos y asesinatos —terció Jacobo.

—El asesinato de Rizzio fue más sangriento que lo que le sucedió al abad de Kelso. No veo diferencia alguna como no sea el hecho de que la daga del Rey llevaba piedras preciosas incrustadas en el mango. —A María no le apetecía continuar hablando con ellos—. Os concedo mi venia para marcharos mañana. Yo iré al Hermitage. Tengo muchos asuntos que discutir con lord Bothwell siempre y cuando él se encuentre en condiciones de hacerlo.

—Hay casi treinta millas de distancia —señaló lord Stewart—. Debéis poner os en camino muy de mañana. —Enarcó de nuevo una ceja con expresión inquisitiva—. ¿Pretendéis recorrer sesenta millas en un solo día?

—¿Y por qué no?

—En vuestra fuga a Dunbar, que admiró a todo el mundo, sólo recorrísteis veinticinco. ¿Y ahora queréis recorrer sesenta sólo para dar ánimos a un enfermo?

—¡No voy para cuidarlo sino para recibir y facilitar informes!

—Por supuesto —dijo lord Stewart—. En tal caso, os acompañaremos. Si nos lo permitís, naturalmente.

El día amaneció despejado pero un tanto frío. Ya se hallaban en sus sillas cuando el sol asomó por encima de las copas de los árboles que estaban despojándose a toda prisa de sus hojas.

María anhelaba ponerse en marcha. Se volvió hacia sus acompañantes en medio de la gélida atmósfera.

—Vamos pues. ¡Nuestro guía nos conducirá por el camino más corto! —les dijo.

Cabalgaron al trote por la calle principal de la ciudad y pasaron por delante de otra abadía en ruinas hasta que, al llegar a campo abierto, se lanzaron al galope. Las gavillas de trigo cubiertas de reluciente escarcha parecían espectrales centinelas, y los campos eran de color plateado. En los vergeles del borde de los campos ya casi se habían recolectado todos los frutos. Las escaleras de mano estaban apoyadas contra los troncos de los árboles, y el suelo aparecía lleno de cestos.

Más adelante los pulcros campos y vergeles cedieron el lugar primero a las arboledas y después a las cordilleras de colinas de color pardo grisáceo por cuyas empinadas y musgosas laderas bajaban en cascada los riachuelos. Algunas mariposas blancas revoloteaban entre los morados brezos y los pardos helechos, y los halcones surcaban la inmensidad del cielo pero, a pesar de todo, el paraje ofrecía un aspecto desolado y sombrío.

—¡Un pantano! —gritó el guía, señalando una zona de gruesas cañas y hierba cuyo aspecto guardaba un engañoso parecido con el de toda la campiña circundante. Dieron un rodeo.

Para entonces el sol ya se encontraba en mitad del cielo, y la temperatura era muy agradable. Hacía casi seis horas que cabalgaban.

—¡Allí! —gritó el guía, señalando una mole de color gris en lo alto de una loma situada a cosa de una legua de distancia.

Aunque ya desde lejos parecía enorme, a medida que se acercaban, aumentó de tamaño hasta parecer la puerta de una antigua ciudad. La fortaleza de color gris creció hasta tapar el cielo y eclipsar el sol.

Llegaron al puente de tablas que hacía las veces de puente levadizo sobre el foso, pero los centinelas ya habían alertado sobre su llegada en cuanto los avistaron en la cumbre de la colina. Levantaron el rastrillo y los guardias corrieron a avisar a su señor.

—Venid, está descansando aquí dentro —les indicó un soldado y los guió a través de varias estancias en las que María oyó el goteo del agua hasta llegar a una sala abovedada en la que el fuego de una cavernosa chimenea intentaba mantener a raya la humedad y la oscuridad. El humo llenaba la estancia pero su perfume era muy agradable.

Bothwell dormía bajo varias pieles y mantas de lana mientras un muchacho permanecía sentado en un escabel junto a su lecho. Cuando se acercó a él, María se

sintió invadida por una emoción tan grande que las piernas y los brazos se le quedaron fríos de golpe. ¿Por qué? Sabía que Bothwell estaba vivo. Veía su cabello rojizo y, al acercarse un poco más, su redondo rostro con los ojos apretados. Su tez antaño bronceada aparecía tan pálida como la pulpa de las peras. El espectáculo le heló la sangre en las venas. Parecía un cadáver.

De pronto, Bothwell se movió. Abrió un ojo y después el otro. No pareció alegrarse, sorprenderse ni consolarse al verla. El criado le acercó una corta y plana tabla de madera para ayudarlo a incorporarse mientras él tiraba con una mano de los cobertores, tratando de utilizarlos como palanca para levantarse.

—Os ruego que no hagáis ningún esfuerzo —dijo el muchacho, deslizándolo la tabla por debajo de su espalda y colocándole unas mantas detrás.

Bothwell soltó un gruñido y agachó la cabeza mientras el muchacho terminaba su tarea. Después levantó la vista y se pasó la mano sana por el cabello.

—Bienvenidos, Majestad. Milord Stewart, conde de Moray, Maitland —saludó.

El movimiento, tan propio de Bothwell, conmovió a María más que mil palabras. La invadió un júbilo desbordante al ver aquel pequeño gesto, pues sabía que era el compendio de todo lo que ella amaba en él.

Sí, amaba, pero aquella palabra, que parecía revelar todo lo que sentía en lo más hondo de su mente, le hacía experimentar una sensación de fatídica condena.

«Sí, lo amo, pero en ello no puede haber más que vergüenza, dolor y siniestro destino —pensó—. Mi felicidad encierra mi desgracia; lo uno es inseparable de lo otro. De no haberlo sabido, quizás hubiera continuado tal como estaba, siendo la esposa de Darnley, luchando con las consecuencias de su perfidia y el fuerte antagonismo de los lores. Habría aceptado la frugal dieta de aburrimiento, detalles y depresión como un castigo por mi inicial ignorancia de Escocia cuando llegué aquí e incluso por los irreflexivos placeres de mis días en Francia cuando, joven y ociosa, vivía en lo que parecía un verano perpetuo. Sin embargo, ahora... me resulta imposible seguir... tal como estaba. Pero temo descubrir qué será de mí.»

—Nos dijeron que habíais muerto —susurró.

—En tal caso, confío en que os hayáis llevado una agradable sorpresa —contestó Bothwell.

Su voz, débil al principio, había adquirido más fuerza.

—No fue una sorpresa —repuso María—. Al día siguiente nos alegramos al enterarnos de que estabais herido, aunque no mortalmente.

—Se despertó en el carro —dijo el muchacho que permanecía junto al lecho—. Allí estábamos nosotros transportando un cadáver ensangrentado en un carro que brincaba y se quedaba atascado a cada momento cuando, de repente, él soltó un gemido y se movió. ¡Imaginaos cómo corrimos! ¿Habéis visto alguna vez resucitar un cadáver? Sólo cuando lo oímos soltar maldiciones comprendimos que no era un fantasma.

—¿Acaso los fantasmas no sueltan maldiciones? —preguntó Bothwell—. Supongo que éstas deben de ser las primeras palabras que pronuncian. Al fin y al cabo, ¿quién quiere estar muerto?

María observó que Bothwell llevaba muchas vendas en la mano izquierda y que el vendaje que le envolvía la cabeza estaba empapado de sangre.

—Mi vientre es lo que se encuentra en peor situación —dijo Bothwell, apartándose los cobertores con la fuerte y sana mano derecha. Todo su vientre estaba tan vendado que parecía una cota de malla de cuero acolchado como las que llevaban los soldados de las Fronteras—. La herida longitudinal mide casi un palmo. Me la hizo cuando yo estaba tendido sobre un tronco, pidiendo a gritos que me trinchara como un faisán. En fin. Menos mal que ha muerto. Así perecen todos los enemigos de la Reina —añadió, en tono jovial—. Él no se despertó en el carro, ¿verdad?

Maitland sonrió.

—No. Y vos os recuperaréis muy pronto y volveréis a luchar contra otros enemigos.

—Por desgracia, la Reina tiene muchos —aseveró Bothwell con cautela—. ¿Y el tribunal de justicia de Jedburgh? ¿Ya han terminado las sesiones?

—En efecto —contestó lord Stewart—. De otro modo no nos habríamos marchado tan de mañana.

—Por supuesto. ¿Y...?

—Se dictaron las sentencias —dijo Maitland—, pero no hubo ejecuciones.

—¿Y Kerr? —preguntó Bothwell con incredulidad.

—La Reina se limitó a imponerle una multa —contestó lord Stewart—. Al parecer, su relato de los defectos del abad la conmovió. Nuestro regio padre Jacobo V no trataba de esta manera a los criminales. Me temo que a causa de este femenino comportamiento las heridas que habéis sufrido resulten inútiles. Si Jock *el del Henar* hubiera sobrevivido, estoy seguro de que habría contado una triste historia que también lo habría librado de la ejecución. Diría quizá que su hijo estaba enfermo de melancolía o que su cerdo se había atragantado con una bellota. ¡Qué lástima!

Bothwell miró enfurecido a María, quien miró a su vez a lord Stewart, ordenándole que guardase silencio.

—Si hay informes sobre vuestras incursiones y sobre otras actividades en las Fronteras, nos los llevaremos a Jedburgh y los estudiaremos —dijo María con toda la altivez de que fue capaz—. Traigo las actas de los procedimientos para que las leáis. Permaneceremos en Jedburgh todo el mes de octubre. Cuando os halléis en condiciones de viajar, deberéis reuniros con nosotros allí, en litera.

—¡En litera! —exclamó Bothwell—. ¡Sólo las mujeres embarazadas y los inválidos viajan en litera!

—Os enviaré una dentro de diez días —prosiguió María—. Y vos la utilizaréis porque yo os lo ordeno.

Ya era la media tarde y hacía mucho rato que debían haber emprendido el camino de regreso. María no deseaba marcharse, pero, tomando los informes, comprendió que ya era hora de que lo hiciera.

La oscuridad los sorprendería por el camino.

El sol había salido, iluminando de manera fugaz el paisaje y convirtiendo el ocre de las colinas en amarillo caléndula, el morado oscuro en vibrante violeta y el color de la juncia en marrón subido. No obstante todo fue muy efímero pues el sol desapareció y, antes de que ellos hubieran coronado tres colinas, las brumas empezaron a elevarse con lentitud desde los pantanos extendiendo sus largos dedos hacia las alturas.

María estaba agotada, mejor dicho, muerta de cansancio. De repente, la perspectiva de recorrer treinta millas a caballo se le antojó una hazaña tan imposible como viajar de una sola tirada a Jerusalén. En aquella tarde de octubre la oscuridad descendía sobre la tierra con gran rapidez, y el guía se veía en dificultades para reconocer las marcas del camino. Aun así, no se atrevían a cabalgar más rápido, pues el terreno era demasiado irregular y peligroso.

La oscuridad los sorprendió junto a unas turberas cuando se encontraban todavía a unas ocho leguas de Jedburgh, en medio de un vasto erial cubierto por entero de rocas y maleza.

—El yermo del diablo —murmuró lord Stewart.

—¡Vigilad por dónde pisáis! —gritó el guía—. Cabalgad en fila. Desmontaré y os mostraré el camino.

Sosteniendo una antorcha en alto, el hombre avanzó tanteando con los pies el terreno.

Al poco rato se levantó un fuerte viento que les penetraba las capas. A continuación empezó a caer una gélida lluvia.

Habrían de pasarse toda la noche al aire libre, pensó María. Quizá convendría que se detuvieran e improvisaran una especie de refugio. Sería más seguro. Tal vez...

De repente, su caballo dio un bandazo hacia la izquierda, hundiendo todo su costado derecho en un pantano. El animal emitió un lastimero quejido y todos los demás se detuvieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maitland.

El caballo, en su intento de liberarse, se revolvía en medio del lodo del marjal. María se vio derribada de su montura y cayó sobre una fría y pegajosa masa entremezclada con zarzas. Se le hundieron los pies pero no tocaba fondo. De manera instintiva se aferró a la silla de montar de su cabalgadura, que casi nadaba en el cenagal.

—¡La Reina! —gritó el guía—. ¡Deteneos! ¡Auxilio! —Corrió con la antorcha en

alto hacia donde ella se encontraba. El caballo relinchaba y acoceaba desesperado las densas y legamosas aguas.

—¡Encaramaos a la silla y al lomo del animal! —gritó lord Stewart—. ¡El costado izquierdo es seguro! ¡Ánimo!

María intentó auparse, pero el peso de las faldas empapadas la arrastraba hacia atrás. Con una mano se agarró a la silla de montar mientras tendía la otra hacia su hermano. Este tiró de ella con tal fuerza que María creyó que le arrancaría el brazo, pero por fin cayó como un fardo encima de él.

—Calma, calma. —El guía tranquilizaba al caballo de María mientras buscaba las riendas entre el cieno. Poco a poco el animal dejó de forcejear—. Ya está.

El hombre lo guió con cuidado hacia el camino seco hasta que sus cascos lo encontraron a tientas. Entonces, con un fuerte ruido de succión, un desparramo de plantas podridas y agua maloliente, el caballo consiguió salir del marjal.

Tiritando de frío, María se empeñó en montarlo de nuevo en lugar de cambiarlo por el de uno de los hombres. Durante cuatro horas más, cabalgó con gran esfuerzo sintiéndose tan exhausta y débil que más tarde sólo recordó el frío, el silencio, la persistente lluvia y la luz de la antorcha que les señalaba el camino.

Ya era pasada la medianoche cuando llegaron al fin a Jedburgh, pero María ni se enteró. Le castañeteaban los dientes y tuvieron que llevarla en brazos al interior de la casa. Cuando madame Rallay le quitó las prendas mojadas descubrió que su piel estaba más fría que éstas.

El calor, proporcionado por ladrillos envueltos en lienzos calientes colocados en la cama, el fuego de una chimenea en la estancia y varias pieles extendidas sobre el lecho, no conseguía reanimarla. Sin abrir los ojos, empezó a delirar y, a la noche siguiente, no hablaba y, al parecer, tampoco oía. Primero se le paralizaron las piernas y después los brazos.

—¡Se muere! —exclamó Bourgoing, aterrorizado.

—¿Por haberse caído a un pantano? —inquirió lord Stewart con incredulidad.

—¡Una persona sana de veintitrés años no sufre un colapso ni muere sin motivo! —dijo Maitland.

—Su padre el Rey murió después de la derrota de Solvay Moss y apenas tenía treinta —señaló el médico—. La sangre real es distinta. En ocasiones, tras una conmoción mental, el cuerpo sufre un colapso.

—¡Bah! ¿A qué conmoción mental os referís? —preguntó lord Stewart—. A mí eso jamás me ha ocurrido.

—Sólo la mitad de vuestra sangre es real —repuso con mordacidad el médico.

—¡Se nos muere! —chilló madame Rallay alarmada—. ¡Por favor, avisad a su



confesor!

Desde muy lejos María oyó la suave voz del padre Mamerot, rogándole que descargara su conciencia de los pecados para acceder al Paraíso. Pero ella no era capaz de hablar.

«¿Cómo puedo confesar un pecado que todavía no he cometido pero que es más auténtico que cualquiera de los demás?»

—¡Hablad! —le suplicaba el sacerdote.

Pero ella no podía.

—¡Se le están enfriando los pies! —exclamó Bourgoing y María se conmovió al oír el angustiado tono de su voz.

«Se preocupa por mí», pensó con gratitud.

Pero todo parecía carecer de importancia y ella se sentía transportada hacia arriba y cada vez más lejos de ellos. Sólo experimentaba una profunda tristeza ante el hecho de tener que dejar a Bothwell, pero eso también se esfumó por tratarse de un sentimiento mezquino y sin fundamento. Aquello que ahora la atraía era tan poderoso que excluía todo lo demás.

De repente, se vio tendida en la cama y observó que Bourgoing apartaba con rapidez las mantas y le vendaba las extremidades hasta dejarla convertida en un blanco fantasma. Vio el brillo del frasco del aceite caliente que un médico auxiliar le aplicaba. Le hizo gracia. Bourgoing le daba unas fuertes palmadas en los pies, pero ella no lo notaba. No se encontraba en el interior de aquel débil cuerpo vendado de manera absurda.

Vio que madame Rallay, con el rostro contraído en una mueca de dolor, abría las ventanas para que su espíritu pudiera escapar. Y se sintió atraída de un modo inexorable hacia allí.

Maitland se retorció las manos con sincera consternación. ¿Y Jacobo? Escribía algo con la cabeza inclinada sobre la mesa del fondo de la estancia. María no lo veía con claridad. Se acercó un poco más, flotando justo por encima de él. Jacobo había abierto un cofre.

¡Estaba haciendo un inventario de sus joyas!

¡Ella yacía muerta y ésa era la reacción de su hermano!

Un arrebató de furia le recorrió el cuerpo y, de pronto, recuperó la sensibilidad del rostro. Bourgoing le hacía tragar un poco de vino que le escocía en los agrietados labios. Se atragantó. Al instante le sobrevinieron unas fuertes náuseas y vomitó sobre los cobertores de la cama y el suelo.

Al percibir el sabor del vómito que le goteaba de los labios, volvió a sentir náuseas. Tosió, se atragantó, experimentó dolor y se encontró de nuevo prisionera de su cuerpo.

—¡Vive! —exclamó Bourgoing.

María oyó que lord Stewart se apartaba de la mesa de las joyas y se acercaba presuroso a ella.

—Sí —dijo Jacobo con frialdad—. Creo que la Reina vivirá. ¡Lado sea el Señor!

## XXXVII

María se pasó muchos días acostada en la estancia superior de la casa fortificada de los Kerr, intentando recuperarse por todos los medios. Bebía obediente las aguadas gachas que Bourgoing le introducía a cucharadas en la boca. Poco a poco el médico le dio gachas más espesas, después les añadió huevos y budín de leche y pan y, finalmente, carne de pollo estofada mientras ella pasaba de permanecer tendida en la cama a sentarse a una mesita y comer sin ayuda, aunque enseguida debía acostarse de nuevo.

Cuando yacía en su lecho, unos horribles pensamientos la asaltaban. Se recuperaría, pero ¿para qué? ¿Darnley? No había querido presidir los tribunales de justicia pues lo único que codiciaba era el título de Rey. Y ni siquiera era posible localizarlo, pues se hallaba practicando la cetrería en algún lugar del oeste de Escocia. ¿Le habrían comunicado su enfermedad? ¿Se habría preocupado por ella?

Pensar en él y en la gran locura que ella había cometido al unir su destino al suyo le producía violentos paroxismos de furia y pesar.

«Sin embargo, debo pensar en mi hijo —recordaba—. Mi deber era alumbrar un heredero, el mejor posible para nuestro trono y quizá más adelante para el de Inglaterra, y esto lo he cumplido.

»Si sólo se tratara de un matrimonio desgraciado, un matrimonio que no es tal, lo resistiría. Éste es el deber de una reina. Pero hay algo más... la tortura de Bothwell.

»Me puse enferma al percatarme de que aquello que más deseaba encerraba la promesa de mi propia destrucción y de que, si bebiera de aquel brebaje que necesito para conservar la vida, traicionaría todo lo que fui alguna vez.

»¡Oh, desventurada reina!», gritó en silencio.

Las hojas se arremolinaban en el suelo como ruelas perezosas y amarillas el día en que trasladaron a Bothwell a Jedburgh. María estaba sentada a su mesita comiendo una rebanada de budín de pan con leche y pasas cuando vio acercarse una hilera de jinetes con una gran litera colgada entre dos caballos. Bothwell yacía en ella con el brazo izquierdo todavía vendado y el vientre cubierto por gruesos vendajes. Pero su rostro —¡ah, su rostro!— mostraba una jovial expresión y presentaba muy buen color. Sonreía, y a María le pareció oír incluso una carcajada.

Lo depositaron en el suelo justo debajo de su habitación. Oyó el ruido de arrastre de los muebles que estaban cambiando de sitio. Al aguzar el oído le pareció percibir su voz. Pero las casas fortificadas tenían gruesas paredes de piedra y suelos muy sólidos, por lo que todos los sonidos quedaban amortiguados.

El hecho de visualizarlo acostado directamente debajo de ella confería un significado especial a todas sus pisadas, pues imaginaba que él las oiría desde su habitación.

Al llegar el quinto día, María lo invitó a cenar con ella en sus aposentos. Subir por la escalera no supuso dificultad alguna para Bothwell, pues sus piernas no habían resultado heridas. Su aspecto era muy saludable teniendo en cuenta su reciente experiencia.

—Me alegro de ver con cuánta rapidez os recuperáis —le dijo María.

—Un soldado no puede permitirse el lujo de tardar mucho tiempo —contestó él—. Pasada la primera semana las heridas cicatrizaron muy bien. ¡Me han dicho que vos... caísteis repentina y gravemente enferma!

María había olvidado que llevaba sin hablar con él desde entonces; se habría enterado sin duda por medio de terceros.

—Sí, caí en el pantano en medio de la oscuridad y después... fui víctima de una misteriosa postración.

«Pero vos ya sabéis por qué, ¿no es cierto?», pensó. Estaba segura de que él era capaz de leerle los pensamientos con tanta precisión como si se hubiese hallado a su lado desde que ella abandonara aquella tarde el Hermitage. Pero era una insensata fantasía.

—Me entristece saberlo.

Bothwell la miraba como si escrutase su nueva fragilidad.

—Ya todo pasó. —Al ver la expresión de sus ojos, María se preguntó si su aspecto todavía sería el de una enferma—. He estado leyendo vuestros informes... ¿Es cierto que...?

Se pasaron el resto de la cena hablando de las Fronteras y de las actividades que él realizaba en ellas.

—Ésta patente establece que en virtud de vuestro cargo estáis autorizado a perseguir a los rebeldes, atacarlos con fuego y espada y derribar casas cuyos propietarios se revuelvan contra vos. Se dice incluso que podéis exigir la ayuda de los vecinos y castigarlos con la muerte si se negasen, y enviar cartas en mi nombre.

—Sí, Señora.

—¿Lo habéis hecho?

—¿Si he hecho el qué?

—Enviar cartas en mi nombre.

—No, jamás. No quisiera esconderme detrás de vuestras faldas, por así decirlo.

Darnley llegó casi dos semanas después de que ella cayera enferma. María lo había visto acercarse montado en su caballo blanco, había vislumbrado desde arriba su sombrero azul adornado con plumas y había tenido tiempo de prepararse. Se puso la bata y las zapatillas de terciopelo y trató de arreglarse un poco el cabello.

La puerta se abrió con un chirrido y Darnley asomó la cabeza. Llevaba el sombrero ladeado por lo que lo primero que María vio entrar en la estancia fue la pluma, seguida por la cabeza.

—Oh, amor mío —exclamó, acercándose presuroso. Se inclinó para besarla, pero ella apartó el rostro y sus labios le rozaron la mejilla.

¿Había olvidado que la última vez que la vio había amenazado con matarla? ¿Cómo podía olvidarlo... o esperar que ella lo olvidara?

—¡Supe que habíais estado mortalmente enferma! —le dijo.

—Y sin embargo seguisteis practicando la cetrería —replicó ella con indiferencia.

—¡No! ¡No es cierto! ¡Me enteré hace apenas dos días! ¡Alguien me ocultó la noticia! ¡Alguien, y hay muchos, que no nos quiere bien!

—Vos sois el principal. Vos les hacéis el juego con vuestro malhumor, vuestras declaraciones contra mí y vuestro alejamiento.

«Pero ¿soportaría tenerlo siempre a mi lado, estorbándome?», se preguntó María.

—Si me hicierais caso... —Darnley empezó a caminar arriba y abajo por la estancia—. ¡Pero veo que incluso en este lugar no está prevista mi presencia! ¡Lord Bothwell ocupa mis aposentos! Ha sentado sus reales aquí...

—Está recuperándose. Por poco pierde la vida defendiendo el Reino.

«Mientras vos cazabais.»

—¡No tiene derecho a ocupar los aposentos del Rey!

—No son los aposentos del monarca. ¿Acaso estoy obligada a mantener unas estancias vacías para vos? Os esperaban, sire, mientras yo presidía en solitario el tribunal de justicia. Estaban vacías, al igual que vuestro asiento de honor, proclamando a gritos, «¡Aquí no hay ningún rey, no hay ningún rey!», y esto se nota menos cuando alguien las ocupa. ¡Estando ocupadas, vuestra negligencia pasa más inadvertida!

Darnley la miró con furia.

—¡Veo que no soy bien recibido aquí!

—Siempre sois bien recibido cuando no bebéis ni os entregáis a vuestros habituales arrebatos de cólera —contestó María fatigada—. Pero ahora vuestra llegada resulta un poco tardía.

Darnley la miró fijamente a los ojos. María comprendió que buscaba una confirmación de lo que él significaba para ella. «La misma que busco yo en Bothwell —pensó—. Pero no puedo dársela.»

—¡Adiós entonces! —dijo él, abriendo precipitadamente la puerta para dirigirse a la escalinata.

Desde la ventana María lo vio alejarse al galope y contempló la musculosa y redonda grupa de su soberbio caballo.

«Siempre ha tenido muy buen gusto con los caballos», se dijo regresando a la cama. Sentía una debilidad y un agotamiento profundos.

María se había recuperado y Bothwell también. Estaban a principios de noviembre; ya era hora de abandonar aquel extraño lugar en el que imperaban las heridas y las enfermedades.

Todo el grupo se puso en camino hacia el este. Antes de caer enferma, María tenía la intención de mostrarse a su pueblo en aquella llamada Marca Oriental. Era la más dócil de las tres «marcas» o distritos que lindaban con la frontera, cada una de ellas con su correspondiente contrapartida inglesa al otro lado. Era el pasillo por el que los invasores penetraban siempre en Escocia, pues allí la tierra era más llana y menos pantanosa.

En Kelso se les unió una compañía de mil jinetes bajo el mando de lord Home, gobernador de la Marca Oriental, para dar más realce al paso de la comitiva. Desde allí se dirigieron hacia la costa, pero antes de girar hacia el norte María se detuvo y miró hacia el sur. Inglaterra se extendía como una suave manta verde al otro lado del río Tweed.

Maitland cabalgaba a su lado cuando ella murmuró:

—Inglaterra.

Maitland se acercó un poco más y entonces ella se percató de su presencia.

—Jamás he visto Inglaterra —dijo María—. Pensaba que era posible ver la frontera, que era una cosa tangible, pero, por el contrario, un país se difumina en el otro. En el fondo no son muy distintos.

—No cometáis un error, Majestad —le advirtió Maitland—. Son muy distintos. Por lo que respecta a la existencia de una frontera visible, os diré que antaño había una: la vieja muralla romana. Pero se encuentra más al sur. Por consiguiente, los ingleses se felicitan de haber ampliado sus fronteras al arrebatarnos una parte de nuestro territorio.

—Parece tan seductora e inofensiva... —opinó, mirándola.

Sabía que algún día el príncipe Jacobo gobernaría en ella.

—Como una serpiente escondida debajo de una verde hoja —dijo Bothwell, acercándose de pronto a ella. Su voz sonaba tan fuerte y segura como siempre—. Creedme; el peligro acecha en esta tierra por muy seductora que parezca.

María le dirigió una última mirada.

—Quizás algún día ambos reinos se fundan en uno solo y esta frontera no sea más que un recuerdo.

—Huelga decir que eso no ocurrirá mientras vos viváis —señaló Bothwell.

María experimentó un sobresalto al oírlo hablar con tanta indiferencia de su muerte.

Giraron hacia el norte para iniciar su lento avance en dirección a Edimburgo a través de Eyemouth, Coldingham, Dunbar y el castillo de Tantallon. María lucía los atuendos que había llevado consigo para aquella ocasión, se tocaba con sombreros de tafetán bordado y adornos de plumas de colores, se cubría con mantos de las Highlands forrados de raso y vestía prendas de montar ribeteadas con trencilla dorada e incrustaciones de perlas y topacios mientras saludaba con la mano y sonreía a los grupos cada vez más numerosos de personas que se congregaban al borde del camino principal.

Sin embargo, aún se sentía muy débil, por lo que decidió aceptar la invitación del señor del castillo de Craigmillar y, a instancias de Bourgoing, se detuvo a casi dos millas de distancia de Edimburgo y pasó algún tiempo restableciéndose en el castillo, baluarte de piedra que se levantaba sobre un cerro y desde el cual se divisaba el mar a lo lejos.

## XXXVIII

Bothwell descargó el puño con todas sus fuerzas sobre el pellejo de becerro relleno de paja. Sintió una punzada en el vientre que le recorrió la cicatriz de la herida y se extendió incluso al brazo sano. Lo haría cuantas veces fuera necesario hasta que recuperara la fuerza. Aquel día le había dolido menos que la víspera. El hecho de verse inválido de manera provisional constituía una experiencia horrible, por lo que se proponía acortarla al máximo.

El pellejo de becerro relleno había sido idea suya, mientras que las compresas calientes y los ejercicios de estiramiento se los había aconsejado el médico de la Reina, aquel francés tan amable. No obstante, Bothwell tenía que reconocer que sus conocimientos de medicina eran extraordinarios.

—Buenos días. —Se abrió la puerta de la estancia y entró Bourgoing, que señaló con la cabeza el pellejo relleno atado entre dos arcones en aquella seca pero fría y desierta estancia del castillo de Craigmillar—. Ya he pedido el aceite caliente y el agua —le informó—. Es hora de cambiar las vendas.

Dio unas palmadas al abultado fardo de blancos lienzos de lino que llevaba consigo.

Bothwell bajó el dolorido brazo. Se alegraba de que se le presentara una excusa para descansar. Se quitó obediente la camisa y esperó temblando las curas de Bourgoing.

El médico francés retiró con habilidad los vendajes manchados de sangre y palpó suavemente la costra del reborde de la enorme herida del vientre.

—Hummm... Hummm... —se limitó a decir mientras aplicaba un unguento a la enrojecida piel—. La herida fue tremenda y os quedará una marca muy visible.

—Estoy deseando que llegue el día en que la costra se convierta en cicatriz. No me importan las cicatrices.

Bourgoing palpó uno de los músculos pectorales de Bothwell y se sorprendió de que su dedo apenas lo empujase hacia abajo. Aquel hombre debía de tener unos músculos de hierro o de algo que se le parecía mucho.

—Muy pronto volveréis a estar en condiciones de combatir —le aseguró con admiración.

—Me parece muy bien. Es mi obligación y mi medio de vida.

Bothwell se puso de nuevo la camisa.

—Esta noche deberíais aplicaros las compresas calientes —le indicó Bourgoing.

—De eso se encargará French Paris —dijo Bothwell—. No es necesario que dediquéis vuestro tiempo a una tarea que puede realizar un criado. —Miró con una sonrisa al médico y, como si leyese sus pensamientos, añadió—: Os prometo seguir



vuestras instrucciones.

Cuando Bourgoing se retiró de la gris y deprimente estancia, Bothwell reanudó sus ejercicios con el pellejo de becerro. Lo golpeaba con el puño, imaginando que era un enemigo; su mayor desgracia, el deseo que sentía de la Reina.

«Ningún hombre inteligente se deja arrastrar por el deseo», se dijo.

¡Zas! Su puño se estrelló contra el pellejo.

«Eso es propio de estudiantes, aprendices o viejos necios. Un hombre inteligente gobierna su deseo y lo domina como a un caballo salvaje, o se aprovecha de él para medrar..., en caso de que el deseo de otra persona haya de ser la ruina de ésta o la suya propia.»

¡Zas!

Aquel asunto de la Reina...

Hizo una mueca cuando recordó su vergonzosa debilidad al besarla en la Casa del Tesoro. La Reina estaba sola, y a él siempre le había parecido una mujer muy hermosa..., pero no debía haber cometido aquella insensatez. ¿Había conseguido subsanar su equivocación? ¿Por qué tenía la sensación de que el asunto aún no estaba debidamente zanjado o de que todavía pendía sobre ellos? Sin embargo, el hecho de mencionarlo o de intentar pedir disculpas de nuevo habría acentuado su importancia y le habría dado nueva vida.

¡Zas! Ésa era la ventaja de los enfrentamientos en el campo de batalla... Allí no se producían situaciones ambiguas.

Los combates, cuanto más sencillos resultasen, mejor. Y para resolver una cuestión, lo más conveniente era un combate singular. Pero en aquellos tiempos ya nadie recurría a ellos. La gente prefería los «pactos» y los asesinatos...

El dolor empezaba a desgarrarlo por dentro. El brazo izquierdo le dolía tanto como si estuviera ardiendo.

—Así perecen todos los enemigos de la Reina —dijo una voz a su espalda.

Con la cabeza ladeada, lord Stewart lo contemplaba admirado desde la puerta, sosteniendo sus guantes en la palma de la mano.

Bothwell soltó un gruñido y se dejó caer en un escabel.

—Lo que me apena es saber que tiene tantos enemigos —respondió señalando otro escabel, en el que Jacobo se sentó.

Bothwell tomó una botella de vino y llenó dos copas sin preguntarle a Jacobo si le apetecía beber.

Lord Stewart aceptó la copa.

—Pero los tiene. En muchos lugares —dijo tomando un sorbo.

Ambos guardaron un profundo silencio que sólo se vio turbado por el rumor del viento al penetrar en las grandes ventanas de piedra.

—Ahora mi hermana la Reina —añadió al fin Jacobo— lamenta su matrimonio con

su primo lord Darnley, lo reconoce sin reservas. Hoy mismo ha recibido una carta que la ha hecho llorar. «¿Cómo me libraré de él?», ha dicho. «No veo escapatoria alguna. ¡Ojalá hubiera muerto en Jedburgh!»

«¿Nadie me librará de este entrometido cura?», se dijo Bothwell, reclinándose en su asiento con un brazo sobre el respaldo. El dolor era muy intenso.

—La Reina daría cualquier cosa por librarse de este joven, orgulloso e insensato tirano.

—Cualquier cosa menos dar una orden directa que le permitiese alcanzar esta libertad. Es una prerrogativa de la realeza sugerir un acto y disponer que otros carguen con la culpa.

Bothwell miró a lord Stewart, el hombre más taimado de Escocia. Sólo en una ocasión, Jacobo había actuado a cara descubierta, en la Correría de la Persecución, y había recibido un severo vapuleo. Jamás cometería de nuevo aquel error. Había tenido buen cuidado de ocultar todas las huellas de su participación en el asunto de Rizzio. Si ahora pensaba que se las ingeniaría para encontrar una forma de eliminar de una manera parecida a Darnley sirviéndose de él como instrumento, estaba muy equivocado.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Bothwell sin andarse por las ramas.

—Sencillamente que uséis vuestro ingenio para concebir una solución que le permita librarse de él. Quizá mediante una anulación, un divorcio, una moción de censura del Parlamento, un juicio por traición (pues la mantuvo prisionera y disolvió el Parlamento usurpando su autoridad), alguna desgracia mientras lo trasladen a prisión... Vuestros propios padres se divorciaron. Quizá vos podríais convencerla de que...

—No. El caso era distinto.

—Tenemos la intención de hablar con ella y plantearle la cuestión. Maitland, Argyll, Huntly, el hermano de vuestra esposa, y yo. Necesitamos que os unáis a nosotros. La Reina precisa de nuestra ayuda.

Bothwell soltó otro gruñido y tomó otro sorbo de vino.

—¡Esto no es una traición! —aseveró Jacobo—. Nos proponemos firmar un pacto y comprometernos a obedecer sólo a la Reina. Darnley ha perdido todos los derechos...

—¿A vivir?

Los pactos siempre desembocaban en alguna muerte.

—A ser su esposo y merecer el título de Rey, aunque sólo sea de nombre.

Los cinco hombres se presentaron ante María con los rostros sudorosos a causa del nerviosismo y la sinceridad que se disponían a demostrar. María, más delgada que nunca después de su enfermedad, estaba pálida en extremo y miraba de un rostro a otro sin hablar.

—Majestad, nos hemos reunido aquí como leales súbditos vuestros que somos, movidos por el amor y la preocupación que sentimos por vuestra persona —dijo lord Stewart.

El aspecto de la Reina era espantoso, pensó Bothwell. Su rostro reflejaba toda la tensión de la situación y las secuelas de su reciente enfermedad. El color de su piel había adquirido el apagado tono de la pasta de yeso. Su voz sonaba muy débil y resignada.

—¿Nos sentamos? —preguntó.

Bothwell comprendió que no tenía fuerzas para permanecer de pie por más tiempo.

Ella y los cinco hombres ocuparon su sitio en un semicírculo de sillas en torno a la chimenea encendida. El calor resultaba reconfortante. En el castillo de Craigmillar había muchas corrientes de aire y los gruesos muros de piedra parecían retener el frío.

Lord Stewart se levantó la capa y se sentó con cuidado, el mismo con el que abrió la boca para hablar.

—Los aquí presentes —señaló con un gesto a los demás— deseamos ayudaros en vuestro dilema. Lord Darnley se ha revelado indigno de la alta posición a la que había sido llamado y, por el bien de Escocia, hay que buscar un remedio.

—El divorcio podría ser la solución —apuntó Maitland—. Hay motivos más que sobrados. Su...

—Mi religión no admite el divorcio —lo interrumpió María con un hilillo de voz—. Y no debe emprenderse acción alguna que ponga en peligro los derechos reales de mi hijo el Príncipe.

—Mis padres se divorciaron —dijo Bothwell—. Y, sin embargo, ello no me privó del derecho a heredar los títulos de mi padre en el momento de su muerte —añadió, sintiéndose obligado a dar una explicación.

—Unos títulos no son lo mismo que un trono. O que dos, pues podría añadirse el de otro país —dijo María con intención.

—Cabría la posibilidad de la anulación —dijo Maitland—. La proximidad del parentesco (sois medio primos hermanos), permitiría plantear dudas. Y...

—¡No! ¡Una anulación es peor que un divorcio! ¡Una anulación significa que el matrimonio jamás existió y deja a la prole en una situación muy confusa! —exclamó María con sorprendente fuerza y claridad.

Maitland agachó la cabeza, avergonzado.

—¡No debe haber ningún impedimento ni prejuicio contra su título! ¡De lo contrario, todo habría sido un sacrificio inútil! ¡Y no hagáis que le ocurra algún percance como el que le acaeció a Rizzio! ¡No, aunque estas cosas suelen suceder aquí en Escocia, yo no quiero manchar mi conciencia ni perder el honor con semejante crimen, pues habré de comparecer ante Dios y quiero ser capaz de mirarlo a la cara!

—Ciertamente —dijo Argyll en tono tranquilizador—. En tal caso, tal vez sea

posible prenderlo y juzgarlo por traición al Parlamento. Los demás conspiradores que participaron en la muerte de vuestro servidor fueron condenados y desterrados, mientras que el jefe de la conspiración y de la fechoría se libró del castigo.

—Todo se hará sin tapujos y conforme a la legalidad con la aprobación del Parlamento —aseguró Maitland—. Y, aunque lord Stewart es un protestante tan devoto como devota católica es Vuestra Majestad, se cubrirá los ojos con los dedos y mirará para el otro lado. Os lo prometo.

—¡Yo no puedo manchar mi conciencia! —repetía exaltada María—. No puedo, no puedo...

Bothwell no se atrevió a mirarla.

—Dejadlo en nuestras manos —le dijo lord Stewart con suavidad.

## XXXIX

Madame Rallay depositó cuidadosamente la crema de leche caliente con calvados en el pequeño escritorio taraceado. María no estaba trabajando. Permanecía inmóvil con la mirada perdida.

—Feliz cumpleaños, mi estimada Reina —le susurró madame Rallay.

María levantó la vista y sonrió con semblante preocupado.

—Gracias —musitó. Al ver lo que le habían colocado delante, se dibujó en sus labios una sincera sonrisa de gratitud—. Os habéis acordado —añadió, emocionada.

—Desde luego, Señora. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—Hoy cumplo veinticuatro años. Ayer fue el cumpleaños de lord Darnley, que cumple veintiuno. Pero no lo hemos celebrado juntos y, a pesar de ser tan joven, o tal vez precisamente por eso, la disipación lo tiene preso en sus garras y temo que ya jamás logre librarse de ella.

—Os inquietáis demasiado —la reprendió madame Rallay—. Para recuperar las fuerzas debéis dejar de pensar en todas estas cosas tan desagradables. Hablemos del bautizo. ¿Cuándo llegan los padrinos?

María sonrió.

—Isabel se niega una vez más a reunirse conmigo —dijo—. Está claro que no siente curiosidad por verme. Envía al conde de Bedford, gobernador de Berwick, con un regalo de bautizo, una enorme pila bautismal de oro. Pero, como es natural, todo reviste un carácter político pues el conde, que es un devoto protestante, no puede asistir a la ceremonia y ha tenido que buscar un representante... ¡Un representante de un representante! —Soltó una carcajada.

—¿Y los franceses? —preguntó madame Rallay, haciendo un gesto de aprobación al ver que María se bebía la leche caliente con calvados.

—El conde de Brienne representará a Carlos IX y vendrá desde Francia. Y nuestro querido monsieur Du Croc, el embajador francés acreditado aquí, representará a Moretta, el representante del duque de Saboya, que, al parecer, se ha entretenido más de la cuenta en París.

María no podía por menos de sentirse desairada. La brillante ceremonia que había proyectado y los honores que la acompañarían no habían bastado para atraer a la gente hacia el norte. Lamentaba el implícito desprecio que todo ello suponía para su país, a pesar de que ella también lo había desairado a su manera importando franceses y toda suerte de objetos. Sin embargo, aquello era distinto...

—Se arrepentirá de habérselo perdido cuando se lo describan.

—Tres grupos de lores, cada uno de ellos vestido con un color distinto, participarán en la ceremonia. Lord Stewart y sus hombres vestirán de verde, Huntly y los suyos de

rojo y Bothwell y los suyos de azul.

—El color de la fidelidad.

—Ha sido fiel. He de hablar con él. Por favor, decidle a Nau que lo llame.

—Sí, Señora. ¿Os habéis terminado la leche? Mandaré que retiren la taza.

Bothwell se presentó de inmediato. María observó que caminaba a grandes zancadas y lo felicitó por su pronta recuperación.

—Se lo debo en parte a vuestro excelente médico Bourgoing —reconoció Bothwell—. Me ha cuidado como a un niño, me ha obligado a tratarme como una cortesana francesa, con malolientes perfumes, paños calientes..., pero lo he pasado bien. Confío en que vos también os estéis recuperando.

—Mis heridas no se curan con tanta facilidad como las vuestras —contestó María.

—Supongo que os referís a lord Darnley.

—Sí —dijo María, bajando la cabeza avergonzada por haber calificado a su esposo de «herida»—. ¿Qué habéis... decidido? ¿Cuál es vuestro plan? Lo dejé todo en manos de lord Stewart. No he recibido una sola carta de Darnley después de la que me envió a Craigmillar.

—Ignoro de qué me habláis. Sólo sé que lord Stewart me contó que habíais recibido una carta que os había hecho llorar.

—En ella lord Darnley me amenazaba con no asistir a la ceremonia del bautizo. Me decía que, puesto que los embajadores extranjeros, y sobre todo el inglés, no le dispensaban el tratamiento de rey, se negaba a asistir. ¡El hecho de que su padre no asista a la ceremonia suscitará dudas sobre la legitimidad del Príncipe! Oh, Bothwell, ¿qué voy a hacer?

En cuanto lo hubo dicho, se arrepintió. No quería que Bothwell se sintiera incómodo ni que pensara que ella le consideraba algo más que un asesor cuyos consejos le resultaban a veces necesarios. No quería obligarlo a apartarse cuando su mera presencia significaba para ella el tesoro máspreciado del mundo. El no tenía que enterarse de ello ni siquiera intuirlo o, de lo contrario, se alejaría. María lo sabía. Lo supo desde aquel beso en la Casa del Tesoro. Aquello sería lo único que jamás tendría y debía tener; y con ello había de conformarse.

Bothwell la miró perplejo.

—No os queda más remedio que seguir adelante como si tal cosa. Escribidle e intentad convencerlo de que asista, pero no supliquéis, pues en tal caso él se complacería en rechazar vuestra petición. En cuanto a la pregunta acerca de lo que hemos decidido hacer, debo deciros que... por el momento, nada. Todo queda en suspenso hasta después de la ceremonia. No conviene que se produzca un alboroto o un escándalo o que... el padre del Príncipe sufra un accidente durante la permanencia en el

país de los dignatarios extranjeros.

—Quizá no haya tantos dignatarios extranjeros como yo esperaba —reconoció María—. Parece que evitan Escocia.

Bothwell estalló.

—¡Son unos necios! ¡Y yo estoy harto de que Escocia sufra un desaire tras otro! ¡No saben lo que hacen! Pero si este país...

Su arrebató de furia le deparó a María el primer motivo de alegría en muchos días.

—Vuestra lealtad me conmueve —le dijo—. Por eso he decidido que vos y vuestros hombres vistáis de azul durante la ceremonia del bautizo y la fiesta que se celebrará a continuación. Os encargaréis de servir los platos del banquete tras presentármelos a mí.

—¿Acaso voy a hacer de criado?

—De criado no; es un honor...

—¿Presentar unos platos y andar por ahí exhibiendo las bandejas?

—¡Vos sabéis que no es más que una ceremonia! Lord Stewart actuará de copero e incluso deberá hincar la rodilla en tierra cuando me presente la copa.

—Será una nueva experiencia para él. Ha perdido la costumbre de arrodillarse y practicar la humildad.

—Huntly oficiará de trinchante.

—No cabe duda de que mi cuñado es un carnicero más que aceptable. No usa demasiado la cabeza ni se le dan bien las cosas excesivamente complicadas pero sabe blandir la daga como un auténtico montañés de las Highlands.

—¿Querréis hacerlo? —preguntó María con un hilillo de voz.

—¿Hacer qué?

—Vestir de azul y servir los platos.

Bothwell se echó a reír.

—Por supuesto que sí. ¿Pensabais que me negaría?

—No lo sabía. Conozco la obstinación de vuestra conciencia.

—Pero debo decir que permaneceré en el exterior de la capilla durante la ceremonia.

—¿Haciéndole compañía al conde de Bedford?

—Sí. Al fin y al cabo, la buena crianza nos exige que nos mostremos atentos con nuestros invitados, ¿no es cierto?

—Pero yo pensaba que también exigía que el invitado fuera cortés con el anfitrión.

—A menos que ello vaya contra su conciencia —dijo Bothwell con solemnidad.

Al final, Darnley llegó a Stirling y acto seguido se encerró en sus aposentos sin hablar con nadie. Su padre, el conde de Lennox, no se presentó. María se vio obligada

a ir a ver a su esposo pues no quería molestarlo pidiéndole que fuera él a verla a ella a pesar de que, en circunstancias normales, semejante hecho nada habría tenido de particular.

Encontró a Darnley arrellanado en el asiento de una ventana contemplando el prado que se extendía al pie del castillo con el bello rostro contraído en un mohín. Al oírla entrar, Darnley levantó los ojos.

—Vaya. Conque habéis venido. Qué sorpresa —le dijo. Se volvió y señaló el prado de abajo—. ¿Qué es todo aquello de allí?

María se acercó.

—Son los preparativos para los fuegos artificiales —contestó sin saber si dicha información lo complacería o despertaría su entusiasmo—. Es tan complicado que llevan casi seis semanas montándolo. Habrá exhibiciones en tierra y unas explosiones en el aire que convertirán el firmamento invernal en un cielo tan claro como el de la canícula.

—¿Y eso cuánto ha costado?

—Demasiado —respondió María sonriendo—. Pero ¿no os parece un privilegio conseguir que el bautizo de nuestro hijo sea un acontecimiento tan memorable?

—¿Memorable para quién? El Príncipe no lo recordará. Y los embajadores franceses habrán visto otros mejores en Francia. ¡Y yo no lo veré!

—¿Por qué? —María sintió que la ira se apoderaba de ella sin remedio—. Será imposible que no veáis el cielo iluminado a menos que estéis borracho como una cuba. ¿Pensáis emborracharos y llenaros de oprobio?

—¡Si así me place, lo haré! —contestó Darnley a voz en grito. Se levantó de un salto del asiento de la ventana, se acercó a la mesa donde había una gran botella de vino ya medio vacía, llenó una copa y la apuró de un trago. Después la depositó de nuevo sobre la mesa con gran violencia—. ¡Os dije que no le pidierais a la reina Isabel que fuera la madrina! ¡Pero no, vos me desobedecisteis! ¡Siempre me desobedecéis a pesar de todas vuestras promesas matrimoniales! —añadió, sirviéndose otra copa.

—Henry, por favor, os lo suplico. —María sólo lo llamaba «Henry» en los momentos de mayor tranquilidad e intimidad. Esperaba ablandarlo así—. Procuremos que resulte un venturoso acontecimiento.

Darnley hizo una mueca. María reparó de pronto mientras su esposo permanecía de pie iluminado por el sol que penetraba a través de la ventana, en que su rostro estaba todo lleno de manchitas de color rojo.

—Ya veremos —dijo Darnley con arrogancia—. Depende de cómo me tratéis. Si me tratáis con honor, quizá sí. Pero si me priváis de vuestra atención para prestársela a todos esos, entonces...

Encorvó los hombros y se volvió de espaldas.



Empezaron a llegar los embajadores con sus séquitos. Sólo el contingente inglés se componía de ochenta personas, y los dos embajadores franceses llevaban casi otras tantas. Se presentaron todos los lores sin excepción: lord Stewart, Maitland, Kirkcaldy de Grange, los condes de Argyll, Huntly, Atholl, Mar y Eglinton, los lores Sempill, Seton, Fleming y sir James Melville. Darnley permaneció encerrado en sus aposentos aunque María recibía informes de que de vez en cuando bajaba a la ciudad de Stirling para beber en la taberna. En cualquier caso, Darnley no quiso asistir a ninguna de las recepciones que se celebraron en honor de los distintos dignatarios.

En cuanto se iniciaron los festejos, María se sumió en un estado de nerviosismo tan grande como el que experimenta alguien que ha bebido más de la cuenta. Su sensibilidad se había agudizado; hablaba y prestaba atención a todo cuanto ocurría alrededor pero, al mismo tiempo, le parecía percibir los sonidos de otras habitaciones. Oía a la vez ruidos y actividades distintas y se esforzaba por enterarse de todo.

No podía hablar en privado con Bothwell y tenía la sensación de que lord Stewart y Maitland vigilaban todos sus movimientos.

El bautizo se oficiaría al anoecer del día 17 de diciembre. A las cuatro en punto de la tarde, en medio de las primeras sombras del crepúsculo, los padrinos sacaron al Príncipe de sus reales aposentos y, entre una doble hilera de cortesanos con antorchas encendidas, lo transportaron en lenta procesión a través del patio hasta la capilla real. Los seguían los nobles católicos con todos los accesorios necesarios para la ceremonia: el conde de Atholl portaba un largo y delgado cirio bautismal de cera virgen de abeja, el conde de Eglinton la sal y lord Sempill el crisma. El obispo de Ross llevaba la vasija del agua y el lavamanos. Los seguía el grupo inglés, el conde de Bedford con la gran fuente bautismal de oro y detrás el francés y los tres nobles con sus respectivos acompañantes: Bothwell, Huntly y lord Stewart.

La procesión fue recibida en la puerta de la capilla por el arzobispo Hamilton y los obispos de Dunkeld y Dunblane y avanzó despacio hacia el altar donde depositaron la enorme fuente con toda solemnidad en un soporte y la llenaron con agua bendita. El niño fue bautizado con inmersión total y recibió los nombres de Jacobo y Carlos. Los heraldos proclamaron tres veces su nombre al son de trompetas tanto en el interior de la capilla como fuera de la capilla, donde esperaban Bothwell, Argyll, lord Stewart y el conde de Bedford junto con una gran multitud. Las trompetas de plata cortaron el aire con su claro y perfecto sonido. Al terminar la ceremonia, sonó el órgano, el coro entonó un cántico y el niño recién bautizado fue llevado de nuevo a sus aposentos.

María sólo experimentó alivio. Ya todo había terminado. Se había seguido el ritual católico, tal como ella deseaba. Ningún horrible acontecimiento lo había impedido.

El resto de los invitados regresó cruzando en procesión el patio en medio de la

doble fila de antorchas encendidas, para dirigirse a la gran sala donde les esperaba el banquete.

La Reina se sentaría en el centro de la mesa de honor con el embajador francés a su derecha y el inglés a su izquierda. Monsieur Du Croc, representante del duque de Saboya, ocupó su lugar en el extremo más alejado de la mesa, y el lugar reservado para Darnley quedó vacío.

Los heraldos, los maceros y los trompeteros precedían a los tres maestros de la casa y a éstos los seguían lord Seton y el conde de Argyll, cada uno de ellos con una blanca vara ceremonial. Detrás avanzaban los demás invitados con unas blancas antorchas encendidas cuyo resplandor inundó toda la sala. Mientras los lores y las damas ocupaban sus asientos, los criados se adelantaron para hacerse cargo de las antorchas y, durante todo el banquete, permanecieron de pie sosteniéndolas en alto.

Los sonidos del banquete se intensificaron mientras aumentaba la temperatura en la sala y las copas de vino se llenaban de nuevo. Los músicos tuvieron que tocar más alto y, aun así, apenas se les oía en medio de la barahúnda. En las mesas iluminadas con velas los invitados se reían sin que pareciera haber entre ellos la menor inquina o desavenencia.

Los servidores de María se acercaron para cumplir las tareas que les habían asignado: el conde de Huntly, su trinchante, cortó las lonchas de carne de venado y jabalí con un cuchillo afilado a la perfección; el copero lord Stewart se arrodilló delante de ella y le ofreció una copa con incrustaciones de piedras preciosas llena de oscuro y dulce vino; y Bothwell le presentó cada uno de los platos tras haberlos exhibido por toda la sala con sus correspondientes adornos ceremoniales. Su ancho tórax, cubierto con el reluciente atuendo azul que ella le había rogado que llevara, formaba un brillante fondo sobre el que destacaban las bandejas de plata que sostenía en sus manos.

Mientras María se servía raciones de los distintos platos, Bothwell le hizo comentarios en voz baja que sólo ella oyó: «Esto parece un poquitín reseco»; «Esto huele a carne de perro.» María a duras penas reprimía la risa. Al lado de Du Croc se sentaba lady Bothwell, que lucía un precioso tocado con una diadema de perlas.

Lady Bothwell, su esposa... Cuando terminara el banquete, ambos se retirarían juntos. Más tarde se apagarían las velas y ellos se quedarían solos en un lecho del ala del palacio reservada a los invitados. No harían ruido para que no los oyeran los vecinos. Pero Bothwell sabía actuar en silencio y...

—Me han dicho que estas truchas proceden de Lochleven, donde abundan. —

Bothwell se encontraba de pie a su lado con una adornada bandeja de truchas escalfadas—. Tienen una carne muy delicada y blanca. Como la toca hervida de una monja —añadió en un susurro.

Durante el resto de la velada María intentó pasar por alto el lugar clamorosamente vacío de Darnley. Pensó que los embajadores lo comentarían y harían sus interpretaciones, pero nadie aludió a ello. A lo mejor, el simple hecho de que su esposo se encontrase presente en el castillo bastaría para legitimar el bautizo. Le sorprendió pero también la reconfortó que se atribuyera tan poca importancia a su ausencia. Darnley ya no ejercería poder alguno sobre ella; no podría negarle nada ni amenazarla con nada.

El segundo plato, el de los dulces, hizo su entrada en la sala en una especie de mesa de ruedas, rodeada por unos músicos. Le abrían paso unos actores disfrazados de sátiros que brincaban agitando el rabo. El conde de Bedford y su ayudante, un joven cortesano llamado sir Christopher Hatton, fingieron escandalizarse.

—¿Es esto lo que nos ocurrirá si participamos en vuestro banquete? —preguntó Hatton—. ¿Nos crecerá un rabo?

Mientras contestaba entre risas a sir Christopher, María observó que lord Stewart y Bothwell conversaban con el semblante muy serio al fondo de la sala, junto a una de las chimeneas. Se extrañó. ¿Cuál sería el motivo de su preocupación?

Cuando terminaron el banquete y el complicado drama alegórico ideado por Bastian Pages, su maestro francés de festejos, ya era muy tarde. Los lores, sus damas y todos los invitados abandonaron la sala y se fueron bostezando a la cama.

María se acercó con paso muy lento a las murallas del castillo y desde allí contempló el río mientras los invitados se retiraban uno a uno a sus aposentos. Allí arriba hacía mucho frío pero ella estaba un poco aturdida por el calor de las chimeneas, el vino, la música y la constante necesidad de conversar y dar respuestas atinadas a sus comensales. El negro cielo tachonado de brillantes estrellas la reconfortó con su silencio. Soplaban un cortante viento desde las colinas y se aspiraba en el aire el olor de la nieve. Quizá nevaría al día siguiente y toda la campiña quedaría cubierta por un blanco manto. Pero la ceremonia ya había terminado; que nevara todo lo que quisiera.

Respiró muy despacio, dejando que el frío aire le calmara los pulmones. Poco a poco cesó el rumor de las pisadas sobre el pavimento de piedra y ella se quedó sola.

No le apetecía regresar a sus aposentos a recordar toda la ceremonia con Seton y Flamina, las únicas Marías que le quedaban. Ambas habían brillado en la fiesta y

estarían deseosas de comentar todos los detalles. Sin embargo ella se sentía agotada; quería dejarlo todo a un lado y no pensar de nuevo en ello durante mucho tiempo. Ya todo había terminado. La emoción que la había sostenido hasta aquel momento se desvanecía y lo único que experimentaba ahora era un profundo alivio y un cansancio abrumador.

Apenas visible contra el oscuro cielo sin luna, vio la antigua capilla privada del castillo. Se encontraba allí, aislada e independiente, casi como una casita de muñecas infantil. Jamás había estado en su interior.

«Siempre estoy demasiado ocupada —pensó—, o en compañía de alguien. Y, cuando era pequeña, mi madre no me dejaba entrar.»

Se encaminó hacia ella.

«He de pedir la llave para visitarla de día», se dijo.

Tocó la maciza puerta de la entrada, asió la argolla de hierro y empujó. Para su asombro, la puerta se abrió con un chirrido. No estaba cerrada con llave.

Asomó la cabeza. Dentro reinaba una oscuridad total, pero a la vez amistosa y protectora. Aun así, María regresó a la gran sala, situada a escasa distancia de allí, tomó una vela de una de las mesas y volvió a la capilla. Entró con cautela sosteniendo la vela en alto.

Era más pequeña por dentro de lo que parecía por fuera y estaba dividida en dos partes separadas por un arco. Al fondo se encontraba el altar, cerca de una ventanita. En la parte exterior, se amontonaban sillas y mesas, candelabros, mantas y arcas.

¡Estaban utilizando como almacén aquella antigua capilla, sagrada para la historia de Escocia! Los reformadores... El responsable de esto era lord Erskine, el devoto protestante que gobernaba Stirling. O había permitido que otros lo hicieran.

Por un instante, la desesperación se apoderó de ella.

«En esto se ha convertido tu país —pensó—. La antigua capilla es un mohoso lugar en el que se guardan muebles. ¿Qué clase de hombres serían capaces de hacer semejante cosa? Nada es sagrado para ellos; destruyen o profanan todo lo que encuentran a su paso.

»Perdonadnos, nobles antepasados —rezó en silencio—. Perdonadnos, vuestros indignos descendientes no respetan nada. Nos hemos convertido en unos salvajes.»

Tan absorta estaba intentando comunicarse con los antepasados escoceses que sólo oyó el chirrido de la puerta cuando ya estaba entreabierta. El corazón le dio un vuelco, en parte por el miedo y en parte porque la irritaba que alguien la molestara justo en aquel momento.

Dio media vuelta y alzó la vela. La puerta se abrió del todo y apareció Bothwell.

Su primer trastornado e impetuoso pensamiento fue: «¡A él no le corresponde estar aquí, entre los vestigios de mi historia católica!», pero después el pulso se le aceleró de emoción y acalló su mente.

## XL

En realidad, en el momento de entrar en la capilla, Bothwell se había preguntado si debía hacerlo. Estaba claro que la Reina deseaba estar sola. Bien sabía Dios lo mucho que se lo merecía después de la interminable tensión de la ceremonia y la inquietud que había padecido a causa de Darnley y de lo que éste pudiera hacer para estropearla.

No obstante, todo había ido sorprendentemente bien, pensó Bothwell. La Reina, cualesquiera que fuesen sus sentimientos, había demostrado controlar a la perfección todo lo que la rodeaba, y él la admiraba por ello. Sí, se había ganado el derecho a permanecer a solas unos momentos, algo de lo que muy pocas veces disfrutaban los miembros de la realeza.

Sin embargo, después de lo que lord Stewart le había dicho, era de todo punto necesario que ella estuviera informada. Los miembros de la realeza no podían permitirse el lujo de permanecer en la ignorancia y perder el dominio de la situación. Debía comunicárselo.

Así pues, la había seguido y se había pasado un buen rato contemplándola de pie junto a las murallas sin atreverse a molestarla. Aun así, al verla entrar en la capilla había comprendido que tenía que seguirla.

María giró en redondo y le dirigió una mirada llena de furia.

—Perdonadme —se disculpó Bothwell—. Os he visto entrar. Esperaba la ocasión de hablar en privado.

Cerró con suavidad la puerta a su espalda.

Por la expresión del rostro de María no supo si estaba enojada o no. Sin embargo, era preciso que hablase con ella.

—Lord Stewart me ha informado esta noche de que había otro huésped no invitado en Stirling —le dijo.

—Sí, os he visto hablar. ¿A quién ha visto?

—A Archibald Douglas.

—¡Oh, Dios mío! —María profirió un grito de angustia y notó que le temblaba la mano. La vela que sostenía en ella se apagó—. ¡El primo asesino de Morton! ¿Es que todos ellos son iguales? ¿Por qué ha venido?

—Al parecer pretende o espera que vos anuléis la orden de destierro que pesa sobre su noble primo.

—¡Jamás!

—Quiere interceder por él. Tengo entendido que ya ha hablado con el conde de Bedford y con lord Stewart.

—¿Y qué?

—Ambos creen que deberíais anular su orden de destierro por distintas razones. —

Bothwell se acercó un poco más a ella en medio de la oscuridad para poder hablar más bajo—. La reina Isabel desea que los rebeldes regresen a casa; así se lo ha dicho a Bedford. A lo mejor ya está harta de mantener a estos setenta y tantos hombres. Bedford tiene instrucciones de discutir toda esta cuestión con vos antes de su partida. Lord Stewart desea su regreso, pues cree que podría ser de cierta utilidad para... resolver el asunto de Darnley.

—¿Y eso por qué?

—Darnley le teme. Que Morton regresara a Escocia con vuestro permiso constituiría una prueba inequívoca del poco aprecio que aquí se le tiene, y el miedo lo obligaría a comportarse como es debido. A un hombre como... vuestro esposo sólo es posible controlarlo por medio de la ambición o el temor.

—¿Y vos creéis que ahora prevalece la ambición, que todas sus acciones las ha impulsado la ambición..., incluso su matrimonio con la Reina?

—Señora, yo no he dicho tal cosa. —Se acercó a ella; resultaba extraño hallarse a oscuras conversando con una presencia que sólo se manifestaba como una voz.

—¡Pero lo habéis insinuado! ¡Sí, creéis que sólo se casó conmigo por ambición, que yo no le importaba y que lo ha demostrado desde que me puso el anillo y se proclamaron sus títulos en Mercat Cross mientras él yacía en el tálamo nupcial!

—Señora, no es mi deber juzgar tales asuntos. —Bothwell sentía su presencia tan cercana que no se atrevía a moverse.

—¡Pero lo pensáis! ¡Lo sé muy bien!

—¡Si lo hizo, fue un necio! ¡Todos sabemos que lo es! —Bothwell alargó los brazos y la rodeó con ellos—. ¡Tener todo esto y despreciarlo...! —exclamó—. ¡Qué necesidad!

Sin pensar en lo que hacía, la besó.

Los labios de María eran tan suaves como el pétalo de una azucena.

Bothwell continuó besándola y la sintió agitarse entre sus brazos. La estrechó con fuerza y la apretó contra sí. De pronto, se convirtió en una vela de deseo que le encendió todo el cuerpo y lo hizo estremecerse de pies a cabeza. María poseía una magia especial y un magistral dominio del deseo. La besó de nuevo y sintió que sus dos cuerpos ansiaban fundirse en uno solo.

Ella tenía un esposo a tiro de piedra, en los aposentos reales. Y a él, justo en aquellos momentos, su mujer lo aguardaba.

—No —oyó que decía su propia voz.

¿Pero lo había dicho de verdad? Habría significado un doble adulterio y una profanación de la persona de la Reina, es decir, un delito de traición. Bastaba con que ella llamase a gritos a sus guardias.

Pero no lo haría. Era valiente y obstinada y el deseo no la asustaba. En esto ella lo superaba; a pesar de todas sus aventuras, él jamás se había visto obligado a arriesgar

algo por ellas; sólo perseguía el deseo cuando le resultaba fácil satisfacerlo, jamás cuando era algo demasiado apremiante o peligroso.

El deseo lo inundó y ahogó todos sus pensamientos. Ambos cayeron de rodillas en el espacio abierto que había detrás del altar.

—Cerrad la puerta —indicó María.

Bothwell temía que ella opusiera reparos por encontrarse junto a un altar y en un espacio sagrado. Se levantó y, moviéndose a tientas en la oscuridad, colocó una pesada silla contra la puerta.

—No hay luz ni se oye ningún ruido —murmuró—. A nadie se le ocurriría entrar aquí.

Ella soltó una suave y dulce carcajada que inflamó su ya palpitante cuerpo.

—Estoy sola —dijo María—. No puedo creerlo. Jamás estoy sola. Esta capillita... tan antigua... Me estremezco al pensarlo... Escocia era antaño el confín del mundo... y a veces todavía lo parece. —El aliento y la voz brotaban de su boca entre jadeos—. Quiero que me llevéis a los lugares más lejanos de la tierra, los lugares a los que vos habéis navegado, los lugares que habéis conocido..., las Indias...

—¡Chsss! ¡Estáis loca!

Bothwell acalló sus palabras con un beso. Su boca se abrió trémula bajo la suya.

La pequeña capilla era tan fría como una tumba. En el exterior el viento soplaba con más fuerza y se oía el suave golpeteo de los copos de nieve contra las dos pequeñas ventanas. Un níveo manto cubriría la capilla, por encima de su cabeza.

Bothwell deseaba tender a María en el suelo pero las irregulares baldosas de piedra estaban más frías que el hielo. Bothwell buscó a tientas el cierre de su capa y se la quitó para extenderla en el suelo.

—Os ruego que os acostéis aquí —le susurró.

El altar se hallaba a un palmo de distancia; Bothwell lo rozó con los hombros cuando desanudó con rapidez las cintas y se quitó la ropa interior. Desnudo de cintura para abajo, no resistía el impulso de seguir besándola. Sus labios buscaron los huecos de su cuello, sus delicadas orejas, sus mejillas. María casi lloraba de deseo y emoción.

Bothwell le deslizó la mano bajo el vestido. Hacía demasiado frío como para que se quitaran toda la ropa. Percibió la frialdad de sus pies y pasó despacio la mano por su pierna enfundada en una media de punto. Era una pierna larga y firme. Remangó con cuidado la media y acarició la pierna. Ella emitió un suave gemido y pareció relajarse. Bothwell dejó que su mano rozara levemente la suave parte secreta de ella, pero la retiró de inmediato. Aquélla había de ser la única vez que ambos estuvieran juntos y, por consiguiente, no quería darse prisa ni terminar tan pronto.

Se incorporó y subió poco a poco por encima del vestido de María, aplastando el brocado y el terciopelo. Le besó la cintura y sintió la contracción y la relajación de sus músculos. Le besó las costillas y los exuberantes pechos bajo el tejido de terciopelo

que él manchaba con la humedad de sus labios. Debajo de las dos capas de ropa, notó que sus pezones se endurecían y erguían. Todo su cuerpo se había tensado y estaba a punto de estallar de deseo.

—Llamad a vuestros guardias, castigadme —murmuró—. No, sois demasiado clemente, jamás lo haríais...

En respuesta a sus palabras, María rozó sus labios con la lengua. A continuación, abrió la boca para saborearlo mejor. Después deslizó la mano hacia abajo y consiguió quitarse las bragas de seda empujándolas sobre los pies descalzos y se echó hacia atrás mientras él se situaba entre sus piernas. Dos capas de ropa, su vestido y su enagua, separaban la desnudez de Bothwell de la suya. Acarició sus musculosas nalgas desnudas intentando apretarse contra él como si con ello eliminase en cierto modo la ropa que se interponía entre ambos.

—Me derrito... ya no lo resisto —dijo con voz distante y entrecortada—. Acabad con mi tormento.

Lenta y casi solemnemente él se apartó y, acuclillado, le levantó las amplias faldas. El calor y el olor de su carne desnuda y de sus partes secretas resultaba inconfundible. Había llegado el momento; ya no podía demorarse por más tiempo.

Bothwell se inclinó hacia ella y la sujetó mientras se afianzaba sobre las rodillas. Se estremeció, y las rodillas le temblaban. Sentía en el interior de su vientre, atravesado por la reciente cicatriz de la herida, unas palpitantes oleadas de calor. Se moriría como no concluyese aquella situación.

Las largas y esbeltas piernas de María lo rodearon y lo atrajeron antes de juntarse sobre su espalda. Se deslizó por el oscuro y abierto pasadizo que lo esperaba. Pero percibía cierta reticencia, pues ella era casi virgen y se movía de manera un tanto torpe e insegura. Sin embargo, aquella virginal madurez resultaba más deliciosa que cualquier cosa que él jamás hubiera saboreado. De repente, temió estallar y desintegrarse sin que ella tuviera tiempo de experimentar el menor placer.

—Oh, mi dulcísimo amor —musitó María moviéndose contra él.

Su cabeza se agitaba al ritmo de su cuerpo, haciendo que su voz se alejara y se acercara a su oído.

Aquello estaba mal, muy mal, pensó Bothwell. Una parte de su ser se echó para atrás, presa de un repentino temor. Aquello no era seguro, era peor que una emboscada en los páramos, constituía una peligrosa locura. De pronto, una oleada del placer más puro que jamás hubiese experimentado lo encendió por dentro y se propagó hacia arriba absorbiendo todo su ser. Estaba ardiendo.

María gritó, se aferró a su espalda y tiró de su jubón. Bothwell oyó que las perlas se desprendían e incluso las oyó rodar por las baldosas más allá de su capa extendida. María arqueó la espalda y sus piernas empezaron a moverse de manera espasmódica. Estaba a punto de gritar. Él le tapó con rapidez la boca con la suya para ahogar su



grito. Su cuerpo se había vuelto loco y lo recorrían convulsas sacudidas. De repente, Bothwell sintió que el suyo estallaba y liberaba unas reservas de pasión largo tiempo reprimidas en las que se sumergió por entero mientras se desbordaba en el interior de María.

Ella se estremeció y tembló, clavó las uñas en las hombreras de su jubón de terciopelo y apartó la boca entre jadeos.

De pronto todo terminó, y ambos se quedaron tendidos en el suelo de la fría capilla. María alargó el brazo y rozó la base del altar. Poco a poco se serenó y el ritmo de su respiración empezó a normalizarse. Entonces carraspeó, avergonzada.

Intentó incorporarse y recuperar el dominio de sí misma. Su mano buscó a tientas la ropa. Con la otra se apartó el cabello de las sudorosas mejillas. Su respiración aún estaba un poco alterada.

Los pensamientos asaltaron a Bothwell en tropel: «¿Qué he hecho? ¿Qué ocurrirá?» Le costaba concentrarse pues su cuerpo aún no había regresado a la normalidad y el corazón le palpitaba con violencia.

—Os ruego que no os aflijáis —dijo al fin—. Os prometo no hablar jamás de ello ni recordároslo. Pero quiero que sepáis que yo lo conservaré en mi memoria como si fuera un tesoro..., aunque sólo como un recuerdo, no como una presunción de poder o de favores.

Sin decir palabra, María inclinó la cabeza y siguió intentando vestirse sin ayuda. De repente, Bothwell sintió que la amaba de verdad.

Volvió a ponerse la ropa, deseando que aquella situación nunca terminara. María se levantó y, recogiendo la capa de Bothwell, se la entregó en silencio. Él la tomó y se la echó al hombro.

—Estamos casados con otras personas —musitó Bothwell.

—Lo sé muy bien —susurró ella—. Os amo, lord Bothwell. Llevo mucho tiempo soñando con vos justo de esta manera. Creo que lo veía antes de que ocurriera, que mi mente arrancaba imágenes del futuro. Llevo mucho tiempo pensando en esta situación.

—¿En qué situación?

—En la que acaba de producirse.

—¿Pero qué es lo que acaba de producirse? ¿Qué significa esto para nosotros estando casados y siendo vos una soberana reinante?

—Lo ignoro. Sólo sé que os amo.

Sin esperar su respuesta, María retiró la silla que servía de barricada y abrió la puerta. Una ráfaga de húmedo aire de nieve azotó el rostro de Bothwell.

La puerta se cerró y ella desapareció. Bothwell ni siquiera oyó el rumor de sus pisadas sobre las baldosas de piedra del exterior pues calzaba unos zapatos muy suaves.

Bothwell se alisó la capa y se envolvió los hombros con ella, se atusó el cabello

con las manos y se puso el sombrero. Después abrió la puerta y cruzó el patio superior para dirigirse a la zona iluminada donde se hallaban los aposentos de los invitados. Dios quisiera que no estuvieran jugando a los dados o cantando en las estancias exteriores y que nadie lo invitara a participar.

Pero ya era muy tarde. ¿Cuánto rato habían permanecido en la capilla? No debió de ser mucho, aunque a él le pareció un tiempo eterno. Por lo visto, todos se habían ido a dormir.

Entró en sus aposentos. Los criados también se habían retirado a descansar. En su dormitorio, lady Bothwell escribía a la luz de una vela. Aún no se había quitado la ropa. Lo saludó con una leve sonrisa.

—Ha sido agradable, ¿verdad? —le preguntó con dulzura.

—Sí.

Bothwell se desnudó a toda prisa detrás de una mampara y, con su camisón, se acercó a la cama y se acostó. Cuando su mujer se tendió a su lado, fingió dormir profundamente.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano, aunque, en realidad, apenas había dormido. Había sido una extraña noche en la que María había estado presente en sus pensamientos, en su corazón y, al parecer, incluso en su cuerpo: el esfuerzo le había tensado las cicatrices y ahora éstas le dolían. Las contorsiones en el suelo le habían producido arañazos en las rodillas y un calambre en el cuello de modo que le resultaba imposible engañarse pensando que nada había ocurrido.

Había ocurrido. De repente, temió lo que fuera a ocurrir a partir de aquel momento.

A su lado, su mujer se movió, suspiró y se volvió. El verla dormir le ofreció un cierto consuelo, el único consuelo físico que ella jamás le había ofrecido. Pero esto se debía sólo a que ella no lo sabía. Si se enterase... Aquello no había sido como lo de Bessie Crawford. No, aquello era... ¿qué? ¿Una traición? No del todo, pues la Reina también lo había querido. Y el Rey no era un verdadero rey, por lo que el hecho de ponerle los cuernos tampoco constituía una traición como la que había sancionado el Parlamento inglés para el caso de que alguien le pusiera los cuernos a Enrique VIII.

Enrique VIII, el tío abuelo de la Reina... Aquel macho cabrío tan rijoso como su rijosa hermana; la misma sangre corría por las venas de la Reina y lo que no era Tudor era Estuardo, sangres ambas que jamás habían sido muy frías precisamente. La víspera la sangre de la Reina había demostrado ser tan ardiente que habría borbotado si se hubiese derramado sobre las baldosas de piedra del suelo de la capilla.

Para su vergüenza, el recuerdo despertó su deseo. Pensar en los retozos como si ella fuera una vulgar moza del campo lo turbaba. Más valía pensar en lo que aquello significaba y en lo que causaría: problemas. Unos problemas tan enormes que,

comparado con ellos, Jock *el del Henar* y su espada de doble filo eran una pequeñez.

Ser el amante de la Reina implicaba correr el riesgo de dejarla embarazada. Existían normas tradicionales para los bastardos de un rey pero no para los de una reina, lo que resultaba significativo.

Ser el amante de la Reina implicaba correr el riesgo de incurrir en la ira de su extraño e imprevisible esposo.

Ser el amante de la Reina implicaba correr el riesgo de granjearse la enemistad de todos los demás hombres, los consejeros, que lo considerarían una Diana de Poitiers de sexo masculino, una amenaza para ellos y para su poder.

Ser el amante de la Reina implicaba desacreditarla ante sus adversarios religiosos y ante el pueblo llano que seguía a Knox y que se escandalizaría y tal vez intentaría destronarla. Ya la llamaban «ramera» como la romana «ramera de Babilonia», pero aquello era distinto. No había nada que la congregación de fieles seguidores de la Biblia aborreciera tanto como los pecados de la carne.

Se estremeció al imaginarse los gritos del populacho. Ya había visto con cuánto regocijo los honrados ciudadanos de Edimburgo maltrataban a los alborotadores, los chismosos y las adúlteras; les arrojaban fruta podrida, los azotaban e incluso los marcaban con hierros candentes. Si supieran que la reina católica había retozado desnuda en el suelo de una capilla con uno de sus cortesanos casados...

Bothwell se sintió mareado. Se levantó con tanta brusquedad de la cama que despertó a su esposa Jean mientras tomaba el *vase de nuit* para vomitar en él. Contemplar y oler lo que ya había allí dentro bastó para vaciarle todo el estómago.

Jean murmuró unas solícitas palabras y se levantó para ir por una toalla con que secarle el rostro. La humedeció con agua y le limpió con dulzura las mejillas.

—Tenéis muy mal aspecto —le dijo, observando su enrojecido rostro y sus ojos inyectados en sangre—. Habréis comido algo en mal estado.

—Sí. —Bothwell se puso en pie y se acercó con inseguros pasos a la mesa donde siempre había una botella de vino. Necesitaba cualquier cosa que le quitase aquel desagradable sabor de la boca—. Os ruego que regreséis a la cama —le pidió a su esposa—. Es demasiado temprano para levantaros.

Se pasó el vino por la boca antes de tragárselo. Él también deseaba dormir. Ahora quizá lograría hacerlo.

Mientras regresaba a la cama y se tapaba con las mantas en medio de la frialdad de las primeras luces del alba, la pequeña cantidad de vino en su estómago vacío le produjo una curiosa relajación.

Quedaba una última consideración: ser el amante de la Reina —ser el amante de aquella reina— implicaba vivir en el Paraíso. Era la mujer con quien siempre había soñado; bella, apasionada, acoplada a él en la oscuridad como anillo al dedo. En aquellos breves momentos María había demostrado ser capaz de responder a todos sus

tácitos deseos, insatisfechos hasta entonces.

A media mañana, varias horas después de su segundo despertar, Bothwell recibió la visita de lord Stewart.

—¿Me permitís? —preguntó Jacobo—. Espero no molestaros.

—No, en absoluto —contestó Bothwell con cordialidad. Notaba una sensación extraña en el estómago pero confiaba en presentar un aspecto aceptable pues se había tomado muchas molestias en vestirse y asearse—. Estaba haciendo tiempo antes de asistir a la corrida de toros en el jardín real.

—¡Sí, aquí siempre se celebran festejos! —exclamó lord Stewart en tono despectivo. En sus apretados labios Bothwell vio reflejado todo su ascetismo—. ¿Me permitís? —repitió.

Bothwell le hizo señas de que entrara y lo acompañó a un gabinete interior donde nadie los molestaría.

—Debe de ser un asunto muy urgente para que hayáis venido a verme tan de mañana. ¿De qué se trata?

Bothwell no soportaba los rodeos ni los circunloquios.

—Ya veo que vais al grano —dijo Jacobo—. ¿Hablaréis con la Reina del asunto de Morton y los demás asesinos? Creo que a vos os escucharía —añadió clavándole en el rostro sus crueles ojos de halcón.

¿Acaso sospechaba algo?

—¿Y por qué yo? Vos sois su hermano y siempre habéis sido su principal ministro.

—Vamos, dejad los halagos para mejor ocasión. Desde que recibisteis aquellas heridas en la heroica hazaña de las Fronteras y escapasteis de un modo conmovedor de las garras de la muerte, vuestra palabra es ley para la Reina. Os concederá cualquier cosa que le pidáis. —Lord Stewart continuó mirándolo con una expresión a medio camino entre la furia y el descaro—. Vuestras heridas de espada os han hecho ganar mucho crédito.

—Pero ¿por qué iba yo a desear el regreso de los asesinos de Rizzio? ¿Y por qué lo deseáis vos?

—Morton era un hombre muy valioso en muchos sentidos —contestó Jacobo, eligiendo con cuidado las palabras—. Darnley era su cómplice y lo traicionó. Él conoce a Darnley mejor que vos, que yo e incluso que la Reina. Algunos sostienen que sólo conocemos de verdad a un hombre cuando éste nos traiciona. —Hizo una pausa—. Desde nuestra conversación en Craigmillar, he estado preguntándome cómo cumpliremos la palabra que le dimos a la Reina de librarla de Darnley. Y creo que Morton sabría encontrar la mejor manera.

«Sí, asesinándolo. Conque éste es el plan —pensó Bothwell—. ¿Eso es lo que hay

que hacer? Conseguir que regrese a Escocia su peor enemigo, un pariente a quien él ha traicionado y que ya ha asesinado una vez... —Experimentó un nuevo acceso de náuseas—. Y, si averiguan mi secreto, ¿cómo lo utilizarán?»

—¿Hablaréis pronto con la Reina? —le preguntó lord Stewart—. Los demás consejeros también le formularán la petición, pero si vos sumáis vuestra voz a la nuestra y a la de la reina Isabel...

—Ya dije que lo haría, si vos lo aconsejabais.

—Por supuesto que lo aconsejo.

—Muy bien. Lo haré en cuanto se me presente la ocasión.

Bothwell sintió que un gran abismo se abría bajo sus pies. No era fácil acostumbrarse al asesinato, el adulterio y la traición en el breve espacio de unas horas. Esbozó una leve sonrisa.

—Bien —dijo lord Stewart levantándose. No hizo comentarios intrascendentes acerca del tiempo, las ceremonias o los distinguidos visitantes. Fue directamente al grano: el asesinato—. Creo que en estos momentos vos seríais capaz de convencer a la Reina de cualquier cosa, incluso de que firmara su propia sentencia de muerte.

¡Lo sabía!

—Sólo bromeaba —dijo lord Stewart, enarcando las cejas—. Perdonadme, pero no tenéis muy buena cara. Quizá sería mejor que no asistierais a la corrida de toros. Demasiada sangre. Pero hablad hoy mismo con ella a ser posible.

La semana de costosos festejos terminaría con la impresionante escenificación de la toma de un castillo de mentirijillas construido en las inmediaciones del llamado Nudo del Rey, según la mejor tradición francesa de los Castillos de Amor defendidos por *cruelles dames sans merci* y tomados al asalto por los caballeros enamorados. John Chisholm, un escocés que había estudiado aquel arte en Francia, se había pasado seis semanas construyéndolo y corrían rumores de que el desenlace sería espectacular. Todo el mundo había sido invitado a asistir dada la enorme cantidad de dinero que se había invertido en el espectáculo.

Bothwell, que lejos de hacerse el enconradizo con la Reina para hablar con ella, había intentado esquivarla de un modo deliberado, se había vestido con sus mejores galas; un jubón de color vino con trencilla de oro y topacios incrustados y unas trusas de raso sobre medias de seda. Un sombrero de terciopelo adornado con una pluma completaba el lujoso atuendo del lord más poderoso del país.

Se unió a los invitados que cruzaban las puertas del castillo para bajar al lugar donde se escenificaría la representación. Justo en aquel momento French Paris le tiró de la manga.

—Un mensaje para vos —le dijo—. No sé quién lo ha traído. Lo arrojaron al

interior de la estancia todo envuelto y cubierto de cera. —Bothwell se apartó del grupo de invitados con lujosos atavíos para romper el sello y leer la carta.

«Os ruego que vengáis ahora mismo a mi cámara privada.»

Eso era todo. Arrugó la carta y se la guardó en el cinto. Acto seguido, dejó a los invitados charlando animadamente, convencido de que ni siquiera notarían su ausencia.

Los aposentos de la Reina estaban desiertos. Abrió la puerta exterior que daba acceso a las estancias públicas; no había guardias en la antesala. Entró en aquellas cámaras, donde se efectuaban las ceremonias, con sus pulidos pavimentos y sus silenciosos tapices que mostraban abigarradas escenas de amores, hazañas y proezas de la Antigüedad, destinados a conferir realce y solemnidad a los actos que allí se celebraban. No había nadie. El trono labrado y dorado estaba vacío bajo el dosel. Cruzó las tres estancias exteriores y entró en las privadas. Las Marías y los criados habían desaparecido. Los cojines dormitaban cual enormes gatos en medio de la penumbra. Sólo había una vela encendida pero su débil luz apenas se distinguía pues toda la estancia estaba inundada por el resplandor rojo sangre del ocaso que penetraba a través de las ventanas que miraban a occidente.

¿Cuál sería la cámara interior? Había una puertecita entornada cerca del tapiz de los trabajos de Hércules en el que se representaba la limpieza de los establos de Augías.

Ella estaba allí dentro, Bothwell lo sabía. Debía verla. Extendió el brazo y llamó con los nudillos. Que ocurriera lo que tenía que ocurrir. No estaba asustado. Había dejado atrás el miedo.

## XLI

María oyó la suave llamada a la puerta. La aguardaba sentada rígida en su silla; pero ahora no quería levantarse para recibirlo. Sonó otra llamada más insistente.

Quería verlo pero no soportaba la idea de hacerlo. Hasta que no lo viese de nuevo, el recuerdo de aquella noche en la capilla se conservaría intacto: perfecto y espléndido y libre de cualquier examen de conciencia, disculpa o promesa, una sorpresa y una dádiva divina.

«Ojalá jamás vuelva a verlo; ojalá me hubiera muerto aquella noche justo después de regresar a mi lecho», pensó.

Había cruzado corriendo el patio bajo la nieve, mojándose los zapatos. Sus pies debían de estar entumecidos pero ella no lo advirtió. Entró en sus aposentos privados sin decirles nada ni a madame Rallay ni a María Seton, y cerró la puerta. Se acostó del todo feliz y soñó despierta durante toda la noche.

Pasó los días sucesivos con todos sus festejos sumida en una especie de trance hipnótico. Vio a Darnley, que bajaba por el camino que conducía a la ciudad, sin duda para ir a emborracharse, pero no le importó. Vio incluso aun ocioso Archibald Douglas paseando al otro lado del patio. Recibió a sir Christopher Hatton, reparó con indiferencia en su apostura y se preguntó si le gustaba a Isabel. Cada día al pasar por delante de la capilla inclinaba con reverencia la cabeza pues la consideraba el lugar más sagrado que jamás hubiera visitado.

No vio a Bothwell, pero sí a su esposa, en repetidas ocasiones. De repente, lady Bothwell estaba en todas partes, como si se hubiera multiplicado durante aquella noche. María no podía por menos de estudiar con detenimiento sus ropas. ¿Llevaba un vestido verde porque a Bothwell le gustaba de un modo especial aquel color? ¿Se vestía para agradarle?

Al principio, se alegró de no verlo, pero poco a poco empezó a pensar que él la esquivaba. Se acercaba el momento de que partiesen los invitados. Por mucha vergüenza que le diera, debía llamarlo pues sería impensable que ambos se separaran sin una sola palabra aunque en su fuero interno, ella lo habría preferido. Sin embargo, no soportaría que él dijera algo que empañara el recuerdo.

Bothwell tenía y había tenido a otras mujeres. En los días anteriores María se había dedicado a averiguar cosas acerca de ellas como si con ello quisiera torturarse y castigarse. Al parecer, se había casado dos veces, por así decirlo: había sido el amante fijo de Janet Beaton y había vivido en matrimonio consensual con la noruega. Ninguna de aquellas relaciones era legítima, pero ¿qué habrían significado para él?

Se produjo una llamada más fuerte y apremiante. María se levantó y abrió la puerta.

No estaba preparada para la impresión de volver a verlo después de haberse

recreado tanto en el recuerdo. Allí estaba, en carne y hueso, e impaciente por entrar.

—Pasad —le indicó, haciéndose a un lado.

Entró casi de un brinco y cerró la puerta a su espalda.

—¡Me habéis dejado tanto rato aquí fuera que estaba seguro de que alguien me vería! —le dijo, mirándola con expresión de leve irritación.

La situación ya empezaba a diferir de lo que ella había imaginado. El verdadero Bothwell resultaba desconcertante.

—Ya me he asegurado de que no hubiera nadie —contestó ella—. Todos se han ido a presenciar el asalto al castillo.

—Si de veras ha costado una fortuna digna de un rey tal como dicen, nosotros también deberíamos ir a verlo. Nos harán preguntas y hemos de presenciarlo.

«Una fortuna digna de un rey.»

—Lo haremos. Dentro de poco. Y por separado, naturalmente. —María hizo una pausa—. ¿Qué habéis querido decir con eso de una fortuna digna de un rey?

—Era una manera de hablar.

—Pero me temo que muy a propósito.

—María (confío en que me permitiréis llamaros así en privado), por favor. No empecemos.

Ella se volvió y le indicó por señas que tomara asiento en uno de los enormes cojines que había delante de la chimenea. Bothwell obedeció y ella se acomodó en otro, extendió la falda en torno a sí de tal manera que cubriera todo el almohadón y se rodeó las rodillas con los brazos.

—No sé qué queréis decir —dijo al fin sobre el ruido de las crepitaciones de los troncos de la chimenea.

—Quiero decir hablar de vuestro esposo y de lo que hay que hacer y de lo que vos y yo tenemos que hacer y cosas por el estilo. María, lo que ocurrió, ocurrió. Pero yo no puedo seguir así. Burlaos de mí y llamadme cobarde, pero yo no puedo tener por amante a una mujer casada.

—¿De modo que lo que os intimida no es mi corona sino mi sortija de casada?

—Sí. —Bothwell le sonrió—. Me avergüenza reconocerlo porque parezco un puritano, pero eso es algo que mi código moral no me permite. La semana pasada transgredí mi código pero lo hice dominado por la pasión. Si lo repito, ya no podría atribuirlo a la pasión, sino a una fría decisión.

—¿Os percatáis de que es por eso por lo que os amo? —preguntó María—. ¿Por estos principios tan inoportunos que tenéis? Son los que os convierten en lo que sois, en el hombre al que yo amo.

—¡María, por favor, ya basta! ¿Por qué no lo olvidamos? Os seguiré sirviendo con la misma lealtad de siempre, pero preferiría no encontrarme de nuevo a solas con vos. No es prudente.



La miraba con una expresión serena. La herida del rostro estaba convirtiéndose en una cicatriz y muy pronto sería sólo un recuerdo. Bothwell quería que aquella noche en la capilla se convirtiera también en una cicatriz, pensó María.

—O sea, que vos queréis que no volvamos a vernos excepto en circunstancias necesarias y ante la mirada de los demás —susurró—. Echaréis tierra a lo que ocurrió, intentaréis olvidarlo y, con el tiempo, lo conseguiréis.

—Sí —contestó Bothwell sin apartar la mirada.

—Pues yo no quiero olvidarlo —repuso ella.

—Si queréis recordarlo, yo no puedo impedirlo.

—¡Oh, Bothwell, os quiero! ¡No puedo dejar que os vayáis, que bajéis por el camino de Stirling y regreséis de nuevo a las Fronteras! ¡No soy capaz de fingir!

—Debéis hacerlo. ¡Si no disimuláis lo que ocurrió, nos condenáis a los dos! —exclamó Bothwell alarmado.

—¿Acaso no me apreciáis? —preguntó María, lamentando que se le hubiera escapado esta frase. Era como pedir limosna y se sentía como uno de los mendigos que se agolpaban al final del camino que conducía al castillo pidiendo caridad y las sobras de los banquetes.

Bothwell se puso de pie, molesto y deseoso de apartarse cuanto antes de su presencia, o por lo menos, esto le parecía a ella. María se levantó a su vez. Para su desconcierto, Bothwell la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí, pero no con pasión, sino con afecto.

—Por supuesto que os aprecio. Todo empezó cuando os vi por vez primera siendo vos una niña, en Francia.

—¿Me visteis en Francia? —preguntó María, asombrada.

—Os vi pasar muchas veces en vuestro carruaje. ¿Nunca os conté que yo estaba en Francia cuando vos todavía erais una niña?

—No, jamás. No lo sabía. ¿Qué hacíais allí?

—Estudiaba en el Colegio de los Escoceses, el que había junto a la Sorbona. Vivía en una habitación cerca de la muralla de Felipe Augusto. Y os veía pasar por allí en vuestro carruaje cuando ibais al Louvre o por la calle de Saint-Antoine cuando os dirigíais a los torneos, y pensaba que erais la niña más bella y seductora que jamás había visto en mi vida. ¡Hacíais que me sintiese orgulloso de ser escocés! Os señalaba a mis amigos, diciendo: «Es de Escocia; ya veis qué niñas más hermosas tenemos allí.»

»¡Erais mucho más bella que las princesas de la Casa de Valois!

Su boca se encontraba muy cerca de su oído y ella percibía el calor de su aliento en su piel.

—¿Me visteis entonces? —le preguntaba una y otra vez.

—Esperaba a que pasaseis. Asistía incluso a algunos de aquellos desdichados torneos sólo para veros. Y allí estabais vos, rodeada de miembros de las casas de

Guisa y de Valois, más resplandeciente que nadie. Me parecíais un ángel.

Bothwell soltó una carcajada, como si todo aquello fuera un tesoro tristemente perdido.

—¿No estabais presente cuando... murió el Rey?

—No. Regresé a Escocia a los veintiún años para hacerme cargo de mi herencia. Fue antes de vuestra boda.

Sus labios se encontraban tan cerca de su oído que casi lo rozaban.

—Os amo, no me abandonéis —suplicó María, hundiendo el rostro en su hombro. Le besó el cuello y sintió que se estremecía.

Entonces él le besó la oreja tal como ella quería que hiciese. A continuación, volvió el rostro buscando sus labios.

—Amadme y compartid mi suerte —le pidió en un susurro—. No soy capaz de dejaros.

—No podemos estar juntos pero tampoco separados —dijo él—. Es una tortura exquisita. —La soltó—. No sé qué hacer ni adónde ir ni siquiera cómo vivir así.

—Dijisteis que vuestro código de conducta no os lo permitía. Lo comprendo y lo respeto. Pero no puedo soportarlo.

—¿Y yo no puedo cumplirlo! —Bothwell la miró angustiado—. ¿Qué ocurre cuando un hombre no respeta las normas de su propio código? ¿El amor le compensa de ello? No lo sé. Nadie en Escocia ha hecho jamás cosa semejante por amor; no contamos con una tradición de grandes enamorados. No hay Tristanes e Isoldas escoceses, no hay Lanzarotes y Ginebras, Paris y Helenas, Antonios y Cleopatras.

—Pues entonces seremos los primeros. Yo me enorgulleceré de ello.

—¿Os enorgulleceréis de que nos comportemos como paganos? —Bothwell cayó de rodillas y contempló la alfombra turca extendida delante de la chimenea—. Los infieles crean objetos de gran belleza. Incluso sus espadas están labradas y llevan incrustaciones de piedras preciosas. Los mosaicos de sus mezquitas y sus viviendas poseen unos motivos preciosos y están cocidos para que se conserven. —Levantó la vista hacia ella—. El mundo es inmenso, mi Señora.

Ella se arrodilló a su lado.

—No. Es muy pequeño. Se reduce a esta estancia en la que nos encontramos.

—Nuestra tragedia reside en que no es así. Alrededor de esta pequeña estancia está Escocia, que no es muy clemente con los pecadores. Para alcanzar un mundo más vasto, habremos de vagar por Escocia, donde nos arrojarán piedras y nos tratarán como si fuéramos criminales. ¿Es esto lo que queréis?

—No. Pero creo que podemos evitarlo. El destino será benévolo con nosotros, Bothwell. Debe serlo.

—Todos los enamorados lo creen. Pero no tenemos que luchar contra el destino sino contra la gente. El destino no es más que la suma total de lo que hacen los demás.

La estancia estaba ya totalmente a oscuras. El espectáculo del castillo no tardaría en empezar.

—María —dijo Bothwell—, para sobrevivir en este mundo lleno de personas y utilizarlas de tal forma que éstas se conviertan en nuestro «destino», debemos ser duros con todo el mundo menos con nosotros mismos. ¿Habéis pensado en lo que os comenté? ¿En Morton, Lindsay y los demás desterrados? ¿Permitiréis que regresen?

—Sí, si vos me lo aconsejáis —contestó María—. ¡Pero jamás consentiré que regresen los tres peores! No quiero que vuelva el perverso George Douglas *el Pretendiente*, que apuñaló a Rizzio por encima de mi hombro, ni Patrick Belleden, que apuntó a mi pecho con su estoque, ni Andrew Kerr de Fawdonside, que intentó dispararme un tiro en el costado. Jamás les permitiré la entrada a Escocia. ¡No, jamás!

—Como gustéis —dijo Bothwell—. Vuestra clemencia es muy grande.

Justo en aquel momento oyeron un chasquido. María corrió a la ventana.

—¡El castillo! —gritó—. ¡Está estallando! ¡Mirad!

Bothwell se acercó a la ventana y vio que las murallas del falso castillo del prado de abajo se derrumbaban, iluminadas por el amarillento resplandor de un incendio interior. Unas bolas de fuego salían despedidas desde los baluartes y estallaban al hacer impacto, levantando nubes de chispas. De repente, la estructura del castillo estalló, lanzando al cielo nocturno ruedas de fuego y color.

## XLII

Darnley iba y venía nervioso por su espaciosa estancia ricamente amueblada. De vez en cuando alzaba la vista al techo, cuyos medallones labrados casi no se distinguían en medio de las crecientes sombras.

«Aquí están —pensó—. Las cosas con que lord Stewart la asustaba de niña. María me lo contó todo cuando le gustaba conversar conmigo. Sí, hubo un tiempo, no muy lejano, por cierto, en que se pasaba horas y horas hablándome de sí misma, de su infancia, de sus secretos. ¡Y ahora ni siquiera se acerca y tanto menos me habla!»

La cólera se apoderó de él mientras se acercaba a la mesa del centro de la habitación y se llenaba una gran copa de vino. Quizás esto lo haría sentirse mejor. Qué mal se encontraba. Le daban punzadas en las articulaciones y le dolía sin interrupción la cabeza. ¿Pero acudía ella alguna vez para interesarse por su salud? ¡No!

«No lo hizo ni siquiera cuando le mandé decir que no asistiría al bautizo —se dijo—. Si algo debía alarmarla o despertar su curiosidad, era esto. Pero ella siguió agasajando como si tal cosa a los franceses y a los ingleses, a los clérigos y sólo Dios sabe a quién más. ¡Aquí en Stirling, donde nos casamos en secreto! Ordenó incluso que retiraran mi bandeja de plata para utilizarla en el banquete.»

¡La muy perra!

Dio un fuerte manotazo a la mesa. El golpe le repercutió en la cabeza e intensificó su dolor. Estaba sudando. Se pasó la mano por la frente y se horrorizó al notar unos bultitos. Profiriendo un grito, apartó la mano y fue en busca de su espejo. Lo extrajo de su funda bordada, lo levantó ansioso y se estudió el rostro. Unas extrañas protuberancias granulosas le salpicaban no sólo la frente sino también las mejillas. Le resultaban horriblemente conocidas. Había visto aquellos defectos en los rostros de algunas de las mujeres del burdel..., pero nunca en el de alguien con quien él hubiera tratado. Y, además, se le habían irritado las partes pudendas, pero se le había pasado.

Mientras sus pensamientos daban frenéticas vueltas en su cabeza, experimentó una punzada de inquietud en lo más hondo de su ser.

«Sífilis. ¡A lo mejor estoy enfermo de sífilis! —Una ardiente furia pareció desgarrarlo por dentro—. ¡No! ¡No me lo merezco! ¡Es ella quien se lo merece!»

A lo mejor, se la había contagiado. Una jubilosa sensación de alivio le recorrió todo el cuerpo.

Pero no. Llevaban meses sin acostarse juntos.

Se hundió en una banqueta, aturdido. Le sorprendió que su primer pensamiento fuera «¡Ahora ya nunca volveremos a acostarnos juntos!». Aquel hecho se le antojaba la mayor pérdida que pudiera sufrir.

«¡Yo la amo! ¿Por qué ella no me corresponde? —Se cubrió el rostro con las manos

y rompió en sollozos—. ¿Por qué se volvió contra mí? ¿Por lo de Rizzio? Pero yo le supliqué que me perdonara y la conduje a su salvación... ¿Por mi afición a la bebida? ¡Pero si sólo bebía por los tormentos que ella me causaba! ¡Y lo mismo ocurría con las prostitutas!

»No... ¡Es por él! ¡Por Bothwell! ¡Cómo se apresuró a visitarlo al Hermitage... y cómo lo mira; he visto esa mirada!»

Distinguió un resplandor rojizo procedente del prado de abajo y se acercó a la ventana. Como una roja flor sobre una alfombra de nieve, el castillo de frágiles murallas de yeso y papel ardía por dentro como una linterna. Alrededor de la estructura los espectadores formaban una mancha oscura. Ah, sí, era el estúpido castillo de fuegos artificiales en el que ella se había gastado tanto dinero. ¡Todo aquello le interesaba mucho más que él!

Se oyeron gritos de entusiasmo cuando las llamas se elevaron mientras los caballeros del interior repelían el ataque con lanzas encendidas. De repente, los caballeros abandonaron corriendo el castillo entre gritos, haciendo ondear sus estandartes. El castillo se abrió como una amarilla flor infernal y se desintegró en unos ardientes fragmentos que se elevaron en el aire aspirados por los remolinos de las llamas. El estampido de una explosión hizo saltar por los aires todo un volcán de escombros cual si fuera un gigantesco cañón.

«Quiero morir —pensó Darnley—. Quiero morir. Si es imposible que estemos juntos, quiero que muramos los dos el uno en brazos del otro. Entonces sabré que nadie más la tendrá y moriré feliz.»

Otra explosión hendió el aire.

«La pólvora servirá. Haría falta algo más para hacer volar por los aires una casa, pero podría ser una casita, no tendría por qué tratarse de un palacio...»

Y entonces ella, la cruel Reina, moriría, moriría, moriría...

—Y seréis mía para siempre —murmuró contemplando las llamas que combaban la endeble estructura.

## XLIII

Los embajadores abandonaron Stirling y poco a poco los restantes invitados también se despidieron. Durante la semana que precedió a su partida, María disfrutó concertando citas furtivas con Bothwell, a quien transmitía sus instrucciones en voz baja delante de las mismísimas narices de sus ilustres huéspedes.

«Esperadme en la sala privada..., en los aposentos vacíos que ha dejado el conde de Atholl..., en la cámara de la torre, la que mira al Nudo del Rey...»

Y él la esperaba allí con ansia, tras superar todos sus recelos. En los lugares muy fríos se limitaban a besarse, besarse y conversar. Pero en las caldeadas estancias, antes de que retiraran las camas —los criados siempre esperaban un poco a que la ropa de la cama se aireara—, se despojaban de todas las prendas que los separaban y se deleitaban en su desnudez. María se soltaba el cabello para que éste fuera su único manto y Bothwell lo acariciaba y besaba como si tuviera sensibilidad. Ella se tendía, dejaba colgar la cabeza desde el borde de la cama, exponiendo el dulce arco de su largo cuello de transparente piel de alabastro a través de la cual se veía pulsar la sangre en las venas. Su esbelto cuerpo parecía, bajo ciertas luces, una estatua que de pronto hubiera cobrado vida.

—Sois la diosa de la que hablaba Ronsard —murmuraba Bothwell—, pero él sólo os contemplaba en su poética imaginación..., ¡espero!

—En esa época iba toda vestida de blanco —contestaba ella entre risas.

—Y ahora también vais vestida de blanco, con vuestra suavísima piel.

Bothwell parecía haberse librado de todas sus inhibiciones y de sus escrúpulos morales.

Sin embargo los encuentros nunca eran tan frecuentes como ellos habrían deseado, pues la dificultad de las citas, la necesidad de actuar con cautela y la constante vigilancia lo impedían. De ahí que el hecho de yacer juntos en una cama de verdad en una estancia provista de una chimenea encendida supusiese para ellos un insólito y ansiado triunfo.

Además, había que tranquilizar a lady Bothwell, que hacía preguntas, se mostraba nerviosa y anhelaba marcharse.

El día de Navidad María convocó a los lores que quedaban: lord Stewart, Maitland, Argyll, Huntly y Erskine. Desenrolló el documento de indulto a los desterrados y lo leyó muy despacio.

—Todos han de regresar pues los he perdonado —anunció—. Deberéis acoger de nuevo a vuestros hermanos y Dios quiera que esto marque el final de las discordias y

las luchas.

Aquella noche, montado en su caballo blanco preferido, Darnley abandonó el castillo de Stirling para dirigirse a Glasgow y a la bailía de su padre.

## XLIV

Caía la noche de Reyes cuando, con María a su lado, María Fleming, su llamativa Flamina, contrajo matrimonio con Maitland. La ceremonia no se celebró en la capilla real, pues no habría habido suficientes invitados para llenarla, sino en la cámara privada de la Reina. Maitland la contemplaba con expresión posesiva. Había esperado con paciencia casi cinco años, tras haber superado los problemas de la diferencia de edad y capeado todos los temporales políticos que lo habían acercado y alejado con alternancia de la reina a la que afirmaba servir.

María contemplaba con ternura a Flamina. Esperaba que fuera feliz con el Camaleón, que era como llamaban a Maitland sus enemigos políticos.

«Que no cambien sus sentimientos hacia ella tal como, al parecer, cambia su lealtad —pensó María—. Que encuentre en su esposa el único objeto de su fidelidad.»

—Ahora que Darnley se ha marchado, somos libres. Venid esta noche a mi cámara interior —le susurró María a Bothwell al pasar por su lado durante el baile que se celebró a continuación. La súbita libertad se le había subido a la cabeza.

Bothwell frunció el entrecejo y sacudió de manera casi imperceptible la cabeza.

—Demasiado peligroso —musitó más tarde insertando el comentario en una breve pausa entre dos frases inocuas pronunciadas en presencia de un Maitland radiante de felicidad.

De pie al lado de su esposo, lady Jean lo miraba con sus grandes y perspicaces ojos sin dejar de acariciarse el anillo de matrimonio.

¿Con intención?

—Os deseamos la mayor felicidad posible —dijo lady Jean con su voz lenta y adormilada—. El matrimonio está lleno de sorpresas, pero a medida que transcurre el tiempo brilla cada vez más, como un anillo de oro —añadió exhibiendo con visible orgullo su sortija.

—Bailemos —sugirió Bothwell—. Este lo aprendí en Francia.

—Ah, Francia. Tenéis que llevarme algún día...

María no oyó el resto de la frase, pues Bothwell se alejó con su mujer hacia donde se hallaban los danzarines, pero vio que la condesa sonreía y tocaba el hombro de su esposo y que éste le devolvía la sonrisa.

Experimentó una punzada de dolor. ¿Cómo era posible que le doliera tanto aun sabiendo que él la amaba? ¿Y cómo era posible que no pudiera verlo a solas aquella noche?

La música, las antorchas y los invitados la asfixiaban; deseaba huir de allí y



sentarse a esperar a Bothwell hasta que éste se reuniese con ella más tarde.

En cambio, tenía que sonreír, bailar y beber copas de dulce vino, besar a María Fleming y gastarle bromas sobre la noche de bodas.

—La sangre de los Stewart os guiará. La pasión circula por vuestras venas —le aseguró.

Pero ¿qué representaba la sangre apasionada, una bendición o una maldición?

—Por fin podré darle rienda suelta —dijo Flamina—. ¡Y con el beneplácito de la Iglesia!

Más tarde, Bothwell le envió un recado, y a la mañana siguiente, aprovechando que su esposa había salido a cazar, ambos hicieron el amor apasionadamente en los aposentos que él ocupaba con su mujer. Después Bothwell le comunicó que ya era hora de que ellos también se marchasen. Su esposa se extrañaba de que prolongaran tanto su estancia y quería regresar a su castillo preferido de Crichton, cuyo mobiliario estaba renovando.

—Además, se empeña en que hagamos testamento —le explicó Bothwell a María— y dejemos arreglada la cuestión de la herencia.

—¡Pero vos no os acostáis con ella! —exclamó María—. ¿Por qué le interesa tanto decidir lo que va a legar a sus herederos?

—Bueno, tiene hermanos, familia...

—¡Vos no os acostáis con ella!

—María, sed razonable...

—¡No! ¡Me lo prometisteis! No debéis...

—¡Yo jamás os prometí tal cosa! Os prometí amaros siempre...

—¿Y acostaros con vuestra esposa? —gritó María.

—¡No levantéis la voz! —le pidió Bothwell—. ¿Queréis que os oiga todo el castillo? ¿Cómo puedo evitar acostarme con ella? ¿Creéis que no sospecharía si lo hiciera?

—¡De modo que ella ansia vuestro amor y es incapaz de prescindir de él! La muy decente lady Jean Gordon...

—¡Ya basta! Habláis como una vulgar, pesada y exigente amante, no como una reina. ¡No pienso aguantarlo! Ya estoy harto de esta clase de mujeres... quejicas, celosas, absorbentes...

Bothwell intentó besarla.

El hecho de imaginarlo desnudo con su mujer le repugnaba tanto que María apartó el rostro.

—No seáis vulgar —le dijo él—. Lo que yo quiero es una reina.

—¿Tenéis que iros?

—Sí, no hay más remedio.

—¿Cuándo?

—Dentro de una semana más o menos, cuando cambie el tiempo. Ya sabéis que el 14 de enero, el día de san Hilario, suele ser el más frío del año. Lo llaman el Santo de Hielo. Esperaré a que pase este día y después me marcharé.

Sin embargo, al llegar el 14 de enero, María ya tenía otros motivos de preocupación, aparte de la partida de Bothwell. Se habían recibido noticias de Glasgow, donde Darnley había regresado a casa de su padre, de que el esposo de la Reina se hallaba gravemente enfermo de sífilis. Por su parte, ella también se encontraba indispuesta pero por otra razón: estaba embarazada.

¡Debía revelárselo a Bothwell antes de que se marchase! Hizo discretas averiguaciones y se enteró de que se había ido a las caballerizas para supervisar la carga de su equipaje en sus caballos. Tendría que recorrer cuarenta millas con tiempo muy frío, y las provisiones eran muy importantes. Bothwell jamás habría emprendido el viaje sin mantas para los caballos, herramientas, velas y comida adicional, y no confiaba en que los mozos de cuadra sujetasen como es debido el equipaje en las bestias.

Con el pretexto de que deseaba ver cómo estaba su palafrén blanco preferido, *Ladysmith*, tras haber sufrido una misteriosa hinchazón de la rodilla, María se dirigió a las caballerizas. Como era muy amante de los caballos solía visitarlas a menudo, por lo que su presencia en aquel lugar no despertó la curiosidad de los mozos.

Bothwell examinaba los cascos de su caballo con el ceño fruncido. Al levantar los ojos y verla, su rostro se contrajo en una mueca de desagrado que de inmediato se transformó en una expresión de enojo.

—¿Queréis que nos expongamos a sospechas innecesarias? Ya nos hemos despedido. ¡Os ruego que os vayáis! —Miró a los mozos, ocupados en las cuadras. Por el momento, no habían alzado la vista—. Sí, Majestad, veré si hay alguna noticia de Moretta. El último mensaje que recibí en Edimburgo decía que acababa de abandonar París —añadió, levantando un poco la voz—. Lástima que tuviera que perderse la ceremonia.

—¡Bothwell! —María le tiró de la manga—. ¡No puedo comunicároslo por escrito! —Y le susurró al oído—: Creo que estoy embarazada, de modo que he de reunirme con Darnley en Glasgow.

—¡No! ¡Está enfermo! No debéis hacerlo, no debéis...

—No me entregaré a él, pero el mundo tiene que creer que ambos hemos estado juntos. Lo que ocurra en nuestra intimidad es imposible de demostrar... o refutar.

—¡Allí correréis peligro!

Un mozo de cuadra que se encontraba cerca volvió la cabeza y los miró con una sonrisa socarrona.

—Ya os he dicho que no me entregaré a él —repitió María en voz baja.

—La ciudad de Glasgow es peligrosa de por sí. Está llena de miembros de la familia Lennox Estuardo y el propio Lennox permanece al acecho.

—Lennox está enfermo.

—Finge estar enfermo. No permitiré que vayáis sola. Tengo noticias... Corren rumores de que tanto el padre como el hijo planean una monstruosa acción contra vos. Lennox ya dejó clara su intención al no asistir al bautizo. Me han dicho...

—¡No tengo elección! ¡Debo ir!

¿Acaso no lo comprendía?

—Libraos de la criatura. Janet Beaton conoce remedios...

—¿Vuestra antigua amante? ¿La célebre bruja? ¡Quizás el remedio fuera peor que la enfermedad!

María empezaba a hablar alto de nuevo.

—¡Bajad la voz! —le susurró Bothwell—. ¡Os oigo muy bien! Allá vos. Pero sus remedios son eficaces.

—Yo no quiero meterme en brujerías.

—No se trata de brujería sino de simple medicina rural.

Bothwell miró con rapidez en torno a sí.

María no contestó.

—¡No debéis ir a Glasgow! María, os lo suplico...

—A menos que vos dispongáis de alguna información que yo ignoro, y que os ordeno que me facilitéis, tendré que ir.

Bothwell sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Sólo rumores. Pero también corrieron rumores similares antes del asesinato de Rizzio. Incluso Cecil los oyó en Londres. Darnley quiere la Corona. Quienes conspiraron contra Rizzio se la prometieron en pago por su participación. Ahora sabe que buscáis la manera de libraros de él. Ha de hacer algo de prisa mientras esté legalmente unido a vos.

—Desconfío de él pero permaneceré alerta. —María se inclinó hacia Bothwell, pero se contuvo. No debía tocarlo—. Me cuesta creer que sea capaz de causarme daño.

—Rezo para que tengáis razón.

—Adiós. Os escribiré desde Glasgow y os comunicaré todas sus palabras para que, si ocurriera algo, haya una prueba y él jamás se apodere de la Corona.

—Esperaré vuestras cartas. Que Dios os acompañe.

## XLV

Unos días más tarde Bothwell avanzaba penosamente por el helado camino lleno de baches que separaba el castillo de Crichton —donde se había quedado su esposa para dirigir a los artesanos que labraban los nuevos revestimientos de madera de roble de la sala— de Whittingham, una plaza fuerte de los Douglas situada a unas quince millas de allí. El mes de enero era una época muy mala para viajar incluso a distancias cortas, pero la situación de María lo exigía. Justo después de su visita y su «reconciliación» con Darnley, la Reina tendría que enviudar. Así de sencillo.

Lo que él le había dicho resultó ser cierto. Corrían rumores de que Darnley y su padre proyectaban un golpe contra María para apoderarse de la Corona... en nombre del Príncipe, por supuesto. Sin embargo Bothwell ignoraba cuándo lo habían planeado, qué ocurriría con exactitud y quiénes eran los conspiradores.

«Ojalá mis espías estuvieran tan bien pagados como los de Cecil —se lamentó mientras se arrebujaba en su capa—. Entonces lo sabría todo.

»Pero no importa lo que este débil necio haya planeado con tal de que yo actúe primero.»

Estaba abatido. Los combates limpios al aire libre le gustaban. En cambio, aquellas intrigas, aquel comportamiento clandestino y aquella manera intrínsecamente cobarde de enfrentarse con los enemigos no eran lo suyo.

«Mi relación con la Reina me ha llevado a todo esto —pensó—, me ha convertido en un hipócrita tan falso como todos los de la corte. Lo aborrezco. Y ahora, al haber este hijo de por medio, no puedo apartarme sin más.»

La gran torre de piedra de Whittingham apareció por encima de las tristes ramas parduscas del bosque dormido que se extendía al pie de las colinas de Lammermuir. Bothwell entró al trote en el patio, y un tembloroso criado se hizo cargo de su montura. En el interior lo esperaban el conde de Morton, Maitland y Archibald Douglas, el chico para todo de Morton: asesino, falsario y matón.

—¡Ah!

Se volvieron para saludarlo y ofrecerle una copa de cerveza caliente.

—La puntualidad es una virtud —comentó Archibald Douglas—. Que empiece la reunión.

A diferencia de lo que ocurría en las ceremonias de la corte, allí no se intercambiarían cumplidos ni bromas, aunque Bothwell no resistió la tentación de decir:

—Bien, señor secretario Maitland, ya veo que ni siquiera una luna de miel os aparta del necesario cumplimiento de vuestros deberes, como, por ejemplo, la planificación de asesinatos.

—¡Callad la boca! —espetó Morton, dando un paso al frente—. Hablaremos fuera. Bothwell dio unas palmadas a las húmedas piedras grises del muro.

—Incluso las paredes tienen oídos, ¿verdad? —Bebió otro sorbo de cerveza caliente. Habría deseado permanecer un ratito delante de la chimenea para que los entumecidos dedos de sus manos y pies comenzaran por lo menos a hormiguarle.

—Vuestra falta de originalidad resulta decepcionante —repuso Maitland.

—Tanto como vuestra falta de interés por vuestra flamante esposa. Pero el deber os llama. —Bothwell apuró la cerveza, dejó la copa y se encasquetó el sombrero.

En el exterior el frío parecía cernerse justo por encima del suelo.

—Junto al tejo —indicó Archibald, señalando un solitario y gigantesco árbol a unos cien pies de la casa, rodeado de helechos y rocas cubiertas de líquen.

Avanzaron con cautela por el campo, resbalando sobre las piedras y llenándose las botas de nieve.

El árbol, con sus gruesas ramas inferiores, parecía una tienda que los protegía del viento.

Morton se sentó en una de las rocas más planas tras haber extendido su capa sobre ella.

—Vos os lo tomáis a broma —le reprochó a Bothwell—, pero hay espías por todas partes. Y es de todo punto necesario que no nos oigan.

Maitland, el recién casado, fue el primero en hablar.

—El problema es sencillo, caballeros. La Reina lamenta haberse casado con lord Darnley. Nosotros lamentamos su matrimonio. No hay nadie que no lo lamente excepto el propio Darnley y su orgulloso progenitor. Ya es hora de que este matrimonio termine como reza la tradición: hasta que la muerte nos separe. El hecho de haber oído yo mismo este voto me ha inspirado la idea.

—Sí —dijo Bothwell—. El divorcio, las anulaciones... dejan demasiadas cuestiones sin resolver.

—¡Y no castigan al transgresor! —gruñó Morton—. Nos traicionó en el asunto de Rizzio... ¡Se revolvió contra su propio clan, el de los Douglas! ¡Esto es intolerable! Tuve muchos meses para meditar acerca de ello durante mi exilio, primero en Inglaterra, después en Flandes y luego de nuevo en Inglaterra —añadió con un destello de furia en los negros ojos.

—¿De modo que queréis asestar el primer golpe? —preguntó Archibald—. Para conservar la tradición familiar y utilizar el gran mandoble de *Cascabel del Gato*. Para eso lo tenéis en vuestro poder.

Morton se acarició la poblada barba pelirroja.

—No me atrevo —dijo al cabo.

—¿Cómo? —Bothwell lo miró con incredulidad—. ¿Para qué hemos propiciado vuestro regreso entonces?

—Ahí está —contestó Morton, malhumorado—. Acabo de recibir el indulto real por un asesinato. No oso cometer otro tan pronto.

Una ráfaga de viento hizo entrechocar las ramas del árbol. Todos miraron enfurecidos a Morton.

—Lo odio —gritó— y con gusto descargaría contra él no sólo el primer golpe sino todos los demás... si la Reina me encargara esta misión.

—Ella es quien os la encarga. Nos la ha encargado a todos —aseveró Maitland—. En Craigmillar lo discutimos, y la única condición que la Reina nos impuso fue la de que con ello no quedara mancillado su honor.

—Sin embargo, el «ello» no se definió con claridad —reconoció Bothwell—. Nos dijo que deseaba recuperar su libertad; a eso se refería el «ello».

—Hacedlo y la Reina os lo agradecerá —afirmó Archibald.

—No sin una orden expresa suya —replicó Morton con tozudez—. Por escrito.

—Os la dará —le aseguró Archibald.

—Pues entonces conseguídmela vos —dijo Morton.

—Lo haré —respondió Archibald enfurecido—. Y muy pronto.

—Pero ¿cómo lo haremos? —terció Maitland—. Deberíamos ponernos de acuerdo ahora mismo sobre el plan ya que nos encontramos tan bien protegidos de los escuchadores furtivos —añadió mirando a Archibald con gesto burlón.

—Apuñalémoslo en los campos —propuso Bothwell—. Es tan aficionado a la cetrería que incluso la practica cuando hace mal tiempo. Sería fácil atraerlo con engaño hacia algún desierto paraje, y entonces...

—Tendríamos que asesinar a sus servidores, Standen, Taylor...

—Habéis pasado por alto el detalle de que lord Darnley sabe que lo aborrecéis y, por consiguiente, sospecharía si lo invitarais a salir a cabalgar por los campos —susurró Maitland.

Morton lo miró con semblante abatido.

—Cierto. Pero asesinar a alguien en el interior de un palacio es difícil. Hay demasiadas personas alrededor. Recordad lo que ocurrió con Rizzio.

—Podemos tenderle una emboscada cuando se traslade de un palacio a otro —apuntó Archibald— y conseguir que el hecho se atribuya a unos forajidos o salteadores de caminos.

—Hummm... Sí —dijo Maitland—, pero dependería de lo numeroso que sea el séquito.

—Tendámosle una emboscada cuando salga a practicar la cetrería, como siempre —propuso Bothwell—. Así, tendríamos la ventaja de un grupo más reducido en un lugar apartado.

—Alguien debería informarnos de sus movimientos, lo que significa que tendríamos que incluir en la conspiración a alguien muy allegado a él —señaló Maitland.

—Es bien sabido que sir James Balfour mantiene un estrecho trato con él —dijo Archibald—. Y es corruptible.

—Entonces tal vez nos traicionaría a nosotros —objetó Bothwell.

—¿Un veneno? —sugirió Maitland—. Siempre queda este antiguo recurso.

—Pero nos encontraríamos de nuevo con el problema de buscar a alguien lo bastante cercano a él como para administrárselo —señaló Morton.

—No si se le administrara en el transcurso de algún acontecimiento público, un banquete, por ejemplo.

—Quizá lo más sencillo sea lo mejor —se apresuró a decir Maitland—. Prenderlo en nombre de la Reina y matarlo cuando oponga resistencia. En defensa propia, por supuesto.

—Conseguid la orden —le indicó Morton a Archibald—. Sufriría una amarga decepción si no lograra vengar mi traición.

## XLVI

María miró a Archibald Douglas, el moreno asesino que no debería haber pertenecido a los Douglas Rojos sino a los Negros. Había solicitado entrevistarse con ella en privado y ella se lo había concedido la víspera de su partida hacia Glasgow. Sin embargo, al formularle él su petición al oído, apenas dio crédito a sus palabras.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡Me niego a escuchar siquiera una sugerencia tan perversa! ¡Fuera ahora mismo de mi vista!

¿Permiso para matar a Darnley? Ella, más que nadie, deseaba que Darnley conservara la vida. Los muertos no engendran hijos.

Incluso había enviado a toda prisa a Bourgoing con el fin de que lo sometiera a tratamiento para que no fuera a sucumbir a causa de su enfermedad antes de que ella pudiera reunirse con él y pasar una noche a su lado detrás de una puerta cerrada.

Con ostensible agitación, Bothwell se había dirigido a toda prisa a Edimburgo y ahora insistía en que él y Huntly la acompañaran hasta medio camino de Glasgow. A María, que se alegraba de verlo bajo cualquier pretexto, le conmovió que se preocupara tanto por ella. Había decidido pasar la noche en Callendar House, la casa de la familia de María Livingston. De esta manera, su seguridad estaría garantizada y ella tendría ocasión de reencontrarse con su querida Lusty. Aunque ésta visitaba con frecuencia la corte con su hijito, en los últimos dos años ambas habían disfrutado de muy pocos momentos de intimidad.

Se pusieron en camino dejando Edimburgo a su espalda un día de finales de enero en que el tiempo era relativamente templado. Aun así el trayecto estaba lleno de barro y bloqueado por los árboles caídos y los montículos de hielo, por lo que se vieron obligados a viajar muy despacio. Bothwell cabalgaba orgulloso por delante de ellos mientras sus ojos escudriñaban ambos lados del camino por si hubiera algo sospechoso. A María le encantaba verlo cabalgar. Su cabello cobrizo brillaba bajo los oblicuos rayos del sol.

«No sé si el niño tendrá el cabello del mismo color», pensó, pero al momento la invadió un sentimiento de culpa y también de emoción. El niño. ¡Llevaba en sus entrañas un hijo suyo!

Aquella mañana se había mareado y, por consiguiente, el viaje se le habría antojado insoportable de no ser porque iba a efectuarlo en compañía de Bothwell y aquellas náuseas eran una prueba de la existencia del niño.

Bothwell había intentado darle a entender que debía comunicarle cierta información pero, de momento, no se le había presentado la oportunidad de hacerlo. Quinientos



jinetes con relucientes armas de acero los rodeaban y se extendían hasta casi una milla a su espalda cual una brillante cola de dragón.

A media tarde llegaron a Callendar House, cerca de Falkirk; habían tardado todo el día en recorrer veinticinco millas. Cuando el sol ya había empezado a ponerse detrás de la torre de piedra tiñendo de rosa sus ásperos muros, María se alegró de desmontar y acercarse a la puerta abierta ante la que lord Livingston, su esposa y su amada Lusty la esperaban. Se acercó corriendo a sus amigos de tantos años y los abrazó.

María Livingston, con su redondo rostro y su rolliza figura, llevaba una vida muy sencilla que a ojos vistas le sentaba muy bien, pues su aspecto era mucho más saludable que el de cualquier dama de la corte.

Aquella noche entonaron canciones francesas —que Bothwell conocía muy bien pues hablaba el francés a la perfección— y charlaron animadamente. Nadie aludió a que hubiese algo capaz de turbar el aburrido sosiego del que disfrutaban en aquellos momentos.

Mientras subían a sus aposentos, Bothwell tuvo ocasión de inclinarse hacia ella y susurrarle al oído:

—Redoblad las precauciones. Sé que Lennox trama algo con alguien de Europa. Se ha recibido dinero secreto del Papa y ha llegado al país un jesuita.

—¡Pero si soy católica! —replicó ella en voz baja—. ¿Por qué iba el Papa a conspirar contra mí? Vuestra información es inexacta, tiene que serlo.

—¡No! Reconozco que, a primera vista, quizá parezca desconcertante, pero...

Lord Livingston se acercó a ellos para describirles con todo detalle sus aposentos y, al mismo tiempo, para disculparse por ellos.

—... me temo que resultarán demasiado pequeños, os pido perdón. Pero confío en que las nuevas colgaduras que acabo de recibir de París serán de vuestro agrado...

—Estoy segura de que sí —contestó María.

Empezaba a sentir náuseas de nuevo y lo único que deseaba era tenderse con una jofaina al lado. Además, debía oír el resto del informe de Bothwell.

Pero él se vio conducido sin remedio a otra ala de la casa y ya no hubo oportunidad.

Mientras María se tendía en la cama y cerraba los ojos para descansar y mitigar las molestias de su estómago, entró María Livingston para desearle un feliz descanso nocturno. Esta permaneció un momento a los pies de la cama y, contemplando su amado y conocido rostro, María experimentó un profundo alivio. Anhelaba abrirse a Lusty, pero, aunque sintió la tentación de hacerlo, la absoluta imposibilidad de cumplir su deseo le hizo comprender el gran abismo que la separaba de su antigua vida.

No debía revelar nada a Lusty ni a ninguna otra persona que la conociese desde antes. Ahora no tenía a nadie en quien confiar excepto Bothwell.

Se sentía sola del todo sin él.

A primera hora de la mañana se separaron, Bothwell para regresar a Edimburgo y, desde allí, a Crichton, y María para cubrir las veinticinco millas restantes que quedaban hasta Glasgow. Lord Livingston ocupó el lugar de Bothwell.

Mientras recorrían con cautela el paisaje invernal adentrándose cada vez más en el hostil territorio de los Lennox Estuardo, a María la invadió una profunda desazón. Las lealtades eran distintas en la parte occidental de Escocia, donde imperaban otros señores.

Por el camino rodearon los altos terraplenes de las ruinas de la segunda muralla romana, llamada Antonina, ahora cubiertos por completo de maleza. María experimentó una profunda tristeza al recordar el interés de Darnley por los vestigios de los antiguos romanos. En otros tiempos a Darnley le interesaban muchas cosas, o al menos eso creía ella.

Antes de que llegaran a Glasgow los recibió Thomas Crawford, sirviente de Lennox. Había acudido allí a fin de hacerle saber a María —para que a nadie le pasara inadvertido el insulto— que su señor no se hallaba presente para recibirla.

¡El muy cobarde! ¿Estaría escondido en su cámara del castillo de Glasgow, mordiéndose nervioso las uñas, o sencillamente quería burlarse de ella?

—No hay medicinas contra el miedo —dijo María sin lograr ocultar el desprecio de su voz.

—Milord no tiene miedo por sí mismo, sino sólo por las frías y crueles palabras que le habéis dirigido a su hijo —replicó Crawford, encrespándose.

Qué sujeto tan antipático y orgulloso era el tal Crawford... Amo y criado eran tal para cual.

—¿Tenéis algo más que decirme? —le preguntó.

—No —contestó el hombre.

—Pues callaos entonces —le ordenó María, indicándoles por señas a sus acompañantes que lo rodearan y reanudaran su camino hacia Glasgow.

Cuando se acercaron a la pequeña aldea que yacía junto a las orillas del río Clyde, ésta les pareció un lugar inocente y acogedor. En el centro de la localidad había un castillo y una catedral con un contiguo palacio arzobispal, vacío desde que el arzobispo Beaton se marchase a vivir de modo permanente a París tras el triunfo de Knox y sus seguidores siete años atrás. A aquel hermoso conjunto de edificios se encaminó la Reina cuando el sol poniente teñía de carmesí las aguas del Clyde.

## XLVII

Darnley jugueteaba con su pluma de escribir. Había experimentado el repentino impulso de componer poesía mientras permanecía acostado en su cama, meditando acerca de la crueldad de María en contraposición con su puro y vehemente anhelo. Se había levantado de las sucias y sudorosas sábanas para ir a sentarse trémulo junto a su mesita. Su criado Anthony Standen se le acercó de inmediato para intentar convencerlo de que regresara a la cama, pero, por el contrario, recibió la orden de ir en busca de la pluma y la tinta y así lo hizo. Anthony había aprendido a obedecer siempre y sin rechistar. Era una de las cosas que a Darnley más le gustaban de él.

Ahora, envuelto en su camisa de dormir y con unas pieles echadas sobre los hombros, Darnley se inclinó sobre la mesa y estudió los versos.

—Dulzura, ¿con qué rima? «¿Buscando su dulzura, suelen hallar la hartura?» No. ¿Holgura? ¿«Adorarla en su donosura»? ¿Calentura? Ah...

Con la mirada perdida dejó que las palabras se ordenaran solas en su mente en pulcras hileras cual soldados. Qué maravilloso era poseer el don de la poesía.

—Ah, ya lo tengo. —Se incorporó en su asiento para que las palabras se derramaran sobre el papel.

*que sufro gran quebranto  
do siempre de acapara allá,  
raste esfuerzo es en vano.  
sufrieron muchos en verdad  
s no supieron descubrir  
uen camino de la dulzura.  
unto más cerca el fuego está de mí,  
o mayor es mi calentura.*

¡Perfecto! La siguiente estrofa había surgido de su mente formada del todo.

*órtola que espera en su nido  
sufre tanto la ausencia del amado  
to yo sufro por el cruel sino  
ue me condena su inmisericorde mano  
s mi corazón...*

El dolor. El dolor era tan intenso que no lo habría resistido de no haber sabido que muy pronto terminaría. Saberlo constituía un alivio; saber que tenía el poder de

alcanzar la liberación y acabar con su dolor. Y que él y María quedarían unidos para siempre. En las crónicas de la historia sus nombres siempre se mencionarían juntos.

«Seremos inmortales —pensó—. ¿Qué mejor regalo puede ofrecer un amante?»

—Sire, sir James Balfour está aquí —anunció Standen.

El último verso tendría que esperar. Confiaba en no olvidarlo. La última frase sería «Adiós, no puedo decir más». Ahora debía ocuparse del presente.

Se cubrió el rostro con la máscara de tafetán y se puso un sombrero para ocultar las zonas donde se le había caído el pelo.

Balfour entró procurando reprimir la repugnancia que sentía. Era un hombre de mediana edad con una extraña y casi reluciente piel que parecía de papel, tirante en toda la superficie de su rostro. Llevaba el cabello más corto que la mayoría de los hombres y sus ojos eran tan claros que producían la inmediata impresión de ser unas duras y lechosas canicas incoloras.

—Me honra vuestra llamada, Majestad. ¿En qué puedo servirlos? —preguntó, hincando la rodilla en tierra.

El otoño anterior Darnley lo había ayudado a obtener el puesto de secretario del Consejo Real a pesar de que se lo consideraba «el peor bribón de Escocia», fama que se había ganado a pulso (a pesar de la dura competencia) asesinando al cardenal Beaton, saqueando las propiedades eclesiásticas, traicionando y blasfemando. Balfour se había mostrado dispuesto a servir a Darnley... siempre y cuando no llegara otro dispuesto a pagar un precio más alto. Por el momento, no lo había encontrado.

—Si quisiera (es una simple suposición) que alguien muriese en una explosión... ¿resultaría técnicamente posible? Ya sé que a veces los cañones estallan y que el frágil castillo que se construyó en Stirling con este propósito saltó por los aires, pero si alguien quisiera hacer volar una estancia... —A Darnley le temblaba la voz. ¿Y si no fuera posible? ¡Cuán grande sería su desilusión! Contuvo el aliento y esperó.

—No es una ciencia exacta, Majestad. La potencia de la pólvora es muy variable, y en nuestro clima suele humedecerse, en cuyo caso ni siquiera se enciende. ¡Más os valdría hacerlo en Italia! —Balfour soltó una carcajada tan áspera y severa como los ángulos de su rostro.

—Por desgracia, esta alternativa no es posible. —¿Cómo se atrevía aquel hombre a burlarse de él? Era tan despreciable como los demás—. ¿Qué habría que hacer para llevarlo a cabo en Escocia?

Balfour respiraba por la boca para evitar el fétido aliento de Darnley; olía como una turbera en cuyo centro hubiera un cadáver en descomposición.

—Para que se produzca una explosión, la pólvora debe estar muy compacta y apretada. Si se quisiera provocar una pequeña explosión, bastaría con un barril, pero para hacer volar una estancia de piedra... habría que cavar un hueco debajo. —Balfour observó que Darnley apretaba los labios, enfurecido—. O aprovechar una casa que ya

dispusiera de una cripta o un sótano —añadió.

—¿Vos conocéis alguna casa así?

—Pues sí —respondió Balfour con una sonrisa—. Mi hermano Robert tiene una: la vieja casa del preboste de Kirk O'Field. Pero es una mansión muy valiosa y, como es natural, habría que compensarle. —Cruzando los brazos, agregó—: Sería un asesinato muy caro. ¿Por qué no emplear una simple daga? Resultaría mucho más barato, silencioso y limpio.

—No quiero que sea limpio ni silencioso. ¡Quiero que sea espectacular! —exclamó Darnley.

—Bien. La ventaja de una explosión es que se puede matar a mucha gente al mismo tiempo, y en este sentido no saldría tan cara. Además, se borran todas las pistas y se realiza una contundente advertencia. Todo el mundo sabrá que no fue un hecho accidental sino deliberado.

—Justamente —musitó Darnley.

Balfour percibió la fetidez de su aliento e hizo una mueca.

—¿Podéis encargarnos de esto? —le preguntó Darnley.

—Sí. Pero, aun a riesgo de molestar a Vuestra Majestad, debo saber a quién pretendéis matar.

—¿Por qué?

—Porque hasta yo tengo mis principios y no mato a cualquiera sin más —contestó Balfour—. Mi conciencia no me permitiría acabar con ciertas personas.

—¿De veras? —Aquel hombre era un embustero. No tenía conciencia; sólo temía ser una de las víctimas—. Acercaos un poco más. Os lo diré al oído.

Conteniendo la respiración, Balfour acercó la cabeza a la de Darnley, que murmuró:

—A la Reina.

Balfour dio un respingo que no pasó inadvertido al Rey.

—¿Y bien? —le preguntó éste—. ¿Os veis capaz de hacerlo?

Balfour sonrió mirándolo de soslayo.

—Sí. Puedo cumplir la tarea. —«¿Cuánto les costaría a otros el intento de impedirlo?», se preguntó. «¡Quizá me convierta en un hombre muy rico!»

—Muy bien —dijo Darnley—. Me hacéis muy feliz.

## XLVIII

María y sus acompañantes llegaron al patio, desmontaron y se dispusieron a entrar en el castillo. Huntly, Livingston y sus sirvientes habían encontrado alojamiento en la ciudad al igual que los Hamilton. Unos criados que sostenían antorchas encendidas se hicieron cargo de sus cabalgaduras. De repente, en medio de las sombras del ocaso, María vio a sir James Balfour, que abandonaba el castillo a través de una puertecita lateral. Para dirigirse a los establos, se vio obligado a doblar una esquina del patio y, a pesar de que la capa le cubría casi todo el rostro, sus inconfundibles ojos incoloros traicionaron su identidad.

¿Qué hacía allí? El antiguo secuaz de Knox, el asesino del cardenal, estaba ahora en el bolsillo de Bothwell. Por lo menos, así se lo había dicho éste. Bothwell no le había informado de su presencia en Glasgow, lo que significaba que la ignoraba.

María lo saludó con la cabeza y él, indiferente, le devolvió el saludo. El carácter furtivo de su gesto la inquietó.

«Bothwell me lo advirtió —pensó—. Dijo que correría peligro, aunque no sabía de qué clase. Sin embargo, está claro que aquí hay cosas que no sabemos... Me encuentro en el territorio de mis enemigos. Aquí mi esposo y su padre son unos auténticos reyes.» Subió muy despacio por los peldaños del castillo, recogiendo las faldas. ¿Qué la esperaba allí dentro? Los cuidados de que precisaba Darnley exigirían varias estancias todas comunicadas entre sí para administrarle las medicinas y los tratamientos necesarios.

Unas humeantes antorchas iluminaban el oscuro y angosto pasadizo proyectando sombras sobre la piedra desnuda de la que no colgaba un solo tapiz. Parecía el corredor de una pesadilla, lóbrego, frío y siniestro. Casi esperaba que los candelabros de pared se movieran de un momento a otro cual espectrales manos.

¿Por qué no había guardias en aquel lugar? María hizo girar con gran lentitud el tirador de la primera puerta que encontró. En la estancia sólo había un camastro y una mesa cubierta de tarros con tapón, botellas de cristal opaco y cuencos de hierbas secas. El aroma de la angélica y la mejorana inundaban el lugar.

En la habitación de al lado había una cama de regias dimensiones con colgaduras bordadas de terciopelo azul y un baldaquín con borlas e incluso un reclinatorio colocado delante de un crucifijo. Pese a que la habitación, al igual que la anterior, se hallaba vacía, María entró y la cruzó para pasar a la siguiente, donde oyó un murmullo de voces e incluso el sonido de un laúd.

Darnley estaba inclinado sobre el instrumento, cantando para sí. María sólo lo reconoció por la voz, pues la criatura que vio estaba casi calva y cubierta de lívidas llagas moradas. Un cadáver rasgueaba las cuerdas del laúd con manos esqueléticas

para acompañar su canto.

*, Tierras Altas y Bajas,  
nde estabais que no os vi?  
onde de Moray dieron mortaja  
enterraron aquí.*

Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, Darnley parecía una auténtica calavera.

*valiente y juncal,  
te nunca hubo más gallardo,  
uen conde de Moray  
ría haber sido un soberano.*

—Un bastardo jamás será rey —afirmó María en voz alta.

Darnley abrió de pronto los ojos y la miró.

—Conque habéis venido —dijo en un tono que no era de bienvenida sino de acusación.

Ya era demasiado tarde para cubrirse el rostro con la máscara de tafetán. No importaba... ¡Que lo viera tal como estaba!

—Ya lo veis.

María intentó no mirarlo, pero los efectos de la transformación eran tan sorprendentes que tuvo que hacer un esfuerzo. La carne que le cubría los delicados huesos había desaparecido y ahora parecía una de aquellas grotescas y escuálidas figuras que colgaban de los patíbulos, excepto porque su piel no estaba ennegrecida ni putrefacta, sino que más bien era translúcida y estaba cubierta de costras y manchas moradas. La calva cabeza le confería un preternatural aspecto de anciano.

—Bourgoing me ha ayudado —dijo Darnley, dejando a un lado el laúd—. ¡Deberíais haberme visto como estaba antes! ¡Venid a darme un beso, amada esposa! —añadió entornando los ojos.

María trató de sonreír y se acercó un poco más a él. De cerca, su apariencia resultaba todavía peor. Algunas llagas todavía rezumaban líquido. Vio un lugar intacto cerca del ojo izquierdo y lo rozó ligeramente con los labios.

—Gracias —musitó Darnley—. Ya empiezo a notar la mejoría.

El aliento le apestaba. Era como si lo tuviera emponzoñado; no había otra palabra para describirlo.

«No lo soporto —pensó ella—. Por nada del mundo permanecería encerrada con él una noche en esta habitación. Habré de llevármelo a Edimburgo, tenerlo a mano y una

noche, cuando ya esté curado...

»Pero ¿se curará? ¿Y si su enfermedad fuera crónica o mortal? ¿Y si ésta fuese mi única oportunidad de pasar una noche con él?

»En tal caso, deberé afrontar mi vergüenza más reciente, pues no soy capaz de...»

—Me estáis mirando fijamente, mi amada esposa. ¿Acaso mi aspecto os repugna?

«Éste es el rostro del pecado —pensó María—. Lo que ocurre es que él lleva el suyo escrito en la cara. El mío y de Bothwell es todavía invisible. Pero todos los pecados se mostrarían así de feos si los viésemos.»

—No. Os compadezco —respondió, y era cierto. Estaba tan conmovida como las numerosas veces en que Francisco había estado enfermo y la ocasión en que el propio Darnley había contraído el sarampión—. Quisiera que os curarais enseguida. Me duele veros sufrir tantas molestias.

Anthony Standen, el joven y apuesto servidor de Darnley, pareció surgir de repente de las sombras de un rincón de la estancia. Darnley lo miró con el ceño fruncido.

—Tráeme unas toallas calientes —le exigió en tono quejumbroso—. He de enjugarme el rostro.

Standen se retiró.

—¿Os duele? Vuestro desprecio es el que me ha puesto enfermo —dijo Darnley—. Por vuestra crueldad me encuentro en el estado en que me veis. —La miró con expresión acusadora y después se acarició despacio la calva—. ¡Bien sabe Dios que he sido castigado por haberos convertido en una diosa o no haber pensado más que en vos!

María se apartó de él todo lo que pudo sin mostrarse descortés.

—No acierto a comprender en qué ha consistido mi crueldad para con vos y jamás he deseado que me tratarais como a una diosa.

—Sois cruel cuando os negáis a aceptar mi arrepentimiento y a reconciliaros conmigo. —Darnley intentó levantarse, pero las débiles y trémulas piernas no lo sostuvieron—. Vos decís que me arrepiento y acabo por caer de nuevo. ¡Pero soy muy joven! ¿No me están permitidos los errores de la juventud? ¿Por qué esperáis tanto de mí? —La miró con rabia—. Habéis otorgado el perdón a otros súbditos vuestros que habían cometido faltas..., a traidores como Morton y lord Stewart. ¡Sí, con ellos sois clemente!

Se le veía tan ingenuo y desvalido... Pero era un pozo de mentiras; tal vez sus falsedades eran tantas que ya no las recordaba y, por consiguiente, se consideraba honrado.

—¿Qué me decís de los rumores que han llegado a los oídos de varios miembros del Consejo, según los cuales habéis aparejado un barco para abandonar Escocia? Un tal señor Hiegate ha revelado que tramáis secuestrarme y coronar al Príncipe. Me lo comunicó un hombre de Glasgow, un tal Walker —contestó María, contraatacando.



—¡Le arrancaré las orejas! —gritó Darnley—. ¡Es un embustero! No hay más conspiración que la que están urdiendo los miembros de vuestro Consejo. Sí, me he enterado de que quieren encerrarme en la cárcel y matarme si opongo resistencia. ¡Me lo ha dicho el preboste de Glasgow! Pero también he sabido —añadió en tono zalamero— que vos os negasteis a firmar la petición que os presentaron.

¡Alguien de Craigmillar la había traicionado!, pero quizá no hubiera sido uno de los cinco conspiradores, sino un espía. María se estremeció y se sintió muy vulnerable.

—Por eso —añadió Darnley con suavidad—, jamás creí que vos, que a fin de cuentas sois mi propia carne a los ojos de Dios, fuerais capaz de causarme algún daño.

«Su carne..., su carne podrida..., una sola carne... ¿Podría yo decir también de él que jamás sería capaz de causarme daño?»

Standen regresó con una bandeja con toallas húmedas calientes y empezó a aplicarlas con cuidado al cuello y el rostro de Darnley, eliminando las costras de las llagas. Darnley parecía tan complacido como un gato cuando lo acarician.

—Me voy a la cama —le dijo al fin Darnley a Standen.

El criado lo ayudó a levantarse y a dirigirse con trémulos pasos al lecho. Pero primero Darnley cayó de rodillas en el reclinatorio y contempló con expresión suplicante el crucifijo. Después dejó que Standen lo acompañara a la cama. Temblando a causa del esfuerzo, consiguió deslizarse bajo las mantas. Antes de que el criado lo tapara con los cobertores, se le vieron por un momento las piernas, tan delgadas como las patas de una cigüeña.

—Mi mayor deseo en esta vida es que nos reconciliemos y vivamos una vez más como marido y mujer —dijo en cuanto Standen se retiró—. Y si no fuera posible, si yo supiera que nunca lo conseguiré, jamás me levantaría de nuevo de esta cama; ¡no, nunca jamás!

—Éste es también mi deseo —dijo María en su tono más amable y persuasivo—. He venido a veros precisamente por esto, pero primero es necesario que os curéis de vuestra enfermedad, y será mejor que regreséis conmigo al castillo de Craigmillar para someteros a un tratamiento. El lugar es más sano que Holyrood por hallarse a mayor altura, y su cercanía me permitirá veros todos los días. Las estancias están dispuestas de tal manera que podréis tomar todos los baños medicinales que necesitéis.

—No puedo viajar.

—He traído una litera para trasladaros.

—¿Tan deseosa estáis de que me recupere y nos unamos de nuevo? —Darnley parecía conmovido—. ¿De veras lo deseáis?

María asintió con la cabeza.

—¡Bien! En tal caso, me convenceré de que es cierto, pues, de lo contrario, las consecuencias serían más graves de lo que imagináis. —Darnley suspiró y tiró de las mantas hacia su rostro.

—Los dos estamos muy cansados —dijo María, alegrándose de que su encuentro con Darnley hubiera terminado por aquella noche. Dio media vuelta para retirarse.

—¡Os ruego que os quedéis aquí! ¡No os vayáis!

—Debo dormir en otro sitio, apartado de vuestra estancia de enfermo. El palacio arzobispal está a sólo cien yardas de distancia. Regresaré muy temprano, os lo prometo...

Darnley extendió rápidamente la mano, que parecía una serpiente dispuesta a atacar, y la asió por la muñeca.

—¡No! ¡No debéis iros! No regresaréis...

—¡Os prometo que lo haré! —respondió María, intentando soltarse.

—¿Está Bothwell aquí?

A María se le heló la sangre en las venas.

—¡No, por supuesto que no! —contestó, apartando la muñeca.

—Pues entonces imaginad que esto es el Hermitage y que el palacio arzobispal es Jedburgh y estoy seguro de que regresaréis mañana a primera hora —susurró Darnley. De repente, su tono cambió—. ¡Me alegro tanto de veros que podría morir de felicidad!

Sola por fin en su aposento interior en calidad de huésped del ausente arzobispo, María se levantó con sigilo de la cama. María Seton, su única servidora, pues madame Rallay ya era demasiado mayor para efectuar aquel viaje en invierno, ya había rezado en su compañía, como de costumbre, y se había retirado para que durmiese tranquila.

Pero ¿cómo iba a dormir? No, aquella noche le habría resultado imposible conciliar el sueño. El hecho de ver a Darnley en semejante estado, reducido a una mera manifestación de la enfermedad, la había impresionado. Incluso en aquella estancia le parecía sentir la presencia del extraño velo de maldad que cubría el castillo de Glasgow. Quizá María Seton, tan seria y piadosa, no hubiera percibido aquella aura. A lo mejor, una persona debía estar familiarizada con el mal para percibirlo.

María extrajo unas hojas de papel de no muy buena calidad que había conseguido ocultar entre sus efectos personales. Alisó con cuidado una de ellas y colocó un candelabro en un extremo para sujetarla e iluminarla.

Sacó la pluma y empezó a escribir. Nada de saludos, fecha o dirección. No debía revelar su identidad ni la del destinatario.

Lejos del lugar donde dejé mi corazón, quizá fuera posible juzgar con facilidad mi conducta, teniendo en cuenta lo que es el cuerpo cuando el corazón está ausente...

Le había resultado tan difícil dejarlo para cumplir aquella repugnante y difícil obligación precisamente por el amor y el pecado que ambos compartían...

«Pero ¿sería yo capaz de borrarlo? ¿Conseguiría que todos los abrazos y todos los besos desapareciesen como si jamás hubieran existido? No. Fue entonces cuando empecé a vivir, destruir mi felicidad significaría la muerte.»

Bothwell... Se lo imaginaba abrazándola, inclinando la cabeza para besarle los pechos mientras ella apoyaba la mejilla en su corto y sedoso cabello... Su cuerpo ansiaba abrazarlo y recibirlo.

Estaba temblando. La llama de la vela parpadeó a causa de la fría corriente de aire que se filtraba por las paredes.

Debía informarle de lo que había ocurrido aquel día.

A unas tres leguas de Glasgow se acercó un caballero del conde de Lennox y me presentó sus respetos y disculpas...

A continuación, describió su llegada a Glasgow, habló de los señores que la habían saludado y de otros cuya ausencia suponía un mal presagio.

Anotó las respuestas de Darnley a los rumores que circulaban acerca de su conspiración, la acusación que él le había hecho acerca de su intención de encarcelarlo y matarlo y toda la conversación que ambos habían mantenido acerca de su propio alejamiento de Darnley y del deseo que éste tenía de que ella lo perdonase y se reconciliara con él. La vela se extinguió y salpicó cera sobre el papel. María la sustituyó por otra nueva y siguió escribiendo.

El Rey me hizo muchas preguntas, sobre si había tomado a mi servicio a French Paris y a Gilbert Curle como secretario. No sé quién se lo habrá dicho. Incluso me preguntó por la inminente boda de Bastian, mi servidor francés.

Se enojó cuando le hablé de Walker y aseguró que le arrancaría las orejas y que éste mentía, pues antes yo le había preguntado qué motivos tenía para quejarse de algunos lores y amenazarlos. Lo negó y dijo que antes preferiría perder la vida que causarme el menor disgusto. En cuanto a lo otro, por lo menos vendería cara su vida.

A lo mejor Bothwell lo entendería. Convenía dejar constancia de ello.

En nombre del obispo y de Sutherland, me lo ha contado todo acerca del asunto sobre el cual vos me advertisteis. Ahora, para lograr que confíe en mí, debo ganarme su favor. Por consiguiente, al exigirme él la promesa de que, cuando se curara, yo compartiría de nuevo su lecho, le contesté —fingiéndolo creer en la suya— que, si él no cambiaba de parecer, yo estaría de acuerdo. Sin embargo le pedí que lo mantuviera en secreto pues los lores temían que, si nosotros volviéramos a estar juntos, él se vengara de ellos.

«Me alegro de que les hayáis hablado de mí a los lores —me dijo—. Confío en que, a partir de ahora, queráis llevar una existencia feliz conmigo. Pues, en caso contrario, las consecuencias para ambos podrían ser más graves de lo que vos imagináis.»

Aquellas habían sido sus palabras. ¿Qué habría querido decir? Quizá Bothwell lo supiese.

No quería que me retirara e insistió en que me quedara con él. Fingí creerle y le aseguré que lo pensaría y después me disculpé por haberle obligado a permanecer levantado hasta tan tarde pues me había comentado que no dormía muy bien. Vos jamás le habéis oído hablar mejor ni con más humildad; si no tuviera pruebas de que su corazón es tan mudable como la cera y no supiera que el mío ya es tan duro como el diamante, me habría compadecido de él. Pero no temáis, no fallaré en mi propósito ni os seré infiel.

Darnley era una viva y conmovedora imagen de la contrición, pero también un embustero y un asesino.

«No dejaré que me engañe —pensó María—, por muy lamentable que sea su estado.»

De pronto, le pareció intuir la presencia de otra persona en la estancia. Volvió la cabeza y miró hacia las sombras pero no vio nada. Era sólo una sensación.

«Pero ahora yo también soy una embustera —se dijo—. Darnley me ha contagiado y empiezo a ser como él. Una sola carne... me ha llamado su propia carne.»

Aborrezco la tarea que estoy llevando a cabo aquí. Os reiríais si me vierais mentir tan bien o, por lo menos, fingir tan bien mezclando las verdades con las mentiras.

Comentó que hay personas que cometen faltas secretas sin importarles que se hable de ellas en voz alta, y que circulan rumores sobre faltas graves y leves. Acerca de lady Reres, me dijo: «Dios quiera que os sirva para vuestro honor», y añadió que no debería dar motivos para que alguien pensara que no tengo el poder en mis manos.

¿Poseían aquellas palabras algún significado real o eran simples barboteos de Darnley? Nadie estaba al corriente de sus encuentros con Bothwell, ¿o sí? Darnley estaba poniéndola a prueba. Sin embargo, si pensaba que con ello la induciría a confesar, no la conocía bien.

Le he explicado que debe someterse a un tratamiento de depuración, que aquí era imposible de realizar. Le he dicho que yo misma lo trasladaría a Craigmillar para que los médicos y yo pudiéramos atenderlo sin que yo tuviese que alejarme de mi hijo.

«Mi hijo... Debo guardarme de llamarlo “nuestro hijo” o “el Príncipe” para evitar el riesgo que ello supondría si la carta cayese en manos enemigas.»

Disculpadme que escriba tan mal; me siento incómoda y, sin embargo, me gusta escribiros mientras todo el mundo duerme, puesto que no puedo hacer lo que más deseo, que es permanecer entre vuestros brazos, vida mía. A Dios suplico que os proteja de todo mal.

Aquello estaba convirtiéndose en una carta de amor, advirtió. ¿Cuántas cartas de amor habría recibido Bothwell? Ella sabía que conservaba las más apasionadas bajo llave, en una caja de caudales reforzada con remaches. Le regalaría un cofre de plata para que guardara las suyas y le pediría que destruyese las otras.

Las otras. No soportaba pensar en ellas y sabía que había muchas más cuya

existencia ella jamás conocería. Janet Beaton, la bruja de Branxton, una mujer de cincuenta y tantos años y belleza sobrenatural; Anna Thronsen, la hija del almirante noruego que lo había seguido a Escocia y se había pasado varios años escondida en el país. ¿Habría regresado a Noruega? El hijo ilegítimo de Bothwell, William Hepburn era su heredero. Pero ¿quién era la madre?

¿Y qué decir de lady Bothwell, Jean Gordon? No amaba a Bothwell cuando se había casado con él, pero ¿lo amaba ahora? Él se había acostado con ella, le habría besado los pechos, sin duda, y ella habría apoyado la mejilla contra su cabello.

«¡Oh, santos benditos! Los celos transforman todos mis recuerdos privados más queridos en un infierno si éstos no son auténticamente privados. Bothwell deberá divorciarse de ella, y cuando los lores y el Parlamento me concedan la libertad (seguro que encontrarán algún medio legal para hacerlo), podremos casarnos.»

Ambos estamos unidos a dos compañeros indignos. El demonio nos separa y Dios nos junta como la pareja más fiel que Él jamás haya unido.

Releyó la carta, horrorizada, tachó la palabra «demonio» y escribió «el buen año». ¿Cómo era posible que hubiera invocado al demonio?

Dejó el papel a un lado. ¿Por qué escribía aquellas cosas? Se sentía una posesa.

«Aquí está presente el mal, casi se palpa en el ambiente», pensó. Se enjugó las sudorosas pero frías palmas de las manos en el vestido y, como si tuviese vida propia, la diestra tomó la pluma y continuó escribiendo.

Estoy cansada pero no puedo evitar seguir garabateando mientras me quede papel. ¡Maldita sea esta persona picada de viruelas que tantas angustias me causa! No está muy desfigurado pero su estado es muy malo. Por poco me mata con su mal aliento a pesar de que sólo me he acercado a los pies de su cama.

Resumiendo, he averiguado que él recela de mí pero al mismo tiempo me tiene confianza e irá a cualquier sitio que yo le indique.

¡Ay de mí! Jamás había engañado a nadie y vos sois la causa de que ahora lo haga. Me obligáis a fingir tanto que me siento aterrorizada y me hacéis interpretar prácticamente el papel de traidora.

Sin embargo, Bothwell jamás había deseado que lo hiciera. Él habría preferido que se librara del hijo que esperaba. A su juicio, era la solución más sencilla y directa para un problema físico.

Bothwell era, por encima de todo, un soldado, pero ahora se hundía en el pantano de la intriga al igual que el caballo blanco que ella montaba se había hundido en el marjal cuando regresaban a Jedburgh. Se encontraba tan fuera de su elemento como ella del suyo. Ambos corrían un grave peligro.

Pero para complaceros a vos, vida mía, no sólo me juego el honor y la conciencia sino que estoy dispuesta a ponerme en peligro y a perder la grandeza.

Estaba convirtiendo a Bothwell en un dios tal como había hecho Darnley con ella. Sí, se le había contagiado su pecado; había contraído la enfermedad del alma.

Jamás me cansaría de escribiros, pero he de terminar no sin antes haberos besado las manos. Quemad esta carta pues es peligrosa y además, no contiene nada que esté bien dicho, puesto que sólo pienso en la pena...

Empezaba a clarear. La amarilla luz de la vela hacía que el papel pareciese sucio y tizado. Lo dobló y lo preparó para entregárselo a French Paris, el fiel mensajero de Bothwell. Jamás se había sentido más sola.

## XLIX

El pequeño grupo avanzaba muy despacio por el frío y desolado paisaje. Al frente marchaba lord Livingston, que llevaba diez días esperando con paciencia en Glasgow. María y sus servidores cabalgaban justo detrás y Darnley, acostado en la litera, que colgaba de una eslinga tendida entre dos caballos, era transportado con la mayor delicadeza posible por el pedregoso camino. La litera estaba cubierta para que el viento no le azotara el rostro en vías de curación. Aun así, Darnley llevaba puesta la máscara de tafetán como protección adicional contra las miradas curiosas y las inclemencias del tiempo.

Había mejorado mucho, pero tendrían que pasar todavía varios meses para que las huellas de las llagas desapareciesen por completo..., o al menos eso le habían dicho. Aunque se encontraba muy débil y no sabía cómo resistiría el viaje, desplazarse de aquella manera, oscilando suavemente mientras subían o bajaban por las pendientes de las colinas, lo amodorraba y hacía que se sintiera como un bebé que se dormía y despertaba sin cesar.

María se alegraba de alejarse del desconocido y vagamente amenazador territorio de los Lennox. Su estancia en Glasgow había resultado aburrida y desagradable pues allí siempre parecía que fuera de noche, y no seguía un horario normal. Asimiló el ritmo de la habitación de enfermo de Darnley, que adaptaba el mundo a su deformada imagen. Ahora el inmenso cielo vacío, el amanecer y el ocaso constituían unas tranquilizadoras demarcaciones de inalterable normalidad. Nunca se cansaba de respirar grandes bocanadas de seco y cortante aire pues le parecía que aún tenía los pulmones llenos de los olores de la habitación del enfermo.

Cosa rara, sus náuseas habían desaparecido tras haberse enfrentado con el espectáculo realmente repulsivo que ofrecía la sífilis de Darnley y haberse visto asaltada por el mortal hedor de la podredumbre. Era como si no pudiera permitirse el lujo de dejar que su cuerpo se debilitara.

Si bien no había recibido noticias de Bothwell, tampoco era necesario. Había hecho lo posible por mantenerlo informado de todas las declaraciones políticas que ella había conseguido arrancarle a Darnley, pero ninguna de ellas parecía en especial alarmante. Cualquier fechoría que Darnley tuviera la intención de cometer más adelante sería menos eficaz ahora que estaba separado de su padre y de los hombres de éste. En Edimburgo no hallaría a nadie con quien conspirar; ningún lord lo consideraba de fiar ni deseaba mantener tratos con él.

Un enorme cuervo de negro plumaje iridiscente volaba por delante de ellos de un árbol desnudo a otro y esperaba a que pasaran con la cabeza ladeada. Entonces batía sus grandes alas y cruzaba el aire hasta el siguiente árbol. No graznaba; se limitaba a

mirarlos con tristeza.

Viajaban en etapas muy cortas, e incluso se detuvieron en Linlithgow, entre Callendar House y Edimburgo. Bothwell se reuniría con ellos a la mañana siguiente y los escoltaría con gran ceremonia durante el resto del camino.

«¡Ya casi ha terminado!», pensó María no con alegría sino con una profunda sensación de alivio. El hecho de saber que muy pronto regresaría al territorio de Bothwell la hacía sentirse una vez más a salvo.

A la mañana siguiente, sin embargo, mientras se dirigía con paso inseguro a su litera, Darnley le hizo señas de que se acercara. Ella se apartó de su caballo, en el que se disponía a montar, y obedeció.

—He decidido que no quiero ir a Craigmillar —le dijo él.

Las palabras que surgían de la máscara no parecían humanas.

—Pero si ya os he hecho colocar las bañeras —protestó ella—. Los médicos ya están en sus aposentos y han instalado sus mesas y pesas de botica. Sabéis que no debéis ir a Holyrood; es un lugar bajo y húmedo. Tampoco podéis estar en el castillo de Edimburgo pues hace mucho frío y hay muchas corrientes de aire. No existe ningún otro lugar apropiado —explicó, procurando reprimir su irritación.

Si enojara a Darnley, éste se empecinaría más.

—Quiero ir a Kirk O'Field —anunció él.

—¿Adónde?

—Kirk O'Field. Me han dicho que el aire de allí es muy bueno y que lord Borthwick, cuya curación ya nadie esperaba, estuvo allí hace poco y se recuperó por completo.

—Es que ya se han tomado todas las disposiciones...

—Pues anuladlas —la interrumpió Darnley, descorriendo la cortina de su litera—. Quiero que nos alojemos en Kirk O'Field.

—¿Los dos? ¡No estaré con vos hasta que hayáis completado todo el tratamiento!

—Sólo pido que os alojéis en la misma casa. No es necesario que lo hagáis en la misma habitación que yo. ¡Lo único que quiero es que estemos bajo el mismo techo! ¡Sólo os pido eso! ¿Ni siquiera en este caso me concederéis lo que os pido?

—Pero, Darnley...

—¡Es una petición tan pequeña! ¡Ya no volveré a molestaros!

Parecía tan triste y tan desesperadamente desvalido.

—Muy bien —cedió María.

Fuera de Edimburgo, en el camino de Linlithgow, Bothwell y sus hombres los aguardaban montados en sus caballos, tan erguidos e inmóviles como si estuvieran en verano y no hubiese por qué temblar o quejarse del mal tiempo.

María experimentó una intensa sensación de alivio y emoción. Su amado rostro y su fortaleza física estaban de nuevo a su lado. Le parecía que llevaba mucho tiempo



separada de él y no sólo una semana. En cuanto se le acercó y recibió su saludo, le dijo:

—No vamos a Craigmillar sino a Kirk O’Field.

El asombro de Bothwell se reflejó en su rostro.

—¿A la iglesia?

—No, a la casa donde lord Borthwick se recuperó. El Rey desea someterse a tratamiento allí.

—Pero...

María sacudió la cabeza.

—El Rey insiste.

Al llegar a Edimburgo, entraron por una puerta de la muralla y recorrieron un breve tramo de la calle Mayor. Cerca de Saint Giles, doblaron la esquina de Blackfriars Wynd, una callejuela que bajaba hacia el sur, cruzaba la ancha Cowgate y volvía a subir hacia unos edificios eclesiales que se levantaban en una colina casi al otro lado de la muralla de la ciudad. De hecho, algunos de ellos se encontraban al otro lado, pues se habían construido con la intención de que estuvieran en el campo. En otros tiempos había habido en lo alto de la colina una hilera de tres impresionantes edificaciones religiosas de seiscientas yardas de longitud: el monasterio de los dominicos, la iglesia de Kirk O’Field y un convento franciscano. La Reforma y las correrías de los ejércitos de Enrique VIII no los habían tratado muy bien. El monasterio de los dominicos, que antaño contaba con una espléndida iglesia y una lujosa hospedería para nobles visitantes, se encontraba en ruinas; y a los franciscanos tampoco les habían ido bien las cosas. Kirk O’Field, que era un *Collegium Sacerdotum*, una escuela para sacerdotes, había conservado su cuadrilátero de edificios, pero éstos habían pasado a manos profanas. Robert Balfour había ocupado la casa del preboste, y el duque de Châtelherault, jefe de los Hamilton, se había mudado a lo que antiguamente era el hospital y la hospedería.

El regio grupo entró en el cuadrilátero en cuyo centro había un antiguo pozo cubierto, y los caballos que transportaban la litera de Darnley se detuvieron. Extendiendo una delgada y blanca mano, éste descorrió las cortinas y sacó los pies. Sir Anthony Standen se situó de inmediato a su lado y lo ayudó a bajar.

Darnley miró alrededor, contemplando los edificios. El más grande, que pertenecía al duque, no era para él. Le habían asignado los edificios de Balfour, pues había tres, todos colindantes, situados justo delante del que pertenecía al duque.

Como era de esperar, Robert Balfour salió de la casa de aspecto más nuevo.

—Bienvenidos, Majestades —saludó haciendo una reverencia. Tenía unos ojos tan claros como los de su hermano, pero de párpados más carnosos—. Ya está todo

preparado. Es un gran honor, sí, un honor muy grande...

Toda la casa contigua, unida a la primera mediante una larga estancia, estaba preparada. En la antigua casa del preboste, la cámara superior se había ventilado y se habían cambiado los juncos del suelo. Al fondo de la espaciosa habitación se había levantado un estrado. Todas las chimeneas estaban encendidas, y el frío se había visto desterrado de la casa.

María alargó la mano y tocó las paredes de piedra. Estaban secas del todo. En aquella época del año se tardaba varios días en secarlas. Y la construcción de un estrado de quince pies de longitud requería tiempo y la intervención de unos carpinteros.

«Conocían nuestra llegada de antemano y han tenido tiempo de prepararse —pensó María—. Sin embargo, Darnley ha anunciado su repentino deseo de venir aquí esta mañana. ¿Lo ha anunciado? ¿Ha anunciado lo que ya se había decidido y organizado?»

Sintió un hormigueo en el cuero cabelludo bajo el sombrero adornado con pedrería.

«¿Qué está ocurriendo? ¿Quién sabía que vendríamos? ¿Por qué desea Darnley alojarse aquí?»

Se volvió a mirar a su esposo, que siempre había sido muy alto y delgado pero que ahora parecía un fantasma.

«¿Acaso planea otro asesinato? ¿A quién pretende matar ahora? ¿A mí? No, pues me ama y es esclavo de mi amor. ¿A Bothwell? Al parecer sospecha de él, pero estoy segura de que sabe que Bothwell es el único lord que jamás ha participado en intrigas contra nosotros. ¿A lord Stewart? ¿A Maitland? Es cierto que los odia, pero en esto está solo. Lord Stewart y Maitland no son unos forasteros desamparados como el pobre Rizzio...»

Una oleada de desprecio le recorrió el cuerpo. ¿Quién era tan pobre en Escocia como para ser incapaz de encontrar aliados y cómplices? ¡Sólo aquella débil, depravada y estúpida criatura! Que tramara los planes que quisiera, ¡resultarían tan inútiles como él!

—Debemos ordenar que envíen muebles —señaló mirando a Darnley—. Ya había dispuesto que enviaran muchos a Craigmillar. Ahora mandaremos traer desde Holyrood vuestra cama, la de las colgaduras marrón violeta con bordados de oro y plata que hace poco os regalé; algunos tapices para estas paredes, pues están tan secas que no hemos de temer que los bordados sufran daños...; el juego de siete piezas titulado *La caza del conejo*. Y, como es natural, para el guardarropa vuestra *chaise perchée* para cuando tengáis necesidad de... —Hizo una pausa. No veía el semblante de Darnley, oculto detrás de la máscara de tafetán; ¿estaba enojado, turbado quizá?—. Aliviar el flujo que tantas molestias os causa —añadió levantando la voz.

Esperaba avergonzarle, que todos se lo imaginaran sentado en el borde del retrete cubierto de terciopelo, soltando malos olores y ruidos. ¡Eso confirmaría su realeza en

la imaginación de todo el mundo!

Darnley desvió la mirada y María se arrepintió al instante. Era un necio, un niño llorón y egoísta que sin duda maquinaba otra fechoría, pero llegar al extremo de burlarse de su enfermedad y hacer comentarios en público acerca de sus intestinos resultaba imperdonable.

—Ordenaré que traigan también todas vuestras medicinas y la bañera para el tratamiento —se apresuró a añadir—. Y, si hay un sitio adecuado para mí, también dormiré aquí.

Pero Darnley seguía con los brazos cruzados mirando al suelo.

—Por supuesto que hay un lugar para vos —aseguró con suavidad Robert Balfour—. Está justo debajo de los aposentos de Su Majestad. ¿Queréis que os lo muestre?

Ambos dieron media vuelta y recorrieron los cuarenta pies que los separaban de ellos. Al llegar a un pasadizo, tuvieron que salvar dos o tres peldaños, pues ambos edificios estaban contruidos a niveles ligeramente distintos.

Balfour los guió bajando desde el rellano de piedra en lo alto de la escalera de caracol hasta unas estancias idénticas a las de Darnley: una antesala que comunicaba con un amplio dormitorio.

Allí también ardía un fuego en la chimenea, y los juncos mezclados con hierbas aromáticas que cubrían el suelo hacían que la estancia oliera como un marchito prado de junio.

—O sois lo bastante rico para caldear y perfumar todas las habitaciones o sois muy meticuloso pues no os gusta dejar nada por hacer —le comentó María a Balfour, estudiándolo con detenimiento.

—Reconozco que soy un poco derrochador —admitió Balfour—. Es uno de mis defectos.

«No, no lo es», estuvo tentada de decir María, pero una prudencia instintiva se lo impidió. La piel de su jubón estaba gastada y él no lucía ni joyas ni oro. El derroche no constituía su vicio natural.

«Le han mandado que prepare todo esto y que tenga lista una habitación lo más acogedora posible para mí —reflexionó—. ¿Quién le habrá dado las órdenes?»

De repente, el aislamiento del lugar y el reducido tamaño de los aposentos —en los que cabían pocos guardias— le parecieron una elección siniestra.

Observó que Balfour la miraba.

«Si alguien quiere arrebatarme la vida como se la arrebataron a Rizzio, fracasará —pensó—. Bothwell se encargará de que no sufra daño alguno.»

—La estancia me parece muy apropiada —dijo al cabo.

En cuanto le pareció razonable hacerlo, abandonó Kirk O'Field y se fue a

Holyrood, con el pretexto de elegir los muebles y todo lo necesario para la casa de convalecencia.

La experiencia debía haber resultado placentera, pero en cambio se respiraba el mismo aire de maldad que en Kirk O'Field. Sus aposentos parecían estar llenos de fantasmas: el de Rizzio, el de Ruthven y los de toda una serie de personajes anónimos cuya presencia se percibía, sin embargo, con toda claridad. El lugar jamás se había purificado del mal.

«Es porque Bothwell y yo jamás hemos estado juntos aquí», decidió María.

Sin embargo, la idea de hacer el amor en la estancia donde habían asesinado a Rizzio le parecía repugnante.

Se las ingenió para demorarse allí el tiempo suficiente como para tener ocasión de hablar, aunque sólo fuera por unos momentos, con Bothwell. Sus criados estaban encendiendo la chimenea pues, por regla general, ni siquiera en los aposentos reales se prendían antes de la llegada de sus ocupantes.

Las chimeneas encendidas de Kirk O'Field y todos los cuidadosos preparativos le resultaban inquietantes.

Al ver aparecer a Bothwell en la puerta, el corazón le dio un vuelco.

«Es cierto lo que una vez me dijo Diana de Poitiers —pensó con asombro—. Amar a alguien significa quedarte sin respiración cada vez que él entra en una estancia.»

Bothwell tenía el entrecejo fruncido y parecía alterado. En su afán por tranquilizarlo, María se olvidó de sus propias preocupaciones. Advirtió que miraba con cierta irritación a los criados. Su presencia le impedía hablar, pero el hecho de ordenar que se retiraran habría despertado con toda seguridad sus sospechas.

—Qué extraño, ¿verdad? —le dijo María por esta razón—, que al Rey se le haya antojado de repente alojarse en Kirk O'Field. No acierto a comprender por qué. Eso dificultará su tratamiento, pero él insiste.

Los criados avivaban el fuego, que no acababa de prender. Unas nubes de humo se esparcieron por la estancia; los criados no habían comprobado antes el estado del cañón. Se oyó el correteo y el chillido de algún animalillo obligado a abandonar su escondrijo a causa del humo. Bothwell miró con desdén a los criados.

—¿Pensáis reuniros con él? —preguntó en tono indiferente. —Iré a verlo, pero no quiero obstaculizar la labor de los médicos. Al fin y al cabo, su tratamiento es lo más importante. Allí hay una gran sala de recepción en uno de cuyos extremos ya se ha instalado un estrado. Quizá cuando mejore pueda recibir la visita de algunos miembros de la corte. He de enviarle su silla ceremonial. La necesitará para recibirlos.

Bothwell miró a los criados que, todavía de rodillas, intentaban encender la chimenea, y puso los ojos en blanco.

—Le deseo una pronta recuperación —dijo al fin. Acto seguido, hizo una reverencia y se retiró.

«¡Esperad! —habría deseado gritarle ella—. Esperad. Debo comentaros lo que está ocurriendo.»

Pero no era posible. Tendría que esperar un momento más íntimo.

Darnley se pasó varios días encerrado mientras los médicos lo sometían a un tratamiento que incluía baños calientes con sal y unguento de grasa de cabra, caldo con pimientos rojos secos y moras y aplicaciones de emplastos de aceite de rosas y alcanfor para eliminar las huellas de las lesiones y evitar la aparición de cicatrices. En los intervalos entre los tratamientos, que se le administraban cada cuatro horas, debía acostarse y dormir. Pero, en realidad, costaba tanto llenar la bañera de agua caliente que la mitad del tiempo Darnley permanecía despierto a causa del ruido que hacían los criados al verter cubos de agua en la bañera y colocar encima la puerta que se empleaba como tapadera para conservar el calor del agua.

Consciente de que lo observaban en todo momento, Darnley procuraba dedicarse a actividades edificantes. Entonaba salmos, leía la Biblia y tenía un rosario muy a la vista al lado de la cama. Quería que su última semana allí fuera recordada por su devoción y bondad. Escribía cartas a su padre, a quien le preocupaba mucho su seguridad, tranquilizándolo y ensalzando a la Reina por haberse reconciliado con él.

Milord, quiero comunicaros, por medio de esta carta, mi buen estado de salud, por el que doy gracias a Dios. Mi recuperación se ha acelerado gracias a los buenos cuidados que recibo y a la buena voluntad de mi amor, la Reina, pues os aseguro que se ha comportado en todo momento como una buena y amante esposa. Confío en que Dios ilumine con su alegría nuestros corazones que durante tanto tiempo han sufrido penalidades.

Espero que el portador de esta carta confirme de palabra a Vuestra Señoría lo que en ella os digo por escrito. Agradeciendo al Dios Todopoderoso nuestra buena fortuna, encomiendo Vuestra Señoría a su protección.

Desde Edimburgo, el 1 de febrero, vuestro amante y obediente hijo,

Enrique, Rex

Sí. Dios iluminaría sus corazones con su alegría. Ambos se reunirían muy pronto ante su presencia y abandonarían este valle de lágrimas.

Pero ¿cuando terminarían aquellos tratamientos para que la Reina pudiera pasar la noche con él? Mientras esto no ocurriese, resultaría imposible llevar a efecto su plan. Y, si no allí, ¿dónde?

A los cuatro días de tratamiento, los médicos se mostraron sorprendidos y satisfechos de sus progresos y decidieron reducir el número de los baños a dos: uno al levantarse y otro al acostarse. Los vendajes se retirarían y, en su lugar, sólo se le aplicaría una ligera capa de un unguento para las erupciones, y se le permitiría regresar a su régimen alimenticio habitual.

—Vuestra Majestad podrá recibir visitas después del baño matinal —le informaron los médicos—. Pero —añadieron mirándose los unos a los otros— recomendamos que, antes de conceder audiencia a alguien, Vuestra Majestad se frote los dientes con estas ramitas de romero seco y haga gargarismos con esta agua de lavanda.

Darnley frunció el entrecejo. ¿Tan mal le olía el aliento? Sin duda se debía a que no comía como era debido.

—Muy bien —dijo arrebatándoles las ramitas de romero de las manos.

Uno de los médicos le entregó un espejito.

—Ya no es necesario que os pongáis la máscara —le aseguró.

Darnley se examinó el rostro. Ya no estaba tan lívido, pero aún tenía la cara salpicada de unas redondas manchas rosadas.

—Esta pomada contiene arcilla blanca. Servirá para disimular las señales.

El médico aplicó una pequeña cantidad a su rostro.

Darnley sonrió. El resultado era sorprendente. Apenas se distinguía la señal.

—En cuanto al cabello de Vuestra Majestad, os aconsejamos llevar sombrero hasta que os crezca de nuevo.

Los médicos estaban muy complacidos de su eficiencia. Ahora el Rey podría volver a comparecer en público... hasta que se produjera el siguiente e inevitable ataque, que resultaría mortal.

La sala de recepción estaba abarrotada de cortesanos deseosos de presentar sus respetos o de contemplar al Rey enfermo, satisfacer su curiosidad y comunicar sus impresiones a sus amos de Francia e Inglaterra. Lord Stewart, Bothwell, Maitland, Huntly, Argyll, Mar y Kirkcaldy de Grange rodearon la silla ceremonial de doble asiento cubierta con un lienzo de tafetán rojo y gualdo en la que Darnley y María los recibieron sentados juntos. Acudieron a visitarlos los hermanos Balfour, así como John Stewart de Traquair. Philibert du Croc, el embajador francés, y Moretta, el pausado saboyano que había llegado en último lugar, permanecían atentos a todas las palabras.

Los fuegos de las chimeneas crepitaban, los músicos tocaban y todo el mundo mantenía charlas intrascendentes acerca del tiempo y la estación del año. Faltaba una semana para el comienzo de la Cuaresma y, mientras que en otros países se preparaba el carnaval, allí en Escocia éste se limitaría a una sola celebración católica: la boda de dos miembros de la casa de la Reina, el francés Bastian Pages y su prometida escocesa Margaret Carwood. Después de la ceremonia, prevista para el domingo, se organizaría en Holyrood una mascarada a la que los invitados asistirían disfrazados y participarían en distintos juegos. Por suerte, Knox se hallaba en Inglaterra y no se entrometería.

María observó, como siempre, a Bothwell, que se movía con soltura entre los presentes y abriendo con sus anchos hombros un espacio en torno a sí. Ella distinguía

su voz entre el murmullo de todas las demás.

«Bien sabe Dios que recibo un castigo por haberos convertido en mi dios y no pensar más que en vos.»

Qué estúpido le había parecido cuando Darnley se lo había dicho a ella; y qué distinto era experimentarlo por sí misma.

¿Se trataba de una idolatría?

«No tendrás otro Dios más que a mí pues yo el Señor tu Dios soy un Dios celoso.»

La idea de que Dios se vengara y destruyese a su ídolo Bothwell tal como había destruido a los baalitas de Israel, la aterrizzaba. De pronto, le vio vulnerable en medio de toda aquella gente, a pesar de la fortaleza de su cuerpo.

«Es malo amarlo tanto —pensó—. Pero ¿cómo puedo evitarlo?»

Miró a Darnley, que se reía con una débil y chillona vocecita. Este pareció intuir que lo observaba y se volvió hacia ella, tendiendo con timidez la mano para tomar la suya.

—Os ruego que os quedéis conmigo esta noche. Me consolaría saber que os encontráis bajo el mismo techo.

Le estrechó la mano con las pocas fuerzas que tenía.

María se preparaba para el descanso nocturno. El pequeño dormitorio de sólo unos doce por dieciséis pies despertaba en ella una extraña atracción. Le recordaba la habitación que le habían asignado en Saint-Pierre cuando visitó a su tía Renata la noche que recibió la carta de lord Stewart y los demás en la que le suplicaban que regresase a Escocia.

Se acercó a la ventana y contempló el patio de abajo. Había caído una ligera nevada que había cubierto el suelo de blanco. A unos cien pies de distancia se alzaba la imponente mansión del duque de Châtelherault con sus múltiples velas encendidas.

Los Hamilton permanecían levantados hasta muy tarde, pensó. Apagó su vela y se deslizó bajo las mantas. Había mandado retirarse a sus damas a propósito. Aquella noche no habría sirvientes ni testigos. Ella y su esposo legítimo el rey Enrique, lord Darnley, se hallaban solos bajo el mismo techo, excepto los criados de Darnley, que dormían en su antesala. Si más adelante ella asegurase que él la había visitado en su lecho aquella noche, nadie podría contradecirla. Nadie sería capaz de refutarlo.

Soltó un suspiro. Estaba a salvo. Se había librado de la vergüenza de dar a luz un bastardo.

En cuanto a su liberación del vínculo matrimonial con Darnley..., no necesitaría recurrir a las intrigas palaciegas ni a la ayuda del Parlamento. Darnley no viviría mucho más; a la vista de todos estaban las marcas de la muerte, a pesar de los esfuerzos de los médicos. Su destino resultaba tan horriblemente claro que los

cordiales cumplidos y parabienes que él había recibido aquel día suponían una brutalidad obscena. Todo el mundo sabía que la sífilis desaparecía de modo transitorio antes de lanzar su ataque definitivo.

Justo debajo de ella oyó que los cocineros cerraban la cocina. Después percibió sus cansadas voces, que se perdieron en la distancia. Por fin la casa se sumió en el silencio.

El sueño la venció. Más tarde oyó a alguien en la escalera de caracol del exterior. ¡Ojalá no se tratase de Darnley! ¡No era posible que la visitara! Se incorporó en la cama mientras un frío estremecimiento le recorría todo el cuerpo. Contuvo la respiración.

Pero no, las pisadas subían, no bajaban. Alguien se dirigía a los aposentos de Darnley. Alguien tenía que visitarlo en mitad de la noche. ¿Los médicos?

Sí, debían de ser los médicos.

Suspiró aliviada y se tendió de nuevo en la cama. Oyó unas pisadas por encima de su cabeza seguidas de un sordo rumor, pero no oyó voces. Hablaban en voz baja para no despertar a los criados. Cerró los ojos. Su único deber consistía en conseguir los mejores médicos para su esposo, no enterarse del tratamiento o las conversaciones. Todo esto lo dejaba tranquila en manos de ellos.

Cuando los Balfour se acercaron, Darnley estaba incorporado en la cama y, a la luz de la alta vela que ardía junto a su lecho, sus ojos brillaban con un fulgor sobrenatural.

—Hemos esperado hasta las tres de la madrugada —susurró James Balfour—. Incluso las velas de Hamilton House están apagadas. La Reina duerme y no hay ninguna dama en su antesala. Nadie nos ha visto.

Se situó a un lado de la cama de Darnley, y su hermano al otro.

—Estoy decidido a llevar a la práctica el plan —dijo Darnley en voz baja—. Esta noche he sabido que la Reina pasará la noche aquí si se lo pido. Antes no estaba seguro. Y, mientras me sometían a exhaustivos tratamientos...

—De cuyo feliz resultado nos congratulamos —añadió servilmente Robert.

—Os lo agradecemos —contestó Darnley—. En cuanto al plan...

—Si Vuestra Majestad está decidida a llevarlo a efecto, lo mejor sería que yo obtuviera la necesaria cantidad de pólvora y la guardara en el sótano de vuestra casa, Robert —dijo James, mirando a su hermano—. Y después, cuando ya dispongamos de todo, lo llevaremos directamente al subterráneo de la estancia larga. Podemos excavar una pequeña galería para nuestro propósito y asegurarnos un secreto absoluto.

—¡La estancia larga! —exclamó Robert—. ¿Queréis destruir la estancia larga?

—Chsss. Su Majestad os recompensará —murmuró James—. No «queremos» destruir la estancia; en realidad, preferiríamos destruir la vieja casa en la que ahora



nos encontramos, pero dos cosas nos lo impiden. Las cocinas ocupan la planta baja, y los cocineros y criados de allí quizá descubrirían nuestras actividades bajo sus pies. Además, el suelo de aquella parte de la casa está muy inclinado, por lo que el sótano es mucho más alto bajo la vieja casa que bajo la larga sala de recepción. Se necesitaría el doble o el triple de pólvora, ya que para estallar, debe estar muy comprimida. ¿Comprendéis ahora por qué razón hemos de sacrificar la estancia larga? Sé que le tenéis mucho aprecio pero...

—¿Cuánta pólvora se necesitará? —preguntó Darnley con un destello de emoción en los ojos.

—Varios miles de libras, aunque sólo sea para la estancia larga —contestó James—, pero sé cómo obtenerla de inmediato.

—¿Sin que nadie sospeche? —preguntó Robert con ironía.

James sonrió.

—¿Por quién me tomáis? Sin que nadie sospeche, naturalmente.

—Hacedlo mañana y empezad a excavar —dijo Darnley—. Mañana es jueves. El viernes por la noche le pediré a la Reina que tenga la bondad de quedarse una vez más con su enfermo y melancólico esposo. Y aproximadamente a esta hora, no, hacia las cinco de la madrugada, se prenderá fuego a la pólvora. Ordenaré que mis caballos estén ensillados y dispuestos para entonces. Puesto que el reguero de pólvora tarda mucho rato en arder, bastará con que me comunicéis el momento en que lo encendáis.

—La Reina parece extremadamente amable con vos, sire —comentó Robert.

—Las cosas no siempre son lo que parecen, Robert. No cabe duda de que Escocia, toda la corte y sus súbditos estarían mucho mejor sin ella, pues Escocia no debe estar gobernada por una papista tras haber elegido el credo de la Reforma. El bautizo fue una buena prueba. Y mi negativa a asistir al mismo fue mi declaración. En cuanto a la corte, ¿acaso la mayoría de los nobles no se ha rebelado contra la Reina en distintos momentos? Todos menos Bothwell. Y sus súbditos, aunque no lo sepan, se merecen algo más que una soberana que sale a pasear a caballo bellamente engalanada pero no siente el menor deseo de administrar justicia y está tan preocupada por reclamar sus derechos al trono inglés que apenas valora aquel en el que ahora se sienta. ¿No creéis que Escocia se merece un gobernante que estime en lo que vale su trono natal en lugar de menospreciarlo?

Darnley hizo una pausa. La lista de razones lo había dejado sin resuello. Esperaba que éstas hubieran resultado convincentes.

—Aun así —objetó Robert— el asesinato de un soberano constituye un pecado muy grave.

—Vosotros asesinasteis a un cardenal —le recordó Darnley—. Y ahora permitidme llamar a Anthony Standen, mi sirviente, en quien tengo depositada toda mi confianza. El debe ayudarnos en nuestros planes.

Los Balfour expresaron sus recelos ante la posibilidad de implicar a otra persona, pero Darnley insistió en despertar a Anthony e informarle de la conspiración. Como estaba todavía medio dormido, Standen no opuso reparos en un principio a la idea ni a su puesta en práctica.

—Tiene unos hombros muy fuertes y puede ayudaros a excavar y a transportar la pólvora —señaló Darnley.

—Disculpadme, pero ¿habéis considerado la posibilidad de dejar huellas que incriminen a otra persona? —preguntó Standen, al fin despierto—. Pues, por ser ésta vuestra casa, el dedo de la sospecha sin duda os apuntará a vos.

El mozo era muy listo.

—Hummmm... Podríamos echarle la culpa a lord Stewart o a Bothwell, dejando algunos objetos escogidos con cuidado. Un tonel vacío. O alguien que se disfrazara de modo que lo confundieran con ellos por la calle. Tengo que pensarlo. Gracias, muchacho.

James asintió con la cabeza.

Cuando se retiraron en silencio con sus zapatillas de terciopelo, Darnley apagó la vela y se recostó en los almohadones. Pero el corazón le latía tan fuerte como si acabara de participar en una carrera.

Iba a ocurrir.

Casi temblaba de emoción.

Por un instante estuvo tentado de hacer justo lo que les había dicho a sus compinches: hacer volar a la Reina por los aires mientras él escapaba.

Pero no. Si escapaba de manera oportuna y milagrosa todo el mundo comprendería que lo había hecho él, y entonces lo perseguirían y lo ejecutarían. Más valía morir de aquel modo, por su propia mano y cuando él quisiera. Junto a ella.

De repente, empezó a sudar a mares. Se imaginó la fuerza de la explosión y se sintió propulsado fuera de su cama, desvaneciéndose en medio de un flogazo incandescente.

Sería una muerte por fuego, pero tan distinta de la lenta y desagradable agonía en la hoguera como lo era un soberbio caballo de carreras árabe de un viejo y renqueante asno. Lo uno constituía un prodigio de la naturaleza cuyo poder despertaba un reverente asombro, mientras que lo otro era algo mezquino, débil y despreciable.

La muerte por fuego. Era la más apropiada para una adúltera e incluso la que prescribía la ley. María era una adúltera. Cualquier duda que él albergara al respecto se había disipado aquella tarde al ver cómo miraba a Bothwell. La expresión de sus ojos era inconfundible.

En cuanto a su propia muerte, experimentaba una extraña y casi erótica sensación de poder ante el hecho de haberla planeado y saber que la alcanzaría justo como él la deseaba. Se sentía como Dios. Quizá Dios había planeado que muriera de sífilis o asesinado a manos de los lores, como Rizzio, pero él había burlado al mismísimo

Dios. No se conformaría con el asno que Dios había elegido sino que montaría el corcel árabe y cabalgaría hacia una muerte emocionante.

El jueves 6 de febrero cierto mercader de Edimburgo aceptó sesenta libras de sir James Balfour a cambio de una enorme cantidad de pólvora. Este explicó que era necesaria para el arsenal real, lo que, en puridad, era cierto. Aquel mismo día los hermanos Balfour y Standen la transportaron a Kirk O'Field. Sin embargo, la cantidad era tan grande que, al anochecer, sólo la mitad había llegado al sótano de la casa de Robert. Empezaron a abrir la galería en medio de la oscuridad, pero al romper el alba sólo habían conseguido excavar la mitad.

Trabajaron toda la mañana en el transporte de más pólvora. Al mercader, sin embargo, se le acabaron las existencias. Les aseguró que esperaba recibir otros pedidos el sábado.

Cuando la Reina se retiró a sus aposentos el viernes por la noche, tuvieron que informar a Darnley de que no todo estaba a punto. La respuesta fue una sarta de maldiciones.

—La empresa era más laboriosa de lo que pensábamos —se justificó sir James—, pero el sábado por la noche...

—¡Maldita sea tu alma mentirosa que así vaya a parar a los más negros abismos del Infierno! —replicó Darnley enfurecido.

James Balfour sintió que la cólera recorría su fatigado cuerpo. Se habían pasado un día y medio trabajando sin descanso y toda una noche sin dormir. De repente, dudó que Darnley fuera a cumplir la promesa de recompensarles. Darnley no les agradecía los esfuerzos que hacían y menospreciaba el riesgo que corrían por él. No era de extrañar que todos lo odiaran.

—Sire, hemos hecho todo lo posible y ejecutaremos la tarea tal como os prometimos —dijo al fin—. Es sólo un retraso de uno o dos días.

—¡Tú no entiendes nada, mono de dura mollera! —le espetó Darnley—. ¡Ésta es la última noche que la Reina pasa aquí! ¡Mi tratamiento ya ha terminado! Mañana nos vamos a Holyrood. Ya me he curado.

—Pues en ese caso sufrid una recaída —sugirió James en tono sarcástico—. Estoy seguro de que sois capaz de arregláros las para prolongar vuestra estancia hasta el lunes.

—La Reina asistirá a la boda en Holyrood el domingo. Por la noche se celebrará una fiesta...

—¿Y eso qué importa? Convencedla de que regrese más tarde a Kirk O'Field. A fin de cuentas, le va la vida en ello —contestó James soltando una chirriante risita.

—Vosotros tenéis la culpa de todo... —masculló Darnley.

James Balfour permaneció inmóvil como una estatua mientras Darnley profería todos los insultos que había aprendido en Francia, Inglaterra y Escocia, pero no lo afectaban, pues ya estaba acostumbrado a recibirlos. Incluso se permitió el lujo de mirar con una sonrisa de desprecio a aquel pobre necio que soltaba disparates sin tener la menor idea de que el poder ilusorio de las palabras no era comparable con el verdadero poder de la información.

Seguro que Escocia sabría agradecer mejor los esfuerzos y la información que obraba en poder de sir James Balfour. Escocia ya estaba harta de Darnley.

Continuó sonriendo hasta que éste quedó sin respiración.

Bothwell apoyó los pies en un escabel para calentárselos delante de la chimenea de los aposentos que le habían asignado en Holyrood. Le gustaba la estancia; se encontraba en el ala sur del palacio y daba a los jardines y al parque que subía hacia Arthur's Seat. También le gustaba la categoría que le confería de un modo implícito el hecho de que se le hubieran asignado unos aposentos.

Disponía de un poco de tiempo para leer *Las estrategias y los ardides de la guerra*, de Sexto Julio, y evadirse a las campañas militares de la antigua Roma. Qué distintas eran de los repentinos ataques que se producían en las colinas de la Frontera.

«¿Qué tal me habría ido en aquellas campañas? —se preguntó—. Marchando al frente de varias filas de hombres, formando con los escudos una *testudo*, es decir, un caparazón de tortuga, en proximidad del fuego enemigo...»

Llamaron con suavidad a la puerta.

Bothwell se levantó para abrir; French Paris había salido a dar una vuelta por los tenderetes de los mercaderes en busca de un disfraz para la mascarada, y él estaba solo.

James Balfour, de pie en el umbral, lo miraba con una expectante sonrisa en los labios.

—¿Puedo pasar? —preguntó, entrando sin esperar la respuesta.

—Está claro que sí —contestó Bothwell.

Balfour se quitó el manto y los guantes y los arrojó con arrogancia a la mesita sobre la que descansaba el libro de campañas bélicas de Bothwell.

—Tengo en mi poder cierta información que quizá sea la más valiosa que jamás hayáis adquirido —dijo en tono solemne.

—¿De veras? —Bothwell trató de aparentar indiferencia pero sabía que era la parte que faltaba de la intriga de Darnley. Balfour la había olfateado. Como la alimaña que era, había logrado escuchar desde agujeros y oscuros lugares estratégicos—. ¿Qué tal os suenan cien libras?

Balfour soltó una carcajada.

—Me suenan a poco. ¿Dónde está vuestro cacareado sentido de la caballerosidad? ¿Eso es todo cuanto vale para vos la vida de la Reina? Hay otros que pagarán mucho más para conseguir que se alcance el éxito.

Balfour hizo un amago de recoger el manto. Bothwell lo agarró por el brazo con tal fuerza que le crujieron los huesos.

—Contádmelo —murmuró.

—Soltadme el brazo.

Bothwell lo soltó.

—Poned vos el precio. No tengo tiempo para regatear como una pescatera.

—¿O un mercenario? —Balfour sacudió el brazo—. ¿Por qué razón os importa? —añadió, receloso.

Aquello reflejaba algo más que el interés de un soldado o un aventurero en presencia de la gran oportunidad de su vida.

—Siempre he sido leal a la Corona —contestó en voz baja Bothwell—. Ahora estableced el precio y dadme la información.

—Mil libras —dijo Balfour—. En coronas francesas, para que no sea posible averiguar su origen.

—Trato hecho —contestó Bothwell. Ya conseguiría el dinero.

—¿Me lo confirmaréis por escrito?

Balfour extrajo un papel y Bothwell se apresuró a firmarlo a modo de pagaré. Balfour dobló con cuidado el papel, se lo guardó en un pliegue de la ropa e insistió en escanciarse un poco de vino y tomar un sorbo.

—El Rey pretende asesinar a la Reina —dijo al fin.

¿Había pagado mil libras a cambio de un rumor que él ya conocía? Bothwell enrojeció de rabia.

—Es imposible que el Rey haga semejante cosa. Nadie se fiaría de él ni estaría dispuesto a servirle de brazo armado. Todos los criados de la Reina son leales —aseveró.

—La pólvora es leal a quienquiera que la encienda, es obediente y espera.

—¿Dónde? —preguntó Bothwell, desconcertado.

—En los sótanos de la casa de Kirk O'Field. El plan consiste en que la Reina pase allí la noche del domingo y muera en una explosión.

—¿Y el Rey?

—Prenderá fuego a la pólvora y huirá.

—¿Cómo lo sabéis?

Balfour soltó una risita.

—Yo mismo he transportado la pólvora. Tardamos un día y medio.

—¿O sea que os pagaron para que la colocarais allí y ahora cobraréis para retirarla?

—En efecto. Menudo salario el mío, ¿verdad?

—¿De modo que habéis minado la casa de vuestro hermano? —preguntó Bothwell, mirándolo estupefacto.

—Con su permiso.

—De modo que él también formaba parte de la intriga. ¿Quién más?

—Nadie más. Como todo el mundo sabe, el Rey es tan poco popular que nadie se aliaría con él.

Bothwell experimentó una profunda sensación de alivio. Según los rumores, la conspiración estaba muy extendida.

Balfour lo miraba sonriendo.

—Se me ha acabado la pólvora —dijo—. Compré toda la que había en Edimburgo, pero aún no está debidamente comprimida. Se necesitan quinientas o mil libras más.

—Yo me ocuparé —repuso Bothwell—. Puedo guardarla sin ninguna dificultad en los arsenales reales de Dunbar. Allí nadie seguirá su pista. Estoy seguro de que vuestro hermano Robert estará encantado de no perder su casa. —Esbozó una forzada sonrisa—. ¿Y el Rey no se enterará de que se ha descubierto y desbaratado su plan?

—No.

Las promesas de Balfour valían tan poco como las mentiras. Sólo con el engaño era posible conseguir su colaboración.

—Dejadlo por el momento. Os hará bien descansar después del esfuerzo —le aconsejó Bothwell—. Habéis estado acertado al venir. Recibiréis otras recompensas sin duda; la Corona os encomendará importantes misiones... —añadió, acompañándolo a la puerta—. Necesitaré las llaves de la casa para retirar la pólvora.

—Aquí las tenéis. —Balfour depositó en su mano un grueso llavero de hierro con unas largas llaves muy pesadas.

—Buenas noches —dijo—. No os canséis. Es un trabajo muy duro —añadió, soltando otra carcajada.

En cuanto Balfour se marchó, Bothwell se dejó caer en un banco. Apenas era capaz de pensar, sólo podía sentir. Tuvo que sentarse para que se le calmara la sangre.

Darnley había firmado su propia sentencia de muerte. A Bothwell sólo le restaba hacerlo saltar por los aires antes de que se percatara de lo que ocurría.

«Mandaré traer más pólvora de Dunbar. French Paris y mis parientes la transportarán. El domingo por la noche, mientras Darnley duerma, encenderemos la pólvora y lo haremos volar en pedazos. La gente pensará que él mismo lo hizo por error. El crimen castigará al criminal y ahí terminará todo. María será libre, y podremos contraer matrimonio.»

En lugar de producirle una sensación de júbilo, la palabra «matrimonio» le evocó la imagen de un grillete que lo arrastraba hacia un siniestro destino desconocido.

Alargó la mano hacia el tratado militar y lo sostuvo como si fuera un talismán.

«Soy un soldado, no un estadista. Yo sólo quería poseer su cuerpo, no su corona. Y hay algo más... Quienes la aman mueren antes de tiempo o de manera trágica. Francisco. Chastelard. John Gordon. Rizzio. Y ahora Darnley.»

Sacudió la cabeza. Conjeturas y estremecimientos propios de mujeres. Tenía una tarea que cumplir, pues de lo contrario María moriría.

Muy a su pesar, admiró el ingenio de Darnley, que había dispuesto que la alquimia realizara un trabajo que ningún hombre habría osado efectuar.

—Pero para vencer se necesita algo más que ingenio —murmuró—. Se requiere valor, capacidad para elegir el momento más oportuno y suerte.

«Procura tener suerte, Bothwell —pensó con ardor—. Procura tener suerte ahora por una vez en la vida, pues más adelante ya no la necesitarás.»

María estaba desconcertada. Bothwell llevaba dos días sin acudir a la sala de recepción para rendir homenaje a Darnley y no le había enviado ningún mensaje secreto. Curiosamente, French Paris también se hallaba ausente, y aunque ella había intentado participar del festivo espíritu de la inminente boda de Bastian y Margaret, la presencia del mal que parecía respirarse en el aire no desapareció, sino todo lo contrario, cuando el novio y la novia decidieron vestir de negro para la ceremonia.

Faltaban sólo dos días para que Darnley abandonara Kirk O'Field. Se había negado a moverse de allí hasta después de la boda y había rehusado asistir a la ceremonia.

«Lo hace para molestarme —pensó María—. ¡Pero no imagina lo valioso que es para mí un solo día más de libertad!»

El lunes Darnley se trasladaría de nuevo a Holyrood, en la esperanza de que ella lo recibiese en su lecho. María sintió asco sólo de pensarlo.

«Y Bothwell..., ¿cómo haré para reunirme con él en secreto? ¿Podré volver a verlo alguna vez, permitirme el lujo de disfrutar de una velada en su compañía, de una tranquila cena, de una noche en la cama, haciendo el amor, quedándonos dormidos y despertándonos para amarnos de nuevo en la oscuridad? Debe ser posible, tiene que serlo. ¿Por qué mi padre podía tener amantes y gozar de ellas sin disimulo y yo me veo obligada a esconderme como una criada?»

Dominada por el resentimiento, odió a su padre.

«¡Y mi abuelo...! —pensó con amargura—. Se llevó a la cama a la abuela de Bothwell; no era ningún secreto. Y a nosotros que somos los nietos no nos resulta posible sólo porque yo no soy un rey, sino una reina, y no puedo hacer lo que a Jacobo IV le estaba permitido. ¡Seguro que no ardía de pasión como yo!»

El deseo y el amor que sentía por Bothwell la hicieron tambalearse. «Abrazadme, besadme, tocadme...»

—Majestad, os ruego que os sentéis. Perderéis el equilibrio.

Con una profunda turbación, María se volvió y vio a Jacobo, de pie a su espalda.

El muy digno lord Stewart, representación y personificación de la prerrogativa real de su padre, le acercó un escabel. Desviando la mirada y con plena conciencia de la sangre que arrebolaba sus mejillas, María se sentó.

—Os pido perdón por molestaros, pero quería pedir vuestra venia para ausentarme de Edimburgo. —Jacobo hablaba con tanta deferencia como si jamás hubiera hecho cosa alguna sin su autorización y su permiso—. Mi esposa me necesita en Saint Andrews.

Demasiado preocupada por disimular sus tumultuosos pensamientos, María se limitó a decirle:

—Prefiero que os quedéis aquí un día más para asistir a los festejos de la boda. Después podréis marcharos.

—¡No, no me es posible esperar! —contestó Jacobo, visiblemente alarmado—. ¡Mi esposa ha sufrido un aborto y los médicos temen que contraiga la fiebre puerperal! ¡Es imprescindible que vaya de inmediato!

—Muy bien. ¿Cuándo regresaréis?

—Cuando sea prudente hacerlo.

Bothwell dio una cariñosa palmada al muro de pólvora ya terminado.

Había sido una tarea agotadora. Apestaba a sudor, y el ejercicio le había demostrado que sus heridas aún no estaban del todo curadas. El vientre en particular le dolía cada vez que contraía los músculos.

Pero ya estaba hecho.

Justo a tiempo. Como de costumbre, lord Stewart se había alejado a toda prisa de Edimburgo. Si alguien buscaba una señal infalible de un inminente asesinato político, bastaría con que averiguara su paradero. Nunca se hallaba en el lugar de los hechos.

«Arrojar la piedra y esconder la mano», ése era su lema.

Tanto lord Stewart como los demás deseaban la desaparición de Darnley, pero, al final, sólo Bothwell se atrevería a afrontar la tarea.

«Y así debe ser —pensó Bothwell—. El amante de la Reina soy yo, y mío el hijo que lleva en las entrañas. Mi responsabilidad es personal, mientras que la de los demás es meramente política.»

Todo había pasado a la fase más peligrosa, la de la espera. Esperar a que transcurriera el largo domingo; esperar a que se celebrara la ceremonia de la boda y el banquete, la despedida de María de Darnley y su regreso a Holyrood.

Archibald Douglas y sus hombres rodearían la casa para impedir que Darnley escapara. French Paris encendería el reguero de pólvora, a pesar de que él, Bothwell, habría deseado disfrutar de aquel honor. Sin embargo, quizá no fuera posible.



Durante la boda, celebrada en la capilla real católica de Holyrood, no se habían producido incidentes. A pesar de la desesperada desdicha de su propio matrimonio, María experimentaba un innato optimismo cuando veía que otros hacían sus promesas matrimoniales.

Bothwell, que venció sus escrúpulos protestantes, estuvo presente en la ceremonia, durante la cual María contempló su espalda, incapaz de apartar los ojos de ella mientras se preguntaba por qué razón incluso su espalda le parecía distinta de todas las demás.

Todos los invitados asistieron al banquete, y más tarde un grupo reducido asistió a una cena de despedida de carácter más oficial en honor de Moretta, quien al parecer acababa de llegar con el exclusivo propósito de representar al duque de Saboya. En cambio, no había asistido a la ceremonia del bautizo celebrada hacía más de un mes. Bothwell estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa. María lo observó con disimulo incluso mientras mantenía una animada conversación con los condes de Argyll y Huntly.

—Tan tarde que quizá sea el padrino de vuestro segundo hijo —dijo Argyll, guiñando el ojo.

—Pues sí...

—Su regalo de bautizo ha sido espléndido. Las piedras preciosas del mango del abanico...

Bothwell sostenía la copa de vino entre sus fuertes dedos. Desde aquella distancia María no los vio temblar.

Al término del banquete, María se percató de que todavía faltaban varias horas para la mascarada de carnaval en Holyrood y la ceremonia oficial consistente en «colocar al novio y la novia en la cama».

Así pues, se levantó entre risas.

—Vamos todos a Kirk O'Field a saludar al Rey —propuso—. Sé que se alegrará de vuestra presencia. —«Y yo me alegraré de no tener que permanecer a solas con él», pensó.

En medio de las tempranas sombras de la tarde de febrero, bajaron por los helados adoquines de Blackfriars Wynd a la luz de unas antorchas para dirigirse a Kirk O'Field. Las risas de los invitados resonaban en el aire mientras sus capas de color escarlata, marrón y violeta destacaban sobre las casas de piedra gris y la delgada capa de nieve que pisaban.

Darnley esperaba en el interior de la casa. María pensaba que se mostraría enfurruñado y hostil, pero, en cambio, observó que lucía unos soberbios ropajes con

incrustaciones de piedras preciosas y que se desplazaba alegremente de un lado para otro a la pata coja. Había dispuesto incluso que unos músicos tocasen en estancias bien iluminadas por centenares de velas. Se había colocado con orgullo una máscara de plumas y, señalándose las delgadas piernas enfundadas en unos calzones plateados, repetía una y otra vez:

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!

¿Se habría emborrachado? ¿Se habría pasado toda la tarde bebiendo? Pero no..., no se tambaleaba al caminar ni hablaba con voz pastosa.

—¡Milord! —exclamó María, asombrada, permitiéndole que tomara su mano y la guiara en una danza.

Los lores e invitados los miraron fijamente y al final los vitorearon. Darnley hizo una reverencia.

—¡Vamos, otra vez! —la animó Darnley, tirando de ella. Sus mejillas presentaban un extraño arrebol. ¿Tendría fiebre?—. ¡Bebed! ¡Danzad! ¡Divertios! —ordenó con los brazos abiertos—. Ah, mi María, qué bella sois —susurró volviéndose hacia la Reina—. Tan bella que desearía que estuvierais hecha no de carne sino de mármol para que duraseis eternamente. —Le besó la mano con ternura—. ¡Los dados! ¡Hemos de jugar! —dijo de pronto, dirigiéndose a todos los invitados—. ¡Aquí, en esta mesa! ¡Ya lo tengo todo preparado!

Se había hecho tarde, pero, en cuanto anocheció, fue como si todas las horas sucesivas transcurrieran de golpe. No había manera de saber si eran las siete o las nueve pues sus estómagos llenos no daban señales de hambre.

María estaba enfrascada en una partida de primero cuando, de repente, Bothwell se inclinó hacia ella.

—¿Habéis olvidado vuestra promesa de regresar a Holyrood para la mascarada? —le preguntó en voz baja.

—Todavía es muy temprano —contestó ella, estudiando las cartas. Estaba ganando.

—No —repuso Bothwell—. Es tarde, son más de las diez. French Paris acaba de comunicarme que os esperan; han aplazado el comienzo de la representación.

—¡Oh!

Tendría que cambiarse de ropa. Qué aburrimiento. Ya no estaba de humor para el carnaval, el largo camino de regreso a Holyrood en medio del frío, el disfraz y...

Si hubiera tenido elección, se habría quedado allí jugando a las cartas en aquella acogedora casa y después se habría ido a dormir una vez más a la pequeña estancia de piedra. Sin embargo, no debía dejar de cumplir con su deber para con sus servidores. Se levantó con gesto cansado.

Posó la mano sobre el hombro de Darnley para llamar su atención.

—He de volver a Holyrood —le informó—. Lamento tener que despedirme y daros las buenas noches.

—¡Pero debéis regresar! —Darnley echó el dado—. ¡Prometedme que regresaréis y dormiréis aquí! —le exigió con voz chillona y quejumbrosa.

—Por desgracia, estoy muy cansada. Regresar otra vez en mitad de la noche...

—¡Pues entonces no vayáis! —dijo Darnley, sujetándola por la manga.

María le dio una palmada en la mano.

—Debo hacerlo. Es uno de los deberes que me siento obligada a cumplir. Margaret y Bastian son dos de mis más queridos...

—¡Yo soy vuestro esposo!

Bothwell volvió con brusquedad la cabeza.

—Sí, lo sé, pero mañana abandonaréis esta casa. Es sólo cuestión de horas.

—¡Por favor! ¡Concededme este deseo!

—Henry —le dijo María con su más dulce tono de voz—, sed razonable. No resulta conveniente. Es más seguro y saludable que ambos disfrutemos de unas normales horas de sueño esta noche. Vos os estáis recuperando. Mirad... —se quitó una sortija del dedo y se la puso en el suyo—..., os la dejo en prenda...

—¡María!

Darnley estaba a punto de romper a llorar.

María comprendió que debía marcharse de inmediato o, de lo contrario, él se lo impediría y los novios se ofenderían. ¿Por qué era Darnley tan egoísta?

A punto estuvo de echarse a reír. «Me hago la pregunta como si él fuera una persona normal y ésta fuese la primera cosa rara que hiciese en su vida», pensó.

—Si puedo, regresaré —le prometió—, pero, por favor, no me esperéis despierto.

Rápidamente los lores y las damas se cubrieron con sus mantos y sus capuchas y salieron a la oscuridad. María se volvió y vio a Darnley con las manos apoyadas en el cristal de la ventana de la estancia.

Se sentía agotada, y la mascarada en la que se había visto obligada a participar la había dejado sin fuerzas. El hijo que llevaba en el vientre empezaba a hacer notar su presencia. O quizá su cansancio se debía a las extrañas y lastimeras peticiones de Darnley y al hecho de haber tenido que ingeniárselas para librarse de él. Por regla general, le gustaban aquellos festejos pero esta vez anhelaba que terminaran para irse a la cama. Ni siquiera la contemplación de Bothwell con su disfraz de carnaval de color negro y plateado había conseguido despertar su interés.

Tras haber «colocado en la cama» a los novios y cuando los demás invitados regresaron a la sala para seguir bailando, Bothwell y sir John Stewart de Traquair se acercaron a ella.

—Apartémonos un momento —dijo sir Stewart.

Tenía el rostro más pálido que la cera y se lo veía muy alterado. María se volvió enseguida hacia Bothwell y observó que la expresión de su rostro era de todo punto distinta de la de su compañero: ceñuda y decidida.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede?

Ambos hombres la tomaron por los codos y la guiaron hacia un rincón.

—Ni se os ocurra regresar a Kirk O'Field —le advirtió Bothwell—. He oído vuestra conversación con... el Rey.

—La verdad es que estoy muy cansada.

Bothwell miró a Traquair y asintió con la cabeza.

—Decídselo.

—No, vos me lo contasteis a mí y lo sabéis mejor.

—El Rey pretende asesinaros esta noche si regresáis a la casa —dijo Bothwell.

—¿Cómo? —preguntó María con un hilo de voz.

—Pólvora.

—¿Qué?

—Ha llenado los sótanos de pólvora. Le ha llevado muchos días hacerlo. Ahora se comprende su misteriosa elección de Kirk O'Field.

María estaba tan aturdida que ni siquiera era capaz de hablar. Sus súplicas de que regresase...

—Pedimos vuestra venia para prenderlo —dijo con suavidad Traquair—. Es un traidor.

María rompió a llorar con desconsuelo. La perfidia y la sangre fría que todo ello suponía rebasaba su capacidad de comprensión. Era diabólico.

«Seré fiel y leal a mi soberana la Reina de Escocia. Jamás cometeré traición en mi corazón contra nuestra Reina sino que se la descubriré en otros. Si así no lo hiciere, que Dios me lo demande.»

—Ha roto su promesa —murmuró.

Bothwell le dirigió una rápida mirada a Traquair. Qué comentario tan inoportuno.

—Cuando fue nombrado caballero de la orden del Cardo, juró...

—¿Tenemos vuestra venia para arrestarlo? —insistió Bothwell—. Debemos actuar por orden vuestra. Es un traidor.

Cuando Bothwell ya estaba dando media vuelta para cumplir su propósito, María tendió la mano hacia él.

—Pero no le hagáis daño —le pidió.

—Si opone resistencia al arresto, no respondo de su seguridad —repuso Bothwell—. Es un hombre peligroso y como tal hay que tratarlo. —Miró a Traquair—. Acompañad a la Reina a su dormitorio. Os espero fuera.

Sin embargo, una vez en la escalera, Bothwell bajó por los peldaños de dos en dos para llegar a Kirk O'Field mucho antes que Traquair. La mecha lo esperaba. No se produciría «arresto» alguno, aunque más valía que María lo creyera.

El modo en que Darnley la había tocado y abrazado... le daba asco. El muy traidor... ¡El vil e inhumano traidor!

Mientras corría por las callejuelas de Edimburgo y entraba en Kirk O'Field a través del jardín del antiguo monasterio, sintió que el aire frío le quemaba los pulmones. Aminoró la marcha. Todo estaba oscuro y no había luna que guiara sus pasos. Jadeaba casi sin resuello y hacía demasiado ruido.

Ya estaba en la casa. No había ninguna vela encendida. Darnley y sus criados se habían retirado a descansar.

Encapuchados y embozados, Archibald Douglas y sus hombres aguardaban en el jardín del lado sur. El vaho de su aliento se elevaba en pequeñas columnas como el humo de unas chimeneas. Tenían frío pero no se atrevían a dar patadas en el suelo para calentarse los pies ni a moverse siquiera.

French Paris, William Powrie, John Hay y John Hepburn lo esperaban en el lado oriental de la casa. El reguero de pólvora serpenteaba en el suelo como una víbora casi invisible.

Nadie llevaba antorcha, por lo que Bothwell pidió un pedernal y, luego de rascarlo varias veces, consiguió encender la pequeña mecha. Acto seguido se inclinó y acercó ésta a la pólvora, que se encendió tras un fognazo. Bothwell observó cómo el humo y el rojo resplandor avanzaban lentamente hacia la casa.

—Recordad que sois el único que la ha encendido —señaló Paris con voz trémula.

—Caballeros, ha sido un placer —dijo Bothwell—. De hecho, considero un privilegio haber presidido este acontecimiento sin igual.

—¡Corred! —gritó Paris.

Pero Bothwell permaneció quieto donde estaba, contemplando el resplandor que se acercaba a su objetivo.

Darnley estaba soñando y en su sueño se veía entero, fuerte y sano, un caballero que tomaba por asalto las murallas de Jerusalén y mataba infieles. Miró a su derecha y, a través de la abertura del yelmo, vio a su capitán Ricardo Corazón de León. De repente, él se convirtió en Ricardo, hizo acopio de todo su valor y su fuerza...

Despertó bruscamente. La decepción lo invadió mientras los retazos del sueño se disipaban. No podía retenerlos...

Por otra parte, había algo más..., algo que era muy triste y doloroso...

María se había ido. Y él había fracasado.

Había permanecido despierto hasta la una, esperando. Se lo había suplicado con

tanta dulzura que pensaba que ella se ablandaría y regresaría. María era impulsiva y bondadosa. Si Bothwell no se lo hubiera impedido...

Jamás se había sentido tan poderoso y, al mismo tiempo, tan desengañado y contrariado. El plan era perfecto; Balfour y Standen lo habían ejecutado según sus indicaciones exactas.

«Ejecutado.» Le hizo gracia el término. De pronto se echó a llorar.

«Aún podría suicidarme —pensó—. Pero no me parece bien, sin estar ella aquí. Y además, ¿soportaría flotar en el aire como un invisible fantasma y contemplar a Bothwell gozar de ella? Quizá de esta manera conseguiría vengarme. Pero no. Soy más poderoso en carne y hueso de lo que sería estando muerto.»

La furia se mezcló con el abatimiento mientras yacía, rígido, en la cama. La casa estaba tan silenciosa como una tumba. Un sepulcro de piedra, oscuro, frío, silencioso... Las figuras dormidas de sus criados semejaban las estatuas de piedra de los sepulcros de una iglesia, sumidas en el sueño eterno.

Estaba a punto de quedarse dormido de nuevo cuando, de pronto, oyó un leve ruido, unos apresurados correteos.

¡Ratas! Se puso a temblar y se tapó con las mantas. Aborrecía las ratas; jamás había logrado acostumbrarse a su constante presencia, por muy bien amueblada que estuviera una casa.

El animal estaba rascando.

Debía de ser una de las gordas. «¡Dios mío, que no entre en esta habitación!»

Oyó un murmullo. Voces humanas. Fuera. Después, un ruido como de alguien que arrastrara los pies, también en el exterior.

Contuvo la respiración y aguzó el oído. Pero no era nada. Empezó a sentirse mareado por la falta de aire. Espiró e inspiró. Percibió un olor a quemado, pero no era normal, como el de fuego de leña, cera o paja. Era...

¡Pólvora! ¡Alguien había encendido la pólvora!

Presa del terror, se levantó de un salto y corrió hacia la ventana del lado este.

Advirtió un movimiento. Hombres. No alcanzó a ver cuántos. Fuera reinaba una oscuridad casi completa.

Sin embargo, había un pequeño punto de luz que se movía.

¡El reguero de pólvora!

Por un instante angustiosamente largo permaneció paralizado y trémulo. Sus pies descalzos y sus piernas desnudas estaban tan fríos como el hielo. Sólo llevaba puesta una fina camisa de noche.

No tenía tiempo para vestirse. Vio que el destello se acercaba cada vez más. Sabía cuántos miles de libras de pólvora estaban esperando para estallar y lo que ocurriría cuando lo hicieran.

Corrió al balcón del dormitorio. Habría podido salir, saltar a la muralla de la

ciudad, situada justo debajo de la ventana, y escapar cruzando el viejo huerto en dirección a los campos. La muralla de la ciudad le serviría de escudo y lo protegería de la onda expansiva.

Se acercó a trompicones a la cama de William Taylor y lo despertó.

—Hummmm... —gruñó el criado.

—¡Hemos de huir! —dijo Darnley con voz ahogada por el miedo. Corrió hacia la parte lateral del balcón y empezó a descolgarse.

—Esperad, milord. Voy por ropa abrigada, una cuerda y una silla para bajar. ¡Esperad, os lo ruego! —Taylor empezó a recoger los objetos que consideraba necesarios sin comprender la necesidad de aquellas desesperadas prisas.

Darnley no podía esperar. Se aferró al borde del alféizar de la ventana mientras su cuerpo quedaba colgando. El intenso frío le había entumecido las piernas, por lo que no tenía la menor sensibilidad en los pies descalzos cuando se soltó con la intención de ir a parar a la parte superior de la muralla. Tropezó, perdió el equilibrio y cayó sin hacerse daño en el gélido suelo de abajo.

¡Estaba a salvo! La oscura casa aún se mantenía en pie y la muralla se interponía como un centinela entre ella y su persona. Oyó que Taylor trataba de seguirlo con la silla, la cuerda y la ropa, armando un ruido infernal.

Cruzó corriendo el huerto casi sin aliento. El sudor se le congelaba en la piel y lo envolvía con una capa de frío.

De repente, topó con algo. Un árbol. No. Un hombre.

—¡Alto! —exclamó una voz conocida.

Otros lo rodearon. Eran varios.

Una ruda mano enguantada lo asió por el hombro y otra le inmovilizó los brazos a la espalda y lo sujetó contra un ancho pecho protegido por una acolchada coraza de batalla. El hombre retrocedió y lo levantó en vilo mientras sus pies ateridos se agitaban inútilmente en el aire.

—No tenéis posibilidad de escapar —dijo la voz conocida como si le explicara algo muy sencillo—. Debéis pagar vuestra deuda.

—¿Qué deuda? —chilló Darnley.

—La imperdonable deuda de haber traicionado a los vuestros. El que traiciona a su clan y a sus parientes no merece vivir.

¡Era Archibald Douglas!

Gracias a Dios que no se trataba de Bothwell.

—Oh, primo —gimoteó Darnley—, no vayáis a cometer el execrable crimen de asesinar a alguien de vuestra propia sangre, pues la sangre clama sangre y la vuestra será derramada como venganza.

Se oyó una suave carcajada. Douglas acercó el rostro al de Darnley.

—Sois muy tonto, primo. No se nos echará la culpa de lo ocurrido, a nosotros, sino

a Bothwell. —Archibald rodeó con sus manazas el frágil cuello de Darnley.

—¡No! ¡No! —suplicó el Rey—. ¡Os ruego que tengáis compasión de mí! ¡Ah, pariente mío, en nombre de Aquel que se apiadó de todo el mundo, respetad mi vida!

Douglas siguió apretando sin dejar de sonreír. Sintió que el cuello se contraía y oyó los resuellos de Darnley, que se retorció y agitaba con las piernas colgando en el aire, pues el hombre que lo sujetaba por la espalda no aflojaba la presa.

Darnley forcejeó tanto que a Douglas empezaron a dolerle las manos.

—Cuánto tarda en morir —comentó con indiferencia—. ¿Quién habría imaginado que le quedara todavía tanta fuerza?

Justo en aquel momento apareció Taylor, que sujetaba con torpeza la silla entre los brazos. Los hombres se volvieron mientras Douglas y su compañero sostenían en vilo la larga y pálida figura de Darnley.

—Otro —señaló Douglas—. Matadlo.

Taylor soltó la silla y echó a correr en dirección contraria, pero tres miembros del clan de los Douglas lo persiguieron, lo atraparon y lo estrangularon.

—Ha sido una noche productiva —dijo Archibald Douglas—. Dejadlos aquí.

Abandonaron los cadáveres bajo uno de los perales del viejo huerto y depositaron junto a ellos los objetos que llevaba Taylor cual ofrendas a los fieros dioses del clan.

Hacía un buen rato que Bothwell aguardaba a una distancia prudencial, pero nada había ocurrido todavía. ¿Se habría apagado la mecha?

—Voy a ver cómo está el reguero de pólvora —le susurró a Paris.

—¡No! —El criado lo tomó por la cintura y exclamó—: ¡No os acerquéis a mirar! ¡Es demasiado peligroso!

Bothwell se soltó y corrió hacia la casa. De repente, un extraordinario estallido y una poderosa onda expansiva lo dejaron medio sordo y lo arrojaron al suelo. Notó una ardiente sensación de calor en el lado derecho del cuerpo y, al mirar por debajo del brazo, vio una explosión que jamás habría sido capaz de imaginar. La casa se levantó de sus cimientos y las piedras se separaron —vio incluso un intenso color rojo entre las negras líneas rectas de las piedras cortadas— y cayeron hacia fuera como una lluvia. Se levantó a toda prisa y corrió con toda la rapidez de que fue capaz mientras los cascotes caían alrededor de él. Una sola de aquellas piedras habría obrado el mismo efecto que una bala de cañón.

Al final, lejos ya del alcance de la peligrosa lluvia de escombros, Bothwell contempló con macabra fascinación la destrucción de la casa. La fuerza de la pólvora era asombrosa. Habría acabado con la vida de cien personas, de quinientas incluso.

Y todo eso para eliminar aun hombre. Sin embargo, era necesario para asegurarse de que muriera. El mal no perecía con facilidad.



Otra gran explosión acabó con toda la estructura del edificio, y acto seguido una columna de fuego se elevó hacia el oscuro cielo nocturno.

¿Qué habría ocurrido si María se hubiese encontrado allí tal como Darnley había planeado?

Bothwell regresó aturdido a Holyrood a través de callejuelas poco transitadas, rodeando las partes derruidas de la muralla. Debía comunicarle a la Reina lo ocurrido, tenía que verla para que se disipara la horrible visión que había tenido al imaginarla en medio de aquella conflagración.

La gente había salido a la calle gritando y señalaba hacia el lugar de la explosión. Cubriéndose el rostro con la capa, Bothwell se abrió paso entre ella. Estaba demasiado oscuro como para que alguien lo identificara, pero su innato sentido de la cautela se había puesto en marcha a pesar del alterado estado de ánimo en que se encontraba.

Llegó a la poterna del ala del palacio de Holyrood donde se hallaban sus aposentos. Giró para dirigirse al dormitorio de María, pero ya era demasiado tarde. Los pasillos estaban llenos de alarmados guardias y criados. No debía correr el riesgo de ir a verla en secreto. Se dirigió con rapidez a su dormitorio, se desvistió y se metió en la cama. Su ropa aún no había perdido el calor del cuerpo cuando llamaron a la puerta y uno de los guardias de palacio entró a toda prisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bothwell, frotándose los ojos.

—¡Creo que el Rey ha muerto, pues su casa ha volado por los aires!

—¡Qué vergüenza! ¡Traición! —gritó Bothwell levantándose de un salto de la cama para tomar su ropa.

De inmediato entró el conde de Huntly con el rubio cabello alborotado, seguido de los condes de Argyll y Atholl.

—¡Debemos ir a informar a la Reina! —dijo Bothwell, calzándose la segunda bota.

Salieron al pasillo y corrieron hacia los aposentos de María. Toda la antesala estaba llena de atemorizados criados.

—¡Ha sido un ruido como de veinte cañones! —chilló María Seton, agarrando a Bothwell por la manga—. Oh, señor, ¿qué ha ocurrido?

—¿Y cómo demonios voy a saberlo? —replicó Bothwell, apartándola de un empujón.

¿Acaso la gente ya empezaba a sospechar de él?

—¡Traición! ¡Vienen por nosotros! —gimoteó uno de los pajes franceses.

—¡Pues entonces pórtate como un hombre! —exclamó Bothwell—. ¡Prepárate para luchar!

La puerta interior de los aposentos de la Reina estaba abierta y ella, con el cabello suelto y alborotado, se encontraba de pie en el vano vestida sólo con su camisón, mirando a Bothwell con expresión de súplica y perplejidad.

—Hemos oído un ruido atroz, como de truenos y cañones —dijo—. ¿Qué terrible acontecimiento se ha producido? ¿Ha habido un ataque?

Bothwell respiró hondo. María se lo preguntaba a él, no a otro de los presentes.

—No. Ha habido un terrible accidente. El Rey ha muerto, víctima de una explosión que se ha producido en su casa —contestó.

—¿Muerto? —preguntó María sin comprender.

—Muerto —contestó él, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Lo sabemos de cierto? —preguntó Huntly—. Lo único que nos consta es que ha habido una explosión. No conocemos el alcance de los daños e ignoramos si alguien ha sobrevivido. ¿Por qué lo decís? —le preguntó a Bothwell en tono de desafío.

—A menos que se hallara lejos de la casa, cosa harto improbable habida cuenta de la hora y de su estado, no tenía posibilidad alguna de sobrevivir.

«Ya me encargué yo de que así fuera —pensó—. Cuando tengo que matar, me aseguro efe conseguirlo, pero no me complazco en ello... a diferencia de vosotros.»

María se apoyó en madame Rallay... ¿conmocionada o aliviada?

—Id a ver qué ha ocurrido —le pidió a Bothwell en voz baja.

María contempló desde su ventana a Bothwell y sus hombres cruzar el patio y subir por Canongate. Una columna de humo a la izquierda señalaba todavía el lugar donde antes se levantaba Kirk O'Field. Fuera, las calles eran un clamor.

Darnley había muerto. ¿Cómo habría ocurrido en realidad? ¿Habría estallado la pólvora por accidente o alguien la habría encendido a propósito? ¿Qué habría dicho Darnley al verse arrestado por Bothwell?

—Majestad.

María se volvió y vio a sir Stewart de Traquair.

—Contadme qué ha ocurrido —le dijo con un hilo de voz al tiempo que hacía señas a los demás de que se retiraran—. Vos estabais allí.

—No, Majestad, no estaba. —Traquair parecía afligido y turbado—. Bothwell me dejó aquí para protegeros en caso de que Darnley enviara a alguien a asesinaros. Por eso no he visto lo que ha ocurrido. Sólo sé... Dicen que todo es obra de Bothwell y sus hombres. Él, o más bien alguien que se hacía pasar por él, y sus compinches fueron vistos subiendo y bajando por la calle Mayor de Edimburgo acarreando la pólvora. Esta noche.

—¡Pero si ha estado con nosotros toda la noche!

—Lo sé. No obstante, quienquiera que desee que la gente piense lo contrario ha elegido muy bien a los actores.

María se echó a temblar. De modo que aquella noche la víctima no sería sólo ella o Darnley, sino también Bothwell. Alguien más había descubierto la intriga de Darnley y

la pólvora y había decidido eliminar a Darnley y a Bothwell juntos.

¿Quién? ¿Lord Stewart?

«En tal caso, querrá eliminarme a mí después —pensó—. ¿Es eso lo que quiere? ¿Dónde se encuentra ahora? Me dijo que en Saint Andrews, pero...»

Presas de una gran agitación, María se desplomó.

Al despertar, vio que la brumosa luz del día inundaba la estancia. Intentó moverse, pero sentía un gran peso y un fuerte dolor en el vientre. Debajo de su cuerpo habían colocado unos gruesos lienzos y notaba una sensación pegajosa.

—Os ha venido una regla muy fuerte —le susurró madame Rallay al oído—. Hay mucha sangre, coágulos y otras sustancias, pero ahora ya todo ha terminado y no os dolerá. ¿Queréis que llame a Bourgoing?

—No —respondió María. «No quiero que Bothwell lo sepa —pensó—. ¿Lo habrá adivinado madame Rallay? No debe quedar constancia de este hecho.»

El niño se había perdido. Pero ¿existía en realidad? A lo mejor, todos los síntomas se debían a la tensión y jamás había habido tal niño.

Soltó una histérica carcajada. «No habría sido necesario que fuera a Glasgow», se dijo.

—Chsss. ¡Ya basta! —le rogó madame Rallay, señalando la puerta con un movimiento de la cabeza—. Creerán que os reís de la muerte de vuestro esposo, que no la lamentáis. Y quizá se pregunten si sabéis algo más de lo que deberíais saber.

«Vaya si lo sé —pensó María—. Sé que pretendía matarme.»

Una hora más tarde ya se había levantado y vestido e incluso había comido algo. Estaba preparada para cualquier noticia que le llevase Bothwell.

—Señora —le dijo éste cuando a media mañana se presentó en sus aposentos en compañía de otros lores—, lo que hemos descubierto es muy extraño.

—Entre las ardientes y humeantes ruinas hemos encontrado los cuerpos calcinados de sus criados —explicó Huntly—. Y no quedaba piedra sobre piedra; la casa se ha derrumbado por completo. Se ha convertido en un montón de humeantes escombros.

—Pero el Rey no estaba allí —intervino Bothwell, levantando la voz—. De hecho, no estaba en ningún lugar de la casa. Finalmente, lo encontramos a las cinco de la madrugada a unos ochenta pies de distancia.

—Sin que el fuego lo hubiera tocado siquiera —señaló Huntly.

—Pero muerto —puntualizó Bothwell—. Bien muerto. Y, encima, desnudo, por lo menos de cintura para abajo. Allí estaba, tendido con las partes pudendas expuestas a los cuervos carroñeros y las piernas medio congeladas. A su lado se encontraba su

criado Taylor, y, esparcidas por el suelo, toda suerte de cosas: una cuerda, una daga, una silla, unas chaquetas de piel...

—¿Presentaba heridas? —preguntó María.

—No, ni tampoco cortes, magulladuras o quemaduras. Estaba muerto sin más —contestó Bothwell—, aunque de modo misterioso.

—Lo mandamos llevar a una casa cercana donde lo cubrieron como manda el decoro. En estos momentos están trasladándolo aquí, donde tendréis ocasión de contemplar su cuerpo —le comunicó Huntly.

—Nosotros os acompañaremos —aseveró Maitland, que acababa de aparecer como por arte de ensalmo a su lado sin que nadie lo hubiera anunciado.

María no se sentía con ánimos para abandonar sus aposentos, pero sabía que si hubiera opuesto reparos su actitud se habría interpretado como una señal inequívoca de culpabilidad. La estancia estaba llenándose de gente y todo el mundo la miraba con curiosidad o bien con expresión acusadora... Todo el mundo menos Bothwell, el único que ella habría deseado que la mirase y apoyara. Pero él miraba deliberadamente para otro lado.

—Muy bien —dijo, ofreciendo un brazo a Huntly y otro a George Seton.

Acto seguido abandonó la estancia caminando rígida.

Un manto de inexistencia la envolvía. Darnley había muerto. Se había librado de él. La gran locura que había cometido al unirse a aquel hombre había estallado junto con la casa. Pero el carácter innatural de su muerte significaba que aquello era algo más que una liberación llana y pura.

«¿Por qué no se habrá muerto de su enfermedad? —se preguntó desesperada—. ¿Por qué ha ocurrido una cosa tan extraña? Como legado deja un rastro de misterio y culpa. Quiso matarme pero ahora será exculpado y me atormentará desde la tumba.»

Bothwell y Maitland bajaban los peldaños por delante de ella. ¿Adónde iban? ¿Adónde llevarían el cadáver de Darnley?

La hicieron pasar a una estancia sin ventanas de la planta baja en la que por regla general se guardaban bancos, caballetes y escabeles; cuando entraron, unos criados estaban retirándolo todo. Al fondo de la estancia habían armado un improvisado catafalco sirviéndose de dos caballetes y unas anchas tablas de madera. Unos criados colocaban a toda prisa unas colgaduras negras en la pared del fondo.

—Un asiento para Su Majestad —ordenó Bothwell en tono áspero.

María se sentó con alivio en la silla acolchada que le ofrecieron. Se sentía débil y temblorosa.

La puerta del fondo de la estancia se abrió y entraron seis soldados que sostenían en alto unas parihuelas. Por un grotesco instante, éstas parecieron uno de aquellos complicados platos que se servían como parte de la diversión en los grandes banquetes oficiales. De igual manera los criados enfundados en sus libreas solían portar con

orgullo castillos de azúcar, cisnes dorados o bosques de pastelillos para los invitados.

Incluso la blanca figura que yacía en las parihuelas parecía hecha de azúcar. El rubio cabello parecía de oro mientras que todo lo demás era blanco: la camisa de noche y las exangües facciones.

—Adelante —dijo Maitland.

Los soldados avanzaron solemnes sin mirar ni a derecha ni a izquierda. El afilado perfil de Darnley pasó por delante de los ojos de María.

Era cierto. Estaba muerto.

Sin embargo, en lugar de sentir alivio, María experimentó una sensación de terror. La imagen de su figura muerta resultaba grotesca y aterradora. Aquel joven no debía estar tan inmóvil y pálido.

Se levantó despacio y, apartando los serviciales brazos de los cortesanos, se acercó al catafalco donde habían colocado las parihuelas. Cuatro blancos cirios flanqueaban la cabeza y los pies de Darnley.

La contemplación del céreo rostro la atraía con fuerza casi irresistible hacia él.

¡Qué inmóvil estaba! La profunda y absoluta inmovilidad de la muerte, superior a la del granito o las piedras preciosas, pareció inundar el pecho de María. Contuvo la respiración como si respirar en presencia de Darnley constituyese una aberración.

Sus ojos estaban cerrados y era cierto lo que le habían dicho: no se observaba en él la menor señal de violencia. Sin embargo, su aspecto no era el de una persona viva; quienes aseguraban que «los muertos duermen» jamás habían contemplado a una persona que acababa de morir.

Con el cuerpo extendido, Darnley volvía a ser el apuesto e ingenuo joven que ella había conocido en el castillo de Wemyss; el mismo que no había muerto del todo sino que en ocasiones asomaba a través del débil personaje pendenciero y bebedor. Una parte del caballero que había al principio había sobrevivido hasta aquel momento. Ahora ambas cosas se habían extinguido juntas, la inocencia y la culpa.

Aquél era el amante que había intentado matarla.

«No lo olvides —pensó—. Planeaba contemplarte tendida en este catafalco. En realidad, no habría sido posible, pues habría ardidado y quedado desfigurada sin posibilidad de identificación.»

A la pálida y trémula luz de los cirios las manchas más oscuras de su enfermedad destacaban en la descolorida piel. Ahora jamás se le curarían y eso habría supuesto una causa de gran aflicción para él.

Los lores la miraban fijamente, en un intento de interpretar la expresión de su rostro. De repente, se sintió objeto de más interés que el propio Darnley.

En aquel momento, tomó conciencia de la magnitud de lo que ocurría. «¡Soy yo quien está expuesta aquí, no Darnley! —pensó—. ¡Hasta en la muerte pretende causarme daño!» La repugnancia que le producía la contemplación del rostro del Rey

se reflejó en sus facciones, y los presentes tomaron debida nota de ello.

Los lores redactaron una carta en su nombre para enviarla a Francia aquel mismo día. María la firmó tras haberla leído por encima sin demasiado interés.

... Si Dios en su misericordia no nos hubiera protegido para que podamos vengar con severidad este misterioso hecho cuya impunidad nos induciría a preferir la pérdida de la vida y la hacienda. El asunto causa extrañeza y espanto tales que no creemos que jamás se haya producido otro igual en ningún otro país...

Isabel. Debían comunicarle la noticia a Isabel.

Al pensar en la reina de Inglaterra, María se estremeció. Isabel, con sus espías y embajadores y su mente inquisitiva, haría indagaciones y trataría en cierto modo de alterar la situación en beneficio propio. Por otro lado, si no se le informaba de inmediato de lo que había ocurrido, intentaría sacar partido de dicha circunstancia.

«No tengo ánimos para escribir una carta —pensó María—. Enviaré a Melville en la esperanza de que éste sepa responder a todas sus preguntas.»

Finalmente llegó la noche —aunque, en realidad, todo el día le había parecido una noche—, y ella podría sumirse en el sueño o por lo menos intentarlo. Le pidió a madame Rallay que encendiera todas las velas. De repente, temió que el pálido y enfurecido fantasma de Darnley subiese por la escalera y se colocara en su habitación tal como había hecho la noche del asesinato de Rizzio. Pero, al mismo tiempo, deseaba estar a solas para enfrentarse con él. Así pues, ordenó a la perpleja madame Rallay que durmiese en la antesala.

Permaneció inmóvil en la fría estancia. El palacio estaba en silencio, pero no se trataba de un silencio tranquilo, sino más bien de una pausa previa a la aparición de nuevos horrores.

No podía pensar; era mejor así. Cerró los ojos, y entonces oyó un ruido de pisadas que subían poco a poco por la escalera.

«Estoy preparada —pensó—. No me arredraré ante tu presencia, Darnley, cualquiera que sea la forma en que aparezcas.»

No obstante temblaba como si se hallase desnuda a la intemperie en medio del frío del mes de febrero, tal como lo habían encontrado a él.

La puerta se abrió lentamente. La tenue luz de la vela no mitigaba la oscuridad del rellano de la escalera. Una mano asió la puerta para evitar que golpeará contra la pared de piedra.

Se trataba de una mano muy ancha, de dedos cortos y poderosos.

Bothwell entró en la habitación. Sus movimientos, su cuerpo fornido le gritaron

«¡Salvación!» antes incluso de que ella reconociera su rostro.

Reprimiendo un grito de alegría, María prorrumpió en profundos sollozos. Bothwell se acercó silenciosamente a la cama, la tomó de las manos y se las besó con ansia. Su cálido aliento le resultó casi doloroso contra la piel.

—Oh, Dios mío —le susurró al oído, atrayéndola hacia sí mientras se arrodillaba a su lado sobre el colchón.

Ambos se buscaron con avidez los labios. Querían hablar, pero no podían hacer otra cosa que besarse. Al percibir el roce de sus labios, María sintió que todos sus deseos se veían satisfechos y que sus anhelos se desvanecían. Él estaba allí por fin.

Bothwell tiró hacia abajo de la chorrera de su vestido para besarle el cuello y morderle la suave piel.

Ella echó la cabeza hacia atrás dejando que sus labios le recorrieran la garganta y le besaran el nacimiento de los pechos. Con una mano le acarició la cabeza. Su cabello estaba frío; a diferencia de su ardiente piel, tenía la misma temperatura que la estancia.

Respirando de manera entrecortada, Bothwell empezó a acariciarle las piernas y a levantarle la falda. Sin embargo ella mostraba una insólita frialdad. Extendió una mano y apartó la de él.

—Ya no estoy embarazada —le musitó al oído con la mayor suavidad posible—. En determinado momento de la noche, todo... todo... se ha perdido.

Bothwell interrumpió de golpe sus caricias.

—Pues entonces... todo ha sido para nada.

Aquellas palabras la desconcertaron.

—Todo... para nada —repitió él sacudiendo la cabeza mientras la soltaba.

—No, para...

—Vos no lo entendéis —la interrumpió Bothwell, y dejó escapar un prolongado y profundo suspiro.

—Pues entonces debéis decírmelo y explicármelo todo. ¿Por qué se ha producido una explosión? ¿Qué ocurrió cuando intentasteis prenderlo? ¡Ha sido horrible no enterarme de nada después de vuestra partida el domingo por la noche!

Bothwell se tendió vestido junto a ella en la cama.

—No lo prendimos. Mientras me acercaba a la casa con mis hombres, él creyó que erais vos que regresabais. Encendió la mecha y trató de huir. Su intención era que entrarais en la casa y volaseis en pedazos. La mecha se encendió unos diez minutos antes de que él creyera oír vuestra llegada.

—Pero Darnley murió durante su huida. —María necesitaba saberlo—. ¿Lo matasteis vos?

—No —contestó Bothwell—. No, no lo vi ni lo toqué hasta el amanecer, cuando, junto con los demás, descubrí su cadáver.

—¿Quién entonces?

¡Gracias a Dios y a todos los santos! Bothwell no era un asesino.

—Lo ignoro. Muchos se habrían alegrado de matarlo si se les hubiera presentado la oportunidad de hacerlo. —Bothwell se pasó la mano por el cabello—. Y ahora estas mismas personas son las que intentarán culparnos a nosotros y destruirnos —añadió en un cauteloso susurro.

—¿Quiénes?

—No lo sé, y eso es lo que más me desespera. Todo el mundo parece bueno y oculta su verdadero rostro. Corremos un gran peligro. —Bothwell hizo una pausa—. ¿No os dais cuenta de que ahora vos y yo estamos unidos para siempre a causa de este muchacho que en estos momentos yace muerto en el catafalco? Se ha cometido un asesinato, María. Un asesinato misterioso que nos arrastrará a la destrucción. Para sobrevivir hemos de permanecer unidos. —Tomando sus manos, las colocó en torno a su propio tronco—. Abrazadme —le pidió—. Rodeadme con vuestros brazos y, pase lo que pase, no me soltéis.

María sintió el sólido cuerpo de Bothwell contra el suyo. En sus contraídos músculos y en sus largos y duros huesos parecía residir la salvación de todo peligro. Las cicatrices que surcaban su piel eran como los distintivos de su poder. Sin embargo, mientras mantenía la cabeza apoyada en su tenso hombro, María sintió que, debajo de aquellos músculos tan duros como el acero, había una carne normal y unos huesos desgraciadamente capaces de romperse.



## L

María ordenó que la corte guardara luto y proporcionó a todos sus miembros crespones negros para que los cosieran a su ropa. Una semana después de su muerte, Darnley fue enterrado con honores reales según el rito católico en Holyrood, al lado de la cripta de Jacobo V.

Al ver el féretro que portaban hacia el altar y oír los cantos, la Reina sólo experimentó una sensación de alivio por el hecho de que la desdichada vida de Darnley hubiera terminado y unas punzadas de remordimiento por sentir tan escasa compasión. Sin embargo, era como si Darnley hubiera acabado con su vida al intentar acabar con la de otros. Unos inocentes habían perecido en la explosión.

La corte quedó anonadada y muda de asombro hasta que por fin comprendió que la conspiración había muerto junto con su instigador y ya no había peligro. Avergonzándose de que aquel hecho pareciera confirmar la opinión del resto del mundo, según la cual Escocia era un país bárbaro habitado por salvajes en el que las atrocidades eran acontecimientos de todos los días, los cortesanos empezaron a murmurar, primero en susurros y después con voz más fuerte. «Hay que castigar a los culpables.» Al parecer, nadie creía que María hubiera corrido el menor peligro o que otra persona aparte de Darnley hubiese sido el objetivo del crimen. Tras morir el Rey había adquirido la majestad y la importancia que en vida le habían faltado. ¡Se había cometido un regicidio! ¡El Soberano había sido asesinado!

Se había encontrado un barril junto a las ruinas de la casa, prueba evidente de que habían transportado la pólvora hasta allí a toda prisa desde algún lugar... ¿Holyrood tal vez? Circulaban rumores de que aquella noche unos hombres habían recorrido con descaro las calles declarándose «amigos de milord Bothwell». Alguien vio a Black Ormiston, hombre de confianza de Bothwell, en las inmediaciones de la fatídica casa poco después de la explosión.

María y su Consejo ofrecieron una recompensa de dos mil libras a cambio de información sobre los autores del crimen, aunque ella sabía que no se encontraría a ninguno, además del propio Darnley, pero esto debía mantenerse en secreto. Ella quería proteger su buen nombre por el bien de su hijo y sabía que Bothwell jamás revelaría la verdad. Aparte de éste, ¿quién lo sabía? ¿Las personas que habían ayudado a colocar la pólvora en aquel lugar? Sí, los cómplices lo sabían... Al día siguiente de la explosión un comité de lores se reunió en el Tolbooth y abrió una investigación.

La asfixiante cercanía de la cámara de duelo del castillo de Edimburgo la agobiaba. Las paredes estaban cubiertas de colgaduras negras y unos gruesos cirios de cera de

abeja ardían lentamente en sus candelabros. María tenía la sensación de hallarse encerrada en un sepulcro. La constante presencia de la muerte, en la que el espectro parecía tan real como la encorvada figura de madame Rallay o el velado rostro de María Seton arrodillada en un reclinatorio, la turbaba profundamente. La asaltaban incluso unas horribles pesadillas en las que ella y Bothwell estaban muertos y sus esqueletos se abrazaban.

Bourgoing se alarmó ante su alterado estado mental y le ordenó que abandonara la cámara en cuanto terminase el funeral de Darnley para buscar la saludable atmósfera de algún lugar de la costa. Más de una vez había comprobado que la proximidad del agua contribuía a serenar los espíritus maltrechos.

George Seton, el hermano de su dama de compañía, le ofreció su castillo del Forth. El 16 de febrero María abandonó con un suspiro de alivio la cámara de duelo y dejó Edimburgo cabalgando despacio en medio de la bruma, envuelta en su negro manto y con la cabeza cubierta por la capucha.

El día que ella se marchó de Edimburgo, alguien colocó un pasquín cerca del Tolbooth.

### ***El vil asesinato de nuestro Rey***

*netido por el ruin sir James Balfour,  
ucio conde de Bothwell y la bruja  
et Beaton. La Reina, bajo el poder  
a bruja, lo sabía y lo consintió.*

French Paris se enfureció al verlo y lo arrancó para llevárselo a Bothwell pero no sin que antes casi todo Edimburgo lo viese.

### ***El abominable conde de Bothwell***

#### ***Ha matado a nuestro Rey***

Debajo, un dibujo mostraba al pequeño príncipe Jacobo con las manos unidas en gesto de oración, implorando:

*Juzga y defiende mi causa, oh, Señor.*

French Paris lo arrancó también y lo destruyó.

Aquella noche un pregonero recorrió las calles proclamando con voz lastimera:

—El poderoso conde de Bothwell ha matado al Rey.

Los buenos ciudadanos se asomaron a sus ventanas en mitad de la noche, pero no alcanzaron a ver al pregonero. Sólo oían el eco de su voz.

—El conde de Bothwell..., el conde de Bothwell es el asesino... el asesino..., el asesino...

El día primero de marzo apareció un letrado que representaba a María desnuda de cintura para arriba y con cola de sirena, sobre las iniciales MR. Debajo figuraba el timbre del escudo de armas del conde de Bothwell rodeado por un círculo de afiladas dagas.

La sirena simbolizaba a una mujer tentadora, una Circe, una ramera.

La ramera y el hombre de la daga eran unos adúlteros asesinos, anunciaba el letrado sin necesidad de palabras.

Sentada en un banco, María contemplaba las fulgurantes aguas del Forth. El tiempo era sorprendentemente suave para el mes de marzo, brillaba el sol y se aspiraba en el aire el perfume de una vigorizante promesa tan verde como los carrizos que se alzaban como centinelas junto a la orilla del agua. Envuelta en su amplia capa de luto, María mantenía la mirada perdida en la lejanía.

Lord Seton, que era un hombre muy amable, se le acercó por detrás y le rozó respetuosamente el hombro. Ella se volvió a mirarlo.

—Una carta —le comunicó Seton—. De la reina Isabel.

El mensajero la había llevado primero a Edimburgo y desde allí, muerto de cansancio, había continuado hasta Seton House.

—¿Está aquí todavía el portador? —preguntó María sin atreverse a romper el sello.

—Ahora mismo está tomando un refrigerio.

—Quisiera recompensarle —dijo ella, que no quería abrir la carta.

—Permanecerá un buen rato aquí y quizás incluso se quede a dormir.

—Muy bien. No permitáis que se marche sin mi conocimiento.

—No, Majestad.

Seton se retiró con discreción. María tomó la carta. Temía leerla. Con lentitud, rompió el rígido sello y empezó a leer:

Señora,

Mis oídos se han llevado tal sorpresa y mi corazón se ha llenado de tal espanto al enterarme del horrible y abominable asesinato de vuestro esposo y primo mío que apenas me quedan ánimos para escribir. Sin embargo, no puedo ocultaros que lo siento más por vos que por él. No cumpliría con mi deber de fiel prima y amiga si no os instara a preservar vuestro honor en lugar de buscar, mirando a través de los dedos abiertos de la mano, a quienes os han hecho el favor, tal como dice casi todo el mundo, con el

propósito de vengaros de ellos. Os aconsejo que os toméis muy en serio este asunto y demostréis de este modo al mundo que sois una princesa noble y una mujer fiel. Os escribo con tanta vehemencia no porque dude de vos, sino movida por el gran afecto que os profeso.

María dejó la carta sobre su regazo, donde se enrolló parcialmente.

«¿Cómo voy a vengarme de la persona que ha cometido el crimen? Él mismo se ha vengado —pensó—. ¡Precisamente por el bien de mi hijo no debo revelarlo!»

La Reina Virgen jamás comprendería cuestiones tan retorcidas y oscuras.

De repente, María tomó la insolente y simplista misiva y la estrujó. Quería acceder a la petición. En cualquier otro país y en cualquier otra situación, habría podido hacerlo. Sin embargo, en aquel lugar donde se sucedían de manera ininterrumpida intrigas, secretos y asesinatos... Quizás en Inglaterra Darnley hubiera sido normal. Cuando llegó a Escocia lo parecía. Pero algo había ocurrido una vez allí. ¿Qué era? Si Isabel lo había conocido antes de su degradación no sería capaz de comprender lo que había sucedido en realidad ni en qué había acabado por convertirse. Tampoco habría comprendido la magnitud del crimen.

Oyó un suave movimiento a su espalda. Se volvió y vio al mensajero. Sí, le había pedido que esperara, pero no podía expresarle lo que estaba pensando. Ocultó con rapidez la carta arrugada confiando en que él no la hubiera visto.

—Doy las gracias a mi buena hermana y prima por su amabilidad y sus sinceros consejos —dijo, eligiendo con cuidado las palabras—. Ella es prudente y sus consejos son siempre acertados. Me considero afortunada por contar con una amiga semejante en esta hora aciaga. —Levantando la mano, mostró la «sortija de Isabel» que todavía lucía en su dedo—. Tengo la intención de hacer lo que ella me aconseja y mucho más.

El mensajero hizo una reverencia.

—¿Deseáis que comunique algún mensaje especial a Su Majestad?

—Sólo que espero y rezo para que siga siendo mi buena hermana y amiga —contestó María.

Después regresó a Edimburgo, a los pasquines y al malestar de los ciudadanos. Darnley no se había callado tras recibir sepultura, sino que había adquirido una nueva presencia más fuerte que la anterior. La gente parecía esperar ansiosa la noche para divertirse con los letreros y el espectral pregonero que había burlado todos los intentos de capturarlo. María oía sus quejumbrosos lamentos —«¡Bothwell... Bothwell... Bothwell mató al Rey!»— resonar por Canongate.

De pronto, capturaron y mataron a un servidor de Balfour y el propio Balfour huyó de la ciudad.

—Corrían rumores de que lo asesinaron porque sabía demasiado acerca del primer asesinato —le explicó a María lord Stewart, que acababa de regresar de Saint

Andrews—. Lo que hay que averiguar ahora es quién lo asesinó. ¿Balfour? ¿Por qué no lo detuvisteis?

—¿Por qué... había de detenerlo? —replicó María—. ¿Con qué motivo?

—¿Por sospecha de asesinato! ¡Los pasquines lo mencionan!

—Ya, los pasquines —espetó María con desdén—. ¿Acaso ahora vamos a administrar justicia permitiendo que cualquier persona demasiado cobarde como para acusar a la luz del día lo haga de forma anónima al amparo de la oscuridad de la noche? ¡Sería una vergüenza! Por encima de todo debemos actuar según la ley. Ya sería hora de que el sol de la civilización empezara a alumbrar aquí y disipara las brumas en las que acechan los asesinos.

—La moda de los pasquines ha venido de Francia —señaló lord Stewart—. Es una de estas nuevas modas que tanto parecen gustaros, como la de la ropa y la música. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué me decís de Bothwell?

—¿Qué queréis que os diga?

Lord Stewart emitió un gruñido de impaciencia, se acarició con los dedos la sedosa barba y la miró a los ojos.

—Lo sabéis muy bien. —Tras otra pausa, agregó—: Se le menciona en los pasquines. El pregonero proclama su nombre. Hay testigos que la noche del asesinato lo vieron con sus hombres transportando barriles de pólvora por las calles de la ciudad...

—¿Los pasquines! ¡El pregonero! Si dijeran «Lord Stewart, conde de Moray», ¿estaríais tan dispuesto a creerlos?

—Sería imposible que me mencionaran de esa manera.

—¿No, vos sois demasiado honrado como para que vuestra mano se implique de modo directo en cualquier acción! Pero contempláis a través de los dedos abiertos de la mano las acciones de los demás, lo que quizá sea peor. ¿No es eso lo que os comprometisteis a hacer en el castillo de Craigmillar, «mirar a través de los dedos abiertos de la mano»?

—No sé de qué me habláis.

Sus palabras la dejaron helada. Entonces no se podía contar con que cumpliera sus anteriores promesas o compromisos: de hecho, acababa de negarlos. Pero ¿quién demostraría que los había formulado? A pesar de ser tan piadoso, Jacobo era un embustero. Y muy peligroso, por cierto, más que cualquier exaltado que empuñara una daga.

María tenía que sentarse.

Se sentía más débil y agotada que después del parto o de la enfermedad que había padecido en Jedburgh.

—¿De veras no lo sabéis? —le preguntó en tono cansado.

—En los pasquines se dice algo que es lo más grave de todo —repuso Jacobo,

acercando el rostro al suyo—. Observo que no habéis hecho la menor alusión al respecto. Me refiero a la insinuación de que vos y el conde de Bothwell sois amantes.

Un estremecimiento de temor recorrió el cuerpo de la Reina. Así que habría de dar explicaciones y la cuestión no se zanjaría como una simple calumnia.

—El dibujo en que aparecíais medio desnuda me pareció un insulto al honor real —añadió lord Stewart—. Es curioso que no protestarais ni os ofendierais.

—No lo vi —repuso María con un hilo de voz.

—¿Queréis verlo? Lo tengo aquí.

Lord Stewart era despiadado. Quería mostrárselo para hundirla.

—Como gustéis, pero prefiero no contemplar dibujos obscenos.

Con aire triunfal, lord Stewart abandonó la pequeña estancia y regresó con un pasquín. María dio un respingo.

Era muy grande, de casi una yarda cuadrada. Los colores eran chillones y los trazos del dibujo enérgicos. En la parte superior se veía una sirena desnuda de cintura para arriba, tal como había dicho Jacobo. Llevaba el cabello largo y lucía una corona. En la mano derecha sostenía una especie de flor de largo tallo y, en la izquierda, un rollo de pergamino. Para que nadie abrigase dudas, la sirena aparecía flanqueada por las letras MR.

Debajo de ella había una liebre, el timbre del escudo de armas de los Hepburn, con las letras JH, de James Hepburn, rodeado por un círculo de afiladas espadas.

—¿No os parece bonito? —le preguntó Jacobo.

—¿Qué es eso que lleva en la mano? —preguntó María.

—¿Es lo único que se os ocurre decir? —Jacobo retrocedió, sosteniendo en alto el pasquín—. «¿Qué es eso que lleva en la mano?» ¡Santo Dios! Una pregunta más indicada sería, «¿Es éste el hombre que conoce vuestra cama?».

—¿Cómo os atrevéis? —gritó María—. ¡Estáis interrogándome como a una criminal o una sospechosa!

—A todas luces lo sois —replicó con aspereza lord Stewart—. De otro modo, este pasquín jamás se habría colocado. Si queréis que os ayude a resolver esta cuestión, decidme, ¿es eso cierto? ¿Es vuestro amante el conde de Bothwell? ¿Mató él al Rey?

—¡No!

—¿No a ambas preguntas o sólo a una? ¿A cuál de ellas?

—El conde no mató al Rey. ¡Y no es mi amante!

—¿Quién mató al Rey entonces?

—Lo ignoro.

—¿Y no sentís por lo menos curiosidad al respecto? Si no lo supierais, y yo os creo, no querríais que andara suelta por ahí una persona que no tuvo el menor reparo en cometer un regicidio, pues dicha persona podría atacar de nuevo.

—Quizá no se tratara de un «regicidio» sino de un simple accidente. El Rey

abandonó la casa...

—María, por todo el cariño que siempre ha habido entre nosotros, por el amor de nuestro padre, os suplico que persigáis al asesino. No cometáis el error de suponer que esto será como el asesinato de Rizzio... que se dejó correr y se olvidó. No se olvidará. Esta vez todo debe salir a la luz.

Lord Stewart dejó caer el pasquín al suelo.

Parecía atormentado, y María advirtió entonces que ofrecía un aspecto tenso y cansado. Antes de que apareciera Darnley, ambos se profesaban afecto. Y Jacobo había tenido razón con respecto a Darnley, tal vez ahora también la tuviese en relación con aquel asunto.

—El conde de Lennox también exige una investigación —reconoció María—. Pero ¿por dónde debo iniciarla? ¡Nadie dirá la verdad!

—Tendréis que confiar en los consejos del secretario Maitland —contestó Jacobo—. No os fiéis de Bothwell. Es un hombre colérico e irascible. Su única respuesta a los pasquines ha consistido en rodearse de cincuenta criminales y fanfarronear por las calles asegurando que se lavará las manos en la sangre de cualquiera que se atreva a acusarlo a la cara. No le permitáis que dirija nada. Maitland...

—¿Y vos? ¿Vos no podéis ayudarme?

—Por supuesto que sí, pero una de las razones por la que hoy quería veros era la de pedir os un pasaporte para viajar a Europa durante unas cuantas semanas.

—¿Ahora?

—Tengo asuntos que...

—¡Veo que vuestra esposa se ha recuperado muy pronto!

De modo que lord Stewart se proponía marcharse de nuevo. Eso significaba que estaba a punto de producirse algún acontecimiento desagradable. Se ausentaría y regresaría después. Pero ¿qué habría sucedido cuando regresara?

—Me niego a concedérselo —le dijo.

Que se quedara en Escocia; ella lo necesitaba. Si tanto se preocupaba por el Reino...

—Ahora os mostráis tan arbitraria y mezquina como vuestra prima Isabel. ¿Recordáis que ella también os negó el pasaporte a vos?

—¡No es lo mismo!

—Quizá no, pero yo serviría mejor a los intereses de Escocia en el extranjero. Me gustaría cumplir una misión en Francia y hablar en persona con los de allí. No estaré ausente por mucho tiempo.

Intentaba engatusarla. No tardaría en ofrecerse a traerle de París hilos de coser y patrones.

—Sé que os encantan los hilos de oro que aquí no se encuentran y los botones forrados...

María soltó una carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó lord Stewart, rígido.

Estaba desesperado por marcharse. Sabía algo. Tal vez conviniera que se fuera. Así, ella y Bothwell serían más libres de actuar. La idea de que Jacobo los observara y analizase las miradas que se cruzaran la aterrizzaba.

—Muy bien —accedió—. Podéis marcharos. Sin embargo, me gustaría que os detuvierais a hablar con la reina Isabel por el camino. ¡Y me encantaría que me trajerais unos botones de granates! —añadió sonriendo—. Aquí son muy caros y no se encuentran con facilidad.

María ardía en deseos de ver a Bothwell, pero él se había mantenido apartado de manera deliberada; todos los ojos se fijaban en ella mientras fingía cumplir con las exigencias del luto. Hasta el 22 de marzo, el vigesimocuarto día desde la muerte de Darnley, debía procurar permanecer el mayor tiempo posible en la cámara de duelo.

No obstante, a pesar del tumulto de las calles, el aluvión de correspondencia diplomática y la necesidad de atender las urgentes peticiones del conde de Lennox, María logró reunirse por lo menos con sus consejeros, entre los que Bothwell era uno de los más influyentes.

Cuando una noche de principios de marzo éste se presentó ante ella sin la compañía de Maitland, Argyll o su cuñado Huntly, María tuvo la sensación de que había transcurrido mucho tiempo, casi toda una vida, desde que él visitara por última vez su dormitorio de Holyrood. Su cabello rojizo destacaba contra el negro de las colgaduras de las paredes y era como una llamarada de vida en una cámara de muerte. Bothwell permaneció de pie, mirándola cohibido.

Ella lo rodeó en silencio con sus brazos y lo besó. El simple hecho de tocarlo le pareció vergonzoso. Ambos se habían impuesto la prohibición de mirarse en presencia de otras personas, y siempre estaban acompañados.

—Bothwell, Bothwell... —musitó.

Percibió su cuerpo junto al suyo y por primera vez durante todo aquel duro trance sintió que una fuerza la respaldaba. Se había sentido sola del todo.

Bothwell apartó con suavidad los brazos que le rodeaban el cuello.

—No podemos. Esta noche, no.

¡Pero ella necesitaba tenerlo, de lo contrario, se moriría! Necesitaba sentirse abrazada por él, tocar su cuerpo, su carne desnuda, acostarse con él y recibirlo en su cuerpo hasta que la única sensación que experimentara fuera la del placer en carne viva. Lo abrazó y lo besó. Quería hacerle cambiar de parecer.

—No. —Bothwell no reaccionó a sus caricias, y a ella no le quedó más remedio que soltarlo—. ¿No habéis visto los pasquines, no os habéis enterado de las



acusaciones? Lo saben todo.

—No es cierto.

—Sí, lo es. Nuestra única esperanza es que nos comportemos de un modo tan abierto y decoroso que la idea desaparezca por sí sola. Mi esposa ha estado enferma...

—¿Vuestra esposa? —¿Qué tenía que ver la enfermedad de su esposa con todo aquello? De repente, una desagradable sospecha asaltó a María—. ¿No estará embarazada?

—No. Pero María, amor mío, en este momento necesitamos conseguir todo el apoyo y la comprensión posibles. Vos tenéis que ser una viuda desconsolada y yo un esposo solícito. No podemos permitirnos el lujo de granjearnos la enemistad del conde de Huntly, hermano de mi esposa y canciller vuestro.

—Ni tampoco la del conde de Lennox, padre de mi esposo —añadió María en tono apagado, sentada en un banco de asiento acolchado—. Exige que se abra una investigación y que se celebre un juicio.

—Y es justo que así se haga. —Bothwell acercó con cuidado una silla y se sentó a una distancia de casi diez pies de ella. Alguien podía entrar «por accidente» en cualquier momento.

—Le escribí preguntándole cómo iba a llevar a juicio a una persona habiendo tantas cuyos nombres se mencionan en los letreros, como el de vuestra antigua amante Janet Beaton...

Bothwell soltó una dulce y suave carcajada.

—Black John Spens, quienquiera que sea.

—Un secuaz de Balfour.

—El propio Balfour, varios miembros franceses de mi casa... Pero ¿sabéis a quién dijo él que deseaba llevar a juicio?

Bothwell sacudió la cabeza, la inclinó y la apoyó en ambas manos.

—A vos. Quería que vos comparecieseis ante los tribunales.

Bothwell levantó la vista sin apartar las manos de su rostro.

—¿Y vos qué hicisteis?

—Accedí a su petición. ¿Qué otra cosa podía hacer? Intenté que el asunto pasara al Parlamento pero él exigió que se hiciera justicia de inmediato, en cuanto la ley lo permitiese. El 12 de abril seréis acusado del crimen y juzgado en presencia de un jurado.

Bothwell estalló en una sonora carcajada.

—¿Y quiénes integrarán el jurado?

—Vuestros iguales. Los condes de Argyll, Huntly, Arran y Cassillis. Los lores Lindsay y Sempill. Bellenden, Balnaves, Makgill y Pitcairn de Dunfermline.

—¿Nuestros dos cuñados actuarán como jurados? —preguntó Bothwell con incredulidad—. ¿Y cómo pensáis vos que esto contribuirá a limpiar nuestros nombres

de toda sospecha? ¡Os digo que, si se atreven a declararme culpable, yo haré lo mismo con ellos!

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir, sencillamente, que... hay todavía muchas cosas que ignoramos. ¿Quién estranguló al Rey? Yo no. Pero vos y yo sabemos que hizo falta más de un hombre que, obedeciendo las órdenes de un enfermo, transportase a la vieja casa del preboste la suficiente cantidad de pólvora como para destruirla. Y también sabemos que alguien se ha tomado la molestia de sembrar falsas pruebas que me relacionan con los hechos. Dejaron un barril delante de la puerta como si alguien lo hubiese llevado hasta allí y después lo hubiera abandonado al comprobar que no podía pasar a través de ella por ser el marco demasiado estrecho. Pero lo cierto es que el barril era tan grande que no habría pasado a través de ninguna puerta normal y, de haber estado lleno de pólvora no habría sido capaz de transportarlo ni la más fuerte de las mulas. No, debió de trasladarlo vacío la misma persona que se pasó toda aquella noche proclamando mi nombre por las calles. Alguien planeó con todo cuidado imputarme el delito, y no fue Darnley. Fue otra persona, o varias, cuyo propósito era destruirnos a los tres. Darnley debía morir en la explosión; y a vos y a mí nos habrían acusado de los hechos. De esta manera, a mí me apartarían del poder y a vos quizás os destronarían. Esto habría resultado impensable antes de tener a un pequeño príncipe a quien coronar en vuestro lugar.

De repente, todo aquello le pareció algo más que una simple conjetura de Bothwell, y tuvo mucho miedo.

—¿Cómo sabremos quiénes son esos hombres? ¿Cómo nos protegeremos de ellos?

—Al final lo sabremos. La única manera de protegernos consiste en no revelar ni decir nada, guardar nuestros secretos.

María se frotó las manos. Las tenía heladas.

—¿A qué día estamos? —preguntó al fin en voz baja.

—A 8 de marzo —contestó Bothwell.

—Mañana se cumplirá un año del asesinato de Rizzio. Hace un año que dura esta pesadilla.

—Ni se os ocurra preguntaros cuánto tiempo habrá de durar todavía. Por mucho que se prolongue, nosotros debemos durar más y sobrevivir a ella.

Bothwell tendió las manos y le alisó con suavidad el cabello que le enmarcaba el rostro.

—Tenemos muchos enemigos, pero esto ya lo sabemos desde siempre. Algunos de ellos lo son sólo vuestros y otros sólo míos. Y, cuando nos convirtamos en una sola persona, quizá surja un tercer grupo de enemigos. Pero no importa.

—No disimuléis una proposición de matrimonio en medio de tantas palabras —dijo María—. Esto merece sin duda un solemne espacio propio.

Bothwell se apartó de nuevo de ella y tomó sus finas manos entre las suyas. Estaban frías.

—Como las flores de lis —dijo besando primero una y después otra—. Mi muy graciosa Soberana, ¿dejaréis atrás las flores de lis de vuestros mantos, vuestros recuerdos del Loira y vuestro confesor francés? ¿Querréis aceptar mi vida y ser mi esposa? Puedo ofreceros las canciones de las Fronteras, puedo llevaros a navegar por los mares hasta las islas Órcadas, las Shetland y Noruega, puedo dejar que persigáis conmigo a los bandidos y que durmáis en el campamento.

—Lo dejaría todo por vos menos mi religión —contestó María—. Eso no me lo pidáis. Pero sin dudarlo iría con vos hasta los confines del mundo con una enagua blanca por toda vestimenta y no me importaría perder cualquier otra cosa.

—¡No habléis de pérdidas! Si actuamos con rapidez, no las habrá. —Por fin, Bothwell la besó y la boca de María se abrió como una flor—. Me equivoqué al pensar que convenía esperar un poco. La espera agravaría la situación. Debemos ser valientes y audaces.

—Mi amante demonio —dijo María, acariciándole un lado del rostro como si se tratara de una delicada e insólita pieza de marfil—. Qué hermoso sois.

Bothwell soltó una áspera carcajada.

Nadie, ni siquiera su madre, lo había llamado jamás hermoso.

—Mi amada María —le susurró—, sé muy bien que no soy hermoso, ni siquiera apuesto. Pero os amo con locura, pues debo de estar loco para hacer esto. —Inclinó la cabeza y le besó los pechos que palpitaban bajo el vestido. Los besó muy despacio, dejando que la lengua y los labios se demoraran en cada uno de ellos—. Dejadme los detalles a mí —murmuró—. Confíad en mí y me encargaré de que nadie os condene por haberos casado conmigo. Que la culpa caiga por entero sobre mí.

Juntos se dirigieron a la cama y se tendieron en ella. Bothwell observó con aire distraído que María había puesto unas suaves y perfumadas sábanas y que las almohadas eran muy mullidas. Se hundió en ellas y, extendiendo los brazos, la estrechó contra sí. Tenía una de sus delicadas orejas en forma de caparazón de molusco junto a su boca.

—Confíad en mí —repitió acercando los labios a ella. Las palabras sonaron distorsionadas en su oído—. Seremos marido y mujer. Ahora ya no hay vuelta atrás.

Exhalando un suspiro, rodó sobre el colchón, se tendió encima de ella y palpó los deliciosos perfiles de su complaciente cuerpo. Cada vez que le hacía el amor, María era distinta. ¿Lo sería también aquella noche?

Casi como si hubiera leído sus pensamientos, ella se colocó encima y empezó a desabrocharle la camisa. Le pasó las manos por el pecho y apoyó la cabeza en él. Su abundante y perfumada cabellera se derramó sobre el pecho de Bothwell como si fuera de terciopelo.

—Soy vuestra amante, vuestra esclava, ordenadme lo que queráis. Decidme qué deseáis que haga y lo haré.

Bothwell empezó a darle instrucciones sólo para ponerla a prueba.

—Besadme el cuello... el hueco de la clavícula... la cicatriz del vientre...

Los labios de María recorrieron la línea en relieve que había trazado la espada de Jock *el del Henar*; la sensación de los suaves labios sobre su tierna y sensible piel le despertó un deseo muy superior al de cualquier otro contacto que jamás hubiera sentido. Debió esforzarse por reprimir un gemido de placer. Prefería hacer el amor en silencio, pero no fue capaz de evitar que escaparan de su garganta gemidos y unos gritos inconexos mientras ella le exploraba el cuerpo con sus dulces labios. Se ahogaba en un mar de placer al que se entregó por entero, dejando que ella se convirtiera en su dueña absoluta.

Más tarde se recuperaría, le cepillaría el cabello empapado en sudor hasta alisárselo y provocarle un hormigueo en el cuero cabelludo, le echaría refrescante agua de rosas sobre los pechos y se los frotaría y después, tendidos el uno al lado del otro, la estrecharía fuertemente entre sus brazos y le enseñaría a entrelazar sus cuerpos de tal forma que ninguno de los dos estuviera encima y fuera el amo sino que ambos fueran iguales.

Ya más calmado y en condiciones de contemplar su rostro y escuchar su respiración, decidió proporcionarle la mayor cantidad de placer que ella fuera capaz de absorber.

María se retorció, gimió, gritó y al final lloró, haciéndolo muy feliz.

Ambos se quedaron dormidos como dos niños el uno en brazos del otro.

Más tarde firmaron un contrato privado de matrimonio. María le regaló a Bothwell unos ricos y antiguos ropajes sacerdotales bordados y le ordenó que se mandase confeccionar con ellos unas nuevas prendas para lucirlas durante el juicio. También lo obsequió con el caballo preferido de Darnley e insistió en que lo montara cuando se dirigiera al juicio.

—¡Sois inocente y debemos manifestar vuestra inocencia al mundo! —le dijo—. Nada de temores ni disculpas.

—Habláis como un verdadero soldado de las Fronteras —aseveró Bothwell con admiración.

Sin embargo, demasiados soldados de las Fronteras acababan colgados de una soga por su audacia, y eso él lo sabía muy bien.

## LI

Bothwell se desperezó en la cama. Aquella noche no había dormido pero tampoco lo había deseado. Aprovechó las horas de soledad para pensar y forjar planes. La oscuridad le proporcionaba un espléndido manto que lo aislaba del torbellino de la gente. Se pasaría el día rodeado de personas. Era el 12 de abril, el día de su juicio.

Ansiaba que empezara. Nada lograrían demostrar contra él por la sencilla razón de que a nadie excepto a Lennox le interesaba que se llevara a cabo una investigación demasiado exhaustiva acerca de lo ocurrido. Guardaba bajo llave en un cofre de plata el pacto que los lores habían firmado, comprometiéndose a librar a Escocia de su rey Darnley. Con la pertinente vaguedad del lenguaje, por supuesto, pues en los pactos jamás se empleaba la palabra «asesinato». En el pacto sobre Rizzio tampoco figuraba.

Morton le había entregado el papel... Morton, quien se había abstenido de participar y sólo había actuado por medio de un representante. Pero en el pacto aparecían unos comprometedores nombres: Maitland, Argyll, Huntly, Morton, Douglas y lord Stewart. Precisamente los mismos que intervendrían como jueces en el juicio, los principales miembros del Consejo Real. No, no les interesaba demasiado agitar el desventurado espectro de Darnley. Preferirían dejarlo tranquilo.

Quien hubiese debido comparecer ante los tribunales era Darnley, pues se proponía asesinar a su esposa, la Reina.

La Reina... tenía que casarse de nuevo. Iniciarían una campaña para buscarle un nuevo esposo, haciendo tediosas consultas con los embajadores franceses y los emisarios de España y quizás otra vez con Robert Dudley en representación de Isabel. Pero no sería posible. Ella lo amaba a él. No podían volverse atrás pues la relación entre ambos acabaría por salir a la luz en cualquier caso. El y la Reina tendrían que casarse. No había alternativa ni siquiera en el caso de que él no la amase.

—¡Dios salve a la Reina! —murmuró revolviéndose en la cama.

«Ahora me toca a mí buscar la manera de que ello sea posible —pensó—, una manera que convenza a todos de que lo hacemos por el bien de Escocia y no para satisfacer nuestros deseos personales. Estoy cansado. Cansado de luchar. Sólo esta última batalla y se acabó.»

Unas suaves pinceladas rojizas como trazadas por la mano de un esqueleto acababan de aparecer en la parte superior del cristal de la ventana. Había llegado el amanecer.

A las seis de la mañana ya se había congregado una gran multitud delante de las puertas del palacio. El preboste mariscal de Berwick se habría paso hacia el frente,

portando la carta de la reina Isabel. No lograba entrar ni atraer la atención de un guardia.

—Os lo ruego, traigo una misiva oficial urgente de Su Majestad la reina Isabel a la reina María —dijo.

El guardia lo miró con expresión ceñuda.

—No puedo aceptar la carta. Su Majestad aún no se ha levantado.

A las nueve en punto la cantidad de personas era tan grande que toda la calle, desde las puertas del palacio hasta el Tolbooth, donde se celebraría el juicio, estaba abarrotada de gente. Aquel día de abril era suave y templado, con un cielo despejado, surcado por unas veloces y casi transparentes nubes. Las ventanas de las altas casas de piedra estaban abiertas y en ellas había tantas personas que aspiraban a bocanadas el dulce y fresco aire de la mañana acodadas en los alféizares como las que había en la calle.

El preboste vio que Maitland se abría paso entre la gente para acercarse a él.

—El conde de Bothwell ha sido informado de que sois portador de una carta de la reina Isabel, pero no cree posible que nuestra Reina la lea antes de esta noche. Todavía duerme.

Maitland no se ofreció a entregar la carta ni lo invitó a entrar en el recinto del palacio. El preboste observó con asombro que una gran compañía de jinetes se reunía en el antepatio, seguida por centenares de soldados armados con arcabuces: los hombres de Bothwell. Acto seguido apareció el propio Bothwell vestido con ricos ropajes dorados a lomos de un soberbio corcel. ¡Era el caballo de Darnley!

—Éste es su caballo, el caballo del muchacho muerto, y Bothwell lo monta —comentó la gente en voz baja.

—¿Y qué otra cosa monta que antes también era del muchacho?

Se oyeron estentóreas risotadas.

—¡Todo lo que le apetece y cuantas veces le apetece!

—Mientras le apetezca a la Reina, él seguirá montando.

Las risas sonaron aún más estridentes.

—¡Mirad! ¡Allí está! ¡La puta!

El preboste levantó la vista y vio a María, que saludaba desde su ventana con languidez a Bothwell con la mano. Éste se volvió en su silla de montar y correspondió con un gallardo ademán. Después echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

«De modo que así es como duerme la Reina —pensó el preboste—. Se niega a recibir la carta de la reina de Inglaterra mientras halaga servil a su amante.»

Bothwell pasó por delante de él, sentado con orgullo en la silla de su caballo. En

torno a él, sus arcabuceros formaban un seto viviente erizado de armas.

Ni una pequeña parte del calor del día abribeño se había filtrado al interior de las frías paredes de piedra del Tolbooth, donde Bothwell ocupó su lugar para defenderse. Sentados en los bancos se hallaban quince de los jueces del juicio, presididos por el conde de Argyll, a quien acompañaba el secretario Bellenden que levantaría las actas y ordenaría el procedimiento. Toda la corte escocesa se encontraba presente con tres significativas excepciones: la Reina, lord Stewart y el conde de Lennox.

El conde había enviado a dos representantes, Crawford y Cunningham. Cunningham leyó un escrito de Lennox en el que constaba que «Su Señoría no ha podido asistir a causa de la escasa antelación con que recibió la noticia y del temor que siente por su vida, habiéndosele negado la libertad de llevar el séquito que él consideraba necesario para garantizar su seguridad. Por ello solicita que el juicio se aplaze cuarenta días o el tiempo que él necesite para aportar suficientes pruebas de su acusación contra los asesinos cuyo encarcelamiento solicita hasta que esté preparado para conseguir una sentencia de culpabilidad contra ellos».

Bothwell soltó una desdeñosa carcajada.

—Primero pide un juicio e insiste en que se celebre antes de la reunión del Parlamento. Y ahora alega una excusa para justificar su ausencia y pide que los «asesinos», un plural anónimo, permanezcan encerrados en la cárcel hasta que él tenga a bien presentar las «pruebas». ¿Se ha recibido alguna vez una exigencia más disparatada en un tribunal de justicia? —El tono burlón de su voz provocó la risa de todos los presentes—. ¿Acaso debería encarcelarse a cualquier persona acusada de un delito por el simple capricho de un solo hombre, por si en algún momento a éste se le ocurriera presentar pruebas contra ella? ¡Qué vergüenza, caballeros! ¡Es al conde de Lennox a quien habría que encerrar... por su debilidad mental! —Se volvió muy despacio y contempló las hileras de hombres que lo miraban. Sus capas de distintos colores destacaban contra el opaco color marrón de los bancos de madera—. Sin embargo, aunque el conde no esté presente y no haya nadie capaz de acusarme formalmente de nada, tendré sumo gusto en responder a cualquier pregunta que deseéis formularme, pues por encima de todo deseo que se me declare inocente de este delito.

Desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde los reunidos discutieron sobre el «terrible crimen» pero, al parecer, nadie aportó una respuesta. Nadie sabía quién lo había hecho, por qué se había hecho, cuántas personas habían intervenido y ni siquiera contra quién estaba dirigida la intriga. Bothwell no pudo aclararles nada. Al final, cansado y hambriento, el conde de Argyll interrumpió la sesión.

—Quedáis absuelto —anunció—. No se ha formulado acusación alguna ni se han aportado pruebas contra vos. Sois libre de marcharos.

—Gracias, milores y amigos, por toda vuestra paciencia —dijo Bothwell—. Sé que debéis estar hambrientos, por lo que insisto en que os reunáis conmigo como

invitados en la taberna de Ainslie en cuanto hayáis recogido vuestras cosas. ¡Loado sea Dios!

Tras hacer un efusivo gesto de gratitud con las manos, se echó la capa sobre el hombro.

La taberna era muy grande y tenía varias salas comunicadas entre sí. En la del fondo se había dispuesto una larga mesa formada por una tabla colocada sobre caballetes para acoger a los invitados de lord Bothwell. Ainslie, el propietario, estaba deseoso de agradecer al gran conde que parecía gobernar la ciudad y que en aquel momento acababa de entrar en el local como si se dirigiese a alguna placentera e intrascendente reunión en otro lugar.

—Quiero apagar la sed de los presentes con el mejor vino que tengas y con toda la cantidad que sean capaces de beberse. A quienes prefieran cerveza les ofreceré con sumo gusto toda la que quieran. Y después de la cena, nos servirás whisky. —Al ver la expresión del rostro de Ainslie, añadió—: El precio no importa. En cuanto a la comida, quiero cordero y buey de la mejor calidad, naturalmente. Y pan blanco. —Saludando con la cabeza a los invitados que entraban, les indicó—: Tomad asiento, amigos míos.

Todos se sentaron cansados mientras Ainslie y sus criados colocaban velas encendidas en el centro de la mesa. Morton, con sus brillantes ojos de mirada impenetrable, ocupaba el lugar más próximo a él, mientras que Argyll se había sentado enfrente. Los demás —Huntly, rubio y apuesto como siempre, el serio Seton, Cassillis, Sutherland, Rothes, Glencairn, Caithness, Boyd, Sinclair, Sempill, Oliphant, Ogilvy, Ross, Herries, Hume— lo miraban expectantes. Los del fondo de la mesa esperaban.

—Amigos míos, no pongáis esta cara tan triste —dijo Bothwell levantándose—. Esta noche me he librado del desagradable espectro de la sospecha y las mentiras. Os agradezco que hayáis hecho posible que mi nombre, el nombre de James Hepburn, que jamás ha sido desleal ni se ha relacionado con la traición, se vea libre de toda culpa de tal modo que mis descendientes y yo podamos vivir con orgullo. —Levantó la copa—. Brindad, os lo ruego. Hacedlo por la justicia, por el honor y por la valentía.

Se sentó de nuevo. Estaba exhausto. La noche que se había pasado en vela hecho un manojo de nervios a causa del inminente juicio, empezaba a hacer sentir sus efectos. Tenía la sensación de que caía, se desplomaba y se doblaba hacia dentro. Realizó un supremo esfuerzo de voluntad para mantenerse despierto. Quedaban muchas cosas por hacer.

Comió con avidez cuando le colocaron delante la carne y el pan. Se contuvo para no desgarrar la carne con los dientes. Observó que los otros, renuentes al principio, imitaban su ejemplo entre un tintineo de cuchillos contra los platos de peltre. Eran unos



cuchillos personales; cada hombre comía con su propia daga. Ainslie sirvió más jarras de vino y cerveza y retiró las vacías. Muy bien. Convenía que todos bebieran mucho aquella noche.

Una jarra tras otra llegaban a la mesa, donde el ruido era cada vez más intenso. Los hombres incluso se reían. Se habían relajado, habían dejado las dagas en los platos y, con la tripa llena, se habían reclinado en sus asientos, dejando que sus cabezas empezaran a dar vueltas.

—Lo de esta noche ha estado muy bien —comentó Huntly, que raras veces expresaba su opinión—. Esperemos que los fantasmas descansen.

—Pues sí —convino Morton, derramándose un poco de vino en la poblada barba, que lo absorbió por completo—. Escocia está llena de fantasmas. Dejemos que se hagan compañía entre sí. Ahora Rizzio y el Rey podrán jugar de nuevo al tenis juntos. ¡Ja, ja!

—Que Dios se apiade de sus almas —dijo Bothwell, confiando en que su tono de voz sonase lo bastante devoto. Después le hizo una seña a Ainslie.

Al momento les sirvieron ocho botellas de barro de whisky de las Highlands procedentes de las fincas de Gordon.

—Ahora vamos a paladear el mejor whisky de Escocia —aseguró Bothwell, señalando con la cabeza a su cuñado Huntly, que no podía ocultar su orgullo.

Retiraron los tapones, y las botellas circularon de mano en mano. El líquido de color marrón ahumado les quemó la garganta y se les subió directo a la cabeza. Bothwell no bebió, pero levantó el vaso y fingió hacerlo. Tampoco había bebido vino. Estaba esperando.

Cuando todos llevaban otra media hora bebiendo y le sonreían con afecto, Bothwell se levantó.

—Caballeros, amigos y compañeros —dijo con suavidad—, quiero recabar vuestra ayuda. Sé que en el extranjero hay algunos que, siendo unos necios ignorantes que no comprenden Escocia ni jamás han paladeado nuestro whisky ni comido nuestro pan, se burlarán de nosotros e insinuarán que no somos capaces de hacer justicia ni de gobernarnos. Pondrán en duda el juicio que hoy se ha celebrado y divulgarán toda suerte de calumnias. Para evitarlo y protegernos a todos, os pido que firméis este documento. —Lo desdobló. Lo había redactado con esmero al amanecer, y con él se jugaba el todo por el todo—. Permitidme que os lo lea.

Los abajo firmantes, conscientes de que, a pesar de que el noble y poderoso lord James, conde de Bothwell, ha sido objeto de rumores y calumnias en los pasquines y se ha visto denigrado por sus enemigos privados y personas que no le quieren bien, y no sólo lo acusan de ser autor y partícipe del nefando asesinato del Rey, el difunto esposo de Su Majestad la Reina, sino que también han enviado cartas especiales a Su Majestad la Reina, en las que el conde de Lennox exige que lo juzguen por el susodicho asesinato, y habiendo sido juzgado por ciertos nobles, sus iguales y otros barones de buena reputación, ha sido declarado inocente y absuelto del susodicho y odioso crimen.

Todos y cada uno de nosotros nos comprometemos por nuestro honor, nuestra fe y nuestra lealtad a que, en caso de que algunas personas insistan en calumniar y difamar al susodicho conde de Bothwell como participante en el susodicho nefando crimen, a pesar de haber sido absuelto por la justicia ordinaria, nosotros mismos, nuestros parientes, amigos y criados, saldremos en su defensa y lucharemos junto a él contra cualquier persona que de palabra o de obra lo deshonnare, lo censurare o cometiere cualquier infamia contra él.

Los hombres asintieron con la cabeza. ¿Y si les pasaba el papel para que lo firmasen? La luz era escasa y todos estaban tan bebidos que, a lo mejor ni siquiera se fijarían en la segunda y sorprendente parte del documento. Pero no; a menos que ellos supieran lo que habían firmado, el documento carecería de valor. Además, él se había ganado fama de hombre abierto y sincero.

—Os lo agradezco —dijo—. Hay otra parte del documento que se refiere a algo que estos días está en la mente de todos. La Reina se ha visto privada de su esposo en la flor de la edad y sólo tiene un hijo que ofrecer a la sucesión. Los extranjeros intentarán una vez más controlar nuestro país, aprovechando esta desgracia. —Ahora no le quedaba más remedio que lanzarse—. Por consiguiente, si os parece bien:

Además, sopesando y considerando el momento presente en el que nuestra soberana la Reina se ha visto privada de su esposo, un solitario estado en el cual es posible que no deba permanecer por el bien general de nuestro país, y habida cuenta de que ella podría sentirse inclinada en algún momento a contraer matrimonio y, en caso de que el fiel y leal servicio que el susodicho conde de Bothwell ha prestado en distintas ocasiones a Su Majestad y sus restantes cualidades y buena conducta induzcan a Su Majestad a humillarse (prefiriendo a uno de sus súbditos por encima de todos los príncipes extranjeros) y a tomar por esposo al susodicho conde, todos y cada uno de los abajo firmantes daremos nuestro consentimiento para que el citado matrimonio se celebre solemnemente en el momento que Su Majestad desee y estime oportuno y tan pronto como las leyes lo permitan.

Los hombres empezaron a moverse en sus asientos, y Bothwell oyó los murmullos de cólera y alarma en torno a la mesa y también el inconfundible ruido de los doscientos soldados que había apostado alrededor de la taberna. De ahí que hablara en voz baja de tal modo que el ruido de sus hombres prevaleciera por encima de todo lo demás. Los hombres se sosegaron; se sentían perdidos y atrapados. Bothwell carraspeó y añadió en tono sereno y pausado:

En caso de que alguien intentara de forma directa o indirecta y bajo cualquier pretexto impedir o poner obstáculos al susodicho matrimonio, consideraremos a los perturbadores y adversarios enemigos comunes y malintencionados y apoyaremos el matrimonio del susodicho conde. Empeñaremos nuestras vidas y haciendas contra quienes se opongan. Que Dios y nuestro honor y fidelidad nos lo demanden y, en caso de que no lo cumplamos, que jamás gocemos de buena fama ni seamos tenidos por honrados sino por unos traidores fementidos, en testimonio de lo cual firmamos tal como aquí abajo se muestra.

Se produjo un rápido movimiento por parte de alguien que se escabullía.

—¡Regresad ahora mismo! —le ordenó Bothwell.

Su autoritario tono intensificó la inquietud de los presentes. No deseaba emplearlo;

se le había escapado sin querer.

—Milord —dijo Huntly, mirándolo con semblante compungido. Habría que pagarle muy bien para que autorizase el divorcio de su hermana—, ¿cómo es posible que me humilléis en público de esta manera?

Los demás hombres empujaron las sillas hacia atrás y se levantaron.

—No sois libres de retiraros —les dijo Bothwell—. No podéis salir de aquí. —En el exterior los soldados marchaban con gran estruendo tal como él les había ordenado—. Debo insistir en que primero firméis el documento.

La situación se agravaba, pero ¿de qué otra manera habría podido plantear la cuestión?

Empujó el papel hacia Morton y le tendió la pluma. Éste inclinó la enorme cabeza sobre el documento y garabateó su firma. En silencio le pasó el documento a Sempill, sentado a su lado.

Bothwell permaneció de pie en la cabecera de la mesa, observando con atención a los hombres. De pronto se le ocurrió que éstos quizás intentarían romper el papel. Quienes esperaban su turno lo miraban enfurecidos mientras, fuera, los soldados restregaban ruidosamente las botas sobre los adoquines.

Tuvo la sensación de haber permanecido cinco horas de pie cuando le entregaron el documento lleno de firmas. Lo examinó para asegurarse de que no hubieran alterado o tachado alguna frase y de que todos habían firmado con sus verdaderos nombres y no como «Johnny Armstrong», «William Wallace» o «Judas».

—Gracias, amigos y aliados míos —dijo—. Ya podéis marcharos. Por favor, fijaos bien dónde ponéis los pies.

Algunos de ellos estaban tan borrachos de whisky que corrían el riesgo de romperse el cuello en una caída. Y, sin embargo, parecían haber recuperado la sobriedad de repente al ver el documento.

Había sido un error. Jamás debió hacerlo. Ahora los había puesto a todos contra él, y se avergonzaba de su comportamiento arrogante y pependenciero.

Pero ya estaba hecho. Tomó el papel y abandonó la desierta sala. Al llegar a la puerta de la taberna, vio que todos los hombres ya se habían dispersado.

A la mañana siguiente la noticia correría por todo Edimburgo, al cabo de tres días correría por toda Escocia y al cabo de cinco se habría extendido por toda Inglaterra. Tendría que actuar con rapidez. Dio permiso a los soldados de que se retirasen y les prometió una paga adicional por el servicio de aquella noche.

Una paga adicional para los soldados, el gasto de la cena y los vinos, el pago a Huntly... La empresa le saldría muy cara. Pero, si todo iba bien, daría el dinero por bien empleado. «Has de gastar dinero para ganar dinero», le había enseñado una y otra vez su codicioso tío el obispo.

La noche era cálida y silenciosa. La tranquilidad lo indujo a aminorar la marcha mientras regresaba a Holyrood. «Quédate un poco más —parecía decirle el aire—. No corras tanto, respírame. Respira a fondo, deja que te llene los pulmones.» Y él así lo hizo, dando vueltas con paso lento mientras la orla de su manto se arrastraba sobre los adoquines.

El cielo estaba despejado y la luna brillaba tanto que incluso era posible distinguir las nubecitas que flotaban como olvidadas en medio de la negrura.

La vida era muy dulce y estaba allí para disfrutarla, pidiendo a gritos que la gente se fijara en ella Bothwell lanzó un suspiro y dejó de dar vueltas. Allí abajo en el hueco que había al pie de la larga pendiente se alzaba el palacio teñido de azul plateado bajo la luz de la luna.

«Y en la torre hay incluso una princesa —pensó—. Aguarda a que alguien la rescate ahora que han matado al dragón Darnley.» Soltó una carcajada tan sonora que otros viandantes volvieron la cabeza.

Se dirigió hacia los aposentos reales, recorriendo los ya conocidos pasillos y escaleras. Ella lo esperaba en la estancia más recóndita. Cuando se levantó y se acercó a él, Bothwell tuvo la momentánea sensación de que todo aquello era sólo un cuento de una princesa en apuros... Quizá se tratara incluso de la historia de Circe, que convertía a sus amantes en animales y los destruía. Le vino al pensamiento la vergonzosa escena en la taberna. ¿Qué le habría ocurrido?

Ella se acercó casi rozándolo con su claro rostro y su oscuro cabello mientras la miel de su aliento le acariciaba la piel.

—¿Estáis a salvo? —le preguntó en un susurro.

Al oír el sonido ronco y angustiado de aquellas tres palabras, Bothwell se olvidó de los hombres de la taberna y de su odio.

El juicio. Era a eso a lo que ella se refería.

—Sí. Me han absuelto —le contestó también en un susurro sin saber por qué.

Ella lo besó muy despacio, y él saboreó sus besos un poco más de lo que solía hacer. No le apetecía ir más allá; se conformaba con abrazarla.

—El conde de Lennox ni siquiera se ha presentado —le dijo apartando los labios—, pero ha pedido que me detengan todo el tiempo que haga falta hasta que él logre reunir pruebas contra mí. Yo he insistido en que se siguiera adelante con el juicio. Pero, como nadie ha presentado ninguna acusación ni prueba contra mí, al final me han declarado inocente y he sido absuelto.

Los suaves labios de María le besaban el cuello, pero él se apartó, pues sintió que en aquellos momentos necesitaba guardar las distancias.

—Ya es casi medianoche. ¿Tanto ha durado el juicio?

—No. El acontecimiento más importante se ha producido después. —Bothwell extrajo el documento y se lo entregó.

Ella se lo llevó a una mesita donde ardía una vela y lo acercó a la llama.

—¡Tened cuidado, no vayáis a quemarlo! —la previno Bothwell, alarmado.

A su honor le había costado demasiado caro como para perderlo por un descuido.

María lo leyó agachándose y forzando la vista debido a la escasa luz mientras el cabello le caía sobre el rostro estorbándole la visión. Con un gesto de impaciencia se lo echó hacia atrás. Al final, se volvió a mirarlo.

—Increíble —dijo—. ¿Cómo os habéis atrevido?

Bothwell no supo si estaba horrorizada o admirada.

—Pues la verdad es que no lo sé —reconoció—. Había que hacerlo. Y, ahora que ya está hecho, se acabaron los conflictos.

—No, no se acabaron —repuso María—. ¡Ojalá se acabaran! Y vuestro cuñado ¿lo ha firmado?

—Sí, aunque de mala gana. Él se encargará de contárselo a mi mujer. —Se avergonzó una vez más de que Jean tuviera que enterarse a través de su hermano—. Los hombres no querían firmar, pero yo los harté de whisky y los amenacé con mis soldados. No quería hacerlo. Esperaba que se mostraran más dóciles.

María se echó a reír.

—A veces parecéis muy ingenuo —le dijo—. Mientras se celebraba vuestro juicio, recibí una carta con vagas amenazas de parte de la reina Isabel. Pone en duda mi honor.

Le alargó la misiva. Bothwell leyó con gesto cansado el párrafo más importante:

Os ruego, Señora, por el amor de Dios, que seáis sincera y prudente en esta cuestión que os toca tan de cerca, de tal modo que todo el mundo os crea inocente de tan atroz delito pues, si no lo fuerais, habría motivo para arrebatáros el rango de princesa y haceros objeto del desprecio del vulgo. Antes de que os ocurriese semejante desgracia, yo os desearía una honrosa sepultura en lugar de una vida deshonrada.

María le arrebató a Bothwell la carta de las manos.

—Ni siquiera ahora estamos a salvo —dijo—. Ha llegado algo mucho más grave que esta carta —añadió, entregándole un sobre de color crema—. Es de mi embajador en Francia.

Por desdicha, Señora, el tema que más se comenta en toda Europa es el de Vuestra Majestad y el estado de vuestro Reino que, en general, se considera muy lamentable. Temo que esto sea sólo el principio y el primer acto de la tragedia y que todo vaya de mal en peor. Agradecí al embajador de España en vuestro nombre la advertencia que os hizo, por más que ésta llegara demasiado tarde. El embajador desea que recuerde a Vuestra Majestad que la misma fuente le ha informado de que se prepara una importante acción contra vos, de la cual os ruega que os guardéis a tiempo. Os escribo todo esto con gran pesar pues no he sido capaz de averiguar los detalles de esta cuestión.

—Quienquiera que sea —dijo Bothwell—, debe de pertenecer al mismo grupo que

con tanto cuidado colocó las falsas pruebas del barril de pólvora e hizo que unos hombres recorrieran las calles proclamando a gritos mi nombre, además de fijar los carteles y lanzar acusaciones por medio de un misterioso pregonero.

—¿De modo que se trata de un grupo y no de un solo hombre?

—Soy el único que actúa solo. Todos los demás lo hacen en grupo. —Bothwell se percató de que sus palabras sonaban jactanciosas pero, por desgracia, lo que decía era cierto y entrañaba para él un grave peligro. Al parecer, en Escocia el hombre que andaba solo no andaba mucho tiempo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó María.

Bothwell dejó la carta encima de la de Isabel. Estamos rodeados de peligrosos enemigos pero debemos ser más fuertes que ellos.

Bothwell parecía cansado y, aunque se habría abochornado de ello si lo hubiera sabido, cautamente asustado. María deseaba protegerlo, hacer todo lo posible por ahorrarle el inminente trance. Pero, al mismo tiempo, deseaba estar en sus brazos, aunque con ello lo pusiera en un grave peligro.

—Venid a mi lecho —le dijo de pronto—. Os lo ordeno.

Con una indescifrable mirada —¿de alivio, de incredulidad, de renuencia?—, él inclinó la cabeza en gesto de obediencia.

—Os ruego que os quitéis la ropa —añadió María— ahora mismo. Toda.

Él obedeció una vez más y se quedó desnudo delante de ella. Pero María no se paró a contemplarlo, sino que lo atrajo a su cama donde ella ya se había desnudado a toda prisa y cubierto con las mantas.

—No estoy muy seguro de poder hacer el amor cuando me lo ordenan —dijo Bothwell en tono vacilante.

—Pues yo estoy segura de que sí —replicó María, tocándolo—. Sé que ambos lo necesitamos para reunir la fuerza que nos permita afrontar las pruebas que se avecinan.

—Cualquiera diría que eso es un sacramento —señaló Bothwell.

—Para mí lo es.

—María —dijo Bothwell más tarde, estrechándola en sus brazos—, ¿confiáis en mí?

—Con toda mi alma —murmuró ella con voz soñolienta, y le dio un beso en el cuello.

—Pues entonces permitid que yo consiga a mi manera aquello que más deseamos. Haga lo que haga, no me interroguéis al respecto ni perdáis por un instante la confianza en mí.

—Os repito que confío en vos con toda mi alma.

## LII

María salió de la ceremonia de clausura del Parlamento en lenta procesión. Delante de ella, con majestuoso paso, caminaban el conde de Argyll, que portaba la corona, y Bothwell, que portaba el cetro; detrás de ella, Huntly llevaba la espada ceremonial. Fue consciente de las miradas hostiles de la multitud que abarrotaba la calle. Jamás en su vida se había hallado en una situación semejante; en los ojos del vulgo nunca había habido otra cosa que no fuera adoración. Sólo John Knox la había mirado de aquella manera y ahora le parecía horrible verlo, como quien dice multiplicado por mil. Sonrió con la esperanza de que la gente correspondiese a su sonrisa. Hubo algunas, e incluso oyó que una mujer le decía: «Que Dios te bendiga si de veras eres inocente de la muerte del Rey.» Aquellas palabras le provocaron un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza.

«“Si eres inocente de la muerte del Rey.” ¿Cómo pueden pensar lo contrario? ¿Tan pronto se revuelven contra mí a pesar de que no hay ninguna prueba?» Se estremeció al pensarlo.

La erguida espalda de Bothwell que avanzaba delante de ella la consoló. Sin embargo, Bothwell no era más que un hombre, mientras que ellos eran muchos.

Ya empezaban a llamar al Parlamento «la liberación de Bothwell», cosa absolutamente falsa. Bothwell había sido confirmado en su puesto de lord alto almirante y lugarteniente de las Fronteras y se le había otorgado autoridad absoluta sobre el castillo de Dunbar en reconocimiento de sus «grandes y múltiples servicios», pero también se había favorecido a otros: Huntly había recuperado oficialmente sus títulos y propiedades, al igual que Morton y lord Stewart. Todos los antiguos traidores habían sido perdonados y rehabilitados. Era un nuevo comienzo, por lo menos sobre el papel.

Bothwell no le había facilitado detalle alguno acerca de su plan. María no lo había visto a solas desde la noche del juicio.

Supondría un alivio para ella abandonar Edimburgo. Quería ir a Stirling para ver a su hijo y observar en persona cómo estaban educándolo Erskine y su esposa. ¿Habrían dejado el cuadro de la Virgen que colgaba sobre su cuna o lo habrían retirado y sustituido por un texto de la Biblia? «Oh, María, María —se dijo—. Estás cansada y piensas mal de todo lo que te rodea. El cansancio te ha embotado el discernimiento y ha oscurecido incluso las cosas claras. Necesitas respirar el aire de Stirling y sostener en brazos a tu hijo.»

El pequeño Jacobo parecía haber absorbido el malestar de su madre, pues empezó a

gemir y a retorcerse cuando ella lo tomó en brazos. Pesaba mucho. Lady Erskine le aseguró que ya había triplicado su peso y que toda la ropa que tenía le venía ya pequeña.

—Pero es un bebé largo —añadió—, ¡y nunca estará gordo!

Jacobo empezó a dar manotazos a las mejillas de María. Ésta apartó ligeramente la cabeza para evitar los golpes, pero el niño continuó pegándole. Aquello le dolió e hirió sus sentimientos a pesar de que sabía que no tenía motivo para ello.

—¿Qué juguetes le gustan más? —preguntó volviendo la cabeza hacia el otro lado.

—Tiene unas cajas que se acoplan unas dentro de otras —contestó lady Erskine—. Le gusta juntarlas. Y Peter, el carpintero de aquí, le ha hecho una caja con agujeros de distintas formas y unos pequeños bloques que encajan en los agujeros; los hay redondos, cuadrados y en forma de estrella, y a él le encanta meterlos en ellos. Se le pone la cara muy seria cuando lo hace.

Justo en aquel momento Jacobo le tiró del cabello.

—¿Le gusta jugar al aire libre? Hoy hace un día precioso. ¿Le gustaría ver los cisnes del estanque de abajo? —preguntó, devolviéndole el niño a lady Erskine.

—Nunca los ha visto —contestó lady Erskine—. Llémoslo.

Lord Erskine se presentó de repente en la estancia. Su alargado rostro se iluminó con una sonrisa.

—Qué niño tan encantador —dijo—. Es un honor para nosotros que se nos haya confiado su seguridad.

Jacobo gorgoteó y alargó una regordeta mano hacia Erskine. María sintió una punzada de dolor. «Hijo mío, hijo mío —pensó—, ya me he convertido en una extraña para ti.»

Salieron al patio del palacio, donde los frescos y vigorizantes vientos de abril ya soplaban y silbaban por las esquinas. El olor de la nieve fundida y el crujido de las rápidas pisadas le hicieron recordar de repente el mes de abril de dos años atrás, cuando Darnley yacía enfermo allí en Stirling y ella se había dejado arrastrar por el amor hacia él desafiando sin reservas a los lores y a Isabel...

Bajaron por el largo camino que conducía a los terrenos de abajo, donde se paseaban los pavos reales blancos y en cuyos estanques ornamentales nadaban los cisnes recién llegados de dondequiera que hubiesen pasado el invierno. Lord Erskine llevaba en brazos a Jacobo, que reía alegre mientras él bajaba dando brincos. Al final, Erskine lo depositó sobre la suave hierba fresca y Jacobo se alejó a gatas mientras el sombrerito subía y bajaba sobre su cabeza.

—Majestad, os veo cansada —observó Erskine, solícito—. Me permitís que os hable con toda franqueza como amigo y súbdito, ¿no es cierto? Nos conocemos desde hace mucho tiempo y yo os he visto en muchas situaciones distintas, incluso una hora después del nacimiento del Príncipe.



—Me siento cansada —reconoció María—, pero espero descansar muy pronto, si tal cosa le está permitida a los gobernantes.

Erskine la miró con honda preocupación.

—Los últimos dos años han sido tan difíciles que resulta inevitable pensar que forman parte de un designio divino.

María no deseaba oír aquello.

—Knox se halla lejos —dijo sonriendo—. Por favor, ahorrémonos esta clase de conjeturas. Tal como vos sabéis, me complace —éste era el tema más difícil— que el Príncipe adquiriera conocimientos del credo de la Reforma. Ignorar la fe de sus súbditos supondría una gran desventaja para él.

—Pues entonces, ¿por qué vos no la estudiáis? —le preguntó Erskine con brusquedad.

—Quienes podrían enseñármela se han mostrado muy vengativos conmigo —contestó María—. Knox, con sus maldiciones e insultos, no me ha inducido a acercarme a vuestra fe.

—Es una lástima —reconoció Erskine—. Es un hombre muy entregado al país y sin duda conoce el dicho: «Se atrapan más moscas con miel que con vinagre.» Proclama la dulzura del Evangelio pero él lo pone agrio.

—No importa —respondió María sonriendo—. ¡Oh, mirad, el Príncipe intenta ponerse de pie!

Lady Erskine sujetó a Jacobo por los brazos y lo ayudó a dar unos cuantos pasos.

—Él se levanta y camina solo cuando tiene de dónde agarrarse —dijo—. La próxima vez que lo veáis, ya caminará sin ayuda.

—¡La próxima vez que lo veáis —añadió Erskine—, ya se habrá convertido en todo un joven príncipe!

El camino de regreso prometía ser para María y sus acompañantes un agradable paseo a caballo por la campiña. La primavera ya estaba muy avanzada y, mientras cabalgaban con lentitud por el suave camino que cruzaba los prados y el bosque en compañía de Melville, Huntly y Maitland, María sintió que se animaba. La brisa, más cálida que la de la víspera, se había aquietado momentáneamente y por todas partes los pájaros parloteaban entre sí, discutían, se cortejaban y se lanzaban advertencias. Sus enérgicos movimientos al brincar de rama en rama despertaron el alicaído estado de ánimo de María.

—Los pájaros están contentos —señaló, volviéndose hacia Maitland—. Son como unos niños que acaban de salir de clase.

Maitland esbozó una leve sonrisa.

—Sí, Majestad —dijo sin la menor alegría en la voz.

«¡Pobre Flamina! —pensó María—. ¿Lleva sólo cuatro meses casada y ya no presta la menor atención a la primavera? A lo mejor, es cierto que él es demasiado viejo para ella.»

Detrás de Maitland, Huntly cabalgaba despacio con expresión no menos sombría. Por regla general sonreía y se mostraba jovial y despreocupado, lo que lo convertía en un buen compañero a pesar de sus limitadas facultades mentales. Sin embargo aquel día estaba visiblemente abatido.

El sol se elevó en el cielo y sus rayos brillaron a través de la verde bruma de las ramas que apenas una semana antes estaban desnudas. En lo más profundo de la espesura, el verde apenas se distinguía en medio de las sombras pero los bastones blancos de las primeras flores del bosque parecían guiñarles el ojo. Por doquier se escuchaba el rumor del agua que fluía, borbollaba y goteaba, liberada del largo yugo invernal.

—¿Queréis que nos detengamos a descansar? —preguntó María.

—No veo ningún lugar apropiado —contestó Maitland—. Aquí está todo lleno de barro.

En efecto, los cascos de los caballos chapoteaban en el camino.

—Pues entonces en el primer sitio seco que encontremos —dijo María, procurando mostrarse alegre. A pesar de la preocupación y la inquietud que le provocaba su situación, gozaba con los melodiosos cantos de los pájaros —petirrojos, zorzales y cogujadas— e incluso con las llamadas más profundas de los mirlos y los gritos roncós de los grajos. Era un coro exuberante que hablaba con más fuerza de la vida que cualquier cosa que jamás se hubiera compuesto para los órganos de las iglesias. Por encima de sus cabezas los silenciosos halcones surcaban el inmenso cielo azul.

Empezaron a subir y a apartarse de la corriente que brillaba en su rocoso laberinto de canales llenos a rebosar de agua primaveral. Un altozano rodeado de setos de espino y eglantina cubiertos de flores blancas y alfombrado con una brillante hierba nueva parecía estar esperándolos.

—¡Qué hermosura! —exclamó María al contemplar desde lo alto de la colina el prado florido—. ¡Parece un tapiz!

Maitland se permitió el lujo de sonreír.

—¡Ah, ahora hacéis un elogio del arte, pues siempre decís que los artistas crean unas cosas tan bellas que parece que es la naturaleza la que las copia y no al revés!

Ambos desmontaron y los demás imitaron su ejemplo. En todas las laderas de la colina había bosques y maleza. María vislumbró de pronto una mancha blanca, signo de la presencia de un venado que los observaba cauteloso antes de emprender la huida.

—¡Venid a pasear conmigo! —les propuso a sus tres consejeros, pero Maitland y Huntly ya se habían apartado y no la oían, por lo que sólo Melville obedeció.

También él parecía abatido. ¡Todos estaban tristes bajo aquel tierno y sonriente sol

de abril! Dios debía de pensar que sus criaturas eran sordas y ciegas además de ingratas, se dijo María. Justo en aquel momento vio una familia de erizos que correteaba para esconderse en algún lugar seguro tras haber percibido su cercanía.

—El erizo no tendría que ser tan tímido —señaló entre risas—. Aunque supongo que no dispone de las defensas con que cuenta su poderoso primo el puercoespín. ¿Habéis visto alguna vez un puercoespín? Tengo la intención de hacer un bordado...

—Majestad —la interrumpió Melville con expresión desolada—, os pido de nuevo perdón, pero sólo cumplo con mi deber; creo que deberíais preocuparos de asuntos más importantes que unos bordados con puercoespines.

—Mi querido Melville —dijo María—, habéis superado conmigo muchas situaciones difíciles; ¿una vez más consideráis oportuno hacerme una advertencia? ¿Acaso mi comportamiento es escandaloso?

—Sí, Majestad, y se debe a Bothwell. Debéis separaros de él.

«No —pensó ella—. No es la separación lo que yo necesito sino el matrimonio.»

—No estoy casada con él —repuso.

—No y conviene que jamás lo estéis. No es digno de vos y, si os casarais con semejante hombre, vuestra reputación se resentiría. Cuando obligó a los lores a firmar aquel desdichado documento demostró lo desesperada que era su situación. Fue algo ridículo y penoso.

—Pero ellos firmaron.

—A la fuerza. Majestad, ¿ha... intentado él llevarlo a efecto? ¡Lo más curioso de todo era que se trataba de una autorización para cortejaros! Era como si dijese «En caso de que la convenza de que me acepte...». ¡Pero el Cielo debe apartar esta idea de vuestra cabeza! Tenéis que ser sorda a sus peticiones como lo fue Ulises a los cantos de las sirenas. ¡Os ruego que os coloquéis cera en los oídos y os atéis al mástil en caso necesario!

—Ah, Melville. Os tomáis mi bienestar demasiado a pecho —dijo ella al fin. «¿Qué se propone Bothwell?», pensaba. «¿Qué hará para vencer toda esta oposición?» Le había pedido que confiara en él, pero ¿cómo?

Reanudó la marcha acompañada por el dulce perfume de una ramita de muguete del prado que se había prendido en el corpiño. Después de la parada, los miembros de su grupo parecían de mejor humor. A lo mejor, necesitaban descansar o, a lo mejor, como los erizos, no resistían los agobios ni el trajín de la vida.

De repente, se oyó el fuerte rumor de maleza aplastada; justo a la vuelta del recodo donde los esperaba el puente sobre el pequeño río Almond. Cientos de jinetes se habían congregado en aquel lugar.

—¿Pero qué es esto? —exclamó María, refrenando su montura.

Soldados. Vio el destello del sol en sus yelmos de metal. Confiaba en que no se tratase de otro ataque u otra rebelión. Mientras intentaba dominar a su caballo, sintió que se le aceleraba el corazón y que una extraordinaria energía corría por sus venas. Era lo mismo que le había ocurrido cuando había marchado en pos de lord Stewart durante la Correría de la Persecución y cuando había cruzado a gran velocidad el cementerio con Darnley; empezaba a convertirse en un amigo con el que podía contar en momentos de peligro.

—¿Qué es esto? —preguntó a gritos—. ¿Quién nos corta el paso?

Impulsada por su valentía, espoleó su caballo y se lanzó al galope para doblar la curva. Delante de ella había un ejército, al frente del cual cabalgaba Bothwell, tan rígido como una figura de madera. Tenía la visera bajada, por lo que todo cuanto podía ver ella en su rostro era una larga y delgada rendija semejante a la boca de un cadáver con las comisuras redondeadas.

—¿Qué es esto? —repitió, deteniéndose delante de aquel extraño Bothwell de rostro invisible.

—Majestad —contestó él—, hay peligro en Edimburgo. Yo y mis hombres, mis leales tropas de las Fronteras, hemos venido para escoltaros hasta lugar seguro. Iremos al castillo de Dunbar. —Tendió la mano con un rápido movimiento y sujetó la brida del caballo de María—. Os ruego que no opongáis resistencia.

—¿Quién se ha levantado en armas contra nosotros? —preguntó la Reina.

¿Morton, los Lennox Estuardo o quizás algunos seguidores de Knox?

—No me es posible decíroslo en este momento. Todo está muy confuso. Venid —Bothwell volvió grupas y empezó a guiar de la brida al caballo de María—. Vosotros también —les indicó a los tres cortesanos.

Preocupada por ellos, María los miró para tranquilizarlos. Sin embargo, a Maitland y Huntly no se los veía preocupados, ni siquiera sorprendidos; el único que lo parecía era Melville. Con un repentino sobresalto, comprendió que una vez más se había urdido una intriga a su espalda. Ellos ya lo sabían. Por eso Maitland no había prestado la menor atención a la florida campiña. En cuanto a Huntly, la intriga no era de su gusto y por eso mantenía el entrecejo fruncido, pero había dado su consentimiento a pesar de todo. ¡Dios bendito! ¿Aquella era la solución de Bothwell al dilema con el que ambos se enfrentaban?

—Si es cierto que se ha producido una rebelión, enviad a uno de vuestros hombres a Edimburgo para que dé la alarma —dijo María.

—Como queráis —contestó Bothwell, haciéndole una seña con la cabeza a lord Borthwick, uno de los hombres de su grupo.

—Id, amigo mío. Entretanto, debemos darnos prisa.

Pasaron cerca de Edimburgo, desde donde dispararon contra ellos una descarga cerrada de artillería que no los alcanzó. Rodearon la ciudad para dirigirse al este,

hacia Dunbar y el mar. De repente, los setos floridos, los verdes claros del bosque y las impetuosas corrientes primaverales desaparecieron y María no vio más que enjambres de soldados por delante de ella. Bothwell la conducía en silencio cual si fuera el emisario de una terrible y desconocida región, encargado de devolver a una cautiva. ¿Por qué no quería hablar con ella? María tragó saliva al sentir que la primera oleada de emoción se agotaba, abandonaba sus venas y la dejaba inquieta y desconcertada.

El sol se puso a su espalda y, al pasar por las pequeñas aldeas de Dalkeith y Haddington, localidad natal de Knox, pertenecientes al condado de Lothian, encendieron unas antorchas y rodearon las propiedades de Maitland. De haberlo querido, éste habría podido abandonar el grupo al llegar allí, pero no lo hizo, pues le pagaban para que siguiera adelante, prueba evidente de su complicidad.

María percibió el olor del mar y, a medianoche, llegaron al castillo de Dunbar. Por un instante, mientras entraba en el patio y oía los gritos de las gaviotas que sobrevolaban el agua, experimentó una súbita sensación de alegría pues justo de aquella misma manera se había alejado al galope para alcanzar un lugar seguro tras el asesinato de Rizzio. Pero sólo por un instante. Esta vez todo era completamente distinto.

Bothwell se abrió paso con su caballo hasta situarse en medio de sus soldados.

—Tengo aquí a ochocientos hombres todos leales a mis órdenes —anunció levantando la voz—. No se os ocurra poner a prueba mis palabras pues os aseguro que me obedecerán y matarán a cualquiera que intente escapar, quienquiera que sea.

Se oyeron murmullos y gritos, pero sólo entre los miembros del pequeño grupo de servidores de María.

—No intentéis luchar —les indicó ésta—. Ya veis que dispone de centenares de hombres y vosotros sois menos de treinta. Debemos someternos.

No quería que un acto de insubordinación provocara derramamientos de sangre. Se hallaban en condiciones de abrumadora inferioridad.

Bothwell se levantó sobre los estribos y proclamó a voz en cuello:

—Los lores de Escocia han firmado un documento por el que me autorizan a contraer matrimonio con la Reina y se comprometen a considerar traidor y fementido a cualquiera que intente impedirlo. —Agitó un papel en el aire, apenas visible a la rojiza luz de las antorchas—. ¡Pero yo sé que algunos lo intentarán! Me casaré con la Reina aunque algunos se opongan... ¡Sí, lo haré tanto si ella está de acuerdo como si no!

Se produjo un sobrecogido silencio. Bothwell desmontó, se acercó a María y, tomándola de la cintura, la bajó del caballo y la estrechó en sus brazos con tal fuerza que apenas la dejaba respirar.

—Ya la tengo, y me encargaré de que sea indiscutiblemente mía. ¡No intentéis entremeteros si no queréis que os convierta en cadáveres!

Llevándola en volandas cruzó con ella la entrada de la fortaleza interior. María estaba temblando y se sentía aturdida. Bothwell atravesó con ella el patio, entró en la torre del homenaje y, sin detenerse, subió por los peldaños que conducían al piso superior. Dejándola en el suelo, cerró ruidosamente a su espalda la pesada puerta de madera maciza con gran estrépito y la atrancó con un tablón tan grande como una plancha de desembarco. María oyó el tumulto del exterior.

—Aquí nadie podrá entrar —le dijo Bothwell como si hubiera leído sus pensamientos—. Estamos a salvo.

En el interior de la cuadrada estancia cuyos vetustos muros se componían de irregulares piedras sin labrar, ardían tres antorchas en sus candelabros de pared. Una de las tres ventanas estaba abierta por el lado del mar y a través de ella penetraba un fuerte viento que casi ahogaba sus palabras.

—¿A salvo? —María contempló al rudo guerrero que tenía delante. Creía conocerlo. Ahora Bothwell parecía uno de aquellos hombres nórdicos que ella había visto en unas antiguas piedras en las que se describían las invasiones vikingas—. Debéis de estar loco. ¿Por qué lo habéis hecho?

—Para que haya mil testigos de que yo he secuestrado a la Reina y he yacido con ella en contra de su voluntad. Me habrían venido bien unas cuantas protestas más por vuestra parte para convencer a los escépticos —añadió sonriendo como si acabara de hacer una cosa muy normal.

—¿Cómo os atrevéis a hacerlo? ¡Nadie nos creerá!

Su audacia era asombrosa.

—Ver para creer —respondió Bothwell—. Eso es lo que dicen ellos. Ahora mil personas lo han visto. Y os mantendré encerrada aquí dentro el tiempo suficiente como para que resulte creíble.

—¿Que vos... me habéis deshonrado? —preguntó María con trémula voz.

Le estaba pidiendo que afrontara la vergüenza sólo por él.

—Sí. Vos sabéis que, según la ley escocesa, sólo hay un medio para reparar esta deshonra. El matrimonio.

María se sintió avergonzada, pero, al mismo tiempo, se vio obligada a admirar su osadía y su sinceridad.

—¡Os odiarán por haberlo hecho! Os habéis degradado, y eso no tiene reparación posible. ¡Oh, Bothwell! ¿Cómo habéis podido recurrir a esto? ¡No soporto pensar que os habéis causado tanto daño!

—Os amo y, para teneros, he sacrificado mi...

—¡Vuestro honor!

—No, mi fama. No es lo mismo. A veces hay que sacrificar la fama para conservar

una forma más profunda de honor.

—¡Oh, Bothwell! —exclamó María, arrojándose en sus brazos afligida por el mal que él se había hecho.

Cuando se inclinó para besarla, rozó sus labios casi con vacilación pues estaba tan confusa y trastornada que no sabía cómo responder. Deseaba protegerlo y salvarlo. Su inmenso sacrificio la conmovía y su increíble audacia la había dejado anonadada. En cuanto lo tocó, ya no fue capaz de detenerse. Los ruidos del exterior eran cada vez más fuertes. Se oían gritos y el comienzo de algunas peleas.

—Vienen por nosotros —musitó.

—Nadie puede entrar aquí —repitió Bothwell.

Se abrazaron mientras arreciaban los gritos y se oían unas pisadas que subían por los peldaños de la torre. De pronto, un objeto metálico —¿una espada?, ¿un escudo?— golpeó sonoramente la puerta.

—¿Estáis aquí dentro? —preguntó una poderosa voz—. ¡Entregad la persona de la Reina!

—Es Borthwick —explicó Bothwell—. No habla en serio —añadió besándole los hombros y comprimiendo su cuerpo contra el suyo mientras ambos se abrazaban trémulos en el centro de la estancia.

—¡Entregad la persona de la Reina! —gritó de nuevo Borthwick con un fuerte vozarrón para que sus palabras llegaran hasta el patio donde se hallaban Melville, Maitland y Huntly, para que atestiguasen haberlo oído.

—¡Jamás! —rugió Bothwell para que su respuesta traspasara los confines de la ventana—. ¡Además, aunque logrased rescatarla, ya sería demasiado tarde!

Tomó a María en brazos, la llevó a un camastro adosado a la pared exterior y la depositó con cuidado en él. Acuclillado, empezó a quitarle despacio el vestido. Lo hizo con toda tranquilidad, como si ambos se encontraran solos en un apartado claro del bosque.

En el exterior, Borthwick continuaba aporreando la puerta. Cubriéndose con las mantas de piel, Bothwell estrechó con fuerza a María en sus brazos.

María sintió su fuerte cuerpo contra el suyo e hicieron el amor de manera tierna y prolongada mientras los gritos y golpes de Borthwick retumbaban a través de la puerta, puntuando su placer.

Todo estaba en silencio. Borthwick se había retirado y, al parecer, en el patio ya no quedaba nadie. No se oía más que el rumor del mar, que resonaba en la estancia. Ambos permanecieron desnudos bajo las pieles, con los hombros expuestos al frío aire que penetraba en la estancia a través de las ventanas. Bothwell dormía profundamente.

María vio unas sombras que parpadeaban en las paredes. Las antorchas ya estaban a

punto de apagarse. Cerró los ojos e intentó dormir pero sentía una extraña emoción.

«Ahora estamos casados de verdad», pensó.

Comprendió que, hasta aquel momento, jamás había estado auténticamente casada pues ninguno de sus dos anteriores esposos había tenido que hacer un sacrificio por ella. Aquello constituía la verdadera consumación del matrimonio.

«Así que éste es mi lecho nupcial. Un camastro con unas mantas de piel de lobo en una estancia de la torre del homenaje de un castillo, llena de corrientes de aire. Pero la cama es un lecho nupcial más auténtico que el de los aposentos reales de Stirling o que el de París donde... ¡Oh, cielos! ¡Donde hoy se cumplen nueve años de mi boda con Francisco! —Recordó con ternura el lecho en el que se había acostado de modo infantil con Francisco mientras Bothwell descansaba a su lado—. La infancia pertenece al pasado y ahora soy por fin una persona adulta.

Aquella noche no logró conciliar el sueño. Las antorchas se apagaron y poco a poco una luz azul violeta penetró en la estancia. María permaneció inmóvil contemplando cómo ésta se aclaraba poco a poco. Supo que el sol asomaba por el horizonte cuando vio en el techo el trémulo reflejo procedente del agitado mar de abajo.

Ahora veía mejor la estancia. Era perfectamente cuadrada, y las paredes estaban hechas de grandes bloques de piedra toscamente labrados. Aquella era la parte más antigua del castillo, construida cientos de años atrás. El mobiliario era muy sencillo: una mesa hecha con una tabla, unos bancos de madera, unas banquetas y dos arcas adornadas con tachones. No había camas, sólo aquel camastro. De las paredes colgaban espadas y escudos.

Se volvió y contempló a Bothwell dormido. Mantenía la cabeza apoyada sobre sus brazos cruzados como si rezara. Vio con toda claridad la cicatriz de su frente. Era blanca, en contraste con el resto de su rostro oscurecido por el viento y el sol. Ahora ambos estaban unidos y sus destinos se habían convertido en uno solo. Era lo que ella quería e incluso le había pedido a Bothwell que hiciera. Así pues, ¿por qué tenía la mente llena de malos presentimientos?

Se levantó en silencio y se aproximó a la ventana. Bajo sus pies desnudos el suelo de piedra se notaba frío y pegajoso. Cuando se halló más cerca de la ventana, se sorprendió de la fuerza de succión del viento, que hacía ondear su cabello hacia el exterior cual un estandarte. El mar de abajo golpeaba contra las oscuras y melladas rocas, lanzando al aire una rociada que permanecía por un instante en suspenso como el velo de una danzarina infiel antes de alejarse flotando. Una bandada de gaviotas bajó en picado y se elevó de nuevo emitiendo ásperos y quejumbrosos gritos.

Bothwell la tocó y apoyó su frente desnuda en su espalda. Se había levantado con tanto sigilo que ella no lo había oído.



—Buenos días, amor mío —le susurró al oído mientras la rodeaba con sus brazos—. ¿Os gusta mi plaza fuerte? Vos me la regalasteis.

—En aquel entonces no sabía para qué se usaría —repuso María. Él le tocó el cuello y ella no supo si esperaba que hiciera algo o no. Entonces notó que el deseo de Bothwell empezaba a despertar y se volvió para mirarlo—. Sois peor que el famoso carnero negro de Yarrow.

—¿Hay alguna balada sobre él? Debería haberla. Al parecer, en las Fronteras hay una balada para todo... —Bothwell le besó con delicadeza los párpados, obligándola a cerrarlos. Después se arrodilló y hundió el rostro en sus muslos, apretándose contra las finas columnas y gozando con su contacto. A continuación, besó suavemente la hendedura que había entre ellas y después la parte interior. Cuando notó por fin que sus músculos empezaban a temblar, la llevó de nuevo al camastro.

—¿Puedo cambiarme de ropa —preguntó María más tarde—, o debo prescindir incluso de mis artículos de aseo y de mi ropa interior?

Bothwell rodó sobre el camastro y apoyó la cabeza en el codo.

—Por supuesto que podéis pedir que os suban vuestros efectos personales —contestó sonriendo—. Os pido disculpas. También os la pido por estos aposentos. Sé que son un poco... deficientes, pero también sé que lo que ambos más queríamos era disfrutar de intimidad. Las partes más nuevas del castillo son más cómodas pero, por desgracia, están abiertas a todo el mundo.

—¿Pensáis mantener también prisioneros aquí a los consejeros?

—No, serán libres de marcharse en cuanto os hayan oído dar vuestro consentimiento a nuestra boda y ellos actúen de testigos. Eso forma parte de nuestro acuerdo.

De repente, a María la asaltó un pensamiento estremecedor. Quizá los lores autorizasen el matrimonio sólo para implicarla en el oprobio de Bothwell y tener un motivo para destronarla. «Se prepara una importante acción contra vos.» Eso le había escrito el embajador hacía un mes.

—Pero vos aún estáis casado —objetó.

—Huntly ha accedido a permitir que su hermana se divorcie.

De modo que era por eso por lo que Huntly se mostraba tan malhumorado.

—¿Y... Jean?

—Colaborará.

—¿Acaso no le importa?

—Lo ignoro —reconoció Bothwell.

¿Cómo era posible que apenas conociera los sentimientos de su esposa?

—Comprendo.

—María... —Bothwell tendió la mano y le acarició con suavidad la mejilla clavando sus verdes ojos en los suyos—. No siempre he sido bueno con la gente a lo largo de mi vida; es posible que en parte no tenga la culpa pero yo la asumo de todos modos. Tal vez mi matrimonio habría marchado mejor si mi prometida se hubiera casado conmigo por su voluntad. Pero no lo deseaba; su hermano la vendió tal como ahora está vendiéndola. El hombre con quien ella deseaba casarse estaba comprometido con otra. Fue muy duro para ella, pero también lo ha sido para mí. Los matrimonios de conveniencia se cobran su tributo. A veces pienso que la manera más dura de ganar dinero consiste en casarse con él.

Parecía muy sincero.

—Pero ¿qué me decís de la danesa o lo que fuera? —preguntó ella, odiándose a sí misma por hacerlo.

—¿Qué queréis que os diga? Era soberanamente aburrida. No soportaba la idea de pasarme toda la vida escuchando sus horribles poemas. —Bothwell soltó una carcajada—. Era hija de un almirante noruego y la conocí en Copenhague. Era morena, cosa insólita en una persona noruega, y por esta razón creía poseer un ardiente temperamento latino. Tenía incluso un traje español que solía lucir pensando que estaba arrebatadora cuando, en realidad, resultaba ridícula.

—Pero, aun así, convivisteis con ella.

—Su padre, que tenía siete hijas, estaba deseando casarlas a todas y prometió una dote de cuarenta mil táleros de plata. —Bothwell suspiró—. Ya os lo he dicho, ésta es la manera más difícil de ganar dinero. Lo sé por experiencia.

—Así que cobrasteis el dinero y después la abandonasteis.

—No. Resultó que no hubo dinero. ¿Quién fue el burlador y quién el burlado?

—Por favor, pedid que me suban la ropa —dijo de repente María—. Y quisiera comer algo —añadió, tirando de la manta de piel para cubrirse los hombros.

—Como gustéis. —Bothwell se levantó y se acercó a la puerta. Levantó el gran tablón que la atrancaba y la abrió. María se sorprendió al ver que la puerta medía casi medio palmo de grosor. Él asomó la cabeza y murmuró algo; estaba claro que debía de haber un guardia en el descansillo.

Bothwell sólo tuvo tiempo de enfundarse los calzones y ponerse la camisa por encima de la cabeza de alborotado cabello antes de que tres criados entraran en la estancia con varias bandejas de comida y los fardos de la ropa de María. Los criados iban muy bien vestidos con unas libreas nuevas que ostentaban el timbre bordado del escudo de armas de los Hepburn. Haciendo unas profundas reverencias, dejaron las bandejas y los fardos. Bothwell cerró la puerta a su espalda. Empezó a tararear mientras destapaba las bandejas y las distribuía sobre la mesa tras haber extendido un blanco mantel de lino.

—No sabía qué os apetecería tomar —dijo—. Aquí hay arenques, ostras,

codornices y pichones. —Destapó otras bandejas y otros cuencos—. Y aquí tenemos gachas de avena, queso de Ayrshire, serbas, jalea de manzana y...

—¡Ya basta! —exclamó María, y se echó a reír al ver la seriedad de su rostro. Sería un buen padre pues algunas veces se convertía en niño—. El secuestro me ha abierto el apetito pero no tanto. —Acercó un escabel, tomó un plato de madera y empezó a elegir.

—Yo creía que era otra cosa la que os había abierto el apetito —repuso Bothwell, mirándola con cauta ternura.

—Todo aquel apetito ya está saciado —contestó María, alanceando un trozo de pescado ahumado con un pincho de madera—. Pero, a lo mejor es el aire del mar el que me lo ha abierto.

—Es posible. Cuando viajo por mar, suele entrarme mucho apetito. —Bothwell tomó el trozo de carne más grande que había en la bandeja.

—Habladme de vuestros viajes por mar —dijo María.

—Aprendí a navegar de niño —comenzó él sin dejar de masticar—. Creo que debía de tener unos ocho o nueve años cuando realicé mi primera travesía. Fui al mar del Norte, a la costa de Spynie. Vivía con mi tío el obispo, a quien vos conocisteis, y mis primos de allí, sus bastardos, se encontraban tan a gusto en el mar como un jinete sobre su caballo. A mí me encantaba navegar, trazar una ruta y ver hasta dónde conseguía acercarme. A los doce años viajé a las Oreadas.

Sonrió al recordarlo.

—¿Cómo son las Órcadas? —preguntó María, tomando un bocado de gachas más grande de lo que hubiera querido. Tenía un hambre atroz—. Siempre he querido visitarlas.

—Ya os dije que, si os casabais conmigo, os llevaría allí. Son muy frías pero tan limpias como las águilas. Es como si se elevaran sobre el mar. Son incorruptibles. Mi antepasado era el conde de las Órcadas. Supongo que me gustan porque las llevo en la sangre. —Bothwell escanció una buena cantidad de vino en su copa y lo diluyó con agua.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? ¿Por qué razón vuestra familia ya no está allí?

—Hace muchísimo tiempo. Mi antepasado recibió el título en 1397 pero más tarde mi familia se vio obligada a vender el condado a Jacobo III.

—Yo os nombraré duque de las Órcadas y lord de Shetland —dijo impulsivamente María.

—Pero no rey —puntualizó Bothwell.

—No.

—Mejor así. Me conformo con que mis hijos sean príncipes. Soy por encima de todo un soldado y un capitán de barco.

María experimentó un gran alivio; su tácita preocupación se había disipado.

Aquello no constituiría una repetición de lo de Darnley. Resultaba curioso que aquel hombre, más apropiado para ceñir una corona, no la ambicionara.

Pasaron varios días en la torre, convirtiendo el día en noche y la noche en día, durmiendo a su antojo, comiendo cuando les apetecía, haciendo el amor, descansando y conversando. Creaban su propio ritmo y adaptaban las horas a sus deseos sin atender a la salida o la puesta del sol. Todo parecía un sueño, y cada uno de ellos hacía cosas que sorprendían al otro. María asombró a Bothwell con sus conocimientos sobre las armas y su habilidad en los juegos de naipes; y él la sorprendió a ella con su afición a la música y la poesía.

—Sé que a vos os gusta pensar que me he pasado la vida luchando en las Fronteras o navegando, pero la verdad, que vos os empeñáis en olvidar, es que fui educado en el estudio de los clásicos. Incluso me he traído algunos aquí para mostrároslos. —Señaló con infantil orgullo un pequeño montón de libros—. Quería que vierais una parte de mi biblioteca.

María se acercó a los libros, tomó uno de ellos y lo hojeó con aire ausente.

—Virgilio. Mirad... *El orden de batalla* de Eliano. ¡Un libro de teoría militar! Creo que esto me resulta más necesario que la poesía.

—En condiciones ideales, la vida ofrece ambas cosas. La vida de las Fronteras, por ejemplo; hay mucha poesía allí, unas baladas preciosas con frases como «Hoy sopla el viento, mi amor, y cae una fina llovizna; / sólo tuve en la vida un amor, que ahora yace en la tumba fría», «Quieres un beso de mis fríos labios de arcilla, pero el aliento me huele a tierra, / si te doy un beso con mis fríos labios de arcilla, tu vida no será lengua.» Después añade: «En aquel verde jardín, donde solíamos pasear tú y yo / la flor más bella que jamás vi, hoy no existe pues ya se marchitó.»

Bothwell alargó la mano hacia su laúd.

—Debía haberle puesto música. Le falta media vida sin música. —Rasgó las cuerdas y de ellas brotaron dulces y refinadas notas—. «El tallo, amor mío, se marchitó, y así nuestros corazones se marchitarán, / goza de la vida, mi dulce amor, pues no sabes cuándo Dios a su seno te llamará.»

Su bien timbrada voz se apagó poco a poco.

María se estremeció.

—¿Creéis que compondrán una balada acerca de nosotros?

—Ya la han compuesto —contestó Bothwell, sacudiendo la cabeza—. Estas cosas surgen antes incluso de que los acontecimientos terminen.

—Cantadla.

María quería y no quería oírla.

—Como gustéis. No es muy halagüeña. Se refiere a mí.

Bothwell pulsó de nuevo las cuerdas del laúd.

*le ti, falsa Escocia, ay de ti,  
grave delito el tuyo,  
s de noche colgaste bajo una nube  
ríncipe más digno que jamás hubo.*

—Reparad en que aquí lord Darnley se ha convertido en «el príncipe más digno que jamás hubo» —dijo—. Las baladas crean sus propias verdades.

*Reina de Francia una carta escribiera  
en su corazón y su anillo la sellara,  
éndole que si a Escocia regresar quisiera  
él se casara y rey lo proclamara.*

*su casa vivía un italiano,  
l David de nombre se llamaba,  
querido y por todos apreciado  
s era el chambelán de la soberana.*

*l Rey de su tumba levantado se hubiera,  
uismo en el trono lo habría sentado  
s aunque para ello dotes no tuviera,  
su sola presencia él lo habría apoyado.*

*as lores de Escocia la cólera los cegó  
continuo el honor le disputaron;  
diré el gran mal que aconteció  
s doce dagas en el cuerpo le clavaron.*

*er de su chambelán el triste fin  
urgas lágrimas la Reina derramó  
on el Rey en el mismo lecho no dormir  
doce meses y un día juró.*

*lores de Escocia sufrieron gran dolor  
i solemne juramento hicieran.  
por la muerte del leal servidor  
ran Rey morir debiera.*

*pólvora su cámara llenaron  
verdes juncos el suelo cubrieron  
s aquella noche pensaban los bellacos  
Rey traicionar sin remordimiento.*

*cuanto el buen Rey según su deseo  
a descansar en su cama se acostó,  
dando del día las fatigas,  
cámara en llamas estalló.*

*los aires voló y de la ventana el cristal rompió,  
reinta pies fue su caída  
o lord Bothwell un centinela tenía  
de mismo de la muralla.*

*¿dime, ¿qué sucede?, lord Bothwell preguntó,  
¿dónde me ahora mismo, os lo pido por Dios.*

*Enrique VIII sobrino soy,  
su nombre os lo pido tened piedad de mí!  
d Bothwell, bien os conozco,  
ruego y suplico que os apiadéis de mí!*

*¿o te compadezco, él le respondió,  
misma compasión tengo de ti  
tú le tuviste al chambelán real  
¿a que decidiste que debía morir.*

*salas y torres llevaron al Rey  
castillos y altas torres lo llevaron  
una enramada hasta un ameno vergel  
lí de un peral lo colgaron.*

—¡Eso es mentira! ¡Todo son mentiras! —exclamó María.

—Por supuesto que son mentiras, y bastante enrevesadas, por cierto. Primero el Rey es bueno, después los lores quieren matarlo por haber asesinado al italiano, más tarde vuelve a ser bueno y los lores quieren hacerlo saltar por los aires... Menuda imaginación. Darnley cambia de carácter a cada verso.

—Pero a vos os presentan como el asesino —señaló muy despacio María—. Sabían que desterré a Darnley de mi lecho. La verdad se enrosca alrededor de las mentiras y

se entreteje con ellas. No todo es mentira. —Trastornada, añadió—: ¿Creéis que todo eso ha terminado, o habrá más cambios y añadidos a la historia?

—Cuando nos casemos, seremos más fuertes que todas sus intrigas y sus mentiras.

María contempló una sortija esmaltada que lucía en el dedo. Se la quitó con lentitud y se la entregó a Bothwell.

—Es vuestro anillo de compromiso —señaló.

Bothwell lo tomó y lo estudió, perplejo.

—Está cubierto de huesos y lágrimas —dijo—, esmalte negro y oro. ¿Os parece un anillo de compromiso apropiado?

—Es el que tengo a mano en este momento. Si lo aceptáis, os comprometéis a compartir mi destino, inesperado y quizá doloroso.

Bothwell la besó y se puso el anillo en el dedo meñique.

### LIII

Regresaron muy despacio a Edimburgo, abandonando su vida secreta en la torre — ¡sólo diez inestimables días!—, dispuestos a afrontar cualquier cosa. Huntly, Maitland y Melville habían sido puestos en libertad varios días antes y el proceso del divorcio ya se había iniciado. Habría dos divorcios, uno protestante y otro católico, para evitar las objeciones por parte de uno u otro bando. El protestante se basaría en el adulterio cometido por Bothwell con Bessie Crawford y el católico en la relación de parentesco entre Jean y su esposo; cuatro generaciones atrás un conde de Bothwell se había casado con una hija del conde de Huntly. El pastor de la Alta Iglesia de Saint Giles publicaría las amonestaciones en cuanto fuera posible; por suerte, Knox aún se hallaba en Inglaterra y sólo tendrían que habérselas con su sustituto.

Cuando pasaban por las pequeñas aldeas, los curiosos se congregaban al borde de los caminos pero se limitaban a mirar en silencio. Nadie gritó: «¡Dios bendiga tu dulce rostro!»

«Me observan para comprobar si llevo la ropa hecha jirones o si parezco alterada —pensó María—. Si me vieran cubierta de magulladuras, estarían contentos.»

Sin embargo, su arrogancia se debilitó a medida que se acercaban a Edimburgo. La expresión de los ojos de la gente no era de crueldad sino sólo de desconcierto... como si se sintiera traicionada. Nadie comprendía lo que había ocurrido. María tuvo la sensación de que en efecto había traicionado a su pueblo, pues la gente se mostraba asustada e insegura.

Por delante de ella, Bothwell cabalgaba con toda tranquilidad. De pronto, vio aparecer Edimburgo en el horizonte y distinguió incluso la elevación del Arthur's Seat, cubierta con el deslumbrante verdor de la hierba de mayo. Bothwell aminoró la marcha para que ella le diera alcance.

—No veo a nadie —dijo él contemplando el camino—, pero creo que será mejor que no entremos en la ciudad por la puerta Netherbow. Procuremos acercarnos todo lo posible al castillo y vayamos directos hacia allí.

Su voz no denotaba demasiada confianza.

—¿O sea que hemos de alojarnos en el castillo? —preguntó María.

—Sí. He nombrado alcaide a Balfour para que lo defienda.

—¿A Balfour? ¿Y por qué?

María desconfiaba de aquel cara de calavera.

—Por servicios prestados —contestó Bothwell—. Venid.

Al rodear el lado sur de las murallas de la ciudad vieron las ruinas de los edificios



de Kirk O'Field. No se habían realizado labores de desescombro; las piedras estaban amontonadas y algunas de ellas seguían en el mismo sitio en el que habían ido a parar, muy lejos de la muralla. A su derecha se encontraba el huerto donde se había descubierto el cuerpo de Darnley. María desvió la mirada al pasar.

Al entrar por la puerta Oeste advirtieron extrañados que las calles estaban desiertas.

Aunque algunas personas se habían detenido a mirarlos, se apresuraron a subir hacia las puertas del castillo para refugiarse en el interior de sus murallas.

Maitland los esperaba en los aposentos reales, sumido en un melancólico y alterado estado de ánimo. Permanecía apoyado en una mesa con los brazos cruzados y la mirada perdida. Al verlos entrar, se levantó de un salto.

Bothwell arrojó los guantes sobre la mesa sin ninguna ceremonia. María le preguntó a Maitland cómo estaba.

—Todo es confusión y desconcierto —contestó Maitland en tono sombrío.

Miró a María como si la aborreciera por obligarlo a pasar por aquel trance y a humillarse a cumplir semejante tarea. ¡Pobre novio!

—¿Las sesiones del divorcio? —preguntó Bothwell sin darle a María la oportunidad de decir palabra.

Maitland puso los ojos en blanco.

—Qué vergüenza. Han sacado a la luz todos los detalles de vuestras... actividades con la señora Crawford. Vuestra esposa interrogó al hombre a quien ordenasteis que hiciera guardia. Este habló incluso de cuando vos... —Maitland se detuvo, turbado.

María miró hacia otro lado.

—¿Lo han concedido? —preguntó Bothwell—. Es lo único que me interesa.

—Vuestra esposa...

—¿De modo que todavía es mi esposa!

—No, vuestra antigua esposa pide que le entreguéis el castillo de Crichton para concederos la libertad.

—Se lo concedo —dijo María con un hilo de voz.

—Es mío —protestó Bothwell.

—Todas las propiedades son mías en última instancia —replicó María.

—Estáis equivocada —repuso Bothwell—. Pertenece a mi jurisdicción. Sí, se lo concedo. ¡Pagaré cualquier precio que me pida! Qué mujer tan dura y obstinada... Es la segunda vez que debo pagar una multa por el asunto de Bessie. La primera vez, cuando se enteró, tuve que cederle las tierras de Nether Hailes con su castillo. Y ahora Crichton. He pagado un precio tan alto por sus favores que cualquiera diría que Bessie era Salomé —añadió enojado—. Bien, ¿qué más? ¿El clérigo ya ha publicado las amonestaciones?

—No —contestó Maitland—. Se niega a hacerlo.

—¿Cómo? ¡Traédmelo aquí!

—Y Morton, Argyll y Atholl se han reunido en Stirling. Convocaron también a otros.

—¿A quiénes? —preguntó Bothwell a gritos, descargando un puño sobre la mesa—. ¿Quiénes?

—Lo ignoro, milord, os lo juro. Sólo sé que, después de la reunión, Atholl galopó hacia el norte, Argyll hacia el oeste y Morton hacia Fife.

—Para reunir un ejército —susurró Bothwell—. Qué pronto. ¡Que venga ahora mismo ese predicador!

El reverendo John Craig se presentó ante Bothwell y la Reina, que por fin se habían cambiado de ropa. María se había sentado en el trono bajo un dosel para conferir más solemnidad al encuentro.

Craig era un hombre delgado y medio calvo con unas facciones muy afiladas. Se parecía mucho a Knox o a lo que Knox habría sido si se hubiera afeitado la barba. María se preguntó por un instante si, para ser un ministro de la Reforma, se exigía aquel aspecto: delgado, ojos pequeños, pálido y con la espalda más tiesa que un palo.

—¿Por qué no habéis anunciado nuestra inminente boda? —le preguntó María con la mayor amabilidad posible—. Os pedimos que lo hicierais de inmediato.

Craig miró de Bothwell a María y viceversa mientras desplazaba el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¡Así que es cierto! —exclamó al final—. ¡No lo creía! —Si se hubiese hallado ante un aquelarre, el tono de su voz no habría sido más desdeñoso—. ¿Firmaréis un documento que me libere de toda responsabilidad por apartar la vista del pecado?

—Sí —contestó Bothwell sin vacilar.

—¿Qué pecado? —preguntó María y notó que Bothwell la miraba enfurecido por insistir en la cuestión.

—¿Qué pecado? ¿Os atrevéis a preguntarme qué pecado? —El predicador adoptó una expresión de incredulidad—. El secuestro y ultraje de la Reina, por no hablar del adulterio, la connivencia entre vuestra esposa y vos y la sospecha de asesinato del Rey.

—¿Os referís a mí? ¿Sospecha de asesinato decís? —le preguntó Bothwell.

—«¡Tú eres ese hombre!», le dijo el profeta Natán al rey David. Sólo que vos sois peor que el rey David. Él sólo cometió adulterio con Betsabé y mató a su esposa, ¡sólo eso!, mientras que vos habéis secuestrado, ultrajado y mancillado a vuestra Soberana amén de haber dado muerte a su esposo y haber cometido adulterio con una criada.

Bothwell soltó un estremecedor rugido e hizo ademán de desenvainar la espada.

María se levantó del trono y lo sujetó del brazo.

—¡Deteneos! ¡No le hagáis daño! —Se volvió hacia Craig—. Sin duda vuestro

señor el maestro Knox se alegrará de todo esto cuando se entere. Ha habido mucho dolor en Escocia pero quiero que se produzca un nuevo comienzo. Es mi real deseo que se celebre esta boda. Compareceré ante el Parlamento para dar todas las explicaciones y rezaré para que el pueblo se alegre.

—¡Jamás! —repuso Craig—. ¡La situación ha llegado demasiado lejos! ¡La gente ya no aguanta más! ¡Pongo a Dios por testigo de que aborrecerán y detestarán esta inminente boda tanto como yo!

María se encontraba de pie en el Tolbooth, justo en el mismo lugar que había ocupado Bothwell hacía apenas un mes. Todos los ojos la miraban con hostilidad o bien con indiferencia. El lord canciller Huntly la miraba con una mezcla de ambas cosas. Todos los lores del Parlamento que quedaban en Edimburgo se hallaban presentes, pero un número sospechosamente elevado de escaños estaba vacío. Varios dignatarios de la Iglesia Reformada, con tristes atuendos oscuros, permanecían de pie junto a las paredes.

—Tengo la intención de participaros mis pensamientos a propósito de lord Bothwell —dijo María—. Me enojé mucho cuando éste interrumpió mi viaje y me llevó a Dunbar en contra de mi voluntad. Pero cuando, a pesar de mis peticiones de ayuda, no la recibí y observé al mismo tiempo que su comportamiento conmigo era bueno y amable, poco a poco empecé a escuchar sus palabras y a aceptar su galanteo. Su proposición de matrimonio fue sincera y ya había sido aprobada por los lores y los barones. Él mismo me mostró las firmas. Así pues, teniendo en cuenta sus anteriores y leales servicios a la Corona, accedí a convertirme en su esposa.

Ni siquiera un leve atisbo de sonrisa iluminó los rostros de los presentes.

La observaban y juzgaban con relamido desprecio.

—Por ello me digno perdonarlos tanto a él como a todos quienes lo acompañaron durante aquellos diez días y os pido a vosotros, mi buen pueblo, que también lo hagáis.

Levantó las manos en gesto suplicante a pesar de que, por ley, su regio perdón habría bastado.

María regresó con paso cansino a los aposentos reales. Había oído los burlones comentarios. «¿De modo que la ley de Escocia que perdona el delito de violación si más tarde la mujer lo acepta, ahora también se utiliza para tapar los asesinatos? ¡Incluso pervierte la ley para acomodarla a su lascivia!», había comentado un ministro de la Iglesia Reformada, claro que había apartado la vista avergonzado al percatarse de que ella lo había oído.

Ni siquiera en sus aposentos se sentía segura. Su querido confesor francés, el fraile

dominico a quien tanto despreciaba lord Stewart, la esperaba.

—Majestad —le dijo—, quiero pedir vuestra venia para regresar a Francia. Ya no puedo permanecer aquí por más tiempo.

—¡Oh, mi buen padre Mamerot! ¡Siempre habéis estado conmigo, no me abandonéis ahora! —replicó ella.

—Debo hacerlo. Me lo ordena mi superior. No puedo quedarme.

El fraile la miró con sincera aflicción, como si estuviera a punto de llorar. Tendió los brazos y le rodeó los hombros.

—¿Vuestro superior? Pero yo soy la Reina.

María hablaba en un débil susurro.

—El Papa, Señora. El Papa —explicó el fraile—. El Santo Padre... el Santo Padre me ordena apartarme de vos hasta que enmendéis vuestra vida. Dice que él tampoco mantendrá comunicación con vos hasta que lo hagáis. ¡Dice que estáis condenada!

María profirió un grito y se desplomó al suelo.

Hacia las cuatro de la madrugada, una hora tan temprana que todavía estaba oscuro, Bothwell tomó su mano y la acompañó a la antigua capilla de Holyrood, donde un ministro protestante los casó. Ningún sacerdote católico habría querido officiar la ceremonia ni tampoco uno solo de los ministros destacados de la Iglesia Reformada, por lo que Bothwell había convencido al obispo de las Órcadas, hombre que cambiaba de chaqueta para llenarse la bolsa, de que lo hiciera.

Allí estaba el dócil conde de Huntly, así como los fieles lores Livingston y Fleming y algunos otros nobles de inferior rango. No hubo cortejo ni músicas ni ricos vestidos. María tuvo que aguantar un sermón sobre el arrepentimiento de Bothwell de su mala vida pasada. En el momento de pronunciar las promesas matrimoniales, a María le pareció que éstas no eran auténticas.

«Este hombre no es un verdadero sacerdote; carece de autoridad. Estos ritos no son válidos», pensó.

—¿Aceptáis a este hombre, el duque de las Órcadas y lord de Shetland, por esposo? ¿Lo amaréis, lo honraréis, permaneceréis a su lado en la salud y en la enfermedad, le seréis fiel mientras ambos viváis? —preguntó el obispo con solemnidad.

—Sí, lo acepto —contestó en voz tan baja que sólo Bothwell y el clérigo la oyeron.

El interior de la capilla estaba tan oscuro que María apenas veía el rostro de Bothwell, por lo que toda la ceremonia se le antojó algo así como un misterioso rito de entrada en la vida de ultratumba. Casi esperaba ver de un momento a otro a Cerbero, el can de tres cabezas que protegía el Hades, ladrando a su lado, y a Bothwell convertido en Plutón, dios de las sombras y la muerte... Bothwell le tomó la mano y le puso una

sortija. Tenía los dedos muy fríos.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el obispo.

Bothwell le apretó la mano, pero ella continuaba sin verle el rostro.

—Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre —les advirtió el obispo.

Bothwell se volvió hacia ella.

«No me toques, de lo contrario jamás podré apartarme de tu lado ni subir de nuevo a la verde tierra sino que me veré obligada a vagar para siempre en la silenciosa oscuridad y los trémulos lagos de fuego del Hades...» El corazón le latía con violencia.

Bothwell se inclinó para sellar su unión con un beso.

## LIV

María acarició la reluciente pila de oro. Le encantaba el tacto del oro, su brillo y su fulgor, tan distinto al de cualquier otro metal. Jamás se sentía frío como el acero o el hierro. Habría jurado que el corazón del oro siempre conservaba un poco de calor. A lo mejor, en esto consistía la verdadera naturaleza de su magia. Las piedras preciosas —los zafiros, los rubíes, las esmeraldas y las perlas— centelleaban en el borde y formaban un motivo de parras entrelazadas cuyos frutos eran sólo piedras preciosas. El trabajo de orfebrería era exquisito. ¿Se habría realizado en Inglaterra, o acaso la pieza procedía de Italia o Francia?

Suspirando, María vertió en ella un poco de agua perfumada y añadió unos cuantos pétalos de la florida rama de manzano que madame Rallay le había llevado. El peral era antaño su preferido, pero no, ya no quería saber nada de los perales...

Introdujo los dedos en el agua contemplando cómo los pétalos flotaban y se movían en círculo. Aquella fuente era el regalo de la reina Isabel para el bautizo... ¿Habían transcurrido sólo cinco meses? La generosidad de Isabel la había sorprendido y conmovido. Significaba que de verdad se consideraba madrina del Príncipe.

No quería desprenderse de la pila bautismal.

Bothwell le había explicado que necesitaban con urgencia fondos para pagar a los soldados que debían protegerlos contra cualquier rebelión. Las arcas del Tesoro estaban vacías. Ella había dejado de recibir dinero de Francia por más que se lo habían prometido a perpetuidad. Había distintas maneras de resolverlo. Demoras. Papeles. Abogados. Intercambios de propiedades.

—Y vos regalasteis muchas tierras de la Corona —le había reprochado Bothwell—. Fuisteis muy generosa. Lord Stewart es dueño de unas tierras cuya extensión equivale a la de la mitad de las Highlands.

—Vos también os habéis beneficiado de mi generosidad —le había recordado María.

—Es cierto. Pero ahora me temo que viene lo peor. Tendréis que empeñar vuestras joyas. Y esta pila bautismal... ¡es de oro puro!

—No puedo —había dicho María—. Significa demasiado para mí. Es algo más que una pila bautismal, es un vínculo entre Isabel y yo.

Bothwell la había mirado con tristeza.

—María, lo único que ahora significa para nosotros son treinta y tres onzas de oro que nos hacen mucha falta.

La voz de Bothwell resonaba sin cesar en la mente de María. Pero ladeó la fuente, echó el agua en un cuenco y la secó con un lienzo de lino. Después la acarició de nuevo con cariño.

No. No quería desprenderse de ella. En cuanto la apartara de su lado, la perdería para siempre. Y más tarde, cuando regresara la calma, lo lamentaría. La cubrió de nuevo con el lienzo de terciopelo y, en el momento en que la guardaba en el estuche, Bothwell abrió la puerta de par en par sin molestarse en llamar primero.

—¿Dónde está? Me prometisteis entregarla al orfebre esta mañana. ¡Hace dos horas que tiene el fuego a temperatura de fundición!

—He cambiado de parecer. Le pagaré al orfebre el precio del carbón pero quiero conservar la fuente bautismal.

—¿Y con qué vais a pagarle? ¡De eso se trata, ni siquiera podéis pagarle el precio del carbón a un orfebre! ¡Dádmela! —exclamó Bothwell, arrebatándosela de las manos.

¡Devolvédmela! ¡Os lo ordeno!

—¡Ja! —se rió Bothwell, colocándose bajo el brazo.

—¡Soy la Reina! —gritó María.

—No sois nada sin soldados —replicó Bothwell—, y no habrá soldados sin oro con que pagarlos. Vamos..., ¿acaso esta fruslería vale más que vuestro trono?

—Bothwell... —María veía algo más que las cinco mil monedas de oro que obtendrían con la venta—. ¿Es posible conservar un trono con cinco mil monedas de oro?

—Son mucho más que treinta monedas de plata, y mirad lo que se compró con ellas.

La capital de Escocia jamás le había parecido más hermosa a Knox, que se acercaba a ella a lomos de su caballo. Junio era siempre la época del año en que ninguna ciudad de la tierra —con la posible excepción de Ginebra— resultaba más atrayente, más vibrante ni presentaba colores más delicados. Se había marchado en marzo, el peor mes del año para la ciudad, por lo que no había lamentado dejarla. Pero ahora... cuánto se alegraba de regresar a casa y de responder a la llamada. Una vez más, su país lo necesitaba; al final, la rueda de la fortuna había girado y, al parecer, el Señor derrotaría a la malvada Jezabel que durante tanto tiempo lo había atormentado.

«Cuando la llamé por este nombre, todo el mundo lo consideró una crueldad. Los lores dijeron, “Oh, maestro Knox, qué duro sois. ¿Qué mal hay en unas cuantas danzas? ¿Qué mal hay en una o dos misas privadas? ¿Qué mal hay en los naipes y en la música?”. Pero yo veía lo que a ellos les pasaba inadvertido; era mi privilegio y mi dolor de profeta. ¡Pero ellos se comportaban como si a mí me gustara lo que veía! Yo veía dolor, sufrimiento y desánimo, y la visión me causaba pesar, no regocijo.

»Sin embargo, la debilidad humana es la oportunidad de Dios. Sé que de aquí nacerá algo que se conformará a su voluntad. ¡Siempre y cuando tengamos el valor de alargar la mano y aprovecharlo!

»Del caos suele surgir el orden. Y en Escocia reina de nuevo el caos, tal como yo predije. Bothwell, el hombre fuerte, será coronado con todos los honores por sus malas artes. ¡Por el momento la Reina lo ha nombrado lord de Shetland! Sin embargo, el salmista dice: “Levántate, juez del mundo, y recompensa al orgulloso según sus merecimientos. Señor, ¿cuánto tiempo triunfarán los impíos? ¿Querrás tener algo que ver con el trono de la iniquidad cuya ley es el mal?” ¡Pero los fieles lores de la Congregación ya están reuniéndose, dispuestos a librarnos de la opresión de la malvada pareja!»

Su casa lo aguardaba, limpia y ordenada por obra de uno de los fieles lores, uno de los pocos que quedaban en la ciudad. Se sintió a gusto al entrar de nuevo en ella, como cuando uno se pone una de sus camisas preferidas debidamente lavada y preparada. Tenía mucho trabajo que hacer. Como es natural, debía entrevistarse con John Craig — ¡aquel hombre tan valeroso!— y prepararse para la inminente batalla. Habría que predicar sermones, fortalecer corazones... y afilar espadas. Había llegado la hora.

—Y contadme, cuando os negasteis a publicar las amonestaciones, ¿qué dijeron ellos? —le preguntó Knox a John Craig.

Ambos paseaban por el pequeño jardín trasero de su casa. No lo habían cuidado ni habían plantado cosa alguna aquella primavera, por lo que los senderos estaban cubiertos de maleza. Aun así, los iris y las amapolas habían brotado de todos modos, y sus delicadas cabezas asomaban por encima de las malas hierbas.

—Bothwell me amenazó —contestó Craig—. Tomó la espada pero ella impidió que la utilizara. Es un bravucón deslenguado.

—Lo sé —dijo Knox—. Pero no siempre fue así. Aunque os parezca extraño, lo conozco desde que era un muchacho; de hecho, mi familia era vasalla de los Hepburn. Su traidor padre lo abandonó y fue quien le enseñó el significado de la perfidia, convirtiéndolo en este hombre tan duro que vemos hoy. De muchacho era amable, animoso e imaginativo. No se merecía el padre que tuvo. —Soltó un resoplido—. ¡Ni la esposa que va a tener!

—Traté de impedirlo —aseguró Craig—, pero, como es natural, ellos se buscaron a otro para que los casara.

Knox interrumpió su paseo y asió a Craig por el cuello de su camisa.

—¿Creéis que el pueblo está preparado? ¿Es posible derribarlos?

—No me cabe la menor duda, señor.

—Ah. Esto significa que en efecto he regresado a casa.



Aquel domingo en Saint Giles Knox se acercó rígido al pulpito. Últimamente se sentía viejo y débil. El reuma se había apoderado de sus articulaciones, le lagrimeaban los ojos y había notado incluso una desconcertante incapacidad de percibir ciertos sonidos. Le molestaba verse obligado a pedirle una y otra vez a la gente que repitiera lo que había dicho y prefería adivinarlo y rellenar por su cuenta el hueco de la palabra que se le había escapado. Al fin y al cabo, ya tenía cincuenta y dos años. Sin embargo, ahora que lo esperaba una difícil tarea, Dios había renovado sus fuerzas. Era justo lo que decía Isaías: «Los siervos del Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas, correrán y no se cansarán.» Con una sensación de bienestar físico que llevaba muchos años sin experimentar ascendió por los empinados peldaños del pulpito; casi le pareció que habría sido capaz de subirlos de dos en dos.

La muchedumbre ocupaba todos los rincones de la catedral y permanecía de pie detrás de las columnas. Había gente en las hornacinas antaño destinadas a las imágenes de los santos y todo el mundo mantenía el rostro vuelto hacia él. Knox los miró a todos y les dio las gracias en silencio. «¡Y ahora, Señor, infunde fuerza a mi lengua!», rezó.

Asiendo los costados del pulpito, inició su sermón.

—Amadísimos hermanos y hermanas, con profunda gratitud comparezco hoy de nuevo ante vosotros. Desde la última vez que estuve aquí, aquel doloroso domingo de marzo pocos días antes del asesinato del pérfido Rizzio, servidor de la Reina, se han producido más derramamientos de sangre en horribles crímenes. Al final, el Señor me ha llamado para que regresara, aun a riesgo de perder la vida. Pero así debe ser. Hoy he elegido como texto el primer libro de Samuel, capítulo quince, versículo treinta y cinco, y el capítulo dieciséis, versículo primero:

Se lamentaba por Saúl de que se hubiera Yavé arrepentido de haberlo hecho rey de Israel. Dijo Yavé a Samuel: «¿Hasta cuándo llorarás por Saúl, a quien he rechazado para que no reine más sobre Israel? Llena tu cuerno de óleo y ve; te envío a casa de Isaí de Belén, pues he visto un rey para mí entre sus hijos.»

Knox carraspeó. Qué sensación tan espléndida le producía recuperar el poder, aunque sólo fuera para predicar aquel sermón.

—Ahora esto es precisamente lo que ha ocurrido en nuestro país. Dios ha rechazado y derribado a la mujer del trono porque ha pecado y se ha entregado a la abominación. Dios nos ha otorgado otro rey en la persona del príncipe Jacobo. En Su bondad Él ha permitido que la ramera de la Reina haya vivido el tiempo suficiente para ofrecer un heredero al trono. En su clemencia, no nos abandonará al horror de la guerra y las luchas por el trono, sino que nos ha otorgado su bendición con este príncipe que es un niño bueno a pesar de su bautizo romano, pues lord Erskine lo educa como a un fiel miembro de los Elegidos.

Dejó escapar un suspiro y echó un vistazo al reloj de arena: era el que el odioso

Darnley había cambiado tras haber robado el de Calvino.

«Tenía que haberlo recuperado antes de que muriera —pensó—. Ahora nadie debe de saber adónde fue a parar.» Una sensación de pérdida lo invadió.

Aún quedaba mucha arena. A lo mejor ni siquiera aprovecharía todo el tiempo que le correspondía. Le parecía que ya había dicho todo lo que tenía que decir. Podía arengar a la multitud a propósito de María y Bothwell pero lo importante era seguir adelante hasta llegar a la coronación de Jacobo.

De todos modos, no holgaba recordarle a la gente la razón por la que ésta resultaba necesaria.

—Recuerdo el día que ella llegó a Escocia... ¿Lo recordáis vosotros? Había una espesa niebla por todas partes, una advertencia del Cielo; la bruma la envolvía como una de sus capas francesas, se pegaba a ella como uno de sus poetas franceses, le besaba con libertad las mejillas como uno de sus cortesanos y espías extranjeros...

Empezaba a animarse.

—Más tarde, en la suciedad de sus lujurias, sedujo a un hombre casado y yació con él y juntos planearon el asesinato de su esposo, lo que se perpetró por medio de una explosión, tras lo cual obtuvieron un supuesto divorcio contra la ley humana y divina para entregarse mejor al pecado. ¿Debemos tolerarlo? ¿Permitiremos que nuestra nación se degrade y sea objeto de burla en todas las asambleas del mundo? ¡Nadie aceptaría a una gobernante como ella, nadie honraría ni obedecería a una gobernante que no es más que una ramera!

Los presentes lo miraron con inquietud.

—¡Sí, he dicho una ramera! ¡No hay otra palabra! A menos que prefiráis puta, Mesalina, desvergonzada, barragana y adúltera. ¿O tal vez preferís que la llame asesina? Yo digo que esta ramera con sus desvergüenzas no tiene derecho a vivir. ¡Quemad a la ramera! ¡Quemad a la ramera!

Los presentes empezaron a gritar. ¿En señal de protesta o de adhesión?

—¡Quemad a la ramera! ¡Quemad a la ramera!

En señal de adhesión, sin duda.

—La ley del país exige la quema en la hoguera de las mujeres que asesinan a sus maridos. Y en las Sagradas Escrituras, Deuteronomio, veintidós, versículo veintidós, se lee: «Si un hombre fuere sorprendido yaciendo con una mujer casada, serán muertos los dos, el hombre que yació con la mujer y la mujer. Así quitarás el mal de en medio de Israel.»

»Y acerca de este hombre, el conde de Bothwell, he aquí lo que dicen las Escrituras, en Éxodo, veintiuno, versículo dieciséis: “El que robe un hombre, hávalo vendido o téngalo en su poder, será muerto.”

»Malaquías, capítulo cuarto, versículo primero: “Pues he aquí que llega el día, ardiente como horno, en que los soberbios y obradores de maldad se abrasarán como

la paja.”

»Pecado sobre pecado y abominación sobre abominación... ¡han de morir! —gritó Knox—. ¡Que los perros les laman la sangre como lamieron la del malvado Acab y devoraron a Jezabel!

—Han de morir —repetieron los presentes como un eco y sus voces se elevaron en el templo llenando toda la oscura nave.

Más tarde, mientras Knox se abría paso entre la gente, Maitland tiró de su capa.

—Los lores de la Congregación esperan en Stirling —le comunicó en voz baja, cubriéndose el rostro—. Tienen un ejército.

Knox lo miró fijamente.

—¿Y vos, señor?

—Estoy de su parte. Me reuniré con ellos en cuanto me sea posible escapar.

—No tardéis mucho, no sea que os consideren leal a la Reina y os quemen con ella.

—Al parecer el secretario de la Reina se escabullía como una sabandija de una casa en llamas—. ¿Dónde están ahora?

Maitland rió con nerviosismo.

—En una regata de Leith, celebrando su boda.

Knox se permitió soltar una triste carcajada.

Las aguas brillaban bajo los barcos que salpicaban la superficie del estuario del Forth, donde Bothwell había reunido la flota de Escocia: galeones, carracas y bajeles mercantes. Los navíos estaban listos y relucientes, y la nave capitana estaba adornada con guirnaldas de flores, tan gruesas como las muñecas de un hombre, a lo largo de las bordas y sobre el mascarón de proa. Las velas eran de color blanco: un marco nupcial para celebrar aquel día.

—Habéis cometido una locura al gastar tanto dinero —dijo María, aunque, en realidad, estaba contenta.

—No era justo que nuestra boda no se festejara con una ceremonia o un capricho —contestó Bothwell—. Una boda exige por encima de todo un gesto de dichoso despilfarro. —Contempló la considerable multitud que se había congregado en la orilla para admirar los barcos que se balanceaban sobre el agua—. No debemos negarles la oportunidad de compartir nuestra felicidad.

La tranquilidad de Bothwell en medio del odio y la inminente tormenta resultaba asombrosa. ¿Se comportaba con gran valentía, o es que no comprendía la gravedad de la situación?

—Y tampoco debemos negárnosla a nosotros —añadió—. Pues, si no nos alegramos, ¿quién se alegrará con nosotros? ¿Y para qué lo hicimos si no?

Comprendía la gravedad.

—Ah, Bothwell —suspiró María—. No sé si seré capaz de seguiros a través de la tormenta de manera que os sintáis orgulloso de mí.

—Os he visto atravesar otras tormentas —aseveró Bothwell—. ¿Por qué creéis que me enamoré de vos?

¿Por eso la amaba? Era desconcertante. ¿Cómo era posible que un hombre se enamorara de una mujer porque a veces ésta se comportaba como un hombre?

—Parecen todos muy tranquilos —dijo, señalando a la multitud—. No muestran hostilidad o intenciones de revolverse contra nosotros.

—Han venido para presenciar el espectáculo, por la comida, por el buen tiempo, un pretexto para dejar su trabajo. Cuando se ofrece algo de balde, la gente siempre acude. Siempre ha sido así y siempre lo será. Esto no significa nada. No, este espectáculo es para nosotros, para vos y para mí. Para que siempre tengamos algo que recordar.

María se estremeció.

—¿Cuándo descargarán el golpe sobre nosotros? Hemos vendido todo lo que teníamos para pagar a los soldados. Nos hemos comportado con tal circunspección que incluso los ancianos de ochenta y tantos años nos encontrarían aburridos. ¡Pero los lores no han regresado del lugar donde se ocultan!

—Los fuertes atacan a cara descubierta mientras que los débiles permanecen al acecho. En este momento es difícil saber con qué fuerzas cuentan. Nosotros tenemos bajo nuestro mando el castillo de Edimburgo y Dunbar, y yo puedo recurrir a mis soldados de las Fronteras. Y hay un incontable número de hombres que son fieles a vuestra persona y seguirán el estandarte real de los Estuardo.

—No sé si son incontables o si es posible contarlos con demasiada facilidad —repuso María.

En otros tiempos tenía muchos partidarios en el campo. Pero ahora...

Los barcos se colocaron en formación, singlando de frente para demostrar su dominio del arte de la navegación. Bothwell era un almirante de gran valía que había preparado muy bien la flota en los años en que la había capitaneado.

—¿Existe un espectáculo más hermoso que el de un barco con todas las velas desplegadas? —preguntó con el tono de voz que sólo empleaba cuando quería ponderar la belleza de algo—. Para mí hay tres cosas, mejor dicho, cuatro, tan maravillosas que no sabría cuál de ellas elegir: el vuelo de un águila en el aire; el movimiento de una serpiente sobre una roca; la visión de un barco que surca el mar.

—¿Y la cuarta? Habéis dicho que eran cuatro.

—El poeta dijo cuatro. La cuarta es «el amor con que ama un hombre a una doncella». —Bothwell la miró con aquella expresión que ella adoraba y que la alimentaba tanto como el pan—. Aunque no lo creáis, lo dicen las Sagradas Escrituras.

—Todos vosotros los reformadores conocéis muy bien las Escrituras —comentó María con envidia.

—Knox ha regresado. —Bothwell soltó las palabras sin más.

María esperó.

—Hoy predicará —añadió él.

Tenía que ocurrir. Muy pronto. Si no ese día, el siguiente. O el día después.

Bothwell tendió la mano, tomó la suya y acercándosela despacio a los labios, se la besó. Después la apretó con fuerza y la mantuvo entrelazada con la suya junto a su costado.

En Holyrood reinaba una tranquilidad insólita, y el castillo casi parecía abandonado a pesar de que se hallaban presentes los habituales criados, servidores y guardias. Sin embargo, faltaban las huestes de cortesanos, enviados y secretarios con todos sus parientes.

—¿Recordáis aquellos cuentos sobre desiertos palacios encantados? —preguntó María—. Siempre había algún tesoro o alguna princesa dormida. Muchas veces me he preguntado qué se sentiría al tropezarse con uno de ellos y si habría telarañas o estaría limpio como por milagro.

—Soñáis demasiado. Esta princesa no debe dormir, por lo menos de momento, pues, al despertar, quizá descubriría que ya no tiene palacio.

Bothwell recorría los vacíos pasillos para dirigirse a los aposentos reales. Cuando llegó a la puerta, los guardias lo saludaron con una ligera inclinación de la cabeza pero parecían medio dormidos.

Oscurecía pero nadie había encendido velas ni antorchas. Soltando maldiciones por lo bajo, Bothwell encendió una vela y la colocó en el antepecho de la ventana.

Miró hacia ambos lados de Canongate; cosa rara, la calle también estaba desierta.

—Estoy preocupado —dijo—. Creo que ya sería hora de que llamáramos a los lores y les ordenáramos abandonar Stirling y comparecer ante nosotros. Y además, tendríamos que empezar a reunir un ejército.

—¿Ya?

—Es tarde. Debíamos haberlo hecho hace un par de semanas. Espero que no sea demasiado tarde.

María se estremeció. No obstante, por mucho que aborreciera la guerra, no abrigaba la menor duda en cuanto al desenlace. Bothwell jamás había perdido una batalla, y sus dotes de comandante eran las mejores del país. Lord Stewart, que también era un valeroso soldado, no estaba en Escocia y, por consiguiente, no combatiría en ninguno de los dos bandos. ¿Quiénes más estaban con los lores? Morton, Home y Lindsay, que no tenían una valía especial ni demasiada experiencia. Y también Kirkcaldy de Grange, que era un buen soldado pero no un rival de consideración para Bothwell.

A su lado, Bothwell lanzó un triste suspiro.

—Es la primera vez que un soldado nuevo luchará en el campo de batalla. Pasará a formar parte de la historia militar. En los años venideros los estudiantes dirán, «En Escocia entró en combate un nuevo participante», de la misma manera que ahora se estudian las máquinas de asedio, las catapultas y los arcabuces. Se trata del pueblo, las hordas de Knox que ahora tienen voz y voto como Kirkcaldy de Grange o la mismísima Isabel de Inglaterra. El pueblo —repitió con amargura— con todas sus horcas, su entusiasmo y su mal aliento, tan mudable como las nubes estivales, pero más fuerte que una roca de granito que rueda por la pendiente de una colina..., y tan ciego y estúpido como ésta. Aplastará y machacará cualquier cosa que se cruce en su camino.

—Y nosotros nos apartaremos de un salto. Será fácil verlo bajar y esquivarlo.

Bothwell soltó una carcajada.

—Así me gusta el espíritu real —dijo abrazándola—. Escribid la orden para llamar a las armas a nuestros soldados. Formemos nuestra propia roca.

La proclama convocaba a los condes, barones, caballeros, poseedores de feudos francos, terratenientes y pequeños propietarios rurales para que se presentaran con sus

armas y provisiones para quince días ante la Reina y su amadísimo esposo el día 15 de junio en Melrose, en las Fronteras. La razón que se aducía eran unos desórdenes en Liddesdale, la más indómita y peligrosa región de las Fronteras.

Al mismo tiempo, la Reina requería la presencia de los lores de la Congregación en Edimburgo. Ninguno se presentó, y desde la seguridad de Stirling anunciaron que se convocaba a los hombres a Melrose para abolir las leyes del país e incluso para secuestrar al pequeño príncipe. María se vio obligada a responder para desmentirlo. «En cuanto a su amadísimo hijo, ¿de quién cuidaría Su Majestad si olvidara a aquel que le es tan caro, en cuya bienandanza estriba todo su gozo y sin el cual Su Majestad no se sentiría dichosa sino desconsolada toda la vida?»

El silencio se abatió sobre Escocia, un silencio sólo roto por los sermones de John Knox acerca de Jezabel y su Acab.

Transcurrió una semana de aparente tranquilidad que en realidad era una tensa espera. María y Bothwell vivían en los aposentos reales de Holyrood cual si fueran fantasmas o el último hombre y la última mujer de la tierra.

—Esto tendría que ser como el jardín del Edén, como lo de Adán y Eva —comentó Bothwell una noche mientras se terminaban su solitaria cena—. Pero hay una gran diferencia entre ser los primeros y ser los últimos. Lo uno está preñado de esperanza mientras que lo otro lo está de temor y remordimiento.

Se limpió los carnosos labios con la servilleta de lino. La cena había resultado muy satisfactoria: una cremosa sopa de ostras, un delicado pescado del lago de Linlithgow que María de Guisa había repoblado y no se encontraba en ningún otro lugar de Escocia, unas tiernísimas hojas de diente de león y, para terminar, unas natillas con uva y nueces. La cena se había acompañado con un suave vino del Rin. Bothwell se llenó otra copa pero se pasó un rato agitando su contenido y contemplándolo con expresión melancólica antes de tomar un sorbo. Al final, se levantó y dejó la servilleta sobre la mesa.

—Recoged vuestra ropa y todas las joyas que os queden. Hemos de abandonar Edimburgo —dijo de repente—. Quieren sorprendernos aquí. Responderán a vuestra convocatoria pero no del modo en que vos los habéis convocado. Ahora mismo ya se han puesto en camino; lo presiento.

—Pues entonces retirémonos al castillo de Edimburgo. Balfour nos lo defiende.

—No. Vayamos a las Fronteras, reunamos nuestro ejército y regresemos después. No tiene sentido que nos encerremos en el castillo de Edimburgo sin un ejército; sólo conseguiríamos que nos tuviesen atrapados. Iremos primero al castillo de Borthwick y después al de Hermitage.

El 6 de junio, la Reina y Bothwell abandonaron Edimburgo pero de una manera ordenada, casi con calma. Se transportaron doce arcones con los efectos personales de María, entre ellos una jofaina y una marmita de plata, y, antes de salir de Holyrood, llamaron a Maitland y le ordenaron que los siguiera. Este se excusó y les aseguró que se reuniría con ellos más tarde.

—Se reunirá con nosotros en el Infierno —dijo Bothwell mientras se alejaban a caballo—. Otro que se va —añadió irguiendo la espalda.

Borthwick se hallaba a sólo doce millas de Edimburgo y era una enorme y dorada fortaleza de piedra que se levantaba con sus dos torres gemelas en la cumbre de una herbosa colina. Desde lo alto de las torres se divisaba el castillo de Crichton donde ahora vivía Jean. Bothwell acompañó a María por la estrecha escalera de caracol en la que tuvieron que agachar la cabeza para subir hasta el plano tejado fortificado, donde permanecieron juntos bajo el tibio crepúsculo de julio. En torno a ellos las alargadas y onduladas sombras se proyectaban sobre la tierra. Al norte y al oeste los campos eran verdes y el sol poniente hacía que los surcos parecieran las púas de un peine. Al este y al sur se extendían los páramos de color pardo, gris y verde musgo: el Fala Moor y las colinas de Moorfoot, arrugadas y desgastadas por la intemperie.

—Merece la pena luchar por todo eso —señaló Bothwell—. Haced todo lo necesario para conservarlo. Si os vierais obligada a elegir, elegidlo antes que a mí.

—No llegaremos a ese extremo.

El sol poniente iluminaba el amado perfil del rostro de Bothwell. A su espalda brillaban los campos y la tierra. La elección no sería posible.

—Quizá sí. —Bothwell se volvió y tomó sus manos entre las suyas—. Lucharé con todas mis fuerzas pero siempre hay sorpresas. Los dioses se complacen en sorprendernos. —Al ver la expresión de su rostro, añadió—: Desde que estudié los tratados militares romanos, cuando pienso en las campañas me convierto en un pagano. Pienso en Júpiter, Apolo y Marte y en todas las jugarretas que suelen gastarles a los mortales, sobre todo en el campo de batalla.

—¿Y quién sois vos en vuestra imaginación? ¿Marco Antonio, César u Octavio?

María se lo imaginaba entre ellos, haciendo gala de su valentía, sus dotes estratégicas y su fuerza.

—Ninguno de ellos. Los personajes mortales cambian; sólo los dioses son siempre los mismos. No soy nadie más que yo mismo.

Maitland dio la señal de seguridad y los lores de la Congregación entraron en Edimburgo: Morton, Home, Atholl, Glencairn, Lindsay, el hijo de Ruthven. Lord



Erskine dejó al pequeño príncipe en Stirling y se reunió con ellos. Incluso el famoso Kerr de Cessford, con quien María se había mostrado tan benévola ante el tribunal de justicia, se unió a los lores sublevados.

Maitland se entrevistó con Balfour en el castillo de Edimburgo para hacerle un ofrecimiento: si se unía a ellos, le perdonarían su participación en el asesinato de Darnley, sobre el que corrían tantos rumores que ya era imposible de ocultar por más tiempo. Balfour aceptó y junto con Maitland redactó un acuerdo, por el que se aseguraba la protección de los lores en los términos siguientes:

Sir James Balfour de Pittindrech, caballero, escribano del registro de nuestra soberana y alcaide del castillo de Edimburgo, habida cuenta del peligroso estado en que se encuentra Su Majestad la Reina y el riesgo que corre la población, con el mismo celo que nosotros, ha prometido fielmente y así lo ratifica, auxiliarnos y asistirnos a todos o a cualquier parte de nosotros que emprenda la tarea de poner orden en el recinto del castillo de Edimburgo con el fin de facilitar los propósitos que se hayan establecido o se establezcan en el futuro, siempre y cuando su honor quede a salvo a nuestra llegada a Edimburgo.

Acordamos por tanto apoyarlo, mantenerlo y considerarlo libre de responsabilidad con respecto a todas sus pasadas acciones y favorecer todo cuanto redunde en su mayor honor y provecho y, en especial, mantenerlo y confirmarlo en su puesto de alcaide del castillo de Edimburgo.

Al día siguiente, 12 de junio, los lores dieron a conocer su proclama desde Mercat Cross, manifestando su intención de «emprender la liberación de la nobilísima persona de la Reina del cautiverio y la reclusión a los que se halla sometida desde hace mucho tiempo por obra del asesino de su esposo que ha usurpado el Gobierno de su reino, y castigar a Bothwell no sólo por el cruel asesinato del difunto rey Enrique sino también por el ultraje y la retención de la Reina».

Los ciudadanos acudieron en tropel a contemplar el espeluznante edicto de los lores, un estandarte en el que se mostraba a Darnley muerto bajo un árbol y al pequeño príncipe Jacobo rezando «Juzga y defiende mi causa, Señor»; al anochecer, éstos habían conseguido añadir mil hombres a su bando. Lord Home y Morton, con un contingente de fuerzas de caballería, decidieron marchar sobre Borthwick y sorprender a Bothwell en la oscuridad, cortándole el paso antes de que llegase a las Fronteras. Mil doscientos hombres abandonaron la ciudad a la luz de las antorchas.

Bothwell permanecía despierto en la oscuridad mientras María descansaba a su lado en el carcomido lecho de madera de la estancia superior de la torre. Sabía, por la regularidad de su respiración, que ella dormía. Él, en cambio, no lograba conciliar el sueño; a pesar de que los sonidos que le llegaban desde el exterior eran los propios de principios de verano —el susurro de las ramas de los árboles, los gritos de las lechuzas y, a lo lejos, la jarana de los campesinos desde una taberna del borde del camino—, la noche le parecía peligrosa.

Oyó en la distancia el ejército, el inconfundible rumor del avance de los hombres

por el camino y acto seguido se levantó de la cama. Se puso los calzones y miró por la ventana. Aún no se veía nada. Regresó a la cama y despertó a María.

—Ya vienen —le avisó en voz baja.

Ella se despertó de golpe.

—¿Dónde?

—Los oigo por el camino. Parece que son muchos.

María se levantó, se acercó a la ventana y vio el parpadeo de las antorchas. En efecto, eran muchos.

—Vestios —le indicó Bothwell— y os diré lo que vamos a hacer. Quieren atraparme aquí. Rodearán la torre. Debéis entretenerlos. Yo escaparé por la poterna.

Hablaba en tono cortante y sereno. A pesar de que tenía la cabeza muy despejada, pues el sobresalto la había despertado de golpe, a María le costaba comprender lo que le decía Bothwell.

—Que no se enteren de que me he marchado. Voy al castillo Negro de Cakermuir, a menos de dos millas de distancia. Pero está oculto en los páramos, es muy pequeño y con seguridad no sabrán encontrarlo. Os esperaré allí. Cuando se vayan, reunios conmigo.

Las antorchas estaban cada vez más cerca.

—¿Y si no se van? ¿Y si me capturan?

—No lo harán. No pueden tomar por asalto este castillo. Lord Borthwick lo defenderá. Es inexpugnable a menos que se empleen cañones, y ellos no los tienen.

—¿Cómo lo sabéis?

—Se desplazan con demasiada rapidez. —Bothwell se echó a toda prisa el manto sobre los hombros—. He de marcharme. Que no sepan que me he ido hasta que hayan transcurrido veinticuatro horas. Entonces deberéis decírselo pues de lo contrario jamás os permitirán abandonar este castillo.

Tras estrecharla un momento entre sus brazos, se dirigió a la escalera.

María oyó el sonido cada vez más distante de sus pisadas en los peldaños de piedra y después distinguió una figura que se alejaba al galope desde la puerta sur hacia los páramos. La oscuridad se la tragó en un instante.

«Dios te guarde», rogó en silencio, pero al momento percibió ruidos en el patio. Oyó las voces de los guardias del castillo que primero protestaron y después se dieron por vencidos. Subió los peldaños que conducían a lo alto de la torre y contempló un mar de hombres que, envueltos en sus oscuras capas, la rodeaban cual una mancha de aceite.

—¡Allí está! —gritó uno de ellos y de inmediato resonó un clamor de voces.

—¡Baja!

—Entrega al carnicero que tienes por esposo; ¡entrégalo a la justicia!

—¡A la justicia del pueblo!

—¿Quién os manda? —preguntó María—. ¿Quién se atreve a asediar y molestar a la Reina?

Seguro que nadie se atrevería a confesarlo. Aquello era una simple chusma.

—Yo —contestó lord Home—. Hablo en nombre de los lores de la Congregación. No nos avergonzamos. ¡Sois vos quien debería avergonzarse! Os habéis convertido en un juguete en manos de este vil y pervertido lord Bothwell que pretende apoderarse por entero del trono. ¡Entregadlo! ¡Entregadlo a la justicia!

¡Era lord Home! ¡María había cabalgado y compartido la comida con él!

—Y yo, el conde de Morton —terció una voz conocida—. Me veo obligado a levantarme en armas en defensa de mi país. ¡Y todos quienes aman Escocia deben hacer lo mismo! ¡No permaneceremos cruzados de brazos mientras esta abominable fiera, este asesino, este hechicero, mancilla cuanto lo rodea!

—¡Regicida! —gritó una voz.

—¡Sucio misántropo!

—¡Sodomita!

—¡No, no es cierto! —contestó María—. El conde de Bothwell es el único noble del país que jamás ha sido desleal a la Corona, no ha aceptado sobornos ni ha participado en ninguna conspiración de asesinato. ¡Es inocente! ¡Sois vosotros quienes habéis cometido todos los delitos que le achacáis!

—¡Ninguno de nosotros ha secuestrado, ni ultrajado ni asesinado al Rey!

—¡Bothwell fue absuelto de todas esas acusaciones! Vosotros mismos lo declarasteis inocente del asesinato del Rey y, al casarme con él, yo le perdoné cualquier crimen que hubiera cometido contra mi persona. Pero, si Bothwell no mató al Rey, ¿quién lo hizo? ¡Son vuestras manos las que están manchadas con la sangre del Rey! —gritó María.

—¡Demostradlo! —le replicó Morton—. ¡No podéis demostrarlo! Si no abandonáis a Bothwell, os confesaréis culpable como él. ¡Tal como dice Knox!

—¡Knox! —gritó María—. ¡El despiadado instigador de desórdenes y asesinatos! El perverso difamador, que con tanta habilidad recurre a las falsas acusaciones para destruir a la gente, no sabe construir nada. Sí, ha quebrantado el noveno mandamiento: no levantarás falsos testimonios. Lo ha quebrantado una y otra vez pues le gusta soliviantar al populacho; ¿qué importa que sus palabras sean falsas? Cuando por fin la gente se entera, cuando alguien averigua la verdad, él ya ha destruido a otra víctima inocente.

Oyó el rumor de los cascos de los caballos; aquellos hombres iban muy bien pertrechados.

—¡Jezabel! —gritaron algunos.

—¡Putá!

—¡Que quemén a la puta en la hoguera!

María se retiró del tejado de la torre y regresó a su habitación. Se pasó toda la noche escuchando sus gritos y maldiciones y los inútiles golpes de sus armas contra los gruesos muros de piedra del castillo, pero no el funesto estampido de un cañón. Bothwell estaba en lo cierto; no disponían de cañones. No lograrían tomar el castillo.

Permanecieron allí todo el día, y María distinguió muchos rostros conocidos y por primera vez comprendió el alcance de lo que estaba ocurriendo. Se trataba de las personas a las que conocía desde la infancia, aquellas cuya lealtad siempre había dado por sentada, hombres como el bondadoso caballero de Stirling, el proveedor de azúcar que abastecía el palacio, incluso el tonelero que se encargaba de hacer las barricas de cerveza para Holyrood. Unas personas corrientes se habían vuelto contra ella. Era algo muy distinto de los volubles lores, codiciosos y calculadores desde la cuna.

—¡Que salga el cobarde! —gritaban.

Al final, a alguien se le ocurrió lo más obvio.

—¡No debe de estar aquí! ¡Nunca pierde la ocasión de exhibirse! ¡Se habrá largado!

Enfurecidos, los hombres empezaron a disparar y a arrojar piedras contra el castillo, pero no daban señales de marcharse. Querían capturar a su presa; no se dejarían engañar.

María tendría que escapar. El número de los hombres se había reducido y todos se hallaban concentrados al frente de la torre; en la parte de atrás no había vigilancia mientras que sí la había, y muy fuerte, en la entrada principal que se abría al patio.

Se acercó despacio al arcón de Bothwell y lo abrió. Extrajo sus calzones de cuero marrón oscuro y sus medias; en el fondo estaban las camisas y las chaquetas. Se quitó el vestido y las medias y, con sólo la ropa interior, se puso unas medias de Bothwell. Eran ásperas y le rascaban la piel. Con temblorosos dedos se puso una holgada camisa de lino y se la abrochó por delante. Los calzones de cuero le entraron con facilidad y le resultaron la prenda más cómoda. Botas. Necesitaría unas botas. Por fortuna podría ponerse las suyas, pues el tamaño de sus pies era distinto del de los de Bothwell. Se enroscó el cabello y se lo recogió en un moño en la coronilla, tomó uno de los sombreros de Bothwell que colgaba de un gancho de la pared y se lo encasquetó. ¿Parecía un hombre? En la estancia no había espejos que le permitiesen comprobarlo. En cualquier caso, su aspecto no era tan femenino como el que tenía diez minutos antes.

Debía escapar por la ventana. No había ninguna salida por la escalera. Se asomó y advirtió consternada que la habitación se encontraba por lo menos a unos cincuenta pies del suelo. Quizá podría salir por otra estancia que no estuviera tan alta. Bajó en silencio por los peldaños y, en el primer rellano, llegó a la sala de banquetes. Los espacios vacíos parecían respirar. Echó un rápido vistazo en torno a sí, escudriñando los oscuros rincones, pero no distinguió movimiento alguno.

Se acercó con sigilo a la ventana. Esta debía de hallarse a unos treinta pies del suelo, pero la distancia era todavía excesiva. Regresó a su habitación y tomó las sábanas de la vieja cama. En la sala de banquetes ató un extremo a una pesada silla que había junto a la ventana, rezando para que no se volcara como consecuencia del tirón. Arrojó el otro extremo por la ventana y observó con satisfacción que sólo colgaba a unos veinte pies del suelo. Apretando los dientes, asió la cuerda de sábanas y empezó a descolgarse poco a poco, contrayendo los músculos de los brazos para no perder el control. Bajó palmo a palmo con las piernas alrededor de la sábana y los brazos doloridos. Poco a poco llegó al extremo, se deslizó lo más abajo posible, permaneció colgando un instante y se soltó a unos doce pies del suelo. Se golpeó contra la dura tierra y rodó con las piernas dobladas. Se levantó temblando. No se había hecho daño.

Oyó los ruidos al otro lado de la torre. Cruzó el jardín trasero y se encaramó al murete que lo cercaba. Al otro lado había un montículo cubierto de hierba y, más allá, el páramo. Pero todo estaba negro como la pez.

Permaneció inmóvil, prestó atención y oyó la respiración de un caballo muy cerca de donde ella se encontraba. Avanzó un paso en la dirección que a ella le parecía acertada, se detuvo y aguzó el oído de nuevo. Poco a poco encontró el camino que la condujo a un pequeño y robusto caballo con la brida puesta y una silla de montar de hombre.

«Dios mío —pensó—, ¿cómo habrá llegado hasta aquí? ¿Lo has traído Tú? Pues sé que, aunque a Bothwell se le hubiera ocurrido la idea, no habría sido capaz de colocarlo en este lugar. A no ser que la mente posea la capacidad de crear.»

Montó. No le costó mucho gracias al pequeño tamaño del animal. No sabía hacia dónde cabalgar, pero tomó la dirección de lo que intuyó era el páramo. El caballo avanzaba con paso seguro y parecía conocer el camino.

Muy pronto dejó atrás el rumor de los gritos de los hombres, ensordecido por las colinas. Ahora se oían otros sonidos: las pequeñas criaturas que vivían en el páramo, los gritos de las aves nocturnas, el suave rumor de los cascos del caballo sobre el musgo, el crujido de los arbustos espinosos que rozaban al pasar. Muy pronto sus ojos se acostumbraron a una oscuridad que no era oscura del todo pues el suelo centelleaba con el suave fulgor de miles de gusanos de luz cuyo espectral brillo le produjo la sensación de que todo aquello formaba parte de un sueño.

Ascendió por las colinas, bajó a los pequeños y alargados valles y pasó junto a varios pantanos cuyos extraños y desagradables olores impregnaban el aire, pero no divisaba el menor rastro de un castillo. Al amanecer se percató de que estaba perdida del todo en un páramo de musgo y espinosos helechos. Se sentía tan aturdida que, al final, refrenó su caballo —entonces vio que se trataba de un flaco jamelgo— y se sentó al borde de un pantano. Las ranas croaban y los cuervos posados en las ramas de los retorcidos árboles la miraban con las cabezas ladeadas como si su aspecto les

pareciera curioso. Agachó la cabeza, dobló las piernas y se preguntó qué haría a continuación.

Permaneció media hora dormitando sentada hasta que, de repente, oyó unos sonidos. Se levantó de un salto y montó en su cabalgadura, que irguió las orejas. Echó en falta una pistola o, por lo menos, una daga. Si la atacasen los lores, no tendría con qué defenderse. ¿Por qué no se le habría ocurrido llevarse un arma?

Por el altozano apareció Bothwell en compañía de unos veinte hombres. Galopó hacia ella sin preocuparse por el accidentado terreno.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Al ver que no aparecáis...

—Olvidasteis explicarme dónde estaba el Castillo Negro —repuso ella—. Ignoraba en qué dirección se encontraba. Me dijisteis que estaba en Cakermuir y deduje que debía de hallarse en algún lugar del páramo, pero...

—Parecéis todo un soldado —dijo Bothwell con admiración—, y veo que habéis cabalgado con una silla de hombre.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Regresar a los establos y pedir que me cambiaran la silla? Fue un milagro que encontrara un caballo y mucho más que estuviera ensillado.

—¿Dónde estaba?

—Cerca de la poterna.

—Quizá lo dejara lord Borthwick para vos. —Bothwell dio un tirón a las riendas de su montura—. ¿Cómo está la situación?

—Aún rodean el castillo. Envié dos mensajeros para convocar a Huntly pero no sé si habrán conseguido pasar.

—Probablemente no. Eran más de mil hombres. Venid, seguiremos hasta Dunbar por el largo camino sureño del Fala Moor. Una vez allí mandaremos llamar a Huntly y a los Hamilton. —Sólo entonces Bothwell se permitió el lujo de sonreír—. Mi caballero —dijo—. Creo que os habéis ganado con creces las espuelas. ¿Cómo salisteis?

—Anudé unas sábanas y me descolgué por la ventana de la sala de banquetes.

Bothwell se echó a reír.

—Por lo visto, no existe prisión capaz de retenernos. Todavía no se ha construido ninguna. Corazón de mi corazón, hueso de mi hueso, espíritu de mi espíritu, no hay quien pueda encerrarnos.

El camino a Dunbar a través de los páramos duró una eternidad. Mientras cabalgaba detrás de Bothwell, María tuvo la sensación de que todo aquello le resultaba familiar y ya se había ensayado; la presencia de Bothwell, que cabalgaba delante de ella, el rumor del viento, que soplaba sobre los aplanados brezos y los bajos y espinosos arbustos, el olor de los pantanos y los lodazales que los rodeaban.

«Claro —pensó—. Ya lo he hecho antes. Cabalgaba como ahora cuando empecé a

amarlo, o cuando empecé a saber que lo amaba. Hace apenas ocho meses.»

No logró reprimir una cansada sonrisa. Ocho meses muy bien aprovechados; ningún hombre podría haberlo hecho mejor. Pero ahora estaba cansada. Ansiaba vivir más tranquila e incluso tener la posibilidad de aburrirse.

Sin embargo, primero debía aplastar a los rebeldes. Estaba segura de que vencería como todas las otras veces.

«Es la cuarta rebelión contra mí —se dijo—, después del alzamiento de Huntly, la Correría de la Persecución de lord Stewart, el asesinato de Rizzio y el asesinato de Darnley. Si trazara un mapa, ¿qué lores figurarían en las cuatro? El conde de Morton, aquel oso pelirrojo tan célebre por su codicia y su religiosidad; el conde de Argyll, que no goza de mucha confianza en ningún bando pues no hace gran cosa; Kirkcaldy de Grange, que me besó la mano cuando desembarqué pero es un espía por cuenta de los ingleses. Esos tres, seguro. Maitland y lord Stewart son demasiado inteligentes, jamás los han sorprendido con las manos en la masa, excepto en la Correría de la Persecución. Lord Stewart deja que los demás le hagan el trabajo sucio.

»¿Por qué me odian tanto y quieren provocar tantos trastornos en mi Reino? ¿Qué he hecho para granjearme su odio? Les cedí el control a los protestantes y jamás he intentado obstaculizar su labor. Otorgué a estos lores propiedades y honores. He mantenido el Reino libre de guerras y me negué a ayudar al Papa cuando intentó recuperar Escocia, condenando a muerte a los herejes. No sé qué otra cosa habría podido hacer o qué otra cosa se me exigía. Utilicé el dinero de mi dote para sufragar muchos gastos de la Corona en lugar de cobrar impuestos al pueblo.

»¿Todo es obra de John Knox? ¿Acaso éste se ha propuesto destronarme? Pero ni siquiera él es capaz de hacerlo. Debe obedecer las Sagradas Escrituras donde se prohíbe causar daño a un gobernante ungido.

Suspiró y espoleó su montura. Estaba tan cansada que temía caer de un momento a otro sobre el cuello del animal. El sol estaba todavía muy alto en el cielo. Aún les quedaba un buen trecho de camino por recorrer y, cuando llegaran a su destino, tendrían que trazar planes y, con toda probabilidad, enzarzarse en combates. Los hombres se reunirían en Melrose y se esperaba que los Hamilton y los Gordon llevaran refuerzos. De esta manera, reunirían un formidable ejército real de por lo menos cinco mil o quizás incluso diez mil hombres.

Se alzarían con el triunfo, pero el día sería muy largo.

Cuando al final llegaron a Dunbar y María vislumbró las poderosas murallas del castillo, se sintió como en casa. Dunbar era el lugar al que Bothwell la llevaba siempre en momentos de peligro y del que siempre habían emergido victoriosos.

## LVI

En cuanto entraron en el patio, Bothwell pareció cobrar nueva vida. Desmontó y apostó a sus guardias en las entradas y los accesos sin que, al parecer, tuviera demasiada prisa por comer un bocado o dirigirse a sus aposentos. María permaneció montada en su cabalgadura esperando a que él terminara de dar instrucciones a sus hombres, muriéndose de deseo de apearse, comer y tenderse a descansar. Las prendas de Bothwell que llevaba empezaban a molestarle, pues la apretaban en los lugares que no debían y eran demasiado holgadas en donde habría convenido que fueran más ajustadas. Al final, Bothwell decidió entrar en el castillo. Esta vez se dirigieron al ala más nueva del edificio cuya construcción recordaban muchas personas que todavía vivían. Allí las ventanas, que contaban con asientos, eran más grandes y había revestimientos murales de madera y techos decorados.

—Como esposa mía que sois, os doy la bienvenida a los aposentos del señor —dijo Bothwell—. En vuestra calidad de prisionera, fuisteis alojada como tal. —La hizo pasar a una acogedora estancia con chimenea de mármol y le guiñó un ojo—. Aunque no sé si a un muchacho con una ropa tan sucia se le debería permitir entrar aquí.

—¡Un muchacho con la ropa sucia! —exclamó María, bajando la vista para contemplar sus calzones llenos de barro y desgarrones.

Bothwell tendió la mano y le soltó el cabello.

—Cuando parecéis un muchacho, os trato como si lo fuerais.

—Vuestra ropa me ha sido muy útil —dijo María—. Pero ahora me gustaría quitármela.

—Hacedlo.

—¡No tengo otra! —María se echó a reír—. Me lo dejé todo en Borthwick. —De repente, la asaltó un inquietante pensamiento. Había huido dejándolo todo: sus papeles, sus joyas, sus efectos personales, que ahora estarían en manos de los rebeldes—. ¡Nuestras cosas! ¡Tienen nuestras cosas!

—No por mucho tiempo —repuso Bothwell—, y tardarán un poco en encontrarlas. Pero... —La expresión de su rostro cambió al percatarse de la gravedad de aquel hecho—. ¡Mis papeles! ¡Mis papeles personales! Mis escrituras y mis títulos de propiedad, mis... mis... —Levantó la voz, presa del pánico—. ¡Aún conservo vuestras cartas! —añadió con brusquedad.

—¿Qué cartas?

—Las que me escribisteis desde Glasgow y los poemas...

María se tapó la boca con la mano.

—¡Os pedí que las quemarais! ¡En las mismas cartas os lo decía! ¿Por qué no lo hicisteis? ¿Cómo es posible que las guardarais? —Se le revolvió el estómago mientras



intentaba recordar con exactitud qué había escrito en ellas. La descripción de Darnley cuando estaba enfermo, el peligroso viaje a Glasgow, el siniestro Balfour, el temor de que se descubriera su íntima relación con Bothwell, la necesidad de llevar de nuevo a Darnley a Edimburgo. Sintió náuseas.

—No lo sé —confesó Bothwell—. Creo que porque deseaba conservar algo de vos en caso de que tuviéramos que separarnos, para convencerme a mí mismo de que había ocurrido. Estaba seguro de que me dejaríais, de que sólo jugabais conmigo. Nunca creí que me amarais tal como ahora sé que me amáis.

—¡En cuanto regresemos a Edimburgo deben destruirse! ¿Me habéis oído? ¡Oh, Dios mío! Si las encuentran... ¿Dónde las guardabais?

—En aquel cofrecito de plata que me regalasteis. El de Francia. Lo tengo en mis aposentos del castillo de Edimburgo.

María profirió un gemido. ¡Ni siquiera estaba cerrado con llave! ¡Y en un cofre cuyo aspecto proclamaba a gritos el valor de su contenido! Oh, Dios bendito, ¿qué había hecho? ¿Se habría ahorcado con su propia pluma? Y él... ¡qué imprudencia la suya al haberlas guardado! Aquel hombre tan inteligente, que siempre les ganaba la partida a sus adversarios, que era un maestro de la estrategia, ¡había cometido un error propio de un tonto de pueblo!

—Oh, Dios mío —repitió una y otra vez. Lo único que le quedaba era rezar para que no las encontrarán. «¡Dios mío, ten piedad! ¡Sálvanos!»

—Hemos de derrotarlos sin tardanza —aseveró Bothwell con su confiado tono habitual—. Hemos de echarlos de Edimburgo. Hemos de atacar lo antes posible.

María se levantó de un salto y empezó a ir y venir por la estancia. Su hambre y su cansancio habían cedido el paso a un temblor nervioso.

Cuando entraron unos sirvientes con una sustanciosa cena y la depositaron sobre la mesa, Bothwell tuvo que ordenarle que se sentara a comer.

—Estáis agotada y medio muerta de hambre —le dijo—. Debéis cobrar fuerzas para la inminente batalla.

Como un severo progenitor, levantó la tapadera del cuenco de liebre cocida, destapó la bandeja de nabos y le partió el pan.

Cuando hubo comido, María ya no se sentía mareada, pero aún notaba las extremidades fatigadas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Dormir —contestó Bothwell, apurando su copa—. ¿No creéis que nos lo hemos ganado?

—Me refería a mañana.

—Mañana os lo diré —respondió él—. Cuando os encontréis en mejores condiciones de escuchar y comprender. Ahora tenemos que dormir.

Tomó una de las velas que iluminaban la ya oscura estancia y le hizo señas de que

lo siguiera a la habitación contigua.

Allí los esperaba un precioso lecho de madera labrada con sábanas limpias y mantas de la mejor lana virgen. En una mesita taraceada unas rosas colocadas en un jarrón de plata emitían un intenso perfume. Las ventanas estaban abiertas y a través de ellas penetraba el rumor del mar.

—Oh —exclamó María, apoyándose en la cama.

Bothwell le quitó las botas y después, como si estuviera desnudando a un niño, la despojó de la chaquetilla pasándosela por la cabeza, le desabrochó la camisa y se la quitó. A continuación, le quitó los calzones y las medias.

—¿Qué me pongo para dormir? —preguntó María con voz pastosa a causa del cansancio.

—Nada —contestó Bothwell—. Nadie os verá excepto yo. Mañana por la mañana pediré prestadas unas ropas de mujer para vos.

La levantó en brazos, la depositó en la cama y después se acostó, tirando de las mantas para que éstas los cubrieran a los dos.

Ella apoyó la cabeza en su hombro; estaba tan aturdida como si hubiera tomado una droga. Bothwell se encontraba a su lado. No tenía nada que temer. Nada que temer... El se interponía entre ella y todas las desgracias.

La mañana los sorprendió despiertos mucho antes del amanecer. La calma de que había hecho gala Bothwell la víspera había desaparecido; se vistió con rapidez, ansioso por recibir información acerca de sus recursos. Se apresuró a abrir las ventanas para que entrara la brisa y dejó sola a María mientras él se dirigía a las estancias exteriores para hablar con los suyos. Ella permaneció desnuda en la cama, sintiéndose una prisionera bajo las mantas. En ausencia de Bothwell, tuvo tiempo de pensar en las circunstancias en que ambos se encontraban. ¿Dónde estaban en aquellos momentos los lores? ¿Se hallarían todavía en el cerco de Borthwick? ¿Quiénes se habían unido a ellos? Y, lo más importante, ¿quiénes apoyarían sin duda alguna el bando real? ¿Quedaba alguien en Escocia cuya lealtad a la Corona fuera inquebrantable? Y, una vez más, el pensamiento más preocupante: «¿Por qué se ha llegado a esta situación?» Y su secreto temor: «¿Qué ocurrirá si perdemos? ¿Qué será de nosotros?»

«Debo pensar en ello —se dijo—. ¿A quién podría recurrir para que me ayudara a recuperar el trono? No me sometería con humildad ni marcharía discretamente al exilio para retirarme a un convento como... ¿quién fue? Una especie de rey destronado o de reina rechazada. ¿Fue Juana de Valois? No lo recuerdo... Me iría a Francia. Sí, a Francia. Ellos me ayudarían a recuperar el trono. Enviarían fuerzas, un ejército. Pero entonces también habrían de combatir contra Inglaterra... ¿y estarían dispuestos a

correr aquel riesgo? Mi familia, los Guisa, han perdido el poder que antaño tenían en el país y Catalina de Médicis es muy recelosa y egoísta. El pequeño rey Carlos IX, a pesar de que ahora ya cuenta diecisiete años, está dominado del todo por su madre. No tendría voz ni voto.

»¿Felipe de España? Es todavía más cauto y calculador que Catalina de Médicis y se cree el defensor de la Iglesia; ahora que el Papa me ha condenado, no levantaría un dedo ni una espada ni un arcabuz para sentarme de nuevo en el trono. No, con España no puedo contar.

»Los países escandinavos... Bothwell mantiene contactos con ellos, ha prestado servicios navales a Suecia. Pero ellos son protestantes y jamás restaurarían en el trono a una soberana católica, ¡por muy desacreditada que estuviera!»

Soltó una risita nerviosa. Los católicos se tomarían en serio la condena del Papa y se negarían a ayudarla, mientras que los protestantes lo considerarían una riña familiar y seguirían teniéndola por católica y, en consecuencia, por enemiga.

Quizá no recibiera ayuda de fuera de Escocia. Quizás aquello significase el final.

¿Inglaterra? Siempre quedaba Inglaterra, el tradicional enemigo de Escocia, pero las cosas habían cambiado. Jacobo era el ahijado de Isabel y hasta el momento —aunque ella no lo hubiera reconocido de manera oficial— el heredero de su trono. Isabel era su pariente más próxima y una persona que se tomaba muy en serio las prerrogativas reales. Ella, que tanto temía los levantamientos y las rebeliones, difícilmente toleraría que un grupo de lores traidores se hiciera con el control de Escocia. Y, por si fuera poco, le había regalado la sortija que significaba...

—Ya tengo la ropa —dijo Bothwell, entrando en la estancia con unas prendas de color negro y rojo—. Se la he pedido prestada a la mujer de un comerciante. —Se las mostró—. Con seguridad os vendrán un poco cortas pues hay muy pocas mujeres tan altas como vos en este país.

—No me importa —respondió María—. Me alegro de dejar de ser un muchacho por hoy.

Se levantó de prisa de la cama y se vistió detrás de una mampara de seda bordada. Salió con cautela. La falda le rozaba las rodillas y le producía una extraña sensación.

Bothwell estalló en carcajadas.

—Parecéis una lechera.

—Esta falda tan corta hace que me sienta medio desnuda —dijo María—. ¿Alguien será capaz de seguir a una reina que ofrezca este aspecto?

Bothwell le señaló la bandeja del desayuno con cerveza, queso, fresas y pan. Estaba comiendo de pie.

—Montada en un caballo vuestro aspecto será muy regio. —Hizo una pausa entre bocado y bocado—. He enviado a French Paris al sur, a Melrose, para que traiga a mis soldados, sin importar cuántos hombres se hayan congregado allí en estos momentos.

María se sentó, bebió un poco de cerveza y se comió tres fresas silvestres.

—Estamos sólo a 14 de junio y acaba de despuntar la aurora —dijo—. No tenían que estar aquí hasta mañana...

—Quizás esperemos. Depende de cuántos más se unan a nosotros y de cuántos ya se hayan pasado al bando de los lores. Desde luego, lo mejor que puede ocurrir es que consigamos reunir nuestras fuerzas antes que ellos las suyas.

Justo en aquel momento entró en la estancia Geordie Dalglish, servidor y sastre personal de Bothwell.

—¿Deseabais hablar conmigo? —preguntó.

Era un tipo desgarrado y de pronunciadas facciones. Pero hablaba con una delicada voz que contrastaba con su aspecto.

—Sí. Necesito saber qué ha sido de Huntly y de las fuerzas de los Hamilton. Se suponía que vendrían del norte y del oeste con su ejército, pero no llegan. Al mismo tiempo, estaba previsto que Atholl y Glencairn marcharan con sus soldados de las Highlands en la misma dirección para ayudar a los lores. ¿Se han encontrado por el camino? ¿Cuál es la razón de su tardanza?

—Iré a Edimburgo a averiguarlo —se ofreció Dalglish.

—Una vez allí, comunicadle a Balfour que le ordeno disparar contra los rebeldes si éstos intentan refugiarse en la ciudad —dijo de pronto María—. Edimburgo debe permanecer en nuestro poder, y Balfour tiene que cumplir su deber de alcaide del castillo. —El sirviente se retiró—. Todo marchará bien —aseveró ella.

Bothwell la miró con expresión de gratitud.

—Sois dueña de un arrojo y una valentía propios de un rey —le dijo—. Ojalá no os abandonen en las horas que tenemos por delante. Comed. Tal vez sea vuestra última oportunidad de hacerlo antes de la batalla.

María se alarmó.

—¿Creéis que será tan pronto?

—Depende de los informes que recibamos.

French Paris llegó con unas fuerzas de unos mil soldados de las Fronteras, número muy inferior al que Bothwell esperaba. Geordie Dalglish regresó poco después con un informe desconcertante: Huntly y los Hamilton habían llegado a Edimburgo, pero se habían detenido allí y discutían entre sí acerca del camino que debían tomar para ir a Dunbar. Otro sirviente, William Powrie, informó de que, entre Dunbar y Edimburgo, lord Seton y lord Borthwick se aprestaban a unirse a ellos. Mientras Bothwell examinaba los informes, llamaron a la puerta. Era Edmund Hay, abogado de Bothwell en Edimburgo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Bothwell—. No habréis venido con papeles sobre

propiedades y cosas por el estilo para que os los firme, ¿verdad? Vosotros los abogados no paráis ni un instante... siempre trabajando. Incluso en los funerales tenéis ocasión de hacerlo.

Hay, que sudaba a mares, empezó a abanicarse.

—Perdonadme. Hace calor, un calor impropio de la estación.

María advirtió de repente que era cierto. Hasta ese momento no se había percatado de las vaharadas de aire caliente que penetraban por las ventanas.

—Sí, ¿de qué se trata? Habéis sudado mucho para venir hasta aquí —dijo Bothwell.

—Soy portador de un importante mensaje privado de Balfour desde el castillo de Edimburgo. Es el siguiente: los rebeldes no permanecerán en Edimburgo, donde ahora empiezan a congregarse, si saben que el castillo abrirá fuego contra ellos. Pero están llegando con tal rapidez y su número será muy pronto tan grande que, si el ejército real se demora demasiado en Dunbar, lord Balfour se verá obligado a llegar a un acuerdo con ellos. Suplica por tanto que no haya más dilación y que se les ataque de inmediato antes de que ellos adquieran más fuerza.

—¿Es cierto eso? ¿Ya han llegado las fuerzas de las Highlands para apoyar a los lores?

—No, Majestad.

—¡Ah! —Bothwell se volvió hacia María—. En tal caso, debemos atacar. ¡El destino los ha puesto en nuestras manos!

Sentado en lo alto de las murallas del castillo de Edimburgo, Balfour disfrutaba del viento. Por lo general no resultaba muy agradable permanecer en aquel lugar, pues el viento era siempre muy frío, como si lo hubieran helado antes de soltarlo. Sin embargo aquel día le parecía agradable pues abajo en la ciudad hacía un calor sofocante. A su lado, Morton sudaba a causa de las prendas de abrigo que siempre llevaba puestas en la creencia de que conferirían dignidad a su voluminoso cuerpo y lo hacían parecer una persona seria y devota.

—¿Creéis que dará resultado? —preguntaba Morton—. ¿Creéis que Hay logrará convencerlos?

—Supongo que sí. Bothwell se fiará de su abogado. A fin de cuentas, ¿por qué iba éste a mentirle?

Ambos hombres soltaron una sonora carcajada.

—Conseguiremos sacarlos de Dunbar y atraerlos hacia aquí. Nuestras fuerzas se interpondrán entre ellos y cualquier fuerza del oeste y del norte que desee, con retraso, unirse a ellos. Antes de la batalla, Atholl y Glencairn habrán llegado con sus hombres de las Highlands para apoyarnos. Entretanto, convoquemos a los buenos ciudadanos para que se preparen para combatir antes de tres horas.

—Dejadme redactar la arenga —pidió Balfour—. Me encanta redactar textos.

En Mercat Cross se leyó una nota que convocaba a «todos aquellos que no quieren ser cómplices de los susodichos crímenes y traiciones a unirse a los lores tomando las armas». En la nota se añadía que «todos aquellos que no tomen parte en esta justa y leal empresa deberán abandonar Edimburgo en el plazo de cuatro horas».

Al mediodía las fuerzas reales salieron de Dunbar e iniciaron la marcha hacia el oeste. Aparte de los hombres de las Fronteras, contaban con doscientos arcabuceros y sesenta soldados de caballería. Bothwell les había ordenado llevar consigo los tres cañones de latón de campaña de Dunbar. Por el camino, atraídos por el estandarte real rojo y gualdo, se incorporaron a ellos otros seiscientos jinetes junto con numerosos aldeanos y campesinos armados sólo con sus aperos de labranza. Cuando llegaron a Haddington, ya eran casi dos mil hombres. Un poco más allá de Haddington, en Gladsmuir, María mandó leer una proclama.

Varios conspiradores, con el pretexto de salvar al Príncipe, a pesar de tenerlo en su poder, han manifestado su oculta malicia. Con el propósito de destronar a la Reina y gobernarlo todo a su gusto, se han levantado en armas contra su ungida soberana. La necesidad obliga por tanto a la Reina a empuñar también las armas y depositar sus esperanzas en la ayuda de todos sus fieles súbditos, que serán recompensados con las tierras y posesiones de los rebeldes según los méritos de cada hombre.

El número de seguidores se incrementó y las filas del ejército real se engrosaron, aunque no con soldados profesionales. Cuando ya se encontraban muy cerca de Edimburgo y el sol se ponía, los seguidores, hambrientos y cubiertos de polvo, tuvieron que detenerse.

Bothwell contempló sus filas.

—Muy bien —dijo—. Detengámonos aquí. Seton House no está lejos. Pernoctaremos allí. Después, antes de que amanezca, marcharemos sobre Edimburgo y los atacaremos por sorpresa.

Kirkcaldy de Grange, que se creía un apuesto caballero a pesar de su calva y de las arrugas que le surcaban el rostro, disfrutaba pergeñando planes para la inminente batalla. ¿Convendría que su caballería flanqueara y después cargara contra el centro de las fuerzas reales, matando, pisoteando y provocando una desbandada, o sería mejor que apuntara directamente a Bothwell, sin prestar atención a los hombres de inferior rango, tal como solían hacer los guerreros de la Antigüedad? ¿Cuál de las dos cosas desmoralizaría más a la Reina? Tarareando para sus adentros, trazó otro plan. Si dividiera la caballería...

Alguien descorrió la cortina. Grange levantó la vista, irritado. Era un sobrino de

uno de los Seton.

—¿Sí? —preguntó airado. Escondió los soldados de madera que había estado manipulando y cubrió los planos.

—Están en Seton House —informó el recién llegado—. Lord Seton se ha unido a ellos y les ha ofrecido casi tres mil hombres. El grueso del ejército ha acampado alrededor de Seton. Tienen previsto ponerse en marcha mañana por la mañana a primera hora, sobre las cinco a ser posible, para tomar Edimburgo por sorpresa.

—¿Y qué me garantiza que esto es cierto? —preguntó Grange—. Quizá mentís para despistarnos.

—No puedo demostrarlo, pero Ruthven responderá de mi lealtad a la Congregación y Lindsay también.

—Muy bien. Los mandaré llamar.

Grange así lo hizo e identificó al hombre como Peter Simmons, que jamás había mantenido tratos con los partidarios de la Reina y se había incorporado a la Congregación años atrás, pero vivía cerca de Seton.

Así que Bothwell se proponía sorprenderlos. Bueno pues, la sorpresa se la llevaría él. Grange ordenó que el ejército de los lores saliera de Edimburgo a las dos de la madrugada para enfrentarse con las fuerzas del enemigo cuando todavía estuviera oscuro y antes de que éstas lograsen agruparse en medio de la confusión.

En la habitación reservada para María, que había visitado muy a menudo Seton House a lo largo de los últimos seis años, ella y Bothwell se disponían a descansar. Había supuesto un alivio juntar sus fuerzas con las de lord Seton y reencontrarse con María Seton. Esta llevaba varias semanas sin ver a la Reina. Las otras Marías se habían desperdigado hacía tiempo, pero María Seton seguía siendo una fiel servidora.

María Seton ahogó un grito al ver a María.

—¡Oh, Majestad, cuánto habéis cambiado! —le soltó sin más.

—Han ocurrido tantas cosas que no es extraño que haya cambiado —contestó María.

En condiciones normales, habría deseado saber a qué se refería María Seton, pero en aquellos momentos le daba igual. Tenía calor y estaba sucia y hambrienta. Llevaban sin comer desde aquella mañana y Bothwell se mostraba preocupado porque carecía de víveres para sus tropas.

—Por eso debemos combatir mañana. No puedo sustentarlos en el campamento, y un ejército hambriento no puede luchar —admitió Bothwell en tono cansado, dejándose caer en la cama, apenas capaz de moverse.

María se acostó a su lado. Bothwell estaba tendido de espaldas a ella. Ella intentó apoyar la cabeza en su hombro y frotarle el cuello, cubierto de polvo del camino. Bothwell exhaló un suspiro que revelaba un atisbo de desesperación.

—Procurad dormir —le indicó María, besándole con suavidad la mejilla—.

Mañana por la noche a esta hora todo se habrá decidido.

Bothwell no contestó. ¿Se habría quedado dormido? María intentó verle el rostro. Tenía los ojos cerrados.

—Todo habrá terminado y nuestra vida podrá empezar de verdad —añadió María.

No hubo respuesta.

María se tendió boca arriba y se pasó un rato con los ojos clavados en el techo que tantas veces había contemplado en otras ocasiones. Seton House siempre había sido un refugio para ella, un lugar en el que podía comportarse como la persona joven que realmente era, donde ningún odioso espía acechaba para convertir cualquier acción natural suya en algo siniestro y amenazador. Allí había jugado al golf y practicado el tiro con arco, había paseado por la muralla que daba al mar, había cantado y conversado con María Seton y su hermano, había convalecido aturdida tras el asesinato de Darnley. Los Seton dejaban que permaneciera sentada horas y horas en una silla contemplando el mar sin inmiscuirse en sus pensamientos, pero dándole siempre a entender que no los traicionarían si ella se los revelase.

«He tenido muy buenos amigos aquí en Escocia —pensó—, pero han sido como un motivo alterno que ha formado el tejido de mi vida: amigo, traidor, amigo, traidor... Este tejido no resulta cómodo para envolverse con él. Los traidores y sus dagas raspan la piel.»

Bothwell emitió un extraño grito y se volvió de golpe. Murmuraba para sí. A María la invadió un sentimiento superior a la gratitud e incluso al amor. Él era su vida, un regalo que constituiría la medida de todos los demás.

Bothwell se revolvió con violencia en la cama y dejó caer pesadamente el brazo sobre las mantas.

—Tranquilo —susurró María estrechándolo entre sus brazos—. Estáis trastornado por las pesadillas.

Le besó la sudorosa frente, y él soltó un gruñido y se despertó a medias.

—Desterrad estos fantasmas nocturnos —musitó ella—. No sois un hombre que se atemorice ante los espíritus.

—*Nei, vi kom i fjor* —dijo Bothwell con toda claridad.

—¿Qué idioma es ése? —preguntó María, sacudiéndolo.

—*Jeg venter penger fra...* —Bothwell abrió los ojos—. He soñado con Noruega o quizá Dinamarca, no lo sé. Yo era un pirata, pero mi barco estaba en un puerto y yo no era libre de zarpar.

—¿Y cómo sabéis que era Noruega o Dinamarca?

—Por el aspecto de las casas construidas en la empinada ladera de una montaña. Y por el olor del mar tan típico de aquellas costas.

Bothwell se estremeció.

—Es bueno que os hayáis ido tan lejos en vuestra mente. En cuanto al mar..., es por



el olor que penetra a través de esta ventana.

—Sí.

La voz de Bothwell se apagó y éste se quedó dormido.

En medio de la profunda oscuridad del momento en que se trazaba de verdad la línea divisoria entre el día y la noche, él se agitó y la abrazó con fuerza. El viento había cesado, e incluso parecía que el mar contenía la respiración entre las mareas. María se despertó y se encontró entre sus brazos e intuyó que él la necesitaba antes de que llegara la hora decisiva. Jamás su contacto había sido más inmediato ni más apremiante. En medio de la oscuridad, María se volvió gozosa hacia él, exultando de placer con sus manos, su cuerpo y su alma.

Llegó el amanecer. Penetró en la estancia, iluminándola de modo gradual e implacable. Bothwell se incorporó con un gruñido.

—Es tarde. —Bajó los pies al suelo y sacudió la cabeza—. ¡Dios quiera que no lo sea demasiado!

María se levantó y aguzó la vista para mirar la hora en el relojito que había dejado sobre la mesa.

—No —dijo—. Son sólo las cuatro.

—Tarde, tarde. —Bothwell se vistió sin dejar de sacudir la cabeza, como si quisiera despejársela.

A las cinco ya habían iniciado la marcha hacia Edimburgo; tres mil quinientos hombres avanzaban por el camino, algunos jinetes y la artillería de campaña sobre plataformas con ruedas se desplazaban a su lado. La Reina cabalgaba con María Seton, que se había empeñado en acompañarla. Bothwell cabalgaba con sus tropas, que parecían fatigadas a pesar de la noche de descanso. Los hombres habían comido muy poco y no tenían perspectivas de encontrar comida por el camino.

Bothwell había planeado entrar directamente en Edimburgo y combatir allí con los rebeldes mientras Balfour disparaba contra ellos desde arriba para rechazarlos, El castillo, en sus manos, constituía el baluarte que garantizaba el éxito de las fuerzas reales, tal como había ocurrido tras el asesinato de Rizzio.

Sin embargo, al acercarse a la ciudad, observó con horror que los rebeldes ya habían tomado una colina situada en el exterior de la muralla y los esperaban. Se habían apostado en la ladera para que cualquier soldado que atacara cuesta arriba fuese un blanco fácil para ellos.

—¡Traición! —exclamó Bothwell—. Alguien les ha revelado nuestros planes y se

han adelantado a nuestra temprana marcha. —Soltó las riendas de su caballo y lo espoleó para acercarse a María—. Conocen nuestros planes —le dijo—. Alguien les ha prevenido de nuestros movimientos y ahora se han atrincherado y nos impiden el paso.

María experimentó una punzada de asombro, seguida de un sentimiento de cólera y repugnancia.

—¿Es que no podemos fiarnos de nadie?

¿Quién los había delatado? El único comandante en sus filas era Bothwell. Sin duda lo había hecho un soldado corriente, un representante del pueblo llano que hasta entonces les había sido leal.

—Está claro que no —contestó Bothwell—. Ahora nosotros tenemos que ocupar posiciones en la colina de enfrente. —Señaló un altozano al otro lado de un riachuelo que discurría entre las dos colinas—. ¿Sabéis cómo se llama este paraje? Los lores, tan aficionados a las alegorías y los presagios, lo han elegido muy bien.

—Es... es Musselburgh. Pinkie Clough —respondió María muy despacio.

—El escenario de la batalla que provocó vuestro envío a Francia cuando erais pequeña —señaló Bothwell—. Lo recuerdo muy bien. Yo tenía doce años por aquel entonces y estaba ansioso por presenciar una batalla de verdad. Miré pero no participé en los combates. Si el resultado hubiera sido distinto, ¿quién sabe dónde estaríamos nosotros en este momento? En el bando inglés se encontraba Cecil, a quien por poco alcanza una bala de cañón. Si hubiera muerto él en lugar del hombre que tenía al lado, la historia habría sido distinta. Al viejo Huntly lo capturaron y trasladaron de nuevo a Inglaterra... Allí debió de aprender a ser un traidor tras aceptar el oro inglés. Los ingleses nos arrollaron. Diez mil hombres cayeron justo en esta colina.

Los primeros rayos del sol iluminaron oblicuamente el rocío de los verdes prados, creando un brillo iridiscente. Los rebeldes, sentados en el suelo, desayunaban en toda tranquilidad.

—El Sábado Negro —dijo María.

—Sí. Y como no resistimos el ataque de los ingleses, tuvimos que vendernos a Francia. Y vos formasteis parte del trato. —Apuntó con el brazo hacia el otro lado del campo—. Y si no os hubierais marchado a Francia...

—Eso es absurdo. La vida de cualquiera sería distinta si no hubiera hecho algo que hizo —repuso María—. Si vos no hubierais acudido a la Casa del Tesoro, hoy no estaríamos aquí a punto de entrar en combate. Luchemos pues porque ambos acudimos a la Casa del Tesoro, aunque no de un modo deliberado. —Levantó la barbilla—. Tanto si lo hice a propósito como si no, acepto todo lo que he hecho y todo lo que haré.

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Bothwell y, por primera vez aquella mañana, sus facciones se relajaron.

—Vamos a combatir, y que el destino decida el resto.

Saludó a María y fue a reunirse con sus hombres.

La Reina y María Seton se situaron al pie de la colina más distante, detrás de las líneas del frente. Bothwell desplegó sus tropas hasta la cumbre del cerro con los cañones de campaña plantados a medio camino para disparar contra cualquiera que intentara subir por la ladera. Los doscientos arcabuceros se situaron en la falda de la colina y los seiscientos jinetes se distribuyeron por todas las filas mientras los soldados de las Fronteras guardaban los flancos y las primeras líneas y los restantes dos mil hombres, campesinos mal armados y sin preparación, cubrían el resto del terreno.

Cerca del lugar de observación de María plantaron un estandarte real cuyo león rojo y gualdo ondeaba azotado por el sofocante viento que soplaba en dirección al mar. El resto de las tropas luchaba bajo el aspa de san Andrés.

Bothwell regresó junto a ella convertido en un hombre distinto. Estaba tenso y casi temblaba de energía. Le señaló a los rebeldes que se encontraban a unas doscientas yardas de distancia.

—Ésta es la situación —dijo casi con maliciosa satisfacción—. Nuestras fuerzas están igualadas, aunque ellos cuentan con una caballería mejor adiestrada y con armamento superior. Pero hay demasiados comandantes; no sabrán dar bien las órdenes.

María contempló las distintas formaciones de soldados, cada una de ellas con libreas de distinto color. Le dolió en el alma ver que los soldados de las Highlands se ponían bajo el mando de los condes de Atholl y Glencairn. Al parecer, había miles de jinetes.

—Los condes de Morton y Home, los mismos que nos asediaron en Borthwick, dirigen la caballería —observó Bothwell.

—Erskine —dijo María, señalándolo. Lo había reconocido a pesar de la distancia—. El custodio de mi hijo. Incluso él se ha rebelado contra mí.

—No se ha rebelado. Siempre ha estado en contra de vos.

María estaba abatida; lo consideraba su amigo y lo conocía desde la infancia.

—Hasta mi mejor amigo, en quien confiaba, el que partió el pan conmigo, se ha levantado contra mí —murmuró.

—En Escocia esto lo hace casi todo el mundo —dijo Bothwell—. Mirad, allí está el joven lord Ruthven, el hijo del brujo, y lord Lindsay. Los asesinos de Rizzio se han reunido de nuevo. Sin embargo, aparte de Kirkcaldy de Grange, no disponen de ningún famoso o curtido comandante. Lord Stewart resultaría más temible.

—Quizás esté aquí.

—No. Sé de buena tinta que se encuentra en Normandía esperando una señal. No

cruzará el estrecho hasta que lo considere seguro, cosa que procuraré que jamás ocurra. ¡Confío en que le gusten los callos franceses *à la Caen*, pues tal vez deba pasarse el resto de la vida comiéndolos!

—¡Mirad aquel estandarte! —gritó María al ver la fea insignia de raso blanco con las figuras de Darnley y del pequeño Jacobo, que rezaba el «Juzga y defiende mi causa, Señor».

—No hagáis caso. Lo han puesto ahí para apartar vuestro corazón de la batalla. Cuando todo termine, lo cortaré en pedazos y haré jaeces de caballerías con él.

—¿Dónde está Huntly? —preguntó María—. ¿Y Hamilton con sus hombres? ¿Por qué no vienen?

—Nuestra mejor táctica sería retrasar el comienzo de los combates hasta que llegaran ellos con los refuerzos —contestó Bothwell—. Pero es peligroso retrasarlos demasiado. Los hombres, aburridos y hambrientos, podrían desertar.

—¿Desertar?

—Es una posibilidad —admitió Bothwell—. A fin de cuentas, el grueso de nuestro ejército no se compone de soldados adiestrados sino de simples aldeanos que se han unido por casualidad a nosotros por el camino. Si se marcharan ni siquiera podríamos calificarlos de desertores.

Ahora resultaba más evidente la precariedad de la situación. El número de soldados de ambos ejércitos era parejo, pero el ejército real carecía de armas, víveres y entusiasmo. Se derretiría bajo el sol y tal vez se vendría abajo durante los combates. La inactividad era peligrosa pero la acción también entrañaba riesgo.

—Yo dirigiré los movimientos de los hombres por el sur para intentar conquistar terreno —anunció Bothwell, echando un vistazo a las tropas rebeldes.

María vio actividad en aquella zona y comprendió que hacían lo mismo que ellos.

Mientras Bothwell se alejaba al trote, María se echó a temblar. Su caballo relincho y piafó.

—Esta espera es una tortura —le dijo a María Seton, que la miró con tristeza infinita, montada en su caballo—. De todas las cosas que me he visto obligada a hacer, creo que la espera es la más difícil.

—Es algo contrario a vuestra naturaleza —afirmó Seton—. Oh, Majestad, ¿por qué habéis...?

—Basta. No digáis más —le ordenó María—. Es una pregunta que no tienes derecho a hacerme.

Después volvió la cabeza para mirar a los hombres del otro lado. Algunos se arrojaban agua fría al rostro, llenaban los yelmos y bebían. El calor era cada vez más sofocante, pero sus soldados no podían acercarse lo suficiente al riachuelo cuya agua los habría aliviado. De repente, la invadió la angustia.

El calor, tan impropio de la estación, parecía un enemigo que se hubiera unido a las

filas de los rebeldes.

El sol se elevó en el cielo pero nadie se movió. Ambos ejércitos se miraban entre sí pero como dominaban sendas colinas, ninguno de los dos quería ponerse en situación de inferioridad atacando al otro. En la dirección de Edimburgo no se vislumbraba ninguna columna de polvo que revelara la cercanía de Huntly o Hamilton.

Bothwell se acercó de nuevo a ella. Sudaba por culpa de las prendas de cuero y el yelmo de metal.

—Aquí nadie se mueve —espetó—. ¡Una batalla en la que nadie se mueve!

El único movimiento era el de las columnas de calor que ascendían en sinuosas líneas hacia el cielo.

—Quieren que atacemos nosotros primero —aseveró María—. No les deis lo que ellos quieren.

Bothwell la miró con expresión burlona.

—Creo que seríais un buen general. ¿Me ordenáis entonces que permanezca quieto?

—No. Me fío de vuestro criterio. Si por mí fuera, yo me lanzaría cabalgando hacia ellos disparando mis pistolas.

—¡Mirad! —indicó Bothwell—. Alguien ha roto las filas.

Unos cincuenta soldados de caballería bajaban por la ladera rodeando a un jinete. El grueso del grupo cruzó chapoteando el riachuelo y se dirigió sin vacilar hacia el estandarte real.

—¡Disparad contra ellos! —gritó María—. ¡No permitáis que se acerquen!

—No, llevan bandera blanca. Quieren parlamentar.

Bothwell espoleó su montura y ordenó que algunos de sus soldados de caballería salieran a su encuentro. Se adelantaron unos treinta que formaron una escolta para el jinete y sus hombres.

—¡Philibert du Croc! —exclamó María, sorprendida. Era el embajador francés, el hombrecillo que se había negado a asistir a la ceremonia de su boda.

—¡Majestad! —la saludó Du Croc.

Con su venia, desmontó y se acercó a ella. Hizo una reverencia y le besó la mano, agachando su redonda cabeza cubierta por una mata de alborotado cabello. Después enderezó la espalda y sonrió.

—¡Ay, mi Señora, qué angustias sentirían vuestra suegra y el Rey de Francia si os vieran en semejante apuro! —suspiró—. Los lores de la Congregación, que son quienes me envían, me encargan deciros que son vuestros humildes y obedientes servidores.

María dejó escapar una amarga carcajada.

—¿Y es así como me lo demuestran?

—Señora —añadió Du Croc en voz baja—, sostienen que, si os apartáis del miserable que os tiene cautiva, ellos os reconocerán como su soberana y os servirán de rodillas como vuestros más humildes y obedientes súbditos.

—¡El Miserable lo llaman! —Ahora su carcajada sonó con toda claridad—. ¡Fueron ellos quienes firmaron una petición instándome a que me casara con él, fueron ellos quienes lo declararon inocente de cualquier delito, y ahora se revuelven contra él! No obstante, si están dispuestos a cumplir con su deber y me piden perdón, yo se lo concederé y los recibiré con los brazos abiertos.

Bothwell se abrió paso para acercarse a ellos. Le tendió la mano a Du Croc pero éste se negó a tomarla.

—¿Y bien? —preguntó Bothwell con una voz tan poderosa que sus ecos se propagaron colina arriba—. ¿Qué se proponen los lores? ¿Qué es lo que quieren?

Du Croc carraspeó y contestó con firmeza.

—Vengo de hablar con ellos y me aseguran que son humildes súbditos y servidores de la Reina. —Acercándose un poco más a Bothwell, agregó en un susurro—: Pero son vuestros mortales enemigos.

Bothwell lo miró con desprecio.

—Me dieron toda suerte de garantías —atronó—. ¿Qué mal les he hecho? Jamás tuve la intención de molestarlos, por el contrario, intenté complacerlos a todos. Hablan así porque envidian mi situación. —Dio despacio dos vueltas, irguió la cabeza y se dirigió a la multitud pero también de manera personal a María—. ¡La Fortuna está al alcance de cualquiera que desee ganarla y no hay un solo hombre entre ellos —señaló hacia la ladera de la otra colina— que no ambicione ocupar mi lugar! —Tomó la mano de María mientras Du Croc lo miraba en silencio—. Por el amor de Dios —añadió—, para evitarle a la Reina este dolor e impedir que se derrame la sangre, propongo que los lores elijan a un hombre. Yo lucharé con él en combate singular. ¡Que así se decida la victoria, pues mi causa es tan justa que tengo la certeza de que Dios la decidirá en mi favor!

—¡Su lucha es la mía! —exclamó María con ardor.

Un grupo de hombres del bando de los lores empezó a cruzar el riachuelo lanza en ristre.

—¡Mirad! —dijo Bothwell—. ¡Se acercan! Y ahora, si deseáis imitar el ejemplo del hombre que intentó mediar entre Escipión y Aníbal cuando los ejércitos se disponían a trabar combate, recordad que él se situó en un puesto de observación desde donde contempló la hazaña más valerosa que jamás había presenciado. ¡Si deseáis hacer lo mismo, os prometo un combate sin igual!

Du Croc sacudió la cabeza.

—No deseo ser testigo de una carnicería, pero vos sois un gran capitán capaz de hablar con absoluta confianza a pesar de no saber cómo se comportarán vuestros hombres. Transmitiré vuestra petición de combate a los lores.

El anciano embajador dio media vuelta y, tras subir a su cabalgadura, se alejó con lentitud hacia el otro lado.

Al ver que no regresaba, Bothwell montó en su caballo de batalla y bajó al riachuelo.

—¡Desafío a cualquier hombre de igual rango a enfrentarse conmigo en combate singular! —gritó, paseando arriba y abajo mientras su caballo se encabritaba.

Al final, María vio que alguien se adelantaba. Era James Murray de Purdovis.

Bothwell regresó al campo y pidió su armadura. El metal se notaba caliente al tacto, y él ya estaba jadeando antes de haber terminado de ajustárselo. Unos regueros de sudor le bajaban por el rostro.

—¡Murray de Purdovis no es digno de vos! —protestó María—. No debéis combatir con él. ¡Tenéis que hacerlo con alguien de vuestro mismo rango!

—No hay nadie de mi rango —replicó Bothwell—. El único otro duque que hay en Escocia es el anciano y decrepito duque de Châtelherault, que siguió el camino del destierro a Francia después de la Correría de la Persecución. Y, dejando aparte los títulos, no hay ninguno cuyo honor iguale al del esposo de la Reina.

Se lanzó un segundo desafío, y esta vez los lores enviaron como paladín al conde de Morton.

—¡Sí! ¡Traspasadlo como traidor que es y veamos si tiene sangre en las venas! —dijo María.

Bothwell extrajo una bota de agua y apuró su contenido. Llevaba más de una hora con la armadura puesta y ya eran más de las cuatro de la tarde. Habían transcurrido casi doce horas de tensión sin que nada ocurriera. Bothwell no había probado bocado en todo el día. No se sentía débil pero todo aquello le parecía en cierto modo un sueño.

De pronto, vieron que en el otro campo no era Morton quien se ponía la armadura sino Lindsay. Morton había delegado la misión en un hombre más joven. Este se inclinó para ajustarse la espada al cinto. Debía de ser la sagrada y antigua espada *Cascabel del Gato* a la que Morton había dotado de poderes casi mágicos.

—¡Que venga de una vez! —gritó Bothwell elevando los brazos al cielo.

Sin embargo en el otro campo no se produjo movimiento alguno. Bothwell tomó la mano de María y la besó.

—Voy hacia allá —le dijo.

María deseaba impedirselo, pero él estaba tan decidido que habría resultado imposible. Lo vio bajar por la ladera hasta el lugar acordado ante la atenta mirada de miles de hombres. Pero Lindsay no descendió para reunirse con él.

De repente, María vio que los lores iniciaban el avance, marchando con determinación bajo su fulgurante estandarte. El sol ya estaba muy bajo en el cielo; el día tocaba a su fin. Kirkcaldy de Grange, enfundado en una reluciente armadura, encabezó una carga de caballería, rodeando por el flanco a las tropas reales como en un abrazo.

El ejército real se disgregó y se derritió. Las filas se habían reducido a lo largo de

toda la tarde pues los fatigados y hambrientos hombres se habían cansado de esperar. Ahora todos iniciaron la desbandada. Kirkcaldy profirió un grito y espoleó su montura blandiendo la espada.

Bothwell se volvió y regresó al galope junto a sus hombres, dando rápidas órdenes. Después se acercó a María.

—Ya es demasiado tarde —dijo—. Hemos perdido la batalla, esperando demasiado unos refuerzos que no han llegado. —Esbozó una trémula sonrisa—. Así ha terminado todo. Por hoy.

—¡No, Dios mío! ¡No! ¡No! —María le agarró el brazo revestido de metal. Intentó mirarlo a los ojos para descubrir qué deseaba que ella hiciera, pero la sombra del yelmo se los tapaba—. ¿No podéis hacer nada?

—No soy capaz de vencer con unas tropas inexistentes. ¡Retirémonos a Dunbar!

—¡Se producirá una carnicería! —gritó María al ver que el ejército rebelde subía por la ladera—. ¡Deteneos! —gritó, galopando para situarse en medio de lo que quedaba de sus tropas—. ¡Deteneos!

Los soldados rebeldes se detuvieron, obedeciendo su orden.

—Decidles a vuestros comandantes que hablaré con ellos y discutiré las condiciones —añadió la Reina con voz clara y potente.

Bothwell se acercó a ella.

—No os fiéis. Retirémonos. Es la única alternativa sensata que tenemos. Allí nos reagruparemos.

—No. Dicen que me son leales. No nos causarán daño.

—Me matarán y a vos también os harán algo malo.

—Tienen a mi hijo como rehén —le recordó María.

—¡Es una lástima pero no es razón para permitir que os hagan prisionera también a vos!

Miraron hacia el otro lado, donde conversaba un grupo de hombres.

—¡Ahora! ¡Aprovechemos ahora para escapar! —apremió Bothwell levantando la voz, sin poder reprimir su irritación—. ¿Es que no lo comprendéis?

—Más vale fingir un poco y ganarnos de nuevo su voluntad —contestó María.

—Estos hombres no son Darnley ni están enamorados de vos. Os odian. Esto no es como lo de Rizzio. María, si os equivocáis lo perderéis todo. ¿Deseáis correr ese riesgo? ¿Podéis confiar en sus palabras, sabiendo que siempre os han mentado desde que pusisteis los pies en Escocia y que os han aborrecido en lo más hondo de su ser? Escapad ahora que aún tenéis la oportunidad. Nunca cedáis vuestra libertad de manera voluntaria. ¡Jamás!

Un grupo de hombres encabezado por Kirkcaldy de Grange subía por la colina. Éste se había quitado el yelmo pero llevaba puesto el resto de la armadura. María se mantuvo firme y lo esperó.



—Majestad —dijo Kirkcaldy, haciendo una reverencia—, os reitero nuestra lealtad a vos y sólo a vos. Deseamos servirlos pero sólo en el caso de que seáis una criatura libre y dejéis de ser la esclava del conde de Bothwell.

Echando los hombros hacia atrás, María entrelazó los dedos sin permitir que le besara la mano.

—¿Qué garantías de seguridad me ofrecéis para la persona de mi esposo el conde? —preguntó.

—Ninguna —contestó Kirkcaldy—. Están resueltos a matarlo si consiguen atraparlo.

—Ya veo —dijo María—. Son aquellos que comieron con él, brindaron con él y aprobaron sus progresos... Debo insistir en su seguridad.

—Pues entonces, señor —dijo Kirkcaldy volviéndose hacia Bothwell—, será mejor que os vayáis ahora mismo. Puedo garantizaros un salvoconducto sólo hasta que abandonéis el campo. Sin embargo, si os marcháis ahora, habréis recorrido un buen trecho del camino hacia Dunbar antes de que la Reina se reúna con los lores.

Bothwell soltó un bufido de desprecio.

—La batalla del monte Carberry, en la que no se efectuó un solo disparo —dijo—. ¿Ésta es vuestra victoria?

—Tenemos a la Reina, señor. Que os quedéis o no es asunto vuestro.

—¡Salvaos! —le ordenó María.

—Salvaos vos —le respondió Bothwell—. Si os vais con ellos, estáis perdida.

—¡Mentís! —chilló Kirkcaldy—. No intentéis disuadir a la Reina de su sagaz criterio.

—Permitidme unas palabras en privado con mi esposa —pidió Bothwell.

Se apartó con María.

—María, jamás me perdonaría si, siendo vuestro esposo y protector, os abandonara en manos de estos traidores.

Ella lo miró con atención. Estaba agotado a causa de todo el ajetreo de la semana anterior, la huida de Borthwick, los precipitados preparativos en Dunbar, el intento de reunir un ejército y la larga marcha hasta el monte Carberry. Se había asado como un animal en el interior de la armadura mientras esperaba en vano que alguien aceptara su reto a luchar con él, se había pasado todo el día con los nervios a flor de piel esperando dirigir una batalla que no se había efectuado. A María se le partió el corazón al pensar que había sufrido todas aquellas pruebas tan duras por ella.

—Pues yo jamás me perdonaría que sufrierais algún daño —le contestó al fin—. Os matarán, y no puedo permitir que eso ocurra. Debo aceptar sus condiciones y entregarme, pues a mí no me harán ningún daño. No harán daño a su ungida soberana.

—¡Qué ciega estáis! —exclamó Bothwell.

—Os amo —dijo María—. Soy incapaz de vivir sin vos. Pero ahora hemos de

separarnos hasta que pase el peligro. Entonces, cuando yo haya conseguido ganarme de nuevo su voluntad, os mandaré llamar. Cuidaos hasta entonces, os lo suplico. Tengo que saber que me esperáis.

Bothwell tendió los brazos y la estrechó con fuerza.

—Si intentan declararme proscrito o condenarme por el asesinato de Darnley, utilizad esto. —Deslizó en su sudorosa mano un trozo de papel—. Es el pacto que firmaron en Craigmillar. Todos son culpables. Este documento los condenará si se llega a ese extremo. Guardadlo bien. Es la demostración de su villanía.

Ella se aferró a sus poderosos hombros y hundió el rostro en su cuello.

—Mi amor, mi vida, mi señor, no puedo, no puedo... —farfulló besándolo con desesperación.

Él le apartó lentamente los brazos.

—Los ejércitos están preparados para matar a no ser que terminemos con todo esto. —Bothwell la besó con tristeza—. Adiós, esposa mía. Recordad que sois mi fiel esposa tal como prometisteis ante Dios.

—¿Cómo, acaso dudáis de mí?

María, ofendida, habría querido pedirle que regresara a su lado, abrazarlo de nuevo y besarlo hasta que él se mostrase de nuevo cariñoso con ella.

—Bothwell...

Pero él ya se había alejado y le hacía burlonas señas a Kirkcaldy.

—Permitidme que monte en mi caballo —le dijo.

María corrió hacia él y lo abrazó con tal fuerza que lo pilló desprevenido y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

—¡Corazón mío, jamás os abandonaré ni dejaré de amaros y siempre os esperaré!

Él la miró como si quisiera grabarse para siempre su imagen en la mente.

—Nada podrá separarnos —aseguró al cabo—. Os amo, esposa de mi corazón.

Después se apartó de ella y acto seguido subió a su montura. Haciendo un apresurado gesto de despedida, tomó las riendas, espoleó su caballo y se alejó al galope con tres servidores. María le clavó los ojos y no quiso moverse hasta que lo perdió de vista en el camino de Dunbar.

## LVII

María permaneció unos instantes contemplando el desierto camino como si quisiera proteger a Bothwell con la fuerza de su mirada. Después se volvió hacia Kirkcaldy, que aguardaba con el yelmo bajo el brazo en un falso gesto de deferencia.

—Milord de Grange —le dijo María—, me pongo en vuestras manos con las condiciones que vos me habéis expuesto en nombre de los lores.

Le tendió la mano y él se arrodilló y se la besó. Después se levantó y la ayudó a montar en su caballo que un servidor había conducido a donde ellos se encontraban. Él subió de nuevo en su negro corcel y la precedió en su descenso por la ladera, rodeando el inútil y reluciente cañón de campaña. Mientras bajaba, María pasó por delante de los desconcertados y cansados rostros de sus soldados e intentó tranquilizar a los hombres, sonriendo y dirigiéndoles unas palabras de aliento mientras los despedía y les daba las gracias.

Su caballo chapoteó a través del riachuelo y, de repente, María se encontró ante los hostiles rostros del ejército enemigo. Los hombres la miraron enfurecidos e incluso empezaron a murmurar palabras de desprecio.

Kirkcaldy la escoltó hasta Morton, quien la esperaba de pie con los brazos cruzados. Cuando desmontó y se abrió paso entre los hombres, María se percató de que éstos se reían entre dientes de su corto vestido prestado, ahora manchado y cubierto de polvo, pero mantuvo la cabeza erguida sin apartar los ojos del iracundo rostro de Morton. A su lado estaban el conde de Atholl, Ruthven y Lindsay. Observó fugazmente que el joven Ruthven también parecía un brujo, aunque más moreno y apuesto.

—Milores —les dijo—, no he venido a vosotros porque temiera por mi vida o dudara de nuestra victoria en caso de que se llegara a lo peor, sino para evitar el derramamiento de sangre cristiana; vengo, por lo tanto, porque confío en la promesa que me habéis hecho de respetar mi vida y de prestarme la obediencia que debéis a vuestra reina y legítima soberana.

Morton se adelantó arrastrando con torpeza los pies e hincó una rodilla en tierra.

—Éste es, Señora, el lugar que debería ocupar Vuestra Majestad, y aquí nosotros estamos dispuestos a defenderos y obedeceros con la misma lealtad que los nobles de este Reino demostraron a vuestros antepasados.

—¡Quemadla en la hoguera! ¡Quemad a la asesina! —gritaron algunos de los soldados más próximos—. ¡Matadla, no merece vivir!

A María se le heló la sangre en las venas. Aquello no era una multitud sin rostro, sino hombres que se encontraban tan cerca de ella como para verle la cara, rodearla y matarla. ¿Qué la llamaban? ¿Asesina? ¿De verdad lo pensaban? Apretó contra su pecho el papel que le había entregado Bothwell. ¿Qué nombres figuraban en él? Lo vería

cuando la dejasen sola. Pero el odio de aquellos hombres, la perversidad que denotaba su tono de voz...

—¿Cuál es vuestro propósito? —le preguntó a Morton articulando las palabras con toda claridad—. Si es mi sangre lo que queréis, tomadla. Estoy aquí para ofrecerla. No tenéis por qué esperar más tiempo y no es necesario que busquéis al conde de Bothwell para vengaros.

Permaneció de pie, desafiándolos a que la maniataran. También desafiaba a los soldados a que se acercasen y la apuñalaran.

Al ver que nadie se movía, comprendió que todavía dudaban de la conveniencia de causarle daño y entonces se le ocurrió un plan desesperado. Los Hamilton... Le pareció ver movimiento en el camino. ¿Están acercándose?

—Mis buenos lores, permitidme que salga al encuentro del grupo de los Hamilton, agradecerles el esfuerzo que han hecho por mí y dejarlos marchar.

En el rostro de lord Lindsay se dibujó una sonrisa de desprecio.

—Semejante cortesía real no es necesaria —aseguró.

—Es mi deseo —replicó ella.

Para su consternación, nadie contradijo a Lindsay ni le recordó que carecía de autoridad para decidir lo que ella podía o no podía hacer. Intentó dar la vuelta y montar de nuevo en su caballo, pero el joven Ruthven la asió por los brazos.

—No —le dijo con firmeza—. Vos sólo iréis adonde nosotros digamos.

¡Le había puesto las manos encima! Observó con expresión suplicante a los demás pero nadie intervino. Ruthven la obligó a volverse en la dirección en la que antes miraba.

Después Atholl y Morton se acercaron con el estandarte de Darnley y se situaron uno a cada lado de ella.

—¿Qué es esto, milord Morton? —preguntó María, procurando que no le temblara la voz y que su tono fuera de desprecio y no reflejara la angustia que sentía—. Tengo entendido que el propósito de todo eso —señaló el ejército— era castigar a los asesinos del Rey. Y también tengo entendido que vos sois el primero de ellos.

Estaba segura de que el nombre de Morton debía de figurar el primero en la lista que ocultaba contra su pecho.

Morton sacudió la cabeza y dijo:

—Venid, Señora. Se hace tarde.

Ruthven la obligó a volverse de nuevo y a montar en su caballo. Después iniciaron el lento camino de regreso a Edimburgo.

Delante de ella cabalgaban Atholl y Morton, que portaban el estandarte como un arco bajo el que ella se vio obligada a cabalgar. La flanqueaban sus dos vigilantes, un tal maese Drumlanrig y el célebre Kerr de Fawdonside, quien había amenazado con disparar contra ella durante el asesinato de Rizzio. El hecho de que lo hubieran

desterrado de Escocia no inquietaba en absoluto a los lores, que de un modo evidente lo habían acogido con agrado en sus filas.

Mientras cabalgaban, Kerr se inclinó hacia ella.

—¡Asesina! —le murmuró. Al ver que ella no le prestaba atención, levantó un poco más la voz—. ¡Adúltera! —Como ella mantenía los ojos fijos al frente, le espetó—: ¡Putas! ¡Retozabais en el lecho de Bothwell mientras vuestro esposo y su esposa os miraban! ¡Ramera! ¡Os acostáis con mozos de cuadra y guardias para satisfacer vuestra lujuria!

—¡Bothwell también se acostaba con ellos! ¡Todo el mundo sabe que es un sodomita! —terció Drumlanrig.

María se esforzó por no escuchar aquellas obscenas y necias acusaciones. Parecían colegiales que participasen en un concurso de palabrotas. «Bardaje», «nigromante», «onanista».

Como ella no contestaba, se enfurecieron y se pusieron a gritar:

—¡Putas! ¡Asesinas!

Los soldados que los acompañaban se unieron a los gritos.

—¡Quemadla en la hoguera! ¡Matadla! ¡No merece vivir!

Sus voces, hambrientas, anhelantes, chillonas, la atemorizaron. Eran como unos perros ávidos que tiraran con fuerza de las correas en su afán de abalanzarse contra su cuello. Formaban una turba asesina.

Morton y Atholl cabalgaban por delante de ella sin hacer el menor intento de calmar a los soldados. Por el contrario, los alentaban de manera tácita con su actitud. Sólo Kirkcaldy blandió la espada con gesto amenazador para mantenerlos a raya. Cuando ya se hallaban cerca de Edimburgo, los ciudadanos salieron a recibirlos y se congregaron al borde del camino con curiosidad. Estaba oscuro, pero ya se habían encendido unas antorchas y la gente los vio con bastante claridad.

Los rostros eran hostiles.

—¡Adúltera! —gritaron unas voces femeninas.

¡Mujeres! No se trataba de rudos soldados a quienes pagaban para repetir como un eco las ocurrencias de sus comandantes, sino de mujeres corrientes de la ciudad. ¡La odiaban!

—¡Adúltera! ¡Quemad a la ramera!

El cortejo cruzó la puerta de la ciudad y subió por la calle Mayor. Allí la multitud era más numerosa, y a todas las ventanas se asomaban espectadores. Se oyó un grito de burla procedente del tejado de una casa, seguido del repugnante chapaleo del contenido de un orinal que por poco alcanzó de lleno a María, pero cayó sobre los adoquines justo delante de ella. Parte de los excrementos salpicaron el caballo y las piernas desnudas de María.

—¡Putas!

La excitada muchedumbre se acercó gritando maldiciones y juramentos. Varios escupitajos volaron por el aire y ella percibió el contacto de algunas gotas en sus piernas, manos y mejillas. El caballo se asustó, se encabritó y estuvo a punto de derribarla. No quería caer entre ellos; la habrían descuartizado.

Eran capaces de matar a su reina con sus propias manos.

Se encontraba tan trastornada que no advirtió que se habían detenido en mitad de la calle.

—¡Desmontad! —indicó Morton—. ¡Aquí estaréis más segura!

Alguien tiró de su brazo y rápidamente la empujaron al interior de una casa fortificada que se levantaba al lado del Tolbooth. María la identificó como el Portazgo Negro, el lugar donde solían encerrar a los delincuentes en espera de juicio cuando el Tolbooth estaba lleno.

Los lores entraron en la casa y cerraron ruidosamente la puerta, dejando fuera al violento y vociferante populacho. Incluso Morton, que casi nunca manifestaba la menor emoción, pareció suspirar aliviado por apartarse de aquella gente. Se quitó el sombrero de ala ancha, el que siempre llevaba puesto, y empezó a abanicarse con él. Su arrebolado rostro, combinado con su cabello rojizo, le confería el aspecto de un objeto combustible.

—Bien —dijo—. Cenaremos aquí por cortesía del preboste pues ésta es su casa.

No le pidió a María que los acompañase, pero ella tampoco deseaba hacerlo.

—Regresaré a Holyrood cuando se disperse la muchedumbre —anunció María. Holyrood... Hacía apenas diez días que ella y Bothwell habían salido de allí—. Entretanto, llamad a María Seton para que me atienda.

Ruthven soltó una carcajada.

—No regresaréis a Holyrood. Permaneceréis con nosotros. En cuanto a María Seton, la hemos dejado en el monte Carberry para que se las arregle por su cuenta.

—¿Cómo, acaso soy una prisionera? Regresaré a Holyrood, ¿quién me lo impedirá? Miró de un rostro a otro.

—No es prudente —aseveró Morton al final—. ¡Escuchad los gritos!

—Sí, los oigo. ¡Oigo lo que vos habéis provocado!

—No, Señora, yo no lo he provocado. Sus gritos son espontáneos y, de no ser por nosotros, entrarían aquí y os sacarían a la fuerza.

—¡Oh! —María se volvió y subió por la escalera para alejarse de ellos.

Arriba vio un dormitorio ya preparado para ella. De modo que lo tenían todo previsto. Se tendió en la cama y contempló el techo. El corazón le palpitaba como un tambor y ella percibía con toda claridad los latidos. Las piernas le asomaban por debajo del corto vestido.

«Quemadla en la hoguera, matadla, ahogadla.» Las palabras le llegaban flotando desde la calle atestada de gente hostil.

No podía pensar. Estaba como entumecida. Su cuerpo llevaba mucho tiempo moviéndose, saltando, luchando, cabalgando casi sin seguir las directrices de su cerebro o de su corazón. No había tenido tiempo de juntar ambas cosas mientras ella y Bothwell huían y esquivaban el peligro para adelantarse a los acontecimientos.

Bothwell. Se había marchado y en aquellos momentos debía de hallarse a salvo en Dunbar. Su corazón voló hacia él, confiando en que durmiese tranquilo en una cama. Él encontraría la manera de reunir a sus partidarios y expulsar a los rebeldes. No todo estaba perdido. Aún quedaban los Hamilton, Huntly y sus Gordon, los soldados de las Fronteras.

Pero el pueblo... Qué miradas, cuánto odio...

La cabeza le daba vueltas. Se moría de hambre pero al mismo tiempo sentía náuseas. La cama parecía girar alrededor de la estancia.

Se levantó, temblando, y se acercó a la ventana. Abajo, en la calle, habían desplegado el ofensivo estandarte de Darnley. En cuanto la vio, el excitado populacho se puso a gritar. Justo en aquel momento avistó a Maitland, que corría hacia la casa.

—¡Mi buen Maitland! —exclamó, agitando un brazo.

Los gritos de la multitud recrudecieron. Maitland se echó el sombrero sobre los ojos y, fingiendo no haberla oído ni visto, se perdió de vista.

María regresó con paso vacilante a la cama y se tendió en ella. La habitación empezó de nuevo a dar vueltas. La puerta se abrió de par en par sin una previa llamada de cortesía y aparecieron dos gigantescos guardias que entraron en la habitación y permanecieron de pie con los brazos cruzados sin saludarla ni pedirle permiso para estar allí.

«Soy una prisionera —pensó María—. Bothwell tenía razón.»

Ansiaba estar con él. En presencia de los soldados no se le permitiría siquiera el consuelo de las lágrimas. Se tendió boca abajo y percibió el leve crujido del papel secreto bajo su peso. De momento, era lo único que conservaba de Bothwell. Eso y el hijo que creía llevar en sus entrañas y del que no le había hablado por temor a que él insistiera en permanecer a su lado.

El descanso de aquella noche supuso un auténtico tormento, debido al rojo resplandor de los centenares de antorchas del exterior que se reflejaba en las paredes de la estancia, la ruidosa respiración y los movimientos de los soldados y el dolor de estómago que padecía. Había oído a los lores, que cenaban en la estancia de abajo antes de retirarse. Pero la huida era imposible. Cada vez que se movía, los soldados se ponían alerta.

Las horas pasaron lentamente y ella se sentía cada vez más aturdida. Unos fantasmas penetraron flotando en la estancia: la figura de Rizzio y la de Darnley, que dejó el eco de una leve carcajada; un hombre que se parecía a los retratos de su padre y el duque de Guisa, que se reía; y Francisco, que arrastraba un poni muerto... o quizá sólo se

trataba del pellejo de un poni.

«¿Quién habría imaginado que conozco a tantos muertos? —se preguntó—. Tantos muertos... y traidores y otras cosas desagradables...» Lloró en silencio, abrumada por el peso de cuanto la rodeaba y hundía en unas frías y resbaladizas profundidades que apenas le permitían respirar.

¿Había amanecido? ¿Era eso lo que indicaba la luz del sol? ¿Dónde estaban los soldados? Se levantó de la cama y se acercó a la ventana arrastrando los pies. El sol, al reflejarse en las tejas de pizarra del techo justo bajo su ventana, la deslumbró.

La multitud seguía allí. En cuanto la vieron, se produjo un tumulto. Ella extendió los brazos y llamó a los reunidos.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme, os lo suplico! ¡Oh, buenas gentes, salvadme!

La angustia de ver a la muchedumbre resultaba insoportable. Tiró de su corpiño y lo rasgó. Su cabello, suelto y enredado, colgaba por fuera de la ventana.

La multitud retrocedió. Parecía una aparición, una loca.

—¡Matadme o me libradme de la crueldad de estos traidores que me tienen presa! —gritó.

Se oyeron unos murmullos y algunos se echaron a llorar.

—¡Salvadla! ¡Salvadla!

Otros desplegaron el estandarte de Darnley y lo exhibieron delante de ella.

—¡Llevaos eso! —gritaron unas voces.

Hubo quien corrió hacia el estandarte e intentó arrancarlo de los palos a que estaba sujeto.

—¡Socorredme! ¡Socorredme! —gritó María con voz espectral.

La campana de Edimburgo tocó a rebato llamando a los ciudadanos a las armas.

Unas ásperas manos la asieron por los hombros y la obligaron a apartarse de la ventana. Era Morton.

—¡En cuanto los soldados bajan a comer, vos armáis un escándalo! —rugió, clavándole la mirada.

Por un instante, ella no comprendió lo que sucedía. De pronto, se percató de que su corpiño estaba abierto y dejaba sus pechos al aire. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo era posible que se hubiera roto el corpiño?

—¿Y todavía os extrañáis de que la gente os llame puta? —La voz de Morton denotaba todo el desagrado que a éste le producía la situación—. ¡Si os mostráis desnuda ante sus ojos, no esperéis de ellos el respeto que se debe a una reina! —añadió sin disimular su satisfacción. —De pronto, vio un papel en el suelo—. ¿Qué es eso? —preguntó, ansioso.

¡El papel! ¡Se le había caído el papel que guardaba en el corpiño! Al rasgarse la prenda presa de la desesperación, se había olvidado de él. En realidad, se había olvidado de todo. Se apresuró a recogerlo, agachándose antes de que Morton se le



adelantara.

—Dádmelo —le ordenó éste.

María permaneció con los ojos fijos en la punta de su bota. Él echó el pie hacia atrás como si fuera a pegarle un puntapié en pleno rostro, pero ella no se movió.

—¡Dádmelo! —repitió Morton, inclinándose para levantarla. Ella arrugó el papel y lo ocultó en el puño. Él le agarró la mano y trató de abrirle los dedos.

—Es mío, es propiedad real y os prohíbo tomarlo o siquiera echarle un vistazo —le dijo María.

Morton se echó a reír.

—Todo eso ya ha terminado. Dádmelo.

«Todo eso ya ha terminado.» ¿Qué quería decir?

—No.

Morton le sujetó el puño con las manos y ejerció una fuerte presión, como si estuviera cascando una nuez. María sintió que empezaban a descoyuntársele los huesos de la mano. ¡Pretendía dejarla inválida! Era la mano derecha, la que utilizaba para escribir...

—¡Aquí tenéis! —Abrió los dedos; el papel estaba roto y era casi ilegible.

Morton lo desdobló con gesto burlón y lo leyó.

—No merecía la pena que perdierais el uso de la mano por un papel que no significa nada —dijo.

—¡Sólo que vos y otros firmasteis un pacto para asesinar a mi esposo!

—¿De veras? ¿Y eso quién lo dice? ¿Bothwell? Es muy propio de él falsificar un documento. Tiene toda suerte de documentos falsos, como el que obligó a firmar a todo el mundo en la taberna de Ainslie... ¡con la ayuda de un poco de vino y doscientos soldados! —Con lenta deliberación, Morton rompió el papel y dejó que los trocitos cayeran al suelo—. Creo que ya es hora de que comáis algo. La falta de alimento os ha alterado la mente. Mandaré que os suban una bandeja. Después, el secretario Maitland quiere hablar con vos.

Cuando Morton se retiró, María se arrodilló y recogió los trozos de papel. A lo mejor más tarde podría juntarlos de nuevo y, sobre todo, leer el documento y conocer la verdad.

Avergonzada, intentó cubrirse el pecho. ¿Por qué se había rasgado la ropa? ¿Estaría perdiendo el juicio?

A los pocos momentos apareció un soldado con una bandeja. Envuelta en una sábana, comió despacio la fruta y el pan que le habían subido. No tenía apetito, pero si de veras se había desorientado hasta el extremo de rasgarse las vestiduras, era indudable que necesitaba alimento. Después se tendió en la cama e intentó descansar un poco.

Levantó los ojos y vio a Maitland al pie de la cama. Los soldados se habían retirado y la bandeja había desaparecido. Se sentía aturdida. Debía de haberse quedado dormida. Trató de incorporarse.

—Mi buen secretario —musitó—. Veo que hoy me reconocéis.

Maitland prefirió pasar por alto el irónico comentario.

—Lamento interrumpir vuestro sueño, pero los lores me exigen que os pregunte si vais a abandonar a Bothwell. Si lo hacéis, están dispuestos a devolveros la autoridad.

—¿Devolverme la autoridad? —preguntó María—. ¿Acaso legalmente la he perdido? Decidles que no. Jamás abandonaré a mi esposo, el conde de Bothwell.

Maitland la miró con tristeza.

—Mi apreciada Señora, os conozco desde hace mucho tiempo y a través de mi esposa, que os conoce desde la infancia, que es como si os conociera de toda la vida. Os ruego y suplico que veáis a Bothwell tal como es. Puesto que el divorcio de su primera esposa se obtuvo mediante una confabulación, no cabe duda de que es ilegal... o sería posible demostrar que lo es. No tenéis por qué permanecer unida a él por más tiempo. Podéis libraros de esta unión. Ahora estáis a salvo.

¡A salvo! ¿Con el populacho que aullaba en la calle, y bajo el yugo y la custodia de los rapaces lores? Soltó una carcajada de desesperación.

—No —repuso—. Es mi esposo y jamás lo abandonaré. Con gusto me iría en un barco a la deriva con él a probar fortuna adondequiera que el viento nos llevara.

Maitland parecía compungido.

—Me lo temía. Debéis afrontar la verdad acerca de él. Le escribió unas cartas a su primera esposa diciéndole que os consideraba una simple concubina. —Al ver que ella guardaba silencio, añadió—: Solía ir a verla al castillo de Crichton y seguía visitando su lecho.

—¡Eso es mentira! —exclamó María entre risas.

—¿O sea que no pensáis abandonarlo?

—Jamás. Y si queréis que os dé una razón práctica para que se la comunicéis a ese consejo de chacales que se hacen llamar lores, decidles que estoy encinta y jamás consentiré que a este hijo lo tachen de bastardo... ¡como a lord Stewart!

En la calle, el populacho continuaba gritando. Maitland la miró afligido.

—En tal caso, me temo que, debido a la furia del pueblo, habremos de protegeros de su cólera. Y, si no conseguís recuperar el juicio ni las fuerzas, quizá sea necesario libraros de la pesada carga que soportáis. Veo que la corona ha resultado demasiado pesada para vuestro esbelto cuello.

Aquella noche escenificaron un ceremonioso traslado a Holyrood. Morton y Atholl se situaron uno a cada lado de ella y la escoltaron con una guardia de trescientos soldados de a pie. Detrás avanzaban los lores y otros mil doscientos soldados. El

respeto que en todo momento mostraron en el trato dispensado a Su Majestad satisfizo a la multitud. En el transcurso del día la gente había cambiado de parecer y ahora pedía a gritos su liberación o su rescate. Al ver que la Reina era tratada con tanta deferencia y que se dirigía a palacio por su propio pie, los ciudadanos se dispersaron y regresaron a sus hogares.

Una vez en Holyrood, María se reencontró al fin con sus mujeres: María Seton, María Livingston Sempill, que se había desplazado hasta allí para estar con ella, madame Rallay y dos nuevas pero no menos fieles damas que habían sustituido a las Marías ausentes: Jane Kennedy y Marie Courcelles. Las damas la acompañaron a sus aposentos y la ayudaron a cambiarse de ropa. Sirvieron la cena y por fin María tuvo apetito y comió entre amigas sin ningún temor.

En mitad de la noche la despertaron.

—Preparaos —le indicaron unas voces que no eran las de sus damas, sino las de lord Lindsay y lord Ruthven.

—¿Por qué, qué ocurre? —preguntó, cubriéndose con las mantas.

—Hemos de realizar un viaje. Os rogamos que os vistáis.

María miró a su alrededor. Las damas no estaban.

—¿Adónde? ¿Por qué?

—No somos libres de revelarlo.

—Muy bien. —María se levantó de la cama—. ¿Me concedéis un poco de intimidad para vestirme?

Ambos asintieron con la cabeza y se retiraron.

Aquello parecía un sueño, o algo que ya hubiese ocurrido hacía mucho tiempo. La habían despertado para decirle que se preparara, que la conducirían a un lugar secreto...

A toda prisa se puso las prendas más recias que tenía y se calzó las botas de montar. Tomó una áspera capa de color de herrumbre, pues sabía que iba a necesitarla. Sí, era algo que ya había ocurrido en otra ocasión... Sus damas... Tenía que hablar con ellas, dejarles un mensaje. Había preparado una nota para Bothwell, en la que le contaba con brevedad lo sucedido y le reiteraba su lealtad.

—Vamos —la apremió Ruthven desde la puerta.

—Ya voy —contestó ella. Al pasar por la cámara exterior, se detuvo. Allí la esperaban sus damas, a las que se acercó sin que Ruthven intentara impedirselo—. Llévadle un mensaje a Balfour en el castillo —le pidió a María Seton—. Decidle que, cualquiera que sea el lugar al que me conduzcan, confíe en mí y no entregue el castillo a los lores. Más adelante le enviaré otro mensaje, y también a Bothwell, en Dunbar. —Depositó un papel en las manos de su amiga. Sin sobre. No le importaba que lo

leyeran. Su amor por Bothwell no constituía un secreto vergonzoso.

—Venid —insistió, impaciente, Lindsay, el orgulloso y joven lord que se había atrevido a pensar que sería capaz de enfrentarse en singular combate con su esposo.

Estrechando las manos de madame Rallay en gesto de despedida, se volvió y se encaminó hacia la puerta.

Una vez en el patio de abajo, le indicaron con un codazo que se dirigiera a la parte posterior del palacio. Era el mismo lugar en el que ella había permanecido agachada para ocultarse y huir de aquellos mismos hombres o de sus progenitores tras el asesinato de Rizzio. En aquella ocasión Bothwell y Huntly la esperaban. Ahora, en cambio, no había nadie.

—Montad —le ordenó Lindsay, el mayor de los dos y el más desabrido.

Tomó la brida de un caballo desconocido, lo condujo hasta ella y la obligó a subirse a la silla. Después, montó en su propia cabalgadura y le hizo un gesto al joven Ruthven. Un grupo de soldados surgió como por arte de ensalmo de la nada y, obedeciendo a una señal, todos se alejaron al trote.

Bajaron por el camino hacia el agua y después, en lugar de dirigirse a Leith, giraron a la izquierda y descendieron a Queensferry. Un barco los esperaba en el muelle; todos subieron a bordo con sus caballos. Pasaron sin dificultad al otro lado, donde María pensaba que tomarían el camino de la gran fortaleza de Stirling, que también les serviría de cuartel general. Le extrañó que cabalgaran directos a Dunfermline sin detenerse.

Atravesaron ruidosamente la pequeña localidad en medio de la oscuridad, salieron al otro lado y siguieron adelante hasta llegar a campo abierto. En medio del suave aire estival —todavía hacía calor incluso a aquellas horas— María oyó el canto de los ruiseñores en los bosques. Al llegar al bosque de Blairadam, Lindsay, que parecía conocer muy bien el paraje, se puso al frente del grupo. Allí, en medio de las suaves sombras, se oían otros sonidos: los ásperos gritos de las lechuzas, el gruñido de un turón, el gañido de un perro salvaje desde los matorrales, molesto por la presencia de extraños.

Cuando salieron al otro lado del bosque, el este ya estaba aclarándose con un blanco fulgor nacarado. A contraluz, María vio recortada la difusa silueta del monte Benarty y, a su izquierda, las oscuras colinas de Lomond. Oyó el graznido de los gansos y comprendió de inmediato adónde se dirigían: al castillo de Lochleven.

¡Por supuesto! Era un castillo fortificado que se alzaba en una isla en medio de un profundo y a menudo tormentoso lago; pero lo más importante era que el castillo estaba ocupado por la madre de lord Stewart y un considerable número de vástagos por cuyas venas no corría sangre real. Lady Douglas tenía siete hijas y tres hijos, aparte de su amado Jacobo. Lindsay estaba casado con una de las hijas Douglas, y la primera esposa del viejo Ruthven había sido una Douglas. Su encierro tendría un carácter

familiar en una sólida prisión familiar cuyos carceleros serían todos leales los unos a los otros.

Ahora contempló la ancha y plana superficie del lago rodeado de carrizos y espadañas y oyó a los gansos que anidaban en ellos. Había estado allí en otras ocasiones; ella y Darnley se habían alojado en aquel castillo poco después de su boda, habían cazado en la campiña circundante y regresado por la noche a su isleño refugio en barca de remos. Entonces le había parecido un maravilloso, perfecto y remoto lugar..., el sueño de unos enamorados hecho realidad. Incluso había amueblado sus aposentos con sus propios enseres reales.

Una amarga carcajada se escapó de sus labios; Ruthven volvió la cabeza para ver qué era lo que le parecía tan gracioso.

«Mis aposentos me esperan —pensó María—. El refugio soñado de una novia se ha convertido ahora en el sueño de un carcelero.»

Hicieron oscilar tres veces una linterna, y una luz respondió desde la isla, a una distancia aproximada de una milla. Subieron a una pequeña embarcación, y dos musculosos criados de Lindsay se pusieron a remar con aparente facilidad. La travesía duró muy poco y, al llegar al embarcadero, vieron a sir William, hermanastro de lord Stewart y alcaide del castillo.

—Bienvenida —resolló sir William mientras hacía una reverencia. María recordó que era un hombre enfermizo que siempre pedía que le enviaran medicinas para el pecho y la tos crónica. A pesar de que tenía casi la misma edad que lord Stewart, carecía de su sólido vigor, cualidad que rebosaba, en cambio, en su temible madre lady Douglas, que también se encontraba en el embarcadero.

María ya la conocía de antes pero, a pesar de que la dama siempre se había mostrado muy cortés y había procurado que su estancia en Lochleven resultara agradable, siempre había habido entre ambas la habitual rivalidad entre dos mujeres hermosas cuando una de ellas se encuentra en la flor de la edad y la otra ya la ha dejado atrás. La dama recibió con una sonrisa a su yerno lord Lindsay.

—Tenemos una orden de encarcelamiento —anunció Lindsay en voz alta—. Firmada por Morton, que funge de jefe de los lores en ausencia de lord Stewart.

Sir William tomó el papel en su trémula mano y lo extendió para leerlo bajo la mortecina luz de las antorchas. Acto seguido lo dobló y, cuando se disponía a guardarlo, María dijo:

—¿Podéis leérmelo en voz alta? Tengo derecho a conocer su contenido.

—Ah... sí. Dice: «El citado lord William Douglas deberá confinar a Su Majestad en el interior de Lochleven. Así permanecerá detenida y preservada de todo mal hasta que acceda a separarse de su presunto esposo el conde de Bothwell, el perverso violador y cruel asesino que pretende oprimir y destruir al inocente Príncipe tal como hizo con su padre para, por medio de la tiranía y las crueles acciones, usurpar al fin la corona real

y el supremo gobierno del Reino.»

María soltó una carcajada.

—Vosotros mismos tenéis al Príncipe a salvo en el castillo de Stirling y, en cuanto a los crueles asesinos, debo deciros, milores Lindsay y Ruthven, que yo misma vi los cuchillos en vuestras manos cuando Rizzio fue asesinado. Si no recuerdo mal, os perdoné a vosotros y a Morton aquel crimen cuando os hallabais a mi merced.

Ruthven se acercó y la asió por el codo.

—Ya basta. Eso fue antes de que los brebajes de lord Bothwell os hicieran perder la razón.

María se rió de nuevo pero esta vez con desesperación.

—¿Lo veis? —dijo Ruthven—. Debemos conducirla a un lugar donde pueda descansar.

—Sí, sí —respondió sir William, adelantándose para mostrarles el camino.

Al cruzar la puerta fortificada, María advirtió que no la llevaban a sus habituales aposentos de la torre cuadrada sino a otra torre circular situada enfrente de ella y construida en el ángulo suroriental, al otro lado del prado del patio interior. Lady Douglas abrió la puerta de madera maciza y les hizo señas de que entraran.

En el interior estaba todo a oscuras y se aspiraba olor a moho. En la planta baja sólo había el mobiliario más imprescindible: una tosca mesa, tres banquetas y dos anticuadas velas en unos grandes candelabros de hierro forjado.

—La cama está arriba —explicó lady Douglas.

María subió muy despacio la escalera de caracol, agarrándose a una cuerda. Cuando llegó vio una ascética cama individual en un rincón. La luz era muy escasa y en el suelo ni siquiera había juncos. A su espalda, lady Douglas sostenía una vela en alto.

—¿Así honráis a una huésped? —le preguntó María con voz muy suave.

¿Dónde estaban sus colgaduras, su banco de madera de ébano? Sin duda los habían robado. El mobiliario de aquella pequeña estancia de la torre era más pobre que el del castillo de Dunbar, adonde la había conducido Bothwell. Pero además, aquello había sido distinto, de todo punto distinto, pues Bothwell se encontraba allí, y donde él estaba, ella era siempre bien atendida.

Lady Douglas apartó la mirada, avergonzada. De repente, otra persona surgió de la escalera y se unió a ellas. Era un joven de edad próxima a la de María, con unos grandes ojos azules rodeados por largas pestañas negras.

—Os autorizan para mandar llamar a dos de vuestras damas —anunció—, y a un médico o un secretario.

—Éste es Geordie, mi hijo menor —le informó lady Douglas.

Uno de ellos. Otro enemigo. Pero era muy bien parecido, con su ondulado cabello negro y su rubicunda tez. Qué distintos eran entre sí todos los miembros de aquella familia.

María sintió un gran alivio.

—Pues decidles que me gustaría que viniesen María Seton y... —a María Livingston Sempill no, pues tenía obligaciones familiares— Jane Kennedy. Y también Claud Nau, mi secretario.

—Con mucho gusto, Majestad —contestó el joven con melodiosa voz.

¿Se burlaba de ella? Estaba demasiado cansada y abatida para preocuparse por eso.

Se tendió en la pequeña cama y levantó los pies. Todo parecía dar vueltas alrededor de ella y la viga central del techo parecía el eje de una gran rueda en movimiento. En el exterior el agua lamía las piedras de la torre, y ella aspiraba el olor de la humedad. La estancia de la planta baja debía de estar llena de moho. El lugar resultaba muy apropiado para una prisionera. Como si se hallara en el mar.

En el mar... en el mar con Bothwell... Se sumió en un profundo sueño.

## LVIII

En mitad de la noche Bothwell permanecía sentado en su habitación de Dunbar, con la cabeza apoyada en las manos. Habría debido dormir como un tronco aquella noche que estaba más cansado de lo que jamás había estado en su vida. Sin embargo su tormento resultaba tan grande que no era capaz de acostarse.

Había fracasado. Había perdido la batalla sin descargar un solo golpe. Era la única posibilidad que no había contemplado. Estaba dispuesto a morir pero no a retirarse renqueando de aquella manera. Y María, ¿qué debía de pensar? Era ingeniosa y valiente y no se dejaría intimidar. Pero ahora se encontraba entre enemigos y no era probable que alguien se dejara convencer por sus súplicas o sus sobornos. ¿Cumplirían su palabra? Los conocía muy bien y ya sabía la respuesta.

Resultaría imposible sobornarlos porque ahora los lores lo controlaban todo. María tendría que pedirles permiso hasta para tomar posesión de sus efectos personales. Sólo si el pueblo se rebelara y exigiera su liberación... Pero no, el pueblo estaba en contra de ella, azuzado por Knox y otros como él. Knox pedía su muerte señalando que ni siquiera esto supondría un castigo lo bastante severo y que debía ser devorada por los perros como Jezabel. El dulce y bondadoso Knox revelaba a todo el mundo el inmenso amor de Dios.

¿Qué les habría ocurrido a Huntly y Hamilton? ¿Por qué no habrían llegado?

«Lograré reunir las fuerzas si actúo con rapidez —pensó—. Todavía quedan muchos que son leales a la Reina. Entonces tomaremos Edimburgo y llevaremos a María de nuevo allí.

»Edimburgo. Lo tienen todo en su poder menos el castillo. Balfour sigue conservándolo para nosotros.

»Necesito los enseres personales que guardo en mis aposentos del castillo; mis títulos y escrituras y la patente que me nombra duque de las Órcadas y lord de Shetland; el contrato matrimonial, la vajilla de plata y las joyas...»

Se sirvió una copa de vino y la apuró de un trago. No obstante, en lugar de hacerlo sentirse mejor, el vino le confundió los pensamientos. Por un instante, el temor se apoderó de él pero enseguida se esfumó. Mandó llamar a Geordie Dalglish y le ordenó que acudiese al castillo de Edimburgo y recogiera los papeles y los efectos personales de sus aposentos.

Morton dejó que le recortaran la barba. Le había crecido demasiado y su amante se quejaba. Le gustaba enroscarse los pelos alrededor de los dedos pero ahora decía que su barba parecía un seto de espinos. ¡Las mujeres! Eran muy testarudas y criticonas en



ciertas cosas. Pero si esto la hacía feliz y más dispuesta a retozar con él en la cama, no le parecía un mal trato.

El barbero, cortándole los pelos de debajo de la barbilla, intentaba sonsacarle información con disimulo.

—Es un día espléndido, ¿no os parece, milord? Junio ha sido un mes muy caluroso este año y vos tuvisteis que combatir bajo este sol. La batalla... bueno, me han dicho que no fue una batalla sino que bastó con amedrentarles con la mirada. Y la Reina... no fueron muy amables con ella durante el camino de regreso a Edimburgo. Me cuentan que tuvo que pasar por delante de Kirk O'Field. Muy doloroso. Sé que fue muy doloroso para ella.

—¿De veras? —preguntó Morton—. ¿Acaso la visteis?

—No. Yo no estaba allí —reconoció el barbero.

—Ah —dijo Morton, fingiendo no haber comprendido la pregunta del hombre.

El barbero alzó la barbilla de Morton y empezó a rasurar con cuidado la zona en la que los pelos siempre quedaban prendidos del cuello de la camisa. Constituiría un alivio verse libre de ellos. Morton se relajó.

—¿Y la Reina está...?

—A salvo y descansando —le aseguró crípticamente Morton.

El suelo se había llenado de ricitos rojizos. El hombre tomó una escoba y un recogedor y los barrió.

—¡No sea que los brujos se apoderen de ellos! —bromeó.

A Morton no le hizo gracia. Había muchos brujos sueltos por allí, y las precauciones siempre eran pocas. ¿Por qué razón habría hecho el comentario aquel hombre? ¿Acaso trabajaba para alguno de ellos?

—El fondo del Nor'Loch está tapizado de brujos —aseveró con intención.

El hombre retiró la toalla que había colocado alrededor del cuello de Morton.

—Ya está —dijo, ahuecando la recortada y aligerada barba—. ¿Qué os parece?

Morton se pasó los dedos por ella.

—La noto muy ligera. Justo lo que hace falta en verano.

Introdujo la mano en la bolsa y le pagó al hombre la cantidad habitual. Estaba deseando que se largara junto con sus preguntas.

Más valía que no lo interrogasen demasiado en aquellos momentos. Prefería esperar a que la situación se aclarara. Todo había ocurrido con tal rapidez que necesitaban tiempo para pensar.

Morton regresó a su habitación para elegir la ropa más apropiada para aquel hermoso y soleado día. Solía vestir de negro pero aquel día le apetecía ponerse algo más llamativo. Pero no... Había eliminado de su guardarropa todos los amarillos, los rojos y los morados al convertirse en lord de la Congregación. Aquel día, sin embargo, habría deseado conservar por lo menos una o dos prendas para una de aquellas

insólitas jornadas de junio en que uno está animado y desea sentirse joven y libre.

Tenía un secreto camisón escarlata que se ponía para verse con la señora Cullen cuando su marido el capitán se ausentaba... Al pensar en la señora Cullen se excitó, pero al mismo tiempo rió para sus adentros. Resultaba divertido fingirse moralmente indignado ante el adulterio cometido por Bothwell y la Reina y exigir que se los castigara en debida forma.

El capitán empezaba a convertirse en un estorbo. Se pasaba demasiado tiempo en casa. A lo mejor ya había llegado el momento de que los lores de la Congregación le encargaran alguna misión fuera de la ciudad. O quizás el capitán fuese un traidor y no mereciera vivir.

Morton extrajo una chaqueta bordada con unas florecillas escarlata sobre un apagado fondo de color tierra. Se la puso y observó con satisfacción que ahora la barba apenas le rozaba la almidonada gorguera.

Oyó una repentina llamada a la puerta.

—¡Lord Morton! —dijo una voz alterada, y acto seguido entró Archibald Douglas. Le brillaban los ojos de emoción—. ¡Se ha hecho un descubrimiento! Un auténtico descubrimiento para nosotros... Balfour ha sorprendido al criado de Bothwell cuando entraba en los aposentos de su amo en el castillo. El criado ha intentado escapar pero lo hemos atrapado.

—¿Y qué? ¿Quién era?

—Su sastre Geordie Dalglish. Aseguró que venía a recoger la ropa de Bothwell, pero una noche de «molestias» en el Tolbooth le ha hecho cambiar de opinión. O, a lo mejor, ha sido la contemplación del collar español... o de las botas de hierro... o quizá de la Dama de Hierro...

Archibald adoptó una expresión soñadora; disfrutaba con la crueldad y le encantaban los instrumentos de tortura, cada uno adaptado a una función o a un miembro distinto.

—¿Y qué más? —lo espoleó Morton.

Archibald salió bruscamente de su ensoñación.

—¡Nos condujo a una casita de Potterow al otro lado de las murallas y nos entregó esto! —Sacó un adornado cofrecito de plata con unas eses entrelazadas, y lo depositó con reverencia sobre la mesa.

—¿Qué es? —preguntó Morton, inclinándose para examinarlo.

—Algo muy valioso para lord Bothwell, por supuesto. También había otra caja en la que se guardaban las patentes reales que lo nombraban duque y las distintas concesiones de tierras y herencias de su padre. Creo que debe de ser muy valioso, pues de lo contrario no habría puesto en peligro la vida de su criado para recuperarlo.

—Él no sabía que correría peligro —repuso Morton—. Recordad que ignora que lord Balfour se ha pasado a nuestro bando. Debía de pensar que Dalglish entraría y

saldría a su antojo. —Agitó el cofre. Oyó en su interior un rumor como de papeles. De modo que allí dentro no había joyas, ya que de lo contrario se habría producido un sonido metálico.

—¡Abridlo! —dijo Archibald.

—No —repuso Morton—. Quizá sea más prudente preparar una pequeña ceremonia en cuyo transcurso se fuerce la cerradura en presencia de testigos y se haga constar por escrito el contenido del cofre. Unos testigos nuestros, naturalmente. Id a pedirles a los lores que se reúnan aquí lo antes posible.

Mientras esperaba, Morton tomó el cofre de plata, lo depositó sobre una mesa de mármol del piso de arriba y empezó a ir y venir por la estancia, mirando ansiosamente por la ventana. La muchedumbre de la víspera se había dispersado y Edimburgo ofrecía un aspecto normal. El traslado de la Reina a otro lugar había sido un acierto. Ahora no podrían tocarla ni el populacho ni su guerrero salvador, Bothwell. Allí permanecería hasta que ellos decidieran qué había que hacer, hasta que regresara lord Stewart y los ayudara a tomar una decisión. Tendrían que ejecutar en el acto a Bothwell a fin de cerrarle la boca para siempre. Aunque habían destruido el papel con los nombres que él había cometido la estupidez de entregar a la Reina, Bothwell guardaba en su cabeza la suficiente información acerca de los asesinos del Rey como para socavar la postura de inocente indignación que habían adoptado los lores.

Morton caminaba arriba y abajo. Le encantaba su casa de la ciudad, le encantaba todo de ella, desde los oblicuos rayos del sol que penetraban en las estancias superiores hasta la madera labrada de la sala de la planta baja. Sin duda Dios lo había bendecido.

Aquella tarde once de los lores de la Congregación se reunieron en torno a aquella mesa de mármol. Entre ellos figuraban Maitland, desde luego, y tres condes: Atholl, Mar y Glencairn. Los lores Home, Sempill, padre del esposo de Lusty, y Sanquhar, junto con el señor de Graham, el de Tullibarden y Andrew Douglas. El brillante cofre de plata semejaba un arcón en miniatura.

Morton probó varias llaves que le había proporcionado un herrero de Edimburgo pero ninguna de ellas abría la cerradura pues, al parecer, era extranjera. Por consiguiente, tomó un martillo y una lima y abrió el cofre a golpes. Había hecho unas pequeñas mellas en la tapa, lo que no impidió que la levantara y extrajese de su interior un montón de papeles y cartas dobladas.

—¡Ah! —exclamó—. Documentos. ¡Veamos de qué son! —Empezó a desdoblarlos con rapidez y en su rostro se reflejó la decepción—. Un largo poema en francés —dijo dejando a un lado el papel y tomando otro—. Una carta. En francés. Habla de... algo relacionado con un criado. —Dejó el papel a un lado—. Y ahora...

Era otra carta en francés. Le echó un rápido vistazo. Más aburrida que la anterior, con unas clásicas alusiones a Medea.

Cartas de amor. Se avergonzó y se sintió un necio por haber convocado a todos los lores para mostrarles un montón de cartas de amor.

Tomó otra. Ésta, también en francés, hablaba del conde de Lennox, y se refería a sus servidores.

El siguiente papel resultó ser un contrato matrimonial, fechado el 5 de abril de 1567; en él María prometía casarse con Bothwell. También estaba escrito en francés, por supuesto. No obstante, no era de extrañar que lo guardara. Se trataba de un documento legal que demostraba el propósito de la Reina.

—¿Cuál era la fecha? —preguntó Maitland.

—El 5 de abril —contestó Morton, y entonces lo comprendió—. Tres semanas antes del «secuestro». ¡Eso demuestra que fue un falso secuestro! ¡Él y la Reina lo planearon! ¡Estaban en connivencia!

Morton sacó con ansia otra carta. Esta vez las frases le saltaron a la cara. «Por eso me dijo que era una empresa insensata y que por mi honor jamás podría casarme con vos pues, estando casado, vos me llevasteis allí.»

Miró en silencio a los demás lores. Extrajo otra carta muy larga de varias páginas. Su rostro palideció y después enrojeció mientras tartamudeaba a causa de la emoción.

—¡Oh! Esta carta... es una extraña y febril pesadilla escrita a trancas y barrancas, pero demuestra... Oh, santo Dios...

—¡Leedla! —le pidió Maitland.

—¡Es demasiado larga! Pero podéis leerla uno por uno, cuidando de no estropearla ni mancharla. Dice... oh, prestad atención: «Por desgracia, jamás he engañado a nadie, pero me entrego por entero a vuestra voluntad. Decidme qué debo hacer y, sin importarme lo que me ocurra, os obedeceré. En resumen, he sabido que él sospecha y, sin embargo, confía en mi palabra.»

Maitland soltó un bufido.

—Eso no significa nada. No se menciona ningún nombre. ¿Lleva el nombre del destinatario y la fecha, o alguna firma?

—No —reconoció Morton.

—Si escribierais una carta de amor a una mujer que no fuese vuestra esposa, ¿la firmaríais? —preguntó el conde de Atholl con una presuntuosa sonrisa en los labios.

—No —contestó Morton, que había escrito muchas—. Pero hay más. Se menciona al Rey. «El Rey mandó llamar a Joachim y le preguntó por qué razón yo no me alojaba cerca de él.»

—Demasiado vago —opinó Erskine—. Podría referirse a cualquier cosa. Habría podido escribirlo una criada.

—¡Pero no esto otro! —exclamó Morton en tono triunfal—. Oíd: «Ahora, para

lograr que confie en mí, he de ganarme su favor. Por consiguiente, al exigirme él la promesa de que, cuando se curara, yo compartiría de nuevo su lecho, le contesté, fingiendo creer en la suya, que, si él no cambiaba de parecer, yo estaría de acuerdo.»

—¿Y qué? —replicó Erskine—. Eso sólo demuestra que la carta la escribió la Reina.

—Pero ¿por qué le escribía estas cosas a Bothwell? He aquí por qué: «Me gusta escribiros mientras todo el mundo duerme, puesto que no puedo hacer lo que más deseo, que es permanecer entre vuestros brazos, vida mía, que a Dios suplico guarde de todo mal.»

—O sea que eran amantes y, por lo visto, considera a Dios una especie de alcahuete celestial —dijo Glencairn—. Muy divertido, pero eso todo el mundo lo sospechaba.

—¡Sospechar no es lo mismo que demostrar! ¡Esto demuestra que eran amantes antes de que muriera Darnley, y que ella fue a Glasgow por un motivo secreto! Por eso lo sacó de allí. ¡Era un plan!

—Eso parece —reconoció Atholl, alargando la mano para que le entregaran otros documentos.

Los lores se pasaron el resto de la tarde examinando las cartas y leyendo con regocijo las frases más significativas como si hubieran descubierto un tesoro escondido.

—«Lejos de aquel lugar donde dejé mi corazón, resulta fácil comprender cuál era mi estado de ánimo...»

—«Pero no temáis, el lugar se preservará hasta la muerte.»

—«Ahora, si deseáis, vida mía, que me juegue el honor, la conciencia, el azar y la grandeza, aceptadlo en buena hora y no atendáis la interpretación de vuestro hipócrita cuñado a quien suplico no deis crédito en contra de la más fiel amante que hayáis tenido o tendréis en el futuro.»

Todos rieron entre dientes.

—Parece una niña enamorada —apuntó lord Home—, pero sabemos que Bothwell inspiraba grandes pasiones en las mujeres. ¿Cómo estar seguros de que estas cartas las ha escrito la Reina? Bothwell era un conquistador y sería muy propio de él guardarlas para satisfacer su vanidad, o conservarlas para provocar los celos de alguien. Sospecho que ésta debía de ser su finalidad.

—Bien, cualquiera que fuese la verdadera intención del conde, nosotros las utilizaremos con otra. Con estas cartas, caballeros, justificaremos el cautiverio de la Reina.

—¡Oh, escuchad esto otro! —intervino Erskine—. Es imposible que lo haya escrito la Reina, pues resulta demasiado servil y quejumbroso: «Dios os perdone y os conceda, mi único amigo, toda la suerte y prosperidad que os desea vuestra humilde y fiel amante que pronto espera ser algo más para vos, en recompensa por todos sus

sufrimientos. Apenas he dicho nada y ya es muy tarde pero, aunque nunca me cansaría de escribiros, terminaré tras besaros las manos.» Esto debió de escribirlo la noruega que lo siguió hasta aquí y a quien él abandonó después —añadió entre risas.

—Señores, considero de la máxima importancia dar a conocer al mundo esta horrible prueba, escrita de puño y letra de la Reina, de la intriga que urdieron ella y Bothwell para asesinar al inocente Rey —anunció Morton, muy serio—. ¿Estamos de acuerdo?

Todos los reunidos asintieron con solemnidad.

Cuando sus compañeros ya se habían retirado, Maitland y Archibald todavía se quedaron un rato. Maitland rodeó de manera amistosa el cuello de Morton con el brazo.

—No olvidemos que fuimos nosotros quienes planeamos la muerte del Rey o que, por lo menos, tomamos en consideración esta posibilidad. Sería fácil olvidarlo y confundir nuestros relatos y nuestras pruebas.

—Es posible que firmáramos aquel papel y que nos reuniéramos en Whittingham, pero lo cierto es que no matamos al Rey —insistió Morton.

—Muy bien pues —dijo Maitland—. Quisiera saber quién lo hizo. Me refiero a quién lo hizo de verdad.

Los lores, cuyos severos rostros contrastaban con la alegría que sentían en su fuero interno, bajaron en ceremoniosa procesión por Canongate. Se dirigían hacia los aposentos reales de Holyrood para limpiarlos y vaciarlos. El reinado de la Reina había llegado a su fin.

Eran seis: Maitland, Morton, Erskine, Atholl, Glencairn y Douglas. Se había corrido la voz y muy pronto una gran multitud se congregó a su espalda, esperando que le cayera una parte del botín o, por lo menos, divertirse un poco en aquel espléndido día de junio. Desde que la Iglesia Reformada prohibiera las jaranas del festival de la primavera, Robin Hood y las ruidosas ferias que solían celebrarse en los días festivos, el pueblo estaba hambriento de festejos.

Los lores entraron en el palacio, dejando fuera a la multitud, pero la invitaron a esperar en el patio. Una vez dentro, subieron por la gran escalinata y empezaron a honrar con alegría distintos lugares en los que se habían producido actos de violencia o humillación, en una especie de vía crucis protestante.

—Mirad, aquí está el arcón donde se depositó el cadáver de Rizzio desnudo.

—Éste es el descansillo desde donde lo arrojaron.

—Ésta es la estancia donde John Knox hizo llorar a la Reina.

—Aquí amonestó a las necias Marías por su vanidad.

—Aquí es donde Rizzio recibió la primera puñalada.

—¡Y mirad, ésta es la escalera por la que subió Darnley!

Las tres habitaciones que habían constituido el dominio privado de María estaban vacías, pero todas las cosas se encontraban todavía en su lugar. En el cuartito aún se conservaba la mesa de la cena («la que se volcó y golpeó el vientre de la Reina») con sólo dos candelabros sobre su reluciente superficie. La cama estaba hecha, y la colcha de seda verde y amarilla con su verde fleco de seda llegaba hasta el suelo. El pequeño escritorio con incrustaciones de nácar y marfil tenía un estuche cerrado con llave y una caja de marfil para las plumas y la tinta. A un lado había un estuche de plata con una cubierta de terciopelo verde. Todo estaba dispuesto con tanta perfección que, antes incluso de mirar, ellos ya sabían que el contenido del estuche estaría ordenado y atado con una cinta de color escarlata.

En la pared había un crucifijo flanqueado por dos cirios y ante él un reclinatorio. Cerca de allí colgaba un cuadro enmarcado de la Virgen.

Adosadas a otra pared había unas grandes arcas cerradas con llave, adornadas con tachones, y dos armaritos decorados con flores y pájaros con un espejo encima de uno de ellos.

Los hombres miraron en torno a sí en silencio. La costumbre los hacía hablar en voz baja, mostrarse respetuosos, cuidar su postura y sostener los sombreros en la mano. La presencia de María llenaba la estancia; por un instante, pareció imposible que ella no se encontrase allí. Después su ausencia se hizo evidente y les pareció extraño y anormal.

Todos aquellos objetos les pertenecían, y eran libres de hacer con ellos lo que quisieran.

Todo era suyo.

Glencairn fue el primero en entrar en acción. Tomó el estuche del escritorio, en el que se representaba la historia de Eros y Psique, y retorció los tiradores. Al ver que no se abría, lo levantó por encima de su cabeza y lo estrelló contra el suelo.

—¡Es francés! —exclamó—. ¡Un objeto que la puta francesa se trajo de allí!

Maitland hizo una mueca.

—No hacía falta romperlo.

—¡Vamos a ver qué hay dentro! —Glencairn se inclinó e intentó abrir los cajones. Al no conseguirlo, empezó a propinar puntapiés con sus botas claveteadas y astilló la delicada madera—. ¡Ah! —Vacío el contenido: un montón de cartas y papeles—. ¡Basura francesa! —gritó—. ¡Mirad, está todo en francés!

—Sí, Glencairn. Es la costumbre cuando se escribe a los franceses —señaló Maitland—. Casi todo el mundo sabe leer el francés —añadió con intención,

consciente de que Glencairn no sabía. Tomó las cartas y les echó un vistazo—. Ésta es una copia de una carta dirigida a Catalina de Médicis..., ésta es para su ahijada, la pequeña Marie de Elboeuf..., ésta es para su tía la abadesa...

Glencairn sacó otros papeles.

—Aquí están... ¡los códigos! ¡Mirad! —levantó la voz, con sincero asombro—. ¡Aquí debe de haber sesenta claves!

Maitland tomó un puñado.

—De modo que a esto se dedicaba Rizzio. A descifrarlo todo. Un trabajo aburrido y pesado. No me extraña que ella lo echara de menos. No había nadie con la suficiente paciencia como para hacerlo. Yo, desde luego, no la habría tenido. No utilizábamos todo eso cuando yo era todavía el principal secretario.

—¡Lo que yo quisiera saber es por qué son necesarias estas claves! —rezongó Morton—. Quiero decir que sólo los espías y las personas implicadas en asuntos secretos tienen que recurrir a ellas.

Empezó a moverse por la estancia con expresión de desagrado, deteniéndose para acariciar los tapices y el mantel de terciopelo que cubría una mesa. Aquel bordado quedaría bien en la sala de su casa.

—¡Debió emplear claves en sus cartas a Bothwell! —graznó Glencairn—. ¿Por qué no se le ocurrió hacerlo?

—La pasión se las borró de la memoria —contestó Atholl entre risas—. ¿Os imagináis escribir «corazón mío, alma mía, amor mío, me prometisteis que estaríamos juntos toda la noche» y tener que pensar, «hay que sustituir la ese por un dos y la erre por una a»?

Mientras los hombres estallaban en carcajadas, Atholl se tendió en la cama, tomó una almohada y la abrazó con pasión. Después se colocó encima de ella y la acometió, diciendo con voz de falsete:

—Oh, milord Bothwell, oh, deteneos, oh, oh, no os detengáis...

—¿Dónde creéis que ocurrió por primera vez? —preguntó Erskine de repente—. ¿Debió de ser aquí?

—En esta estancia ha habido un exceso de maldad, de modo que es posible sucediese aquí —dijo Maitland—. No puedo por menos de pensar que el día en que ella puso los pies aquí fue un día aciago. Es como si este lugar la hubiera empujado hacia el mal y la hubiera alentado a cometerlo.

Morton dobló con cuidado un tapiz y lo dejó a un lado para llevárselo más tarde.

—Vamos, ¿no estaréis insinuando que, si ella hubiera establecido su residencia principal en el palacio de Falkland o el castillo de Edimburgo las cosas habrían sido distintas?

—No sé qué insinúo. Sólo sé que hay algo inquietante en los acontecimientos que ocurrieron aquí. —Maitland se volvió hacia la ventana que daba al patio. La gente



continuaba allí, esperando alguna distracción—. Aquí fue donde escuchó la música que le tocaron cuando llegó por primera vez. —Sacudió la cabeza—. Creo que se esforzó por hacer bien las cosas.

—La lujuria fue su perdición —señaló Morton en tono solemne.

—No es tan sencillo —replicó Maitland, mirándolo enfurecido—. Una ceremonia nupcial convirtió la lujuria en un matrimonio legal. Si la mera lujuria bastara para hundir a una persona, no habría ni uno solo de nosotros que no estuviera encerrado también en Lochleven.

—¡Sólo lord Stewart seguiría en libertad! —dijo Mar, intentando recomponer la festiva atmósfera que Maitland estaba estropeando.

—Ni siquiera se libraría Knox —terció Atholl—. Tengo entendido que agota a su joven esposa. ¡Y cuando la cortejaba, se emperifollaba como una puta francesa!

—¡Mirad! —Morton había abierto con una palanca los cajones de las arcas adornadas con pinturas y extrajo lo que, al parecer, eran unos cofres de joyas. Rompió las cerraduras y derramó el contenido sobre la mesa cubierta con un mantel de terciopelo.

Todo estaba allí: las alhajas personales de la Reina, los relojes, las sortijas, los broches y los collares; el Gran Harry y la sarta de perlas negras. Morton se enroscó el collar de perlas alrededor de sus manazas y las levantó. El collar era tan largo que tuvo que extender los brazos al máximo para estirarlo.

—Recuerdo habérselo visto puesto. ¡Dios bendito, cuánto le gustaba! —exclamó Erskine.

—Y ahora es nuestro. Mejor dicho, de Escocia —dijo Morton relamiéndose—. Pensad en el dinero que nos darán por todo eso.

De repente, a Maitland se le ocurrió una idea.

—Conozco a una persona a quien le gustan las perlas más que a nuestra soberana —dijo—. ¡La Reina de Inglaterra! Apuesto a que pagará un buen precio. ¡Hemos de ofrecérselas!

—¡Abrid esta caja! —gritó Douglas, retirando la cubierta de terciopelo del curvado estuche de plata.

Morton tomó con ansia el martillo y el escoplo. La tapa se abrió de golpe.

En el interior había unos paquetitos envueltos en seda. Morton se veía negro para manejar unas cosas tan pequeñas. Por fin consiguió retirar la envoltura de seda y apareció una miniatura, que cayó al suelo y se rompió sin que él tuviera tiempo de evitarlo. Molesto, tomó los fragmentos y trató de juntarlos.

—Parece una miniatura de Francisco —dijo.

Los demás paquetitos resultaron ser miniaturas de la familia real francesa, de Darnley y de Isabel. Al ver las de Darnley e Isabel guardaron un turbado silencio.

—¿Por qué debía de conservarlas? —preguntó Glencairn.

—Es muy astuta —señaló Morton—. Observad que no hay ninguna de Bothwell. — Se guardó las miniaturas en el bolsillo y regresó a la mesa de las joyas.

Mientras Morton contemplaba con avidez las joyas, los demás se dedicaron a vaciar de un modo sistemático los cajones y las arcas. De repente, Glencairn puso los ojos en blanco.

—¡La capilla papista! —exclamó—. ¡Hay que destruirla!

—¡Sí! —gritó Douglas—. ¡La esencia de su afrenta, la capilla papista! ¡La que intentamos destruir aquel primer domingo!

Los dos abandonaron los aposentos y bajaron por la galería en dirección a la capilla.

Doblaron una esquina y allí estaba, con las puertas abiertas de par en par, sin fingir ser otra cosa, sin tener tan siquiera la modestia de ocultarse, ¡exhibiéndose en cambio como la Ramera de Babilonia! Profiriendo un grito, ambos hombres entraron en la capilla, rasgaron las colgaduras, derribaron el altar, abrieron el sagrario donde se guardaban las formas consagradas y las esparcieron por el suelo. Después a Glencairn se le ocurrió una idea. Las recogió a puñados y las arrojó por la ventana a la muchedumbre que aguardaba en el patio. La gente se acercó gritando, tomó las obleas y todos se las arrojaron unos a otros.

—¡Librémonos de esta abominación! —gritó Douglas, propinando un puntapié a la base de madera labrada del altar.

Glencairn estaba arrancando las incrustaciones de marfil, derribando las imágenes y rompiendo las vidrieras de colores. En pocos minutos la capilla quedó reducida a escombros.

—¡Knox se sentiría orgulloso! —dijo Douglas—. El siempre decía, «Cortad el árbol para evitar que los pájaros regresen y aniden de nuevo en sus ramas». Pues bien, ¡ya lo hemos cortado!

Los otros cuatro hombres los estaban esperando junto a la entrada de los aposentos reales, cargados de bordados, joyas, objetos de plata, cuadros y colgaduras.

—Tomad lo que queráis y vayámonos de aquí —les indicaron a los destructores de la capilla.

Entre los objetos del botín de Maitland figuraba el crucifijo de marfil de la pared. Quería enviárselo a María a Lochleven. Era francés y muy antiguo y debía de tener un significado personal para ella.

—Morton, supongo que le mandaréis las miniaturas a la Reina, ¿verdad? —le dijo a su compañero—. Carecen de valor y no creo que constituya para vos un placer contemplar la efigie de lord Darnley.

Morton lo fulminó con la mirada. Después le pediría que devolviera la tortuga de rubíes... en caso de que lo hubiera visto guardársela en el bolsillo.

—Pues claro —contestó, indignado.

## LIX

Al parecer, no había manera de que María despertara. Los sueños marineros protagonizados por Bothwell se mezclaron con otros sueños sobre el castillo de Stirling y un hombre que era en parte lord Stewart y en parte lord Darnley. En ellos soplaban un fuerte viento y se organizaban carreras de ponis como en otros tiempos. La esposa de lord Lindsay la vigiló hasta que dos días más tarde llegaron sus damas en barca de remos desde la otra orilla a través de las picadas aguas del lago, con fardos de ropa, libros de oraciones y medicinas.

—Lleva así desde que llegó —musitó lady Lindsay, mostrándoles a la Reina, todavía tendida en la cama—. No ha comido ni se ha despertado —añadió con sincera preocupación.

María Seton se acercó a la cama y contempló en silencio a su señora, a quien había visto en tantas circunstancias distintas a lo largo de tantos años. Se fijó en el exangüe rostro de la Reina y en su inmovilidad. Parecía sumida en un estado mucho más profundo que el del sueño.

Seton se arrodilló al lado de la cama y tomó la mano de María en la suya. Estaba fría. La apretó e intentó comunicarle un poco de calor. Le alisó el enredado cabello hacia atrás y le friccionó las sienes.

—Majestad —le susurró al oído—. Hemos venido para ayudarlos.

María no abrió los ojos ni dio señales de haberla oído.

—Aquí hay mucha humedad y hace frío aunque fuera caliente el sol —observó Seton—. ¿Podría encender la chimenea?

Lady Lindsay asintió con la cabeza.

—Pedid también la comida que queráis; le hemos ofrecido caldo, pan y sopa, pero se ha negado a comer. Mi madre cree que se debe a que ha hecho la promesa de no tocar la comida hasta que se reúna con su esposo, pero eso es absurdo. Ha pronunciado su nombre en sueños pero no come porque está enferma. Cuando la trajeron aquí hacía varios días que llevaba una vida anormal, y esto se ha cobrado su tributo.

Lady Lindsay se retiró de la estancia para pedir leña, y Seton se volvió hacia Jane Kennedy y Claud Nau.

—Quizá sea una bendición que ahora no oiga ni piense. Ya ha oído demasiadas cosas.

Las fieles servidoras mantuvieron el fuego encendido para caldear la estancia y le ofrecieron comida a su señora cada vez que ésta parecía estar a punto de despertar. Entretanto, iban y venían y deshacían los fardos que habían llevado, procurando arreglar la estancia para que resultara lo más acogedora posible. Seton colgó el crucifijo que Maitland le había entregado con discreción.

Pasaron varios días en cuyo transcurso las noticias del exterior sobrevolaron el lago como las aves acuáticas que tanto abundaban en aquellos parajes. Los lores habían sorprendido a un servidor de Bothwell cuando recogía parte del tesoro y los papeles de su amo; el audaz guerrero lo había enviado directo al nido de sus enemigos cual una gaviota que se zambullera en el agua en busca de peces. Los papeles resultaban comprometedores, sobre todo para la Reina. Mientras, Bothwell seguía en libertad —por lo menos, los lores habían cumplido la palabra dada a la Reina de no causarle daño—, intentando reunir otro ejército para rescatar a la Soberana. Había ido a las Fronteras y al oeste para hablar con los Hamilton y con otros.

De repente, los lores pusieron un precio de mil coronas a su cabeza por instigación de John Knox y de la Iglesia Reformada, que consideraban una vergüenza permitir que aquel bribón anduviese suelto por ahí sin recibir ningún castigo. Unos días más tarde lo emplazaron el 22 de julio en el Tolbooth para que respondiese de la triple acusación de asesinato del Rey, secuestro de la Reina y forzado matrimonio ilegal con ella; de lo contrario lo declararían proscrito y lo privarían de todos sus títulos y propiedades. Para entonces Bothwell ya había abandonado Dunbar y se había trasladado al norte, siempre en su afán de reunir un ejército.

Los franceses, al igual que los ingleses, manifestaron su interés por obtener la custodia del pequeño príncipe, ambos alegando actuar en cumplimiento de su deber como padrinos del niño.

Todas estas cosas se comentaban en susurros en la pequeña estancia de la torre, lejos del alcance del oído de la Reina. Ninguna comunicación de Bothwell conseguía atravesar las recias defensas que rodeaban a su cautiva esposa.

Cuando por fin recuperó la conciencia, María vio el conocido crucifijo en la pared, como flotando sobre la piedra gris. Le pareció que el Crucificado extendía los brazos y le decía que estaba sana y salva en casa. Cerró los ojos y esperó regresar al lugar en el que había permanecido hundida. Pero esta vez no se hundió en él sino que se quedó flotando cerca de la superficie; era como si las profundidades no quisieran recuperarla. Oía voces, no las trémulas voces de los sueños, sino voces reales: sosegadas, tiernas, insistentes.

—Creo que regresa la barca...

—Debemos pedir que remienden este tejido...

Una delicada voz de mujer.

—La carta decía que quizá venga un emisario de Londres.

Una voz masculina con un característico acento.

Las voces eran conocidas pero ninguna era la de Bothwell; él no se hallaba cerca de allí, y ella no quería hablar con nadie más. Mantuvo los ojos cerrados y permaneció inmóvil, rezando para que la arrastrasen de nuevo aquellas mullidas y aterciopeladas profundidades en las que no se le exigía nada, el tiempo no transcurría y nadie la reconocía.

—Su respiración ha cambiado —dijo una voz, justo a su lado.

Al momento le apoyaron la cabeza en otra almohada y otras emocionadas voces surgieron alrededor de ella.

—¡El color! ¡Ha recuperado el color!

Le inclinaron la cabeza hacia delante para colocarle otra almohada debajo, pero tenía el cuello muy sensible y le dolió. Emitió un gemido.

Unas manos se apresuraron a aplicarle paños mojados en el rostro y alguien empezó a frotarle las muñecas. La sensación era tan desagradable que no pudo evitar abrir los ojos. La luz la cegó.—¡Está despierta! —exclamó María Seton—. ¡Oh, Majestad! ¡No, no cerréis los ojos, os lo ruego! ¡No, no!

María hubo de valerse de toda su fuerza para mantenerlos abiertos. Intentó dirigirle una sonrisa a Seton, pero sus labios no la obedecieron.

Claud Nau se inclinó hacia ella.

—¡Oh, gracias a Dios y a todos los santos! —exclamó—. ¡Sopa! ¡Sopa! —añadió haciendo desesperados gestos con la mano.

En un instante la incorporaron en la cama y Seton empezó a acercarle cucharadas de sopa a los labios. El sabor le resultó tan repugnante que a punto estuvo de hacerla vomitar. Tuvo que esforzarse por tragársela.

Agotada por el esfuerzo, se recostó en la almohada, cerró los ojos y se quedó dormida, pero esta vez fue un sueño distinto y, cuando despertó unas cuantas horas más tarde, trató de incorporarse sin ayuda.

Le ofrecieron nuevamente sopa y esta vez se la tragó sin dificultad e incluso bebió un poco de vino aguado. Durmió toda la noche y a la mañana siguiente comprendió que regresar a su refugio de los sueños ya no era posible. Se despertó con normalidad y llamó a Seton con una voz que parecía un graznido por falta de uso. Seton se acercó de inmediato.

—Me siento muy débil —le dijo María, alzando una mano. Observó lo delgado que tenía el brazo y lo mucho que le dolía levantarlo. El simple hecho de hablar parecía exigirle un esfuerzo sobrehumano.

—Os habéis pasado dos semanas sin comer y casi sin moveros —le informó Seton.

—¿Dos semanas? ¿Estoy todavía en Lochleven?

—Sí, mi Señora, ¿dónde creíais estar?

—No lo sabía. —María se echó a llorar—. Pero pensaba que era un lugar amistoso.

—Aquí tenéis amigos —le aseguró Seton.

—Sin embargo, aún estoy prisionera, ¿verdad?

—Sí, es cierto.

Le vino todo a la memoria como una repentina y oscura marea.

—Los lores... Bothwell. ¿Qué se sabe de él?

Los servidores se miraron unos a otros.

—No se sabe nada de Bothwell, mi Señora —contestó Seton al fin.

—¿Ni una palabra..., ni una carta...?

—Nada ha llegado aquí. Nos vigilan estrechamente.

—Ah. —La voz de María sonó como un suave suspiro—. Entonces es inútil.

Pocos días después María se levantó, se vistió y empezó a comer con normalidad. Pero actuaba como si se hallase sumida en un trance hipnótico. Su rostro parecía una máscara y sus ojos estaban apagados. Permanecía sentada largas horas sin hablar y ni siquiera intentaba escribir cartas o conseguir alguna concesión de sus carceleros. Rezaba en silencio delante del crucifijo y una vez preguntó con un hilo de voz cómo había llegado éste hasta allí. Seton le explicó que se lo había llevado Maitland; no le describió la destrucción de la capilla que lo había acompañado, y María no manifestó la menor curiosidad por saber más.

En cierta ocasión, Nau acercó una silla y, tomando sus manos en las suyas, le comunicó con la mayor delicadeza que habían mandado llamar a lord Stewart y que sus enemigos poseían ciertas pruebas contra ella que quizá la obligarían a abdicar.

—¿Abdicar? —preguntó María en voz baja—. ¿Renunciar a mi trono? Ahora veo que Bothwell tenía razón. Eso era lo que se proponían desde el principio.

—Majestad, ¿recordáis algo que obrase en poder de Bothwell y que pudiera servir para los propósitos de los lores? —le preguntó Nau.

—Sí —contestó María esbozando una torcida sonrisa—. Le escribí unas cartas de amor; le pedí que las destruyera, pero él las guardó. Supongo que las utilizarán en mi contra, tomando algunas frases sueltas e interpretándolas a su manera. Sin embargo, no me importa —aseveró—. No me importa.

—¿Accederíais a abandonar a Bothwell y a divorciaros de él? Los lores sostienen que, si lo hacéis, os sentarán de nuevo en el trono. Ahora la situación de Bothwell es desesperada; está desacreditado y muy pronto lo declararán proscrito. Pero vos podéis salvar a vuestra persona y vuestro trono.

—¡Jamás! —contestó María con una vehemencia que no había mostrado desde que días atrás saliera de su modorra—. ¡Jamás! Llevo un hijo suyo en las entrañas y no permitiré que este hijo sea tenido por bastardo y que caiga la deshonra sobre nosotros tres.

—La estrella de Bothwell se ha eclipsado —insistió Nau.

—Razón de más para que yo, su esposa, continúe siéndole leal, y lo seré hasta que me muera.

Envuelta en aquel manto de cansancio y de profunda tristeza, ya no se sentía viva. Era un manto que no lograba quitarse por mucho que durmiera o por muy saludable que fuese su alimentación. A veces la vigilia y el sueño le producían dolor, y otras, una preocupante ausencia de sentimientos.

«No tengo nada —pensaba—. He reinado durante veinticuatro años, pero si esta noche me muriera mientras duermo, nada podrían escribir acerca de mí en las crónicas. Fui Reina de Francia durante cuatro años y medio, pero cuando murió Francisco, todo aquello pasó y ahora en Francia nadie me recuerda. Hace seis años que reino de manera directa en Escocia y, aunque no han estallado guerras con el extranjero, los nobles jamás han hecho las paces entre sí. Todo mi reinado ha consistido en una sucesión de intrigas seguidas de indultos. Todos mis matrimonios han fracasado de una manera o de otra. No he conseguido que Isabel me reconociera como sucesora suya. Los católicos extranjeros me han vuelto la espalda porque no he sido lo bastante dura con los herejes de Escocia, y los herejes de Escocia me odian porque soy católica. En definitiva, he fracasado.»

Cuando se entregaba a tan melancólicas reflexiones, solía abrir su corazón a Cristo crucificado, pero éste parecía tan duro e insensible como los lores. Recordó que el crucifijo colgaba del muro de la abadía de Saint Pierre y que ella había rezado delante de él cuando, tras refugiarse con su tía, había llegado a la conclusión de que su destino estaba en Escocia.

La abadía... Era tan dulce y tentadora que ella había abrigado el deseo de permanecer allí para siempre. Pero no, le había parecido que Escocia la llamaba y que Dios quería que cumpliera su deber allí.

«También a Dios le he fallado —pensó, profundamente abatida—. Me preciaba de tener vida espiritual. En cambio, con la existencia que he llevado he dado motivos para que el pueblo me trate de ramera e incluso para que me considere sospechosa de asesinato.» El crucifijo de la pared no le ofreció consuelo alguno, y Jesús la miró con frialdad.

Le permitían pasear por el reducido territorio de la isla, siempre con un guardia. El edificio del castillo ocupaba casi toda la tierra que sobresalía de la superficie del agua, excepto un pequeño jardín vallado. María solía permanecer de pie en el borde del murete del jardín y contemplar el agua y la pequeña localidad de Kinross al otro lado. Decían que William Wallace<sup>[8]</sup> había recorrido a nado aquella distancia vestido

con prendas de cuero y con la espada atada al cuello, pero ella no sabía nadar ni tenía la menor esperanza de escapar de allí de aquella manera. Se preguntó con indiferencia si el lago se helaba en invierno, aunque suponía que no, pues de otro modo la isla no se habría empleado como prisión. Incluso la idea de alcanzar a pie el otro lado le parecía superior a sus fuerzas. De hecho, todo le parecía superior a sus fuerzas, y ni siquiera se distraía contemplando las mariposas que danzaban alrededor de las cañas de la orilla ni el lustroso verde iridiscente de las cabezas de los patos silvestres ni el bamboleo de los patitos que seguían a sus madres.

—Los nenúfares están a punto de florecer —le dijo lord Ruthven, que era su guardián aquel día.

—Me da igual —contestó ella, y no mentía.

Que florecieran, que se abrieran al sol, que emitieran el perfume de Cleopatra..., no le importaba. Para ella significaban lo mismo que unas viscosas y putrefactas malas hierbas.

—Me habían dicho que os gustaban las flores —comentó Ruthven.

—¿Quién os lo dijo? —replicó ella—. ¿Vuestro devoto padre?

—Me lo dijo María Seton —contestó Ruthven sonriendo.

Pretendía mostrarse simpático. Debía de querer algo. Por desgracia para él, todo sería inútil. Ya no la seducía ni siquiera la naturaleza.

—María Seton jamás hablaría con vos de mis aficiones y aversiones. —Dejó escapar un suspiro. Hasta una breve conversación como aquélla la cansaba.

—En eso os equivocáis. Está deseando hablar de vos. Todos queremos que os recuperéis.

María introdujo la mano en su bolsa de tela, sacó unas migas de pan y se las arrojó a los patos, que se acercaron nadando lentamente para investigar, emitiendo unos bajos sonidos que, más que graznidos, parecían gorgoteos. Después empezaron a comerse las migas, agitando las alas y moviendo la cola.

—Comprendo —repuso, mientras pensaba: «Mi corazón jamás se recuperará. Se quedará embotado, sin deseo, placer ni voluntad.»

—Cuando sois vos, sois una auténtica soberana —dijo Ruthven.

María se volvió hacia él. Qué extraño comentario. El joven bajó la vista como si no quisiera que ella lo mirara a los ojos. El sol iluminaba sus largas pestañas. Sus cabellos eran un poco más oscuros que sus cejas, y su aspecto general resultaba bastante atractivo.

—Una reina para destronar —contestó—. Me han dicho que vosotros, los lores, queréis que abdique.

—Algunos lo quieren —dijo Ruthven—, pero, si fuerais libre...

María soltó una breve carcajada.

—¡Ah, si fuera libre! —«¿Qué haría si fuera libre?», pensó. «Me temo que me



faltarían fuerzas para hacer nada. He agotado toda la fuerza. Sólo me queda el convento o la invalidez. Es lo único para lo que sirvo. El mundo me resulta tan poco apetitoso como un plato de asaduras de cerdo.»

—Yo podría devolveros la libertad —susurró él, acercándose demasiado.

—¿Qué?

—Tengo poder para liberaros. Lo único que debéis hacer es entregaros a mí.

Ruthven le clavó la mirada.

No hablaba en broma. ¡Santa Madre de Dios, lo decía en serio! A María se le escapó una sonora carcajada.

—¡Callad! —exclamó él, alarmado. Miró hacia las murallas del castillo, temeroso de que alguien lo hubiera oído. María seguía riéndose—. ¿Tan gracioso os parece? Podéis acudir a mi lecho; no hay guardias en mis aposentos. Os deseo.

Debían de creer de verdad que era una puta. El hecho de que aquel hombre esperara que ella se entregara a él, estando casada y encinta... En aquel momento, María comprendió que había caído aún más bajo de lo que pensaba, incluso en los momentos de mayor desesperación.

—Estoy casada —dijo al fin.

—¿Y qué? —replicó él—. También estabais casada cuando recibisteis a Bothwell en vuestro lecho.

María echó la mano hacia atrás y le abofeteó la tersa mejilla.

—¡Estáis hundido en la suciedad!

—Tenemos pruebas de vuestra relación con Bothwell. ¡Tenemos pruebas de que os acostasteis con él estando casada y de que conseguisteis que él os librara de vuestro esposo!

—¡Mentira! Yo jamás...

Ruthven sonrió victorioso.

—Os prometo mucho placer —le dijo—. Y después, la libertad.

—La promesa de un lord confabulado no significa nada. Me puse en vuestras manos pues me prometisteis que me obedeceríais y me serviríais pero, en cambio, me habéis hecho prisionera.

—Jamás confiéis en un grupo de personas. Esto es distinto..., un acuerdo entre vos y yo. Un pacto privado.

Ruthven le hablaba con suavidad al oído.

María se moría de vergüenza. «Éste es mi nadir —pensó—. Es más degradante que la firma de una abdicación, más humillante que el recorrido por las calles de Edimburgo mientras la gente me arrojaba escupitajos. Aquellos momentos constituyen una tragedia pública pero también poseen su grandeza. Esto, en cambio, es mezquino, sórdido, desagradable y, ¿cómo ha dicho?, privado.»

Ruthven interpretó su silencio como una consideración de su ofrecimiento.

—Os he dicho que os deseo. Me encendéis la sangre. Quiero saborear unas cumbres de placer tan altas que mi muerte no sea vulgar.

—Si en mi mano estuviera —contestó al cabo María—, os aseguro que vuestra muerte no sería vulgar.

—Entonces ¿accedéis a mi deseo? —preguntó Ruthven con la voz entrecortada por la emoción—. ¡No soy capaz de expresaros la alegría que me causa vuestra respuesta! —Intentó tomar la mano de María y besársela.

—Por desgracia —dijo ella—, aunque me encargaría de que vuestra muerte no fuera la de un criminal corriente sino la de un traidor, carezco del poder para hacerlo. Sólo puedo imaginaros destripado y descuartizado.

Ruthven, enfurecido, dio un respingo al advertir que había cometido un error.

—¡Pues si sois tan necia como para rechazar mi ofrecimiento y convertir mi amor en odio, ya podéis pudrirós aquí! ¡Y os aseguro que os pudriréis! —Tomó su cabeza con sus fuertes y decididas manos y la obligó a volverse—. Mirad al otro lado del lago. Las aguas son muy frías y profundas. Dentro de no mucho tiempo se producirá un desgraciado accidente cuando intentéis escapar, tal como acostumbráis hacer, o bien os conducirán a una fortaleza de las Highlands y os pasaréis allí el resto de vuestra vida. Creo que quienes tienen inspiración poética lo llaman una muerte en vida.

—¿Os eligieron porque querían hacerme proposiciones deshonestas? Esto sería impropio de la honradez de cualquiera de los demás, que no brillan precisamente por su honradez.

Ruthven le agarró el brazo y se lo retorció.

—Ya es hora de que regreséis a vuestra torre. Os concedo el espacio que media entre este lugar y aquél para cambiar de parecer. Después será demasiado tarde. —La empujó hacia la muralla exterior del castillo—. No penséis que Bothwell vendrá a liberaros o que vuestro hijo os sucederá. Si es por eso por lo que habéis rechazado mi ofrecimiento, os aconsejo que lo reconsideréis.

—No es por eso —repuso María—. Si no existieran ni Bothwell ni el niño, mi respuesta habría sido la misma. Os engañáis si creéis lo contrario.

—Y vos, mi Señora, os engañáis si pensáis que habrá proposiciones mejores.

—¡Doy gracias a Dios de que no haya otras! —exclamó María—. El insulto ha sido tan grande que no lo resistiría dos veces.

Al regresar a su pequeña estancia, la Reina no se atrevió a revelarle a María Seton ni a otra persona lo que acababa de ocurrir entre ella y Ruthven. La vergüenza sería aún mayor si alguien se enteraba. El mudo crucifijo la miró mientras comía en silencio unos manjares que para ella carecían de sabor. Ahora toda la comida le parecía insípida.

Después de cenar intentó bordar un poco. Le habían llevado algunas de sus labores

de Holyrood con los hilos y los bastidores. Sin embargo, sentía los ojos cansados y tenía dificultades para concentrarse. Todos los detalles del motivo le recordaban el humillante incidente. La melena del león que bordaba era del mismo color que el cabello de Ruthven, y el verde del fondo era del mismo tono que el verde de las plumas de los patos.

Le costó un gran esfuerzo clavar la aguja en el grueso cañamazo sobre el que estaba bordando el motivo. Aquel letargo y aquel cansancio hacían que se sintiese muy vieja.

En el momento en que extraía un trozo de hilo marrón especialmente largo, sintió en el bajo vientre una punzada tan aguda como fugaz. A los pocos minutos le dio otra que se extendió a todo el abdomen y tardó un poco más en desaparecer. Antes de que María Seton terminara el último estribillo de la canción que había empezado a tocar justo en el momento en que se había producido la primera punzada, se produjo una tercera. Esta vez la reconoció como producida por un horrible y conocido visitante. Eran los dolores del parto.

—¡No! —gritó, levantándose y arrojando al suelo la labor mientras se tocaba el vientre como si esperara descubrir algo.

María Seton dejó de tocar y levantó los ojos.

—Me temo... —María se sentó de nuevo—. No, quizá no lo sea. ¿Os ha revuelto el estómago el pescado que nos han servido para cenar?

Seton negó con la cabeza.

Justo en aquel instante María volvió a sentir el dolor.

—¡Es el niño! —gritó—. ¡Llamad al médico! —Al ver la expresión del rostro de Seton, añadió—: ¡Tiene que haber alguno aquí para los Douglas! ¡No me importa quién sea con tal de que tenga experiencia en partos! ¡Oh! —Se levantó y se encaminó, tambaleándose, hacia la escalera que conducía a su dormitorio.

Echándose en la estrecha cama, esperó conteniendo la respiración como si con ello pudiera conseguir que cesaran los dolores. De repente, su debilidad y su languidez desaparecieron y ella comprendió que todavía había algo que deseaba con todo su corazón: el hijo de Bothwell. ¡No debía perderlo!

El médico del castillo, un veterano de muchos partos en Lochleven, se presentó de inmediato. La hizo desnudar y le palpó con suavidad el vientre.

—¡Os lo suplico, salvad a mi hijo! —dijo María llorando.

Eran las primeras lágrimas que derramaba en aquella isla.

El médico hurgó en el interior de una caja, murmurando para sí.

—Una mixtura de vino fuerte, estramonio y belladona tal vez diese resultado, pero resulta peligrosa, porque es difícil administrar la dosis adecuada. Si es demasiado baja no sirve de nada, y si es demasiado alta, podría envenenaros.

—Correré el riesgo —repuso María.

El médico extrajo dos frasquitos y pidió un poco de vino fuerte. Después,

trabajando en la mesita del centro de la estancia, midió con cuidado las dosis de estramonio y belladona y las mezcló con una copa de vino tinto francés. María lo vio agitar el contenido y acercarlo a la llama de la vela. Mientras miraba, otras dos punzadas de dolor vinieron y se fueron.

El médico diluyó un poco la mezcla y se la ofreció. María se la bebió; era fuerte y amarga.

—Ahora cerrad los ojos y procurad permanecer lo más inmóvil y tranquila posible —le aconsejó el médico.

María lo oyó moverse por la estancia, ordenando las cosas y preparándose; no habría cuna; en caso de que el hijo naciera, no sobreviviría. Identificó el suave rumor de una tela que doblaban; debían de ser los lienzos de lino que empleaban para restañar la sangre y las heridas que se producían durante el parto. Oyó el tintineo de los recipientes de cobre que secaban y dejaban a un lado; uno contendría el agua caliente y el otro recogería la sangre que manaría.

«Dios mío —rezó—, no permitas que ninguna de estas cosas resulte necesaria. Que no haya sangre ni parto ni necesidad de vendas y agua.

»Sé que te he fallado, y te pido perdón, pero no me falles, no me abandones...»

El brebaje surtió efecto y la adormiló y aturdió. Sin embargo, los dolores eran cada vez más frecuentes. Oyó que el médico visiblemente alterado y decepcionado, dijo:

—¡Ahora debemos estar preparados!

María percibió la frialdad del recipiente de cobre que le colocaban debajo.

—¡Empujad! —la instó el médico.

María no obedeció e intentó desesperadamente retener aquello que pugnaba por abandonar su vientre, moviéndose hacia abajo a pesar de los esfuerzos de ella por impedirlo. Contrajo los músculos cuanto pudo y gritó en tono suplicante, pero el proceso del parto siguió su curso de modo implacable, y el médico recibió en sus manos un pequeño, ensangrentado y resbaladizo bulto. Lo siguió de inmediato un segundo, mientras la madre lloraba y se retorció.

—¡Gemelos! —exclamó el médico, asombrado. Las diminutas criaturas eran tan prematuras que resultaba imposible que sobreviviesen.

Las lavó con suavidad y vio que se trataba de dos varones. Después los envolvió en unos suaves lienzos de franela mientras la Reina pedía que se los mostraran.

A su lado, María Seton le sostenía la mano e intentaba tranquilizarla.

—Vos sabéis que son prematuros —dijo el médico, procurando suavizar la dureza de sus palabras.

—¡Dejadme verlos! —rogó María, llorando.

—No es aconsejable... —dijo el médico, pero Seton asintió con la cabeza.

—Que los vea. Nada le causará más daño que lo que ya ha ocurrido.

El médico se los mostró a regañadientes. Ella los miró en silencio y después alargó

una trémula mano y los tocó. A continuación cerró los ojos y se recostó de nuevo en la almohada. El médico se los llevó.

—Los enterraréis, ¿verdad? —le preguntó María a Seton—. No los destruyáis, dadles digna sepultura.

—Si así lo queréis... —dijo él, asintiendo con la cabeza. Miró a la Reina y añadió —: Me temo que tardará mucho tiempo en recuperarse por completo. Que descanse. Y avisadme si os parece que sucede algo malo.

El médico acababa de beber el vaso de vino que solía tomarse antes de irse a la cama cuando Seton se presentó.

—Sangra mucho —le dijo—. Ha empezado de repente y no cesa.

Él cruzó a toda prisa el patio del castillo en dirección a la torre. Cuando entró en la habitación, vio que la cama estaba completamente empapada de sangre y la hemorragia era muy abundante. Trabajó con la mayor rapidez posible, levantándole los pies a María, taponando el lugar de donde manaba la sangre con lienzos limpios y administrándole una poción de milenrama seca y agrimonia mezclada con vino. Sin embargo, la Reina siguió sangrando hasta la medianoche. Para entonces estaba tan pálida y débil que apenas podía moverse. El médico temió que, en el estado de extrema debilidad en que se encontraba, las medicinas resultasen demasiado fuertes y ella perdiera el conocimiento o incluso muriese.

Al amanecer, María se pasó un buen rato entrando y saliendo del estado de conciencia mientras se le cerraban los párpados a pesar de sus esfuerzos por mantenerlos abiertos. La lucha parecía excesiva e inútil. Las criaturas habían muerto, Bothwell no estaba... pero, por extraño que pareciera, ella luchaba por no deslizarse hacia el borde de la suave y amistosa oscuridad que parecía llamarla. Al final y a pesar de todo, deseó vivir.

## LX

María se pasaba el día contemplando el desplazamiento de la luz del sol al otro lado de las ventanas. Seton le servía sopa, delicado pan blanco y vino tinto para restituir la sangre perdida. La Reina yacía tan flácida como un pañuelo de seda colgado en el respaldo de una silla y se sentía tan transparente como si lo fuera.

«Mi hijo..., no, mis hijos jamás existirán», se dijo. Qué extraño le resultaba pensar en unos hijos y no en un hijo. Habrían sido príncipes y, si hubieran heredado la mitad de la fuerza y el valor de Bothwell, habrían brillado en los anales de Escocia. Se habían ido. «Y ahora... quizá nunca haya un hijo nuestro», pensó mientras un dolor tan hondo como los del parto la traspasaba.

«Bothwell, Bothwell... ¿dónde estáis? Antes creía que era capaz de enviaros mis pensamientos y que vos los oiríais. Pero ahora ni siquiera sé dónde os encontráis.

»Estoy absolutamente sola, como nunca lo había estado hasta ahora. Mis tíos de Francia. Lord Stewart. Rizzio. Bothwell. Siempre los consultaba y dejaba que me guiaran. Jamás he estado a merced de mí misma, sin otra fuente de conocimiento que yo.»

Si no se hubiera sentido tan débil, la idea le habría parecido más aterradora y revolucionaria, pero en ese momento sólo le parecía una pequeña muestra de la enormidad de sus pérdidas.

Al día siguiente, el médico se declaró satisfecho de su recuperación. La hemorragia había cesado y ella había podido tomar alimento, aunque todavía no tenía apetito.

—Seguid dándole vino y probad a añadir un poco de carne picada a la sopa —le indicó a Seton, que se había convertido en su principal enfermera—. Procurad también que descanse y que nada la moleste.

Nau, que se había pasado el rato mirando por la ventana, dijo de repente:

—Quizá no sea fácil. Se acerca una barca y no se trata de las lavanderas ni de los guardias ni de nadie de la casa de enfrente. —Se refería a la enorme mansión que el señor del lugar poseía al otro lado de la isla.

Jane Kennedy se acercó a él. Se enorgullecía de la agudeza de su visión y solía decir que había nacido con ojos de ave de presa.

—Es Melville —aseveró—, y tiene el semblante muy serio. Lleva una gran bolsa de cuero.

María soltó un gemido y trató de incorporarse.

—Debemos recibirlo, si es que viene aquí. Quizá sólo hable con los Douglas y los demás carceleros.

Como el abominable Ruthven y el perverso y sanguinario Lindsay.

La barca llegó al muelle, y observaron que Melville desembarcaba y desaparecía

en el interior del recinto del castillo. Ya era cerca del ocaso cuando oyeron que llamaban a la puerta de abajo. La abrieron y acompañaron a Melville arriba, donde María descansaba en la cama, incapaz de levantarse.

La invadió una inesperada alegría al verlo; en aquel nido de odio, Melville parecía un verdadero amigo.

—Mi querido Melville —lo saludó, tendiéndole la mano.

Él se arrodilló y se la besó.

—Majestad —dijo en tono de aflicción—, me appena veros en semejante estado.

—Lo peor ya ha pasado —le aseguró ella—. Estoy mejorando. Acabo de sufrir un parto prematuro y ha sido muy difícil, pero aquí mi buen doctor sostiene que me recuperaré por completo..., de cuerpo si no de espíritu.

—Majestad, ¿podría hablar con vos en privado? —preguntó Melville, mirando a los servidores.

—Por supuesto. —María esperó mientras éstos abandonaban en silencio la estancia y bajaban por la escalera de caracol a la habitación de abajo—. ¿Qué ocurre, mi querido amigo? Os veo muy preocupado. ¿De verdad... se trata de algo tan terrible? —Contuvo la respiración—. Sea lo que sea estoy preparada para oírlo —añadió, y por extraño que pudiese parecer, era cierto.

—Seré sincero con vos, Majestad. Me han enviado para que os convenza de que accedáis a que el joven Jacobo sea coronado Rey.

María respiró hondo.

—¿Que abdique, queréis decir? Hablad claro.

—Sí —respondió Melville. Tras una pausa, agregó—: Permitidme que os lo explique...

—Sí, siempre hay explicaciones —lo interrumpió ella—, pero la historia nunca recuerda las explicaciones por muy poderosas que sean. Sólo permanecen los hechos, despojados de cualquier explicación. Sin embargo, os ruego que me lo digáis. Quiero saberlo. —Se colocó las manos bajo los muslos y se incorporó. Una punzaba de dolor le traspasó el cuerpo.

Melville seguía arrodillado en el suelo.

—Para mí también es muy doloroso —dijo—. Hice el viaje a Inglaterra que me ordenasteis y hablé en persona con Isabel. Estaba indignada por vuestro comportamiento después de la muerte de Darnley y había escrito una larga carta al respecto. Sin embargo, cuando los lores os hicieron prisionera, cambió de parecer. De repente, se puso de vuestro lado, aseguró que no importaba lo que hubierais hecho, que vuestros súbditos no tenían derecho alguno a juzgaros y encarcelaros, que os debían obediencia y que sólo Dios os podía juzgar. Estaba dispuesta a enviar un ejército para ayudaros. Pero entonces...

—Ah... Siempre hay un «pero entonces». Os ruego que os levantéis y toméis

asiento. Bastante difícil resulta decirme lo que estáis diciéndome para que, encima, tengáis que maltrataros las rodillas sobre este duro suelo de piedra.

Melville se levantó rígidamente y acercó un escabel a la cama. Tardó un buen rato en alisarse los calzones y en acomodarse antes de proseguir. Aspiró hondo y dijo:

—Pero entonces los lores amenazaron con mataros si un ejército inglés ponía los pies en Escocia. Os tienen como rehén. Así pues, Isabel se vio obligada a desistir de su propósito y envió a Throckmorton al norte como embajador para negociar con los lores y hablar con vos. Los lores le negaron el permiso para venir a Lochleven. Lo hicieron esperar y le dieron largas pero, al final, dijeron que no os podía ver. Sin embargo, Throckmorton me ha entregado esta carta de Isabel para vos. —Hurgó en el talabarte de su espada y extrajo un trozo de papel doblado—. Aquí tenéis —añadió—. La he ocultado aquí a riesgo de mi vida.

María tomó la carta y le echó un rápido vistazo. Después se la dio a Melville para que la leyera.

Mi consejo de hermana es que no irritéis a quienes tienen a Vuestra Majestad en su poder, rechazando la única concesión que podría salvaros la vida. Todo cuanto se haga en vuestras actuales circunstancias carecerá de fuerza una vez que hayáis recuperado la libertad.

—Pero ¿cómo voy a recuperar la libertad si no hay quien me libere? El ejército inglés no puede venir y Bothwell... ¿Qué se sabe de él? ¿Dónde está? —preguntó María con ansia.

—Señora, según mis informes, ha huido a Spynie con su tío el obispo, pero Balfour, que lo ha traicionado...

—¿Que Balfour lo ha traicionado? —María contuvo el aliento—. ¿Y eso cuándo ocurrió?

—Se unió a los lores antes de la batalla del monte Carberry.

—¡Entonces el mensaje que nos envió era falso y con él pretendía atraernos a Edimburgo! ¡Se trataba de una trampa!

De modo que no era el destino sino la maldad lo que había provocado su ruina.

Melville no sabía de qué estaba hablando.

—Balfour sorprendió al criado de Bothwell sacando del castillo ciertos papeles y efectos personales de Bothwell —continuó—. Los lores se apoderaron de... las cartas que enviasteis a Bothwell, las cuales, según ellos, demuestran vuestra participación en el asesinato del Rey, y destruyeron los demás papeles que aquél guardaba porque eran la prueba de que ellos estaban implicados en los hechos. Después, los parientes de Balfour provocaron a Bothwell en Spynie e intentaron matarlo. Resultó que él acabó por matarlos a ellos, pero justo por este motivo se vio obligado a marcharse de allí. Ahora ha abandonado tierra firme y se encuentra en las Órcadas, intentando reunir una flota. Al parecer, quiere ser un rey pirata y gobernar un reino flotante, poblado de



bucaneros, comerciantes y mercenarios. Es un nuevo concepto... Asegura que su título de duque de las Órcadas, sus derechos ancestrales y su título de almirante de Escocia le conceden este privilegio.

María esbozó una sonrisa. Bothwell estaba en el mar, el lugar que le correspondía, y cabía la posibilidad de que alcanzara su objetivo y consiguiese crear su propia hegemonía naval. Era tan audaz e imaginativo... Una vez más la pérdida de los hijos de Bothwell la golpeó con toda su fuerza.

—Kirkcaldy de Grange ha enviado barcos tras él para que lo capturen vivo o muerto —dijo Melville al verla sonreír—. Bothwell dispone de cinco barcos con trescientos marineros mientras que Kirkcaldy cuenta con ocho naves, cañones y cuatrocientos arcabuceros a bordo. Su misión es «perseguir a los malhechores con el fuego, la espada y cualquier otro medio hostil». Será una lucha a muerte, mi Señora.

María se estremeció de pies a cabeza.

—Morirá Kirkcaldy —aseveró.

Bothwell no podía morir.

—¿No queréis saber qué han decretado los lores acerca de vos? —preguntó Melville con amabilidad—. Afirman que debéis abandonar el trono para salvar vuestra vida y vuestro honor. Si no lo hacéis, se proponen acusaros de tres delitos, utilizando como prueba las cartas de Bothwell que ahora obran en su poder. Son... —Abrió la bolsa, hurgó en su interior y extrajo al fin un papel—. Los delitos son los siguientes: tiranía por quebrantamiento y violación de las leyes consuetudinarias del Reino; asesinato del Rey, y desenfreno con Bothwell y otros hombres, tal como demuestran los escritos de vuestro puño y letra y un considerable número de testigos.

—¿Así que ahora me presentan como una tirana al estilo de Nerón y una mujer licenciosa como Mesalina? Su imaginación eclipsa incluso la de Rabelais.

—No obstante, tenéis amigos —dijo Melville, entregándole una sortija de turquesas—. Esto os lo envían los condes de Argyll y Huntly y también Hamilton. Maitland es un aliado secreto. Todos ellos os apoyan, pero os suplican que os salvéis. Los lores del Consejo Secreto —tal como se hace llamar ahora el círculo interno de vuestros enemigos— han decidido arrebatáros la vida, ya sea en secreto o bien por medio de la celebración de un simulacro de juicio. Debéis hacer lo que os ordenen. Cualquier cosa que firméis en la cárcel o bajo coacción carecerá de validez. Podréis repudiarlo en cuanto recuperéis la libertad. Sin embargo, para ser libre tenéis que estar viva.

—Sí. Tengo que estar viva.

—Knox ha decretado una semana de ayuno y a diario le asegura a la gente que, si no os matan, Dios enviará una plaga a Escocia como castigo. Ejerce presión sobre los lores y les facilita la labor. No los obliguéis a hacerlo.

—No puedo firmar. Moriré como Reina de Escocia.

—Majestad, así es precisamente como vais a morir.

—Pues que así sea —respondió María apretando las mandíbulas.

Melville tomó su mano con fuerza.

—¡Os suplico que lo reflexionéis con todo cuidado!

—No firmaré.

Acababa de tenderse en su lecho justo después de la retirada de Melville cuando la puerta de la estancia se abrió de par en par. El golpe de la madera contra la pared la sobresaltó y la indujo a agarrarse a las mantas. De pie en la puerta vio la gigantesca figura de lord Lindsay. Éste se acercó con paso decidido a la cama.

—¿De modo que no firmaréis? —Agitaba en su mano unos papeles, los papeles—. ¡Pues yo digo que firmaréis ahora mismo y ya no nos pondréis más obstáculos! —gritó, arrojándolos sobre la mesita en la que el médico le había preparado las medicinas.

—¿Habré de firmar una notoria falsedad y, para satisfacer la ambición de mis nobles, ceder el puesto que Dios me ha otorgado a mi hijo que sólo tiene un año de edad y es incapaz de gobernar el Reino? ¡No!

—Sois vos quien es incapaz de gobernar el Reino; ¡hasta un niño lo haría mejor! Y ahora, Señora, permitidme que os diga lo siguiente —Lindsay la asió por los hombros y la obligó a incorporarse—: Si no firmáis, seréis asfixiada entre el colchón y las almohadas y después seréis colgada de uno de los pilares de la cama. Parecerá que vos misma os habéis quitado la vida y ni siquiera recibiréis cristiana sepultura. Qué lástima. —Tomando su mano, la levantó a la fuerza del lecho y ella cayó pesadamente al suelo.

Después la arrastró por el suelo y la hizo sentarse en una silla junto a la mesa.

Desenvainó la daga y tras pasar el dedo por la hoja y humedecer ésta con la lengua, apoyó la punta contra el pecho izquierdo de María.

—Si no firmáis estos documentos —dijo —, lo haré yo en vuestro nombre con la sangre de vuestro corazón. Sí, os clavaré este puñal, lo retorceré un poco, mojaré la punta de la pluma con vuestra roja sangre caliente, firmaré «María R.», os cortaré en pedazos y los arrojaré al lago para que sirvan de alimento a las famosas truchas de Lochleven. —Lindsay esbozó una sonrisa—. Me encantaría hacerlo y espero que me obliguéis. —Sus ojos lanzaron un destello casi lujurioso.

—No. No firmaré.

Lindsay soltó un rugido de cólera y trazó una minúscula equis en la piel de María, a la altura del corazón.

—¡Entrad! —gritó—. ¡Ha llegado la hora!

Melville, Ruthven y el joven George Douglas emergieron de la escalera donde se ocultaban, junto con los notarios oficiales. Lindsay agitó la daga delante de los ojos de María.

—¡La ramera se niega a firmar! —gritó—, pero nosotros la obligaremos, ¿verdad? —Alargó la mano y asió el brazo de María como si pretendiera quebrarle los huesos mientras le hundía las duras uñas en la piel. Con la otra mano depositó en la de ella una pluma y, guiándosela con cuidado, garrapateó las palabras «María R.», en tres papeles distintos cuyo texto la Reina no alcanzó a leer—. ¡Ya está hecho! —exclamó, arrojando la pluma. Luego tomó los papeles, los agitó para que se secara la tinta y los enrolló con aire triunfal.

—Les faltan los sellos —señaló María con un hilo de voz.

—Son muy fáciles de conseguir, pero de todos modos gracias por recordármelo, Majestad. —Lindsay hizo una burlona reverencia—. Claro que ahora ya no lo sois. ¿Qué sois, pues? ¿Lady Bothwell?

—¡Soy vuestra ungida soberana —replicó María—, nada cambiará este hecho! ¡Nada!

—Muy pronto habrá en Escocia dos soberanos ungidos —dijo Lindsay—. Si encontráis un atuendo apropiado, quizás os permitamos asistir a la coronación. ¿Qué os parece? A vos siempre os han gustado las fiestas y las celebraciones, ¿no es cierto? Bastante dinero habéis despilfarrado en ellas. La ceremonia será protestante, desde luego. Como veis, malgastasteis los miles de libras que costó el bautizo católico.

—No puede haber dos soberanos ungidos, y vos lo sabéis muy bien.

—¿Que no? ¿Y qué me decís de Saúl y David? Saúl se comportó tan mal como vos, y por ello Dios mismo decidió sustituirlo cuando aún vivía. Vos aún estáis viva, pero ¿por cuánto tiempo?

Tarareando, Lindsay descendió por los peldaños con los papeles enrollados bajo el brazo.

Melville lo siguió con la vista baja. Ruthven no osó mirar a María a los ojos y George Douglas parecía avergonzarse de lo ocurrido. Los dos notarios se marcharon tras ellos.

Nicholas Throckmorton no tenía gran cosa que hacer en sus aposentos de Edimburgo. Llevaba allí casi un mes, pues se había apresurado a viajar al norte en la creencia de que las amenazas y las promesas de Isabel harían cambiar de parecer a los lores, siempre deseosos de aplacar su ira. Por otra parte, esperaba que le permitiesen hablar con María y negociar su liberación. Por el contrario, le habían prohibido verla e incluso enviarle cartas. Los lores no estaban dispuestos a llegar a un entendimiento y parecían indiferentes con respecto a los deseos de Isabel. Cuando, en un arrebató de audacia, les aseguró que Isabel los castigaría si se atrevían a tocar un solo cabello de María, ellos se encogieron de hombros y dijeron que tal cosa sería muy lamentable pero que Escocia sobreviviría a cualquier pillaje por parte de los ingleses, tal como

siempre había sobrevivido.

El embajador se apoyó la cabeza en la mano. ¿Qué podía hacer si nada de Inglaterra despertaba el temor o la codicia de los escoceses? Éstos parecían confiar en su autosuficiencia y habían rechazado su intervención con una cortesía no exenta de firmeza.

Tomó pluma y papel y empezó a redactar otra carta a la reina Isabel. Cuando escribía se sentía útil a la soberana inglesa. Quería describirle la sensación de peligro y la actitud casi de temerario desafío al destino y las costumbres que se respiraba en el aire.

El pueblo deseaba librarse de su soberana por razones morales. El pueblo llano no compartía la impecable teoría de Isabel, según la cual «no entraba en los designios de Dios que el príncipe y soberano se viese sometido a aquellos que por naturaleza y por ley estaban sometidos a él». Habían llegado a la aterradora conclusión de que «la Reina no goza de mayor libertad o privilegios para cometer asesinato o adulterio que cualquier particular, ni por la ley de Dios ni por las leyes del Reino». El soberano ya no estaba por encima de la ley... por lo menos en Escocia.

Los lores y el histérico Knox ejercían un dominio absoluto. Habían declarado proscrito a Bothwell, habían puesto precio a su cabeza y enviado soldados al norte para capturarlo. Los partidarios de la Reina se habían quedado sin dirigentes y estaban desorganizados y desmoralizados del todo. Sostenían que habían conseguido obtener la abdicación de ésta, quien además había autorizado la coronación del Príncipe y el establecimiento de una regencia. También aseguraban que la Reina había perdido toda esperanza de tener un hijo de Bothwell.

Es de temer que esta tragedia termine en la persona de la Reina después de la coronación tal como empezó en la persona de David, el italiano, y el esposo de la Reina. Creo que, de momento, he conseguido salvarle la vida, pero ignoro si será posible prolongar la situación...

Esto escribía el embajador cuando oyó unas fuertes pisadas en la escalera. Se levantó y abrió la puerta. Vio a lord Lindsay y a Maitland, a punto de llamar. Otros los seguían.

—Nos ahorráis la molestia, señor —le dijo Lindsay con una cautivadora sonrisa en los labios, esperando con expresión relamida a que el embajador lo invitara a entrar.

—Pasad, os lo ruego —indicó Throckmorton, alegrándose de haber cubierto la carta por precaución.

—Nos honramos en invitaros a la coronación del nuevo monarca —dijo Glencairn—. La ceremonia se celebrará en Stirling dentro de dos días.

—¿O sea que habéis visto a la Reina? —preguntó Throckmorton, eludiendo dar una respuesta.

—¿Os referís a la hija del difunto Rey y madre del Rey? —preguntó Lindsay.

—Supongo que tal como el Papa es también el obispo de Roma, ¿verdad? —dijo Throckmorton—. Me refiero a la bella dama encarcelada en Lochleven. El calificativo que le atribuíis no influye en lo que ella es.

—Muy cierto —contestó Lindsay, riéndose como si aquello fuera una broma secreta—. Ella firmó los papeles y nosotros les aplicamos después el sello real. La pobrecilla se sentía tan agobiada por sus deberes que ya no aguantaba más. La pérdida de su amado Bothwell...

Lindsay soltó una carcajada que sonó como la flatulencia de una vaca.

Maitland lo miró enfurecido.

—Las palabras exactas de su declaración son... —dijo éste extrayendo un papel, y empezó a leerlo en tono pausado:

Después de los prolongados e intolerables esfuerzos y molestias que hemos sufrido desde nuestra llegada al Reino en el cumplimiento de las tareas de gobierno y en el mantenimiento de la paz entre nuestros súbditos, hemos sido hostigados en nuestro espíritu, nuestro cuerpo y nuestros sentimientos hasta tal extremo que nuestra capacidad y nuestra fuerza corporal ya no lo resisten. Como consecuencia de ello, y puesto que nada en esta tierra nos complace ni depara más felicidad que ver a nuestro amado hijo el Príncipe heredero de este reino sentado en su trono con la cabeza ceñida por la corona real, Nos, libremente y por iniciativa propia, hemos venido en renunciar al gobierno y a la guía de este nuestro reino de Escocia, sus vasallos y sus súbditos en favor de nuestro susodicho hijo.

Throckmorton se habría echado a reír de buena gana si semejante actitud no hubiese resultado indecorosa.

—Este lenguaje no parece el de Su Majestad —señaló al fin.

—Querréis decir «Su Alteza» —lo corrigió Lindsay—. ¿Qué mejor prueba de que ya no es ella misma? De todos modos, es muy posible que se encuentre en condiciones de asistir a la ceremonia, tal como suponemos que haréis.

—¿Quién más asistirá? —preguntó Throckmorton.

—Todos los lores de Escocia.

—Nombrádmelos.

—Aún no hemos terminado de enviar todas las notificaciones —explicó Maitland.

—Decidme entonces los nombres de quienes ya han recibido la notificación.

—Morton, Atholl, Erskine, Glencairn, lord Home, Ruthven, Sanquhar.

—No son la mayoría de los principales lores. ¿Qué me decís de Huntly, Argyll y Hamilton?

Maitland carraspeó.

—Me ha sido difícil enviarles la invitación, pues no se encuentran en esta parte del país.

—¡Vamos, señor, vuestra respuesta! —lo apremió Lindsay.

—Mi respuesta tiene que ser negativa. Represento a la reina de Inglaterra, que está sumamente disgustada por estos procederes y se negará a reconocer a Jacobo como

Rey. Mi asistencia a la ceremonia podría parecer una aprobación.

—Ya sabíais que os negaríais; ¡sólo queríais que os leyéramos los nombres y las declaraciones para informar a vuestros amos! ¡Espía! —Lindsay soltó un gruñido de desprecio.

—Qué modales tan encantadores. ¿Así fue como convencisteis a la Reina de que firmara? Si tratáis de este modo al representante de un país vecino, ya me imagino cómo debéis de tratar a alguien que se encuentra a vuestra merced —dijo Throckmorton en voz baja, contemplando a Lindsay, que permanecía con los ojos entornados. «Qué hombre tan feo», pensó.

—Venid. Hemos de hablar con otros hombres —indicó Maitland tirando de la manga de Lindsay mientras miraba con una sonrisa de disculpa a Throckmorton—. Buenos días, señor.

Throckmorton cerró en silencio la puerta y prosiguió la carta.

Todos aguardan aquí el regreso de lord Stewart, el regente designado. Los lores del Consejo Secreto creen que, en cuanto éste llegue, los aliviará de la carga que pesa sobre sus hombros. Los amigos de la Reina esperan que su hermano tenga la benevolencia de ponerla en libertad una vez que esté firmemente asentado en el poder. Sin embargo nadie sabe a ciencia cierta qué piensa ni de qué manera ceñirá la diadema de la regencia. Mucho me temo que se encuentre tan a gusto con ella que jamás esté dispuesto a cedérsela a su sobrino.

El 29 de julio de 1567, justo dos años después de la boda de sus padres, el pequeño Jacobo Estuardo fue llevado en procesión desde su cuarto infantil de Stirling hasta donde lo proclamarían Rey de Escocia y Señor de las Islas. La corta fila de hombres —sólo cuatro condes, siete barones y un clérigo— pasó por delante de la capilla real de Stirling, donde se había celebrado el bautizo papista, portando los emblemas reales hasta la iglesia protestante situada a la entrada del castillo. Un contingente de hombres armados protegía todos los accesos al recinto del castillo.

John Knox esperaba en el interior del templo. Lo habían llamado a toda prisa para que predicara el sermón de aquella precipitada ceremonia y se había apresurado a aceptar. Era un momento trascendental con el que muchas veces había soñado, pero cuya llegada había dejado en manos del Todopoderoso. La ramera católica se había ido y jamás se celebraría otra ceremonia de coronación según el antiguo rito. Era un nuevo comienzo espléndido y todo gracias a que muchos años atrás ellos se habían adelantado, movidos por la fe.

Allí estaban sus lores de la Congregación: el pelirrojo conde de Morton, el carilargo Erskine, el apuesto Ruthven. Subieron con el pequeño al altar donde lo esperaba el trono y después se situaron en las gradas.

Lord Lindsay desenrolló una declaración y empezó a leerla con sonora voz.

—«Juro en presencia de Dios y de la Congregación que la Reina nuestra soberana

abdicó voluntariamente y sin coacción, cediendo su dignidad real al Príncipe su hijo y el gobierno del Reino a varias personas mencionadas en su nombramiento de regencia.»

El secretario de Justicia sir John Belleden extrajo una gigantesca Biblia y la abrió. El conde de Morton apoyó en ella su rechoncha mano izquierda y, levantando la otra, pronunció el Juramento de la Coronación en nombre del príncipe Jacobo. El polifacético obispo de las Órcadas —el mismo que había casado a María y Bothwell cuando todos los demás se habían negado a hacerlo— ungió al Príncipe con el óleo sagrado. El conde de Atholl se adelantó y colocó la corona sobre la cabeza del niño.

Había llegado el momento de su mensaje. Knox subió muy despacio al púlpito. Tenía las rodillas muy rígidas, incluso en plena canícula. Confiaba en que la inspiración divina lo hubiera ayudado a elegir el texto más apropiado.

—Este día en el que recibimos a nuestro primer soberano protestante es el día por cuya venida tanto hemos rezado. Sin duda Dios lo ha preservado para nosotros en medio de todos los tumultos y estragos de nuestra tierra. Lo mismo hizo en favor del pueblo elegido de Israel, para el que preservó un rey de la estirpe de David. Pues la historia, según se cuenta en el segundo libro de las Crónicas, capítulos veintidós y veintitrés, es la siguiente:

Quando Atalía, madre de Ocozías, vio que había muerto su hijo, se alzó y exterminó a toda la estirpe real de la casa de Judá; pero Josabat, hija del rey, tomó a Joás, hijo de Ocozías, lo sacó de entre los hijos del Rey cuando los estaban matando, y los escondió a él y a su nodriza en la alcoba. Así Joás le fue ocultado a Atalía, que no pudo matarlo.

Seis años permaneció escondido en la casa de Dios mientras Atalía reinaba en el país.

Al séptimo año toda la asamblea hizo un pacto con el Rey en la casa de Dios. Y el sacerdote les dijo: «Aquí tenéis al hijo del Rey que ha de reinar, tal como dijo Yavé de los hijos de David.»

El sacerdote Joyada entregó a los jefes centenares de espadas, rodelas y escudos que habían pertenecido al rey David y estaban en la casa de Dios, y puso a todo el pueblo, cada uno con sus armas en la mano, desde el ala oriental del templo hasta el ala occidental, entre el altar y el templo. Hicieron salir entonces al hijo del Rey y le ciñeron la corona, le dieron el testimonio y lo proclamaron rey. Joyada y sus hijos lo ungieron y gritaron: «Viva el rey.»

Atalía, al oír los gritos del pueblo que corría y aclamaba al monarca, fue adonde estaba el pueblo en la casa de Yavé y miró.

El Rey se encontraba de pie junto a la columna de la entrada, y los jefes y los trompetas se encontraban a su lado, y todo el pueblo se alegró y tocó las trompetas, y los cantores con sus instrumentos musicales entonaron cánticos de alabanza. Entonces Atalía se rasgó las vestiduras y gritó: «¡Traición, traición!»

Entonces el sacerdote Joyada llamó a los jefes de cientos que estaban al frente de los soldados, y les dijo: «Sacadla de las tilas y a quienquiera que la siga matadlo con la espada.» Porque había dicho el sacerdote: «No la matéis en la casa de Yavé.» Así pues, echaron mano de ella y, cuando llegó a la casa del rey por el camino de la entrada de los caballos, la mataron.

Fue después todo el pueblo al templo de Baal y lo derribó, rompieron sus altares y sus imágenes, y mataron a Matán, sacerdote de Baal, ante los altares.

Todo el pueblo de la tierra estaba contento, y la ciudad quedó tranquila, pues habían matado a Atalía con la espada.

Knox respiró profundamente. Esperaba que los presentes hubieran seguido con atención la larga lectura, tan oportuna. Todos lo miraban fijamente. El pequeño rey se había dormido en el trono.

—Ahora vosotros, mis buenos amigos, sois como los auténticos sacerdotes del templo, y la Congregación ha limpiado el país de los sacerdotes de Baal y de la perversa reina. Tenéis delante a vuestro rey, tan milagrosamente conservado como lo fue Joás. Y, como Joás, que, según nos dicen las Sagradas Escrituras, restauró el templo que habían profanado los adoradores de Baal, así este joven rey Jacobo restaurará el verdadero culto en nuestro país. —Knox hizo una pausa, carraspeó y prosiguió—: ¿Quién era Atalía? —Estaba seguro de que todos lo sabían—. ¡Era la hija de Jezabel! La malvada Jezabel. Nosotros también tenemos a una Jezabel en nuestro país. ¡Y sólo matándola conseguiremos que haya paz en el país! ¡Que los perros beban su sangre!

Los miembros de la Congregación empezaron a removerse en sus asientos.

—Puesto que ya hemos llegado tan lejos, no deberíamos echarnos atrás ante la última exigencia. ¡Hay que matarla, pero no en la casa del Señor! A vosotros encomiendo esta tarea.

Knox observó que Morton fruncía el entrecejo. Los lores habían mostrado una extraña renuencia a llevar el asunto hasta su lógica conclusión. Las Jezabeles y las Atalías, por muy patéticas y conmovedoras que pareciesen cuando se hallaban a merced de alguien, siempre se levantaban para luchar y vengarse si no se las destruía del todo. ¿Cómo les haría comprender aquella apremiante necesidad?

—Os encarezco que no perdonéis la vida de nadie si Dios manda otra cosa. ¡Recordad que Abraham estuvo dispuesto a sacrificar a Isaac sin discutir!

Tras rezar una oración final, Knox bajó del púlpito. Los lores se acercaron al niño que dormía en el trono y, uno a uno, le rindieron homenaje, postrándose ante él. A continuación, los títulos del Alto y Poderoso Príncipe Jacobo IV de Escocia y de las Islas fueron proclamados desde la entrada de la capilla al son de trompetas.

María permanecía sentada en el hueco de la ventana de la estancia inferior de sus aposentos de la torre. La ventana se encontraba a unos ocho pies del suelo y parecía un gran vientre que sobresalía de la torre. Desde donde estaba divisaba las restantes islas del otro lado del lago, incluida la que conservaba las ruinas de un antiguo monasterio. Los árboles, cubiertos por completo de hojas, susurraban bajo la fuerte brisa y le ocultaban la visión como si quisieran burlarse de ella. Se había pasado dos días sentada de espaldas a la estancia, mirando por la ventana como si al permanecer de aquella manera, pudiese evitar que sus pensamientos regresaran a la escena que se había desarrollado en su dormitorio. Si no se moviera y se concentrara en la tarea de



vaciar su mente de todo pensamiento, no sentiría dolor. El método resultaba eficaz para combatir los dolores corporales, que también los tenía.

Cada vez que el recuerdo de Lindsay y de los papeles empezaba a penetrar en su mente, lo hacía aun lado. Pero, aun así, conservaba como recordatorios las dolorosas magulladuras que Lindsay le había producido en el brazo al agarrarla sin miramientos, y que ocultaba bajo el chal.

«Aún estoy viva», pensó. ¿Por qué, entonces, se sentía muerta?

«Porque has perdido un reino —se decía—, a un esposo y a todos tus hijos, nacidos y nonatos, en un breve espacio de tiempo. Pero la verdad es que no estás muerta, sino tan sólo aturdida.

»Sin embargo, sabes que son meras palabras que ni a ti misma te convencen. No me apetece volver a hacer nada excepto permanecer aquí sentada.

»Créeme, te levantarás de esta silla y descubrirás que todavía hay placeres en el mundo y que no existe eso que se llama batalla definitiva.»

Esbozó una sonrisa ante el sermón de su sensato y mundano yo. Pero todo fue inútil.

«Díselo a Marco Antonio después de Accio, a Ricardo III después de Bosworth Field... Algunas batallas son definitivas; en ocasiones lo sabemos en el instante mismo en que se producen y en otras sólo lo comprendemos más tarde. Te digo que lo he perdido todo.

»Bothwell sigue vivo, y lord Stewart regresará; el Príncipe aún no ha sido coronado, e Isabel de Inglaterra ha demostrado ser tu amiga; es el único gobernante que ha intentado defenderte en esta aciaga hora. ¿Cómo te atreves a decir que lo has perdido todo? Sabes muy bien que los documentos que firmaste carecen de validez, pues los firmaste bajo coacción.

»Sí, Bothwell está vivo... —Al pensarlo, su corazón experimentó una ligera emoción—. Quizá todavía quede alguna esperanza. Mientras hay vida hay esperanza, aseguran algunos, y tal vez sea verdad.»

¿A qué día estaban? Desde su llegada allí había perdido la noción del tiempo. Ella y Bothwell se habían separado el 15 de junio, y la habían trasladado a aquel lugar la noche del día siguiente, 16 de junio. Después, había estado enferma... ¿durante cuánto tiempo?

—¿A qué día estamos? —preguntó con una voz tan débil que María Seton apenas la oyó.

Sin embargo, al menor sonido de su señora, María cruzaba a toda prisa la estancia.

—¿Cómo? —preguntó casi sin aliento.

¡La Reina había hablado!

—Os he preguntado si sabéis a qué día estamos —repitió María en un susurro.

—Pues... a 29 de julio. —Seton se preguntó si debía precisar el año.

Veintinueve de julio. La fecha de su boda con Darnley. A María le parecía

imposible que sólo hubieran transcurrido dos años. Incluso el período que había vivido en Francia se le antojaba más cercano.

Asintió con la cabeza y le dio a Seton unas palmaditas en el brazo.

—Las hojas que se mueven forman un motivo muy intrincado —comentó—. Quizá convendría que las dibujarais para que hiciéramos un tapiz basándonos en él. El verde más oscuro de los robles con sus bordes redondeados con el verde más claro de las ovaladas hojas de los abedules sería un motivo muy delicado y original.

—Es cierto. Utilizaré carbón y un pañuelo. —Al advertir que su señora la miraba con extrañeza, Seton añadió—: No nos permiten tener plumas, tinteros o papeles.

—¡Oh!

¡De modo que no le permitirían escribir nada, excepto su firma al pie de un documento de abdicación! ¿No podría escribir cartas? ¿Cómo era posible que no dejaran a una reina comunicarse con el mundo? ¿Cómo informaría de su apurada situación a los demás?

Se apoderó de ella una sensación de angustia, semejante a una mano que le oprimiese el pecho. La privaban de la capacidad de dirigirse a quienes no podían oírla. Se sentía muda e impotente.

—Comprendo —dijo al final.

Pero ¿qué importaba al fin y a la postre? Estaba tan muerta como si se encontrara en una tumba. Aquella estancia de piedra no era más que un sepulcro. Los muertos no escribían cartas. ¿Acaso ella no lo era? ¿No acababa de decir precisamente eso?

En cierto modo, sin embargo, el hecho de no tener posibilidad de elegir, ni de escribir siquiera, era distinto, pues despertaba en ella un ardiente y apasionado deseo de hacerlo. Y en cuanto a Bothwell..., si no encontraba el medio de escribirle, jamás volvería a comunicarse con él.

Un brillante destello llamó su atención. Parecía brincar y temblar y, mientras lo miraba, observó que crecía. Una hoguera. Alguien había encendido una hoguera cerca del embarcadero.

El tamaño de la hoguera aumentó hasta que de ella surgieron unas grandes nubes de humo que borrarón la visión del lago. Oyó que la gente que la rodeaba se reía y lanzaba aclamaciones.

Era una hoguera de celebración. ¿Qué festejarían?

Después oyó el súbito retumbo de los cañones del castillo, que disparaban desde las murallas. Los cañonazos eran tan fuertes que hasta el suelo de la estancia se estremeció y ella pegó un atemorizado brinco. ¿Acaso estaban atacándolos?

El cañón seguía disparando. Se trataba de una salva.

—Que venga George Douglas —le dijo a María Seton—. Preguntadle qué ocurre.

Habría podido preguntárselo a los guardias, pero eran unos groseros palurdos que se complacerían en fingir no comprender su pregunta. George siempre se había

mostrado amable y era el único del castillo que jamás se había burlado de ella. Además, era un joven muy apuesto, aunque un poco ingenuo.

Un pensamiento cruzó por su mente con la rapidez de una serpiente: «A lo mejor, George tendría la bondad de traerme tinta y papel.» Acto seguido se avergonzó. Sin embargo, el descubrimiento de lo duras que eran las condiciones de su encierro, combinado con la certeza de que ninguna ayuda exterior lograría modificarlas, la enfureció. «Si me tratan de esta manera, ¿quién puede reprocharme que me valga de cualquier arma que tenga a mi alcance? Me han arrebatado todo lo demás. No me queda más que la compasión que consiga despertar en el corazón de otra persona. Si no me es posible escribir a mis amigos de fuera del castillo, habré de buscarme nuevos amigos dentro.

»Qué pensamientos tan curiosos para ocurrírsele a una muerta —se dijo en tono burlón—. Ya te avisé que te levantarías de la silla, señora mía.»

George Douglas la miraba desde la puerta con expresión turbada. Tenía unos colores muy hermosos: su piel era muy clara, sus ojos del color de los jacintos silvestres y sus cabellos, espesos y ondulados, negros. Tanto mejor; María sentía aversión por la variedad pelirroja de los Douglas, pero ello se debía sin duda a que le recordaba a Morton, que era la personificación de éstos.

—¿Sí? —dijo el joven.

—Maese Douglas, ¿cuál es el motivo de las salvas de artillería? —preguntó María, envolviéndose en el chal—. ¿Y por qué habéis encendido una hoguera de celebración?

—Yo... yo... ¡que os lo diga mi padre! —contestó con brusquedad el muchacho, palideciendo todavía más.

Antes de que ella pudiera impedirselo, dio media vuelta y se alejó, dejándola sola en el centro de la estancia.

María esperó, presa de una creciente inquietud. Al final, entró William Douglas, señor del lugar, caminando con la ayuda de un bastón.

—Mi buen señor —le dijo María con la mayor gentileza posible—, ¿por qué habéis disparado una salva de artillería y habéis encendido una hoguera de celebración?

William Douglas la miró parpadeando.

Qué hombre tan frágil y larguirucho. Aparentaba más años de los treinta y cuatro que tenía y parecía muy frágil comparado con su fornido hermanastro lord Stewart. Era como si Jacobo hubiera acaparado todo el buen material de construcción del vientre de su madre y apenas le hubiera dejado a William el material suficiente para la formación de un ser humano.

William carraspeó, tomó un pañuelo y se sonó ruidosamente la nariz. Después se lo guardó y, apoyándose en el bastón, respondió:

—Hoy celebramos un gozoso acontecimiento familiar. La fortuna de los Douglas ha alcanzado su punto culminante. Tenemos un nuevo rey en Escocia y lord Stewart será el

regente.

A pesar del cálido día de julio, un frío temblor recorrió a María de pies a cabeza.

—¿Hoy?

—Sí. Hoy el Príncipe ha sido coronado en Stirling. ¡Ungido y coronado!

—¿Hoy?

—No hace ni dos horas, Señora.

—¡Oh! —María cayó de rodillas al suelo como si acabara de recibir un golpe físico—. ¡Olí, cielos, tened piedad! —gritó mientras unos desconsolados sollozos estremecían su cuerpo.

Hacía apenas unos momentos, no sabía que aún le quedaba algo que perder.

Los días transcurrieron con tranquilidad. Después de seis semanas en las que los acontecimientos, a cual más sorprendente y doloroso, se habían sucedido como juguetes colgados de una cuerda tirada por un niño, le parecía extraño que nada ocurriera. Algunos días lloraba, otros descansaba en la cama, paseaba, rezaba o leía. Poco a poco, y sin que ella lo advirtiese, los días se ordenaron solos y ella ya no se pasó las noches despierta y los días durmiendo. Sabía a qué día estaba e incluso el santo del día a pesar de que le estaban prohibidas las visitas de los sacerdotes. Empezó a trabajar en el bordado cuyo motivo ella y Seton habían dibujado, a disfrutar de vez en cuando con la comida y a beber demasiado vino alguna que otra vez. Le escribió una carta a Melville pidiéndole que le hiciera llegar algunos vestidos que se había dejado en Holyrood.

La trasladaron a sus antiguos aposentos de la cuadrada torre del homenaje del otro lado del patio, donde se había alojado en tiempos más felices. De los muros enlucidos durante su permanencia de un mes en la otra torre colgaron de nuevo la serie de diez tapices de seda con escenas de caza en tonos verdes y amarillos. Había chimeneas más grandes e incluso una ventana abierta al este que en otros tiempos se había empleado como oratorio católico. Le llevaron la imagen de la Virgen (que la ahora devota familia protestante había retirado) y ella mandó colgar el crucifijo a su lado.

En cierto modo, sin embargo, María echaba de menos el aislamiento de la torre redonda, pues en sus nuevos aposentos se encontraba demasiado cerca del resto de la familia Douglas y sus miembros podían someterla a una vigilancia más estrecha. Sospechaba que ésta era la razón de que la hubieran trasladado allí. Por otra parte, ella también podía vigilarlos a ellos, estudiarlos, conocer sus debilidades y costumbres; y veía muchas veces pasar a George Douglas. Siempre se las arreglaba para observarlo a través de los párpados entornados. A menudo lo sorprendía mirándola, cosa que a él le causaba un intenso rubor.

George era un hombre que habría debido nacer por lo menos doscientos años antes

o incluso haber servido en la corte del rey Arturo. Él y Bothwell eran los únicos hombres que ella conocía sinceramente convencidos de que las cuestiones tenían que resolverse mediante un combate singular. Él y Bothwell... Quizás ambos se parecieran en muchas cosas. A lo mejor, en su primera juventud Bothwell era como George, antes de que su padre le enseñara que el mundo era un lugar desagradable y que los verdaderos caballeros acababan mal. Bothwell...

Solía sentarse a soñar con él, preguntándose dónde se hallaría y qué estaría ocurriendo. Deducía de las comedidas conversaciones de los Douglas que Kirkcaldy, que lo buscaba por el norte, todavía no lo había localizado. Una vez oyó comentar a Lindsay lo que harían con él cuando lo atraparan, e incluso el señor de aquellas tierras le había replicado: «No vendáis la piel del oso antes de haberlo atrapado.»

Ruthven se marchó de repente de la isla, abandonando su puesto. Lindsay refunfuñó que él quizás acabaría por seguir su ejemplo si con ello se libraba de sus enojosas obligaciones. No obstante, María no se explicaba la ausencia de Ruthven. Representaba un alivio no encontrarse más con él, aunque desde aquella horrible tarde se había mostrado sorprendentemente amable con ella. Quizá se sentía avergonzado, como una persona normal.

Había conseguido que George le llevase un tintero y una pluma, pero no había encontrado a nadie que transmitiese sus cartas, aunque estaba segura de que ya lo encontraría a su debido tiempo. Por el momento se conformaba con escribir de nuevo, pues ello hacía que se sintiera más fuerte. Había observado que George acostumbraba defender las causas perdidas; los monasterios, las cruzadas, Troya, Cartago y Constantinopla lo llenaban de emoción. Tal vez ella lo atrajera, ya que en el fondo también era una causa perdida.

Había oído decir que su hermano Jacobo había regresado a Escocia tras pasar por Inglaterra, donde se había entrevistado con Isabel y Cecil antes de llegar por fin a Edimburgo. Ella sabía que acudiría a verla a Lochleven y se alegraba de haber disfrutado de dos semanas de descanso antes de reunirse con él. Quería que la viera recuperada del todo: sana, tranquila y serena. Cuando Jacobo comprobara su feliz restablecimiento no le quedaría otro remedio que anular lo que habían hecho los lores en su ausencia. Acabaría por no aceptar la regencia y recomendaría que le devolvieran a su hermana el poder... si...

¡Siempre había un «si»! El «si» residiría en aquel caso en que ella le permitiera ser su Cecil, su principal consejero. María estaba dispuesta a hacerlo. A aquellas alturas, supondría un precio muy bajo. Además, Jacobo ya lo había sido al principio, antes de que apareciese Darnley. Ambos habían gobernado juntos sin dificultad. Ahora aquella época en que su única preocupación había sido la revuelta encabezada por el viejo Huntly le parecía casi idílica.

Al recordarla, estuvo a punto de echarse a reír. «¡Durante cuatro años no se produjo

prácticamente ningún problema! El mayor de todos había sido acosar a Isabel para que me reconociera como sucesora suya e intentar decidir con quién casarme, a qué príncipe extranjero elegir. Estaba Knox, desde luego, pero éste no era más que una mosca molesta. ¡Entonces no era consciente de que vivía en un paraíso!

«Impresionaré a Jacobo con mi excelente estado de salud y mi sensatez; lo convenceré de que me libere y me devuelva el trono, ofreciéndole como recompensa el puesto de consejero.»

Era el 15 de agosto, día de la Asunción. Había celebrado todos los días de la Asunción desde que ella tenía memoria de alguna manera especial, y en Francia la fiesta revestía una gran solemnidad. Allí en Lochleven, sin posibilidad de celebrarla de modo oficial, se arrodilló delante de la imagen de la Virgen colocada en la hornacina de la ventana en medio de la brumosa luz del amanecer. Nada le dijo a su Bienaventurada Madre, sino que se limitó a dejar que la paz de su presencia la inundara. Había rezado tanto que ya no le quedaban palabras, y ahora deseaba descansar en silencio. Aún no se sentía con ánimos para enfrentarse con la mirada del Crucificado. Oía el rumor del agua cerca de la muralla del castillo y el profundo y sordo croar de las ranas. Cantaban a coro toda la noche para recordarle que todas las criaturas tenían sus amores. Sus voces la serenaban, pero las personas que la acompañaban en el dormitorio, una hija y una nieta de lady Douglas, se quejaban del ruido.

Ahora las damas roncaban apaciblemente. Sus propios sirvientes se habían visto obligados a dormir en el piso de abajo, en unas estancias contiguas a los aposentos de Nau.

Un poco de intimidad en medio del nacarado resplandor azulado del amanecer era lo único que cabía esperar. La intimidad, el privilegio de arrodillarse sin que nadie la observara era como un suave y calmante bálsamo de áloe.

Momentos después, tras aguzar el oído para cerciorarse de que las mujeres todavía dormían, extrajo el papel en el que estaba escribiendo una carta a Bothwell siempre que se le presentaba la insólita oportunidad de hacerlo. No sabía de qué manera se la haría llegar pero, cuando se le ofreciera la súbita ocasión de hacerlo, la carta ya debía estar escrita. Con el silencio en el que con tanta habilidad había aprendido a moverse, escribió con rapidez.

Corazón mío y alma mía, han transcurrido casi dos meses desde que contemplé vuestro rostro por última vez, algo que jamás habría considerado posible resistir. Mi aflicción supera todo lo que yo creía que el alma humana era capaz de soportar. Sin vos, he perdido la mejor parte de mí misma pero mi constante temor por vuestra seguridad ha convertido el normal anhelo y el ardiente deseo y pesar en una angustiada tortura. Dicen cosas terribles de vos y me atormentan ocultándome lo que saben acerca de vuestro paradero y estado...

Un gruñido y un movimiento en la otra estancia la indujeron a regresar a toda prisa al reclinatorio. Cuando Euphemia Douglas salió del dormitorio frotándose los ojos, vio a la reina de Escocia de rodillas, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados en actitud de adoración.

María pasó el resto del día como pasaba allí todos los días: ocupada en pequeñas, inofensivas e insignificantes actividades. Paseaba por la orilla del lago en compañía de sus carceleros, practicaba el tiro con arco e incluso danzaba un poco cuando el violinista del castillo tocaba *La novia del lago Lomond*. A la sombra de un roble se sentaba a jugar a las cartas con sus dos damas e invitaba a los soldados de la guarnición a unirse a la partida. Algunos de los más cordiales aceptaban la invitación, se sentaban sobre la hierba y jugaban al palo del triunfo mientras las sombras se alargaban.

Los residentes del castillo siempre comían aparte de María, que lo hacía en sus aposentos. Cuando se acercaba la hora de la cena, María puso término a la partida y se aprestó a regresar a la torre. Justo en aquel momento vio que una embarcación llena de gente se dirigía hacia el embarcadero oriental.

—¡Jane! ¿Qué es eso? —preguntó.

Jane Kennedy se protegió los ojos con la mano y aguzó la vista.

—Es Lindsay —contestó al fin. María se estremeció. Le habían resultado agradables los últimos días en que éste se había marchado a Edimburgo para recibir más instrucciones de sus amos—. Y Morton. Lo reconozco por el cabello rojizo.

¡Morton! Entonces debía de tratarse de una especie de delegación. ¿Qué demonios querrían ahora? Se lo había dado todo. Menos... la vida.

—¡Y lord Stewart! —añadió Jane, tirándole de la manga—. Y también Atholl, que va sentado detrás.

¡Jacobo! Por fin lo vería..., pero en compañía de Morton y Atholl. ¿Qué significaría todo aquello?

María bajó a la entrada del castillo y esperó a que le abrieran. Habría deseado peinarse el cabello y arreglarse un poco. Sin sus pelucas se sentía una mujer normal, carente del empaque de una reina... Sólo las pelucas permitían exhibir unos enormes montículos de cabello que pedían a gritos una corona.

Las puertas se abrieron con un chirrido y los cuatro hombres, con lord Stewart a la cabeza, entraron en el castillo. Éste vio al momento a su hermana pero ni el más ligero asomo de sonrisa suavizó los pétreos rasgos de su semblante. Se limitó a inclinar con rigidez la cabeza como una marioneta movida por rígidos hilos.

—Alteza —saludó.

—Os damos la bienvenida, Alteza —dijo otra voz, dirigiéndose no a ella, sino a Jacobo.

María jamás había oído que se dirigiesen a su hermano con aquel título reservado para los hijos de los reyes y los prelados de alto rango.

—Gracias —contestó él, aceptando el honorífico título—. Os veo con muy buen aspecto —añadió volviéndose hacia María y mirándola con la misma expresión de un chiquillo que acabara de descubrir una serpiente en su camino.

—Yo a vos también —respondió María—. Vuestra estancia en el continente debe de haberos sentado muy bien.

No quería que sus palabras sonaran sarcásticas pero no logró evitarlo. Lo que más le llamaba la atención era lo bien conservado y descansado que se le veía. Nunca se había hallado presente en los más decisivos momentos de terror, y se le notaba en la cara.

Morton, Atholl y Lindsay se acercaron y se situaron a su lado como si la desafiaran a atacarlos. Casi parecía que la temían.

—Venid —indicó María—, ansiaba hablar con vos, mi querido hermano. —Dio media vuelta, lo acompañó a la torre y subió con él por la escalera. Para su consternación, los otros tres los siguieron y se quedaron con ellos en la estancia principal. Miró con expresión implorante a su hermano, pero éste no le prestó atención ni hizo el menor ademán de despedir a los otros hombres. Lindsay la observaba con su habitual sonrisa despectiva, y Morton le daba asco. Atholl era un cero a la izquierda.

—Mi querida hermana —dijo lord Stewart mientras echaba un vistazo en torno a sí—. Veo que estáis muy bien atendida.

—¿Bien atendida decís? Apenas tengo ropa que ponerme y no hay nada que corresponda a mi condición de reina... No tengo dosel ni tampoco un lienzo con el escudo de armas.

Jacobo le clavó la vista sin esbozar siquiera un atisbo de sonrisa, todavía con aquella curiosa rigidez propia de una figura de cera.

—Mandaré que os envíen ropa —dijo—. En cuanto al mantenimiento de vuestra condición de monarca..., ya no resulta necesario.

—Si de verdad es posible que yo abandone mi rango tal como vos afirmáis, no hay razón para mantenerme prisionera. —María miró enfurecida a Lindsay—. Si estoy prisionera por mi condición de reina, se me debe permitir disfrutar de todo lo que corresponde a una reina. No se puede nadar y guardar la ropa.

—Es un caso muy complicado —repuso Jacobo—. Aunque hayáis renunciado a la corona, las personas supersticiosas podrían desconcertarse.

—Estoy segura de que vos no figuráis entre ellas, como así tampoco ningún miembro de vuestra familia, incluida vuestra madre.

Cuanto más hablaba ella, tanto más distante parecía Jacobo, hasta tal extremo que, al final, María pensó que su hermano debía de haber muerto en el extranjero y lo habían sustituido por una reproducción esculpida en una variedad de piedra italiana de



color semejante al de la piel humana y tan verosímil que hubiera podido pasar por auténtica a menos que se examinase con mucho detenimiento. ¿Habría muerto el verdadero lord Stewart de fiebres en Venecia y, en su lugar, habrían enviado a Escocia aquella hábil copia?

Lord Stewart... María intentó recordar con exactitud cómo era de niño. ¿Se reía, cantaba, se inclinaba? ¿En qué momento se habría apoderado de él aquella progresiva frialdad que lo había privado de todo el calor?

—... así pues, nos despedimos de vos —decía lord Stewart cuando entraron unas criadas con la cena para María.

—¡No! —gritó ella—. Os ruego que cenéis conmigo, hermano.

—No. Lo haré con los lores en el comedor principal.

—Recuerdo cuando me servíais con la rodilla doblada y me entregabais la servilleta —dijo pausadamente María—. No lo considerabais indigno de vos. Ahora, en cambio, ni siquiera queréis sentaros conmigo.

Jacobo se volvió hacia los lores.

—¿Me concedéis permiso para quedarme?

Sólo cuando ellos asintieron con la cabeza Jacobo se atrevió a sentarse.

La puerta se cerró ruidosamente. Los lores se habían retirado. Oyeron sus fuertes pisadas al bajar por los escalones de piedra. Ahora Jacobo podría hablar sin impedimento.

—¿Sí? —dijo en un tono más frío que el de las aguas del lago mientras sus ojos grises se posaban en ella.

—¡Jacobo! —exclamó María—. ¿Por qué me habláis de esta manera tan artificial? Ese no sois vos, sino un impostor. A menos, claro, que el otro Jacobo haya sido un impostor hasta ahora.

—¿Cómo os atrevéis a hablar de impostores? —replicó lord Stewart, arrojando su sombrero al suelo. De inmediato su rostro recuperó su vivacidad característica—. ¡Vos, que habéis llevado el arte del disimulo hasta su máxima expresión! ¡Vos, que engañáis a todo el mundo!

Su furia constituía un insólito espectáculo.

—Mi querido Jacobo... —María le tocó el brazo y él lo apartó con gesto de desagrado.

—Queríais hablar conmigo a solas para doblegarme a vuestra voluntad. Sobrestimáis vuestros encantos. ¡Soy inmune a ellos, Señora! Cuando éramos pequeños y vos erais aquella sonriente y preciosa niña que montaba ponis y jugaba al escondite, os amaba. Pero Francia os cambió; regresasteis convertida en una experta en el arte de la mentira y el engaño. ¡Knox tenía razón con respecto a vos! Después de conoceros, dijo: «En mi coloquio con ella he advertido una astucia jamás encontrada en una persona de su edad. Si no es dueña de una mente orgullosa y un ingenio taimado, es que

me falla el discernimiento.» Pero yo no me daba cuenta; estaba ciego.

María se ofendió al ver cómo deformaba su hermano la verdad.

—No, no estabais ciego, sólo erais ambicioso —replicó—. ¡Con tal de ser mi principal ministro, no os importaba que yo fuera Calígula! Siempre fuisteis ambicioso, Jacobo, siempre aspirasteis a ceñir la corona. La ciega era yo. —«Modera tus palabras», se dijo. «Así no te congraciarás con él ni te ganarás su confianza. Él es tu única esperanza de recuperar la libertad.»

—... George —decía lord Stewart.

—¿Cómo?

—He dicho que sois la misma serpiente taimada de siempre. ¡Habéis estado intentando conseguir que George se enamore de vos para escapar y despertasteis tal pasión en lord Ruthven que hubo que apartarlo del puesto que ocupaba!

—¿Cómo? ¿Eso dijo él?

—Él no dijo nada. Fueron sus miradas y su comportamiento de tórtolo enamorado...

—¡Permitidme que os explique qué ocurrió realmente con el noble lord Ruthven!

—¡No quiero oír vuestras mentiras! Sin duda intentaréis presentarlo como un sátiro y alegaréis que no lo alentasteis. Pero ahora que las cartas han salido a la luz, nada de lo que digáis tiene la menor importancia.

—No lo entiendo.

—Las cartas que le escribisteis a lord Bothwell en las que revelabais que ambos erais amantes y que fuisteis a Glasgow con el fin de llevar a vuestro esposo a Edimburgo para que Bothwell lo matase. —Jacobo iba y venía por la estancia, levantando cada vez más la voz.

—Os seré sincera —dijo María—. Amaba a lord Bothwell y en efecto fui a Glasgow a ver a mi esposo por motivos personales. Pero Bothwell no quería que fuera; intentó impedírmelo. Se oponía a que me acercara al Rey, porque éste padecía una enfermedad. Sin embargo, yo insistí, y aunque no me complace hablar mal de los muertos, fue el Rey quien me llevó a mí a Kirk O'Field para que me asesinaran. El lugar lo eligió él, y él fue quien lo llenó de pólvora. Lamenté que muriera con el método que él mismo había escogido. No obstante, sería tan hipócrita como vos aseguráis que soy si dijera que preferiría haberme hallado en su lugar, por más que muchos lo habrían deseado.

—Habéis deshonrado la casa de nuestro padre —aseveró Jacobo sin prestar atención a lo que ella acababa de decir—. Vuestra conducta después del asesinato ha constituido una vergüenza para vuestro trono y para toda Escocia. Una persona honrada habría ordenado que se investigara el asesinato y no habría ocultado información.

—Si hubiera ordenado abrir una exhaustiva investigación, muchos lo habrían pasado mal, pues ellos también están implicados. Sé que se firmó un pacto para asesinar al Rey. Bothwell me lo enseñó. En él figuraba vuestro nombre y los de Argyll,

Huntly y Maitland..., todos los buenos lores de la Congregación.

—¿Dónde está ese documento? ¿Lo tiene Bothwell? —preguntó lord Stewart con aspereza.

—Bothwell me lo entregó cuando nos separamos. Lord Morton lo rompió. —¡Ah! Jacobo esbozó una sonrisa.

—¡Pero los culpables saben quiénes son! Y...

—Y, por consiguiente, no estarán a salvo mientras vos viváis —señaló Jacobo con suavidad—. Tratarán de mataros. En realidad, ya están intentándolo.

María se sobresaltó.

—Pero yo no lo permitiré —afirmó lord Stewart—. Mientras sea regente, podré imponer esta condición. Pero si el regente fuera otro...

Dejó la amenazadora frase sin terminar.

—¿Y los nobles lores os obedecerán? Según un viejo dicho escocés, «Quien no cumple su palabra cuando debe tampoco la cumple cuando no debe». Soy la verdadera hija del Rey y una soberana ungida; vos sois un hijo suyo de baja cuna. Si se rebelaron contra mí...

—¡Señora, yo no cometeré vuestros errores!

—No, pero cometeréis otros. Y ahora es probable que el pueblo se muestre cada vez menos propicio a perdonar los errores, como una mujer remilgada que se considera obligada a rechazar un manjar a menos que sea perfecto aunque al principio se haya comido platos corrientes sin rechistar. —Al ver que Jacobo parecía inquieto, María decidió que había llegado el momento de insistir en su punto de vista—. No es demasiado tarde. Las cosas pueden recuperarse. He aprendido mucho y no cometeré de nuevo aquellos errores. Juntos podemos...

Lord Stewart la miró con incredulidad.

—¿Acaso no lo comprendéis? —dijo—. El pueblo pide vuestra muerte. Nos resulta muy difícil mantenerlo apartado de vos; por eso estáis aquí. El agua que os rodea os sirve de protección. Yo puedo garantizaros la vida, pero no la libertad. Y si vos recuperarais el trono, ¿qué sería de Bothwell? Nadie lo aceptaría, y pese a ello vos no queréis abandonarlo. No, no hay esperanza. Todo ha terminado para vos.

—¡Jacobó! —María se arrojó llorando contra su pecho, duro e inflexible—. Aún no he cumplido los veinticinco años...

Lord Stewart no hizo el menor ademán de abrazarla o consolarla.

—Jacobó, ¿qué será de Bothwell? —preguntó María entre sollozos.

—¡Siempre Bothwell! —Exclamó lord Stewart, apartándola—. Seguíis anhelando el veneno que os ha matado. Muy bien, pues... Quizás os complazca saber que he enviado una flota para apresarlo en las Órcadas, donde permanece escondido. Los capitanes han recibido autorización para celebrar un juicio allí mismo, lo que significa, mi querida hermana, que lo juzgarán y ejecutarán en el acto. Después enviarán su cabeza,

sus brazos y sus piernas aquí, tal como han hecho con las cabezas y los miembros de sus seguidores ya capturados. Dalgleish, Powrie, Hay y Hepburn, o más bien ciertas partes de sus cuerpos, adornan las puertas de las ciudades de Leigh, Haddington y Jedburgh...

María lo fulminó con la mirada.

—O sea que los hicieron callar antes de que comprometiesen a los lores. Supongo que éste es también el propósito del juicio al que se pretende someter a Bothwell.

—Veo que empezáis a mostrar astucia política —comentó lord Stewart—. Lástima que ya sea demasiado tarde.

—¿Me permitís que os recuerde lo que incluso vuestro hermano el señor de estas tierras ha dicho? «No vendáis la piel del oso antes de haberlo capturado.»

Jacobo sonrió.

—Yo no sé nada de osos, pero la nave capitana de Bothwell se llama *Pelican* y nosotros le haremos vomitar el pez que lleva en el pico, tenedlo por seguro.

## LXI

Bothwell contemplaba las centelleantes aguas del estrecho de Bressay, donde permanecía anclada su pequeña flota. Tenía ocho barcos bajo su mando; cinco le pertenecían en su calidad de almirante de Escocia; otro llevaba un cargamento de víveres y armas para lord Stewart cuando sus hombres lo habían abordado en Cromarty Firth y se habían apoderado de él. El hecho de que navegara rumbo a Saint Andrews en ayuda de lord Stewart y de sus hombres había hecho que el saqueo resultara tanto más placentero. El almirante había descargado el primer golpe en la batalla personal que ambos libraban.

Después Bothwell había avistado un buque mercante y lo había fletado. El último barco que había adquirido era un espléndido bajel de dos palos dotado de cañones, el *Pelican*, fletado a un mercader hanseático en un puesto de intercambios mercantiles del extremo sur de las Shetland. Lo había visto embarcar pescado al pasar por allí desde las Órcadas y le había llamado la atención.

Se había visto obligado a retirarse a toda prisa de las Órcadas. Allí las cosas no se habían desarrollado según sus planes. A pesar de su condición de duque de las Órcadas y descendiente del primer conde del lugar, uno de los hermanos de Balfour era alguacil de las islas y en su poder obraban los castillos reales de Kirkwall y Noltland. Al ver que Gilbert Balfour abría fuego contra él y le negaba la entrada al castillo, comprendió de repente por qué razón el Balfour de Edimburgo había enviado aquel urgente mensaje la noche del 14 de junio, instándole a abandonar Dunbar. Los Balfour se habían pasado al bando de los lores de la Congregación mucho antes del sin eso del monte Carberry. Mientras daba la orden de que los barcos zarparan rumbo a las Shetland, comprendió lo que ello habría significado para Geordie Dalgleish, a quien había enviado confiadamente al castillo para que recogiera sus papeles y sus efectos personales. Lo había enviado directo a un nido de víboras.

Los barcos surcaban los picados y agitados mares. Tan al norte siempre hacía frío, y las aguas si hallaban a menudo cubiertas por la bruma. Las Órcadas más septentrionales se encontraban a cincuenta millas al norte de la punta de Escocia y las Shetland a sesenta millas al norte de allí.

Bothwell se decepcionó y alarmó al ver que debía abandonar las Órcadas. Aparte del aprecio que siempre había sentido por aquellas islas su variado paisaje y sus gentes, que hablaban una extraña lengua llamada norn y cuyos antiguos reyes habían sido vikingos como el conde Thornfinn *el Poderoso*, tuvo la sensación de que lo expulsaban al mar y lo echaban de Escocia.

Sus intentos de reunir tropas no habían resultado muy afortunados. Al principio había gozado de cierta libertad de movimientos, y varios lores, como los Hamilton de

Linlithgow, los Fleming de Dumbarton y los volubles Argyll y Boyd, se habían comprometido con la causa real. Sin embargo, al trasladarse al norte, a Strathbogie, para consultar a Huntly, su antiguo cuñado le había mostrado cuál era su verdadera postura. Se había vuelto en contra de él cuando Jean Gordon había regresado a casa y le había hablado mal de él. Huntly ya no era un buen aliado sino el ultrajado hermano de una mujer traicionada.

Incluso en el palacio de su tío el obispo en la septentrional Spynie sus enemigos habían conseguido modificar la situación para perjudicarlo. Los hijos bastardos del obispo habían conspirado para asesinarlo y, aunque fue él quien los mató a ellos, estaba claro que no le convenía permanecer en aquel lugar. Allí fue donde se le ocurrió la idea de concentrar su poder en el mar, pensando que en tierra no estaba seguro a pesar de los más de cincuenta nombres que había conseguido atraer a la causa de la Reina, entre ellos los de Seton, Livingston, Kerr, Ormiston y Langdon.

Con el regreso de Knox, la abdicación de la Reina, el severo encarcelamiento de la Soberana y, por último, su propia proscripción, el fiel de la balanza había empezado a inclinarse, y el número de personas que abandonaban la causa real y se reconciliaban con los lores había ido en aumento. Sus servidores John Blackadder y John Hepburn, a quienes había enviado a Dunbar, en el sur, con cartas para sus amigos, habían sido capturados, torturados y ejecutados. Tras decretar la proscripción de Bothwell, los lores habían prohibido que la gente de cualquier estado o condición «recibiera al conde en su casa, lo apoyara con hombres, armas, caballos, embarcaciones o cualquier otro suministro por tierra o por mar» so pena de ser considerado «cómplice del horrible asesinato».

Aún le quedaban sus ocho barcos, un contingente de buenos soldados y la posibilidad de emplear las islas Shetland como base. En caso de que ello no diera resultado, todavía podía recurrir a Suecia, Dinamarca o Francia, navegar hasta allí.

Las Shetland lo habían recibido muy bien y su señor Oliver Sinclair lo había honrado como pariente por ser hijo de lady Agnes Sinclair. Al parecer, las tristes noticias acerca de su persona no habían llegado tan al norte, y en cualquier caso a la gente de allí le gustaba creerse libre de desobedecer los dictados de Edimburgo. Tanto las Shetland como las Órcadas habían pertenecido a Noruega hasta el año 1468, en que se habían cedido a Escocia como parte de la dote de la esposa de Jacobo III, por lo que nunca se habían sentido muy escocesas. Allí también se hablaba el norn, y ambos archipiélagos conservaban las alargadas construcciones típicas de los vikingos. La gente de aquellos parajes era más alta, sus ojos solían ser azules y todas sus actividades giraban en torno al mar.

Bothwell ancló sus barcos y dejó que sus hombres recorrieran la isla haciendo

acopio de agua y comida y aparejando las naves para un combate o bien para una larga travesía. Sus mensajeros de confianza habían conseguido adentrarse de manera subrepticia en el sur y recuperar unos codiciados y perjudiciales documentos: su nombramiento de duque de las Órcadas y lord de las Shetland, la orden de persecución de su persona emitida por los lores, el decreto de su proscripción... y una carta de María.

Antes de abrir la carta había bajado a su camarote y había cerrado la puerta. Le temblaban los dedos; le parecía imposible que ella hubiera logrado escribir y enviar una misiva y que ésta llegara a sus manos allí, tan al norte. Era como una aparición, una de aquellas falsas visiones creadas por los malos espíritus para engañar a la gente y arrastrarla a la perdición. La escritura de María, algo que antes era tan normal, ahora tenía para él un valor inestimable... Rompió el sello.

Corazón mío y alma mía, han transcurrido casi dos meses desde que contemplé vuestro rostro por última vez, algo que jamás habría considerado posible resistir. Mi aflicción supera...

Los lores la habían traicionado por completo. Habían incumplido todas las promesas que le habían hecho en el monte Carberry, tal como él le había advertido que harían.

«¡María, María! —gritó en silencio—. Debí secuestraros en serio entonces y llevaros a Dunbar.»

Siguió leyendo y devorando todos los detalles de la vida de María, encerrada a cal y canto en Lochleven. Le parecía tan triste y desmoralizador... No había nadie que la consolara aparte de María Seton y algunos miembros de su antigua casa, y al parecer la isla era un lugar a prueba de fugas, aunque, en realidad, pensó, de ningún lugar podía decirse que lo fuese. Debía de contar con algún partidario que le prestaba su apoyo, pues de otro modo la carta jamás habría salido. ¿De quién se trataría? Ella se guardaba de mencionarlo.

Anhelaba estrecharla entre sus brazos o por lo menos hablar con ella aunque fuera a través de unos barrotes.

«¡No nos merecemos esto! —pensó—. Que a mí me persigan como a un lobo y que a ella la mantengan encerrada como al loco del conde de Arran... Y en verdad me darán caza como si fuera un lobo; esto es lo que dice el decreto de proscripción. Muy bien pues, comprobarán que este lobo tiene unos colmillos muy largos. Les arrancaré la carne.»

Dobló la carta, pero no la metió en la bolsa de cuero junto con los demás documentos, pues sabía que la leería muchas veces antes de guardarla. Intentó convencerse de que a ambos todavía los unía un fuerte vínculo, pero en realidad se preguntaba si la vería de nuevo alguna vez.

Salió del pequeño y mal iluminado camarote y subió a cubierta. El *Pelican* sólo

tenía dos palos, y aunque no era un bajel de guerra por lo menos disponía de cañones para repeler los ataques de los piratas. No eran caros cañones de latón, sino unos más baratos de hierro y venían con piezas de portañola, hondas, escopetas y armas de pequeño calibre, aparte de las pistolas y arcabuces que él mismo había proporcionado a los soldados.

El *Pelican* se mecía con suavidad sobre el oleaje en el lugar donde permanecía anclado. Aquel día de finales de agosto las aguas estaban todavía en relativa calma. Pero la situación era susceptible de cambiar de un momento a otro, pues las rocas y los bajíos eran siempre muy traidores, incluso en verano. El archipiélago de las Shetland tenía más de cien islas, algunas de las cuales no eran más que rocas que ansiaban partir un barco por la mitad. Bothwell se alegraba de haberse procurado los servicios de unos cuantos marineros de la zona que conocían muy bien aquellas aguas.

Las grandes velas de lona estaban recogidas y atadas con su enrevesada maraña de cabos, a la espera de que las desplegaran para hincharse con el viento. De momento, se estaban subiendo a bordo unos barriles para llenarlos de agua y los hombres se hallaban diseminados por toda la isla principal haciendo ejercicio e intentando encontrar víveres, cosa que no abundaba en aquella estéril y rocosa isla; a diferencia de las Órcadas, allí había muy poca tierra de labranza y la gente vivía, sobre todo, de la pesca.

Si a un hombre le apetecía pasear, aquella desierta y desnuda isla tenía muchas cosas que decirle. Bothwell se sentía atraído por su dureza y se había pasado los primeros días vagando bajo el cielo que parecía infinito, escuchando el rumor de las olas y contemplando los pájaros que anidaban en los rocosos, mellados y negros peñascos que sobresalían del mar. Apreciaba la soledad tras haberse pasado tanto tiempo rodeado de hombres. A veces distinguía una manada de oscuros y pequeños ponis salvajes, pero éstos siempre guardaban las distancias como si también estuvieran hartos de los hombres y de su comportamiento. El viento le silbaba en los oídos y entonces él, que tanto aborrecía los sombreros, comprendió por qué razón los isleños siempre llevaban aquellas ajustadas gorras de lana.

Bothwell levantó los ojos hacia el sol. Debía de ser casi el mediodía, hora de acudir a su cita para almorzar con su primo Sinclair en su mansión de la playa. Le caía simpático aquel hombre, y le encantaba hablar con él de sus bribones antepasados y escuchar sus descripciones de la vida en las islas. A diario su primo le sugería la visita a sitios que quizá le interesarían: una curiosa y antigua vivienda de piedra; la isla de Saint Ninian con las ruinas de la morada del santo monje; una playa donde las focas tomaban el sol.

Aquel día prometía ser igual que los anteriores. Mientras se sentaba a la mesa dispuesto a saborear un poco de vino, Sinclair, que se complacía en ofrecer insólitas mercancías de importación, lo miró con una sonrisa en los labios.



—Mi buen primo —le dijo tomando una botella para escanciar la bebida—, hoy tengo un fuerte y dulce vino de Chipre. —Lo cató y asintió con la cabeza—. Ha tardado mucho en llegar hasta aquí pero no se ha estropeado. Los venecianos lo traen con gran rapidez en sus galeras.

Bothwell tomó un sorbo y contempló sus barcos anclados. Cuatro estaban allí y otros cuatro en un puerto del otro extremo de la isla. El sol había brillado todo el día en todo su esplendor, y el espectáculo del agua iluminada por sus rayos cortaba la respiración. Cada uno de los barcos parecía grabado al aguafuerte en el intenso azul del mar y el cielo, un profundo azul oscuro, en comparación con el cual los cielos de otras latitudes parecían débiles o diluidos.

—¿Estáis pensando en vuestros capitanes y vuestros hombres? —le preguntó Sinclair.

—Sí. Me preguntaba qué habrán hecho esta mañana. Espero que no hayan causado molestias en la ciudad. Los marineros se han quedado a bordo; en general, son los peores.

Sinclair se echó a reír.

—Ahora se comprende por qué a los remeros de las galeras los tienen encadenados.

—Sí.

Bothwell se alegró al pensar que los Balfour habían servido en las galeras años atrás, los muy traidores. Eran traidores y embusteros desde hacía mucho tiempo.

Los criados servían las caballas y las ostras cuando Bothwell percibió de pronto con el rabillo del ojo un movimiento en el agua. Dejó de inmediato el cuchillo y se acercó a la ventana.

Ocho barcos se acercaban con gran velocidad a los suyos anclados. Se encaramó a toda prisa al antepecho y se protegió los ojos con la mano para ver mejor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sinclair.

—Han venido —contestó Bothwell—. ¡Mis hombres! —Comprendió de súbito su apurada situación—. ¡Los soldados están en tierra! ¡No hay nadie a bordo para combatir!

Se quitó la servilleta y salió corriendo de la casa. Sinclair lo siguió.

Se detuvieron en lo alto del acantilado que se alzaba sobre el puerto. Los barcos de los lores se aproximaban cuando, de repente, las cuatro naves de Bothwell que se encontraban en el puerto desplegaron las velas, cortaron las amarras y huyeron.

—Han decidido no esperar a que los aborden —observó Bothwell con aprobación—. ¡Pero todos los hombres están todavía en tierra!

Mientras ambos contemplaban la escena, se inició la persecución. Bothwell vio que el barco más grande de los lores, el *Unicorn*, se lanzaba a toda velocidad en pos de los fugados. Era evidente que se trataba del principal barco de la flota, el que intentaría derrotarlo. Entre su tripulación debían de figurar Kirkcaldy y su archienemigo William

Murray de Tullibardine, el hombre que había puesto en marcha la campaña de los pasquines contra él. ¡Grange, el malnacido más hipócrita y embustero que jamás había conocido! ¡Y Tullibardine, a sueldo de los lores a cambio de inventarse pruebas que lo culparan a él del asesinato!

«¡Si yo me encontrase a bordo —pensó—, me encantaría luchar cuerpo a cuerpo con vosotros y cortaros la garganta sin contemplaciones!»

En cambio, tuvo que permanecer impotente en la orilla mientras los barcos abandonaban el estrecho de Bressay rumbo al norte.

Uno de sus barcos era lento. Le llamaban *Tortoise*, tortuga, porque siempre se quedaba rezagado y era incapaz de alcanzar la velocidad de los demás. Ahora el *Unicorn* lo había elegido como víctima y acertaba distancias por momentos.

El capitán del *Tortoise* a duras penas conseguía conservar la ventaja. De pronto pareció perder el control; Bothwell observó que el *Tortoise* se veía obligado a desviarse hacia una zona en que las aguas formaban una lechosa espuma al dar contra las rocas ocultas y desde allí se dirigía hacia los rompientes en un valeroso gesto aparentemente suicida. A continuación el barco, que sólo se había arañado la quilla con las piedras, salió disparado entre la espuma y se adentró en aguas más profundas. Demasiado tarde para modificar el rumbo, el voluminoso *Unicorn* lo siguió y Bothwell vio desde su punto de observación que se estremecía y chocaba contra las rocas, donde quedó encallado y escorado. Docenas de marineros y soldados salieron despedidos por la borda y cayeron cual motas de polvo. Descolgaron un bote que al instante se llenó de gente. Cuando alguien saltó desde la cubierta del *Unicorn* al bote, éste empezó a dar vueltas y a punto estuvo de hundirse. Ante los ojos de Bothwell y Sinclair, el *Unicorn* fue engullido por las embravecidas aguas. Bothwell lanzó un rugido de júbilo.

—Lo ha hecho a propósito —dijo Sinclair—. Apuesto a que el capitán de este barco tan torpe sabía muy bien cuál era su calado y se conocía al dedillo las aguas que rodeaban las rocas. —Soltó una carcajada y añadió—: ¡Qué proeza naval tan extraordinaria!

Las restantes naves de la flota perseguidora tuvieron que detenerse para rescatar a sus compañeros mientras los barcos de Bothwell desaparecían en el horizonte.

—Echarán el ancla en Unst y os esperarán allí —dijo Sinclair—, es la isla más septentrional. Reunid a vuestros hombres y dirigios al norte. Cuando lleguéis os facilitaré caballos. —Le dio a Bothwell una palmada en la espalda—. Lástima que hayan interrumpido nuestro almuerzo. Ya veo que hoy no tendréis tiempo de contemplar las focas.

Bothwell montó con rapidez en su cabalgadura y bajó a la ciudad. Sabía dónde encontrar a la mayoría de sus hombres; habrían de pedir prestados caballos para cruzar la isla a tiempo. El bote del *Unicorn* ya se acercaba a la orilla, y Kirkcaldy iniciaría la búsqueda. Habría adivinado que Bothwell no se encontraba a bordo del *Tortoise*.

Bothwell encontró a unos cien hombres en la ciudad. En su calidad de supremo señor y máxima autoridad de la isla, requisó casi todos los caballos que encontró. La gente se apresuró a entregárselos, e incluso hizo lo propio con varios ponis domésticos. Cualquier cosa con cuatro patas y capaz de llevar a un hombre sobre su lomo servía para sus fines, hasta las mulas y los asnos.

—¡Al norte! —gritó Bothwell, reagrupando a sus hombres.

A toda prisa se pusieron en marcha hacia el interior de la isla. Cabalgaron con la mayor rapidez que pudieron sobre un terreno muy abrupto, a través de un verde y abrupto paisaje salpicado de rocas. Recorrieron seis leguas al galope bajo un inmenso y extraño cielo sin nubes hasta que la tierra se terminó de golpe y se encontraron con una extensión de agua de casi dos millas que los separaba de la isla más próxima, la de Yell.

¿Dónde estaban los botes que Sinclair le había prometido? Bothwell desmontó y bajó a la orilla. Vio unas embarcaciones de pesca y les hizo señas. Despacio, con una lentitud angustiosa, sus ocupantes se acercaron a remo.

—¡Tenemos que cruzar! —les gritó, señalándoles a sus hombres.

Las embarcaciones de pesca permanecieron donde estaban. Luego una de ellas se alejó, rodeando un promontorio.

Bothwell sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Cómo conseguirían llegar a destino? El mar estaba demasiado agitado como para cruzarlo a nado y la distancia era demasiado grande, aun en el caso de que el agua no hubiera estado tan terriblemente helada. Ni los animales ni los hombres sobrevivirían a la travesía. Sentía una extraña preocupación por los caballos que les habían prestado.

¡Maldición! ¿Se quedarían atrapados allí como los peces en las redes que se izaban a bordo de los botes? Kirkcaldy debía de estar pisándoles los talones.

La embarcación de pesca apareció de nuevo con seis barcos más grandes. Mientras éstos se acercaban lentamente, Bothwell dio en silencio las gracias.

—Os cruzaremos a cambio de un precio —anunció el capitán de una de las embarcaciones, y mencionó una cantidad exorbitante.

Bothwell regateó por un instante confiando en conseguir un precio más aceptable o, por lo menos, no dar la impresión de que era tonto de remate mientras miraba una y otra vez hacia atrás. Kirkcaldy no tardaría en aparecer en lo alto de la pendiente.

—Trato hecho —dijo—. ¡Vamos allá!

Los hombres subieron a los botes mientras que los caballos eran colocados en unas embarcaciones más planas y pesadas. Sin embargo, sólo podían trasladarse unos pocos cada vez. Tuvieron que efectuar tres viajes para llevarlos a todos a la playa de Yell.

—¡Vamos! —gritó Bothwell, espoleando su montura para proseguir con sus hombres el camino hacia el norte a través de un paisaje tan desolado que parecía que Dios se hubiera olvidado de él. Rocas negras, parda tierra desnuda, el verdoso brillo

del musgo, helechos..., y un viento gélido y desgarrador que aullaba como un ser vivo. Al atardecer, unas blancas e hinchadas nubes empezaron a surcar el cielo a gran velocidad.

Recorrieron doce millas de frío y rocoso desierto hasta llegar a otro estrecho, el de Bluemull. Su extensión era muy inferior a la del estrecho del Yell, hasta el punto de que Bothwell se disponía a correr el riesgo de cruzarlo a nado; pero cinco embarcaciones que se encontraban allí cerca se ofrecieron a trasladarlos... a cambio de una elevada cantidad.

Desembarcaron en la rocosa orilla de Unst. Anocheceía, pero no se atrevieron a encender una sola hoguera por temor a revelar su paradero a Kirkcaldy. Se acurrucaron en la arena e intentaron dormir, cubriéndose con sus capas. El viento era tan fuerte que penetraba a través del tejido, y el rumor del oleaje que rompía contra las rocas les impedía dormir. Al amanecer, se sacudieron la arena y los guijarros de las capas y se dispusieron a explorar la isla.

A media mañana encontraron los barcos anclados en una resguardada bahía. Bothwell les hizo señas agitando su capa. Una de las embarcaciones se acercó de inmediato.

—¡Gracias a Dios! —exclamaron al unísono Bothwell y los hombres de la embarcación.

—Habéis mostrado buenos reflejos —le dijo Bothwell al capitán del *Tortoise*—. Fue la mejor demostración de pericia náutica que he visto en mi vida. Lo presencié todo desde la orilla.

—Cuando vi aquel barco tan grande, me dije que merecía zozobrar —contestó el capitán—. El obispo que llevaban a bordo, el que os tenía que juzgar y sentenciar, fue quien saltó al bote y estuvo a punto de caer al agua. Ojalá se hubiera hundido como el barco.

—Pienso lo mismo que vos, pero todavía con más fuerza pues ese clérigo renegado fue el que nos casó a mí y a la Reina. Qué traidor tan vil —espetó Bothwell—. Los demás barcos se quedaron rezagados y tuvieron dificultades para rescatar a todos los hombres e intentar reagruparse.

—No tardarán en llegar aquí —reflexionó el capitán—. Yo diría que sólo les llevamos unas cuantas horas de adelanto. ¿Qué pretendéis hacer?

—Combatir, por supuesto —respondió Bothwell—. ¿Qué otra cosa si no?

—Ellos cuentan con más hombres y más barcos.

—En tal caso, actuarán con arrogancia. Si pensáis que pienso huir sin entablar combate o si es eso lo que deseáis, os libero de vuestro compromiso. No quiero tener a mi lado a hombres pusilánimes; además, ya habéis descargado un buen golpe por nosotros. Podéis retiraros sin remordimientos.

—No. Me quedaré —aseguró el capitán—, pero sólo disponemos de unas cuantas

horas para prepararnos.

—Que así sea.

Bothwell contó a los hombres y se percató de que un considerable número de ellos se encontraba todavía en tierra. Envió al bajel de su tesoro, el que transportaba la plata, las joyas, la armadura y sus efectos personales, a Scalloway, en el lado occidental de la isla, para recoger a los hombres que todavía se hallaban allí.

A primera hora de la mañana siguiente vieron aparecer los primeros barcos enemigos en el horizonte. Había tanta niebla que las naves ya estaban muy cerca cuando Bothwell y sus capitanes las divisaron.

—¡Enemigo! ¡Enemigo! ¡Alarma! —gritaron los marineros.

Cargaron los cañones, y los soldados ocuparon posiciones en la cubierta, hombro con hombro con sus arcabuces. Tenían preparadas unas antorchas empapadas de pez para prenderles fuego y arrojarlas a los barcos del enemigo cuando éstos se acercaran, y también arcos y arpeos por si se producían abordajes y combates cuerpo a cuerpo.

Cortaron los cabos del ancla y abandonaron la bahía para evitar que los acorralaran o los hicieran encallar. El fuerte viento hinchó las velas en cuanto las desplegaron, y las embarcaciones se alejaron mar adentro.

Los siete barcos de los lores los siguieron y empezaron a disparar sus cañones de bronce de largo alcance. Sin embargo, se encontraban todavía demasiado lejos, y las balas cayeron inofensivas en el agua.

El *Tortoise*, fiel a su nombre, quedó rezagado, y los hombres de Kirkcaldy no tardaron en abordarlo. Bothwell, a quien sólo le quedaban dos barcos, deseó que el capitán del *Tortoise* hubiera optado por no combatir. Esperaba que Kirkcaldy fuera clemente, pero la clemencia no parecía ser el rasgo más característico de los lores.

El fuego de artillería alcanzó sus barcos, abriendo agujeros en las velas y azotando los costados de madera. Bothwell ordenó responder, y los cañones del *Pelican* rugieron, las balas impactaron en los costados y la cubierta del *Primrose*, el *James* y el *Robert* y llovieron sobre las cabezas de los marineros de cubierta. Las cuatro embarcaciones más pequeñas se quedaron atrás como tímidas doncellas, fuera del alcance de la artillería de Bothwell.

Una bola de fuego cayó en la cubierta. Los soldados huyeron, pero las llamas prendieron en la ropa de algunos hombres, que tuvieron que rodar por la cubierta o recibir chorros de agua. En medio de la confusión, dejaron de disparar, y entonces el *Primrose*, a bordo del cual se encontraba Tullibardine —Bothwell lo veía dirigir las acciones de los hombres de la cubierta— se acercó un poco más y atacó con sus cañones de corto alcance. Una lluvia de proyectiles cayó encima de los hombres de Bothwell, dispersándolos y desbaratando una vez más su defensa. Él mismo corrió a

uno de los cañones, lo cargó y disparó, apuntando justo a la línea de flotación del barco de Tullibardine con el propósito de hundirlo, pero el boquete que abrió en su costado se encontraba situado por encima del agua.

El combate proseguía cada vez más lejos de la costa, hasta que ésta se difuminó y desapareció. Las balas de los cañones caían sobre las cubiertas, agujereándolas. Las velas del *Robert* estaban ardiendo y éste giraba como una rueda, perdido el control del timón.

De pronto, se produjo un terrible ruido de madera astillada cuando una bala arrancó el palo mayor del *Pelican*. Como un imponente árbol recién serrado, el alto mástil se inclinó despacio y cayó majestuosamente sobre la cubierta con todos los aparejos y los estayes enredados en torno a sí. Ahora sólo quedaba un palo.

Tullibardine, cuyos marineros ya tenían preparados los arpeos, se acercó y gritó:

—¡Rendios! ¡Rendios, Bothwell, pirata, asesino!

—¡Antes os veré en el Infierno! —replicó Bothwell, y disparó un arcabuzazo contra él.

La bala traspasó el sombrero de Tullibardine y lo hizo volar por los aires.

—¡Maldita sea! —exclamó Bothwell.

Tres pulgadas más y Tullibardine habría perdido la cabeza.

Sonó un coro de disparos de artillería. Bothwell vio caer a ocho de sus hombres, y ordenó abrir fuego de nuevo.

—¡No abandonéis el cañón! —gritó, pero sus hombres eran abatidos como moscas.

—¡Ya os tengo! —chilló Tullibardine, disparando contra Bothwell; sin embargo, estaba tan excitado que erró el tiro.

El cielo se oscureció como si, de repente, un calamar hubiera soltado una enorme nube de tinta. El sol se ocultó, empezó a soplar un rugiente viento del suroeste. Su fuerza era tal que el *Pelican* escoró y varios marineros cayeron por la borda. Lo mismo le ocurrió al *Primrose*, pero el hecho de que el barco enemigo conservara el velamen intacto supuso una desventaja para éste, pues el viento asumió el control de las velas. El barco estuvo a punto de zozobrar y se inclinó tanto que el agua penetró a través del boquete que Bothwell había abierto en su costado. Una cortina de agua empezó a caer como si alguien hubiera vertido sobre ellos una gigantesca caldera.

El viento empujó los barcos, pero el de Bothwell, más ligero y manejable, dejó atrás el de Tullibardine. La segunda nave de Bothwell seguía muy de cerca la primera, navegando a gran velocidad con rumbo norte. Tullibardine los persiguió en mar abierto a lo largo de sesenta millas antes de dar media vuelta.

Bothwell a duras penas conservaba el equilibrio sobre la resbaladiza cubierta del barco, que avanzaba dando bandazos mientras las olas se levantaban a los costados como enormes colinas. Agarrado a la borda, contempló las toneladas de agua que caían sobre la cubierta. Las oscuras y siniestras colinas subían y bajaban atrayéndolo hacia

ellas. A Bothwell le resultaban horriblemente familiares; eran las colinas del Infierno donde el Amante Demonio se veía arrastrado a su perdición en la canción de las Fronteras que él conocía tan bien y que tantas veces le había cantado a María. «Estas son las colinas del Infierno, amor mío, adonde tú y yo tendremos que ir.» Lo llevaban a casa. Sin soltar la borda, le ordenó al capitán:

—¡Avante!

Pasaron toda la noche entrando y saliendo a gran velocidad de las voraces olas.

En la oscuridad, el rugido del mar y el cabeceo del barco —a veces las cubiertas estaban casi perpendiculares— les hicieron sentir que se hundían de verdad en los abismos infernales. A los marineros que luchaban por dominar las velas del único palo que les quedaba no les costó creerse las historias que se contaban acerca del *kraken*, una gigantesca bestia dotada de tentáculos que, según juraban los viejos marinos noruegos, infestaba aquellas aguas y surgía de repente para devorar los barcos. Las gélidas olas que caían sobre la cubierta y les azotaban el rostro eran como los viscosos brazos del monstruo.

La tensa base del único mástil que quedaba crujía y gruñía. El timonel y su ayudante batallaban con el timón, encabritado como un mulo, y apenas lograban dominarlo. Los timones solían romperse, pero ellos no tenían otro de recambio a bordo. Los hombres lloraban y rezaban, recordando sus pecados y suplicando otra oportunidad. No veían por ninguna parte el segundo barco y no sabían si los seguía, si se había desviado de su rumbo, si se había hundido... o si lo había devorado el *kraken*.

La tormenta duró toda la noche y parte del día siguiente, hasta amainar poco a poco al llegar el ocaso. Cuando las gigantes olas se calmaron y ellos alcanzaron a ver de nuevo por encima de las olas, la noche ya había caído y no supieron orientarse. A juzgar por las estrellas, habían estado navegando, o más bien habían sido empujados, con rumbo norte-nordeste.

Cuando el cielo se aclaró al amanecer Bothwell avistó tierra a lo lejos. Estaba envuelta por la bruma y era de color blanco azulado, y muy alta. Unas montañas de nevadas cumbres llegaban casi hasta la orilla del agua.

—Noruega —susurró Bothwell.

Sí, debía de tratarse de Noruega.

De repente recordó aquel extraño sueño suyo acerca de Noruega en el que incluso había hablado en la lengua de esas tierras. ¿Habría sido un presagio? Se estremeció al pensarlo, pero, al mismo tiempo, el recuerdo hizo que la costa noruega le pareciera un lugar amistoso y acogedor. «Ya he estado aquí en sueños —pensó—. Por consiguiente, no tengo nada que temer.»

El capitán se acercó a él con trémulas piernas y se apoyó en la borda con los brazos sueltos a los lados.

—Treinta y seis horas de batalla —musitó—. Espero no verme obligado a soportar

de nuevo algo parecido.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Bothwell—. ¿Podréis determinarlo cuando salga el sol?

—Sí —contestó el capitán—. El astrolabio nos indicará con exactitud hasta dónde hemos llegado. Pero yo sé que esto es Noruega; en ningún otro lugar hay estas montañas. No es Islandia ni Dinamarca. La punta de las Shetland se encuentra a unas doscientas millas largas de la costa de Noruega, por lo que supongo que hemos dejado muy rezagados a nuestros enemigos. ¡Mirad! —El capitán señaló a estribor la oscilante forma de otra nave—. ¡Nuestro barco está con nosotros! ¡Dios nos ha guiado sanos y salvos a los dos!

—Gracias le sean dadas —dijo Bothwell. Contempló la cubierta quemada y llena de cabos rotos y trozos de lona. Por todas partes se veían barriles volcados y desperdicios. El palo estaba inclinado, pero todavía se mantenía en pie—. Tendremos que renovar nuestros pertrechos cuando llegemos a puerto. Pero, ¿qué importa eso? ¡Somos libres! ¡Hemos vencido! —Abrazó al capitán—. ¡Somos libres!



## LXII

De pie en el muelle, María aguardaba el regreso de George Douglas. Sabía que él se alegraría de verla allí envuelta en uno de sus mantos con capucha y, al mismo tiempo, tal circunstancia le permitía permanecer a la orilla del agua sin despertar la alarma de sus guardianes. Le gustaba contemplar el lago, su superficie rizada por el viento y sus cambios de color cuando reflejaba las intermitentes nubes y el sol. Algunos días, ahora que estaba muy adelantado el otoño, todo el lago formaba un remolino de bruma, como un sueño que se desvaneciera en un sueño.

Aunque poco a poco sus guardianes se habían vuelto menos severos, todavía le impedían salir del castillo sola. Dejaban que permaneciera en el muelle sólo porque podían vigilarla desde cerca.

La rutina era inflexible. La guarnición de la isla, compuesta por unos sesenta hombres, vigilaba las murallas y la única entrada. Únicamente abandonaban sus puestos a la hora de la cena, cuando comían en la sala. Entonces cerraban la entrada y dejaban las llaves al lado del plato de sir William, mientras éste cenaba. De esta manera, nunca las perdían de vista.

María y su grupo seguían alojándose en la torre cuadrada, y dos damas de la familia Douglas dormían en sus aposentos. Que ellas supieran, María no escribía ni recibía cartas, y su única fuente de información era lo que lord Stewart permitía que ellas le contaran. Pero, en realidad, el joven George, indignado por el trato a que la sometían, le servía de enlace con el mundo. Como medida de precaución, María escribía muy pocas cartas, pero él la mantenía al corriente de los acontecimientos de Edimburgo y de otros lugares.

¡El buen George! A veces María pensaba que el destino lo había puesto en su camino, pues no había otra explicación. Poseía todas las cualidades que ella había imaginado en Darnley: valentía, honradez e ingenuidad. Ahora el joven era su único consuelo, le comunicaba noticias y la trataba como una persona digna de amor y respeto sin importarle que el mundo la hubiera calificado de ramera y asesina y la hubiese condenado sin juicio.

María procuraba trazar una fina línea divisoria entre el deseo de mostrarle a George su profundo aprecio y la necesidad de no alentar sus sentimientos amorosos. Se había vuelto mucho más prudente que antes. Bothwell le había enseñado a identificar sus propios deseos que, en su nueva existencia, le costaba mantener ocultos. Ya no era la doncella que bailaba alegremente con Chastelard y después se desconcertaba ante la reacción de éste; la despreocupada soberana que gustaba de apoyarse con cariño en las personas y susurrarle secretos; la descuidada mujer que permanecía en vela hasta muy tarde sola con Rizzio sin pensar que hubiera algo malo en ello. Entonces su cuerpo era

un objeto inofensivo y neutro del que era posible prescindir sin dificultad; ahora le parecía una criatura peligrosa de por sí, capaz de hablar sin que ella lo supiera y decir sin su permiso cosas que ella no pretendía expresar. A lo mejor, su cuerpo siempre había hablado y otras personas lo habían escuchado sin que ella lo advirtiese.

Por la noche solía permanecer despierta intentando recordar todos los detalles de la época en que descansaba en brazos de Bothwell. Experimentaba un ardiente dolor y se desesperaba cuando no lograba recordar los pormenores con precisión. En sus sueños él acudía a ella y los momentos que ambos habían pasado juntos se reproducían en sus más nimios y explosivos detalles. Despertaba con el corazón desbocado y el cuerpo bañado en sudor y se incorporaba jadeando. Después oía los ronquidos de las Douglas, aspiraba el olor del agua del lago y vertía lágrimas de decepción.

Conforme recuperaba la salud, la presencia de Bothwell en su mente cobraba una fuerza cada vez mayor en lugar de desvanecerse como esperaban sus enemigos. Jamás lo mencionaba, en parte porque no quería profanar su nombre exponiéndolo a ellos y en parte para engañarlos. Si creyeran que ella lo había olvidado, quizá no se empeñarían tanto en perseguirlo.

Pero ¿dónde estaba Bothwell? No había recibido noticias suyas desde que lord Stewart se burlara de ella hablándole de la flota que había enviado para capturarlo en las Órcadas. ¿Dónde, dónde, dónde estaba?

Al principio, él había protagonizado unos sueños en los que asaltaba las murallas del castillo y se la llevaba en una embarcación de remos. Sin embargo ya hacía tiempo que había comprendido que ella misma tendría que organizar la fuga y reunirse con él. De ahí que George Douglas fuera su única esperanza, pero se preocupaba por él y por su seguridad y no quería causarle dificultades. Tras la advertencia de lord Stewart, su familia lo vigilaba estrechamente.

El bote se acercaba; lo veía balancearse en el agua. George había ido a Edimburgo a instancias de su padre para hablar con su augusto hermano mayor el regente. María esperaba que hubiera tenido ocasión de hablar con el embajador francés o el inglés.

Amarraron el bote al embarcadero pero María esperó sin saludar a George; los soldados la observaban y no les pasaría inadvertida ninguna muestra de interés o cordialidad por su parte o por la de George. Por consiguiente, éste se limitó a hacer una leve inclinación de la cabeza y a murmurarle «junto al roble» al pasar por su lado para dirigirse a la entrada. Realizaría una prolongada visita a sus padres para informarles de todo, tomaría vino con ellos y sólo más tarde intentaría verla a ella. «El roble» era el gigantesco árbol que se alzaba justo en la parte exterior de la torre redonda y que en teoría se encontraba fuera de las murallas. Allí los guardias no extremaban la vigilancia, pues la franja de tierra era muy estrecha y no había embarcadero, por lo que la fuga habría resultado imposible.

Hacia el crepúsculo George se dirigió a la entrada, le dijo en tono señorial al guardia «Todo va bien, Jock», se acercó a María y salió con ella con naturalidad. Ambos rodearon despacio el castillo pegados a la muralla pues el agua se encontraba a unos diez pies escasos de distancia y llegaron al fin a la enorme roca que había bajo el roble. El agua rozaba su base pero ambos se sentaron en su redondeada cúspide protegidos por las gruesas ramas del árbol ahora cubiertas de amarillentas y quebradizas hojas.

—Decidme, George, ¿está bien lord Stewart? —se apresuró a preguntar María. «Ojalá no lo estuviera», pensó, pero no deseaba forzar la lealtad de George pues ambos eran hermanos.

El joven la miró con una cordial sonrisa en los labios.

—Sí. La regencia le sienta bien.

—Llevaba mucho tiempo ambicionándola —comentó ella, incapaz de reprimirse—. Y está claro que había ensayado bien el papel.

—En realidad, las cosas están muy tranquilas. La ciudad empieza a recuperarse y los lores también. He oído decir que se proponen convocar el Parlamento en diciembre para dar a conocer sus razones, pero, de momento, nadie se mueve. Incluso Knox guarda un insólito silencio.

—Debió de agotarse al provocar la histeria colectiva que me expulsó del trono. Hasta los demagogos necesitan descansar. —María contempló el joven perfil de George mientras éste miraba hacia la otra orilla del lago con los ojos entornados. Lástima que Darnley no hubiera sido como él—. Pero, ¿qué sabéis de mi hijo Jacobo?

—Sigue dormitando en Stirling, y a juzgar por los informes, está sano e incluso ha empezado a hablar.

—¡Pobre niño! —exclamó María—. Me pregunto qué palabras estarán enseñándole. —«Madre», «asesina» y «adúltera» deben de ocupar los primeros lugares de la lista, sin duda muy por delante de «pato», «silla» y «queso». Ojalá... —Hizo una pausa y añadió—: ¿Lo han reconocido como Rey los gobiernos extranjeros?

George sacudió la cabeza.

—La reina Isabel se niega a hacerlo, para gran enfado de Jamie.

George empleó el cariñoso diminutivo familiar para referirse al severo regente.

María soltó una carcajada de júbilo.

—¡Seguro que mi hermano no contaba con eso!

—No, e Isabel es muy obstinada. Los franceses titubean pero no le calientan a Jamie las orejas tal como hace la Reina inglesa. ¡Voto a bríos, que tiene valor!

—Sí.

Lo tenía, en efecto. Pero Isabel era muy imprevisible. Siempre había apoyado a los lores y ahora, sin embargo, se negaba a reconocerlos. María recordó la «sortija de

Isabel» y deseó tenerla consigo. Estaba en Edimburgo, donde la había olvidado al huir.

—Si me fugara —dijo María como quien no quiere la cosa—, ¿qué creéis que haría ella? ¿Y qué haríais vos ante esta eventualidad? —preguntó, casi conteniendo la respiración.

—Pues creo que os ayudaría y os sentaría de nuevo en el trono —contestó George mirándola a los ojos con tal vehemencia que ella no fue capaz de bajar ni siquiera apartar la vista—. Pero, como es natural, primero vos tendríais que recuperar la libertad y eso sería difícil. Necesitaríais un confidente, alguien de quien fiaros.

Era el momento. Si se equivocaba, estaría perdida, pero si no, era el momento de hablar.

—Creo que ya cuento con uno, ¿verdad?

George vaciló como si hiciese acopio de valor.

—Sí —contestó al final—. Haré lo que pueda. —Acto seguido tomó su mano como si quisiera hacerle una advertencia—. Pero yo no soy sino una persona estrechamente vigilada... y sin experiencia. No soy un Bothwell...

—Sólo hay un Bothwell —aseveró María con inequívoca intención. Se sentía tan aliviada y emocionada por el hecho de que George se hubiera declarado partidario suyo que no quería abrirse tan pronto al dolor, pero tenía que preguntarlo—. ¿Hay alguna... noticia suya?

—Sí.

La palabra quedó suspendida en el aire y, de repente, fue como si el rumor del agua se hubiera intensificado y los rodeara por todas partes. Un frío y terrible temor se apoderó de ella.

—¿Qué?

—Consiguió escapar de Grange y de todas las fuerzas de Jamie. Se produjo una prolongada batalla naval y, cuando parecía que él ya estaba perdido, surgió un violento temporal desde el suroeste. Ahora aseguran que esto es una demostración de su brujería, y que él provocó la tormenta con su magia negra.

—¿De veras lo creen?

—Lo temen y se consuelan diciendo que está confabulado con las fuerzas sobrenaturales.

—¿O sea que ha escapado?

Eso era lo único que importaba.

—De momento.

—¿Qué queréis decir?

—Los vientos lo empujaron hasta Noruega, donde desembarcó sano y salvo. Pero, una vez allí, tuvo dificultades con las autoridades. Lo han llevado prisionero a Copenhague.

—¡Oh! —exclamó María—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—No sé por qué pero ocurrió el último día de septiembre. Y ahora que lord Stewart conoce su paradero, intenta conseguir su extradición o bien su ejecución en Dinamarca. En honor del rey Federico, cabe decir que éste ha rechazado ambas peticiones. Pero lo retiene prisionero. Supongo que pretende cobrar un rescate.

María ahogó un grito, introduciéndose el puño en la boca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Si yo tuviera algo...! Pero todo me lo han arrebatado, ¡mis joyas, mis vajillas de plata, hasta mi ropa! —Tenía que pensar algo—. ¿Creéis que... si yo apelara al Rey...? ¿Podríais hacerle llegar una carta mía?

—Se descubriría, Señora. El rey Federico lo daría a conocer. Y entonces se enterarían de quién la había sacado de aquí y me obligarían a abandonar la isla.

María se sintió invadida por el pánico.

—¡Pero debo salvarlo!

—No tenéis posibilidad de hacerlo —repuso George con tristeza.

—¿Nadie querrá ayudarlo? —preguntó María—. ¿No hay una sola alma buena a la que yo pudiera pagar el favor?

—Sólo la reina de Inglaterra o el rey de Francia serían capaces, pero ninguno de los dos estaría dispuesto a hacerlo —contestó George.

—No hay tormento más grande que éste —dijo al fin María—. Ser incapaz de ayudar a la persona amada y contemplar con impotencia su sufrimiento.

—Muy cierto —afirmó George mirándola.

Las hojas cayeron de los árboles, las torcidas ramas se quedaron desnudas y la juncia y las cañas se marchitaron. Alrededor de la isla se formó una ligera capa de hielo semejante a una corteza de pan pero, tal como María ya imaginaba, el lago no se heló.

En medio de aquel frío y desapacible tiempo, pocas eran las embarcaciones que cruzaban el lago. Las lavanderas lo atravesaban cada semana, llevándose la ropa de cama sucia y devolviendo la limpia, y los pescadores llevaban su pesca, pero las restantes actividades habían cesado. El señor del lugar se paseaba con sus tristes y llorosos ojos, sin dejar de toser. Por regla general en invierno abandonaba el castillo y vivía en su casa solariega de tierra firme pero, debido a la presencia de su regia huésped, él también se había convertido en prisionero. Lady Douglas se mostraba muy solícita con él y miraba a María con resentimiento.

«No deberíais culparme a mí, señora —pensaba María—. Con gusto os liberaría si yo fuera libre.»

Ella y sus damas bordaban bajo la mortecina luz de las velas en la estancia de la torre cuya chimenea permanecía siempre encendida. Los días se prolongaban de modo interminable; pálidos y largos días en los que nada ocurría y en los que lo más

emocionante era combinar dos tonos de rojo de dos hilos distintos.

A veces ella y George se quedaban a solas delante de la chimenea, ella cosiendo y él arreglando armas y afilando espadas.

—Contadme una historia, George —pedía María, y él le sonreía y le contaba los viajes de Ulises o la caída de Troya.

Su rostro adquiría una expresión soñadora y su tono de voz sonaba apagado y adormilado mientras el aguanieve golpeteaba las ventanas y él relataba hechos que habían ocurrido en polvorientas llanuras azotadas por el viento o en alta mar. María Seton y Nau acercaban un almohadón y lo escuchaban con embeleso. George narraba historias con la misma habilidad con que Rizzio cantaba canciones. Así resultaban más soportables los días, unos fríos y oscuros días dominados por la humedad y las molestas nieblas. No había noticias de Bothwell.

Tuvieron que esperar al mes de marzo para elaborar un plan. Las Navidades habían transcurrido sin pena ni gloria y también la noche de Reyes, en que María no tuvo nada que celebrar. Los lores habían cumplido su amenaza de publicar las razones de su conducta. Dejando a un lado la excusa de haber actuado para «salvar» a María de Bothwell (o, más bien, de su enfermiza pasión por él, según el relato oficial que citarán), habían pasado a tacharlos a ambos de asesinos. Anunciaron la existencia de unas comprometedoras cartas que, según ellos, demostraban que había planeado la muerte de su esposo y había actuado como señuelo para atraerlo a Edimburgo, siguiendo las instrucciones de su amante. Lord Stewart, el escrupuloso regente, envió un heraldo a Lochleven de acuerdo con la antigua costumbre escocesa de publicar los decomisos y las proscripciones de los grandes nobles en un lugar donde el Soberano se hallase presente, para que le leyera la resolución del Consejo Real y le comunicara que las propiedades de lord Bothwell habían sido confiscadas y parte de ellas se habían entregado a Maitland y Morton.

Los tabardos gualdos y escarlata ondeaban al viento y el estandarte del león creaba una mancha de color en la proa de la embarcación en medio del apagado color gris del día en que llegó el heraldo. Éste permaneció de pie y leyó en voz alta el documento:

Que la causa de que empuñaran las armas y se apoderaran de la persona de la Reina el día 15 del pasado mes de junio y la detuvieran y retuvieran en la casa y el lugar de Lochleven y de todas las cosas que han dicho y hecho desde el día 10 del pasado mes de febrero, día en que el difunto rey Enrique, el esposo legítimo de la Reina, fue asesinado de forma vergonzosa y horrible, radica en la conducta de la citada reina, pues de las distintas cartas privadas de su puño y letra enviadas por ella al conde de Bothwell, el principal autor del horrible asesinato ya citado, tanto antes como después de la comisión del mismo, y de su impío y deshonesto proceder al casarse en secreto con él, se deduce que ella tuvo parte y conocimiento del citado asesinato de su legítimo esposo el Rey, cometido por el citado conde de Bothwell, sus cómplices y socios, por lo que con justicia merece todo cuanto se ha hecho o se hará con ella en el futuro por la citada causa.

Tras haber cumplido la misión oficial que se le había encomendado, el heraldo subió de nuevo a la embarcación y se alejó mientras los habitantes del castillo se lo miraban desde el muelle.

A partir de aquel momento, María, presa de la desesperación, había redoblado sus esfuerzos por encontrar algún medio de escapar, procurando al mismo tiempo comportarse como una persona apacible y destrozada a la que no merecía la pena vigilar con demasiado rigor.

Sólo contaba con George para que la ayudara a organizar las cosas aunque quizá también lograría reclutar a una especie de pariente (¿sería un bastardo del señor del lugar?) llamado Willie Douglas que, al parecer, iba y venía a su antojo y a quien la familia seguía considerando un niño a pesar de que tenía casi quince años.

El primer plan que George le presentó consistía en que un grupo de leales partidarios de María se apoderasen de la barca del señor del lugar cuando ésta se hallase amarrada en el embarcadero de la mansión del otro lado, para remar hasta el castillo y asaltarlo de noche con la ayuda de George desde el interior de las murallas. Por desgracia, el señor se enteró de la existencia de una intriga urdida por personas desconocidas y guardó a buen recaudo su barca. Entonces George propuso permanecer al acecho con sus hombres —los mismos partidarios de la Reina— en las ruinas del monasterio de la desierta isla de Saint Serf de aquel mismo lago. María debía convencer entonces al señor del lugar de que le permitiera practicar la cetrería en aquella isla; cuando llegaran, apresarían al señor y sus servidores y llevarían a María a toda prisa y en secreto hacia su libertad.

No obstante, el plan exigía la participación de muchas personas y tendrían que cruzar dos veces el lago: una hasta Saint Serf y otra hasta tierra firme. En determinado momento, a George le pareció más sencillo encerrar a María en una caja para que otros la transportaran con tranquilidad a Kinross.

—No, eso es una locura —replicó el pequeño Willie—. Siempre es mejor confiar en tus propios pies. Más vale que la Reina salga disfrazada. Es más seguro.

El muchacho tenía la extraña costumbre de sacudir la cabeza cuando hablaba, lo que le hacía parecer imbécil, cosa que no era.

—Sí —dijo George con aire reflexivo—. Podría ponerse la ropa de una de las criadas. Pero ¿cómo saldría? Las puertas están siempre vigiladas menos cuando los soldados se van a comer entre las siete y media y las nueve de la noche, pero entonces las cierran con llave.

George pensaba sin cesar en la Reina, en su dulce y suave voz y en sus delicadas y finas manos. La veía incluso en sus sueños, dándole cosas con las que él no se atrevía a pensar cuando estaba despierto.

—Podría saltar desde la ventana del mirador —sugirió Willie—. Está a sólo unos

ocho pies del suelo.

Sin embargo, cuando María Seton lo probó como experimento, se lastimó la pierna. Debajo de la ventana había unas rocas llenas de grietas y depresiones que no ofrecían un lugar seguro para caer.

Un día de finales de febrero George se encontraba sentado en el embarcadero cuando vio acercarse la barca de las lavanderas. Realizaban su visita semanal y llevaban en la barca varias canastas de ropa limpia. Cuatro barqueros luchaban con los remos contra las picadas aguas grises.

¡Las lavanderas! Eran tres e iban envueltas en oscuros mantos; sus rostros eran pálidos y vulgares. Por debajo de los mantos George vio que asomaban sus pesados y manchados zuecos. Mientras subían muy despacio por el camino del castillo llevando sus canastas con solemne dignidad, su aspecto resultaba tan siniestro, oscuro e impresionante como el de las Tres Parcas. George corrió tras ellas impulsado por el apremiante deseo de ver sus rostros y descubrió —¡oh, qué extraño pensamiento!— que de veras se asemejaban a Cloto, Láquesis y Atropo. ¿Estaría allí Cloto, la que hilaba los brillantes hilos de la juventud? En caso afirmativo, debía de tener a la Reina en su poder.

Las mujeres lo miraron enfurecidas y él se sintió como un necio. Una vez más había atribuido a una persona o situación normal una grandeza mítica. Las saludó con una inclinación de la cabeza y se retiró.

Pero el corazón le latía con fuerza. ¡Aquél era el medio! María podría disfrazarse y marcharse con ellas, manteniendo el rostro cubierto. Esto no resultaría difícil con los holgados mantos que llevaban aquellas mujeres. El plan debía llevarse a cabo mientras todavía hiciese frío.

Sobornó a las lavanderas, y las Tres Parcas sucumbieron a la humana debilidad y aceptaron el dinero. Siguiendo las instrucciones de María, George envió mensajes a John Beaton, un pariente de María Beaton de lealtad inquebrantable, que había servido a María en Holyrood, a lord Seton y al señor de Riccarton, uno de los fieles partidarios de Bothwell. Todos ellos deberían reunir un contingente de soldados en un pequeño valle cercano a Kinross y esperar la señal de que la fuga había culminado con éxito. Entonces se dirigirían a una plaza fuerte de los Hamilton.

—Todo dependerá de que vos recorráis sin que os descubran los cien pies que median entre la torre y el embarcadero, cruzando la puerta —subrayó George—. Procurad eludir la vigilancia de mis hermanas.

Las dos hijas menores de los Douglas, de catorce y quince años, desempeñaban la tarea de «hacer compañía a María» y, por rebeldía contra sus padres, habían acabado por adorarla. Debido a ello, vigilaban todos sus movimientos para la secreta



desesperación de María.

Ella se echó a reír.

—Esto será lo más difícil. He observado que me vigilan incluso cuando creen que estoy dormida.

—No se lo reprocho —comentó George.

María experimentó un estremecimiento de advertencia. No se atrevía a mirar a George para no alentar su naciente amor, pero, al mismo tiempo, se sentía conmovida y halagada.

—Resulta agotador que te consideren una diosa —observó al final—. No es tan agradable como cabría pensar. —«Ya está», se dijo. «Ya le he avisado.»

—Puesto que las lavanderas se marchan hacia las tres de la tarde, a esta hora yo intentaré distraer a mis hermanas o encomendarles alguna tarea como, por ejemplo, clasificar los hilos y la ropa que hay que zurcir —se apresuró a contestar George, y entonces María comprendió que podía mirarlo sin temor.

El joven era muy apuesto, tan apuesto que su familia lo llamaba *Geordie el Hermoso*. María se preguntó por qué no se había casado ni siquiera estaba comprometido. Pertenece a una acaudalada y ambiciosa familia de mucha alcurnia y era instruido, bien hablado y atlético. ¿Sería tal vez muy religioso? ¿Acaso se reservaba para Dios? Pero no, los protestantes no hacían esto. ¡Bastaba con ver a Knox!

—¿Por qué sonreís? —le preguntó George, que la observaba con tanta atención como sus hermanas.

—Me preguntaba si no tendréis el secreto anhelo de convertirnos en monje —contestó María en tono burlón.

—¿Os referís a si soy religioso, o a si practico la continencia?

«Se le ha puesto la cara tan seria como sólo la ponen los muy jóvenes», pensó ella, demorando su respuesta.

—Ambas cosas —contestó al fin.

—No me reservo por motivos religiosos si es eso lo que pensáis —aseguró George, ofendido—. Ni por ningún otro motivo que no sea el de no haber encontrado jamás a persona alguna que fuera digna de mi amor.

En sus ojos, de un azul intenso, pareció encenderse un fulgor incandescente.

—Ya veo que buscáis a alguien a quien adorar —dijo María con una dulce sonrisa en los labios—. Guardaos de eso en el amor.

—¡Como vos sabéis muy bien, supongo! —replicó el joven en tono dolido, aunque al instante se sintió obligado a pedir disculpas.

—Sí, lo sé muy bien —lo cortó María—. Decís verdad.

La fuga se fijó para el día 25 de marzo. María rezaba para que no se desencadenara una tormenta o una de las muchachas, o ella, se pusieran enfermas. «¡Que no ocurra nada que lo estropee!», le suplicó a Dios.

Como en respuesta a su plegaria, el día 25 de marzo fue justo como ella esperaba: uno de esos días apagados y nublados en los que no apetece salir a tomar el aire y la gente se queda a echar la siesta en casa al mediodía, pero no tan desapacible como para que las lavanderas debieran aplazar su visita.

María se pasó todo el día procurando caminar despacio y comer despacio como si no tuviera motivos para darse prisa o para apurar el paso. De todos sus servidores, sólo María Seton estaba al corriente del plan. Los demás ya se enterarían más tarde si el plan había dado resultado; María había aprendido que, hasta que llegara aquel momento, cualquier persona que conociese el plan era capaz de revelarlo sin darse cuenta.

¡Ser libre! ¿El día siguiente a aquella hora cabalgaría como una reina libre entre sus súbditos? Habían transcurrido dos años del asesinato de Rizzio y, desde entonces, ella se había visto en tres ocasiones prisionera de otras personas, sin contar el confuso cautiverio de las amenazas, los murmullos y la enfermedad. ¡Ojalá aquello significase el final de todo!

Al mediodía almorzaron con tranquilidad y María se esforzó por comerse la trucha hervida. Estaba harta de la especialidad de Lochleven pues la asociaba con su encierro. «Jamás en mi vida volveré a comer trucha cuando sea libre», juró.

Debajo de la cama estaba el raído manto con el que debía envolverse y el largo chal con el que se cubriría el rostro. Mientras los criados quitaban la mesa, George apareció en la puerta y llamó a sus hermanas.

—¡Arabella! ¡Meggie! ¡Os necesitan en el cuarto de costura!

¡Era la señal! Las muchachas se levantaron a regañadientes.

—Recordad que después nos habéis prometido ayudarnos a dibujar la segunda parte del motivo —le dijeron a María antes de abandonar la estancia.

María se asomó a la ventana y vio que las tres lavanderas se acercaban al castillo. Sabía que sólo tardaban media hora en entregar la ropa limpia y llevarse la colada de la semana siguiente. Tuvo que esconder las manos para que los demás no vieran su temblor. ¿Cómo resistiría los siguientes quince minutos?

Se excusó y fue a sentarse en el borde de la cama, juntando las manos para calmarse. Rezó el rosario y recitó varias oraciones en latín. A continuación, pensó que ya debía de ser la hora. Se arrodilló en el suelo, extrajo el manto de debajo de la cama y se lo puso. Después, con el mayor sigilo posible, cruzó la estancia principal y bajó por la escalera. No se detuvo ni dio ocasión de que reparasen en ella.

Salió desde la base de la torre y cruzó el prado cuya hierba, toda enmarañada, presentaba un apagado color pardusco. Apoyados contra la muralla, los soldados

estaban tan aburridos que ni siquiera les apetecía charlar. Algunos de ellos se habían quedado medio dormidos con la cabeza apoyada sobre los brazos. Otros se entretenían limpiando sus armas.

La entrada estaba abierta. Dos de las lavanderas ya se encontraban junto a la barca. Qué suerte que la tercera se hubiera rezagado. María se encaminó hacia la embarcación con su fardo de sábanas. Las mujeres ocuparon en silencio su lugar en el bote. María saludó con un leve movimiento de la cabeza a las otras dos, pero la mantuvo agachada y el rostro oculto bajo la capucha. Después se subió el chal para cubrirse la boca.

Los barqueros ya estaban preparados para desamarrar la barca. ¿Dónde estaba la cuarta mujer? ¡Claro!, George debía de haberle dado dinero para que se quedara y los hombres no notasen que había una pasajera de más.

Con dolorosa lentitud los barqueros desataron las amarras y se apartaron del embarcadero. Ahora ya había un pie de separación entre ellos y la orilla, después dos, tres... La brecha de agua se ensanchó y los barqueros impulsaron con fuerza los remos lago adentro.

¡Libre! ¡Libre! La aborrecida isla ya estaba a cincuenta pies de distancia, sesenta. Las murallas del castillo parecían cada vez más pequeñas en comparación con los árboles que las rodeaban. La barca se balanceaba surcando el agua.

—¡Oh, mira! —señaló uno de los hombres—. ¿Esta es nueva?

—¡Mira para acá!

María mantuvo los ojos clavados en el suelo de la embarcación y los hombros encorvados sin hacerles caso.

—¡Vamos a ver! —terció otra voz. De repente, la embarcación dio una sacudida. Uno de los hombres había dejado de remar y se había inclinado hacia delante para intentar quitarle el chal a María.

—Apuesto a que es guapa; a lo mejor le hace falta un hombre... —Tiró de la bufanda—. ¡Ven aquí, preciosa, que quiero verte!

María le arrebató la bufanda de la mano y trató de ponérsela de nuevo, pero se le enroscó en los dedos por culpa del viento y tuvo que desenredarlos.

De repente, oyó el grito de asombro del barquero.

—Pero... ¡tú no eres una lavandera! ¡Fijaos en las manos! —exclamó tomándolas en las suyas. A continuación les dio la vuelta y las examinó como si se tratase de exóticas alhajas—. Qué blancas y qué dedos tan finos. Esta piel tan suave jamás ha tocado el agua.

María forcejeó con él para soltarse, y se levantó. La embarcación se balanceó de manera peligrosa. Consiguió apartarse, pero mientras lo hacía el viento le empujó la capucha hacia atrás y dejó al descubierto su rostro. Los hombres dejaron de remar y la miraron con fijeza.

—¡Sí, soy la Reina! —dijo María—. Y os ordeno que sigáis remando. ¡Remad hasta

la orilla!

Los hombres permanecieron sentados.

—No nos atrevemos, Señora —respondió uno de ellos al fin.

—¡Soy la Reina! —repitió María—. No oséis desobedecerme. ¡Os ordeno que reméis!

—No podemos —contestó el mismo hombre—. El señor nos impondría un horrible castigo a nosotros y a nuestras familias.

—¡Os recompensaré!

—Señora, éste es nuestro hogar. Aquí no deseamos cometer ningún acto deshonesto. —El hombre, que debía de ser el dueño de la embarcación, se volvió hacia sus compañeros y les indicó—: Dad media vuelta. Regresad a la isla.

—¡No! ¡No! —¿Qué podía hacer para impedirlo? ¿No habría modo de convencerlos?—. ¡Mis buenos señores, os lo ruego, tened compasión de mí! ¡Vosotros sois mi única esperanza!

—Llevamos muchas generaciones sirviendo al señor de este lugar y a su familia, y no haremos cosa alguna que lo ponga en peligro —repuso el hombre—. Ha sido bueno con nosotros y se merece nuestra lealtad.

María rompió a llorar mientras la barca ponía rumbo nuevamente hacia la isla.

—¡Por favor! ¡Por favor! —imploró. No soportaba la idea de regresar a aquel lugar.

—No queremos causaros aflicción —aseveró el hombre—. No le hablaremos de esto al señor. Nadie se enterará. Cuando lleguemos al embarcadero, entrad y enviadnos a la mujer que se ha quedado en el castillo. Fingiremos que olvidó algo.

María contempló cómo acercaban la embarcación al embarcadero y la amarraban. Ante sus ojos se levantaba la horrible muralla con su puerta. Bajó en silencio de la barca y regresó despacio a su prisión. Los aburridos guardias apenas levantaron la vista. La ejecución de la fuga había sido perfecta; por ello le dolía tanto lo ocurrido.

Mientras cruzaba el prado envuelta en el manto para no despertar sospechas, George salió del edificio anexo donde comían los soldados. El joven se detuvo en seco y le clavó la mirada. La palidez de su rostro se intensificó. Ella pasó por su lado sin prestarle la menor atención pero con los ojos bañados en lágrimas.

Una vez en la intimidad de sus aposentos, se dejó caer en la cama. Simularía estar dormida; no aguantaría hablar con nadie ni intentar reprimir el llanto. Si mantenía la mejilla apoyada en la almohada y dejaba que el cabello le cubriera el rostro, lograría proteger su dolor.

¡Había fracasado! Le costaba creerlo. Jamás había fracasado en sus intentos de fuga y le parecía natural que éste tuviera el mismo éxito que los demás. ¿Qué había dicho Bothwell? «Ninguna prisión nos retendrá.» Y así parecía. Sin embargo, él estaba ahora bajo la custodia del rey de Dinamarca y ella estaba confinada en aquella isla. ¿Para

siempre? ¿Tenían la intención de que fuera para siempre? Los lores no le habían revelado qué planeaban hacer con ella.

El hecho de verse tan cerca de la fuga y haber fallado la había dejado aturdida y debilitada. Todo el mundo era leal al señor del lugar. Sólo George se atrevía a contrariarlo, pero necesitaba cómplices, y estaba claro que no resultaba fácil encontrarlos. ¿Quién había traicionado su anterior plan de robar el bote?

Estaba asustada de verdad. ¿Y si no conseguía escapar? ¿Qué ocurriría entonces?

—Mi queridísima Soberana. —George estaba arrodillado junto a su lecho—. ¿Qué... qué ha ocurrido?

—¡Oh, George! —María se incorporó y se echó el cabello hacia atrás—. ¡Vieron mis manos! —Las extendió y él tomó una de ellas en las suyas—. Comprendieron que no era una lavandera. Y entonces se empeñaron en devolverme aquí a pesar de que les ordené que me llevaran a la otra orilla. Al parecer, son más leales a su señor que a la Reina.

—Ah. —George parecía profundamente afligido—. ¡Y eso que ya os encontrabais a medio camino! Yo lo vi —dijo sin dejar de acariciarle la mano.

Ella la retiró.

—Jamás en mi vida me he sentido más despojada de todo.

—Lo intentaremos de nuevo. Idearemos otro plan. Esta vez nos buscaremos nuestros propios remeros.

María no pudo reprimir una risita.

—¿Y quiénes serán? ¿Los hombres de la guarnición?

—Ya encontraré a alguien —contestó George con obstinación—. Quizás entre vuestra gente...

—George, creo que debería daros algo que nos sirviera de señal en caso de que nos resultase difícil comunicarnos, como muy bien podría ocurrir. Es un milagro que no haya nadie aquí en este momento. —Se quitó uno de sus pendientes de perlas—. Los pendientes se pierden y se encuentran con facilidad. Si alguna vez me lo devolvéis, sabré que queréis decirme «He recibido vuestro mensaje» o «Todo está preparado». En resumen, equivaldrá a un «sí» —explicó dejando caer el pendiente en la palma de su mano.

Al día siguiente, María no vio a George. Y al otro tampoco. Al llegar el tercer día, le preguntó a lady Douglas por él.

—Han enviado a mi hijo fuera de la isla por su excesiva familiaridad con vos, Señora. Varias personas se habían percatado de que se había dejado, ¿como diría yo?, cautivar por el encanto de los Estuardo. Yo misma sé lo difícil que resulta no ceder —aseguró lady Douglas con una presuntuosa sonrisa en los labios.

—Qué suerte para Escocia que cedierais —dijo María—, pues de lo contrario en la hora de la necesidad no habría habido un regente. —¿Había conseguido evitar el tono sarcástico? Pero ¿y George?—. Sin embargo, la historia no se repite. No entiendo qué habéis querido decir sobre George.

—Ha caído víctima de una fantasía amorosa con vos y vos la habéis alentado —contestó lady Douglas—, lo cual ha disgustado profundamente a su hermanastro Jacobo. Como madre, debo pensar en todos mis hijos y en su futuro... —Enarcó una ceja y esbozó la misma sonrisa presuntuosa de antes—. Sólo quiero lo mejor para George —añadió con falsa humildad.

—Yo también, lady Douglas. Lo tengo en gran aprecio... —María dejó en suspenso la frase de un modo tentador—. Y su compañía me resulta de lo más placentera —dijo al fin—. No obstante, ignoraba que él albergara otros sentimientos más profundos con respecto a mí. Es algo que exige cierta consideración y reflexión... Entretanto, conviene que él no esté aquí hasta que se llegue a una conclusión y se encuentre alguna manera de... Hummm... ¡Sois muy prudente!

Lady Douglas sonrió. Quizá los Douglas prosperaran todavía más.

Marzo, con sus deprimentes cielos grises y sus constantes nieblas y lluvias, cedió el paso al mes de abril. María y los miembros de su casa intentaron guardar la Cuaresma. En el abatido estado de ánimo en que se encontraban, les resultaba fácil dejar a un lado las diversiones y poner caras largas. Sólo María Seton estaba al corriente del fallido intento de fuga, pero todos sabían que habían desterrado a George debido a su predilección por la Reina. Al parecer, cualquier persona que se interesara por María o se compadeciera de ella tenía que ser apartada. Primero Ruthven y ahora George.

María consiguió mandar una carta a Francia dirigida a Catalina de Médicis:

Con extrema dificultad he logrado enviar a un fiel servidor para que explique el alcance de mi desdicha y os ruegue que os apiadéis de mí, dado que el regente lord Stewart ha querido que se me informara de manera confidencial de que vuestro hijo el Rey firmará la paz con los hugonotes franceses y de que una de las condiciones del tratado le exige no prestarme ayuda. No doy crédito puesto que, después de Dios, tengo depositada toda mi confianza en el Rey y en vos, tal como el portador de esta carta os confirmará. Os suplico que le creáis como me creeríais a mí pues no me atrevo a escribir más, excepto para pedirle a Dios que os tenga bajo su sagrada protección.

Desde mi prisión, a finales de marzo.

¡Los discípulos de Calvino! Primero habían convertido y destrozado Escocia y ahora intentaban hacer lo mismo en Francia, donde los llamaban hugonotes. Se decía que en dicho país se contaban por millares y estaban organizados como un ejército. Unas incesantes oleadas de violencia se habían abatido sobre Francia a causa de las luchas por la supremacía entre la Iglesia católica y los hugonotes. Eran éstos quienes

habían matado al duque de Guisa y al condestable de Montmorency y habían adquirido poder suficiente para que Catalina de Médicis intentase llegar a un entendimiento con ellos. Por todas partes estaban trazándose líneas de combate. Los holandeses, también protestantes, se rebelaban contra el dominio español. En España la Inquisición trataba de exterminar a los protestantes que se ocultaban en el país. Los reformados moderados y los plácidos católicos contra quienes se habían enfrentado se habían visto sustituidos en ambas partes por elementos intransigentes. El Concilio de Trento, terminado hacía apenas cinco años, había llegado a la beligerante conclusión de que era imposible alcanzar un acuerdo con los protestantes. Todo lo que éstos habían puesto en tela de juicio —la confesión ante un sacerdote, las plegarias a los santos, la autoridad del Papa— se aceptaba y declaraba de todo punto necesario para la salvación. Un católico ni siquiera podía asistir a una ceremonia protestante sin poner en peligro su alma. El campo de batalla estaba abierto y las trompetas sonaban. En el bando protestante, como jugadores de un encuentro de juego de pelota, figuraban los países escandinavos, Inglaterra, Escocia y los Países Bajos. En el bando católico, Italia, Portugal y España. Y, partidos por la mitad, Alemania y Francia.

«Y pensar que he tenido la desgracia de verme atrapada en él —pensó María—. Mi destino depende de las acciones de los fanáticos, ¡yo que siempre he practicado la tolerancia!»

Se habría reído si la situación no hubiera resultado tan dolorosa como irónica.

No había recibido noticias de Bothwell. Sabía que lo habían trasladado a Copenhague. Los lores habían intentado convencer al rey Federico de la necesidad de entregarlo a la justicia, pero el rey danés había decidido seguir reteniéndolo en su país. ¿Por qué razón? Que ella supiera, no se había pedido rescate ni persona alguna había intentado ponerse en contacto con representantes suyos como, por ejemplo, el arzobispo de Glasgow, su fiel embajador en Francia, para plantear sus condiciones. ¿Por qué Bothwell no era capaz de escapar ni de convencerlos de que lo dejaran libre? Ella había escrito una carta al rey Federico en la que protestaba por la posible extradición de Bothwell y había conseguido sacarla de modo subrepticio del castillo poco antes del destierro de George. No sabía si el Rey la había recibido. También había escrito a Bothwell expresándole sus sentimientos reprimidos durante largo tiempo y suplicándole que se animara. No le hablaba de sus penas porque no quería causarle más dolor del que ya sentía. Tampoco sabía si esta carta había llegado a su destinatario.

George le había contado que corrían rumores de que Bothwell había ofrecido las Órcadas y las Shetland a Dinamarca a cambio de su libertad y que el rey Federico se había mostrado interesado, pero sabía que, a pesar de los títulos de Bothwell, los lores debían reconocer la cesión. Tal vez por ello el Rey retenía a Bothwell... A lo mejor, Federico ofrecería la persona de Bothwell a cambio de las islas.

A mediados de abril, poco antes de Semana Santa, Willie ofreció una muestra de su ingenio, logrando llevarle a María dos valiosas cartas. Una de ellas era una copia de una carta que Bothwell había escrito a Carlos IX —«¡Así que ambos nos hemos arrojado suplicantes a sus pies!», pensó María— y la otra se la había escrito a ella.

—Dicen que su prisión no es tan triste como la vuestra —le susurró Willie mientras ambos paseaban juntos por el pequeño huerto de la cocina. Algunos soldados habían removido la tierra para que se plantasen nuevas semillas—. Lo han trasladado a un castillo de Malmoe, en Suecia, y ocupa la misma estancia que había habitado el destronado tirano Cristián II de Dinamarca. Aseguran que se trata de una espaciosa estancia abovedada de la planta baja. Tuvieron que poner más barrotes en las ventanas antes de que llegara Bothwell.

¡De modo que conocían su habilidad para fugarse! María se desanimó un poco.

Willie le pasó los dos papeles y ella se los escondió con rapidez en la manga. Los soldados parecían estar muy ocupados cavando pero debían de estar vigilándolos con atención. María tendría que esperar y leer las cartas en el retrete.

—Echo de menos a George —dijo María, levantando la voz para que la oyeran.

—Sí —respondió Willie—, tengo entendido que se propone trasladarse a Francia. Dice que aquí no conseguirá hacer fortuna y que, si han de desterrarlo, prefiere irse al extranjero, donde por lo menos verá cosas nuevas.

—¡Oh! —exclamó María sobresaltada.

¡Perdería también a George! De pronto vio que Willie le dirigía un atisbo de guiño.

—Su padre y su madre se pondrán muy tristes —aseveró Willie—, pero así son los jóvenes.

Aquella noche María fingió sufrir dolor de estómago y unas náuseas que la obligaban a pasar mucho rato en el retrete de la torre. Las solícitas muchachas, preocupadas por su salud, querían aplicarle compresas de agua fría y acariciarle la frente. Quizá más tarde, les dijo ella, cuando ya hubiera superado la fase más violenta de las evacuaciones. Entretanto, convenía que no se acercaran, pues el espectáculo no resultaba muy agradable.

Iluminada por la mortecina luz de una vela, y mientras emitía gemidos y falsos ruidos de bascas, desdobló las cartas.

A Su Cristianísima Majestad Carlos IX de Francia

Sire:

Abandoné Escocia para que el rey de Dinamarca conociera las grandes y manifiestas injurias cometidas contra la reina de Escocia, su pariente cercana, y contra mí en particular. Más tarde, cuando pretendía ir a reunirme con Vuestra Majestad, una tormenta me arrojó a las costas de Noruega y desde allí me trasladé a Dinamarca. Aquí conocí a Monsieur de Dancay, vuestro embajador, a quien he expuesto toda mi situación, rogándole que os la diera a conocer mediante un mensajero especial, cosa que él ha prometido hacer. Sin poner en duda el cumplimiento de su promesa, ruego con humildad a Vuestra Majestad que tome en consideración la buena voluntad con que a lo largo de toda mi vida le he prestado



servicio y que tengo la intención de continuar prestándole. Confío en que me honréis dándome la respuesta que daríais a quien sólo deposita su esperanza en Vuestra Majestad, después de en Dios.

Sire, me encomiendo humildemente a vuestra benevolencia y pido a Dios Todopoderoso que os conceda una venturosa y larga vida. Desde Copenhague, el 12 de noviembre.

Vuestro muy humilde y muy obediente servidor,

James, duque de las Órcadas

¡El 12 del pasado mes de noviembre! No se había hecho nada, Francia no había emprendido acción alguna. La carta, con su mesurada petición, de nada le había valido. María emitió un prolongado gemido de sufrimiento no fingido. El mundo les volvía la espalda. Y Federico, recordó de repente, era uno de los antiguos pretendientes de Isabel. El Rey prestaría oídos a Inglaterra.

Abrió con trémulas manos la otra carta.

Mi queridísima esposa,

Os escribo esta carta tal como vos me escribíais a mí, casi como si hablara solo, sin saber si alguna vez la recibiréis, pero escribiros a vos es como escribirme a mí mismo pues ambos somos una sola cosa. Lo siento con más fuerza que nunca, más que cuando estábamos juntos.

Ambos nos hallamos en prisión y retenidos contra nuestra voluntad. La vuestra es peor que la mía, amada esposa, pues vuestros carceleros son vuestros enemigos, mientras que los míos no tienen nada personal contra mí. En Bergen me apresaron por asuntos locales y aquí estoy detenido como rehén político. Confío en convencerlos de que me retienen inútilmente. Nadie pagará mi rescate y yo tengo muy poca importancia política en este momento. Mi única utilidad, en la que me duele haber fracasado, era la de recabar ayuda para vos.

Si alguna vez os resultase conveniente dejar de ser mi esposa, os ruego que aprovechéis la oportunidad. Quizá sea éste el único servicio que sea capaz de prestaros, pero sabed que se trata de un regalo político, no de algo que yo respetaré en mi fuero interno, donde siempre seréis mi esposa.

Sed fuerte y amadme siempre como yo os amo a vos.

James

María se inclinó sobre la pequeña banqueta de la estancia y se deshizo en llanto.

La Semana Santa empezó con un lluvioso Domingo de Ramos. Como no había sacerdotes en la isla, no hubo manera de celebrar los oficios de los sagrados días. Lady Douglas había tenido la horrible ocurrencia de invitar a John Knox a predicarles, algo que por suerte no fue posible debido a la indisposición de éste.

Así pues, María tuvo que buscarse la manera de honrar aquellos días. Contaba con sus devocionarios y sus libros de horas y pidió que los servidores de su casa guardaran silencio por la mañana y por la noche, que ayunaran y que quienes profesaran su fe se unieran a ella en la plegaria y la meditación.

La isla mostraba ahora un nuevo verdor tan resplandeciente que casi vibraba. Las ramas de los árboles estaban cubiertas por una verdosa bruma translúcida y cada árbol presentaba su propio matiz de verde; cuando brillaba el sol a través de los arbustos y

los árboles en las primeras y las postreras horas del día, todo aparecía bañado en un tierno y verde resplandor.

La triste liturgia de la traición, la despedida, el tormento y la muerte envolvía a María. Jamás los acontecimientos le habían parecido tan próximos y omnipresentes. Judas, el espía que había vivido con Jesús y lo conocía de manera íntima, pero que lo traicionó por dinero: Lord Stewart. El fuerte, valiente pero al final impotente Pedro: Bothwell. La multitud que había gritado «¡Hosana!» y había extendido sus mantos al paso de Jesús, pero que seis días más tarde había pedido su crucifixión: los lores y el populacho de Edimburgo, que gritaban «¡Danos a Barrabás!» y «¡Quemad a la ramera!». Los jefes religiosos, que debían ser los más justos, pero que planearon el asesinato. Caifás, el sumo sacerdote, que había asegurado que era necesario que muriera una persona por el bien del pueblo: John Knox. El Sanedrín: los lores del Consejo. Los funcionarios romanos, que habrían tenido que ser imparciales, pero que se habían puesto del lado del populacho: los franceses y los ingleses.

La despedida de los discípulos: María al despedirse de Bothwell en aquel ventoso campo de batalla y verlo alejarse al galope. «Ya no hablaré muchas cosas con vosotros porque viene el príncipe de este mundo... ¿Habéis venido con lanzas y con espadas para prenderme como si fuera un ladrón? ¿Qué acusación tenéis contra este hombre? Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado.»

Todos se habían dispersado: «Mirad, ya se acerca la hora, mejor dicho, ya está aquí, en que os dispersaréis cada uno por su lado y a mí me dejaréis solo.» Los Hamilton, que jamás llegaron, los Gordon, que jamás llegaron, los soldados de las Fronteras en el monte Carberry, que se esfumaron en la cálida tarde. Sí, sus fuerzas se habían dispersado, escondido o aliado con los lores. No obstante, después de todas las horas que ella se había pasado rezando, arrodillada en el suelo delante del crucifijo, había comprendido al fin lo que los fríos ojos de la imagen le decían: «Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado.» Ella no era inocente. Había amado a Bothwell y se lo había llevado a su cama y había deseado en lo más hondo de su corazón verse libre de Darnley. El hecho de que alguien hubiera escuchado el murmullo desde lo más profundo de su ser y lo hubiera llevado a la práctica debía de constituir su carga. El hecho de que Darnley hubiera planeado asesinarla a ella no anulaba su pecado pues ella lo odiaba en su fuero interno mucho antes de que tal cosa ocurriera.

«Oh, Señor —rezó al principio de la semana—, ten piedad de mí y de mis sufrimientos. Guárdame de mis enemigos y libérame.» Al término de la semana, se limitó a decir «Oh, Señor, ten piedad de mí, que soy una pecadora».

Llegó la Pascua en medio de un resplandor de gloria, un claro y brillante día que

agitó las ramas de los árboles, e hizo que éstas se inclinaran y oscilaran. Un cálido viento del oeste cargado de promesas estivales y futuras dulzuras, sopló por toda la isla. El señor dispuso que se celebrara una fiesta en la sala, y los soldados de la guarnición se pusieron dientes de león en el ojal y jugaron a la pelota en el prado. Las muchachas Douglas se enfundaron sus perfumados guantes y a la hora del almuerzo comieron más budín de almendras y más violetas confitadas en jarabe de lo que debían. A última hora de la tarde todo el castillo disfrutó de aquel día primaveral, paseando, cantando y jugando sobre la hierba recién nacida. Lady Douglas y María se tomaron de la mano y bailaron juntas. La esposa de lord Lindsay, en avanzado estado de gestación, se sentó sobre el césped con María Seton y les aplaudió. El viento se le llevó el sombrero, y el ágil Willie corrió tras él y lo atrapó antes de que cayera al agua.

Abril transcurrió y se acercó a mayo. Hacía un año que Bothwell se había embarcado en la audaz apuesta de conseguir que el matrimonio de ambos fuera aceptado, mediante la estratagema del secuestro en Dunbar. Los perfumes del aire, de los muguetes, del espino, se lo hicieron recordar con tal nitidez que soñaba con él noche tras noche. En los sueños la presencia de Bothwell se mezclaba con una sensación más embriagadora: la libertad. Ambos habían cabalgado, amado y paseado en libertad sin advertirlo, así como los peces no reparan en la existencia del agua en la que nadan, pero boquean y se retuercen cuando los sacan de ella.

Ansiaba la libertad, entrar en una habitación sin que la acompañaran ni la vigilaran; acostarse sin pedir permiso; sustituir los rostros y el panorama que veía día tras día. Sólo en sus sueños era libre, y el despertar le resultaba doloroso.

Llevaron a la esposa del señor a la silla del parto, y la atendió la anciana lady Douglas, por lo que, de repente, María se encontró menos vigilada que antes. El mero hecho de verse libre de aquellos ojos y aquella presencia fue como librarse de unas cadenas. Durante algún tiempo, la nueva madre y la nueva abuela se alojaron en los aposentos de la torre redonda.

María escribió a la reina Isabel confiando en que surgiera la ocasión de hacerle llegar la carta. Willie encontraría la manera.

Madame, buena hermana mía,

La duración de mi encierro y las injurias que he recibido de aquellos a quienes tantos beneficios había otorgado me resultan menos molestas que el hecho de no poder daros a conocer la realidad de mis calamidades y las afrentas que se me han hecho de distintas maneras. Quizás os complacerá recordar lo que varias veces me habéis dicho, que, cuando recibierais el anillo que me disteis, me ayudaríais en cualquier momento de apuro. Sabéis que lord Stewart se ha apoderado de todo cuanto poseo. Melville, a quien en varias ocasiones he enviado en secreto a buscar este anillo por ser mi más preciada joya, asegura que no se atreve a entregármelo. Por ello os imploro que os apiadéis de vuestra buena hermana y prima y creáis que en este mundo ningún pariente vuestro os aprecia más que yo. Deberíais considerar también la importancia del ejemplo que se ha practicado contra mí.

Os ruego que tengáis buen cuidado de que nadie sepa que os he escrito, pues ello daría lugar a que me trataran peor de lo que ahora me tratan. Se jactan de que los amigos con los que cuentan en vuestra corte les informan de todo cuanto vos hacéis y decís.

Dios os guarde de las desgracias y a mí me dé paciencia y me otorgue su gracia para que algún día pueda contaros las calumnias de que he sido objeto y deciros más de lo que ahora me atrevo a escribir, lo que quizá os rendirá un no pequeño servicio.

Vuestra agradecida y amante hermana y prima,

María R.  
Desde mi prisión de Lochleven.

Dobló la carta y la ocultó en su devocionario. Por el momento no habían registrado sus objetos de culto, como si cualquier cosa católica resultase intocable.

El último día de abril el tiempo se lo pasó jugando. Cuando María despertó, llovía a cántaros y el agua parecía empapar hasta las mismísimas piedras de la torre. María la oía gotear y filtrarse a través de las grietas de los viejos muros. En el exterior la tierra no alcanzaba a absorberla del todo y el herboso patio se tachonó de charcos. Pero al mediodía las nubes huyeron surcando el cielo cual mitológicas doncellas con las túnicas ondeando al viento perseguidas por sátiros y dejaron atrás unos cielos azules.

El reconfortante sol iluminó los charcos y las empapadas hojas y, al cabo de una hora de cálida bruma, lo secó todo. Tras haber bebido, las flores se abrieron con sus vibrantes colores y danzaron en el aire primaveral.

El perfume y la cálida niebla producían una sensación embriagadora. María pensó que no era de extrañar que creyesen que las brujas salían aquella noche, la Noche de Walpurgis, pensó María. «El primer día de mayo y la víspera tienen poderes mágicos —se dijo—. Jamás había oído hablar de Walpurgis, pero ahora he aprendido más cosas de las brujas de lo que jamás habría imaginado.»

Una barca se acercaba. Todos se volvieron para ver quién era; a María el corazón le dio un vuelco al reconocer a George. El joven empezó a saludar con la mano y los guardias se dispusieron a abrir la puerta.

¡George! ¡Algo se estaba tramando! Procurando disimular su emoción, María esperó con los demás mientras él cruzaba la puerta. Sin mirarla, éste saludó a su padre con afecto.

—George —dijo el señor—, tienes muy buen aspecto, pero ya sabes que estás...

—Mi conciencia no me permitía emprender el viaje a Francia sin despedirme oficialmente de vos —repuso George—. No me quedará mucho tiempo. ¿Dónde está mi madre?

—Voy a buscarla. Se alegrará de verte.

George hizo una reverencia y, mirando en torno a sí como si quisiera prolongar la espera, sus ojos se cruzaron con los de María. Con una inclinación de cabeza casi

imperceptible, apartó la mirada.

Lady Douglas se acercó presurosa a su hijo y ambos se fundieron en un abrazo. Después la madre rodeó los hombros del hijo con el brazo y ambos se alejaron atravesando el patio.

¿Le habría hecho George una señal?, se preguntó María. ¿No tendrían ocasión de hablar? María decidió esperar fuera, confiando en ver a George cuando éste saliera.

Sin embargo, sus padres lo acompañaron a la barca, y lo único que él pudo hacer fue dirigirle una cortés reverencia.

Aquella noche después de la cena Willie salió a pasear por el patio con expresión enfurruñada y se puso a dar puntapiés a una pelota tarareando para sí. María bajó por los escalones y se acercó con aire indiferente a él. El muchacho mantenía la cabeza agachada y estaba apuntando con la pelota a una determinada piedra de la base de la muralla. Tres veces de cuatro dio en el blanco.

—Muy bien —dijo María en voz baja.

Willie levantó la vista sonriendo. Se agachó para recoger la pelota y se la colocó bajo el brazo. Juntos se acercaron a la puerta todavía abierta a aquella hora del crepúsculo.

—Sólo unos minutos —les advirtió uno de los guardias—. Nos iremos a cenar enseguida y cerraremos la puerta.

Willie y María bajaron a la orilla del lago. El sol poniente había teñido de rosa las nubes del ciclo, que se reflejaban en el agua.

—Esta noche no se encenderán hogueras para las brujas —comentó Willie—. Pero en las Highlands estoy seguro de que sí. Aquí somos demasiado civilizados para eso. —Soltó una carcajada.

—Mañana es el primero de mayo —dijo María—. ¿Aquí lo celebráis?

«El día primero de mayo recogía flores con Darnley. El primer día de mayo estaba encerrada con Bothwell en la torre de Dunbar. El primero de mayo en Francia cabalgaba por la campiña cuando acababa de quedarme viuda. Al parecer, el primero de mayo va unido a los acontecimientos más decisivos de mi vida.»

—Este año, sí —contestó Willie—. Me nombrarán Abad de la Confusión y todo el mundo deberá hacer lo que yo mande. Todos me seguirán y obedecerán mis órdenes.

—Buenas noches —dijo una voz desde donde las embarcaciones estaban amarradas.

María se sobresaltó. No se había percatado de la presencia de nadie, pero Willie sí. Por eso su conversación era tan distante y ceremoniosa.

—Buenas noches, señor —contestó el joven.

Un soldado se acercó a ellos en medio de las sombras del anochecer.

—Estaba comprobando que las barcas estuvieran bien amarradas —explicó el soldado con intención.

—Muy bien —respondió Willie.

El hombre desapareció por la puerta.

—Lo hemos obligado a largarse —dijo al momento Willie—. Estupendo. Ahora podremos estar solos dos o tres minutos. Prestad atención: todo está preparado para vuestra fuga. Por eso ha venido George. No se va a Francia pero necesitaba una excusa para su presencia aquí.

Oyeron un chirrido de la puerta. Los soldados se disponían a cerrarla.

—¡Debéis entrar! —gritó alguien.

—Ahora mismo vamos —contestó María.

—Durante los festejos del primer día de mayo, le robaré las llaves al señor a la hora de comer. Cuando las tenga en mi poder, os haré una señal. Tendréis que estar en el interior de la torre disfrazada y preparada en debida forma para la fuga. Haced exactamente lo que yo os diga.

A pesar de que caminaban lo más despacio posible, ya se hallaban muy cerca de la puerta.

—Yo inutilizaré todas las barcas menos una, en la que nos fugaremos. Que nadie os acompañe. No le habléis de esto a nadie Yo... buenas noches, oficial —dijo Willie, saludando al guardia—. Que descanséis, Majestad.

María despertó al amanecer y oyó los primeros gorjeos de los pájaros antes de que empezara a clarear. Aquél era el día. No se atrevía a pensarlo pues temía emocionarse demasiado y traicionar de algún modo los planes. Más valía no pensar. Pero cuando se levantó, no pudo por menos de mirar en torno a sí y preguntarse si aquella habría sido la última vez que dormía en la estancia de la torre. «¡Quiera Dios que jamás vuelva a despertarme aquí!», pensó.

Preparó una vez más las raídas prendas, confiando en que no le acarreasen la mala suerte del fallido intento anterior. La ausencia de las mujeres Douglas le facilitó la tarea de prepararse. Reunió unas cuantas cosas colocándolas en un discreto montón para recogerlas y llevárselas consigo si se le presentaba la oportunidad.

Ahora debía superar aquel día. Jamás un día corriente se le había antojado tan largo. Recitó las oraciones matinales que siempre rezaba con los miembros de su casa y después desayunó, se pasó un rato cosiendo y salió a dar un paseo.

En la gran sala reinaba un gran ajeteo pues se preparaba la fiesta y los criados adornaban los muros y los árboles con vistosos estandartes y cintas. Los músicos ensayaban en el prado bajo el sol, bebiendo cerveza. Habían hecho un gran acopio de esta bebida y al mediodía los soldados ya estaban sirviéndose jarras. María rezó para que la cerveza durara hasta el momento crucial. Qué ironía si se acababa a tiempo para que los soldados se pusiesen sobrios justo cuando ella intentase escapar.

—¡Ahora seguidme todos! —indicó Willie, ataviado con una multicolor capa de raso y tocado con un alto capirote como el de un mago. Se puso a caminar a gatas, y quienes lo seguían hubieron de hacer lo mismo. Después se levantó de un salto y empezó a dar vueltas. Los demás imitaron su ejemplo—. ¡Tú! —dijo señalando a uno de los soldados de la muralla—. Haz el pino.

—¿Cómo? —El soldado miró alrededor—. ¿Aquí arriba?

—¡Pues claro, a ver si te atreves! —contestó Willie—. Está a sólo diez pies del suelo. ¡No te partirás la crisma!

El soldado —apenas un muchacho no mucho mayor que Willie— trató de obedecer, pero perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a las piedras para no caer.

—¡Qué lástima! ¡Ahora debes recibir un castigo! —exclamó Willie entre las risas de los presentes—. Tendrás que llevar a cuestas a la señora Meggie hasta la hora de comer.

Otras personas se habían incorporado al alegre cortejo de los que seguían a Willie entre gritos y carcajadas.

Los juegos se prolongaron a lo largo de toda la tarde, en cuyo transcurso Willie se agotó intentando inventarse actividades, recompensas y castigos. Todo el mundo se emborrachó y, como por milagro, la cerveza no se agotó. ¿Con qué dinero la habría pagado Willie?

María se separó de la fila. Le dolía el costado. Se detuvo por un instante, en la esperanza de que se le pasara la molestia. ¡No podía, no debía ponerse enferma! ¡Ahora no!

Una joven criada del castillo se le acercó y le entregó el pendiente de perlas. María se quedó mirándolo.

—Majestad, os lo envía George Douglas. Dice que uno de los criados lo encontró y trató de vendérselo pero él lo identificó como vuestro y ordenó que os fuera devuelto. ¿De veras os pertenece?

—Sí —respondió María—. Lo perdí hace algún tiempo. Gracias.

La muchacha se inclinó en reverencia.

—Es un honor devolvéroslo, Señora —dijo.

¡La señal! ¡Entonces todo estaba en orden! Estuvo a punto de marearse de emoción y notó que le desaparecía el dolor del costado.

—Estoy muy cansada de todo esto —anunció—. Necesito reposar un poco antes de comer.

Regresó a los aposentos de la torre y descubrió —¡otro milagro!— que estaban desiertos. Se puso a toda prisa la falda de criada debajo de la suya y se cambió los zapatos. Después se echó en la cama para calmarse un poco. Salió al cabo de una hora.

No vio a los participantes en el jolgorio, pero los oyó. Debían de haberse trasladado a la gran sala a beber y cantar.

Lady Douglas paseaba por el patio. A María se le cayó el alma a los pies. Se habría retirado con rapidez a su estancia, pero lady Douglas la había visto. Tuvo que sonreír y acercarse a ella, confiando en que no le asomasen los zapatos por debajo de la falda.

—Feliz mayo —le deseó lady Douglas—. ¿Habéis visto alguna vez semejante locura? —El tono de su voz no parecía muy alegre.

—Para mí en esta prisión cualquier cosa que se aparte de la rutina resulta agradable —contestó María.

—Una prisión, en efecto. Arabella está muy turbada por unos sueños en los que un gran cuervo os lleva lejos de aquí sobrevolando el lago. Soñó que el cuervo lo traía Willie.

¡Arabella! ¡Aquella necia muchacha que tanto la idolatraba!

—Se disgustó mucho. Al parecer, no soportaría perderos —añadió lady Douglas.

—La tengo en gran estima —respondió María con cautela—. No es probable que su sueño se haga realidad. ¡Peso demasiado para que un cuervo me levante! —agregó soltando lo que esperaba fuera una estúpida risita.

—Quizá lo lograra toda una bandada de cuervos. Sin embargo, Señora, os ruego que penséis en mi familia. Significaría nuestra ruina si os fugarais. Los lores creerían... ¿qué es aquello? —preguntó lady Douglas, señalando un movimiento en la otra orilla.

¡Una compañía de jinetes! María los veía con toda claridad cerca de Kinross.

—¡Vuestra familia! —dijo María, en respuesta a la primera afirmación y no a la segunda—. ¡Os referís a vuestro amadísimo lord Stewart! ¿Sólo os importa él? ¡Tenéis otros diez hijos! ¿Por qué sólo él cabe en vuestro corazón? ¡Es cruel, ávido y codicioso! ¿Sabéis que, cuando yo agonizaba en mi lecho y él pensaba que no lo veía, empezó a hacer inventario de mis joyas? ¡Este es vuestro hijo preferido! ¡Ya veis lo que alumbraстеis!

—¡Jacobó es un hombre devoto en extremo cuya máxima preocupación es siempre el interés de Escocia!

El rostro de lady Douglas se ensombreció y sus ojos se apartaron de la otra orilla. Los jinetes habían desaparecido.

—¡La máxima preocupación de lord Stewart es su propio interés! ¡Pensad, señora, en el daño que ocasionará al honor de vuestra familia el hecho de que seáis unas simples marionetas a su servicio!

María quería evitar que lady Douglas mirase de nuevo hacia la otra orilla del lago y sabía que sólo provocándola con comentarios hirientes sobre Jacobo lograría hacerle olvidar lo que acababa de ver.

—¿Cómo os atrevéis a hablar de esta manera?

Lady Douglas contraatacó como una tigresa, enumerando todos los pecados y los



defectos de María.

María la escuchó fingiendo sentirse dolida y escandalizada con el rostro vuelto hacia la orilla para asegurarse de que su antagonista no mirara en aquella dirección.

Como acostumbraba hacer, el señor del lugar le sirvió a María la cena en la torre donde ésta siempre comía. Aquella noche no fue una excepción, y el señor de la isla, arrastrando los pies, tocado con un gorro de papel que Willie le había encasquetado en la cabeza y eructando a causa de la mucha cerveza que había bebido, depositó delante de ella unos primaverales manjares: cordero asado, pastel de espinacas, budín de mantequilla al horno y una astringente bebida llamada «tónico primaveral» consistente en verdes hojas de agrimonia y jugo de berros silvestres mezclados con cerveza.

—Confío en que sea de vuestro gusto —le dijo.

—Estoy segura de que sí —contestó María, sonriendo. «No lamentaré marcharme de aquí», pensó, «pero el señor de la isla siempre se ha mostrado amable e inofensivo. Cuesta ver en este hombre tan modesto e inútil a un carcelero. ¿Será Willie un bastardo? ¿Qué historia se oculta detrás de todo esto?»

El señor de la isla empezó a ir y venir por la estancia como si no quisiera retirarse. Después se detuvo para contemplar con tristeza el crucifijo que colgaba de la pared al lado de la ventana. De pronto vio a través de la ventana algo que lo sobresaltó.

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¿Qué está haciendo este estúpido de Willie?

María se levantó y se acercó a la ventana. Willie estaba agachado entre dos barcas varadas en la orilla. Debía de estar inutilizándolas tal como había dicho que haría. Se había producido una pausa en los festejos antes de que Willie tuviera que regresar a la gran sala.

—¡Este muchacho! —rugió el señor de la isla—. ¡Siempre haciendo tonterías!

Estaba a punto de ordenarle a un guardia que fuera a investigar.

—¡Oh! —gimió María, llevándose una mano a la frente antes de tambalearse y caer de rodillas.

El señor se inclinó hacia ella desconcertado, apartándose de la ventana.

—¿Qué os sucede?

—Estoy muy mareada. ¡Me ocurre algunas veces! —María cayó hacia delante—. Os ruego que me acompañéis a la cama.

El señor lanzó un suspiro, colocó un brazo bajo su axila y la ayudó a acercarse poco a poco al lecho.

—Ya está —dijo enderezando la espalda y mirando de nuevo hacia la ventana.

—Si fuerais tan amable —murmuró María con un hilillo de voz—, el vino dulce de Sicilia o de Chipre suele aliviarme cuando sufro estos ataques. ¿Tendríais por casualidad... podríais traerme...? ¡Ay, intentaré no desmayarme! —añadió moviendo la

cabeza de uno a otro lado.

Disimulando su irritación, el señor de la isla fue a buscar el vino él mismo pues no había ningún criado a mano. Cuando regresó, Willie ya se había alejado de las embarcaciones.

El día de la fiesta del primero de mayo el señor de la isla insistió en sentarse en un lugar desde donde alcanzase a ver la orilla del lago a través de la ventana por si ocurría algo en tierra firme. Willie presidía la mesa y escanciaba con generosidad el vino. Todo el mundo estaba emborrachándose.

Delante del plato del señor de la isla estaban las llaves de la puerta y el castillo, como todas las noches cuando ya se habían cerrado las puertas. Eran cinco, unidas por una cadena.

Willie se inclinó junto a su hombro, sosteniendo una enorme botella de vino.

—¿Vino, señor? —le preguntó.

—No..., ya basta. —Las cosas empezaban a enturbiarse—. Hummm... ¿qué clase de vino es éste?

—Del Rin, señor. El mejor que tenemos. Mucho mejor que el que habéis bebido antes.

—Hummm... Bueno. —El señor de la isla levantó su copa con un ligero temblor de la mano.

—¡Oh, cómo pesa! ¡Perdón! —gruñó Willie, y dejó su servilleta sobre la mesa mientras sujetaba la botella de otra manera para escanciar el vino. El líquido gorgoteó como un satisfecho sapo enamorado.

El señor no reparó en que, cuando Willie recogió su servilleta, las llaves habían desaparecido.

María, asomada nerviosa a la ventana, vio que Willie abandonaba la sala y cruzaba con rapidez el patio. El muchacho levantó la mano e inclinó la cabeza.

María se quitó la falda, se quedó con la de criada, que llevaba debajo, se puso la capa de su sirvienta y bajó con la capucha echada hacia delante.

—Tengo las llaves —anunció Willie—. ¡Daos prisa! Pero no corráis.

Juntos apretaron el paso. María estaba segura de que su oscura y holgada capa, tan fuera de lugar en aquella tibia noche de mayo, llamaría la atención. El corazón le latía con tal fuerza que temía desmayarse de verdad.

Willie se extrajo las llaves de la manga y acercó una de ellas a la cerradura de la puerta de la muralla. No entraba. Probó otra. Entraba, pero no podía hacerla girar. María no se atrevía a volver la cabeza para averiguar si alguien los había seguido por

temor a que le vieran el rostro.

Willie probó con otra llave, procurando dominar el nervioso temblor de sus manos. La llave entró, y María oyó el rumor del cerrojo. Willie retiró las llaves, abrió la puerta lo suficiente para que ambos se deslizaran a través de él. Después cerró la puerta por fuera procurando no hacer ruido.

—¡Ya está! ¡Ahora los prisioneros son ellos!

Por un instante ambos permanecieron ocultos en la sombra de la muralla por si alguien los seguía. Pero todo estaba en silencio. Se acercaron con sigilo a una de las barcas. María se tendió en el fondo.

—¿Las demás están inservibles? —preguntó en un susurro.

—Sí. Las he fijado con estacas.

—Creo que el señor os ha visto pero he intentado distraerlo.

Willie empujó la embarcación en el agua hasta que ésta le llegó a la cintura. Después subió, tomó los remos y empezó a bogar. La embarcación se apartó de la herbosa orilla y se deslizó hacia el centro del lago.

Willie levantó el brazo y arrojó las llaves al agua. Éstas golpearon unas cañas y después se hundieron casi en silencio.

—¡Que tengan que zambullirse para recuperarlas! —dijo.

María se incorporó con cautela. Ya estaban dejando atrás la orilla, pero se encontraba todavía más lejos cuando los barqueros la habían descubierto la otra vez. Tomó de un modo impulsivo el segundo par de remos y se puso a moverlos. ¡Cualquier cosa con tal de alejarse cuanto antes!

Willie se echó a reír.

—No hace falta —le dijo.

—¡Pues claro que sí! —replicó ella—. ¡Debo participar en mi propia fuga! No soy vieja ni estoy enferma o inválida... ¡Jamás me he sentido más fuerte!

Mientras lo decía, comprendió que la comida y el descanso en Lochleven, por muy obligados que hubieran sido, le habían devuelto su antiguo nivel de energía y bienestar. Volvía a ser la atlética y activa reina de la Correría de la Persecución. Impulsó los remos, inclinándose hacia delante.

Oscurecía. Le pareció percibir un movimiento en la orilla. ¿Quién estaría esperándola? ¿Sería George? Apenas se veía a través de la bruma gris azulada que estaba levantándose desde la superficie del lago. Buscó el velo que emplearía como señal: tenía que agitar un velo blanco.

El velo adornado con borlas rojas ondeó en el aire. Arriba y abajo, arriba y abajo. George y sus hombres lo vislumbraron, pero también el señor de la isla y todos los del castillo, que miraban impotentes desde el otro lado de las murallas en cuyo interior habían quedado atrapados. María oyó gritos procedentes de la isla.

Llegaron al embarcadero de Kinross donde George los esperaba, pálido y

emocionado. Alargó los brazos hacia María, que saltó de la barca y le cubrió los hombros con el velo.

—Os doy las gracias —susurró.

—Vuestro humilde servidor, señor —dijo Willie, haciendo una burlona reverencia.

—¿Quién más ha venido? —preguntó María.

John Beaton, miembro de la fiel familia Beaton, se acercó a ella al frente de unos veinte jinetes.

—Hemos tomado prestados los caballos de los establos que el señor de la isla tiene en la orilla —comentó.

Todos se echaron a reír. Lo acompañaba John Sempill, esposo de María Livingston.

—Lord Seton aguarda oculto en el valle con cincuenta hombres —le informó George—. Y está con él el señor Hepburn de Riccarton.

¡El señor de Riccarton! ¡El pariente y amigo de Bothwell!

—Vámonos enseguida. ¿Podéis cabalgar?

—¡Pues claro!

María montó en el musculoso caballo que le tenían preparado.

El grupo se alejó al galope.

La noche era muy tibia. En tierra firme se sentía distinta que en la isla. El aire y los perfumes también eran diferentes.

«Libre. Soy libre», pensó. La sensación resultaba tan extraña que casi no acertaba a comprenderla.

Se reunieron con lord Seton y sus hombres y con el señor de Riccarton en un claro, a las afueras de la ciudad.

—¡Mi apreciado lord Seton!

María se alegró de verse rodeada de gente que le era afecta. ¡Llevaba tanto tiempo sin estar entre amigos! Ambos se abrazaron.

Después María saludó al señor de Riccarton.

—Mi querido amigo —le dijo. El solo hecho de verlo hacía que Bothwell le pareciese real de nuevo—. Por favor... ¡comunicadle a mi esposo que soy libre! ¡Ha de reunirse conmigo!

—Cabalgaré hacia la costa y llegaré por la mañana —respondió el señor de Riccarton—. Allí hay muchos barcos que transportan con rapidez cartas a través de los mares.

## LXIII

María y su grupo rodearon Kinross al galope y después tomaron el camino que conducía al sur. Estaba recorriendo a la inversa el desdichado trayecto que había seguido cuando la habían llevado prisionera a Lochleven con Lindsay y Ruthven. Cada recodo del camino le traía a la memoria un recuerdo especial de aquellos momentos de terror: la rama inclinada que ella esperaba que derribara a Lindsay de su caballo, la cerrada curva en la que ella había estado a punto de caer de su montura. Ahora todos aquellos detalles le parecían los rasgos propios de cualquier camino en los que, en circunstancias normales, ni siquiera se hubiera fijado.

Por delante de ella lord George Seton cabalgaba a buen ritmo. ¡Era un extraordinario amigo! Siempre había estado a su lado en los momentos más difíciles y también la había ayudado a escapar de Holyrood. En Lochleven debían de estar interrogando a su hermana. ¡Qué contraste entre aquellos hermanos tan fieles a ella y su propio hermano lord Stewart!

—¿Nos detendremos en Seton House? —le preguntó cuando hicieron un alto en el camino para tomar un pequeño refrigerio a base de pan y vino.

—No —contestó él—. Creo que deberíamos alejarnos un poco más. Lord Claud Hamilton se reunirá con nosotros en Queensferry, cuando hayamos cruzado el Forth. Desde allí nos dirigiremos a mi castillo de Niddry para descansar. —La oscuridad no le permitía ver el rostro de María, pero George imaginó su mirada de perplejidad—. Vuestra fuga ha sido cuidadosamente planeada. Muchos que se unieron a la causa de vuestro hermano han tenido tiempo para recapacitar. La regencia no ha complacido a los nobles tanto como éstos esperaban; ahora varios de ellos han decidido regresar a vuestro lado. Los Hamilton son partidarios acérrimos de vuestra persona; el conde de Argyll, que es un hombre muy inestable, se ha unido a nosotros. Y lo mismo han hecho Eglinton y Cassilis. Vos siempre habéis contado con la lealtad del oeste de Escocia, y los lores de allí, Herries y Maxwell, aguardan en sus territorios.

¡De modo que la gente estaba volviéndole la espalda a lord Stewart! Ahora él ya habría visto lo fácil que era complacer al pueblo antes de acceder al poder y lo difícil que resultaba después. Ni siquiera al mejor gobernante del mundo lo amaban más que antes de ascender al trono.

Reanudaron el viaje y cruzaron el Forth con varias balsas que ya tenían dispuestas a tal efecto. En South Queensferry los recibieron lord Hamilton y cincuenta parientes suyos, montados y armados.

—¡Majestad —exclamó lord Hamilton—, con cuánta alegría vuelvo a veros!

Sus hombres levantaron las armas a modo de saludo.

Por el camino de Niddry, los habitantes de las distintas aldeas salieron de sus casas

para vitorear a María. Todo fueron dulces bienvenidas; nadie le arrojó escupitajos ni la insultó ni pidió que la quemaran en la hoguera. ¿Acaso el pueblo la había perdonado? No había oído tantas aclamaciones desde antes de la muerte de Darnley. Quizá la hubiera perdonado e incluso hubiese olvidado. ¡Ojalá no recordase el odio que antes le tenía!

A medianoche llegaron a Niddry, el castillo de Seton situado varias millas al sur del Forth. Allí se detuvieron.

—Venid, Majestad —indicó lord Seton. Entraron en el patio y se dirigieron a los aposentos—. Todo está preparado —añadió acompañando a María al interior de una pulcra y bien amueblada estancia.

No era más grande que la de Lochleven, pero la libertad hacía que pareciera diez veces más espaciosa.

—Os doy las gracias de todo corazón —dijo María, tocándole levemente el hombro.

Sola por fin en su habitación, María miró aturdida alrededor. Hacía largo rato que se había levantado en la estancia de la torre de Lochleven. Su plegaria había sido escuchada; ya no tendría que dormir más allí.

Alegre por hallarse completamente a solas y demasiado cansada como para hacer otra cosa que no fuera quitarse la vieja camisa y el corpiño, se acostó en la cama y se sumió de inmediato en un sueño profundo y reparador, el mejor del que hubiera disfrutado en los últimos diez meses.

Despertó con la sensación de haber vivido un acontecimiento de trascendental importancia, pero sin recordar con exactitud cuál era. La cama le resultaba desconocida. Los oscuros rincones de la estancia no le permitían determinar su tamaño. Se levantó del alto lecho de madera labrada y se acercó a tuestas a la ventana por la que penetraba la luz del este. No vio agua. No se encontraba en una isla. Sólo la rodeaba un suave verdor. De pronto recordó que era... ¡libre! Se encontraba en el castillo de lord Seton.

¿Qué hora era? No tenía reloj, pero a juzgar por la escasa luz dedujo que pronto amanecería. Aún no debían de ser las cinco. Seguramente nadie se habría levantado. Regresó a la cama para esperar.

Más tarde, mientras se vestía —¡todavía sola, venturosamente sola!—, oyó ruidos al otro lado de la ventana. Miró y donde antes sólo había un verde y ondulado paisaje, vio una enorme multitud de hombres armados con picas y estacas. En el momento en que ella se acercó a la ventana, uno de los hombres tocaba una corneta y otro una gaita.

Presas de una incontenible emoción, abandonó corriendo la estancia y salió al patio. Lord Seton la siguió e intentó detenerla, pero ella fue más rápida y se acercó a la

multitud. En cuanto la vieron, los hombres guardaron un reverente silencio.

—¡Dios salve a la Reina! —gritó alguien de pronto.

Y miles de voces contestaron:

—¡Dios la salve!

Por un instante, sus lágrimas hicieron que todos los colores y los rostros se confundieran ante sus ojos. Sacudiendo la cabeza para despejarse la vista, María extendió los brazos hacia los hombres.

—¡Mi buen pueblo! ¡En verdad soy afortunada por encontrarme de nuevo entre vosotros!

Al verla con el largo cabello ondeando al viento y sin un atuendo apropiado, los hombres se sintieron embargados por la emoción. María era sin duda la Reina más bella del mundo y ellos tenían la suerte de que fuera su soberana. Las futuras generaciones los envidiarían; sus hijos e hijas les pedirían que les describieran con detalles el aspecto de la Reina aquella mañana.

—¡Estamos dispuestos a morir por vos! —exclamaron los hombres.

—No quiero que muera nadie —contestó ella—. Que mi hermano se rinda y abandone el trono. Ahora que vosotros me habéis manifestado vuestra lealtad, lo hará. No desatenderá la voluntad del pueblo.

Oh, qué fácil habría sido, encerrada entre las murallas de Lochleven, haber creído que no la amaban ni necesitaban. La prisión mantenía a raya la realidad. Con ello contaba su hermano lord Stewart.

Vestida otra vez con ropa prestada, María permanecía sentada ante una mesa, con sus nobles. Después de aquella primera noche, habían abandonado el castillo de Niddry para dirigirse al oeste, hacia Dumbarton. La impresionante fortaleza costera era la única que todavía se hallaba en manos leales, las de lord Fleming, hermano de María. Las demás plazas fuertes y sus arsenales —Stirling, Edimburgo, Dunbar— estaban a disposición de lord Stewart. En el oeste predominaban los católicos y leales, por lo que, desde un punto de vista estratégico, era lógico que se dirigiesen hacia allí, donde esperaban reunirse con otras fuerzas leales. Los Hamilton, el vasto clan cuyos derechos hereditarios venían inmediatamente después de la familia Stewart, se habían molestado por el hecho de que lord Stewart se hubiera apoderado de la Corona sin cederles parte alguna del botín. Ahora se habían convertido en el núcleo de los partidarios de la Reina y se proponían expulsar del poder a los advenedizos. Su territorio se extendía justo al sur de Glasgow, de ahí que María y los suyos se dirigieran al castillo de Hamilton y lo convirtieran en su cuartel general. Allí podrían reunirse las fuerzas leales, sabedoras de que la seguridad de Dumbarton se encontraba a sólo doce millas de distancia. En caso de apuro, desde allí era posible dirigirse a

cualquier parte, tal como María había hecho de pequeña, cuando zarpó con rumbo a Francia.

Ahora, en torno a aquella larga y reluciente mesa, había sentados nueve condes, nueve obispos, dieciocho lores y muchos señores de inferior rango. María se levantó, convertida una vez más en una reina entre sus nobles.

—Milores —les dijo—, deseo repudiar con solemnidad mi forzada abdicación y que vosotros seáis testigos de ello. Después lo divulgaremos. Juro por mi alma inmortal y responderé de ello en el temible día del Juicio, que mi firma en los decretos e instrumentos que me facilitaron en Lochleven me fue arrancada por medio de la violencia y de amenazas contra mi vida. Pongo por testigos a George Douglas y a Melville —añadió, señalando con la cabeza a los dos hombres sentados hacia el fondo de la mesa.

—¡Así es, en efecto! —confirmó George con voz trémula—. Lord Lindsay amenazó con matarla..., ¡cortadla en pedazos y dadla en alimento a los peces, dijo!

—Puedo atestiguar que Su Majestad accedió a firmar sólo tras haberle yo asegurado que la reina de Inglaterra le aconsejaba hacerlo para salvar su vida, pues sabía que nada que se obtuviera por estos medios tendría validez —añadió Melville.

Había acudido allí directo desde Edimburgo en cuanto lo habían llamado, llevando consigo dos cosas que María necesitaba con urgencia: la sortija de Isabel y los caballos de su cuadra.

—Milores, he tomado la determinación de otorgarnos el carácter legal de Parlamento, y es menester que resolvamos unas cuestiones apremiantes. —María señaló con la cabeza al inteligente John Hamilton, arzobispo de Saint Andrews—. El arzobispo y yo hemos preparado una declaración acerca del regente y deseamos que vosotros la ratifiquéis.

El arzobispo se levantó y la leyó con voz de trueno.

—«Declaramos por la presente que nuestra falsa abdicación, arrancada bajo amenaza de muerte, es totalmente nula y carece de fuerza legal y que Nos, María, somos la indiscutible y legítima Reina hereditaria de Escocia por la gracia de Dios y el derecho que procede de la inamovible y justa línea sucesoria, habiendo sido legalmente elegida, coronada investida y consagrada.»

Todos los hombres sentados a la mesa asintieron entre murmullos de aprobación.

Acto seguido, el arzobispo pasó a detallar los delitos de lord Stewart, calificándolo de «bestial traidor y bastardo engendrado en vergonzoso adulterio» y describiendo a sus secuaces como «desvergonzados carniceros, fieras infernales, sanguinarios tiranos, asesinos comunes y malhechores a quienes ningún príncipe, ni siquiera el bárbaro turco indultaría o perdonaría la vida por los delitos cometidos».

Los hombres se rieron con cierta inquietud. Esto significaba que la Reina jamás haría las paces con su hermano. Se había vuelto por completo contra él; Jacobo la



había traicionado demasiadas veces.

—Y ahora, milores —añadió María—, os ruego que prestéis atención a la información secreta que hemos obtenido acerca de nuestros adversarios.

Lord Seton se levantó.

—El regente se encontraba en Escocia para presidir el tribunal de justicia del condado cuando recibió la noticia de la fuga de Su Majestad de hace unos días y se quedó de piedra.

Los presentes estallaron en risotadas.

—Se hallaba solo excepto por su guardia personal y consideró oportuno regresar a Stirling, pues sabía que aquella zona era partidaria de la Reina. Pero es evidente que ha decidido mantenerse firme en lugar de retirarse. Como consecuencia de ello, ha levantado un campamento y ha pedido hombres. Exige —Seton desdobló un papel— «la protección de la persona del Rey y el establecimiento de la paz».

María soltó una despectiva carcajada.

—¿Y cómo han respondido a su llamada?

—Kirkcaldy le enviará arcabuceros de Edimburgo, y Erskine le llevará el cañón de Stirling. Los piqueros de Morton también estarán prestos para el combate.

—¿Cuántos?

—Hasta ahora, unos dos mil. Cuando acudan a la llamada Lindsay, Ruthven y Glencairn, quizá lleguen a tres mil.

—¡Bah! —El conde de Argyll emitió un desdeñoso resoplido—. Sólo mis soldados de las Highlands suman casi dos mil. Si les añadimos las fuerzas de los Hamilton... ¡contaremos con más de cinco mil!

De repente, María experimentó un frío estremecimiento de temor. Su ejército era más numeroso pero carecía de caudillo. No había ningún Bothwell, nadie equiparable con él. Si Bothwell no se enfrentaba con ellos, Kirkcaldy, lord Stewart y Morton constituían unos enemigos imbatibles. Lo que sólo era bueno, a falta de lo excelente, se convertía en excelente.

—¿Y quién dirigirá mi ejército? ¿Quién será mi general? —preguntó María.

—Yo —contestó Argyll—. Soy quien tiene más hombres.

Hamilton lo fulminó con la mirada.

—Mi amadísima Reina —dijo de súbito lord Herries—, debéis saber que sólo hay dos maneras de recuperar el trono para vos: por medio de un decreto del Parlamento o por medio de una batalla. La decisión es vuestra.

María contempló los rostros de sus partidarios sentados alrededor de la mesa: las hermosas facciones de George Douglas y su apoyo incondicional; el vulgar pero honrado rostro de lord Seton; la serena valentía de lord Livingston.

Faltaba, y siempre faltaría, el rostro de Bothwell. Pero los demás ya habían sacrificado muchas cosas y no le fallarían.

—¡Intentémoslo por medio de la batalla! —resolvió con firmeza, dejando de lado cualquier duda que albergase.

En los días sucesivos otros hombres acudieron en tropel a la llamada de su estandarte; más de cien lores de inferior rango aportaron a su ejército sus vasallos, aparceros y servidores domésticos. Huntly había decidido de manera sorprendente unir su suerte a la suya y aportaría sus tropas de las Highlands. No obstante, unas lluvias torrenciales habían hinchado el caudal de los ríos y los soldados no lograron cruzarlos.

—Estoy segura de que lord Stewart se propone atacar antes de la llegada de Huntly —le dijo María a George—, pero, incluso sin los soldados de éste, nosotros somos más fuertes.

—Mi padre se ha unido a ellos —le comunicó George—. Ayer se presentó con sus hombres.

—Vaya, qué eficientes son los espías —comentó alegre María, pero en su fuero interno se preocupó. ¿Cómo era posible que la información circulara con tanta libertad entre los ejércitos? Sin embargo, sabía que George era digno de su confianza—. De todos modos, espero que mis palabras no suenen absurdas pero me alegro de que él pueda combatir.

—Sí —musitó George. El señor de la isla había intentado suicidarse con un puñal tras haber descubierto la fuga de la Reina, abrumado por el peso de la ignominia. Sus criados lo habían impedido, y el impulso ya se le había pasado—. Me he librado del remordimiento... de contribuir a la muerte de mi padre.

—Ya ha habido demasiadas muertes en Escocia —dijo María, acariciando la sortija de Isabel. El mero hecho de llevarla en el dedo la hacía sentirse segura. «Dispongo de medios para escapar a Francia por mar en caso necesario o a Inglaterra por tierra si fallara todo lo demás», pensó. Se preguntó si Isabel habría recibido su última carta, seguida de la noticia de su fuga. Hasta aquel momento, no habían llegado noticias de Inglaterra.

—No hay que olvidar el problema de la paga —decía George—. Todas las monedas, la plata y las joyas de la Corona obran en poder de lord Stewart, mientras que nosotros no tenemos nada. ¿Cómo pagaremos a todas estas tropas?

—Con promesas —contestó María—. Cuando recupere el trono...

—Los hombres no pueden alimentarse de promesas —la interrumpió George.

—Pues entonces los víveres y las municiones procederán de donativos —contestó María—. Mis partidarios deberán incrementar sus obras de caridad.

—Exigís un precio muy alto —señaló George—. No todo el mundo querrá pagarlo.

—No todo el mundo, ya lo sé. Hay muy pocos como vos, George..., dispuestos a enemistarse con lo que ellos consideran sus intereses o con sus propios parientes.

Pobre George..., os enfrentáis con vuestro padre y con vuestro hermano mayor.

—No tengo más remedio —dijo él—, aunque quizás otros sí.

—¿Que no tenéis más remedio? —preguntó María.

—Sabéis muy bien a qué me refiero. Os ruego que no me obliguéis a expresarlo con palabras.

María le envió una proclama a Jacobo, acampado a sólo unas cuantas millas de distancia, en la que anunciaba que repudiaba su abdicación y reclamaba el trono y deseaba, en nombre de la clemencia, recibir su aceptación y recuperar su obediencia. La respuesta de Jacobo consistió en romper la proclama en pedazos y encarcelar al mensajero.

El 13 de mayo, once días después de que María se fugase de Lochleven, se libró la batalla. Las fuerzas de María sumaban seis mil hombres, incluso sin las tropas de Huntly, mientras que las de Jacobo se componían sólo de tres mil. A primera hora de la mañana su comandante Argyll ordenó que las tropas marcharan hacia el oeste rodeando Glasgow e intentasen trabar combate con Jacobo en su plaza fuerte de Burgh Muir.

María, acompañada por Willie Douglas y María Seton —a quien el afligido señor de la isla había concedido permiso para seguir a su señora—, se situó en una cercana colina desde la que se divisaba la campiña circundante. Desde allí observó que su ejército, con una vanguardia formada por lord Claud Hamilton y los hombres de su clan, marchaba hacia la pequeña localidad de Langside; Argyll lo seguía a cierta distancia con el grueso de las tropas.

De repente se produjo un estallido de color y movimiento; ¡lord Stewart se acercaba! María no logró seguir todas las incidencias pero más tarde se supo que Jacobo había montado a dos hombres por caballo para trasladar con rapidez todo su ejército a una posición más favorable justo en las afueras de Langside en lugar de enfrentarse con las fuerzas de María en el llano. En una audaz maniobra, Kirkcaldy situó a sus arcabuceros en los huertos de árboles frutales y las callejuelas que rodeaban la calle principal de Langside mientras Morton y Jacobo controlaban el grueso de las tropas, situado en la colina de Langside.

La vanguardia de los Hamilton entró entonces en Langside, pero su avance era muy lento debido a la estrechez de la calle principal. Se oyeron unas detonaciones; disparaban contra ellos unos pistoleros apostados en varios lugares; los soldados cayeron en medio del desconcierto general mientras los cuerpos se amontonaban y todos intentaban escapar presa del pánico mientras los arcabuceros los alcanzaban como si fueran blancos de tiro.

Detrás de ellos, las tropas de las Highlands de Argyll se detuvieron perplejas incapaces de entrar en el cuello de botella de la ciudad. Al oír los disparos y los gritos, se volvieron hacia su comandante esperando sus órdenes. Justo en aquel momento unos gritos atronadores traspasaron el aire: lord Herries iba en cabeza de una carga colina arriba contra lord Stewart.

Poco después se intensificaron los gemidos y lamentos. ¡Las tropas de las Highlands habían dado media vuelta y estaban rompiendo filas y corriendo en sentido contrario!

María miró hacia la colina de Langside, donde, para su horror, vio una cuna bajo un frondoso seto sobre el que ondeaba el ya conocido estandarte del Príncipe arrodillado. ¡Los lores habían llevado al pequeño Jacobo al campo de batalla!

El odio y la furia se apoderaron de ella. ¿Cómo se habían atrevido a poner su vida en peligro de aquella manera?

A lo mejor no les importaba que muriera; a lo mejor esto era lo que querían. «Lo perdimos en la batalla», dirían entristecidos mientras posaban la corona sobre la cabeza del bastardo lord Stewart.

Lanzando un grito rebotante de afán de venganza, María espoleó su montura y se lanzó al galope cuesta abajo blandiendo sus pistolas.

—¡Luchad, luchad contra los malvados usurpadores! —gritó entrando en la confusión.

Las tropas de las Highlands estuvieron a punto de arrollarla en su huida.

—¿Dónde está vuestro comandante? —preguntó al ver el caballo de Argyll sin su jinete.

Pero nadie contestó, todos habían iniciado la desbandada. De pronto vio un bulto a los pies del caballo; la fiel bestia permanecía junto a él para impedir que lo pisotearan.

Un criado, de hinojos, frotaba el rostro de su amo.

—Un ataque de apoplejía —explicó mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Lo ha sufrido justo en el momento en que iniciábamos el asalto.

¡Apoplejía! ¿Cómo era posible que le hubiera dado el ataque justo en aquel momento? ¿No podía Dios haber esperado una o dos horas?

—¿Acaso me odiáis? —clamó a los cielos. Alrededor de ella los hombres que huían estaban levantando una gran polvareda—. ¡Deteneos! ¡Deteneos y luchad! ¡La victoria será vuestra!

Una lluvia de flechas les cayó encima mientras el segundo comandante repetía como un eco el grito de María.

—¡Luchad! ¡Reagrupaos!

—¡Cállate, tú no tienes ninguna autoridad! —le replicó uno de los hombres, que resultó ser uno de sus primos.

Ambos siguieron discutiendo montados en sus cabalgaduras mientras las flechas

caían en torno a ellos.

—¡Cobarde y gallina! —masculó uno—. ¡Déjalo y sígueme!

—No tiene preparación alguna, es un simple estudiante, un delicado aficionado a los libros...

—¡Cierra el pico!

En medio de un confuso movimiento, María vio que lord Herries dirigía una segunda carga por la ladera de la colina de Langside, pero no logró mantenerla, porque carecía de refuerzos en la retaguardia. Lord Stewart rechazó el ataque.

María refrenó su montura y, con las pistolas a punto, recorrió al galope las calles laterales de Langside casi deseando topar con algún arcabucero oculto entre los árboles. «¡Vive Dios, que lo mato!», pensó. La calle principal estaba cubierta de cadáveres.

Mientras regresaba al galope a su colina, María se encontró con lord Livingston, George, Willie y el hijo de lord Herries.

—Venid —le indicaron éstos. María se percató de que la escoltaban fuera del campo de batalla—. No conviene...

—¿No conviene que yo vea en persona lo ocurrido? ¡No quieren luchar! —gritó—. Argyll ha caído y sus soldados de las Highlands están huyendo...

Al llegar a la cima de la colina vio que los piqueros de Morton se acercaban hacia los pocos miembros del clan Hamilton que todavía quedaban en el otro extremo de la calle principal. Se iniciaron unos combates cuerpo a cuerpo mientras el aire se llenaba de gritos de terror casi inhumanos.

Lord Herries subió al galope por la cuesta. Su caballo estaba empapado en sudor.

—Hemos perdido la batalla —dijo—. Debemos huir.

—¿Que hemos perdido?

—Sí. ¡Daos prisa si no queréis que os capturen de nuevo! —contestó lord Herries, dando un tirón a la brida de su caballo.

Otra vez prisionera. Entonces todo había sido en vano. Todo había terminado en menos de una hora. Toda una vida en una hora.

—¿Adónde iré sin perder el honor?

—Vamos a Dumbarton. ¡Allí podremos reponer fuerzas y pedir ayuda a Francia! —Lord Herries le hizo una seña y ella lo siguió por la pendiente de la colina. Abajo centelleaban los garrotes y las dagas de los hombres de Morton, que remataban a sus víctimas—. ¡No miréis!

Pero ella miró. Vio que unos hombres impotentes se encogían, experimentaban unas sacudidas y morían entre gritos.

En cuestión de momentos dejaron a su espalda el campo de batalla y se dirigieron hacia el agua y Dumbarton. Tendrían que cruzar al galope los campos que se preparaban para la siembra. Pero el ejército no los perseguía. Muy por detrás de ellos

cabalgaban George y Willie.

De improviso, aparecieron ante ellos dos hombres que blandían guadañas y azadas.

—¡Tú no pasarás por aquí, puta! —gritaron, echando a correr hacia el caballo de María en un intento de alcanzarlo con el filo de sus improvisadas armas. El caballo se encabritó y retrocedió.

Mirándola con odio, los hombres apuntaron y se lanzaron contra ella como unos muchachos que intentaran apuntarse un tanto en un juego infantil.

—¡Atrápala! —dijo desdeñosamente uno de ellos.

¡Claro! ¡Aquéllas eran las tierras del conde de Lennox!

María volvió grupas y se alejó al galope. Habían cortado el camino hacia Dumbarton; no tendrían posibilidad alguna de llegar hasta allí. Tampoco podían cruzar Glasgow, pues la ciudad era fiel partidaria de lord Stewart, ni el ancho estuario del Clyde ni vadear el río en los parajes donde era más estrecho, dado que éstos pertenecían al territorio de Lennox. Los enemigos de María formaban una valla viviente alrededor de la única fortaleza que le quedaba.

Ella y lord Herries, en su camino de regreso, se tropezaron con George y Willie.

—No podemos dirigirnos a Dumbarton —les informó María entre jadeos.

—Debemos intentar desplazarnos al sur —explicó Herries—. Tendremos que cruzar los indómitos distritos de los montes y páramos de Galloway. Pero yo conozco los pasos, y nuestros perseguidores no. Hay que ser de allí para conocerlos y, gracias a Dios, el pueblo de estas regiones continúa siendo leal. Venid. ¿Os sentís capaces de emprender este viaje? —pregunto no sólo a María sino también a George, Willie, lord Livingston y su propio hijo, que en aquellos momentos acababan de darles alcance.

—¡Con la ayuda de Dios! —contestó María.

Los otros cuatro asintieron con la cabeza.

—¡Pues entonces vamos!

Herries espoleó su montura y encabezó la marcha a través de los campos hacia el sur.

Herries estaba en lo cierto: tras dejar atrás la suavidad del florido valle del río Doon con las blancas violetas que punteaban las orillas del río y los ciruelos silvestres en flor, los pastores y sus rebaños de ovejas y de corderos lechales, se encontraron con indómitas regiones montañosas, ríos de impetuosas aguas y rocosas cascadas. La lujuriente y verde vegetación del valle cedió el paso a los escarpados peñascos cubiertos de musgo y brezos de las zonas más altas. El cielo era enorme, y lo surcaban unas caprichosas y veloces nubes que proyectaban sombras en las hondonadas y en las lomas. A media tarde las nubes se juntaron, su parte inferior se oscureció y una fina bruma descendió sobre la tierra y se posó alrededor de ellos envolviéndolos con su

humedad, aunque no llovió. Sin embargo, la bruma hizo que la marcha resultara más peligrosa.

Incluso las regiones más llanas estaban plagadas de riesgos, pues los brezos y las juncias ocultaban los pantanos y los hacían parecer terreno seguro. Atravesaron los distintos pasos y caminos del Glenkens, el valle del gélido río Ken, que vertía sus aguas en un enorme lago de diez millas de longitud.

María lo veía sin ver nada. Todo aquello ya lo había hecho, pero por separado; a lo largo de su vida había cabalgado muchas veces para salvarse, por lo general de noche o con unos perseguidores pisándole los talones. Había cruzado peligrosos páramos y pasos en sus viajes a las Fronteras e incluso había caído en un pantano. Sin embargo, lo de antes había sido distinto. Bothwell siempre se hallaba presente de alguna manera, y ella jamás había experimentado aquella sensación de irrevocabilidad, de una última y desesperada carrera. Antes siempre había tenido un destino: Inchmahome, Dunbar, el Hermitage, Kinross. Ahora no sabía adónde ir, y allí adonde fuera no sería un destino sino un refugio al que ella acudiría como una suplicante.

Cabalgaron por la orilla occidental del Ken, más despacio que al principio debido al cansancio. Lord Herries anunció que ya se encontraban cerca de la desembocadura en el extenso lago. La niebla empezaba a transformarse en lluvia, pero ellos prosiguieron su penoso avance. De repente, Herries refrenó su montura y les señaló un lago más pequeño.

María se detuvo y trató de ver, a través de la oscuridad y la lluvia, qué les indicaba Herries. Distinguía el borroso perfil de un castillo a orillas del lago.

—El castillo de Earlstoun —anunció Herries—. Pertenece a lord Bothwell.

«¡Pertenece! ¡Pertenece! Ya no pertenece...», pensó María.

—Quizá podríamos pedir refugio allí. No sé quién lo rige... A lo mejor aún está en manos de sus fieles servidores —añadió Herries.

Las lágrimas asomaron a los ojos de María, pero ella las reprimió. Bothwell jamás le había mencionado aquel castillo; no debía de apreciarlo demasiado, y tal vez ésta fuera su forma de ayudarla ahora, como siempre la había ayudado de manera prodigiosa.

—Sí —respondió María—. Acerquémonos.

Rodearon la orilla del lago y se dirigieron hacia el viejo castillo. En el interior no se veía ninguna luz.

—Era un castillo de los Sinclair —explicó Herries—, la familia de la madre de lord Bothwell.

Pero ¿quién lo habitaría en ese momento? La madre de Bothwell vivía en Morham. Cuando se hallaron más cerca, advirtieron que el patio estaba cubierto de barro y que no había un alma.

Se detuvieron en el cenagoso patio y se apretujaron bajo el fuerte aguacero. Lord

Herries desmontó y, avanzando sobre el lodo, se dirigió hacia los escalones de la entrada. Antes de que llegara a la puerta, María se apeó y lo siguió, recogiendo las faldas. Él la esperó junto a la maciza puerta de madera, labrada al antiguo estilo. Debía de datar de la época de Robert Bruce.<sup>[9]</sup>

Herries llamó a la puerta. El golpe apenas se oyó, amortiguado por la madera mojada. Llamó de nuevo con más fuerza. Oyeron el eco en el interior, pero ni ladridos de perros ni gritos de criados. Sólo entonces María reparó en el profundo silencio que reinaba en el castillo: no se oían relinchos, ni cacareos ni mugidos; tampoco voces humanas.

El castillo estaba abandonado y cerrado a cal y canto.

María aporreó con furia la puerta. ¡Tenía que haber alguien!

Era el castillo de Bothwell, su protector...

—¡No me abandonéis a la merced de mis enemigos! —exclamó en tono de súplica.

Lord Herries la miró perplejo. Después lo comprendió.

—Venid, Majestad —le indicó, poniéndole de nuevo la capucha que se le había caído hacia atrás.

María tenía el cabello empapado y unos regueros de agua le bajaban por las mejillas.

—¡Tenéis que estar aquí! —musitó María, apoyando el rostro contra la puerta.

Pero el castillo permaneció en silencio, como si estuviera muerto.

María rompió a llorar igual que una chiquilla. «El se ha ido y todo ha terminado —pensó—. Dentro sólo hay muerte y la nada, y también fuera y en torno a mí por siempre jamás.»

—Si lo deseáis, podríamos acampar aquí en el patio.

Ella lo miró horrorizada.

—¡No! —contestó—. ¡Abandonemos este lugar! —Bajó corriendo por los escalones y cruzó el patio sin preocuparse por el barro que le manchaba el borde de las faldas. Volvió a montar a caballo—. ¡Nos vamos!

George intentó atraer la atención de sus desolados y enrojecidos ojos, pero ella fijó la mirada en la distancia y, como si de repente hubiera perdido el juicio, espoleó su montura en medio de la oscuridad.

Al llegar al Ken Loch, tras haber recorrido sesenta millas desde el escenario de la batalla, María desmontó y permitió que los hombres levantaran un campamento.

Sólo habían dormido tres horas cuando el sol asomó por el horizonte tratando de abrirse paso entre la niebla. No tenían alimentos y su única bebida era el agua del río, más fría que el hielo.

—Seguiremos el río Dee. —Lord Herries señaló la corriente que salía del Ken



Loch formando un tortuoso sendero de cañas y azucenas.

Reanudaron la marcha sin haber descansado del todo pero por lo menos con más fuerzas para seguir adelante. Las orillas del Dee se volvían cada vez más suaves y porosas a medida que se alejaban de las lomas y los escarpados peñascos del indómito territorio y se acercaban al valle del Tarff.

En Tongland, un pequeño puente de madera construido en tiempos de Bruce, les permitió cruzar el punto más estrecho del río. Lo atravesaron al trote y, una vez al otro lado, Herries mandó que se detuvieran.

—¡Destruídlo! —les ordenó a los hombres—. Eso obstaculizará el avance de nuestros perseguidores..., pues sin duda los tenemos.

—¿No podríamos conservar esta antigua reliquia? —preguntó María en tono cansado. ¿Es que había que romper y destrozar todo?

—No —contestó Herries.

George, Willie y Livingston desmontaron y empezaron a golpear el puente con sus espadas.

María se alejó, medio mareada. Oía los golpes y el ruido de la madera astillada pero todo le parecía un sueño. «Debo comer algo», pensó, avergonzándose de que lo necesitara antes que los demás.

Un poco más adelante, en medio de los campos, María vio una casita de labradores construida con piedras secas e iluminada sólo por una minúscula ventana. Una columna de humo salía del agujero abierto en el techo de paja. Se acercó muy despacio a la puerta con paso vacilante y, apoyándose en el marco, preguntó con un hilillo de voz:

—¿Hay alguien aquí dentro? —Percibió el olor del fuego.

Una anciana muy parecida a la que Bothwell había visitado en los páramos aquel lejano día se acercó a la puerta arrastrando los pies y miró fijamente a María, quien le preguntó:

—Perdón... ¿tenéis algo de comida?

—No —contestó la mujer. Su voz sonaba tan cascada que parecía que tuviera la garganta llagada—. No, no tengo nada —añadió, frotándose el vientre.

—¿Nada?

¿Cómo era posible que un súbdito suyo careciera de alimentos? Recordó el aguado caldo de aquellos dos viejos.

—Entrad —la invitó la mujer—. Tenéis muy mala cara.

Le hizo señas a María de que la siguiera y le acercó una banqueta. María se sentó y recorrió con la vista la sencilla y pequeña estancia. La mujer abrió una alacena y empezó a mezclar algo, después lo echó en una olla y lo removió sobre los rescoldos durante un tiempo que a María le pareció una eternidad. Al final, se volvió hacia ella, le entregó una cuchara y un cuenco y vertió el contenido de la olla en él.

—Aquí tenéis —dijo, ofreciéndole una jarra de leche.

Gachas de avena. María echó un poco de leche y tomó una cucharada. La leche estaba agria.

—Es lo único que tengo —aseguró la mujer.

María miró y comprobó que, en efecto, en la alacena sólo había un saquito de harina de avena. Asintió con la cabeza en gesto de gratitud y apuró el contenido del cuenco.

—¿Queréis más? —le preguntó con amabilidad la mujer a pesar de que se quedaría sin comida.

María se sorprendió de su generosidad. Para aquella mujer, ella era sólo una extraña y, por si fuera poco, enferma.

—Habéis sido muy atenta al compartir conmigo vuestra comida —le dijo—. Os estoy muy agradecida.

Justo en aquel momento Herries se acercó y entró en la casita.

—¡Majestad! —exclamó—. ¿Por qué no nos habéis dicho...?

Se detuvo al ver que la mujer lo miraba horrorizada.

—Sí —le dijo María a la mujer—, soy la Reina.

La mujer murmuró unas palabras entre dientes y estuvo a punto de santiguarse.

—Cuento con la protección de estos buenos servidores míos —explicó María—, pero jamás tendré mejores servidores que las personas corrientes que viven en mi país, como vos. Hoy me habéis prestado un gran servicio, mucho más grande de lo que os imagináis. ¿Qué recompensa queréis? Decídmelo y la tendréis.

—No quiero ninguna recompensa —repuso la mujer.

—Pues por eso precisamente la tendréis —insistió María—. Decídmelo, os lo ruego. Daos prisa, pues no debo permanecer mucho tiempo aquí.

—Pues... me... ¡me gustaría ser la dueña de esta casita y de la tierra que la rodea! —contestó la mujer—. Nuestra familia lleva muchas generaciones cultivándola.

—Mi buen lord Herries, vos sois el señor de aquí. ¿Le concedéis esta tierra?

—¡Por supuesto que sí! —contestó Herries—. De todo corazón se la cedo.

Al reunirse con su grupo junto al puente destruido, un repentino y extraño deseo asaltó a María.

—Dadme vuestra daga —le ordenó a George.

Mirándola perplejo, el joven se la entregó.

María se soltó el cabello, que se derramó sobre sus hombros. Era tan largo que le llegaba casi hasta la cintura.

—Os ruego que me lo cortéis —dijo, devolviéndole la daga a George—. Yo sola no puedo.

—¡No, Majestad, no lo hagáis! —imploró Willie.

—Quiero hacerlo —replicó María—. Obedecedme.

—Pero... ¿por qué?

La voz de George temblaba de dolor.

—Nos persiguen. Ahora sé que puedo esconderme entre el pueblo, pero no mientras mi aspecto sea el de la Reina. No es posible disimular mi estatura, pero el cabello...

—¡Vuestro cabello es muy hermoso! ¡No debéis destruirlo! —insistió George.

—¿Por qué es más valioso este cabello que el puente? El puente no crecerá de nuevo. Os lo ordeno... ¡cortadlo!

George obedeció con tristeza y cortó la espesa y ondulada cabellera que constituía uno de los mejores atributos de su belleza. Después tomó los mechones cortados, los depositó debajo de las tablas y la madera rota del puente y los cubrió con cuidado. Resignada, María montó de nuevo en su caballo.

«Contemplad nuestras ofrendas. Contemplad el sacrificio de nuestros más preciados bienes.»

—Iremos a mi casa de Terregles —dijo Herries—, pero me temo que tendremos que dar un rodeo para evitar las fortalezas de Douglas y Threave, que pertenecen a Morton.

—No importa —respondió María con toda sinceridad.

Sin mirar atrás, giró en dirección al este.

Aquella noche durmieron en los campos y por la mañana reanudaron su camino. Sin embargo, al ver que despertaban demasiada curiosidad entre los campesinos y los aldeanos de aquella tranquila región, decidieron descansar de día y viajar sólo de noche.

Terregles House, cerca de Dumfries, resultó ser un lugar muy acogedor donde por fin entraron y comieron. Herries se enteró de que la campiña estaba en efecto infestada de perseguidores y recibió la información secreta de que el arzobispo de Saint Andrews y otros supervivientes de las fuerzas reales se habían dirigido a la abadía de Dundrennan, más hacia el sur, en el estuario del Solvay.

—Allí estaremos a salvo —aseveró Herries—. Mi hijo es comendador de la abadía. Descansaremos allí y después nos reuniremos con los demás.

—Sí —convino María—. Sea cual fuere la noticia que ellos nos traigan, deberé resistirla.

Se acercaron a Dundrennan la mañana del 15 de mayo, el día del primer aniversario de la boda de María con Bothwell. El antiguo monasterio cisterciense, a diferencia de sus abadías hermanas de las Fronteras orientales, estaba intacto. Ningún ejército inglés había pasado por allí y tanto los claustros con sus galerías de arcos como el hermoso templo descansaban indemnes en el verde y lozano valle.

María se sentía a salvo refugiada en el pasado. No obstante, a diferencia del convento de su tía Renata donde había buscado refugio en otro momento de peligro, éste no era más que una reliquia religiosa. Ya no había monjes: el monasterio había sido secularizado y había pasado a manos de lord Herries. En el momento de otorgárselo a éste, los lores le habían ordenado que derribara los claustros y la iglesia pero, por motivos personales, se había negado a hacerlo. Cualesquiera que hubieran sido sus razones, María se lo agradeció.

Los recibió Edward, hijo de lord Herries, y de inmediato les sirvieron una sustanciosa cena. Los fugitivos comieron aprisa sin dejar un solo bocado. El sencillo estofado de cordero y el budín de pan les supieron a gloria.

Más tarde los demás, que los buscaban, se reunieron con ellos. Lord Claud Hamilton les comunicó la triste nueva: en la emboscada de las calles de Langside habían muerto más de cien hombres, sobre todo del clan de los Hamilton. Más de trescientos soldados de la Reina habían sido hechos prisioneros, entre ellos lord Seton que, además, había resultado gravemente herido.

¡George Seton! María no acertaba a creer que el valiente Seton hubiera caído en manos del enemigo.

—Mi suerte siempre se ha escrito con sangre —dijo al cabo.

Allí había acudido el señor de Lochinvar a quien ella se vio obligada a pedir una vez más ropa prestada. Lord Boyd, que había escapado de la carnicería, había logrado llegar a Dundrennan al igual que lord Fleming, tras haber dejado a su segundo comandante al cuidado del castillo de Dumbarton. María abrazó a Fleming llorando. Fue una triste reunión de exiliados y espíritus quebrantados.

—Esta tarde celebraremos un consejo —anunció María—, en la antigua sala capitular. Deberán asistir todos y no sólo los lores.

La luz que penetraba oblicuamente a través de las ventanas con sus delicadas molduras adornadas con hojas y flores de lis, iluminaba una estancia de incomparable belleza. En aquella sala capitular los monjes se reunían a diario para leer una parte de su regla, y el asiento del abad se encontraba justo bajo la ventana central, mientras que los monjes ocupaban asientos labrados en la pared. Ahora, sentados en ellos se encontraban unos veinticinco seguidores de María, y ella ocupaba el asiento del abad.

«Henos aquí reunidos —pensó—, los últimos vestigios de mi poder y mi rango... empujados hasta las playas de Escocia y vestidos de andrajos.»

Sin embargo, jamás se había sentido más orgullosa ni más amada que en compañía de aquel pequeño grupo de fieles seguidores.

—Mi amado pueblo —dijo—, me duele lo ocurrido en Langside, lamento la muerte de quienes han caído y agradezco a Dios que, en su misericordia, os haya conservado

la vida y os haya traído aquí. Pero ahora debo consultaros. ¿Qué tenemos que hacer ahora? ¿Qué me aconsejáis? Hablad con toda franqueza.

Lord Herries fue el primero en levantarse.

—Mi amadísima Soberana, esta batalla no ha sido decisiva. Debéis esperar el momento oportuno y hacer acopio de fuerza para luchar de nuevo. Yo os prometo que aquí en este distrito os hallaréis a salvo bajo mi protección por lo menos durante cuarenta días más. Esto nos permitirá reagruparnos y añadir a nuestras fuerzas las de los Gordon.

A continuación, se levantó lord Claud Hamilton.

—Sólo deseo añadir que vos deberíais retiraros a una fortaleza más sólida que fuera capaz de resistir un asedio. Por lo demás, estoy de acuerdo con lord Herries.

María advirtió que todos los ojos de los presentes estaban clavados en ella y, más concretamente, en su corto cabello. Se pasó la mano por la cabeza y le molestó la sensación de aspereza. Debía de estar muy fea. Ni siquiera se había mirado al espejo.

—¿Cómo puedo permanecer en esta campaña sin saber quién me es leal? —preguntó.

Lord Livingston se levantó.

—Majestad, sería mejor que os fuerais a Francia. Allí recuperaríais las fuerzas en paz. Fin Francia disponéis de propiedades y de los ingresos propios de una reina viuda, tenéis parientes y seguís siendo la cuñada del Rey que siempre os ha apreciado.

—¡Jamás! —gritó Marta—. ¡No regresaré al país del que fui Reina convertida en una fugitiva sin tierras! ¡La vergüenza sería demasiado grande!

—Pero, Majestad —terció George—, vos apreciáis la campaña, la lengua y las gentes de Francia. Allí recobraríais enseguida los ánimos y...

—¡No digáis más! ¡No quiero ni oíros!

Los presentes la miraron con sincera consternación. Francia había sido una constante en todos los planes, una salvaguardia definitiva y un refugio que se daba por sentado. Algunos de ellos ya habían tomado medidas para trasladarse allí con la Reina por si acaso.

—Pues entonces..., ¿qué nos queda? —preguntó George en voz baja—. No queréis quedaros pero tampoco os queréis marchar. Sin embargo, algo habréis de hacer.

—Me iré a Inglaterra —dijo María—. Ésta es la respuesta.

—¡No, Majestad! —exclamó Herries, levantando la voz—. ¡No, de ninguna manera! ¿Cómo se os ha ocurrido pensarlo?

—Me sorprende que a ninguno de vosotros se le haya ocurrido. Es tan evidente... Inglaterra es el único país que me ha apoyado durante mi encierro. Isabel amenazó a los lores, y yo creo que fue sólo esto lo que me salvó la vida. Se ha negado a reconocer el gobierno del regente y a llamar rey a Jacobo. Es una pariente carnal y está unida a mí por los lazos del honor.

—¡Inglaterra no es un lugar seguro! —repuso Livingston—. ¿Habéis olvidado que Jacobo I estuvo prisionero allí durante veinticinco años? ¿Habéis olvidado que vuestro propio padre no consideraba seguro ir allí? ¡No hay que fiarse de los ingleses!

—Isabel no es Eduardo I ni Enrique VIII. Es una mujer como yo que también sufrió una vez un injusto encierro. Ha demostrado ser mi amiga en momentos de adversidad. Debo confiar en mi profunda convicción, que me asegura que éste es el camino que he de seguir.

—¡Con el debido respeto, Majestad, vos pronunciasteis en cierta ocasión estas mismas palabras a propósito de vuestra decisión de casaros con lord Darnley! ¡Obras son amores y no buenas razones! —soltó lord Fleming.

—Me conmueve vuestra inquietud, pero la decisión me corresponde a mí en última instancia.

—¡En tal caso nos veremos obligados a pedirnos que firméis un documento que nos exima de cualquier responsabilidad en esta decisión y en el que se declare que nosotros os aconsejamos lo contrario! —gritó George.

—Por supuesto que sí, si éste es vuestro deseo —contestó María, sorprendida—. Hay otra cosa que tal vez resulte difícil de explicar —añadió—. Inglaterra y Escocia... Lo cierto es que un día ambos países estarán unidos bajo el gobierno de mi hijo Jacobo. Yo lo sé e Isabel también. Nuestros países ya no son tan distintos como antes se creía.

María contemplaba la puesta de sol sobre las aguas del estuario del Solvay, que separaba Escocia de Inglaterra en una ancha cuña que se estrechaba de manera progresiva hasta que al fin ambos países se juntaban a unas cuarenta millas al este, cerca del lugar donde el ejército de su padre había sufrido la desmoralizadora derrota de Solvay Moss. «Dicen que esto fue lo que lo mató —pensó María—. Bueno, yo no cruzaré por allí. Navegaré por el río. Llegar por el agua siempre me ha traído suerte.»

Le pareció divisar tierra al otro lado.

—¿Eso es Inglaterra? —le preguntó a lord Herries, de pie a su lado en el altozano que se elevaba sobre el río.

—No. Hoy no se alcanza a ver. El día debe estar muy despejado para que se vea. Nos separan de ella unas veinte millas de agua. Creo que lo que veis por allí son unas nubes de color morado.

—Ah. —María se mostró decepcionada—. Mi estimado lord Herries, ¿tendréis la bondad de escribir la necesaria carta a quien corresponda? ¿Qué funcionario o lord ejerce el mando en esta región?

—Lowther es el gobernador auxiliar de Carlisle; es a él a quien he de escribir entonces. —Herries hablaba con voz apesadumbrada—. El duque de Norfolk es el par

más destacado de esta región septentrional pero hay otros de inferior rango como los condes de Northumberland y Westmoreland, que apoyan a los católicos y sin duda os acogerán con agrado.

—Os veo muy triste —le dijo María—. Os ruego que no lo estéis. He recibido una inspiración y sé que lo que hago es lo más acertado.

El sol ya se había ocultado, y el agua se había teñido de un intenso color granate. A su lado, la veloz corriente del arroyo de la abadía bajaba brincando hacia el estuario.

—A veces los malos espíritus nos engañan —respondió Herries—. Satanás es capaz de adoptar una forma placentera y parecer un ángel de luz. Quiero decir que tiene el poder de hacernos creer que nuestros impulsos obedecen a una inspiración divina y no demoníaca.

—Voy en son de paz —contestó María—. No pensaréis que es la paz lo que el demonio desea.

Herries sacudió la cabeza.

—No me precio de saber tantas cosas sobre el demonio como ciertas personas, pero creo que éste anda suelto entre nosotros y se mueve mucho más de lo que pensamos.

—Os ruego que escribáis la carta antes de que llegue la mañana —dijo María con firmeza.

Después de las discusiones y de las súplicas de los suyos, María se había quedado por fin sola y paseaba por la desierta iglesia de la abadía. Se había salido con la suya y ellos se habían retirado obedientes a descansar y la habían dejado tranquila. Las grandes columnas de piedra de la silenciosa nave del templo parecían árboles artificiales, y los elevados arcos se perdían en la oscuridad de arriba. Se aspiraba un húmedo y mohoso olor semejante al del musgo. La abadía, como todos los antiguos edificios religiosos que todavía se conservaban en Escocia, se encontraba en muy mal estado. Algunas partes de los muros se habían desprendido, y había muchas filtraciones. Lo adivinó por las manchas y el dulzón olor de la piedra mojada.

La luz de la media luna permitía distinguir los borrosos perfiles del altar, las hornacinas, el cancel de madera labrada que antaño separaba la parte de la iglesia reservada a los monjes de la de los hermanos legos. Eran cistercienses, los del hábito blanco. A María casi le pareció ver sus espectrales formas deslizarse entre los pasillos y las columnas. Unas sombras conjuradas desde algún reino imaginario, procedente de una época anterior a todas aquellas guerras y aquellos odios religiosos.

«Oh, mis buenos monjes...» Deseaba extender las manos y tocarlos, pero sabía que se habrían desvanecido. No eran reales, y ella lo sabía.

«Mis cansados y alterados sentidos me hacen ver formas bajo la luz de la luna. Si

de veras tuviera el don de la clarividencia, vería algo más que esto, sería capaz de predecir un futuro que ahora está envuelto en los velos de la oscuridad.»

Salió por la puerta sur y entró en el claustro de piedra por donde paseaban los monjes cuando hacía mal tiempo. La luna iluminaba la hierba del patio central con sus rayos de plata. Cada arco proyectaba negras sombras sobre el plateado patio, creando un motivo tan definido como el del mosaico en blanco y negro del suelo del castillo de Chenonceau.

Chenonceau... ¡Cuántas apariciones la asaltaban aquella noche!

A través de los arcos alcanzaba a ver el cementerio de los monjes más allá de la iglesia, con sus sencillas lápidas tan enhiestas como los misteriosos círculos de piedra del norte de Escocia y de Bretaña, aquellos círculos en los que se creía que unos pueblos ya extinguidos habían practicado ritos mágicos.

Unas veloces nubes ocultaron de modo fugaz la luna antes de alejarse. Galeones espectrales. Recordó que Bothwell solía llamarlas «galeones espectrales». Decía que eran los espíritus de los marineros condenados a vagar eternamente por los cielos, empujados sin cesar por el viento.

Bothwell, siempre marinero, primero y por encima de todo un hombre de mar.

«No puedo contemplar el agua sin acordarme de vos —pensó—. Quizás es por eso por lo que quiero trasladarme a Inglaterra por el agua... como si fuerais un dios acuático con la facultad de favorecerme. Oh, esposo mío, ¿dónde estáis ahora? Esta noche se cumple un año de nuestra noche de bodas.»

Bajo la luz de la luna vio la liviana blancura del huerto de árboles frutales de la abadía. Las hileras de árboles parecían esbeltas doncellas vestidas de encaje a punto de iniciar una danza. De ellos emanaba un delicado y distante perfume, un suave y juvenil aroma lleno de dulces y embriagadoras promesas. Los difuntos monjes se adormecían bajo sus efectos.

«¿Dónde estáis? —se preguntó con agudo dolor—. ¿Podéis con templar esta noche la luna que yo estoy contemplando? ¿Conviene que vaya a Inglaterra? Vos sois el único cuya opinión desearía conocer. Sois el único capaz de impedírmelo. Si es cierto que las almas pueden hablarse a través de la tierra y el mar, habladme esta noche y decidme qué desearíais que yo hiciera. Habladme en sueños o en mis pensamientos y yo obedeceré. Hablad, mi amado esposo.»

Mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir la carta.

Dundrennan, 15 de mayo de 1568

A la alta y poderosa princesa Isabel

Sé que no ignoráis, mi amadísima hermana, buena parte de mis desventuras, pero las que me inducen a escribir ahora son demasiado recientes como para que hayan llegado a vuestros oídos. Por consiguiente, debo informaros con la mayor brevedad posible de que algunos de mis súbditos en quienes yo confiaba y a



los que había elevado a las más altas cumbres del honor han tomado las armas contra mí y me han tratado con la mayor indignidad. Por medios inesperados, el Todopoderoso me libró del cruel encierro en que me encontraba.

Pero desde entonces he perdido una batalla en la que casi todos quienes se mantenían leales a mí cayeron ante mis ojos. Ahora me veo obligada a abandonar mi reino, y mi situación es tan apurada que, después de Dios, sólo tengo fe en vuestra bondad. Os suplico, por lo tanto, mi amadísima hermana, que me permitáis comparecer ante vuestra presencia para informaros de todos mis asuntos.

Entretanto, ruego a Dios que os conceda todas las bendiciones celestiales y a mí que me otorgue la paciencia y el consuelo que suplico y espero obtener de vos.

Para recordaros las razones por las que confío en Inglaterra, devuelvo a su reina esta prenda, la joya de su prometida amistad y ayuda.

Vuestra amante hermana,

M. R.

Después se quitó lentamente la sortija de brillantes de la amistad. Ya era hora de que la enviara. Había llegado el momento de que la sortija cumpliera su promesa.

Amanecía cuando María selló por fin la carta. No había recibido mensaje alguno ni inspiración mientras dormía. Bothwell no la había visitado. Sus sueños no habían sido importantes, y a duras penas los recordaba. Había rezado por su decisión, pero al final había comprendido que debía seguir adelante. Inglaterra y Escocia estaban destinadas a unirse bajo el reinado de su hijo Jacobo, y aquella situación ayudaría a consolidarlo y serviría para borrar los recelos y temores de Isabel a propósito de sus intenciones. Cuando Isabel la recibiera, su gesto equivaldría al reconocimiento de aquél como sucesor suyo.

«Podré descansar tranquilamente en Inglaterra y recibir allí con toda comodidad a mi gente. Al trasladarme a Inglaterra le demostraré a Isabel que no tengo la menor intención de traer extranjeros como los franceses a nuestro territorio, pues he elegido Inglaterra por encima de ellos.»

La carta se enviaría junto con la que se había escrito a Lowther. Ambas tardarían varios días en llegar a su destino y nadie sabía cuánto tiempo después recibirían la respuesta. De pie en el pequeño muelle del arroyo de la abadía desde donde los antiguos monjes comerciaban con Inglaterra e Irlanda, María contempló la embarcación que se adentraba en el agua. Alrededor de ella el ganado poblaba los pastizales y los pájaros cantaban.

De repente, experimentó el deseo de no esperar. Le sobrevino de una manera tan intensa e inesperada que tuvo la sensación de que un mensaje sobrenatural se había apoderado súbitamente de ella.

«Ve ahora —le decía—. No esperes la respuesta. La espera es peligrosa. La

sorpresa es el mejor elemento. Si ya estás allí, tendrán que concederte el permiso. A fin de cuentas, ¿has pensado en lo que harías si te lo negaran? Has de imponer tu voluntad. Tú decides adónde quieres ir, y que sean ellos quienes se adapten a tu decisión. El instinto jamás te ha fallado. Y el instinto te dice que vayas. Ve ahora.»

—¿Cuándo subirá de nuevo la marea? —le preguntó con serenidad a Herries.

Los barcos sólo podían zarpar durante la pleamar, pues la marea baja dejaba al descubierto unos largos bajíos.

—A las tres —contestó él.

—Buscad un barco —dijo María—. Quiero cruzar el río esta tarde.

Herries la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡No!

—Se me ha ocurrido que es lo más acertado. Lo sé. Obedecedme, pues así tiene que ser.

Caminaron siguiendo el curso del arroyo de la abadía a través de una arboleda de fresnos y alisos de casi dos millas de longitud hasta donde éste vertía sus aguas en el Solvay. Todos guardaban silencio como si se hallasen en un entierro. Sólo María se sentía animada y tranquila.

Casi veinte personas habían insistido en acompañarla para protegerla y compartir su destino: George y Willie, por supuesto, pero también lord Livingston, lord Fleming, lord Claud Hamilton, lord Boyd y lord Herries con sus servidores.

Lord Herries había conseguido una embarcación de pesca normal que también se empleaba para el transporte de carbón y cal a través del Solvay, y ésta ya estaba aparejada en el muelle. Era una vetusta y manchada barca, muy deteriorada por la intemperie. María la miró sin hacer ningún comentario y después se volvió para contemplar una vez más la silueta de la abadía recortada contra el cielo más allá de los campos. A continuación, sin prolongar su mirada de despedida de Escocia, subió a la embarcación.

—¡Venid! —dijo, haciendo señas a sus acompañantes.

Todos subieron en silencio. El bote iba tan cargado que buena parte del casco se hundió por debajo de la línea de flotación.

Quienes permanecieron en tierra miraban desde el embarcadero con expresión desamparada. De repente, el arzobispo de Saint Andrews bajó al agua y asió el costado de la embarcación.

—¡No os vayáis! —suplicó con vehemencia—. ¡Os lo ruego, mi estimada Señora! ¡Os lo imploro! ¡Es una locura! ¡Os espera el infortunio!

María soltó una nerviosa carcajada y le hizo una señal al barquero de que soltara las amarras.

—¡Os estropearéis la ropa! —le advirtió al arzobispo.

La embarcación zarpó empujada por la corriente de la confluencia del arroyo con el río. El arzobispo intentó impedir que la barca se alejara, pero la corriente era más fuerte y tiraba de él.

—¡Deteneos! ¡Deteneos antes de que sea demasiado tarde!

El arzobispo tenía los nudillos blancos de agarrarse a los costados de la embarcación.

—Quedad con Dios, mi apreciado arzobispo —le dijo María—. Muy pronto regresaré a Escocia, y mi prima me restaurará en el trono. Nos veremos dentro de unos meses. ¡Y ahora, os lo ruego, no estropeéis vuestros ropajes!

El agua ya le llegaba al arzobispo a la altura del pecho.

—¡No me importan los ropajes! —gritó el clérigo, pero la embarcación se le escapó de las manos y se alejó con rumbo al mar. El arzobispo, que no sabía nadar, se quedó en medio de la fría corriente contemplándola hasta que se perdió de vista estuario adentro.

El mar, que en aquella zona solía ser peligroso, aquel día ofrecía un aspecto sereno y tentador. Las suaves brisas, en combinación con la marea, los escoltaron en su camino hacia Inglaterra. Todos los presagios eran favorables. María se volvió para contemplar de nuevo la cada vez más lejana orilla de Escocia.

—¡Vayamos alegres a Inglaterra! —exclamó, levantando la voz más de lo necesario.

La travesía duró cuatro horas. A las siete de aquella tarde llegaron al puerto de la pequeña aldea de pescadores de Workington. Cuando vararon la embarcación, María notó que las piedras de la playa eran muy extrañas: todas presentaban forma de huevo, tamaños muy variados y mil colores distintos, azul claro, crema, pardo rosáceo... Las examinó como si constituyeran una prueba de que Inglaterra era en efecto muy distinta de Escocia. Al bajar de la barca tropezó y cayó de bruces sobre las piedras, de modo que las vio muy de cerca. Tomó un puñado.

—Eso no es un presagio de que se vendrá abajo —señaló Herries en voz alta—, sino de que tomará posesión de Inglaterra.

Se produjo un embarazoso silencio. Los pescadores empezaban a congregarse en torno a ellos con curiosidad.

—¡No, no es cierto! —replicó María—. No vengo a tomar posesión de Inglaterra sino a que me devuelvan lo que en justicia me pertenece en Escocia.

¿Por qué había dicho Herries semejante disparate? ¿Y si alguien se lo transmitía a Isabel?

Cada vez había más gente en la playa. Era un domingo por la tarde y, después de una jornada de asueto, los habitantes de la aldea disfrutaban de una de las primeras noches templadas de primavera. Debían identificarse de inmediato.

—¿Dónde vive sir Henry Curwen, señor de esta ciudad? —preguntó Herries—. Traigo de Escocia a una heredera que esperamos casar con su hijo. Os ruego, buenas gentes, que me indiquéis su casa.

Los pescadores discutieron por un momento entre sí.

—Vive en Workington Hall, al este de la ciudad. Venid, os lo enseñaremos.

Entretanto, María miraba alrededor en la esperanza de ver algo insólito que confirmara de manera simbólica el acierto de su decisión. Pero aquello no era más que una pequeña aldea de pescadores con un embarcadero vulgar y corriente. El anochecer de primavera era un anochecer normal. Todos los presagios, las advertencias y las súplicas le parecieron en aquel momento terriblemente inútiles.

«Inglaterra. He llegado a Inglaterra. Este es suelo inglés. Debería sentir lo mismo que César cuando cruzó el Rubicón. Pero la verdad es que no siento nada en absoluto.»

Sir Henry Curwen, viejo amigo de Herries, se encontraba en Londres, pero su familia acogió con amabilidad a los refugiados. Una vez a salvo en el interior de la casa, María reveló su identidad y se alegró al ver que la familia, que era católica, la contemplaba casi temblando de admiración. Todos le dispensaron un cordial recibimiento, revolotearon en torno a ella, le ofrecieron de comer y la miraron fijamente, asombrados. María le preguntó a Herries si podía regalarles algo como prenda de gratitud. Herries sólo tenía una copa de ágata que se había llevado de Dundrennan, pero ellos la recibieron como si fuera una sagrada reliquia.

María no estaba preparada para semejante idolatría. La trataban como a una diosa. De todas las sorpresas que se había llevado en el transcurso de las últimas semanas, aquélla era la más inesperada. Aun así, la reconfortó y le hizo sentir que todo marcharía bien.

El paso de ramera a diosa le producía vértigo.

Aquella noche pidió papel y pluma. La impresionada lady Curwen le llevó el mejor papel de color crema que tenían y, además, insistió en regalarle un libro encuadernado en cuero con las páginas en blanco.

—Para que, cuando lo uséis, os acordéis de nosotros. Mi primo, que es un devoto hijo de la Iglesia, de nuestra Iglesia, curtió y repujó en persona el cuero.

—Os lo agradezco.

—¡Es un placer y un honor para nosotros! Si supierais... ¡Oh, si estuviera aquí sir Henry! ¡Somos vuestros más rendidos admiradores!

La dama se retiró de espaldas moviendo la cabeza arriba y abajo emocionada.

María ya casi había olvidado lo que suponía ser objeto de una admiración sin

reservas. Sin embargo, ésta le parecía tan ajena a su verdadera personalidad como las maldiciones. Ambas cosas se dirigían a un símbolo, y la persona que encerraba el símbolo caminaba, respiraba y dormía como si llevase una armadura.

Ahora debían informar oficialmente a Isabel de su llegada. Extendió con gratitud el excelente papel. «Ya basta de pañuelos y carbón», se dijo.

Empezó a escribir muy despacio. Se lo explicaría todo a Isabel. Se remontó al asesinato de Rizzio y la carta fue alargándose. Tenía la sensación de encontrarse en presencia de Isabel y de que ésta escuchaba sus palabras por efecto de una especie de mágica afinidad.

LIBRO TERCERO

# La Reina en el exilio

(1568-1587)

# I

Sentada delante de una ventana abierta, en Greenwich, Isabel intentaba hacer dos cosas a la vez. Sus consejeros aseguraban que era capaz de hacer cuatro: escuchar a una persona, escribir una carta, forjar planes y hablar ella a su vez. Ella alimentaba esta creencia para impresionarlos; eran como los chiquillos que creían de verdad que sus madres tenían «ojos en la parte posterior de la cabeza» y los veían cuando robaban azúcar. Pero aquel día le costaba hacer simplemente dos cosas: contemplar desde la ventana los barcos anclados en el Támesis y escribir una carta a su extraordinaria prima la reina de Escocia. Una suave brisa penetraba en la estancia y el olor del agua resultaba muy tentador. Sólo una reina optaría por quedarse en casa en un día tan espléndido como aquél. Todas las personas corrientes habrían salido a saborear el suave calor de mayo y aspirar el olor de la tierra recién removida. Bueno, cuando terminara aquella carta... ordenaría que le llevaran la barcaza y saldría a dar un paseo por el río con Robert. Sumergirían las manos en el agua y cantarían. Las canciones siempre sonaban mejor al aire libre..., incluso las letras más tontas parecían más dulces y originales.

Exhaló un suspiro y se concentró en la carta.

¡La Reina de Escocia se había escapado de Lochleven! Al parecer se trataba de otra de sus audaces empresas. No podía por menos de admirarla. Era valiente y esforzada y siempre encontraba simpatizantes, incluso entre sus carceleros. Qué curioso. Convertía a sus consejeros en enemigos y a sus carceleros en amigos. Pero ¿qué significaba el hecho de que María se encontrara en libertad? ¿Lograría derrocar al regente? ¿Anularía la unción de su hijo? Gracias a Dios que, con sus habituales prácticas dilatorias, ella había «olvidado» reconocer al nuevo rey, lo que le permitía tomarse la libertad de esperar a ver qué ocurría.

«Todos me hacen reproches, Cecil, Robert y Norfolk —pensó—. Me reprochan mi cautela y mi dilación. Pero la mayor parte de las veces esto me da tan buen resultado como la acción.»

Abajo, el viento hinchaba las velas de los barcos. Ya era hora de poner manos a la obra. Extendió el papel y empezó a escribir.

Señora,

Acabo de recibir vuestra carta de Lochleven pero, antes de su llegada, me enteré de vuestra liberación y de vuestra oportuna fuga. Debemos agradecer a Dios que en su clemencia se haya dignado escuchar vuestras oraciones. Me alegro de que hayáis recuperado la libertad y de que los súbditos que quieren atar a sus verdaderos príncipes comprendan, por medio de este ejemplo, que los cielos no lo contemplan con benevolencia. Lástima que vuestro amor por alguien que era un indigno rufián os hiciera olvidar vuestra posición y vuestro honor y ocasionara la pérdida de muchos de vuestros amigos.

Yo, como pariente y fraterna reina, haré cuanto esté en mi mano para ayudaros a recuperar el trono

pero sólo si os colocáis en mis manos y no mantenéis tratos con los franceses con el propósito de servirlos de ellos en suelo escocés. No se os ocurra jugar con ellos en secreto sin mi conocimiento: es posible que aquéllos con un arco de dos cuerdas disparen más fuerte pero raras veces dan en el blanco.

Vuestra fiel prima y hermana,

Isabel R.

Ya estaba. ¿Quedaba bastante clara la advertencia? Los franceses no debían poner los pies —o las botas de cuero repujado que tanto les gustaban— en Escocia. Pero los lores no se apartarían con docilidad. En Escocia estallaría otra guerra civil.

Se estremeció. Guerra civil en Escocia. Guerra civil en Francia. Y ahora estaba a punto de estallar la guerra civil en los Países Bajos, donde los holandeses se habían levantado contra España.

«Evitaré que estalle una contienda de esa clase aquí en Inglaterra, cueste lo que cueste —pensó—. Fingiré, prometeré, prevaricaré, amenazaré, llegaré a compromisos y sacrificaré. Aquí no tiene que haber una guerra civil. Si la posteridad no me otorga otro mérito, me conformaré con que se diga “hubo paz en el país bajo su reinado”.»

Ya podía salir a tomar un poco el aire. Siempre sentía una extraña incomodidad cuando trataba con la reina de Escocia, como si algo de ella le hubiera pasado inadvertido. Ya había terminado la desagradable tarea..., por el momento.

Justo cuando estaba a punto de levantarse para dirigirse a la puerta, alguien llamó con insistencia. Era un mensajero con dos cartas escritas por la misma mano. El hombre se las entregó como pidiendo disculpas.

Isabel las tomó. Una era gruesa y la otra delgada. Abrió primero la gruesa. De su interior cayó una sortija con un diamante en forma de corazón sostenido por una mano. Estaba hecha para encajar con otra. ¿Qué significaría aquello?

La carta era de la reina de Escocia. La había escrito en Dundrennan. Isabel se sentó de nuevo y la leyó con cuidado. Respiró a fondo para tranquilizarse.

¡María le pedía permiso para refugiarse en Inglaterra! Se había enfrentado en batalla con las fuerzas del regente cerca de Glasgow y había sufrido una aplastante derrota. Ahora huía y le pedía refugio a su hermana la Reina, confiando en aquella sortija.

Isabel dio varias vueltas al anillo y lo examinó. Ni siquiera recordaba habérselo enviado. Si lo había hecho, se habría tratado de una cosa simbólica que no había que tomarse en serio, como los retratos, las miniaturas y los objetos por el estilo que los representantes de la realeza solían intercambiarse. No era posible..., no era posible que María se lo hubiera tomado en serio. Nadie podía ser tan ingenuo. La reina de Escocia pretendía gastarle una broma.

¡No debía trasladarse a Inglaterra! ¡Resultaba impensable! Pero... su marcha a Francia sería peor para Inglaterra. Incitaría a sus parientes franceses a que armaran alboroto en Escocia. España... no, eso era imposible. ¡Oh, Dios mío! Mejor tenerla...



¿dónde?

Abrió la segunda carta y, mientras sus ojos la recorrían, sintió que la sangre huía de su rostro hasta dejárselo frío como el hielo.

¡María ya estaba allí! Aquella mujer... ni siquiera había esperado su respuesta, sino que había seguido adelante con su propósito, actuando con sus habituales maneras autoritarias. «¡Sin pensar en mí ni en la situación en que me coloca! —pensó enfurecida—. ¿Cómo se atreve?» Como lamentaba sentir sólo cólera y ninguna conmiseración, se esforzó por leer de nuevo la carta, esta vez más despacio.

... Al verlo mi gente, indignada por la extremada maldad de mis enemigos, se enfrentó con ellos sin orden de tal manera que, a pesar de doblar su número, su situación de desventaja era tan grande que Dios permitió su derrota y varios murieron y fueron hechos prisioneros. Al momento se interrumpió la persecución para apresarme en mi camino a Dumbarton; apostaron hombres en todas direcciones para matarme o hacerme prisionera.

Pero Dios en su infinita bondad me ha salvado y yo escapé a la casa de milord Herries que, junto con otros caballeros, me ha acompañado a vuestro país. Estoy segura de que, al enteraros de la crueldad de mis enemigos y de lo mal que éstos me han tratado, no sólo me acogeréis para salvarme la vida según vuestra amable disposición y la confianza que tengo depositada en vos, sino que me ayudaréis en mi justa lucha, a la que pediré a otros príncipes que se unan.

Os ruego que me llaméis a vuestra presencia cuanto antes pues me encuentro en una lamentable situación no ya para una reina sino para cualquier mujer corriente. No poseo en este mundo más que lo que llevaba encima en el momento de la fuga, en la que recorrí sesenta millas el primer día y no me atreví a viajar después más que de noche, tal como espero contaros, si os dignáis compadeceros de mi gran desgracia, de la que me abstendré de quejarme para no importunaros. Pido a Dios que os conceda salud y larga vida y a mí la paciencia y el consuelo que confío en recibir de vos, a quien presento mis humildes súplicas.

Vuestra fidelísima y amante hermana y prima y prisionera fugada,

María R.

¿Dónde estaba ahora? Isabel observó que la carta había sido escrita en Workington, ciudad costera cercana a Carlisle. María debía de haber viajado en barco. De repente, se lo imaginó: una reina desgredada, un precipitado consejo sin saber adónde dirigirse. Como una persona que huyera desnuda por un edificio en llamas y saliera a la nieve para morir en ella de frío. Debía de haber perdido el juicio. O, al final, le habían fallado el valor y el ingenio. Todo el mundo tenía un límite..., como bien sabían los inventores del potro de tormento y la doncella de hierro. María llevaba tanto tiempo viviendo en una pesadilla que, al final, ésta le había hecho perder la razón.

«Debo mandar llamarla —pensó Isabel—. Sí, debo hacerlo. La caridad me lo exige. No debo aumentar su tormento. Pero, como es natural, primero tendré que anunciar esta extraordinaria noticia al Consejo Real. Deben ser informados.»

A los miembros del Consejo no les hizo la menor gracia que los convocasen a una reunión en un día de mayo tan espléndido. De vez en cuando una abeja entraba

zumbando por la ventana, revoloteaba confusa y salía tras golpearse contra el cristal. Los consejeros envidiaron a las abejas. Ellos tenían que permanecer allí sentados con sus complicados atuendos todo el rato que su soberana y señora les exigiera. Y aquel día la Reina parecía muy alterada.

—Mis apreciados consejeros —dijo Isabel, mirando en especial a Cecil—, acaba de producirse un hecho de extrema importancia en nuestra frontera septentrional. Sí, no os lo voy a ocultar: la reina de Escocia ha huido a Inglaterra. —Hizo una pausa para asegurarse de que todos lo hubieran comprendido—. En estos momentos se encuentra en Carlisle adonde la ha conducido bajo custodia el gobernador auxiliar sir Richard Lowther. Se encomienda a nuestra clemencia y desea venir a vernos.

Los hombres se miraron unos a otros como si quien se sentaba a su lado contase con alguna información especial al respecto. Sólo Cecil, principal asesor y consejero de Isabel desde el principio, miraba al frente con el rostro impassible.

—Espera una respuesta. ¿Le digo que venga? —preguntó Isabel.

—¿Por qué razón desea venir? —preguntó Robert Dudley.

—Para explicármelo todo, asegura, y para convencerme de la justicia de su causa y de que la ayude a recuperar el trono.

—¿Y qué pensáis al respecto? —inquirió Cecil, acariciándose la barba.

—Pues que debería pedirle que viniera —contestó Isabel—. La pobrecilla está desamparada.

—Ah —dijo Cecil.

Isabel miró al duque de Norfolk.

—¿Y qué opináis vos como primer par de Inglaterra y principal terrateniente del país?

El duque, un treintañero veterano de tres matrimonios, pareció sobresaltarse.

—Yo digo... que deberíais examinarla con cuidado antes de permitirle comparecer ante vuestra presencia. No la miréis a la cara; dejad que otros lo hagan. He oído decir que tiene la facultad de encantar y moldear a la gente a voluntad.

Isabel se echó a reír.

—En tal caso, ¿os parece bien que enviemos al norte a unas cuantas víctimas para ver lo que hace con ellas? ¡Quizá convendría que se acercaran a ella caminando de espaldas y con un espejo en la mano! ¿Queréis ir vos?

—No, Majestad —respondió el duque de Norfolk en tono vacilante, y tragó saliva con dificultad.

—Si la hiciese venir, ¿donde la alojaríamos? —preguntó Isabel—. ¿Debería prepararle un palacio?

—No, Majestad. Eso sería demasiado generoso. Y además, significaría un reconocimiento implícito de su condición de sucesora vuestra —contestó Robert Dudley.

—Ya. ¿He de ofrecerle entonces unos aposentos en uno de mis palacios?

—¡De ningún modo! —repuso sir Francis Knollys, tío político de Isabel y uno de los más destacados protestantes del país—. No debe permitírsele el acceso a vuestra augusta presencia hasta que se haya revelado merecedora de semejante honor. Quiero decir que la han absuelto de los crímenes que la han expulsado de su propio país... y no por una injusticia tan manifiesta como la de aquel simulacro de juicio al que sometieron a Bothwell. ¡Aquello fue una farsa vergonzosa que sólo sirvió para confirmar su culpabilidad!

El rostro de sir Francis estaba congestionado a causa de la emoción y la repugnancia que sentía.

—Tengo que protestar —terció el conde de Sussex, cuñado del duque de Norfolk y cuya simpatía por la facción católica era de sobra conocida—. Nuestra muy compasiva Soberana no es un juez. Ella misma ha asegurado que no desea abrir ventanas en las almas de los hombres.

El joven Christopher Hatton, volviendo su bello rostro hacia la Reina, dijo:

—Yo vi a la reina escocesa cuando tuve el honor de representar a Vuestra Gloriosísima Majestad en el bautizo de Edimburgo, y quiero deciros que es una muy noble criatura digna de ser tratada con honor. No nos mostremos tan perversos como sus lores de Escocia. Nosotros somos ingleses y nos enorgullecemos de nuestras leyes, nuestra justicia y nuestra caballerosidad.

Isabel suspiró.

—¡Ay, no sé qué hacer! ¡Mi corazón vuela caritativo hacia ella, pero mi Consejo me advierte que me guarde de la serpiente!

—Quizá convendría que le dierais largas mientras adoptáis medidas con vistas a su seguridad —intervino finalmente Cecil—. Sabemos que, por el momento, no hay un lugar para ella. No es prudente que vaya a Francia, donde quizá reitere sus exigencias a vuestro trono como ya hizo una vez. De igual modo, España tal vez reavivaría sus pretensiones. Por último, sabemos muy bien que, si regresa a Escocia, será ejecutada en el acto. Sólo le sería posible regresar a Escocia, que es el único lugar que le corresponde, si ella y los lores llegasen a un entendimiento. ¿Y si vos accedierais a reconocer al Rey a cambio de permitir que María gobernara sólo de nombre junto con él? No obstante, la organización de todas estas cosas exigiría tiempo...

Cecil levantó las manos en gesto de impotencia.

—Sí... —Isabel reflexionó en silencio por un instante—. Tal vez convendría que vos, Knollys, os trasladarais a Carlisle como representante mío. Tengo entendido que el conde de Northumberland ya se ha apresurado a visitarla y ha intentado llevársela a su castillo de Alnwick. Lowther y él por poco llegaron a las manos. Dicen que los católicos están acudiendo en tropel para ofrecerle ramilletes de flores y rendirle homenaje... Aquella región del país siempre ha sentido un aprecio especial por las

antiguas costumbres y la antigua religión. Sí, Knollys, vos iréis a ver a mi querida hermana y le comunicaréis que, en la situación en que se encuentra, no puedo recibirla.

Knollys la miró desconcertado.

—Pero... aparte de eso, ¿no tenéis nada más que decirle? ¿Habré de permitirle que vaya adonde quiera?

—¡Por supuesto que no!

—Pero, si no la recibimos ni tenemos cosa alguna que ofrecerle, ella deberá probar fortuna en otro sitio.

—Sí tenemos algo que ofrecerle —replicó Cecil—. Actuaremos de mediadores e insistiremos en que los lores rebeldes se justifiquen ante nosotros. Si no aportan pruebas convincentes de que las acciones que emprendieron estaban justificadas, restauraremos a la reina María —añadió, asintiendo, sagaz, con la cabeza.

—¿Y si aportan las pruebas? —preguntó Knollys.

—Entonces encontraremos alguna manera de permitir que conserven el poder siempre y cuando la reina María pueda regresar a Escocia con todas las garantías.

—Vuestra tarea consistirá en convencer a la reina María de que, con independencia del resultado, ella recuperará su posición en Escocia —dijo Isabel.

—¿Y se conformará con eso, o querrá algo más? A lo mejor, está encantada de haberse librado de Escocia y de encontrarse en un escenario más vasto en el que aspirar a objetivos más grandes —conjeturó Walsingham, un melancólico joven que era el lugarteniente de confianza de Cecil.

—Dudo que abrigue tales ambiciones; lo más probable es que éstas saltaran por los aires en Kirk O'Field —dijo despacio Isabel.

—Las ambiciones no mueren con tanta facilidad —insistió Walsingham—, y quizá muy pronto considere Escocia una pesadilla a la que no desea regresar y que Inglaterra le parezca muy apropiada para sus aspiraciones.

—En tal caso, no hemos de empujarla a la desesperación. Knollys, vos deberéis consolarla y reiterarle nuestra afectuosa preocupación por ella. Mi único interés estriba en resolver las diferencias entre ella y sus súbditos.

—¿Cuándo deberemos partir? —preguntó Knollys en tono resignado.

—Cuanto antes —contestó Isabel—. Mañana mismo. Y no olvidéis llevar un espejo.

Cuando los consejeros abandonaron la estancia, Cecil permaneció con discreción en ella. Por tratarse del único miembro del Consejo que ya estaba al corriente de la llegada de María, había tenido tiempo de preparar un memorándum. Sus informes, en los que siempre examinaba con gran precisión todos los pros y los contras de las cuestiones, gozaban de justa fama. Extrajo el último de la pechera donde lo guardaba.

—Ah, mi querido Cecil, lo estaba esperando. —Isabel tomó el papel—. ¿Habéis

trabajado mucho en él?

—Toda la noche, Majestad. Debo confesar que este asunto me preocupa en grado sumo.

—Vuestro ayudante Walsingham parece temer lo peor. —Está... muy alerta, Majestad.

—Oh, Cecil, ¿qué voy a hacer? —preguntó Isabel—. ¡Jamás en mi vida había afrontado un dilema semejante! Cecil no pudo por menos de sonreír.

—Habéis afrontado dilemas mucho peores en los que estaba en juego vuestra vida y siempre habéis actuado con previsión y prudencia; no me cabe duda de que haréis lo mismo en este caso. Recordad que siempre hay dos personas en aquella con la que os enfrentáis. Por una parte está María, una reina ungida que se ha visto perseguida y expulsada de su trono y que ahora es una cabeza coronada sin una almohada sobre la que descansar. Es la mujer que ha perdido a su esposo, a su hijo, su trono y su país. Está hecha de carne y hueso como vos, tiritita cuando tiene frío y se pone enferma si le falta el alimento. Inspira compasión. La otra María es una criatura política, un instrumento de los católicos a quienes les daría igual que estuviera hecha de madera y tuviera la sangre de color verde siempre y cuando pudieran servirse de ella como títere. Esta mujer es vuestra mortal enemiga. Inspira respeto y temor. Tratar a la una con amabilidad y a la otra con cautela cuando ambas habitan en el mismo cuerpo representaría una tarea imposible.

—¿Por qué habrá tenido que venir aquí? —dijo Isabel. —Deberíais alegraros de que no se haya ido a Francia —repuso Cecil—. Podréis aprovecharos de esta circunstancia.

—¡Oh, dejadme! —exclamó Isabel—. ¡Dejadme estudiar todos los pros y los contras!

Cuando Cecil se hubo retirado, Isabel abrió el documento y lo estudió.

La pulcra caligrafía de Cecil cubría toda la página.

#### PRO REGINA SCOTORUM:

1. Que ha venido por su propia voluntad a Inglaterra, confiando en las promesas de ayuda de la reina Isabel.
2. Que la han condenado de manera ilegal pues sus súbditos la capturaron y la encarcelaron bajo la acusación de haber asesinado a su esposo y le negaron el permiso de responder en persona o por medio de un abogado en el Parlamento que la condenó.
3. Que es una reina que no está sometida a nadie ni obligada por ley a responder ante sus súbditos.
4. Que se ofrece, en presencia de Isabel, a justificarse en debida forma.

#### CON REGINA SCOTORUM:

1. Que provocó el asesinato de su esposo a quien había proclamado rey, convirtiéndolo en personaje público y en su superior. De ahí que sus súbditos se vieran obligados a buscar y castigar al delincuente.
2. Protegió a Bothwell, el principal asesino, y lo ayudó a eludir la justicia.
3. Consiguió su absolución por medio de un tecnicismo legal.
4. Hizo que éste se divorciara de su legítima esposa.

5. Fingió haber sido ultrajada por él y se casó con él, aumentando su poder hasta tal extremo que ninguno de sus nobles se atrevía a acercarse a ella.

6. Bothwell la retuvo a la fuerza y, sin embargo, cuando sus nobles intentaron liberarla, ella se negó a rechazarlo y lo ayudó a escapar.

Parece por tanto que Su Majestad la reina Isabel no debe ayudarla ni permitir que comparezca ante su presencia, ni tampoco devolverle el trono o dejar que se marche antes de que se celebre el juicio.

De modo que había que realizar un juicio. No había otra posibilidad. Isabel tuvo la sensación de que ahora estaba en peligro toda la paz de su reino, que con tanto esmero había cultivado a lo largo de diez años. La reina de Escocia había venido para sembrar cizaña en su reino.

## II

María esperó a que María Seton se durmiese para levantarse y acercarse a la ventana. Desde allí contempló con expresión soñadora las colinas, los valles y la suave campiña que la rodeaban. «Y pensar que era tan contraria a venir aquí —se dijo—. No quería abandonar Carlisle; llegué a afirmar que no me marcharía a menos que me ataran. Todo me parecía confuso: el desconcertante comportamiento de Isabel, las dos semanas que hizo esperar a lord Herries antes de recibirlo; su prohibición de que lord Fleming viajara a Francia; aquellas prendas de vestir tan feas y gastadas que me envió (Knollys procuró disimular asegurando que las había enviado para mis criadas); y su negativa a recibirme a no ser que se disipara cualquier sospecha de culpabilidad en el asesinato, como si yo fuese a contaminarla. Pero desde entonces he comprendido que quiere ayudarme a recuperar el trono y que, para lograrlo, debe mostrarse imparcial o los lores no colaborarán con ella. ¡Qué inteligente es! Ha conseguido que lord Stewart acceda a someterse a una vista.»

Una cálida brisa que olía a madreSelva penetraba a través de la ventana en pequeñas vaharadas. Aquel castillo de Bolton, situado a cincuenta millas de la ciudad fronteriza de Carlisle, era su hogar desde mediados del mes de julio y se levantaba en lo alto de una loma de la parte occidental del condado de York. Isabel había justificado su traslado aduciendo que, de esta manera, estaría más cerca de ella. Sin embargo, aún se encontraba a doscientas millas de distancia. ¿De qué había servido? Bolton se erguía en un paraje muy hermoso y era un alto castillo integrado por cuatro torres unidas por murallas que formaban un cuadrado con un espacio vacío en el centro. En él había un patio adoquinado protegido por una torre de entrada fortificada. Las cuatro estancias que constituían los aposentos de María se hallaban en el tercero y último piso. El detalle más curioso de Bolton consistía en unos conductos que discurrían por el interior de los muros como en un panal y a través de los cuales se transmitía el calor de las chimeneas encendidas..., aunque esto en verano no importaba. Pero en invierno..., en invierno ellos ya no estarían allí. María no tendría la ocasión de comparar aquel sistema de calefacción con las estufas de azulejos de Fontainebleau que ella recordaba de su infancia.

Se asomó a la ventana y aspiró una buena bocanada de aire. Se sentía del todo recuperada y serena, y su estado de ánimo mejoraba día a día. Anhelaba que se celebrara la vista para revelar la verdad a una persona que no era escocesa pero cuyo arbitraje sería aceptado por los escoceses. Cruzó de puntillas la habitación. Le habían asignado unos espaciosos aposentos, pero habían tenido que pedir prestados los muebles a todos los vecinos para acondicionarlos en debida forma. El dormitorio, la estancia más pequeña, era lo bastante grande como para que una mampara plegable le

ofreciera intimidad en uno de sus extremos; María Seton dormía en el otro. Se había autorizado a Seton y un numeroso grupo de seguidores que se reunieran con ella, y lady Douglas había tenido la amabilidad de enviarle todos los efectos personales que en su precipitada huida había dejado en el castillo. Lady Douglas, como antigua amante de un rey, estaba acostumbrada a las vicisitudes de la fortuna. Había perdido a una prisionera, pero quizá su hijo George ganaría una esposa real si el destino decidía llevarlo por aquel camino. María sabía que era esto lo que estaba pensando lady Douglas. No pudo por menos que sonreír ante la capacidad de adaptación de la anciana dama: era una buena perdedora que siempre esperaba la ocasión de resarcirse en la siguiente mano.

Con la certeza de que Seton dormía y ella no la molestaría, se dirigió a la contigua sala de día, encendió la vela de su mesa de escribir y tomó el diario en blanco que la familia Curwen le había regalado. Le parecía una novedad tan grande ser libre de escribir lo que quisiera cuando quisiera que casi se había vuelto loca de contento. Jamás en su vida se había visto rodeada exclusivamente de amigos; aquí todos compartían su exilio, estaban pagando un precio personal muy alto y jamás utilizarían ninguno de sus escritos contra ella.

Había compuesto poesía otras veces y creía poseer cierto talento para ello; así se lo había dicho Brantôme. En su delirio amoroso por Bothwell, había escrito unos poemas, no muy buenos por cierto, pues no dedicaba mucho tiempo a buscar metáforas, símiles ni siquiera un estilo original. No obstante jamás había probado el ensayo. Sus cartas —excepto las de tema amoroso— eran todas de carácter político.

Abrió el diario. Su última anotación correspondía al día primero de agosto de 1568.

La campiña de aquí —la llaman Wensleydale— es suave y ondulada y de un verde intenso muy distinto del de Escocia. Nos hallamos en pleno campo, lejos del mar, y no hay sal en el aire. Es uno de esos lugares en los que sus habitantes se pasan toda la vida sin tener que soportar groseros entremetimientos de nadie. El ganado muge, y las lecheras recorren los caminos con sus cubos al amanecer y al ocaso.

Empiezo a acostumbrarme pues mi nuevo «anfitrión» lord Scrope se desvive por complacerme. Lady Scrope me sirve y me comenta al oído los encantos de su hermano el duque de Norfolk. ¡Pero éste ya ha estado casado tres veces! Claro que también podría decirse lo mismo de mí. Es curioso que siempre suene peor cuando se aplica a otra persona. Cuando alguien dice «tres esposas», lo primero que una piensa es: «¡Por nada del mundo quisiera ser la cuarta!» Me insinúa —con mucha delicadeza, desde luego — que el duque necesita con urgencia una esposa y que, si yo considerara esta posibilidad, Isabel se mostraría muy complacida.

Si tan complacida estaría Isabel, ¿por qué me lo sugiere en voz baja?

Entonces alisó la página y escribió:

20 de agosto de 1568. ¡Cuántos cambios en tres semanas! Las cosas comienzan a arreglarse. Yo



escribo a Isabel y ella me contesta. ¡Los lores han accedido a someterse a la vista! Muy pronto podré acusar a lord Stewart a la cara, y a Morton a su horrible barba pelirroja, y a Maitland... Hablaré claro y proclamaré al mundo lo que son. Explicaré lo de la reunión de Craigmillar, en la que ellos sugirieron eliminar a Darnley. ¡Oh, cuánto ansío contarlos por fin! ¡Me estalla el corazón al pensar en lo que voy a revelar!

Creo que es Cecil quien ha impedido que Isabel se pusiera sin reservas de mi lado. El embajador francés en Londres y también el español me mantienen informada. Me entero de más cosas aquí que en Escocia. Aquí no hay ningún lord Stewart que intercepte las informaciones. Pero en Carlisle era todavía mejor. Este lugar está tan aislado que nadie pasa por aquí. Se guarda como un secreto de este frondoso valle. La familia Scrope siempre ha simpatizado con la causa católica. Apoyaron a los rebeldes en la Peregrinación de la Gracia de hace treinta años contra Enrique VIII y bien caro que lo han pagado. En el piso que yo ocupó hay una hermosa capilla que mandó construir el primer lord Scrope como capellanía para que los monjes rezaran en ella por el alma de Enrique II. Por desgracia, ahora no hay monjes y el pobre Enrique II deberá arreglárselas solo en el Purgatorio. Pero yo entro para rezar y nadie me lo impide. Estoy descubriendo que muchas de estas familias son partidarias de la antigua religión, pues a fin de cuentas hace apenas diez años Inglaterra era católica. Los recuerdos duran mucho. Las grandes familias del norte, los condes de Northumberland y de Westmoreland, son casi abiertamente católicos. Northumberland me ha mostrado su simpatía y me ha enviado varios objetos de devoción de nuestra fe. Y el duque de Norfolk, a pesar de que oficialmente es protestante, tenía una esposa católica y un hijo que siente esta inclinación. Aquí estoy entre amigos, si bien algunos me lo manifiestan con más claridad que otros. Hace poco el conde de Northumberland me ha enviado en secreto muchos mensajes en los que se declara partidario de mi persona y me asegura su apoyo, señalando que puede atraer a otros a mi causa en caso necesario.

No estoy tan bien protegida como sin duda desearía lord Stewart. Aquí hay una guarnición en la torre suroriental. Mis aposentos se abren al oeste, a la campiña, y están a unos cincuenta pies de altura, pero si tuviera caballos lograría descolgarme con una cuerda y escapar. Sin embargo, si lo intentara, daría la impresión de que pretendo evitar la vista. No, soy más poderosa aquí, aunque no tenga un solo caballo a mi disposición. He de esperar, cosa que para mí constituye lo más difícil, pues va en contra de mi naturaleza, así como iba en contra de la de Bothwell. Están sometiéndonos a los dos a una dura prueba, nos castigan...

He oído decir que en Año Nuevo el rey Federico recibió en audiencia a Bothwell pero no le concedió la libertad. Bothwell ofreció ceder las Oreadas y las Shetland a Noruega a cambio de su libertad, pero su propuesta surtió el efecto contrario: Federico se reafirmó en su decisión de mantenerlo bajo su custodia para regatear con los lores la cesión de las islas. Lord Stewart declaró que Bothwell era un criminal convicto en Escocia y debía ser extraditado. Federico contestó que el traslado de un prisionero de Estado tan importante y escurridizo exigiría una flota de barcos de la que, por desgracia, él no disponía en aquel momento. Lord Stewart se ofreció a enviar un verdugo a Dinamarca para mayor comodidad de Federico. El rey de Dinamarca —¡que sin duda habrá comprendido lo muy bribón que es lord Stewart!— rechazó el amable ofrecimiento. Así que Bothwell está a salvo y, a juzgar por todos los informes que se reciben, se encuentra instalado con comodidad en la fortaleza del gobernador de Malmoe. ¿Por qué no se escapa? Necesito conocer más detalles acerca de sus aposentos. Deben de vigilarlo estrechamente pues llevo muchos meses sin recibir carta suya; desde que lo trasladaron a Malmoe, en realidad. Esto significa que sin duda alguna lo vigilan estrechamente... ¿Habrá recibido alguna de mis cartas? La idea de que no, me resulta insoportable.

Cuando recupere el trono... ¡Sí, estoy segura de que Federico le devolverá la libertad y lo trasladará a casa en un bajel de guerra dorado, pidiendo disculpas y procurando enmendar el mal trato que le ha propinado! Entonces todo parecerá una pesadilla y por la noche nos reiremos juntos de nuestras prisiones y comentaremos lo mal que lo pasamos... Lochleven, Bergen, Carlisle, Copenhague, Bolton y Malmoe. Como es natural, él ha conocido a mis carceleros..., conoce al señor de Lochleven y a lady Douglas. Pero no conoce a sir Francis Knollys, el vicechambelán de Isabel; un dulce caballero que lleva mucho tiempo sufriendo. Le profesa un profundo amor a la Reina y yo creo que no sólo porque su esposa pertenece a la familia de Ana Bolena y, por consiguiente, está emparentada con ella, sino también por otro motivo.

Ama a la Reina de una manera que yo jamás en mi vida había visto ni en Francia ni en Escocia. La reverencia, lo que resulta muy extraño, pues él le lleva muchos años. He intentado gastar bromas a este respecto pero, a pesar de que me cuenta muchas anécdotas muy divertidas de la Reina, jamás bromea acerca de ella... En fin, es muy difícil de explicar... un humor exacerbado pero sin bromas.

Por su parte, lord Scrope es muy circunspecto, y tan estirado como un capón relleno de dátiles y ostras. Tiene un cuello de lo más grueso y redondo, por lo que, cuando mueve la cabeza no puede evitar mover también los hombros. Pero también es amable. Tengo unos guardianes amables en un país amable, a diferencia de aquellas bestias que se llaman hombres y se ocultan en los castillos de los escarpados peñascos de Escocia.

«Demasiados adjetivos», pensó al leer de nuevo la última frase. Pero se necesitaban muchos adjetivos para describir Escocia. Por consiguiente, la dejó tal como estaba.

8 de septiembre de 1568. La Natividad de la Santísima Virgen. Me he levantado temprano y me he pasado un buen rato rezando en la capilla. No me permiten tener un sacerdote. Cuando pedí uno, me contestaron: «Ahora no hay sacerdotes en Inglaterra.» ¡Qué juicio tan duro arrojan sobre sí mismos con esta afirmación! En su lugar, Knollys me ha enviado a un clérigo reformado para que intente convertirme, y éste me «instruye» a diario en la religión anglicana; eso complace a Knollys. Y yo procuro complacerlo en todo lo posible. Después voy y rezo el rosario y le pido a Nuestra Señora que me perdone.

Todavía se habla de la posibilidad de que Norfolk se convierta en mi esposo. Me han asegurado que muchas personas poderosas de la corte se muestran favorables a este matrimonio, hombres como Robert Dudley, por ejemplo, y los condes de Arundel y Pembroke, así como Nicholas Throckmorton, mi antiguo amigo el embajador. Al parecer, creen que el duque se convertiría en mi «carcelero» permanente, un inglés aprobado por ellos que me mantendría encadenada (es algo muy parecido a la inicial propuesta de Isabel de que me casara con su querido Dudley. Este continúa soltero, pero es evidente que la Reina no desea repetir el ofrecimiento). De esta manera creen que me guardarán en reserva para la sucesión.

¿Por qué ninguno de ellos recuerda que ya estoy casada? ¡Y me llaman desleal y afirman que soy en extremo flaca de memoria! Ya se ha hablado de casarme con un Hamilton, con el recién enviudado (por tercera vez... ¡oh, qué viejos estamos volviéndonos!) Felipe de España, con George Douglas, con Norfolk, ¡y hoy —estuve a punto de echarme a reír— el anciano sir Francis Knollys me ha ofrecido a su sobrino George Carey! Si creen de veras que soy una asesina, su ambición y su cinismo resultan vergonzosos. ¡Hasta el mismísimo Maquiavelo se ruborizaría ante semejante oportunismo!

29 de septiembre de 1568. La fiesta de san Miguel y de todos los ángeles.

¡Oh, apenas soy capaz de sostener esta pluma y he tenido que esperar hasta el anochecer para estar sola! Durante la cena habría querido gritarle a Knollys: «Vos lo sabíais desde el principio.»

¡No me permiten comparecer en la vista! ¡Sólo podré hablar a través de unos representantes! ¿Cómo lograrán éstos transmitir con exactitud mis palabras? Ellos no son yo. Pensaba que al final me encararía con quienes me traicionaron. ¡Pero no! Ellos podrán comparecer en persona... ¡y menudas personas! ¡Lord Stewart, Morton, Maitland y este acabado modelo de rectitud que es lord Lindsay! Y yo permaneceré encerrada aquí, a cuarenta millas de York, donde se celebrarán las vistas.

Isabel no estará presente. Enviará en su lugar al duque de Norfolk, a sir Ralph Sadler (¡mi enemigo desde la cuna!) y al conde de Sussex, su gran chambelán, el mayor enemigo de Escocia que jamás ha habido. Me han dicho que fue él quien le contó a Isabel que su abuelo le había enseñado a no fiarse jamás de ningún escocés o francés. De los tres, el único que no me parece un malvado es Norfolk.

Así que debo buscar a unos representantes para que actúen en mi nombre... ¡como si alguien pudiera hacerlo! Pero lo peor de todo es que Isabel permitirá que los lores presenten las «cartas del cofre» como prueba en las vistas. ¡Y, sin embargo, a mí ni siquiera me concederán la oportunidad de verlas! No tendré

idea de su contenido exacto. ¿Son las cartas y los poemas que le escribí a Bothwell? ¿Son las cartas, pero copiadas y manipuladas? ¿O son meras falsificaciones? ¿Cómo podré responder si ni siquiera conozco su contenido?

Reconocería mis propias palabras aunque otra mano las hubiera copiado y traducido. Ciertamente, las palabras, sacadas de su contexto (o peor todavía, puestas en uno diferente) quizá me presentaran como culpable. Pero yo no maté a Darnley. Hubo muchos otros implicados que me tentaron culpar a Bothwell después de los hechos: los pasquines, la pista del barril, las apariciones de personas disfrazadas de él por las calles de Edimburgo aquella noche. Todo esto lo hicieron los lores, los mismos que ahora presentan estas cartas. ¡Oh, Dios mío, me han traicionado!

Los hombres entraron solemnemente en la sala de York que, por una extraña coincidencia, era la misma que Enrique VIII había mandado restaurar para recibir a Jacobo V en una prevista reunión en 1541. El rey de los escoceses había evitado acudir por temor a que lo secuestrasen; ahora el destino de su hija cautiva se decidiría allí. Se acomodaron en unos alargados bancos, empezaron a remover sus papeles y trataron de adoptar expresiones severas y decididas. Pero muy pronto aparecieron las sonrisas; todos se conocían desde hacía mucho tiempo y se encontraban muy a gusto juntos.

—¡Sadler! ¿Cómo está vuestra hija, la que se había empeñado en casarse con un clérigo? —preguntó lord Stewart.

Sadler llevaba mucho tiempo involucrado en los asuntos escoceses.

—Muy bien, gracias. ¿Y vuestra querida esposa? ¡Ah, lord Boyd!

Discutieron mucho acerca del procedimiento más correcto y los objetos que se aceptarían como pruebas. Los representantes de María entregaron un «libro de reclamaciones» contra el grupo de lord Stewart. Éste tardó un poco en presentar su prueba pero después extrajo el cofre de plata y lo depositó con reverencia sobre la mesa. No quiso abrirlo, sino que dejó que Morton describiera de qué modo había llegado a sus manos. Y el cofre permaneció allí como una provocación.

Bien entrada la noche los miembros de la delegación inglesa se sobresaltaron al oír una llamada a su puerta. Era Maitland, que les preguntó en voz baja si querían examinar las cartas del cofre... de manera no oficial, claro. Todos contestaron que sí, y Maitland les entregó unas copias. Los hombres se apretujaron a la luz de una vela y las leyeron entre comentarios.

—Son horribles y sanguinarias —murmuró Norfolk—. ¡Repugnantes y abominables! —añadió mientras reanudaba ávidamente la lectura.

Durante el día, entre una discusión acerca de la legitimidad de la regencia de lord Stewart y los derechos hereditarios de los Hamilton, Maitland dio un leve tirón de la manga de Norfolk y le sugirió salir a dar un paseo a caballo. El dorado otoño estaba en

su mejor momento, con los feraces campos rebosantes de promesas.

—El condado de York es un lugar soberbio —dijo Maitland.

Esperaba que Norfolk accediese a pasear con él. Y, sobre todo, esperaba que prestara atención a lo que estaba a punto de proponerle.

Maitland comprendía que ya era hora de estudiar las «cartas del cofre» desde el punto de vista adecuado y confiaba en ser capaz de hacerlo de una manera delicada sin necesidad de llamar descarados embusteros a sus compañeros los lores. A pesar de que lo eran, claro. Maitland había tenido ocasión de conocerlos muy bien a todos en el transcurso de los dos años anteriores y lo que había descubierto le había causado una profunda tristeza.

«Por más que me empeñe en considerarme inflexible con las faltas de las personas, ahora me doy cuenta de que soy más idealista de lo que pensaba. Los lores incumplieron todas las promesas que le habían hecho a la Reina y demostraron ser moralmente peores que ella, cualesquiera que hayan sido los pecados de la carne que ésta haya cometido. ¿Acaso no se dice que Jesucristo era más benévolo con estos pecados que con los del orgullo y la codicia?», pensó.

—Pues sí, esta época del año suele ser la más agradable —contestó Norfolk, que parecía ansioso por deambular por la campiña.

Cruzaron las altas murallas de la ciudad y pasearon con sus caballos por la orilla del río Ouse con la intención de practicar un poco la cetrería. El tiempo de aquel azul y dorado día parecía ideal para salir al campo. Soltaron los halcones sin importarles lo que capturasen, por el simple placer de verlos elevarse hacia el cielo.

—Qué difícil debe de ser para estas aves permanecer cautivas en sus perchas —comentó Maitland, estudiando al duque mientras lo decía, pero no vio en su inexpresivo rostro el menor atisbo de comprensión.

El duque era famoso por ser sólo un poco más perspicaz que los bueyes de sus granjeros.

—Sí, cuesta mucho adiestrarlos —afirmó moviendo despacio sus carnosos labios.

—Pensad en lo doloroso que debe de ser para un águila real que alguien la aparte de los cielos y la tenga en cautividad.

—Por fortuna no hay muchas, pues sólo a un rey se le permite cazar con un águila. Los demás, incluso los duques, debemos conformarnos con los halcones o los neblíes. ¡Incluso los duques como yo, con territorios más vastos que los de algunos reyes! —añadió asintiendo con la cabeza—. Yo poseo más de seiscientas millas cuadradas, ¿sabéis?, y a veces allí me siento más rey de lo que debe de sentirse un rey de verdad.

Los halcones volaron tan lejos que no eran más que unos puntos negros en el brillante cielo azul. La brisa agitaba las hojas de los árboles de la orilla del río y su rumor se parecía al de unos amanuenses al recoger sus papeles.

—Quizá vos podríais... —No, esto sería demasiado obvio—. Mi querido Norfolk,

en vuestra calidad de primer par de Inglaterra, habéis pasado mucho tiempo pensando en el futuro del país en el que vuestros antepasados tanto han influido. —Maitland carraspeó con suavidad—. Yo mismo hace tiempo que sueño con una imagen: la de la unión de Inglaterra y Escocia. No por medio de la espada, como intentaron hacer los tiranos del pasado, sino por medios pacíficos. ¡Veo tan claro que la unión de ambas coronas beneficiaría a ambos reinos...!

—Un reino unido que se extendiera desde Dover a las Shetland... Sí, sería un país muy fuerte —convino el duque.

—De otro modo, no veo ninguna esperanza de que logremos resistir. Os diré con toda franqueza que ahora que las armas de fuego han dejado anticuado el arco, nos hallamos en situación de grave desventaja con respecto a Francia, país mucho más grande y poblado que el nuestro. Somos una nación pequeña y vulnerable. Y yo sueño con alcanzar la mayor fuerza posible.

Un par de cazadores pasaron a pie por su lado precedidos por unos perros que chapoteaban en el agua de la orilla. Los hombres se descubrieron y saludaron con una inclinación de la cabeza a Maitland y al duque.

Los ojos del duque miraban alrededor con aire distraído. Este aún no había picado el anzuelo.

—Permitidme que os hable de nuevo con franqueza —dijo Maitland—. Si vos os casarais con la reina de Escocia, todas estas espinosas cuestiones quedarían resueltas.

—¿Qué espinosas cuestiones?

—La de la sucesión. La renuencia de la reina Isabel a casarse. La evidente incapacidad de la reina María de gobernar Escocia en solitario. El escándalo de la Corona. —Maitland hizo una pausa—. ¿Queréis que sea absolutamente claro? No es probable que la reina Isabel tenga un heredero; cuenta treinta y cinco años y no muestra la menor inclinación a contraer matrimonio. Su sucesora protestante más próxima era Catalina Grey, pero murió hace poco. El pueblo inglés no aceptará a una reina católica, ni a María Estuardo ni a ninguna otra. En cambio, si María se casara con un protestante inglés, sería distinto pues con ello se diluiría su catolicismo. ¿Acaso no lo veis?

—Sí —respondió al fin Norfolk.

—Su hijo Jacobo no es católico y podría sucederle en el trono; él o cualquier hijo que ambos tuvierais juntos. Los lores de la Congregación jamás le permitirán gobernar de nuevo Escocia; como comprenderéis, esto no es posible. Su reinado no ha sido más que una sucesión de tumultos y levantamientos. Si estuviera libre, volvería a reunirse con Bothwell, y los lores no lo soportan. En cambio, si la pusieran en libertad bajo vuestra custodia...

—¡Pero es una asesina! —exclamó Norfolk—. ¡Yo no deseo convivir con una asesina!

—¿Cómo sabéis que es una asesina?

—¡Por aquellas cartas! ¡Eran asquerosas y repugnantes! Y, en la acusación que vosotros habéis formulado contra ella, la que preparó Buchanan, se describen sus excesos carnales con Bothwell. ¡No, yo jamás tocaría a semejante mujer!

—Ah, aquellas cartas... —Maitland se echó a reír—. Lord Morton jura que se encontraron tal como él dice, pero la verdad es que no hay modo de saber qué es lo que encontró con exactitud. Ha tenido más de un año para preparar el contenido del cofre. La credibilidad de las cartas es equiparable a la honradez de Morton.

El duque empezó a morderse la parte interior del labio.

—Que no es mucha, por cierto.

—Os quedáis un poco corto. Sé que el cofre contenía también otras cartas que Morton no consideró oportuno mostrarnos en aquel momento, pero que con toda probabilidad eran cartas de amor de la Thronsen.

—¿Qué Thronsen?

¿Acaso Norfolk no sabía nada?, se preguntó Maitland.

—La amante noruega de Bothwell que, al verse abandonada, hizo aquello que sueñan con hacer todas las mujeres despechadas del mundo: vengarse —contestó Maitland.

—¿Cómo? ¿Le contagió la sífilis?

¡Santo cielo, pero qué estúpido era Norfolk!

—Por supuesto que no —respondió Maitland con cautela—. En tal caso, su propia enfermedad habría empañado su felicidad. No, el destino fue su vengador. En primer lugar, el viento del oeste empujó a Bothwell a las costas de Noruega, y después los acontecimientos se desarrollaron de tal manera que Bothwell tuvo que someterse a una investigación por parte del virrey de Noruega, Erik Rosenkrantz, en Bergen antes de que lo autorizaran a reanudar su viaje. Y resultó que el virrey era el primo de Anna Thronsen y, cuando el tribunal pidió que cualquier persona que tuviese alguna queja o deuda contra Bothwell así lo manifestara ante el tribunal, ¡apareció Anna y Bothwell perdió la ocasión de recuperar la libertad!

—¡Dios mío! —exclamó Norfolk con sincero asombro.

—La vista en la que compareció Anna lo obligó a retrasar la partida el tiempo suficiente como para que se plantearan otras cuestiones que impidieron su marcha. Lo enviaron a Dinamarca para someterlo a ulteriores interrogatorios y ahora languidece en una cárcel de Malmoe a la espera de que el rey danés haga con él lo que guste.

—¡O sea que es por eso por lo que Bothwell está en la cárcel! ¡Así lo atraparon!

—El destino, Norfolk, el destino. Sus propias acciones lo persiguieron, y no logró escapar. Así que Anna le hizo daño en Escandinavia y en Escocia, pues Bothwell conservaba las cartas que ella le había escrito para servirse sin duda de ellas como prueba de sus exigencias y de su temperamental carácter en caso de que ella lo denunciara por el trato recibido. Y éstas fueron las cartas que cayeron en manos de sus

enemigos, de Morton y los demás. Deducid de esto lo que queráis.

—Ah.

—Pero recordad que todas las cartas del cofre han sido copiadas varias veces. Las que visteis no son las originales. A Morton le resultaría fácil intercalar en las frases de la Thronsen algunas palabras propias.

Maitland hizo una pausa para recuperar el aliento. No estaba absolutamente seguro de que fuera eso lo que había ocurrido, pero todas las pruebas parecían indicar que sí. El estilo de las cartas que los lores habían presentado como prueba era muy variable, cambiaba de manera ostensible de un párrafo a otro, y algunas de las expresiones y de los sentimientos que en ellas se manifestaban eran incompatibles con el temperamento de la Reina que tan bien conocía Maitland. María era apasionada e impulsiva, bien sabía Dios que a veces mostraba un carácter violento e iracundo, pero nunca gimoteaba ni se quejaba y jamás se humillaba.

Norfolk parecía perplejo.

—Pero...

—Y, aunque la Reina fuera una asesina, lo habría hecho por una causa justa —prosiguió Maitland—. Amaba a lord Darnley y derramó sobre él toda suerte de favores, pero él se lo pagó con la infidelidad y las borracheras en público. ¡No cabía esperar que una mujer de carácter lo soportara con sumisión! ¿Creéis acaso que la reina Isabel habría tolerado siquiera por un instante semejante comportamiento?

El duque se echó a reír.

—¡Desde luego que no!

—¡Pensadlo bien, Norfolk! ¡Pensad en el servicio que prestaríais a dos reinos, en la paz espiritual que daríais a vuestra reina y en la ansiada libertad que daríais a la otra! Y, al final, la Reina contaría con un esposo digno de su noble persona.

Tras su frugal cena de costumbre, Isabel se pasó un buen rato leyendo historia romana antes de llamar a Cecil. La historia siempre la serenaba y le hacía recordar que la mejor manera de dominar el presente consistía en estar al corriente de lo que ocurría y reflexionar siempre con cuidado antes de emprender una acción.

Estiró las piernas delante del reconfortante y aromático fuego de la chimenea y se enfrascó en la lectura. Al final, apartó el libro con disgusto y mandó llamar a Cecil.

Éste se presentó de inmediato y, con una leve sonrisa en los labios, le ofreció un regalo.

—Mi obsequio de Año Nuevo, Majestad.

—Ah, sí. El año del Señor de mil quinientos sesenta y nueve —dijo la Reina—. ¿Me permitís que lo abra ahora? Necesito algo que me anime un poco. Me temo que estoy profundamente desanimada.

—Y con razón. Éste no es el presente oficial que os ofreceré en la ceremonia de la corte, sino algo para vuestro uso personal. —Cecil dio una palmadita al paquete—. Me encantaría que lo abrierais.

—Gracias pues. —La Reina lo desenvolvió y encontró un alargado estuche con un sobre—. Habéis escrito unos versos —dijo con complacida sorpresa.

—Pues sí, como en la corte lo hace todo el mundo, decidí probarlo.

Isabel les echó un vistazo.

—Muy bien hecho —dijo—. Creo que cada vez sois más joven. Sólo los jóvenes entienden la poesía. Y ahora... —Abrió el alargado estuche—. ¿Qué es esto? Ah... —Extrajo un abanico de artística factura. Las varillas estaban labradas con arabescos y la seda que las cubría aparecía pintada con bellas rosas y azucenas; aproximadamente la mitad del abanico era de puro encaje—. ¡Pero Cecil! —exclamó con sincera emoción.

—Sé que os gustan los abanicos y os molesta el calor.

Isabel rió de buena gana.

—Cecil, por Dios..., ¡sólo estamos en diciembre!

—Bueno, es que a nosotros nos gusta planificar las cosas con antelación.

—En efecto. —La sonrisa de Isabel se desvaneció—. He oído rumores —añadió de repente la Reina—; unos rumores sobre los condes de Northumberland y Westmoreland. Por eso los he incluido en la delegación, para ver si se traicionaban.

—¿Qué rumores?

—Unos según los cuales están conspirando con la reina de Escocia..., aunque no sé muy bien con qué propósito. Me temo que para algo más que una fuga. Creo que quizá se trate de una especie de empresa semejante a la Peregrinación de la Gracia. Ya sabéis que el norte siempre ha estado más apegado a las antiguas costumbres... Es un lugar muy reservado y cerrado. Las familias de Northumberland y Westmoreland han llevado una vida casi regia, a salvo en sus propios dominios. Pido a Dios que esto no los induzca a cometer una traición. ¡De modo que la reina de Escocia los está seduciendo!

—Ya os advertí, Majestad, y Knollys también, que la reina de Escocia constituye un peligro. Knollys llegó a decir que sería imposible retenerla y que ella misma le había asegurado que, si no le concedieran la libertad, ella se arrogaría el derecho a buscar los medios necesarios para alcanzarla. Creía que después de esta investigación, la ayudaríais a recuperar el trono; por eso ha esperado con paciencia sin dar un paso. Pero vos no haréis tal cosa, ¿verdad? Hablemos con franqueza.

—Dad un golpe al tapiz, Cecil, y echad un vistazo al antepecho de la ventana —dijo Isabel. Al ver que él hacía ademán de levantarse, extendió el brazo para impedirsele—. No, no lo hagáis. Aunque no encontrarais a nadie, temo que alguien oyera mis palabras. No pienso emitir mi veredicto por adelantado, pero os diré que las cosas no marchan como yo esperaba. Las cosas no se resolverán con esta reunión. Lennox sigue



pidiendo venganza como un molesto papagayo. Knollys suplica que lo exonere de su deber, al igual que lord Scrope. Corren rumores de que el duque de Norfolk acaricia la idea de unirse a la intriga que están urdiendo los dos condes del norte. Lord Stewart teme perder el control a causa de su larga ausencia.

—¿Y bien?

—He llegado a la desagradable conclusión de que debemos encontrar una situación más... permanente para María. Tenemos que apartarla del peligro.

—¿Del suyo o del vuestro?

—De ambos. —Isabel esbozó una dulce sonrisa—. Hay que alejarla del norte. Bolton está demasiado cerca de los condes de Northumberland y Westmoreland. Y hay que mejorar estas precipitadas disposiciones. Encontraré a alguien que esté dispuesto a ser su... anfitrión a largo plazo. Alguien que sea lo bastante rico como para tener muchas mansiones entre las que elegir y pueda albergarla con todas las comodidades que merece una reina. Alguien que viva a una considerable distancia tanto del norte como de Londres. Alguien que esté casado y no sea susceptible de sucumbir a sus... encantos. ¡Estaba a punto de decir «ardides»! Alguien que sea protestante y no sienta nostálgicas inclinaciones hacia la antigua religión. ¿Dónde encontraré a semejante lord?

—Ponéis muchas condiciones, pero estoy seguro de que habrá alguien. —Cecil miró a la Reina consternado—. Os lo ruego, Majestad, ¿no podríais decirme, a mí que soy vuestro principal ministro y necesito saber lo que pensáis para ponerlo en práctica, cuáles son vuestras verdaderas intenciones a propósito de la reina de Escocia?

Isabel se pasó tanto rato reflexionando que Cecil creyó que no contestaría.

—No lo sé —dijo al cabo—. Todo dependerá de su comportamiento a partir de ahora. No puedo juzgar lo que ha ocurrido antes. Resulta demasiado confuso y contradictorio y casi todo lo han reunido y compilado sus enemigos. Pero en estos momentos tiene en sus manos una pizarra en blanco. Quizás opte por vivir con lealtad y circunspección y, con el tiempo...; el tiempo, ya sabéis, da ocasión de desquitarse. El tiempo tal vez se convierta en su amigo. El tiempo, en este caso, es sin duda el mejor amigo que tiene. Pero, si recurre a falsos aliados como Felipe o a los traidores ingleses, entonces... De ella depende.

El 10 de enero de 1569 Isabel dio a conocer su valoración de las vistas. Cecil se puso de pie y pidió a todos los delegados que se levantaran mientras él leía lo siguiente:

—«Por cuanto no se ha deducido contra el regente y su gobierno nada que ponga en entredicho su honor ni sus lealtades y por cuanto por la otra parte no se ha presentado ni mostrado nada que fuera suficiente para condenar a su soberana e inducir a la reina

de Inglaterra a tener en mal concepto a su buena hermana la Reina por lo que hasta ahora ha visto...»

Lord Stewart era libre de regresar a Escocia e incluso se le concedía un préstamo de cinco mil libras, en tanto que la reina María debería permanecer bajo custodia.

### III

María cabalgaba entre brincos y sacudidas por los impracticables caminos —si así podían llamarse— del helado paisaje entre Bolton y Tutbury. Poco después del término de la reunión, había recibido una brusca orden de la reina Isabel: ella y los miembros de su casa —reducida en el acto a la mitad— debían trasladarse bajo la vigilancia del conde y la condesa de Shrewsbury unas cien millas hacia el sur. Sin promesas, explicaciones ni disculpas. Le ordenó que se fuera sin más.

María opuso resistencia, negándose a viajar durante aquel invierno tan peligrosamente frío y riguroso, pero todo fue inútil. Su Majestad la Reina de Inglaterra había decidido que se marchara, y tenía que marcharse.

El viaje estaba resultando tan duro como ella había temido, e incluso más. Los vientos de enero eran implacables y recorrían un paisaje ya castigado por las fuertes nevadas. Después de la primera jornada María se había puesto enferma pero había seguido adelante. Lady Livingston se encontraba tan mal que tuvieron que dejarla en una de sus paradas, cerca de Rotherham. María se pasó todo el camino tan apesadumbrada por la noticia del resultado de la reunión que debió esforzarse por contemplar el paisaje.

«A fin de cuentas, quizá no se me presente otra ocasión —se dijo—. Esto es Inglaterra, el país que tanto deseaba ver cuando me empeñé en venir a pesar de todos los consejos de mis mejores amigos. Y ésta es Isabel, mi reina hermana que prometió auxiliarme en la aflicción. Me ha ayudado tanto que consiguió que yo aceptara una vista para que mis súbditos se justificaran ante mí y yo recuperase el trono y, como consecuencia de ello, mis presuntos pecados se airearon en público pero a mí no me permitieron defenderme a pesar de que ella exigió que yo demostrara mi inocencia antes de recibirme. ¡Tengo que demostrar mi inocencia pero no me permiten hablar! ¡De este modo yo me veo obligada a permanecer prisionera mientras que mi hermano regresa alegremente a Escocia con dinero inglés en el bolsillo!

»¿Por qué no me ha dejado en libertad también a mí? Porque asegura que aún tiene la intención de ayudarme. Ángeles del cielo, ¿habéis oído alguna vez una lógica tan enrevesada?»

Bajaban por el condado de York, siguiendo el curso del río Ure. Eran los parajes que habían pisado los participantes en la Peregrinación de la Gracia, los cuarenta mil campesinos que se habían levantado para rechazar los cambios religiosos; María comprendió con exactitud qué habían rechazado al ver las ruinosas costillas del gran monasterio cisterciense de la abadía de Fountains. Su pequeño grupo pasó por delante de las ruinas justo cuando el sol se ponía. Las ruinas parecían un blanco y descarnado esqueleto en medio del blanco paisaje; los restos eran obra de Enrique VIII, el gran

destructor y reformador.

Allí los rebeldes se habían hecho con el control de la situación antes de que los traicionaran. Enrique VIII había conseguido mediante engaños que depusieran las armas y enviaran a uno de sus jefes a Londres. «Y allí lo mató —pensó María—. Confiar en un Tudor constituye una gran imprudencia, ahora lo sé. Ojalá lo hubiera sabido antes. Jamás habría imaginado que encontraría a un Enrique VIII en el corazón de una mujer. Qué necia he sido.»

Pasaron una noche en Ripon y la siguiente en Wetherby. Al otro día llegaron al castillo de Pontefract, en el extremo sur del condado de York. Amaneció muy tarde y no montaron en sus cabalgaduras hasta bien pasadas las diez de la mañana. Aun así, todo aparecía cubierto por una débil luz grisácea que impedía distinguir las grietas y los tramos lisos de hielo del camino. Los pocos viajeros con quienes se cruzaron por el camino hicieron que Inglaterra pareciera tan desierta y desolada como los páramos escoceses. María se hallaba sumida en la profundidad de sus pensamientos cuando un grupo de mendigos se acercó al borde del camino para pedir limosna, correteando alrededor de los caballos, chillando como ratones, gritando con los niños de pecho en brazos:

—¡Comida, limosnas, si tenéis compasión!

Llevaban los pies envueltos en trapos y no calzaban ni botas ni siquiera zapatos; sus manos ennegrecidas por el polvo no llevaban guantes. Parecían brujos.

«Yo también soy una mendiga aquí —pensó María con un repentino sobresalto—. Tuve que pedir ropa prestada, pues estaba casi desnuda cuando llegué a Inglaterra.»

—Un momento —dijo refrenando su montura. Buscó en su bolsa unas cuantas monedas. Lord Scrope se molestaría, pero a ella no le importaba—. Os ruego que esperéis. —Se volvió y les hizo una seña a los guardias—. Toma —dijo, depositando una moneda en la áspera mano de un hombre. Al ver que éste permanecía agarrado a su silla de montar, le explicó—: Es todo lo que tengo.

El hombre frotó la moneda y la mordió. Tenía unos dientes asombrosamente sanos. Miró a María a los ojos y musitó:

—Soy Hameling.

¡Hameling, uno de los hombres del conde de Northumberland! ¡Claro! Ahora lo reconocía.

—¡Venid! —gritó de pronto lord Scrope.

María se quitó de prisa un anillo de oro y esmalte y se lo entregó al hombre.

—Decidle al conde que recuerde su promesa de ayudarme —susurró, apartándolo de un empujón—. ¡Largo de aquí! —agregó, levantando la voz.

Mientras reanudaban el camino, Hameling le guiñó un ojo.

A María el corazón le dio un vuelco cuando siguieron adelante en medio de aquel apagado día invernal. No estaba sola; no la habían olvidado.

La impresionante mole del castillo de Pontefract, que evocaba siniestros episodios de regicidio —allí habían dejado morir de hambre a Ricardo II—, apareció ante ellos. Dentro ya de sus fríos muros, María intentó dormir. Los miembros de su grupo, reducido ahora a sólo treinta personas, yacían acurrucados en improvisados lechos.

Northumberland simpatizaba con su causa, lo cual significaba que su amigo Westmoreland sin duda lo apoyaba. No obstante, aquellos condes habían participado en las deliberaciones en representación de Isabel. Era un milagro que las vistas parciales no los hubieran desviado de su propósito. La mujer de Westmoreland era hermana de Norfolk. Empezaba a tejerse una resistente tela que quizá constituyese el manto del que se valdría para fugarse. Pensando en estas cosas, María durmió más profundamente de lo que lo había hecho en muchas semanas.

Bajaron despacio por el pequeño condado de Derby, situado en el centro de Inglaterra como el hueso de una ciruela. Allí el paisaje abundaba en suaves lomas, arroyos y valles. Algunas distantes colinas estaban cubiertas de bosques y formaban unas manchas negras que destacaban contra la blancura de la nieve. Decían que era un condado fértil y verde, pero de eso María no vio prueba alguna en aquella triste época del año. El conde de Shrewsbury, su nuevo «anfitrión», tenía allí casi todas sus propiedades, y el grupo pasó muy cerca de dos de ellas: Wingfield Manor y Chatsworth. Sin embargo, a pesar de que éstas eran unas mansiones de reciente construcción, la Reina había ordenado que se instalaran en el castillo de Tutbury, situado más al sur, en la frontera de los condados de Derby y Stafford.

María había preguntado cómo era Tutbury y le habían dicho que ofrecía una vista espléndida de la campiña circundante más allá del río Dove, con caza abundante en el cercano bosque de Needwood, también relacionado con Robín Hood. Allí había fundado Juan de Gante su Corte de Trovadores que había convertido aquel lugar, en palabras de Scrope, «en la mismísima esencia de la Alegre Inglaterra de Antaño».

—Ah, sí, la Inglaterra de Antaño —había dicho ella—. ¿Es eso lo que he venido a ver? En realidad, se trata de algo tan legendario como las modas de Francia o los yermos de Escocia.

En su infancia, solía soñar con el rey Arturo, Robin Hood, Ricardo Corazón de León, los arqueros, el Nochebueno y el mago Merlín, y ahora se alojaría en un lugar que le haría evocar todas aquellas cosas. También sentía curiosidad por el conde de Shrewsbury y había sonsacado algunos retazos de información al circunspecto lord Scrope. El conde era muy rico y se había casado hacía poco en segundas nupcias. Su esposa, que le llevaba ocho años, era casi tan rica como él. Como parte de las negociaciones matrimoniales, habían casado a sus hijas e hijos entre sí para conservar

la riqueza dentro de la familia. El conde era protestante, pero no perseguía con demasiada saña a los católicos de su condado. Como consecuencia de ello, el condado de Derby y su vecino, el de Lancaster, contaban con un considerable número de familias católicas.

—Pero ¿cómo es él? —preguntó María.

—Descolorido —reconoció al fin lord Scrope.

—Y ¿cómo es su esposa?

—Rebosante de color. Ha añadido a su divisa las de sus tres maridos anteriores.

Avistaron Tutbury en el horizonte cuando se acercaron a la confluencia de los ríos Trent y Dove y aún les quedaba mucho camino por delante. El castillo estaba erizado de torres y murallas, se levantaba en lo alto de un peñasco que daba a las riberas del Dove y, con el sol poniente a su espalda, parecía una mellada dentadura de perro. María se estremeció al verlo. ¿La Alegre Inglaterra de Antaño? Aquello era todo menos alegre; parecía una prisión.

«Una prisión. Soy una prisionera —pensó—. Una prisionera como en Lochleven.»

Por un instante se imaginó que daba de improviso media vuelta y se alejaba al galope. «¡Yo no puedo entrar sumisamente allí!», pensó, pero enseguida comprendió que no tenía adónde ir, ni súbditos amigos que la ocultasen y protegieran. Se hallaba en el corazón del territorio enemigo, donde no encontraría refugio. Ni siquiera era capaz de orientarse.

«No, éste no es el camino —se dijo con severidad—. No te alejarás al galope para esconderte en casitas y dormir en el suelo como hiciste en tu fuga después de Langside. Tienes aliados entre los nobles. ¿Tan pronto te has olvidado de Norfolk, de Northumberland e incluso de Felipe de España? Hay muchas posibilidades de que éste invada el país en respuesta a la acción de Isabel, que se apoderó de unos barcos suyos llenos de oro que habían perdido el rumbo. No estoy sola. No estoy sola. ¡No estoy sola!»

Iniciaron el ascenso al castillo por un tortuoso y empinado camino. Su altura era de más de cien pies y tuvieron que cruzar un ancho foso seco, un puente levadizo y una impresionante torre de entrada. Al final, se encontraron en el recinto del castillo; más tarde le explicaron a María que éste tenía más de tres acres de superficie. Unas poderosas murallas lo rodeaban por tres lados; el cuarto no necesitaba protección pues frente a él se abría un vertical precipicio de cien pies hasta el valle de abajo. Dos atalayas protegían las gruesas murallas. El congelado terreno estaba desierto y sólo lo iluminaban unas cuantas antorchas que proyectaban unas espectrales y móviles sombras. Lord Scrope desmontó con rigidez.

—Voy a anunciar nuestra llegada —dijo.

El tono de su voz reveló su inquietud ante la posibilidad de que Shrewsbury no estuviese esperándolos.

María y sus servidores aguardaron acariciando a sus caballos y asegurándoles que muy pronto los conducirían al establo. Al final, Scrope regresó en compañía de un hombre.

—Reina María —dijo—, permitidme que os presente a George Talbot, conde de Shrewsbury.

«George es un nombre afortunado para mí —pensó María—. Quiera Dios que ahora éste también lo sea.»

—Encantada —contestó ella.

Shrewsbury tomó su mano, se la besó y elevó la mirada hacia ella. Era un hombre de unos cuarenta años con un rostro alargado y lúgubre, cabello ralo y barba entrecana. Sus ojos parecían haber contemplado muchas deserciones y melancolías.

—Mi esposa la condesa y yo os damos la bienvenida —dijo tristemente.

Los miembros de la casa de María se alojarían en la hilera de edificios de dos pisos del lado sur. Mientras cruzaba el umbral, su primera impresión fue la de un fuerte olor a moho que se intensificó una vez dentro. El cuarto de la guardia hedía como una gruta y de sus paredes chorreaba agua. Sintió un frío intenso.

—Bienvenida, Majestad —dijo una poderosa voz. Una mujer acababa de salir de una estancia contigua y se acercaba a María—. Soy Bess, la condesa de Shrewsbury.

Lo primero que se le ocurrió a María al verla fue que alguien había tomado a la reina Isabel y le había pasado por encima una piedra de molino, dejándola aplanada y con las facciones ensanchadas. Aquella mujer se parecía a la Reina, con su cabello rojizo claro, su larga y fina nariz y sus pequeños y apretados labios. Pero su rostro y su figura eran cuadrados. Todo en ella era cuadrado, desde la cabeza hasta las curiosas uñas de los dedos, pasando por los ojos, los hombros y las manos. Por debajo de su gruesa falda de lana asomaban unos zapatos tan cuadrados como los pies que cubrían.

—Confío en que os encontréis a gusto aquí —añadió la mujer—. Hemos pedido tapices a Sheffield y muebles a Londres. ¡Este lugar se encuentra en condiciones malas, francamente malas, y nosotros nunca nos alojamos en él! ¡La información de la Reina no está muy al día!

Sonaba como si quisiera darle a la Reina un buen tirón de orejas.

—Estoy segura de que me encontraré muy a gusto —contestó María.

—¡No estéis tan segura! ¡Es un lugar muy poco civilizado! Se construyó hace más de doscientos años y no se ha hecho nada desde entonces. ¡Pero —añadió la condesa, soltando un resoplido— hacemos lo que podemos! —Volviéndose hacia su esposo, agregó—: George, ¿aún no hay noticias de las siete colgaduras de lino con los trabajos

de Hércules? Las pedí el lunes pasado. Prometisteis que las enviarían desde Wingfield. ¿Qué se sabe de ellas?

—Me han asegurado que se encuentran en Derby. Uno de los mulos está cojo.

—¡Las que están cojas son vuestras excusas! —rugió la esposa. Después se dirigió a María—: Os acompañaré a vuestros aposentos, Señora.

4 de marzo de 1569. Castillo de Tutbury, condado de Stafford. ¿Qué he hecho yo para merecer este castigo? Este «castillo» no sería apropiado ni siquiera para Judas o Bruto y, sin embargo, yo me veo obligada a soportarlo. Se yergue en la cima de un peñasco, expuesto a todos los elementos; los vientos lo azotan y penetran a través de los frágiles edificios del lado sur que me han asignado. Los aposentos son peores de lo que me parecieron al principio cuando aspiré su olor. El moho despedía un aroma delicado en comparación con el hedor de las letrinas que no tienen dónde vaciarse y se pudren justo debajo de nosotros. Unos vapores mefíticos impregnan todas las estancias. Al combatirlos con perfume sólo se consigue que el aroma se mezcle con los malos olores de la letrina y resulte repulsivo.

Dicen que Tutbury «mira a la campiña», pero allí abajo no hay más que pantanos y ciénagas. Con el deshielo han surgido de ellos unos mortíferos vapores que el inmisericorde viento empuja hacia arriba emponzoñando con ellos el aire, de la misma manera que las letrinas envenenan la atmósfera interior. Mi ropa apesta como si me hubiese revolcado en un fango putrefacto.

Este castillo está tan vigilado, con su tortuoso y empinado camino que sube desde la aldea y su imponente torre de la entrada, que no me ha sido posible mantener correspondencia, excepto con Isabel. Una y otra vez le suplico que me permita ir a hablar con ella en persona o que por lo menos me permita probar suerte en otro lugar. Pero sus respuestas son evasivas. ¿Cómo lo resistiré? Nada sé acerca de lo que ocurre en Escocia ni de la situación en que se encuentran mis partidarios. Nada sé sobre la suerte de Bothwell. Tampoco sé nada de lo que ocurre en el continente europeo ni de lo que hacen mis parientes de Francia e ignoro si Felipe ha reaccionado a la provocación inglesa. ¡En resumen, me hallo presa en una oscura mazmorra!

He creado una clave secreta para Norfolk. El embajador español es «30». Yo soy «40». Northumberland es «20» y Westmoreland es «10». He pasado muchos trabajos para enviarles mensajes. Ellos no pueden mandarme ninguno y yo sólo envío los míos a través de mi fiel lord Herries o de mi recién llegado John Leslie, obispo de Ross, que le lleva mis cartas a Isabel y también saca a escondidas los mensajes que envío a los demás. Sin embargo a veces los registran, y es difícil pensar en algún escondrijo que no se les haya ocurrido a mis adversarios. Dicen que este Francis Walsingham, ayudante de Cecil, es un espía insuperable y tiene agentes repartidos por doquier. De esta manera, se conoce todas las estrategias y, por si fuera poco, es ingenioso en extremo. Él es quien trabaja detrás de los demás como una sombra, y es su ingenio, en definitiva, el que debo burlar cada vez que quiero enviar un mensaje.

¡Cómo se divertiría Catalina de Médicis, que tanto despreciaba mis intentos de inventarme juegos de intriga cuando yo era pequeña en Francia! Sin embargo, así como un hombre de brazos débiles ha de aprender a cortar leña si quiere encender fuego, yo tendré que aprender todas estas cosas que preferiría ignorar.

Leslie asegura que las cosas se mueven y que ya empiezan a convencer a Norfolk. ¡Debo hacer algo para fortalecer su determinación! Por supuesto que no me interesa casarme con él, pero no se trata de eso. Para unirme a él en matrimonio tengo que ser libre, y cuando lo sea podré tomar una decisión. Para aparentar sinceridad, he de pedir al Papa que anule mi matrimonio con Bothwell, lo cual es absurdo, pues no me casé con él según el rito católico. Pero no importa...; resultará convincente y me ofrecerá la ocasión de escribir sin reservas a Bothwell, de hablar con él, aunque sólo sea desde un papel...

Ahora tengo un sacerdote en mi casa, se llama sir John Morton y finge ser un caballero a mi servicio. Shrewsbury lo sabe, pero tiene la gentileza de hacer la vista gorda. Con la partida de Knollys, han dejado de someterme a las enseñanzas del clérigo anglicano. La presencia de Morton me reconforta y me permite practicar mi religión, aunque sea a escondidas.



Debo terminar. Me duelen los dedos. Desde que estoy aquí, se me han hinchado y anquilosado las articulaciones. Mi médico sostiene que es reumatismo. ¡Pero sólo tengo veintiséis años!

María dejó la pluma y tapó el tintero. La tinta se había solidificado a causa del frío. Después cerró el diario y lo envolvió en una falsa cubierta de libro mayor que había creado con tal propósito y lo dejó en la estantería donde se guardaban los demás libros de cuentas. Cuando se levantó y se alisó la falda se percató de lo anquilosados que estaban sus dedos.

Se arrodilló un momento delante del crucifijo que lady Douglas había tenido la amabilidad de enviarle desde Lochleven y rezó.

—Padre celestial —musitó—, ten compasión de mí que soy tu hija. No estarás para siempre enojado conmigo. En las Sagradas Escrituras se dice: «No mantiene su cólera eternamente pues se complace en la clemencia.» Sé que a veces nos exiges sufrir... ¿Se tratará de esto y no un castigo derivado de tu ira? Recuerdo algo que dijo el cardenal hace tiempo en Francia... acerca del sufrimiento como fin en sí mismo. Pero entonces no presté atención; era joven y me sentía feliz. ¿Cómo era? Creo que dijo que el sufrimiento tenía la finalidad de enseñarnos a ser obedientes. ¡Muéstrame entonces lo que debo hacer y obedeceré!

Se levantó y notó que también le dolían las rodillas. El reumatismo empezaba a afectarlas. Un estremecimiento de temor le recorrió el cuerpo. «¿Acaso Dios quiere hacerme sufrir no sólo en el espíritu sino también en el cuerpo?», se preguntó aterrorizada.

Abandonó la habitación y se dirigió hacia la alargada estancia que le servía de antesala y salón y estaba dividida en dos por un tabique revestido de madera. Cada una de las partes disponía de su propia y triste chimenea, insuficiente para caldear la estancia. Bess ya estaba sentada en una banqueta junto al fuego, con los hombros cubiertos por un grueso chal de lana. Al ver entrar a María, la miró con ansia.

Ésta llevaba tres semanas ayudándola a diseñar las colgaduras y los bordados destinados a la nueva mansión de Chatsworth que Bess había heredado de su segundo esposo William Cavendish, el padre de toda su prole, y ahora la reconstruía sin la ayuda de su nuevo marido, a quien siempre se refería de manera un tanto grosera como «George». Bess mostraba un anhelo infantil de consultar a María acerca de cuestiones relacionadas con el buen gusto, sabiendo que ésta había vivido en todos los grandes castillos de Francia y había visto los murales de Fontainebleau, las columnas de mármol de Saint-Germain-en-Laye, los cuadros de Diana de Poitiers pintados por Primaticcio en Chenonceau y los armarios secretos de Blois. Para su gran deleite, María había pedido que le enviaran sus libros de motivos de bordados que causaban furor en Francia... o lo habían causado en 1560. Entre ellos se encontraban las *Devises Héroïques*, de Claud Paradin, y *La Nature et Diversité des Poissons*, de Pierre Belon.

Todos contenían máximas y fábulas y grabados de animales en madera de boj adaptables a los bordados. Bess, que no sabía suficiente francés como para entender los textos que los acompañaban y esperaba que María la ayudara, le mostró el cañamazo en que estaba trabajando.

—¡He empezado a hacer el espejo roto! —le informó con alegría.

María sonrió. Se asombraba de los rápidos progresos de Bess, que ponía en aquella actividad el mismo entusiasmo que en todo lo demás y avanzaba tan veloz como un auriga que se hubiera vuelto loco.

—¡Excelente! —exclamó María—. ¡Será un digno tributo a la memoria de sir William!

—¡Ah, ojalá él pudiera verlo! —Bess suspiró mientras acariciaba la labor con sus cuadrados dedos.

—Lo ve, madame —le aseguró María—. Lo ve desde el Cielo.

—Sí, claro, pero... —Bess se inclinó de nuevo sobre el motivo que ella y María habían diseñado en memoria de sir William, el donante de Chatsworth. A pesar de que su viuda se había consolado con dos nuevos maridos desde que él muriera, el motivo era una gráfica representación del luto. Unas lágrimas llovían sobre el azogue rodeado por el lema «Las lágrimas son testigo de que la llama apagada vive», escrito en latín, claro, para conferirle una mayor dignidad. Alrededor de esto un borde de símbolos de luto enmarcaba un guante, símbolo de la fidelidad, cortado por la mitad; unas segadas cuerdas entrelazadas; un espejo roto; tres (por las tres viudeces de Bess) sortijas de matrimonio rotas; una cadena partida.

—Lo verá desde el Cielo y se sentirá orgulloso —dijo María, abriendo su costurero para extraer su labor, cuyo motivo era de inofensiva apariencia: una mano espectral que bajaba del cielo con una podadera que cortaba las ramas de un árbol, rodeada por la leyenda «La virtud florece en la herida». María le había explicado a Bess que era un símbolo de su firme creencia de que estaba siendo castigada para que se fortaleciera por medio del sufrimiento. Ostentaba su monograma con sus iniciales y las de Francisco. Así suspiraban y conversaban las dos acerca de sus amados y difuntos esposos mientras sus agujas entraban y salían de los cañamazos cual luciérnagas.

Sin embargo, el motivo que bordaba María era para un cojín destinado a Norfolk, y los símbolos pretendían transmitirle un mensaje distinto e inducirlo a entrar en acción: la rama estéril era Isabel mientras que la que llevaba (ruto era ella... y él. No sabía cómo enviárselo pero ya encontraría la manera de hacerlo).

Al cabo de una hora, Bess recordó de repente que debía hablar con George acerca del forraje de los caballos, por lo que guardó su labor en el costurero y se retiró. María continuó cosiendo con los ojos fijos en la labor, hasta que estuvo segura de que Bess se había marchado en efecto. Entonces se levantó con la mayor naturalidad posible —las rodillas todavía le dolían— y ordenó a uno de sus servidores que fuera

en busca de George Douglas. Acababa de tomar una decisión.

George se presentó de inmediato con expresión de alivio. Apenas había tenido ocasión de hablar a solas con ella desde su llegada a Tutbury. Ella sonrió y subió el peldaño del sillón situado bajo su escudo de armas que servía de trono.

—¿De modo que hoy sois oficialmente la Reina y debo permanecer a vuestros pies? —preguntó George.

—Tengo que sentarme en este sillón bajo mi escudo de armas para no olvidar quién soy y no acabar por creer que soy tan sólo una pobre prisionera.

—La divisa que campea en vuestro escudo de armas es «*En Ma fin Est Mon Commencement*», «En mi fin está mi principio». Muchas veces me he preguntado por qué la elegisteis, ya que esto no será vuestro fin... ¿o acaso vos lo veis así?

Era tan fiel, tan sincero.

—No, por supuesto que no —repuso María—. En el lienzo se representa el ave fénix que surge de sus cenizas... ¿Lo comprendéis ahora?

—Sí.

George había permanecido con ella durante todos aquellos meses y estaba claro que tenía la intención de seguir a su lado hasta «el fin». María sabía que el joven la deseaba y, al mismo tiempo, la adoraba. Algunas veces ella se había sentido tentada por su masculina belleza y su propia y forzosa castidad y había pensado de qué otra manera podía recompensarlo y qué mal habría en que disfrutara de un pequeño placer en aquella prisión en la que estaba encerrada. Sería un acto de misericordia y caridad, pero el respeto que George le inspiraba le había impedido hacerlo. Si hubiera sido menos noble y menos puro..., si se hubiera parecido un poco más al oportunista Ruthven o incluso al pragmático Maitland... Claro que entonces no le habría interesado. Lo que más la atraía de él era su honradez y su pureza.

—George, necesito vuestra ayuda —le dijo—. Bien sabe Dios lo mucho que he esperado mi liberación, pero mi encierro no parece que vaya a terminar. Debo enviar a alguien a Francia para que se ponga en contacto con mis parientes los Guisa y examine la situación de mis propiedades. Tengo derecho a mis ingresos como reina viuda, pero desde mi huida de Escocia no se me ha enviado nada. Necesito a alguien digno de confianza. ¿Estaríais vos dispuesto a ir?

—¡No quiero dejaros! —respondió el joven.

Convencerlo sería difícil.

—Me habéis servido muy bien y ahora veis que necesito otro favor. Esto no se diferencia en nada de cuando conseguisteis caballos y hombres para mi huida de Kinross; sólo que habréis de ir más lejos. Quiero que contribuyáis a reunir tropas en Francia. Vuestro trabajo para mí aún no ha terminado.

—Si el mar se interpone entre nosotros, no podré luchar por vos. Aquí, en vuestro séquito, no hay soldados.

Qué apuesto era; no era de extrañar que lo llamaran Geordie *el Hermoso*. María había notado que los criados de ambos sexos de Shrewsbury lo miraban con disimulo. Le hizo señas de que se acercara a ella.

—Mi estimado George —le dijo—, ya veo que tendré que daros una orden. Resultó acertado sentarme bajo mi escudo de armas real.

Extendió los brazos y, tomando el rostro de él entre las manos, lo atrajo hacia el suyo y le dio un prolongado beso en los labios.

George se apartó temblando.

—Os ordeno que cumpláis esta misión en mi nombre —susurró María—. Y si, durante vuestra estancia allí, encontráis a una francesa que sea de vuestro agrado, os suplico que contraigáis un honroso matrimonio con ella. Habéis perdido vuestra fortuna siguiendo la mía; ahora yo os envío a Francia para reparar el daño en la medida de lo posible.

—¡Yo no quiero a nadie más! —repuso George de manera impulsiva—. ¡Jamás habrá otra!

—En tal caso, echáis sobre mí una injusta carga de remordimiento. Vos sabéis que estoy casada, y que renunciéis de un modo deliberado a la oportunidad de ser feliz y formar una familia por culpa de una mujer casada supone una crueldad para mí. ¡Para mí, a quien vos decís amar!

—¿O sea que, si os amo, he de casarme con otra? —replicó George—. ¡Qué amor tan extraño!

—Conforme pase el tiempo, descubriréis otros todavía más extraños. Francia os será beneficiosa; allí os educaréis en el amor.

Pero hubiera deseado decirle, «No me creo una palabra de lo que he dicho; busquemos el placer el uno en brazos del otro. Quizás esto sea lo único que tendremos en la vida».

—¡Un amor pervertido! —resopló el joven—. ¡Un amor en el que el Rey luce la divisa de su amante y avergüenza en público a la Reina!

María soltó una suave carcajada.

—Entonces sin duda preferiríais el ardiente y puro amor de un rey como Enrique VIII, ¿verdad? ¡Un amor que no tolera ningún otro!

George clavó en ella sus gélidos ojos azules.

—En efecto. ¡Por lo menos él era sincero!

—¿Entonces la sinceridad es el rasgo que valoráis por encima de cualquier otro?

George asintió con el semblante muy serio.

«En tal caso, más vale que os marchéis —pensó María—. Oh, George, cuánto os echaré de menos. Os lleváis mi juventud con vos, mi caballero de la sinceridad.»

Cuando él se retiró María se sentó desconsolada. De repente, le pareció que todas sus intrigas, sus claves y sus bordados habían perdido interés para ella. Todo aquello le exigía un esfuerzo demasiado grande.

«Habría sido mucho más fácil ser del todo sincera —pensó—. Dicen que el salario del pecado es la muerte, pero el salario de la sinceridad será toda una vida de encierro. Porque otras personas no son sinceras. Hay que combatir el fuego con el fuego. O morir. Todos mis intentos de actuar con clemencia y justicia fueron traicionados en Escocia y me han traído a este lugar.»

15 de mayo de 1569. Un siniestro aniversario: se cumplen dos años del día en que Bothwell y yo nos convertimos en marido y mujer y un año de la batalla de Langside. Mañana hará un año de mi llegada a Inglaterra. ¡Y aún no he visto a Isabel! En Francia, George ha trabajado mucho en mi nombre y tengo la esperanza de recibir de nuevo mis rentas. Sin dinero nada puedo hacer, ni siquiera pagar a mis criados, pero vivo gracias a una asignación de Isabel.

En Escocia —¡oh, qué dolor, qué perfidia!— Borthwick y Rothes se han pasado al bando de lord Stewart. Sólo me quedan el castillo de Dumbarton y algunos nobles desperdigados que se niegan a postrarse ante mi hermano.

Felipe de España ha tomado represalias por la política de hostilidad de Isabel apoderándose de todos los barcos y los bienes ingleses en los Países Bajos y, a su vez, Isabel ha mandado detener a todos los españoles de Inglaterra. Esto significa que el embajador español se halla bajo arresto domiciliario en Londres, lo que dificulta, a mi juicio, el envío y la recepción de mensajes. Un banquero florentino, un tal Roberto Ridolfi, ha servido de correo entre el embajador y Leslie.

Los franceses han resultado ser menos útiles de lo que yo esperaba, pues Isabel ha estado negociando con ellos su posible boda con Carlos IX, ¡que cuenta diecisiete años menos que ella! ¿Acaso su hipocresía no tiene límites? Después irá detrás del pequeño Enrique o incluso del bebé, ¡que tiene veintidós años menos!

Dicen que en el norte hay cierta agitación y que mis esperanzas de rescate no carecen de fundamento. ¡Ahora, espíritus de la guerra, inducidlos a entrar en acción!

Al final, Norfolk y yo hemos encontrado un canal seguro de comunicación. Me ha enviado un diamante que llevo colgado del cuello y escondido bajo la ropa, tal como le prometí. Le escribo cartas e incluso las firmo con un «Fielmente vuestra hasta la muerte».

Que Dios me perdone.

## IV

Los caballos se detuvieron delante de la gigantesca puerta adornada con tachones de la catedral de Durham. Westmoreland se volvió y gritó:

—¡Desmontad! ¡No entraremos en la casa de Dios como unos bárbaros!

A su espalda trescientos hombres se apearon haciendo crujir sus sillas de montar. Northumberland lo agarró por el brazo.

—¡Éste es el día que tanto tiempo llevamos esperando, hermano! —le dijo.

Los ojos le brillaban de emoción.

Cada uno de ellos asió uno de los recios tiradores de bronce de la puerta —tan grandes como bandejas de servir— y juntos abrieron la puerta. La larga nave del templo se extendía ante sus ojos como invitándolos a entrar. La luz de la mañana se filtraba a través de las vidrieras del ábside. Como un inmenso y silencioso bosque, las impresionantes columnas de piedra formaban un túnel en cuyo final brillaba aquella luz. Las columnas eran centinelas que montaban guardia desde hacía cuatrocientos años.

—¡Con respeto, amigos míos! —indicó Westmoreland, levantando la voz.

Volvió el rostro hacia la luz y se encaminó a ella, seguido de su ejército. El y Northumberland recorrieron la nave de más de trescientos pies de longitud.

En el lugar antaño ocupado por el altar mayor ahora sólo había una desnuda mesa de comunión. Detrás de ella se levantaba un antealtar de piedra labrada de delicado color crema cuyas vacías hornacinas semejaban unas cuencas oculares.

—¡Enjugad vuestras lágrimas, Bienaventurada Señora! —exclamó Northumberland—. ¡Nosotros os devolveremos la vista! —Se situó a un lado de la mesa de comunión y Westmoreland al otro—. ¡Empujad! —ordenó, y juntos derribaron la mesa, que cayó pesadamente con las anchas patas levantadas como las piernas de un niño tumbado boca arriba en el suelo—. ¡Ahora rompedla! —les ordenó a los hombres.

Soltando gritos de entusiasmo los hombres del norte se adelantaron con las espadas en alto y empezaron a destrozar la mesa. Los golpes de sus espadas y sus destraes resonaron como un sordo rumor en el desierto interior de la catedral.

—¡Aquí está la gran abominación, la Biblia protestante y el Libro de Oraciones de la Iglesia Anglicana! ¡Tomadlo todo, muchachos, llevadlo afuera y quemadlo! —gritó Northumberland—. ¡Limpiemos este lugar!

—¡Y, cuando terminéis, consagraremos de nuevo y celebraremos una misa! —dijo Westmoreland—. ¡El padre Wright aquí presente la oficiará con agrado! —Hundió los dedos en el hombro de un sacerdote cautivo—. ¡Pero no sólo para nosotros! ¡Que vengan todos los ciudadanos! ¡Sí, id a reunirlos!

Delante del improvisado altar el padre elevó la sagrada forma y ofició la primera misa que se celebraba desde hacía diez años en aquella catedral ahora llena a rebosar de fieles. La gente cayó de rodillas y pidió que se le absolviera de su pecado por haber tolerado la herejía, y los sacerdotes anglicanos del lugar se unieron a los fieles suplicando perdón por haber obrado en contra de su conciencia. El incienso se esparció por el aire, las prohibidas cuentas de los rosarios volvieron a tintinear, y el sonido del latín cantado se transmitió de nuevo con suavidad por el aire.

—Oremos por nuestro Santo Padre el Papa, por toda la Iglesia y por nuestra soberana María Estuardo, Reina de Escocia, Francia e Inglaterra —concluyó Northumberland—. ¡Que Dios la bendiga para que reine sobre nosotros!

—¡Amén! —respondió el pueblo.

Isabel asió a Robert Dudley por los hombros en cuanto éste entró en su cámara privada de Windsor. Su repentino arrebató a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio.

—¿Qué noticias hay? ¿Dónde están ahora? —preguntó, ansiosa.

—Señora, la última noticia que recibí es que celebraron una misa en la catedral de Durham tras derribar todos los ornamentos protestantes. Después encendieron una enorme hoguera delante de la catedral y quemaron en ella los ofensivos objetos. Northumberland y Westmoreland enardecieron los ánimos de los ciudadanos diciéndoles que la mujer del obispo protestante de allí había tomado la antigua pila bautismal y la había colocado como fregadero en su cocina y que había empleado las lápidas sepulcrales de los monjes para pavimentar el suelo de su casa.

Dudley se acarició los hombros para alisar el terciopelo que Isabel había arrugado.

—¿Cuántos son?

—En Durham, unos trescientos.

—¡Bah! —espetó Isabel—. ¡Trescientos!

—Pero, en total, quizás haya mil hombres de a pie muy mal armados, ya sabéis, con horcas y palas, y otros mil quinientos, con monturas, bien pertrechados y muy peligrosos. Y hay otro grupo en Hartlepool, ¿sabéis?

—Dos mil quinientos entonces —dijo Isabel en tono áspero—, y Sussex está esperando refuerzos. No se fía de los habitantes de la zona; no estamos seguros de su lealtad. Hunsdon debe marchar hacia el norte con sus tropas.

—¡Yo estoy preparado para partir! —aseguró Dudley.

—Sí, ya lo sé, Robin, pero os quiero aquí conmigo en esta... ¡en esta prisión! —Isabel abarcó con un gesto la estancia—. ¡No soporto verme obligada a permanecer encerrada aquí en Windsor como una cobarde! ¡Escondida entre estos muros de piedra!

—No sois una cobarde, tenéis un corazón de león.

—Sí, Robin, lo sé, y vos también lo sabéis, pero ¿lo saben ellos? ¿Lo sabe ella? — Isabel miró alrededor con los ojos entornados—. ¿A qué distancia de Tutbury han llegado?

—El punto más meridional que alcanzaron fue Tadcaster. No cruzaron el río Ouse. Esto está todavía a setenta millas al norte de Tutbury. Ahora han subido de nuevo a Durham, a ciento treinta millas al norte. Se han replegado.

—¡Quiero que la trasladen más al sur! —dijo con brusquedad Isabel— ¡No deben ponerle las manos encima!

—¡Mi estimada Señora, no hay peligro de que esto ocurra! No tenéis por qué preocuparos tanto.

Dudley intentó mirarla a los ojos y hacerla sonreír.

—¡Pretenden rescatarla! ¡Era parte de su plan! —Isabel tenía la boca tan apretada que habría resultado imposible arrancarle una sonrisa—. ¡No intentéis decirme lo que tengo que hacer!

—No, Señora. Eso jamás.

Dudley inclinó con obediencia la cabeza.

—Emitieron una proclama desde Durham la primera vez que atravesaron aquel lugar, diciendo que querían establecer «a quién pertenece por derecho la verdadera sucesión a la Corona». ¡No lo subestiméis! ¡Por supuesto que quieren liberarla!

—El apoyo con que contaban se debilita por momentos. Cuando intentaron marchar al sur no fueron muchos los que se unieron a ellos; al parecer, los católicos son mejores ingleses que católicos, por lo menos al sur del Ouse. No tenéis que preocuparos por eso.

—¿Y qué me decís de los españoles? Walsingham ha descubierto que intentaron conseguir que el gobernador de Felipe en los Países Bajos, el bárbaro duque de Alba, enviara tropas —alegó Isabel esbozando una nerviosa sonrisa de triunfo.

—Sí, y los rebeldes han capturado incluso Hartepool para ofrecerle un lugar de desembarco. Pero él no ha hecho nada. Ni hará. Es un hombre inteligente y astuto que no intenta despertar apoyos ni simpatías donde no los hay. —Dudley probó de nuevo a tomar sus manos—. Los españoles constituyen una amenaza imaginaria.

Isabel soltó un resoplido.

—¿Con diez mil hombres a nuestras puertas, en los Países Bajos?

—El agua se interpone entre nosotros.

—Ah, sí. El agua. El canal. —Isabel suspiró y trató de sonreír—. Quizá tengáis razón, Robert. Me angustio por nada. A fin de cuentas, Norfolk se encuentra a buen recaudo en la Torre.

Robert se echó a reír.

—El fiel caballero de María. Vaya espectáculo... Se ocultó como un cobarde en su



casa. ¡Ojalá todos vuestros enemigos contaran con paladines tan audaces como él!

Isabel sacudió la cabeza.

—¡Y pensar que mis enemigos son mis primos!

Los rebeldes confiaron en vano en que sus filas se llenaran de entusiastas católicos. Los católicos ingleses mostraron una curiosa apatía y se limitaron a esperar sin hacer nada. Lord Dacre, yerno de Norfolk, encabezó un ataque contra las tropas de Isabel dirigidas por lord Hunsdon y sufrió una aplastante derrota. A medida que se acercaba el invierno, los rebeldes se retiraron hacia el norte, más allá de la antigua muralla romana, y posteriormente al otro lado de la frontera de Escocia en los yermos parajes de Liddesdale.

Entonces lord Stewart, deseoso de aprovechar la oportunidad para impresionar a Isabel, los persiguió e intentó rodearlos. Sin embargo, la antigua tradición de las Fronteras de dar cobijo a los fugitivos dificultó la tarea de encontrarlos, y Jacobo sólo logró capturar al conde de Northumberland. El conde de Westmoreland y la esposa de aquél, que era más belicosa que los hombres, huyeron a los Países Bajos. Quienes tuvieron que enfrentarse con la cólera de Isabel fueron los habitantes de los condados de Northumberland y de York que no tenían adónde huir.

Cientos fueron ejecutados en las ciudades y las aldeas al grito de «¡Así perecen los enemigos de la Reina!», y permanecieron colgados en los patíbulos a modo de advertencia. Los gélidos vientos de enero agitaron mil cadáveres que, crujiendo en sus cadenas, parecían murmurar desde sus bocas descarnadas: «Nos traicionaron... Nos traicionaron.»

15 de marzo de 1570. Todo ha terminado. Northumberland y Westmoreland intentaron enardecer al pueblo para que proclamara su fe en la antigua religión pero sufrieron una cruel humillación. Yo abrigué la insensata esperanza de que me rescataran y cada día esperé que fuera el día de mi liberación. Pero no. No hay liberación.

Hoy ha venido a verme Shrewsbury, cuya cara estaba más larga que nunca, me ha dicho casi en un susurro:

—Traigo una triste noticia. Vuestro hermano ha muerto.

—¿Mi hermano?

¿Se refería a lord Stewart? Seguramente, pues no conoce la existencia de mis restantes hermanos. Y, sin embargo, no era posible.

—Lo alcanzó una bala en Linlithgow —prosiguió—. Al parecer, uno de sus enemigos, un Hamilton fiel a vuestra persona, lo esperaba en una estancia de arriba que daba a la calle principal, y disparó contra el regente cuando éste recorría la calle a lomos de su caballo.

—¿Que Jacobo... ha muerto?

Un terrible temblor recorrió todo mi cuerpo. Jacobo era quien siempre se hallaba a salvo, quien dirigía los asesinatos. Si Jacobo podía ser asesinado...

—Murió en cuestión de horas —dijo Shrewsbury—. La herida era muy grave. —Hizo una pausa—. Un día muy triste para Escocia.

—¡Siempre muertes! ¿Por que no cesan jamás? —exclamé—. ¿Y ahora quién gobierna?

De repente me percaté de que en Escocia todo había cambiado en un instante. ¿Quién gobernaría?

—La reina Isabel intenta convencerlos de que elijan como regente en sustitución de lord Stewart al conde de Lennox.

¡Lennox! No era probable que lo hiciesen.

—Eso exigirá muchas dotes de persuasión —repuse.

—Y otra noticia muy triste, ¡aunque quizá para vos no lo sea! Es que el Papa ha promulgado una bula de excomunión contra la reina Isabel. ¡Está claro que este estúpido hombre tan mal informado cree que con ello ayudará a los católicos ingleses y los animará a intentar derrocar a Isabel! —Con un resoplido de desagrado, Shrewsbury me entregó un papel—. ¡Leedlo vos misma!

Eché un vistazo a la *Regnans in Excelsis*. La bula privaba a aquella «sierva de la iniquidad de su pretendido título al trono de Inglaterra y eximía a todos sus súbditos de la obligación de ofrecerle su lealtad.

«Los pares, los súbditos y el pueblo del citado reino y todos los demás que están sujetos a ella bajo otras condiciones, quedan liberados de su juramento y de toda suerte de deber, fidelidad y obediencia. Ordenamos a estas personas e instamos a todos los nobles, los súbditos y el pueblo que no se atrevan a obedecerla en ninguna de sus leyes, disposiciones ni órdenes e incluimos en la misma excomunión a quienes hagan lo contrario.»

—No me parece prudente —fue lo único que me permití decir. Y no lo es. Comprendo que Su Santidad Pío V desea trazar las líneas de batalla entre las dos religiones, pero piensa demasiado en el Reino de los Cielos y no presta la debida atención a las consideraciones terrenales. Si esta bula se hubiera publicado antes de la Rebelión del Norte, puede que hubiera ejercido cierto efecto. Ahora sólo servirá para que los católicos sufran más penalidades y sean objeto de sospecha. Hace años, su predecesor Paulo IV declaró hereje a Isabel y me reconoció a mí como la legítima ocupante del trono, pero no pidió de manera tan evidente a sus súbditos que la destronaran. Eso supone una bofetada al rostro de Isabel; lo otro no significó más que una suave advertencia.

—¡La prudencia no reside en Roma! —respondió Shrewsbury, indignado.

Cuando se retiró, me pasé largo rato rezando por Jacobo delante del crucifijo, ¡aunque yo sabía que aquella forma de oración no le gustaba! Pero debemos rezar los unos por los otros cada cual a su manera. Cerré los ojos y recordé a mi hermano tal como era tiempo atrás y corrí un velo sobre el presente.

—Concédele el eterno descanso —imploré.

Pero ahora que ya he superado el sobresalto y he tenido unas cuantas horas para recuperarme, no puedo evitar preguntarme si no se habrá despejado el camino para mi regreso a Escocia. ¿Y si me llamaran los lores? Al no encontrarse a las órdenes de lord Stewart, quizá se muestren más amables conmigo. Y quizá descubran, como ya hicieron antes, que necesitan a su Reina.

## V

María sujetó las riendas con toda la fuerza que le permitían sus entumecidos dedos mientras cruzaba al trote las puertas de Chatsworth y se adentraba por el camino de su nuevo lugar de encierro, el castillo de Sheffield. Durante la Rebelión del Norte, la habían llevado a Coventry, treinta y cinco millas al sur de Tutbury, para más seguridad. Tras la fuga de los condes y el aplastamiento de su rebelión, la habían trasladado cincuenta millas más al norte, de nuevo a una de las mansiones de Shrewsbury, Chatsworth. Ahora, en noviembre de 1570, un año después de la rebelión, ella y sus servidores habían sido enviados a catorce millas de distancia de allí, a la ciudad de Sheffield, donde el conde contaba con dos residencias: el castillo y una mansión situada a una milla de distancia. De esta manera, la trasladaban de un sitio a otro cada vez que era necesario limpiar alguno de los dos.

Poco a poco, los miembros de su grupo habían adquirido un cierto carácter permanente. María contaba con su médico Bourgoing, un cirujano, un boticario, una bordadora, su sastre Balthazar, varios criados, damas de honor como María Seton y madame Rallay, Jane Kennedy y Marie Courcelles en sustitución de las dos Marías perdidas, y varios secretarios, como Claud Nau, todos bajo la supervisión de John Beaton, el jefe de su casa. Tenía también a un sacerdote secreto, y a Bastian Pages, que intentaba ofrecerle todo el entretenimiento posible, dadas las circunstancias. Los sirvientes encargados de la cocina eran ocho, y contaba, además, con un cochero y tres mozos de cuadra. Por desgracia, no estaba autorizada a viajar a ninguna parte. Algunos de sus partidarios, como lord Boyd y lord Claud Hamilton, habían regresado a Escocia, pero aún permanecían al lado de María Willie Douglas, John Leslie y los Livingston.

Ella y los Shrewsbury empezaban a alcanzar la extraña situación de vaga amistad que suele producirse entre el carcelero y el rehén; se intercambiaban regalos y bromas, compartían confidencias y noticias acerca de personalidades neutrales e intervenían en los pequeños acontecimientos cotidianos de sus respectivas vidas. Bess y María decoraban y amueblaban juntas las propiedades de aquélla, y María incluso había escrito a Francia para pedir dechados e hilo de bordar, pero Shrewsbury se había visto obligado a leer las cartas antes de que las enviase. María no había logrado encontrar en la casa de los Shrewsbury partidarios como los que tenía en Lochleven; los únicos servidores leales con que contaba eran los que ella había llevado consigo.

A pesar de la fuerte vigilancia, María había encontrado distintos medios de enviar y recibir correspondencia. En verano, Norfolk había sido liberado de la Torre y puesto bajo arresto domiciliario tras haber jurado por escrito interrumpir su comunicación con María y desistir de sus planes matrimoniales con ella. Sin embargo, el duque había

incumplido de inmediato su juramento y se intercambiaba cartas secretas con María por medio de paquetes de hilos de seda y comida, escritas con jugo de naranja, sólo visible cuando se acercaba al calor de una llama.

No obstante, el fracaso de la rebelión en la propia Inglaterra significaba que ella no tendría la menor posibilidad de verse libre sin la ayuda exterior, ya fuera ésta francesa o española. Los rebeldes ingleses habían recibido castigos tan severos que, a todos los efectos, no quedaba ninguna esperanza local de liberación. De ahí que se hubiera visto obligada a entablar negociaciones con los españoles a través de un agente papal, el banquero Roberto Ridolfi. La excomunión dictada por Paulo IV contra Isabel, así como su bula, en la que no se reconocía a ésta su derecho al trono, habían desatado entre los ingleses del otro lado de la frontera un frenesí de odio contra el Papa y todo lo extranjero. Ridolfi, que había llegado en un principio a Inglaterra con Felipe como una especie de niño prodigio de la economía, se había quedado en el país como asesor de personajes de la corte como el propio Cecil. Walsingham lo había investigado después de la Rebelión del Norte, pero había salido indemne de la prueba. Pese a todo, la intervención extranjera era muy arriesgada en aquellos momentos.

Entretanto, el número de partidarios de María en Escocia disminuía. Seguía conservando el castillo de Dumbarton bajo el mando de lord Fleming y los Hamilton, y en una repentina acción, Maitland —a quien por algo llamaban el Camaleón, pensó María— había conseguido que Kirkcaldy se convirtiera a su causa y abandonase el bando de los lores, y juntos habían tomado el castillo de Edimburgo, que ahora guardaban para ella. Sin embargo, el asesinato de lord Stewart no había favorecido precisamente el regreso de María.

«Yo pensaba que quizá los lores se ablandarían —se lamentó—. Creía que lord Stewart era mi mayor enemigo en Escocia. Pero no, hay muchos otros de inferior rango. ¡E Isabel los convenció de que aceptaran al conde de Lennox como regente! Y está decidida a mantenerme encerrada aquí. ¿Por qué?»

Lennox como regente. El destino no sería el destino si no encerrara sorpresas. ¡Pero nada menos que Lennox...!

A pesar del dolor que sentía, aquel hecho presentaba un aspecto positivo: por primera vez en su vida el pequeño Jacobo gozaría de la compañía cotidiana de un pariente. Hasta entonces, todos habían tratado al pobre niño, que ya contaba cuatro años, como a un huérfano. «Quiera Dios que Lennox no envenene la mente de su nieto contra mí —pensó María—. Sé que no dirá nada bueno en mi favor pues me odia con toda su alma pero, si Dios se apiada de mí, impedirá que hable mal de mi persona.»

El pequeño Jacobo... Le había enviado como regalo un poni y una sillita de montar junto con una carta en la que le manifestaba su amor, pero no había recibido respuesta. ¿Habría recibido el niño su presente y su misiva? ¿Lo sabría ella alguna vez?

Avanzaron lentamente en medio de las brumas de finales de noviembre, primero por el Baslow Edge y después a través del páramo de Totley, donde el dorado y el verde se intercalaban formando vistosas manchas. Una pátina de morados brezos suavizaba los colores y se fundía con el gris de la niebla que se arremolinaba por doquier. El cielo también era gris, pero resultaba tan reconfortante como un brazo alrededor de los hombros. El parecido del paisaje con los páramos de Escocia era lo bastante acusado como para evocar su recuerdo a pesar de su mayor suavidad y dulzura. Allí, por muy lejos que un hombre se hubiera adentrado con su caballo, no habría conseguido ocultarse.

Los páramos siempre le traerían a la memoria aquel paseo a caballo con Bothwell.

Bajaron al resguardado valle del río Don que formaba una enorme y perezosa curva en forma de U, en el fondo de la cual se levantaba una colina rematada por el castillo al que se dirigían. También allí, en una extensión de terreno más llano, el pequeño río Sheaf se juntaba con el Don. Shrewsbury, cabalgando al trote al lado de María, le señaló una orilla.

—Éste es el prado de la Asamblea —le dijo—. Todos los martes de Pascua paso revista aquí a la milicia ciudadana. Y al otro lado del camino está el campo de tiro con arco.

Una vasta llanura de color marrón parecía dormir en la estación del año más inactiva.

—¿O sea que aquí se practica todavía el tiro con arco? —preguntó María. «Qué cosa tan anticuada», pensó, «ahora que los mayores daños se infligen con armas de fuego y cuchillos. Armas de fuego desde las ventanas y cuchillos por la espalda. Y veneno en las copas, por supuesto. El tiro con arco es demasiado noble y anticuado.»

—¡Pues claro! —contestó Shrewsbury, soltando una carcajada—. ¿Acaso no nos hallamos muy cerca del bosque de Sherwood? Aunque el resto del mundo prescindiera del arco y la flecha, aquí estamos obligados a conservarlos...; de lo contrario, el fantasma de Robin Hood nos perseguiría.

—Me temo que acabará convertido en un juego de niños o en deporte para mayores.

—¡Jamás! —replicó Shrewsbury con firmeza.

Cruzaron un puente de piedra en el que permanecía en pie una antigua capilla; María observó que ésta se utilizaba ahora para almacenar lana. A la orilla del río vio la silla de inmersión con que se castigaba a los chismosos. Se trataba de dos signos de la religión protestante: el desinterés por los asuntos ajenos y el uso de edificios religiosos para fines profanos.

El grupo empezó a subir por el camino de carros que conducía al palenque y las murallas del castillo. Al llegar a la cima de la colina se desviaron hacia un lado y

cruzaron el puente levadizo tendido sobre el foso del castillo para entrar en la siniestra zona situada entre dos torres del baluarte. La niebla se arremolinaba en torno a ellos.

María se desanimó. De todos los lugares a los que la habían llevado, aquél era el que más se parecía a una fortaleza. Tal vez por la combinación de su emplazamiento en el mismo centro de Inglaterra, su foso y su ubicación en lo alto de la colina, sus altas murallas, el patio y la explanada, semejaba el puño de hierro de la armadura de un caballero. La afirmación de que ella no debía considerarse una prisionera no era admisible; sólo una prisionera se alojaría en semejante lugar inexpugnable.

—Qué residencia tan bonita —musitó María incapaz de disimular su desaliento.

Sus aposentos se encontraban en el lado nororiental que daba al ancho meandro del Don, los vergeles, el campo de tiro con arco del castillo y, más allá, al coto de caza en que se levantaba la casa señorial. Punteaban el coto de caza unos gigantescos robles cuyos troncos, vistos desde lejos, parecían toneles. Todas las hojas habían caído, por lo que María distinguió a través de las ramas el ladrillo rojo de los muros de la casa.

Las estancias eran numerosas, por lo que no podía quejarse de falta de espacio. Su cámara privada era muy grande, tenía dos chimeneas y unos techos lo bastante altos como para que las personas de elevada estatura permaneciesen erguidos sin dificultad. Trató de conferir un toque personal al ambiente que la rodeaba con sus tapices y bordados, así como con las miniaturas de sus parientes: su madre, Darnley, el pequeño Jacobo, Catalina de Médicis, la condesa de Lennox e Isabel, todas ellas colocadas en una mesita de madera de sándalo que le habían enviado desde Escocia.

No tenía una miniatura de Bothwell; la única que existía la habían pintado durante su luna de miel con lady Jean, quien la conservaba. María pensó que debía de estar olvidada en el fondo de un arca si no destruida, y le dolió. Sin embargo, a pesar de lo mucho que deseaba poseerla, imaginaba a Bothwell de modo tan vivido que se consolaba al pensar que una efigie pintada sólo habría servido para dañar y borrar la que ella conservaba en su mente.

En una hornacina de su habitación privada colocó el altar portátil, alegrándose de poder hacerlo sin reservas.

Tenía también un globo terráqueo y unos mapas que le habían enviado desde Edimburgo y que ella se pasaba muchas horas estudiando, imaginándose las tierras que allí aparecían sólo como unas líneas y curvas pintadas. París no era más que un nombre y un punto de color marrón que en nada se diferenciaba de los de Lyon y Calais; la magia no residía en el papel. Ella y sus servidores jugaban a nombrar ciudades y ríos, como si quisieran torturarse. Roma y el Tíber, Atenas y Jerusalén...; todos los lugares que jamás visitarían. O, más bien, que María nunca visitaría: los demás eran libres de ir a donde quisieran; su encierro era voluntario.

El sufrimiento voluntario era totalmente distinto del involuntario, pensó María. Por un lado, resultaba más noble, pues el sujeto no estaba obligado a soportarlo; pero por otro, era más leve, pues terminar con él dependía de la voluntad de una persona y no de la de Dios. En consecuencia, no se trataba de un ejercicio de humildad, sino de voluntad.

Sin embargo, nadie mostraba el menor deseo de dejarla. Ella habría querido que quienes tenían otras vocaciones las siguieran antes de que fuera demasiado tarde. Su querida María Seton... ¿se quedaría soltera sólo por haber elegido aquel exilio?

«Lo mío es distinto —pensó María—. He conocido el matrimonio y tengo un hijo y ahora no debo vivir como célibe. Pero María Seton, ¿a quién tendrá a su lado? No es probable que le interese un protestante inglés y en mi grupo de exiliados no hay hombres disponibles. No quiero ser responsable de su soledad... ¿O acaso esto forma parte también de mi castigo?»

5 de diciembre de 1570. Aniversario de la muerte de Francisco. Mi castigo. ¿Por qué se prolonga tanto? Estoy a punto de cumplir veintiocho años y cuatro en cautividad. Me habré pasado la mitad de mi estancia en Escocia sometida al cautiverio y el castigo. Y no se prevé el final de esta situación. Los días se prolongan en un largo camino de monotonía que se extiende hasta donde alcanza la vista. ¿Quién me rescatará?

Intento soportar el sufrimiento; el corporal, ocasionado por los extraños accesos de dolor en las articulaciones; el mental que me produce la responsabilidad de lo que ha sucedido en Escocia y la suerte que han corrido mis seguidores; y el espiritual que supone el remordimiento de mis pecados personales. Sé en lo más hondo de mi ser que el propósito de este sufrimiento es la purificación del alma. La mía estaba muy manchada y llena de culpas, pero ¿hasta cuándo, Señor? «Y el amo montó en cólera y lo entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda.» Yo he pagado, estoy pagando y pagaré. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿O acaso mi castigo se prolongará hasta que deje de gritar «¿Hasta cuándo?», de contar los días y de golpearme las alas contra los barrotes de la jaula?

El 8 de diciembre, día del cumpleaños de María, Shrewsbury y Bess le enviaron al nuevo pupilo del conde con un pastel en forma de castillo para que lo celebrara. Un lado del castillo estaba abierto para que se apreciaran las estancias que el repostero había construido con todo detalle. Había cofres en miniatura con unas etiquetas diminutas en las que figuraban unos nombres, y en el interior había monedas de oro para los servidores de María. Bess incluso había pintado reproducciones de algunos bordados que ambas habían hecho juntas, y las había colgado en las paredes del castillo de repostería. Después enviaron a los músicos de Shrewsbury para que tocaran junto con los de María, y muy pronto las alegres melodías llenaron la oscura tarde de diciembre.

En realidad, María estaba pasándolo muy mal; aquel día tenía las articulaciones muy hinchadas y enrojecidas y le dolía la cabeza. Pese a ello, se vistió con sus mejores galas y le pidió a Seton que le recogiera el cabello, largo hasta los hombros, y le pusiese una peluca.

—Lástima, Señora, que vuestro cabello ya no sea tan espeso y sedoso como antes —le había comentado Seton, dejando en suspenso el resto de la frase: «Y me temo que nunca lo será; es otra de las cosas que se quedaron en Escocia. Un sacrificio permanente.»

—Pues entonces ponme la peluca de color rojo vivo —dijo María—. ¡Qué afortunada soy por contar con tu ayuda! Dicen que Isabel nunca muestra su verdadero cabello pues siempre lleva pelucas.

María observó cómo su propio pelo desaparecía bajo la peluca, así como permanecía oculto debajo de su ropa el diamante de Norfolk, que siempre llevaba colgado del cuello. Norfolk seguía siendo su única posibilidad de escapar; no podía dejar de pensar en él. Llevaba algún tiempo sin recibir noticias suyas, y que el castillo estuviera fuertemente vigilado seguramente guardaba relación con ello.

Shrewsbury y Bess se habían unido brevemente a la celebración y le habían ofrecido regalos: una caja de marfil y un cristal de aumento con mango de ébano. Después Shrewsbury le había presentado al muchacho que había subido el pastel y que se había pasado todo el rato mirando en torno a sí en silencio.

—Es mi nuevo pupilo Anthony Babington —explicó Shrewsbury—. Procede de una antigua familia de la región y su padre era un buen amigo mío. Me gustaría que le permitierais servirnos como paje —añadió—. No se me ocurre mayor consuelo por la pérdida de un padre que entrar a formar parte de la casa de una reina.

—¿Y tú qué opinas? —le preguntó María al muchacho.

Era un mozo espigado de piel muy clara, cabello negro y semblante muy serio.

—Sería un placer —contestó el muchacho en voz baja, todavía con expresión circunspecta.

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

Once años..., esa extraña edad intermedia entre la infancia y la adultez. El muchacho mantenía la mirada fija en el suelo.

—¿Sabes latín? ¿Has estudiado historia?

—Un poco. —Los labios del muchacho parecieron esbozar una leve sonrisa.

—Muy bien pues. La mitad del día me prestarás servicio y la otra mitad estudiarás. Procuraremos que las lecciones no resulten demasiado difíciles.

Shrewsbury sacudió la cabeza.

—Nunca serán demasiado difíciles para él. Es un muchacho brillante..., por lo menos en el estudio de los libros. Ponedlo a prueba.

Día de Año Nuevo, 1571. Un nuevo año..., una página en blanco en la que tengo el presunto poder de escribir mi destino. ¿El destino? ¿El destino será tal vez una mujer de Londres? Sigo escribiendo a la reina Isabel, pero es un ejercicio inútil. Me culpa de la Rebelión del Norte y de la bula de excomuniación. Ha dejado de escribirme de puño y letra y se sirve de un secretario.



Cecil estuvo aquí en otoño, y tuve ocasión de conocer a este célebre personaje que es mi adversario. Vino para hacerme unas proposiciones que podrían traducirse en mi recuperación del trono de Escocia, pero eran tan duras que resultó evidente que sólo lo había hecho para poder asegurar que él lo había intentado y yo no había sido razonable. Una de ellas consistía en que el príncipe Jacobo viniera como rehén a Inglaterra. Las otras consistían en que yo ratificase por fin el Tratado de Edimburgo, renunciara a mis actuales pretensiones sucesorias al trono inglés y no contrajera matrimonio sin la autorización de Isabel y los lores escoceses.

Es un hombre muy amable, y me gustó conocerlo. Me pareció muy considerado e imparcial. Incluso podía haber caído en el error de pensar que me tenía simpatía si no me hubiesen informado de que había intentado eludir la tarea de verme y había sufrido una oportuna enfermedad, y de que se había referido a mí diciendo que yo «ofrecía jolgorios para atraer a los hombres». Pero nada le ofrecí que pudiera considerarse un jolgorio cuando vino a Sheffield, sino que intenté comportarme con él tal como habría deseado que los demás se comportaran conmigo. Una vez finalizada su misión aquí, pensaba dirigirse a Buxton, unos baños termales que hay cerca de aquí, pues al parecer padece de gota. Alguna vez me gustaría ir allí si no se me alivian los dolores de las articulaciones. Como es natural, sin embargo, no puedo hacerlo a menos que cuente con una autorización escrita de Isabel.

Nada más se ha dicho acerca de «demostrarle mi inocencia», y está claro que han abandonado esta táctica, lo que significa que no era más que una excusa para no verme.

¿Por qué no quiere entrevistarse conmigo? Me refiero al motivo auténtico. La caridad y la política aconsejarían que lo hiciera. Se ha reunido con los lores rebeldes que ni siquiera estaban emparentados con ella ni eran gobernantes ungidos. Se ha reunido con piratas y bribones, con curas apartados del sacerdocio y renegados, con notables criminales como Lennox, que asesinó a los niños que mantenía como rehenes en las guerras de 1547, antes de que hubiera paz entre Inglaterra y Escocia. El propio lord Herries, que entonces sólo tenía siete años, fue el único que se salvó. Dicen que sufre horribles pesadillas y no soporta que lo dejen solo de noche. ¡Y, sin embargo, Isabel se reúne con él y lo ha convertido en regente de Escocia, mientras que a mí me deja languidecer en cautividad!

Me odia. Siempre me ha odiado. No hay ninguna otra explicación. Lennox exige a diario mi extradición y ejecución.

15 de marzo de 1571. Al final, después de muchos meses de claves, mensajeros y negociaciones, todos los planes están listos. Ridolfi ha conseguido la firma del duque de Norfolk en una carta en la que éste accede a convertirse al catolicismo. Era un requisito imprescindible para convencer al duque de Alba o a Felipe de la conveniencia de prestar su apoyo para mi liberación. Hasta ahora habían mostrado una comprensible renuencia a participar en un plan destinado a colocar a un protestante en la línea de sucesión al trono inglés o a favorecer mi matrimonio con un protestante. Ahora Ridolfi embarcará para dirigirse a Bruselas y presentárselo en persona al duque de Alba, antes de proseguir su viaje a Roma y España. Charles Bailley, servidor del obispo Leslie, se reunirá con él en el continente y después traerá las cartas de respuesta a Inglaterra, a mí, a Leslie y a Norfolk. ¡Que Dios lo acompañe!

María estaba terminando de escribir una carta a Norfolk, con el valioso jugo de naranja.

... Con esta condición acepté el diamante que vos me enviasteis por medio de milord Boyd y que yo llevaré alrededor del cuello debajo de la ropa hasta que pueda devolverlo a su propietario, que lo es también de mi persona. Soy atrevida con vos porque vos lo disteis todo por mí. Enviadme ahora una respuesta que me reconforte...

De pronto se percató de que alguien permanecía oculto en un rincón de la estancia sin apenas respirar, pese a lo cual ella había percibido una presencia humana. Cubrió

con un papel la misiva secreta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy yo —contestó la clara vocecita de Anthony Babington.

El muchacho emergió de las sombras y se acercó a ella con su bello y terso semblante completamente inexpresivo. En todas las semanas que llevaba trabajando en su casa, María no lo había visto sonreír ni una sola vez. La miraba a menudo, pero jamás sonreía.

—Anthony, no sabía que estuvieras aquí. ¿Tienes algo que hacer en este momento?

Aquel muchachito era una extraña presencia; a veces, su ardor le hacía aparentar más años de los once que contaba. Por el momento, no tenía amigos ni compañeros de juegos.

—Sí, he de recoger los lienzos verdes de las mesas, llevarlos afuera y sacudirlos.

—Pues ya puedes hacerlo.

Anthony no se volvió para cumplir su tarea, sino que se acercó al escritorio y miró fijamente el papel.

«A ver si se va —pensó María—, para que yo concluya esta carta. Los demás servidores no tardarán en regresar a esta cámara, pues, como no les permiten abandonar el castillo, nunca permanecen ausentes durante mucho rato».

—Estáis escribiendo una carta secreta —dijo al final el muchacho, sin apartar la vista del escritorio. Señalando la copa de jugo de naranja, añadió—: El olor lo delata.

«Ahora se lo diré a Shrewsbury —pensó María—. ¿Cómo lo convenceré de que no lo haga?

—Conozco algo mucho mejor que el jugo de naranja —aseveró Anthony—; podría enseñároslo.

—¿Por qué? —preguntó María, sorprendida—. No necesito escribir cartas secretas. Sólo estaba... practicando. Por si acaso.

—Pues entonces debéis practicar con mi método. —El muchacho la miró desde debajo del espeso flequillo.

—No —repuso ella—, porque si Shrewsbury me viera hacerlo, sospecharía que me propongo alguna maldad. Todos los secretos se consideran malos, ¿sabes? —María le sonrió para que todo pareciera un juego y él lo olvidara más tarde. Ahora se había convertido en un peligro para ella.

—Pues entonces seremos malos juntos —dijo Anthony, esbozando una sonrisa—. El método consiste en emplear alumbre. Tanto el jugo de naranja como el de limón tienen el inconveniente de que, cuando se exponen al calor para leer lo que pone en el papel, hay que destruir éste. En cambio, el alumbre también es invisible y sólo se lee cuando el papel o la tela se mojan y se acercan a una fuente de calor. Cuando se seca, desaparece, y no es necesario destruirlo. Además permite servirse de varias cosas distintas a modo de mensajeros.

María contempló asombrada a aquel muchachuelo tan avisado cuya inteligencia parecía casi diabólica.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tal como dijo el buen Shrewsbury, he aprendido en los libros —contestó el muchacho—; pero aún no os he dado toda la receta. Hay más.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Quiero un rosario bendecido por el Papa —contestó Anthony sin vacilar—. He oído decir que tenéis varios. Me gustaría mucho poseer uno.

¡Era católico!

—Sólo si me prometes conservarlo como un tesoro, pues no hay posibilidad de recibir otros en este país —respondió ella.

Quizá se hacía pasar por católico para ganarse su confianza, pensó María, o era un hereje que quería profanar un objeto sagrado.

O practicaba la brujería y lo quería para fines perversos...

—No temáis —dijo Anthony como si le hubiera leído el pensamiento.

Esperó, y entonces ella comprendió que deseaba que le diera el rosario de inmediato.

María se acercó al cofre donde guardaba algunos de sus objetos personales y encontró un rosario de marfil labrado, bendecido por el Santo Padre. Lo extrajo, regresó junto al muchacho y lo depositó en su mano extendida.

Anthony lo estudió con cuidado como si se tratara de una preciada alhaja. Después dobló los dedos en torno a él.

—Muy bien, aquí tenéis el resto de la fórmula —se apresuró a decir—. Disolved el alumbre con un poco de agua veinticuatro horas antes de su uso. Podéis escribir sobre papel, lino o tafetán, a condición de que sean blancos. La escritura será invisible hasta que mojéis la carta en un cuenco de agua y la acerquéis a una fuente de calor. Entonces aparecerá la escritura de color blanco y será legible mientras no se seque el papel. Haced un corte o una muesca para indicar qué tela o papel contiene la escritura, eso os permitirá leer de nuevo la carta en caso necesario.

—¿Tú lo has probado?

—Muchas veces —contestó Anthony.

—¿Y de dónde saco yo el alumbre? Pedir limones resulta más fácil de justificar.

—Yo os traeré un poco. Como no soy más que un niño, y además de aquí, me dejan salir del castillo —respondió Anthony con una picara sonrisa.

Charles Bailley desembarcó en el muelle de Dover procedente de Flandes. Los vientos primaverales agitaban su ropa, y tuvo que sujetarla con fuerza contra su pecho para proteger la bolsa que ocultaba debajo de la camisa. Los muelles estaban

abarrotaos de gente y, por encima de ellos, se elevaba el castillo desde donde unas diminutas personas contemplaban los barcos que arribaban a puerto.

Mientras apretaba el paso para dirigirse a la zona de estacionamiento de tropas, desde donde se pondría en camino hacia Londres, notó de repente que unos brazos lo agarraban y lo apartaban del sendero.

—¡Es éste! —gritó alguien.

—¡Registradlo!

Unas manos se introdujeron en su camisa, abrieron la bolsa y sacaron de ella un puñado de cartas.

—¡No! —protestó él, intentando recuperarlas—. ¿Quiénes sois? ¿Con qué derecho...?

—Órdenes de Walsingham —contestó uno de los hombres—. Walsingham. ¿Habéis oído hablar de él? ¿Y Cecil? ¿Habéis oído hablar de Cecil?

—¿Con qué derecho...?

—¡La reina de Inglaterra! ¿Habéis oído hablar de ella?

## VI

—¿De modo que ya las tenemos? —preguntó Isabel—. ¿Son todas?

Francis Walsingham señaló los papeles que había sobre una mesa casi tan larga como la habitación en que se hallaban. Estaban pulcramente ordenados y cada uno de ellos llevaba un marbete.

—Empezad por aquí, Majestad —indicó, guiándola con amabilidad hacia la izquierda—. Éstas son las primeras.

El primer marbete estaba fechado en octubre de 1568.

—Como veis —prosiguió Walsingham—, ya entonces le escribía al embajador español cosas tan provocativas como «Decidle a vuestro señor que, si él me ayuda, seré reina de Inglaterra dentro de tres meses y se oficiarán misas en todo el país». ¡Y esto lo hizo durante la celebración de las vistas!

Isabel tomó la carta y la leyó.

—Sí, ya veo —murmuró en tono sombrío—. Mi querida prima... Y poco después me envió unos bordados como regalo de Año Nuevo. Claro que sé mejor que nadie que los prisioneros dicen y prometen muchas cosas.

Walsingham se volvió hacia ella con brusquedad. ¡Qué conocimiento tan inútil!, pensó.

—Después, el contrato matrimonial con Norfolk. —Señaló un papel fechado en agosto de 1569.

—Hummm —Isabel lo estudió—. ¿O sea que así es un contrato matrimonial? ¡Pido a Dios que jamás me vea obligada a firmar uno! Ah, el pobre Carlos IX. Tuve que rechazar su proposición. Ahora dicen que ya se ha casado. Qué poco tiempo... Cualquiera se cree las promesas de amor. ¡Pero aquí Norfolk y María...! —Soltó el papel como si fuera una serpiente—. Ambos son queridos primos míos.

—Y éstas, Señora, son las cartas de noviembre de 1569, la correspondencia de Northumberland y Westmoreland. Y ahora, nuestra gran jugada: las misivas enviadas por Bailley.

—¿Y qué hacía exactamente este tal Bailley? —Isabel jamás olvidaba un nombre pero lo más importante para ella era la relación con la reina de Escocia.

—Lo contrataron para que llevase mensajes desde el continente a María y a Norfolk. ¿Recordáis al banquero Ridolfi?; pues bien, era su agente en esta intriga. Tenía que recabar la ayuda de Felipe para invadir Inglaterra, destronarlos y liberar a María. Y ahora estas cartas, oh... —su voz se elevó una octava a causa de la excitación—, ¡nos ofrecen el eslabón que nos faltaba! Bailley es un servidor de Leslie, el principal asesor de María. Pero algunas cartas están en clave y el destinatario es «30» y «40». Supongo que deben de ser unos nobles de aquí. No temáis, que lo

descubriremos. Me he tomado la libertad de detener a Leslie. Confío en que no opongáis reparos.

Isabel estaba a punto de echarse a temblar. Los misteriosos lores «30» y «40»... ¿quiénes serían? ¿Quiénes eran los traidores?

«¿Estoy rodeada de traidores? —se preguntó—. ¿De quién puedo estar segura?»

Bailley hizo rechinar los dientes mientras bajaba con sus guardianes los escalones de la húmeda y empinada escalera de caracol que conducía a la mazmorra de la Torre Blanca, la parte más antigua de la Torre de Londres. En los pisos superiores de la Torre Blanca había una sala de banquetes y una hermosa capilla de piedra, donde los reyes y las reinas habían presidido ceremonias oficiales; pero en las entrañas de la tierra había una cámara que jamás había visto la luz del día ni había conocido un solo momento de felicidad humana. El olor a humedad y sabandijas le pareció insoportable cuando cruzó el umbral. Bajo el parpadeo de la luz de las antorchas de la pared se veían todos los instrumentos de tortura que cubrían los muros: grillos de Skeffington, esposas, cadenas y barras de hierro con grilletes. En el centro de la estancia había un enorme potro de tormento.

—¡No! —gritó Bailley—. ¡No! —repitió, intentando soltarse—. ¡No he cometido ningún crimen, no tenéis derecho a...!

—¿Todavía hablas de derechos? —dijo el carcelero—. Aquí no nos interesan tus derechos sino tus conocimientos. Cuéntanos lo que sabes y nunca probarás el potro de tormento.

Bailley contempló la legendaria máquina con horror y fascinación a un tiempo. Era una estructura rectangular de madera de aproximadamente seis pies de longitud sobre unas patas de unos tres pies de altura. Las patas estaban afianzadas en unos agujeros del suelo. En la cabeza y los pies de la estructura había dos rodillos que se hacían girar mediante unos manubrios. De los extremos de los rodillos colgaban cuatro cuerdas, una para cada extremidad de la víctima.

—¡No!

Empujaron a Bailley y lo colocaron boca arriba sobre la estructura mientras dos de los guardias le ataban los tobillos y las muñecas a la máquina. Después se apartaron y empezaron a accionar los manubrios para levantar y estirar su cuerpo hasta dejarlo en suspenso sobre la estructura. Sus articulaciones crujieron.

—Esto es un estiramiento muy sano —aseguró uno de los hombres—. Resulta casi agradable. Ahora podrás decir verdaderamente que has estado en el potro. Sin embargo, para evitar cualquier molestia, sería bueno que nos lo contaras... todo. Pero esperaremos a que te lo explique nuestro jefe. Ah..., aquí viene nuestro estimado maestro.

Un hombre muy bien vestido apareció en la puerta y se acercó al potro. El perfume de sus guantes le pareció a Bailley casi obsceno.

—Amigo mío, veo que ya has trabado amistad con un instrumento que nos llena de justo orgullo aquí en la Torre —dijo el hombre con voz melosa—. La mejor estructura de roble, su longitud, su inmovilidad... no hay cosa igual en todo el país. Los instrumentos portátiles —añadió con un gesto de desprecio— pueden ser útiles cuando no se dispone de espacio suficiente. Pero Su Majestad ha tenido la amabilidad de proporcionarnos un lugar para que el potro desarrolle todas sus posibilidades.

Bailley no le quitaba los ojos de encima. ¿Cómo se convertía uno en maestro del potro? ¿Era acaso una habilidad que se adquiría en la infancia cuando uno mostraba una especial destreza para desmembrar ranas vivas, ahogar gatitos y amputarle la cola a los perros?

—Permíteme que te explique cómo funciona —dijo el maestro del potro—. Nosotros tensamos los rodillos y, a cada media vuelta, tu cuerpo se estira. ¡Podemos alargarte un pie más de lo que mides! —Soltó una risotada y se golpeó el muslo con la mano—. Pero las articulaciones, claro está, protestan. ¡Son muy tercas y no quieren que las estiren! Se rompen y se desprenden de sus cápsulas; siempre constituye una sorpresa averiguar quién es más terco, si la mente que oculta la información o los tendones que se aferran a los huesos. Gracias a esto nuestro trabajo nunca resulta aburrido. —Hizo una pausa y agregó—: Es tu última oportunidad. Cuéntanoslo todo: el alcance de la conspiración, lo que han dicho los españoles y el Papa, las claves y las cifras.

—No.

El maestro del potro hizo una seña y los cuatro guardias situados en cada esquina empezaron a hacer girar los rodillos. El cuerpo de Bailley experimentó una sacudida hacia arriba y se estremeció mientras lo ponían en posición perfectamente horizontal y aseguraban el rodillo mediante trinquetes y topes de hierro. Dieron otra media vuelta al rodillo, y los hombros de Bailley soltaron un gruñido. Se produjo una sacudida cuando uno de ellos se descoyuntó. Su cuerpo se aflojó, pero otra vuelta del rodillo volvió a tensarlo.

Bailley soltó un grito. Le ardía el hombro y el dolor le traspasaba el pecho.

—Vamos, la información —dijo el maestro del potro.

Bailley se asfixiaba y balbucía. De repente, se le rompieron los ligamentos de la cadera. Perdió el conocimiento.

—Arrojadle agua —indicó el maestro del potro en tono de hastío—. ¡Éste es tan blando que apenas merece la pena torturarlo!

John Leslie, obispo de Ross, entró en la cámara de un empujón y contempló el cuerpo estirado de Bailley sobre el potro.

—¡Enseguida despejamos esto! —dijo el maestro—. ¡No tendréis que esperar

mucho rato!

Les hizo una seña a los guardias, que empezaron a desatar las cuerdas. Bailley cayó al suelo con un golpe sordo, y los guardias lo apartaron a rastras. Leslie observó el anormal ángulo que formaban sus tobillos. El cuerpo daba tumbos por el suelo mientras los guardias lo sacaban a rastras de la estancia.

—¡Hablaré, hablaré! ¡No, no me toquéis! —lloriqueó Leslie—. ¿Qué queréis saber? ¿Las cartas? ¡Os lo contaré todo! ¿La reina de Escocia? Es una malvada y no merece al noble duque de Norfolk por esposo. Envenenó al rey Francisco de Francia, asesinó a Darnley y, en cuanto a Bothwell..., ¡también intentó asesinarlo! ¡Sí, lo indujo a salir al campo de batalla del monte Carberry para que lo mataran!

Leslie se arrojó al suelo levantando las manos como para protegerse de golpes imaginarios.

—Ya veis qué siervo tan valiente tiene la reina de Escocia —espetó con desprecio el maestro del potro—. Ojalá la sirvan siempre hombres como él. —Sacudió la cabeza contemplando al tembloroso Leslie—. ¡No es digno de nuestro noble instrumento!

—¿Más información? —preguntó Isabel en tono de fastidio al ver que Walsingham entraba presuroso en su cámara privada con unos papeles bajo el brazo—. No sé si me apetece saber más. Pero no, la ignorancia es siempre peor que el sufrimiento. ¡Adelante, os lo ruego! —Le dolía la cabeza y llevaba tres días indispuesta. Estaba segura de que la culpa la tenía una carpa en mal estado que había comido el viernes anterior.

—Os alegraréis ante la noticia que os traigo, Majestad —dijo Walsingham—. ¡Ha caído el castillo de Dumbarton! ¡Un ataque por sorpresa ha permitido a los lores apoderarse de la fortaleza! Sólo ha escapado lord Fleming, descolgándose por la roca. Pero todos los demás han sido hechos prisioneros, con la excepción del arzobispo Hamilton. Lo han ahorcado con sus vestiduras sacerdotales.

—¿Quién se ha atrevido a hacer tal cosa? —preguntó Isabel—. ¿No ha habido juicio?

—El conde de Lennox ordenó la ejecución. Ahora asegura que fue el arzobispo quien asesinó a su hijo Darnley.

—Cuando compareció en las vistas juró que era Bothwell. ¡No es posible sostener ambas cosas! Oh, ¿cuál será la verdad allí arriba? ¿Es que no se tiene el menor respeto por la verdad? —Isabel se encontraba al borde del llanto.

—Majestad —dijo Walsingham—, pensaba que estaríais contenta.

—¿Contenta? ¿Con más asesinatos y mentiras allí arriba? ¡Qué necio sois! —exclamó Isabel, arrojándole el abanico.

De todos modos odiaba aquel abanico; era español.



Walsingham lo esquivó.

—Trabajamos muy duro para vos —repuso en tono ofendido—. ¿Acaso es culpa nuestra que el mundo sea un lugar sucio y desleal? Leslie ha traicionado a su soberana y nos ha revelado el alcance de las intrigas. Ahora hemos descubierto otro eslabón. Norfolk ha estado enviando dinero a los partidarios de la Reina en Escocia; coronas y francos procedentes de su asignación de viudedad.

—¿Y qué? —replicó Isabel—. ¿Cómo esperáis que gaste su dinero? ¿Ayudando al conde de Lennox?

Vertió un poco de agua de una jarra en un cuenco, humedeció en ella su pañuelo y se lo aplicó a las sienes.

—¿No me importa cómo se gaste el dinero, pero los servidores de Norfolk que transportaban el oro también lo han traicionado a él! —Isabel se hundió en su asiento; se sentía cada vez más mareada—. Contadme algo más, aparte de las traiciones. ¿Es que ya no queda lealtad en ningún sitio?

—Sólo la que os profesan a vos —contestó Walsingham—. Cecil y yo, Robert Dudley, Hatton, Sussex..., ¡todos os somos leales! Y hemos descubierto a los pocos que no lo son. ¿Estáis preparada? El «40» de los mensajes cifrados era la propia reina de Escocia, y el «30» era el embajador español. Por si os queda todavía alguna duda, la correspondencia que se ha encontrado en Dumbarton revela el alcance de los manejos de María con el duque de Alba, el Papa y España.

—¿Y qué me decís del duque de Norfolk? —preguntó Isabel con un hilo de voz.

—Ordenó a sus criados que destruyeran todas las cartas secretas que le había enviado María, pero, en cambio, ellos las escondieron y nos las entregaron a nosotros. Estaban ocultas debajo de las alfombras, y las cifras se encontraban escondidas en las tejas del techo. El duque es culpable de traición —afirmó Walsingham, pronunciando las palabras muy despacio.

—¿Se celebrará un juicio? —preguntó Isabel—. ¿O habré de comportarme como los escoceses y prescindir de él?

—En Inglaterra siempre se celebran juicios —contestó Walsingham con orgullo.

—Aunque el veredicto se conozca de antemano —puntualizó Isabel—. Recuerdo haber leído la descripción del juicio contra un abad: «Se lo llevaron para ser juzgado y ejecutado.» No sigamos este ejemplo. Examinemos de verdad las pruebas antes de pronunciarnos.

Walsingham la miró perplejo.

—¿Para que todo se demore el mayor tiempo posible?

Aquel húmedo mes de mayo tan pródigo en lluvia y aguanieve no era propio ni siquiera de Escocia. Se habían producido heladas y nevadas incluso en abril y las

flores no empezaron a despuntar hasta mayo pero enseguida se congelaron, algunas cuando no eran más que un capullo. Cada bando lo consideraba un mal presagio para el otro: los Hombres del Rey, como ahora se llamaban los partidarios del regente, aseguraban que, mientras el país estuviera dividido, los cielos llorarían; por su parte, los Hombres de la Reina sostenían que incluso el cielo se cubría el rostro para no ver a los traidores.

Tras la caída del castillo de Dumbarton, los Hombres del Rey concentraron sus esfuerzos en la plaza fuerte del castillo de Edimburgo, todavía en poder de Maitland y Kirkcaldy de Grange. La primera fortaleza del país dominaba la capital, los atributos de la realeza y el principal almacén de pertrechos militares y la casa de registros de los archivos del reino.

Día tras día los Hombres de la Reina disparaban cañonazos contra la ciudad y, cuando los lores intentaban celebrar una sesión parlamentaria en Canongate, debían andar a gatas para evitar el fuego de artillería. Sus enemigos se burlaban de las sesiones —en las que se intentaba decretar la confiscación de los bienes de los hombres todavía leales a María—, llamándolas «el Parlamento Reptante» en alusión a la postura que tenían que adoptar los lores.

Los partidarios de María, que controlaban Edimburgo, celebraron la sesión de su Parlamento al mes siguiente en el Tolbooth, el tradicional lugar de reunión.

Llevaron consigo los atributos reales del castillo para conferir mayor solemnidad al acto, pero el Parlamento estuvo menos concurrido que el «Reptante» que acababa de celebrarse. Se hallaban presentes los Hamilton, los Huntly y lord Herries, pero al llegar el verano —tan frío como la primavera—, Cassillis, Eglinton y el hasta entonces leal Boyd se pasaron al bando de los lores.

En agosto el regente Lennox convocó una sesión del Parlamento en Stirling.

La gran sala estaba preparada para el acontecimiento. A pesar del poco dinero que quedaba en las arcas del Tesoro, Lennox ordenó que se hiciera todo lo posible por dar realce a la ceremonia. Se fregaron los suelos, se limpiaron las chimeneas y se frotaron los bancos con aceite. Se recogieron flores en los campos y con ellas se formaron guirnaldas para adornar las paredes y los marcos de las puertas. Se elaboraron imitaciones de los atributos reales y se confeccionaron a toda prisa unas prendas nuevas para el rey Jacobo, de cinco años.

El día que lo vistieron de armiño y terciopelo, el pequeño miró a su abuelo y le dijo con solemnidad:

—Yo inauguraré la sesión.

Hablaba en voz baja y tono inexpresivo.

Lennox asintió con la cabeza y estudió con atención al pequeño mientras éste

admiraba la corona de mentirijillas. El niño tenía la cabeza demasiado grande en comparación con el cuerpo y unos tristes ojos rodeados de bolsas. No se parecía ni a su padre de oro y marfil ni a su esplendorosa y elegante madre. A decir verdad, ni siquiera se parecía al bajito y moreno Rizzio. ¿De dónde habría salido? Parecía que lo hubieran sustituido por otro. Pero no importaba; el título de rey bastaría para suplir sus deficiencias.

Sonaron las trompetas cuando la corona, el cetro y la espada fueron llevados a la sala sobre sendos cojines de terciopelo, seguidos por los severos y mesurados pasos de Jacobo, detrás de quien caminaba su abuelo. El niño subió al trono y Lennox ocupó su lugar al pie del mismo. Los lores y los representantes de los distritos se sentaron tras la bendición pronunciada por el achacoso Knox con voz trémula.

De repente, Jacobo levantó la vista hacia un pequeño orificio del techo.

—¡El Parlamento tiene un agujero! —exclamó.

La asamblea, incluido Knox, se llenó de temor. ¡El niño estaba profetizando!

—De la boca de los infantes y las criaturas de pecho brota tu ordenada fuerza —murmuró Knox.

Kirkcaldy y sus hombres se acercaban a los escarpados peñascos de Stirling. Cabalgaban en silencio, con las armas de fuego y las espadas a punto. ¡Conque aquellos lores pretendían celebrar una sesión parlamentaria utilizando imitaciones de los atributos reales! ¿Acaso se creían a salvo en aquel lugar? ¿Imaginaban tal vez que el único sitio donde se verían obligados a adoptar posturas indignas era el que se hallaba al alcance del fuego de los cañones del castillo de Edimburgo? ¡Qué insensatos! Sus enemigos tenían brazos, piernas y caballos y su presencia no se limitaba a Edimburgo.

Subieron por el tortuoso camino hasta las murallas del castillo, donde un simpatizante de la Reina les franqueó la entrada a través de la poterna según lo acordado. Los hombres se desplegaron para mantener una cuidadosa vigilancia. El patio superior estaba desierto, señal de que la sesión del Parlamento aún no había terminado.

El rumor de los cascos de los caballos llegó hasta la gran sala. Los hombres que había en su interior se levantaron. Acto seguido, abrieron las puertas y salieron, mirando nerviosamente en distintas direcciones.

—¡Apresadlos! —gritó Kirkcaldy—. ¡Vengad a los Hamilton! —Se abatió sobre un aterrorizado terrateniente y, mientras lo perseguía, vio salir a Eglinton de la sala—. ¡Viejo amigo! —rugió—. ¡Unios a nosotros!

Al momento lo agarró y lo derribó de su montura. Eglinton se retorció, intentando soltarse.

Los hombres de Kirkcaldy perseguían a los parlamentarios como un granjero a las gallinas en un corral.

A continuación, Lennox y el pequeño rey salieron del edificio.

—¡Deteneos! —gritó Lennox—. ¡Os ordeno que os rindáis!

Un tal capitán Calder, uno de los soldados regulares de Kirkcaldy, se volvió en su silla de montar y abrió fuego contra Lennox. El regente se desplomó, jadeando. La sangre empezó a manar de su herida y salpicó al Rey.

Kirkcaldy soltó a Eglinton y galopó hacia la puerta.

—¡Retiraos! ¡Retiraos! —gritó.

Sus hombres lo siguieron dejando varios cuerpos tendidos en el suelo mientras Lennox boqueaba y se rasgaba el ensangrentado jubón.

El regente murió a las pocas horas. Antes de que lo condujeran al interior del castillo, se interesó por el Rey.

—¿Está a salvo? —preguntó en un susurro. Al ver que Knox asentía con la cabeza, añadió—: Si el niño está bien, todo lo está.

John Erskine, conde de Mar, fue nombrado nuevo regente; una vez más, nadie sugirió la posibilidad de restaurar a María en el trono. Los Hombres del Rey seguían gobernando el país en nombre de Jacobo y atacando el castillo de Edimburgo ocupado todavía por Maitland y Kirkcaldy. A pesar de que deploraba la violencia y la inestabilidad, el gobierno inglés continuaba negociando la entrega del conde de Northumberland a la justicia. Desde los Países Bajos, la esposa del conde ofreció un soborno a cambio de su seguridad, pero los ingleses la sobrepujaron con dos mil libras más. Sacaron al conde de Lochleven y lo entregaron a los ingleses.

A finales de otoño de 1571 ya se habían reunido todas las pruebas de la Conspiración de Ridolfi y la participación de Norfolk. El embajador español don Gerau de Spes, truculento cruzado de la insurrección católica, fue expulsado de Inglaterra. Escoltaron al quisquilloso español hasta Dover y lo obligaron a embarcar.

El juicio de Norfolk se inició en enero de 1572. Éste reconoció haber tenido conocimiento de la conspiración, pero negó su participación en la misma y declaró que jamás había empleado sus considerables recursos para financiar un levantamiento doméstico. Sin embargo, no aportó pruebas de su inocencia que contrapesaran las que demostraban su culpabilidad, es decir, las cartas, las cifras, el oro, la ruptura de su solemne juramento firmado de no mantener trato alguno con María. Fue declarado culpable de alta traición y condenado a una muerte de traidor.

En su caso, era necesario un mandato real para llevar a cabo la ejecución. Isabel

debía estampar su firma y su sello en la orden.

Al final, la Reina la firmó: el duque había de ser ejecutado en Tower Hill el lunes 10 de febrero en compañía de otros dos traidores, Berney y Mather.

Isabel iba y venía por su cámara, ya muy entrada la noche del domingo 9 de febrero. El aullido del viento, en el exterior, era más fuerte que la crepitación del fuego de su chimenea. Se había quitado todas las sortijas y se friccionaba los dedos. No llevaba puesta la peluca y se mesaba los cabellos cada pocos minutos. Ser larga cabellera aún era muy fuerte y sana, pero a pesar de ello la Reina tenía una amplia colección de pelucas de todos los estilos. Sin embargo, nunca se ponía una que no fuera rojiza.

Al día siguiente... Al día siguiente el duque moriría, y ella tendría que esperar, tal como había hecho su padre, a que le comunicaran que su cabeza había rodado... No, era demasiado espantoso.

«No había habido ninguna decapitación hasta ahora —pensó—. No se había producido ninguna traición en las altas esferas. Es la sangre de mi primo. Dirán: “Es digna hija de su padre. Le gusta derramar sangre. ¿Quién será... el siguiente?”»

Isabel miró por la ventana. Se encontraba en Richmond y divisaba el río que fluía mansamente bajo la luz de la media luna. La noche transcurría, la última noche de Norfolk en la tierra. Su última luz de luna, la última vez que se iría a dormir... El río discurría junto a la Torre, y él también lo vería y oiría el rumor de sus aguas. En cuestión de una hora el agua que ella contemplaba en aquel momento pasaría por delante de donde se encontraba el duque.

«¿Tiene que ser así? ¿Tiene que morir? Cuando le hayan cortado la cabeza, ya no podrán ponérsela de nuevo.»

Sonrió muy a su pesar al imaginarse el cuadro. Ojalá fuera posible volver a colocar una cabeza en su sitio y decir: «Hemos cambiado de parecer, os ruego que sigáis viviendo.»

Pero eso sólo podía hacerse antes de que se llevara a cabo el acto.

Isabel estaba temblando.

«Como si fuesen a ejecutarme a mí. Sé muy bien lo que es esperar en la Torre.»

De repente, llamó a un paje y le ordenó que llevara de inmediato a Cecil a su presencia.

Cecil, todavía bajo los debilitantes y dolorosos efectos de su último ataque de gota, entró en la cámara privada de Isabel. Debía caminar apoyado en un bastón, pero lo que más le preocupaba era tener que enfrentarse con su soberana.

La vio de pie en el centro de la estancia, con las manos modestamente entrelazadas. Sin la peluca y los afeites parecía muy joven, tanto como cuando había accedido al trono.

—Señora —dijo Cecil, inclinándose cuanto le fue posible.

—Gracias por venir a medianoche, mi querido Cecil. Confío en no haberle causado ninguna molestia a vuestra esposa.

—Ya está acostumbrada. Señora.

Isabel se echó a reír.

—Es uno de los inconvenientes de vuestro cargo. Confío en que el hecho de haberse convertido en lady Burghley lo compense. —La Reina dio de pronto media vuelta y su estado de ánimo cambió en un segundo—. ¡Oh, Cecil, no me gusta esta ejecución!

Cecil ya se lo temía.

—Es muy lamentable, en efecto.

—¡Es mi primo! ¡Su abuelo y mi abuela eran hermanos!

—Sí, es muy lamentable —repitió Cecil.

¿Qué otra cosa esperaba que dijera?

—Recordad la Biblia —dijo ella—, el castigo que recibió Caín por haber derramado la sangre de su hermano Abel. «La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a mí desde la tierra. Ahora pues, maldito serás de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano.» ¿Y si Dios me castiga? Yo sería capaz de soportarlo, pero temo que Dios castigue el Reino a través de mí. Y yo... yo que he tomado Inglaterra por esposo y también por hijo no quiero traer la desgracia a mi país.

Cecil suspiro.

—Caín mató a Abel por cólera y envidia —repuso—. La situación es muy distinta. Veintiséis pares del Reino, incluido yo mismo, han examinado las pruebas y han llegado a la conclusión de que es un traidor y un hombre peligroso para el Reino. Lejos de atraer la desgracia sobre el país si lo ejecutáis, lo pondréis en peligro si no lo hacéis.

Isabel se rascó los brazos dejando en ellos unas largas y finas señales blancas.

—¡Pero es de mi sangre!

—Es muy lamentable —fue lo único que acertó a decir Cecil. Después hizo una pausa.

—Debe hacerse justicia —admitió finalmente Isabel—. Lo han declarado culpable.

—Sí, Majestad.

—Apartarse de la justicia supone una injusticia.

—Sí, Majestad.

—Pero la clemencia es una virtud superior a la justicia.

—En el caso de Dios, sí.

—¿Y acaso no soy la ungida de Dios en la tierra? ¿Acaso no tengo que buscar el modelo de mi conducta en el Cielo más que en los pares del Reino? —preguntó Isabel.

—Señora, mirar hacia el cielo puede conducir a la tiranía. Cuando un gobernante

empieza a menospreciar las leyes de su país en favor de la guía celestial, acaba por pisotear la justicia más elemental. No os apartéis de los caminos de la ley y no caeréis en la tiranía.

—Tenéis razón —dijo Isabel, sentándose bruscamente en una silla—. ¡Corro peligro a causa de todas estas conspiraciones! ¡Mi primo no dudó en mantener tratos con mis enemigos jurados! Y, al parecer, menospreció mi vida. Su cabeza deseaba sentir el peso de una corona. ¡Pues bien, sentirá el filo de una espada en su lugar! —añadió, golpeando el brazo de la silla con el canto de la mano.

—Sí, Majestad. —Cecil hizo una reverencia, y lo invadió una profunda sensación de alivio.

—Pero no mañana —añadió Isabel—. Suspended la ejecución. Prometo que se trata de un simple aplazamiento, no de una anulación.

La muchedumbre se arremolinaba alrededor del patíbulo recién erigido en Tower Hill, el montículo situado justo al otro lado de las murallas de la Torre donde se llevaban a cabo las ejecuciones públicas. No se habían efectuado ejecuciones en Londres durante el reinado de Isabel, y el viejo patíbulo se había podrido por falta de uso. La gente había empezado a congregarse en aquel lugar al amanecer para ocupar un buen sitio desde donde ver mejor las ejecuciones. Prometía ser un buen espectáculo pues los nubarrones azulados se habían abierto, revelando el pálido cielo que había detrás. No caería lluvia ni nieve, la ruina de las ejecuciones invernales.

En el nuevo patíbulo se había colocado el venerable tajo del antiguo, santificado por los golpes que habían cercenado las cabezas de Tomás Moro, Thomas Cromwell, los amantes de Ana Bolena y Henry Howard, el padre del duque. El tajo tenía dos depresiones —una para los hombros, a un lado, y otra para la barbilla, al otro—, entre las que se apoyaba el cuello para recibir el golpe del hacha. Una gruesa alfombra de paja cubría la plataforma, y se habían dispuesto unos lienzos para cubrir los cadáveres decapitados y recoger las cabezas cuando éstas rodaran hacia delante. Los lienzos hacían juego, de manera que, cuando se recogieran las partes para el entierro, cada cabeza acompañara el cuerpo correspondiente, en caso de que no se exigiera que fuesen exhibidas en el Puente de Londres. La pena debía consistir en el ahorcamiento, el destripamiento y el descuartizamiento, seguidos por la decapitación. Pero sin duda al duque sólo lo decapitarían, mientras que en los otros dos se cumpliría la sentencia en su totalidad.

La multitud empezó a gritar cuando hicieron salir a Kenelm Berney, un joven que había participado en una conspiración para asesinar a Cecil. Pronunció las habituales

despedidas, rezó las oraciones y acto seguido fue ahorcado hasta morir, con lo que se le evitó misericordiosamente el sufrimiento que le habría acarreado el cumplimiento al pie de la letra de la pena.

A los quince minutos, retiraron su cadáver, cambiaron la paja e hicieron salir a su compañero Edmund Mather, a quien también dieron una rápida muerte.

La muchedumbre enmudeció mientras aguardaba la salida del duque; para eso estaban allí; los dos traidores corrientes no eran más que un preludio. ¡Iban a decapitar al encumbrado lord del Reino! Cuánto tiempo hacía que no se presenciaba aquel espectáculo antaño tan habitual. Algunos niños jamás lo habían visto y hasta entonces habían tenido que conformarse con los recuerdos de los mayores: «Los buitres se abatieron sobre sir Francis Weston»; «Moro hizo un humorístico comentario sobre su barba, pidiéndole al verdugo que no se la cortara pues ella no había cometido traición»; «Henry Howard tenía mucha sangre en el cuerpo; sangró durante diez minutos y le puso perdidos los zapatos al verdugo». Ahora lo verían con sus propios ojos y algún día se lo contarían a sus hijos.

Alguien vestido con la librea de la Reina se adelantó unos pasos. Sin duda leería la sentencia y enseguida sacarían al duque ataviado con elegantes ropajes. La emoción de la muchedumbre se intensificó.

—Es deseo de Su Majestad la Reina que hoy no se produzca la ejecución del duque de Norfolk —anunció el mensajero.

La multitud soltó un gruñido y se oyeron algunas maldiciones.

La ejecución se aplazó hasta el último día de febrero a las seis en punto de la mañana. A las cuatro, la Reina anuló la orden.

Isabel yacía en la cama tan gravemente enferma que creyó estar soñando cuando aparecieron ante ella los rostros de Robert Dudley y Cecil. Llevaba varios días enferma y el Reino estaba paralizado de miedo. ¿Qué les ocurriría a todos si moría? El duque de Norfolk estaba vivo, y la reina de Escocia también. ¿Llegarían las tropas españolas y sentarían a María en el trono? No se había nombrado sucesor a éste. Sin Isabel, ellos estaban perdidos. Lo único que se interponía entre ellos y el caos era la vida de una mujer soltera de treinta y ocho años.

—Debéis recuperaros —le murmuró Dudley—. Yo mismo os daré la comida como un padre a su hijita.

Él y Cecil se miraron fijamente. Si la Reina se recuperaba, había disposiciones que dictar. No podrían permitir que ella siguiera eludiéndolas por más tiempo.



Isabel afirmaba que su vida jamás había corrido peligro y que la culpa de todo la había tenido el pescado en mal estado que había comido. Era cierto que le había subido la fiebre y que había sufrido fuertes dolores de estómago y vómitos, pero todo aquello era normal en semejantes casos.

Su cuerpo estaba purificándose del veneno del pescado.

El Consejo se mostró inflexible: la Reina tendría que convocar el Parlamento para tratar las importantes cuestiones del momento. Ella era capaz de continuar soportando todo el peso sobre sus hombros, sus frágiles hombros de mujer.

Isabel accedió a regañadientes y envió las órdenes de convocatoria de un nuevo Parlamento a finales de marzo.

En abril, mientras los nuevos miembros del Parlamento se preparaban para viajar a Londres, Isabel firmó un tratado con los franceses. Su antiguo pretendiente Carlos IX se había casado con otra, pero Isabel fingió interesarse por el siguiente hijo, Enrique, dieciocho años más joven que ella.

La negociación del tratado se había prolongado varios meses, pues los franceses siempre insistían en que se incluyera a María en las disposiciones. Sin embargo, el día en que el emisario inglés se despidió del rey francés, se recibieron unas cartas del embajador de Francia en Londres que confirmaban la implicación de María en la Conspiración de Ridolfi.

El rey Carlos experimentó un acceso de ira y desagrado.

—Ah, esta insensata acabará por perder la cabeza. Yo quería ayudarla, pero si ella no se deja ayudar, yo no puedo hacer nada más.

Agitó sus enjorjados dedos y sus perros spaniels se acercaron ansiosos a él, esperando que les diera una golosina.

—Sí, amor mío —dijo Catalina de Médicis—; es una pena.

Carlos tomó un buen trago de agua azucarada de una copa veneciana de largo pie y exhaló un suspiro.

—Mi estimado señor embajador, sin duda este tratado resultará muy beneficioso para nuestros dos países. Excluyamos por entero a la reina de Escocia y modifiquemos las disposiciones de modo tal que el tratado se convierta en un pacto de defensa entre nuestros reinos. Si uno de nosotros se ve atacado, por quienquiera que sea, el otro acudirá en su ayuda.

El Rey se inclinó para acariciar la cabeza de un perro. El animal se tendió boca arriba y empezó a culebrear sobre la alfombra. El otro perro soltó un gáñido.

—¿Permitís que la reina de Escocia reciba regalos? —le preguntó el Rey al embajador—. Quizá le envíe unos cuantos cachorros. Tal vez esto la consolaría.

## VII

María abrió con impaciencia el cesto. Oía el ruido de los cachorros en su interior y percibía el calor de sus cuerpecillos.

Miró y vio acurrucados en el cesto forrado con un cálido tejido tres cachorros negros y rubios de spaniel. El mero hecho de verlos le evocó Francia, donde la familia real tenía muchos perros de aquella raza. Se los había enviado su cuñado el rey Carlos.

Los tomó con cuidado uno a uno y se los entregó a María Seton, lady Livingston y Anthony Babington.

—¡Venid a ver! —le dijo a madame Rallay.

La anciana dejó a un lado su costura y se acercó arrastrando los pies. Ahora apenas se mantenía derecha.

—¿Os acordáis? —le preguntó María con suavidad—. Deben de ser los nietos de los perros que paseaban por nuestros salones de Chambord y Blois.

Madame Rallay, a punto de cumplir los setenta años, esbozó una sonrisa.

—Vaya si me acuerdo. Veo en ellos algo de *Sleepy*. —*Sleepy* era una letárgica pero prolífica perra—. Carlos ha sido muy amable al enviarlos. Ahora los pájaros tendrán compañía.

—Mi casa de fieras está aumentando —dijo María, tomando la carta del embajador francés que acompañaba a los cachorros.

No la abrió hasta que estuvo sentada a su escritorio. Ahora las cartas constituían una fuente de poder para ella, su único poder. Cuando garabateaba sobre su escritorio incesantes cartas a todos los personajes que se le ocurrían —el Papa, Carlos, Catalina de Médicis, los embajadores, los lores escoceses, Isabel, Cecil, Knollys— se sentía menos sola e impotente. Las palabras que surgían de su pluma la hacían sentirse poderosa. No quería imaginar que, tras salir de sus manos, las menos preciaran o pasaran por alto.

Le complacía abrir aquel papel de tan buena calidad, mucho mejor que el barato que ella se veía obligada a emplear. Los franceses siempre se rodeaban de belleza. La calidad de la cera del sello era inmejorable, quebradiza y brillante. Desdobló el papel con deleite.

Su sonrisa se desvaneció al leer las palabras del embajador. Las leyó de nuevo muy despacio.

—Los franceses me han abandonado —musitó al fin, hablando más bien sola, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué ocurre? —preguntó Willie Douglas.

María le entregó la carta en silencio.

—O sea que los franceses han firmado un tratado con los ingleses en el que vos y

vuestros derechos ni siquiera se mencionan —dijo al fin Willie.

—Me han descartado. Mi antiguo país considera que mi persona y mis problemas son algo de lo que desea desprenderse —murmuró María asombrada.

Los franceses. Su país de adopción, el país de su madre, de su idioma preferido, de sus sentimientos, su forma de vestir y sus recuerdos. Los parientes de su madre. Todo estaba perdido. De allí no obtendría ayuda alguna.

Tuvo la impresión de haber recibido un puntapié. Francia, su apreciado pasado y el lugar en el que ella había dicho que deseaba ser enterrada, no la quería.

«¿Qué habría sucedido si me hubiera marchado allí en lugar de venir a Inglaterra? Me he atormentado durante cuatro años pensando que había tomado una decisión equivocada y que allí me esperaba un puerto seguro —pensó—. Pero no, Francia es un lugar tan poco seguro para mí como Inglaterra.»

Rompió a llorar, desolada, apoyando la cabeza en los brazos. Anthony y madame Rallay intentaron consolarla, pero la verdad no le permitía consolarse. La dejaron a solas.

En la estancia exterior Willie sacudió la cabeza.

—Es un golpe muy duro —le susurró a María Seton—. Ella siempre había contado con Francia como último recurso. Esto, después de la traición y las calumnias del obispo Leslie, quizá quiebre su temple.

Cuando se le despejaron los ojos, María releyó la carta. Sólo entonces se percató de dónde se había firmado el tratado: en el castillo de Blois.

Soltó una amarga carcajada. Siempre le había gustado la escalera octogonal de allí; había soñado muchas veces con ella desde que se marchó. «Algún día subiré de nuevo por ella», se había jurado.

Cuando Shrewsbury regresó de la misión que le habían encomendado como presidente del juicio contra Norfolk, anunció que, a causa del gran disgusto que a Isabel le había ocasionado su prima la reina de Escocia, ésta debía reducir de inmediato su número de servidores. María tendría que elegir a quienes deseara mantener a su lado y los demás habrían de abandonar Sheffield. Con gran dolor de su corazón, María confeccionó la lista. No podía prescindir de María Seton, de Willie ni tampoco de su sacerdote, de madame Rallay, de Bastian Pages ni de su mujer Margaret Carwood. Entre sus servidores había escoceses, franceses e ingleses. Según la orden, sólo podrían quedarse dieciséis de ellos.

Shrewsbury regresó muy debilitado. María dedujo que lo habrían reprendido por haber permitido que se tramaran intrigas bajo su techo y no haberla vigilado con más severidad. Ahora Bess le dirigía miradas asesinas y la culpaba del estado en que se encontraba su esposo. A partir de aquel momento, cesaron las sesiones de costura.

No obstante, la vía secreta de correspondencia de María no se había descubierto, y ésta continuó escribiendo cartas. Al enterarse de la sentencia de Norfolk se fue a la cama, destrozada por el dolor y el remordimiento. Sin embargo, tras las dos suspensiones de la ejecución por orden de la Reina, empezó a preguntarse qué pensaba Isabel. ¿Por qué dudaba?

Después de la enfermedad de Isabel, se dictó otra orden de ejecución, pero ésta se suspendió de nuevo. Shrewsbury le entregó en silencio a María una copia de la orden de Isabel.

Me parece que mi obligación con la parte posterior de mi cabeza es superior a los impulsos que emanan de la anterior, por lo que envío al lugarteniente la orden de aplazamiento de esta ejecución hasta nuevo aviso. Las causas que me mueven a hacerlo no se pueden manifestar ahora, pero temo que entretanto se cometa una acción irrevocable. Vuestra muy amante soberana,

Isabel R.

El documento estaba ratificado por Cecil con la siguiente nota: «El 11 de abril de 1572, Su Majestad la Reina de su puño y letra suspendió la ejecución del D. de N. Recibida a las dos de la madrugada.»

¿Significaba ello acaso que Isabel era incapaz de ordenar una ejecución? María pensó de repente que quizá fuese ésta la explicación. No sería de extrañar.

Estaba a salvo. Norfolk estaba a salvo. Ni ella ni él sufrirían el menor daño. Isabel era una vencedora pusilánime.

Cuando la primavera llegó a Sheffield el estado de ánimo de María mejoró. El buen tiempo le alivió el reumatismo, y era imposible no responder al verdor de la tierra y a las flores que brotaban al borde de todos los caminos. Se había comentado que quizá tendrían que trasladarse a la mansión de Sheffield para que limpiaran el castillo. El edificio, que se levantaba en el coto de caza, constituía una agradable morada estival. Allí las medidas de seguridad no eran tan rigurosas, pues la vigilancia no resultaba tan fácil.

Anthony había demostrado poseer una gran habilidad para sacar las cartas a escondidas; la gente no sospechaba de un muchacho que, además, pertenecía a una familia unida a los Shrewsbury por profundos lazos de amistad. El muchacho se divertía inventando nuevos códigos y probando nuevos métodos como, por ejemplo, tapones de corcho vaciados y paquetes impermeables introducidos en botellas. Uno de sus mayores triunfos había sido sugerir el uso de papel negro para esconder mensajes en un retrete a oscuras, un lugar donde no era probable que la gente permaneciese mucho rato o mirara con demasiado detenimiento.

María se recogió la falda, tomó su diario —escondido en un costurero— y salió de la mansión para dirigirse a lo que ella llamaba «el emparrado». Era un lugar para sentarse, con un banco rodeado de lilas y césped. Se alisó la falda y levantó los ojos hacia las ramas llenas de capullos; las lilas tardarían un par de semanas en florecer pero, cuando lo hicieran, ¡qué fragancia tan deliciosa desprenderían!

A sus pies los tres cachorros brincaban y jugaban, alegres de encontrarse al aire libre. Los había llamado *Soulagement*, *Douleur* y *Souci*: consuelo, dolor y preocupación. Eran unos animales muy vivarachos, en especial *Douleur*.

—Te puse por nombre *Douleur* porque eras casi todo negro —le dijo María, acariciándole las orejas—, pero tienes un carácter muy alegre.

El cachorro meneó la cola y empezó a morderle la manga.

—No hagas eso, por favor —le reprendió ella—. Aquí no resulta fácil reponer la ropa.

Extrajo la pluma, colocó el tintero en una roca donde pensó que los cachorros no lo alcanzarían, abrió las páginas de su diario y empezó a escribir:

8 de mayo del año de gracia de 1572. Mes de Nuestra Señora. En torno a mí veo que las hojas ya están a punto de desplegarse. Han estado tan estrechamente confinadas como yo y han resistido el invierno, el hielo y la oscuridad; pero continuó confinada y no preveo ningún verano para mí.

Se cumplen cinco años de mi boda con Bothwell y casi cinco de nuestra separación. Llevo mucho tiempo sin recibir noticias tuyas; supongo que aún debe de estar encarcelado en Malmoe. He escrito a su madre, la anciana lady Bothwell, con la esperanza de que esté al corriente de alguna noticia que ignoro. Rezo a diario por él, mejor dicho, rezo varias veces al día y a menudo me visita en sueños. Los sueños, sin embargo, forman ahora una imagen desteñida, ya no son tan ardientes como los de antes. Pero en ellos él no es un fantasma, sino que sigue vivo, muy vivo. Procuero enviarle mis pensamientos, pues creo que éstos pueden en cierto modo cruzar los mares y traspasar los muros de piedra. Sé que él comprende mis intentos de fugarme de una manera honrosa por medio de una promesa de matrimonio.

Me llevo la mano a la garganta y acaricio el diamante que Norfolk me regaló. Pensaba que sería mi pasaporte a la libertad; ahora sólo me parece un recordatorio de la desesperación. Quiera Dios que Isabel continúe respetando su vida. Por lo visto, se muestra reacia a derramar sangre. Esto constituye para mí una novedad extraordinaria; ¿tanto me ha contaminado mi experiencia en Escocia? Allí la sangre no era sagrada y todo el mundo tenía la daga a punto para clavársela al hombre sentado a su lado en una cena. En ese lugar incluso los hombres de Dios piden sangre. La sangre es lo único que comprenden.

No cabe duda de que aquí me encuentro más segura. En este país no se asesina. El único presunto asesinato es el de Amy Robsart, y se perpetró para dejar expedito el camino de un matrimonio. Como es natural, me guardo, tal como hace todo el mundo, de la posibilidad de que me envenenen. Pero se trata más de una precaución que de otra cosa. Siempre introduzco el cuerno de unicornio, un poderoso antídoto, en todas mis comidas y bebidas antes de probarlas.

Considero que estoy de luto y visto en consecuencia. Sólo llevo prendas negras, animadas con velos y encajes de color blanco. Estoy de luto por la pérdida de mi trono, de mi esposo y de mi libertad. Pretenden que vuelva a vestir de color, pero yo me niego. Que me vean así y recuerden lo que me han hecho. Que se enfrenten consigo mismos. Me paso una hora diaria rezando y rezo con los miembros de mi casa dos veces al día. No todos los que me sirven son católicos, por lo que las oraciones también deben ser aceptables para los protestantes; intento elegir plegarias que nos hablen a todos.

En cuanto a mi oración personal, ¡qué viaje tan extraño ha sido! Procuero acudir a mi cita con el Señor para que él no tenga que reprocharme como a sus discípulos en Getsemaní, «¿no podíais velar conmigo al menos una hora?». Pero con el paso de los meses, he descubierto que la oración es una tierra de valles y

grietas. He pasado por cuatro fases. La primera fue cuando, con el corazón dolorido, la mente aturdida y el cuerpo agotado, acudía indiferente a la cita.

Sentada delante del crucifijo, recitaba oraciones y palabras. El rosario. El padrenuestro. Devociones de mi libro de horas. Dios era un personaje lejano y temible que yo limitaba a ciertas áreas de mi vida. Sujetaba la puerta con la mano y sólo abría un resquicio.

Cada fase ha tenido su crisis y aquí la crisis ha consistido en que, al cabo de muchos meses, sobrevino el aburrimiento. La cita con Dios se volvió tan habitual y tediosa que empecé a temerla. Poco a poco me atreví a abrir un poco más la puerta, a ser más sincera con Él, a manifestarle mis sentimientos, mi ira y mi odio hacia Él. Le abrí mi corazón y mis plegarias fueron más sencillas. A veces incluso guardaba silencio y me limitaba a percibir su leve presencia. Por un instante entraba en la habitación.

Me pasaban por la mente los pensamientos pecaminosos y las distracciones, y tenía que servirme de nuevo de las palabras para regresar a la Presencia. Y la Presencia, cada vez más dulce, era algo que yo deseaba.

Sin embargo, la dulzura iba acompañada de la pureza y, en presencia de la pureza, me sentía manchada. Ansiaba el amor de Dios —cada vez me resultaba más necesario y más reconfortante— pero, cuanto más lo deseaba, más indigna me sentía de él. Me encenagaba en una lista de pecados y culpas. Recordaba no sólo lo que había hecho sino también lo que había dejado de hacer o sólo había hecho a medias; las cosas que no había valorado, las personas a las que no había consolado o ayudado, las ocasiones perdidas, la desolación que había sembrado alrededor de mí, los regalos que había pisoteado. Me perseguían de nuevo todos los buenos pensamientos o todas las buenas intenciones que había abrigado y no había llevado a la práctica: la carta que quería escribir a la viuda de un soldado y que olvidé hasta que ya era demasiado tarde; las flores que quería cortar y enviar al cuarto donde la cocinera yacía enferma; el tiempo que había prometido dedicar a rezar por alguien y no dediqué; incluso los cielos azules que no me detuve a admirar.

Yo era un ser humano pero creía que Dios esperaba algo más de mí. Agravaba mi pecado suponiendo que el Señor quería que fuera perfecta y que yo le había fallado. Durante aquel período hice un catálogo de todos mis defectos y los acepté uno a uno, pero al mismo tiempo me aborrecía con toda mi alma. Pero un día todo aquello cesó como por milagro. Me sentía capaz de presentarme ante Dios como un ser humano. Entré del todo en la estancia y permanecí en silencio, inmersa en la Presencia. Era Dios quien había abierto la puerta y me había hecho señas de que me acercara un poco más.

Permanecí sentada en silencio día tras día. Era como estar sentada en un arco iris. Me empapé de su amor y me sentía anonadada. Casi no me atrevía a respirar o tan siquiera a moverme temiendo que desapareciera aquella sensación. Era como una amante que corría a reunirse con la mística Presencia tal como antes solía correr a reunirme con Bothwell. Y siempre esperándome estaba el corazón de Dios con un lugar para mí. Un día fui y no lo encontré. El no estaba allí. Me acerqué con sigilo a mi lugar de costumbre y esperé, pero él no vino. Me había abandonado. La puerta estaba cerrada y atrancada.

¿Habría sido todo un engaño? ¿Se habría tratado de un simple fruto de mi intenso anhelo, mi soledad y mi imaginación? Éste fue el sentimiento más cruel, la mayor traición que jamás había sufrido.

Todo el mundo se percató de mi tristeza; pero no podía decírselo a nadie. Pensaron que se debía a las malas noticias o a la ausencia de noticias de Escocia, a un ataque de reumatismo, a la perfidia de Isabel. Pero todas aquellas cosas me resultaban soportables por tener a mi Amado; sin Él, todo era oscuridad. En muy poco tiempo me había vuelto dependiente por entero de Él. Al final, se lo conté a mi confesor, pensando que se escandalizaría o desconcertaría. Pero no, estaba familiarizado con aquella situación. Me aconsejó que dejase a un lado el remordimiento que me invadía al pensar que quizá lo había alejado de mí, y que me limitase a esperar. A esperar su regreso.

Las semanas fueron muy largas. Pero, al final, Él regresó, aunque de una manera distinta. Ya no era el amado con quien me reunía en secreto sino que me envolvía por entero como el denso aire primaveral. Durante algún tiempo, todo me pareció bañado por su Presencia, como los ardientes rayos de un ocaso. Después la sensación desapareció, y volví a las oraciones normales.

He de subir de nuevo la escalera, confiando en encontrar la sublime visión cuando llegue arriba. ¿Seré libre alguna vez? ¿Me mantiene Dios prisionera en este mundo con el fin de que me purifique para el otro? Es cierto que he cometido muchos pecados, aunque los que antes me parecían más graves ahora me

parecen más leves, mientras que los leves me parecen más graves. Ya no sé cuáles de ellos requieren más penitencia ni cuáles ofenden más a Dios.

Cerró los ojos y respiró hondo. Tenía la sensación de encontrarse en el fondo de un profundo pozo con el ojo de Dios concentrado en ella.

## VIII

Los parlamentarios se concentraron en Londres; los comunes elegidos acudieron a su habitual lugar de reunión en la capilla de San Esteban del palacio de Westminster, mientras que los lores lo hicieron en una sala del extremo sur del palacio. El Parlamento era marcadamente protestante e incluía a varios miembros pertenecientes al ala de la Iglesia anglicana ahora llamada puritana. Ansiaban resolver la cuestión de la reina de Escocia, aquella intrigante araña papista que vivía entre ellos.

El señor Bell, presidente de la Cámara, se refirió al problema en su discurso de apertura.

—Hemos observado la existencia de un error: hay en el país una persona a la que ninguna ley puede alcanzar.

Los miembros del Parlamento se levantaron uno a uno para exponer su opinión acerca de aquel inconveniente.

—Nadie había gozado antes de impunidad para cometer traición —afirmó Thomas Norton—. ¿Debemos decir que nuestra ley no tiene capacidad para eliminar este mal? Si así fuera, habríamos de admitir que es una ley imperfecta en grado sumo.

El señor Peter Wentworth, acérrimo puritano, llamó a María «la ramera más notable del mundo».

El señor Saint Leger habló del «monstruoso y gigantesco dragón y perdición de la tierra, la reina de Escocia».

Otro anciano puritano se levantó y, con trémula voz, dio rienda suelta a su ira:

—Si yo la calificara de hija de la sedición, madre de la rebelión, nodriza de la impiedad, criada de la iniquidad, hermana de la desvergüenza o si os dijera lo que ya sabéis: que es de nación escocesa, de educación francesa, de profesión papista, de sangre de Guisa, española en la práctica y de vida libertina, todo esto no bastaría para describir a aquella cuya maldad ha manchado la tierra e infectado el aire. Destruirla supondría una de las más justas liberaciones que jamás haya vivido la Iglesia de Dios —aseguró agitando los brazos.

—Sí, oíd sus crímenes: atribuirse las armas y el título de Reina de Inglaterra; preparar un matrimonio con el duque de Norfolk sin el conocimiento de la Reina; provocar una rebelión en el norte; buscar la ayuda extranjera del Papa, los españoles y otros por medio de Ridolfi, con el fin de invadir Inglaterra; propiciar la bula del Papa para destronar a la reina Isabel —añadió otro.

—¡Cortémosle la cabeza y acabemos de una vez! —gritó Richard Gallys, parlamentario de New Windsor.

—¡Sí!



Un comité conjunto de las dos cámaras del Parlamento visitó a Isabel para presentarle su sugerencia: que María fuese ejecutada o, por lo menos, excluida de la sucesión, y que se aprobara su juicio por traición en caso de que se descubriera su participación en otras intrigas.

Pero Isabel se negó en redondo.

—¿Debo matar al pájaro que, para escapar del halcón, voló a mis pies en busca de protección? ¡El honor y la conciencia me lo impiden!

Después los parlamentarios le presentaron una tercera petición: la ejecución del duque de Norfolk.

Una tarde de mediados de mayo Isabel paseaba por los vergeles de Hampton Court donde habían florecido las primeras primulas, aguileñas y rosas, examinando los macizos de fresas, sus frutos preferidos. Christopher Hatton le había comentado que deseaba arrendar la finca del obispo de Ely en Holborn para —ésta era por lo menos una de las razones— disfrutar de las deliciosas fresas que allí se cultivaban.

—Si lo consiguiera, os colmaría de cestos de fresas —le dijo.

—¡Por favor! El jugo de las fresas mancha —repuso Isabel—. Me han dicho que el obispo no está muy dispuesto a arrendar, pero quizá yo misma hable con él.

Le sonrió a Hatton, que estuvo a punto de desmayarse.

Unos días antes Isabel se había trasladado a Hampton Court y ahora, hacia el anochecer, habían llegado otros miembros de la corte, cantando y riéndose a bordo de iluminadas embarcaciones cuyas luces se reflejaban como estrellas en el agua. Los cortesanos se dirigían hacia los patios sin demasiada prisa por ocupar sus aposentos pues les apetecía disfrutar del suave aire vespertino. Las mariposas nocturnas, atraídas por sus linternas, revoloteaban con sus silenciosas alas alrededor de ellas.

Sólo Cecil apretó el paso al subir por el camino con su bastón. Debía mostrarle algo a la Reina, algo que tal vez la induciría a emprender por fin una acción.

—Hemos descubierto esto en la correspondencia de la reina de Escocia —dijo entregándole en privado una hoja de papel—. Es una carta al duque de Alba, ¡el general de Felipe! Estaba en clave pero nosotros la hemos descifrado.

Isabel la tomó, presa de una profunda inquietud. Le acercó el cristal de aumento y leyó:

... y a mi muy amado hermano Felipe le ruego que envíe barcos a Escocia para tomar posesión de mi hijo el Príncipe y llevarlo a lugar seguro. Aquí en Inglaterra estoy estrechamente vigilada pero, aun así, todavía cuento con un considerable número de amigos y aliados. Queda todavía un grupo muy fuerte que me apoya y lores que son partidarios de mi causa y cuya vida, a pesar de que algunos están en la cárcel,

la reina de Inglaterra no se atrevería a tocar.

—¡Muy bien! —exclamó—. ¡De modo que ahora María cree que no me «atrevo» a tocar a Norfolk! —Arrojó la carta al suelo y le propinó un puntapié—. ¿Acaso no se da cuenta de que el duque sólo vive gracias a mi clemencia y que yo no temo a nadie? ¿Acaso no soy hija de un rey y tan valiente como él? ¿Y acaso no le he respetado la vida a ella por mi valentía? —gritó.

Cecil se llevó un dedo a la boca.

—Tranquilizaos, Majestad. Sus espías podrían estar cerca. Sí, la reina María es muy audaz y peca de exceso de confianza. El pueblo pide a gritos su ejecución, ¿y quién la protege? ¡Vos! Y, sin embargo, está claro que ella no lo agradece. Permitidme recordaros que el duque de Norfolk ha sido juzgado y condenado en debida forma. Si vos no autorizáis el cumplimiento de la sentencia, el resto del Reino pensará, al igual que ella, que no os atrevéis y os considerará tan débil, desvalida e irresoluta como Ricardo II. ¿Qué ocurrirá entonces? ¡La rebelión, la sedición y todas las cosas que vos queréis evitar! Por el bien de la paz, mi estimada Soberana, debéis ordenar el cumplimiento de la sentencia.

Isabel sacudió la cabeza.

—No me dejaré empujar a actos que repugnen a mi conciencia.

—En tal caso, para salvarla a ella, deberéis ceder en la cuestión de Norfolk. Así de sencillo —dijo Cecil. Los fuertes dolores de la gota lo estaban matando, y necesitaba sentarse para que descansara su pierna—. O lo uno o lo otro. ¿Qué elegís?

—¡Ni lo uno ni lo otro!

—Pues entonces, leed esta carta de Knox. Sin duda os ayudará a tomar una decisión. Insta a que los ejecuten a todos pero en particular a ella. Dice... —Cecil extrajo la carta y la leyó muy despacio—: «Si no se corta la raíz, las ramas que parecen truncadas retoñarán de nuevo.» La reina María es como un árbol muy fuerte que brota una y otra vez por mucho que lo poden. Por muy vigilada que la tengáis y por mucho que intentéis atemorizarla, ella siempre florece con nuevas traiciones y maldades en este país. O más bien incita a otros a hacerlo.

—¡Tiene que haber un medio para impedirselo que no sea el de matarla!

—No, Señora. Escuchad lo que ha escrito Knox: «Aplicad el hacha a la raíz del mal. Mientras viva la reina escocesa, ni la corona ni la vida de la reina inglesa estarán a salvo.»

—Knox se repite mucho —comentó Isabel, estremeciéndose—. Creía que estaba mortalmente enfermo.

—Él también es muy resistente.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta de la estancia y un criado entregó un cesto con una nota para Gloriana, la bella diosa. Isabel la abrió.

—¡Espero que no sea de Knox! —dijo.  
Era de Hatton.

Mi amada y bellísima diosa, os envío estas fresas para que deleitéis con ellas vuestro paladar. Pero, como vos sois todavía más dulce y exquisita, ellas absorberán vuestra esencia. ¡Ah, me desvanezco sólo de pensarlo!

Isabel le entregó la nota a Cecil, que la leyó enarcando las cejas, pero no se atrevió a reírse. La Reina se había animado de un modo notorio.

Era un cesto de fresas tanto de la variedad roja como de la blanca, mezcladas con algunas minúsculas fresas silvestres. Hatton debía de haber salido al atardecer para recogerlas. Isabel tomó una y sonrió.

—Son excelentes —opinó, ofreciéndoselas a Cecil.

Ambos se las comieron, sentados en silencio.

—Reconoceré a Jacobo VI como monarca —dijo Isabel al cabo de un rato— y permitiré que se ejecute la sentencia.

—¿De los dos?

—La reina de Escocia no ha sido juzgada ni declarada culpable —contestó Isabel en voz baja.

—Justo por eso el Parlamento quiere que se adopte una disposición que permita someterla a juicio en caso de que se descubran nuevas intrigas. ¡Debe responder de sus actos! Si no esta vez, la próxima.

—¿Estáis seguro de que habrá una próxima vez?

—Tan seguro como de mi vida. —Cecil suspiró y estiró su hinchada y gotosa pierna—. Ya sabéis lo que dijo Carlos IX: la pobre insensata no dejará de conspirar hasta que le corten la cabeza. El hecho de seguir por este camino denota falta de inteligencia, pero a veces los prisioneros tienen que hacer locuras para conservar la cordura y dar un poco de sentido a sus días que, de otro modo, carecerían de él. ¿Qué puede hacer de la mañana a la noche? ¿Coser? ¿Rezar? ¿Leer?

—¿Qué otra cosa hacen los monjes? —replicó Isabel.

—Los monjes eligen su estado y siguen una vocación. María no tiene vocación de prisionera, como demuestran todos sus intentos de escapar.

—Tampoco tenía vocación de monarca. Esto resultó de todo punto evidente cuando regresó a Escocia para gobernar. La pobrecilla... No sé si tiene alguna vocación.

—Posee muchos talentos y cualidades pero quizá no tenga vocación —convino Cecil—. Por presagios como la aparición del cometa, todo el mundo está de acuerdo en que tal vez este año se produzca una catástrofe en Inglaterra. ¡Y lo más seguro es que se trate de una traición para destronaros! Estamos sólo en mayo...

—¡Un cometa!

—Recordad el cometa de 1066, el que vaticinó la invasión normanda. ¡No os

burléis de estas cosas!

—Habláis como una vieja campesina, Cecil. ¡Qué vergüenza! No, ya he decidido lo que haré para pararle los pies a la reina escocesa. Permitiré que se divulguen las cartas del cofre. Toda la basura que le escribió a su amante Bothwell..., ¡que todo el mundo lo vea y la juzgue! Y, junto con ellas, *El descubrimiento de las acciones de la reina de Escocia*, de Buchanan. Entonces nadie querrá ensalzarla. Hasta ahora las cartas han circulado en privado y sólo en Inglaterra y Escocia. Pero ahora... ¡dejaremos que se publiquen también las traducciones francesa y latina para que el pueblo llano de todos los países se entere de la clase de persona que es! El pueblo llano: el arma recién descubierta por Knox. ¡Bueno pues, otros también sabremos utilizarla!

—¡Majestad! ¡Qué idea tan brillante! —Cecil sonrió por primera vez desde que entrara en la estancia—. Pero ¿estáis segura? Sigue constituyendo una apuesta arriesgada. A vuestra manera vos sois todavía más audaz que ella, a quien nada le resta que perder pues ya lo ha perdido todo. Vos, en cambio, tenéis mucho que perder si, desoyendo los prudentes consejos y las advertencias de vuestro pueblo y de vuestro Consejo, dejáis que viva la Serpiente del Seno..., ¡y ésta os ataca!

Isabel se echó a reír.

—¡La Serpiente del Seno! ¡Qué palabras tan ingeniosas se le ocurren a Walsingham! —Abrió la ventana y miró—. Yo no veo ningún cometa.

—¿Entonces ya estáis segura? ¿Habéis tomado una firme determinación?

—Sí. Desafío al destino. *Alea jacta est*, el dado está echado.

Cuando Cecil se hubo retirado y ella se hubo preparado para acostarse, Isabel se sentó a su escritorio envuelta en su bata de seda y, alargando sin cesar los delicados dedos hacia el cestito, se puso a comer fresas. Eran deliciosas y tenían un ligero sabor picante por debajo de su dulzor. Estaba escribiendo un poema. Pero no era un poema de amor ni tampoco un himno al mayo florido o a los dioses romanos.

### *La Hija de la Disputa*

*luda de los futuros enemigos me roba mi presente alegría  
juicio me aconseja apartarme de las trampas que me causan acedia.  
s ahora abunda la mentira y de los súbditos la confianza mengua  
ual no ocurriría si tejieran la urdimbre la razón o la prudencia.  
is nubes de designios no probados envuelven las ambiciosas mentes  
as que ahora llueven arrepentimientos de vientos inestables.  
zumbre de la esperanza la raíz de toda compasión será,  
térriles serán sus engaños tal como el mundo muy pronto verá.  
is ojos deslumbrados de orgullo los ciega la ambición,*

*descubran las nobles criaturas la falsedad del mal corazón.  
hija de la disputa que siembra por doquier la discordia  
posechará ganancias donde el buen gobierno cultivó la concordia.  
guna criatura desterrada en este puerto el ancla podrá echar,  
reino no acoge fuerzas extrañas, buscar se tendrán otro lugar.  
estra oxidada espada volverá una vez más a utilizar su filo  
a cortar las cabezas que busquen tales cambios con bárbaro delirio.*

«María habla de amor y de pasión en sus poemas —pensó Isabel—. Yo hablo de Inglaterra.» Puso a un lado el papel.

«Siento la necesidad de escribir pero mucho me temo que mi poesía es tan rígida como la pierna de Cecil. Nos parecemos mucho —se dijo—. Al alma de un poeta no siempre se le otorgan alas para volar.»

El día 2 de junio el duque de Norfolk subió los peldaños del patíbulo de Tower Hill. Esta vez el pueblo no sufrió una decepción. Tras haber pronunciado las palabras de rigor, mezclando la resignación cristiana con las despedidas, el duque apoyó la cabeza en el tajo. Aquella mañana el verdugo estaba en muy buena forma y la cortó de un solo golpe.

El 22 de agosto el conde de Northumberland fue ejecutado de igual manera en York, tras haber sido extraditado desde Escocia.

Aquel mismo día, los asesinos a sueldo de Catalina de Médicis intentaron matar al jefe de los hugonotes, el almirante Coligny, en la ciudad de París, donde se había concentrado un elevado número de ellos con ocasión de la boda de Margarita de Valois y Enrique de Navarra. El asesino erró el tiro y sólo lo alcanzó en el brazo, pues el almirante se había agachado para abrocharse la hebilla del zapato.

—¡El brazo del almirante costará treinta mil brazos católicos! —gritaron los hugonotes.

Dos días más tarde, el día de san Bartolomé —la fiesta del apóstol que había sido desollado vivo—, los católicos de París, a las órdenes de los Guisa, alegando que actuaban por temor a la venganza de los hugonotes, martirizaron por las calles a cuatro mil de éstos, entre hombres, mujeres y niños. El duque de Guisa mató en persona al almirante Coligny. La sangre se extendió por los adoquines de las calles cual una roja red. En las provincias mataron a otros seis mil hugonotes.

El 8 de septiembre, al día siguiente de cumplir treinta y nueve años, Isabel recibió al embajador francés en Woodstock. Llevaba ropa de luto y había ordenado a sus servidores que vistieran de la misma manera. Para hacerle comprender la gravedad de la situación, lo había hecho esperar tres días antes de concederle audiencia. Unos súbditos protestantes habían sido asesinados y ella, una reina protestante, estaba indignada. Pero cuando lo recibió, lo llevó aparte para hablar en privado y no se mostró, en modo alguno, tan severa como su atuendo. Parecía dispuesta a aceptar la versión oficial de los hechos y el compromiso del Rey de mantener la amistad con Inglaterra. El tratado anglo-francés de Blois seguiría en pie.

Ahora en Inglaterra los sentimientos anticatólicos rayaban en la histeria. En todas partes se exigía la ejecución de María. Su familia, los Guisa, había encabezado la matanza.

## IX

Los cielos de octubre brillaban sobre Escocia; faltaban sólo dos días para la víspera de Todos los Santos, una fecha habitualmente sombría pero que aquel año sería más placentera. A Morton siempre le había gustado la fiesta de la víspera de Todos los Santos a pesar de ser un fiel miembro de la Iglesia Reformada. Le indicó a Erskine que se sentara de cara a la ventana que se abría a los árboles de su mansión de Dalkeith.

Miró con serenidad al regente, sentado delante de él. Al carilargo Erskine le esperaban otros doce años de control sobre Escocia, hasta que el Príncipe cumpliera dieciocho años. No parecía haber el menor peligro de que María recuperara el trono; la conspiración de Ridolfi le había puesto en contra a Isabel. Ahora ésta intentaba librarse de ella. Pues bien, esto le costaría mucho más que el conde de Northumberland... en oro.

—Mi estimado Erskine, os veo debilitado y enfermizo. ¿Estáis seguro de que os habéis recuperado de las fiebres que os aquejaron? —preguntó Morton solícito mientras le escanciaba un poco de vino.

Erskine tosió.

—No del todo. Y ahora que viene el invierno... en Stirling hay tantas corrientes de aire... —dijo y sufrió otro acceso de tos.

—Pensaba que ya estaríais restablecido. Yo creía que aquello estaba muy bien aislado.

—No, no hay manera de evitar que entre el viento. —Erskine se estremeció—. El único remedio consiste en permanecer en la cama bajo una montaña de mantas. Menos mal que nuestro legado en Dinamarca nos ha enviado unas prendas interiores extraordinarias que, según dicen, conservan el calor... Y es cierto, aunque rascan la piel.

—Dinamarca. Me alegro de que salga algo bueno de allí. ¡Estoy muy molesto con el rey Federico! ¿Por qué no nos entrega a Bothwell?

—Tendríamos que abandonar la cuestión del «juicio» y pasar directamente al soborno —señaló Erskine. Contempló la bandeja de pechuga de pichón con enebro y lomo de liebre asada que tenía delante y se sirvió. Ambos almorzaban juntos.

Morton sonrió. Era su oportunidad.

—Sí, pero para eso necesitamos dinero. ¿Hasta qué extremo os hace falta? ¿Estaríais dispuesto a ejecutar a una persona a cambio?

—¿Os referís a un asesinato? —preguntó Erskine, masticando muy despacio.

—No, a una ejecución en toda regla. —Morton tomó un buen trago de vino francés de Gascuña—. La madre del Rey.

—¿María? —Erskine dejó el tenedor y miró boquiabierto a Morton.

—Los ingleses están dispuestos a entregarla a nuestra justicia. Al parecer, el clamor y los trastornos que provoca su encierro les está atacando los nervios. Ellos, o más bien Cecil, nos pagarían dinero a cambio de que la aceptáramos.

—¿Cuánto? —preguntó Erskine con avidez—. A lo mejor se trata de una estratagema para devolverle el trono.

«No se atreve a hacerlo —pensó Morton—. Se ha amilanado y se ha convertido en un ser cansado.»

—Todavía no lo sé. Pero la pregunta es, ¿estaríais de acuerdo?

—No puedo responder. —Erskine sacudió la cabeza—. Knox se consume por momentos. Ya no es capaz de caminar sin ayuda. ¿Qué haremos cuando él nos deje?

—Pues entonces dadle una alegría en sus últimos días. Lleva mucho tiempo pidiéndolo. —Morton procuró que su voz no dejara traslucir la desconfianza que sentía—. Deberíamos actuar aprovechando la buena disposición de los ingleses. Isabel está muy dolida por la conspiración de su prima. Pero, por ser mujer, muy pronto cambiará de idea.

—No puedo hacerlo —dijo Erskine finalmente—. Matar a la propia soberana ungida constituye un crimen monstruoso. No quiero llevarlo sobre mi conciencia.

—Parece ser que Isabel tampoco quiere. ¡Hay que ver cuántos cobardes tenemos alrededor! —«No aguantará otros doce años como regente», pensó Morton. «Nos convertirá a todos en tímidas doncellas y eunucos con faldas. El timón de Escocia necesita fuerza, no tiritera.»

—Llamadlo como queráis —replicó Erskine—. En mi opinión, algunas de nuestras obras son tiranía y pecado.

Aquello resultaba alarmante:

—¿Acaso tenéis previsto retiraros de nuevo a vuestro monasterio familiar de Inchmahome, Erskine? ¿A qué viene este cambio? —preguntó Morton en tono de insolente mofa.

—Era una simple reflexión. Solemos reflexionar muy poco.

—Muy bien, pues —dijo Morton—. Olvidad la sugerencia inglesa. ¿Cómo está el pequeño rey? —Observó cómo la luz que penetraba a través de la ventana traspasaba la claridad y transparencia del vino francés. Acababa de ocurrírsele una idea.

—Un auténtico estudioso. Muy tranquilo, aplicado y obediente. En nada se parece a sus progenitores, a no ser que esconda su verdadera naturaleza. Tiene un mono domesticado —recordó de pronto Erskine—. Lo llama su «pequeño infiel» y deja que lo abrace. Se lo trajo un marinero para que lo adoptase como mascota. Es lo único que le inspira afecto.

—Su madre intentó enviarle un poni, pero nosotros no se lo permitimos —recordó Morton—. Confío en que siga odiándola.

—Sí, Buchanan se ha encargado de que así sea.



—Bien. De lo contrario, quizás algún día intentase «rescatarla».

—No hay peligro —aseguró Erskine—. Supongo que querrá proteger su trono y no deseará apartarse para hacerle sitio a otra persona. Sin duda no era necesario que le inculcáramos tanto odio.

Erskine miró con tristeza a Morton.

«¡Ha cambiado! —pensó Morton—. Está tomando otro rumbo. ¿Para los próximos doce años? ¡No!»

Pasaron a conversar acerca de temas generales: los chismorreos sobre Hatton, el nuevo favorito de Isabel; la reciente impresión en Inglaterra de una traducción de los *Comentarios* de Julio César; el hecho de que Iván *el Terrible* de Rusia hubiera protestado contra la brutalidad de la Matanza de la Noche de San Bartolomé. Drake acababa de partir en una travesía de exploración a las Antillas con la bendición de Isabel. En Londres se había inaugurado una Casa de Contratación Real y decían que era deslumbrante. En la batalla de Lepanto las fuerzas de Felipe II habían derrotado a los turcos a las órdenes de Alí Bajá en una heroica batalla naval. La armada de Solimán había quedado destruida y diez mil esclavos cristianos de las galeras habían sido liberados. Por desgracia, ello permitió que Felipe centrara toda su energía en el exterminio de su otro enemigo: los herejes.

—Vivimos una época muy emocionante —comentó Erskine, contemplando el dulce que el propio Morton había traído y le colocaba delante. Era un pálido montículo con almendras laminadas y canela.

—Sencilla comida campestre —explicó Morton—. Esto es una cuajada con sabor a limón. A veces el gusto resulta deliciosamente ácido, pero así tiene que ser. Mi cocinera me dice que la gente de aquí lo come para adquirir fuerzas con vistas a los rigores invernales.

Ambos tomaron una cucharada y empezaron a comer. El sabor era un poco picante, debía de contener limón y algo más, pensó Erskine. Quizás un poco de hierba de Santa María.

Poco después Erskine se despidió para recorrer las cuarenta millas del viaje de regreso a Stirling.

—Es un día espléndido y me encantará contemplar el ocaso —dijo—. Cuando oscurezca, me detendré cerca de Linlithgow.

Al llegar allí, le sobrevinieron unos dolores de vientre tan fuertes que tuvieron que ayudarlo a desmontar. Lo llevaron a su posada habitual donde, tras una noche de agonía, murió. Era el segundo regente que expiraba en Linlithgow.

Morton lo sucedió de inmediato.

Poco después de Todos los Santos el tiempo cambió de golpe y las tormentas se

abatieron sobre Escocia llevando consigo torrentes de lluvias heladas y fuertes vientos. Los mares estaban agitados y las olas rompían contra la costa y penetraban en el estuario del Forth lanzando al aire nubes de rociadas marinas. Los árboles se despojaron de las pocas hojas que les quedaban, y el viento las arrastró hacia el agua.

Knox, ya muy achacoso, consiguió subir al pulpito de Saint Giles el 9 de noviembre para predicarle a su sucesor los deberes de un ministro, pero su voz era tan débil que sólo quienes se hallaban muy cerca lo oyeron. Después lo ayudaron a bajar y todos los feligreses lo acompañaron mientras regresaba de manera trémula y dolorosa a su casa.

Aquella noche había invitado a cenar a unos amigos e insistió en sentarse con ellos a la mesa.

—Hay que abrir el tonel grande de vino —le indicó con voz cascada a Margaret.

—No —protestó uno de los invitados—, eso contiene más de cien galones y no podremos bebérselo todo. Guardadlos para un grupo más numeroso.

—Os ruego que bebáis todo lo que queráis —contestó Knox serenamente—. Yo no viviré para terminarlo.

Alargó la mano y dio unas palmaditas a la de Margaret.

Después de la cena se fue a la cama.

—No puedo leer —le dijo a su mujer—. No consigo fijar los ojos en el texto. Os ruego que me leáis el capítulo diecisiete del Evangelio de Juan. Fue donde yo eché el ancla por vez primera.

—¿Qué... queréis decir? —Margaret no comprendía aquella despedida. Knox aún no había cumplido los sesenta años, y aquella misteriosa enfermedad (la debilidad, la parálisis y la tos) no parecía ser un síntoma de una dolencia en especial.

—Quiero decir que éstas son las palabras que me llamaron directamente y que parecen hablar con la íntima voz de mi Maestro.

—John, ¿por qué no avisáis al médico? —le preguntó ella.

—Llamadlo si queréis —respondió él con dulzura—. No rechazaré los medios ordinarios de curación, pero sé que el Señor muy pronto pondrá fin a mi lucha. Mis trompetas ya han sonado. Pero otras me llamarán a casa. —Volvió a darle a su esposa una palmadita en la mano—. Ahora leed, os lo ruego.

—«Te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me mandaste realizar. He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado. Yo ruego por ellos. Mientras estaba con ellos he conservado en tu nombre a estos que me has dado y los guardé y ninguno de ellos pereció, salvo el hijo de la perdición.»

Knox suspiró y buscó con los ojos la ventana iluminada de su estudio, que daba a la calle Mayor.

—Cuánta vanidad —murmuró.

Muchas personas habían pasado bajo aquella ventana, yendo y viniendo del palacio de Holyrood. Le parecía oír los gritos y aclamaciones de once años atrás, cuando la

Reina había hecho su ceremoniosa entrada en Edimburgo, y la recordaba con el pecho cuajado de joyas y la capa de color gris sobre los flancos de su caballo.

—El hijo de la perdición —musitó. Sí, el hijo de la perdición no se había salvado, él no había conseguido salvarla. Ella se había deslizado hacia su ruina con un reguero de amantes, vicios y asesinatos. Y aún no había terminado—. Jezabel... —Exhaló un suspiro—. Los perros beberán tu sangre tal como vaticiné.

—John, no os atormentéis con su recuerdo —suplicó Margaret—. ¡Pensad en vuestros hijos! En nuestras hijitas..., ¡pensad en ellas, no en ella!

—Pienso en Escocia, mi querida esposa, y en todos los asuntos que la atañen.

Escocia estaba en peligro. A pesar de la huida de la perversa reina, a pesar del triunfo de la Iglesia Reformada, a pesar del reconocimiento de Jacobo VI por parte de Isabel, el país obraba en poder de la anarquía y el desorden. Tres regentes habían muerto en cuatro años, y nadie era capaz de conseguir que se cumplieran los decretos del Gobierno. Los hombres de Bothwell ya no se encontraban disponibles para controlar las Fronteras, donde los forajidos campaban de nuevo por sus respetos. Los odios entre los clanes —los Hamilton, los Lennox Stewart, los Douglas y los Gordon— estaban a la orden del día. Maitland y Kirkcaldy conservaban el castillo de Edimburgo y disparaban sus cañones contra los impotentes ciudadanos, pero los otros lores leales a la Reina —Argyll, Huntly, Hamilton— habían abandonado la ciudad.

Martha, Margaret y Elizabeth, sus tres hijitas, rodeaban su lecho.

—¡Padre! —dijo Martha, de seis años, tirándole con suavidad de la barba.

—Te dejo que me la recortes un poco si quieres —musitó él. Ambos solían bromear acerca de su barba, y la niña siempre se empeñaba en recortársela. A veces, él se lo permitía, pero una vez a la niña se le había ido la mano y él tuvo que predicar en Saint Giles con una barba irregular que subía y bajaba—. Incluso puedes cortármela torcida.

—¿Qué es eso? —preguntó Margaret, la de cuatro años, señalando unas tablas de madera apoyadas con cuidado en una pared.

—¡No, no debéis...! —exclamó la madre a Knox.

—¿Y por qué no he de decírselo? Éste es mi ataúd, querida. Le pedí a mi amigo Bannatyne que empezara a prepararlo.

Margaret, la mayor, se echó a llorar.

El día 19 se presentó Morton. El nuevo regente era muy severo y había envejecido de un modo considerable en los últimos meses. El intenso color rojo de su barba y su cabello se había aclarado y presentaba algunas hebras blancas. Sus negros ojos parecían preocupados, aunque él procuró que Knox no reparase en ello. Knox lo recordaba tal como era en los primeros días del pacto de los lores de la Congregación. Morton había sido un firme partidario desde el principio y jamás había vacilado, a

diferencia de otros. Entonces se hallaba en la flor de la edad y conservaba todo su vigor. Ahora había alcanzado su recompensa: el máximo poder en Escocia.

—Dejadnos solos —les pidió Knox a los demás presentes en la estancia. Éstos se retiraron, y entonces Knox le hizo señas a Morton de que se inclinara hacia él—. ¿Tuvisteis algún conocimiento del asesinato de Darnley? —le preguntó—. Debéis decirme la verdad.

Morton dudó. ¿Mentir a un profeta suponía un pecado más grave que mentir a cualquier otro hombre? ¿Tenía Knox poder para perdonar los pecados? ¿Sabría descubrir una mentira? Poseía el don de la profecía.

—Yo... me enteré de que ciertos hombres deseaban librar al mundo de su presencia —respondió al cabo—, pero me negué a participar en la acción. Me avergüenza confesar que no me movió la compasión hacia la persona del Rey sino la cautela. Acababan de concederme la autorización para regresar a Escocia después del asesinato de Rizzio y no me atrevía a participar tan pronto en otro.

Knox soltó la muñeca de Morton.

—Llamad a los demás.

Lord Boyd, David Lindsay y el nuevo ministro de Saint Giles regresaron junto al lecho del moribundo. Knox intentó incorporarse, y Boyd lo ayudó colocándole un almohadón detrás de la espalda.

—Me preocupan los lores del castillo de Edimburgo, que cada día causan estragos entre la gente en las calles de la ciudad —dijo Knox con trémula voz—. Os hago esta petición en mi lecho de muerte: que vayáis a ver a Kirkcaldy en el castillo y le comunicuéis en mi nombre lo siguiente: a no ser que se arrepienta de su deserción de los lores, sufrirá una muerte deshonrosa, pues ni la escarpada roca en la que tanto confía, ni la prudencia humana de Maitland a quien considera un semidiós, ni la ayuda extranjera de la que de manera tan equivocada se enorgullece, lo salvarán. Lo expulsarán de allí no por la puerta sino por la muralla. —De repente se incorporó y su voz adquirió un tono más profundo—. Pues lo sacarán a rastras de un modo ignominioso de su nido de castigo y lo colgarán en la horca de cara al sol a menos que enmiende de prisa su vida y corra a refugiarse en la misericordia de Dios. —Bajando la voz, añadió—: El alma de este hombre me es muy querida y no me gustaría verla perecer mientras sea capaz de salvarla.

—¿Y qué me decís de su compañero Maitland? —preguntó Morton.

—Es un hombre impío, casi me atrevería a decir que ateo. No abrigo esperanzas para él.

Knox se recostó de nuevo en las almohadas resollando y asfixiándose.

La tarde del 24 de noviembre el viento azotaba con furia la casa. Knox yacía

inmóvil en su lecho, atendido por su esposa, su médico y los amigos a quienes había encomendado a su familia. Mientras se rezaban las oraciones de la tarde, Knox se movió.

—¿Oís las oraciones? —le preguntó el médico.

—Ojalá vos y todos los hombres las oyeran tal como yo las he oído, y alabo a Dios por este celestial sonido.

Tras lo cual Knox expiró con una sonrisa en los labios.

Morton, al frente de los lores, presidió el duelo y el funeral que se celebró dos días más tarde. Knox fue enterrado en el cementerio de Saint Giles, en el ataúd recién fabricado. Mientras bajaban el féretro a la fosa, Morton comentó:

—Aquí yace alguien que no temió ni halagó a nadie.

En su testamento, Knox se dirigía a los «papistas y el ingrato mundo» diciendo que «puesto que no han prestado atención a mis advertencias, los entrego al juicio de Aquel que conoce los corazones de todos». Sus bienes terrenales se repartieron entre sus deudos.

En febrero de 1573 Morton negoció por separado con Huntly y los Hamilton, quienes finalmente accedieron a reconocer a Jacobo VI como rey y a él como regente.

Argyll no tardó en seguir su ejemplo. Sólo Maitland y Kirkcaldy, atrincherados en el castillo de Edimburgo, defendían la causa de María. Habían transcurrido seis años desde la muerte de Darnley y uno a uno los partidarios de aquélla habían huido, muerto o pasado al otro bando.

Los lores atacaron el castillo, pero fueron rechazados. En abril llegó la ayuda inglesa: los barcos anclaron en Leith y las tropas y los pertrechos militares bajo el mando de sir William Drury, mariscal de Berwick, fueron transportados a la orilla. Entre los cañones figuraba una de las célebres Siete Hermanas capturadas por los ingleses en la batalla de Flodden, que ahora regresaba a Escocia, en poder del enemigo.

Después de un infructuoso intento de minar la fortaleza, la bombardearon noche y día desde cinco posiciones distintas. La debilidad del castillo radicaba en los suministros de agua. Los sitiadores consiguieron bloquear uno de los pozos con cal y trigo. Sin embargo, hasta que no se produjo un ataque en toda regla con la llamada Torre de David que provocó el derrumbamiento de su muralla, no fue posible cegar el segundo pozo. Aun así, el castillo siguió resistiendo hasta que, al final, los ingleses tomaron las defensas exteriores del acceso oriental, el más débil.

—¡Rendios! —gritó Drury de pie en las obras de fortificación—. Si lo hacéis, todos los defensores serán libres de marcharse en paz, excepto sus comandantes Maitland y Kirkcaldy. ¡Quisiera hablar con ellos!

Kirkcaldy apareció sobre los escombros que se amontonaban junto a la muralla.

—¿Qué condiciones nos ofrecéis? —preguntó con voz de trueno.

—Una rendición honrosa. Si os entregáis, vuestras personas no sufrirán daño alguno.

Tras varias horas de negociaciones, Kirkcaldy accedió y trató de reunirse con Drury, pero no logró cruzar la puerta del castillo debido a los cascotes que resultaron del bombardeo. Tuvieron que descolgarlo con una cuerda desde lo alto de la muralla.

—Knox profetizó que sería expulsado no por la puerta sino por la muralla —comentaron en voz baja los presentes.

En el interior del castillo, Maitland se arrastró hasta la ventana y vio lo que ocurría. Los hombres de Drury se llevaban a rastras a Kirkcaldy a pesar de las promesas que le habían hecho.

—Mentirosos hasta el final —susurró—. No hay verdad en estos «hombres de Dios».

Se habría reído, pero no le quedaban fuerzas. La verdad era que, en el transcurso de los últimos meses, él había estado sufriendo una parálisis progresiva y ya casi había perdido el uso de las piernas.

—Veintinueve de mayo. He de despedirme de ti, mundo. —Se había preparado para aquel momento. Extrajo con dificultad del armario un frasco—. Perdonadme, mi amadísima esposa.

¡La bella Fleming! El matrimonio no había significado para ella más que un ejercicio de paciencia y fidelidad; algo muy distinto de la vida que él deseaba ofrecerle.

«Al mundo de antaño en que todo era joven y había cantos y bailes —pensó—, allí pensaba llevaros, no a éste donde imperan los asesinatos, las fugas y las enfermedades.»

Vertió despacio el contenido del frasco en un vaso. Procuró que no le temblara la mano para no derramar ni una preciosa gota. El líquido *venin de crapaud*, derivado de los líquidos corporales destilados de sapos envenenados con arsénico, le provocaría la muerte en cuestión de horas. Levantó el vaso y estudió su contenido. La muerte en una copa. Lo contrario de la ambrosía que los mortales bebían en el Olimpo para alcanzar la inmortalidad.

«¿Por qué —se preguntó— podemos prepararnos una copa de muerte pero no una de vida?»

Se sentó en su silla y respiró profundamente varias veces. Oía los gritos y los ruidos de los soldados de abajo. No tardarían en entrar. Debía hacerlo.

Tomó la copa y cerró los ojos.

«Estás dando largas —se dijo—. Si deseas ser dueño de tu destino, bebe. Si quieres que ellos sean los dueños de tu destino, no bebas.»

Se acercó la copa a los labios y se tragó el amargo y viscoso líquido. Le ardió la garganta.

—Adiós, hombres de Dios —musitó—. Evitadme vuestra dulce clemencia. Prefiero la bondad del veneno...; es más de fiar. Siempre cumple sus promesas.

Ahorcaron a Kirkcaldy junto Mercat Cross en la calle Mayor. Lo habían colocado de pie de cara a Holyrood y lo último que vio fueron las cónicas torres del palacio.

Pero mientras moría, su cuerpo giró hacia el sol de la tarde que se ocultaba detrás del castillo.

—Tal como vaticinó Knox —murmuró el pueblo—, lo han ahorcado de cara al sol. Todo el mundo enmudeció de temor.

Ya no quedaban Hombres de la Reina en Escocia.

## X

Bothwell contempló los rayos cada vez más alargados que el sol proyectaba en el suelo de su estancia. Muy pronto desaparecería del cielo y, en su lugar, quedaría una apariencia de oscuridad. En aquella estación del año jamás oscurecía del todo, ni siquiera a medianoche. Los cielos adquirirían un intenso color zafiro que bastaría para envolver como un manto sus movimientos.

Aquella noche escaparía.

Las mareas eran favorables. La luz resultaba apropiada. Y la vigilancia sería prácticamente nula, pues aquella noche se celebraba la Noche del Solticio de Verano en la que la gente se divertía, los enamorados se reunían en los bosques y el alcaide del castillo siempre permitía que se celebrara una ruidosa fiesta donde el vino corría con generosidad y las trompetas tocaban sin cesar. Bothwell llevaba cinco años presenciando aquella actividad anual; aquél sería el sexto.

«¡Pero no habrá un séptimo!», se juró.

Cada año observaba lo escasas que eran las medidas de seguridad y advertía que los festejos eran cada vez más fastuosos. En la playa se encendían hogueras y los gritos de los borrachos que recorrían las angostas callejuelas de la ciudad llegaban hasta el castillo. Toda la ciudad de Malmoe se entregaba al jolgorio y las borracheras, y la normalidad quedaba en suspenso. Después, permanecían atontados durante varios días por los efectos del vino.

«Dicen que la del Solsticio de Verano es una noche encantada —pensó—. ¡Esperemos que me vuelva invisible! Los enamorados salen esta noche a recoger esporas de helecho para que los hagan invisibles; nadie lo necesita más que yo.»

Conocía muy bien a sus guardas: el fornido Sven, el lascivo Tor y el meticuloso Björn. A lo largo de los años había aprendido el danés y, gracias a su amabilidad y su buena disposición a colaborar, había conseguido ganarse su confianza. Las horas que se había pasado escuchándolos hablar de mujeres, religión y enfermedades le habían permitido conocer todas sus fuerzas y sus debilidades.

El alcaide del castillo, el capitán Kaas, era un vulgar fanfarrón que cumplía al pie de la letra todas las normas. Mantenía los aposentos del rey Federico siempre a punto con sábanas limpias y cuencos de flores y hojas secas para perfumar el ambiente, pero el Rey nunca aparecía por allí. Bothwell jamás había logrado que lo recibiera en audiencia y ya sabía que nunca lo recibiría. Por lo que a Federico respectaba, él había muerto; carecía del menor valor político. No obstante, como era un hombre muy previsor, Federico nunca se desprendía de nada por si acaso. Por eso lo mantenía bien vigilado en su castillo de Malmoe.

Al principio, Bothwell recibía visitas y le informaban de lo que ocurría más allá de



Oresund. Pero, con el paso de los años, las visitas se habían terminado y él había tenido que conformarse con lo que los guardas oían en la ciudad, por lo que sólo se enteraba de los acontecimientos más destacados. Sabía que María aún estaba prisionera y que, así como él jamás había conseguido que Federico lo recibiese en audiencia, ella jamás había conseguido que la recibiese Isabel. Estaba al corriente de que Knox había muerto y de que el bando de la Reina en Escocia ya era una fuerza extinguida. Sabía que Isabel había sido excomulgada y que habían asesinado a lord Stewart. Se había enterado de la Matanza de la Noche de San Bartolomé. Sin embargo ignoraba las razones que se ocultaban detrás de aquellos acontecimientos, los matices y las consecuencias diplomáticas. El rey Carlos IX no sólo no lo había ayudado sino que ni siquiera había acusado recibo de su misiva. Seguía recibiendo cartas de María, muy escasas y espaciadas. En ellas María siempre le decía que tuviera valor y le reiteraba su lealtad.

Lo haría cuando los guardas se fueran al patio de al lado para contemplar cómo encendían la hoguera. Sus habitaciones estaban en la planta baja, donde él había aflojado con cuidado la parte posterior del retrete de madera del muro de sus habitaciones que miraba al mar y que había sido reforzado en debida forma para evitar lo que ahora él pretendía hacer. Pero se había pasado seis años trabajando en ello. Creía que, si disponía de unos diez minutos, tendría fuerza suficiente para empujar las tablas. Después saldría deslizándose a través de ellas, saltaría al suelo cerca de la orilla del mar y se alejaría a través de las rocas. Para esto aquella noche también le sería propicia: la bajamar las dejaría al descubierto, y él podría utilizarlas como pasaderas para alejarse. Cerca del puerto había unas pequeñas embarcaciones amarradas que nadie vigilaba. Bastaría con tomar una.

¿Y después qué? Abandonaría el puerto a remo, se escondería en alguna aldea de pescadores y después se ofrecería como marinero en uno de los grandes bajeles mercantes que cruzaban el mar Báltico rumbo a Alemania. Gracias a Dios había aprendido el danés y sería capaz de inventar una historia verosímil.

«Entre mis antepasados había uno o dos vikingos allá en las Shetland —pensó—. Ojalá me parezca lo bastante a ellos como para hacerme pasar por danés.»

El sol se ocultó pero, como sus ventanas daban al sur, la luz penetraba durante mucho rato en las habitaciones. Oía que los tres centinelas hacían ruidos de impaciencia mientras esperaban el relevo. Se había pasado todo el año pensando en aquella noche. Al final —a Bothwell le pareció que habían transcurrido cuatro horas—, el joven soldado a quien aquella noche le tocaba perderse los festejos, se presentó para relevarlos. Ya había bebido lo suyo, como si quisiera desafiar a sus superiores. Bothwell oyó que se sentaba con pesadez y, a los pocos minutos, le llegó el inequívoco rumor de unos ronquidos desde el cuarto de la guardia.

Se acercó deprisa a la puerta del retrete. No tenía nada que llevarse; jamás le

habían permitido conservar armas ni dinero, por lo que nada había que recoger. Sólo lograría sobrevivir en su fuga gracias a su temple y su ingenio.

Aflojó los clavos, que había tardado varios meses en arrancar, pero siempre con la precaución de colocarlos de nuevo en su sitio para que parecieran sujetos, entreabrió la puerta y se ocultó detrás de ella. Ahora debía actuar con toda la rapidez que le fuera humanamente posible so pena de que el guardia asomara la cabeza al interior de la habitación y no viera a nadie. Las gruesas tablas de la parte posterior estaban clavadas con pesados tachones, pero éstos se habían aflojado un poco como consecuencia del aire salado y de la humedad del mar. Las empujó con el hombro y rezó para que cedieran sin hacer demasiado ruido.

Su plegaria fue escuchada: una de las tablas se astilló en silencio. Volvió a empujar y rompió la de al lado. Una ráfaga de aire fresco le azotó el rostro. Propinó un puntapié a una tercera tabla, que también cedió. ¡Ahora! La abertura ya era lo bastante ancha. Consiguió introducirse a través de ella y vio que se encontraba a unos diez pies por encima de las rocas cubiertas de musgo. Se descolgó con cuidado y se soltó para caer del modo más silencioso que pudo.

Las rocas de abajo eran tan resbaladizas como si estuvieran cubiertas de grasa. Los pies se le fueron y cayó con todo su peso de espaldas. Experimentó un fuerte dolor y por un horrible instante pensó que no podía mover las piernas. Pero enseguida recuperó la sensibilidad, rodó sobre las rocas y avanzó a gatas con cautela. A unos quince pies de distancia, el océano lamía las rocas cubiertas de largos filamentos de algas. La zona que debía atravesar era mucho más larga de lo que había pensado pues jamás la había visto. Nunca llegaría al puerto de aquella manera; le llevaría toda la noche. Nervioso, se volvió para contemplar la mole del castillo cuyos baluartes se reflejaban en el agua del foso. Creyó ver el rojizo resplandor de las llamas de la hoguera del patio pero, de momento, no se escuchaba ningún ruido de alarma.

Tendría que atravesar la ciudad para llegar al puerto principal. En aquella noche de jarana, parecería un borrachín más. Vio un poco más adelante la muralla de la ciudad a su izquierda; aquella noche la puerta estaba abierta y había gente congregada en torno a ella, escuchando a un violinista que tocaba canciones sobre duendes y brujas. Se acercó muy despacio a ellos.

Lo miraron y sonrieron como si nada en él les llamara la atención. Cruzó con rapidez la puerta y echó a andar por el viejo Västergatan. Era el corazón de la vieja ciudad cuyas estrechas y oscuras calles le resultarían muy propicias. A su derecha oyó gritos y música y pensó que debía de haber una plaza llena de gente alrededor de una hoguera. Más valía que no se acercara. Tenía todo el Västergatan a su entera disposición y sólo de vez en cuando se tropezaba con algún joven que bajaba corriendo para dirigirse a algún sitio.

«Yo también tengo prisa —pensó—, pero me conviene disimular.»

Siguió caminando hasta que encontró una calle que parecía bajar al puerto o al lugar donde él suponía que se hallaba el puerto. Bajó alegremente intentando imitar a los otros, que corrían felices y libres de toda cuita. Estaba tan animado que el corazón le latía jubiloso y tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no perder la cabeza y entregarse a una triunfal emoción. ¡Se había escapado! ¡Los había burlado! Había vencido su prisión a prueba de fugas.

El puerto se abrió ante sus ojos, oscuro y tentador. Las grandes embarcaciones de los mercaderes de la Liga Hanseática estaban amarradas y preparadas como de costumbre. Sintió el impulso de esconderse en una de ellas. A lo mejor bastaría con ocultarse en la bodega y esperar. Sin embargo, registrarían todos aquellos barcos y, aunque la primera vez pasara inadvertido, quizá la nave tardaría varios días en hacerse a la mar. No, le convenía alejarse todo lo posible antes de que descubrieran su fuga. En el extremo opuesto del puerto estaban las embarcaciones más pequeñas: barcas de pesca, botes de remos, barcos de transporte de carbón. Robaría una, se adentraría bogando en el mar y buscaría un lugar de la costa que le pareciera seguro. Se acercó a las embarcaciones preguntándose cómo estarían amarradas y cuál sería la mejor. Tendría que ser lo bastante grande como para ofrecerle protección; no debía acercarse demasiado a la costa pues no conocía los bajíos ni las rocas, pero, al mismo tiempo, tendría que ser lo más pequeña posible para no llamar la atención.

Vio una embarcación de pesca varada hacia el otro extremo del puerto. Bajo la morada y brumosa luz le pareció que se encontraba en buen estado y era bastante nueva. Percibió el olor de las planchas recién engrasadas. Se acercó y miró. Estaba amarrada muy floja, y deshizo el nudo con facilidad. Arrojó el cabo al interior de la barca, la empujó y saltó. Tomando los remos, empezó a bogar con fuerza. La barca se balanceó y avanzó sobre el suave oleaje.

—¡Gracias a Dios y a todos los santos! —exclamó. La madera de los remos le raspaba las palmas de las manos pero jamás una sensación le había resultado más agradable. Era cierto; lo había conseguido.

De repente, oyó que algo se movía en la barca. ¡Ratas! Se estremeció. Las aborrecía con toda su alma y sabía que no tardarían en corretear con sus horribles patitas por sus piernas.

«Debería haber sacudido la lona para que salieran antes de zarpar —pensó—, pero ya no había tiempo.»

Y ahora era demasiado tarde. Las ratas del puerto eran peligrosas; confiaba en que no lo atacasen.

—Pero ¿qué demonios es eso? —Una figura enorme se levantó de la lona cual un fantasma—. ¡Maldita sea!

Era un hombre, un gigante desnudo. Algo más se movió y Bothwell vio incorporarse a una mujer, también desnuda. La mujer profirió un grito.

¡Unos enamorados! Había interrumpido sus retozos. ¿Cómo era posible que no se hubiera percatado de sus movimientos debajo de la lona? Porque no los había. Habían permanecido quietos con la esperanza de que él se marchara.

—Yo... yo... —balbució Bothwell sin soltar los remos.

—¡Cochino ladrón! —gritó el hombre—. ¡No es tu hermano, Astrid! ¡Es sólo un maldito ladrón!

El hombre se abalanzó sobre Bothwell con las manos extendidas para agarrarlo por el cuello.

Bothwell soltó los remos e intentó apartar las manos del hombre de su garganta. Tenía la fuerza de un demonio y estaba furioso, con toda la indignada moralidad de un amante cuyo quehacer acaban de interrumpir.

—Por favor..., deteneos..., yo no...

La mujer, con los hombros y el pecho cubiertos por su larga cabellera, también lo golpeaba sin dejar de gritar. Juntos lo derribaron y el hombre tomó un cubo de madera para abrirle la cabeza con él. Pero Bothwell luchó con tanto denuedo que el hombre no consiguió alcanzarlo. Bothwell vislumbró de manera fugaz un rostro en el que destacaba una amarilla barba y unos dientes como de un animal a punto de morder. Percibió el olor de la excitación humana con más intensidad que el del agua del mar cuando la pareja se le echó encima para inmovilizarlo.

—Por favor... —rogó Bothwell, intentando soltarse—. No pretendía causar ningún daño, pagaré por la embarcación... —Mientras lo decía, comprendió que estaba perdido, pues no llevaba un céntimo encima.

—Esta barca no es nuestra. ¿Crees que queremos convertirnos en ladrones como tú? —le gritó la mujer.

El gigante había tomado los remos y estaba bogando para regresar al puerto, pues lo más importante para ellos era devolver la barca y encubrir su actividad, por lo que nada lograría disuadirlos de su propósito. Con seguridad uno de ellos estaba casado o quizá la mujer era virgen.

—Esperad..., por favor. ¿Podéis ayudarme a encontrar otra barca? —preguntó Bothwell en tono suplicante.

—¿Para qué? ¿Qué hombre honrado necesitaría una barca para remar mar adentro en una noche como ésta?

—Quiero... Yo también quiero reunirme con mi amada —contestó Bothwell rápidamente—. Su padre la tiene muy vigilada, pero sé que esta noche ella podrá salir. Soy pobre; su padre no me acepta. Sin embargo, yo estoy ahorrando para poner una herrería...

El hombre lo miró fijamente.

—¿Dónde está la chica?

—En la aldea de al lado. En... —¡Oh, santo cielo, no recordaba ningún nombre!—,

Klagshamn.

—Habla con un acento muy raro —señaló la mujer—. Es extranjero.

—Sí —admitió Bothwell—, es verdad. Vine con un barco de la Liga Hanseática, soy un marinero de Lübeck. Pero me quedé aquí...

—¡Un alemán! ¡No me extraña que el padre de la chica no lo acepte! El hombre asintió muy despacio.

—Pero el amor no conoce fronteras —dijo Bothwell—. ¡Sin duda vosotros lo comprendéis!

—A lo mejor, la barquita de tu hermano...

—¡No, se pondría furioso! —repuso la mujer.

El hombre seguía remando inexorable hacia la orilla. Se oían unos siniestros ruidos procedentes del puerto.

Bothwell se volvió y vio a un grupo de hombres con antorchas encendidas al fondo del muelle. Algunos vestían uniforme de soldado e iban armados con arcabuces.

—Podéis dejarme aquí —dijo, señalando el lugar de la playa más alejado del muelle. Procuró que su voz no dejara traslucir el pánico que sentía.

—¿Qué son todos aquellos hombres? —preguntó el remero, varando la barca en el lugar donde la había encontrado.

Después, él y su amante se vistieron a toda prisa.

—Adiós —se despidió Bothwell intentando mostrarse cortés, y saltó desde el costado de la embarcación.

Se alejó a toda prisa en la penumbra pisando los guijarros en dirección contraria. Oyó que el grupo de la búsqueda se acercaba a la pequeña embarcación. Estaban interrogando a la pareja. De pronto se produjo un tremendo griterío.

Bothwell echó a correr procurando no perder el equilibrio en la pedregosa playa. Si lograra llegar a los cañizares de la marisma situados a unas cien yardas de distancia... La perspectiva de permanecer agachado varias horas allí resultaba espantosa, pero representaba su única esperanza. Avanzó a trompicones con la cabeza agachada. A su espalda oía a sus perseguidores.

Llegó al borde de la marisma y se zambulló. Nadó bajo la superficie hasta que casi le estallaron los pulmones. La marisma estaba llena de hierbas y viscoso limo y lo succionaba hacia abajo. Jadeando, asomó la cabeza en una zona llena de espadañas y hojas de nenúfares.

Pero tras de sí, en el agua, lo seguían unos perros expertos en levantar la caza. Los animales soltaron aullidos de alegría cuando lo encontraron.

—Por lo visto, a nuestro invitado no le gustan sus habitaciones —dijo el capitán Kaas.

Era media mañana y el sol penetraba a raudales por las ventanas de su cuartel general. Habían conducido a Bothwell al patio y, desde allí, a los aposentos del alcaide del castillo. Era la primera vez que los visitaba, y a través de las pequeñas ventanas vio el puerto en el que había fracasado de modo tan aparatoso. Los bajeles mercantes con sus altos mástiles se mecían con suavidad sobre las aguas, más allá estaban las pequeñas embarcaciones y, al fondo, la marisma. Todo le pareció inocente y tentador bajo el sol de junio.

Bothwell se guardó mucho de responder o suplicar.

—Sí —añadió Kaas—, hemos procurado que estuviera a gusto, le hemos ofrecido unos aposentos bien ventilados con braseros en invierno..., pero él no parecía satisfecho. Ha pagado nuestra hospitalidad con la ingratitud y ha intentado abandonarnos sin permiso, lo que habría significado un severo castigo para nosotros, que somos sus anfitriones. —Miró a Bothwell con tristeza—. Al parecer, no pensó en nosotros. —Se acercó con rapidez a su despacho y, tras escribir unas órdenes, añadió —: Con profundo pesar accedo a vuestro deseo de abandonarnos. Hay otra prisión en la que nos recordaréis con nostalgia. Pero es cierto que, como dice el poeta, nunca valoramos las cosas hasta que las perdemos. A su debido tiempo os acordaréis con cariño de vuestra estancia en Malmoe y desearéis regresar. Claro que ya no será posible. —Les hizo una seña a los dos guardias—. Acompañaréis al prisionero a su nuevo alojamiento del otro lado del canal. Se necesitará un carro para transportarlo a través de Seeland.

—¿Adónde me llevan, señor? —preguntó Bothwell.

—A la prisión de Dragsholm —contestó Kaas.

Los guardas dieron un respingo.

El carro avanzaba por la llanura que se extendía al oeste de Copenhague, en la franja de tierra ganada al mar llamada Seeland. Bothwell iba sentado con las manos atadas a la espalda. Un grillete le sujetaba la pierna a un perno fijado en el suelo del carro, pero le permitía levantarse y mirar alrededor mientras los bueyes avanzaban lentamente.

El cielo semejaba una sábana recién lavada y puesta a secar. Los pájaros volaban en círculo por encima de su cabeza, burlándose de él con su libertad. Gozaba del aire libre, del espacio que lo rodeaba y de los suaves vientos que soplaban sobre los llanos trigales, susurrando cálidos secretos. Le hacían recordar tan vividamente los campos perdidos de las Fronteras que las lágrimas asomaron a sus ojos. Cabalgar de nuevo por aquellos campos, galopar en libertad, ver a sus perros... Se preguntó cuántas carnadas habría criado la gente de los páramos para entonces. Si hubiera tenido ocasión, habría intentado mejorar la raza, procurando crear un terrier perfecto..., indestructible, leal y

tan feroz luchador como los mejores hombres de las Fronteras.

Había casi cincuenta millas entre Seeland y Dragsholm, y el carro tardaría varios días en recorrerlas. El carretero y los dos guardias se detenían en pequeñas posadas para tomar refrigerios y permitían que Bothwell también entrara, aunque sin quitarle la cadena de la pierna. Le desataban las manos para comer, pero no le permitían usar cuchillo para cortar el queso y el pan. Se los cortaban ellos como a un niño.

Sentarse en una taberna, tomarse una jarra de cerveza fresca, comer: Bothwell también hacía todas aquellas cosas con el asombro de un niño. Jamás había valorado la delicia de las cosas más corrientes como aquéllas. Tenía la sensación de que jamás volvería a disfrutar de ellas.

No consiguió que le contasen cosa alguna de Dragsholm, excepto que se trataba de una prisión que se levantaba al borde del agua y cuyo alcaide era Frans Lauridson. Su ayudante era un tal Olluf Neilson. Los dos carecían de título, lo que significaba que el Rey había elegido a unos carceleros plebeyos que le debían lealtad sólo a él, dedujo Bothwell. Esto no constituía un buen presagio para él, que era un aristócrata. Por regla general, semejantes sujetos aborrecían a los de más alta cuna.

Ya se hallaban muy cerca de Dragsholm, cuya mole se alzaba como un barco en medio de un mar de campos de cereales y bosques por el lado que miraba a tierra. A cada sacudida del carro, la alta torre del homenaje parecía crecer hasta que, al final, aparecieron ante sus ojos las grises e impresionantes murallas de la pequeña fortaleza.

El carro se detuvo delante de la puerta fortificada, con su rastrillo y su cuartel de la guardia. Los guardias examinaron los documentos, abrieron con gran esfuerzo la pesada puerta y les franquearon la entrada.

Vieron un pequeño patio cubierto de hierba y una sombría torre de piedra en una esquina. Esperaron hasta que se acercó un hombre y dijo algo en danés pero tan deprisa que Bothwell no alcanzó a entenderlo. Le entregaron unos papeles y él los leyó con cuidado. Sólo cuando terminó de leerlos, levantó la vista para estudiar a Bothwell.

Ambos se miraron fijamente. El hombre tenía unos estrechos ojos azules con arrugas en las comisuras de los párpados. Su aspecto era el propio de alguien que se hubiera pasado mucho tiempo al aire libre. Quizás había sido marinero.

—Capitán Lauridson —dijo, saludando a Bothwell con una inclinación de la cabeza.

—Conde de Bothwell —contestó él.

Otro rápido intercambio de frases en danés. A continuación, Lauridson les hizo una seña a dos soldados que montaban guardia en la puerta de la torre. Los soldados se acercaron de inmediato, subieron al carro y, tras tomar a Bothwell por los brazos, lo bajaron al suelo. Después lo condujeron hasta la puerta de la torre.

Bothwell sólo tuvo tiempo de observar que las murallas eran muy gruesas y de alzar la mirada hacia las ventanas del piso de arriba antes de entrar. Allí hacía frío y estaba oscuro a pesar de la claridad del exterior. Sin embargo, sus ojos no tardaron en acostumbrarse. Vio una luz procedente de las estancias superiores e hizo ademán de subir.

—¡No!

Lo sujetaron por los brazos y lo obligaron a dar media vuelta.

Un tercer hombre tiró de la argolla de una trampilla del suelo y levantó la pesada losa de piedra.

—¡Aquí! —señaló otro hombre, inclinando la antorcha que sostenía en la mano.

Abajo lo esperaba una mazmorra sin luz natural. Colocaron una escala de mano y uno de los hombres bajó. Después obligaron a Bothwell a seguirlo. El frío lo azotó como una gélida mano. Miró en torno a sí. En el centro de la estancia había un grueso poste de madera de roble. El suelo era de tierra.

—Ahora —dijo uno de los hombres, obligándolo a acercarse al poste.

Bothwell se resistió cuanto pudo con las manos atadas a la espalda, pero ellos aseguraron al grillete de la pierna una corta cadena de hierro fijada a la base del poste. Aherrojado de aquella manera, sólo podía rodear parcialmente el poste como un oso encadenado. Le desataron las manos y retrocedieron.

Se oyó el crujido de la escala por la que bajaba el capitán Lauridson, que se acercó y escrutó con expresión crítica a Bothwell.

—Y ahora, mi buen amigo, más vale que os quitéis de la cabeza cualquier esperanza de escapar. El último hombre que lo intentó se ahorcó cuando lo atraparon. Está enterrado justo debajo de la horca.

Lauridson levantó la antorcha y la colocó en un candelabro de pared.

—Os dejo eso para que veáis lo que os rodea. Arderá otras dos horas. Observadlo todo con detenimiento mientras podáis. —Haciendo una inclinación de la cabeza, añadió—: Buenos días, Excelencia.

El alcaide y sus guardias subieron de nuevo por la escalera de mano, y la losa de piedra de arriba se cerró ruidosamente. Bothwell se quedó solo en la mazmorra, esperando a que la oscuridad se lo tragara.



## XI

El redoble del tambor desde el patio exterior a su hora acostumbrada de las seis de la mañana no despertó a María; había permanecido despierta desde la hora en que, a pesar de que aún está oscuro, la noche se transforma de modo imperceptible en mañana. El constante dolor del reumatismo y de las hinchadas articulaciones la desvelaban, incluso en verano.

Pero el redoble del tambor significaba que ahora el resto de la casa empezaría a levantarse. María Seton se incorporaría de inmediato, como siempre, tan espabilada como un soldado en el campamento, y se levantaría de la cama en la que dormía cerca de su señora. Los perritos despertarían, ansiosos de que les dieran la comida y los sacaran a pasear. En el laberinto de estancias de la mansión de Sheffield, los secretarios de María, su médico, sus pajes, criados y *femmes de chambre* se entregarían a su habitual e invariable tanda de tareas, manteniendo una pequeña corte en la que se observaban todas las costumbres y el protocolo de una corte de verdad, invisible para el mundo exterior. Cumplían todos los rituales y las tareas sólo para ellos pues el propósito de la reina Isabel era que, a todos los efectos, nadie en la campaña se percatara de la presencia de la reina de Escocia.

María no estaba autorizada a alejarse de las grandes torres octogonales que guardaban las entradas de la mansión, y a nadie le estaba permitido entrar para visitarla. Por eso mantenía una corte en total aislamiento sin poder recibir a nadie y sin más presencia que la suya en el salón de audiencias, con su trono y su escudo de armas. Las cortes masculinas en el exilio solían ser por tradición unos lugares de mucho ajetreo; pero la única corte femenina en el exilio de toda la historia europea era un lugar cerrado que más bien parecía una tumba.

María Seton retiró los lienzos que cubrían las jaulas de los pájaros, y al momento las tórtolas y las aves de Berbería empezaron a arrullar y gorjear. La pajarera de María era cada vez más grande: los Guisa le enviaban aves domesticadas y Felipe le había prometido mandarle canarios y loros, aunque todavía no lo había hecho. Felipe siempre era muy lento en el cumplimiento de sus promesas. «Si la muerte tuviera que venir de España, todos viviríamos hasta una edad muy avanzada», era un dicho muy conocido. Le molestaba seguir importunando a Felipe II, pero no se atrevía a contrariarlo. Quizás algún día éste le enviaría los canarios.

—Ah, Seton, buenos días —saludó María, levantándose de su cama.

Cuando apoyó el peso de su cuerpo en ellas, sintió punzadas en las rodillas.

Seton le llevó dos vestidos para que eligiera: uno era totalmente negro y el otro gris ribeteado con cinta de azabache. María estaba a punto de elegir el negro, pero Seton le dijo:

—¡Oh, Majestad, en un día de junio tan caluroso! ¡Procurad ser un poco más alegre!  
¡Elegid el gris!

María accedió con una sonrisa en los labios. Ya nunca llevaba colores; todos sus vestidos eran negros, blancos, grises o morados, los colores del luto. Suavizaba un poco el efecto con un largo y fino velo blanco que le llegaba por debajo de los hombros. De todos modos, siempre añadía una espectacular joya de carácter religioso: un enorme rosario de oro o un agnuscéi de cristal de roca con grabados de la Pasión.

«Si Ronsard me viese ahora... —pensó—. Vivo mi vida oculta por completo a los ojos del mundo exterior. ¿Me reconocería Ronsard tal como soy ahora? Él recuerda a la muchacha de la corte francesa; la prisionera inválida vestida de negro es otra persona de todo punto distinta. Ya ni siquiera exhibo mi propio cabello como si éste también estuviera de luto; cuando me lo corté, jamás volvió a crecer tan espeso como antes. Y ahora me salen canas a pesar de que sólo tengo treinta y dos años.»

Ronsard había escrito un poema a la reina Isabel en el que le decía:

*na y señora, vos que encarceláis a una Reina tan singular  
nad vuestra cólera y cambiad de parecer.  
sol desde el oriente hasta el ocaso  
ás vio acto más bárbaro en esta tierra!  
, gentes, vuestra degenerada falta de voluntad de luchar  
rgüenza a vuestros antepasados, Renault, Lanzarote y Roldán,  
con esforzados corazones deshacían los entuertos de las damas  
s protegían y rescataban, allí donde vosotros, franceses,  
os habéis atrevido a mirar o a empuñar las armas  
a salvar de la esclavitud a tan encantadora reina!*

Isabel se enfureció ante aquella poética llamada a las armas y ordenó que la vigilancia de María se intensificara, pero no tenía motivos para preocuparse por los franceses. El tratado que éstos habían firmado con ella demostraba que jamás moverían un dedo por María.

—Hoy me pondré la peluca cobriza —le dijo María a Seton mientras se sentaba para que la peinara.

Seton era muy hábil en recoger el cabello de su señora —tras haberlo cepillado con esmero y aplicar un buen masaje al cuero cabelludo— y en colocarle la peluca y rizarle los mechones de tal manera que ofreciera un aspecto del todo natural. Nadie en las estancias exteriores sabía que el cabello no era suyo. Anthony Babington siempre elogiaba su sedosa belleza. «¡Ojalá fuese mío!», pensó María.

«Antes lo era. Antes mi cabello era tan hermoso como tú crees que es ahora.»

Anthony seguía siendo su paje pero se acercaba con rapidez a la edad en que

tendría que marcharse de allí. Contaba quince años y era un muchacho alto y de lo más apuesto, con el cabello muy negro y la tez muy blanca. Ambos habían ideado juntos toda suerte de medios para enviar en secreto sus mensajes: introduciéndolos en escaupines de tacón alto en lugar de emplear tapones de corcho huecos, insertándolos entre chapas de madera en las arcas y los cofres. Habían inventado un método para enviar mensajes en libros, en los que la escritura invisible sólo ocupaba el espacio intermedio de las líneas de cada cuarta página; los libros llevaban un marcador de raso verde y se incluían en un envío de distintos libros. El tejido tratado con alumbre siempre tenía una longitud determinada para que el destinatario supiera distinguirlo. Anthony se divertía con aquellos juegos pues se imaginaba que era un caballero que ayudaba a una reina cautiva, tal como Ronsard había pedido que hicieran sus perezosos compatriotas.

Anthony creía que alguien rescataría a María. ¿Lo creía ella? ¿O era sólo algo que se sentía obligada a continuar intentando, como si darse por vencida equivaliera a marchitarse y convertirse en nada? Desde la sesión del Parlamento que había exigido su muerte y había provocado la del duque de Norfolk, su vida había discurrido con relativa placidez. Desde entonces, en tres años no se habían producido intentos de rescate, planes ni conspiraciones. Lo único que resultaba sorprendentemente claro era que la ayuda sólo podía llegar de España. Sus partidarios ingleses carecían de la fuerza necesaria para hacerlo, tal como había demostrado la Rebelión del Norte, y los franceses, inmersos en sus guerras religiosas, se ahogaban en su propia sangre.

Así pues, María se dedicaba a cortejar en debida forma a Felipe II como a su libertador y su única esperanza. Había lamentado la muerte del duque de Norfolk a pesar de no haberlo conocido en persona. El duque había representado su única oportunidad de salida respetable de su encierro y con él había perecido su única ruta de fuga inglesa. Ahora se vería obligada a cometer lo que los ingleses considerarían una traición: tratar con los españoles.

Sin embargo, las cartas eran sólo cartas y hasta ahora nada había ocurrido que turbara el apacible fluir de los días en Sheffield.

En el extranjero, la muerte seguía cebándose en los Valois: Carlos IX había fallecido a causa de una enfermedad consuntiva —algunos aseguraban que de remordimiento por la Matanza de la Noche de San Bartolomé—, y lo había sucedido Enrique III. Y el cardenal de Lorena, el tío de María, se había reunido con el Sumo Hacedor envuelto en rasos, sedas y perfumes. Ahora el Cielo —o el Infierno— sería un lugar más refinado. La campana sonó con suavidad para convocar a los miembros de la casa a la oración. María y sus servidores se dirigieron al salón de audiencias y esperaron a que llegaran los restantes cuarenta y tantos miembros de la casa. Allí estaban Bourgoing, el médico; Andrew Beaton, hermano de John, muerto durante su exilio; Bastian Pages; Claud Nau; Andrew Melville, el jefe de su casa; Gourion, su

cirujano; Gervois, su boticario; Balthazar, su viejo y achacoso modisto francés; Anthony Babington, y Willie Douglas, ahora un hombre adulto de veintidós años. Sus damas —Seton, Jane Kennedy, Marie Courcelles y la anciana madame Rallay— formaron un semicírculo alrededor de ella delante del sacerdote francés Camille de Préau, que, en su papel oficial de limosnero, había sustituido al inglés.

El padre De Préau entró tocado con un sombrero adornado con una reluciente aguja de plata.

«Su aspecto es el que antes teníamos todos —pensó María—. Todavía no parece un cautivo ni un exiliado pero él es libre de marcharse cuando quiera.»

Contempló a los miembros de su casa. «Ellos también son libres de irse —se dijo—. Cualquiera persona de aquí puede hacer el equipaje y comunicarle al conde de Shrewsbury que ha decidido marcharse. Las puertas se le abrirán de inmediato. Yo soy la única a quien no permiten marcharse..., sólo yo.»

El padre De Préau dirigió las oraciones en francés. Puesto que algunos de los miembros de su casa eran protestantes, María siempre quería que se eligieran lecturas y oraciones en las que ellos pudieran participar. La misa privada y las confesiones se realizaban en su cámara en otros momentos.

—San Pablo dice en la segunda epístola a los Corintios: «En todo apremiados, pero no acosados; perplejos, pero no desconcertados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no aniquilados. Pues la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable.» Amigos míos, hermanos y hermanas, ¡tened ánimo! —los exhortó el sacerdote.

María oyó la molesta voz que últimamente la inquietaba: «¿Se verán recompensados todos estos sufrimientos? ¿O acaso es una vana esperanza, algo que nos ayuda a que cada día resulte soportable?, “pues no hay obra ni artificio ni conocimiento ni sabiduría en el sepulcro adonde vas”, dicen también las Escrituras. Si después no hay nada, soy en verdad una necia digna de compasión y el sufrimiento carece de significado.»

Las plegarias habían terminado. Ahora los miembros de la casa se entregarían a sus monótonas tareas hasta que dieran las once, la hora de la comida. A aquella hora también comía la gente de Shrewsbury y todas las puertas permanecían cerradas.

María y sus damas se retiraron a sus aposentos para bordar. Bordaban sin descanso y ahora había banquetas, colgaduras de cama, almohadas y paneles bordados por todas partes. María le hacía regalos a Isabel —gorros y enaguas— y enviaba pequeños recuerdos a sus parientes franceses. Era una manera de recordarles su existencia.

Aquel día trabajaba en un complicado juego de colgaduras de cama para su hijo Jacobo. Sobre un campo verde esmeralda se representaba toda su genealogía de Francia y Lorena, en la que figuraban Carlomagno y san Luis. Jacobo debía recordar aquella parte de su familia y su gloriosa herencia.

Tomó el hilo de oro que serviría para señalar las relucientes superficies de los escudos, las espadas y los yelmos. Ahora Jacobo tenía casi diez años y se encontraba bajo la custodia del conde de Morton. «Pobre niño —pensó María—; está casi tan prisionero como yo. Pero con una diferencia: a él cada año que pasa lo acerca un poco más a la libertad, mientras que mi esperanza disminuye. Algún día será un hombre adulto y podrá despedir a sus guardianes y carceleros a su antojo.»

María le había escrito y le había enviado regalos a lo largo de los años pero jamás había recibido respuesta. Ella insistía sin saber jamás adónde iban a parar sus misivas. Ya había escrito la carta que acompañaría aquel regalo, eligiendo con cuidado las palabras. En ella le pedía a su hijo que permaneciese fiel a Dios y recordara a su madre, «que lo había llevado en sus entrañas».

Lanzó un suspiro y se frotó los ojos. Últimamente sentía molestias. Se pasaba tantas horas concentrando la vista en la costura, la lectura y la escritura que la forzaba demasiado. Cuando levantaba los ojos, notaba que los músculos de su frente se relajaban. «He de procurar no forzar la vista», pensó.

Les hizo señas a sus pequeños spaniels de que se acercaran, y ellos trotaron hacia ella con la lengua fuera, rascando con sus uñas el suave pavimento. Se divertía con ellos tanto como si fueran unos niños. Parecían los únicos seres felices de aquel lugar.

—Sí, queridos míos —les dijo—. Creo que habrá pollo y quizá cordero a la hora de comer. Os traeré un poco.

La campana anunció el almuerzo como cada día, día tras día. Las damas se levantaron y se dirigieron a la sala, donde las alargadas mesas estaban cubiertas con blancos manteles. Nunca comían con los miembros de la casa de Shrewsbury en la gran sala; las dos casas no debían mezclarse jamás.

Había, como siempre, dieciséis platos: siete de carne, tres de verduras, tres sopas, tres postres. Nunca variaba. Como los sonámbulos, tomaron la misma comida que tantas veces habían tomado. Ayer, hoy, mañana..., siempre lo mismo.

«Ahora sé qué es la eternidad —pensó María—. Un bromista dijo en cierta ocasión: “La eternidad son dos personas y una pierna de venado.” Sin duda se trataba de alguien que jamás tuvo cuarenta personas y dieciséis platos perpetuos.»

Se levantaron. Los hombres debían ocuparse de sus quehaceres. Los cocheros limpiarían las ruedas de los vehículos, todavía relucientes, pues les habían sacado brillo la víspera y no habían ido a ninguna parte. El boticario ordenaría sus Irascos, colocando la raíz de mandragora en polvo en el lugar que antes ocupaban las tinturas del sello de Salomón y de polígala. Las *femmes de chambre* airearían y cepillarían los vestidos de la Reina ya aireados la víspera, y los colocarían de nuevo en su sitio. Volverían a doblar las ropas que ya estaban perfectamente dobladas. Los mozos sacarían los tres caballos de la Reina para que hicieran ejercicio, un ejercicio que ella no podía ofrecerles. Los secretarios ordenarían el papel de escribir y recortarían la

cera de sellar. Aún les faltaban diez horas para irse a la cama y empezar de nuevo al día siguiente. Mientras regresaba de manera lenta y dolorosa a sus aposentos, María se preguntó si sería mejor que aquella tarde cosiera o leyera un relato. Tal vez le darían permiso para pasear a sus perrillos por el patio interior. Sin embargo, las rodillas y los tobillos le dolían tanto que el breve paseo supondría un suplicio. Y, además, le dolía la cabeza.

—Señora —le dijo Bourgoing, renqueando a su lado—, observo que hoy vuestros pasos son más lentos que de costumbre.

Ella lo miró con expresión divertida. Se había encogido con los años, tenía la espalda encorvada y parecía un enanito. Su gota era mucho peor que la de ella.

—Vuestros dolores son más graves que los míos, amigo —contestó—, pero reconozco que hoy me duelen mucho las piernas. ¿Para esto me salvasteis de las cicatrices de la viruela? —María tuvo buen cuidado de reírse mientras lo decía para que él comprendiera que hablaba en broma.

—¿Os ha contestado la Reina cuándo os permitirá ir a Buxton? —preguntó el médico.

—Sí..., cuando las cerezas maduren en enero y los cerdos dancen la gallarda —respondió María.

—¡No creo que sea tan cruel! ¡Shrewsbury acude allí muy a menudo!

—Sí, pero ella dice que yo soy capaz de fugarme y que los nuevos aposentos de allí no son seguros. Se necesita una prisión muy sólida para retener a una mujer lisiada por la gota y el reumatismo, ¿sabéis?

—¡Escribidle de nuevo! —sugirió Bourgoing.

—Le he escrito por lo menos quince veces acerca de esta cuestión. Me temo que ya no se me ocurre ningún argumento nuevo para la decimosexta repuso María, sonriendo—. Tendré que conformarme con vuestros tratamientos de cera caliente. De veras me alivian.

Juntos cruzaron la galería donde ella había mandado colgar los relíalos de sus antepasados escoceses y ya estaban a punto de entrar en sus aposentos privados cuando Anthony se les acercó corriendo.

¡Un mensajero de Escocia! —gritó, señalando hacia el patio donde un hombre cubierto de polvo que llevaba un cesto tapado de gran tamaño hablaba con los guardias. Todos gesticulaban mucho. Al final, el jinete extrajo una carta y dejó que el guardia la leyera. Sólo cuando éste y otros dos guardias la hubieron leído dejaron que el hombre desmontara y entrase en el edificio, escoltado por otro guardia.

María esperó: el hombre y su escolta bajaron por la galería hacia donde ella se encontraba.

—Majestad —dijo el mensajero hincando la rodilla en tierra al tiempo que se quitaba el sombrero—. Vengo de parte de lady Bothwell, la... difunta madre de vuestro

esposo.

¡Lady Bothwell! María jamás la había conocido, pero sabía que Bothwell había heredado el valor de su madre, quien se había mantenido firme sin ceder terreno tras verse rechazada de un modo tan cruel por su esposo. En su calidad de señora de Morham, había mantenido la cabeza alta y había presenciado la ignominiosa muerte de su antiguo consorte sin experimentar el menor regocijo, pero sin acobardarse. Bothwell hablaba a menudo de ella y María sabía que la visitaba.

¿La difunta lady Bothwell, había dicho el mensajero?

—¿Ha muerto? —preguntó María—. Lo lamento muchísimo.

Le indicó por señas al mensajero que la acompañara a su cámara privada.

Una vez dentro, le pidió la carta. El hombre dejó el cesto y se la entregó, pidiéndole disculpas por dársela abierta.

—Ya he visto el motivo —respondió María—. Toda la correspondencia que recibo es objeto del mismo trato. Por eso yo... nosotros... —señaló con la cabeza a Anthony y a monsieur Nau, que esperaban en la estancia—, empleamos otra vía de comunicación... que, por desgracia, se nos cierra a menudo.

Abrió la carta y leyó.

Mi muy estimada Soberana e hija,

Mi tiempo en la tierra toca a su fin y conviene que ordene mis asuntos mundanos. Por ello estoy dictando testamento y quiero legar mis bienes a William Hepburn, mi nieto natural que ha vivido conmigo durante todo este tiempo. Dejo mis tierras a mi hija viuda Janet. Os lo digo para que, si lograsedis comunicaros con mi hijo James, vuestro esposo, él lo sepa. Tras haber vivido tantos años y haber visto tantas penas pero también tantas alegrías, estoy preparada para despedirme en paz. Sólo lamento algunas cosas y una de ellas es la de no haberos visto como a la esposa de mi hijo pues enseguida se os llevaron de aquí y a él le ocurrió lo mismo poco después. Me duele como madre que mi hijo se encuentre prisionero allende los mares y separado de su esposa. Quisiera poder entregaros algo que fuera suyo, por así decirlo. En su infancia era muy aficionado a los perros, cosa que me enorgullece decir que heredó de mí. Hace unos años me envió dos skye terriers.

Crecieron, y estos cachorros son sus bisnietos. Me han dicho que os gustan los perrillos y que ya tenéis varios animales domésticos, por lo que espero que éstos encuentren en vos una buena acogida como recuerdo de vuestro esposo. Dicen que el skye terrier, como ya supondréis, es originario de Skye. No se desarrollan mucho, pero el pelo no deja de crecerles hasta el punto de que algunos dicen que «no se ve el perro de tanto pelo que tiene». Sin embargo, no os engañéis. No se trata de unos animales delicados como los perritos de las cortes francesas, sino de unos resistentes y temibles perros de rastreo, capaces de cavar huecos en las madrigueras y de nadar en aguas peligrosas. Son perros de un solo amo y tremendamente leales. Pero os hago una advertencia: si no están seguros del amor de su dueño suelen sumirse en la melancolía.

Ahora me despido de vos y de este mundo, al que suplico que os trate bien y que, en nombre de mi James, aceptéis estos «recuerdos» suyos.

Agnes Sinclair, lady Bothwell de Morham

María notó que las lágrimas le nublaban los ojos. El valor de la anciana y su confiada aceptación de todas las cosas resultaban conmovedores. Dobló con rapidez la

carta y se volvió hacia el cesto. ¡Aquellos eran los descendientes de los perros de la choza de los páramos!

—O sea que habéis traído estos cachorros desde Escocia —le dijo al mensajero—. ¡Os habrá parecido un viaje muy largo!

—No, no me han causado molestia alguna —contestó el hombre, levantando la tapa del cesto para mostrarle los cachorros que había en el interior, todos de distintos colores: blanco, crema y gris. En cuanto vieron la luz, los perros empezaron a gañir y a moverse.

—Están recién destetados —explicó el mensajero—. Lady Bothwell murió antes de la fecha en que quería enviarlos, pero yo os los he traído de todos modos antes de que se perdieran en medio de la confusión.

María tomó al de color negro.

—¡Qué orejas tan curiosas! ¡Parecen las velas de un barco!

—Sí, heredó esa característica de su madre. El pelo también les crecerá.

—¿De veras será tan largo como ella asegura?

—Se arrastra por el suelo, Majestad.

María recordó los de la casita del páramo. Sí, su pelaje parecía la gualdrapa de un caballo. Se echó a reír.

—Son bienvenidos en esta casa. Pero deberán convivir en paz con los spaniels franceses.

—Los franceses y los escoceses siempre han estado unidos por un extraño matrimonio —comentó el mensajero.

—Decidme, ¿cómo y cuándo murió lady Bothwell?

—Murió de vejez, era su única dolencia, que yo sepa. Siempre había estado muy sana, hasta que empezó a debilitarse y desvaírse como los colores de una capa puesta a secar al sol. Su piel se volvió más pálida, sus manos perdieron fuerza, su vista se hizo más débil... y casi perdió el oído. ¡Ni siquiera oía el ladrido de los perros! Y cada vez tardaba más en cruzar una habitación y en despertar, hasta que una mañana no abrió los ojos. Fue así de sencillo, como una manzana madura que cae de un árbol..., o más bien como una manzana demasiado madura que, al final, exhala su último suspiro.

María se santiguó.

—¡Que Dios nos conceda una muerte tan buena como la suya! —exclamó—. Una muerte apacible... ¡Qué gran regalo! ¿Comprendió que su fin estaba cerca?

—Eso parece, a juzgar por la manera en que se despidió de todo e incluso tomó disposiciones respecto a los cachorros.

«Una muerte fácil..., apacible... Dios debe de haberla amado mucho», pensó María.

La tarde transcurrió despacio mientras María Seton, Jane y María Courcelles



bordaban sentadas alrededor de su señora. En aquella serie de paños —¿donde los colocarían?— se representaban animales exóticos. Había un tucán de América, un unicornio, un mono y un ave fénix. María trabajaba en una enagua escarlata bordada con flores plateadas para Isabel. Era una obra muy ambiciosa, con un complicado borde de flores, tallos y hojas. Quizá con ello ablandaría el corazón de la Reina.

«¿Cómo podría ponerse algo hecho con mis propias manos y no considerarme una persona real que respira?», se preguntó María mientras introducía y sacaba los hilos de plata.

El sol caldeaba la estancia y, a pesar de que las ventanas estaban abiertas de par en par, las mujeres se adormecieron. María dejó a un lado su labor y decidió leer un rato. Había señalado el lugar de *Lanzarote del Lago* donde Lanzarote y Ginebra se convertían en amantes. Estaba resuelta a llegar hasta el final de la historia por primera vez desde que Bothwell entrara en su vida. No soportaba saber que, después de enamorarse, ambos amantes habían tenido que enfrentarse con el rey Arturo y arrostrar la sentencia de la quema...

«¡Quemad a la ramera!»

«Pero no me quemaron —pensó—, y Darnley no era un noble y gentil rey Arturo...»

Al atardecer le entró sueño y se tendió a descansar. Sabía que se quedaría dormida, a su pesar pues por la noche permanecería despierta hasta tarde. Deseaba romper aquel ciclo, pero no tenía alicientes para hacerlo. Las horas de cautiverio le parecían más dulces y suaves por la noche, cuando jugaba a las cartas o conversaba a la luz de las velas. Entonces le resultaba más fácil imaginar que velaba la noche en Fontainebleau o Holyrood, rodeada de sus allegados más íntimos cuando todos los demás ya se habían acostado... Se durmió cubriéndose los ojos con un brazo y soñó con Lanzarote y su lago y con la Dama del Lago y la espada de Arturo, de la que chorreaba agua y después sangre. Se despertó sobresaltada.

Justo en aquel momento oyó de nuevo el redoble del tambor en el patio exterior. El sonido del anochecer; había pasado con lentitud otro día y ahora había que guardarlo con sus cosas buenas y malas para que tanto los fallos como la claridad de las almas brillaran por toda la eternidad. Aquel día habrían muerto algunas personas que en ese momento afrontarían la lista de las acciones de sus días... en aquel día que para ella era tan normal. «Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Se esforzó por incorporarse y sacudió la cabeza para despejársela. Pronto servirían la cena con menos ceremonia y menos platos que en el almuerzo. No le apetecía cenar pero debía ocupar su lugar en la mesa.

Después de la cena, las damas se retiraron a su cámara. María prosiguió la lectura del libro de *Lanzarote* hasta que los miembros de su casa se reunieron de nuevo para rezar las oraciones nocturnas.

Se acomodaron en la estancia y escucharon los salmos que entonaba el sacerdote.

—«Dios mío, Dios mío, mírame; ¿por qué me has abandonado y estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi queja?»

La luz menguaba en la estancia cuando todos se retiraron en silencio a sus habitaciones.

Allí las mujeres leerían un rato, ordenarían un poco las cosas y después, bostezando de aburrimiento por no haber hecho nada en todo el día, se irían a la cama e intentarían dormir. Nau y Andrew Beaton repasarían los libros, haciendo nuevas anotaciones en las columnas correspondientes y después los cerrarían y volverían a guardarlos. Willie Douglas, Bastian Pages, Anthony, el cochero, los mozos y los porteros se juntarían en un rincón de la galería y jugarían a las cartas hasta bien entrada la noche. A veces María y sus damas se unían a ellos.

Pero aquella noche no.

«Esta noche me pesa el corazón de manera muy extraña —pensó mientras se disponía a acostarse—. No deseo compañía.»

Oía los sonidos de los hombres armados que montaban guardia en sus puestos junto a la entrada de los aposentos reales, como todas las noches cuando se cerraban las grandes puertas exteriores. Algunos charlaban entre risas. «¿Y por qué no?», se dijo ella. Eran jóvenes, la noche era templada y el cielo estaba tachonado de estrellas.

Se tendió en la cama y encendió la única vela fija en el candelero de su cabecera. Cerró los ojos y pidió en su oración disfrutar de un sueño reparador en el que las horas pasaran inadvertidas.

Ocho horas después se oyó el redoble de tambor de la mañana, que anunciaba el comienzo de una nueva jornada.

Un día muy caluroso, el tedio que sucedía a la cena se interrumpió cuando el paje anunció a María la visita del conde de Shrewsbury.

—¡Ah, mi querido Shrewsbury! —dijo María, saludándolo con las manos extendidas.

Ella y Shrewsbury mantenían una relación muy especial. Por una parte, el trato entre ambos se caracterizaba por la intimidad que suele establecerse entre las personas que viven cerca y la camaradería que surge de modo inevitable de la obligada compañía. Y por otra, lo presidía la desconfianza que suele haber entre el carcelero y el prisionero, complicada por otro factor: por ser el custodio de María, el propio Shrewsbury estaba condenado a una especie de arresto domiciliario pues jamás podía salir de allí ni

trasladarse a la corte. En cierto sentido, María era también su carcelera. Por lo demás, compartían el conocimiento tácito de que, en un abrir y cerrar de ojos, por un repentino acceso de fiebre o de tos seca complicada con otra cosa, era posible que Isabel muriese y que María se convirtiera en reina de Inglaterra. Quizás en aquel momento Shrewsbury se hallase en presencia de su futura soberana.

—Señora, os traigo una buena noticia —le informó éste, entregándole una carta.

María vio la cera verde del sello oficial inglés. Lo rompió.

—¡Me concede permiso para ir a Buxton!

Tan grande fue su alegría que poco faltó para que abrazara a Shrewsbury.

—Lo sé. —Él le mostró la carta que Isabel le había dirigido—. Y me alegro mucho.

—Estoy muy agradecida —respondió María.

—Partiremos la semana que viene —dijo Shrewsbury—. Me encargaré de que preparen vuestros aposentos como es debido. Yo... estoy deseando ir, Majestad.

Esbozando una tímida sonrisa, el conde hizo una reverencia.

Sentada en el coche que traqueteaba por unos caminos llenos de baches, María contempló ansiosa la campiña mientras recorría las veinte millas que separaban Sheffield de Buxton.

Estaba sola, exceptuando a María Seton y a Shrewsbury, que cabalgaba delante, saludando a la gente que bordeaba el camino para ver a su señor.

Shrewsbury había ordenado que María mantuviera corridas las cortinas del carruaje y, por encima de todo, que no hiciera ningún gesto a la gente. Pero ella había levantado una esquina para mirar con discreción. El carruaje cerrado despertaba casi tanto interés como si María se hubiera asomado y saludase con la mano.

—¡La reina de Escocia! —murmuró la gente, señalando el carruaje y poniéndose de puntillas en un intento de vislumbrar su interior.

—¿Alguien la ha visto? —preguntaban algunos.

Los niños pequeños corrían tras el carruaje y trataban de encaramarse a él, obligando a los guardias a apartarlos.

—¡Enséñanosla! ¡Enséñanos a tu reina cautiva! —le gritaban a Shrewsbury.

Pero él siguió adelante sin prestar atención a los gritos aunque en su fuero interno temía que se produjera algún tumulto en Buxton.

La reina Isabel había dictado largas y detalladas instrucciones, en las que en esencia se ordenaba mantener a María en una situación de riguroso aislamiento.

No sería posible evitar que viese a otras personas durante las sesiones de baños en el manantial de aguas calientes, pero no debía participar en ninguna de las restantes actividades sociales: los paseos, los juegos de bolos, la cetrería... No podría haber forasteros que entrasen y saliesen de Buxton, María debería avisar con una hora de

antelación antes de abandonar sus aposentos y no le permitirían recibir visitas pasadas las nueve de la noche.

Entretanto, la reina Isabel efectuaría una gira oficial por la región de las Midlands y cabía la posibilidad —sólo la posibilidad— de que acudiera a Buxton. En tal caso, esperaba comprobar que se seguían sus instrucciones al pie de la letra.

Shrewsbury suspiró. No sabía si desear que la Reina los visitara o que no lo hiciera.

Los manantiales de agua caliente de Buxton curaban toda una serie de enfermedades, desde el raquitismo a la debilidad de los tendones y desde la tiña a los «vientos hipocondríacos», pero eran famosos sobre todo porque aliviaban los dolores de las articulaciones. Las aguas no eran tan calientes allí como en Bath, por lo que agradaban más a los enfermos. Fluían desde unos profundos manantiales hasta una casa de baños cubierta con asientos de mármol en torno a una piscina para que los pacientes permaneciesen sentados y en remojo durante dos o tres horas mientras su ropa se ventilaba. Aparte de tomar baños, los pacientes debían beber agua del pozo de Santa Ana, empezando por tres pintas al día y aumentando poco a poco hasta llegar a las ocho; las distintas curas prescritas eran de catorce, veinte y cuarenta días.

Al salir del agua y ponerse de nuevo la ropa bien aireada, el paciente tenía que hacer ejercicio. Los hombres más fuertes podían practicar la cetrería, el tiro con arco y los bolos; los más débiles y las mujeres debían conformarse con una versión más suave del juego de los bolos en la que se empleaba una tabla con ranuras.

Los hombres de la corte, como Cecil, cuyas ocupaciones no les permitían visitar el balneario, recibían barriles de agua medicinal de Buxton. Dudley también era muy aficionado a las curas de agua.

Al llegar, ayudaron a María a bajar del carruaje y la acompañaron a sus aposentos de la nueva hospedería de cuatro pisos con capacidad para treinta personas cuyo propietario era Shrewsbury. En rigor, la propietaria de Buxton era Bess, que había establecido las tarifas que debían cobrarse a los pacientes; una mitad se destinaba para los pobres y la otra para el pago de los honorarios del médico residente que prestaba sus servicios en el balneario. Se oía un murmullo de voces; la hospedería era un lugar de mucho ajetreo y actividad. Todos enmudecieron cuando la reina de Escocia atravesó las salas comunes para subir a sus aposentos. Una vez allí, María suspiró aliviada. Le molestaba que la miraran; por primera vez, horrorizada, tomó conciencia del aspecto que debía de ofrecer: encorvada, débil y envejecida de un modo prematuro. Era una nueva y desagradable sensación. Siempre había dado por sentados su gracia y su

donaire hasta ahora que los había perdido de repente. Quizás habría sido mejor no ir al balneario.

«Primero perdí la reputación cuando se publicaron las cartas del cofre, después mi fe fue mancillada por la Matanza de la Noche de San Bartolomé, la caída final de Edimburgo supuso la destrucción de mi causa y ahora me ha sido arrebatada la belleza, lo único que me quedaba a juicio de la gente —pensó—. Me duele perderla no tanto por mí como por el acicate que significaría para conseguir ayuda. Es más probable que la gente quiera asistir a una pobre y hermosa prisionera que a una prisionera pobre y fea. Y... si alguna vez vuelvo a ver a Bothwell, no quiero que me vea fea.»

Contempló su imagen reflejada en los cristales de las ventanas. De lejos y en la ondulada superficie del cristal, aún conservaba su atractivo. Pero sabía que a la luz del día y vista de cerca, ya lo había perdido, por lo menos a los ojos de los desconocidos.

Se puso su blanca túnica de baño y se acercó con cautela al borde de la piscina. Remojó un pie y notó que el agua estaba agradablemente templada. Se introdujo en ella y se sentó en el banco sumergido. El agua le acarició los hombros, y un suave vapor le envolvió el rostro como una bruma. Sus tobillos y sus rodillas, a veces tan hinchados por la mañana que ni siquiera era capaz de doblarlos para levantarse, experimentaron un hormigueo y empezaron a soltarse en medio de las cálidas corrientes de agua que los envolvían. Tendió las piernas para estirar los músculos que a menudo sufrían espasmos y contracturas, exhaló un suspiro y echó la cabeza hacia atrás.

Aquella mañana había muy pocos bañistas: una anciana que padecía una especie de enfermedad cutánea, un hombre con el cuerpo hinchado a causa de la hidropesía y un escuálido muchacho que no cesaba de resollar a causa del asma. La miraron con ojos apagados por el dolor y al parecer no vieron en ella más que a una compañera de infortunio. Después del baño, de su lento paseo por sus aposentos y de una comida ligera —el régimen exigía un ayuno parcial— la acostaron con dos vejigas de cerdo llenas de agua caliente para que sudara. El calor ya había demostrado sus virtudes terapéuticas pues le había suavizado el anquilosamiento de las articulaciones. Sus extremidades habían perdido la rigidez y los dolores de cabeza le habían desaparecido.

Shrewsbury entró a verla y ella le pidió disculpas por recibirlo en la cama.

—Dios me libre de interrumpir el tratamiento de Vuestra Majestad, ¡para eso hemos venido aquí! —dijo el conde—. Os veo sonreír; ¿se ha aliviado vuestro dolor?

—Pues sí. Creo que es posible que aquí me cure.

—Os traigo una noticia que os animará todavía más. Acabo de enterarme de que Su Gloriosa Majestad la reina Isabel se encuentra muy cerca de aquí, en Kenilworth, a sólo unas sesenta millas de distancia.

—¡Sesenta millas! —exclamó María—. ¡Es lo más cerca que jamás hemos estado!

—Quizá lo estéis todavía más —dijo Shrewsbury—. La Reina tiene previsto trasladarse después al castillo de Chartley, que se halla a menos de treinta y cuatro millas de aquí. Y después... tal vez a Buxton.

—¿Aquí? ¿La veré en persona?

—Es muy posible, Majestad.

¡Conocer a Isabel..., y en el estado en que ella se encontraba en esos momentos!

—Rezo para que así sea —dijo.

—Todo está en manos de los dioses paganos que Robert Dudley ha invocado para que se reúnan con él y su reina en Kenilworth.

## XII

La Reina de las Hadas cruzaba el patio exterior de Kenilworth bajo el reloj astronómico pintado de azul celeste de la Torre de César cuando un coro de angélicas voces empezó a ensalzar su divina belleza. Isabel, vestida con un brocado tan rígido y reluciente que no le permitía volverse en su silla de montar, encerrada en una armadura de tejido bordado en oro, perlas y piedras preciosas y con la cabeza enmarcada por una gorguera almidonada que parecía una vela de encaje, levantó la vista y vio a un muchacho vestido de Cupido, suspendido de una cuerda dorada delante de la esfera del reloj. El muchacho sujetaba las manecillas de éste.

—¡Para ti, oh, Gloriana, bellísima Reina Virgen, el tiempo se parará y cesará de correr mientras dure tu estancia entre nosotros! —cantó el coro.

—¿Lo veis, amada mía? —le dijo Robert, cabalgando a su lado—. Incluso el tiempo se convierte en vuestro obediente y adorador súbdito.

Isabel sonrió y prosiguió su camino hacia sus aposentos. En aquel soñoliento crepúsculo estival ella había llegado por fin a Kenilworth, la monumental propiedad que su querido Robert tenía en el condado de Warwick, «el ombligo de Inglaterra». Ella se la había regalado diez años atrás a su favorito, haciendo uso de su prerrogativa real. Aunque sabía que él la había ampliado y había introducido muchos cambios, jamás la había visitado hasta entonces. Ahora ella y los trescientos cortesanos que la acompañaban serían sus huéspedes durante diecisiete días. Dudley le había prometido que dejaría a su espalda el mundo ordinario y entraría en otro creado especialmente para ella.

—No sufriréis una desilusión, corazón mío le había asegurado—. ¡Venid a hacerme el honor de poner los pies en mi mundo!

Dudley había salido a recibirla cuando todavía se encontraba a siete millas de distancia y la había agasajado junto con su séquito en una tienda dorada tan grande que se necesitaron siete carros para arrastrarla cuando más tarde la desmontaron. Durante el camino a Kenilworth se habían dedicado a cazar con arco. Más adelante, cuando Isabel se había acercado al enorme lago artificial, una «isla» iluminada había emergido, y una nereida le había dicho:

—Soy la dama de este ameno lago. ¡Venid a refrescaros!

A su lado, una sibila vestida con una holgada túnica blanca, había profetizado:

—¡Salud, prosperidad y felicidad para Vuestra Majestad!

De repente, linos trompeteros de tamaño sobrehumano vestidos con trajes artúricos, tocaron una fanfarria desde lo alto de las murallas.

—Cuenta la leyenda que éste era uno de los castillos del rey Arturo —le explicó Robert—. Por eso en nuestro lago también debe haber una dama.

Los cañones dispararon una salva de homenaje mientras Isabel cruzaba un improvisado puente guardado por Hércules y otros dioses en cada una de sus siete columnas: Júpiter, que prometía una próspera estación y buen tiempo; Luna prometió brillar por la noche; Ceres prometía abundancia de malta para la cerveza; Baco, copas siempre llenas; Eolo, refrenar los vientos y alejar las tormentas; Mercurio, la diversión de los poetas y los cómicos; y Diana, buena caza. Desde los grandes ventanales de la nueva ala del edificio la luz se derramaba al exterior iluminándolo todo con el mismo resplandor de una gigantesca linterna.

Isabel se volvió hacia Robert mientras las manecillas del reloj se detenían.

—¡Ojalá fuese posible ordenar que el tiempo no pasara! —exclamó.

—¡Creedlo! —repuso él.

Sin embargo, cuando lo miró, Isabel vio que el tiempo también estaba causando estragos en su persona. Su juvenil elasticidad estaba cediendo el paso a un cierto endurecimiento de su figura; su rostro se congestionaba con frecuencia y su precioso cabello castaño rojizo enralecía y comenzaba a perder el color. «Mi Robert —pensó—. Si yo pudiera, impediría que las manos del tiempo te atraparan.»

Cuando entraron en el edificio, Isabel contempló con asombro los relucientes suelos de madera, los altos techos, la enorme galería y la alfombra turca de delicado fondo azul y por lo menos cincuenta pies de longitud. La luz lo iluminaba todo desde varios centenares de candeleras de cristal.

—Esto es... verdaderamente encantador —dijo al fin Isabel.

Ella jamás había mandado construir palacios, por lo que ninguna de sus reales residencias era tan moderna como aquélla, con sus grandes ventanales, sus escalinatas y sus galerías tan anchas como una calle de Londres.

—Todo fue construido con la esperanza de que algún día lo glorificaseis aunque sólo fuera por un instante —afirmó Dudley.

Y ella comprendió que en cierto modo era verdad.

Estaban en julio, en plena canícula, el calor ardía a fuego lento en el horizonte y las hojas de los árboles permanecían inmóviles y cubiertas de polvo. El tiempo e incluso las estaciones parecían haberse detenido: el verano temblaba en su punto culminante y se paraba para inspirar y espirar antes de descender hacia el otoño. La sensación de madurez impregnaba el aire, y la vegetación se hallaba en su mejor momento de verdor, densidad y abundancia.

Cada día se celebraban fiestas y diversiones en el seductor País de Ninguna Parte que Robert Dudley había creado. La gente bailaba en el jardín cerrado lleno de perfumados macizos de flores, con obeliscos, esferas y una fuente de mármol en la que unas pícaras figuras de Neptuno y Tetis salpicaban con sus surtidores a la gente. Al



fondo del jardín había un templo clásico cuyas columnas estaban pintadas como si fueran de piedras preciosas y la red que lo envolvía era una pajarera donde unas aves exóticas de Europa y América trinaban y se acicalaban las plumas.

En el bosque practicaron la caza del venado y el corzo rojo. A la vuelta, los recibió Wodwose, un hombre salvaje cubierto por entero de hojas y musgo, que prorrumpió en alabanzas a la Reina.

Se representó una obra especial que escenificaba las incursiones de los daneses en el este de Inglaterra cientos de años atrás. Dedicaron un día a los «placeres del campo», con un falso «cortejo nupcial», una danza primaveral con los participantes disfrazados a la usanza de Robin Hood y arremetidas contra el estafermo. Organizaron también un feroz hostigamiento de osos con trece de estos animales y varias jaurías de mastines. Un día se consagró a la «ceremonia de la Reina» en cuyo transcurso cinco hombres fueron armados caballeros y la Reina tocó a nueve enfermos del «mal del rey» para curarlos de la escrófula.

Por las noches se celebraban banquetes, en uno de los cuales se sirvieron más de trescientos platos distintos, seguidos por fuegos artificiales que no sólo iluminaron los cielos sino que, además, cayeron en el lago sin apagarse e iluminaron el agua con su resplandor. Después se representó un espectáculo alegórico protagonizado por Gascoigne y un contorsionista italiano que parecía no tener espinazo y estar hecho de cuerdas.

El acontecimiento más sorprendente y complicado fue un espectáculo acuático titulado *La liberación de la Dama del Lago*, en el que intervenían una sirena con una cola de más de doce pies de longitud y Tritón y Arión, que acudían a rescatarla a lomos de un insólito delfín que encerraba en su interior un coro y una orquesta. De pronto Arión se acercó a la Reina montado en un corcel y, tras subir al lomo del delfín, empezó a recitar.

—¡Oh, bellísima, oh, singularísima! ¡Oh, diosa divina! —Se produjo una larga pausa. La sirena le hizo señas de que se acercara, pero él permaneció donde estaba hasta que, al final, soltó un gruñido y se arrancó la máscara que le cubría el rostro—. ¡No soy Arión sino tan sólo el bueno de Harry Goldingham! —exclamó.

La Reina se desternilló y aseguró que aquella había sido su diversión preferida.

Ya habían transcurrido los diecisiete días, y la regia comitiva se preparaba para la partida. Incluso el tiempo había obedecido sus deseos, y nada molesto o desagradable había ocurrido, tal como Júpiter había prometido.

El jefe de la casa de Isabel ya había sido enviado a Chartley, residencia del conde y la condesa de Essex.

—Será el lugar más septentrional que jamás he visitado —comentó Isabel—, a

pesar de que sólo se halla a ciento veinte millas de Londres.

—¿Y después de Chartley? —le preguntó Hatton—. ¿Seguiréis todavía más al norte?

—Es posible.

Buxton se encontraba a sólo treinta y cinco millas al norte de allí. Buxton... donde se encontraban las aguas termales. Y María, Reina de Escocia.

«Podría ir a verla al fin —pensó—. No sería lo mismo que recibirla en la corte de Londres. Se trataría de algo improvisado, una idea surgida durante un apretado itinerario... Si la viera, quizá se rompería el hechizo y ella dejaría de ser un símbolo y se convertiría en una simple mujer.

»Lo consultaré con la almohada —se dijo— y lo decidiré mañana por el camino.»

A la mañana siguiente, mientras el grupo cruzaba el puente, los dioses le daban apenados la despedida y Cupido soltaba las manecillas del reloj para que reanudaran su movimiento, Isabel contempló las altas torres de Kenilworth y tuvo la sensación de que abandonaba Camelot.

Silvano, dios de los bosques, surgió de entre las hileras de árboles y empezó a recitar unos versos que expresaban la tristeza de la partida y prometían duplicar el número de venados y convertir los jardines en una perpetua primavera si la Reina no se marchaba. Desde una glorieta de acebo situada al final de una alameda, un personaje que se presentó como Ardiente Deseo, mensajero de la Cámara del Consejo del Cielo, les suplicó que se quedaran.

Isabel adivinó que el hombre que se ocultaba bajo el disfraz era un fornido lugareño, con seguridad un campesino o un herrero. Recordó a Harry Goldingham, el rubor de sus mejillas y su turbación cuando había interpretado el papel de Arión y había olvidado los versos. Quizá no convenía examinar demasiado de cerca las leyendas.

—No pienso ir más al norte —le anunció de pronto a Hatton.

No iría a Buxton; prefería no ver de cerca a María.

### XIII

A Sten no le gustaba ayudar a su abuelo en las numerosas tareas que debía realizar en el patio de Dragsholm, pues todas eran desagradables: recoger el estiércol, dar de comer a los mastines y los mulos y mirar debajo del patíbulo por si hubiera comadreas o serpientes. No obstante, su familia siempre se había encargado de la limpieza del patio y algún día él tomaría el relevo.

Aquella mañana el olor del cercano mar era más fuerte que de costumbre, pues lo llevaba el viento que soplaba desde el agua. Estaban en abril y el cielo mostraba un intenso color azul. La tierra empezaba a despertar de su sueño invernal y los surcos de los arados desprendían el característico olor de tierra recién removida que tantas promesas encerraba. Mientras iba de un lado para otro en el patio, Sten se alegró de trabajar por lo menos al aire libre. Qué terrible habría sido no salir jamás y tener que efectuar todo el trabajo en el interior de una habitación o sentado junto a un escritorio como un maestro de escuela, un grabador o un prestamista. O no hacer nada y limitarse a estar ahí...

—Abuelo, ¿ésta es la mañana en que damos de comer a los prisioneros? —preguntó de repente.

Era la peor tarea de todas. No soportaba empujar los platos de comida por debajo de las puertas ni oír el ruido que hacían al arrastrar los pies los del otro lado para alcanzarlos.

—Sí, enseguida lo haremos. Dile al cocinero que prepare las raciones y corte el pan.

A los prisioneros les daban pan, cerveza y las sobras del rancho de la guarnición.

Una hora más tarde, Sten caminaba en pos de su abuelo sosteniendo un montón de platos llenos. Delante de cada puerta —muy gruesa y bien cerrada con llave— había una pequeña ranura justo lo bastante ancha como para que pasara un plato a través de ella. «¡La comida!», gritaba el abuelo, y entonces el prisionero devolvía a través de la ranura el plato de la comida anterior y ellos empujaban hacia el interior el nuevo. A veces oían unos murmullos o veían los huesudos dedos que sujetaban el borde del plato, pero jamás veían los rostros. En cada puerta había una pequeña mirilla para observar dónde estaba el prisionero de tal forma que éste no los pillara desprevenidos en caso de que tuvieran que abrir la puerta, pero por lo demás nunca miraban. Sin embargo, había un prisionero al que por fuerza debían ver. Era el que ocupaba la mazmorra, al que le bajaban el plato por medio de una cuerda y después lo empujaban con un largo palo para que lo alcanzara. Abajo la oscuridad era total y los carceleros

tenían que servirse de una linterna para ver. El hombre, encadenado a un grueso poste, se había convertido poco a poco en un animal a lo largo de los cinco años que llevaba encerrado allí. Sten creía recordar la vez que había visto a aquel hombre cuando vestía con prendas normales y pronunciaba palabras normales; pero entonces él sólo contaba cuatro o cinco años y quizás estuviera confundido. A lo mejor, no eran recuerdos auténticos sino sólo retazos de una historia que le habían contado.

Pero ahora aquel hombre estaba loco de atar, según decía su abuelo, y ya llevaba mucho tiempo así. Tenía el cabello tan largo como un mono, babeaba, gruñía y hacía rechinar los dientes. A veces aullaba y echaba la cabeza hacia atrás, pero por regla general guardaba silencio e iba y venía sin descanso en un interminable semicírculo alrededor del poste al que estaba encadenado. La base del poste se hallaba enfangada con sus propios excrementos, pero él había abierto en ellos un camino con los pies. Adelante y atrás, adelante y atrás... Cada vez que levantaban la tapa del techo de su celda y entraba la luz, se encogía y se cubría el rostro. Al parecer una membrana le cubría los ojos, que no debían de servirle de mucho, pero aun así él miraba hacia la luz. Estaba desnudo pues la ropa que llevaba se había podrido y, al parecer, no había sabido ponerse las prendas de repuesto que el abuelo de Sten le había llevado. La ropa permaneció amontonada a su lado hasta que, al final, las ratas anidaron en ella antes de hacerla trizas y llevársela. Su desnudez no resultaba demasiado evidente bajo el pelo y la suciedad, pero Sten siempre le miraba las partes pudendas que eran visibles y aún parecían humanas.

Aquella mañana el abuelo de Sten levantó la piedra que cubría la abertura mientras éste tomaba la linterna y se disponía a bajarla. El muchacho empezó a descolgarse muy despacio, esperando oír de un momento a otro un aullido de respuesta. Pero sólo hubo silencio. Después ató el plato con la cuerda y lo bajó. Asomó la cabeza para empujar el plato con el palo y vio al hombre tumbado inmóvil al lado del poste. Golpeó el plato con el palo para llamar su atención.

—Vamos —le dijo el abuelo, disponiéndose a cerrar la abertura y marcharse.

—¡No! —exclamó Sten—. No se mueve.

El abuelo masculló algo entre dientes, tomó el palo y lo empujó para tocar con él al hombre, pero no obtuvo respuesta. El hombre estaba tan rígido como el palo.

—Tendré que bajar. Ve a buscar a otro guardia —le indicó el abuelo a Sten.

Se presentó el guardia con una escalera de mano, y ambos bajaron con espadas, estacas y armas de fuego. Rodearon con cautela al hombre y volvieron a empujarlo. No se movió. Ambos permanecieron inmóviles por un instante. Sten comprendió que ninguno de ellos quería acercarse demasiado por temor a que el hombre se levantara de repente. Al final, el abuelo suspiró y se adelantó unos pasos. Alargó despacio un brazo y tocó la mejilla del hombre, cubierta por una espesa barba.

—Muerto —dijo, apartando con rapidez la mano al ver que el cuerpo caía de

costado—. ¡Muerto, muerto del todo!

—¿Por qué? —preguntó el guardia.

El abuelo de Sten miró en torno a sí y contempló de nuevo el poste y la cadena.

—De confinamiento —contestó al final—. Ha durado más que cualquier otro que haya estado aquí. Pero ni siquiera el conde de Bothwell podía vivir eternamente.

Al morir, el conde de Bothwell se vio elevado de pronto al alto estado propio de su categoría. Le quitaron el grillete de la ulcerada pierna y, una vez arriba, lo lavaron, lo afeitaron, le cortaron el cabello y lo vistieron con prendas de caballero compradas a toda prisa.

Después lo depositaron en un ancho ataúd de madera de roble sobre una blanca almohada de raso y lo envolvieron en un excelente lienzo de lino forrado de seda verde. Le cruzaron con cuidado las manos, y el abuelo de Sten se entregó a la antigua costumbre de apropiarse de las joyas del prisionero muerto. Sin embargo, sólo había un anillo de esmalte con unos huesos y unas lágrimas. El abuelo lo tomó de todos modos tras pasarlo con cierto esfuerzo por los nudillos del difunto, y lo examinó.

—Me han contado que era el anillo de compromiso que le había regalado la reina de Escocia —dijo—. Si lo es, la promesa se ha hecho realidad.

—¡No te quedes con él, abuelo! —gritó Sten—. ¿Quién querrá llevarlo?

—Si se lo dejo puesto, no descansará en paz y creo que ya es hora de que descanse. —El abuelo se puso el anillo y Sten se estremeció—. Ya está —añadió envolviendo casi con cariño los hombros de Bothwell en el sudario.

El conde no parecía descansar en paz sino furioso. Su boca formaba una siniestra línea recta, y su frente presentaba una débil cicatriz diagonal, reliquia de alguna pelea. Sten temió que se levantara con un gemido, blandiendo un cuchillo.

El abuelo terminó de alisar el sudario, tapó el ataúd y lo cerró con unos clavos. Los guardias se lo llevaron a través del patio y fuera del recinto del castillo. Fue la única vez que Bothwell cruzó la puerta. Lo enterraron en la iglesia más cercana, la capilla de Faarevejle, en lo alto de un promontorio donde el agua del mar salpicaba sus muros y cuya torre servía de faro. Un ministro de la Iglesia Reformada entonó las plegarias mientras el féretro bajaba a la fosa. Ninguna inscripción señalaba el lugar.

Al día siguiente, Lauridson incluyó el informe en su calendario oficial y envió sendas notificaciones a los gobiernos escocés e inglés. «El conde de Bothwell, antiguo esposo de la reina de Escocia, ha muerto este 14 de abril de 1578. Dios se apiade de su alma.»

## XIV

María terminó de almorzar y, tarareando para sí, tomó su labor. Estaban a mediados de mayo y pasaban por una de las estaciones más calurosas y lujuriantes que jamás habían tenido. Todas las plantas habían crecido de repente como si hubieran permanecido almacenadas no meses sino años: las hojitas brotaron en las ramas de los árboles cual balas de cañón, los narcisos y los iris surgieron de la tierra y estallaron en una profusión de flores y, de la noche a la mañana, la enmarañada hierba del año anterior se convirtió en una aterciopelada alfombra tan dulce que los conejos, enloquecidos, se atiborraron de tiernos y verdes brotes. María se sentía incapaz de oponer resistencia al apremiante y abrumador espíritu de la nueva estación. Aquel día quería sentarse fuera para rendir homenaje al don de la nueva vida que Dios les había otorgado.

Chatsworth siempre ofrecía agradables lugares para sentarse; María se había sentado tan a menudo en la glorieta rodeada por un foso que ésta se había bautizado de nuevo con el nombre de «cenador de la reina María» en honor del aprecio que ella sentía por aquel lugar. Ese día sería ideal para sentarse en su silla plegable —cubierta con sus bordados, por supuesto— y disfrutar de la etérea suavidad del aire.

No olvidó tomar su sombrero de ala ancha. ¡Qué delicia volver a utilizarlo! Durante el largo y pálido invierno, cuando lo contemplaba colgado de su percha, siempre le parecía un desamparado superviviente de otro mundo, la única prueba, entre el hielo y la oscuridad, de que hubiera habido un verano alguna vez.

«La esperanza es un sombrero de paja colgado al lado de una ventana cubierta de escarcha», pensó.

Tenía la intención de ir directa a su cenador, pero había en el jardín tantos arbustos y matorrales en flor que se sintió atraída por ellos. Los groselleros estaban cubiertos de pequeños capullos, las parras estaban floridas y las florecillas color crema de la madreselva desprendían un aroma tan característico que, a pesar de su intensidad, no era posible capturarlo en un perfume.

María cerró los ojos y se acercó al arbusto de la madreselva dejándose guiar sólo por su fragancia. Ésta era tan embriagadora que pareció bañarle todo el cuerpo, y ella la aspiró como para intoxicarse por medio de una especie de magia aérea.

Se sintió envuelta por ella y abrió los ojos. Estaba justo a su lado. Alargó la mano, arrancó uno de los delicados capullos en forma de trompeta e introdujo entre sus labios el quebrado tallo. La dulzura del néctar se mezcló con la dulzura del perfume y ambas cosas se convirtieron en una sola.

La planta también había atraído a las abejas. María se sorprendió de las muchas que revoloteaban alrededor de cada flor, emitiendo un zumbido adormecedor. Era como

una tranquilizadora canción de cuna primaveral.

No oyó las pisadas hasta que Shrewsbury se halló a sólo diez pies de distancia. El primer pensamiento que se le ocurrió fue el de lo agria, gastada y fuera de lugar que parecía su figura en comparación con la claridad de aquel día. Los seres humanos no siempre se adaptaban a la estación con la misma facilidad con que lo hacían los animales, pensó.

—Buenos días, mi querido Shrewsbury —lo saludó, sonriendo con la esperanza de que él hiciera lo mismo.

Pero él siguió acercándose a ella con los labios apretados. Después contempló la madreSelva como si en ella se ocultase algo que él anduviera buscando. María no pudo por menos de mirar también, pero lo único que vio fue el revoloteo de una llamativa mariposa de alas azules y negras a punto de posarse en el arbusto.

—He recibido una noticia que os entristecerá —dijo al fin Shrewsbury.

De repente, María comprendió de qué se trataba, y la asaltó el impulso de rogar «No, no, no me lo digáis, no lo resistiré», pero guardó silencio. La mariposa pareció cernerse por encima del arbusto.

—El conde de Bothwell ha muerto —le informó Shrewsbury con gravedad.

María lo vio alargar las manos para tomar las suyas, consolarla y sostenerla, pero las retiró de inmediato. Tocarla no constituía una de sus prerrogativas.

—He recibido la noticia esta misma mañana del propio Cecil. El rey Federico se lo comunicó tras recibir la notificación de las autoridades de la pri... de Dragsholm —añadió.

Todo pareció detenerse. Aunque la mariposa agitó las alas y descendió con suavidad hasta posarse, su movimiento no pareció auténtico. No fue nada en absoluto.

—¿Cómo... murió? —preguntó María.

«Ya he pronunciado estas palabras en otra ocasión. ¿Cómo... lo hirieron mortalmente? Y el chico me lo dijo y entonces yo también morí. Pero no estaba muerto y, por una providencia especial, lo recuperé y a partir de aquel momento empezó de verdad nuestra vida en común... ¿Es posible que se produzcan dos recuperaciones, o acaso la primera también fue sólo un sueño?»

—Serenamente, mi Señora, mientras dormía. Cuando los guardias le llevaron la comida, lo encontraron tendido en su cama con una sonrisa en los labios.

«Gracias a Dios, gracias a Dios, gracias a Dios...»

—¿Estaba enfermo? —preguntó María con un hilo de voz.

—No, que se supiera.

—¿Lo han... enterrado ya?

«Esas palabras, esas palabras, las mismas preguntas que ahora me obligarán a escuchar otra respuesta, otra respuesta. Deben traerlo aquí para que yo pueda visitar su tumba.»

—Sí, lo han enterrado en una pequeña iglesia cerca de Dragsholm. María profirió un grito. Había desaparecido, se lo habían llevado. No asistiría a su entierro ni vería su tumba.

Shrewsbury no fue capaz de contenerse; rompió el protocolo y la abrazó mientras su cuerpo se estremecía con los sollozos.

—Os ruego que os consoléis, mi Señora —le dijo—. No sufrió. Estuvo bien tratado, bien cuidado y alimentado. Sus aposentos estaban muy cerca del mar que él tanto amaba y ahora yace en un lugar desde donde se escucha su rumor. Oirá el canto del mar por toda la eternidad.

15 de mayo, *Anno Domini* 1578. Estoy aquí sentada con la pluma, contemplando el papel, a punto de escribir unas palabras pero sin poder hacerlo. Escribirlas significa fijarlas y conferirles realidad. Y no escribirlas supone llevarlas en la mente cada segundo. Si las escribo, ¿me libraré de la carga, o la duplicaré, pues el conocimiento estará contenido ahora en dos lugares? Se cumplen doce años de mi boda con lord Bothwell. Vivimos juntos como marido y mujer sólo un mes. El resto de nuestro matrimonio, diez años y once meses, estuvimos separados en distintas prisiones y distintos países, retenidos sin más motivo que el de ser quienes éramos. Juramos sernos fieles hasta la muerte y estaremos separados para siempre.

Mi señor, mi esposo y mi amor James Hepburn, conde de Bothwell, ha muerto.

Ya está. Lo he escrito.

Pero no me siento mejor, no me ha aliviado en nada.

Shrewsbury me lo comunicó hace dos días. Vino a decírmelo en persona. Se mostró muy amable y noté que le dolía darme la noticia, pero le agradezco que tuviera la valentía de hacerlo. Es verdad; Dinamarca lo ha confirmado. Me dijo que Bothwell no había dejado efectos personales y que nada pudo legarme. Me asegura que no sufrió y que murió mientras dormía.

¿Cómo es posible que Bothwell muriese mientras dormía? No acierto a imaginar que pudiera ser tan sumiso. Siempre pensé que se enfrentaría a la muerte como un guerrero. Pero la muerte es muy astuta y nos pilla desprevenidos. Se complace en privarnos del final que nosotros hemos previsto. A los guerreros les impone una partida durante la modorra del sueño; a los confiados, una copa de veneno o una puñalada por la espalda; a los vigorosos, una consunción; al hombre de palabras, el silencio. Los mártires que mueren en la hoguera quieren pronunciar palabras valerosas y ofrecer un buen ejemplo, pero a menudo se ven impedidos de hacerlo y perecen de manera ignominiosa o incluso se retractan negando con ello sus vidas.

Bothwell ha muerto.

¿Me verá ahora? ¿Estará cerca de mí en esta estancia, mirándome? ¿Se habrá liberado su espíritu de la prisión para volar hasta aquí? ¡Ojalá fuera cierto! Cuando Shrewsbury me lo dijo, sentí que una fría parálisis se apoderaba de mí, como si mis miembros hubiesen quedado sin vida. A pesar del cálido día primaveral, empezaron a castañetearme los dientes. La muerte apresa con unos dedos que parecen témpanos y unas manos muy frías y sentí su presencia alrededor y dentro de mí. Me fui a la cama y permanecí tendida, temblando con los ojos clavados en el techo.

Me ocurrió lo mismo que hace mucho tiempo en Jedburgh, cuando creí que me moría. Allí también me tendí fría e inmóvil y empeoraba por momentos. ¡Ojalá hubiera muerto en Jedburgh!

Pero, en cambio, Dios me conservó la vida para toda esta desdicha. Sólo he tenido unos breves momentos de felicidad desde entonces, casi todos ellos con Bothwell. Ahora él se ha ido y ya jamás volveremos a vernos en este mundo.

¿Me está viendo ahora? ¿Me reencontraré con él cuando yo me muera? El meridiano sol sin sombra ilumina ahora la tierra que veo desde mi ventana. La muerte nunca parece tan despiadada como a plena luz del día. Al anochecer, a medianoche... quizás escriba algo más. Ahora ya no lo soporto.

La casa duerme y tengo encendida la pequeña vela de la cabecera de mi cama. Escribo en la cama,



cosa harto difícil, pero no quiero levantarme. Sólo me siento segura aquí recostada. La ventana está abierta, y a través de ella penetra un frío viento que me roza con una gélida certeza. Ahora la muerte se encuentra en su elemento, es su hora. Debería recibirla entonando el *Himno a la Muerte* de Ronsard. Si la recibo de buen grado, ¿será benévola conmigo? ¿Me concederá la presencia de mi amado, lo liberará de sus silenciosas garras y permitirá que vuele a mi lado?

La muerte es el carcelero más cruel. No es posible sobornarla ni convencerla y jamás se ablanda... Oh, muerte, te lo suplico, sólo un momento... Una vez lo perdí a tus manos y tú lo soltaste y me lo devolviste. ¡Hazlo de nuevo!

Sentí la presencia de mi esposo en esta estancia, llamándome y rogándome que me levantara de la cama y lo siguiera. Pero entonces me invadió el mayor temor que jamás había experimentado. Me dije que era sólo Bothwell, que jamás me causaría daño, pero quizá la muerte lo había convertido en otra cosa, y yo no soportaba esta idea. Esperé sujetándome las rodillas dobladas con los brazos, intentando hacer acopio de valor para seguir la llamada o de comprender que todo eran figuraciones mías y calmarme. Pero no era capaz de hacer ninguna de las dos cosas. Él estaba allí, llamándome; pero yo estaba paralizada y no podía moverme. No vi nada; no hubo el menor movimiento; pero la presencia me hablaba directamente a mí en el interior de mi mente. Bothwell, te he fallado. Perdóname. Soy un ser mortal y tengo miedo.

Cerró el diario con suavidad. Estaba asustada, muy asustada. El corazón le latía con violencia, incluso tras haber escrito aquellas palabras en su diario. Pensaba que eso la tranquilizaría y así había sido en cierto modo. Sin embargo la estancia y su horrible oscuridad resultaban tan opresivas y cerradas como una tumba. No quería permanecer en la cama, donde se pasaría toda la noche rígida y sin dormir o acosada por las pesadillas.

Se acercó despacio y con mucho cuidado a la silla que había junto a la chimenea donde María Seton solía dejarle un chal para que se envolviese los hombros con él. Allí estaba en efecto; se lo puso y se encaminó hacia la puerta de su cámara exterior. Sus pies descalzos no hacían ruido en el suelo, que no estaba tan frío como para que ella tuviese que regresar junto a la cama para ponerse las zapatillas. Decidió ir a rezar a la capilla privada. Allí la oscuridad no le parecería tan amenazadora.

Al entrar en la estancia contigua, la sorprendió ver un resplandor procedente de otra habitación adyacente y de oír el leve murmullo de unas voces masculinas. Creía que todo el mundo dormía. ¿Estarían los guardias aburridos y nerviosos en aquella cálida noche primaveral?

No quería por nada del mundo que la vieran; ¡deseaba estar sola! Se acercó de puntillas a la puerta con el propósito de cruzarla con sigilo cuando oyó la palabra: «Bothwell.»

Se detuvo en seco como si le hubieran arrojado una piedra. Su nombre pareció romperse en pedazos en torno a ella. Era como si nadie estuviera autorizado a pronunciarlo excepto ella.

«¿Cómo se atreven?», fue su enojada e inmediata reacción. Se quedó anonadada.

—Al parecer llevaba varios días muerto —decía una conocida voz.

—Pero ¿quién lo encontró?

—Un muchacho que cambia la paja. Lo tenían tan aislado en aquella mazmorra que por regla general nadie se acercaba a él. —Era Babington, ¡la voz de Anthony Babington!—. Había perdido el juicio por completo y vivía encadenado como un animal. Pero supongo que la causa de su locura fue la oscuridad. ¡Cinco años se pasó encerrado a oscuras!

—¿Cómo lo sabes?

—Un amigo mío ayuda a Cecil a despachar la correspondencia. En la corte se comenta en voz baja y lo sabe todo el mundo..., menos la reina María, claro. Pobre señora, ¿quién se hubiera atrevido a aumentar sus sufrimientos? —dijo Babington—. Shrewsbury le contó que había muerto con serenidad en una cómoda cama. Es mejor así.

—Pero ¿qué le ocurrió exactamente? —preguntó la otra voz.

—¡Ya te lo he dicho, lo encontraron muerto! ¡Sentado y tieso! Pero ya hacía mucho tiempo que se había vuelto loco. Dicen... —la voz se convirtió en un susurro y María hubo de contener la respiración para oír las palabras— que solía abalanzarse contra el poste al que estaba encadenado y luchar con él. Pero eso fue al principio. Al final, estaba del todo abandonado y permanecía sentado sin moverse. Dicen que el cabello le había crecido muchísimo y que estaba cubierto de suciedad...

María regresó corriendo a sus aposentos, sujetándose la cabeza como si con ello eliminase el dolor y desterrase las palabras.

«Oh, amor mío, no puedo soportar lo que he oído. —Rompió a llorar mientras corría, aplastada por la desolación—. No puedo, no puedo. ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Mi amor, mi vida, mi alma!»

## XV

15 de julio, *Anno Domini* de 1579. Día de san Suituno. Aquí se dice que, cuando llueve el día de san Suituno, no para de hacerlo en cuarenta días. Todo viene del aguacero que cayó cuando aquel día movieron el cuerpo del santo en contra de su voluntad, allá en el año 971. Aquí hay muchas creencias deliciosas como ésta. Anthony Babington me la ha contado esta mañana cuando todos nos hemos despertado y hemos visto el diluvio que caía. Aquí las lluvias llegan a ser torrenciales. Los cielos se oscurecen y retumban y enseguida empieza a caer tanta agua que la tierra no es capaz de absorberla. Los valles se llenan de turbulentas corrientes y los caminos se convierten en lodazales. Aquí en la mansión de Sheffield, donde pasamos los veranos, el fragor de la lluvia al caer sobre los gigantescos robles del bosque suena como el de las lanzas que golpeaban los escudos de los soldados romanos.

Anthony ha venido a despedirse de mí. Otra persona abandona mi vida, una persona a la que yo apreciaba. Uno a uno, todos me dejan. Es justo que Anthony lo haga; es un joven que merece salir al mundo.

—Me voy a Londres —me dijo—. He recibido mi herencia, como vos sabéis, y es bastante cuantiosa. Pero jamás abandonaré mis principios, mi estimada Soberana, ni os abandonaré a vos o la fe verdadera. Es más, busco a una esposa católica. Ya es hora.

Lo miré. Es todavía más apuesto que en su infancia, y cualquier mujer lo considerará un buen partido. Al morir su padre, se sintió más libre de tomar decisiones que otros en su situación.

—Te echaré de menos, Anthony —no pude por menos de decirle. La eterna voz de los abandonados—. Pero me consuela saber que serás fiel a la Iglesia. Bien sabe Dios que esto resulta cada vez más difícil.

—Sí, pero además, quizá colabore de manera activa —dijo—. Sé que hay planes para...

—Calla, Anthony —le pedí—. No te enredes en ellos. Ahora no.

«Primero vive un poco —quería decirle—; no pongas en peligro tu vida antes de haberla saboreado.»

Me miró decepcionado. Si pensaba que aplaudiría sus planes, estaba equivocado. Cada vez resulta más peligroso entregarse a estas actividades. Desde mi llegada a Inglaterra, la situación de los católicos se ha agravado. Al parecer, Isabel confiaba en que, una vez muertos los antiguos sacerdotes, el catolicismo moriría con ellos. Sin embargo, los obstinados exiliados crearon un seminario católico en Douai con el propósito declarado de formar a nuevos sacerdotes; desde 1575 éstos han entrado subrepticamente en Inglaterra y, de repente, muchos católicos secretos que asistían obedientemente a las ceremonias anglicanas han dejado de hacerlo y los jóvenes se reconvierten. Los sacerdotes renegados van de casa en casa celebrando misas, oyendo confesiones y predicando sermones. Las antiguas familias católicas como la de Anthony han creado una red secreta de casas para ocultar a los sacerdotes. Incluso ha surgido un oficio de carpinteros y albañiles especializados en la construcción de ingeniosos escondrijos para los sacerdotes. Como todo lo prohibido, el catolicismo atrae ahora a los jóvenes rebeldes y amantes de las aventuras. Oxford, en particular, se inclina bastante por el catolicismo.

Conozco a Anthony y sé que todo esto lo atrae y que sin duda se imagina en el papel de cabeza de los católicos perseguidos, a los que piensa esconder, guiar y patrocinarlos. Es ambicioso, le gusta mandar y no se conformará con ser un simple seguidor.

Me miró enfurecido.

—Quiero estudiar Derecho —me dijo al final.

—Me parece una decisión muy acertada, Anthony.

—Vendrán los jesuitas —añadió—, y eso cambiará la situación. Ellos asumirán el mando y se terminarán las cobardías y los ocultamientos. ¡Ya lo veréis! Ellos no actúan así.

—Anthony, rezo para que no vengan los jesuitas —repuse—. El nuevo papa Gregorio XIII ya ha provocado demasiado patriotismo inglés con su malhadada invasión de Irlanda. ¡Qué plan tan necio..., querer echar a los ingleses! Eso ha destruido para siempre la afirmación de los sacerdotes de que su labor no reviste carácter político y ha dado lugar a que los ingleses los vean como unos perversos agentes extranjeros.

—El papa Gregorio ha retirado la bula de excomunión contra Isabel... ¡Eso los habrá complacido! —dijo Anthony.

—¡No, ha agravado la situación! —repliqué. Anthony me miró desconcertado (quizá su sentido de la política fuera en efecto, muy ingenuo) y entonces le dije—: En su *Explanatio*, el Papa dice que la bula «no es válida hasta que pueda cumplirse». En otras palabras, todos los súbditos católicos deben fingir obediencia hasta que llegue el ejército y destrone a Isabel.

—¡Ya! —dijo Anthony en tono despectivo.

—Eso significa que, cuando un católico jura lealtad, lo que hace es ganar tiempo. La *Explanatio* nos ha convertido a todos en traidores disimulados.

—¡A vos no! —exclamó Anthony—. ¿Cómo puede ser traidora una reina?

—Me refería a todos los católicos. Ten cuidado, Anthony.

Pero él se retiró con una sonrisa y una carcajada. Es joven y amante de las aventuras.

Quería recordarle la ejecución de Cuthbert Mayne acaecida hace un par de años y las de otros dos sacerdotes católicos el año pasado. Fueron los primeros mártires de la fe del reinado de Isabel. Me temo que no serán los últimos.

22 de julio de 1579. No ha cesado de llover desde hace siete días. La tierra está tan empapada que los cascos de los caballos se hunden en ella hasta el espolón y los mensajes tardan mucho en ir y venir.

Desearía haberle recordado a Anthony otras cosas, como, por ejemplo, la postura cada vez más militante de Felipe II, que ha dictado hace poco una proclama en la que acusa a Guillermo de Orange de los disturbios que se han producido en la cristiandad en general y en los Países Bajos en particular, por lo que ha decretado su muerte. Primero fue asesinado lord Stewart en Escocia, después Coligny en Francia, y ahora Felipe pide la muerte de Guillermo de Orange. Todo ello convierte a los católicos en unos asesinos temidos por los protestantes.

No es de extrañar que Isabel se sienta amenazada y que sus súbditos intenten protegerla.

A causa de esto me consideran cada vez más la peligrosa «Serpiente del Seno», tal como me llama Walsingham, el enemigo que acecha entre ellos. ¡Pero son quienes me retienen a pesar de mis ruegos y súplicas de que me liberen!

15 de octubre, *Anno Domini* de 1580. ¿Es posible que haya transcurrido tanto tiempo sin que escriba en este librito? Cuando vine por primera vez a Inglaterra y me lo regalaron, pensé que sólo me duraría un año. Pero ahora veo que casi todo lo que he escrito ha sido en forma de carta y, cuando termino la tarea, ya no me apetece escribir nada más; las manos me duelen y se me entumecen. Estas cartas... ¿cuántas habrán sido? Las suficientes para llenar varios volúmenes si se compilasen. Y lo más triste o lo más gracioso —según para quién— es que todas dicen lo mismo. En todas ellas la prisionera pide a quienquiera que ella crea capaz de ayudarla que la libere. No se desdeña una sola estratagema: se suplica, se apela a los sentimientos, a la justicia, a los lazos de sangre, a la caridad; se recurre a las amenazas tanto presentes como futuras. Se hacen descabelladas promesas y ofrecimientos de diversa índole. Sin embargo, al final la respuesta siempre es negativa. Por consiguiente, tal vez habría sido mejor que me limitara a anotar mis pensamientos para mí y para la posteridad en lugar de empeñarme tanto en llorar para oídos sordos.

Pero no. Era imposible permanecer en silencio pues siempre había la esperanza de que esta vez quizá...

Poco a poco se me borró el recuerdo de lo que significaba no vivir prisionera. Hace trece años que me condujeron a Lochleven. Dicen que he perdido el contacto con el mundo, que está cambiando con gran rapidez, que vivo anclada en el pasado, entre ideas muertas y personas muertas. Aunque quizá sea verdad, tengo la sensación de que vivo cada vez más en el reino de la eternidad, en un tiempo que aún no ha llegado. Cuando venza por fin el miedo a la muerte, ya no habrá nada que me retenga aquí. Pero aún no lo he vencido; la veo todavía como un grosero oficial que viene a detenerme y llevarme de cualquier manera, como hicieron los ingleses, apartándome de las pocas cosas que todavía aprecio.

Justo castigo. Recompensa. Retribución. ¿Es eso lo que sufro? Cuando se cerraron por primera vez las puertas de la prisión —todas las puertas son iguales, tanto las de Lochleven como las de Carlisle,

Tutbury, Wingfield y Sheffield—, pensé que sí. Pero ahora el castigo, la retribución, el sufrimiento, los efectos de los fracasos, como se los quiera llamar, se han prolongado mucho más que la causa y todo me parece tan desproporcionado que no puedo por menos que seguir preguntándome por qué motivo. A veces Escocia me parece un sueño. Dicen que con la distancia todas las cosas se aclaran, pero con la distancia Escocia se ha convertido para mí en algo más irreal y confuso que nunca. Era mi crisol, y fracasé.

Escocia todavía existe, por supuesto, y sigue siendo un lugar peligroso. Recientemente ha surgido un nuevo y previsible elemento que, sin embargo, ha provocado el pánico de los lores. Jacobo está creciendo; ahora tiene catorce años y piensa por su cuenta. No resulta tan fácil de gobernar y, en abierta rebeldía contra sus custodios, ha llamado a su lado a su primo francés Esmé Estuardo. Dicen que los Guisa lo enviaron para «corromper» a Jacobo. En cualquier caso, se produjo otra revuelta y conspiración que provocó la destitución del conde de Morton como regente y su enjuiciamiento. ¿Por qué? Por la muerte de Darnley. Morton fue ejecutado con su instrumento preferido, una máquina de decapitar llamada «la Doncella» que funciona soltando una cuchilla suspendida sobre la cabeza de la víctima. La llaman así porque dicen que «aunque yace con muchos hombres, nadie ha conseguido todavía triunfar sobre ella». Afirman que es mucho más limpia y segura que un verdugo humano. Así pereció mi perverso enemigo.

Ahora que Jacobo se ha librado de su yugo, quizá consiga acercarme a él. Todos estos años nos han impedido comunicarnos, pero estoy segura de que ahora escuchará a su madre. He de hacerle una proposición que tal vez redunde en beneficio de ambos.

11 de junio, *Anno Domini* de 1582. Tengo cuarenta años, ¡qué estremecedor me suena! No debo de ser la primera que se sorprende de convertirse de repente en una «vieja»; pero cuando tenía quince, veinte o veinticinco años, creía que la juventud duraría siempre.

Nicholas Hillard vino hace poco a Sheffield para pintar unas miniaturas de Shrewsbury y su familia y también me pintó una a mí. No me gustó. La mujer de la miniatura era una versión deformada de la muchacha pintada mucho tiempo atrás por Clouet en Francia. Tenía las mismas facciones, pero se habían vuelto borrosas y desdibujadas y estaban reblandecidas como una pera demasiado madura. He observado a menudo estas peras en las bandejas. Conservan su forma, pero son tan blandas que se aplanan por la parte que descansa sobre la bandeja, y su piel aparece ligeramente hinchada. Y, por cierto, son las más buenas cuando se comen justo en su punto. Al día siguiente, enmohecen y les salen manchas de manera inevitable. ¡Y pensar que yo me encuentro en semejante estado! Sin embargo, al mirarme al espejo hube de reconocer que el retrato era fiel y captaba todos los rasgos. A decir verdad, resultaba incluso un poco favorecedor. Tengo la barbilla más ancha que la que él pintó y mi nariz es más afilada. Una mujer de cuarenta años. Se la suele ver como una bobalicona con una estúpida sonrisa, como una bruja o como una lasciva devoradora de hombres, hambrienta de carne joven. Así veían a la Janet Beaton de Bothwell, y lo mismo le ocurría a la elegante Diana de Poitiers con el joven Enrique II, pues ambas mujeres les llevaban veinte años a sus amantes. He estado leyendo a Chaucer, y su viuda de Bath es una desvergonzada que se ríe y frunce los labios al contar que se casó con un hombre de veinte años cuando ella tenía cuarenta y «la verdad, tal como me dicen todos mis maridos, tenía el *quoniam* más suave que pudiera haber; siempre proporcioné a mi cámara de Venus un buen compañero». Me ruborizo de sólo escribir estas cosas, a diferencia de Chaucer.

Supongo que, si yo hubiera participado de las aficiones de la viuda de Bath, habría echado mano de Anthony Babington, aunque éste siempre será un niño para mí. Sin embargo, aunque él me admiraba y me encontraba agradable, jamás me miró de manera impropia. Me han dicho que en Londres celebró una buena boda con una muchacha católica y que su presencia en la corte era muy apreciada. Después se fue a Francia, donde tengo entendido que ha establecido contacto con Thomas Morgan, mi representante en París. Creo que sigue buscando aventuras y rezo para que no caiga en manos de bribones y aventureros auténticos. A propósito de la viuda de Bath, parece ser que se prepara un sorprendente, lamentable y ridículo compromiso entre Isabel y el pequeño Francisco, hijo de Catalina de Médicis. ¡Hay una diferencia de veinte años entre ambos! Francisco, que sólo tenía seis años cuando yo abandoné Francia, ha venido a Inglaterra para cortejarla y, según los informes, ¡ella está loca por él! Al parecer, de entre todos sus múltiples pretendientes, él es el único que ha cruzado el canal para cortejarla y, a pesar de que es bajito, está picado de viruelas y tiene un temperamento histérico, ella lo encuentra encantador. Lo llama «mi

Rana», y luce un broche que es una rana de oro con ojos de esmeraldas, suspira y no se aparta de su lado. A Robert Dudley no le hace gracia pero no puede quejarse, pues se casó en secreto con la hija de lord Knollys, una tal Lettice, y la Reina se puso furiosa cuando se lo contó el ayudante de la Rana. Su fiel Robin se cansó de esperar al cabo de diecisiete años y abandonó su puesto. Isabel quiere casarse con el francés por venganza, según algunos, y como compensación, según otros. Se acerca a la edad en que no podrá tener hijos y quizá desee aprovechar la última oportunidad. Pero dudo que quiera tenerlo como la viuda de Bath tenía a sus hombres. Sin embargo, su Consejo y la mitad de su reino no están muy seguros de querer que la Reina Virgen abandone su puesto tal como Robert Dudley abandonó el suyo. Se han pasado veintitantos años hostigándola para que se case, pero ahora que se le presenta la ocasión, se horrorizan.

¿Y yo? Si ella se casa y tiene un hijo, mi hijo se verá apartado de la sucesión. Pero no le reprocho que se case, aunque yo jamás lo haría de nuevo. Moriré como la viuda de Bothwell, que es lo que deseo.

En cuanto a Jacobo, he formulado una propuesta que en estos momentos estudian con gran interés: que él y yo gobernemos juntos en una asociación oficialmente sancionada. Con ello se confirmaría su condición de rey y yo recuperaría la libertad. Creo que existe una auténtica posibilidad de que se apruebe, con lo que todo el mundo quedaría por fin satisfecho. Todos mis viejos enemigos de Escocia han muerto: lord Stewart, Morton, Lennox y Knox. No debería haber impedimento alguno para mi regreso. ¡Los ingleses suspirarían aliviados, pues se librarían de la obligación de custodiarme!

El hecho de tenerme aquí les resulta cada vez más perjudicial. El propósito inicial ya no existe y, lejos de garantizarles la seguridad, ha provocado conspiraciones y malestar. Yo no tengo la culpa de que la situación entre los católicos y los protestantes se haya deteriorado hasta este extremo, pero mi presencia aquí resulta peligrosa tanto para mí como para ellos. No está en mi mano evitar que unos locos urdan intrigas en torno a mí. Soy rehén de mis propios partidarios, y me castigarán por sus planes. Ha ocurrido: alguien ha intentado asesinar a Guillermo de Orange, el dirigente protestante de los Países Bajos, en respuesta al llamamiento de Felipe II. Por suerte, Guillermo ha sobrevivido, pero ahora se teme también por la vida de Isabel, pues ella es la otra gran dirigente protestante. El cardenal Como, secretario de Estado papal, ha asegurado —por escrito— que cualquiera que asesine a Isabel realizaría una buena obra. Ha dicho: «Puesto que esta culpable mujer de Inglaterra es la causante de tantos males a la Iglesia católica, no cabe duda de que quienquiera que la echara de este mundo con la piadosa intención de prestar un servicio a Dios, no sólo no pecaría sino que haría méritos, teniendo en cuenta sobre todo la sentencia de excomunión dictada por Pío V de santa memoria.» De modo que la Santa Sede aconseja el asesinato. ¿Qué pensaría de todo esto el Príncipe de la Paz?

El Parlamento inglés reaccionó y aprobó toda una serie de terribles leyes contra los católicos: que un anglicano se convierta al catolicismo constituirá un delito de alta traición; cualquiera que celebre misa o asista a ella será castigado con una elevada multa y condenado a un año de prisión; se impondrá una fuerte multa a quien no asista a las ceremonias anglicanas. No obstante, los jesuitas continúan llegando a estas orillas, arriesgando su vida por la fe y poniendo en peligro la mía. Han montado una imprenta secreta y publican libros y opúsculos; han distribuido varios centenares de ejemplares en Oxford, ¡nada menos que en la iglesia en la que se realizaba un ejercicio académico oficial! Han llegado a Sheffield hace poco, y yo he tenido la inmensa alegría de recibir a uno de ellos, el padre Samerie. A pesar de que no pudo quedarse, supuso una bendición contar con su presencia durante un día. Pero temo por él y por sus compañeros. ¡Que Dios los proteja!

En este clima, se ha iniciado la «Santa Empresa», aunque sólo de palabra. La Santa Empresa no es otra cosa que la recuperación de Inglaterra para la fe católica.

Esta vez quienes manejan el asunto son mis parientes los Guisa junto con el papa Gregorio, Felipe II de España y los exiliados católicos ingleses. Sueñan con invadir Inglaterra con cinco mil soldados españoles prestados procedentes de los Países Bajos bajo el mando de mi sobrino el joven duque de Guisa; a ellos se unirían veinte mil soldados ingleses. Sostienen que ellos me liberarán. Y yo, a través de mi mensajero secreto Francis Throckmorton, sobrino de Nicholas, me he enterado de todos estos planes. ¿Quién soy yo para oponerme? Ellos prometen liberarme. Si la puerta de mi prisión se abre de par en par, ¿voy a negarme a salir? ¿Haré como san Pablo y me quedaré encadenada allí? No, no pienso hacerlo, pues a san Pablo lo encarcelaron por lo que predicaba y por lo que creía, mientras que yo he sido encarcelada sin

motivo..., quiero decir sin motivo terrenal. Si es por un motivo de Dios, lo acepto. Y, si es por un motivo de Dios, ningún poder de la tierra será capaz de liberarme.

15 de agosto de 1584. Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. Ayer abandoné Buxton y me temo que jamás regresaré. Fue una sensación que tuve, como una voz que me susurró que todo cambiaría muy pronto... ¿Significa acaso que voy a morir? Me he pasado seis semanas tomando las aguas calientes y sumergiéndome en ellas para que me aliviaran los anquilosados miembros. Ahora sé que jamás me curaré y sólo podré aliviar de manera provisional los síntomas. Todo el día lo dedicaba a las curas y por la noche regresaba a mis aposentos de la hospedería de Shrewsbury donde, frotándome las extremidades con aceite de aceitunas maduras mezclado con manzanilla y rocío de rosas, notaba que éstas se calentaban y recuperaban la flexibilidad. Entonces lograba dormir en paz. María Seton, que siempre está conmigo, padece ahora un reumatismo tan fuerte como el mío y también se ha sometido a la cura.

Allí me sentaba junto a la ventana y contemplaba la calle desierta..., desierta porque a muy pocas personas se les permitía salir mientras yo estuviese en aquel lugar, por si algún espía o mensajero conseguía introducirse en secreto. Sólo por este motivo decidí no quedarme mucho tiempo, pues no era capaz en conciencia de acaparar todo el lugar para mí sola. Sin embargo anoche, mientras miraba, experimenté el repentino impulso de escribir un mensaje de despedida y, tomando el diamante del duque de Norfolk que siempre llevo alrededor del cuello, grabé en el cristal, *Buxtona, quae calidae celebris nomini Lymphae, fortasse ego post hac non adeunda, vale*: «Buxton, famosa por tus cálidas aguas a las que yo quizá no regresaré, adiós.» Lo he pasado bien en Buxton, pero debo despedirme de allí. He aprendido a despedirme de todo lo que aprecio o de lo que he disfrutado. Ahora, tal como les he dicho a mis carceleros ingleses, sólo hay dos cosas que jamás me arrebatarán: mi sangre real y mi fe católica, que son las verdaderas razones de mi encierro. Mientras cruzaba la campiña para regresar a la mansión de Sheffield, la belleza del campo en plena canícula me llenó de satisfacción y de paz. Recordé que en Francia siempre se celebraban procesiones en el campo el día de la Asunción y que llevaban la imagen de la Virgen entre los trigales como un barco que navegara entre las mieses. Pero en Inglaterra ya nada de todo esto se hace. Cuando atravesamos el enorme bosque que rodea la mansión y en el que tanto abundan los venados, pues al principio era un pabellón de caza y una residencia estival, la sombra de los gigantescos robles tan frescas y reconstituyentes como el agua de un profundo pozo parecían invitarnos a detenernos y descansar. No obstante, como es natural, eso no nos estaba permitido. Tuvimos que cruzar la alta torre de ladrillo de la entrada y regresar directos a nuestros aposentos.

Me permitieron descansar y dejaron que mis damas deshicieran el equipaje antes de comunicarme la siniestra y desagradable noticia: Guillermo de Orange ha muerto asesinado de un disparo en su casa de Delft a manos de un agente borgoñón de Felipe II.

—Muerto de un repugnante disparo a quemarropa —me explicó Shrewsbury.

—Lo lamento profundamente —dije.

—No lo lamentan vuestros parientes los Guisa, ni el Papa, ni los jesuitas que acechan por aquí, ni, por supuesto, Felipe de España. ¡Vuestros amigos!

—No son mis amigos —repliqué.

Bien lo sabía yo por experiencia. Lo único que me daban eran palabras, y yo ya empezaba a sospechar que no tenían la menor intención de ayudarme y que yo era tan sólo un peón verbal de su partida de ajedrez de política internacional. Sólo ellos tenían el poder —hombres y ejércitos— para sacarme de mi encierro, pero jamás lo harían porque les daba igual. Quienes sentían verdadero interés —los fanáticos leales a mi persona y las nobles familias católicas carecían de poder. Así que yo moriría aquí, en mi torre de Inglaterra vigilada por fieles dragones protestantes.

—¡Por supuesto que son vuestros amigos! Si no lo fueran, ¿por qué razón tramaríais vos intrigas con ellos? La conspiración de Throckmorton...

En los tristes ojos de Shrewsbury se encendió un extraño fulgor. Sí. La Conspiración de Throckmorton. Así la llamaban, con el nombre de mi agente, apresado y torturado por Francis Walsingham. Había actuado de intermediario entre mi persona, el embajador español y todos los conspiradores de Europa que planeaban la Santa Empresa.

—Yo me limité a permanecer informada —contesté—. No di ningún consejo ni presté apoyo.

—¡Debisteis comunicárselo a la reina Isabel! ¡El hecho de que no lo hicierais os convierte en una traidora! Estabais al corriente de una felonía y no lo comunicasteis. ¡Esto constituye un delito!

Shrewsbury levantó la voz, y la amable expresión de su semblante había cambiado. Últimamente Shrewsbury había experimentado una transformación, estaba abatido y cansado de la ingrata tarea de ser mi dragón protestante. Y, como es comprensible, se sentía traicionado porque me había atrevido a «conspirar» en sus narices. La cuestión era muy delicada.

—Mí querido amigo, no utilicemos subterfugios. Eso no es más que un reflejo de algo mucho más serio que ya empezó a gestarse en el preciso instante en que yo fui retenida aquí de manera ilegal. Se lo dije entonces a sir Francis Knollys y he venido repitiéndolo: «Si me retienen aquí a la fuerza, tened por seguro que, en mi desesperación, utilizaré todos los medios para conseguir mi propósito, ya sea por mí misma o a través de mis amigos.» El deber del prisionero consiste en intentar escapar y el del carcelero, en impedir que lo haga. Pero, al margen de estas pautas de comportamiento, podemos seguir siendo personas honradas.

—¡Honradas! ¡Intentar asesinar a Isabel!

—Jamás se propusieron asesinar a Isabel.

—El tal Somerfield...

—El tal Somerfield estaba loco —contesté—. ¿Os referís al hombre que abandonó el condado de Warwick para disparar contra la Reina y colocar su cabeza en lo alto de una estaca porque, según él, «era una serpiente y una víbora»? Sin duda sabréis que todos los gobernantes viven temerosos de que surja una persona semejante. Todos temblamos sólo de pensarlo.

—¡Seguro que no habríais temblado si él hubiera conseguido su propósito! —repuso Shrewsbury proyectando hacia delante su barbado mentón.

Sus palabras me ofendieron, pero procuré disimularlo. Yo que había perdido a Rizzio y a Darnley como consecuencia de violentos asesinatos, no soportaba la idea. El asesinato era algo terrible tanto si se empleaba veneno como balas, puñales o golpes, aunque el resultado final no fuera del todo insatisfactorio.

—¡Me calumniáis! —exclamé al final.

—¡Vos sabéis mejor que nadie qué ocurre cuando muere un monarca! —me dijo casi a gritos—. ¡No os hagáis la inocente conmigo! Todos los cargos desaparecen con él: los lores lugartenientes, los jueces, los alguaciles, los magistrados, el Parlamento. Toda la autoridad recae sobre el heredero, el que ocupa el primer lugar en la línea de sucesión. ¡En este caso, seríais vos!

—Siendo así, yo también debería temer la mano del asesino. Pues, ¿creéis de veras que me permitirían ascender al trono? De ninguna manera.

—¡Así que lo habéis pensado!

—Por supuesto que sí. ¿Quién no lo ha pensado? Al negarse a nombrar un sucesor, Isabel hace a diario una apuesta arriesgada.

—¿Porque hay conspiraciones contra ella? —preguntó Shrewsbury, abordando el tema con tan poca delicadeza como si fuera un mastín.

—No, porque cada día que vivimos es un regalo de Dios. Podemos morir, por causas naturales, en cualquier momento. Nada es seguro.

—Lo que sí es seguro es que el asesinato supone un medio más rápido y eficaz que todas estas complicadas conspiraciones de «invasión», pues exigen tanta coordinación y planificación que ellas mismas se destruyen. Y requieren tantas cartas y tantos mensajeros que resulta inevitable que se descubran —aseveró Shrewsbury con suficiencia.

—Gracias a vuestro Walsingham y a su maestro del potro de la Torre —dije.

Habían capturado a Throckmorton, se habían apoderado de sus papeles y lo habían torturado y ejecutado. Isabel había expulsado al embajador español por su participación. Ahora no quedaba un solo embajador en Londres, lo que significaba que, para mantener correspondencia, tendría que confiar en los franceses.

—¡Sí, gracias a él! Y, gracias a él, quizás os alegréis de saber que los holandeses atraparon al jesuita Creighton en el barco que lo trasladaba a Escocia. Llevaba un montón de papeles sobre la Santa Empresa de Inglaterra. ¡Todos los bolsillos de sus ropajes estaban llenos a rebosar de ellos! Él los rompió y los



arrojó por la borda. Pero, ¿sabéis qué ocurrió? Pues que los vientos se enamoraron de Isabel y volvieron a empujarlos hacia la cubierta, donde nuestros agentes los recogieron. ¿Qué respondéis a esto?

—Que las metáforas deben de haberse hecho realidad y que toda la naturaleza contempla con reverente temor a Gloriana, la reina de las Hadas.

—¿Os atrevéis a proferir blasfemias contra nuestra Reina? —balbució Shrewsbury.

—Isabel es un ser mortal, y no es posible blasfemar contra un ser mortal —contesté—. La poesía no es la realidad. Me temo que vos y todos los ingleses estáis desdibujando la línea que separa ambas cosas. Aunque la llaméis la Reina de las Hadas, Gloriana, Astrea, Cintia, Britomarte y yo qué sé qué otras cosas, ella es, por encima de todo, una política y no una diosa. Además —no pude por menos de añadir—, ¿no os parece una blasfemia elevarla a la categoría de diosa pagana y crear un culto nacional a vuestra propia Virgen?

—El Parlamento no tardará en reunirse, y entonces decidiremos la mejor manera de protegerla. No será una buena ocasión para vos, os lo aseguro.

—Amigo mío —contesté—, jamás ha habido una buena ocasión para mí desde que bajé de aquel barco en Workington, tropecé y me caí. Nunca he recuperado toda mi estatura. Y ahora —dije en un intento de conferir un toque de humor a la conversación— no soy capaz de ponerme derecha debido a mi reumatismo, que ha mejorado en gran medida gracias a vuestra amabilidad al haberme permitido seguir la cura en los baños de Buxton.

Shrewsbury esbozó una leve sonrisa. Su postura era muy difícil. Él y yo jamás podríamos ser verdaderos amigos. En medio de todo aquello, aún me quedaba una esperanza: mi asociación con Jacobo. Quizá todavía hubiese para mí una honrosa salida de este purgatorio. De lo contrario, tendría que aceptar la soberana voluntad de Dios. Él, que impera sobre Isabel y sobre mí, las soberanas hermanas, impondrá sus designios con independencia de nuestras conspiraciones, nuestros planes y nuestros Walsinghams.

## XVI

—Mientras viva esta diabólica mujer —susurró el hombre moreno y delgado—, Su Majestad la reina Isabel nunca tendrá la certeza de conservar con tranquilidad su corona, y nosotros, sus fieles servidores, no estaremos seguros de nuestras vidas. —Sostuvo en alto una miniatura de María, la reina de Escocia, y se la mostró a su compañero como si fuera un talismán de temible poder.

—Pero, sir Walsingham, nuestra Gloriosa Señora se niega a ver la realidad —contestó Thomas Phelippes, el principal agente de Walsingham.

Phelippes parecía hecho de sebo tundido; su piel y su cabello poseían un brillo grasiento y su rostro estaba por completo picado de viruelas como si se hubiera acercado demasiado a una llama y hubiera empezado a derretirse.

Walsingham tomó otra miniatura con un marco idéntico realizada por el mismo artista, Nicholas Hillard, y la colocó al lado de la otra para compararlas.

—Ve la realidad —dijo—. Pero su lema es *Video et taceo*, «veo y callo». Ve la realidad desde que se produjo la desdichada conspiración de Ridolfi, y eso ocurrió hace catorce años. El Parlamento exigió con razón la muerte de María. Pero la Reina no quiso. —Estudió con atención los retratos—. Resulta innegable que existe cierta semejanza entre ellas. Un aire familiar.

Walsingham suspiró y se reclinó en su asiento. Se encontraba en su cuartel general de Londres, el ombligo del vasto sistema de espionaje y seguridad creado para la protección de la Reina. Era un lugar tan austero y práctico como el propio Walsingham.

—¿Un poco de vino? —preguntó, obligando a Phelippes, con su simple tono de voz, a rehusar.

Phelippes miró en torno a sí. Era corto de vista, tal vez porque se había pasado muchos años examinando libros y descifrando claves. Casi no distinguía las pulcras hileras de cajas adosadas a la pared, cada una de las cuales ostentaba una etiqueta: España, Francia, Italia, Alemania, Escocia, Países Bajos, Bizancio, África. Cada caja contenía los informes enviados por los agentes en aquellos países, unos cincuenta en total. Su jefe había conseguido introducir espías incluso en la embajada en París de la reina de Escocia y tenía confidentes desde hacía diez años en la mismísima casa de la soberana inglesa. La caja que contenía los correspondientes informes llevaba una etiqueta con el nombre de «Serpiente», su apodo preferido para designar a María. En Inglaterra, los agentes e informantes de Walsingham se hallaban por todas partes: en los puertos, en las tabernas de Londres, en el interior de las embajadas extranjeras.

Un lema enmarcado colgaba por encima de las hileras de cajas: «Un sutilísimo investigador de secretos.» Con este apelativo lo había calificado su viejo maestro Cecil, y él estaba más orgulloso de él que de la concesión del rango de caballero que

se le había otorgado en 1577 en recompensa por su labor de espionaje. Por encima de él, campeaba otro lema: «El conocimiento nunca resulta demasiado caro.» Ansiaba convencer a la Reina de aquella verdad, pues, a pesar del presupuesto con que contaba, buena parte de los gastos los pagaba de su propio bolsillo. Sin embargo, no lo lamentaba; el conocimiento y la seguridad de la Reina nunca eran demasiado caros.

—Sólo hay un medio de inducir a la Reina a actuar —dijo al fin Walsingham—. Tiene que haber una prueba, absoluta y por escrito, de la participación de María Estuardo en una conspiración para asesinar a Isabel. Entonces sería posible juzgarla y, una vez condenada...

—Esto es justo lo que ocurrió con el duque de Norfolk —le recordó Phelippes, apartándose un mechón de lacio cabello rubio de la grasienta frente—, y la Reina revocó una y otra vez la orden. Sólo accedió a que lo ejecutaran para salvar a la reina de Escocia. Fue un chivo expiatorio. Pero ¿por quién convertiría a María en chivo expiatorio? Ya no protege a nadie.

—Sólo a sí misma, Phelippes, sólo a sí misma. —Walsingham había juntado las manos y murmuraba con los labios pegados a ellas—. No sacrificará a la reina de Escocia más que como último recurso para proteger su vida y su trono. Es por eso por lo que debemos convencerla de que es precisamente lo que ocurre.

—Perdonadme. No he oído bien.

—Decía —Walsingham apartó las manos de sus labios— que sólo si convencemos a Isabel de que María pretende su muerte, se atreverá a asesinarla.

Phelippes hizo una mueca.

—¿Es necesario hablar de asesinato?

—En eso consiste una ejecución..., en un asesinato dignificado por los rituales. Se trata más bien de una versión civil de la aborrecida misa.

Phelippes parpadeó. Walsingham empezaría a despotricar contra el catolicismo, y había que cambiar de tema. No era que Phelippes no estuviera de acuerdo con él, pero todo aquello ya lo había oído antes..., muchas veces. Su jefe estaba obsesionado con el tema.

—El pueblo intentó poner término a la amenaza que representa la reina de Escocia, pero una vez más Isabel la protegió —dijo en tono de hastío.

—Sí —musitó Walsingham, inmerso en sus pensamientos—. El Contrato de Asociación que firmaron miles de leales ingleses, por el cual prometían proteger a Isabel con sus propias vidas y matar en el acto inmediatamente a María en caso de que alguien intentara causar daño a la Reina en su nombre... era muy previsor, suponiendo que, si se supiera que la reina de Escocia dejaría de existir al mismo tiempo que Isabel, ¿quién se molestaría en organizar conspiraciones en su nombre? El móvil se eliminaría por adelantado. ¡Pero Isabel dijo que no! ¿Y cuál fue su razón? ¡Que nadie debía ser castigado por los pecados de otro! —Levantó las manos, asqueado—. ¡Como

si no nos castigaran a diario por los pecados de otros!

—Se comprende que así sea, pues Isabel se vio a merced de otros antes de acceder al trono. Pero lo que no comprendo es que no quisiera eliminar a la reina de Escocia de la línea de sucesión. ¡Estoy seguro de que por nada del mundo querría que la sucediese María, una católica y corrupta conspiradora! ¿Por qué no quitarla de en medio?

Walsingham sacudió la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Sinceramente no lo sé. La Reina es un gran misterio. Después de la conspiración de Ridolfi empezó a negociar con los escoceses la devolución de María a Morton para que recibiera su merecido, pero después cambió de idea.

—Y ahora el pobre Morton ha muerto. Bueno, el Parlamento resolverá la cuestión cuando se reúna. No temáis, esta vez serán beligerantes y atacarán no sólo la amenaza jesuita, sino también a María.

»Poco a poco todo se aclara. Los restantes lores católicos traidores, como Paget y Arundel, han sido descubiertos. Paget ha huido a París, y allí se ha unido a los partidarios de María. —Walsingham soltó una carcajada—. Quien traiciona una vez traiciona dos veces.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Phelippes, a quien todo aquello le resultaba muy emocionante.

—Paget ha regresado a nosotros —respondió Walsingham—. Está facilitándome información. —Se levantó, abrió el cajón marcado con la etiqueta «París-Serpiente», extrajo un papel y se lo entregó a Phelippes.

—Está en clave —protestó Phelippes.

—Yo creía que no había ninguna clave que no fueseis capaz de descifrar. ¡Pensaba que incluso soñabais en clave!

—Es una clave muy sencilla que empleaban los niños —comentó Phelippes—. Puedo descifrarla mentalmente.

—Pues hacedlo —dijo Walsingham, reclinándose en su asiento sin apartar los ojos de él.

—Yo... examino todos... los informes y ahora... no hay... nada en proyecto. Los Guisa están ocupados... en la tarea de saquear... las propiedades... de la viudedad de María. Tras... la muerte de su tío el cardenal... nadie... vela por sus intereses.

Phelippes le devolvió orgulloso el papel a Walsingham con un ceremonioso gesto.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó Walsingham con una sonrisa—. ¡Y con qué rapidez! En verdad, las palabras de mis enemigos os hacen justicia. ¡Ahora no se os ocurra pasaros a ellos! Sería una terrible pérdida. Sí, como veis, los ingresos de la reina de Escocia se han reducido de manera considerable. Los franceses están hartos de mantener a tres reinas viudas: las de Enrique II, Francisco II y Carlos IX. Catalina

de Médicis se quejó de que «la reina de Escocia poseía la rosa más bella de Francia», y cambió las fértiles tierras de la Turena que le habían asignado por otras de inferior calidad en otra región. Eso ha reducido los ingresos de María a la mitad, limitando gravemente sus posibilidades de financiar conspiraciones, por no hablar de sus generosas limosnas aquí, en Inglaterra. Las tornas están cambiando, Phelippes, las tornas están cambiando.

—¿Podemos hablar sin tapujos? —preguntó Phelippes—. No me atrevo a decir lo que pienso, ni siquiera a hacerme ciertas preguntas en mi fuero interno.

—No debería haber barreras entre nosotros. Entre marido y mujer, entre amante y amado, entre madre e hijo, sí, ¡pero jamás entre un jefe de espionaje y su agente! Hablad, os lo ruego —lo alentó Walsingham—. Yo soy fiel a los míos.

—Ahora que es posible suponer que la reina Isabel no tendrá un heredero nacido de su cuerpo, pues lo de la Rana francesa quedó en agua de borrajas..., ¿quién será el heredero?

—Jacobito de Escocia —contestó Walsingham—. Es protestante y parece deseoso de complacer a Isabel, hasta el extremo de pasar por alto la apurada situación en que se encuentra su madre. El sucesor de la reina Isabel será el rey Jacobo.

—O, tal como dicen algunos en la calle, la sucesora del rey Isabel será la reina Jacobo —señaló Phelippes, soltando una risita.

Walsingham pareció ponerse tenso.

—¡Os ruego que no bromeéis acerca de Su Majestad! —lo reconvino—. En cuanto a Jacobo, debo reconocer que éste muestra la lamentable y habitual predilección de los Estuardo por los validos varones. —Hizo una mueca de desagrado—. Menos mal que aquel entrometido primo francés ya se ha marchado. Otro golpe para los Guisa. Ya os lo he dicho, las tornas están cambiando en favor nuestro.

—Siempre y cuando Jacobo no acceda a gobernar junto con su madre.

—No lo hará. Como todos los Estuardo, quiere sentarse solo en el trono. Nada ganará si permite que su madre gobierne con él. Para él, María es sólo una molestia, al igual que para Isabel y para todo el mundo. Ya no hay lugar para ella, Phelippes. ¿Y sabéis lo que ocurre con algo para lo que ya no hay lugar? —Walsingham abrió otro cajón y extrajo una carta—. Es antigua y su contenido carece de importancia. —Arrojó la carta por la ventana, cayó a la calle donde tres caballos seguidos la pisotearon y trituraron entre el barro—. Eso es lo que ocurre. Es muy sencillo. Debemos ordenar nuestros cajones, Phelippes; prescindir de lo que ya no sirve. —Se levantó y abrió otro cajón—. Yo lo tengo todo muy bien ordenado. Estos cajones poseen cerraduras, y las llaves... Permitidme que os diga que no hay manera de hacer duplicados. Los herreros que las hicieron... ya no están en condiciones de atender a nadie. Las ventanas tienen barrotes, y en esta estancia sólo hay una puerta. Nunca la dejo abierta, ni por un instante, de la misma manera que jamás dejaría destapada una caja que contuviera

serpientes venenosas. Un segundo de descuido puede provocar un arrepentimiento para toda la vida. ¿Me comprendéis, Phelippes?

—Sí.

—Lo que quiero decir es que todo cuanto hay aquí es muy valioso y está muy bien protegido. En este cajón guardo una prueba que me permitirá conseguir que la reina de Escocia siga el mismo camino que la carta que he arrojado a la calle para que pisoteen. —Sacó el cajón y lo depositó encima de la mesa. Levantó la tapa (el cajón disponía de una tapa con bisagras) y extrajo un zapato de tacón, una botella, un libro de oraciones y un trozo de tela y lo alineó todo con cuidado—. Hace varios años, en 1575 para ser más exactos, tuve la gran suerte de que se me presentase la ocasión de amenazar con la tortura a cierto papelero de Londres, un tal Henry Cockyn. ¡La sola amenaza fue suficiente! Él me reveló todos los secretos de los métodos de comunicación empleados por la reina de Escocia. ¡Tonterías como éstas! —Tomó el zapato y rascó el centro del tacón, ocasionando el desprendimiento de un tapón redondo que dejó al descubierto una cámara hueca—. ¡Y esto! —Tiró del tapón de corcho de la botella y apareció un escondrijo similar—. Esto resultaba un poco más complicado, pues había que proteger el contenido de la humedad del vino. —Dio unas palmaditas al trozo de tela—. Aquí se utilizó alumbre para escribir. La reina de Escocia me ayudó dando instrucciones por escrito a todos sus corresponsales. —Walsingham sacudió la cabeza—. Se complacía en hacer estas cosas. Supongo que para ella debía de ser algo así como sus bordados y que le servía para pasar el rato de una manera creativa.

—¿De dónde sacasteis todo esto? —preguntó Phelippes.

—De muy diversos lugares —contestó Walsingham—. El volumen de su correspondencia es impresionante. Y, como es natural, cuanto más escribía, más cartas podían interceptarse. El zapato llegó a mis manos gracias a la conexión con lady Northumberland hacia las fechas en que se produjo la Rebelión del Norte. La tela se encontraba bajo la protección del emisario francés, que se creía portador de un simple regalo. La botella la llevaba un jesuita que llegó a Dover haciéndose pasar por mercader de vinos de Burdeos. Mientras Anthony Babington fue miembro de su casa, las claves florecieron como los narcisos en la ladera de una colina en primavera. Ahora éste se ha ido y está ocupado promoviendo en París toda una serie de conspiraciones de las que Paget me informa de inmediato.

—Tendréis que utilizar un arca para guardar todo eso —señaló Phelippes.

—No lo creo. Al final, he comprendido cómo destruirla —contestó Walsingham—. ¿Conocéis el salmo treinta y cinco? «Porque sin causa me tendieron la red, sin motivo cavaron una fosa para mi alma. Sorpréndalos inesperadamente la ruina y sean capturados en la red que tendieron y caigan en la fosa que cavaron.» —Walsingham señaló con la mano las pruebas—. Así es como la atraparemos. Su infantil confianza en estas estratagemas será el cebo. Es muy sencillo: le cortaremos las vías de

comunicación. Después le abriremos una que ella creará completamente secreta. Para ello nos serviremos de todos estos artilugios, botellas secretas, claves, etcétera. Controlaremos cada mensaje que ella reciba y envíe. Tarde o temprano surgirá una conspiración y, cuando ella la acepte por escrito...

Walsingham ladeó la cabeza como si le hubieran apretado en torno al cuello un lazo corredizo.

—¿La conspiración será falsa?

—No tendrá por qué serlo. Nos bastará una que sea verdadera. Sin embargo, como estaremos al corriente de ella desde el principio, será inofensiva. —Walsingham guardó de nuevo los objetos en el cajón—. La conspiración de Throckmorton fue decisiva para revelarnos hasta dónde llegaba la capacidad que ella tenía de enviar y recibir cartas. Shrewsbury ha sido demasiado negligente. Ya es hora de que lo sustituya alguien de los nuestros y de que ella sea encarcelada de verdad. La encerraremos como a la princesa de la torre que siempre se imaginan sus admiradores, y allí no habrá cartas de ninguna clase. —Dejó escapar un suspiro—. Oh, qué triste se pondrá..., ¡y cómo se alegrará cuando se abra de nuevo su vía «secreta» de comunicación! —Por primera vez aquella tarde, el jefe de los espías se echó a reír—. Apuesto a que será el día más feliz de su vida... y de la nuestra.

## XVII

Las dos damas se encontraban en la azotea de la llamada Turret House, una pequeña torre cuadrada construida junto al borde del gran coto de caza que rodeaba la gran mansión, contemplando la campiña de octubre. La cacería estaba a punto de empezar; abajo se oían los ladridos de los perros de caza que emitían su dulce música, la música del otoño y de la gélida montería. Shrewsbury disponía de unos perros espléndidos, y aquel día todas sus jaurías estaban preparadas. Tenía galgos para la caza de venados y gamos, así como bassets y sabuesos. Sus ladridos se mezclaban y se elevaban en el aire, y anhelaban iniciar la cacería mientras sus amos trataban de sujetarlos.

Alrededor de los pies de María, sus pequeños terriers y spaniels respondían a sus primos más grandes correteando y ladrando con estridencia.

—No, queridos míos, vosotros no podéis reuniros con ellos —les dijo María en tono tranquilizador—. Debéis quedaros aquí con nosotras a mirar. Sois tan pequeñines que quizás os confundirían con una liebre y os perseguirían. —Tomó en brazos al skye terrier y acarició su suave pelaje—. Sé que tienes muy buen olfato; el perrero asegura que eres capaz de seguir un rastro de dos horas de antigüedad. Pero, amigo mío, la verdad es que yo no soportaría perderte —añadió, estrechándolo contra su pecho.

Era el único superviviente de la carnada que lady Bothwell le había enviado casi diez años atrás. Lo había bautizado como *Armageddon*, pues le había parecido un nombre muy gracioso para un animalillo tan fiero y porque, por encima de cualquier otra cosa, Bothwell siempre había sido un guerrero ansioso por combatir la batalla definitiva. Como es natural, el nombre se había quedado en un simple *Geddon*, que sonaba mucho más inocente.

—¡Mirad! ¡Shrewsbury nos llama! —señaló María Seton, que hacía compañía a su señora en la azotea.

Ambas se inclinaron y miraron hacia abajo.

Shrewsbury, montado en su caballo de caza, las saludaba con la mano.

—Cuando termine la cacería, subiremos —les dijo.

María le devolvió el saludo para darle a entender que había comprendido el mensaje. Los cazadores regresaban a menudo al pabellón de la torre para tomar un refrigerio después de la cacería y comentar sus aventuras. Shrewsbury había mandado construir hacía poco una torre de tres pisos como las que tan de moda estaban en los cotos de caza y la había decorado con preciosos techos de yeso con flores de Francia, Inglaterra y Escocia, los escudos de armas de la familia sobre las repisas de las chimeneas y motivos heráldicos en los cristales de las ventanas.

Los cazadores espolearon sus monturas y se alejaron al galope mientras el sol arrancaba destellos de los costados de los caballos y los excitados perros se



dispersaban corriendo por delante de ellos.

María Seton observó con cuánta nostalgia los contemplaba su señora, recordando las veces que le habían permitido participar en las monterías. Sin embargo, el Consejo Real inglés había recibido unos exagerados informes en los que se decía que ella solía alejarse del grupo y entonces Shrewsbury había sido amonestado por su negligencia y ella se había visto privada de aquel privilegio. De todos modos ya no le importaba, pues debido a su precario estado de salud no habría podido cabalgar. Algunos días del verano anterior habían tenido que transportarla en litera, y su única actividad al aire libre había consistido en permanecer sentada a la orilla del estanque de los patos. Pero Seton sabía que su señora no era capaz de oír el ladrido de los perros de caza y sus rápidas carreras sin desear incorporarse al grupo, olvidándose de su estado. Su atlético y joven corazón estaba atrapado en un cuerpo inmóvil y envejecido.

«Igual que el mío —pensó Seton—. Yo también tengo los dedos anquilosados y una columna vertebral que ya no quiere doblarse ni soportar pesos.»

La silueta de María se recortaba contra los deslumbrantes rojos y dorados de los árboles del bosque bajo el intenso azul del cielo. De repente, Seton recordó haber contemplado antes aquella imagen..., ¿pero dónde?

—Qué bien os sientan estos colores —le dijo a su señora—. Son tonos de alhaja, como los que empleó Clouet para pintar vuestro retrato.

Sí, allí los había visto.

—¡Clouet! —exclamó María, echándose a reír—. De eso hace mucho tiempo. Tenéis memoria de estudioso. —Suspiró y señaló el bosque. Los cazadores ya casi se habían perdido de vista pero aún se oían los ladridos de los perros—. Estos colores son más bellos que los de cualquier pintura.

—Acerquemos un banco para sentarnos.

Se sentaron juntas en el mullido almohadón bordado del banco bajo los cálidos rayos del sol. Iban vestidas de negro, y la ropa absorbía el sol y les daba calor.

El perfil de María seguía siendo nítido y agradable a la vista, pues apenas había cambiado con el paso de los años. Seton lo había visto antes de que la nariz de María dejara de ser tan respingona como en su infancia; había visto florecer la belleza de aquel perfil en Francia, lo había visto asentarse en la edad adulta y, por último, lo había visto desaparecer detrás de los velos y tocados del exilio de su madurez. Pero aquel día resultaba visible, acariciado por el sol y todavía muy hermoso.

«Creo que los hombres aún querrían amarla —pensó Seton—, si hubiera alguno digno de ella. Pero no conocerá a nadie, ya no.»

—¿Recordáis los robles que rodeaban Chambord? —preguntó María—. ¿Y las hojas que solíamos recoger en esta época del año y las bellotas que buscábamos para usarlas como tazas para nuestras muñecas?

Sí, en aquella época en que todo el mundo era joven...

—Jamás lo olvidaré.

—Ojalá estuviéramos allí.

—¿Preferiríais que jamás nos hubiéramos marchado?

—No, eso no. Pero me gustaría que nos permitieran regresar. Bueno, algún día podré ir.

Qué extraño que María manifestara una certeza tan grande.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque figura en mi testamento. He pedido que me entierren en Reims, cerca de mi madre y mi tío. ¡Pero me temo que no disfrutaré del viaje!

¡Con cuánta serenidad lo decía!

—¡No habléis así! —protestó Seton.

—Y vos estaréis allí para recibirme —añadió María.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Seton, alarmada.

—Quiero decir, mi querida Seton, queridísima compañera mía, que os envío de nuevo a Francia antes de que llegue el invierno.

—¡No! ¡No! ¡No os dejaré!

María se volvió a mirarla. Sus ojos estaban rodeados de arrugas y en sus profundidades se reflejaba una tristeza tan grande que Seton comprendió el significado del dicho «los ojos son el espejo del alma».

—¿Soy vuestra Reina o no? —dijo María—. Si yo os lo ordeno, iréis.

Seton cayó de rodillas y le abrazó los pies.

—¡Pues no me lo ordenéis! ¡No me echéis de vuestro lado!

María le acarició los hombros. La tela del vestido estaba caliente por el sol.

—Quiero que vayáis a la abadía de Saint-Pierre. Mi anciana tía Renata sigue siendo la abadesa de allí y os acogerá. Seton, Seton, estáis casi tan enferma y lisiada como yo. He de liberaros de vuestras obligaciones. ¡Pero si ya ni siquiera sois capaz de peinarme! ¡Muy pronto todo el mundo sabrá que tengo el cabello cano!

—Si vos soportáis permanecer aquí, yo también —afirmó Seton—. ¿Cómo podría irme al lugar al que tanto ansiáis ir dejándoos a vos aquí?

—Porque, si vos vais, será casi como si fuera yo. Y además, no me quedaré aquí, Seton. Me trasladarán a Tutbury. No dejaré que vos también vayáis. Mi conciencia no me lo permitiría. Pensad en ello..., regresar a Francia, ver a vuestros viejos amigos y parientes, a vuestro querido hermano... ¡El también ha sufrido mucho!

—Es cierto.

Tras haber sido capturado y herido en Langside, lord Seton se había exiliado en Francia, donde su pobreza lo obligaba a conducir un carro.

—¡No me digáis que no estáis deseando verlo!

—No tanto como deseo permanecer con vos.

—No sois vos quien tomará la decisión. Os ordeno que vayáis antes de que llegue

el invierno y os quedéis atrapada aquí. —María tomó con ternura el rostro de Seton en sus manos—. Siempre hemos estado muy unidas. Habéis sido la verdadera compañera de toda mi vida y ya nuestras madres eran compañeras... Vuestra madre vino de Francia con la mía, dos francesas casadas con escoceses. Ahora debéis llevaros mi corazón a Francia pues, si vos vais, me parecerá que yo también me he marchado.

Seton rompió a llorar y las lágrimas resbalaron por sus mejillas formando largos y silenciosos regueros.

—Os suplico que no lloréis. No lo soporto —dijo María—. Toda mi vida ha sido una sucesión de separaciones, pero ésta es la primera que se produce porque así lo decido. Cuando estéis allí os sentiréis segura, querida y atendida, me lo agradeceréis; por mi parte, me enorgulleceré de haberle hecho un bien a otra persona. —Lanzó un suspiro—. ¿Sabéis que ahora intentan impedir incluso que dé limosnas? Pero no importa. Mis ingresos se han reducido hasta tal extremo que casi no me queda nada que dar. Francia no es lo que era. «Ahora había surgido un nuevo rey en Egipto que no conocía a José.» Todos los dirigentes que conocíamos han muerto y el control está en manos de quienes eran sólo unos niños cuando nosotras estábamos allí. ¡El pequeño Enrique es el Rey! ¡El otro pequeño Enrique es duque de Guisa! Ellos no me recuerdan, ni yo a ellos. La representación con que yo contaba allí se ha convertido en un grupo de exiliados y no hay ningún francés de alto rango que gobierne mis asuntos. Me temo que es por eso por lo que se han administrado tan mal. Y además, el tiempo transcurrido hace que mis reclamaciones suenen un tanto extrañas; han pasado veinte años desde que me marché.

—Imaginad..., nos fuimos antes de que estallaran las guerras de religión —afirmó Seton—. Me temo que ahora Francia debe de ser un lugar devastado. No, aunque regrese, no será nuestra Francia, la Francia que amábamos.

—Eso desapareció para siempre —dijo María. En ese momento, *Geddon* soltó un gáñido y le acarició la falda con la pata—. ¿Qué, tú también estás triste? Eres un viejo perro muy sabio, querido. —Le dio unas palmaditas en la cabeza y le tiró de las orejas, lo que continuaba divirtiéndola después de tantos años—. Por favor, dime unas palabras de consuelo.

*Geddon* le lamió la mano y agitó el cuerpo.

—Los perros se guardan mucho de lamentarse y revolcarse en la melancolía —dijo Seton—. Quizás es por ello por lo que necesitamos su compañía. ¿Hay perros en el convento?

—Creo que sí —respondió María—. Claro que quizás eso también haya cambiado.

Ambas contemplaron el sol que se ocultaba detrás de las copas de los árboles, despidiendo rayos de bronceada luz. Un velo de bruma cubría el soñoliento y dorado horizonte, y se respiraba una profunda sensación de paz, como si las horas de luz que todavía quedaban aceptaran obedientes su destino. María tomó la mano de Seton y la

estrechó con fuerza mientras ambas permanecían sentadas en silencio.

En medio del resplandeciente ocaso, oyeron los lejanos ladridos de los perros y comprendieron que los cazadores estaban regresando. Se reunirían al pie de la torre y desmontarían, y los criados se llevarían las piezas cobradas para cocinarlas.

María se levantó y vio acercarse unos puntos de luz. Habían encendido antorchas. Los cazadores gritaban y cantaban a pesar de su cansancio, llevando los cuerpos de los venados atados a unas estacas. Los perros trotaban a su lado con la lengua fuera.

—¿Majestad?

María reconoció la voz de Shrewsbury.

—¡Sí, mi buen lord Shrewsbury! —contestó.

—Tomaremos un refrigerio en la planta baja —anunció él—. ¡Os ruego que mandéis encender las chimeneas y os reunáis con nosotros!

—Con sumo placer —respondió María. Volviéndose hacia Seton le dijo—: Me temo que tardaré una hora en llegar abajo. Venid, bajemos juntas.

En la planta inferior el fuego de la chimenea ya crepitaba, y el blanco escudo de armas de Shrewsbury sostenido por unos lebreles de yeso, aparecía iluminado por el resplandor de las llamas cuyas sombras, proyectadas sobre el techo de la estancia, hacían resaltar la belleza de los exquisitos motivos hexagonales y de los complicados adornos florales que se entrelazaban formando preciosos dibujos. A María todo aquello le recordaba un poco los grandes pabellones de caza franceses, sólo que en miniatura.

Shrewsbury se había quitado el sombrero y se abanicaba con él.

—Qué calor hace aquí —comentó.

—¿Ha ido bien la cacería? —preguntó María.

Shrewsbury contestó con cierta cautela, como temiendo que la pregunta encerrara una velada petición.

—Pues sí, hemos cobrado venados y gamos —contestó—. ¡Ah! —exclamó, sirviéndose una copa de vino tinto caliente—. Los perros se han portado muy bien, sobre todo los galgos escoceses y mi raza especial de galgos talbot. Tengo entendido que vuestro pequeño terrier es muy bueno en la caza de tejones. Lo llevaremos con nosotros alguna vez. —Miró alrededor como si esperara que alguien lo rescatara de aquella situación.

—Me temo que ya es demasiado viejo —repuso María—. No resistiría el esfuerzo..., al igual que su ama.

Se hallaban presentes uno de los hijos de Shrewsbury y varios representantes de la nobleza local. Todos miraban atentamente a María intentado grabarse en la memoria todos los detalles para contárselos después a sus amistades. Shrewsbury había

recibido una reprimenda precisamente por ello. El Consejo Real inglés le había censurado su costumbre de exhibir a su famosa cautiva. «Bueno, menos mal que pronto me libraré de este problema —pensó Shrewsbury, aliviado—. Quince años de cautiverio para los dos están a punto de terminar.»

—Señora —musitó sin apartar la copa de vino de sus labios—, esto es lo que me han dicho. Pasaréis de mi custodia a la de otra persona.

—¿A la de quién?

Era un misterio. ¿Quién sustituiría a Shrewsbury? Con toda seguridad un acaudalado noble políticamente digno de confianza. ¿Robert Dudley? ¿Cecil?

—Sir Amyas Paulet —contestó Shrewsbury.

—¿Quién? —María jamás había oído hablar de él.

—Un digno caballero y buen amigo de sir Francis Walsingham.

—¿Profesa... el mismo credo?

María sabía que Walsingham pertenecía a un grupo eclesial conocido con la denominación de puritano..., una modalidad de severo y riguroso protestantismo que al afable Lutero le habría resultado incómodo. Los puritanos eran los hijos espirituales de John Knox.

—Sí, y con más fervor que él —contestó Shrewsbury.

María se sumió en el desánimo.

Cuando los cazadores se retiraron, ya había oscurecido y María regresó con Seton a sus aposentos. Las chimeneas encendidas intentaban disipar el frío nocturno. El buen padre De Préau esperaba para rezar las oraciones que cerraban la jornada en presencia de todos los miembros de la casa de María.

—Que Dios se digne protegernos cuando nos separen —añadió María cuando el clérigo terminó.

Varios servidores se acercaron a ella, desconcertados.

—Acabo de recibir la noticia de que pasaré a manos de un nuevo... anfitrión —les explicó—. Cabe la posibilidad de que me exijan una reducción del número de personas que integran mi casa. No lo sé; sólo os pido que lo tengáis en cuenta para que, cuando ocurra, estemos preparados.

Antes de que pudieran hacerle más preguntas, María se retiró a su cámara privada. En aquellos momentos no quería hablar de ello ni de nada más. La decisión de separarse de Seton la había dejado agotada.

Ambas se prepararon en silencio para acostarse. Seton, como siempre, ayudó a su señora con sus manos expertas y delicadas. Antes de retirarse, María abrió el cofrecito de las miniaturas, las extrajo una a una y las examinó bajo la luz de la vela.

Había una de Francisco y otra de su madre; también una de Darnley tal como era la

primera vez que visitaba Escocia. Recordó de repente su encuentro con él en el brumoso y frío jardín y la razón por la que se había enamorado de él. Una representaba a la madre de Darnley, a la que ella jamás había conocido. Estaba el plano rostro de Catalina de Médicis y el rostro infantil del pequeño Jacobo. Y después... Isabel.

«Un rostro que jamás veré. Jamás en esta vida Y, sin embargo... si la viese... Ya basta —pensó—. Ya basta.»

Envolvió las miniaturas y las guardó de nuevo en su pequeña tumba. Se levantó muy despacio y se acercó al crucifijo que colgaba delante del reclinitorio flanqueado por dos candelabros. Se arrodilló con gran esfuerzo y fijó la mirada en el antiguo y amado objeto.

Recordó la primera vez que lo había visto en aquella estancia de Saint-Pierre cuando se había postrado ante él sin saber si regresar o no a Escocia.

«Entonces me dolía el corazón —se dijo—. Creía que en mi pérdida de Francisco se encerraba todo el dolor del mundo. Qué poco imaginaba entonces que aquello no era más que el principio. Después se presentó mi tía Renata, me habló y todo me pareció muy claro y predestinado.»

Miró a Seton, que leía sentada en silencio.

«Sí, es bueno que la envíe allí. Es bueno que aún sea capaz de ofrecer a mis servidores un refugio y una protección. ¡Gracias, Dios mío, por haber conservado la vida de mi tía Renata! Ahora tiene sesenta y dos años..., te ruego que la mantengas con salud para que te sirva durante muchos años más.»

Recorrió con la vista aquella estancia que había sido su hogar durante casi quince años..., un período mucho más largo que el que había pasado jamás en cualquier otro hogar. La estancia revestía para ella una reconfortante familiaridad.

«¡Llevo más tiempo bajo la custodia de Shrewsbury que todo el que viví en Francia! —pensó—. Y ahora eso también toca a su fin. Estoy preparada para lo que sea, pero me temo que en mi vida todos los cambios son para peor.»

## XVIII

—¡Aborrezco Tutbury! —exclamó su secretario Claud Nau, frotándose con energía las manos para calentárselas.

—De todas mis prisiones, ésta es la peor —convino María.

«Si querían que me sintiera lo más desgraciada posible y acelerar mi muerte o mi invalidez absoluta, no habrían podido elegir un lugar mejor —se dijo—, pero me niego a pensar que lo han hecho por eso; me niego a atribuirles tan diabólico designio. ¿A ellos... o a ella?»

—Es imposible trabajar con este frío —protestó Nau, dejando la pluma.

Los vientos de febrero azotaban el castillo, que se elevaba hasta una altura de cien pies por encima del llano y estaba expuesto a los elementos por los cuatro costados. Esta vez María se alojaba en un endeble edificio de madera y argamasa llamado «el pabellón», que antaño empleaban como pabellón de caza los nobles que acudían a solazarse al bosque de Needwood. Ahora el edificio tenía brechas en las paredes y agujeros en los cristales de las ventanas. Además, estaba adosado a los terraplenes de las murallas, por lo que ni el sol ni el aire penetraban en su parte más alargada, y había tanta humedad que el moho cubría todos los muebles.

El patio del castillo estaba lleno de barro, y lo más parecido a un jardín era una pequeña zona vallada cerca de los establos, que más bien semejaba una pocilga. El hedor de los retretes que se vaciaban justo en el exterior de las murallas impregnaba el aire, y las fiebres y la pestilencia se elevaban junto con los vapores de los cenagosos marjales que se extendían al pie de la colina.

—Pues dejadlo por hoy —dijo María—. Creo que hemos llegado a mi fuga de Langside. Necesito rememorar la huida a Dundrennan con más detalle a pesar de lo mucho que me desagrada recordarlo.

Juntos abandonaron la pequeña y retirada estancia y se dirigieron a la sala de audiencias, en la que el trono de María era una simple silla de alto respaldo con unos astillados peldaños debajo. Nadie había a quien conceder audiencia, pero la silla estaba allí de todos modos. Quizás algún día habría mensajeros de Isabel, de Jacobo, del embajador francés. Tal vez acudirían a verla en alguna ocasión.

Justo en aquel momento se abrió la puerta y entró sir Amyas Paulet. Las hebillas metálicas de sus relucientes zapatos tintineaban al compás de sus pasos. Se detuvo en seco y miró enfurecido a María, visiblemente molesto por verla allí.

—Buenos días, Señora —le dijo con sequedad, saludando con una inclinación de la cabeza a Nau.

Se acercó al trono y empezó a tirar del lienzo del escudo de armas de María, el verde lienzo en el que campeaba el apreciado lema «En mi fin está mi principio». El

lienzo cayó con un crujido envolviendo el trono cual una tienda.

—¡Deteneos! ¿Qué estáis haciendo? —gritó María, corriendo hacia él con más rapidez de la que jamás habría creído posible desde su llegada a aquel lugar.

Él enarcó una ceja y le dirigió una gélida mirada.

—¡Vaya, Señora, veo que os movéis con gran rapidez cuando os conviene! —dijo, y a continuación arrancó el lienzo y lo apretó contra su pecho.

—¡No lo toquéis! —gritó María—. ¡Dejadlo ahora mismo! ¡Os lo ordeno!

Paulet soltó una carcajada.

—¿Que vos me lo ordenáis? Vos no sois mi soberana. No os debo lealtad.

—Cierto, no sois súbdito mío, pero los súbditos de otros soberanos tienen la obligación de tratar con cortesía a todos los gobernantes.

—¿Y eso en qué libro está escrito? —preguntó Paulet en tono burlón—. ¿En uno de estos anticuados libros de caballería franceses a los que sois tan aficionada?

—En el libro de la normal honradez humana —contestó María—. ¿Con qué derecho retiráis este símbolo de mi realeza?

—Para empezar, jamás recibisteis autorización para colgarlo y, por consiguiente, tengo derecho a retirarlo —respondió Paulet—. No recibí ninguna orden al respecto, y todo lo que no está autorizado de manera expresa, está prohibido.

—No —terció de pronto Nau—. Es justo al revés. Lo que no está prohibido, es lícito.

—¡Callaos, criado! —gritó Paulet—. ¡Vuestros gañidos se parecen a los de los molestos perros de vuestra ama! Y ahora, Señora, presentadme una orden de la reina Isabel y de inmediato colocaré de nuevo esta bobada.

—¿Y cómo voy a presentaros nada de la reina Isabel si no se me permite escribirle cartas? Vos y vuestro amigo Walsingham me habéis cerrado todas las vías de comunicación con el mundo exterior. ¡No puedo enviar ni recibir cartas! —protestó María—. ¡Os lo ruego, señor, no lo destruyáis! ¡Pertenece a mi madre!

—Si se os prohíbe escribir cartas, es porque habéis escrito demasiadas en el pasado —repuso Paulet—. Cartas sediciosas, de amenaza contra Isabel y el reino de Inglaterra. Cartas de conjura... ¡cartas papistas! —añadió, escupiendo sobre el desnudo y manchado suelo de madera—. ¡No hicisteis más que sentaros con la pluma para escribir tonterías y basura incendiaria dirigidas a vuestros aliados católicos de Europa, invitándolos a invadir Inglaterra! No, ahora tendréis que limitaros a dictar vuestras memorias a vuestro elegante secretario francés. ¡Es lo único que os permitiré!

—Se me debería permitir escribir a la Reina. Hasta el súbdito más bajo del país tiene derecho a hacerlo —insistió María.

—¿Ahora reclamáis los derechos de un súbdito? ¿Estáis diciendo acaso que lo sois?

—No, por supuesto que no.



¡Qué rápido era!

—En tal caso, deberéis soportar vuestro aislamiento y vuestro castigo.

—¡Mi castigo! ¿De qué soy culpable? —preguntó María.

Paulet sacudió la cabeza en señal de hastío.

—¡Vamos, Señora, lo sabéis muy bien! —Giró sobre sus talones y abandonó la estancia. María no le había concedido su venia para retirarse, pero él no se consideraba bajo su dominio, sino todo lo contrario.

Cuando la puerta se cerró de golpe, María se volvió hacia Nau.

—¿Habéis visto alguna vez semejante insolencia? —dijo—. ¡Anotadlo, Nau, anotadlo para que algún día otros lo sepan y juzguen por sí mismos!

Nau temblaba de cólera.

—¡Un hombrecillo corriente que ni siquiera es noble! —exclamó—. Con Shrewsbury desapareció todo el simulacro de que erais una «invitada»; está claro que este hombre es un carcelero. Os custodia en un castillo que no le pertenece y no recibe órdenes directas de la Reina, sino que sigue las normas de su principal secretario, Walsingham, ¡y son unas normas muy severas!

—Sí. ¿Recordáis el día en que Paulet nos las leyó? Los miembros de ambas casas no debían mezclarse, mis criados no debían salir a las murallas, el cochero no podía abandonar el castillo sin la guardia de Paulet, nada de lavanderas, no debo hablar con miembro alguno de su casa excepto en su presencia, no se me permite recibir ni enviar cartas más que a través de la embajada francesa, no sin que antes éstas hayan pasado por sus manos... ¡Abre las cartas y se atreve a entregármelas con el sello roto! ¡Qué insolencia, Nau, qué insolencia!

—Es un mundo nuevo, el de los «elegidos de Dios» —comentó Nau—. Un mundo que convierte a unos hombrecillos en tiranos.

María aún estaba temblando.

—¡El lienzo de mi escudo de armas! ¡El emblema de mi realeza!

—No pueden arrebatáros vuestra realeza, Señora. Por ello temen ver sus símbolos.

María y los miembros de su reducida casa llevaban casi dos meses en poder de sir Amyas Paulet. Ella nunca habría imaginado semejante desolación, no sólo por el ambiente que la rodeaba y su mala salud, sino por el ostensible desprecio de su carcelero puritano. Estaba segura de que la habían encomendado a su custodia porque debían de considerarlo inmune a sus seducciones. Toda la vida había tenido la habilidad de ganarse la simpatía de quienes la conocían. Sólo Knox la había aborrecido con toda su alma y la encontraba molesta y aburrida. Ahora el espíritu de Knox parecía haberse encarnado en el cuerpo de otra persona, pues María veía el mismo desprecio y desagrado en el rostro de Paulet cada vez que éste la miraba.

La anciana madame Rallay había muerto a las cinco semanas de su llegada allí. Tenía casi ochenta años y el frío y la humedad habían sido demasiado para ella.

Con profunda tristeza María había visto su entierro en la pequeña iglesia del priorato de Santa María justo al lado de las murallas de Tutbury. Era un antiguo priorato benedictino fundado como acción de gracias por el primer ocupante de Tutbury poco después de la llegada de Guillermo el Conquistador. No obstante, Enrique VIII había acabado con la presencia de los monjes, por lo que la anciana y fiel servidora francesa fue enterrada de acuerdo con el rito protestante mientras el mojigato Paulet leía un fragmento de las Sagradas Escrituras. Se había empeñado en asistir a la ceremonia, durante la cual sus negros ojos miraban sin cesar en todas direcciones, alerta ante la posible presencia de mensajeros o la entrega de cartas secretas.

Pero aquel día María no pensaba en el mundo exterior, sino en el mundo personal cada vez más restringido en que vivía.

«Uno a uno todos me dejan —pensó—. Muy pronto me quedaré completamente sola.»

Mientras el sencillo ataúd de madera bajaba a la fosa, se congratuló en silencio por haber enviado a Seton lejos de aquel infierno de hielo y frío tan parecido a un círculo del Infierno de Dante.

En marzo Paulet la visitó en su cámara.

—Señora —le dijo muy serio—, me duele enterarme de que una vez más os habéis empeñado en incumplir mis normas. Me refiero en concreto a vuestra papista costumbre de dar limosna en Semana Santa de acuerdo con vuestra edad. Me han dicho que habéis repartido prendas de lana a cuarenta y dos mujeres pobres y, por si fuera poco, en honor de Jacobo habéis hecho lo mismo con dieciocho muchachos pobres. ¡Como si Jacobo se entregara a semejantes tonterías supersticiosas! Y ahora, puesto que seguís insistiendo en que todo lo que no está prohibido de un modo expreso está autorizado, permitidme añadir a la lista la siguiente prohibición: ¡ya basta de limosnas!

—Mi buen señor —contestó María—, sufro en el alma y en el cuerpo y necesito las plegarias de los pobres.

—¡Bobadas! —gritó Paulet—. ¡Ya basta de esos absurdos razonamientos! Pretendéis ganarlos para vuestra causa y convertirlos en objeto de lealtad y admiración. Pero a mí no me engañaréis como a aquel puñado de simples.

María sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, pero consiguió reprimirlas.

—Venía a veros para otro asunto cuando me pusieron al corriente de esta estupidez. Aquí tenéis dos comunicaciones que os interesarán —dijo Paulet, entregándole un par de cartas ya abiertas.

Después permaneció de pie esperando, como si quisiera observar su reacción.

—Podéis retiraros —le dijo María—; no necesito vuestra ayuda para leerlas.

Paulet le dirigió una mirada cargada de furia, dio media vuelta y se marchó. María esperó a que se fuera antes de empezar a leerlas. La primera era un informe del embajador francés.

Mi querida hija,

Os escribo para informaros de las últimas medidas adoptadas por el Parlamento, el cual está dominado por los llamados puritanos y otros acérrimos defensores de todo lo inglés. Como sabéis, los consejeros reales de la Reina redactaron un contrato de lealtad por el que se comprometían a defenderla o morir por ella, al estilo del viejo rey Arturo y sus caballeros, y miles de súbditos lo firmaron.

El motivo fue la amenaza de conspiraciones contra ella y la histérica reacción provocada por los asesinatos que se han producido en el extranjero. La Reina declaró que prefería que se tratase de un acto espontáneo de lealtad más que de una ley en sí misma, pero el Parlamento insistió en convertirlo en ley. Y ahora figura en los libros la llamada Ley para Seguridad de la Reina, que faculta a los jueces para investigar cualquier conspiración o a cualesquiera conspiradores y castigarlos si así lo consideran conveniente.

Además, el Parlamento se ha echado encima de los jesuitas. Cualquier sacerdote ordenado desde la subida al trono de Isabel dispone de cuarenta días para abandonar Inglaterra so pena de ser castigado por alta traición. Cualquier seglar que les dé cobijo será culpable de delito.

Y, por si estos acontecimientos no fueran suficientes, se ha descubierto otra conspiración de asesinato. Un tal doctor William Parry, que alega haber sido contratado por vuestro agente en París Thomas Morgan y por el Papa para asesinar a Isabel, recibió una carta del cardenal Como, secretario papal, en la que prometía indulgencias si lo conseguía. Llegó armado con una bala bendecida por Roma para cometer el acto. Como consecuencia de ello, mi rey ha considerado oportuno encarcelar a Thomas Morgan en la Bastilla. Y Parry pagará el precio de la traición en Tyburn, donde será ahorcado, desmembrado y descuartizado, etcétera, todo el bestial procedimiento que ya conocéis. Tan furiosos estaban los ciudadanos que exigieron una medida más extrema... ¡como si hubiera algo peor! Sin embargo Isabel decidió que los métodos habituales bastarían. Me duele ser el portador de tan infaustas nuevas. Dios se digne confortaros.

María dejó la carta. El corazón le latía con fuerza. Ahora se sentía atrapada de una manera nueva y más sutil; cualquier loco podía señalarla con el dedo y acusarla de estar involucrada en descabellados planes. Al parecer, la fiebre de los asesinatos se extendía por el país.

«¿Leo la segunda carta?», se preguntó. Recordó la triunfal expresión de Paulet. Ambas misivas debían de ser desfavorables para ella. Con dedos temblorosos tomó el segundo documento y empezó a leerlo:

*A la altísima y poderosísima princesa Isabel.*

Tras haberla considerado y examinado atentamente, hemos llegado a la conclusión de que la asociación que deseaba nuestra madre y en virtud de la cual ambos hubiéramos gobernado conjuntamente, no es conveniente ni deseable para nos. Es por lo tanto nuestra voluntad no aceptar dicha asociación ni hablar más de ella en adelante.

Jacobo VI, Rey de Escocia por la gracia de Dios.

Copia oficial certificada por Wm. Cecil, lord Burghley y Francis Walsingham, principal secretario. Dos de marzo de 1585.

María emitió un gemido mientras el papel se le caía de la mano.

Jacobo la repudiaba por entero y ni siquiera había tenido el valor o la filial amabilidad de escribirle directamente a ella.

Estaba a punto de cumplir diecinueve años..., la edad que tenía Darnley cuando ella lo había conocido, y estaba demostrando ser un verdadero hijo de su padre.

## XIX

El picante y salado viento marino asaltaba las curtidas mejillas de Gilbert Gifford mientras éste permanecía de pie junto a la borda del bajel mercante, surcando el embravecido mar que separaba Francia de Inglaterra. El barco cabeceaba al entrar y salir de los senos de las olas y pocos eran los pasajeros que no estaban mareados, pero Gifford siempre había presumido de tener el estómago de un tritón. Era capaz de comer alimentos contaminados y beber cerveza fuerte sin sufrir la menor molestia. Era una bendición de Dios, pensó el renegado católico.

«Oh, han sido tantas las bendiciones de Dios», se dijo. La primera y más importante, su estirpe: una antigua y honrada familia católica del condado de Stafford. Sus parientes: su escurridizo hermano George y su fiero tío William, todos ellos miembros activos del grupo permanente de exiliados que habían sentado sus reales en París y vivían el febril sueño de conducir de nuevo Inglaterra a la verdadera fe. Sí, convenía que un hombre tuviera una misión que cumplir, por descabellada que ésta fuera.

Él, Gilbert, se había pasado la vida coqueteando con la verdadera fe. ¡Qué prueba tan dura sentirse a la vez llamado y no llamado! Al final, había sido ordenado diácono en Reims después de un viaje a Roma. Pero las vestiduras clericales le venían pequeñas. Entretanto, su tío William se había enredado en la desagradable disputa entre los clérigos regulares y los jesuitas, todos ellos empeñados en salvar Inglaterra. Gilbert se había dirigido a París y había ofrecido sus servicios a los clérigos regulares de allí, que revoloteaban alrededor de la pequeña embajada de la reina de Escocia como abejas en torno a un pastel. Todo era un hervidero de conspiraciones y planes de vasto alcance. No había tardado en ganarse el favor de Thomas Morgan, el experto en claves del embajador, y de su ayudante Charles Paget. Resultó que era una vida fabulosa, mucho más satisfactoria que rezar y leer. Y esto constituía otra bendición: haber encontrado un trabajo que le gustaba.

Vaya si le gustaba. Las claves. Los murmullos. El dinero introducido en secreto. El peligro. El pobre y viejo Morgan había sufrido un contratiempo: un tal doctor Parry había sido apresado antes de conseguir su propósito de matar a la reina Isabel y ahora Morgan languidecía en la cárcel de la Bastilla. Sin embargo su encierro no era muy duro, y desde allí seguía dirigiendo las conspiraciones sin apenas solución de continuidad. Las conspiraciones debían de ser algo que le entraba a uno en la sangre, la vida se volvía aburrida sin ellas. Incluso el propio Gilbert, llevado por la emoción del momento, había jurado participar en la conspiración para asesinar a Isabel junto con su tío y un soldado que curiosamente se llamaba Savage, Salvaje. Pero la conspiración había fallado. Thomas Morgan estaba firmemente convencido de que había que rescatar

a la reina María de Escocia y catolizar nuevamente Inglaterra. Ahora Gilbert era portador de unas cartas de Morgan a María, en las que aquél respondía de la seguridad del mensajero en un intento de reabrir sus vías de comunicación. María se había pasado varios meses incomunicada, desde que la encomendaran a la custodia de su nuevo carcelero Paulet. No obstante, debía de haber algún medio de esquivar las severas medidas de seguridad que éste había establecido. Los católicos de la zona encontrarían alguno; él los conocía desde que era niño y ellos le tenían confianza.

Serían unos meses emocionantes, hasta que se hartara de la situación. Se alegraba de no haberse ordenado sacerdote, ahora que el hecho de que un cura pusiera los pies en Inglaterra se consideraba delito de traición. Sí, la guerra empezaba a caldearse; incluso la tolerante Isabel había dictado severas medidas para proteger la religión nacional.

¿Tenía él especial empeño en que Inglaterra volviera a ser católica? ¿Lo deseaba con sinceridad, desde lo más hondo de su ser? Se hizo la pregunta mientras se agarraba a la borda y cabalgaba sobre el mar como un hombre a lomos de un caballo encabritado.

«Bueno, sería... agradable regresar a las antiguas costumbres... Pero ¿a ti te interesa de verdad? —se preguntó—. ¿Te importa que el canto llano se entone en el altar en latín o en inglés? Y, más concretamente, ¿te interesa que se celebre la Cena del Señor o bien la Eucaristía? ¿Qué piensas de todo esto?

»No lo sé —se contestó—, pero me gusta trabajar en favor de una causa; resulta más emocionante que remendar zapatos o cuidar enfermos.»

Divisó a lo lejos la costa de Inglaterra. Ya no tardarían mucho en llegar.

El barco había fondeado en Rye, un pequeño puerto de Sussex, para rehuir Dover. Allí los bajíos eran muy peligrosos y a menudo se formaban bancos de arena y corrientes ocultas, pero ellos habían desembarcado sin dificultad, y ahora Gilbert recogía sus efectos personales y bajaba a tierra rebosante de entusiasmo. Llevaba muy pocas cosas para no despertar sospechas y evitar que lo registrasen. Sólo las cartas.

Cuando cruzaba el muelle y pasaba por delante de los desembarcaderos y los almacenes, sintió una mano en su hombro.

—No habéis pasado por nuestra caseta de inspección —dijo una voz. Gilbert se volvió y se encontró frente a frente con uno de los funcionarios de Aduanas de la Reina—. ¡Venid, señor!

—Disculpadme —respondió Gilbert con suavidad—, no he visto ninguna caseta, y el capitán no me explicó que debía pasar por ella pues no llevo equipaje. Soy un simple pasajero.

—¿Un pasajero? ¿En viaje de negocios?

—No, un hijo de esta tierra que regresa a su casa. —Gilbert suspiró—. La echo de menos, y mi madre...

—¿De qué lugar del extranjero procedéis?

No había ninguna respuesta segura. Los Países Bajos albergaban exiliados, al igual que Francia. Roma era tan sospechosa como España.

—De París —contestó al fin.

París significaba cualquier cosa que uno quisiera: escuelas, servicios a la corte francesa, cultura, mujeres, mercenarios.

—¿Dónde está vuestro pasaporte?

Gilbert se lo mostró. Todo estaba en regla; no había nada falsificado.

—Firmado por Walsingham —señaló el funcionario de Aduanas.

—Pero no explica nada sobre el asunto que lo trae —dijo su compañero—. ¿Cuánto tiempo habéis estado en París?

Antes de que Gilbert pudiera contestar, lo agarraron y empezaron a registrarlo. Tomaron la bolsa de sus efectos personales. Las cartas estaban escondidas entre dos capas de cuero, pero sus expertos dedos percibieron el insólito grosor. Un cuchillo brilló bajo la apagada luz de la tarde y rasgó el bolsillo secreto.

—¡Vaya! —Los funcionarios extrajeron los documentos—. ¡Algo para la reina de Escocia! Será mejor que le contéis vuestra historia al secretario Walsingham, amigo.

A pesar de que era sólo media tarde, en aquel breve día de diciembre Walsingham ya había encendido una vela en su escritorio y miraba a Gilbert, de pie delante de él. La amarillenta luz acentuaba la palidez de Walsingham, quien miró a su presa con sus negros y brillantes ojos, que movía en distintas direcciones mientras lo estudiaba con la cabeza quieta.

Su comportamiento obtuvo el efecto deseado. Gilbert empezó a moverse nerviosamente.

«Este hombre parece tan moreno y melancólico como un auténtico español —pensó Gilbert—, y es igual de callado. Dicen que Felipe de España es así. Sereno y reposado, y con pleno dominio de la situación. ¿Por qué no habla?»

Walsingham continuaba mirándolo en silencio con las manos entrelazadas como un hombre acostumbrado a meditar acerca de todas las cosas.

Gilbert oía los gritos de los vendedores callejeros que anunciaban productos navideños.

—Conque sois un espía por cuenta de Morgan y de la reina de Escocia —dijo Walsingham sin la menor inflexión en la voz.

—¡No, yo no soy un espía! ¡Regresaba a mi casa del condado de Stafford, y Morgan me pidió que llevara una simple carta! —contestó Gilbert, tratando de esbozar una

sonrisa convincente y cautivadora. «Soy un pobre chico del campo», era el mensaje que esperaba transmitir. «No sé nada de estas cosas.»

—Tonterías —espetó Walsingham con aspereza—. Vos no regresabais a casa. Lleváis ocho años fuera y ya no pertenecéis aquí. Sois un mercenario, un hombre que ya no tiene país.

—No, yo...

—Un hombre moderno, un hombre situado por encima de las contiendas provincianas. ¿A quién sois leal, Gilbert? ¿A la Iglesia católica? ¿A vuestra familia? Yo creo que no. Creo que sólo sois leal a Gilbert Gifford. ¿Tengo razón? —preguntó Walsingham, mirándolo a los ojos.

—¡Sí, por supuesto que soy leal a mí mismo, pero no sólo a mí mismo! ¡También lo soy a cosas más grandes!

—¿Como la reina de Escocia?

—No le soy especialmente fiel. Yo sólo contribuía de un modo muy secundario a restablecer su relación con el mundo exterior —repuso Gilbert.

—¿Os sorprendería saber que yo también estoy deseando restablecer su relación con el mundo exterior? —inquirió Walsingham.

—¡Sí! —contestó Gilbert, echándose a reír—. Pues vos más que nadie queráis amordazarla para que no fomentara más conspiraciones. Y ella está amordazada por orden vuestra.

—Sí, pero ahora me he percatado de que está demasiado amordazada. ¿Me comprendéis, Gilbert?

—Sí... sí, os comprendo.

—Bueno, vos ya sabéis con qué pena se castiga el llevar cartas como las que vos llevabais, ¿verdad? Por desgracia, con la muerte. —Walsingham extendió las manos en gesto de impotencia—. ¿Deseáis morir por esa dama que está encerrada en Tutbury? Porque moriréis por ella.

—¿A no ser que...?

Walsingham sonrió por primera vez desde que había comenzado la entrevista.

—¿O sea que estaríais dispuesto a considerar una..., llamémosla, propuesta?

—Pues sí.

Justo en aquel momento alguien llamó a la puerta y entró con unos pasteles de higos y fruta confitada.

—Un regalo de Navidad, señor —dijo, dejando la bandeja de plata.

Walsingham tomó los dulces.

—Me encantan las comidas navideñas, aunque aborrezco los excesos de esta celebración pagana —aseveró, llevándose a la boca un trozo de jengibre confitado—. Servios —indicó, alargándole la bandeja a Gilbert. Una vez que éste hubo tragado uno de mala gana, añadió—: Bien, Gilbert, quiero que os unáis a mis filas, que trabajéis



para mí. Mis agentes son los mejores. Cumpliríais una tarea de la que os sentiríais orgulloso. Creo en vuestras aptitudes, pero vuestra labor sería muy sencilla: seguir haciendo exactamente aquello para lo que os enviaron aquí. Me refiero a entregar cartas, establecer contactos, recibir mensajes y, por supuesto, informarme de todo ello sólo a mí, lo cual constituiría la única diferencia. ¿Creéis que os interesaría hacerlo?

—¡Oh, sí!

¡Como si hubiera una alternativa entre la horca y el espionaje!

—Por cierto, Gilbert —añadió Walsingham—, si intentáis engañarme, me enteraré y os arrepentiréis tanto que desearéis haber recibido el castigo que en un principio merecíais. Un doble traidor que intenta traicionar a un tercer nivel es una criatura que no hallará compasión en ninguna parte.

—Sí, señor.

—Permaneced a la espera de mi llamada —dijo Walsingham—. Muy pronto os necesitaré.

Aquella noche Walsingham y Phelippes se reunieron después de cenar en la recóndita estancia interior de la residencia del primero de ellos. A su espalda se habían cerrado tres puertas seguidas. Allí, Walsingham dio cuerda a un artefacto consistente en unas ruedas con dientes, campanitas y palillos. Una vez en marcha, su estruendo metálico y sus sordos golpes impedían que cualquier persona escuchara las voces que hablaban en susurros en segundo plano.

Phelippes estaba nervioso a causa de la inactividad y ansiaba reunirse con su jefe. Esperaba que éste le hablara del inicio de una nueva operación.

—Tenemos un nuevo agente, Phelippes —le informó su jefe—. He tenido el placer de acogerlo en nuestra augusta compañía. Es justo lo que buscábamos: alguien cuyas credenciales son impecables y del todo aceptables para el otro bando. No necesita inventarse ninguna historia para justificarse, pues su verdadera historia es perfecta: pertenece a una conocida familia católica local, desarrolla actividades en los círculos católicos del otro lado del estrecho ¡y lo recomienda nada menos que Thomas Morgan! Pero sus católicos son contrarios a los jesuitas de aquí, lo que le ofrece un pretexto ideal para mantener tratos con nosotros.

—¿Cómo se llama? —preguntó Phelippes, entornando los ojos, que en condiciones normales ya semejaban rendijas, como un juez a punto de dictar sentencia.

—Gilbert Gifford. —Walsingham hizo una pausa para comprobar si Phelippes reconocía el nombre—. Ahora podremos llevar a cabo el resto del plan. Ya es hora de abrir de nuevo la oficina de correos para la reina de Escocia. La trasladarán de Tutbury a Chartley, y el cambio será para mejor... desde el punto de vista de la correspondencia. No nos será difícil echar un vistazo a sus cartas si organizamos una

vía de comunicación que parezca segura. ¡Démosle gusto! Dejemos que sus cartas salgan por medio de... ¡Vamos a ver! ¿Qué sería más espectacular? ¡Un barril de cerveza! Sí, que introduzca sus mensajes secretos en un paquete impermeable dentro de un barril de cerveza. En Chartley no elaboran su propia cerveza, por lo que será necesario que un tonel vaya y venga desde la ciudad más próxima.

—¿Una carta cada vez? —preguntó Phelippes.

—Por supuesto. No queremos un alud de misivas y, además, el barril de cerveza no permitiría que se guardara en su interior un paquete muy grande.

—Pero, ¿y el cervecero? ¿Y si no quiere colaborar?

—Pues vuestro trabajo, Phelippes, consiste precisamente en que quiera. —Walsingham miró con severidad a su subordinado—. He observado que, por regla general, ante la amenaza de incurrir en el desagrado del Gobierno, la promesa de dinero y la emoción que suelen provocar estas cosas, la gente nunca dice que no.

El día de Año Nuevo Phelippes le comunicó a su jefe que el cervecero, quien, por cierto, deseaba que lo designaran con el nombre en clave de «el Hombre Honrado», estaba con ellos.

—Tiene el mismo aspecto que su barril de cerveza —comentó Phelippes—. ¡Y no os lo vais a creer, pero se llama Bruno! Su apetito de dinero es tan voraz como el que tiene de miel un oso pardo. Ha pedido más de lo que habíais mencionado.

—¿Y qué? —preguntó Walsingham.

—Se lo he pagado, desde luego. No me quedaba más remedio que hacerlo.

Walsingham hizo una mueca. Sí, Phelippes tenía razón, por supuesto, pero todo aquello estaba saliendo muy caro, y la Reina jamás le reembolsaría los gastos.

—Claro. Y, tras haber resuelto esta cuestión... ¿os pareció que le gustaba la idea?

Phelippes soltó una carcajada semejante a un rebuzno y asintió con la cabeza.

—Es casi como todo el mundo, le gusta ser un poco malo cuando en ello no hay peligro. Le di a entender que él y sólo él era el único hombre «corrupto» de toda la cadena. El secretario de la reina de Escocia, el francés Nau, le entregará los paquetes.

—Y él se los entregará directamente a Paulet, que os los entregará a vos. Vos los traduciréis, se los devolveréis a Paulet y éste se los devolverá al cervecero. Después el cervecero, el Hombre Honrado, se los entregará a quien él creará que es un simple mensajero encargado de llevarlos a la embajada francesa. Pero aquel hombre será nuestro nuevo amigo y compañero Gilbert Gifford. Gifford se los entregará una vez más a Paulet, quien os los entregará a vos.

—¿Por qué una segunda vez? Supondrá una pérdida de tiempo, y quizás el retraso despierte sospechas...

Phelippes frunció el entrecejo, y todas las cacarañas de su rostro se desplazaron y

alargaron.

—Para controlar al cervecero y asegurarnos de que no añade ni le oculta nada a Paulet ni está haciendo un doble juego. Y lo mismo, pero al revés, se hará cuando recibamos de nuevo las cartas, para controlar a Gilbert. Uno debe controlar siempre a sus agentes corruptos para asegurarse de que su corrupción no se vuelva loca y de que otros no se aprovechen de ella.

Ahora el rostro de Phelippes se relajó.

—Por algo sois el jefe —reconoció—. No tenéis rival en este juego.

Walsingham se permitió el lujo de experimentar una momentánea satisfacción. ¡Ojalá Isabel le manifestara su aprecio de aquella manera!

—Os lo agradezco —dijo—. Lo hago todo por Su Majestad. Ningún conocimiento resulta demasiado caro. Me gustaría que hoy mismo conocierais a nuestro Gilbert Gifford. —Hizo una pausa para dar cuerda a la máquina de los ruidos, que se había parado. Volviéndose hacia Phelippes, añadió—: Ha estado ocupado en Londres, intentando ganarse la confianza de los de la embajada francesa. El secretario del embajador, Sieur de Cherelles, es un alma Cándida y Gilbert está convenciéndolo de su fidelidad a la reina de Escocia. Le ha dado tiempo a Cherelles para que compruebe sus referencias. No tardará en comunicarle la apertura de la vía de comunicación secreta y en ofrecerse a entregar las cartas que se han acumulado en la embajada francesa a lo largo de un año. Cherelles aceptará y... *voilà*, nuestros eslabones estarán completos, y quedará abierto el camino por el que esperamos que la reina de Escocia galope hacia su ruina.

## XX

—Van a hacernos un regalo de Navidad —les anunció María a los miembros de su casa reunidos junto a la chimenea de la sala principal del pabellón de caza de Tutbury.

—¿Unas Sagradas Escrituras con anotaciones de sir Paulet? —preguntó Jane Kennedy, soltando una risita.

—No, unos calzones con sentencias morales bordadas —dijo Marie Courcelles, la simpática francesa que trataba de sustituir a Seton en el corazón de María.

—Un retrete con el rostro de la reina Isabel en el fondo —terció Willie Douglas.

—¡Willie! —lo reprendió María—. ¡Esto no tiene ninguna gracia!

No obstante todos se desternillaban.

—Nos trasladarán a otro sitio —dijo María por encima del alboroto de las risas. Todos dieron voces de alegría—. A Chartley, una mansión casi nueva situada no muy lejos de aquí, perteneciente al conde de Essex.

—¡Nueva! —exclamó Marie Courcelles—. ¡Nueva!

—¿Y a qué debemos el favor? —preguntó el siempre receloso Willie.

—Quizás al amor y al cuidado que Dios tiene de nosotros —contestó María—. O quizás a la simple suerte. El infortunio no dura siempre, ¿sabéis? La suerte tiene que cambiar alguna vez.

—En Chartley habrá colchones de plumón —intervino Marie Courcelles contemplando el viejo y manchado colchón relleno de apelmazadas y mohosas plumas del lecho de su señora.

—En Chartley habrá grandes ventanas con cristales que permitirán la entrada de la luz del sol —aventuró Jane.

—Chartley debe de estar construida con ladrillos rosados que absorben el calor del sol y lo conservan hasta mucho después del anochecer —dijo Barbara Curle, una nueva servidora que enseguida se había casado con Curle, el secretario escocés de María, profundamente enamorada.

La sencilla boda se había celebrado hacía apenas dos meses en la sala de Tutbury azotada por las corrientes de aire.

—En Chartley habrá espalderas con perales junto a aquellos muros de ladrillo tan calientes —señaló Elizabeth Curle, la hermana del secretario—, y un cenador donde nos sentaremos a leer, y bastará con que nos inclinemos hacia atrás para arrancar una pera.

—Veo que Chartley ha despertado vuestra imaginación —comentó María con afecto—. Yo ya no soy capaz de pensar siquiera en semejantes lujos. —Contempló la fea y oscura estancia con su humeante vela—. Pero los sueños son libres.

*Geddon* se acercó trotando a ella con las orejas erguidas.

—¿Me has oído, *Geddon*? —le dijo María—. Nos vamos a una nueva casa. Un sitio mejor para tus viejos huesos. Si un año de la vida de un perro equivale a siete de los seres humanos, tú ahora tienes... setenta y siete años, lo que significa que eres casi tan viejo como madame Rallay, a quien Dios tenga en su gloria.

María contempló las jaulas de los pájaros ya cubiertas con sus mantas debido a lo avanzado de la hora. En realidad no resultaban necesarias, pues los días eran casi tan oscuros como las noches. De ahí que pocos pájaros hubieran sobrevivido en Tutbury, pues las corrientes de aire los habían matado. El cardenal que se los había enviado también había muerto. En Francia ya no quedaba nadie que se preocupara por las pequeñas cosas que a ella tanto le gustaban; sólo los exiliados con sus perennes conspiraciones.

«Para ellos no soy una mujer que se alegraría de que le enviaran un pajarillo o un nuevo hilo de bordar de plata, sino tan sólo un símbolo del catolicismo. Y los símbolos no necesitan cosas vivas que respiren; no leen, no sienten la soledad ni necesitan medicinas. Viven de lemas..., o eso creen Morgan, Paget y los demás, pues éste es todo el consuelo que me ofrecen. A veces preferiría que me enviaran un par de tórtolas.»

A primera hora de la mañana siguiente, Willie irrumpió en la sala donde los demás llenaban sus jarras de cerveza para el desayuno.

—¡Maldita sea su negra alma! —exclamó, arrojando al suelo una caja chamuscada. De ella saltaron chispas y cenizas—. ¡Estaba introduciéndola en el horno que hay junto al muro!

—Pero ¿qué es esto, Willie? —preguntó María, acercándose a la caja, de la que escapaban vaharadas de humo.

—Era de María Seton —respondió Willie—. Llegó aquí procedente de la embajada francesa. Un sujeto llamado Nicholas de Cherelles se lo entregó a nuestro amigo Paulet. Mientras yo miraba, pues había ido a vaciar los orinales, ¡aquel malvado de corazón más negro que el carbón, aquel necio santurrón, la abrió, examinó lo que había dentro y la arrojó al horno!

—¿Y qué ocurrió entonces? ¿Cómo la rescatasteis?

—Corrí hacia él y le di un empujón. Tomé la caja y grité. ¿Y sabéis lo que dijo aquel mentecato cuya columna vertebral es un libro de las Sagradas Escrituras? —Willie hizo una mueca y lo imitó a la perfección— «¡Eso está lleno de abominable basura papista!»

—Pero permitió que os quedaseis con él —señaló María con asombro.

—No le di ocasión de recuperarlo —respondió Willie—. Seguro que ya viene hacia aquí para buscarla.

María y sus damas se acercaron a la tiznada ventana y miraron hacia el patio. Allí

estaba Paulet asintiendo con la cabeza y hablando muy serio con dos hombres. Pero no seguía a Willie.

—Ése es Cherelles, le oí pronunciar su nombre —dijo Willie—. El otro... no sé quién es.

María se había inclinado hacia el paquete y estaba retirando su chamuscada tapa. En el interior había unos rosarios, unas pinturas de santos, unas medallas y una placa de seda con las palabras «*Agnus Dei*». No había ninguna carta, y si alguna vez la hubo, la habían retirado.

—Sé que me lo envía Seton —dijo María—. Recuerdo que las hermanas de Saint-Pierre hacían estas placas.

Conservaría como un tesoro aquellos pequeños objetos de devoción, pero cuánto le habría gustado oír de labios de la propia Seton qué tal se encontraba en Francia.

Chartley era, en efecto, una soberbia mansión construida en lo alto de una colina y rodeada por un foso, desde la que se abarcaba toda la campiña circundante. Estaba adosada a un castillo más antiguo cuyas torres, embellecidas con cruces, proclamaban a los cuatro vientos que su primer propietario había participado en las Cruzadas en Tierra Santa. En verano sería sin duda un lugar muy agradable pero ahora todo estaba cubierto de nieve y hielo, y unas grandes bandadas de cuervos permanecían posadas en las desnudas ramas de los árboles que la rodeaban. Parecía que estuvieran celebrando una sesión parlamentaria, pues graznaban sin cesar y se interrumpían los unos a los otros con sus roncas voces. María se estremeció al pasar por debajo de ellos.

Una vez instalados en la casa, todos se mostraron más animados, incluido el propio Paulet. Los aposentos, a pesar de no ser la materialización de los fantásticos sueños de los servidores de María, eran mucho más cómodos y amplios que los anteriores, por lo que les parecieron un auténtico paraíso. Una vez más se reanudó la monótona rutina de siempre, y las jornadas de María seguían un orden determinado desde el amanecer hasta medianoche. Ella las recorría como un asno que daba incesantes vueltas alrededor de una noria sin llegar jamás a parte alguna.

Estaba sentada en una silla que habían tenido el detalle de enviarle desde Sheffield y que siempre le había gustado, pues tenía un travesarlo para apoyar los pies. Nau se acercó a ella. María suspiró. Había llegado la hora de la cotidiana reunión. Habría preferido seguir leyendo, pero desviarse del programa trastornaba a los miembros de su casa, sobre todo a los de más edad como Nau, su modisto Balthazar, el médico y el boticario. Alabado fuera Dios.

—Sí, Nau, ya sé que es hora de continuar con las memorias.

Él se limitó a permanecer de pie, mordiéndose el labio. María notó que se estremecía.

—¿Qué ocurre? ¿Alguna mala noticia? ¿Alguien se ha puesto enfermo?

—Casi no os lo puedo decir, de la alegría que siento —contestó Nau en un susurro—. Ha habido... esta mañana... vino un mensajero. De París.

—¿Sin conocimiento de Paulet? —preguntó María, procurando que no le temblara la voz.

¿Sería en verdad posible?

—Sí. Venía, dijo, con unas cartas de la embajada francesa para Paulet, pero consiguió hacerme una seña, como si me conociera...

—Quizás alguien os describió.

—Deben de haberlo hecho personas amigas. En la corte nadie me ha visto. Es una ventaja, ¡tal vez la única!, de nuestro encierro y aislamiento del mundo. Dijo que se había encontrado un medio para enviar y recibir cartas en las mismísimas narices de Paulet. Al parecer, nuestros partidarios han conseguido sobornar al hombre que todas las semanas nos trae la cerveza desde Burton, para que lleve las cartas.

—No puede ser cierto —repuso María—. Paulet nos tiene tan vigilados que es imposible enviar nada.

—¡Sí es posible! No existe una casa completamente sellada, y este hombre...

—¿Cómo se llama? —preguntó María.

—Gilbert Gifford. Pertenece a una familia católica de esta región.

—¿Cómo nos pondremos en contacto con él?

—A través del cervecero. Yo le entregaré las cartas cuando venga. Hemos de esperar a que la cerveza esté en la bodega antes de acercarnos. Gifford vendrá algunas veces, pero no muchas, pues de lo contrario, su presencia resultaría sospechosa. Dijo que el primer envío lo recibiremos el sábado que viene, 16 de enero, y que deberéis tener las cartas listas para enviar. Pero sólo una o dos, pues la caja secreta del interior del barril tiene que ser pequeña para evitar que la descubran.

María esbozó una complacida sonrisa.

—¡Una caja impermeable en un barril de cerveza! ¡Qué ingenioso! —Le brillaban los ojos de alegría.

No se atrevía a escribir ninguna carta por temor a que se tratase de una trampa y Paulet se abatiera sobre ella, registrara las habitaciones y las encontrase. Sin embargo, esperó, presa de un nerviosismo tan grande que se alegró de que las frías noches de enero fueran tan largas y los demás no la vieran revolverse en la cama. Ella, que solía hablar sin reservas, guardaba con celo aquel secreto, rezando para que fuera cierto.

Llegó el 16 de enero, un frío y despejado día de invierno. El carro que hacía el viaje desde Burton-upon-Trent recorrería las doce millas de distancia sin la menor dificultad. Era sábado, día en que la vigilancia era un poco menos rígida que durante el

resto de la semana. Las lavanderas entraron y salieron —registradas hasta la ropa interior por las mujeres de Paulet—, y el molinero entregó la harina. Después María vio el carro con el barril, que subía ruidosamente por el camino de la entrada de la casa. Cruzó el puente levadizo y al final se detuvo en el patio. El carretero gordinflón pidió ayuda, y enseguida se acercaron tres guardias para descargar el tonel mientras otros hacían rodar por el suelo el de la semana anterior, ahora vacío.

María tiró de la manga de Nau.

—¿Está aquí dentro? —le preguntó en voz baja—. ¿Seguro?

—Debemos esperar y enviar un paje al sótano. No sería conveniente que lo hiciera yo, ni siquiera Willie.

María deseó tener su relojito o por lo menos un reloj de arena. No sabía cómo calcular el tiempo de la espera.

—Contemos hasta cien —dijo—. ¡No, recemos el rosario!

Cuando terminaron de rezar el rosario, Nau se asomó a la ventana y vio que el carro del cervecero ya no estaba. Llamó a uno de los pajes, el que siempre lo ayudaba a realizar sus tareas cotidianas, y le dio instrucciones. El muchacho asintió con expresión muy seria y se retiró.

María se dirigió a su rincón privado, donde nadie debía molestarla, y esperó. Ni siquiera era capaz de rezar; intentó mantener en suspenso todos sus pensamientos. Al cabo de un rato, Nau le entregó en silencio un paquete envuelto en cuero. María se levantó y, apartándose con él, lo desenvolvió.

Dentro había dos cartas.

El corazón le latía con tanta fuerza que apenas se atrevía a abrir la primera. Pero lo hizo a toda prisa.

Mi amadísima Señora y Reina,

La presente es para garantizar que el portador señor Gilbert Gifford es alguien que está completamente de acuerdo con nuestra misión. Podéis confiar en él y utilizar sus servicios, pues es un diácono de la Santa Madre Iglesia, entregado a vuestra causa. Su tío vive a diez millas de Chartley.

Siempre a vuestras órdenes en afectuosa obediencia,

Thomas Morgan

María dejó escapar un profundo suspiro que casi sonó como un grito. ¡Había transcurrido tanto tiempo...!

Desdobló la segunda carta y la leyó. Era del embajador francés, quien se limitaba a confirmar la autenticidad del mensajero y a informarle de que en la embajada de Francia había veintiún paquetes de cartas acumuladas..., lo que equivalía a la correspondencia de un año que había que enviar.

—Ésta es del embajador francés —explicó María—; confirma que todo está en orden. —Se la entregó a Nau, que la leyó con rapidez, mientras ella exclamaba—:



¡Toda mi correspondencia! ¡Las cartas de todo un año!

Se pasó los días sucesivos escribiendo cuatro cartas, tres para enviar a Francia —a su agente Morgan, al embajador el arzobispo Beaton y a su sobrino el duque de Guisa— y una al embajador francés en Londres. En ellas incluía la nueva clave que debía emplearse en las futuras comunicaciones. Al embajador francés le aseguraba que Gifford era, en efecto, el fiel mensajero que él le había prometido: «Confíadle sin reparo todas las cartas que os han enviado para mí a este nuevo y fiel agente a través del cual podréis comunicaros conmigo a partir de ahora.»

El último día de febrero el embajador francés entregó a Gilbert Gifford un saco con los veintiún paquetes de cartas recibidas de todo el mundo: de Morgan, Beaton y Paget en París; de los exiliados políticos y agentes católicos en los Países Bajos; de Robert Parsons, el cerebro jesuita, y de sir Francis Englefield, a la sazón en España; de los duques de Guisa y del duque de Parma.

En marzo, las cartas empezaron a aparecer —con los sellos rotos para que cupiesen en la cajita del barril— en Chartley, y María se enteró por fin de todo lo que había ocurrido en el mundo exterior desde el fracaso de la conspiración de Throckmorton.

Leyó que los católicos habían perdido la fe en las promesas de Guisa acerca de su «Liga Santa» y se habían vuelto hacia España, confiando en contar con tropas españolas para la invasión de Inglaterra. Leyó que las acciones de hostilidad entre Inglaterra y España ya habían empezado, que España se había apoderado de los barcos ingleses y que Isabel había asumido de manera oficial la «protección» de los rebeldes holandeses.

—¡Pero si incluso ha enviado tropas allí! —le contó María a Nau con incredulidad—. ¡Y ha puesto al frente de ellas a su amado conde de Leicester!

—¡Ah! ¡Estando los ingleses tan ocupados, ahora será el momento de escapar! —dijo Nau—. Si el duque de Parma pudiera aportar algunos soldados, efectuar un desembarco...

—¡Nau! —exclamó María llevándose las manos a la boca—. ¡Tenemos un nuevo Papa! ¡Mirad... Sixto V! ¡Cuántos cambios!

—Sí, el mundo ha corrido mucho mientras nosotros criábamos moho aquí —contestó Nau en tono sombrío.

A finales de marzo ocurrió lo inesperado: Nicholas de Cherches, el ayudante del embajador francés, llegó a Chartley con cartas de la familia real de Francia y pidió autorización para entregárselas en persona a María. Paulet fingió protestar y quejarse, abrió las cartas y por último dijo que lo autorizaría siempre y cuando él se hallara

presente. El joven fue conducido a la presencia de María, sentada en su improvisado trono sin dosel, y de inmediato cayó de hinojos delante de ella.

—¡Oh, Señora —le dijo—, contemplar vuestro glorioso rostro es algo que todos los verdaderos caballeros ansían hacer!

Las palabras brotaron de su boca como un torrente primaveral.

—No hace falta que os comáis las sílabas de las palabras ni que farfulléis al galope —dijo Paulet—, pues yo entiendo el francés aceptablemente bien tras haber servido como embajador de Su Gloriosa Majestad la reina Isabel en vuestro país.

—Fue un honor teneros entre nosotros, señor —aseguró Cherelles.

—¿Cómo están Su Majestad el rey Enrique III y su augusta madre? —preguntó Paulet.

—Luchan contra su primo Enrique de Navarra y el duque de Guisa —contestó Cherelles—. La llaman la Guerra de los Tres Enriques.

—Siempre guerras —dijo María con tristeza.

Francia había estado de manera casi continua inmersa en guerras desde que ella se marchó. Era probable que Cherelles aquel apuesto y rubio joven, no recordase otra cosa.

El joven le entregó las cartas y ella las abrió, comentando lo mucho que se alegraba de recibirlas y agradeciendo a Paulet que lo permitiese. Mientras ella leía, llamaron de pronto a Paulet, que los dejó solos.

—Señora —susurró Cherelles—, mi señor el embajador me ruega que le enviéis otra copia de la clave. ¡Ha perdido la suya! No temáis, no la han robado, fue un simple accidente. El perro de Su Excelencia (ya veo que tenéis perros y lo comprenderéis) le hizo encima... un accidente de la naturaleza y la dejó ilegible.

María se echó a reír. A su lado, *Geddon* se puso a ladrar.

—Sí, *Geddon*, nosotros ya sabemos a qué se refiere. Por supuesto que sí. La tendrá de inmediato.

Paulet regresó a la estancia refunfuñando. Cherelles pidió venia para retirarse, y cuando se hubo marchado, Paulet soltó un resoplido.

—Tengo entendido que Enrique III prefiere la ropa de mujer y la compañía de los hombres y anda por ahí abrazando perritos falderos contra su pecho.

Miró a María con tristeza, como si ella tuviera la culpa.

## XXI

Walsingham alargó la mano sobre su escritorio, tomó un frasquito de medicina, lo destapó y bebió directamente de él. La medicina, hecha con acedera procedente del huerto de hierbas medicinales de Cecil, era amarga y le hizo escocer la garganta, pero al parecer era excelente para quienes sufrían de «estómago débil», y el suyo lo era sin la menor discusión. Quería que se le aliviaran las molestias antes de que llegase Phelippes.

Sin embargo, últimamente no sólo le dolía el estómago, sino también las piernas. Solía ocurrirle antes de la llegada del calor primaveral. No obstante, ahora, en medio del florido esplendor de mediados de mayo, no tardaría en mejorar.

Mayo... Walsingham había abierto las ventanas de par en par para que entrara el aire suave y perfumado. Caían los pétalos del manzano que había justo al otro lado. En un día de mayo como aquél Ana Bolena había subido al cadalso para pagar el precio de su traición. Él siempre había pensado que con un clima así le habría resultado aún más duro morir.

«¿El año que viene por estas fechas seguirá viva la Serpiente del Seno? —se preguntó—. ¿Marchará hacia el cadalso, o, Dios no lo quiera, continuaremos interceptando sus cartas con la esperanza de que provoque su propia ruina?»

Phelippes llamó con los nudillos a la puerta. Walsingham lo hizo pasar y, tras ofrecerle un poco de hidromiel recién preparado, se levantó de mala gana para cerrar las ventanas. Lamentaba tener que hacerlo, pero los espías eran capaces de aprovechar un descuido o una debilidad humana como la de querer aspirar el perfume de la primavera.

Miró a aquel hombre de extraños ojos entrecerrados, sentado frente a él. Estaba complacido de su trabajo y de las disposiciones que había adoptado.

—Las cartas de hoy, señor —anunció Phelippes, entregándoselas—. Creo que las encontraréis sumamente interesantes.

—Humm. —Walsingham tomó sus gafas de lectura y abrió la carta, o más bien la copia descifrada de la misma—. De María a su agente (y el nuestro) Paget, y otra al embajador español Mendoza. —Walsingham enarcó las cejas mientras leía—. Muy bien. Acepta por escrito un plan para que Felipe invada Inglaterra en su nombre. No sólo lo autoriza, sino que lo alienta con todas sus fuerzas, e incluso hace sugerencias sobre la mejor manera de llevarlo a cabo. Muy útil. Estoy seguro de que el duque de Parma apreciará en todo lo que valen estas instrucciones de alguien con tanta experiencia en los campos de batalla.

—¡Ya la tenemos! —exclamó Phelippes—. ¡Ya la tenemos! ¿Cuándo se lo comunicaremos a la Reina para abatirnos sobre ella?

—No, todavía no la tenemos —repuso Walsingham.

—¿Cómo? —Phelippes parecía molesto—. ¿Por qué vaciláis?

—Porque necesitamos una prueba más irrefutable que ésta. ¿Qué nos dice que no sepamos? ¿Que María simpatiza con los enemigos de Inglaterra? ¿Que, si se produjera una invasión, ella se pondría de su parte? Y eso ¿quién no lo sabe?

—¡Pero la prueba! ¡Y por escrito!

—Jamás bastaría para convencer a Isabel de que hay que acabar con María. No se ha producido ninguna invasión y, por consiguiente, no se trata más que de un ejercicio verbal. Isabel jamás accedería a eliminar a María con una acusación tan endeble como la de una inexistente invasión. Debe ser algo más llamativo, Phelippes. —Walsingham suspiró—. Tras haberle tendido esta trampa tan perfecta, no hay que dejarla al descubierto a no ser que estemos absolutamente seguros de que eso es lo que queremos. —Acarició una hoja de la enorme planta que había en una maceta colocada en el suelo. Eran unas hojas largas y flexibles como las orejas de un perro—. ¿Sabéis qué es eso, Phelippes? Tabaco. Quiero plantarlo en el campo, en Barn Elms. Procede del Nuevo Mundo. De una de las travesías, en la que invertí un poco, han traído estas plantas exóticas. Yo no fumaría, claro... —No pudo concluir la frase, pues le dio un retortijón. Algunos aseguraban que el tabaco era bueno para los malestares estomacales. En fin, tal vez...

—Hay otra carta —dijo Phelippes—, esta vez, de Paget a María. Habla de los planes e intrigas habituales. —La depositó sobre el escritorio, con gesto de hastío.

Walsingham la leyó y, para asombro de Phelippes, pareció tomársela en serio.

—Conque Ballard, ese clérigo loco, aún anda por ahí —masculló—. Y acaba de regresar de una reunión con Paget. Empiezo a dudar de Paget. Quizá no nos sea enteramente fiel; esto no nos lo había comunicado. ¿De modo que Ballard dice que los católicos ingleses están preparados para rebelarse en cuanto las tropas españolas desembarquen? Paget lo ha puesto en contacto con Mendoza, y Ballard ha estado hablando con John Savage, el soldado que juró matar a Isabel el verano pasado. ¿Qué significa todo esto, Phelippes? —Tamborileó con los dedos sobre el escritorio—. Todo indica que dos conspiraciones para matar a Isabel están uniendo sus fuerzas. ¿Dónde se encuentra Ballard ahora?

—Según nuestro agente Bernard Maude, acaba de regresar a Inglaterra —dijo Phelippes—. Desembarcó en Dover hace dos días. Al parecer tiene un pasaporte que le permite ir y venir a su antojo.

—¿Y adónde ha ido? —preguntó Walsingham.

—A Londres. Ahora mismo está aquí. Me tomé la libertad de ordenar que lo siguiesen.

Walsingham se reclinó en su asiento con una sonrisa en los labios.

—Muy bien, Phelippes. Muy bien. Ahora quizá, con un poco de suerte, alguien

informará de esta conspiración urdida por Ballard y Savage a la reina de Escocia, y ésta será lo bastante temeraria como para sumarse a ella.

—Señor, Ballard tiene un amigo en Londres, un tal Anthony Babington...

—¡Ah! —Walsingham se incorporó en su asiento y descargó un puñetazo sobre la palma de su otra mano—. ¡Ah!

Phelippes lo miró desconcertado.

—¿Señor?

—Aquí lo tengo, aquí lo tengo... —Walsingham se había levantado de un salto y estaba abriendo el cajón marcado con el marbete de «Serpiente-Inglaterra». ¡Sí, aquí está! —exclamó depositando la carta en la mano de Phelippes.

—Ah, sí, la carta que Paget escribió a finales de abril, en la que sugería que la reina de Escocia se pusiera en contacto con Babington. Mandó incluso un borrador. ¿No lo enviasteis a Chartley?

—No, estaba esperando. Ahora ya sé por qué. —Walsingham sacudió la cabeza—. Y es por lo siguiente: si fuese posible arrastrar a Babington a la conspiración, y si consiguiéramos que María se viera en vuelta en ella... ¡sería justo lo que hemos estado buscando! Decidme qué sabéis de este Babington.

Phelippes enarcó una ceja.

—Yo sólo soy un pobre descifrador —dijo—, no un agente de espionaje, señor. Apenas sé nada de él, aparte de que vive en un sector elegante de la ciudad de Londres y mantiene contactos con la corte. Vos debéis de conocerlo, habladme de él. —Se cruzó de brazos y esperó.

—Con sumo gusto —repuso Walsingham—. Os estaba poniendo a prueba. Por cierto, Phelippes, me ha gustado mucho vuestra actuación en esta operación. Fue una auténtica genialidad tener la audacia de enviar directamente al secretario francés con María para obtener las cifras cuando tropezamos con dificultades en algunas cartas. ¡Audacia, audacia! ¡Qué admirable! —Tomó de repente un despacho que estaba sobre su escritorio—. Esto también es un gesto de audacia por parte de uno de nuestros agentes en los Países Bajos. Estar allí es el sueño dorado de cualquier espía.

Phelippes tomó el largo despacho y le echó un vistazo. Contenía mucha información sobre cañones, caballos y arsenales de municiones. Después seguía una página de poesía.

—¿Poesía? —preguntó, soltando un resoplido—. ¿Y por qué razón nos manda poesía un agente?

—La poesía suele conducir a ideas interesantes, Phelippes. No la despreciéis. —Walsingham sostuvo el papel en alto y empezó a recitar—: «Sujeto el destino con fuertes cadenas de hierro y hago girar con mi mano la rueda de la Fortuna.» ¿No es esto acaso lo que nosotros hacemos o esperamos hacer? Aquí el joven Christopher Marlowe escribe acerca de Tamerlán, pero, como es natural, se refiere a Isabel y

Felipe.

—¿Por qué será que hoy en día todos los soldados son poetas y todos los poetas, soldados? Cada uno debería dedicarse a lo suyo. ¿Qué ocurriría si los espías se consideraran poetas y escribieran sus informes en versos libres?

—«Ser poeta es un bello juego», reconoce Marlowe. Para utilizar a los jóvenes hay que aprender a entender su manera de pensar. Resulta que este Anthony Babington se cree dotado de ingenio y frecuenta la compañía de cortesanos aficionados a escribir poesía como Chidiok Tichborne y Charles Tilney, todos católicos, por supuesto. Pertenece a una antigua familia católica y fue paje en la casa de Shrewsbury, donde sentía una profunda veneración por la reina de Escocia. Se marchó de allí hace seis años, vino a Londres, se casó, se unió a sociedades secretas católicas y realizó toda una serie de viajes a Francia para entrar en contacto con los grupos conspiradores. En el pasado ha actuado incluso en representación de la Reina, enviando y entregando cartas. Lo más importante, Phelippes, es que ella lo conoce y, sobre todo, confía en él. Si Babington la convenciera de las ventajas de esta conspiración...

—¿Creéis que picará el anzuelo de Ballard?

—Es muy probable. Es un auténtico agitador y hace seis meses promovió una insensata conjura para «matar de una vez a todos los consejeros en la Star Chamber».

[10] Sí, creo que morderá el anzuelo.

—Y entonces nosotros lo morderemos a él.

—Como los dientes de un cepo, Phelippes. —Walsingham se inclinó hacia delante y tomó otro trago de la medicina para aliviar los dolorosos retortijones. Era como si él tuviese dentro un cepo.

## XXII

—¡Rosas, rosas para todos! —Anthony Babington introdujo la mano en el cuenco de plata y extrajo una docena de rosas que empezó a repartir entre sus compañeros sentados en torno a la mesa. Tomó una rosa de color rojo oscuro y se la colocó detrás de la oreja, entre los oscuros bucles de su cabello—. Son de mi jardín, cortadas este anochecer. ¿Existe algo más embriagador que las rosas en junio?

En efecto, se sentía embriagado. Tal vez se debiera a la balsámica brisa que lo había envuelto y sosegado mientras se dirigía hacia la taberna con un cesto de rosas bajo el brazo, o a los íntimos rumores que oía alrededor de él en las calles de Londres, donde se derramaban todos los deseos y los secretos después del confinamiento invernal.

A lo mejor, la causa era la promesa de la gran aventura que lo esperaba y el importante servicio que iba a prestar. O, quizá, todo se debía a que estaban en el mes de junio y él tenía veinticinco años y era muy rico.

—Su aroma es extremadamente delicado —dijo Charles Tilney, cerrando los ojos para aspirar la fragancia.

—¿Tan delicado como el de los perfumados guantes de la Reina? —preguntó Babington.

—¿De quién habláis? —preguntó Tilney, que era uno de los cortesanos de Isabel—. ¿De nuestra legítima reina o de su usurpadora rival?

—¡Callad! —dijo Babington, y rió—. ¡Quizás haya espías por ahí! Por motivos de seguridad, la llamaremos «la UR». —Levantó en alto su copa de vino. Este, recién llegado de Francia, era de color rosado y sabía a sol y a suaves lluvias—. ¡Bebed todo cuanto os apetezca, tengo el gusto de invitaros! —añadió, pasando la botella.

—Los guantes de la UR tienen un perfume muy delicado. No soporta los olores fuertes. En cuanto a los de nuestra Reina, no lo sé —reconoció Tilney.

—¡Pues yo sí! Os aseguro que no hay criatura igual —dijo Babington—. Su propio aroma es como la fragancia de un sueño. —Exhaló un suspiro y cerró los ojos, recordando. Estaba rodeado de sus mejores amigos en Londres, unos hombres tan ansiosos como él de lanzarse a la gran aventura de rescatar a la reina cautiva. Y, más aún, de sentarla en el trono que se merecía—. Quiero enseñaros una cosa. ¡Ya está hecho! —anunció extrajo un retrato del interior de una bolsa de cuero y se apartó de la mesa para mostrarlo.

En él, todos los compañeros, con Babington en el centro, aparecían retratados con sus mejores galas. Y, por encima de ellos, con letra muy clara, campeaba la leyenda: «*Hi mihi sunt comites, quos ipsa pericula dicunt*», «Éstos son los compañeros que se declaran dispuestos a correr conmigo los mismos peligros».

—¿No os parece un retrato excelente? —preguntó Babington.

—Pues sí, pero... —Chidiok Tichborne señaló con la cabeza la nutrida concurrencia de la taberna—. ¿Os parece aconsejable exhibirlo en público?

—¿Qué mal puede haber en ello, hombre? ¡Aquí nadie sabe qué significa!

—Cantemos la *Canción del zapatero* —propuso Tilney—. Empiezo yo: ¡Nosotros los zapateros vivimos felices, din, don, dan!

—¡Libres de envidias y deslices, don, din, dan! —entonó el siguiente, Jerome Bellamy.

—¡Grande es nuestra dicha y pocos los dolores —añadió Robert Gage—, dan, dan, dan!

—¡Pero ganamos el dinero a montones, don, din, dan! —cantó John Travers.

—Contadme más detalles —murmuró Tichborne al amparo del coro de voces.

—En el camino de regreso a casa —respondió Babington—. Ah, ¿ahora me toca a mí? ¡Para nuestra alegría y nuestro deleite, dan, dan, dan, dan!

Aquella noche, cuando la taberna ya estaba casi vacía, Babington y sus compañeros bebieron una ronda final y salieron a la suave y seductora oscuridad de la calle. Todos se dispersaron en grupos de tres y de cuatro menos Chidiok, que vivía muy cerca de Babington y regresó con éste a su casa. Las calles no estaban desiertas, pues Londres nunca dormía y en noches tan cálidas como aquélla la gente se sentía atraída por la oscuridad como las mariposas nocturnas por las trémulas llamas de las velas. Ambos hombres caminaban con paso decidido para no responder a los comentarios que se hacían a su paso, con las bolsas del dinero colgadas del cuello o guardadas en el interior de la camisa. Sin embargo, grande era la tentación de detenerse para saborear la deliciosa sensación de la noche.

Bajaron por Bishopsgate Street, cruzaron el cementerio de una parroquia y pasaron por delante del hospital para «personas perturbadas» de Santa María de Belén.

—A veces pienso que deberían encerrarme aquí —comentó Babington, contemplando el muro de ladrillo que rodeaba el edificio.

—¿Por qué? ¿Acaso os habéis sorbido el seso? —preguntó Chidiok—. Es cierto que en ocasiones decís disparates. Desde que os conozco, siempre os he visto nervioso, ¡pero no carente de lógica!

—No sé... —respondió Babington, hablando completamente en serio—. A veces los pensamientos me persiguen, se apoderan de mí y no sé con exactitud de dónde vienen. Entonces digo, «¡Apártate de mí, Satanás!» —añadió, soltando una leve carcajada.

—Satanás... Ahora parecéis un puritano. Se pasan la vida hablando de él.

Habían dejado atrás el muro de ladrillo que rodeaba el hospital y se encontraban delante de una posada llamada del Delfín. Casi todos los clientes se habían ido a dormir pero aún se oía un poco de ruido procedente de la taberna aneja.

—Soy muy consciente de su presencia —aseveró Babington—. Cuentan que es



capaz de adoptar formas muy placenteras. A veces oigo su voz... —interrumpió la frase al ver que Chidiock lo miraba fijamente—. En mi imaginación, quiero decir.

Pasaron por delante de un caño de agua, donde, a pesar de la hora, había gente que llenaba sus cubos. El juguetón rumor del agua invitaba a acercarse, por lo que ambos hombres se detuvieron y, tras mojarse las palmas de las manos, se frotaron la cara y dejaron que el agua les resbalara hacia el cuello.

—¿Creéis que esta empresa es... obra suya? —preguntó Chidiock—. He de reconocer que mis sentimientos son un poco confusos.

Ambos reanudaron la marcha en silencio y pasaron por delante de varias posadas y casas de mercaderes hasta que, al final, llegaron a la hermosa residencia de Babington, con su jardín y su bolera. De repente, oyeron a su espalda unas pisadas que sonaban como un eco de las suyas, pues se detenían y apretaban el paso a la par que ellos, pero cuando se volvieron, no vieron a nadie.

Babington ordenó que se abrieran las puertas de su casa y ambos entraron.

—¡Vamos al jardín! —dijo Babington.

Desde algún lugar, se oyó un reloj que daba las dos.

—Es muy tarde —señaló Chidiock.

—¿Os parece tarde? —le preguntó Babington. Por alguna extraña razón, aquella noche el tiempo parecía burlarse de ellos—. ¡Venid! ¡Podéis quedaros a dormir aquí!

Babington echó a correr entre risas hacia las oscuras siluetas de los cipreses y bajó por los peldaños de mármol que descendían al intrincado jardín. Al fondo, el agua que surgía de una fuente semejaba un manantial de montaña. Babington empezó a correr en círculo y a saltar con los brazos extendidos. Chidiock lo siguió, contemplando las silenciosas estatuas de mármol de los dioses griegos que, desde sus pequeñas hornacinas de tejos observaban las bufonadas de los dos jóvenes. La luna los bañaba con su benévola luz.

Chidiock asió el brazo de Babington.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué lo hacéis? Contemplad lo que tenéis. —Señaló con un gesto de la mano la alameda del jardín que conducía a la espléndida mansión—. Sois joven, rico, tenéis una esposa encantadora. ¿Por qué no os contentáis con esto? ¿Por qué lo apostáis en este arriesgado juego? No creo que seáis tan religioso. Si lo fuerais, os habríais ordenado sacerdote. Os gusta demasiado la vida. ¿Por qué la malgastáis?

—No la malgastaré. Escribís demasiada poesía. Siempre pensáis en la pérdida y el dolor. Aquel poema vuestro en el que habláis de morir joven...

—¿Mi elegía? —dijo Chidiock—. «Gasté mi juventud y, sin embargo, no soy viejo, vi el mundo pero el mundo no me vio; me han cortado el hilo que todavía no está hilado, vivo y mi vida terminó.»

—Qué cosa tan tétrica —opinó Babington.

—Deberíais pensar en ello. ¿Por qué lo hacéis? ¿Es por ella? ¿O acaso por él?

—Por ella, claro. Sabéis que siempre la he amado. —Babington contuvo la respiración y esperó. Todo estaba en silencio—. Justo ayer recibí una carta suya. Me pregunta cómo estoy y cosas por el estilo. Pero también he hablado con Ballard, el cura. Está preparado para llevar a cabo la acción...; liquidar a la usurpadora. Él y otros seis. Supongo que vos querréis ser uno de ellos. Podéis acercaros a su persona.

—¿Uno de ellos? —preguntó Chidioc con un trémulo hilillo de voz.

—Le revelaré a ella nuestro plan. Sin su bendición, no sería posible hacer nada, ¡pero con su bendición es imposible que fracase!

—¡Os lo suplico, no lo pongáis por escrito! —imploró Chidioc—. En cuanto a lo de su bendición... no sé qué deciros, parece que todo lo que ella toca fracasa. ¡Se diría que ella y él son una sola persona!

—¡Buscáis pretextos para vuestra cobardía! ¡Ya encontraré a otro que ocupe vuestro lugar!

—No, iré yo, pero... —Chidioc hizo una pausa—. Tened cuidado, os lo ruego.

Solo en su estudio de lujoso mobiliario con un escritorio de marquetería italiano, sillas de ébano, candelabros de oro y un busto de mármol del emperador Marco Aurelio, Anthony Babington se sentó a escribir a su soberana. Encima del escritorio una imagen de marfil de la Virgen miraba con expresión suplicante a Marco Aurelio. El abuelo de Anthony apreciaba mucho aquella antigua imagen que, según una leyenda, se había labrado en acción de gracias tras haberse salvado la familia de la peste negra.

Pero ahora otra peste negra se extendía por el país, pensó Babington. La peste negra de la herejía, de la perdición del alma... Sacudió la cabeza para despejársela. Estaba cansado; el vino y las horas en vela empezaban a obrar efecto. No obstante, debía escribir la carta en aquel momento en que disfrutaba de intimidad y silencio absoluto.

Encendió la vela de su escritorio y, por un instante, contempló la belleza del rostro de la Virgen, realizada por la luz. Una belleza pisoteada y profanada en aquellos días... Jesucristo y su Bienaventurada Madre debían de estar muy afligidos.

«Sí, es por esto por lo que lo hago. Por ello debe hacerse.»

Extendió el papel de excelente calidad y empezó a escribir su carta a María, reina de Escocia, injustamente encarcelada y verdadera reina de Inglaterra.

Expuso los planes que Ballard y Savage le habían descrito. Se produciría una invasión desde el extranjero gracias al rey de España con un número de soldados suficiente para garantizar el éxito de la empresa. A ellos se unirían los leales católicos de todo el país, y juntos integrarían un poderoso ejército. Habría que capturar y asesinar a Isabel pues, de lo contrario, de nada serviría todo lo demás.

Oh, poderosa y virtuosa Reina,

Saludo a aquella a la que, como vos sabéis, siempre he sido leal. Es deseo mío y de mis amigos, con riesgo de nuestra vida y nuestra fortuna, liberaros de vuestro encierro y eliminar a la usurpadora. Esperamos vuestra aprobación; en cuanto la recibamos, entraremos en acción dispuestos a triunfar o morir en el intento. Suplico con humildad vuestra autorización para actuar en vuestro regio nombre y os ruego que dirijáis nuestro proceder.

Para eliminar a la usurpadora, a quien no debemos obediencia desde su excomunión, contamos con seis nobles caballeros, todos ellos amigos míos, que en su celosa defensa de la causa católica y para servir a Vuestra Majestad, llevarán a cabo la trágica ejecución. Se da por sentado que, por sus merecimientos y por la generosidad de Vuestra Majestad, su heroica acción será recompensada en debida forma en sus personas, si salen con vida, o en las de sus herederos. Pido la autorización de Vuestra Majestad para garantizarles esta promesa.

Sí, esperaba que ella estuviera de acuerdo, pues se trataba en efecto de una solemne y arriesgada empresa.

Yo mismo, al frente de diez caballeros, os rescataré de vuestra prisión. Formaremos parte de una fuerza mucho más numerosa de por lo menos cien hombres que aplastarán de inmediato la guarnición que os tiene presa y se os llevarán lejos.

Oh, mi muy apreciada Soberana y Señora, apenas resisto el paso de los días que faltan para que, cara a cara, me reúna con vos y os devuelva la libertad.

Anthony suspiró. Era cierto. Todos los instantes entre el ahora y el momento de la acción le parecían inútiles, insensatos y despreciables.

En el exterior empezaba a clarear. Las noches de junio eran muy cortas. Oía los rumores levemente diferentes que distinguían las primeras horas de la mañana de las silenciosas y muertas horas de la noche. Se percibía una especie de ajeteo y aceleración.

Tres casas más abajo se encontraba la residencia del embajador de Federico II de Dinamarca. Al recordarlo, una sombra de tristeza empañó su alegría. Bothwell. «Parece que todo lo que ella toca fracasa.» O muere.

«Pero todo muere —pensó Anthony—. Morir por una noble causa supone un privilegio. La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia. Sin embargo, quizá convendría que tomara la precaución de procurarme un pasaporte que me permita abandonar Inglaterra. Si fallara la conspiración, sería sin duda más noble huir a un lugar seguro que dejarme capturar como un conejo en una trampa. Cuando falla la conspiración, resulta absurdo morir por ella.»

## XXIII

Walsingham se dirigía despacio a su despacho principal, en el que quien quisiera podía entrar desde la calle y pedir un pasaporte, una licencia de importación o cualquier otra cosa relacionada con los miles de actividades legales que desarrollaban los leales súbditos de Isabel. En aquel despacho, no lejos de su casa, contaba con tres auxiliares que trabajaban sin cesar. Toda una estancia estaba dedicada a guardar los archivos de aquellas transacciones; y, como todo lo que hacía Walsingham, los documentos estaban ordenados de manera pulcra y metódica. Walsingham se enorgullecía de que así fuera, pues ni siquiera el Parlamento contaba con un lugar permanente donde conservar sus archivos, pensaba él cuando veía a los secretarios de aquél ir de un lado para otro con los libros bajo el brazo, buscando un lugar donde guardarlos.

En ese momento, mientras cruzaba las calles de Londres en plena canícula, rezó para que no se produjera un brote de peste, tal como solía ocurrir en aquella época del año. No convenía que hubiera interrupciones ahora que estaban tan cerca de alcanzar el éxito. Todos los ingredientes empezaban a espesarse como un budín cocido al horno. Un poco más y...

En torno a él, la basura acumulada en el arroyo desprendía fétidos miasmas. El cálido sol de julio hacía que la pestilencia de la podredumbre y la corrupción impregnara el aire; no era de extrañar que la corte abandonara Londres en verano. Las ratas muertas y los despojos de las reses sacrificadas brillaban con iridiscentes destellos cubiertos de moscas. Desvió la mirada y apretó el paso, esquivando un carro que avanzaba lentamente aplastando con sus ruedas de madera la pestilente basura. Suspiró aliviado al llegar a su despacho, una isla de limpieza y orden. Sus tres auxiliares sentados ante sus escritorios levantaron respetuosos la vista. Él los saludó con una inclinación de la cabeza y se retiró a su despacho interior.

Estaba revisando un reciente acuerdo con los exportadores de Burdeos acerca del máximo tonelaje cuando llamaron a la puerta y ésta se abrió con cierto titubeo.

—¿Sí? —dijo Walsingham, molesto por la interrupción.

Pero su desagrado se disipó al ver de quién se trataba. Procuró mantener un semblante inexpresivo.

—Buenos días, señor, soy Anthony Babington.

Un rostro esculpido con suavidad, enmarcado por oscuros bucles y tocado con un elegante sombrero lo miraba seriamente.

—¿Sí? —repitió Walsingham—. ¿En qué puedo servirlos?

—Es posible que me vea en la necesidad de viajar al extranjero en un futuro próximo, señor, y vengo a pedir un pasaporte por adelantado. Vuestros ayudantes han

insistido en que os hiciera la petición directamente a vos.

—¿Y esta vaga necesidad futura... ¿a qué obedece? Os ruego que os sentéis —lo invitó Walsingham, señalando su sillón más cómodo.

—Tengo negocios en Francia, señor, concretamente en París.

—¿Qué clase de negocios?

—Me avergüenza un poco confesarlo, señor. —Babington ladeó la cabeza de un modo encantador y miró por debajo de sus bucles. Sus ojos eran tan azules como los cielos del Egeo—. El caso es que a menudo visito la corte y el vestido es muy importante para mí. También me gusta llevarle a Su Majestad las más recientes noticias sobre la moda y pequeños artículos que son de su agrado.

—¿Como qué?

—Pues guantes, perfumes, libros de poesía encuadernados en cuero.

—¿Y hacéis la travesía a Francia sólo para comprar esas cosas? ¿A esto se dedica en la actualidad la juventud de Inglaterra? Decidme, ¿por qué no os vais a los Países Bajos a luchar con los de vuestra generación? Allí están sir Philip Sidney, Christopher Marlowe, el joven Essex... ¿No os parece una actividad más noble que permanecer en la corte o viajar a Francia para adquirir fruslerías femeninas? —Walsingham se sorprendió de su actitud airada—. No sois más que un perrito faldero como los que la reina de Escocia tiene bajo sus faldas.

Babington se encogió de hombros y mirando a Walsingham a los ojos, dijo:

—No todos los hombres están dotados para ser soldados en el campo de batalla. Podemos combatir en otros terrenos. Vos, señor, sois sin duda el mejor ejemplo de ello.

—Os exhorto a meditar acerca de mis palabras —repuso Walsingham. «Pero en este duelo, estoy deseando que las desoigáis, como os sentís obligado a hacer, necio y orgulloso jovenzuelo», pensó.

—Señor, os reitero mi petición de un pasaporte.

—¿Para cuándo?

—Pues... —Babington miró con aire distraído a su alrededor— para lo que queda del verano y el otoño.

—Por el momento, no me es posible acceder a vuestra petición —dijo Walsingham—. Presentadla de nuevo dentro de dos o tres semanas al secretario Robert Poley.

Babington se encogió de hombros.

—Creo que convendría que lo reconsiderarais. Quizá yo pudiese ayudaros.

—¿De qué manera?

—Tal como vos habéis dicho, hay otros campos de batalla. Podría espiar para vos.

—¿Cómo?

—Como mejor os parezca. Soy católico, y allí me aceptan muy bien...

Ante aquellas palabras Walsingham se mostró sorprendido, algo que hacía al menos diez años no le ocurría.

—Tengo acceso a Morgan en la Bastilla y a Paget y Beaton en la embajada de la reina de Escocia en París —prosiguió Babington—. Y Mendoza...

—Ya tengo agentes allí. ¿Qué haríais vos que ellos no fuesen capaces de hacer? Babington lo miró desconcertado.

—¡Pensé que mi ofrecimiento os alegraría!

—Vamos, vamos. No todos los espías son iguales. Los torpes causan más daño que la ausencia de espías pues delatan su presencia. Estudiaré vuestro ofrecimiento, pero habréis de escribirme un plan muy detallado del modo en que pensáis realizar vuestra tarea. «Muchos son los llamados pero pocos los elegidos.» ¿No pensaréis que los cincuenta y tres agentes que tengo repartidos por todo el mundo alcanzaron su posición y se ganaron mi confianza entrando aquí directamente desde la calle? —preguntó Walsingham, soltando una risita.

—Muy bien. —Babington se levantó y acercó la mano a la espada—. ¡Ya lo veréis!

Cuando Anthony se marchó, Walsingham estaba tan aturdido que ni siquiera le fue posible concentrarse en el informe sobre el tonelaje.

«No, amigo mío —pensó—. Tú serás quien lo verá.»

Hacia el mediodía, el calor se intensificó y el silencio se apoderó de las calles de la ciudad. Finalmente, Walsingham se levantó y se despidió de sus secretarios para dirigirse a su otro despacho. Estos cerraron la oficina y se fueron a almorzar a la Liebre Blanca, situada tres puertas más abajo. Walsingham se encaminó directo a su destino, situado a unos diez minutos a pie.

Mientras andaba sorteando la basura con una caja de perfumes en la mano para proteger sus pulmones de los repulsivos olores, pensó en la extraña visita. ¿Por qué habría acudido a verlo Babington? ¿Le remordía la conciencia y estaba dispuesto a confesar? ¿O acaso intuía que su conspiración había sido descubierta y había querido ponerlo a prueba?

«¿He sido el observador o el observado? —se preguntó—. ¿O acaso se ha amilanado y está dispuesto a traicionar a sus compañeros de conspiración? ¿Tan voluble es? En tal caso, debemos actuar con rapidez antes de que todo se venga abajo. Debe de querer el pasaporte para huir.

«Los ojos..., qué ojos tan extraños..., con aquel aspecto tan inocente... y engañoso...»

Walsingham sacudió la cabeza. «Si mi fe no me impidiera abrazar por entero la filosofía de Maquiavelo, todo resultaría mucho más fácil —pensó—. Falsificaría pruebas sin tener que realizar todo este esfuerzo ni intentar averiguar los motivos de Babington.» Exhalando un suspiro, introdujo la llave en la cerradura y entró en sus silenciosos y oscuros aposentos. Una vez dentro, examinó con cuidado la fina capa de arena de Alejandría que había espolvoreado alrededor de la puerta para detectar

huellas. No había ninguna. A continuación, se dirigió a la siguiente puerta e inspeccionó el pelo de cola de caballo que había tendido entre la puerta y la jamba; estaba intacto. Nadie había entrado.

A continuación, examinó la tercera y última puerta, inclinándose para comprobar si había huellas de dedos en el tirador cubierto con una ligera capa de goma arábica. Ninguna. Eliminó la goma con un pañuelo y entró en su refugio interior.

Todo estaba allí, esperándolo, y no había en la estancia un solo objeto que no reflejara de alguna manera su personalidad. Se sentía más completamente él mismo en aquel lugar que en ningún otro, pero, al mismo tiempo, a veces se sentía prisionero, como si todos aquellos cajones y su contenido fueran sus amos y no al revés, como si hubiera en algún lugar un gran cajón etiquetado con su nombre. Y era allí, dentro de aquellos oscuros y siniestros confines, donde trabajaba.

Abrió los postigos de las ventanas para que entrara un poco de luz y se sentó ante su escritorio.

«Debo de tener callos en las nalgas —pensó—. Si un joven entrara y me preguntase cuál es la cualidad más importante para desarrollar esta clase de actividad, le contestaría que un trasero ancho y plano acostumbrado a la inmovilidad.

»Babington... Su visita me ha inquietado; pero ¿por qué? Me niego a que el juego pase de mis manos a las suyas...»

Alguien llamó a la puerta.

—Pasad —dijo Walsingham.

Phelippes asomó la cabeza sonriendo como una calavera. Entró sosteniendo en la mano un trozo de papel semejante a un pañuelo. Walsingham no pudo por menos de pensar que su agente parecía una mala imitación de una mujer coqueta.

—Hela aquí —anunció Phelippes, depositando el papel encima del escritorio de Walsingham.

Walsingham tomó la carta y la leyó. Mientras lo hacía, su cansancio se desvaneció y las molestas preguntas que se formulaba acerca del valor de su trabajo se esfumaron como por ensalmo. Era una larga carta de Babington a la reina de Escocia en la que aquél explicaba con lujo de detalles los planes para liberarla y asesinar a Isabel. ¡Babington! Walsingham contuvo la respiración y cerró los ojos.

—Sí; hela aquí.

—Éste es el original —dijo Phelippes, entregárselo con profundo respeto—. Yo mismo la llevaré a Chartley; no quiero confiársela a ningún otro mensajero. El Hombre Honrado debe entregar el próximo pedido de cerveza el sábado que viene, 9 de julio. ¡Y esa misma noche ella tendrá esta carta en sus manos!

—¡Ojalá conteste!

—Lo hará, no temáis. La imprudencia constituye el principal rasgo de su personalidad. ¿Cuándo ha dudado en participar en una empresa peligrosa? Su

comportamiento inicial con Isabel fue audaz e insolente: zarpar de Francia sin pasaporte y desafiarla a que la apresara. Pronunció un emotivo discurso preparado acerca de esta posibilidad antes de subir al barco. ¿Recordáis sus palabras? «Estoy resuelta a correr el riesgo, con independencia del resultado; confío en que los vientos sean favorables y no me obliguen a acercarme a la costa de Inglaterra; de lo contrario, caeré en manos de la Reina, vuestra señora, que podrá hacer conmigo lo que quiera. Si tiene el corazón tan duro como para desear mi final, quizá se complazca en sacrificarme; quizás esta desgracia sea para mí mejor que vivir.» Pues bien, los vientos la empujaron a Inglaterra y ahora ocurrirá lo que ella con tanta arrogancia dijo hace veinticinco años. Deberíamos ser muy cautos con nuestras palabras, pues éstas suelen perseguirnos.

—Ella nunca ha sido cauta con sus palabras —señaló Walsingham—. Esta es una de las constantes con las que podemos contar. —Contempló la carta casi con temor reverente—. Durante veinticinco años ha eludido su destino. Ahora éste la alcanzará. Entregad la carta de inmediato. Por cierto, Phelippes...

Walsingham iba a comentarle la visita de Babington, pero algo lo indujo a pensarlo mejor.

—Decidme, señor.

—Nada.

Walsingham contempló durante largo rato la carta.

—Esperemos que ponga todo su corazón en la respuesta.



## XXIV

María había extraído la miniatura de Jacobo, como si, por arte de magia, el niño de la pintura fuese a suplicarle al hombre adulto de la carta. ¿Era posible que ambos fueran la misma persona? Jacobo acababa de cumplir veinte años; veinte años desde que ella lo diera a luz aquel día de junio en el castillo de Edimburgo. Estaban presentes Darnley, Bothwell, Maitland... Todos aquellos nombres constituían una triste lista. Todos muertos, muertos porque... ¿por qué?

«Sólo quedo yo en el escenario —pensó—. Yo e Isabel. Jacobo ya es adulto y se ha convertido en un extraño. La presencia que yo les dije a los asesinos de Rizzio que me vengaría me ha abandonado y traicionado como todas las demás.»

Dos días antes, el 6 de julio, Jacobo e Isabel habían firmado el llamado Tratado de Berwick, por el que ambos se convertían en aliados permanentes y se comprometían a prestarse ayuda y protección mutuas.

A Jacobo se le había otorgado una pensión, que equivalía a una recompensa. En el tratado no se mencionaba en absoluto a María. Por lo que a los dos soberanos respectaba, ella no existía. No era necesario tenerla en cuenta en ninguna de sus negociaciones o promesas.

«Para ellos soy una mujer muerta —se dijo—. He desaparecido de escena con tanta certeza como Darnley y Maitland. En otros tiempos, habrían tenido que llegar a difíciles compromisos con los franceses y habría sido necesario ofrecer garantías de esto y de aquello. Ahora, nada. Isabel negocia de un modo directo con Jacobo, y Jacobo negocia de un modo directo con Isabel sin temer represalias.»

Tomó la miniatura del niño y la miró fijamente casi como si deseara verla cobrar vida. Pero los inexpresivos ojos azules le devolvieron la mirada sin pestañear.

«Mi hijo, mi hijo —pensó—. Mi propio hijo abandona mi causa y se vende a mi enemigo. Quiere gobernar como rey; si yo soy la reina de Escocia, está claro que él no puede ser rey. Como un auténtico Estuardo, cree en su absoluto derecho divino a gobernar. Y yo soy un obstáculo.»

Pero, por encima de todo, no podía evitar el dolor que le producía que el último miembro de su familia había desaparecido, el único que debería haber permanecido a su lado cuando todos los demás habían huido, la habían abandonado o habían muerto. Un hijo tenía que ser la mano que vengara la causa de su madre, su refugio en su vejez, su consuelo de las injusticias sufridas y los dolores padecidos. Era la más querida posesión y la mejor obra de una madre.

«Con esto, mi catálogo de pérdidas se completó —pensó—. Perdí a mi padre, a mi madre, a mis tres esposos, el Reino, la salud... y ahora pierdo a mi único hijo.»

Dirigió la mirada hacia el reclinatorio y el antiguo crucifijo que colgaba por encima

de él. Paulet le había permitido conservarlo por orden expresa de Isabel.

«Debería arrodillarme a rezar —se dijo—. Debería encomendar todas mis ansias a Dios y dejar que Él me consuele, tal como ha prometido hacer. ¡Pero no quiero! ¡Dios no sabe lo que siento! Quizás haya creado el Universo, pero jamás ha sido madre.»

Aquella tarde, mientras paseaba renqueando por los jardines donde gustaba de sentarse a empaparse del sol de julio —como un viejo gato achacoso, pensó—, había visto a Paulet en compañía de un desconocido. El hombre tenía una grasienta cabellera amarilla y caminaba inclinado hacia un lado. María se sentó en un banco de mármol y extrajo su labor; estaba trabajando en un bordado que representaba unas tórtolas. Los hombres se aproximaban y el desconocido parecía mirarla. Aunque se abstuvo de señalarla con el dedo, ella vio que forzaba la vista. A pesar de la distancia, María vio su rostro horriblemente desfigurado por las picaduras de viruela y se compadeció de él. No había manera de disimular aquel defecto, que era el rasgo más destacado de su aspecto.

Él y Paulet parecían enzarzados en una animada conversación y volvían la cabeza una y otra vez hacia donde ella se encontraba. Confiaba en que no se le acercaran; aquel día no habría soportado los sarcásticos comentarios de Paulet. Agachó la cabeza con la esperanza de que se marcharan. Cuando levantó la vista, ya no estaban.

Las sombras empezaron a extenderse desde debajo de los arbustos como unos tímidos animales a los que hubiera que obligar a salir. De pronto empezó a soplar una cálida brisa. El buen tiempo había beneficiado sus reumáticas articulaciones; su médico Bourgoing le había prescrito tomar el sol lo más posible y estaba muy satisfecho de los resultados. Ahora doblaba con facilidad las rodillas y los codos, y sólo le dolían los dedos.

—Muy pronto cabalgaréis —le había dicho el médico.

—Siempre y cuando me lo permitan —había contestado ella—. Tal y como están las cosas, poco me importa.

—La situación podría cambiar en cualquier momento —había replicado Bourgoing arqueando una ceja.

Su entusiasmo la conmovió, a pesar de lo descaminado que iba.

—¡Ah, amigo mío —le había respondido ella sonriendo—, gracias a Dios que todavía conserváis la esperanza!

En medio de las sombras del crepúsculo María abrió la ventanita del pequeño gabinete que le servía de oratorio para que entrara el aire estival. Se apoyó en el

alféizar y aspiró una bocanada de aire. Los rumores nocturnos empezaban a extenderse por toda la campiña y alrededor de la casa. En el estanque del prado croaban las ranas y una vieja rana toro croaba con su insistente voz de bajo por encima de otras voces más altas. Le habían dicho que en el estanque había unos blancos y céreos lirios pero a ella jamás le habían permitido acercarse, aunque hubiera podido. A lo mejor, si le hubieran dado permiso, habría sido capaz de ir, pensó. ¿Qué había venido antes, el encierro o la lisiadura? «Creo que esta noche podría hacerlo. Si alguien me acompañara, aparte de los fantasmas. El fantasma de Bothwell en los campos... Si yo pensara que tú estarías allí, mi dulce amor —susurró—, me reuniría contigo a pesar de mi estado.»

No estaba muy segura de cuáles eran sus creencias acerca de los fantasmas.

A veces sentía la presencia de Bothwell con tanta certeza como si lo contemplase en carne y hueso; otras veces se alegraba de que él no la viera en su estado. Sin embargo ambas cosas no eran posibles al mismo tiempo; o él la veía como estaba o no veía nada en absoluto. Ansiaba cada vez más que llegara el momento de reunirse con él; allí no estaría lisiada ni abatida sino alegre y radiante e inundada de felicidad. La visión se había desarrollado de manera gradual hasta volverse por lo menos tan real como los campos que susurraban delante de ella y se extendían en torno a su prisión.

La gente empezaba a encender y a colgar las linternas en las paredes, y entre los gigantescos árboles María distinguió las veloces sombras de los murciélagos que surcaban el aire. Su rápido e irregular vuelo era del todo distinto al de cualquier pájaro. Los había oído susurrar en las grandes torres redondas del viejo castillo donde de día dormían impregnando el aire con su curioso olor.

Más tarde saldría la luna y se reflejaría en el estanque, y los ruiseñores iniciarían sus cantos. Tomó la decisión de regresar más tarde para asomarse a la ventana.

En determinado momento, en medio del silencio de la noche cerrada, despertó y se acercó a la ventana. La pálida media luna había salido perezosamente y comenzaba a mostrarse por encima de las copas de los árboles.

«Incluso la luna envejece —pensó—. Incluso la luna.

—Mi dulce Señora —murmuró una voz junto a su oído.

María despertó y vio a Jane Kennedy inclinada sobre ella en donde se había quedado dormida, con un brazo asomando por la ventana. En el lugar que antes ocupaba la luna, un vigoroso y radiante sol despuntaba en el horizonte con sus brumosos rayos dorados.

—Rezáis demasiado —añadió Jane, contemplando con expresión de reproche el

pequeño altar con su crucifijo.

—No, no lo suficiente —repuso María.

—¿Después del desayuno pasearéis conmigo por los jardines? —preguntó Jane.

—De mil amores —contestó María.

A media mañana, vestidas con atuendos ligeros, ambas salieron a dar un paseo por los jardines. Esta vez no había ni rastro de Paulet ni del feo desconocido con el rostro picado de viruelas. Jane llevaba sus plumas, tintas y papeles; últimamente se distraía dibujando flores y pájaros. María tomó su diario encuadernado en el que, a lo largo de los años, había anotado de manera intermitente sus pensamientos y compuesto versos. En ocasiones, se pasaba varios meses sin acordarse de él y, de pronto, experimentaba la necesidad de escribir, como aquel día, por ejemplo. Ambas habían suscrito un pacto de silencio: Jane jamás debía preguntarle qué escribía ni interrumpirla.

Los jardines de Chartley se habían proyectado de acuerdo con la nueva moda: largos y rectos canales de agua, dioses paganos que presidían alamedas de plantas de hoja perenne, fuentes de mármol y surtidores. En un extremo había un pabellón de recreo de dos pisos y, en el centro, un monte Olimpo artificial al que se accedía por medio de unas gradas, con una estatua de Zeus en la cumbre. Los jardines los había diseñado el joven Roberto Devereaux, conde de Essex, que, según todos los informes, era el espejo y la encarnación de la moda.

«Qué curioso —pensó María—, vivir en la casa de un desconocido en ausencia de éste»; era una situación parecida a la de Psique, que habitaba en la misteriosa casa de su esposo invisible. El joven conde de Essex tenía apenas veinticinco años y todo el mundo hablaba de él en términos elogiosos. «Es joven y parece muy prometedor... Pero cuando yo contaba veinticinco años mi reinado había terminado, ya no había más oportunidades para mí y nadie dijo, “Aún es joven...”. No, a mí me juzgaron y me declararon culpable; habiendo accedido al trono antes de los veinte años, me arrancaron de él a una edad más temprana que la que tenía la “prudente virgen” Isabel cuando subió al suyo. ¡Ojalá me hubiesen permitido empezar a gobernar a los veinticinco años en lugar de obligarme a terminar!»

Contempló los polvorientos, adormilados y pulcros setos del jardín cuyos bordes floridos semejaban los ribetes de un uniforme. El atuendo de Essex. «En fin, muchacho mío, que te vaya bien —pensó—. Demora tu entrada en el mundo de la corte todo lo posible. Sin embargo la juventud nunca espera, pues de lo contrario no sería la juventud.»

La suave brisa llevaba consigo el dulce perfume de la hierba recién segada de los campos. Dos mariposas blancas se perseguían sin cesar describiendo curvas en el aire. Arriba, desteñidos por el cielo, los restos de la luna aparecían tan pálidos que apenas

se distinguían.

En un curioso destello de inspiración, María comprendió que ella era la luna e Isabel era el sol. «Mi espectro iluminado por la luna desaparece bajo el resplandor de la luz diurna de Isabel. Yo me desvanezco en el fulgor de su cielo.»

—¿Nos sentamos aquí? —preguntó Jane, señalando un banco a la sombra de un ciprés.

Medio aturdida, María asintió con la cabeza y la siguió. Las ramas del árbol ocultaron la visión de la luna diurna.

Tarareando para sí, Jane extrajo sus plumas y empezó a dibujar una de las urracas que graznaban en un seto. María sacó también su libro y contempló la página en blanco. Después se puso a escribir muy despacio.

*¿é soy yo, qué objeto tiene mi existencia?  
la soy, sólo un cadáver sin corazón,  
sombra inútil, la víctima de una triste contienda,  
que vive pero quisiera huir de esta desesperación.  
Mis enemigos envidia no sienten de mí,  
mi espíritu ya no ambiciona honores.  
El dolor me consume en un tormento sin fin,  
porque vuestro odio cumplidas verá sus aspiraciones.  
Yo y vosotros mis amigos que tanto me habéis amado,  
tristeza que, tras la pérdida de la salud y la fortuna,  
no puedo aspirar en este mundo a nada que os sea grato,  
porque la bienvenida a mi última desventura.  
Esperad para que cuando la aflicción ponga fin a mi historia  
alcanzéis la celeste gloria.*

Esperó en vano a que se le ocurrieran más palabras.

Cuando levantó la vista advirtió que Jane la miraba con expresión apenada.

—Mi estimada Reina, parecéis la diosa de la tristeza —le dijo Jane—. No es bueno estar triste en un día tan espléndido y soleado.

Un día espléndido y soleado... Es justo por esto por lo que estoy triste, amiga mía.

María esbozó una leve sonrisa.

—Ya es casi la hora del almuerzo —observó Jane—. Vamos, debemos regresar. —Dirigiéndose a las urracas, añadió—: Vosotras tendréis que esperar un poco a que termine vuestro retrato.

En el patio de Chartley reinaba un gran ajeteo. María tardó un momento en

recordar que era sábado, el día en que llegaba el cervecero.

Por regla general aquel hecho la llenaba de emoción, pero ese día no le importó. ¿Qué más daba las cartas que llevara? ¿Qué más daba lo que ocurriera en Francia, España o Escocia? Malgastaría el resto de su vida durmiendo encerrada en aquel lugar como los murciélagos en la torre. Ya nada importaba. Ni siquiera le había pedido a Nau que bajara a la bodega. En cierto modo, ya estaba harta de las tentadoras cartas y los mensajes secretos. Eran como juegos de niños que los mayores barrían cada noche, algo para mantener ocupada a la prisionera.

Después del almuerzo, en la hora más calurosa de la jornada, las damas se tendían a descansar. María ya estaba cansada y el calor le producía sueño. Cuando Nau la rozó con suavidad, dormía profundamente y se despertó sobresaltada.

—Chsss —dijo Nau señalando con un gesto alrededor. Todas las mujeres estaban durmiendo—. Majestad, ya ha llegado vuestra llamada a la libertad —musitó—. Levantaos y leedla.

Demasiado tarde. Ya era demasiado tarde. María cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Acabo de descifrar la carta. ¡Os ruego que la leáis enseguida! De lo contrario no podremos contestarla hasta la semana que viene —dijo Nau con voz trémula y emocionada.

Procurando no hacer ruido, María se levantó de su lecho, cruzó la estancia de puntillas y salió a la sala de audiencias. Sólo entonces se acomodó en el asiento de una ventana y desplegó la carta recién escrita en lenguaje normal por Nau.

Era de Anthony Babington. Su apreciado Anthony. ¡Cuánto le agradecía que le escribiese! Se quedó boquiabierta al leerla. ¡Una invasión española! Un pequeño ejército inglés bajo el mando de Babington la rescataría, y, al mismo tiempo, un reducido grupo de seis cortesanos de quienes nadie sospechaba asesinarían a Isabel.

... que, en su celosa defensa de la causa católica y para servir a Vuestra Majestad, llevarán a cabo la trágica ejecución. Se da por sentado que, por sus merecimientos y por la generosidad de Vuestra Majestad, su heroica acción será recompensada en debida forma en sus personas, si salen con vida, o en las de sus herederos. Pido la autorización de Vuestra Majestad para garantizarles esta promesa.

María sintió que una oleada de temor y de frío pánico le recorría el cuerpo. ¿Qué quería Babington de ella? Leyó de nuevo la carta y esta vez reparó en un párrafo que decía:

Esperamos vuestra aprobación; en cuanto la recibamos, entraremos en acción dispuestos a triunfar o morir en el intento. Suplico con humildad vuestra autorización para actuar en vuestro regio nombre y os ruego que dirijáis nuestro proceder.

¡Querían que ella fuera su general! Pero ¿cómo iba a serlo? Se volvió hacia Nau

con expresión perpleja.

—¿No es lo que esperábamos? —preguntó Nau en un susurro.

—Sí..., no... ¡No lo sé!

María estaba al borde del llanto.

—¿Qué le contestaremos?

—Que... pronto les daremos una respuesta más larga pero que, de momento, me limite a acusar recibo de sus planes —contestó María, sujetándose la cabeza con las manos como si quisiera exprimirla para extraer un poco de prudencia que le permitiera hallar una respuesta acertada.

Nau hizo una reverencia y regresó al cuarto de escritura para completar la tarea antes de que el cervecero se marchase. Un solo párrafo exigía una hora, pues había que codificarlo todo.

María ya no tenía sueño y temblaba de pies a cabeza. ¿Qué iba a hacer? Con anterioridad, siempre había tenido por norma no implicarse en aquellas conspiraciones ni autorizar jamás a nadie a que actuara en su nombre. Y esto era justo lo que la había salvado. Tanto en la Rebelión del Norte como en las conspiraciones de Ridolfi y de Throckmorton había mantenido comunicación con los conspiradores, pero nunca había desempeñado el papel de comandante. Isabel lo sabía y se lo agradecía, aunque nadie más lo hiciera. Pero esta vez era distinto.

Anthony Babington estaba organizándolo todo; Anthony, a quien ella había visto crecer, que había sido su compañero durante varios años y que le profesaba con toda evidencia mucho más afecto que su propio hijo. Por ella Anthony estaba dispuesto a arriesgar su vida. El llamamiento revestía carácter personal, era el de un amigo personal que quería liberarla tras haber visto con sus propios ojos las condiciones de su cautiverio. Estaba profundamente conmovida.

El hecho de que hubiera encontrado ingleses lo bastante valientes como para «llevar a cabo la trágica ejecución» constituía una hazaña extraordinaria pues, al parecer, todos estaban enamorados de su Reina de las Hadas. Sin embargo no se trataba de unos extranjeros que se hubieran ofrecido a cumplir la tarea. «Seis nobles caballeros, todos amigos míos...» ¿Qué decía la carta?

María la desdobló y la leyó de nuevo con cuidado. Sin duda eran unos jóvenes con todo el futuro por delante como el propio Anthony. «Que en su celosa defensa de la causa católica...» ¿Cómo era posible que unos jóvenes se mantuvieran fieles a la antigua religión?

«En mi caso es distinto —pensó María—. A mí me educaron como católica y me instruyeron en la fe cuando tal cosa no sólo estaba permitida sino que se exigía. Ahora debo conservar la fe porque soy su símbolo visible. ¡Pero que una persona joven la abrace en unos momentos en que está prohibida...! Me avergüenza comparar su fe con la mía. Y que lo hagan con temor y con recelo... “Llevarán a cabo la trágica ejecución.”»

No la consideran buena sino trágica, y en modo alguno una simple aventura. Y es cierto que sería trágica. El asesinato siempre es trágico, y quienes piensan lo contrario se engañan. Me alegro de que les parezca un hecho trágico, de lo contrario no serían mejores que los lores de Escocia, para quienes matar a la gente suponía una diversión. Por supuesto que no lo aprobaré. No puedo. Pero, si lo hiciera, ¿qué justificación tendría?»

Se levantó y empezó a caminar arriba y abajo por la estancia, acariciando nerviosa las cuentas de su rosario.

«Para empezar, me han retenido aquí de manera ilegal. A lo largo de todos los años, he intentado por todos los medios recuperar la libertad. He implorado a Isabel que me concediera una entrevista privada, he pedido que el Parlamento me escuche. Dejé a un lado mi prerrogativa real y me sometí a las humillantes “vistas de York” poco después de mi llegada. Intenté casarme para salir de mi encierro y sólo conseguí que mi prometido fuera ejecutado. He visto que mis simpatizantes y correligionarios eran perseguidos, expulsados del país, encarcelados como yo e incluso ejecutados. Y sólo entonces recurrí a la ayuda extranjera, suplicando la de Francia y España. Los franceses me rechazaron y los españoles se limitaron a jugar conmigo. Si esta vez hablan en serio...»

Suspiró. Por supuesto que no lo haría. Por supuesto que no participaría en aquella conspiración. Pero ¿y si Anthony seguía adelante con sus planes a pesar de todo, en la creencia de que, una vez cometida la acción, ella le daría su bendición? «La juventud no espera, pues de lo contrario no sería juventud», recordó.

Cuando las perfidias de Isabel se enumeraban de aquella manera, la lista resultaba asombrosa. «¡Para empezar, vine a este país porque ella prometió ayudarme! —pensó María—. ¿Cómo olvidarlo? Pero Isabel ha endurecido su corazón contra mí como el faraón. ¿Qué decían las Escrituras sobre el faraón?»

Mandó llamar al padre De Préau. El seguramente lo sabría. ¿Y si allí hubiera un principio espiritual que ella debiera seguir? A lo mejor, asesinar a Isabel ni siquiera constituiría un pecado grave. ¿Y qué pensar de lo que había dicho el secretario del Papa? «Puesto que esta culpable mujer de Inglaterra es la causante de tantos males a la Iglesia católica, no cabe duda de que quienquiera que la echara de este mundo con la piadosa intención de prestar un servicio a Dios, no sólo no pecaría sino que haría méritos, teniendo en cuenta sobre todo la sentencia de excomunión dictada por Pío V de santa memoria.» ¿Qué habría querido decir con eso? Estaba claro que Anthony y sus amigos actuarían «con piadosa intención», «en su celosa defensa de la causa católica», decía en su carta.

El padre De Préau ya estaba allí. Sentía curiosidad por saber qué deseaba María y, al verla ir y venir tan deprisa, se sorprendió.

—Ah, querida mía, tenéis muy buen aspecto. Hace muchos meses que no os veía



caminar con tanta energía.

María se detuvo, sobresaltada. No se había percatado de la rapidez con que se movía. El padre tenía razón. Comprendió por qué: la excitación le había devuelto las fuerzas.

—Sí, nuestras plegarias han sido escuchadas —se limitó a responder—. Mi buen padre, ¿tenéis el texto de las Sagradas Escrituras en el que se cuenta la historia de Moisés?

—Pues claro. ¿Queréis que vaya por él?

—Os lo ruego.

Cuando el sacerdote se retiró, María siguió reflexionando. ¿Se trataría de un pecado, o sólo de una ingeniosa prueba?

—Aquí está, Majestad —dijo el padre De Préau, entrando con un bulto bajo el brazo—. Es bueno que tengáis este interés. Muchos nunca van más allá de los evangelios y las epístolas. Veamos: la historia de Moisés y el faraón... —Depositó el volumen encima de la mesa y empezó a buscar—. Aquí, en el Libro del Éxodo... sí. Dice el Señor: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto. Y quiero que guíes a mi pueblo fuera de Egipto... Bien sé yo que el rey de Egipto no os permitirá ir sino obligado por mano poderosa. Pero yo endureceré su corazón y él no te escuchará: yo extenderé mi mano sobre Egipto y sacaré a mi pueblo de la tierra de Egipto por medio de grandes juicios.» ¿Es esto lo que deseabais saber?

—Sí. Leedme cómo se endureció el corazón del faraón.

—«Y el corazón del faraón se endureció y esta vez tampoco dejó salir al pueblo. Y se endureció su corazón y el de sus servidores y endureció su corazón hasta el extremo. Y Yavé le dijo a Moisés: El faraón no te escuchará.»

—¡Sí! —exclamó María—. ¡Todo es verdad! «Se endureció su corazón y el de sus servidores», ¡Cecil, Paulet, Shrewsbury!, «y endureció su corazón hasta el extremo... El faraón no te escuchará.» En cierta ocasión le escribí: «No seáis como la serpiente que se tapa los oídos», y le supliqué que me escuchara. ¡Pero no quiso!

El padre De Préau cerró el libro de las Sagradas Escrituras.

—Os ruego que no os alteréis. Es sólo la antiquísima historia de Moisés...

—¡Es algo más que eso! —gritó María—. ¡Mucho más!

«“Y yo sacaré a mi pueblo por medio de grandes juicios.” ¡Un gran juicio, en efecto! —pensó—. Pero yo jamás daría mi consentimiento. Jamás.»

Se hallaba sola delante del crucifijo. Era muy tarde y todos en la casa dormían. Les había dicho a sus damas que deseaba estar a solas por completo para practicar sus devociones. Se arrodilló delante del crucifijo que la había acompañado en tantas decisiones y le habló en un suave susurro.

—Te ofrezco todo lo que me han ofrecido. El joven Anthony Babington desea liberarme de mi prisión y ha encontrado a unos amigos que están dispuestos a arriesgar sus vidas para conseguirlo. Lo que los vínculos de la sangre y el parentesco no han suscitado, esta persona está dispuesta a llevarlo a cabo. ¿Es posible que Tú lo enviaras a mi casa? Sé que ordenas todas las cosas con tu poderosa mano. Se presentó en la casa de Shrewsbury como si lo hubieran enviado. No obstante me cuesta creer que sea bueno que yo apruebe el plan. Tú lo dices en los mandamientos, «No matarás». —Inclinó la cabeza y apoyó la frente en sus brazos—. Ayúdame —rezó.

Pero ya no esperaba una respuesta directa como en otros tiempos. Ahora conocía el crucifijo, a Dios y a sí misma mucho mejor.

Acostada en su lecho, intentó dormir. Acarició con aire ausente la sortija de matrimonio que Bothwell le había puesto en el dedo hacía mucho tiempo. Bothwell... ¿habría permitido que los escrúpulos se interpusieran entre su persona y la libertad cuando quienes lo mantenían preso llevaban tanto tiempo pecando? Ni siquiera se atrevía a responder a la pregunta. Bothwell se avergonzaría de que ella fuera tan sumisa, rechazara el ofrecimiento y prefiriese obedecer las mezquinas órdenes de Isabel. «Antes yo era tan valiente como él —pensó—. ¿Cómo me llamaba él? “Corazón de mi corazón, hueso de mi hueso, espíritu de mi espíritu, no pueden retenernos.” Sí, él murió en prisión, pero sólo porque antes había osado fugarse de otra prisión. Fue necesaria la más dura mazmorra para retenerlo, mientras que yo permanezco sentada en una estancia, diciendo: “¡No me atrevo, no me atrevo!” La prisión me ha robado el valor.»

Se revolvió en la cama con el corazón rebotante de tristeza. Le dolía pensar en Bothwell y traicionar su memoria.

«A lo mejor, debo hacerlo por él y por mis leales partidarios —se dijo—. Jacobo me ha abandonado pero hay otros que no lo han hecho.»

De repente, no se sintió tan vieja y cansada. No la habían olvidado por completo. A lo mejor, era algo más que un espantapájaros con un crucifijo que montaba guardia en un estéril campo.

Cerró los ojos. No tendría que responder a la carta hasta al cabo de varios días. Entretanto...

La carta la aguardaba a la mañana siguiente: ni siquiera había esperado a que amaneciera pues había invadido su conciencia mientras dormía. Había soñado con ella, con sus tentadoras palabras y con Anthony, convertido ahora en un adulto. Las fugaces imágenes de los orgullosos jóvenes de Inglaterra como el conde de Essex y sir Philip

Sidney luchando en los Países Bajos se superpusieron a las de otro grupo de jóvenes no menos audaces. No todos habían respondido al llamamiento de Isabel de enarbolar la bandera protestante; otros campos de batalla todavía atraían a algunos y les exigían lealtad.

Descubrió que las horas de sueño le habían conferido nuevos bríos y un ardiente afán de entrar en acción..., la primera acción posible en muchos años. Atrás habían quedado las horas y los días de pacientes plegarias y resignación que tan cómodamente la habían envuelto y que tan naturales le parecían; su antiguo yo que ella creía muerto desde hacía mucho tiempo había resucitado.

No obstante, sabía muy bien qué representaba aquella carta: un espejismo y una tentación. Se postró desesperada ante el pequeño altar y pidió fuerzas para no caer en la tentación de ceder. Jamás había percibido con tanta nitidez las dos caras de su naturaleza: la espiritual, que intentaba trascender las limitaciones de lo terrenal, y la corporal, fuerte y vital, incapaz de morir a menos que el corazón dejara de latir.

La carta, doblada con esmero, descansaba a la vista encima del escritorio. La distinguía por el rabillo del ojo. Se esforzó por concentrarse en el crucifijo.

—De modo que me ocurre lo que dice san Pablo —murmuró: cuando quiero hacer el bien, obro el mal. ¡Qué mujer tan desdichada soy! ¿Quién me rescatará de este cuerpo mortal?

Hundió el rostro en el suave terciopelo del reclinatorio.

«Rescátame de mi cuerpo mortal.» En eso consiste la carta. De una manera o de otra, me rescatará de este cuerpo mortal. Por fin, he recibido la llamada.»

De la noche a la mañana, el estado de ánimo de Nau había pasado del entusiasmo a la cautela.

—Amigo mío —le dijo María con una extraña serenidad, sintiéndose dominada por una determinación sobrenatural—, se trata de un ofrecimiento oportuno. Tengo la intención de aceptarlo.

El menudo francés, con su puntiaguda barba pulcramente peinada, sacudió la cabeza. La tenía tan untada de aceite que no le tembló cuando dijo:

—No, Señora, albergo ciertas dudas.

—Ayer parecíais entusiasmado con la idea.

—Sí, pero durante la noche me han venido a la mente otros pensamientos. Todas las anteriores conspiraciones han fracasado. Y ésta no es distinta de las demás.

—Con una excepción: ésta contempla la muerte de Isabel.

—Sí, y esto es justo lo que me hace dudar.

—En realidad, todas las demás habrían desembocado en lo mismo —dijo María—, pues Isabel no se habría conformado con retirarse al campo. Las reinas no suelen hacer

estas cosas; yo misma soy un ejemplo. No le deseo la muerte pero quiero mi libertad. Os ruego que escribáis mi respuesta, ahora mismo.

—Muy bien.

Nau se sentó para escribir la respuesta que ella le dictaría en francés, el idioma en el que mejor se expresaba.

María se situó de pie a su lado y empezó a recitar con voz mecánica:

—«Mi querido amigo, con todo mi corazón os concedo permiso para actuar en mi nombre y trataré de dirigir vuestra actuación. En cuanto a mi rescate, se me ocurren tres maneras de efectuarlo: la primera; cuando yo saliera a dar un paseo a caballo por el llano que hay entre este lugar y Stafford, donde no suele haber gente, unos cincuenta o sesenta hombres bien armados y montados podrían venir y llevarme consigo... La segunda; que vengáis a medianoche y prendáis fuego a los establos, los graneros y los edificios anexos... La tercera; que, aprovechando el momento en que suelen venir los carros a primera hora de la mañana, os mezcléis con ellos disfrazados...»

Formuló los detallados planes, que le salieron sin previo ensayo, haciéndole comprender que ya llevaba algún tiempo elaborándolos a escondidas de su vigilante conciencia. Su precisión la sobresaltó y casi la asustó.

Nau escribía con furia.

—Quizá sería mejor que no concretarais demasiado, Señora —opinó al final—. No respondáis a los planes; no los mencionéis como habéis hecho en ocasiones anteriores. ¿Y si se tratase de una trampa?

—Quizá sea mi última oportunidad; más tarde o más temprano Paulet descubrirá el correo secreto o el cervecero decidirá no seguir ayudándonos —repuso María.

—¡Pero no es prudente que os comprometáis por escrito de esta manera! —protestó Nau.

—Os ruego que sigáis —dijo María con firmeza—. «Cuando las tropas de España hayan desembarcado y todo esté dispuesto y las fuerzas tanto del Reino como del exterior estén preparadas, será el momento de poner a trabajar a los seis caballeros para que cumplan la orden y lleven a cabo el mencionado designio, y yo sea liberada de inmediato de este lugar.»

Se detuvo para recuperar el resuello. «Poned a trabajar a los seis caballeros.» Sonaba tan práctico como llevar una silla de manos. O un ataúd. ¿Acaso no eran siempre seis los que portaban a hombros un ataúd?

Nau se sujetaba la muñeca.

—Me tiembla la mano al escribirlo —dijo.

—A mí me tiembla el corazón de sólo pensarlo —replicó María—. Pero continuemos. «Sin embargo, puesto que no será posible fijar con exactitud el día en que se cumplirá el designio de los citados caballeros de tal manera que otros estén preparados para sacarme de aquí, quisiera que los citados caballeros tuvieran siempre

a su lado, o por lo menos en la corte, a cuatro hombres intrépidos dotados de buenos y rápidos caballos que, una vez cumplido el citado designio, se dirigieran con toda diligencia y prontitud a informar a aquellos a quienes se haya encomendado mi rescate, antes de que mi custodio venga en conocimiento de la ejecución del citado designio a tiempo para fortificar su casa.»

—¿Por qué repetís sin cesar «el citado designio»? —preguntó Nau con voz trémula—. ¿Creéis que esto engañará a alguien, o que os salvará en caso de que vuestros enemigos lo lean?

—No sé de qué otra manera expresarlo. No quiero pronunciar... la palabra —respondió María—. ¡No deseo que ocurra! A lo mejor podrán rescatarme sin necesidad de hacerlo, por lo que he de exponer también estos planes. Seguid: «No permitáis que se produzca ningún levantamiento inglés sin el apoyo de la ayuda extranjera, ni os mováis sin antes aseguraros de que estoy a salvo, lejos de mi prisión o protegida en ella por un buen ejército. De lo contrario, la Reina me capturaría de nuevo y me encerraría en algún agujero del que jamás saldría. Y perseguiría con la máxima severidad a todos aquellos que me hubieran ayudado en mi fuga, cosa que yo lamentaría mucho más que cualquier percance que me acaeciere a mí.»

—Ahora los estáis confundiendo —repuso Nau—. Primero decís que hay que matar a Isabel y después que primero deben rescataros a vos. ¿Cómo deseáis que se haga?

—¡Como quiera el destino! —contestó a María, a punto de romper a gritar en medio de aquella tortura—. Siguiendo el camino que decida el destino... No lo sé... Su muerte o la mía, o ninguna de las dos o ambas...

—En tal caso, Señora, conviene no contestar o dar una respuesta vaga. Esta carta nada les dice a ellos, pero a vuestros enemigos se lo dice todo —afirmó con severidad.

—¡Me da igual! —estalló María—. ¡Me da igual! ¡Que me atrapen mis enemigos, les doy permiso, pero esto debe terminar, no puedo seguir así, muerta en vida, mi castigo es demasiado duro! ¡Sea pues bienvenida mi última desgracia!

Nau se levantó.

—Llamaré al padre De Préau. Ahora estáis hablando de suicidio; provocar la propia muerte en un acto de desesperación constituye un pecado mortal.

María lo asió por el brazo.

—Os prohíbo que vayáis. No busco el suicidio ni estoy desesperada. Es mi última decisión, la decisión que termina con todas las demás, y, al hacerlo, acepto mi destino. Lo acepto y lo abrazo como a un amante. A lo largo de toda mi vida el destino ha querido ser mi amante y ha intentado gobernarme. Ahora me vuelvo hacia él para someterme a sus abrazos.

—Responder a esta carta es la máxima locura —dijo Nau.

—Amigo mío, no se trata de una locura, sino de una apuesta que yo estoy dispuesta a hacer pues, al margen de lo que ocurra, yo saldré victoriosa. Si me liberan, exultaré

de gozo. Y, si me atrapan y me ejecutan, también seré libre y exultaré de gozo. ¡Ya no estaré prisionera!

—Pero, mi buena Señora, vuestros leales partidarios...

—Se lo debo a mis leales partidarios. Ellos están dispuestos a morir por mí y son en verdad muy valientes. ¿No he de estar dispuesta también a morir por ellos y a dar testimonio de la verdad..., de que me han retenido aquí no por lo que le ocurrió a Darnley hace veinte años en Escocia, sino por mi fe y mi sangre real?

—¡No cedáis a esta tentación! —exclamó Nau—. ¡Os lo suplico!

María se sentía muy tranquila y libre de todo temor. Sabía que era esto lo que tenía que hacer y lo sabía en aquella parte de sí misma que se encontraba más allá de las palabras y los pensamientos.

—Entregadle la carta a Curle y mandad que la codifiquen. Que esté lista para salir con el cervecero la próxima vez que venga.

Dicho esto, María rompió a llorar de alivio.

## XXV

Nau entregó la carta al paje; el paje la bajó al sótano y la introdujo en la caja secreta el 16 de julio, el día en que debía regresar el cervecero. Aquella tarde llevaron el barril vacío rodando al patio, lo cargaron en el carro y lo sacaron del castillo. Después el cervecero desmontó, extrajo la carta y se la entregó a Paulet y Phelippes, que aguardaban allí cerca.

Al anoecer, Phelippes la descifró. Una sonrisa apareció en su rostro. Todo había terminado. Dibujó una horca en el margen de la traducción. Walsingham apreciaría aquella muestra de humor.

De repente, se le ocurrió una idea. Convendría que el desventurado Babington revelara los nombres de todos los conspiradores. Como era un hábil falsificador, añadió sin la menor dificultad una posdata a la carta original:

Me complacería conocer los nombres y las cualidades de los seis caballeros que cumplirán el designio, pues quizás, al conocer a las personas, yo podría daros algún consejo ulterior que considerara necesario; quisiera que me mantuvieseis informada de vuestras actividades y que, en cuanto fuera posible y con el mismo propósito, me comunicarais quién está preparado y en qué grado está cada uno informado.

Le entregó la misiva a su cómplice Arthur Gregory; Gregory era un genio capaz de abrir las cartas y sellarlas de nuevo sin dejar rastro.

Phelippes se retrepó en su asiento. Ya era hora de que empezaran a atrapar a los conspiradores; ya habían cumplido su propósito. Sólo restaba esperar a que Babington contestara, aunque ya ni siquiera esto era necesario; se trataba de un simple toque adicional.

Walsingham ya sabía que sería difícil, pero no hasta aquel extremo. Había presentado con reverencia las pruebas a la Reina, pensando que ésta se entristecería; él mismo lamentaba su propio éxito. Por una vez, deseó equivocarse al pensar mal de alguien. Pero las cosas nunca salían así.

De todos modos, para la Reina fue muy doloroso. Leyó y releyó la carta en silencio. La dejó y empezó a caminar arriba y abajo por la estancia.

—Mi amadísima Soberana —dijo al fin Walsingham—, ¿contamos con vuestro permiso para detenerla?

—¡No! —contestó Isabel con aspereza.

—Es necesario que tengamos acceso a sus papeles —insistió Walsingham—. En sus aposentos de Chartley guarda celosamente montones de documentos. Por vuestra seguridad, debemos apoderarnos de ellos para conocer el alcance de las

conspiraciones.

Isabel no paraba de rascarse el cuello hasta que aparecieron unas rojas ronchas.

—Esta carta —susurró al final. Estaba claro que le había causado una gran turbación. La expresión de su rostro reflejaba sobresalto y una profunda decepción, como si alguien acabara de abofetearla—. Esta carta... ojalá nunca la hubiese escrito.

—Ella pensará muy pronto lo mismo, pero ¿qué dijo Pilato? «Lo que he escrito, escrito está.» No debe modificarse, y ella ha de ser detenida.

Isabel soltó una risita.

—¿Y cómo se detiene a una prisionera?

—Se la acusará formalmente de su delito —repuso Walsingham.

—«Por fin», diría ella. «Al cabo de dieciocho años se me acusa formalmente de algo.» A lo mejor, es por esto por lo que lo ha hecho. A lo mejor...

—No hay justificación posible. La traición es la traición. La ley es la ley.

—Lo que he escrito, escrito está. Muy bien. Hacedlo —ordenó Isabel.

Cuando Walsingham se hubo marchado, Isabel se pasó un rato inmóvil, esperando que el dolor remitiera.

La intensidad del dolor era increíble. Un gobernante tenía que aceptar la compañía cotidiana de la muerte y el odio que, de modo inevitable, pudiera despertar en algunos descontentos.

«¡Pero que alguien que es de mi propia sangre, una mujer como yo, una reina ungida, planee mi asesinato!» Las palabras se repetían sin cesar en su mente, desfilando orgullosas como unos caballeros: «Será el momento de poner a trabajar a los seis caballeros para que cumplan la orden y lleven a cabo el mencionado designio...» Isabel se estremeció como si percibiera el roce del puñal. ¿Quiénes eran aquellos cortesanos? ¿Quiénes eran aquellas personas que servían en la corte y en su presencia sin que nadie sospechara de ellas?

Y, para evitar que ella interpretara de manera errónea la referencia, Walsingham le había proporcionado la carta a la que ésta respondía y cuyo texto era todavía más explícito: «En defensa de la causa católica y para servir a Vuestra Majestad, llevarán a cabo la trágica ejecución...»

«Gracias, Walsingham», pensó; pero al mismo tiempo se alegró de tener a un sirviente tan inteligente y fiel. ¿Qué habría ocurrido si hubiese trabajado para el otro bando?

«Por fortuna para mí la reina de Escocia jamás ha contado con un competente y leal servidor. Quienes eran competentes resultaron ser desleales, y quienes eran leales resultaron ser incompetentes.»

Temía lo que, de manera inevitable, estaba a punto de ocurrir.



El 20 de julio Gilbert Gifford viajó a Europa para evitar que lo interrogasen. Dos semanas después Ballard fue detenido; al enterarse de la noticia, Babington huyó de su casa y se ocultó en la espesura del bosque Saint John. De día permanecía escondido, se cortó el cabello, se embadurnó la cara con jugo de nogal y sólo se movía de noche por la floresta. Jamás consiguió el preciado pasaporte y no tenía la menor esperanza de abandonar Inglaterra. Al final, el hambre lo indujo a acercarse a la casa de otro de los conspiradores, Jerome Bellamy.

Los agentes de Walsingham acechaban y lo detuvieron de inmediato. La sorpresa y el temor le tensaron las facciones de su oscuro rostro de gitano mientras se lo llevaban a rastras de allí.

—¡No! ¡No! —gritó—. ¡Tened piedad!

Mientras la esposa de Babington aguardaba en los jardines de su espléndida casa de Barbicon, prendieron a los restantes miembros del pequeño grupo de conspiradores y los llevaron a prisión.

La conspiración, desbaratada con facilidad y terminada en un santiamén, se había desvanecido como un suspiro.

## XXVI

Tras enviar la carta, María sintió que la invadía un pánico que no tardó en sustituir la serenidad que experimentaba. ¿Cómo fue capaz de hacerlo? Recordaba claramente todas las razones, pero éstas retrocedían ante el hecho más importante: había caído en la tentación. Y, aunque fuera cierto que, si se descubriera y la castigaran, más que un castigo representaría una liberación de una penosa existencia, se avergonzaba de haberlo hecho. Su único consuelo consistía en pensar que la conspiración quedaría en agua de borrajas tal como había ocurrido con todas las demás. Cosa rara, su cuerpo había reaccionado de un modo favorable ante la perspectiva de una batalla: la hinchazón de las rodillas había disminuido; su columna vertebral se había enderezado y una nueva flexibilidad le cosquilleaba los dedos.

Desde sus ventanas vio que el denso y apagado verdor de los campos tic julio se transformaba en un atisbo de oro a principios de agosto. A veces temblaba cuando apoyaba la cabeza en el marco de la ventana y su mirada se perdía camino abajo hasta más allá de los campos. No sabía por dónde aparecerían los hombres de Babington, ni siquiera si los vería acercarse. No importaba; eso era lo más misterioso. Tras haber enviado la respuesta, su intervención en el asunto había terminado. Ya no soñaba con cruzar el mar para pasar sus últimos días en Francia, ya no esperaba ver cara a cara a Jacobo ni llegar a un entendimiento con él para deshacer todo el daño que se había producido entre ambos. Ya no pensaba visitar el sepulcro de su madre en Reims ni ver a su tía Renata. El futuro estaba en blanco y no le importaba; por primera vez en su vida se sentía libre de sus amenazas y de sus promesas. Había tomado su última decisión.

Recientemente a Paulet le había dado por mirarla con expresión inquisitiva y observar sus movimientos como si examinase un caballo de carreras. Su estado de salud no era muy bueno y cojeaba ligeramente. Los criados de María le habían dicho que lo habían visto paseando por los campos con alguien de la corte, lejos del alcance del oído de los demás. ¿La trasladarían a otro sitio? ¿La confiarían a otro carcelero? Ahora todo le era indiferente.

El 8 de agosto, cuando ella acababa de rezar sus oraciones de la mañana, Paulet apareció en el umbral de sus aposentos. Se apoyaba en un bastón y su sonrisa parecía pintada.

—Señora —dijo con voz cascada—, se ha recibido una invitación de uno de nuestros vecinos, sir Walter Aston, para una cacería de venados en su finca de Tixall. ¿Os apetecería participar? Veo que vuestra salud ha mejorado de manera considerable en este último mes.

—¿Una cacería? —preguntó ella. Hacía mucho tiempo que no salía de caza, y

Paulet jamás le había permitido traspasar los límites de la propiedad—. Pero, ¿y vos, amigo mío? Me parece que tenéis tantas molestias en las piernas como las que me atormentaban hasta hace poco.

Paulet esbozó una sonrisa. ¿En eso radicaba el célebre encanto de María, en observar y preocuparse por las pequeñas cosas que la rodeaban? Aunque le constaba que era falsa, aquella solicitud le resultó curiosamente reconfortante.

—Me las arreglo muy bien. ¿Os apetecería?

—¡Por supuesto que sí!

—Pues empezad ya a prepararos. Podéis llevaros a unos cuantos servidores. Cualquiera sabe a quién encontraréis. Tengo entendido que quizá sir Walter se reúna con nosotros; si no participa en la cacería, seguro que después nos agasajará en su casa.

—Tixall es una nueva mansión, ¿verdad?

—En efecto. Terminaron de construirla hace poco y es la más lujosa del condado, por lo menos por las comodidades con que cuenta. Es posible que sir Walter nos acompañe en un recorrido por la casa y nos muestre los nuevos inventos que ha instalado. He oído decir que tiene unos... dispositivos sanitarios..., ejem... —El rostro de Paulet enrojeció como un tomate—. Y mandó construir la casa de cara al sur, lo que resulta muy atrevido si se piensa en los vientos que soplan desde aquella dirección... Así gasta menos leña y carbón para calentarse en invierno.

—Estoy deseando verlo y agradecerle la invitación —respondió María.

—¿Estaréis lista dentro de una hora? —preguntó Paulet—. Podemos almorzar en los campos.

Haciendo una rígida reverencia, se retiró.

—¡Nau, Curle! ¿Lo habéis oído? —dijo María—. ¿Os apetece venir? ¿Y a vosotras, Jane y Elizabeth?

—No, tenemos trabajo que hacer —contestaron las damas.

—Nosotros también, pero lo aplazaremos —dijeron los hombres.

—Vuestro principal trabajo ya está hecho —les aseguró María a sus secretarios—. Ahora podéis descansar. ¡Vamos a prepararnos!

Abrió el arca y extrajo un atuendo de montar de color verde. Jamás se le había presentado la ocasión de ponérselo desde que Balthazar se lo confeccionara con trémulas manos dos años atrás. El traje se completaba con un sombrero adornado con plumas. Se había diseñado tomando como modelo los dibujos que ella recibía de Francia poco antes de que se interrumpiera su correspondencia, por lo que no estaba muy pasado de moda.

Jane la peinó y le puso su mejor peluca. Jamás salía sin peluca, pues se había cortado el cabello para facilitar la aplicación del tratamiento de emplastos medicinales contra los dolores de cabeza que padecía.

—Estáis encantadora —comentó Jane, estudiando el rostro de María.

Había recuperado el color, y las arrugas se habían atenuado sin motivo aparente, pues nada había ocurrido y las condiciones de su confinamiento no habían mejorado, pese a lo cual el cambio había sido muy notorio.

—Gracias.

María se preguntó si encontrarían a algún vecino, si no durante la cacería propiamente dicha, más tarde en la recepción de Tixall. Ver rostros nuevos constituiría una bendición del Cielo.

Hacía buen tiempo y el día era caluroso cuando a las diez en punto María, sus dos secretarios y su fiel médico cruzaron el foso del edificio a lomos de sus cabalgaduras. No temía sufrir una indisposición, pero se alegraba de ofrecerle a su médico una ocasión de salir al campo, una agradable distracción que le compensara sus largos días de servicio.

El contingente de guardias era más numeroso que de costumbre pero no importaba. Bajaron por la colina y dejaron Chartley a su espalda. María volvió la cabeza para contemplar la mansión por vez primera en el marco que la rodeaba. Sus aposentos parecían minúsculos.

El brumoso aire de agosto y el denso olor de la tierra calentada por el sol la envolvieron como un manto.

«No es de extrañar que los paganos siempre tuvieran una diosa de la tierra —pensó—. Hoy hasta yo misma percibo su presencia... suave, dilatada, benévola. La veo en las grandes parras y las ramas de los perales inclinadas bajo el peso de los frutos. Siento su radiante contacto en el sol que me acaricia las mejillas; aspiro su perfume en los costados de estos vigorosos caballos; oigo su voz en los gritos y las llamadas de los pájaros ya medio desarrollados que empiezan a abandonar los nidos y están aprendiendo a volar. En Francia comprendían que honrar a los dioses paganos no equivalía a ser infiel a los verdaderos; en Francia... Si voy a Francia... No, no debo pensar en eso.»

Los cazadores se detuvieron y se congregaron en un lugar antes de hacer sonar el cuerno de caza y soltar las jaurías. María sabía que aquélla sería su última oportunidad de ajustarse las cintas del sombrero y tomar un trago de su botellín.

De repente, un grupo de jinetes apareció en el horizonte cabalgando al galope.

«Deben de perseguir a alguien —fue lo primero que pensó María—, pero yo no he visto a nadie por el camino.»

De pronto lo comprendió: ¡Era Babington! ¡Había acudido a rescatarla!

«Pero no estoy preparada, éste no es el momento; yo quería participar en la cacería... ¡Necia! ¿Cómo es posible que seas tan ingrata?»

Sujetó con fuerza las riendas y se preparó. El corazón le latía con violencia. Aquello no debía ocurrir, se trataba de un mero juego de ficción... Los hombres seguían aproximándose a toda velocidad. ¿Acaso querían atropellar a Paulet y a los guardias? Vio un destello metálico bajo el sol. Las espadas estaban desenvainadas. Retrocedió y desvió la mirada.

Oyó el rumor de los cascos de los caballos y después las voces. Levantó los ojos y vio desmontar a un hombre muy corpulento, vestido con un complicado atuendo verde y dorado. El hombre saludó a Paulet, que no pareció sorprenderse y desmontó a su vez. Ambos se acercaron juntos a ella.

—Sir Thomas Gorges, emisario especial de la reina Isabel —anunció Paulet con voz nasal.

—¡Señora! —exclamó el enviado vestido de verde y dorado—, a la Reina mi señora le parece muy extraño que vos, incumpliendo el pacto y el compromiso que ambas habíais suscrito, hayáis conspirado contra ella y su Estado, lo cual ella no habría creído posible de no haber visto las pruebas con sus propios ojos y haberlo sabido con toda certeza.

—Señor, no sé a qué os referís, yo no he...

—¡Se ha descubierto una horrible conspiración contra la vida de la Reina, de la cual vos formabais parte! —gritó el emisario, furioso—. Por esta causa, debo conducirlos a Tixall. ¡Estáis bajo arresto, Señora!

Curle y Nau se habían acercado para situarse uno a cada lado de María.

—¡Apresadlos! —ordenó Gorges—. ¡Quedan detenidos también! ¡Llevadlos a la Torre!

Unos soldados rodearon al momento a los secretarios y se los llevaron.

—¡Y ahora, Señora, dirigid vuestro caballo hacia Tixall!

Gorges le hizo una seña a un soldado, que acercó su pica al caballo de María.

—¡Maese Paulet, vos lo sabíais! —gritó María—. ¡Por eso me habéis traído aquí!

Su custodio se limitó a mirarla en silencio.

—¡Me niego a ir! ¡Me niego a ir! —chilló María—. ¡Vos lo que queréis es registrar mis aposentos, apoderaros de mis pertenencias y colocar falsas pruebas contra mí en mi ausencia! ¡No tenéis ningún derecho, sabéis que esto es ilegal! ¡Sois un judas!

—No soy un judas —replicó Paulet con aire ofendido—. Sé a quién sirvo: a mi reina Isabel. Jamás fingí ser vuestro amigo ni serviros. En realidad, no habría sido capaz de hacerlo, pues sois la enemiga de mi soberana.

—¡No! ¡Eso no es cierto!

—¡Callaos! Obedeced las órdenes si no queréis que os ate y os suba en un carro para trasladaros a Tixall. ¡Pues, no os engañéis, es allí a donde iréis!

Gorges tiró de la brida del caballo de María.

—¡Vamos!

Rodeada de soldados con las lanzas enhiestas, María cabalgó en silencio por el camino de Tixall. Sólo su médico permanecía a su lado; a Nau y Curle se los habían llevado.

¿La ejecutarían de manera sumaria? ¿Qué había dicho aquel hombre? «Quedáis detenida.» Pero la Ley de la Seguridad de la Reina... ¿qué establecía? ¿Que cualquiera que participara en una conspiración contra la Reina podría ser ejecutado? ¿O esto lo decía el Contrato? Sí, esto lo establecía el Contrato. La ley había suavizado la disposición hasta el extremo de disponer que por lo menos se interrogase a los culpables antes de ejecutarlos.

Pero no especificaba hasta qué punto el «interrogatorio» debía ser oficial. Quizá bastasen unas cuantas preguntas por parte de Gorges, el «emisario oficial», para salvar las formas.

«Habéis conspirado... Una horrible conspiración»...; éstas habían sido sus palabras.

Pero ¿a qué se refería? ¿A la conspiración de Babington o a otra cosa completamente distinta? ¿Se trataba de una conspiración auténtica o todo era una comedia para favorecer los propósitos del Gobierno?

Parecía que su corazón hubiera dejado de latir, cuando hacía apenas unos momentos palpitaba tan rápido que ella se había sentido desfallecer. Tenía las manos heladas y ya no percibía el calor de la tarde estival.

«Prepárate para morir. Todo ha desembocado en esto. Hoy es el día.»

Llegaron a la torre de la entrada de Tixall, un edificio gris de tres pisos que se alzaba en la linde del coto de caza. Cuatro torres octogonales rematadas por redondos tejados y rígidos estandartes de bronce guardaban cada una de las esquinas del edificio. Cruzaron al trote el arco de estilo italiano, y María aún sentía un frío mortal cuando penetró en las sombras del interior.

—¡Valor! —la alentó su médico Bourgoing—. La reina Isabel ha muerto. Eso es sólo para protegeros por si hubiera otros asesinos sueltos.

—No —repuso María—. Quien ha muerto es esta reina.

La empujaron a una estancia de la parte más antigua de la mansión y se llevaron a rastras a Bourgoing. La puerta se cerró ruidosamente y ella se quedó sola por completo. No había ningún criado o servidor ni siquiera un guardia. Una pequeña habitación comunicaba con la otra, más grande, pero allí no había ni papel ni pluma ni libros, y por una vez ella no llevaba consigo ni su crucifijo ni su rosario.

Cuando oscureció, una criada entró con una vela y la colocó en silencio sobre la

mesa. Después se retiró, cerrando la puerta a su espalda.

María se dejó caer en una pequeña silla. Estaba tan agotada que apenas era capaz de moverse.

«Se acabó —pensó—. Esto es el fin. Pero lo sabía —se contestó a sí misma—, y me parece justo y aceptable. Lo soportaré. Isabel sigue viva y la conspiración ha fracasado. Dios ha sido compasivo; me ha salvado de convertirme en una asesina. Ahora su muerte no pesará sobre mi conciencia. No superé la prueba a que fui sometida, pero el Señor me ha salvado de semejante desgracia.»

Se acercó casi a rastras a la cama y se durmió con profundo alivio.

Permaneció diecisiete días en Tixall. Al cabo de poco tiempo permitieron que dos criados le llevaran una muda de ropa. Ella pidió permiso para escribir a la reina Isabel, pero Paulet, que había permanecido en Tixall para custodiarla, se lo denegó.

Durante aquellos diecisiete días María revisó toda su vida pasada. No tenía nada que leer, ni distracciones ni con quién conversar, por lo que no le quedaba otro remedio que pasarse las largas horas pensando. Cuando se producían los acontecimientos, no parecía que éstos siguieran una pauta determinada. Pero, al examinarlos *a posteriori*, ésta aparecía. Sólo al final de la existencia de una persona resultaba posible distinguir la trama de sus días; sólo entonces se traslucía el tejido en la totalidad. Y el suyo era éste: desde el momento de nacer, había sido una persona molesta, que no encajaba y estropeaba los primorosos tejidos de las demás personas.

Nació niña cuando su padre deseaba un heredero varón; era una princesa cuando lo que el Reino esperaba era un príncipe.

Llevaba sangre francesa en las venas y su educación francesa la había convertido en una extraña en la tierra que le había tocado gobernar, odiada por su pueblo.

Era una gobernante católica en un país protestante, algo único en el mundo.

Por su sexo, su educación y su religión no encajaba con su pueblo. Sin embargo, no por ello renegaría de esas tres cosas, pues constituían la esencia de su persona.

Había intentado compensar aquellos fallos con el matrimonio, pero sus matrimonios la habían vuelto todavía más detestable a los ojos de su pueblo. Sus súbditos no habrían tolerado un príncipe extranjero y católico, pero los naturales del país con quienes ella se había casado resultaban inaceptables. Uno de ellos por ser demasiado débil y el otro por ser demasiado fuerte.

Era amante de la paz en un país donde sólo se respetaban la crueldad y el poder. Había perdonado a los rebeldes en lugar de ejecutarlos; después de cada conspiración, había permitido que los traidores regresaran a Escocia y recuperaran su favor. Ella lo atribuía a la bondad cristiana, pero ellos lo consideraban una debilidad y se burlaban de ella.

Lord Stewart, Knox, Morton, Erskine, Darnley, Lennox...; la lista era interminable. Aquellos a quienes ella había tratado con bondad la habían traicionado.

¿Cuál era la misión del Mesías y, por consiguiente, la de todos los gobernantes cristianos? Predicar la buena nueva a los pobres, proclamar la libertad para los cautivos, devolver la vista a los ciegos, liberar a los oprimidos. «Pero era yo quien estaba ciega y soy yo quien terminó en la cárcel.»

Después de la agitación final, había comprendido con toda claridad que en ningún lugar del mundo la querían. No había descanso ni refugio para ella. Su amada Francia —¡el país por el que tanto había sufrido en el suyo!— no levantaría un solo dedo por ella. Isabel de Inglaterra, su pariente, la había considerado demasiado cercana por vínculos de sangre como para prescindir de ella pero demasiado extranjera como para recibirla bien.

«Bien mirado, no existe un lugar en la tierra donde yo pueda encontrar un hogar», se dijo. Día tras día se entretenía con estos tristes pensamientos y clasificaba sus fracasos.

Cuando se levantó al decimosexto día, todo le pareció distinto. Acababa de ocurrírsele una idea tan sencilla como revolucionaria: «Mi vida aún no ha terminado. Con mi muerte puedo redimirla.»

Desde muy lejos, desde la época de su niñez en Francia, le llegaron las palabras de su poderoso tío el cardenal de Guisa.

—Hija mía —le había dicho éste—, tú tienes la valentía hereditaria de tu raza. Creo que, cuando llegue el momento, sabrás morir.

Saber morir.

¿En qué consistía el saber morir? Era una de las cosas que resultaban imposibles de ensayar.

Pero era también el único momento en que todos ponían los ojos en uno, si se moría en público...

«¡Una muerte en público! —rezó—. ¡Concédemelo, Señor! Es lo único que te pido. Concédeme una muerte así y permíteme disponer todo lo demás según Tu voluntad, como una ofrenda que te complazca, como un sacrificio que enmiende mi consentimiento para la comisión de un asesinato, aunque sólo fuera por un instante.»

Pasados diecisiete días, se presentaron para llevarse a María... ¿adónde? ¿La conducirían directamente a la Torre? De no haber sido porque, en tal caso, lamentaría no despedirse en persona de todos sus fieles servidores, lo habría preferido. Que ocurriera, que ocurriera todo enseguida antes de que se debilitara su firmeza.



Mientras pasaba por debajo del largo pasadizo de la hermosa torre de la entrada, un grupo de mendigos la saludó. Se habían enterado de que permanecía retenida allí y se habían congregado para esperar su salida. La reina de Escocia era célebre por sus generosas limosnas.

—¡Una limosna! ¡Una limosna! —gritaron intentando acercarse.

Las madres levantaban en brazos a sus andrajosos hijitos y los señalaban; los tullidos se apoyaban en sus bastones y extendían unas manos que parecían garras.

—Ay, mi buena gente —les contestó ella—, no puedo daros limosna pues ahora yo también soy una mendiga.

—¡Embustera! —le murmuró Paulet al oído—. Siempre fingís ser mejor de lo que sois. No sois una mendiga, guardáis montones y montones de dinero en vuestros armarios.

—Es dinero para los gastos de mi entierro —repuso María.

—En tal caso, hacéis bien en ahorrar, pues lo necesitaréis —dijo Paulet en tono siniestro mientras la empujaba hacia un carruaje que esperaba con las cortinas corridas.

Cuando regresaron a Chartley, María vio qué había ocurrido. Habían registrado sus aposentos, se habían llevado todos sus documentos privados y algunas pertenencias personales sin valor político: chucherías, un chal de lana e incluso juguetes. Los intrusos ni siquiera se habían molestado en ordenar un poco todo lo que habían revuelto sino que lo habían dejado con desprecio como estaba. Encontró las puertas abiertas y los objetos desechados amontonados de cualquier manera en los armarios y los arcones.

—Los papeles, las cartas y todas las claves se han colocado en unas cajas y se han enviado a la reina Isabel —le informó Paulet.

—No sé qué pensará Su Majestad cuando lea tantas cartas secretas de apoyo por parte de sus leales cortesanos —dijo María.

Paulet la fulminó con la mirada y giró sobre sus talones, dejándola sola.

María empezó a ir y venir despacio por la habitación. Ya no le parecía su habitación ni se identificaba con ella. Nada de todo aquello le interesaba.

«Daos prisa —pensó—. ¡Daos prisa antes de que regresen los antiguos cuidados y temores! Ahora sé por qué se alegró Tomás Moro cuando lo llevaron a la Torre y ya no le quedó escapatoria. Hasta entonces, habría podido cruzar la puerta abierta y alejarse por el ancho camino.»

—Tendréis que comparecer en juicio —le comunicó Paulet—. No se celebrará

aquí, sino en otro lugar. Preparaos.

—¿Cuándo? —preguntó María.

—Eso ya no lo sé, como tampoco sé dónde. El Consejo Real quería que os llevaran a la Torre, pero la Reina se opuso. En estos momentos buscan el lugar.

—Comprendo.

Le costaba permanecer de pie; la antigua dolencia había regresado a sus piernas, pero ella estaba resuelta a permanecer lo más alta y erguida posible.

—¿No os interesa saber qué les ha ocurrido a vuestros compañeros de conspiración? —preguntó Paulet.

La antipatía que sentía por ella se mezclaba ahora con la curiosidad que le inspiraba su extraño comportamiento.

—No sé a qué os referís —contestó María con aplomo.

—Muy bien, muy bien, desde el punto de vista legal os conviene mantener esta postura. Muy inteligente de vuestra parte. Quizá tengáis las piernas podridas, pero vuestra mente continúa tan aguda como siempre. Os lo contaré de todos modos: Ballard, Babington y Tichborne fueron detenidos, llevados a la Torre y juzgados. Los declararon culpables, naturalmente. El pueblo se alborotó y pidió para ellos una nueva forma de morir, más cruel que la ejecución habitual de los delincuentes. Sin embargo nuestra Graciosa Reina se negó; dijo que la normal bastaría siempre y cuando se observasen todas las correspondientes disposiciones. —Paulet la estudió con cuidado, intentando descubrir algún atisbo de emoción—. Ballard, Babington y los otros cinco fueron conducidos a Saint Giles para que los desmembrasen. Esta vez el verdugo no esperó a que muriesen ahorcados, sino que los abrió en canal cuando todavía estaban vivos, los destripó y los castró.

A María la recorrió una oleada de repugnancia y temor. Se tambaleó un poco y tuvo que alargar la mano para apoyarse en una mesa para no perder el equilibrio.

—Les cortaron las partes pudendas y las quemaron...

—Ya basta —dijo María, extendiendo la mano—. Es pecado complacerse en los sufrimientos de los demás, amigo. Debo prohibiros que sigáis hablando de ello.

—¡Yo no me complazco en sus sufrimientos! —replicó Paulet en tono indignado.

No obstante, como muchos otros, había lamentado la orden de la Reina de ejecutar a la otra mitad de los conspiradores de la manera más humana posible. Los escrúpulos y la caridad mal entendida no servían precisamente para disuadir a la gente de ulteriores intentos de asesinato.

—Pues entonces, cuando habléis de los míos espero que nos os brillen tanto los ojos.

## XXVII

No hubo previo aviso. Una noche rezó las oraciones con los miembros de su casa y a la mañana siguiente descubrió que sus servidores estaban encerrados en sus habitaciones y que sir Thomas Gorges y su lacayo Stallenge se habían presentado para llevársela.

Iban armados con pistolas y la trataron como si fuera un peligroso espadachín o una víbora venenosa que pudiera atacarlos en cualquier momento. Habían colocado a unos guardias en las habitaciones de sus servidores para impedir a éstos que se despidieran de ella siquiera agitando la mano.

María bajó lentamente por la escalinata sin prestar la menor atención a los apremiantes gestos que ellos le hacían. No era capaz de caminar con tanta rapidez como creían, pero se negó a que la llevaran en brazos.

En el exterior los esperaba un carruaje tirado por dos bayos que movían sin cesar la cola.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó.

—Al castillo de Fotheringhay en el condado de Northumberland —contestó Gorges.

Un contingente de rurales caballeros protestantes armados rodeaba el carruaje. Sus lanzas y mosquetes brillaban bajo el amable sol de septiembre.

—Si una paloma se desplazara volando hasta allí, estaría a setenta millas de distancia —dijo Gorges—, pero debido al estado de los caminos, la distancia será mayor. Tres o cuatro días de viaje.

—¿Se me permitirá contemplar la campiña?

Gorges y Paulet se miraron y soltaron una carcajada.

—¡Quiere ver el paisaje! ¡Imaginaos! —exclamó Gorges—. ¿Debemos detenernos también en los antiguos monumentos y mostrároslos? Sí, podréis mirar a través de las ventanillas. Pero al menor intento que hagáis de saludar a la gente con la mano o de despertar su simpatía, ¡se corren las cortinas!

El carruaje bajó por el largo camino que salía de Chartley, el mismo por el que el cervecero había subido con gran esfuerzo con su carro, y enfiló otra vía que conducía al este. Chartley, con sus redondas torres y sus grandes ventanas acristaladas, se hizo más pequeño hasta convertirse en una manchita en el horizonte no mayor que un palillo.

Atravesaron el bosque de Needwood y la localidad de Burton-upon-Trent, donde vivía el fatídico cervecero, y, tras cruzar el bosque de Charnwood llegaron a la grande y próspera ciudad de Leicester.

María sabía que allí estaba enterrado el cardenal Wolsey. Se había pasado los últimos meses leyendo historia inglesa. Él también había sido llamado por el monarca para que lo juzgaran por «traición»; él también había vivido algún tiempo en Wingfield.

Había muerto entre los monjes de la abadía de Leicester, quizá por su propia mano, tras pronunciar su ahora célebre despedida, «Si hubiera servido a mi Dios con la mitad del celo con que serví a mi rey, Él no me habría dejado a mi edad indefenso en poder de mis enemigos.»

María se estremeció y se santiguó. Todavía le quedaba tiempo para evitar que aquellas tristes y trágicas palabras se aplicaran a ella. Aún podía prestar un gran servicio a Dios.

Fotheringhay se levantaba en medio de un aburrido paisaje. A medida que avanzaban hacia el este, las onduladas colinas habían desaparecido y el territorio se había vuelto más llano, pero con unos hermosos prados. La gigantesca y siniestra mole se alzaba a orillas del río Nene y tenía dos grandes fosos: uno exterior de setenta y cinco pies de anchura y uno interior de sesenta y cinco pies. El camino que conducía hasta allí siempre se había llamado Perryho Lane.

A María le sonaba a latín y le parecía un nombre lúgubre pero apropiado.

—*Pereo* —musitó—. Perezco.

El carruaje cruzó el puente levadizo y entró por la gigantesca torre de entrada del norte, la única que había. Las piedras de la antigua fortaleza eran de color gris, estaban manchadas y parecían irradiar una sensación de tristeza. Los gruesos muros que rodeaban el patio eran tan altos que casi impedían la entrada de la luz. El castillo se erguía en aquel lugar desde los tiempos de Guillermo el Conquistador y parecía haber recogido y concentrado en sí todos los malos presagios de cada época. Ahora era sólo una prisión del Estado. Había pertenecido al rey David de Escocia, pero se lo habían arrebatado los Plantagenet, que habían interpretado en aquel lugar sus dolorosos papeles. Ricardo Plantagenet, conde de Cambridge, fue decapitado por conspirar contra Enrique V; Ricardo III había nacido allí; Eduardo Courtenay, conde de Devon, había permanecido encarcelado en aquel lugar. Enrique VIII había intentado enviar allí a Catalina de Aragón, pero ella se había negado a ir.

María bajó del carruaje y se encontró en el patio. Vio que había una gran sala y también una capilla a un lado de los edificios. En la esquina noroccidental se levantaba una torre octogonal, y allí la condujo un grupo de hombres armados.

No hubo saludo oficial ni una sola palabra de bienvenida por parte del castellano, quienquiera que éste fuera.

Subió por una escalera, deteniéndose cada cinco o seis peldaños. La vieja escalera de piedra estaba oscura, y los escalones tan gastados por los incontables pies que los habían pisado que el borde de cada uno de ellos aparecía mellado como el pétalo de una azucena. Al final, llegó al rellano de la primera planta.

—Esta torre es vuestra —le comunicó Gorges—. En este piso hay dos estancias y

otras dos en el de arriba.

María recorrió con la mirada la habitación medio vacía. Su anchura era de apenas unos dieciséis pies; la otra estancia no era más que un minúsculo cuartito.

—Os lo agradezco —dijo al fin—. ¿Me enviarán los muebles..., lo que queda de ellos?

—Sí, no tardarán en llegar.

Cuando ellos se retiraron cerrando ruidosamente la puerta tras de sí, María permaneció tiritando en el centro de la habitación. Era la clase de lugar en el que solían producirse los crímenes políticos: los pequeños príncipes asfixiados en la Torre, el horrible asesinato de Eduardo II en el castillo de Berkeley con un atizador al rojo vivo y la muerte secreta de Ricardo II en el castillo de Pontefract. ¿Quién había asesinado a aquellos reyes? Otros reyes a quienes les resultaban incómodos y para quienes constituían un obstáculo.

«¿Me han enviado aquí para que me asesinen? —se preguntó en silencio—. ¡Oh, Dios mío, sálvame de un asesinato secreto! Pues entonces al morir no te glorificaría ni haría una declaración para la posteridad, que es justo lo que los ingleses quisieran evitar...»

Se sentó temblando en una banqueta de la fría y oscura estancia.

A los pocos días, un reducido número de sus servidores se reunió con ella, y le enviaron una parte de sus muebles.

Con el reclinatorio, el altar portátil y el crucifijo de marfil improvisaron un oratorio. Sus restantes efectos personales, como, por ejemplo, las miniaturas de su familia y las apreciadas cartas que habían sobrevivido al saqueo le proporcionaron tanto consuelo como la presencia de unos amigos.

Los miembros de su casa eran ahora muy escasos: Jane Kennedy; Elizabeth y Barbara Curle; Gilles Mowbray; Andrew Melville, el jefe de su casa; Bastian Pages y su mujer; Willie Douglas; su viejo sastre Balthazar; su no menos viejo portero Didier; el médico Dominique Bourgoing; el boticario Jacques Gervais; el cirujano Pierre Gorion, y el padre De Préau. Todos sus «servidores externos», sus mozos de cuerdas y el cochero habían sido despedidos. Ella jamás volvería a salir.

Todas aquellas personas se apretujaban en las estancias de la torre octogonal; algunos de sus servidores más audaces consiguieron explorar el resto del castillo y aseguraron que había muchas habitaciones vacías que ocupaban todo un lado del patio.

—Ah —dijo María al comprender qué significaban—. Son para albergar a los hombres que vendrán a juzgarme.

Una semana después de su llegada, Paulet entró en la estancia y la miró con aire triunfal.

—Señora —le anunció—, vuestros delitos recibirán ahora su castigo. Os interrogarán los lores del país. Os aconsejo por lo tanto que confeséis vuestro crimen y pidáis el indulto antes de ser condenada por un tribunal de justicia.

María lo contempló, allí de pie con su rostro severo, y permaneció sentada.

—Me tratáis como a una niña que tuviera que confesar una travesura a sus padres para evitar una zurra —le dijo—. Nada tengo que confesar.

Paulet la miró boquiabierto, y su rostro se contrajo en una mueca de furia.

—Pero si vos...

—Como pecadora —lo interrumpió ella— soy consciente de haber ofendido a menudo a mi Creador y le suplico que me perdone, pero como Reina y Soberana, no soy consciente de haber cometido delito alguno del que deba dar cuenta a nadie aquí abajo.

—¡Reina! ¡Soberana! —farfulló Paulet.

—Al no ser responsable de ningún delito, no quiero pedir el indulto; no lo busco ni lo aceptaré de ningún ser viviente.

Paulet sacudió la cabeza, enfurecido.

—¡Orgullo, Señora, orgullo! ¡Os ahogáis en el orgullo!

Cuando Paulet se retiró, Jane le dijo a María:

—Me temo que os harán pagar caras vuestras palabras.

—Mis palabras ya nada significan. La Ley para la Seguridad de la Reina se aprobó con el propósito de destruirme. Es cierto, no tienen derecho legal a juzgarme, pero retienen mi cuerpo y lo castigarán a pesar de todo.

El 12 de octubre, una pequeña delegación de lores, de la que también formaba parte Paulet, visitó a María en sus aposentos para anunciarle lo que ella ya sabía por haberlo visto desde sus ventanas: que los comisarios habían llegado a Fotheringhay respaldados por un contingente de dos mil soldados. Se celebraría un juicio, y ella tendría que responder a la acusación de participar en una conspiración para causar daño a Isabel. La juzgarían como a «una persona que aspirará o podría aspirar al derecho de sucesión a la corona de este reino». El castigo consistiría en primer lugar en despojarla para siempre de sus derechos a la Corona de Inglaterra y, en segundo, en ejecutarla.

—Sabéis que no tenéis derecho a juzgarme —les dijo María con serenidad—. Como soberana reinante, sólo otros monarcas pueden juzgarme. ¿Estarán los escaños llenos de reyes y reinas de este mundo? Si es así, lo acepto. Si no, me niego a comparecer en juicio.

Paulet le entregó una carta.

—La Reina os ordena comparecer.

—La Reina no me puede «ordenar» nada. No soy súbdita suya. —María leyó rápidamente la carta y se la devolvió a Paulet—. No estoy sometida a las leyes de Inglaterra.

—¡Sí lo estáis! —replicó el presidente de la Cámara de los Lores, Thomas Bromley—. Habéis vivido bajo su protección, y por consiguiente estáis sometida a ellas.

A María se le escapó una carcajada por lo bajo.

—Vine a Inglaterra en busca de la ayuda de Isabel, pero me encerraron en una prisión. Por consiguiente, no he disfrutado de protección alguna ni me he beneficiado de estas leyes... ni nadie me ha explicado jamás qué clase de leyes son. Parecen unas leyes muy extrañas.

—Vuestras prerrogativas de soberana de nada os sirven en este reino —aseveró Cecil—. ¡Y, si no comparecéis, dará lo mismo: se os juzgará en rebeldía!

María no había previsto aquella posibilidad.

—¿Es eso cierto? —susurró—. ¿Me juzgarán aunque no comparezca? ¡Cómo torcéis las leyes! Yo he pedido que me escuchen. Me he pasado veinte años pidiendo que se me permita hablar con Isabel y responder a las preguntas ante un Parlamento libre. Pero tener que comparecer ante un tribunal cerrado y secreto... ¿qué es lo que tanto os preocupa que otros oigan?

Cecil, que temía sus argumentos y su obstinación, contestó:

—No temáis, todo el país oirá vuestras palabras, y todos vuestros actos se darán a conocer. ¡Tendréis motivos para desear que se hubieran mantenido en secreto!

Sir Christopher Hatton tomó de súbito la palabra. María observó lo mucho que había envejecido el otrora apuesto cortesano desde que acudiera a Escocia para asistir al bautizo. El bautizo...

—Si no comparecéis, la gente pensará que ocultáis cosas vergonzosas. Si sois inocente, nada habéis de temer. En cambio, al rechazar el juicio, arrojáis una mancha eterna sobre vuestra reputación.

—Preferiría morir mil veces antes que reconocerme sujeta a la autoridad de la reina de Inglaterra y a los prejuicios de Su Regia Majestad —contestó María—. Por consiguiente, no puedo someterme a las leyes del país sin causar un grave daño a mi persona, a la de mi hijo el Rey y a la de todos los demás príncipes soberanos. No reconozco las leyes inglesas; no las conozco ni las entiendo. En cuanto al juicio, estoy sola y carezco de abogado o representación. Me han arrebatado mis papeles y mis notas, por lo que ni siquiera me es posible preparar mi defensa, como no sea confiando en mi memoria. Vosotros tenéis todos mis papeles para usarlos contra mí, mientras que a mí me impiden que me sirva de ellos en mi defensa.

—Ningún juicio por traición permite que el acusado disponga de abogado —repuso Bromley.

—Ya basta —dijo Cecil—. Oíd las palabras que la Reina, que preveía vuestras protestas y vuestra resistencia, os dirige: «Habéis planeado por distintos medios y maneras arrebatarme la vida y arruinar mi reino con derramamientos de sangre.»

María dio un respingo. Las palabras sonaban duras y desconsideradas y no eran las propias de una soberana a otra, sino las de un ama a su esclava desobediente.

—¿No hay saludo inicial? —preguntó, interrumpiendo a Cecil.

—No. No hay saludo ni títulos.

Era, en efecto, la nota de un ama a su esclava.

—«Jamás me he comportado severamente con vos —dijo Cecil, reanudando la lectura—. Por el contrario, os he mantenido y he preservado vuestra vida con la misma solicitud que dedico a mi propia persona.»

María señaló la pequeña y oscura estancia.

—¿Es así como vive ella? —preguntó.

—«Estas traiciones os serán demostradas y todas ellas serán reveladas —siguió leyendo Cecil—. Sin embargo, es mi voluntad que respondáis a los nobles y pares del Reino como si yo misma me hallase presente. Os requiero, os exhorto y os ordeno que respondáis a las preguntas, pues ya he sido informada de vuestra arrogancia. Procurad ser sincera y recibiréis de mí un trato más favorable.»

Después Cecil sostuvo en alto la carta y la hizo girar lentamente para que todos la vieran.

María contempló los rostros que formaban un semicírculo alrededor de ella.

—La asamblea aquí reunida ya me ha juzgado y condenado, ¡pero, aun así, os suplico que consultéis a vuestra conciencia y recordéis que el teatro del mundo es más vasto que el reino de Inglaterra! —exclamó—. ¡Recordádselo así a vuestra Reina!

Cuando los lores se retiraron, María le hizo una seña a Jane.

—Os ruego que me traigáis unos lienzos calientes. Me duele mucho la cabeza.

—Disculpadme, pero no he podido evitar oírlo —dijo Jane.

María le sonrió.

—De eso se trataba. Ojalá Isabel hubiese oído mis palabras en lugar de que más tarde se las repitan tergiversadas.

—Las palabras de los lores han sido muy duras.

—Sí, y además hablaban en serio. Mirad, Jane, ellos jamás me permitirán vivir. Lo sé y estoy preparada. —María suspiró, echó la cabeza hacia atrás y Jane aplicó unos suaves paños calientes a su frente—. Rezo tan sólo para que no me falte valor a la hora de enfrentarme a tan dura prueba. Me resulta fácil mostrarme valiente aquí en mis



apostentos; frente al espejo todos los hombres son héroes.

—¿Así que compareceréis? —preguntó Jane, frotándole de manera metódica la frente con el paño para que el calor penetrara en su cráneo.

—Sí, y no por razones legales, sino por otras más elevadas. Necesito hablar; no quiero irme en silencio a la tumba que me han preparado. —María, pesarosa, exhaló un profundo suspiro—. Mi valor siempre ha sido de carácter físico...; correr, luchar, cabalgar. Es el valor que procede de la sangre ardiente y la furia. Pero ahora me hace falta un valor de otra clase. Os ruego que, al margen de lo que ocurra cuando abandonéis este lugar, contéis mi historia. No dejéis que mis palabras o acciones perezcan o se pierdan entre los muros de este castillo.

Jane se estremeció.

—¡No soporto pensarlo siquiera! Vos, en cambio, lo planeáis todo con gran serenidad.

—Por una vez en mi vida, debo anticiparme a los acontecimientos. Sé que su propósito será hacerme callar, y he de impedir que esto ocurra. Pertenezco a una antigua y noble estirpe de reyes y es absolutamente necesario que muera haciendo honor a mi sangre. —«Aunque no siempre le haya hecho honor con mi vida», añadió para sus adentros.

La víspera del comienzo del juicio, María se pasó una hora rezando antes de mandar llamar al padre De Préau. Cuando el anciano sacerdote se presentó en sus apostentos, ella le tomó la mano y se apartó con él a un pequeño gabinete para gozar de mayor intimidad.

—Benedicidme —le pidió—. ¡Dadme fuerzas para mañana!

—Así lo haré —contestó el padre De Préau—, pero recordad que no debéis preocuparos por lo que tengáis que decir o dejar de decir, pues, en el debido momento, esto se os revelará. Creedlo sin vacilar.

—Tengo miedo. —Sus manos estaban frías y sabía que aquella noche no lograría conciliar el sueño—. Tengo miedo de que me obliguen a traicionarme a mí misma y a mi fe y mi sangre real, pues éstas son las cosas de las que me consideran culpable, las cosas que los indignan —añadió temblando—. Estaré sola contra su multitud.

—No estaréis sola por completo —repuso el sacerdote—. Él estará allí, a vuestro lado.

—Ojalá me fuera posible apoyarme en Él. Ojalá hubiera algo sólido. —María juntó las manos y se clavó las uñas en las palmas para que el dolor la fortaleciera—. ¡Oh, padre, he cometido unos errores tan grandes! Y, sin embargo, tomé todas las decisiones de buena fe, pensando que era lo mejor. Actué de acuerdo con los conocimientos que tenía y que eran muy limitados. Comprendí que debía casarme, amaba a Darnley, y su

sangre real lo hacía aceptable a mis nobles. ¡En teoría se trataba del esposo perfecto!, pero las cosas que yo ignoraba...

—Todo eso pertenece al pasado —dijo el padre De Préau con firmeza—. Ningún ser humano es Dios y, por consiguiente, no puede escudriñar el corazón de otro ni predecir el futuro. Debéis perdonaros, pues Dios os ha perdonado. Y no olvidéis que de aquel «pecado» nació Jacobo, quien algún día unirá los dos reinos. Dejad todas estas cosas en manos de Dios.

María permaneció en vela toda aquella noche, temerosa de que el cansancio le embotara el ingenio.

La luz del sol, diluida pero dorada, penetraba a través de las ventanas mientras las damas vestían a María la mañana del 15 de octubre. Tiritaba pero ya no tenía miedo; le parecía que las cosas ya habían ocurrido y que se revelarían ante ella en la sala del juicio. De ahí que no le preocupara estropear lo que ya estaba escrito sino que sólo sintiera curiosidad por saber de qué se trataba.

El juicio se celebraría en una estancia situada justo encima de la gran sala. Precisamente aquella mañana y para su gran turbación sus piernas estaban más hinchadas y anquilosadas que nunca. Esto significaba que tendría que apoyarse en dos personas y utilizarlas como muletas..., por lo que su entrada no resultaría muy regia. Sin embargo aquello también estaba escrito. Eligió por tanto a Melville y Bourgoing y los tomó del brazo para dirigirse despacio a la estancia, pasando entre dos filas de alabarderos armados hasta llegar a la entrada.

Sus jueces estaban sentados en dos bancos de unos setenta pies de longitud que llegaban hasta el fondo de la estancia. En el centro había una mesita con los funcionarios de la Corona: un rectángulo interior y otro exterior, abarrotado de hombres. Ella era la única mujer de la estancia. Cuando entró, cuarenta y cuatro rostros se volvieron a mirarla. Los contó de manera lenta y deliberada, como si con ello quisiera serenarse.

«Uno por cada año de mi vida —pensó—. ¿Lo habrán hecho a propósito..., o acaso es un guiño del Señor para recordarme que existe un orden por encima de todas las disposiciones que ellos han adoptado?»

El silencio lo dominaba todo; los hombres contemplaban boquiabiertos a la legendaria Serpiente del Seno. Pocos eran los que en Inglaterra la habían visto a lo largo de todos los años que llevaba viviendo entre ellos; era mucho más probable que hubiesen visto un fantasma.

¿Era aquélla la *femme fatale*, la mujer que había empujado a tantos hombres a su perdición? El tiempo había apagado sus peligrosos encantos y la había dejado desarmada del todo. Los hombres experimentaron una punzada de decepción mezclada

con cierta sensación de alivio. La mujer vestida de negro que cruzaba la puerta tenía papada y una cintura muy ancha.

Hacia el fondo de la estancia un trono con dosel presidía la reunión, colocado sobre un pequeño estrado. Mientras María se dirigía hacia él, alguien la detuvo con amabilidad y le señaló la silla situada justo debajo.

María contempló con desesperación el trono vacío.

—¡Soy reina por nacimiento y mi lugar debería estar allí, bajo el dosel! —protestó.

—Ese es el lugar de Isabel —contestó Thomas Bromley.

El lugar de Isabel... despectivamente vacío. Su ausencia parecía más sólida que la presencia viva de los jueces.

María se sentó con cuidado en una silla de terciopelo al pie del amenazador trono vacío.

Miró en torno a sí. Allí estaban los rostros que correspondían a los nombres que ella había oído mencionar durante tantos años.

—¡Tantos consejeros —le susurró a Melville— y ninguno para mí!

Bromley, presidente de la Cámara de los Lores, se levantó y leyó las acusaciones formuladas contra ella. Sería juzgada por conspirar contra la persona de Isabel y el reino de Inglaterra y por subvertir la religión nacional. Ella contestó, como otras muchas veces, que la habían detenido en Inglaterra de modo ilegal y que había accedido a comparecer sólo para demostrar que no era culpable del intento de asesinato de Isabel. Sólo respondería a aquella pregunta, dijo. No reconocía la jurisdicción de aquel tribunal sobre ella y sólo había acudido allí para defender su buen nombre.

El lord canciller leyó en latín la autorización para juzgarla; María protestó diciendo que la nueva ley se había promulgado con el único fin de tenderle una trampa.

El oficial Gawdy, en nombre de la Corona, se levantó y la acusó de intentar asesinar a Isabel y fomentar la invasión de Inglaterra por parte de una fuerza extranjera; cosas ambas consideradas delito de traición según la Ley para la Seguridad de la Reina, con independencia de la forma o la causa de la promulgación de ésta. A continuación, pasó a describir con todo detalle la conspiración de Babington y la acusó de haber tenido conocimiento de ella, haber dado su aquiescencia, haber prometido su ayuda a los rebeldes y haberles indicado los medios y la manera en que deberían hacerlo.

—¡Conocí a Babington cuando éste era paje en casa de Shrewsbury! —replicó María—. Sin embargo, desde que se fue de allí, jamás mantuve tratos directos con él y no le escribí ni recibí cartas tuyas de ninguna clase y tampoco he conspirado ni he participado en conspiración alguna para destruir a vuestra reina.

Era lo que Anthony habría deseado que alegase; le debía aquella lealtad. Era lo que solía decirse, lo que siempre se negaba y se retaba a los demás a demostrar.

—¡Babington confesó! —dijo Gawdy—. Sí, confesó por propia voluntad pensando que con ello obtendría un privilegio. ¡Como si por el hecho de confesar una traición se obtuviese el perdón!

«¡Confesó! —pensó María consternada—. Se traicionó a sí mismo y a sus creencias.» Se estremeció al imaginárselo derrumbado, lo que en ocasiones era peor que estar muerto.

—Nos habló de las cartas que os escribíais; incluso tuvo la amabilidad de reconstruir una de ellas. Y resulta que dijo la verdad... ¡pues disponemos de una copia certificada de la carta original!

María experimentó una sensación de debilidad. ¿Cómo la habrían conseguido? ¿Cómo habrían descubierto el correo secreto?

—El asunto del cervecero fue obra nuestra —intervino Walsingham, mirándola a los ojos.

De modo que había sido Walsingham: aquel pálido puritano con gorguera, aquel hombre siniestro que era su adversario desde hacía tanto tiempo. Le clavó la vista, dominada por la conmoción y la ira.

Todo era obra suya, pensó, desde el principio, y ella había picado el anzuelo... De pronto, se sintió mareada.

Walsingham leyó la carta de Babington en su totalidad y, a continuación, la respuesta de María. De repente a ésta se le ocurrió preguntarse si Babington habría escrito efectivamente aquella carta; quizá Walsingham la hubiese falsificado.

—Yo... Es posible que Babington escribiera esta carta; ¡pero demostrad que la recibí! Y, para demostrar que yo di mi consentimiento a un perverso designio, ¡Será necesario presentar mi propia caligrafía! ¡Resulta muy fácil falsificar claves y caligrafías! —aseveró—. Además, si Babington confesó estas cosas, ¿por qué lo ejecutaron en lugar de presentarlo como testigo contra mí para condenarme? —María miró angustiada alrededor—. Apelo al decreto aprobado en el decimoquinto año del reinado de Isabel, en el cual se especifica que nadie debe ser llevado a juicio bajo la acusación de haber intentado atentar contra la vida de la Soberana sin la declaración, el juramento y la comparecencia de dos testigos válidos que se sometan a un careo con él.

—¡Y yo que pensaba que no teníais ni idea de la legislación inglesa! —exclamó Cecil en tono sarcástico—. Ya veis, caballeros, la credibilidad que cabe atribuir a sus declaraciones y negaciones.

—¿Cómo sabéis que la carta de Babington no es una falsificación? —gritó María—. ¡Está claro que pasó por muchas manos! ¡Esto es obra de Walsingham! ¡No se detendrá ante nada con tal de conseguir mi muerte!

Con los ojos ardiendo de furia, Walsingham se puso de pie.

—Pongo a Dios por testigo —dijo levantando la voz— de que, como ciudadano

particular, no he hecho nada impropio de un hombre honrado y de que, como hombre público, no he hecho nada indigno de mi cargo. Confieso que, en mi celo por la seguridad de la Reina y del Reino, he investigado cuidadosamente todas las actividades contra ellos. Si Ballard y Babington me hubieran ofrecido su ayuda en esta cuestión, no la habría rechazado; es más, les habría recompensado las molestias que se hubieran tomado. Si mantuve algún trato con ellos, ¿por qué no lo mencionaron para salvar sus vidas?

—¡Yo sólo hablo de lo que me han dicho, señor, y es que sois muy capaz de inventaros pruebas! —replicó María—. Ya veis lo peligroso que es fiarse de los malvados. Rezo para que no deis crédito a mis calumniadores así como yo no lo doy a los vuestros.

La vista siguió su curso con la lectura de las declaraciones de Nau y Curle. Los secretarios habían confirmado la autenticidad del texto de la carta de Babington.

—Eso significa que los amenazaron con la tortura —dijo María.

El juicio prosiguió, y sólo fue interrumpido para el refrigerio del mediodía. María estaba sedienta y se sentía muy débil. Empezaba a perder el aplomo y tenía la sensación de que la atacaba una manada de lobos.

Por la tarde se presentaron más detalles. Se examinaron de nuevo las declaraciones de Nau y Curle y, a continuación, Cecil acusó a María de haberse negado a firmar el Tratado de Edimburgo. Después se mencionó la conspiración de Parry y la participación de Morgan en ella, y María fue interrogada acerca de las razones que la indujeron a pagarle a Morgan una pensión. Ella replicó preguntando por qué Isabel había decidido conceder una pensión a lord Stewart y a los demás rebeldes escoceses.

Acto seguido se lanzaron contra ella otras imputaciones: apropiarse del escudo de armas y el título de la Corona de Inglaterra en 1558, declararse única descendiente legítima de Enrique VII; atreverse a elaborar un árbol genealógico en el que se demostraba su condición de representante de los antiguos monarcas británicos descendientes de Edmundo II Costilla de Hierro, negarse a censurar al Papa por haberla nombrado Reina de Inglaterra. Los comisarios ni siquiera esperaron a que les tocara el turno, sino que, todos a una, se pusieron a gritar:

—¡Culpable, culpable, culpable!

Sus voces acabaron por convertirse en una algarabía que ahogó el alegre crepitar de las llamas de la enorme chimenea.

Thomas Bromley suspendió la vista hasta el día siguiente.

María estaba tan agotada que le costó un gran esfuerzo regresar sin ayuda a sus aposentos. No obstante tenía el firme propósito de mantenerse erguida en presencia de los comisarios. Al llegar a su habitación, sólo le quedaban fuerzas para decirles a los

servidores que la esperaban:

—Aún no ha terminado.

Se tendió en la cama y, poco a poco, dejó de temblar. La vista había durado casi ocho horas.

Las pruebas de que disponían los comisarios eran demoledoras; era evidente que estaba perdida.

«Y, sin embargo, creo haber contestado con gran habilidad —pensó—. Quizás algunos se lleven una impresión más favorable de mí de la que tenían al principio. Jesús mío, cuántos eran; a muchos de ellos me apetecía verlos. Allí estaba el viejo y querido Shrewsbury. Apenas abrió la boca... A Hatton se le veía muy cansado... Sir Ralph Sadler, que me vio desnuda y me examinó cuando nací..., ¿quién habría imaginado que me sobreviviría? Todos aquellos caballeros, ¿qué habían dicho que eran? Nueve condes, trece barones, seis miembros del Consejo Real...»

El juicio se reanudó a la mañana siguiente. María entró en la estancia apoyándose en los brazos de sus servidores y ocupó su lugar en la silla tapizada de terciopelo carmesí. Los cuarenta y cuatro rostros parecían ansiosos de proseguir su tarea; tenían las mejillas arreboladas y hablaban con voz más fuerte. Cuando miró en torno a sí, María creyó advertir una sutil diferencia entre aquel día y la víspera, pero no consiguió identificarla de inmediato.

Se levantó para dirigir la palabra a la asamblea.

—Amigos —empezó diciendo. Acto seguido se percató de que al oír aquella palabra todos habían negado con la cabeza—. Jueces —rectificó—, he venido aquí voluntariamente por respeto a mi honor y para defenderme de la horrible acusación de haber participado en una trama para causar daño a la reina Isabel. Pero, en cambio, he sido atacada por muchas otras cuestiones; habéis intentado confundirme y apartarme de la principal imputación, pero no habéis presentado escritos originales sino sólo «copias certificadas». Si me condenáis por mis palabras o escritos, lo aceptaré, pero estoy segura de que no seréis capaces de presentar ninguno. —«Es cierto que di mi aquiescencia —pensó—, en un momento de debilidad. Pero me niego a ser condenada por pruebas falsas o manipuladas. Dios ha querido en su misericordia que no existan pruebas terrenas de mi error. Él es mi escudo y mi fortaleza.»

—¡Observad cuan segura se muestra! ¡No habla la inocencia, sino la astucia! ¡Sabe muy bien que las pruebas no existen porque ella las destruyó de manera sistemática..., demostrando con ello su arteria!

—¡Bravo, bravo! —gritaron otras voces.

El ruido se intensificó hasta convertirse en un retumbo. De pronto, María comprendió en qué consistía la diferencia que había advertido al principio: los

comisarios iban vestidos con atuendos de montar y llevaban botas y espuelas, lo que significaba que tenían la intención de terminar la vista lo bastante temprano como para marcharse cuando todavía fuera de día. La hora ya estaba decidida; lo que ella dijera carecía de importancia.

—Los delitos por los que hoy se me juzga —dijo María manteniendo la cabeza erguida— son mi cuna, las heridas que se me han infligido y mi religión. Del primero siento un justo orgullo, el segundo lo perdono y el tercero constituye mi único consuelo y esperanza. Soy la última representante católica de las casas reales de Inglaterra y Escocia y con gusto daría toda mi sangre para aliviar los sufrimientos de los católicos del Reino; pero ni siquiera por ellos lo compraría al precio de una guerra religiosa y la sangre de muchos otros, pues siempre me he compadecido de la vida de las más pequeñas criaturas de Dios.

—¡El que se compadece de los potrillos y los lechones suele ser cruel con su mujer! —gritó un hombre.

—¡Y todos los asesinos tienen una madre que permanece al pie de la horca, ensalzando su bondad para con sus parientes! —gritó otro—. «¡Mi Gregory no! ¡Él jamás se olvidaba de regar las flores!»

Todos estallaron en carcajadas y hasta Walsingham se unió a las risas mientras Cecil pugnaba por mantener el orden.

María se echó a llorar, lo que los indujo a atacarla con más saña. Siempre había sido contraria a la popular diversión consistente en azuzar a unos fieros perros para que, arrojando espumarajos por la boca, atacaran a un pobre oso encadenado. Se negaba a contemplar aquel presunto deporte y recordaba con dolor a su oso amaestrado de Francia, tan dulce y obediente. Ahora le parecía que el oso encadenado era ella y que los demás estaban a punto de atacarla y matarla. Decían que Isabel se lo pasaba muy bien viendo el suplicio de los osos y que éste era uno de sus pasatiempos preferidos...

—Prosigamos —intervino Cecil—. Pasemos a la siguiente acusación, la de la relación con los enemigos de Inglaterra, al propiciar invasiones por parte de España —añadió, haciéndole una seña a Walsingham.

Walsingham se levantó.

—Existen numerosas cartas que lo demuestran —dijo—. Ha escrito a sus agentes de París, a Mendoza, el embajador español, al propio Felipe II, instándole a emprender dicha acción. —Abrió una bolsa de gran tamaño y dejó que las cartas cayeran como una lluvia de hojas. Un par de ellas acabó en el suelo.

María respiró hondo y dominó su temblor echando mano de toda su fuerza de voluntad.

—No niego que he ansiado recuperar la libertad y he hecho todo lo posible por conseguirla —respondió—. Lo hice obedeciendo a un deseo muy natural. Cuando la

reina Isabel me la denegó, recurrí a otros países; pero sólo me vi empujada a hacerlo cuando me burlaron mediante tratados engañosos, cuando todos mis ofrecimientos de amistad fueron rechazados y cuando el rigor de mi encierro quebrantó mi salud.

Por fin, la sala había enmudecido.

—He escrito a mis amigos y les he rogado que me ayudaran a escapar de las deplorables prisiones de Isabel —prosiguió ella—, en las que ésta me ha mantenido encerrada a lo largo de casi diecinueve años hasta destruir de un modo cruel mi salud y mis esperanzas.

—¡Ya basta! —exclamó Bromley, levantando las manos—. ¡Aquí no estamos juzgando a la reina Isabel!

—Señora —dijo Cecil—, cuando se negociaba el último tratado para vuestra puesta en libertad, la asociación con vuestro hijo el Rey, ¿cuál fue vuestra respuesta? ¡Vuestro paniaguado Morgan envió aquí a Parry para asesinar a nuestra reina!

—¡No! —gritó María—. ¡Yo no sabía nada de eso! Si Morgan cometió esta maldad, lo hizo sin mi conocimiento.

—¡Desde luego! —repuso Cecil—. Nosotros sabemos que vos estabais detrás de todas estas conspiraciones. ¡Creéis que nos engañáis, pero nosotros sabemos lo que sois! ¡La auténtica hija de la sedición!

María lo miró fijamente.

—¡Milord —dijo al final—, vos sois mi enemigo!

—¡Sí! —gritó Cecil—. ¡Soy el enemigo de todos los enemigos de la reina Isabel!

María contempló los congestionados y alterados rostros de los hombres. Sus espuelas tintineaban cuando se rebullían en sus asientos. Muy pronto saldrían al aire de octubre para cabalgar entre risas hacia el sur y detenerse en las tabernas. Allí la imitarían, se burlarían de ella y montarían pequeñas escenas para deleite de los demás parroquianos. Alguien se envolvería en un lienzo de color negro, se cubriría la cabeza con un velo blanco y diría con voz chillona: «Soy una reina ungida...»

—Sólo hablaré ante el pleno de un Parlamento y en presencia de la Reina y de su Consejo —decidió—, pues veo que es una gran necesidad someterme a juicio en este lugar, donde todos los presentes tienen tan evidentes y notorios prejuicios contra mí. — Se apartó de su silla—. Os perdono a todos añadió, dirigiéndose a la asamblea—. Milores y caballeros, dejo mi causa en manos de Dios. —Dio media vuelta y se encaminó muy despacio a la cercana puerta, la misma por la que había entrado. Pasó por delante de una mesa donde unos abogados tomaban unas apresuradas notas. Que Dios me libre de volver a tratar con vosotros —dijo sonriendo.

Acto seguido, y sin que Cecil o Bromley pudieran impedirselo, desapareció por la puerta.

Cecil se levantó y pidió orden.

—¡Caballeros, caballeros! Ya habéis presenciado todos los procedimientos.



Nuestra graciosa reina quiere que nos reunamos en Londres para dictar la sentencia dentro de diez días —dijo, sosteniendo en alto las instrucciones que había garabateado Isabel—. ¡Ahora sois libres de retiraros!

Con un estallido de energía los hombres se levantaron de un salto de sus sillas y bancos.

Desde su ventana María vio que el patio se llenaba de hombres cuyos mantos de vivos colores formaban un vistoso mosaico contra los apagados tonos de las piedras. Muy pronto se alejarían y divulgarían la noticia por toda la campiña.

Se tendió en su lecho y cerró los ojos. Cuando se levantó y volvió a mirar, el patio estaba vacío.

## XXVIII

Walsingham caminaba arrastrando su pierna enferma al lado de Cecil, que también cojeaba a causa de una lesión mientras montaba a caballo. Ambos recorrían con doloroso esfuerzo el camino desde el embarcadero a la casa de campo de Walsingham en Barn Elms.

El buen tiempo estaba prolongándose; a pesar de que se encontraban a finales de noviembre, ninguno de ellos necesitaba un manto y el radiante sol les calentaba agradablemente los hombros. A su espalda el Támesis lamía las orillas, y muchas embarcaciones surcaban las aguas.

—Mi dolencia se debe a una caída —comentó Cecil—. Y pensar que por querer acelerar mis viajes lo único que he conseguido es lisiarme.

Tenía la pierna derecha entablillada y vendada.

—La mía se debe a la obstinación de Su Majestad —dijo Walsingham—. La verdad es que no sé qué debo hacer. Tengo el estómago revuelto, la rodilla se me hincha, la pierna me sangra...

Su voz se elevó en tono lastimero y Cecil lo miró alarmado. ¿Acaso estaba a punto de echarse a llorar?

Pasaron por delante de las hileras de plantas de tabaco que Walsingham había dispuesto; al parecer se desarrollaban muy bien.

—¡A ella no le importa! —musitó Walsingham—. ¡No le importa nuestro duro esfuerzo, nuestra diligencia, su propia seguridad..., todo ha sido inútil, Cecil, inútil! La Serpiente vivirá.

Cecil le pasó un brazo por los hombros.

—No, no, están haciéndose progresos. La comisión ha declarado culpable a la Serpiente, y las dos cámaras del Parlamento han pedido a la Reina que se proceda a la ejecución.

—¡Pero ella se niega! ¡Se limita a darles las gracias por las molestias y dice que no puede dar una respuesta! Les pide que busquen algún otro medio, asegura que aceptaría una disculpa personal de María... ¡Dios sabe que no se atreve a hacer lo que por su propio bien debería hacer!

Cecil suspiró, contemplando una piedra grande.

—Venid, sentémonos aquí bajo el sol. Nos sentará bien. —Se sentó y estiró la dolorida pierna—. Debéis comprender que la Reina se encuentra en una posición muy difícil. No soporta que la vean derramando sangre. A lo mejor, desea borrar el fantasma de su padre. Quizás, en algún recóndito rincón de su mente, equipara a María con su madre Ana Bolena. Ambas se educaron en Francia, ambas fueron acusadas de cometer indiscreciones, ambas fueron condenadas por buscar la muerte del Monarca.

Y, sin embargo, Isabel y muchos otros no están muy seguros de la culpabilidad de Ana Bolena. Tal vez Isabel quiera expiarlo de esta manera. ¿Quién sabe?

—A lo mejor, sencillamente está indecisa —espetó Walsingham—. O es una cobarde.

—La Serpiente ha aprovechado el juicio para exhibir su elocuencia y su ingenio —dijo Cecil—. Cuentan que lo mismo hizo Ana Bolena, pero no le sirvió de nada. En cuanto a María, incluso sus partidarios se vieron obligados a reconocer que las pruebas contra ella eran aplastantes. Sin embargo... —su voz se apagó— su actuación ha sido impresionante.

—¡Cualquiera diría que estáis enamorado de ella!

—No. Dije la verdad. Soy enemigo de todos los enemigos de la Reina.

—Pues a mí me decepcionó. No era más que una mujer regordeta de mediana edad que soltaba comentarios piadosos y lugares comunes y que rezumaba autocompasión. —Walsingham hizo una mueca mientras se frotaba la pierna—. Como Catalina de Aragón. No me extraña que Enrique VIII la encerrara en una torre. Aquellos aburridos y artificiales discursos... —Sacudió la cabeza—. En lugar de despertar compasión, ejercían el efecto contrario. ¡Qué asco!

—El conde de Leicester está a punto de regresar —dijo de pronto Cecil—. Es posible que la Reina le haga caso a él cuando falle todo lo demás. La ha instado a que emprenda una acción pero las cartas no resultan tan persuasivas como un llamamiento personal.

»Entretanto, los embajadores francés y escocés han empezado a hacer una campaña en su defensa, socavando más si cabe la indecisión de Su Majestad. Y el hecho de que la Serpiente haya abrazado el martirio y desee que Isabel la ejecute en público no contribuye precisamente a que ésta adopte una decisión. ¡Para contrariarla, Isabel sería capaz de dejarla vivir! ¡Creo que Dios ha destinado a esta sucia y perversa criatura de Escocia para que sea nuestro castigo! ¡Oh, Cecil, qué tarea tan ingrata la nuestra!

Cecil se encogió de hombros.

—Dejémosla escenificar su lamentable martirio —respondió—. Los más perversos criminales tienen todo el tiempo a Dios en sus labios, pues Dios es el único que los aguanta.

—¡Ojalá venga pronto lord Leicester! —replicó Walsingham levantando sus tristes ojos al cielo—. ¡Que vuestra magia surta efecto en la Reina!

Isabel se encontraba de pie delante del espejo en la intimidad de su cámara de Richmond. Sólo llevaba puesta la camisa, y sus pies descalzos asomaban por debajo del dobladillo. Se había quitado la peluca y su cabello natural se derramaba sobre sus hombros. Despojada de todas las glorificaciones terrenales de las joyas, los encajes,

los brocados y los afeites, contempló lo que quedaba.

Con los ojos entornados, habría podido decir que apenas había cambiado desde su ascenso al trono: seguía siendo esbelta, su cabello natural no había perdido el color rojo dorado y conservaba casi todos los dientes. Al no haber pasado por la experiencia de la maternidad, su cuerpo conservaba sus líneas adolescentes y un insólito aire juvenil. No obstante ella sabía también que sus idilios habían terminado junto con su fertilidad. Nadie la había cortejado de nuevo después de la Rana.

«He conservado la virginidad y la virginidad me ha conservado a mí —pensó, mirándose al espejo—. Y me alegro.»

Se envolvió en una bata y se recogió el cabello sujetándolo con un pasador de plata. Se sirvió un poco de dulce vino de Chipre y bebió un sorbo. Su frugalidad en el comer y el beber había contribuido a preservar también su salud.

«A mi edad, mi padre el Rey había alcanzado una gordura impresionante —se dijo—. Recuerdo haberle oído decir a alguien que tres hombres del Reino habrían cabido en su jubón. Ahora ya he vivido casi tanto como él, que murió a los cincuenta y cinco años y que desde hacía mucho tiempo se calificaba a sí mismo de “el viejo”. ¡Yo, en cambio, no me siento “la vieja”!

»La muerte... no la siento cercana por causas naturales, pero...»

Apuró la copa de vino, se sentó y permaneció un buen rato contemplando el motivo de la taracea de su escritorio. Encima de él había un *memento mori*, una calavera, y en una página de su libro de oraciones abierto se veía a la muerte atrapando a personas inocentes: la muerte como artista murmuraba «Ningún compás ni artificio me puede obligar a retirarme». Sobre el sepulcro de un rey yacente figuraba labrado el siguiente lema: «Ningún ardid, arte o trampa nos ayudó a derrotar a la muerte.» Se estremeció y cerró el libro. Se pasó las manos por las mejillas y percibió los pronunciados pómulos bajo la piel.

Raras veces se había sentido tan hostigada como aquel año, el quincuagesimotercero de su vida. Su soltería estaba asentada y no era posible cambiarla. Robert Dudley, su Robert, conde de Leicester, llevaba siete años casado con su segunda esposa y hacía un año que la había privado de su presencia en la corte pues se encontraba lejos, al mando de las fuerzas inglesas en los Países Bajos. Su actuación allí la había decepcionado al igual que el descubrimiento del verdadero alcance de su ambición. Pero, aun así, lo había echado de menos a su lado en Inglaterra.

La guerra en los Países Bajos había constituido un terrible error. El Tesoro empezaba a vaciarse a pesar de todos los cuidadosos ahorros que ella estaba haciendo. Poco a poco se dejaba arrastrar por la vasta guerra de religión que tanto se había esforzado en evitar; las relaciones con España eran cada vez más tensas; muy pronto estallarían las hostilidades. Las circunstancias la obligaban a asumir el papel de

defensora universal del protestantismo.

Y, por si fuera poco, estaba la cuestión de la reina de Escocia.

Nadie parecía comprender su dilema ni sus escrúpulos. Nadie comprendía su renuencia a ejecutar a su regia prima. Estaba sola del todo.

«A pesar del Parlamento, a pesar de los fieles servidores como Cecil y Walsingham, a pesar de los millares de leales súbditos que se proclaman dispuestos a morir por mí, sólo yo tengo poder para actuar —pensó—. Soy yo quien debe firmar la sentencia de muerte, y seré yo quien cargue con toda la culpa. A los ojos del mundo, estoy sola.

»En esto consiste el verdadero peso de la púrpura: soy yo quien tiene que tomar la decisión definitiva y arrostrar las consecuencias. Hasta ahora he compartido la carga con mis consejeros y con el pueblo; hemos actuado juntos en todas las cosas. En este caso, aunque ellos me insten a hacerlo, la decisión es sólo mía.

»¿Es culpable María? Por supuesto que sí. Pero esta vez no es la justicia la que la lleva al tajo del verdugo; si se hubiera hecho justicia, hace años que habría muerto. Es algo que debió haber ocurrido hace mucho tiempo.»

Desenvolvió una miniatura de la reina de Escocia que conservaba desde hacía años. En ella ésta aparecía como la joven, bella y afortunada gobernante que ascendía al trono de Escocia. De la misma envoltura de papel extrajo la sortija de diamantes que María le había enviado al llegar a Inglaterra como fugitiva, afirmando que ésta le daba derecho a recibir su ayuda. La pequeña sortija brilló bajo la luz de la vela. Isabel la estudió desde distintos ángulos como si fuese a descubrir en ella algo que antes le hubiera pasado inadvertido.

«No es más que un juguete —se dijo—. No es posible creer que algo tan pequeño haya tenido consecuencias tan trascendentales..., que quizá muera una reina por culpa de esta sortija. ¿Que quizá muera? Ya han muerto muchos. Esta sortija no es ni un sueño ni un juguete sino un auténtico *memento mori*.»

A la mañana siguiente, Isabel se vistió con sus colores más favorecedores, bermejo y dorado, y se puso el collar de perlas negras de la reina de Escocia para ser consciente de la presencia de María a lo largo de todo el día. Los lores se lo habían vendido hacia mucho tiempo, la primera vez que habían derrocado a María. Eran unas perlas preciosas, no enteramente negras, sino de un intenso y opalescente gris morado, con una superficie que brillaba como los racimos de uva todavía en la parra bajo el sol de finales de otoño. Tantas cosas había perdido María... Le aplicaron con habilidad unos afeites para simular el arrebol de la juventud y le pusieron su mejor peluca, la que tenía los bucles más espesos y brillantes. Ahora la criatura del espejo era una versión mejorada de la pálida y delgada imagen de la víspera; ahora Gloriana resplandecía

bajo el sol y el fulgor de la majestad.

Robert Dudley la visitaría, y ella quería mostrarse tal como siempre había estado para él. El tiempo jamás debía interponerse entre ellos..., ni tampoco las esposas ni otros cortesanos. Lettice Knollys, Christopher Hatton y Walter Raleigh no eran más que apéndices de ellos dos, que siempre serían uno: Robert e Isabel.

Esperó en su cámara privada. En el exterior brillaba un pálido y frío sol. Oyó unas pisadas y comprendió que él estaba a punto de llegar.

—¡Robert! —exclamó al verlo entrar en la estancia.

Dudley estaba un poco más grueso, tenía el rostro colorado y empezaba a perder el cabello. Sin embargo esto carecía de importancia e Isabel ni siquiera lo notó; no era él sino sólo una capa superficial que lo cubría en broma. El verdadero Robert era inmutable, tanto como la verdadera Isabel, y ambos serían siempre jóvenes y bellos.

—¡Mi Reina! —Robert cayó de rodillas y le besó la mano—. ¡Oh, por fin me encuentro de verdad en casa!

—Os ruego que os levantéis, querido —dijo Isabel, tirándole de la mano hacia arriba—. ¡Ahora vuelvo a estar a salvo!

Ambos permanecieron un buen rato mirándose fijamente el uno al otro. Después Isabel le indicó a Robert que se sentara y le ofreció vino caliente.

—Mi muy amada Majestad —dijo Dudley—, me temo que no estaréis a salvo hasta que... tengáis a bien hacer lo que vuestro pueblo os pide.

—¿Os han enviado ellos? —preguntó Isabel con brusquedad—. ¿Cecil y Walsingham? ¿Para intentar convencerme?

—No —contestó Dudley. Sus ojos castaños sólo reflejaban una profunda preocupación por ella—. Walsingham yace enfermo en su casa; ha gastado la vida a vuestro servicio y ahora se encuentra afligido y temeroso. Pero su papel ya ha terminado. Sin embargo, el Parlamento se ha reunido y ha decidido que vos debéis ejecutar la sentencia contra la reina de Escocia.

—¿Que debo hacerlo? ¿Quién es el Parlamento para dictarme lo que «debo» hacer? ¿Quién manda aquí, la Corona o el Parlamento?

—La Corona —se apresuró a responder Dudley—. El Parlamento carece de poder para hacer cumplir la resolución. Si vos no la publicáis y no estampáis vuestra firma en la sentencia de muerte, ésta no puede efectuarse. Ella vivirá hasta que decidáis que muera. Así de sencillo.

—¡Ya lo sé! —replicó Isabel—. ¿Por qué creéis que estoy tan atormentada?

—Pero si vuestro talento de gobernante siempre ha residido en estar de acuerdo y en armonía con vuestro pueblo —dijo Robert—. Vos lo reflejáis de la misma manera que el agua mansa refleja las nubes; juntos habéis formado un todo inconsútil. Vos decís que estáis casada con vuestro pueblo, y yo sé mejor que nadie cuán cierta es esta afirmación. Formáis una sola carne con vuestro pueblo. Y ahora el pueblo está

convencido de que este peligro para él y para vos debe eliminarse. Si desatendéis sus deseos, demostraréis que os tomáis a la ligera vuestra seguridad y la suya. Y esto el pueblo no lo perdonará ni lo olvidará.

—Oh. —Isabel cruzó los brazos sobre el abdomen y se inclinó hacia delante, como si le doliera. Las perlas le rozaron los brazos—. Sé que tenéis razón —admitió al final.

—Habéis pedido al Parlamento que busque otro medio. Lo han buscado y aseguran que no hay otro. Les habéis pedido que os ayuden a llevar la carga...

—¡No! Se lo he pedido porque... ¡porque eso resultaría más satisfactorio para el mundo, porque deseo que incluso mis enemigos sepan que fui justa y jamás me acusen de tiranía o de haber emprendido una acción precipitada!

Robert se echó a reír.

—¡Una acción precipitada! ¡No, os aseguro que de eso no sois culpable ni jamás lo habéis sido! Si tuvierais que elegir un símbolo de vuestro reinado, podríais elegir a la tortuga: sabia, cauta, lenta y amante de la paz.

Ahora Isabel también sonrió y acarició las perlas como si quisiera invocar un espíritu para que obedeciera sus órdenes.

—Y longeva, supongo.

La imagen de la calavera le pasó como un relámpago por la mente.

—Si María y sus partidarios se salen con la suya, no —repuso Robert—. Nadie sabe qué nos depara el mañana.

«Ningún ardid, arte o trampa nos ayudó a derrotar a la muerte.»

—Si ella os sobreviviera —añadió con cautela Robert—, pues las personas enfermizas alcanzan a veces una edad muy avanzada, quizás heredaría vuestro trono. Se restauraría el catolicismo y se destruiría todo lo alcanzado gracias a vuestra prudencia y habilidad para llegar al compromiso. Vos y vuestro pueblo sois una sola cosa, pero ella no armonizaría con este mismo pueblo, como tampoco armonizaba con el de Escocia. Y vos sabéis qué sucedió allí. Evítadle a vuestro pueblo esta posibilidad.

—¿Recordáis lo que dije hace tiempo, Robert? —preguntó de repente Isabel—. Dije que yo era su reina ungida y que nunca me obligarían a hacer algo a la fuerza. Pero esto es lo que ha ocurrido... ¡y por eso lo aborrezco tanto!

—No comprendo a qué os referís.

Dudley la miró perplejo.

—Primero me obligaron a permitir que Babington y los conspiradores fueran juzgados. Cuando los juzgaron y declararon culpables, me obligaron a ordenar su ejecución. Esperaba que con ello el pueblo se diera por satisfecho y María se salvase, tal como ocurrió con la ejecución de Norfolk. ¡Pero no! Me hicieron comprender con toda claridad que lo que ellos querían era la cabeza de María, no las de los conspiradores. ¡No se dieron por satisfechos! Me acusaron de haber tendido una trampa a aquellos pobres jóvenes. Y entonces me vi obligada a permitir que sometieran

a juicio a María. Una vez juzgada, me obligaron a convocar el Parlamento para intentar ablandar a las potencias extranjeras. Y, en cuanto intervino, el Parlamento empezó a presionar para conseguir su ejecución. ¡Paso a paso han estado guiándome y forzando mis actos!

—Hay ciertas cosas a las que incluso vos debéis obedecer —señaló Robert—. No al Parlamento en sí sino al sentimiento que hay detrás. El tiempo de las argucias legales y la vacilación ha terminado. La reina de Escocia tiene que morir.

Isabel cerró las manos en puño y se golpeó los costados en gesto de impotencia.

—Si no lo hacéis —añadió Dudley—, ¿qué será de las leyes del país? La gente pensará que la ley no sirve de nada. Somos un país de leyes; nos enorgullecemos de nuestro sistema legal. Eludirlo equivale a regresar a la barbarie.

—¡Pero ejecutar a una reina coronada...! —exclamó Isabel—. Jamás se ha hecho semejante cosa. ¿Qué ocurrirá?

—¿Qué ocurrirá si no lo hacéis? —preguntó Dudley a su vez—. Os ruego que no atribuyáis más importancia a la opinión de las potencias extranjeras que a la de vuestro pueblo.

—¿Qué hará Francia? ¿Qué hará Escocia?

—Los franceses no harán nada. Hace tiempo que dejaron de preocuparse por su suerte. En cuanto a Escocia..., Jacobo deberá armar público alboroto por su madre. Pero, en privado, procurará hacer lo que más conviene a sus intereses, que es conservar sus buenas relaciones con Inglaterra. Disfruta de su pensión y no pondrá en peligro el tratado que acaba de firmar con vos, con el implícito acuerdo de sucesión, ni por todas las madres de la cristiandad, y menos aún por la suya. ¿Recordáis lo que dijo cuando le comunicaron que se había descubierto su participación en la conspiración de Babington? «Ahora deberá beberse la cerveza que ella misma ha elaborado.» No, tened por seguro que no hará nada.

—Me han dicho que ciertos nobles escoceses, entre ellos el siempre caballeroso George Douglas, han estado apremiándolo para que invada Inglaterra y libere a María.

—Los escoceses a quienes vos misma tuvisteis que impedir que la ejecutaran no es probable que ahora arriesguen su vida por ella. No, por allí estáis a salvo.

—¡Ojalá todo hubiera terminado! —exclamó Isabel.

—Pues terminadlo —dijo Dudley—. Terminad de una vez, mi muy Graciosa Majestad.

Isabel suspendió las sesiones del Parlamento y lo convocó de nuevo para el 15 de febrero. Dos días después, el 4 de diciembre, permitió que se publicara la sentencia al son de las trompetas: María había sido declarada culpable de «ser no sólo cómplice y partícipe en la conspiración sino también la artífice y maquinadora de un plan para



asesinar a Su Majestad». En Londres sonaron las campanas durante veinticuatro horas, se encendieron hogueras y la gente lo celebró bebiendo y bailando por las calles.

Isabel pidió a Cecil que redactara la orden de ejecución y envió una delegación de consejeros a Fotheringhay para que notificaran a María el veredicto y la sentencia. Después se pasó dos días encerrada en sus aposentos.

## XXIX

María acababa de terminar el almuerzo servido en silencio en la estancia más espaciosa de la torre octogonal, cuando Paulet apareció en la puerta.

—Tenéis visita —le anunció enigmáticamente.

Antes de que ella tuviera tiempo de levantarse de la mesa y de limpiarse los labios con la servilleta, un grupo de hombres entró en la habitación. No reconoció a ninguno; le pareció recordar algunos de los rostros del juicio pero ignoraba sus nombres.

—Soy Robert Beale, escribano del Consejo Real de Su Majestad —dijo uno de los hombres, adelantándose.

Ofrecía un aspecto muy saludable y era fornido sin ser grueso.

María se levantó, se apartó de la mesa y se dirigió lentamente hacia el otro extremo de la habitación donde habría debido estar el trono. Una vez allí, se volvió hacia ellos.

—Señora —dijo el hombre con voz pausada—, nos han enviado para anunciaros la sentencia: habéis sido declarada culpable de conspirar contra la vida de la reina Isabel, y el Parlamento de este país os ha condenado a morir.

María se limitó a mirarlo en silencio.

Detrás de Beale, los otros hombres se removieron inquietos.

—Estos caballeros —añadió Beale—, todos ellos miembros destacados del Consejo Real, abogados de la Corona y otros funcionarios, son testigos de que en efecto os lo hemos comunicado. La sentencia ha sido anunciada por medio de heraldos y publicada en todo el Reino.

—Comprendo —dijo María.

—¡Ahora es el momento de confesar y pedir perdón! —terció Paulet, que acababa de incorporarse al grupo.

—¿Confesar? ¿Pedir perdón? —preguntó María—. El juicio y la sentencia son ilegales. —Mientras los hombres murmuraban entre sí, se apresuró a añadir—: Pero no importa. Conozco la verdadera razón por la que he de morir y la agradezco con humildad. Es por mi religión. ¡Qué gran privilegio se me ha concedido!

—¡Será mejor que os calléis ahora mismo! —exclamó Beale—. Es una jugada inteligente haceros pasar por santa y mártir, pero la verdad es que no sois ninguna de las dos cosas y estáis condenada a morir por haber participado en una vulgar conspiración contra la Reina.

—¡Supliqué al Señor que aceptara los sufrimientos y las persecuciones corporales y espirituales que he padecido como expiación por mis pecados y veo que Él ha escuchado mis plegarias! —continuó María.

—Ya veis, caballeros, todo lo que he tenido que soportar —comentó Paulet—. ¡Largas y aburridas peroratas que nunca vienen a cuento! Sería caritativo decir que el

largo período de encarcelamiento le ha hecho perder el juicio, pero lo cierto es que ella jamás lo tuvo. Siempre se ha entregado a fantasías y se ha rodeado de aduladores y de extranjeros, incluso en Escocia, y se ha pasado toda la vida encerrada en su pequeño mundo. Y ahora monta otro pequeño escenario para interpretar un papel: el de la santa mártir que eleva los ojos al cielo, murmurando en latín con un rosario en las manos.

—Señora —insistió Beale—, si le confesarais a la Reina...

—¿Cuándo ha de cumplirse la sentencia? —preguntó María.

—Eso está en manos de Su Majestad la Reina —contestó Beale.

—¿Y se tratará de una ejecución pública?

—Sí.

—¿No me matareis en secreto, privándome de la muerte en público? —le preguntó María a Paulet.

—¡Señora —contestó Paulet casi a gritos—, soy un hombre de honor y un caballero, y jamás me he deshonrado ejerciendo semejante crueldad o comportándome como un turco!

—De lo que me congratulo —respondió María.

Cuando los miembros de la delegación se retiraron, Paulet entro de nuevo en la estancia y subió con rapidez al dormitorio de María con un bulto bajo el brazo. Ella lo siguió, pero tardó un poco más en subir por los escalones. Cuando por fin llegó a la habitación, se le helo la sangre.

Paulet estaba colocando unas colgaduras negras en su cama.

—¿Qué hacéis? —le preguntó.

—Es para indicar que a los ojos de la ley ya estáis muerta. Estos son los adornos de vuestro entierro. En todo el resto de la cámara también habrá colgaduras negras —explicó Paulet sin interrumpir su tarea.

—¿De modo que mi lecho es mi catafalco y yo yaceré en él como de cuerpo presente?

—Algo así —contestó Paulet—. Pensad en vuestro eterno destino —añadió, bajando del taburete para estudiar su obra—. Se llevarán vuestra mesa de billar —añadió—. No debéis perder el tiempo en ociosas distracciones.

—Jamás la he utilizado desde que estoy aquí. Tenía otras ocupaciones. Os ruego que os la llevéis para que nos quede un poco más de espacio.

Paulet soltó un bufido de desprecio y se retiró.

Aquella misma tarde María reunió a los suyos y les comunicó la noticia. Esperaba que nadie prorrumpiera en lamentos o en exclamaciones de cólera, pues en tal caso la situación se hubiera complicado.

—Amigos míos, hoy he recibido la sentencia —les anuncié—. Todos sabemos qué significa. Paulet ha tenido la gentileza de adornar mi habitación de tal manera que en todo momento me sienta en el oscuro valle de la muerte.

—¿Y cuándo será? —preguntó Jane Kennedy. Tenía los ojos empañados pero no le temblaba la voz. María se lo agradeció en silencio.

—No lo sé. Por eso debo prepararme ahora. Necesitaré papel y habrá que confeccionar unas listas de los bienes que me quedan. Tengo que escribir cartas de despedida y hacer testamento.

Al oírlo, Elizabeth Curle profirió un grito y Willie Douglas emitió un gemido.

—Soy feliz, creedme, pues esto supondrá el fin de todas mis preocupaciones —los tranquilizó María—. Si me amáis, os alegraréis por mí. ¡La cautiva alcanzará por fin la libertad! Y cuando yo sea libre, vosotros también lo seréis. Sin embargo, os pido que me ayudéis a despedirme de este mundo fácilmente y con elegancia. Esta es vuestra tarea, es lo único que os pido. Ayudadme a despojarme de este manto de tristeza y a ponerme las vestiduras celestiales.

A María le dolía la mano. El reuma le afectaba en especial a la mano que empleaba para escribir, lo que incrementaba las molestias que padecía. Aun así, había conseguido terminar las cartas: una al arzobispo Beaton, su enviado en París; una al embajador español Mendoza, a quien habían expulsado de Inglaterra por su culpa por haber participado en la conspiración de Throckmorton, y lo habían acreditado en París; una al Papa, su padre espiritual; y una a Enrique de Guisa, jefe de la familia.

En esta última carta se había permitido especular acerca de su ejecución.

Por una injusta sentencia, estoy a punto de sufrir una muerte que nadie de mi familia, y menos todavía de mi rango, ha sufrido jamás. Y, sin embargo, doy gracias a Dios por ello, pues, en mi actual estado, soy inútil para el mundo y para la causa de su Iglesia. Y, aunque el verdugo jamás se haya manchado la mano con nuestra sangre, no os avergoncéis por ello, amigo mío.

Aún le restaba redactar el testamento y escribir la carta más difícil de todas, la que estaba obligada a enviarle a Isabel.

Durante todo el día se había hallado en un curioso estado de euforia que empezaba a debilitarse y a ceder el paso al cansancio.

«¿Dispongo de la fuerza suficiente para seguir adelante? —se preguntó—. Debo tenerla pues quizá más adelante me falte tiempo para hacerlo. Y es necesario que lo haga.»

El testamento consistía en una simple enumeración de cuestiones de carácter económico para asegurar el porvenir de sus servidores y pedir que la enterraran en Francia, al lado de su madre. Intentó recordar todas las sumas y las fincas, pero no

estaba segura porque no tenía sus libros de contabilidad. Sin embargo, esperaba que el rey de España, el de Francia o el duque de Guisa tuvieran la caridad de cubrir las pequeñas donaciones.

Y ahora la carta a Isabel. Cerró los ojos y rezó para que le vinieran a la mente las palabras más apropiadas. Después se puso a escribir muy despacio. Al principio, las palabras fueron meras fórmulas de cortesía. Pero después entró de lleno en la materia.

Al haber sido informada por vos de la sentencia aprobada en la última sesión del Parlamento y advertida por lord Beale de la conveniencia de prepararme para el término de mi largo y agotador peregrinaje, les rogué que os transmitieran mi gratitud por vuestra amabilidad y os pidieran en mi nombre la concesión de ciertas cosas para alivio de mi conciencia.

No acusaré a nadie y perdono de corazón a todo el mundo así como deseo que los demás, y por encima de todo, Dios, me perdonen a mí. Y, pues sé que vuestro corazón, más que el de ninguna otra persona, ha de conmoverse por el honor y la deshonra de vuestra propia sangre y de una reina, hija de rey, os suplico, Señora, en nombre de Jesús, que, una vez que mis enemigos hayan saciado su negra sed de mi sangre inocente, permitáis que mis pobres y desconsolados servidores retiren mi cadáver para enterrarlo en lugar consagrado con mis antepasados de Francia y, en especial, con mi difunta madre la Reina, ya que en Escocia los restos de los reyes antepasados míos han sido afrentados y las iglesias derribadas y profanadas.

Puesto que se me ejecutará en este país, no se me concederá un lugar de descanso cerca de vuestros antepasados, que también lo son míos, y vos sabéis que quienes profesan mi religión valoran mucho el hecho de ser enterrados en tierra consagrada. Confío en que accederéis a esta última petición que os formulo y permitiréis por lo menos una libre sepultura a este cuerpo cuando el alma se separe de él, pues no disfrutaron, cuando estaban unidos, de la libertad de vivir en paz.

Temerosa de la velada tiranía de algunos de aquellos en cuyas manos vos me habéis abandonado, os suplico que impidáis que me eliminen en secreto sin vuestro conocimiento, no por miedo al dolor, que estoy dispuesta a sufrir, sino por los comentarios que circularían después de mi muerte. Es por eso por lo que deseo que mis servidores sean testigos y puedan dar testimonio de mi fin, mi fe en mi Salvador y mi obediencia a su Iglesia. Os lo pido en nombre de Jesucristo, por respeto a nuestros vínculos de sangre, por Enrique VII, vuestro bisabuelo y el mío, por la dignidad que ambas ejercemos y por el sexo al que ambas pertenecemos.

Le temblaba la mano. No quería imaginarse a Isabel sosteniendo la carta en sus manos y leyéndola. Pero, al mismo tiempo, sabía que se sentiría desdichada si supiese con certeza que Isabel jamás la vería. Siguió escribiendo.

Suplico al Dios de la misericordia y la justicia que os ilumine con su santo Espíritu y a mí me conceda la gracia de morir en perfecta caridad tal como me esfuerzo en hacer, perdonando mi muerte a todos quienes la han causado o han participado en ella; ésta será mi plegaria hasta el final. No me acuséis de presunción si, al abandonar este mundo y prepararme para otro mejor, os recuerdo que un día vos habréis de dar cuenta del cargo que habéis ocupado, al igual que quienes os han precedido en él, y que mi sangre y la desventura de mi país serán recordadas, por lo que desde el primer amanecer de nuestro entendimiento deberíamos disponer nuestra mente de tal manera que las cosas temporales cedieran su lugar a las eternas.

Vuestra hermana y prima injustamente encarcelada

María Reina

Ya estaba hecho. María dobló el papel y se levantó. Le dolía la cabeza. Había escrito muchas, muchísimas páginas. Cuando las contempló, le pareció increíble.

La vela de su pequeño altar todavía parpadeaba. La débil luz amarilla bañaba el rostro de la Virgen pintado sobre una tabla de madera, su principal objeto de devoción desde que retirara el crucifijo de marfil para colgarlo en el lugar de la pared donde debía estar su dosel real. Al reconocer Paulet con cierta inquietud que no tenía derecho a retirarlo, ella le aseguró que, de todos modos, prefería el crucifijo.

Ahora, de rodillas delante de la Virgen, cerró los ojos y la inundó una sensación de paz nacida de algo más que del simple cumplimiento de una tarea. Se sorprendió de que así fuera e intentó imaginar qué habría ocurrido si la hubieran condenado a muerte en otro momento o lugar de su vida, cuando la sangre le ardía en las venas y su apego a la vida era tan fuerte.

En Francia, cuando todos sus sentidos se hallaban sumergidos en la belleza; en Escocia, cuando su orgullo y su ambición se enfrentaban con el desafío de gobernar y más tarde, cuando su valor tuvo que afrontar el peligro de la traición; en los brazos de Bothwell, cuando el deseo y el amor la dominaban y la hacían exultar de gozo con todos los aspectos de su ser terrenal... No, en ninguno de aquellos momentos habría deseado separarse de este mundo. Al principio, el mundo representaba para ella un jardín, más tarde una liza y después un lecho de placer del que había bebido profundamente. Ahora era una bebida que tenía que dejar a un lado y que jamás volvería a saborear.

Las palabras acudieron a su mente de manera misteriosa, unas palabras en latín que debía anotar como si acabara de recibirlas. Se levantó y regresó al escritorio.

*Domine Deus  
ravi in Te;  
are mi Jesu  
ic Libera me.  
hura catena,  
niseria poena,  
idero Te.  
guendo, gemendo,  
renuflectendo,  
ro, imploro,  
iberes me.*

*Señor Dios mío,  
i he esperado;  
amado Jesús,*

*ra líbrame.  
¡duras cadenas,  
muy tristes penas,  
e deseado.  
viendo y languideciendo,  
¡rodillas  
¡doro y te imploro  
me liberes.*

—La libertad, la libertad... rompe mis cadenas —musitó en la silenciosa estancia. Todo estaba en silencio. Era ya pasada la medianoche.

«Estamos a 8 de diciembre —pensó—; mi cumpleaños. El cuadragésimo cuarto, el último que viviré en la tierra.» El hecho de saberlo constituía un regalo de incalculable valor.

Al día siguiente mandó llamar a Balthazar. El anciano medio encorvado cruzó con paso vacilante la estancia, pues apenas le quedaban fuerzas para levantar los pies del suelo. Como consecuencia de ello, éstos emitían un rumor susurrante al rozar sobre las baldosas de piedra.

—Amigo mío —le dijo María—, hoy es mi cumpleaños y necesito una vez más del servicio que me habéis prestado a lo largo de tantos años.

Balthazar tenía los ojos empañados por una especie de velo blanquecino, pese a lo cual los levantó hacia ella y asintió con la cabeza. María comprendió que se había pasado la noche llorando.

—Me hicisteis el vestido de mi primera comunión, y mi vestido de boda cuando me casé con Francisco. También confeccionasteis el vestido que lucí en el bautismo de Jacobo. ¿Creéis que ahora seríais capaz de hacerme el vestido más espléndido que jamás me hayáis hecho?

Balthazar sacudió la cabeza.

—No veo bien y me tiemblan tanto las manos que no soy capaz de cortar la tela recta.

—Que otros realicen estas tareas; lo que quiero es que vos me diseñéis el vestido. Os podéis imaginar una prenda terminada, ¿verdad?

—Sí. Mejor que nunca.

—Pues imaginad lo siguiente: quiero un vestido con el que alcance la inmortalidad. Un vestido con el que pase de la naturaleza mortal a la eternidad. ¿Lo estáis viendo?

—Sí, Señora. —Balthazar se enjugó los ojos—. En mi mente lo veo.

—¿Y qué veis?

—Un vestido de color rojo. Carmesí. El color del martirio. Con el cuello bajo y una falda holgada. Sí, lo veo.

—Pues tomadme las medidas, mi fiel servidor. Y preparádmelo. No se lo digáis a nadie más que a vuestros ayudantes. Será nuestro secreto, hasta que llegue el día.

Balthazar se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—No, amigo mío, no lloréis —le dijo María—. Yo me alegro de partir; cuando iba a mis bodas y mis ceremonias, aquello no era más que una sombra de lo que viene ahora, un fugaz sabor de este gozo superior a todos los gozos. Os diré un secreto: ya lo presiento. La eternidad ya ha empezado para mí, y constituye una dicha y una paz indescriptibles.

El cuadragésimo cuarto cumpleaños de María llegó y se fue; la Navidad, celebrada con tristeza, llegó y se fue. Todos menos María se encontraban abatidos y apenas tenían fuerzas para seguir viviendo, excepto los pocos que se sentían dominados por una ardiente furia. Sólo María parecía flotar en un mundo protegido propio, ajena al frío, la oscuridad, la humedad y los interminables rumores que se filtraban al interior de la torre a pesar de la fuerte vigilancia. Por todo el Reino corrían voces de que María se había fugado, que las tropas españolas habían desembarcado en Gales, que se había producido una rebelión en el norte. Se hablaba incluso de una nueva conspiración contra Isabel, en la que se pretendía cubrir con veneno sus espuelas y su silla de montar.

María se preparaba cada día para la llegada del funcionario con la orden de ejecución.

Se lo imaginaba en una carrera contra el asesino secreto que podía atacar en cualquier momento y despojar a su muerte de significado. Estaba segura de que aquel verdugo por decisión propia se encontraba en algún lugar de Fotheringhay.

No obstante, a medida que transcurrían los días sin que nada ocurriera, el temor empezó a apoderarse de ella.

Cabía la posibilidad de que Isabel en su «clemencia» decidiera salvarle la vida. Quizás aplazaría la firma de la orden así como aplazaba todo lo demás hasta que se salía con la suya y el pueblo dejaba de acosarla..., tal como había dejado de acosarla para que se casara. Confió sus temores a su diario.

29 de diciembre, *Anno Domini* de 1586. ¡Es posible que me tengan así otros veinte años! De esta manera, Isabel no derramaría mi sangre. Otros veinte años de habitaciones cerradas, de no recibir cartas, de enfermedad y aislamiento. Con las consabidas conspiraciones. Los de fuera seguirían conspirando y yo me vería obligada a participar. Más claves, más mensajeros... ¡Oh, Salvador mío, líbrame de esta muerte en vida! ¡No me condenes a ella!

1 de enero, Día de Año Nuevo, *Anno Domini* de 1587. Amanece otro año. Ayer Paulet me comentó



la cuestión de los salarios de mis servidores. Por su tono de voz y sus palabras, me pareció que tenían la intención de darles empleo en un futuro previsible. ¡Oh, Dios mío, oh, dulce y compasiva Madre, no permitas que se prolongue mi tormento! No lo soporto, no lo soporto, no lo soporto...

8 de enero, *Anno Domini* de 1587. Sí, soy capaz de soportarlo. Puedo hacerlo todo por medio de Cristo, que me da fuerza. Pero, oh, Dios mío, quiero algo más que la simple capacidad de resistir. Quiero ofrecerte la dádiva de mi muerte. Quiero morir de una manera en la que te glorifique para expiar todas las ocasiones en que no te he glorificado con mi vida.

*Descubre tu presencia,  
y máteme tu vista y hermosura;  
mira que la dolencia  
de amor, que no se cura  
sino con la presencia y la figura.*

Esto es lo que escribe mi compañero de sufrimientos Juan de la Cruz. ¡Oh, quién tuviera el don de tales palabras! Pero no debo ambicionar lo que Tú has querido dar a otros... Aquí todo está tranquilo y no ocurre nada. Isabel se ha olvidado por completo de mí y me deja esperando... y esperando.

Mis enfermedades corporales, que ya había olvidado —¿para qué reparar el tejado de un edificio que está a punto de ser derribado?—, pronto requerirán nuevos cuidados. Bourgoing necesita ciertas hierbas para los tratamientos.

¡Oh, cuánto aborrezco estas pequeñas indignidades! ¡Ya no deberían hacerme falta más hierbas!  
Pero perdona mi rebelión, Señor.

## XXX

A Isabel no le gustaron las celebraciones de Año Nuevo, con el consabido intercambio de regalos. Y no es que no le hubieran hecho regalos costosos e insólitos: saleros de oro en forma de galeones, alhajas en forma de animales, collares de esmeraldas. Pero no le gustaba pasar del año 1586 al 1587. El Parlamento se reuniría a principios de año, lo que significaba que cada vez le quedaba menos tiempo para encontrar una solución al engorroso problema de María, Reina de Escocia. Necesitaba zanjarlo antes de enfrentarse con los lores.

El mes de enero no sirvió precisamente para ayudarla a resolver el dilema. Ocurrieron toda suerte de cosas que por fuerza la empujaban a ordenar la ejecución de María: se produjo otra conspiración de asesinato, esta vez con la participación de la embajada francesa. El pueblo estaba cada vez más agitado pues los rumores sobre la invasión española o la fuga de María se extendían por todo el país. Algunos aseguraban que Londres estaba ardiendo y que en el norte había estallado una rebelión armada. En Londres se habían producido violentos disturbios en los que la gente había exigido que se ajusticiase al «Monstruoso Dragón».

—Pero lo que se ha hecho, ya no puede deshacerse —musitó Isabel, yendo y viniendo por la estancia—. Y eso es algo que nunca antes se ha efectuado, la muerte por sentencia judicial de un soberano ungido. ¿Qué desencadenará este hecho? El pueblo está forzándome a hacerlo. Hoy me obligan a ejecutar a María; mañana quizás ejecuten directamente a un monarca por su propia autoridad. Ni siquiera deberán convencer a otro gobernante de que lo haga.

Se estremeció al pensar de súbito en un mundo en el que la soberanía del pueblo dictara la ley. «Eso no ocurrirá mañana ni al día siguiente —se dijo—, pero ocurrirá, y yo habré sido la causante.»

Sin embargo, Robert también tenía razón. ¿Qué ocurría cuando el pueblo hablaba, actuaba de acuerdo con la ley y los procedimientos legales y no se le prestaba atención? ¿Y si la frustración lo conducía al mismo sitio con mayor rapidez?

De pronto, sintió que cobraba fuerzas renovadas. Llamó al momento a William Davison, secretario de Estado, y le pidió que le llevara la orden de ejecución de la sentencia.

Mientras aguardaba su regreso, comprendió que aquella oportunidad jamás se presentaría de nuevo. Los franceses permanecían encerrados en su embajada cubiertos de ignominia tras el descubrimiento de la conspiración, y no les sería posible interceder por María. Los escoceses ya habían dejado de presentar peticiones por ella y no había aparecido nadie que quisiera rescatarla. El emisario especial escocés, lejos de abogar por su antigua soberana, había comentado por lo bajo que «una mujer muerta

no muerde». Era la estación del mal tiempo, y esta vez los españoles no enviarían una flota al norte. Tenía que ser ahora; era un momento fugaz, y semejante constelación de acontecimientos jamás se repetiría.

—Atacar o ser atacada —murmuraba una y otra vez Isabel cual si se tratara de una letanía—. *Aut fer aut feri, ne feriare, feri*. Seré una bellaca indigna del puesto que ocupo si no sigo adelante.

Davison se presentó con la orden de ejecución redactada varias semanas atrás, cuando se había dictado la sentencia, y la depositó con reverencia en las manos de Isabel.

La Reina la leyó muy despacio mientras él permanecía de pie delante de ella.

Isabel, por la gracia de Dios, Reina de Inglaterra, Francia e Irlanda

A nuestros fieles y amados primos George, conde de Shrewsbury, Henry, conde de Kent, Henry, conde de Derby, George, conde de Cumberland, y Henry, conde de Pembroke, saludos.

Desde que la sentencia dictada por vosotros y otros miembros de nuestro Consejo contra la reina de Escocia, María, hija de Jacobo V, se dio a conocer, el Parlamento no sólo aprobó la citada sentencia por considerarla justa y honrosa sino que con toda humildad exigió, solicitó y nos apremió para que ordenáramos la ejecución de su persona por juzgarla merecida. Añadió que el aplazamiento de la misma constituiría a diario un indudable peligro no sólo para nuestra vida sino también para la suya, su descendencia y el estado llano de este reino. Por este motivo publicamos la sentencia mediante una proclama pero hasta ahora no habíamos dado cumplimiento a la citada sentencia.

Ahora comprendemos cada día la profunda preocupación de todos los más sabios, grandes y estimados súbditos y su cotidiano temor por nuestra vida en caso de que sigamos demorando la merecida ejecución final, olvidando sus constantes peticiones, plegarias, consejos y advertencias, por todo lo cual, violentando nuestra natural disposición y dominada por el evidente peso de sus consejos y de sus diarias peticiones, hemos accedido a que se haga justicia y a que se efectúe la ejecución. Deseamos, y con esta orden os autorizamos, que os dirijáis al castillo de Fotheringhay, donde la citada reina de Escocia se encuentra bajo la custodia de nuestro fiel servidor y consejero sir Amyas Paulet. Y que, haciéndonos cargo de ella, ordenéis la ejecución de su persona en vuestra presencia y en la del citado sir Amyas Paulet y de todos los funcionarios de justicia que tengáis a bien ordenar que os sirvan; y que la citada ejecución se cumpla del modo y manera, en la hora y el lugar y por obra de las personas que a vuestra discreción consideréis convenientes.

Estas patentes, que llevarán el Gran Sello de Inglaterra, serán para vosotros y para todas las personas presentes una orden suficiente y una exoneración permanente. En testimonio de lo cual hemos dispuesto que estas cartas se conviertan en patentes. Dado en nuestra mansión de Greenwich, el primer día de febrero del vigesimonoveno año de nuestro reinado.

Isabel depositó la orden sobre su escritorio y estampó con rapidez su llamativa firma.

A highly stylized, cursive handwritten signature in black ink. The word 'Elizabeth' is clearly legible in the center, with elaborate flourishes extending above and below the letters. The signature is written on a light-colored background.

Isabel R.

## XXXI

—¿Qué son estos gritos? —pregunto Jane Kennedy.

En el exterior de la torre se oían unas voces.

María le indicó por señas que se acercara a la ventana. Los movimientos le resultaban tan dolorosos que procuraba reservarlos para las tareas más urgentes.

Jane abrió los postigos y dio un respingo.

—Es... una luz brillante en el cielo... —exclamó—. ¡No..., una llama! —chilló, apartándose—. ¡En la ventana!

María advirtió unas llamas que parecían rodear el marco de la ventana; pequeños dardos de fuego penetraron en la estancia. Alarmada, se levantó de un salto y se acercó para ver.

Las llamas se habían desvanecido, como si el aire las hubiese aspirado. Fuera, los guardias se quejaban y se frotaban los ojos. La luz los había cegado.

De repente, las llamas regresaron, se retiraron y volvieron de nuevo antes de desvanecerse de manera definitiva.

María se aferró al alféizar de la ventana intentando recobrar el aliento.

—Está aquí —dijo—. Es un presagio.

Abajo se había congregado un grupo de gente.

—En ningún otro sitio... —oyó que comentaban los guardias—. Sólo allí, debajo de sus ventanas... —Los guardias levantaron los ojos, atemorizados—. Es ella.

María cerró los postigos con trémulas manos.

Después se acostó en su lecho con el cuerpo rígido y dolorido, como si éste hubiera decidido protagonizar una rebelión y se negara a levantarse.

Cuando clareaba, llamó a Bourgoing.

—¿Recordáis las hierbas que me aliviaron cuando tenía las rodillas tan anquilosadas? ¿Creéis que sería posible conseguir más? Debo recuperar la movilidad pues, cuando llegue la orden de ejecución, no quisiera verme incapaz de levantarme de la cama. ¡Lo interpretarían como renuencia o temor! —dijo con firmeza.

—Se lo preguntaré a Paulet, Señora —contestó el médico—. Entretanto, pedidles a vuestras damas que os apliquen masaje en las articulaciones y las cubran con paños calientes.

Después del almuerzo, Bourgoing fue a ver a Paulet y le expuso la desesperada situación en que se encontraban.

—Apenas es capaz de doblar las extremidades. Hay unas hierbas que la aliviarían. ¿Sería posible... podríais darme vuestra autorización para salir a recogerlas a los campos?

Paulet parecía incómodo y menos seguro de sí mismo que de costumbre.

—Anotad los nombres de las hierbas que necesitáis y enviaré a alguien a recogerlas —contestó por fin.

—Con mucho gusto lo haría, pero ignoro sus nombres en inglés. —Al ver que Paulet fruncía el entrecejo, Bourgoing añadió—: No pretendo poner dificultades. Os juro por Dios que es verdad.

Paulet contrajo el rostro en una mueca y se mordió el labio inferior.

—Lo consultaré con sir Drue Drury, mi nuevo colaborador aquí, y, si él está de acuerdo, mañana, lunes, podréis salir con el boticario.

—¿Fuera del castillo? —preguntó Bourgoing, sorprendido.

—Sí. Pedídmelo de nuevo mañana. Recordádmelo, no sea que me olvide.

Cuando Bourgoing le comunicó a María el resultado de su gestión, ella lo miró desconcertada.

—A nadie se le ha permitido salir de las murallas del castillo desde que llegamos —dijo—. Y creo que no se trata de una estratagema. Quizás esto demuestre que más vale ir siempre con la verdad por delante.

Aquella noche, mientras rezaban las últimas oraciones de la jornada, Willie Douglas espero a que se produjera una pausa para acercarse a María.

—Ha llegado alguien de fuera —le susurró.

Ella prosiguió con sus plegarias, pero le indicó por señas que aguardara. Cuando se retiraron los últimos servidores, se apartó con él.

—Decidme, Willie, ¿qué habéis visto? Vuestros ojos son tan perspicaces como siempre.

—A alguien cuya llegada ha provocado un gran revuelo. Paulet y Drury lo han recibido en el patio y lo han introducido a toda prisa en el castillo, levantando una y otra vez la mirada por si alguien los observaba.

—¿Lo habéis reconocido?

—No. Jamás lo había visto.

A la tarde siguiente, Bourgoing fue a ver a Paulet para preguntarle por las hierbas.

—¿Cuento con vuestro permiso para salir, señor? —le preguntó con ansia.

Paulet no se atrevió a mirarlo a la cara.

—En este momento, no —contestó—. Quizá la Reina no las necesite.

—... y, por consiguiente, no me permiten salir —explicó Bourgoing con amargura.

—Ya comprendo que no voy a necesitarlas. Podéis dejar de buscarlas —dijo María.

Era el lunes 6 de febrero. Aparte de la conversación entre Paulet y Bourgoing, no ocurrió nada insólito. María se preguntó si por fin habría llegado la orden. Quizás aquel misterioso sujeto hubiese acudido allí por un asunto sin importancia. Fotheringhay era un edificio, y en un edificio se necesitaban muchas cosas, sobre todo en invierno. Había goteras en los tejados, chimeneas atascadas, establos inundados. «Todas estas cosas nada tienen que ver conmigo», decidió.

«Al parecer, habré de esperar aquí eternamente —se dijo, acostada en la cama fingiendo dormir—. Cada día se fundirá en el siguiente y, al final, las malas hierbas y las zarzas cubrirán todo el castillo y a nosotros nos olvidarán del todo... por siempre jamás.

»“Jesús le dijo: si yo quisiera que éste permaneciese hasta que yo venga, a ti ¿qué te importa?”

»Si Tú quieres que espere, espere y espere, yo he de obedecer», pensó, presa de un profundo desánimo.

El día siguiente amaneció nublado, con unas brumas que se arremolinaban en el suelo y un sol que sólo se manifestaba por medio de una borrosa y grisácea luz. María se levantó con gran dificultad, desayunó y se pasó el resto de la mañana leyendo hasta la hora del frugal almuerzo. En aquella estación del año la variedad de alimentos no era muy grande: unas cuantas zanahorias reblandecidas, un poco de mustio repollo y pescado seco, pero a ella no le importó pues tenía muy poco apetito.

«Debo acostarme, no quisiera hacerlo, pero es necesario.»

Se levantó muy despacio, se apoyó las manos en la parte inferior de la espalda y percibió las protuberancias de su columna vertebral. Estaban sensibles y doloridas.

—Señora, hay alguien que quiere veros —anunció Willie, entrando desde la estancia exterior—, alguien a quien vos conocéis muy bien.

—¿Quién es? —preguntó María, experimentando una repentina punzada de temor.

—Es el conde de Shrewsbury. Desea hablar con vos.

—Estaba a punto de irme a descansar un poco. Tengo que tenderme un rato en la cama. Dejad que primero me acueste y acompañadlo a mi lecho.

¡Shrewsbury! ¿Qué hacía allí? No era posible que... No, Isabel no habría sido capaz de exigirle semejante cosa..., ¡ni a él ni a ninguno de los demás!

Se cubrió los hinchados pies con una mantita y se colocó un gran almohadón detrás de la cabeza.

Shrewsbury entró con cierta vacilación. Lo seguían otros dos hombres y también Paulet y Drury.

—Bienvenido seáis, amigo —lo saludó María, presa de una sorprendente alegría al verlo; lo había echado de menos sin reparar en ello.

Parecía afligido y tenía los ojos hinchados y rodeados de oscuras ojeras.

—Me duele venir en esta misión —musitó al fin Shrewsbury—, aunque me alegro mucho de veros.

Robert Beale se acercó a la cama.

—Como sabéis, soy secretario del Consejo Real —murmuró—. Traigo... —Abrió una bolsa de terciopelo y extrajo un cuadrado de pergamino del que colgaba el Gran Sello.

La orden. María jamás había imaginado qué sentiría cuando la viera. Parecía enorme y letal. Por un instante, le faltó el valor. Aquello no era un relato sino un hecho real.

—La orden de mi ejecución —musitó—. No temáis leérmela. El alma cuyo cuerpo no es capaz de soportar por un instante el golpe del verdugo no es digna de los gozos del Ciclo.

Beale leyó la orden, palabra por palabra.

María escuchó con atención.

«Con toda humildad exigió, solicitó y nos apremió para que ordenáramos la ejecución de su persona... que haciéndonos cargo de ella, ordenéis la ejecución de su persona... que a vuestra discreción consideréis convenientes...»

Después agachó la cabeza.

—En nombre de Dios —dijo— recibo con agrado esta noticia y le bendigo y alabo porque ya se acerca el fin de mis amargos sufrimientos. —Notó punzadas en la rodilla, pero eso ya no importaba, pues muy pronto terminarían para siempre—. ¿Cuándo será? —preguntó.

—Mañana a las ocho —contestó Shrewsbury con la voz quebrada por la emoción.

—¿A las ocho? ¿Mañana a esta hora ya llevaré cuatro horas muerta? —exclamó María—. ¡No tendré tiempo suficiente para prepararme!

—Señora, hace dos meses que os leyeron la sentencia —repuso Paulet—. Ya deberíais estar preparada.

—Carezco de poder para aplazarlo. Habréis de morir mañana a la hora que os hemos indicado —dijo Shrewsbury en tono de disculpa.

—Tendré que... Tengo que tomar disposiciones sobre mis servidores, que lo han sacrificado todo por mí y que al perderme lo perderán todo; debo redactar mi testamento...; no podía hacerlo hasta el último minuto, pues no sabía de un día para otro qué dinero o posesiones conservaría. Necesitaré mis documentos y mis libros de cuentas.

—Eso no será posible. Todavía están en Londres, adonde los llevaron desde Chartley —repuso Paulet.

—Os ruego que me devolváis a mi querido capellán, el padre De Préau. Me habéis separado de él estas últimas semanas. Ahora lo necesito para que me ayude a prepararme según las disposiciones de mi Iglesia.

—De ningún modo, pues sería contrario a las leyes del país y a nuestra conciencia. No obstante, permitiremos que os atienda un capellán protestante —contestó Paulet.

—¡No, eso no me sirve de nada! —protestó María—. Debo morir en la religión en la que fui bautizada.

—¡Señora, vuestra vida supondría la muerte de nuestra religión, y vuestra muerte supondrá su salvación! —gritó el conde de Kent.

María le sonrió como si acabara de hacerle un espléndido regalo.

—¡Ah, no quería halagarme pensando que era digna de semejante muerte y con humildad la recibo como prenda de que soy uno de los siervos elegidos por Dios! —La alegría le transformó el rostro. Cuando los hombres ya se disponían a retirarse, María les preguntó—: ¿Ha enviado la Reina alguna respuesta a mis peticiones? ¿Me enterrarán en Francia?

—Eso no lo sabemos —respondió Shrewsbury.

Al oír que le temblaba la voz, Paulet lo miró enfurecido.

—¡Oh, señor! —exclamó Bourgoing mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas—. ¡A la persona más humilde, más aún, al mayor de los criminales, se le habría concedido más tiempo para preparar su muerte! ¡Si no tenéis compasión de esta noble soberana, tenedla al menos de nosotros sus servidores, que quedaremos en la indigencia si ella no se encarga de proporcionarnos algún medio de subsistencia!

—¡No tengo poder para aplazar la ejecución! —contestó Shrewsbury y abandonó la estancia con un portazo.

Jane Kennedy cayó llorando sobre la cama.

María miró a sus apenados servidores, que la rodeaban. De repente, recuperó la fuerza; tenía trabajo que hacer.

Tocó la cabeza de Jane.

—¡Levantaos, Jane Kennedy! —la alentó con poderosa voz—. ¡Dejad de llorar y poned manos a la obra, pues el tiempo apremia! —Dio unas palmadas para llamar la atención de los demás—. ¿No os avisé, hijos míos, que esto ocurriría? Bendito sea Dios, porque ya ha llegado el momento en que el temor y el dolor están a punto de terminar. ¡No lloréis ni os lamentéis, pues de nada servirá; alegraos más bien de verme tan cerca del final de mis prolongadas cuitas y aflicciones!

Se levantó de la cama y se acercó a su escritorio, donde empezó a repartir las pocas cosas que le quedaban y el poco dinero que había dejado, anotando el nombre de cada beneficiario en trocitos de papel. Procuró distribuir todos sus bienes y deseó haber



sido capaz de legarles algo más que aquellas pequeñeces.

—Que me sirvan la cena temprano —le pidió a Bourgoing—. Quiero hacer mi última comida y dedicarme después a las cosas de verdadera importancia.

Le sirvieron la cena sin la menor ceremonia, ya que se habían llevado su cetro y su estrado junto con su sacerdote. Todos se sentaron, abatidos, y apenas probaron bocado.

—¿Os fijasteis en el empeño que tuvieron en señalar que moriría por mi religión? —preguntó María—. ¡Oh, glorioso pensamiento, que haya sido elegida para morir por semejante causa! —Tomó una copa de gran tamaño, la llenó de vino y se la pasó a Bourgoing—. Ahora quiero que cada uno de vosotros brinde por mí y me preste juramento de fidelidad por última vez.

Bourgoing se postró ante ella y, casi sin poder hablar, levantó la copa.

—Dios os conceda la paz —susurró.

Lo siguió Jane Kennedy, también de hinojos.

—Os seguiré hasta el tajo y jamás os seré infiel ni os olvidaré —prometió.

Tenía los ojos arrasados en lágrimas pero consiguió que no le temblara la voz. Le pasó la copa a Elizabeth Curle.

—Juro mantener el esplendor de vuestro nombre delante de todo el mundo y seguir defendiendo vuestra causa hasta el fin de mis días —aseguró Elizabeth.

—Yo que os ayudé a escapar de Lochleven —dijo Willie Douglas— debo contemplar ahora impotente cómo vais al encuentro de un destino mucho peor, del que no podréis escapar.

—Ah, Willie, en verdad sois un fiel servidor. Pero recordad que ahora escapo de mis males. La Reina mi prima me hace un gran favor.

El anciano Balthazar se arrodilló.

—Ya tengo preparado el vestido —le informó—. Ojalá me fuese posible ofreceros otro regalo.

—No aceptaría ninguno con más agrado que éste —señaló ella.

Cuando todos se hubieron postrado ante ella, María tomó la copa y brindó por ellos.

—Adiós, mis buenos amigos. Si os he ofendido en algo, os ruego que me perdonéis.

Después de la cena, se sentó en el extremo más alejado de la estancia y le pidió a Jane que le llevara sus restantes alhajas y tesoros para que los repartiese entre ellos. Uno a uno los tomó y los examinó.

—Éstas son las reliquias de mi antiguo esplendor —dijo—, y saldrán de este lugar como emisarios míos—. Se quitó del dedo un anillo con un gran zafiro cuadrado—. Éste es para mi valeroso pariente lord Claud Hamilton.

Dispuso que otras de sus joyas se entregaran a los reyes de Francia, a Catalina de Médicis y a la familia de Guisa. Bourgoing recibió un libro de música encuadernado en terciopelo.

—Os ruego que recordéis todas las noches de invierno que nos pasábamos cantando —le pidió—. Llevaré este rosario de oro a la ejecución —añadió—. Pero, una vez en el cadalso, os lo daré a vos, Jane. Quiero que después de mi muerte sea entregado a Anne Dacres, la fiel nuera católica del duque de Norfolk. —Acarició el diamante que todavía llevaba colgado del cuello—. Ya es hora de que me lo quite —dijo—. Prometí llevarlo hasta la muerte. Y ahora ha llegado el momento. —Se lo pasó a Jane—. También llevaré el agnuscdei hasta el cadalso, pero después quiero que lo conservéis vos, Elizabeth. No permitáis que el... verdugo se apropie de él.

Elizabeth rompió a llorar de nuevo.

Ya eran más de las nueve y María aún debía hacer testamento. Se inclinó sobre el escritorio e intentó recordar todas las posibilidades, nombró albaceas al duque de Guisa, el arzobispo Beaton, el obispo Leslie y a Du Ruisseau, el canciller de su dote en Francia. Tenía que tomar disposiciones sobre la celebración de misas por el eterno descanso de su alma, las donaciones destinadas a niños pobres y a sacerdotes de Reims y una aportación para el sustento de los seminaristas. Autorizaba a sus damas para que se llevaran su coche y sus caballos a Londres y, con lo que obtuviesen por la venta, se costeasen los pasajes para sus países de origen.

Terminó de redactar el testamento y lo enrolló. Le dolía la mano, pero aún le restaba escribir otras cartas. Puesto que no podía confesarse en persona con De Préau, tendría que hacerlo por escrito. Tomó la pluma con su anquilosada mano y trató de imaginar que hablaba con él. En los más oscuros rincones de la estancia visualizó a la muerte con los esqueléticos brazos cruzados, observándola con las vacías cuencas de su cráneo.

Mi estimado Padre en Cristo,

Os suplico que veléis y recéis conmigo esta noche, la última que viviré en esta tierra. Confieso por propia voluntad mis pecados, sabiendo que son muchos...

Ya era casi la medianoche. Prestó atención por si algún sonido o campana marcaba de manera oficial el paso del 7 al 8 de febrero, pero nada oyó.

Tomó otra hoja de papel y empezó a escribir su última carta, dirigida a Enrique III, rey de Francia.

8 de febrero de 1587.

Mi regio hermano, habiéndome por la voluntad de Dios y creo que por mis pecados entregado al poder de la Reina mi prima en cuyas manos he sufrido mucho durante casi veinte años, he sido finalmente condenada a muerte por sus Estados...

No he tenido tiempo de haceros un detallado recuento de todo lo ocurrido pero, si escucháis las palabras de mi médico y de mis restantes y desventurados servidores, conoceréis la verdad y sabréis que, gracias sean dadas a Dios, yo desprecio la muerte...

Levantó los ojos con inquietud e intentó concentrar la vista en los oscuros rincones de la estancia. ¿Lo decía en serio? Más valía que no la despreciara de antemano...

Reanudó la carta, en que le expresaba al rey de Francia su preocupación por sus servidores y por su entierro. ¿Tendría él la bondad de ayudarla en aquellas cuestiones? Confiaba en él. Al final, rebuscó en una bolsita de terciopelo y extrajo dos piedras preciosas sin engarzar: una de ellas era una amatista y la otra, una cornalina.

Me he tomado la libertad de enviaros estas dos piedras preciosas, talismanes contra la enfermedad, confiando en que podáis gozar de buena salud y de una larga y dichosa existencia. Aceptadlas de vuestra amante cuñada que, en el momento de su muerte, quiere dejar constancia de sus afectuosos sentimientos por vos.

Viernes, a las dos de la madrugada.

Vuestra amantísima y sincerísima hermana,

María R.

Al Cristianísimo Rey, mi hermano y antiguo aliado.

¡Las dos de la madrugada! ¡La noche transcurría volando! «Pero ¿qué más da? —se preguntó—. Dificilmente la pasaría durmiendo. Muy pronto dormiré.»

¿Sería demasiado tarde para realizar la acostumbrada lectura con sus damas? Sí, por supuesto.

Se levantó con el cuerpo entumecido y se acercó a la cama. Ya era demasiado tarde incluso para desnudarse. No pensaba despertar a nadie para que la ayudase, y ella tenía los dedos demasiado hinchados como para hacerlo sin ayuda. Se tendió en la cama vestida del todo y cerró los ojos. «¡Oh, Dios mío, dame valor! ¡No permitas que me venga abajo en el momento de la muerte! —rezó—. Te fallé en la última prueba, pero en tu misericordia me has concedido otra oportunidad. ¡Dígnate ayudarme ahora!»

Oyó un crujido a su lado y, al abrir los ojos, vio a Jane y Elizabeth junto a su lecho. Ambas se habían vestido de negro.

—Os habéis preparado muy temprano —les dijo. Pero el hecho de verlas vestidas para su ejecución la conmovió en lo más hondo—. Yo soy más perezosa. Sin embargo, a pesar de que es muy tarde, me gustaría terminar el día del modo acostumbrado. Jane, ¿me leéis en voz alta algún pasaje de mi libro de horas?

—Ahora mismo —contestó Jane, yendo a buscarlo.

—Elegid la vida de algún gran pecador.

Jane leyó el índice.

—¿María Magdalena?

María sacudió la cabeza.

—¿San Agustín?

—No.

—¿El buen ladrón de la cruz?

María suspiró.

—Sí. Fue un gran pecador, pero no tan grande como yo. Que mi bendito Salvador, en memoria de su Pasión, se compadezca de mí en la hora de mi muerte como lo hizo de él.

Reclinándose sobre la almohada, cerró los ojos, esperando a que la tranquilizadora voz de Jane iniciara la lectura del relato.

—«Los dos ladrones condenados a ser crucificados al lado de Jesús se burlaban de él. Pero, al final, uno de ellos, movido por la gracia divina, reprendió a su compañero. “¿Ni tú, que estás sufriendo el mismo suplicio, temes a Dios? En nosotros se cumple la justicia pues merecemos la muerte. Pero este hombre es inocente”, dijo. Después, dirigiéndose a Jesús, añadió: “Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.”»

»Jesús lo miró y dijo: “En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso.”»

«Hoy..., el Paraíso... ¿estaré allí dentro de unas horas? —se preguntó María—. ¿Será cierto?»

Unos golpes amortiguados llegaron hasta sus oídos. Estaban levantando el cadalso en la gran sala, al otro lado del patio.

—«Esta experiencia de los ladrones condensa y prefigura toda la existencia humana —siguió leyendo Jane, inclinándose un poco más hacia delante para que María la oyese sin que ella tuviera que levantar la voz—. Nos muestra los elementos esenciales de la vida y la muerte cuando ya no queda tiempo. Pero estos hombres gozaron de un singular privilegio, una experiencia que nadie más ha tenido ni podrá tener. Murieron al lado de Jesús, que también se moría.»

«Yo, en cambio, muero sola —se dijo María—. No tendré compañeros en el cadalso.»

—«Es una oportunidad singular y un singular desafío... ver morir a Dios y, sin embargo, creer en Él. ¿Y cuál fue su respuesta? El primer ladrón dudaba y lo retaba: “Demuéstralo y creeré.” Ésta es la habitual respuesta humana; es lo que el mundo nos enseña a hacer. Pero se trata de una doctrina despreciable.»

«En efecto, todos queremos pruebas —pensó María—. ¿Seré una gran pecadora si dudo aunque sólo sea por un instante?»

—«El segundo ladrón dijo “Señor”, no “si eres el Señor” —continuó Jane—. No había tenido tiempo ni quizá capacidad para comprender las complejas cuestiones teológicas. Tal vez ni siquiera comprendiera qué significaba el Paraíso. Pero lo más importante fue que vio... y creyó. Ahora bien, ¿qué significa esto para nosotros? Por muy condensado y abreviado que esté, los ladrones y las pocas horas de vida que les quedaban en la cruz son en esencia lo mismo que nos ocurre a ti y a mí. Nos espera la misma muerte... más lenta tal vez, pero no menos cierta. Afrontamos la misma cuestión eterna, la misma oportunidad. Hemos de preguntarnos: “¿Cuál de los ladrones soy yo?”»

Jane cerró el libro con suavidad.

María estaba sonriendo. Los martillazos seguían sonando de manera implacable.

—Incluso en la hora de la muerte puede haber salvación —dijo María—. Nunca es demasiado tarde.

En el exterior de la estancia se oyó un repentino rumor de pisadas de botas. Habían aumentado el número de los guardias para evitar que la Reina escapara en el último momento. La quietud de la noche ya había terminado, y el aire vibraba con los sonidos del asunto que tenían entre manos.

A las seis de la madrugada María abandonó todo intento de simular que descansaba. Se levantó de la cama y las mujeres la imitaron de inmediato.

Nadie había dormido.

—Me restan dos horas de vida —comentó asombrada—. Resulta curioso no padecer una enfermedad mortal, tener la mente despejada y, sin embargo, saber que el fin está cerca. No poseo el don de la clarividencia o la profecía, pero no ignoro lo que va a ocurrirme. —Se tocó el brazo, tan sólido y tibio. Su mortalidad inmediata era del todo punto artificial—. Venid, mujeres mías. Vestidme como para una fiesta; pedidle a Balthazar mi vestido especial, pues la ceremonia en la que participaré es una celebración.

Mientras le preparaban el vestido, María permaneció en silencio, prestando atención a su respiración. El aire le parecía una cosa densa que se saboreaba; era consciente de su respiración. «El aliento de la vida —pensó—. Respirar es vivir. “Y el Señor Dios infundió en su nariz el aliento de la vida y el hombre se convirtió en un ser viviente.” Oh, Señor Dios, tengo que creer que seguiré siendo un ser vivo incluso cuando el aliento desaparezca dentro de dos horas. Debo...»

—Aquí tenéis, Señora —dijo Elizabeth, mostrándole el vestido carmesí. Era todo de raso, con una sencilla falda y un corpiño cortado muy bajo por detrás para facilitar el golpe del hacha. El escote estaba ribeteado de encaje y las mangas eran de quita y pon.

—Gracias.

Cuando se disponía a ponérselo, se le ocurrió una idea absurda. ¿Y si no le venía bien? No se lo había probado.

Pero le sentaba a la perfección.

Después Jane fue por el sobrevestido negro de luto, confeccionado en raso con adornos de terciopelo y botones de azabache. Con lágrimas en los ojos, se lo puso sobre el de color carmesí. Elizabeth le colocó su mejor peluca antes de ajustarle el tocado: un casquete blanco rematado en punta en la frente, del que arrancaba un largo y transparente velo blanco ribeteado de encaje que llegaba hasta el suelo como el velo

de novia que había lucido en su primera boda.

Las mujeres retrocedieron para contemplarla. Ya parecía una persona lejana, vestida para emprender un largo viaje a otro país. El atuendo la había transformado.

María tomó sus dos rosarios y se los ató en torno a la cintura junto con una cruz; un agnuscéi colgaba de una cadena alrededor de su cuello. Sus movimientos eran cautelosos y delicados.

—Os doy las gracias —dijo—. Y quiero pedirlos un... otra cosa. En el cadalso, después de la ejecución... —las palabras le brotaron atropelladamente de los labios— no podré dar a este cuerpo los cuidados que exige el recato. Os ruego que me cubráis; no me dejéis expuesta a las miradas de la gente.

Las mujeres asintieron en silencio.

—Y ahora dejad que el resto de mi casa se reúna con nosotras —añadió—. Quiero hablar con cada uno de vosotros por última vez.

Cuando se hallaron todos juntos, María abrazó a las mujeres y ofreció su mano a los hombres para que se la besaran. Quería hablarles del testamento y de lo que debían hacer después, pero le pareció que las palabras sobran y resultarían embarazosas. En cambio, se limitó a colocar el testamento y las cartas de despedida en una caja abierta y a señalarla con la mano.

Vio que la luz del sol penetraba a través de las ventanas. El aire olía un poco a primavera; con seguridad, a la orilla del río Nene ya florecían las campanillas de febrero.

«El 8 de febrero —pensó—. Justo hoy, hacia el anochecer, se cumplirán veinte años de la última vez que vi a Darnley, antes de que muriese al día siguiente. En mi fin está mi principio pues mi mayor desgracia empezó aquel día y hoy llega a su cumplimiento.»

A continuación, tras haber tomado el pan y el vino que Bourgoing le había llevado para infundirle fuerzas, se apartó de ellos y se retiró al oratorio para rezar.

Pensaba que tendría montones de palabras que decir, pero en realidad fueron muy pocas. «Dame fuerzas. Gracias por esta vida.» A su lado, *Geddon*, también casi al final de sus días pero aferrándose tenazmente a la vida, meneó la rala cola. Aquel sonido cotidiano, suma de todas las cosas cotidianas que estaba a punto de abandonar, provocó que las lágrimas asomaran a sus ojos.

—Qué extrañas son las cosas que más echaré de menos —murmuró.

Ya eran más de las ocho cuando el alguacil llamó a la puerta y entró en la estancia.

—Señora, los lores me envían a buscaros —dijo.

María se levantó y se volvió hacia él.

—Sí. Vamos.

De repente, Bourgoing cruzó corriendo la estancia hasta la pared donde colgaba el antiguo crucifijo de marfil y lo tomó.

—Llevalo delante de ella —indicó, entregándoselo a uno de los mayordomos.

María sonrió. ¿Cómo había sido capaz de olvidarlo?

El grupo abandonó los aposentos, y bajó por la escalinata de madera de roble pasando por delante del portillo que había marcado el límite exterior del mundo de María, que jamás le habían permitido traspasar. María lo dejó atrás con rapidez, sostenida por dos de los hombres de Paulet.

Al llegar al pie de la escalera, el conde de Kent mandó a sus servidores que se detuviesen.

—¡No sigáis! No podéis entrar en la gran sala. —Mirando enfurecido a María, le informó—: Debéis morir sola, por orden de la Reina.

Los servidores de María rompieron a llorar y a protestar. Jane se arrojó al suelo y asió con fuerza el vestido de María.

«Unos dedos que agarran mi vestido... ¡Rizzio!» María se soltó de Jane y se volvió hacia Kent.

—Os ruego, señor, que les permitáis presenciar mi final. Deseo que vean cómo lo resisto.

—¡No! Se pondrían a llorar y a gemir y distraerían al verdugo. Y, peor todavía, empararían sus pañuelos con vuestra sangre para convertirlos en reliquias sagradas. ¡Ya sabemos lo que hace vuestra religión con semejantes tonterías!

María se estremeció.

—Milord —dijo, procurando que no le temblara la voz—, os doy mi palabra, aun cuando ya estaré muerta, de que no harán nada de todo eso. —Volviéndose hacia el conde de Shrewsbury que había permanecido oculto en la parte de atrás, añadió—: Sé que vuestra soberana no os ha dado esta orden. Ella, la Reina Virgen, no me negaría la dignidad de recibir las atenciones de mis damas en la hora de mi muerte.

Shrewsbury, Kent, Paulet y Drury consultaron entre sí y, al final, le permitieron elegir a seis personas para que la acompañaran.

—Quiero que vengan Jane y Elizabeth. Andrew Melville, jefe de mi casa, mi médico, el boticario y el cirujano. A no ser... que permitáis que me acompañe mi sacerdote.

—¡Nada de sacerdotes! —rugió el conde de Kent.

—Muy bien —respondió María.

Antes de que reanudaran la marcha, Melville cayó de rodillas.

—¡Ay de mí —gritó—, que me ha tocado en suerte llevar a Escocia la dolorosa noticia de que mi Graciosa Reina y Señora ha sido decapitada en Inglaterra!

—No lloréis, Andrew, mi leal y buen servidor. Yo soy católica y vos protestante; pero hay un solo Jesucristo, y en su nombre os pido que seáis testigo de que muero fiel a mi religión como una auténtica escocesa y una auténtica francesa. Encomendadme a mi amadísimo y dulcísimo hijo. Le doy mi bendición en la tierra —añadió, trazando la

señal de la cruz en el aire.

—¡El tiempo se agota! —gruñó el conde de Kent—. ¡Vamos!

El cortejo, al frente del cual iban el alguacil y sus hombres, seguidos de Paulet, Drury, Shrewsbury, Kent y Beale, hizo su entrada en la gran sala. María los siguió, resuelta a caminar sin ayuda. Enderezó la espalda y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, mantuvo la cabeza erguida.

La sala era muy espaciosa pero María sólo vio la plataforma de la ejecución. Había oído cómo la construían; ahora la tenía ante sí.

Ocupaba unos doce pies cuadrados y estaba rodeada por una barandilla. Su altura era casi de una yarda, demasiado alta para que fuese posible subir a ella directamente desde el suelo, por lo que se habían construido dos pequeños peldaños. Unas colgaduras negras rodeaban toda la plataforma. Encima de ella había una silla, una mesa, un almohadón, dos banquetas... y el tajo.

María intentó evitar que se le aceleraran los latidos del corazón, pero no se había preparado para aquel trance. Todo lo demás guardaba una analogía con la vida normal. Pero no había manera de volverse insensible a la existencia de aquella plataforma de muerte, no existía sustitutivo alguno al que ella hubiera podido acostumbrarse.

La multitud la miraba para comprobar si temblaba.

Otra gente, observándola como cuando la habían devuelto a Edimburgo, flanqueada por lord Lindsay y Ruthven, como ahora lo estaba por Paulet y Drury...

«¡Quemad a la puta!»

«¡Ejecutad a la traidora!»

Dirigió la vista al frente y se concentró en las colgaduras negras que rodeaban la plataforma. Se detuvo al pie de los peldaños. Paulet se situó a su lado y le ofreció la mano.

—Os doy gracias, señor —le dijo ella—. Es la última molestia que os causaré.

Shrewsbury, Kent y Beale subieron por los escalones; una vez en la plataforma, le indicaron que se sentara en la silla. Ella obedeció.

Vio a dos hombres vestidos enteramente de negro. Después vio el hacha en el suelo. ¡Era de la misma clase que se empleaba para cortar leña! No iban a utilizar una espada. Asió con fuerza los brazos de la silla.

Beale empezó a leer la orden de ejecución. Sólo entonces María miró a los presentes. Algo más de cien personas rodeaban la plataforma por tres de sus lados.

—Ahora, Señora —le dijo Shrewsbury con un hilo de voz—, ya sabéis qué tenéis que hacer.

—Cumplid con vuestro deber —repuso María con una sonrisa. La invadió una profunda sensación de paz.

Justo en aquel momento un corpulento clérigo vestido con hábito se inclinó hacia la plataforma.



—¡Soy el deán de Peterborough! —dijo con sonora voz—. ¡No es demasiado tarde para abrazar la verdadera fe! Sí, la religión reformada que ha...

¡Eso no! María se desconcertó; jamás habría imaginado que eso ocurriría justo en aquel momento.

—Señor deán, no os molestéis ni me molestéis —replicó— pues sabed que profeso la antigua fe católica y romana, en defensa de la cual y por la gracia de Dios, estoy a punto de derramar mi sangre.

—¡Pensad en vuestra alma, que muy pronto se separará de vuestro cuerpo! ¡Cambiad de parecer y arrepentios de vuestra pasada maldad! —gritó el clérigo.

—Mi buen señor deán —le contestó María—, no os molestéis más por esta cuestión. Nací en esta religión, en ella he vivido y en ella estoy decidida a morir.

—Señora, incluso en este momento Dios Todopoderoso os abre la puerta; no la cerréis con la dureza de vuestro corazón...

La voz del deán se apagó y María creyó oír la de John Knox diciendo: «La conciencia requiere conocimiento y temo que no tengáis un buen conocimiento...»

Shrewsbury interrumpió al clérigo.

—Señora, nosotros rezaremos con el deán por vos.

María lo miró con una sonrisa.

—Os agradeceré que recéis por mí, pero no me uniré a vuestras oraciones. No puedo hacerlo, pues no pertenecemos a la misma religión.

Shrewsbury intentó hacer callar al deán, pero Kent instó a éste a que siguiera hablando. El deán levantó los brazos.

—Te suplicamos que abras tus ojos misericordiosos —atronó— y contemples a esta persona que está a punto de morir y cuyos ojos de comprensión y de luz espiritual has cerrado hasta ahora...

¡Estaba lanzando una maldición! María cerró los oídos y empezó a rezar en latín, dejando que las antiguas palabras prevaleciesen sobre aquellas crueles afirmaciones. Se deslizó de su asiento al suelo y cayó de rodillas.

—*Conserva me, Domine, quoniam speravi in Te...*

«Presérvame, Señor, pues en ti he puesto mi esperanza...»

Levantó la voz hasta conseguir que sus palabras ahogaran los desvaríos del deán en sus oídos. Al final, no lo oyó; se hallaba de nuevo inmersa en la radiante paz que había estado a punto de perder. Se levantó con el crucifijo en la mano y lo sostuvo en alto.

—Oh Cristo, que extendiste tus brazos en la cruz —rezó—, dignate recibirme y borra todos mis pecados con tu preciosísima sangre.

El crucifijo pareció relumbrar y, detrás de él, María creyó ver la estancia de Saint-Pierre. Todo se había convertido en una sola cosa; el tiempo se había disuelto.

—¡Soltad esta baratija!

El conde de Kent intentó arrebatarse el crucifijo, pero ella lo estrechó contra su

pecho.

El deán se retiró. Acto seguido se acercaron los dos verdugos y se arrodillaron delante de ella.

—Perdonadnos —le pidieron.

María contempló sus musculosos antebrazos, más gruesos que su cuello.

—Os perdono a vosotros y al resto del mundo de todo corazón —les dijo— pues espero que esta muerte ponga fin a todos mis sufrimientos.

Los verdugos se levantaron.

—¿Queréis que os ayudemos a prepararos? —le preguntaron con cortesía.

—No, no estoy acostumbrada a semejantes servidores —contestó, esbozando de nuevo una sonrisa—, como tampoco lo estoy a desnudarme en presencia de tanta gente. —Hizo una seña a Jane y Elizabeth, postradas al pie de la plataforma—. Os necesito.

Las dos mujeres se levantaron y subieron a la plataforma, pero, mientras se acercaban a su señora, rompieron a llorar.

—No lloréis —les rogó María—. Me alegro de abandonar este mundo. Deberíais regocijaros por verme morir por una causa tan buena. ¿No os da vergüenza llorar? Vamos, si no dejáis de lamentaros, tendré que despediros pues sabéis que prometí que no os comportaríais de esta manera.

Mientras hablaba, se quitó el crucifijo y los rosarios y se los entregó a Jane. El verdugo trató de tomarlos, pero María lo reprendió.

Con trémulas manos, Jane y Elizabeth desabrocharon cuidadosamente el sobrevestido negro y dejaron al descubierto el vestido carmesí que había debajo. Los presentes contuvieron la respiración. Después, ellas le llevaron las mangas y las prendieron al vestido, dejándola convertida en un resplandor carmesí hasta los mismísimos dedos. Jane le quitó el velo y el tocado y los depositó en la pequeña banqueta. María se despidió con un beso de su crucifijo de marfil y lo posó al lado de los demás objetos de la banqueta junto a su libro de horas. Después tomó el pañuelo ribeteado de hilo de oro con que le cubrirían los ojos y se lo entregó en silencio a Jane.

Detrás de los presentes vio las llamas del fuego que ardía en la chimenea de la fría sala.

«Lo último que veré: llamas doradas y lienzos negros. Pero no hay una visión más digna que otra, y ninguna satisface por entero el deseo de seguir mirando.»

Jane rompió a llorar y no fue capaz de atarle la venda.

«¡Date prisa, tápame la vista, no prolongues esto!», pensó María.

Pero las manos continuaban temblando delante de sus ojos.

—Callad —le indicó a Jane—. Lo he prometido en vuestro nombre. No lloréis y rezad por mí.

María tuvo que ayudarla a ponerle la venda; se anudaba en la parte posterior de la cabeza y cubría en parte el cabello, por lo que parecía que llevara un turbante.

Ya no veía nada. Oyó respirar a las mujeres a su lado y después que las apartaban y las acompañaban hacia los peldaños.

Alguien la ayudó a arrodillarse sobre un almohadón que ella sabía que descansaba junto al tajo. Alargó las manos, buscándolo a tientas. Percibió su duro borde bajo el lienzo que lo cubría. Extendió el cuello y apoyó la barbilla en el hueco correspondiente.

¿Por qué resultaba todo tan real y tan duro? Debería haber sido como un dulce sueño que culminara en un estallido de éxtasis. En cambio, percibía la aspereza del lienzo, el dolor de las rodillas, el nudo de la venda que le provocaba molestias en la parte posterior de la cabeza. Tragó saliva y esperó, procurando no moverse.

—*In te Domine confido, non confundar in aeternum...* —murmuró para sus adentros. «En ti, Señor, he puesto mi esperanza, no quede yo eternamente confundida.»

Algo la tocó. Una ancha y gruesa mano acababa de apoyarse en su espalda para inmovilizarla. Notó que el sudor traspasaba la tela de su vestido y perfilaba la mano.

—*In manus tuas...* «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.»

Oyó su propia voz. Todo le sonaba dolorosamente agudo.

«Nada es nunca como yo esperaba, sino más profundo, duro, violento, dulce, grandioso..., pero yo vengo, Señor, a pesar de todo... ¡Ayúdame!»

Shrewsbury, el conde mariscal, bajó el bastón para dar la señal. El verdugo levantó el hacha y descargó un golpe con ella. Horrorizado, vio que en su nerviosismo había fallado y sólo le había producido un largo corte en la parte lateral de la cabeza. María soltó un gemido y dijo en un levísimo susurro:

—Jesús dulcísimo.

Los espectadores profirieron un grito. Con rapidez, el verdugo levantó de nuevo el hacha y la dejó caer con todas sus fuerzas. Esta vez penetró en el cuello y cercenó casi por completo la cabeza. Enfurecido y avergonzado, el verdugo empleó el filo del hacha para cortar los últimos ligamentos cual si de una sierra se tratara. La cabeza cayó y se alejó rodando. El cuerpo se aflojó y cayó hacia atrás con los hombros empapados en la sangre que manaba a borbotones del cuello.

—¡Dios salve a la reina Isabel! —gritó el verdugo, inclinándose para recoger la cabeza. Asiéndola por el pañuelo que cubría los ojos, la sostuvo en alto. De repente, una parte del pañuelo se movió, la cabeza cayó rodando y el verdugo se quedó con la peluca y el pañuelo en la mano.

La gente se sobresaltó al ver las canas de María. La cabeza parecía mirar a los presentes y los labios se movían.

—¡Así mueren todos los enemigos de la Reina! —gritó el conde de Kent, situándose a horcajadas sobre la cabeza caída.

Shrewsbury desvió la mirada y rompió a llorar.

El verdugo intentó levantar las faldas de María para quitarle las ligas según el tradicional privilegio de los verdugos. Mientras las manos rebuscaban entre la saya, se oyó un gañido lastimero y, de entre las arrugadas prendas, surgió un perrillo. Era *Geddon*, que había acompañado a su ama escondido entre las voluminosas faldas al abandonar ésta sus aposentos.

—¿Pero qué...? —gritó Bull, retirando enseguida la mano.

*Geddon* corrió hacia el cuello sin cabeza y lo rodeó, perplejo. Después se sentó a su lado y emitió un prolongado y sobrenatural aullido. A continuación, se revolcó en la sangre y montó guardia junto al cuerpo.

Jane y Elizabeth subieron corriendo por los escalones. Habían olvidado la promesa que le habían hecho a su señora y ahora su cuerpo estaba siendo profanado. Sin embargo, alguien les cerró el paso.

—¡No! ¡No podéis acercaros!

—¡Debemos atenderla! Prometimos...

—Vuestros deberes para con ella han terminado.

El deán subió de un salto a la plataforma y agarró a *Geddon*, le restregó el hocico en el charco de sangre e intentó hacérsela beber.

—¡Recordad la profecía de Knox sobre los perros que se beberían su sangre! —gritó—. ¡Bebe, bestia, bebe!

Pero *Geddon* soltó un aullido, se revolvió y hundió los dientes en su muñeca.

—¡Maldito animal! —exclamó el deán, soltándolo.

Paulet había tomado la cabeza de María y, tras haberla colocado sobre un cojín de terciopelo, la mostraba a la gente del exterior desde la ventana abierta.

Pero nada fue como habría debido ser. La cabeza ya no parecía la de María sino la de una anciana desconocida. El conde de Shrewsbury lloraba. María no se había mostrado atemorizada o acobardada en el cadalso, sino serena y feliz. De pronto, la tarea de comunicarle a la reina Isabel que su gran enemiga ya había perecido no resultaba envidiable.

Nada era jamás como uno esperaba...

Tomaron el crucifijo de María, su diario, las prendas manchadas de sangre, el tajo y todo aquello que ella había tocado y lo quemaron hasta que quedó reducido a cenizas en una hoguera que habían encendido en el patio del castillo. No querían reliquias ni recuerdos de ella. La existencia terrenal de la reina de Escocia tenía que borrarse por completo. Nada era jamás como uno esperaba...

Quedaba todavía el cuerpo de la Reina, que no se desvanecería; los testigos de la ejecución, que revelarían todos los detalles a un público cada vez más vasto; los recuerdos que ella ya había repartido. Quedaban todos los lugares donde María había vivido, las personas que había conocido, el hijo que había parido..., todo elevado y engrandecido por la muerte que ella acababa de sufrir. Cuanto más se esforzara el Gobierno en limpiar el cadalso y arrojar al fuego incluso su pañuelo, tanto más valor adquirirían las restantes reliquias que quedaran. Mientras el fuego consumía su vestido carmesí, en algún lugar del castillo las mohosas colgaduras con su lema «En mi fin está mi principio» cobraron nueva vida y empezaron a vibrar.

## XXXII

*Adoro, imploro, / Ut liberer me.*

«Te adoro y te imploro que me concedas la libertad.»

Libres del cuerpo, las múltiples Marías Estuardo que se encerraban en él atadas todas juntas, por así decirlo, se desperdigaron, convirtiéndose en elementos irreconciliables.

El bello y juvenil espíritu regresó a Francia. Voló a Reims y contempló al fin el sepulcro de su madre, a su querida tía y a su desolada amiga María Seton. Se detuvo con afecto junto a la pared en la que había colgado al principio el crucifijo de marfil. Voló sin el lastre corporal a Nôtre Dame y oyó el responso pronunciado en su propio funeral.

Allí, en la oscuridad de la enorme catedral donde se había casado envuelta en un resplandor de gloria terrenal, su espíritu oyó a un anciano sacerdote —que entonces era joven, hablar de ella y de aquellos tiempos.

—Muchos de nosotros vimos en este lugar donde ahora nos hallamos reunidos a esta soberana el día de su boda, ataviada con regias galas, cubierta de joyas que relucían más que el sol y tan bella y encantadora como jamás fue mujer alguna. Todos estos muros estaban adornados con lienzos de oro y preciosos tapices, y todo el espacio estaba ocupado por tronos y asientos de príncipes y princesas venidos de todas partes para participar en los gozosos festejos. El palacio rebosaba de magnificencia, y en él se celebraron espléndidas fiestas y se escenificaron espectáculos alegóricos mientras en las calles se celebraban justas y torneos. En resumen, aquel día nos pareció que nuestra época había superado la pompa de todos los siglos pasados. Ha transcurrido un breve espacio de tiempo y todo se ha desvanecido como una nube. ¿Quién habría creído que se produciría semejante cambio en una persona que entonces parecía tan esplendorosa y que veríamos prisionera a alguien que a tantos había devuelto la libertad; que se sumiría en la pobreza aquella que acostumbraba dar con tanta liberalidad a los demás; y que la tratarían con tanto oprobio aquellos a quienes tantos honores había otorgado; y, por último, que el hacha de un vil verdugo mutilaría el cuerpo de alguien que era reina por partida doble; que la figura que honró el tálamo de un soberano de Francia caería deshonrada en un cadalso y que la belleza que había sido una de las maravillas del mundo se desvanecería en una triste prisión y quedara al final borrada por una lastimosa muerte? —El sacerdote miró alrededor—. Este lugar donde ella se vio rodeada de esplendor está ahora cubierto de colgaduras negras por ella. Las antorchas nupciales han sido sustituidas por cirios fúnebres; en lugar de cantos de júbilo, emitimos suspiros y lamentos; en lugar de clarines y oboes, oímos el triste y lúgubre tañido de una campana. Parece como si Dios hubiera querido realzar

sus virtudes por medio del sufrimiento. Otros dejan a sus herederos la tarea de construir bellos edificios y espléndidos monumentos para huir del olvido, pero esta reina os exonera con su muerte de este deber pues gracias a ella ha quedado impresa en las mentes de los hombres como una imagen perenne, no sólo para esta época sino por toda la eternidad.»

El juvenil espíritu se conmovió y se fue a otra parte.

El Monstruoso Dragón y la Amenaza para el Protestantismo voló a Londres y contempló por fin a Isabel. Vio su dolor y sobresalto al enterarse de la ejecución de la sentencia y comprendió en su nueva forma de conocimiento que los ministros de Isabel habían cumplido la orden obedeciendo los dictados de su propia autoridad. Pero ya no importaba. Observó las celebraciones de Londres y comprendió el odio, pero éste no le afectó.

La madre fue a Escocia y contempló a Jacobo, un hombre adulto todo vestido de negro. Vio también a los cortesanos, a los nuevos, los que no estaban cuando ella gobernaba, y a los viejos, los que mandaban y sembraban el terror en sus tiempos y ya habían desaparecido casi por entero. Pero Holyrood era el mismo; y el castillo de Edimburgo también.

Vio al conde de Sinclair entrar con su armadura; oyó que Jacobo le preguntaba, irritado, si no había recibido la orden de vestirse de luto por la reina de Escocia; y oyó que el conde exclamaba, golpeándose la armadura y haciendo un floreo con la espada:

—¡Éste es el luto apropiado para la reina de Escocia!

Escocia... no había cambiado. Pero ahora ella podía amarla.

María, la hija de Roma y la mártir de la fe, vio la proliferación de relatos sobre su piedad, de retratos y poemas que empezaron a circular en cuanto sus servidores huyeron de Inglaterra y se trasladaron al continente para contar la historia de sus últimos días. Su espíritu se conmovió al ver la devoción de sus hermanos católicos. Sin embargo, no se reconoció en aquella juiciosa y severa cautiva que éstos habían creado.

Hubo dos entierros y dos funerales. El primero de ellos se celebró seis meses después de su muerte en la cercana catedral de Peterborough. Fue una ceremonia anglicana, presidida por el deán. Su espíritu no se ofendió y sólo experimentó compasión. El padre De Préau caminaba detrás de él, portando una cruz. Isabel presidía el duelo, pero, como es natural, no se hallaba presente. Había enviado como representante suya a la condesa de Bedford. El día era muy caluroso y el féretro pesaba mucho. El espíritu sabía que habían encerrado el cuerpo en mil libras de plomo como si temieran que se escapara. No entendían nada, a pesar de todas sus plegarias y de su

religión.

Transcurrió un tiempo que no era un instante siquiera y se celebró el segundo funeral. El féretro fue trasladado despacio a Londres por orden de Jacobo, que ahora era Rey de Inglaterra y Escocia. Deseaba honrar a su madre depositando su cuerpo («no entendían nada») en la capilla de su bisabuelo Enrique VII. En aquella misma capilla, bajo una estructura y una estatua labrada por el mismo escultor, yacía Isabel.

El espíritu vio pasar su féretro a pocas yardas de distancia del monumento de Isabel. La nave de la capilla, con los muros y los sitials labrados, las separarían y jamás contemplarían sus respectivos sepulcros.

En el complicado monumento de María, rematado por un dosel de mármol blanco y negro, había una estatua suya yacente labrada en mármol blanco. Era tan bella como sólo las cosas terrenales pueden serlo.

Por eso el espíritu gustaba de visitar el monumento y de demorarse en él. Algunos de quienes lo visitaban percibían su presencia y muy pronto empezó a hablarse de milagros y de santidad.

No entendían nada...

El espíritu lamentaba que no lo entendieran, que no comprendieran que su presencia nada tenía de extraordinario, ni siquiera de insólito; por lo que, poco a poco y con el tiempo, perdió el deseo de vagar por el mundo. Encontró su lugar de descanso en Dios, que siempre había comprendido que todas las Marías Estuardo eran una sola, creada para toda la eternidad.

La exiliada había llegado a su patria.

En mi fin está mi principio.



## EPÍLOGO DE LA AUTORA

Se ha dicho que a la Era de los Reyes —Enrique VIII, Francisco I y el emperador Carlos V— sucedió la Era de las Reinas: Isabel I, la Reina Virgen, Catalina de Médicis de Francia y María, Reina de Escocia. Ciertamente, la segunda mitad del siglo XVI contó con un insólito número de gobernantes de sexo femenino si recordamos que, antes de Isabel I, había reinado María I (llamada la Sanguinaria) y, antes de María, Reina de Escocia, su madre María de Guisa había sido regente. John Knox, en su *Primer sonido de trompeta contra el monstruoso regimiento de las mujeres*, señalaba que no era natural que una mujer estuviese al frente de un reino. Era un enemigo jurado de María Estuardo, reina de su propio país, aparentemente por antipatía personal y también por principio.

De todas estas gobernantes, María, Reina de Escocia, parece la más escurridiza hoy en día. Las opiniones acerca de ella fueron muy variadas en su época, y los cuatro siglos transcurridos apenas han servido para reconciliar los distintos puntos de vista. ¿Era la depravada Jezabel que imaginaba Knox, empapada de lujuria y locura? ¿O era la tolerante diosa que tanto había sufrido según sus partidarios?

Para intentar responder a estas preguntas, he tenido que construir una imagen compuesta de la figura de María, a la manera en que las modernas misiones de reconocimiento emplean fotografías digitalizadas superpuestas y ampliadas para tratar los mapas de superficies. No he considerado necesario excluir ningún material, pues ciertas cosas borran otras. Poco a poco, empieza a surgir la coherente imagen de una mujer afectuosa, leal, valiente, generosa y vehemente, pero también inhábil para juzgar a las personas, voluble, impulsiva y más propensa a la acción precipitada que a la estrategia a largo plazo. Era lista pero no de intelecto brillante, poseía un acusado talento artístico y poético y está claro que era dueña de un considerable encanto y era capaz de adaptarse a cualquier ambiente, a la opulencia de Francia o a la sencillez de la casa de un mercader de Saint Andrews. No era especialmente aficionada a las modas complicadas ni a las joyas y tenía una faceta viril o guerrera. Más adelante surgió su faceta mística.

Ningún libro acerca de María, Reina de Escocia, debe eludir las cuestiones más controvertidas de su vida: 1. ¿Estaba enamorada en realidad de James Hepburn, conde de Bothwell, su tercer marido? 2. ¿Quién escribió las llamadas Cartas del Cofre? 3. ¿Quién planeó la muerte de Darnley? 4. ¿Deseaba María el asesinato de Isabel? De las respuestas a estas cuatro preguntas depende el veredicto acerca de su personalidad.

Yo creo que amaba de verdad al conde de Bothwell y se casó con él por voluntad propia. Su comportamiento a este respecto parece demasiado decidido como para suponer lo contrario, y tiendo a pensar que es cierta su famosa afirmación de que se

habría «marchado con él a los confines del mundo vestida con una enagua blanca». Resulta casi imposible creer que la relación entre ambos no se iniciara antes de la muerte de Darnley, pero, a lo mejor, es que quiero concederle un poco de felicidad, por breve que sea.

En cuanto a las Cartas del Cofre, cuando se analizan con detenimiento todos los textos, se comprueba que la Segunda Carta del Cofre coincide con tal precisión con lo que escribiría una mujer aturdida, enamorada con locura pero atormentada por su situación, que acepto la autoría de María. Esto no excluye la posibilidad de que otras cartas de otras mujeres (sabemos que Bothwell tuvo una vida amorosa muy agitada) se añadieran a las de María e incluso de que hubiera alguna falsificación. El tono de las cartas es muy variado y algunas de ellas no parecen de María. Ésta jamás fue mezquina con su amor (aunque pueda haber estado celosa o enojada) y algunas cartas son chismosas y ruines, lo que no es propio de su carácter. No se conserva ningún original, por lo que nunca sabremos qué manipulaciones se realizaron.

Con respecto a quién mató a Darnley, creo que, aunque María ansiara librarse de él, no autorizó su asesinato. Hay distintos niveles de conciencia y, en el más profundo, ella debió de «saber» en cierto modo lo que había ocurrido, aunque no fue una asesina consciente.

La cuestión de Isabel es muy espinosa. Sabemos que María intervino en cuatro importantes conspiraciones durante su encierro en Inglaterra y, aunque sólo en la última de ellas se contemplaba de manera específica el asesinato de Isabel, semejante hecho debió de hallarse implícito en todas las demás. ¿De qué otro modo podía acceder María al trono tal como deseaban sus partidarios, sino con la muerte de Isabel? La cuestión de si alguien que se encuentra injustamente encarcelado tiene el derecho moral de intentar escapar por el medio que sea más vale dejarla a los teólogos y a los estudiosos de ética y de jurisprudencia. En la vida real, una persona tan impulsiva y de espíritu tan ardiente como María no habría sido fiel a su carácter si no hubiera intentado librarse de su situación. Su historial de fugas era espectacular: del palacio de Holyrood después del asesinato de Rizzio, del castillo de Borthwick y de Lochleven. Las malas costumbres, sobre todo las que han dado buen fruto, nunca mueren. Con seguridad este historial le hizo concebir esperanzas y le impidió advertir que su situación en Inglaterra era distinta en esencia. Nunca logró ganarse la complicidad de sus carceleros tal como había hecho en Escocia. Todos permanecieron leales a Isabel. En mi opinión, se concentró en el aspecto de la «fuga» más que en el destino de Isabel porque era propensa por naturaleza a buscar la acción física y a no pensar demasiado en las consecuencias a largo plazo. En la época de la conspiración de Babington lo más probable es que estuviera demasiado desmoralizada para discurrir con claridad.

Unas cuantas notas finales: me he tomado la libertad de mezclar algunos personajes para evitar confusiones. En realidad, hubo dos médicos franceses, monsieur Lusgerie y

monsieur Bourgoing. No obstante, puesto que Bourgoing presenci6 su ejecuci6n y escribi6 un relato de la misma, lo he convertido en su 6nico m6dico. Hubo tambi6n dos Nau, los hermanos Jacques y Claud, que fueron sus secretarios de manera sucesiva. Y hubo dos hermanos Melville, James y Robert, que fueron embajadores de Mar6a.

He utilizado la distinci6n que hace Antonia Fraser entre los Stewart escoceses y los Estuardo, la rama francesa de la familia. As6 pues, cuando Mar6a se casa con Henry Stuart, lord Darnley, la ortograf6a se modifica. Cuando Mar6a viv6a en Francia, su apellido era Estuardo.

En esta novela se nombra a m6s de doscientos personajes; todos ellos son hist6ricos con la excepci6n de dos personajes secundarios de la Guardia de Arqueros escocesa de la corte de Francia, Patrick Scott y Rob MacDonald. De igual modo, se citan en la obra m6s de sesenta poemas, canciones y cartas. Todos ellos son aut6nticos, excepto el *Himno a la luna* de Ronsard, el poema de Darnley sobre la muralla de Adriano y las cartas entre Bothwell y Mar6a desde la c6rcel (aunque se sabe que ambos se escribieron, no se conserva ninguna carta), la carta de la moribunda lady Bothwell a Mar6a y las notas del embajador franc6s acerca de Gifford, de sir Christopher Hatton a Isabel y de sir Thomas Morgan a Mar6a (aunque tambi6n sabemos que dichas notas se escribieron).

No he podido evitar incluir algunos comentarios afectuosos sobre mis antepasados del clan Scott (el nombre de mi padre deriva del apellido de soltera de su madre). Me satisfizo comprobar que 6stos se mantuvieron fieles a Mar6a hasta el final, y ahora yo me limito a seguir la tradici6n familiar.

Si el lector desea profundizar en el tema y formarse su propia imagen compuesta de Mar6a, le recomiendo las siguientes biograf6as de Mar6a: el relato de Agnes Strickland *The Lives of the Queens of Scotland and English Princesses*, 8 vol6menes (Blackwood and Sons, Edimburgo y Londres, 1858) posee un valor incalculable, pues nos ofrece tola suerte de peque6os detalles sobre la vida de Mar6a. Este relato Victoriano lo presenta como un ser inocente y casi perfecto. Pasando a tiempos m6s modernos, T. F. Henderson, en *Mary Queen of Scots, Her Environment and Tragedy*, 2 vol6menes (Haskell House, Nueva York, 1969 [reimpresi6n de la edici6n de 1905]) presenta una visi6n m6s equilibrada y cr6tica. No obstante, el per6odo de su estancia en Inglaterra no est6 muy bien representado en dicha obra, pues es demasiado breve. La principal biograf6a moderna, *Mary Queen of Scots* de Antonia Fraser (Delacorte, Nueva York, 1969), resulta inestimable pues abarca todos los aspectos de su vida.

Existe adem6s una nueva biograf6a escrita para el cuarto centenario de su muerte por Rosalind K. Marshall, *Queen of Scots* (HMSO, Londres, 1987). *Mary Stewart, Queen in Three Kingdoms*, editada por Michael Lynch (Basil Blackwell Ltd., Oxford, 1988) incluye detallados y doctos ensayos sobre cuestiones tales como la biblioteca de Mar6a y los ingresos de las propiedades francesas que recib6 en concepto de

viudedad. Stefan Zweig escribió una «psicobiografía», *María Estuardo* (Juventud, Barcelona, 1994). Martin Hume escribió *The Love Affairs of Mary Queen of Scots* (Eveleigh Nash & Grayson, Ltd., Londres). Para el análisis de las distintas escuelas de pensamiento sobre el personaje de María, véase Alastair Cherry, *Princes, Poets and Patrons: The Stuarts of Scotland* (HMSO, Edimburgo, 1987).

Si el lector siente curiosidad por saber qué aspecto ofrecía María, la Scottish National Portrait Gallery presentó una exposición de auténticos retratos y grabados y también de cuadros históricos posteriores. El catálogo, *The Queen's Image* de Helen Smailes y Duncan Thomson (Scottish National Portrait Gallery, Edimburgo, 1987) los reproduce y analiza.

Otro libro publicado con ocasión del cuarto centenario es *The Queen's Progress* (HMSO, Londres, 1887), de David J. Breeze, que describe todos los edificios relacionados con la figura de María. También David y Judy Steele, *Mary Stuart's Scotland* (Harmony Books, Nueva York, 1987) muestra los paisajes y a las personas que rodearon a María.

Hay muchas obras sobre las Cartas del Cofre y el asesinato de Darnley. La más antigua, Walter Goodall, *An Examination of the Letters said to be written by Mary Queen of Scots to James Earl of Bothwell, also, an Inquiry into the Murder of King Henry* (T. & W. Ruddimans, Edimburgo, 1754) intenta exponer con todo detalle una argumentación que absuelve a María. *The Casket Letters and Mary Queen of Scots* (Adam and Charles Black, Edimburgo, 1890) es más imparcial. R. H. Mahon construyó una maqueta de Kirk O'Field en un intento de descubrir con exactitud qué ocurrió. Él fue quien formuló por primera vez la teoría de que el propio Darnley había colocado la pólvora en la casa. Para todos los detalles conocidos acerca de aquel hecho, *The Tragedy of Kirk O'Field* (Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra, 1930), de Mahon, es de lectura obligada.

Otros libros importantes para comprender los años de María en Escocia son: Robert Gore-Brown, *Lord Bothwell* (Collins, Londres, 1937); Frank A. Mumby, *The Fall of Mary Stuart* (Constable and Co., Londres, 1921); Jasper Ridley, *John Knox* (Oxford University Press, Oxford, Inglaterra, 1968); John Knox, *History of the Reformation in Scotland* (Philosophical Library, Inc., Nueva York, 1950); Martin A. Breslow, *The Political Writings of John Knox* (Folger Books, Washington D.C., 1985); Gordon Donaldson, *All the Queen's Men: Power and Politics in Mary Stewart's Scotland* (Batsford Academic and Educational Ltd., Londres, 1983); George MacDonald Fraser, *The Steel Bonnets* (Collin Harvill, Londres, 1989).

Cuando María llega a Inglaterra, cambian los personajes del reparto. Véase Conyers Read, *Mr. Secretary Cecil and Queen Elizabeth* (Jonathan Cape, Londres, 1955); *Lord Burghley and Queen Elizabeth* (Jonathan Cape, 1960); *Mr. Secretary Walsingham*, 3 volúmenes (Archon Book, Cambridge, Massachusetts, 1967

[reimpresión de la edición de 1925]) para comprender a los adversarios políticos de María. Léase Alison Plowden, *Danger to Elizabeth* (Macmillan, Londres, 1973), y *Elizabeth Tudor and Mary Stewart, Two Queens in One Isle* (Barnes & Noble, Londres, 1984) para comprender el escenario en el que el destino colocó a María e Isabel. Gordon Donaldson, *The First Trial of Mary Queen of Scots* (B. T. Batsford Ltd., Londres, 1969) examina el precedente del juicio definitivo que se celebró dieciocho años más tarde. Para una breve y elegante biografía de la Reina Virgen, véase J. E. Neale. *Queen Elizabeth I*, (Jonathan Cape, Londres, 1934), que sigue siendo la definitiva.

## Notas

[1] En el norte de Inglaterra y Escocia, «pantano». (*N. de la T.*)

[2] Rey escocés (1306-1329) que en 1314 derrotó a los ingleses en la batalla de Bannockburn, asegurando con ello la independencia de Escocia. (*N. de la T.*)

[3] Referencia a las ocas del Capitolio consagradas a Juno que, durante el asedio de los galos, dieron la alarma con sus gritos cuando éstos intentaron penetrar en la ciudadela. (*N. de la T.*)

[4] Doncella que le buscaron al rey David en su vejez para que, al dormir en su lecho, lo hiciera entrar en calor. (*N. de la T.*)

[5] Literalmente en inglés, «hombre bueno», título de tratamiento inferior a «señor». (*N. de la T.*)

[6] Literalmente en inglés, «mujer buena». (*N. de la T.*)

[7] En inglés, «víbora negra». (*N. de la T.*)

[8] Soldado y patriota escocés [c. 1272-1305]. (*N. de la T.*)

[9] Campeón de la Independencia de su tierra, logró ser proclamado Rey de Escocia, con el nombre de Roberto I, en 1306. (*N. de la T.*)

[10] Antiguo tribunal de Inglaterra, famoso por su arbitrariedad y sus severos castigos, abolido en 1641. (*N. de la T.*)